



VIAJERAS ENTRE DOS MUNDOS

Sara Beatriz Guardia
Edición y Compilación
Losandro Antonio Tedeschi
Presentación

VIAJERAS ENTRE DOS MUNDOS



Universidade Federal da Grande Dourados

COED:

Editora UFGD

Coordenador Editorial : Edvaldo Cesar Moretti

Técnico de apoio: Givaldo Ramos da Silva Filho

Redatora: Raquel Correia de Oliveira

Programadora Visual: Marise Massen Frainer

e-mail: editora@ufgd.edu.br

Conselho Editorial - 2009/2010

Edvaldo Cesar Moretti | Presidente

Wedson Desidério Fernandes | Vice-Reitor

Célia Regina Delácio Fernandes

Luiza Mello Vasconcelos

Marcelo Fossa da Paz

Paulo Roberto Cimó Queiroz

Rozanna Marques Muzzi

Impressão: Gráfica e Editora Pallotti | Santa Maria | RS

Ficha catalográfica elaborada pela Biblioteca Central - UFGD

910.4 Viajeras entre dos mundos / Sara Beatriz Guardia
V598 edición y compilación – Dourados : Ed. UFGD, 2012.
 944 p.

Possui referências.

ISBN - 978-85-8147-020-7

1. Viagens. I. Guardia, Sara Beatriz.

Índice

Prólogo	09
<i>Sara Beatriz Guardia. Universidad de San Martín de Porres. CEMHAL, Perú.</i>	
<i>Marina Alfonso Mola. Universidad Nacional de Educación a Distancia. UNED, España.</i>	
<i>Rocío Quispe-Agnoli. Michigan State University, Estados Unidos.</i>	
<i>María Teresa Díez. Universidad Nacional de Educación a Distancia. UNED, España.</i>	
<i>Margarita Eva Rodríguez García. Centro de História de Além-Mar. Universidade Nova de Lisboa, Portugal.</i>	
<i>María Teresa Medeiros. Universidad de Viena, Austria.</i>	
Presentación	25
<i>Losandro Antonio Tedeschi. UFGD, Brasil</i>	
I. Viajeras tempranas. Un registro para la historia	31
Francisca Pizarro. La primera viajera de la elite incaica a España. (S. XVI)	33
<i>Sara Beatriz Guardia. Universidad de San Martín de Porres, Perú.</i>	
Inquietudes, viajes y equipajes. (S. XVI)	55
<i>María del Carmen Martínez Martínez. Universidad de Valladolid, España.</i>	
Anne Bradstreet (1612-1672): La cara femenina de los primeros viajes al continente americano	81
<i>Dra. M^a Dolores Narbona Carrión. Universidad de Málaga (España)</i>	
Inés Suárez: Viajera en el camino de la tenacidad.	105
<i>Barbara Loach. Cedarville University, Estados Unidos.</i>	
Mujeres que viajaron de España a la América colonial y del cuerpo propio al texto escrito. Lima, XVII.	125
<i>Patricia Martínez i Álvarez. Universitat de Barcelona, España.</i>	
Viajeras entre dos mundos durante el Antiguo Régimen. Reflexiones desde una mirada de género.	149
<i>Marina Alfonso Mola. Universidad Nacional de Educación a Distancia, UNED, Madrid, España.</i>	
II. Discursos de viajes y viajeras	157
Viajeras de ultramar al servicio de su Majestad. Un discurso colonialista de género en el Siglo XVIII	159
<i>María Teresa Díez Martín. Universidad Nacional de Educación a Distancia, UNED. España.</i>	
La mirada de las viajeras ante la esclavitud en las Américas. Las experiencias de María Graham, Flora Tristan, Fanny Kemble y Fredrika Bremer. Siglo XIX	185
<i>Claudia Borri. Università degli Studi, Milano, Italia.</i>	
Testimonios escritos y pictóricos de viajeras extranjeras en México. Siglo XIX	211
<i>Gisela von Wobeser. Universidad Nacional Autónoma de México, México.</i>	
III. Diarios y relatos autobiográficos. El viaje como proceso de aprendizaje	231
El viaje de Isabela Godin por el Amazonas: Una travesía de la supervivencia	233
<i>Carla Almanza. Boston University, Estados Unidos.</i>	
El Lenguaje Estético y la Intelectualidad Femenina en Diario de una Residencia en la India de María Graham (1812)	249
<i>Cielo G. Festino. Universidade Paulista - São Paulo, Brasil.</i>	

Viajeras en la costa del Pacífico mexicano, 1848-1875 <i>Karina Busto Ibarra. Hemispheric Institute on the Americas. University of California, Davis, Estados Unidos</i>	265
Viajera de retorno: sujeto, historia e imaginario espacial en La ciudad del sol de Zoila Aurora Cáceres <i>Fanny Arango-Keeth. Mansfield University of Pennsylvania, Estados Unidos.</i>	287
Edición comentada de las Impresiones de viaje de una abuela para sus nietos de Isabel Carrasquilla de Arango. <i>Paloma Pérez Sastre. Universidad de Antioquia, Colombia.</i>	313
Gino(geo)grafías. Escrituras de viaje en la primera mitad del siglo XX <i>Gilda Luongo. Universidad de Chile, Chile.</i>	339
IV. Viajes y discurso testimonial	365
Espacios viajeros e identidad femenina en el México de fin de siecle: El Álbum de la Mujer de Concepción Gimeno 1883 1890. <i>Carmen Ramos Escandón. CIESAS. México.</i>	367
Maria Graham: una mirada romántica e imperial al paisaje natural de Chile. Siglo XIX. <i>Lilianet Brintrup Hertling. Humboldt State University, Estados Unido</i>	381
"Pronto los vimos desfilar"... costumbres de los venezolanos en los apuntes de una dama francesa. <i>Marielena Mestas Pérez. Universidad Católica Andrés Bello, Venezuela.</i>	407
Una viajera inglesa en el Estado de Morelos, México. <i>María Eugenia Arias Gómez. Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, México, D.F.</i>	425
La baronesa de Wilson en Venezuela: 1881-1882 <i>Mirla Alcibíades. Celarg/Casa Nacional de Las Letras Andrés Bello, Venezuela.</i>	441
Extraterritorialidad y Transculturación: Recuerdos de viaje de Eduarda Mansilla (1882) <i>J. P. Spicer-Escalante. Utah State University. Estados Unidos.</i>	461
Discurso crítico e imaginario de Europa en el Viaje de recreo (1909) de Clorinda Matto de Turner <i>Vanessa Miseres. Vanderbilt University, Estados Unidos.</i>	481
Nísia Floresta: Una viajera brasileña en el viejo mundo <i>Cláudia Luna. Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ), Brasil</i>	505
Crónica de un torbellino libertario por América Latina: Belén de Sárraga (1906-1950) <i>Julia Antivilo. Universidad de Chile, Chile.</i>	523
Una viajera memoriosa: herencia y movilidad contemporánea en Cartographies de Marjorie Agosín <i>Guillermina Walas. Investigadora independiente</i>	545
Inmigración Internacional: Las Mujeres en el reflujo inmigratorio <i>Ilana Peliciari Rocha. Universidad de São Paulo, Brasil.</i>	565
V. Viajeras y escritura: la pluma femenina	585
a) autobiografía y viaje	587
Viajes y transnacionalismo en la autoformación femenina: Con Pasión absoluta, de Carol Zardetto <i>Claudia García. University of Nebraska at Omaha, Estados Unidos.</i>	
b) miradas entre dos mundos	611
Emilia Serrano, Baronesa de Wilson (1834-1922): "La Cantora de las Américas" <i>Leona S. Martín. Susquehanna University, Estados Unidos.</i>	

No hay que disculparse: A Winter in Central America and Mexico por Helen J. Sanborn (Un invierno en América Central y México). <i>Linda Ledford-Miller. University of Scranton, Estados Unidos.</i>	629
Mirada y retórica imperial en Five Months in the Argentine from a Woman's Point of View 1918-1919 (1920) <i>Alejandra K. Carballo. Arkansas Tech University, Estados Unidos.</i>	643
La bohemia Latinoamericana en París: Aurora Cáceres, voyeurista. <i>Arancha Sanz Alvarez. Stony Brook University, New York, Estados Unidos.</i>	659
Antonia: ser "fuereña" dentro y fuera del lugar de origen <i>Itzá A. Zavala-Garrett. Morehead State University, Kentucky, Estados Unidos.</i>	675
c) escritura femenina como instrumento de cambio Por el mundo que falta: Los viajes isleños de Luisa Capetillo. <i>Nancy Bird-Soto. University of Wisconsin-Milwaukee, Estados Unidos.</i>	685
Desplazamientos y distancias en la voz de Rosario Castellanos <i>Edith Lomovasky (Goel). Instituto Levinsky de Educación, Tel Aviv, Israel.</i>	699
d) migración, desplazamiento y exilio María Enriqueta Camarillo de Pereyra: escritora, maestra y viajera <i>Marina Martínez Andrade. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, México.</i>	719
Viaje - Traducción y transición: Flores de un solo día de Anna Kazumi Stahl <i>Graciela Michelotti. Haverford College. EE. UU.</i>	745
Los emigrados: Viaje y mirada de mujer. <i>Ida Valencia Ortiz. Universidad del Valle. Colombia.</i>	759
e) escritura y viaje Por los caminos de Nélide. Conversaciones con una brasileña universal <i>Gabriela Ovando. Florida Atlantic University, Estados Unidos.</i>	773
Babel y sus jardines: La escritura en tránsito. <i>Esther Andradí, escritora</i>	789
VI. La construcción de una cultura viajera femenina en la ficción	797
Flora Tristán, una viajera histórica del XIX <i>Diana Miloslavich Tupac. Centro Flora Tristán, Lima-Perú.</i>	799
Utopía y romanticismo en la literatura de la viajera Alice Dixon Le Plongeon <i>Romina España Paredes, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).</i>	821
La construcción del ideal feminista en el cuento de viajes a México de Carmen de Burgos, La misionera de Teotihuacan (1926). (S.XX) <i>Esther A. Daganzo-Cantens. East Stroudsburg University of Pennsylvania.</i>	845
Pasión por vivir: Alicia Rovira de Arnaud y La Isla de la Pasión <i>Patricia Varas. Willamette University.</i>	863
El exilio en la palabra: Hallazgos espirituales en la novela lírica Un soplo de vida (1999) de Clarice Lispector <i>Gilberto D. Vásquez Rodríguez. Universidad de Murcia, España.</i>	883
Exilio e identidad en el drama coser y cantar de Dolores Prida <i>Mariela A. Gutiérrez. University of Waterloo, Ontario, Canadá</i>	907
VII. Colofón: El viaje de la realidad a la ficción en cinco siglos	919
Mediadoras interculturales frente al silencio: De la "Carta a la princesa Juana" de Isabel de Guevara (1556) a Inés del Alma Mía de Isabel Allende (2006). <i>Rocío Quispe-Agnoli. Michigan State Universit.</i>	921

Prólogo

Sara Beatriz Guardia

Desde el comienzo de la escritura de la historia y aún antes cuando la transmisión oral registraba los hitos y las creencias fundamentales, los viajes fueron territorio masculino, unido a la aventura, la audacia y el valor; mientras que las mujeres se mantuvieron confinadas al hogar y a la vida sedentaria. Sin embargo, algunas se aventuraron más allá de las fronteras permitidas, traspasaron límites y espacios impuestos, tuvieron la osadía de enfrentar y superar desafíos y peligros, asumiendo con pasión sus propias convicciones, lo que les deparó el destino, ó simplemente el viaje que debieron realizar por causas externas a su propia voluntad.

El impulso decisivo de las vanguardias historiográficas y feministas de la segunda mitad del siglo XX ha logrado rescatar para la memoria histórica y colectiva la existencia de muchas de estas mujeres, y a las viajeras como sujeto histórico. A esta producción debemos un conocimiento veraz sobre el tránsito femenino por las rutas atlánticas que unen los continentes europeo y americano.

Ellas, en uno u otro lado, también fueron protagonistas y artífices de los procesos coloniales, de los capítulos emancipatorios y de los fenómenos migratorios hasta el presente siglo. Pero ante todo, fueron, y son, una transferencia humana de culturas continentales y nacionales, de identidades particularizadas por las mentalidades y políticas de género, que han dejado su impronta en el contexto que les tocó vivir. Por otra parte, su escritura fue parte de un proceso de reafirmación de género y de su persona, así como de su visión del mundo.

Las viajeras son más que “testigos”, son creadoras de una visión en clave femenina que trasciende el simple testimonio de la realidad que contemplaron. Este último aspecto de la visión de las viajeras, es uno de los objetivos de los estudios textuales sobre la capacidad de la palabra para transformar una realidad física en una realidad cognitiva e intelectual. Así considerados, los textos de viajeras son expresiones de la visión personal, social y generacional de las mujeres, espejos del proceso de cambio que experimentaron y del mundo que visitaron.

Es el momento, ahora, en esta primera década del siglo XXI, de hacer un balance de las aportaciones al tema, y de proponer nuevas vías de reflexión e interpretación a la luz de los últimos posicionamientos multidisciplinares de los Estudios de Género y de las Mujeres a los dos lados del Atlántico. Una propuesta que incluye recuperar la voz crítica y de compromiso social que estuvo presente en la génesis de estos campos de estudio.

En esta perspectiva, el Centro de Estudios La Mujer en la Historia de América Latina, CEMHAL, convocó el 11 de junio del 2007 a la comunidad investigadora a participar con trabajos inéditos en la compilación monográfica de *Viajeras entre dos mundos*, conformando un Comité Consultivo bajo la dirección de Sara Beatriz Guardia. Los temas iniciales fueron: crónicas sobre viajeras, migración, viajeras por placer, viajeras esposas, hijas, hermanas, las que vinieron a investigar el continente americano, viajeras y escritura femenina, viajeras en el análisis literario e histórico, discurso e imaginario de las viajeras, y cómo se pasa del viaje “horrible y azaroso” del siglo XVI al de curiosidad y placer del siglo XIX y XX. Así mismo, contrastes entre la visión femenina y masculina en los relatos de viajes.

Después de tres años de arduo trabajo fueron seleccionados 46 artículos divididos en cinco capítulos. I. Viajeras tempranas. Un registro para la historia; II. Discursos de viajes y viajeras; III. Diarios y relatos autobiográficos. El viaje como proceso de aprendizaje; IV Viajes y discurso testimonial; V. Viajeras y escritura: la pluma femenina; VI. La construcción de una cultura viajera femenina en la ficción; VII. Colofón: El viaje de la realidad a la ficción en cinco siglos.

El prólogo de *Viajeras entre dos mundos* escrito por colegas del Comité Consultivo con una extensión equiparable al número de ponencias del capítulo elegido.

I. Viajeras. Un registro para la historia

Marina Alfonso Mola

Universidad Nacional de Educación a Distancia. UNED, España.

El primer capítulo está dedicado a las viajeras que, en tiempos coloniales, se desplazaron desde Europa a América y viceversa, pasándose revista a una galería de mujeres que desde diversos *status*, formación y perspectivas dejaron su impronta personal como un registro para la historia. En este bloque se abordan las experiencias basadas en testimonios autobiográficos junto a las aventuras viajeras reconstruidas indirectamente a través de documentación, desde una doble

posición: el tratamiento sustantivo de mujeres destacadas (arropadas por una nómina de congéneres asentadas en los territorios del Nuevo Mundo como esposas de conquistadores, colonos y altos funcionarios de la administración hispana o inglesa) y el coral de las historias de las mujeres ‘sin historia’.

Así, Sara Beatriz Guardia nos aproxima al periplo llevado a cabo por Francisca Pizarro (paradigmática del mestizaje de élite, consecuencia de la alianza entre el conquistador foráneo y la aristocracia consolidada autóctona como perpetuación de las estrategias del poder y el prestigio), adentrándose en las razones políticas que motivaron su exilio *sui generis*, ya que dispone de libertad para gastar con liberalidad una cuantiosa fortuna y, una vez situada en la metrópoli, puede emprender el litigio por los derechos a su herencia, un trasunto de los célebres pleitos colombinos. Mientras que Barbara Loach se ocupa de la emblemática personalidad de Inés Suárez, una figura histórica aureolada con tintes legendarios, la única europea en la expedición de Chile (1540-1542), la amante de Pedro de Valdivia, la ‘mama Inés’ de los soldados y yanaconas de dicha expedición, la señora gobernadora, que no sólo ha generado estudios académicos sino obras de ficción, una viajera denodada que dio pruebas de valentía como capitana al frente de un destacamento de soldados, pero que confesaba los terrores que le generaba el sólo pensamiento de tener que volver a embarcarse en otra travesía oceánica. Por su parte, María Dolores Narbona aborda el panorama colonial de la América anglosajona desde la perspectiva intimista de Anne Bradstreet, la primera poetisa norteamericana, la cual había gozado de una vida confortable y recibido una educación esmerada, por lo que el choque con las duras condiciones de la vida en la bahía de Massachusetts, pese a ser la esposa del gobernador, le produjo un sobresalto emocional que sublimó a través de la producción literaria al más puro estilo puritano, y cuya obra contribuyó a eliminar ciertos estereotipos procedentes de la visión colonialista transmitida por los relatos realizados por hombres.

El resto de los artículos está integrado por los testimonios escritos en primera persona (o por las declaraciones en pleitos) de mujeres que han vivido en el anonimato hasta que se les ha prestado voz para materializarse. En primer lugar, María del Carmen Martínez nos introduce en el mundo de las viajeras del Quinientos y el Seiscientos a través del género epistolar. Unas cartas que muestran cómo las propias mujeres tienen interiorizado, de forma consciente o inconsciente, el tópico sobre su inferioridad con respecto a los hombres para afrontar la aventura marítima e incluso para expresar sus propias vivencias a través de la escritura. Si bien es cierto que en el segmento femenino el nivel de analfabetismo

era muy superior al masculino, los entrañables y lúcidos párrafos de las misivas inducen a pensar que la ‘modestia’ de sus consideraciones era una coartada para escribir sin levantar sospechas. Gracias a su labor de mantener vivos los lazos entre ambos continentes nos adentran en sus equipajes y en sus inquietudes, ilusiones y decepciones.

Finalmente, en una línea diferente se inscribe la aportación de Patricia Martínez relativa a las españolas ya ubicadas en el virreinato peruano y depositadas por los varones de su entorno familiar en casas de recogidas, casas de divorciadas y monasterios. Ahora bien, esta misma segregación de la mundanidad se convirtió en un portillo abierto a la subversión femenina al permitir la posibilidad de dedicación al estudio, de poder hablar en primera persona por escrito en sus ‘biografías espirituales’, circunstancias que propiciaron tanto el debilitamiento del control efectivo y económico masculino, como el afianzamiento de la autoridad femenina en el seno de la comunidad, donde se reproduce la estratificación del orden colonial. En paralelo al viaje físico desde España a las colonias se produce el viaje espiritual hacia la libertad de decirse a sí mismas en las biografías ejemplares dirigidas a construir modelos de perfección moralizante para el resto de la sociedad.

En resumen, el aporte de estos trabajos permite concluir que la experiencia de estas viajeras, de diversa índole y condición, pone en entredicho la construcción convencional de la feminidad en los siglos XVII y XVIII al romper los esquemas tradicionales con la evidencia de sus cuerpos viajeros, que contribuyeron a la reconsideración de lo que podían llegar a arrostrar las mujeres y al enriquecimiento del concepto de lo femenino.

II. Discursos de viajes y viajeras.
Rocío Quispe-Agnoli.
Michigan State University, Estados Unidos.

Los tres artículos que forman parte del segundo capítulo se aproximan a una variedad de discursos que dominan los textos de viajeros a América de los siglos XVIII y XIX. Por un lado, el trabajo de María Teresa Díez Martín se ocupa del discurso de la oficialidad militar peninsular y el ejercicio del proyecto colonizador y civilizador de América. Para ello, la autora observa las prácticas de representación social del patriarcalismo peninsular, el matrimonio exclusivista y la pertenencia a la clase militar que contribuyen a construir el ideal de superioridad moral que forma el proyecto colonial español. Por su parte, los artículos

de Claudia Borri y Gisela von Wobeser se centran en la mirada etnográfica de viajeras europeas que recorren Brasil, Perú, México y los Estados Unidos. Los diarios, cartas, dibujos y fotografías que producen estas mujeres, manifiestan una variedad de descripciones de la América decimonónica. Algunas viajeras describen el paisaje y las costumbres de diferentes partes de América con fines informativos a la vez que reivindicativos de una América hermosa aunque fuertemente exotizada en el imaginario del siglo XIX. Este es el caso de Madame Calderón de la Barca y Cecilia Seler-Sachs por ejemplo. En contraste, viajeras como María Graham y Fanny Kemble hablan de sus sentimientos antiesclavistas y su participación en el debate político abolicionista de su época.

De esta manera, leemos en esta sección, reflexiones acerca del discurso militarizado, el discurso pre-nacionalista, y el discurso arqueológico-etnográfico que se apoya en descripciones escritas como visuales. En todos se manifiesta en distintos niveles la voz de la mujer europea y viajera de los siglos XVIII y XIX que se enfrenta con la novedad de América, sus maravillas y sus desafíos.

III. Diarios y relatos autobiográficos.

El viaje como proceso de aprendizaje

María Teresa Díez Martín.

Universidad Nacional de Educación a Distancia, España.

Los relatos de viaje o el viaje y su escritura constituyen hoy el objeto referencial de un territorio de estudio multidisciplinario, también interdisciplinario, cuyos productos devienen significativamente renovados por los estudios culturales. Aunque, sin duda, los aportes de mayor calado se van perfilando a la par del avance del nuevo paradigma de lo discursivo en el que se resuelven, con voz propia, los estudios de género. Es, en efecto, otra esfera de interpretación en la que incide decisivamente la teórica de género y en la que destaca, hasta el momento, la autoridad de los estudios literarios presente en los trabajos que articulan este capítulo. Investigaciones en las que, en su conjunto y en mayor o menor medida, la crítica literaria feminista informa de la elección del objeto de estudio: la escritura de mujeres en diarios y crónicas de viaje durante los siglos XIX y XX.

Si bien, sus posibles resoluciones atienden a formulaciones varias, desde las que se indaga la construcción discursiva del texto y de las identidades femeninas viajeras: de los sujetos escritora, nacionalista, colonialista o feminista, principalmente. Y, en la medida que escritura autorreferencial, se adentra el análisis en los sujetos autobiográficos viajeras. Por fin, y como contraste conveniente, un

trabajo se ocupa de una viajera dieciochesca estudiada ya no como sujeto sino como objeto de la narración.

Como se apunta, destacadamente y en interacción determinante, entra en juego la metanarración de la modernidad occidental y sus discursos de género. Manifiesta aparece, entonces, la tensión que provoca el enfrentamiento de la subjetividad femenina de estas viajeras hispanoamericanas, europeas y estadounidenses con la alteridad. En definitiva, la pluralidad del campo conceptual que se referencia en estas investigaciones más que ecléctico es representativo de las nuevas categorías de análisis. Son diferentes enfoques que contribuyen a la temática de género y de las mujeres en la narrativa de viajes.

Karina Busto Ibarra se enfrenta a la alteridad a través del sujeto femenino blanco, de clase media alta, empoderado de superioridad, que componen en sus escritos cinco estadounidenses decimonónicas en su viaje por el Pacífico mexicano. Diarios y crónicas viajeras que se desvelan en este trabajo singularizados por la mirada femenina, en una aportación a la identificación de la escritura de mujeres.

Diferente cuadro de la tensión del encuentro con el Otro es el que traza Cielo G. Festino en su trabajo sobre el relato de María Graham a la India, o ejemplo intenso de otros muchos textos pintorescos de las europeas. Una narración viajera que se revela construida con las claves del discurso colonial civilizador y los recursos de la estética romántica masculina. Discursos que “apropiados” y transformados por las viajera(s) reivindicaban en el siglo XIX la autoridad literaria negada a las mujeres, en cualquier caso, condenada a la intimidad. En este sentido, la escritura de las viajeras aparece como una práctica transgresora que va abriendo brechas en la exclusividad masculina del espacio público.

Es, pues, la pelea femenina por salir de la invisibilidad de lo privado, que a su vez analiza Paloma Pérez Sastre en la escritura de la colombiana Isabel Carasquilla de Arango. La narración de un viaje de placer en el que la autora afirma el sujeto escritora, aun bajo el subterfugio del seudónimo. Transcurre, al fin, en el relato una subjetividad identitaria forjada contra la oposición de su laureado hermano, éste como freno representativo de una opinión social que, ya en marcha el siglo XX, recelaba del “enlibramiento” de las mujeres.

Desde otra perspectiva de la alteridad evidencia Fanny Arango-Keeth, en su trabajo sobre la escritora, periodista y feminista peruana Zoila Aurora Cáceres, la contribución de los viajes de retorno, desde el afuera latinoamericano, de los intelectuales a la estética literaria del modernismo latinoamericano tanto como a

la nacionalista. Pues, como Zoila, los que regresan “realizan viajes de redescubrimiento” y, entonces, su mirada “se torna descolonizadora en lugar de imperial”. Interactuando, identifica la investigadora un sujeto histórico que se compone a la vez que el autobiográfico.

También, por las geografías, gino(geo)grafías, de la construcción de la subjetividad autobiográfica femenina transita Gilda Luongo, para revelar a los “sujetos femeninos en viaje” que se significan en los textos de tres viajeras: la chilena Amanda Labarca, y las mexicanas Antonieta Rivas Mercado y Rosario Castellanos. Son viajes simbólicos del itinerario vital y “la figura del viaje como una estrategia discursiva” en la que se compone la subjetividad femenina.

Por último, incursiona Carla Almanza en otros registros del relato de viaje a través de la voz narradora del ilustrado Jean Godin, quien testimonió el accidentado viaje de su esposa, la limeña Isabela Godin des Odonais. Viaje narrado, no vivido, que el autor justificaría “verídico” desde el discurso histórico del momento. Con claridad, el perfil que Godin logró transmitir fue el de una mujer valiente e intrépida. En palabras de la investigadora un “testimonio histórico de heroicidad”.

IV. Viajes y discurso testimonial

Margarita Eva Rodríguez García.

Centro de História de Além-Mar. Universidade Nova de Lisboa, Portugal.

Los trabajos incluidos en este capítulo, bajo el título *Viajes y Discurso Testimonial*, nos conducen por diversos países americanos y europeos en un período que transcurre entre los siglos XIX y XXI, a través de la mirada femenina de un grupo de viajeras y el análisis de doce autores de sus diarios de viajes, cartas, relatos autobiográficos; faltando éstos, su huella en los archivos y aún la ficción cinematográfica, que a través de las historias de la emigración femenina nos ofrece un espejo y varios reflejos posibles de la sociedad española contemporánea.

Inicia cronológicamente el capítulo, el trabajo de Lilianet Brinrupt que nos invita a preguntarnos si la forma en que se desarrolló la estancia de la viajera María Graham en Chile, en los inicios del siglo XIX, estuvo menos constreñida de lo que lo estarían sus congéneres cincuenta años más tarde, cuando la industrialización separase los mundos del trabajo y la casa y llegara a imponerse en el mundo occidental el modelo de ángel del hogar victoriano. Su *Diario de mi residencia en Chile en el año 1822*, elaborado en pleno proceso de Independencia, refleja,

la identidad británica de Graham, su *mirada imperial* que desplaza al conocimiento local para desvelar las posibilidades mercantiles del territorio o despliega todos sus conocimientos botánico en su lectura del paisaje americano. Heredera de los viajeros científicos del siglo XVIII su relato es ya típicamente decimonónico, al hacer de la narración del viaje y de la descripción del territorio una vía con la que construir una identidad subjetiva.

Los relatos de viaje de Jenny de Tallenay, Emilia Serrano, Baronesa de Wilson, y Alec Tweedie, que estudian Marielena Mestas Pérez, Mirla Alcibiades y María Eugenia Arias Gómez respectivamente, fueron contemporáneos a los proyectos modernizadores impulsados por Antonio Guzmán Blanco en Venezuela, en el caso de las dos primeras, y Porfirio Díaz en México. Contando sus viajes con el apoyo de ambos gobernantes, interesados en fomentar en el exterior una imagen positiva del país, las viajeras aprobaron y expresaron su admiración ante la mejora de las infraestructuras y comunicaciones, la urbanización, y en definitiva por el proyecto de modernización, no exento de autoritarismo, con el que ellas mismas se identifican. Los escritos de Jenny de Tallenay y Alec Tweedie no por ello dejarán de resaltar los contrastes entre la ciudad y el interior, de interesarse por las costumbres diferentes de las suyas europeas, por los tipos humanos y rasgos de carácter de los venezolanos, y sobre todo por resaltar la riqueza de la naturaleza americana y las posibilidades productivas del territorio, único camino posible a seguir por las aún jóvenes repúblicas latinoamericanas.

En el caso de la Baronesa de Wilson, empeñada en escribir una Historia de América, Mirla Alcibiades opta por destacar la conciencia de Emilia Serrano de su rol de escritora, que la lleva a publicitar y planificar su recorrido por Venezuela, para preguntarse en qué medida los contactos establecidos durante y después de su viaje, especialmente con el poder, y las circunstancias que lo acompañaron, condicionaron su percepción del medio político y cultural venezolano o determinaron su silencio en torno a la labor creativa de las escritoras venezolanas, al escribir años más tarde sobre las mujeres americanas.

El México de Porfirio Díaz es también el escenario de la publicación del *Álbum de la Mujer* (1883-1888), dirigida por la española Concepción Jimeno de Flaquer. El artículo de Carmen Ramos Escandón analiza el *Álbum* como un diario de viaje, que a través de las imágenes de monumentos o ciudades mexicanas, españolas o europeas, contribuyó a la creación de una identidad femenina no limitada al mundo doméstico e interesada por los espacios de sociabilidad cul-

tural. Si las mexicanas no han entrado hasta ahora en esos espacios es porque no han tenido oportunidad, afirmará Concepción Jimeno de Flaquer, colaborando ella misma al proceso de modernización en México, por la vía de la educación femenina.

El feminismo activo, si bien en un período posterior y de contenido anarquista, anticlerical y librepensador, determinó el recorrido de Belén de Sárraga por Europa y buena parte de América Latina durante las primeras décadas del siglo XX. Julia Antivilo Peña recupera su itinerario y su doble papel de activista y testigo del desarrollo del feminismo en España y América Latina. La importancia de la actividad desarrollada por Sárraga en un viaje que conectaba política y culturalmente España y Europa con América Latina, junto a la trayectoria de otras viajeras, como Concepción Jimeno de Flaquer o Clorinda Matto de Turner, cuyo *Viaje de Recreo* estudia Vanesa Misereres, sugieren la necesidad de tomar en cuenta los lazos establecidos entre escritoras de ambos lados del Atlántico. Sus escritos y diarios de viajes ofrecen muy a menudo el testimonio de estas redes que contribuyeron también a transformar los roles de género en los diferentes países.

Si las viajeras anteriores recorren el Atlántico en dirección a América, los trabajos de Claudia Luna, J. C. Spicer y Vanesa Misereres analizan los relatos de viaje elaborados por Nisia Floresta tras recorrer la Alemania de mediados del siglo XIX, Eduarda Mansilla en su viaje por los Estados Unidos de Lincoln y el mencionado recorrido de Clorinda Matto de Turner: *Viaje de recreo: España, Francia, Inglaterra, Italia, Suiza y Alemania* (1909). Los tres estudios se interesan por la forma en que las viajeras se apropian de la cultura que describen, destacan aquellos aspectos que identifican como propios de la modernidad o de modelos culturales, para discriminar algunos y elegir otros que deben ser incorporados a sus naciones de origen; en todas, los relativos a los adelantos en la educación femenina. De esta manera, sus relatos, como señala Misereres, se convierten en parte del proceso de construcción nacional.

J.C. Spicer, como Vanessa Misereres, analizan la forma en que las viajeras construyen sus escritos y reelaboran los modelos de escritura disponibles para el relato de viaje, desde su doble marginalidad de género y de nacionalidades distantes de los entonces centros de poder. Ambas se constituyen en autoridades a partir de su experiencia y negocian los términos del relato en una clara conciencia de su papel de escritoras que buscan insertarse en el medio literario. Junto a estas características, que comparte Nisia Floresta, Claudia Luna destaca la forma en que la escritora brasileña, al analizar el comportamiento femenino europeo

a mediados del siglo XIX, construye un modelo de feminidad deseable para su país de origen.

Un último grupo de trabajos abordan el viaje testimonial de la emigración o del exilio. Guillermina Walas se ocupa de *Cartographies. Meditations on Travel* (2004), obra de la escritora chileno-americana Marjorie Agosín. El trabajo de Walas muestra como su experiencia personal y familiar de exilio se transforma en una geografía de la memoria, que es a la vez una búsqueda de sí misma en su historia y en la de aquellos que habitan o habitaron los paisajes recorridos por la autora y que precisan ser reconocidos para preservar su identidad. Su trabajo nos propone considerar una vez más la peculiaridad de la mirada femenina que, frente a la del sujeto autobiográfico tradicional, masculino, blanco y hegemónico, define su subjetividad en base a la consciencia colectiva y comunitaria.

Esa posibilidad entre varias, la de la continuidad del viaje, es finalmente el tema de investigación de Ilana Peliciari Roche en su estudio sobre la salida de emigrantes del puerto de Santos en los inicios del siglo XX, analizando en este artículo su componente femenina. El trabajo riguroso de Peliciari constituye una llamada de atención sobre la escasa atención que ha recibido la emigración femenina, tal y como viene siendo repetido por la historiografía de género, invitándonos a recuperar su memoria, a buscar testimonios de su experiencia, a partir de la evidencia de los datos que nos ofrece la autora.

V. Viajeras y escritura: la pluma femenina

María Teresa Medeiros

Universidad de Viena, Austria.

Lenguaje y escritura como vía para articular la diferencia genérica entretejida al pensar-y-sentir-mujer adquieren creciente importancia en la crítica literaria en cuanto abren espacios donde la mujer inscribe su visión del mundo y sus circunstancias. El viaje ha sido un instrumento no solamente de indagación de nuevos horizontes físicos, sino también de aprendizaje vital que se refleja en una literatura que enfoca el punto de vista del viajero y su percepción de otros modos de vida. Desde la época colonial y con mayor intensidad a partir de finales del siglo XIX, mujeres viajeras se han valido de la escritura para relatar sus experiencias personales en las que se perfila un comentario personal sobre el entorno social en diversos marcos culturales. Aunque el carácter de la mujer viajera no necesariamente se identifica con personas rebeldes y aventureras, como podría ser en el caso del hombre que viaja, sus relatos manifiestan una inquietud que

va más allá de la simple curiosidad de conocer y descubrir otros ambientes. Los textos transmiten la interacción entre la viajera y nuevos espacios culturales con el correspondiente asombro. Esto se percibe, por ejemplo, en los encuentros entre personas del mundo anglo-sajón e hispano hablante, o en las experiencias de viajes que llevan a descubrir la alteridad a ambos lados del Atlántico, a menudo en casos de viajes forzados por el exilio político. En este contexto, la viajera escritora asume el rol de “sujeto histórico” (como la denomina Sara Beatriz Guardia) en cuanto observa y participa en procesos culturales y se convierte en un vínculo que transplanta sus raíces identitarias a nuevos territorios vitales donde predominan otros modos de pensar y de ver el mundo.

Los artículos reunidos en esta sección pueden agruparse en subtemas que comprenden a) autobiografía y viaje, b) miradas entre dos mundos, c) escritura femenina como instrumento de cambio, d) migración, desplazamiento y exilio, y e) escritura y viaje.

La autobiografía como vehículo para exponer el proceso de aprendizaje del personaje femenino a partir de viajes que amplían su experiencia e influyen en la formación de su identidad es una forma recurrente en esta colección. El presente capítulo se inicia con el estudio de Claudia García que interpreta la novela *Con pasión absoluta* de Carol Zardetto desde el ángulo de la formación de la protagonista femenina y de la importancia de sus experiencias de viaje que oscilan entre Guatemala, Estados Unidos, Europa, y Canadá en la época del Tratado de paz en su país. La historia política de Guatemala se entrelaza con las vivencias de las mujeres y el transnacionalismo funciona como un telón de fondo en que las nociones de compromiso político, participación y defensa de valores sociales se ponen en juego y son instrumento de la autora para proponer los valores de la multiculturalidad.

Bajo el subtema de “Miradas entre dos mundos” se reúnen artículos que enfocan el viaje como encuentro recíproco entre América del Norte o Europa con Hispanoamérica. El estudio de Leona S. Martín recupera las impresiones y la meritoria actividad cultural de la viajera española Emilia Serrano, Baronesa de Wilson que en 1890 publicó *América y sus mujeres* en Barcelona. Gracias a prolongadas estancias en Argentina, Perú, Ecuador, Colombia y México donde conoció a la intelectualidad ilustre de la época, pudo compenetrarse con la cultura de esos países y colaborar en publicaciones en revistas, en las que sus exponía sus ideas progresistas en pro de la educación universal.

Dos trabajos se concentran en la experiencia de protagonistas de origen anglo-sajón que viajan a la América hispana y registran su asombro ante las diferencias culturales. Linda Ledford-Miller examina las crónicas de viaje de Helen J. Sanborn, hija de un comerciante de café, que en 1886 publica sus crónicas de viaje por México, Panamá y Guatemala, describiendo las peripecias de sus viajes, sus impresiones sobre el ambiente exótico y la población indígena y las limitaciones que debe sufrir debido a su género. En contraste, Alejandra K. Carballo interpreta la labor de una sufragista norteamericana que en 1918 viaja a Argentina como militante del voto femenino y de reformas sociales en favor de la mujer como parte del proyecto de expansión imperialista de Estados Unidos.

Europa como meca de cultura ha atraído a viajeros y viajeras latinoamericanos desde la época republicana. Tres artículos presentan esta fascinación en épocas diferentes, Arancha Sanz Álvarez expone el escenario de la bohemia latinoamericana en París a principios del siglo XX en la obra de la peruana Aurora Cáceres que acompaña al empedernido viajero de su marido haciendo una crítica “voyeurista” a la estética modernista del arte de viajar. En el artículo de Itzá A. Zavala-Garrett se analiza el viaje asociado a la rebeldía, al aprendizaje, a la amistad, a la enfermedad y a la muerte en la novela *Antonia* (1989) de la escritora mexicana María Luisa Puga. Las protagonistas son dos jóvenes que viven en Europa a finales de los sesenta, época marcada por la rebeldía juvenil en contra de todo sistema autoritario. Al afrontar el dolor que ocasiona la noticia del cáncer de Antonia y a través de diversas experiencias, la narradora y su amiga redescubren su identidad. Durante este viaje, ambas mujeres cuestionan la represión patriarcal, revaloran su condición femenina e intelectual y sus raíces mexicanas en tierra extranjera.

En el inciso “Escritura femenina como instrumento de cambio” se postula que viaje y escritura han sido válidos instrumentos para lograr transformaciones en la conciencia social colectiva. Pionera en este campo es la portorriqueña Luisa Capetillo a quien Nancy Bird-Soto le dedica un estudio que resalta su activismo en favor de igualdad y justicia y que denuncia la todavía existente esclavitud y explotación de obreros y mujeres en Puerto Rico a finales del siglo XIX e inicios del XX.

El viaje como clave de descubrimiento y de aprendizaje es el tema del artículo de Edith Lomovasky Goel sobre la escritora y diplomática mexicana Rosario Castellanos. Organizado bajo la óptica de dos cronotopos en la vida de la autora y a escritos de ambas épocas, su viaje de estudios a España desde donde escribe

las *Cartas a Ricardo*, y el periodo final de su vida como embajadora en Israel en época de Golda Meier reflejado en sus artículos periodísticos para *El Excelsior* de 1971 a 1974, Goel visualiza el impacto de estos desplazamientos en la visión del mundo de Castellanos. Así su estadía en España le permitió comprender mejor el sistema patriarcal y los conflictos sociales en México y su permanencia en Israel reafirmó su apertura hacia la alteridad, el multiculturalismo y su compenetración con el momento histórico del país anfitrión.

Migración, desplazamiento y exilio reflejan realidades y experiencias humanas que se repiten continuamente en la historia de América Latina. Ida Valencia Ortiz tematiza el rol de la mujer viajera en épocas de las campañas independentistas en la novela *Los emigrados* de Evanjelista Correa del Rincón Soler (1869). A través de su protagonista que se desplaza con su familia por varias ciudades hasta instalarse en la peligrosa selva colombiana, la autora desarrolla su propuesta educativa en torno a las relaciones de género en que quiere liberar a la mujer de su posición subyugada bajo el sistema colonial. Más tarde, en el contexto político del porfiriato, de la Revolución Mexicana y de la Europa de la primera posguerra, Marina Martínez Andrade dedica su minucioso estudio a la escritora, música, traductora y viajera mexicana María Enriqueta Camarillo de Pereyra (1872-1968) que como esposa de un historiador y diplomático del círculo de los “científicos” que rodeaban a Porfirio Díaz le tocó vivir un azaroso destino entre posiciones de poder y el exilio en Europa. El artículo se centra en los libros *Brujas, Lisboa, Madrid* (1930) y *Del tapiz de mi vida* (1931) que reproducen la mirada y reflexiones de una mexicana “ilustrada” acerca de Europa y en particular de España en la primera mitad del siglo XX, lo que incluye la dictadura franquista en la que tanto la autora como su esposo simpatizan con el ala conservadora. El artículo hace hincapié en la contribución de María Enriqueta Camarillo al avance de la educación y derechos de la mujer que “fue fundacional porque abrió brecha, no sólo para ella sino para las futuras mujeres mexicanas, en el campo del arte y de las letras, rompiendo –aun en contra de su voluntad- los estereotipos femeninos de la sociedad decimonónica”. Graciela Michelotti enfoca la temática de desterritorialización unida a la enajenación de identidad que sufren los migrantes en su análisis de la novela *Flores de un solo día* (2002) de Anna Kazumi Stahl, autora de origen norteamericano con ascendencias alemana y japonesa que emigra a Argentina de los 1990s. El ‘translinguismo’ de la autora repercute en la novela y adquiere relevancia política al plantear las dislocaciones geográficas, psicológicas

y lingüísticas que sufren los personajes migrantes cuando buscan afirmarse en una nueva, quizás solo temporaria, identidad.

Cerrando esta sección sobre viaje y la pluma femenina, dos autoras exponen su visión sobre mujer y escritura. Gabriela Ovando conversa con Nélida Piñón sobre el arte de narrar en un recorrido por la obra de ficción de la escritora brasileira. El lograr recuperar la memoria y la invención de mujeres ancestrales a través de sus novelas es también un modo de viajar con la imaginación, así como el sentirse leída es una andanza “por sendas inusitadas”. El texto de la escritora argentina Esther Andrade articula lo que significa vivir en otra lengua, el drama interior y las metamorfosis que conllevan. Se pregunta si el desconocimiento de las normas conduce a un silencio o si ¿quizás sean “el detonante de la creación artística”? El viaje acarrea la confrontación con otros moldes de pensar, con “otro universo del lenguaje”; la escritura es a menudo “el refugio en lo extraño”, sobretodo en el caso del exilio. Por esto con la escritura se podría ‘refundar el planeta’ para que “Babel” sea un jardín sin fronteras en que reine el respecto hacia todas las gentes y sus lenguas.

VI. La construcción de una cultura viajera femenina en la ficción

Sara Beatriz Guardia

Universidad de San Martín de Porres, Perú

La construcción de una cultura viajera femenina en la ficción tiene desde la literatura, pero también desde la historia de las mujeres, una vital importancia para conocer cómo la experiencia de un viaje se puede traducir en el encuentro con el yo creativo y ficcional. Qué se destaca en estos relatos, qué se prioriza, y qué se oculta; también cómo se presenta la realidad inventada desde aquello que se pudo realizar y desde la orilla de todos los deseos no cumplidos.

Los artículos que conforman este capítulo tienen distintos acercamientos a la cultura viajera desde la ficción, como son también distintos los casos y los tiempos. En “Flora Tristán, una viajera histórica del XIX”, Diana Miloslavich, destaca la condición de viajera de Flora Tristán y su influencia en la construcción de su discurso feminista y socialista. *Peregrinaciones de una Paria* (1838), *Paseos en Londres* (1840) y *El Tour de Francia* (1973), constituyen una trilogía de sus relatos de viajera. Cada uno de estos viajes influyó en la construcción de su discurso de manera diferente. Es en su viaje final, en el que recorre varias ciudades francesas entre el 12 de abril y el 22 de octubre de 1844, con el fin de difundir Unión Obrera (1843), que Flora Tristán termina de articular sus discursos y sus propuestas

a través de diálogos – y contradicciones – con obreros, obreras, artesanos, y mujeres. En este viaje de aprendizaje Flora Tristán cierra el círculo de sus viajes y consolida su legado al feminismo y al socialismo.

Romina España Paredes, nos habla de la vida y obra de la viajera inglesa Alice Dixon Le Plongeon (1851-1911), arqueóloga aficionada y escritora, lo que permite aproximarnos a la complejidad de la situación de las mujeres viajeras. Alice, adoptando un discurso literario dirigido a un grupo de lectores poco especializado, publicó una serie de artículos que conforman un libro hoy emblemático para la comprensión del pasado decimonónico del sur de México: *Here and there in Yucatan*. Este ensayo rescata la visión de la viajera, analizando el carácter literario de su obra, así como la extrapolación de una serie de categorías que aplica a su representación utópica de un Yucatán romántico e idílico.

La adquisición de poder y la autoridad discursiva en la novela *La misionera de Teotihuacan*, (1926) de Carmen de Burgos, es analizada por Esther A. Daganzo-Cantens con el propósito de formular una reivindicación feminista, demostrando que los escritos de viajes de mujeres presentan técnicas narrativas diferentes a los producidos por hombres. El mismo hecho de que la protagonista viaje sola significa una ruptura del rol asignado a las mujeres por el discurso patriarcal. A su vez, estudia la dualidad discursiva de los textos de viajeras; femenina por la expresión de todo lo relacionado con su mundo interno y la esfera doméstica, y masculina porque presenta actividades propias de los hombres, como es viajar y mostrarse como un sujeto independiente y responsable de su futuro.

La literatura como recuperación y recreación de una experiencia que de otra forma estaría olvidada, es uno de los aspectos centrales de la ponencia de Patricia Varas, *Pasión por vivir: Alicia Rovira de Arnaud y La isla de la pasión*, sobre el viaje de Alicia Rovira de Arnaud, que se embarcó en 1905 a la Isla de Clipperton, siguiendo a su marido el Gobernador de la isla. Viaje que no representó ni un descubrimiento ni osadía alguna, por el contrario fue travesía obligada. En *La isla de la Pasión*, Laura Restrepo recrea el viaje de un pequeño grupo de mexicanos, de los cuales sólo sobrevivieron once, entre ellos Alicia. Viuda y con una pequeña hija, Alicia demostró una gran voluntad de vivir transformándose en sujeto histórico al grado que su aventura fue novelada.

Un soplo de vida (1977) de Clarice Lispector, es la novela que estudia Gilberto D. Vásquez Rodríguez. Se trata, dice el autor de una narración del alma y del cuerpo, de pulsaciones femeninas en mundo masculino. Ingresar al mundo interior de Clarice Lispector, poético, de profundas meditaciones y de emociones

contradictorias, significa entrar en un silencio como centro de su obra poética. Así, el internamiento en un viaje espiritual implica también el reconocimiento de la angustia, de la nostalgia y del exilio de la palabra. En *Un soplo de vida*, obra póstuma, Clarice Lispector define su escritura “como si fuera para salvar la vida de alguien. Probablemente mi propia vida. Vivir es una especie de locura que la muerte hace. Vivan los muertos porque en ellos vivimos”.

La dolorosa dicotomía que sufren los exilados en un ambiente bicultural-bilingüe en ciudades como Nueva York, Los Ángeles y Miami, está presente en la pieza de teatro de la dramaturga cubana Dolores Prida, *Coser y Cantar. Bilingual Fantasy for Two Women*, (1981), analizada por Mariela A. Gutiérrez. La acción tiene lugar en un departamento de Nueva York y su único personaje es una joven mujer que posee doble personalidad, reflejo de la dualidad en que viven los exiliados para convertirse en un nuevo individuo, bilingüe y bicultural, obligado a reorganizar aunque permanezca fiel a sí mismo. Se trata de una ruptura potencial con su pasado, su patria, sus querencias y afectos, proceso en el que la memoria constituye la única seguridad de no perder su propia identidad.

Lima, 20 de febrero, 2011

VIAJERAS ENTRE DOS MUNDOS

Presentación

Las mujeres nunca estuvieron ausentes de la historia, a pesar de que la historiografía oficial las haya olvidado. Investigadoras(es) han enfocado sus estudios sobre la historia de las mujeres y sus luchas en todos los procesos civilizatorios. Por otra parte, las mujeres han asegurado su lugar como ciudadanas de la vida, del mundo y en la historia misma. A lo largo de la historia hay una relación entre el género y el poder que necesita ser estudiada, desarrollada, reescrito, puesto que la historia tradicional, antropocéntrica e universalizante, creó el mito del sexo débil, de la impotencia femenina y de su dependencia existencial de lo masculino.

Las producciones teóricas relativas a la Historia de las Mujeres se encuentra vinculada al movimiento de renovación de la propia historia que, distanciándose de la historia tradicional de cuño positivista, que se impuso a partir del siglo XIX, hegemonizaba sus preocupaciones en trazar un camino interesado más por las ópticas colectivas que por las individuales, por la evolución de la sociedad que por las instituciones, por los costumbres que pelos acontecimientos, por las colectividades excluidas que por los grandes personajes¹.

La crítica del estatuto marginal en que el enfoque histórico había confiado a las mujeres y la consciencia a la cual la historia de mujeres se proyectaba, sobre todo, en la ausencia y no en el silencio que las envolvía, llevó el movimiento feminista desde la década de 1960 a luchar por la necesidad de visibilizar las mujeres y su protagonismo en la historia. El silencio y la ausencia tendrían que ser quebrados a través de la militancia del movimiento feminista, buscando vi-

1 La utilización que aquí se hace de la expresión “historia de las mujeres” asume y representa algunas de las múltiples corrientes y concepciones existentes en este campo historiográfico desde su significado original hasta las perspectivas teóricas de los estudios feministas, historia del género, no denotando por eso ninguna connotación particular con alguna de las corrientes antes referidas. Es precisamente por la multiplicidad de corrientes y puntos de vista que la Historia de las Mujeres se firma profundamente en el escenario epistemológico contemporáneo. Una semejanza a la opción que fue adoptada, por ejemplo, en la extensa obra *Historia de las Mujeres en el Occidente* dirigida por George Duby y Michelle Perrot.

sibilizar el protagonismo y su marca, borrada por la cultura androcéntrica en el transcurso de los acontecimientos históricos.

Como narrativa, la Historia se constituye en tradición y el canon del cual las mujeres no participaron de forma visible por los caminos tradicionales del quehacer histórico. La teoría feminista tiene por objeto investigar la fundamentación de esta ausencia. Las narrativas históricas que dictan un discurso de “improductividad” a las mujeres, no pueden ser apreciadas, sin la búsqueda por los aspectos que fundamentaron el imaginario social en la historia en aquel período, bien como las representaciones que dictaron, en ciertos contextos históricos, que las mujeres eran seres del silencio por su propia naturaleza o que, en la división del trabajo, tendrían asumido las tareas del cuerpo, de la reproducción, de la casa, de la agricultura, de la domesticación de los animales, del servir-cuidar-nutrir, perdiendo así su capacidad como sujeto.

La historia ha sido, desde siempre, el lugar de la legitimación, del dominio. Virginia Woolf² en su célebre obra: “Una habitación propia” apunta una dimensión profundamente importante sobre la vida de las mujeres: el espacio privado de su cuarto, de las cuatro paredes como espacio constitutivo de identidades, resistencias, sueños, desilusiones, etc. El control y la distribución de la palabra escrita, encargada principalmente a los hombres letrados, los escritores, los cronistas, los historiógrafos, implicó en un uso y abuso del poder simbólico en narrar, relatar, significar determinadas parcelas de la realidad, parcela esa ligada directamente a los triunfos, a las grandes proezas heroicas, con pretensiones de superioridad y obras de gran poder.

La obra “*Viajeras entre dos mundos*”, el cual tengo el privilegio de presentar, nos posibilita el acceso a acontecimientos y diálogos que rescatan una memoria singular para la historia de América Latina de ayer y del presente. Sabemos que en la mayor parte de la historiografía las mujeres aparecen como el “*otro de los agentes históricos*”, como madres o compañeras, relatadas como incapaces de un comprometimiento ideológico o político, sujeto de sus acciones. Ese tipo de concepción, que reitera cierta naturalización de las atribuciones femeninas, no permite la emergencia de la multiplicidad en las relaciones humanas, como también no vislumbra otras posibilidades de existencia, otra historia, aquella de lo posible, porque permanece presa a una lógica esencialista y binaria patriarcal que

2 WOOLF, Virginia. **Um teto todo seu**. Trad. Vera Ribeiro. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1980.

relaciona lo masculino a la historia, a lo político y a la razón y lo femenino con naturaleza, sexualidad, maternidad y emoción; instituyendo los géneros de esta forma, en la memoria y en la historia, como resultados de relaciones de poder y saber patriarcales.

De la misma forma que la teoría pos-moderna y pos-colonialista, las *“viajeras entre dos mundos”* buscan subvertir la cultura dominante, trayendo “otras” voces para la historiografía, aquellas que fueron silenciadas y ocultadas en el discurso dominante oficial, en un acto de crítica y protesta contra el androcentrismo, el colonizador y sus representaciones. Las miradas a lo particular y local, y, por consiguiente, la multiplicidad de las prácticas y significados sociales, ellas llamarán la atención para otras formas de ver y concebir los acontecimientos relativos al cuerpo, las identidades y las relaciones entre los sexos en la historia de América.

En esta obra las mujeres viajantes despliegan experiencias de otras mujeres cuyos papeles y funciones no son compatibles con los padrones cristianos prescriptos y naturalizados para el “sexo femenino”, en la medida en que estaban en el orden de género “incoherente”, escapando a las normas de la inteligibilidad androcéntricas prescriptas para o “sexo femenino”. Las indígenas, como por ejemplo, Francisca Pizarro Yupanqui creaban oportunidades críticas de exponer os límites y los objetivos reguladores de esa inteligibilidad y, consecuentemente, de difundir, en los propios términos de esa matriz de inteligibilidad, matrices rivales y subversivas de desorden de género, poniendo en cuestión la propia noción de “femenino” naturalizada y vehiculada por los discursos europeos.

La historiografía reciente ha recuperado la presencia y acción de las mujeres en campos donde se suponía apenas la existencia de hombres, a partir de las representaciones binarias de género, que frecuentemente vinculan lo biológico a determinadas conductas. El silencio sobre esas mujeres, sean ellas indígenas, negras, afrodescendientes, mestizas, inmigrantes, etc., en grande parte de la historiografía contemporánea hace de la historia una narrativa binaria, donde las mujeres existen apenas en el ámbito privado, reducidas a los papeles de madre y esposa. Al mismo tiempo, los indicios de la presencia y acción de esas mujeres en las luchas contra la opresión y dominación colonial nos permite la construcción de otras representaciones acerca de ellas, más allá de sus cuerpos frágiles, maternos, sumisos y de la división jerarquizada de los papeles sociales. Permiten, todavía la construcción de una historia de lo posible, reveladora de la singularidad y de la diversidad das experiencias vividas por las mujeres en estos cinco siglos

de historia Latino-Americana, abriendo múltiples horizontes para la actuación de las mujeres en sociedad.

Los relatos de viaje de esas mujeres son fuentes privilegiadas para la Historia de América. Esta obra presenta una serie de estudios críticos de renombradas investigadoras sobre la historia y la literatura de viaje, donde acusan la existencia de un público lector ávido por memorias de testigos oculares de realidades pretéritas. Estos relatos, tomados por “historias”, acaban construyendo “otra” narrativa hasta entonces invisible a los ojos de la historiografía oficial. Como testigo ocular de realidades pretéritas, esas mujeres viajeras tienen una posición privilegiada como informante. Además de lo que sus percepciones registran, hay también en sus relatos compilaciones de otras fuentes (primarias y secundarias), material lingüístico, iconográfico, cartográfico y elementos de la tradición oral que componen el conjunto de capítulos que presentamos.

Esta obra trata del relato de viaje como fuente para la pesquisa histórica sin dejar, sin embargo, de relativizar la “objetividad” de esas mujeres viajantes como testigos oculares y sujetos de la historia. Es oportuno reconocer que algunos relatos de viaje contienen una consistencia capaz de resistir al rigor historiográfico. Así, la literatura de viaje de esas protagonistas de la Historia “*entre dos mundos*” costura lo visible a lo invisible, lo real a lo fantástico, lo creíble a lo increíble. Con la reserva de que la escala de percepción varía de una época para otra. O sea: lo que fue real o verdadero en los siglos pasados puede en la actualidad ser interpretado como fruto de representaciones de un imaginario social.

Los textos que componen esta obra fueron elaborados con base en varias fuentes y años de pesquisa. Al tratar sobre las “*viajeras entre dos mundos*” sus editoras y/o compiladoras se valieron, algunos más que los otros, de fuentes orales y manuscritas, documentos de archivos y otros relatos impresos, además de fuentes iconográficas y cartográficas. En los relatos de viaje hay también una combinación particular de realidad y ficción. Muchos factores conscientes o inconscientes, sociales, culturales y religiosos, atrofiaron la visión de esas mujeres. Por eso, a partir de la lectura de estos relatos es posible elaborar una reflexión historiográfica que presupone, entre otros requisitos, un análisis intertextual, desnudando muchas veces las propias representaciones presentes en el semblante y las miradas de esas mujeres. Por otro lado, las narrativas, descripciones e impresiones de esas mujeres viajantes nos permiten ver lo que otros viajantes no observaron, generalmente, por causa de sus anteojos empañados por un imaginario “logofalocentrista”.

En los relatos de las viajantes la Historia de América subyace en las estructuras narrativas. Incluso, la noción de historia subyacente a los relatos de algunas viajantes revela esquemas de percepción, visiones de mundo que predominaron por siglos y que tuvieron cierta continuidad a través del colonialismo sobre las mujeres. En este sentido, el principio de la intertextualidad y el concepto de unidades informativas como unidades de sentido permiten aprehender mejor el relato de viaje como siendo el producto de una red compleja de interacciones dialógicas y narrativas que construyen otras lecturas y tiran del anonimato el “silencio de las mujeres”³.

Las evidencias de historia se inscriben en los relatos de viaje, algunas veces, donde menos se espera. En pasajes pintorescos o descripciones de costumbres sobre los cuales la disección de las mujeres viajantes proporciona significados como en una tela de códigos y sentidos. Pero para que tales evidencias puedan servir para un conocimiento claro y distinto de la historia latinoamericana se torna necesario comparar los textos, estar atento para las convergencias, divergencias, matices, interpelaciones, repeticiones e influencias que permean los relatos de viaje.

Las narrativas que envuelven las “*Mujeres viajeras entre dos mundos*” son pobladas de conspiraciones, pasiones, fusilamientos, abdicaciones, fugas, representaciones, violencias, vivencias... Todavía, ¿cuál es la memoria que se perpetuó? Una de las reflexiones que la obra “*Viajeras entre dos mundos*” nos inspira es la importancia de observar las pocas veces que esas mujeres son recordadas cuando se piensa en la trayectoria política, social y económica de los países pelos cuales ellas vivieron y lucharon. Lo que se encuentra accesible como subsidio para la comprensión de los diferentes papeles de las mujeres en América Latina muchas veces se restringe al olvido, una vez que son pocas las fuentes documentales relacionadas con la actuación femenina, sea en las batallas, en los movimientos sociales, en la literatura, en la política, etc.

Al leer las “*Viajeras entre dos Mundos*”, me encuentro con una historia, de la cual somos herederos(as) y que todavía nos cerca, nos acompaña, nos limita. Pero, en los espacios sociales de las narrativas oficiales, también existió un lugar, otro espacio, dentro del hegemónico, y ese es el de la Historia de las Mujeres. Existió en las profundidades del confinamiento del pensamiento, dentro de los

3 Em el sentido de Michelle Perrot.

muros más sólidos, y tal vez, más intocables, en un territorio marcado por la exclusión de las capacidades de lo humano.

Al concluir esta introducción a la edición brasileña, quiero expresar mi profundo agradecimiento a la Dra. Sara Beatriz Guardia, que posibilitó el acceso y la lectura a tan importante obra dedicada a la Historia de las Mujeres. Hay una amplia historiografía del silencio sobre las mujeres, pero ella es quebrada cuando obras como la que tiene en sus manos permiten visualizarlas, comprenderlas y reconocerlas como sujetos de la historia, como siempre han sido.

Prof. Dr. Losandro Antonio Tedeschi
Laboratório de Estudos de Gênero, História e Interculturalidade – LEGHI
Programa de Pós-Graduação em História – PPGH(mestrado/doutorado)
Universidade Federal da Grande Dourados – UFGD/ BRASIL
losandrotedeschi@ufgd.edu.br

I. Viajeras tempranas. Un registro para la historia



FRANCISCA PIZARRO LA PRIMERA VIAJERA DE LA ELITE INCAICA A ESPAÑA

Sara Beatriz Guardia

La aventura y el viaje siempre fueron vistos como asuntos de competencia masculina; a las mujeres les estuvo prohibido escapar de los roles asignados, salir físicamente del espacio establecido y movilizarse solas. Por ello, la literatura de viajes se inició en América con escritos de exploradores¹, corsarios y piratas. Sin embargo, las mujeres viajaron y mucho. Se aventuraron a través de territorios desconocidos por diversas razones: para esconderse, por compromiso, obligadas, por placer, para estudiar, y escribir. Viajes que no necesariamente significaron un desplazamiento geográfico, sino también una manera de transformar la ideología orientada a restringir su movilidad e independencia².

Este estudio trata del viaje de Francisca Pizarro Yupanqui, nieta del Inca Huayna Cápac, hija de Inés Huaylas, y del conquistador español Francisco Pizarro a mediados del siglo XVI. Viaje largo e intenso desde El Callao hasta Sevilla, desde el imperio vencido hasta España, cuando aún era una potencia colonial.

Antecedentes

En 1532, Francisco Pizarro desembarcó en Tumbes, actual frontera entre el Perú y Ecuador, y poco después inició el ascenso de la cordillera andina con el objetivo de llegar a Cajamarca donde, según informes de Francisco de Soto, confirmados posteriormente por Pedro Pizarro³, se encontraba el Inca Atahualpa. En el mensaje que le envió al Inca, le decía que venía a tributarle respeto, y prosiguió viaje hasta que el 15 de noviembre de 1532 llegó a Cajamarca encontrando

1 Por ejemplo, el libro de Girolamo Benzoni, *La Historia del Nuovo Mondo*, escrita en 1565.

2 En *Women and the journey. The female travel experience* (Washington 1993), se destaca esa mirada hacia el otro viaje, el interno, el que transforma.

3 “Atabalipa estaba en unos baños questan poco más de media legua del asiento de Caxamalca”. Pedro Pizarro. *Descubrimiento y Conquista del Perú*. Lima, 1917, p. 28.

la plaza principal vacía. Más grande “que ninguna de España, toda cercada con dos puertas, que salen a las calles del pueblo. Las calles son de más de doscientos pasos en largo, son muy bien hechas, cercadas de tapias fuertes”⁴.

Al día siguiente, Atahualpa hizo su ingreso a la ciudad rodeado de un importante séquito y “escuadrones con coronas de oro y plata”⁵. Estaba por producirse un violento encuentro entre dos mundos diferentes, y el inicio del dominio español que impuso religión, idioma, costumbres, economía, y cultura⁶. En ese período tanto los vencedores como los vencidos atravesaban por momentos decisivos de su historia. Expulsados los árabes en 1492, los españoles iniciaron una reforma tendiente a afianzar la unificación de los reinos bajo la regencia de los Reyes Católicos. Pacificación interna, reformas económicas y la religión católica promovida por la Inquisición, son algunas de las características esenciales de la constitución de España como nación. Mientras que en el Imperio Incaico a la muerte del Inca Huayna Cápac, la lucha fratricida entre Huáscar y Atahualpa en franca disputa por el poder convulsionó el Tahuantinsuyo, un vasto imperio que abarcó desde el sur de Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, y el noroeste de Argentina hasta Chile.

El registro de este dramático encuentro ha perdurado a través de una documentación principalmente hispana. Pedro Cieza de León, (1550), Juan de Betanzos (1551) y Pedro Pizarro (1571)⁷ fueron los primeros cronistas que recogieron la tradición oral del Imperio. Pero “poco y nada entendían los españoles a los indios, ni los indios de los cristianos”⁸, debido a las diferencias culturales, a lo que se agregaba el escaso conocimiento del idioma quechua, que según Garcilaso era la causa de que el indio entendiese mal lo que el español preguntaba y el español entendiese peor lo que el indio respondía. “Han llegado hombres barbudos en casas por el mar”, “ellos y sus caballos se alimentan de oro y plata”⁹, afirman

4 Francisco de Jerez. *Crónicas de la conquista del Perú*. México, s/f, p. 65.

5 *Ibidem*, Jerez, p. 72.

6 En las encomiendas, institución de origen medieval, el encomendero debía instruir a los indios en la fe católica mediante un sacerdote llamado doctrinero, a cambio de lo cual los indios estaban obligados a pagar un tributo o realizar trabajos. La crítica más dura a este sistema de explotación provino de Fray Bartolomé de las Casas en su obra: *Brevísima relación y destrucción de las Indias*.

7 *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú*. Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España. Madrid: 1844, p. 201.

8 Citado por Luis Resines: *Isabel I de Castilla y América*. Valladolid, 2003, p. 160.

9 En su libro *La ilusión del poder*, Rafael Varón consigna varias declaraciones de testigos direc-

algunos testigos revelando el estupor y desconcierto que suscitó la conquista hispana.

Ante un mundo tan diferente y que no podían comprender, los españoles trasladaron conceptos desconocidos como herencia y legitimidad, e identificaron al Inca con un rey europeo. “Introdujeron en los Andes la noción europea de “monarquía”, que suponía *un* gobernante, lo que es discutido hoy día cuando se aprecia que la organización política andina fue mayormente dualista”¹⁰, una forma de concebir el mundo conformado por unidades contrarias, donde todo tiene principios que luchan entre sí y que se complementan a la vez, “ya que la existencia de cualquiera de ellos es condición para la existencia del otro”¹¹.

En la cultura andina la herencia guardó relación con el poder y la sucesión estuvo definida por dos líneas de descendencia, una masculina y otra femenina¹². Por lo mismo, el poder no fue privilegio masculino sino que también fue ejercido por las mujeres de la elite, las Coyas esposas principales del Inca, y las curacas o gobernadoras¹³. La Coya, fue la mujer de mayor jerarquía, considerada sagrada al igual que el Inca¹⁴, y su elección y posterior unión con él se realizaba a través de complejas alianzas entre las panacas¹⁵, decisivas en la transmisión del poder.

De Quispe Sisa a Inés Huaylas

Mientras desde distintos lugares del Imperio partían hacia Cajamarca miles de toneladas de oro para pagar el rescate de Atahualpa exigido por Francisco Pizarro como condición para su liberación, Quispe Sisa, hija del Inca Huayna Cápac y de Contarhuacho, Curaca de Tocas y Huaylas, se encontraba en el Cusco. Aunque se trataba de una esposa secundaria del Inca, Contarhuacho ocupó una

tos de la conquista (1997, p. 226).

10 Franklin Pease. *Los Incas*. Lima, 1994, pp. 16-17.

11 Roberto Lleras Pérez. Boletín Museo del Oro, No. 47, Bogotá, 2000.

12 Entendidas como relaciones de parentesco patrilineal y matrilineal, según criterios occidentales del siglo XVII. Liliana Regalado de Hurtado. *Sucesión Incaica*. 1993, p. 34.

13 María Rostworowski. “La mujer en la época prehispánica”. Lima, 1988, p. 12.

14 “...a la cual temían e respetaban los señores de la ciudad del Cusco como los demás señores de toda la tierra como a su tal reina e señora principal de todos ellos”. Los cronistas coinciden en otorgarle un lugar de privilegio a la esposa principal del Inca. Véase, entre otros a Juan Diez de Betanzos. *Suma y narración de los Incas*. Madrid, 1987. p. 79.

15 Panaca: linaje o grupo integrado por descendientes y parientes de la nobleza y del Inca. Cuando el Inca asumía el mando formaba una nueva panaca.

posición de privilegio, y como Curaca “poder y mando político, económico y administrativo”¹⁶.

No se tiene fecha precisa de cuando llegó Quispe Sisa a Cajamarca a visitar a su hermano ni la razón de su presencia. Pero lo cierto es que suscitó el interés del conquistador, y probablemente para ganarse la simpatía de Pizarro, Atahualpa la entregó. Poco después, Quispe Sisa fue bautizada con el nombre de Inés Yupanqui Huaylas, más conocida como Inés Huaylas. Atahualpa también estaba acompañado por Cuxirimay Ocllo, destinada a ser Coya, su esposa principal, “una india señora muy hermosa que después de bautizada la llamaron Angelina Yupanqui”¹⁷, y por quien Pizarro se sintió atraído, aunque en ese momento no se atrevió a cortejarla.

En el momento de unirse a Inés Huaylas, Pizarro tenía 56 años¹⁸ mientras que ella era una adolescente de quince años, si aceptamos que su fecha de nacimiento oscila entre 1516 y 1517¹⁹. Tuvieron dos hijos: Francisca (1534), y Gonzalo (1535). La convivencia entre Pizarro e Inés Huaylas coincide con el período más trágico para los conquistadores: el levantamiento de Manco Inca. Durante el sitio al Cusco, las cuatro expediciones que envió Francisco Pizarro para socorrer a sus hermanos fueron derrotadas, y los rebeldes iniciaron la marcha hacia Lima desde el norte, centro y sur. Después de varios enfrentamientos, el 18 de agosto de 1536, Lima quedó sitiada por un numeroso ejército al mando del general Kisu Yupanqui.

Pero la unión de Inés Huaylas con Pizarro tendría consecuencias funestas para el movimiento insurreccional de Manco Inca. Varios documentos indican entre las principales causas de la derrota de Manco Inca, la importante fuerza enviada por Contarhuacho en apoyo de los conquistadores²⁰. “Fue Contarhuacho quien informó a Pizarro de la sublevación indígena de Manco Inca en 1536. Más aún, estas fuentes aseguran que el sitio impuesto por la resistencia imperial incaica sobre Lima se levantó a causa de los diez mil indígenas que envió Contarhuacho desde Huaylas”²¹.

16 Waldemar Espinoza Soriano. “Las mujeres secundarias de Huayna Capac. Dos casos de señorialismo feudal en el Imperio Inca”. Revista del Museo Nacional. Lima, 1978, pp. 252-253.

17 Alonso Borregan. *Crónica de la conquista del Perú*. Sevilla, 1948, p. 86.

18 Todo indica que Francisco Pizarro nació en 1478.

19 María Rostworowski. *Doña Francisca Pizarro. Una ilustre mestiza 1534-1598*. Lima, 1989, p. 17.

20 Véase: Edmundo Guillén. *La Guerra de la Reconquista Inka*. Lima, 1994.

21 Varón. Ob. Cit., 1997, p. 253.

Distinta fue, sin embargo, la conducta de Asarpay, hija también de Huayna Cápac. Después de la muerte de su hermano, Tupa Hualpa, y decidida a no caer en manos de los españoles huyó a Cajamarca, donde fue apresada y enviada a Lima. Francisco Pizarro la alojó en su casa probablemente con la intención de utilizarla en una negociación futura. Frente una mujer de mayor jerarquía, y que podía desempeñar un rol destacado en futuras alianzas de la nobleza incaica con los conquistadores, Inés Huaylas la acusó “de conspirar contra los españoles y sin mayor juicio, ni razones, Pizarro ordenó que se le aplicasen garrote en la misma pieza donde se encontraban reunidos”²².

Francisca Pizarro: Viajera entre dos mundos

Aunque no tenemos una fecha exacta del nacimiento de Francisca Pizarra Huaylas, se calcula que se produjo a fines de diciembre de 1534 en Jauja. Pizarro que el 23 de marzo de ese año había “fundado” la ciudad del Cusco, se dirigió a Jauja donde se encontraba Inés Huaylas después de enviar a su hermano Hernando Pizarro a España con la quinta parte del botín que le correspondía a la corona.

Su bautizo como corresponde al rango de la hija del conquistador y nieta del Inca Huayna Cápac, fue celebrado con pompa y regocijo en la antigua plaza de Jauja²³, “teatro de festividades públicas, en la que los conquistadores a caballo se ejercitaron particularmente en el juego de las cañas en ese entonces muy apreciado en España”²⁴ Estuvieron presentes las primeras españolas que llegaron al Perú, Isabel Rodríguez, Francisca Pinelo, esposa del conquistador Rui Barba, Beatriz García, esposa del veedor García Salcedo, María de Calderón, y la cuñada de Pizarro, Inés Muñoz, que jugó un papel importante en la vida de la niña.

Poco después, Francisca inició su primer viaje con sus padres rumbo a la costa, donde el 18 de enero de 1535, Pizarro fundó la ciudad de Lima que desplazaría más tarde a Jauja como capital del Perú. Durante los dos años de viajes seguidos que realizó Pizarro estuvo acompañado en buena parte por Inés Huaylas, cuya presencia ha debido tener un significado particular para la población indíge-

22 Rostworowski, *Doña Francisca*. Ob. Cit. 1989, p. 28.

23 Data de esa fecha una iglesia que todavía existe en el distrito de Sausa. La ciudad de Jauja fue fundada el 25 de abril de 1534 y declarada capital del Perú por Pizarro.

24 Bernard Lavallé. *Francisco Pizarro. Biografía de una conquista*. Lima, 2006, p. 163.

na. Miles de kilómetros por caminos contruidos por los Incas para recorrerlos a pie o en llama, pero difíciles para los caballos que se caían y atascaban²⁵.

Francisca fue legitimada por el Emperador Carlos V, el 27 de marzo de 1536, y su hermano Gonzalo por Real Cédula, el 10 de octubre de 1537²⁶. Su infancia transcurrió en un clima de violencia por la sublevación de Manco Inca, y las conspiraciones y traiciones de los españoles en pos de riqueza y poder. A los cuatro años de edad fue separada de su madre cuando en 1538 Pizarro decidió contraer matrimonio con Angelina Yupanqui²⁷, y la entregó a su ayudante Francisco de Ampuero con quien contrajo matrimonio civil y religioso²⁸. A partir de ese momento, Francisca y Gonzalo quedaron al cuidado de Inés Muñoz, esposa de Francisco Martín Alcántara²⁹, medio hermano de Pizarro, y fueron educados expresamente con los patrones culturales de los conquistadores: la religión católica como elemento central, el idioma español en reemplazo del quechua, usos y costumbres hispanos como el gusto por el clavicordio y la música de entonces.

En esos años, las desavenencias entre Almagro y Pizarro se fueron acentuando hasta la guerra abierta entre los partidarios, que terminó con el triunfo de Gonzalo Pizarro en la Batalla de las Salinas el 26 de abril de 1538. Vencido Diego de Almagro, permaneció varios meses en prisión y durante este tiempo fue visitado con regularidad por Hernando Pizarro quien le prometió analizar su situación

25 Pedro Cieza de León. *La crónica del Perú*. México, s/f, p. 344.

26 El reconocimiento de los derechos de la nobleza incaica estuvo impulsado por consideraciones e intereses políticos y económicos. Según Real Cédula del 1 de octubre de 1543, se legitimó a los descendientes del Inca Huascar, y por Real Cédula del 9 de mayo de 1545, a los hijos del Inca Huayna Cápac. Incluso, la Real Cédula del 22 de marzo de 1697, equiparó a los descendientes de familias de la nobleza incaica con los hidalgos castellanos, otorgándoles el derecho a ejercer puestos, usar escudos de armas, y por Real Cédula del 26 de marzo de 1698, a utilizar el tratamiento honorífico de “Don”, y a las mujeres de “Doña”.

27 Aunque estuvo destinada a ser la esposa principal de Atahualpa, Angelina no contaba con patrimonio ni influencia. Por ello los dos hijos que tuvo con Pizarro: Francisco y Juan (que murió siendo niño) fueron reconocidos pero no tuvieron acceso a la herencia. A la muerte de Pizarro, Angelina se casó con el cronista español, Juan de Diez de Betanzos, y su hijo Francisco fue llevado a España en 1551. Tampoco los hijos de Inés Huaylas con Francisco de Ampuero: Martín, Alonso e Isabel, gozaron de mayores privilegios.

28 De esta unión nació Martín de Ampuero Yupanqui (1539) que llegó a ser Regidor del Cabildo secular de Lima, y nombrado por Francisca Pizarro encargado de velar por sus intereses en el Perú.

29 El 2 de octubre de **1535**, Francisco Pizarro complacido por el trabajo de su hermano Martín de Alcántara y de su esposa Inés Muñoz, les entregó una rica encomienda en el pueblo de Mancha.

cuando llegara de España Francisco Pizarro, en razón de la larga amistad que los había unido. Pero fue sentenciado. Hernando Pizarro le comunicó la condena, y respondió a sus ruegos de perdón que la muerte era algo natural por lo que todos teníamos que pasar tarde o temprano³⁰. Lo que motivó aún mayor encono en las filas almagristas más aún si tenemos en cuenta que fue condenado a la pena del garrote y el 8 de julio de 1538 “su cabeza fue colocada en la picota, en la misma imperial ciudad cusqueña cuya posesión tanto y tan vanamente había ansiado”³¹.

Tres años después, el 26 de junio de 1541, Almagro el Mozo vengó a su padre. Irrumpió en la casa de Francisco Pizarro, lo asesinó, y se proclamó gobernador. También fue asesinado Francisco Martín Alcántara³², y personas allegadas, marcando así el término de diez años de gobierno de Pizarro en el Perú. Francisca, que entonces tenía siete años, quedó huérfana siempre al cuidado de Inés Muñoz, a quien Porras Barrenechea califica como una de las mujeres más valientes de su época³³. Era la española de más ascendencia, de fuerte personalidad, inteligente y piadosa. Durante la travesía en barco de España había perdido a sus dos pequeños hijos, y es probable que ese fuera un motivo más por el que Pizarro le entregó sus hijos cuya presencia la ayudaron a vivir.

En su testamento (1537), Pizarro encargó la tutoría de sus hijos a Francisco Chávez y a Diego Mejía de Prado en España, y en el Perú a Francisco Martín de Alcántara. Posteriormente incorporo a Hernando Pizarro. Es significativo su

30 Lavallo. Ob. Cit. p. 205.

31 Aurelio Miró Quesada. *El Inca Garcilaso*. Madrid, 1948, p. 19.

32 En carga dirigida al rey, Inés Muños cuenta que su esposo falleció “en la defensa y muerte del marqués, su hermano, quando los mataron la gente de don diego de Almagro y a mí me robaron mi casa y hazienda e me desterraron deste reyno y me enviaron fuera del en un navio con los hijos del marqués...”. Vargas Ugarte. *Un monasterio limeño*. Lima, 1960 pp. 119-122, citado por Patricia Martínez i Alvarez. *La libertad femenina de dar lugar a dios*. Lima, 2004.

33 La travesía por mar y lo que esto significó para las mujeres es un tema de reciente estudio, cf. Emma Serra Santana. “Mito y realidad de la emigración femenina española al nuevo mundo en el siglo XVI”, en *Femmes de Amériques*. Travaux de l'Université de Toulouse-Le Miral, Francia, 1986. Según la documentación emanada del control efectuado por la Casa de la Contratación entre 1514 y 1579, llegaron a Perú 7.451 mujeres (entre casadas, solteras y viudas), de las cuales se dice que 4.266 viajaron “solas” (los datos proceden de Miguel Ángel Fernández González (comp.): *Catálogo de pasajeros a Indias (1514-1566)*, vols. I-IV, AGI/Espasa Calpe, Madrid, 1940; Luis Romera Iruela y M^a del Carmen Gomis Díez (comp.): *Catálogo de pasajeros a Indias, siglos XVI, XVII y XVIII (1567-1577)*, vol. V, AGI/Ministerio de Cultura/Imprenta Ed. de la Gavidia, Sevilla, 1980; y M^a del Carmen Gomis Díez (comp.): *Catálogo de pasajeros a Indias, siglos XVI, XVII y XVIII (1578-1585)*, vol. VI, AGI/Ministerio de Cultura/I. Ed. Gavidia, Sevilla, 1986).

silencio frente a Inés Huaylas, a quien no la menciona ni como mujer ni como madre de sus hijos; mucho menos heredera de su inmensa fortuna repartida en todo el Perú. Poseía casas, minas, huertos, ingenios, ganado, navíos, encomiendas, repartimientos en Huaylas, Lima, Chuquitanta, Atabillos, Huaura y Yucay. A la muerte de Pizarro, Hernando se encontraba en España y los demás tutores murieron con él o en un periodo cercado. Ese fue el momento más crítico para Francisca y Gonzalo, y aquí cobra particular importancia Inés Muñoz. Fue ella quien ante el peligro que corrían los niños los escondió en la casa del veedor García de Salcedo³⁴, y que en el peor momento de la convulsión social y política los llevó al encuentro en Quito de Cristóbal Vaca de Castro, enviado por la corona para poner orden en los bandos de Pizarro y Almagro.

Mientras se calmaba la situación, Inés Muñoz y los hijos de Pizarro vivieron sucesivamente en Tumbes, Piura y Trujillo³⁵. Solo cuando Almagro el Mozo fue apresado y decapitado en el Cusco en 1542, emprendieron el retorno a Lima. Para entonces, Vaca de Castro, presidente de la Audiencia de Lima, ya los había despojado de parte importante de su herencia, lo que originó un largo proceso de litigios, que inició el 12 de mayo de ese año, Juan Barbarán, tutor legal de los niños, cuando presentó una solicitud para adecuar el patrimonio de los hijos de Pizarro, por cuanto el anterior documento se había hecho en tiempos de Diego de Almagro “con jueces incompetentes”³⁶.

Cuando Gonzalo Pizarro llegó a Lima se hizo cargo de los hijos de su hermanastro Francisco y de su inmensa fortuna. Todo indica que existió una relación de gran afecto entre Francisca, entonces de doce años, y su tío Gonzalo, más aún si se tiene en cuenta que en ese período murió su pequeño hermano Gonzalo. La calma, sin embargo, duro muy poco. En 1544, hizo su entrada triunfal a Lima el primer virrey Blasco Núñez de Vela. Considerándolo un usurpador, Gonzalo Pizarro encabezó una rebelión contra él y contra la promulgación de nuevas leyes (1542) que intentaban suprimir la encomienda perpetua, base de la riqueza de los conquistadores. Contó con el apoyo de la Audiencia de Lima, pero después ésta reconoció al virrey. En represalia, Gonzalo Pizarro disolvió la Audiencia, y apreso a Blasco Núñez de Vela en la Isla de San Lorenzo que fue

34 Archivo General de Indias (en adelante AGI), Escibanía 496-A, ff. 696v697.

35 Inés Muñoz heredo encomiendas otorgadas por Pizarro a su esposo. Cuando Vaca de Castro llegó a Lima en mayo de 1542, la despojó del repartimiento de Huánuco.

36 AGI, Escibanía 496-A ff. 1250-128v.

utilizada durante la colonia como prisión³⁷. Desterrado en Quito, Blasco Núñez de Vela formó un ejército enfrentándose a Gonzalo Pizarro en Alaquíño en 1546, donde fue asesinado. Fue así que éste se apoderó del virreinato del Perú, conquista en la cual gastó parte importante del patrimonio de su sobrina Francisca, convertida a la muerte de su hermano en la mujer más rica del virreinato del Perú.

Los años siguientes Francisca vivió en casa de Inés Muñoz que entonces se había casado con Antonio de Ribera, hombre leal a Pizarro³⁸, tal como consta en un documento fechado el 26 de junio de 1547, donde señala haber tenido a Francisca en su casa y haber cuidado de ella. Pero el destino de esta adolescente de 14 años cambió radicalmente en 1548 con la llegada a Lima del clérigo Pedro de La Gasca, miembro del Consejo de la Inquisición y enviado por la corona para neutralizar el poder de Gonzalo Pizarro, que se negaba someterse a su autoridad. De La Gasca le declaró la guerra, lo venció en batalla de Xaxahuana, y poco después lo ejecutó en abril de ese año.

Nuevamente Francisca se había quedado con Inés Muñoz como único apoyo. En su crónica: “Una excomunió famosa”, Ricardo Palma³⁹, cuenta que Ribera era dueño de una huerta conocida con el nombre de Huerta perdida, donde cultivaba higos, melones, naranjas, pepinos, duraznos y demás frutas desconocidas hasta entonces en el Perú. A su muerte, Inés Muñoz, fundó en 1573 el monasterio de la Concepción y tomó el velo de monja donando toda su fortuna⁴⁰. Está enterrada en esta iglesia con un epitafio que dice: “Aquí yace Doña Inés Muñoz, fallecida el 3 de Junio de 1594. Benefactora de esta congregación y bendecida por la gracia de Nuestro Señor”. Cerca de su sepulcro se lee:

Este cielo animado en breve esfera
depósito es de un sol que en él reposa,
el sol de la gran madre y generosa
doña Inés de Muñoz y de Ribera.
Fue de Ana-Guanca encomendera

37 También los piratas la usaron como base para atacar al Callao.

38 De ese matrimonio, Inés Muñoz tuvo un hijo que murió joven.

39 Ricardo Palma. *Tradiciones Peruanas*. Lima, Tomo II, s/f, p. 116.

40 A la muerte de su esposo Inés Muñoz fue nuevamente despojada de su fortuna. Su hijo había muerto y Francisca estaba muy lejos. Fundó el Convento de la Concepción de la Madre de Dios, cuando tenía ochenta años y estaba casi ciega.

de don Antonio de Ribera esposa,
de aquel que tremoló con mano airosa
del Alférez Real la real bandera

Posteriormente, la corona se apoderó de parte importante de la herencia de Francisca Pizarro, y pronto de La Gasca preparó el terreno para deshacerse de la incomoda presencia de la descendiente de Francisco Pizarro, “un reto de Estado más delicado y complejo que todo lo demás”⁴¹. Primero devolvió la tutoría de Francisca y de la hija de Gonzalo Pizarro, a Antonio de Ribera, y notificó al rey sobre la conveniencia de alejarlos del Perú. Así, por Real Cédula del 11 de marzo de 1550, se ordenó el traslado de Francisca Pizarro a España. Por la documentación existente, sabemos que la joven de 16 años solicitó a la Audiencia de Lima retrazar su viaje a fin de obtener algún beneficio de sus bienes: “sería muy gran daño y perjuicio para mis bienes y hacienda que al presente me partiese para los dichos reinos a causa que tengo bienes derramados en diversas partes y lugares”⁴², escribe. Una vez obtenida la petición, Antonio de Ribera, “procedió a la apresurada venta de numerosas propiedades que aún tenía Francisca, las de mayor valor un solar y casa en Lima, una chacra en Chuquitanta, seis solares, dos solares en Arequipa, así como objetos de valor”⁴³.

Pocos meses antes de viajar, como se estilaba en la época, hizo testamento el 17 de marzo de 1551 otorgando un donativo de 5,000 pesos de oro para construir en la Iglesia Catedral una capilla en la que deberían reposar los restos de su padre⁴⁴, así mismo, limosnas a los indios de sus encomiendas en Huaylas, Lima y Chuquitanta, y pagó a Antonio de Ribera una deuda de Gonzalo Pizarro, señalando expresamente que tomaba esa decisión, “por amar como amé y quise mucho al dicho mi tío Gonzalo Pizarro, porque aunque gastara de mis bienes mas de los que pudo gastar lo hubiera tenido yo por bien”⁴⁵. Entregó cuatro mil ducados de oro a Inés Muñoz, la tercera parte de sus bienes a Francisco Pizarro, hijo de Angelina Yupanqui, y de manera escueta nombró heredera de todos sus bienes

41 Álvaro Vargas Llosa. *La mestiza de Pizarro*. Madrid, 2003.

42 AGI, Escribanía 496-A, f. 451.

43 Varón. Ob. Cit., p. 151.

44 Hugo Ludeña. “Don Francisco Pizarro. Un estudio arqueológico e histórico”. Boletín de Lima, No. 4, enero de 1980, p. 16.

45 Rostworowski. Ob. cit., p. 90.

a su madre, Inés Huaylas. Designó a Hernando Pizarro su albacea en España y a Antonio de Ribera en el Perú, y se preparó para partir dejando para siempre todo aquello que había conformado su vida hasta entonces, sobre todo a Inés Muñoz que reemplazó a la madre que nunca tuvo.

España como destino

En el siglo XVI un viaje del Virreinato del Perú a España tomaba alrededor de seis meses e implicaba una serie de peligros. Algunas referencias del gran riesgo que se corría en estos viajes se advierte en el diario de Colón del 14 de febrero de 1493: “Esta noche creció el viento y las olas eran espantables, contraria una de otra, que cruzaban y embarazaban el navío que no podía pasar adelante ni salir de entremedias de ellas y quebraban en él”⁴⁶. Se partía de El Callao haciendo varias paradas en la costa norte hasta llegar a Panamá, desde donde se pasaba del Océano Pacífico al Atlántico luego de atravesar el istmo hasta llegar a Portobello, puerto rodeado de los fuertes de Santiago y San Jerónimo construidos para protección de piratas. De allí se proseguía viaje con dirección a La Habana, para después navegar rumbo al canal de las Bahamas, pasar cerca de las Bermudas, y arrumbar hacia a las Azores donde se hacía escala. El viaje continuaba hacia la costa del Algarve y el cabo de San Vicente, y de allí hacia la desembocadura del Guadalquivir en Sanlúcar de Barrameda y ascender hasta Sevilla.

El tráfico comercial indiano estuvo controlado por la Casa de Contratación de Sevilla fundada en 1503, y por el Consulado de Mercaderes de Sevilla (1543). Según los cálculos efectuados por diferentes estudios, entre 1521 y 1600, la plata traída a España ascendía a unas 17.000 toneladas y 181 toneladas de oro, cifra a la que habría agregar el contrabando de metales preciosos y los naufragios. En todo el reino del Perú, escribe Cieza de León, “hay oro y plata que sacar para siempre jamás; porque en las sierras y en los llanos y en los ríos, y por todas partes que caven y busquen, hallarán plata y oro”⁴⁷.

A mediados de abril de 1551, Francisca Pizarro partió en el barco “La Graciosa”, rumbo a España⁴⁸. Tenía 17 años, era dueña de una inmensa fortuna

46 Citado por Patricia Licini en: *Cartografía e Historia Natural del Nuevo Mundo*. Valladolid, 2006, p. 106.

47 Cieza de León. Ob. Cit., p. 479.

48 La fuente documental del viaje de Francisca Pizarro incluye los siguientes libros: María Rostworowski. *Doña Francisca Pizarro. Una ilustre mestiza 1534-1598*; AGI, Escrivanía 496-A, ff.

y estaba sola frente a su particular destino. El viaje le fue encomendado al esposo de su madre, Francisco de Ampuero, y la acompañaron, Inés (su medio hermana e hija de Ampuero), Catalina de La Cueva, su aya, y el mayordomo de su padre, Francisco Hurtado de Encina. Antes de partir, Antonio de Rivera le entregó a Francisco de Ampuero: 10,700 pesos de oro, 59 marcos de plata labrada sin quintar, 10,638 barras de plata marcada y quintada, destinados al viaje. En una carta que le dirigió Francisca Pizarro a Rivera le pide que le envíe lo que había dejado en su casa, y enumera: “una colección de tapices de Flandes, valorada en 100 ducados; una colección de imágenes, entre las que destacan una Asunción de alabastro, un Cristo con la cruz, un niño Jesús grande y una imagen de bulto de Nuestra Señora; diecisiete cuadros flamencos con sus marcas de palo viejo; diecisiete tapices con motivos de bosque y montería; y otros objetos, no menos relevantes: joyas, candelabros de plata, vajilla de plata blanca, sedas y terciopelos bordados de oro, sillas de atauja, arquetas con taracea y un criterio de nogal, grande y “viexo”⁴⁹.

La primera escala que hizo el barco fue en Guañape, poblado ubicado en el Valle de Virú en la costa norte de Perú. Pasó luego a Trujillo y a Paita. Es probable que durante estas escalas Francisca haya permanecido en el barco puesto que no era prudente que se conociera que la nieta del Inca Huayna Cápac viajaba exilada a España. Tampoco los barcos podían maniobrar fácilmente en playas sin puertos aparentes. Entonces los barcos tenían por lo general 400 toneladas de arqueo para poder subir por el río Guadalquivir remontando la barra de Sanlúcar de Barrameda, y según ordenanza de 1522, debían navegar en grupo para darse mutua protección ante el acecho de piratas y corsarios en pos de las miles de toneladas de oro y plata que llevaban.

Viaje largo y pleno de incomodidades, aunque Francisca tuvo desde el comienzo un dormitorio acondicionado especialmente para ella. Algo bastante particular si tenemos en cuenta que las condiciones de estos viajes eran de incomodidad por el reducido espacio destinado a los pasajeros. En un memorial enviado al capitán Iñigo Locoya se especifica: “Ninguna nao mercante había de llevar cámaras, sino son las dos de popa alta y baja, en las cuales o en cada una de

696v697; Álvaro Vargas Llosa. *La mestiza de Pizarro*. Madrid; XXXII Coloquios Históricos de Extremadura: homenaje a la memoria de Doña Francisca Pizarro Yupanqui, 2004.

49 Luis Vázquez. “Inventario de los bienes de la Ilustre Mestiza Doña Francisca Pizarro”, Actas XXII Coloquios Históricos de Extremadura, Trujillo, 1996, pp. 467-479.

ellas podrían ir todas las mujeres que van en cada nao, e iría mejor y más seguras del decir de las gentes”⁵⁰. El 2 de mayo llegó el barco a Panamá, donde permaneció hasta el 9 de junio. Fue en esta ciudad donde Francisca Pizarro por primera vez pudo realizar gastos personales. Compró ropa, alimentos, y otorgó limosnas, en clara demostración del inicio de una nueva vida en la que podría de manera independiente disponer de su fortuna. Esto no hubiera podido ocurrir en Lima por el tutelaje, las presiones políticas, el clima de inestabilidad, y el peligro que siempre la rodearon. En esa perspectiva, el viaje representó para ella un elemento de liberación y transformación personal.

Después partió a La Habana, ciudad en la que se quedó del 26 de junio el 9 de julio. No desembarcó en las Azores, y prosiguió viaje a Sanlúcar de Barrameda, donde llegó en setiembre, y luego después de seis meses de viaje arribó a Sevilla. Aunque no existe documentación que nos aproxime al impacto que significó España para la joven, la ciudad de Sevilla ha debido sorprenderla gratamente sobre todo si se tiene en cuenta que estaba asimilada a la cultura española, puesto que había vivido y se había educado en un ambiente hispano. En Sevilla recibió una carta del rey Felipe II en la que le preguntaba dónde quería residir, y mientras decidía la respuesta, gastó una considerable suma: 72,972 maravedíes en ropa, 17,750 maravedíes en joyas; además, vajilla de plata para su servicio.

Pronto, su tío y tutor, Hernando Pizarro, le ordenó dirigirse a Medina del Campo donde llegó a fines de octubre de 1551. En realidad, su destino ya estaba trazado. Ambicioso y calculador, Hernando Pizarro la reclamó al Castillo de la Mota donde se encontraba prisionero cumpliendo condena por el asesinato de Diego de Almagro⁵¹. Planeó cuidadosamente la llegada de Francisca, alejando definitivamente a Isabel Mercado, una mujer noble pero empobrecida con la que había vivido cinco años y con la que tuvo dos hijos que murieron de niños⁵². La envió al monasterio de beatas de la Orden de Santo Domingo en Medina del Campo pagando para ello la dote preceptiva.

50 AGI. Indiferente General, 2673. Citado en María del Carmen Pareja Ortiz. *Presencia de la mujer sevillana en Indias: vida cotidiana*. p, 32.

51 Fue condenado a veinte años de prisión en 1540. Pasó algunos meses en el Alcázar de Madrid, y el tiempo restante en el Castillo de la Mota de Medina del Campo donde llegó los primeros días de junio de 1543.

52 Solo sobrevivió su hija Francisca, nombre que se repite permanentemente en la familia Pizarro.

Francisca Pizarro se caso a mediados de 1552 con Hernando Pizarro. Tenía 18 años y su tío y esposo que frisaba los cincuenta debió solicitar dispensa a Roma para contraer matrimonio con su sobrina pese a la promesa hecha a Isabel Mercado. Era un hombre fuerte, por las descripciones de Pedro Pizarro, tenía buen rostro, era animoso, y en 1534 había recibido del rey el hábito de Santiago en recompensa por el importante cargamento de oro que trajo de Indias. Vivieron juntos en el Castillo de la Mota nueve años, hasta la liberación de Hernando el 17 de mayo de 1561⁵³. Tuvieron cinco hijos: Francisco, Juan, Gonzalo, Inés e Isabel. Gonzalo e Isabel murieron en la infancia; Inés murió recién casada, y posteriormente Juan.

Al frente de la administración de los bienes de Francisca, Hernando Pizarro diseñó una exitosa estrategia en defensa de su patrimonio bastante mermado por los gastos realizados por Gonzalo Pizarro y la codicia de la corona⁵⁴. Inició todos los juicios que fueron necesarios; reemplazó a los tutores nombrados en el Perú por personas de su confianza; acudió a los tribunales donde se habían entablado juicios contra la familia Pizarro cuestionando la legitimidad de sus propiedades, y nombró a Martín Alonso con la misión de recuperar el patrimonio familiar. En 1553, una parte importante de las propiedades, encomiendas y bienes había sido recobrada.

El otro viaje

¿Cómo sería la vida de Francisca Pizarro Yupanqui en el Castillo de la Mota? La ciudad de Medina del Campo había sido residencia de reyes y nobles castellanos. Allí nacieron Fernando de Antequera, Alfonso V de Aragón y Juan II de Navarra, y fue la villa predilecta de Isabel la Católica, donde otorgó testamento y vivió los últimos años de su vida. San Juan de la Cruz, Santa Teresa de

53 Aunque todo indicaba que Hernando Pizarro estuvo preso por la muerte de Diego de Almagro, estudios recientes revelan que su mayor delito fue liberar a Manco Inca, lo que significó para los españoles tener que enfrentar numerosos levantamientos.

54 Un ejemplo de la complejidad de la relación de los conquistadores con la corona es la carta de Lope de Aguirre dirigida a Felipe II. En 1559, el virrey Andrés Hurtado de Mendoza intentó deshacerse de soldados revoltosos, al darse cuenta de sus intenciones, Lope de Aguirre se rebeló contra la corona y le envió una carta al rey poco antes de morir preso en el pueblo El Tocuyo de Venezuela, el 17 de diciembre de 1561.

Jesús, Bernal Díaz del Castillo, Garci Rodríguez de Montalvo y el marqués de la Ensenada vivieron en la fortaleza⁵⁵.

El Castillo de la Mota, que debe su nombre a la voz *mota*, que significa poca altura, fue reconstruido por Alfonso VIII, y renovado por los Reyes Católicos. Aquí se discutió la probanza de Beltrán de la Cueva y fue sitiado varios meses por los enemigos de Enrique IV. En sus recintos estuvo alojada Juana la Loca con su madre la Reina Isabel, y posteriormente se convirtió en prisión. En el Castillo de la Mota estuvieron presos personajes famosos como Blanca de Borbón por orden de su esposo Pedro I el Cruel (1354), Don Pedro Tenorio, el Arzobispo de Toledo encarcelado por Enrique III (1392), Fradique de Luna por orden del rey de Castilla (1434), el duque Fernando de Calabria (1502), y César Borgia que huyó gracias a la ayuda del conde de Benavente (1506).

No era precisamente un hogar. Se trata de una fortaleza defendida por dos torreones, un muro fortificado, y la elevada torre, con corredores subterráneos que atraviesan la fortaleza, un foso y el puente. El ingreso por el Patio de Armas da a una puerta gótica, obra de un artista árabe. Amplias habitaciones de techos altos y abovedados, anchas escaleras con pasamanos de madera tallada. Un sobrio y elegante Salón de Honor rodeado de arcos y pasadizos, y una Capilla, en cuyo altar mayor están Santa Teresa de Jesús, San Isidro, y la Virgen de la Rosa. Pero los prisioneros no vivían en esta parte del castillo, sino en la torre, a la que se accede a través de estrechas y altas gradas hasta llegar a una gran habitación circular rodeada de ventanas. Probablemente uno de los pocos atractivos de los largos días, extremadamente fríos en invierno y muy calurosos en verano de esta tierra castellana, era mirar por la ventana el amplio horizonte en espera de distinguir el polvo que levantaban los caballos y los carruajes anunciando novedades del mundo de afuera.

Vivieron juntos en la Mota nueve años hasta la liberación de Hernando el 17 de mayo de 1561, fecha en que viajaron a Trujillo donde se instalaron en un palacio ubicado en La Zarza⁵⁶. Pronto Hernando Pizarro viajó a Madrid para otorgar poder jurídico a su mayordomo, Antonio de Figueroa, a fin de que venda algunas propiedades de Francisca en Lima y el Cusco con la indicación expresa que el pago fuera al contado. El documento está firmado el 13 de agosto de

55 Antonia Ortolá Noguera. *El Castillo de la Mota de Medina del Campo*. 2001, p. 15.

56 En 1629 cambió de nombre por Conquista de la Sierra por su vínculo con la familia Pizarro.

1565⁵⁷ y figuran como testigos: Felipe Fontes, Bartolomé González Carrasco y Pablo Pérez, criados de Pizarro, ante el escribano Francisco Hortiz⁵⁸. El 30 de agosto Hernando Pizarro volvió donde el notario Francisco Hortiz para otorgar un nuevo poder a Antonio de Figueroa, y que proceda a vender casas, tierras, huertas y tiendas en Lima y Arequipa⁵⁹. El 10 de setiembre, Pizarro otorgó el tercer poder a su criado Marcos Díez para que compre un terreno o casa en Trujillo o en el Maestrazgo de Santiago⁶⁰, y el 25 de setiembre del mismo año, otro poder para que Sebastián Rodríguez, procurador real de las Indias, pueda vender más casas y propiedades⁶¹.

Lograron así recibir una cuantiosa fortuna que sirvió para subvencionar la construcción del Palacio de la Conquista en la Plaza Mayor de Trujillo, encima de la casa señorial de los antepasados de Pizarro, tarea en la cual Francisca Pizarro Yupanqui fue su principal promotora. Aquí destaca en un balcón esquinado, bajo el escudo de armas del Marqués Don Francisco Pizarro, los bustos de Pizarro e Inés Huaylas, y a la izquierda los de Hernando Pizarro y Francisca Pizarro que emergen de un mascarón.

No obstante, la construcción de la residencia de Hernando y Francisca provocó una serie de problemas, y puso en peligro la estabilidad del edificio municipal generando una abundante documentación administrativa, conservada en su mayor parte en el Archivo Municipal de Trujillo⁶², que permite entrever el clima de discordia entre el cabildo y Hernando Pizarro “en el que subyacía además la enemistad personal de algunos regidores con el mismo Hernando”⁶³.

También en Trujillo, la pareja decidió fundar el mayorazgo de los Pizarro mediante dos células. La primera data de 1571, otorgada a Francisca, y la segunda

57 En esos años conoció a Inca Garcilaso de la Vega que entonces se encontraba en esa ciudad. Véase: Aurelio Miró Quesada y Sosa. *El Inca Garcilaso*. Madrid, 1948, p. 88.

58 Comunidad de Madrid, Archivo Histórico de Protocolos, N°. 449, folios 603r-604r.

59 *Ibidem*, folios. 616r-617r.

60 *Ibidem*, folios. 625r-625v.

61 *Ibidem*, folios. 632r-632v.

62 Coloquios Históricos: “...alego el señor pedro suarez dixo que por quanta la quiebra que tienen las carnescerias sentimiento que a fecha en ella no a sido causa esta ciudad ni su obra sino lo mucho que ha cargado hernando pizarro con su obra por tanto que no es en que se libre ni pague a los oficiales por esta ciudad y ansi lo contradice el y lo pide por testimonia.” A.M.T. Libros de Acuerdos, 1571, f. 335v.

63 Posteriormente el juicio librado entre 1573 y 1579, fue ganado por Francisca Pizarro. La ciudad tuvo que pagarle ochenta mil maravedíes.

del 27 de mayo de 1577, dada por Felipe II a Hernando Pizarro donde lo autoriza a unir su mayorazgo con el de su esposa. Construyeron una Iglesia Colegial destinada al culto y lugar de entierro de la familia, disponiendo que se construya al lado un hospital para enfermos pobres de la ciudad⁶⁴. Pero ya no tenían ninguna influencia política, el entonces virrey Toledo, cerró los juicios pendientes intentando borrar la huella de Pizarro en el Perú, “para ceder paso a otros grupos de poder local que se constituyeron al amparo de un nuevo régimen, el nominado por el gobierno de la corona y sus funcionarios⁶⁵.”

En 1587, murió Hernando Pizarro. Viuda a una edad en que las mujeres de entonces ingresaban a los conventos o permanecían al cuidado de su familia, y cuando todo indicaba que ese sería el destino de Francisca Pizarro, ocurrió lo inesperado. El 30 de diciembre de 1581, a los 47 años de edad, Francisca se casó con Pedro Arias Dávila Portocarrero, hijo mayor del Conde de Puñoenrostro en la iglesia de Santa María de Trujillo. Era mucho menor que ella y, además, hermano de la esposa de su hijo Francisco. Aunque no hay documentos que lo registren, es de suponer que este matrimonio se convirtió en la comidilla de Trujillo, y que esa ha podido ser una de las razones del traslado a Madrid en compañía de su esposo, su hijo Francisco y de su nuera.

Francisca compró dos palacetes en Madrid, uno para ella y su esposo en la calle del Príncipe, y otro para la familia Portocarrero. Aquí vivió con su joven esposo diecisiete años. Ha debido quererlo porque en su testamento le dejó bienes y joyas en desmedro de su hijo Francisco, aunque contó con su autorización. Era el hijo que más quiso, y quien tomó posesión del mayorazgo y el cargo hereditario de alférez mayor de Trujillo; el hijo de éste, Juan Fernando Pizarro, se benefició en 1629, con el título de Marques de la Conquista.

El 30 de mayo de 1598, murió Francisca Pizarro Yupanqui en Madrid a la edad de 64 años. Fue la primera mujer de la elite incaica que hizo la travesía a España, y quedó immortalizada en la Plaza de Trujillo, como corresponde a la hija del conquistador del Virreinato del Perú, y nieta del Inca Huayna Cápac.

64 Sin embargo, debido a diversos problemas estas construcciones recién se concretaron en 1880.

65 Varón. Ob. Cit., p. 183.

Bibliografía

AGI, Escribanía 496-A, ff. 696v-697.

AGI, Escribanía 496-A ff. 1250-128v.

AGI, Escribanía 496-A, f. 451.

BORREGAN, Alonso. *Crónica de la conquista del Perú*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla. Serie 7º No. 2, 1948.

CIEZA DE LEÓN, Pedro. *La crónica del Perú*. México: Editorial Nueva España, s/f, p. 344.

COBO, Bernabé. *Historia del nuevo mundo*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles. Tomo II, 1964.

CUSI YUPANQUI, Titu. *Relación de la conquista del Perú*. Lima: Colección Clásicos Peruanos, 1973.

DIEZ DE BETANZOS, Juan de. *Suma y narración de los Incas*. Madrid: Ediciones Atlas, 1987.

DE LA VEGA, Garcilaso. *Comentarios Reales de Los Incas*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1959.

DE LAS CASAS, Fray Bartolomé. *Las antiguas gentes del Perú*. Lima: Colección de libros y documentos referentes a la Historia del Perú. Tomo IX, 1939.

DUVIOIS, Pierre. *Cultura Andina y Represión: Procesos y visitas de idolatrías y hechicerías. Cajatambo siglo XVIII*. Cusco: Centro Bartolomé de Las Casas, Biblioteca de Archivos de Historia Andina, No. 5, 1986.

ESPINOZA SORIANO, Waldemar. “Las mujeres secundarias de Huayna Capac. Dos casos de señoralismo feudal en el Imperio Inca”. *Revista del Museo Nacional*, No. 42, Lima, 1978.

FREDERICK, Bonnie – MCLEOD, Susan H. (Editoras). *Women and the journey. The female travel experience*. Washington: Washington State University Press, 1993.

FERNÁNDEZ MARTÍN, Luis. *Hernando Pizarro en el Castillo de la Mota*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 1991.

GEBRAN, María Filomena. “La mujer Inca en la crónica de Guaman Poma de Ayala”, en: ANDREO, Juan – GUARDIA, Sara Beatriz. (Editores). *Historia de las mujeres en América Latina*. Murcia: Universidad de Murcia, CEMHAL, 2002.

GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe. *Nueva Corónica y Buen Gobierno*. México: Fondo de Cultura Económica, Tomo I, 1993.

GUARDIA MAYORGA, César. *Diccionario Kechwa-Castellano. Castellano-Kechwa*. Lima: Editorial Minerva, 1997. (7ª Edición).

GUARDIA, Sara Beatriz. *Mujeres Peruanas. El otro lado de la historia*. Lima: Editorial Minerva, 2002. Cuarta Edición.

_____. “Indigenous Cultures and Women: South America from Prehistory to 1000 CE.” *Women History Dictionary*. Oxford University – New York, 2007.

_____. “Peruvian Women”. *Women History Dictionary*. Oxford University – New York, 2007.

_____. “Mujeres Andinas antes de la Conquista Española2. *Historia de las Mujeres en España y América Latina*. Madrid: Editorial Cátedra, 2005, Volumen I, pp. 797-827.

_____. “Mujeres de la elite incaica en el drama de la conquista. La mestiza Francisca Pizarro y su viaje a España (1534-1598)2. *Escritura de la historia de las mujeres en América Latina. El retorno de las diosas*. Lima: CEMHAL; Universidad de San Martín de Porres; Universidad Fernando Pessoa (Portugal); Foro de Estudios Culturales de Viena (Austria), 2005.

GUILLÉN, Edmundo. *La Guerra de la Reconquista Inka*. Lima: R.A Ediciones, 1994.

HOBSBAWM, Eric. “El hombre y la mujer: imágenes a la izquierda”, en: *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación de la clase obrera*. Barcelona: Crítica, 1987.

JEREZ, Francisco de. *Crónicas de la conquista del Perú*. México: Editorial Nueva España S.A. s/f.

LAVALLÉ, Bernard. *Francisco Pizarro. Biografía de una conquista*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, 2006, p. 163.

LICINI, Patricia. “La contribución de la cartografía náutica de la Marca de Ancona en otro tiempo llamada Pícono, en época de la empresa de Cristóbal Colón y Juan Ponce de León”. *Cartografía e Historia Natural del Nuevo Mundo*. Valladolid, 2006.

LÓPEZ DE MARISCAL, Blanca. *La figura femenina en los narradores testigos de la conquista*. México: El Colegio de México. Consejo para la Cultura de Nuevo León, 1997.

LUDEÑA, Hugo. “Don Francisco Pizarro. Un estudio arqueológico e histórico”. Boletín de Lima, No. 4, enero de 1980.

LLERAS PÉREZ, Roberto. “La geografía del género en las figuras votivas de la Cordillera Oriental”. Boletín Museo del Oro, No. 47, Bogotá, 2000.

MACERA, Pablo. “La Mujer en la Historia del Perú”. Primer Seminario Nacional de la Mujer e Historia en el Perú. Lima, 1984.

MANRIQUE, Nelson. *La piel y la pluma. Escritos sobre literatura, etnicidad y racismo*. Lima: Centro de Informe y Desarrollo de Autogestión - Casa de Estudios del Socialismo, 1999.

MARTÍN, Luis. *Daughters of the Conquistadores. Women of the Viceroyalty of Peru*. University of New Mexico Press, Albuquerque, 1983.

MARTÍNEZ I ALVAREZ, Patricia. *La libertad femenina de dar lugar a dios*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2004.

MORUA, Martín de. *Historia del origen y genealogía real de los Incas*. Madrid: Instituto Santo Toribio de Mogrovejo, 1946.

ORTOLÁ NOGUERA, Antonia. *El Castillo de la Mota de Medina del Campo*. Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 2001.

PALMA, Ricardo. *Tradiciones Peruanas*. Lima: Editorial Universo. Tomo II, s/f, p. 116.

PEASE, Franklin. *Los Incas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1994.

PERROT, Michelle. *Les femmes ou les silences de l'Histoire*. Paris: Flammarion, 1999.

_____. “Salir”, en: *Historia de las mujeres*. Madrid: Taurus Ediciones, 1993. Tomo 8.

PIZARRO, Pedro. *Descubrimiento y Conquista del Perú*. Lima: Colección de libros y documentos referidos a la Historia del Perú, Tomo VI, Imprenta y librería Sanmartí y Cia, 1917.

Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú, y del gobierno y orden que los naturales tenían, y tesoros que en ella se hallaron: y de las demás cosas que en él han sucedido hasta el día de la fecha, por Pedro Pizarro, conquistador y poblador destos dichos reinos y vecino de Arequipa. Año 1571. Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España. Tomo V. Madrid: Imprenta de la viuda Calero, 1844.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl. *Los cronistas del Perú*. Lima: Banco de Crédito del Perú, 1986.

PRESCOTT, Guillermo H. *Historia de la conquista del Perú*. México: Colección Ideas, Letras y Vida. Compañía General de Ediciones S.A., 1968. (4ª Edición).

REGALADO DE HURTADO, Liliana. *Sucesión Incaica*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1993.

RIVERA MARTÍNEZ, Edgardo. *El Perú en la Literatura de Viaje Europea de los siglos XVI, XVII y XVIII*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1963.

ROSTWOROSKI DE DIEZ CANSECO, María. *Doña Francisca Pizarro. Una ilustre mestiza, 1534-1598*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1989.

_____. *Estructuras andinas de poder*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1983.

_____. “La mujer en la época prehispánica”. Documento de Trabajo No 17. Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1988.

—“El repartimiento de Doña Beatriz Coya en el valle de Yucaj”. *Revista de Historia y Cultura*, Lima, 1970.

SALINAS Y CORDOVA, Fray Buenaventura de. *Memorial de las Historias del nuevo mundo Pirí*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Biblioteca Clásicos Peruanos. Vol. 1, 1957.

SARTIGES, Eugéne de. *Viaje a las repúblicas de América del Sur*. Lima: Colección Viajeros del Perú. Editorial Cultura Antártica, 1947.

SERRA SANTANA, Ema. “Mito y realidad de la emigración femenina española al nuevo mundo en el siglo XVI”, en: *Femmes de Amériques*. Travaux de L’Université de Toulouse-Le Miral, 1986.

SILVERBLATT, Irene. *Luna, Sol y Brujas. Género y clases en los Andes prehispanicos y coloniales*. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, 1990.

TEMPLE, Ella Dunbar. “El testamento inédito de doña Beatriz Clara Coya de Loyola, hija del Inca Sayri Túpac”. Fénix. *Revista de la Biblioteca Nacional*. Lima, 1950.

URBANO, Henrique. (Compilador). *Mito y simbolismo en los Andes*. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, 1993.

VALCÁRCEL, Luis E. *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Lima: Ministerio de Educación. Tomo I. Volumen II, 1949.

VARGAS LLOSA, Álvaro. *La mestiza de Pizarro*. Madrid: Aguilar, 2003.

VARÓN, Rafael. *La ilusión del poder*. Lima: IEP - IFEA, 1997.

VEGA, Juan José. “La prostitución en el Perú: un producto de la conquista española”, en: ANDREO, Juan – GUARDIA, Sara Beatriz. (Editores). *Historia de las mujeres en América Latina*. Murcia: Universidad de Murcia, CEMHAL, 2002.

XXXII Coloquios Históricos de Extremadura: homenaje a la memoria de Doña Francisca Pizarro Yupanqui: 2 al 28 de septiembre de 2003. Trujillo: Ayuntamiento, 2004.

ZURLINI, Faviola. “Fermo, Valladolid y el Descubrimiento del Nuevo Mundo: itinerario histórico y bibliográfico en los siglos XV-XVIII”. *Cartografía e Historia Natural del Nuevo Mundo*. Valladolid, 2006.

INQUIETUDES, VIAJES Y EQUIPAJES

Dra. M^a del Carmen Martínez Martínez
Universidad de Valladolid (España)

“Que no se le pongan trabajos por delante, que yo también era mujer y no más fuerte que otra”.¹ Quien así escribía, Leonor de Aguilera, era consciente del temor que suscitaban los viajes marítimos entre las mujeres, de ahí la llamada de atención, hasta el punto de que algunas vieron en su condición un impedimento para embarcarse. Así lo sentía, y por ello se justificaba ante su marido, Francisca de Vergara: “que si yo fuera hombre ya yo hubiera pasado allá”.² Pero las oportunidades de viajar eran para todos pues, como indicaba una mujer desde México a su hermana y a su cuñado, “para los hombres se hicieron los caminos”.³

En buena medida los testimonios epistolares de algunas mujeres de los siglos XVI-XVII nos servirán de hilo conductor para acercarnos a su visión de los viajes y a sus vivencias narradas en primera persona. En las cartas, aunque en la mayoría de las ocasiones queden reducidos a breves comentarios en el conjunto de lo escrito, las mujeres dejaron constancia, velada o explícitamente, de sus inquietudes, de las recomendaciones sobre el viaje, equipaje y matalotaje, de las experiencias vividas en la travesía y también de sus ilusiones y decepciones. El caso de la joven Leonor Díaz de Troche, a quien seguiremos desde su Salamanca natal hasta México, después de una estancia en Santo Domingo, nos permitirá seguir los preparativos de su viaje y equipaje.⁴

1 E. Otte, *Cartas privadas de emigrantes a Indias*. 1988, carta 112, p. 122.

2 R. Sánchez Rubio e I. Testón Núñez, *El hilo que une. Las relaciones epistolares en el viejo y en el Nuevo Mundo (siglos XVI-XVIII)*. 1999, carta 118, p. 257.

3 E. Otte, *Cartas privadas...*, carta 37, p. 68.

4 Archivo de la Real Chancillería de Valladolid (ARChV), Pleitos civiles, Ceballos Escalera, Fenecidos, caja 1.525-1. Todos los datos citados en el texto sobre el viaje de Leonor Díaz de Troche proceden de este pleito que inició su padre, Cleofás de Ballesteros, contra el licenciado Alonso Maldonado, reclamándole el importe de los vestidos con los que la envió a Santo Domingo y 15.000 maravedís anuales por el servicio que prestó en su casa.

Pese a la afirmación de Mariana de Morguiz de que “las mujeres no tienen tanto aparejo para escribir y hacer todo lo que hombre querría como los hombres”,⁵ ella y otras muchas dictaron o redactaron cartas para sus padres, maridos, hijos o parientes. Sin duda alguna el no saber escribir impidió a otras expresar sus vivencias como les hubiera gustado, como lo reconocía abiertamente María de los Reyes: “Que como otro me escribe supiera yo escribir, os enviara a decir todo lo que siento en mi alma”.⁶

Muchos motivos y algunas contrariedades

Aunque el descubrimiento y la conquista fue una empresa esencialmente masculina ello no impidió que algunas intrépidas estuviesen presentes en las expediciones iniciales y fuesen pioneras en campos muy diversos. La escasa presencia femenina en los primeros viajes experimentó un crecimiento paulatino, coincidiendo con la consolidación española en América y las medidas de la Corona para fomentar la emigración familiar.⁷

Menos conocida es la presencia de pasajeras en los navíos que regresaban a España. En ellos hacían la travesía las peninsulares que retornaban, pero también naturales de los reinos de Indias, mestizas y criollas. Entre ellas podríamos citar el caso de Elena, india natural de la provincia de Nicaragua y residente en Lima, a quien en 1549 se le concedió licencia para venir a la península con la hija que había tenido con un español.⁸ Entre las hijas de los conquistadores que hicieron el viaje conocemos la experiencia de Francisca Pizarro.⁹ Algunas mestizas e indígenas que viajaron a España regresaron pasado un tiempo, como lo hizo María, natural de la Nueva España a quien en 1522 se le concedió licencia para retornar a su tierra.¹⁰ Pero no todas corrieron su suerte ya que para muchas la

5 E. Otte, *Cartas privadas...*, carta 7, p. 43.

6 R. Sánchez Rubio e I. Testón Núñez, *El hilo que une...*, carta 140, p. 294.

7 P. Pérez Cantó, “Las españolas en la vida colonial”, en Isabel MORANT (Dir.), M. ORTEGA, A. LAVRIN y P. PÉREZ CANTÓ (Coords.), *Historia de las mujeres en España y América Latina. El mundo Moderno*. 2005, págs. 525-553.

8 Archivo General de Indias de Sevilla (en adelante AGI, seguido de la sección y número de legajo), Sección Audiencia de Lima, Legajo 566,L.6,fol.145v-146r.

9 M. Rostworowski de Diez Canseco, *Doña Francisca Pizarro, una ilustre mestiza 1543-1598*. 1989, págs. 43-53.

10 AGI, Contratación,5217,N.8,R.7. En su licencia se anotó: “será de veinte años y tiene los dientes grandes”.

experiencia resultó dramática, pues siendo libres fueron vendidas como esclavas o acabaron como tales. Algunas indígenas hicieron el viaje mediante promesas y engaños. Isabel, india natural de la provincia de México, en el pleito que mantuvo por su libertad con Beatriz Peláez, declaró: “engañadamente me trajeron de allá a estas partes”.¹¹ Experiencia idéntica denunció Antonia, india natural de la ciudad de Los Reyes, al sostener que “siendo niña de poca edad a más de quince años que un español por engaño la truxo a estos reynos y se sirvió della mucho tiempo y después a más de doce años que la vendió”.¹² Además de su libertad, reclamó una indemnización de 4.500 maravedís por cada año servido.

En las travesías en ambas direcciones también se embarcaron mujeres esclavas, normalmente de origen africano, al servicio de otros viajeros. Estas no tenían más opción que seguir a sus amos, en muchos casos desde la península por ser más fácil y barato disponer de sus servicios antes de embarcar que obtenerlos en las Indias. En el grupo que acompañó a Hernán Cortés a España en 1540 sabemos que lo hicieron Francisca y Catalina, “negras moriscas”, que atendieron al marqués y a sus hijos durante la travesía.¹³ Años más tarde, al servicio de María Cortés lo hizo una mujer, “esclava negra”, a quien se le concedió licencia para regresar a Nueva España en 1549.¹⁴

Mujeres de muy diferente condición, estado y situación recorrieron los caminos de España y de América para surcar los mares por motivos muy diversos. Uno de los más frecuentes fue acompañar a sus maridos o responder a su llamada, como lo hizo Isabel de Portes, mujer del médico Pedro Valdés, que no lo siguió al Perú por sus continuos achaques pero que, ante sus insistentes llamadas, tomó la determinación de hacerse a la mar con su dueña y varias personas para su servicio, pues era mujer noble y moza.¹⁵

En otros casos la confianza en el regreso enfrió el deseo de emprender el viaje, que en alguna ocasión se contempló, como escribía Francisca Hernández de los Arcos al padre de sus hijos: “aquí estoy presta por cualquier cosa que me

11 Pleito de Isabel, esclava india, natural de México contra Isabel Peláez sobre su libertad. AGI, Justicia,1164,N.6,R.1.

12 Pleito del fiscal del Consejo de Indias y Antonia, india natural de Lima, contra Rui Pérez de Osmá, sobre la libertad de la mencionada. AGI, Justicia,446,N.2,R.7.

13 Pleito del fiscal del Consejo de Indias contra Juan Sánchez Carrillo, sobre la libertad de Pedro, indio que compró por su esclavo. AGI, Justicia,1173,N.5.

14 AGI, Indiferente,1964,L.11,fol. 217r-217v.

15 AGI, Contratación,5313,N.24.

mandéis porque he estado muchas veces por ir allá y no lo he hecho porque entendí fuerais mejor cristiano”.¹⁶

Tomada la decisión, la mayoría, en todo caso, parecen dispuestas a viajar gozando de la compañía protectora de sus maridos, hijos, hermanos o yernos. En el primer caso se encontraba Isabel Pérez, quien dejaba claro en qué condiciones se aventuraría a navegar: “Y en lo que toca a lo que me manda mudar para esa tierra, si ello fuera en su compañía, nuestro Señor sabe si para mí hubiera mayor contento en el mudar aunque yo fuera, no digo ya a Indias, sino a todo el mundo, yo no recusara la jornada, que fuera más sujeta que ninguna esclava en el mundo que hubiera; pero así, hoy entenderá cuan dificultosos son los caminos para yo me atrever a esa jornada”.¹⁷ Curiosa devoción la suya cuando conocía la inclinación de su marido por otras mujeres.

Las invitaciones para emprender un largo viaje tenían más eco entre las jóvenes que entre las ya entradas en años. María Gómez, vecina de Ronda, a quien su marido, barbero y cirujano de profesión, la dejó “parida un día antes que se fuese a esas partes y con dos hijos” ilustra esta realidad. Casi veinte años después, recibió con inquietud la noticia de que un escribano indagaba en Ronda si estaba viva. Su curiosidad por saber quién y por qué se interesaba por su persona la llevó a Sevilla a recabar información en la Casa de la Contratación donde averiguó que la gestión la promovía el marido ausente. Pero para reunirse con él encontraba un inconveniente en su edad pues reconocía abiertamente: “soy vieja y enferma y me temo que si en camino tan largo me metiese que moriría”.¹⁸ Está claro que si la edad podía frenar el deseo de viajar no fue excusa para que algunas intrépidas embarcasen, como lo hizo doña Isabel de Bobadilla, esposa de Pedrarias Dávila, enérgica, decidida y consciente de la trascendencia de su decisión, como declaró años más tarde: “yo pasé en persona con él porque más se animase la gente y porque más casados pasasen a poblar la dicha tierra con sus mujeres y hijos”.¹⁹

En las cartas frecuentemente se deslizan comentarios sobre la posibilidad de lograr un próspero matrimonio, idea que animó a más de una a viajar. Esta realidad nos permite encontrar pasajeras en ambas direcciones. Juana de Zúñiga,

16 R. Sánchez Rubio e I. Testón Núñez, *El hilo que une...*, carta 26, p. 89.

17 Ibídem, carta 54, p. 134.

18 Ibídem, carta 13, p. 61.

19 C. Mena García, *Sevilla y las flotas de Indias. La Gran Armada de Castilla del Oro (1513-1514)*. 1998, págs. 66 y 77.

a petición del marqués del Valle, envió a la península a su hija María Cortés. Apenas una niña, en cumplimiento de la voluntad paterna, embarcó en Veracruz con la finalidad de contraer matrimonio con el hijo mayor del marqués de Astorga. Al final del viaje María vio desvanecerse su “ilusión” pues cuando desembarcó conoció la noticia de que el marqués de Astorga había concertado que su primogénito casase con la hija del duque de Alba. Cuando el matrimonio no estaba arreglado algún pariente ya establecido lo procuraría ventajosamente, como hizo Inés Alonso de Cervera²⁰ cuando buscó acomodo a una sobrina en Los Reyes o Magdalena de Castillo, que ofrecía a otra mujer desde Santa Fe “casaros de mi mano”.²¹

Un buen “remedio” o matrimonio anhelaba Cleofás de Ballesteros para su hija Leonor Díaz de Troche. Su viaje a Santo Domingo y luego a México ilustra el de muchas jóvenes que sin posibilidades en la península se trasladaron a las Indias con aquella meta. Todo empezó cuando Catalina de Montejo, mujer de Alonso Maldonado, presidente de la Audiencia de Santo Domingo, hizo saber a sus parientes salmantinos la necesidad de dueñas y doncellas para su casa. La “invitación de servicio” en la época, según declaró un testigo en el pleito que mantuvo Cleofás de Ballesteros con el licenciado Maldonado, la hacían personas que se obligaban a casar a las que fuesen en tiempo moderado, con quien tuviese más de dos mil ducados, y recibiendo por el servicio prestado en casa cierta cantidad anual. La propuesta convenció a Ballesteros por el conocimiento de quien formulaba la propuesta y la seguridad que le daba confiar a su hija Leonor al regidor Juan de Gudiel que regresaba a la isla.

El próspero futuro que imaginó Leonor empezó a tambalearse al desembarcar en Santo Domingo y comprobar que en casa del presidente, esperando una buena boda, había jóvenes que llevaban ocho años sirviendo sin ser acomodadas y que, en el mejor de los casos, acababan en un monasterio. En junio de 1546, poco tiempo después de llegar a la isla, escribía a su padre sobre cómo intuía su destino: “Ansí pienso yo de ser si Dios por su infinita bondad no lo remedia porque yo prometo a v.m.d. que en Santo Domingo antes sobran doncellas que faltan”. Además ¿Qué esperanzas podía tener cuando ni a Magdalena de Anaya, sobrina del presidente de la Audiencia y con quien había viajado, encontraban marido? Con elocuentes palabras plasmó aquella realidad: “La señora

20 E. Otte, *Cartas privadas...*, carta 458, p. 397.

21 *Ibidem*, carta 322, p. 283.

doña Madalena está buena y la regalan mucho, aquella (*sic*) le parece poco, que quisiera que la tuvieran ya casada y eso sabe Dios cuándo será”. Su boda no se demoró tanto como las posibilidades que se le presentaban a Leonor que, por intercesión paterna, siguió al licenciado Maldonado y a su familia cuando se trasladaron a México, aunque la suerte no la acompañó pues la enfermedad y la muerte truncaron cualquier plan de boda.

Si el deseo de contraer matrimonio animó a algunas mujeres, para otras el viaje puso distancia a una mala y difícil convivencia. Este fue el caso de Inés Fernández, quien encontró en Nueva España remedio a su infeliz matrimonio. Cardona, su marido, rehizo su vida en Medina de las Torres, como ella lo intentó en México cuando casó con el conquistador Pedro Zamorano. Aquella decisión, con el paso de los años, la llevó ante el tribunal de la Inquisición acusada de bigamia, cargo que trató de refutar con las cartas que familiares y allegados le habían enviado comunicándole que era libre, entre ellas una que su prima encaminó a México a comienzos de 1521 informándole que Cardona “es fallecido, por lo cual podréis venir a esta tierra francamente”.²²

En situación similar debió encontrarse Ana de Madrigal, quien desde México indagó la suerte de su marido Gaspar García. La respuesta de su hermana, con la noticia de que gozaba de buena salud e instándole a que regresase al hogar “aunque se haga cuesta arriba, más cuesta arriba será estaros como estáis”,²³ traduce un fracaso conyugal y nos sitúa ante un “viaje de libertad” para Ana. A la invitación de regreso se añadía la determinación del marido y la mención de cómo había pasado a las Indias: “él hará su información en Sevilla cómo os fuisteis vos sin saberlo él y dice que después..., que la enviará a los santos padres de la Inquisición de Sevilla para que la envíen a Méjico o donde estuviereis, os busquen”.²⁴

Deseo de que el viaje sirviese para alejarse de un marido que malgastaba la hacienda se rastrea en el caso de una mujer asentada en la ciudad de Los Reyes cuyo anhelo era regresar a España porque, escribía un pariente, “su marido le destruye cuanto gana para dar a mujeres; y este es el vicio que el tío tiene. Y en siendo que tiene algún dinero allegado viene y se lo lleva”²⁵.

22 R. Sánchez Rubio e I. Testón Núñez, *El hilo que une...*, carta 1, p. 39.

23 *Ibidem*, carta 28, p. 93.

24 *Ibidem*, carta 29, p. 95.

25 *Ibidem*, carta 15, p. 65.

Fueron muchas las mujeres que con resignación soportaron las ausencias de sus maridos. Aunque la ley las amparaba y podían reclamar su regreso, en ocasiones desconocían en qué lugar de las Indias se encontraban, incluso si estaban vivos o muertos²⁶. Por ello, conocido el lugar de asentamiento, más de una tomó la pluma para regañarlo y mostrar su voluntad de reunirse con él, entre ellas Catalina Rodríguez de Lara que, pese a no saber a qué lugar debía dirigirse para encontrar a su marido, carretero en México, lo previno: “Aunque no sepa iré, sabiendo una seña... así lo tengo propuesto”²⁷. Situaciones de este tipo se daban a ambos lados del océano. Isabel de Mondragón reclamaba desde La Serena el regreso de su marido, quien la había dejado en tan lejanas tierras, primero para ir a comerciar a Panamá y luego para regresar a España²⁸.

Los viajes atlánticos tenían claras repercusiones en las unidades familiares que frecuentemente se dibujan desestructuradas en los intercambios epistolares. Mujeres que permanecen en España haciéndose cargo del mantenimiento de la familia, a menudo cargadas de hijos, soportando largas ausencias y no menos dolorosos silencios durante años. Una mujer recordaba a su amante que se quedó “con dos hijos y preñada de cinco meses”²⁹ y otra escribía a su marido “estoy destuetanada de trabajar para sustentar a él [su hijo] y mantener la honra”³⁰. Otras se veían obligadas a dejar a sus hijos en la península, como reconocía desde Mariquita Catalina Álvarez cuando, viéndose sin descendencia de su segundo marido, trató de localizar a un hijo de su primer matrimonio. Habían transcurrido cerca de veinte años sin noticias de él, sin poder “decir dónde ni cómo se crió”, solo dar fe de su edad³¹. En otras ocasiones el viaje obligaba a tomar la decisión de qué hijos las acompañaban y quiénes quedarían al cuidado de algún pariente.

El deseo de abrazar la vida religiosa animó a viajar a Juana de Arellano, criolla de México que viajó a la península en compañía de su primo el marqués de Montemayor. Deseosa de regresar a su tierra, cuando se le pidió que declarase los motivos sostuvo que era “para entrarme monja en uno de sus conventos”.

26 M^a C. Martínez Martínez, ““Vida maridable”, algunas peculiaridades en la emigración a las Indias”, *Anuario Jurídico y Económico Escurialense*, 1990-1, p. 91.

27 R. Sánchez Rubio e I. Testón Núñez, carta, 102, págs. 229-230.

28 E. Otte, *Cartas privadas...*, cartas 615 y 618, págs. 550-552.

29 R. Sánchez Rubio e I. Testón Núñez, *El hilo que une...*, carta 26, p. 88.

30 Ibídem, carta 103, p. 232.

31 E. Otte, *Cartas privadas...*, carta 378, p. 334.

En el silencio de los claustros de la Encarnación y de Santa Catalina ya habían encontrado acomodo sus hermanas³².

Detrás de la mayoría de los desplazamientos se encuentra el deseo de prosperar económicamente, como reconoció desde México María Díaz en una carta a sus hijos: “si vuestro señor y yo venimos a las Indias, fue la principal causa para granjear y adquirir alguna hacienda para vosotros y vuestros hijos”³³. Por su parte, Leonor de Aguilera se determinó a pasar a México viendo el poco beneficio de servir en España, aunque fuese en una casa noble, como advertía a un pariente que se encontraba en casa del duque de Medinaceli cargado de hijos: “parécenme muchos hijos para acomodarlos con los cómodos de los señores de España, que yo también sé algo de esto, pues el servirlos y el ver lo poco que hay en ellos me hizo venir donde estoy”³⁴.

María Alfonso escribió que con los cuatrocientos pesos anuales que le daba una señora en Aymaraes subsistió una temporada³⁵. La situación incluso permitía progresar, pues un padre advertía a su hijo desde Panamá: “para vuestra partida no traigáis a nadie con vos, mujer ni hombre,... pues mujer, llegada a las Indias, se alzan a mayores y quieren ser ellas sus amas, y sus amas las mozas”³⁶. Cuando Leonor Díaz de Troche pasó a Santo Domingo lo hizo con la idea de recibir 15.000 maravedís anuales en casa del presidente de la Audiencia, cantidad que tras su fallecimiento reclamó su padre en los tribunales. La posibilidad de servir no siempre se presentaba pues desde El Cuzco una escribió: “Acá las mujeres sin marido no valen nada, ni pueden ganar de comer, porque acá no hay servicio”³⁷. Otra, incluso, achaca a su condición las desgracias y mermas de hacienda experimentadas después de enviudar: “como soy mujer todo se ha perdido, y hanme remanecido más de diez mil pesos de deudas”³⁸.

Pese a la existencia de experiencias negativas, algunas mujeres reunieron cierta fortuna. Sabemos que muchas, por carecer de descendencia, volvieron la mirada hacia sus parientes, en muchos casos mujeres, para legarles la hacienda.

32 AGI, Contratación,5419,N.70.

33 E. Otte, *Cartas privadas...*, carta 79, p. 101.

34 *Ibíd.*, carta 112, p. 121.

35 *Ibíd.*, carta 553, p. 491.

36 *Ibíd.*, carta 283, p. 255.

37 *Ibíd.*, carta 553, p. 491.

38 *Ibíd.*, carta 361, p. 314.

María Esquivel llamó a su nieta para que se remediase muy honradamente³⁹. Leonor de Aguilera pensó en una de sus sobrinas para heredar sus bienes⁴⁰. Ana Hernández, mujer del conquistador Alonso Arias, reclamó desde San Salvador la presencia de su hija para el disfrute de la encomienda concedida a su marido. Mujer de carácter, reflejó su condición con la pluma al escribir que si no tenía noticias de su viaje “dispondré de todo según Dios me diere a entender, y entienda que allá no irá solo un real”⁴¹. En todos los casos enunciados las destinatarias de las cartas encontraron una buena razón para hacer frente a los peligros de la navegación, máxime cuando la invitación iba acompañada del compromiso de asumir los gastos derivados de los preparativos y el viaje.

Otras, como Isabel Calva, emprendieron el viaje por su propio interés. Esta mujer vino de Guatemala “a estos reinos a cosas que se le ofrecieron y de que tuvo necesidad”. En 1565 solicitó en la Casa de la Contratación licencia para regresar a la villa de la Trinidad con su madre e hijos y llevar en el viaje un criado por ser sus hijos niños y “atento a que son mujeres y de honra y le han mucho menester para su servicio por la mar y por la tierra y para guarda y recaudo de su hacienda”⁴².

No faltaron casos en los que la determinación de viajar si vio aplazada por un avanzado estado de gestación, el estar recién parida y temer perder la criatura, o por otros achaques que desaconsejaban ponerse en camino. En ocasiones incluso conocemos los certificados médicos aportados, como el presentado por el marido de Josefa Porcel quien, embarazada de tres meses, padecía una dolencia respiratoria que podía agravarse en el mar, corriendo grave riesgo su vida, de ahí que se le desaconsejase acompañar a su marido hasta dar a luz y recuperarse. El médico afirmaba que, además de todas sus dolencias, se desmayaba viendo un río cuanto más al verse en lo profundo de las aguas⁴³.

El embarazo no fue motivo de disuasión en otros casos. Sabemos que Juana de Zúñiga hizo la travesía embarazada de su primer hijo. Su estado, pese a las molestias con las que según Cortés llegó a Sevilla: “La marquesa vino en litera porque como está preñada venía y está mal dispuesta”, no impidió que viajase,

39 *Ibíd.*, carta 109, p. 120.

40 *Ibíd.*, carta 112, p. 121.

41 E. Otte, *Cartas privadas...*, carta 258, p. 234.

42 Expediente de concesión de licencia a Indias a Isabel Calva. AGI, Indiferente, 2050, N.72.

43 Información y licencia de Fadrique de Ávila. AGI, Contratación, 5430, N.1, R.45.

aunque para disgusto suyo el deseado hijo no sobrevivió⁴⁴. También acompañó a Cortés en el viaje su madre, Catalina Pizarro, quien enfermó durante la travesía y falleció poco tiempo después de llegar a su destino.

Los trámites previos

Las recomendaciones sobre cómo afrontar los preparativos son frecuentes en las cartas, normalmente en las que envían los hombres para llamar a sus mujeres, hermanas, sobrinas o deudos. El marco legal no se descuida en cuanto a que era obligada la visita a la casa de la Contratación de Sevilla para obtener la correspondiente licencia de embarque.

Aunque en algún caso se excuse el desconocimiento de los trámites alegando ser mujer, no era lo habitual. Las mujeres que escriben conocían los requisitos para pasar a las Indias. Juana Bautista advertía desde México a su hermana de la necesidad de disponer de licencia para efectuar la travesía⁴⁴, realidad que tampoco pasó inadvertida para Isabel Durán⁴⁵. Mucho más previsoras se mostraron otras, como Francisca de Trujillos, al anunciar a su hija el envío de “una memoria cómo os habéis de guiar, para que no erréis en lo que os conviene y cumple para vuestro aviamiento”⁴⁶. Andrea López de Vargas indicó a su hermana el navío en el que embarcarían y la persona que en Sevilla le entregaría “la orden cómo han de sacar la licencia de la Contratación, que siendo mujeres solteras les darán en la Contratación de Sevilla licencia sin ir a la corte”⁴⁷. María de Ávila advertía a su madre que escribía sobre “la orden que se ha de tener para su venida”. En su carta tienen cabida indicaciones de cómo viajar siguiendo los cauces legales y los utilizados al margen de la ley: “... hagan luego estas informaciones... recaben las licencias... y si no pudieran, traigan las informaciones a Sevilla... que son breves de alcanzar de mujeres, y si no pudieren haber la de mi sobrino, aunque sea por paje, hablarán a Pedro de Morga, para que le reciba en la nao o escondido o como pudieren...”⁴⁸. Sus últimas palabras nos remiten a una práctica difícil de seguir: la falsificación y venta de licencias o los embarques ilegales. Prácticas en

44 E. Otte, *Cartas privadas...*, carta 37, p. 67.

45 *Ibidem*, carta 82, p. 103.

46 *Ibidem*, carta 279, p. 251.

47 *Ibidem*, carta 49, p. 78.

48 *Ibidem*, carta 192, p. 174.

la que también estuvieron involucradas mujeres como Francisca Brava, que daba publicidad a sus servicios en avisos estratégicamente colocados⁴⁹.

El origen, filiación y destino de muchas pasajeras lo conocemos a través de los registros de la Casa de la Contratación, pero otras no han dejado rastro alguno de su viaje. Superados los trámites, tras la obtención de la licencia y la inscripción en el libro de asiento de pasajeros, se obtenía la licencia de embarque que permitía acceder al navío. En ella, además de los datos personales y el destino, se anotaban los rasgos físicos más sobresalientes, circunstancia que nos permite recrear miles de rostros a través de breves y sobresalientes retazos: “un lunar debajo de la oreja”, “una rosa en la frente”, “salpullida en el rostro y algunas pecas”, “carirredonda”, “con marcas de viruela” son algunos de ellos. Así, por ejemplo, en el grupo de criadas solteras que acompañó al conde del Chinchón al Perú quedaron todas ellas individualizadas por su edad y distintivos más sobresalientes: Ana, esclava berberisca de nueve años, por una señal entre las cejas; Lorenza, niña al igual que ella, por sus “dos lunares en la muñeca derecha”; la dueña María de Cáceres, de 45 años, por “una berruguilla pequeña entre las cejas”, y la prometedora Francisca de Baños que a sus 17 años ofrecía una imagen “fresca de rostro, ojos azules”.⁵⁰

En cumplimiento de las disposiciones migratorias, en el libro de pasajeros de 1555 quedó registrado el nombre de Leonor Díaz de Troche con destino a Santo Domingo en la nao del capitán Martín de Zavala⁵¹. Pese al parco asiento que da cuenta de su filiación y origen salmantino sabemos que no tenía más de 14 años. Su viaje había sido cuidadosamente preparado por su padre, de cuya casa partió hacia Sevilla con el pequeño grupo que acompañaba a Magdalena de Anaya, sobrina del licenciado Alonso Maldonado. Juan Pérez, recuero, se ocupó del traslado del ato de todas las integrantes de la expedición de Salamanca a Sevilla y personalmente recogió un cofre en casa del padre de Leonor y lo depositó en la del jurado Acosta en Sevilla, donde posaron varios meses las mujeres de la

49 Escrito a mano, en letra grande, en uno de ellos se anunciaba: “Quien quiere comprar una licencia para pasar en Indias, váyase entre la puerta de san Juan y de Santisteban, al camino que sale a Tudela, cabo de una puente de piedra, y allí, en aquella calle, pregunte por Francisca Brava, que allí se la venderá”. J. Friede, “Algunas observaciones sobre la realidad de la emigración española a América en la primera mitad del siglo XVI”, *Revista de Indias*, 49, 1952, p. 483.

50 Información y licencia de pasajero del conde de Chinchón. AGI, Contratación,5400,N.45.

51 AGI, Contratación,5537,L.1,fol.165v.

expedición antes de embarcar con destino a Santo Domingo y, llegado el momento, lo depositó en la aduana para su embarque.

Fletes y equipajes

Hacer frente a la travesía atlántica y a los gastos del viaje no estaba al alcance de todos los bolsillos. Cuando no se tenía un pariente que asumiese los gastos del flete y matalotaje cabía la posibilidad de aprovechar los enganches en los que se daba a los participantes pasaje y mantenimiento franco. Otras buscaron la seguridad en un “contrato”, como el que acordaron ante escribano Catalina Gutiérrez, viuda, y Dionisia de Grado, cuando se comprometieron como dueñas, hábiles en labores de coser y bordar. La primera llevaba a su hija y la segunda viajaba con su marido en el mismo grupo que lo hizo Leonor Díaz de Troche. Durante cuatro años prestarían sus servicios en casa del presidente de la Audiencia de Santo Domingo y recibirían 10.000 maravedís anuales aunque, en caso de incumplir lo convenido, tendrían que abonar los gastos del flete y pasaje costeados.

Las mujeres eran tan conscientes de los gastos que ocasionaban los desplazamientos como los hombres que se aventuraban a cruzar el océano. Aquellas que respondían a la llamada de sus maridos frecuentemente saldaban el flete de la travesía en el puerto de llegada, al que acudía el esposo o la persona que en su nombre satisfacía los gastos ocasionados. Idéntico comportamiento es adoptado por las mujeres, pues cuando Ana López animó a sus hermanos a reunirse con ella puntualizó: “lo que gastaren en el viaje acá se pagará”⁵². Por su parte, para reunirse con sus hijos, Catalina Rodríguez suscribió una obligación con un particular en la que se comprometía “de por cada ducado que gastase de darle dos”⁵³. Perspicaz en tratos se muestra María de Ávila pues para financiar la travesía de su hermano escribió desde Veracruz que enviaba sesenta cueros para que un banquero de Sevilla los vendiese y con lo obtenido se sufragasen los gastos de su viaje⁵⁴. Las posibilidades eran muy diversas y María de Carranza proponía desde Puebla a su hermano que cobrase el alquiler de unas casas que tenía en Ronda “y si su voluntad fuere, las empeñe, tomando adelantado cuatro o cinco años las rentas, y esto dejo a su voluntad. Y de ello los emplee todo en lienzos delgados,

52 *Ibíd.*, carta 34, p. 65.

53 *Ibíd.*, carta 238, p. 216.

54 *Ibíd.*, carta 192, p. 174.

en ruanes y holandas, y sólo deje para su matalotaje, y hágalo de su mano, no se confíe de otra persona”⁵⁵.

Para hacer frente a los gastos de la travesía Mariana de Morguiz avisaba a su familia que enviaba “dos pedazos de oro”⁵⁶, Leonor López 100 ducados⁵⁷ y Ana de Espino una barra de plata⁵⁸. Formas de financiación cuyos inconvenientes pronto fueron advertidos, pues en muchos casos las remesas no llegaban a su destino, en ocasiones por la pérdida del navío y en otras por el incumplimiento de los que habían asumido el compromiso de la entrega. Así lo reconocía María Díaz cuando señaló en una de sus cartas: “ahora no os envío cosa ninguna por no haber persona cierta con quien lo pueda enviar”⁵⁹. Con claridad también se hizo eco de aquella realidad Ana de Montoya cuando puntualizó: “No envío las costas de su viaje con esta, porque tengo entendido que nunca se da cosa que se envíe de acá, sino que los que lo llevan lo encubren, ni lo dan, ni las cartas”⁶⁰. Con sabiduría popular se expresaba desde Santa Fe en este mismo sentido Isabel Rodríguez al dar cuenta que los pesos que envió “se ahogaron” por lo que, escarmentada, escribió: “donde no está su dueño, allí está su duelo y fue nuestro Señor servido que no llegasen allá”⁶¹. No fueron las únicas que se expresaron de esta manera. A veces, los envíos se hacían con desconocimiento del marido, lo que llevó a las mujeres a desarrollar estrategias para recabar la información sobre su recepción sin levantar sospechas en el hogar: “Mucho quería saber si en la flota pasada recibió cincuenta pesos ... y quería que no viniese en mi carta, sino en la de mi prima, porque no sabe Juan Gómez que los envié”⁶².

El licenciado Alonso Maldonado aseguró haber pagado por el flete, matalotaje y costas del viaje de Leonor Díaz de Troche 200 ducados, aunque el padre de la muchacha estimaba que no habían sido más de 100. Por dejar constancia en su testamento —dictado en la embarcación antes de fallecer— sabemos que Catalina de Dueñas adeudaba por su flete y el de su hijo 40 ducados y otros 16

55 *Ibíd.*, carta 181, p. 167.

56 *Ibíd.*, carta 6, p. 43.

57 *Ibíd.*, carta 299, p. 266.

58 *Ibíd.*, carta 284, p. 256.

59 *Ibíd.*, carta 79, p. 101.

60 *Ibíd.*, carta 209, p. 188.

61 *Ibíd.*, carta 318, p. 280.

62 *Ibíd.*, carta 192, p. 175.

por el camarote que ocuparon cuando en 1613 embarcaron con destino a Nueva España⁶³.

El que el flete y gastos fuesen asumidos por algún familiar era motivo de cierta tranquilidad, sentimiento que debió de embargar a Mariana de Santillán cuando leyó los renglones que desde México había encaminado a Sevilla su hermana con la promesa de que pagaría “todo lo que trajesen de costas”⁶⁴. Idéntico compromiso asumía María de Carranza desde Puebla cuando prometía el pago del flete y de todos los gastos que le ocasionase llevar con él diversos oficiales hábiles en la confección de paños y fabricación de cera⁶⁵.

Cubrir las necesidades durante la travesía era prevención de los que embarcaban y, en este sentido, en poco difieren las recomendaciones más o menos detalladas de hombres y mujeres en sus cartas. Las prevenciones eran mayores si se llevaban niños, como muy bien puntualizaba desde Puebla María de Carranza al señalar que en ese caso “con seis quintales de bizcocho tendrá hartos, y antes más que no menos” y recomendar que para el viaje comprase: “de Ronda cuatro jamones de tocino, y cuatro quesos, doce libras de arroz, y garbanzos y habas, antes que le sobre que le falte, todas especias, vinagre y aceite, cuatro botijas de cada cosa, tasajos de carnero y de vaca hartos y bien aliñados, y ropa de su vestir blanca y de paño cuanta pudiere traer, que vale acá mucho”⁶⁶.

Las recomendaciones sobre las prendas de vestir, interesante referencia para seguir los tejidos, usos y modas de la época, son constantes en la correspondencia, sobre todo en las cartas que escriben los hombres. Pero sobre lo que realmente llevaban las pasajeras en sus arcas, baúles, cofres o cajas no abundan los testimonios. El equipaje de Leonor Díaz de Troche lo conocemos por la prevención de su padre de poner por escrito lo entregado a Juan de Gudiel. Todos los vestidos, prendas y complementos, cuidadosamente reunidos, son un buen ejemplo de lo que podría haber sido el equipaje de una joven cuya familia esperaba que prosperase en las Indias con un buen matrimonio. En la preparación invirtió su familia 250 ducados, cantidad que los llevó a endeudarse en la compra y hechuras que se abonaron a Julián de Velasco, sastre salmantino que confeccionó todas sus prendas.

63 AGI, Contratación, 514, N.1, R.4.

64 E. Otte, *Cartas privadas...*, carta 36, p. 67.

65 Ibídem, carta 181, p. 168.

66 Ibídem, carta 181, p. 167.

El equipaje, acomodado para la travesía en un cofre encorado que lo preservaría de las humedades, estaba formado por varias prendas de paño y seda de muy diversas labores. Entre las sayas, una era de paño verde guarnecida de terciopelo del mismo color con dos tiras y cuatro pespuntos; otra de grana amarilla con tres fajas de terciopelo amarillo acuchilladas; otra de grana blanca, con una faja de lo mismo, cortada; otra de carisea blanca con dos ribetes; otra de paño frisado con adorno de terciopelo en dos ribetes valencianos acuchillados y con su colete. Varias ropas de diferentes tejidos combinarían con las anteriores: una de encima de tafetán negro guarnecido de terciopelo del mismo color; otra de paño de Las Navas con terciopelo verde; otra de cotonía de Milán y otra de lienzo de Bruselas con manga de media punta, guarnecida con cuatro ribetes de Holanda. En su cofre se introdujeron también ocho camisas de Rúan y lienzo (dos labradas de seda negra y seis blancas), ocho gorgueras blancas y una de seda labrada. No faltó una prenda de raso negro guarnecida de terciopelo negro y dos cueras, una de tafetán amarillo con unos ribetillos amarillos y forrada en fustán blanco y otra de tafetán pardo con el mismo forro. Además incluyó una mantillina de tafetán forrada de terciopelo negro, un manto de estameña, unas manguitas de raso carmesí forradas en lienzo, unas mangas de cotonía blancas, tres pares de mangas blancas de Holanda y unas labradas de negro. Entre los accesorios llevaba dos pares de guantes valencianos, un sombrero, cinco tocados de beatilla de vara y media, una cofia de red de labor y un tocado de seda. Equipaje en el que no faltaron dos pares de chapines valencianos y dos pares de botines de Medina del Campo con sus lazos, unos azules y otros colorados. Para las necesidades del camino, una toca de tres varas de lienzo y dos paños de manos de algodón y lino además de un colchón, una manta frazada, dos almohadas blancas y dos sábanas de lienzo.

Además de las prendas y artículos enunciados, Leonor Díaz de Troche llevó un estuche, un cofrecito barreado con un espejo, peines, cintas, tocados y otras cosillas para su arreglo y afeite. Aunque no se dejó constancia de ningún libro si sabemos que en una cajita llevaba unas nóminas y reliquias, y que no olvidó la probanza de su hidalguía. Sobre esta última, Inés de Solís recomendaba desde México a una de sus hermanas “no venga sin la ejecutoria de hidalguía”⁶⁷.

Para adorno de su persona llevaba la joven Leonor algunas joyas (dos anillos de oro con sus piedras, dos pares de arracadas de oro con sus arillos y

67 *Ibíd.*, carta 61, p. 90.

un apretador de oro y plata). A última hora, antes de abandonar su Salamanca natal, su padre completó el equipaje con otras prendas (seis paños de Holanda de narices, unas mangas de Holanda labradas de seda de punto llano, de hechura de manga boba; una toca de camino de cinco varas de lienzo y de delgado).

Equipajes “más ligeros” sugerían las palabras de Juana Bautista a su hermana: “hagan por venirse como quieran, porque acá no les faltará todo lo que hubieren menester, aunque vengan en camisa”⁶⁸. Escasas eran las prendas que recomendaba llevar otra mujer a sus hermanas: “para cada una, una saya, un jubón de telilla para cada una; un manto de lustre; las camisas, gorgueras y tocas que les pareciere y algún manto”⁶⁹. Desde Panamá un hombre recomendó a su hijo: “Vos traed una capa de ropa, y vuestra mujer un par de sayas de tafetán de raso guarnecido y un buen manto de burato” e insistió sobre el atuendo: “no traigáis ropa ninguna de paño, sino que vuestro vestido sea de raja, y el de ella de tafetán y raso, porque acá no se usa otra cosa por el calor de la tierra, cuando más para la mar, y una saya”⁷⁰.

Prendas similares a las enunciadas en el equipaje de Leonor, pero de menor riqueza en su hechura y número, se hallaron en alta mar cuando se abrió la caja de castaño en la que la pasajera Catalina de Dueñas había acomodado sus pertenencias, entre ellas “un pequeño relicario” y “unas oras en romance”.⁷¹ En otros casos, entre los bienes inventariados, además de las prendas de vestir se comprueban otros objetos útiles en la travesía, como es el caso de un trasportín, probablemente utilizado para el acomodo durante la navegación.⁷² Las prendas que se encuentran en los equipajes de algunas mujeres a su regreso a la península no difieren esencialmente de las que se llevaban, aunque su estado suele ser descrito como traído, raído o viejo en la mayoría de las ocasiones.

Algunas de las prendas enumeradas eran muy apreciadas y en Indias duplicaban su valor. Andrea López agradecía a su madre “el regalo de las gorgueras”⁷³. Otras tenían escaso uso en aquellas latitudes, como reconocía una mujer desde la inhóspita Veracruz cuando pedía “tres o cuatro pares de botillas y tocas para ellas

68 Ibídem, carta 36, p. 67.

69 Ibídem, carta 49, p. 78.

70 Ibídem, carta 283, p. 254.

71 Autos de Bienes de difuntos de Catalina de Dueñas, fallecida en la nao *Nuestra Señora de la Caridad* en 1613. AGI, Contratación, 514, N.1, R.4.

72 AGI, Contratación, 490, N.2, R.3.

73 E. Otte, *Cartas privadas...*, carta 48, p. 76.

delgadas, porque acá no se puede sufrir lienzo alguno, y también si hubiere algún lienzo de hilo de a tres blancas o de dos maravedís me lo traigan para algunas camisas, y algún hilo portugués, o gordo de coser, y si hubiere algunos tramados que sean buenos”⁷⁴.

Modas y prácticas sociales asociadas al vestido que también son objeto de comentario, como cuando una mujer comunicó a su madre la muerte de su suegra y de su cuñada, a las que había tenido escasa inclinación: “aunque a su fallecimiento me puse de luto, hice cuenta que era hábito muy galano, que para poca gente lo es este hábito, yo gusté traerlo algunos días”⁷⁵. Por su parte, Isabel Maldonado, desde Yucatán, daba cuenta del largo tiempo que lo guardó por la muerte de varios miembros de su familia⁷⁶.

Todas las prendas embarcadas pretendían ofrecer una determinada imagen de las damas, aumentando sin duda sus posibilidades de “remedio” en tierras americanas. Cervantes de Salazar relató con cierta ironía la situación a bordo poco antes del desembarco, con la apertura de las cajas y cajones celosamente custodiados durante el viaje de los que salían camisas limpias y vestidos nuevos para ponerse la gente lucida y arreglada, en especial algunas de las damas que salían “debajo de cubierta, digo debajo de cubierta de blanco solimán, y resplandor finísimo color de cochinilla, y tan bien tocadas, rizadas, engrifadas y repulgadas, que parecían nietas de las que eran en alta mar”⁷⁷. Sin duda el atuendo era motivo de curiosidad para quienes contemplaban el desembarco. De hecho, Juana Vázquez recordaba que Leonor Díaz de Troche lo hizo en Santo Domingo “con una saya de grana blanca y una ropa de tafetán guarnecida de terciopelo negro”. Pero aquella imagen vistosa de la joven fue breve, apenas veinte días, pues la mujer del licenciado Maldonado solamente le permitió que de su rico equipaje vistiese a diario una saya verde guarnecida de terciopelo y una saya blanca de carisea. Aquella imagen que Cleofás de Ballesteros había creído conveniente para su hija, proyectada a través de su presentación en público, se desmoronó cuando leyó los renglones dedicados por la joven al respecto: “Las ropas que v.m. me dio no me

74 *Ibidem*, carta 192, p. 175.

75 *Ibidem*, carta 48, p. 77.

76 C. I. López Benito, “La cosmovisión de una mujer salmantina emigrada a las Indias, y vinculada con los Montejo de Yucatán, a través de sus cartas privadas”, *Salamanca. Revista de Estudios*, 2000, p. 365.

77 J.L. Martínez, *Pasajeros de Indias. Viajes trasatlánticos en el siglo XVI*, 1983. págs. 295-296.

aprovecho dellas porque no salimos de casa si a confesarnos, mas no falta quien quita la polilla, que mi señora doña Catalina me hace esas mercedes de vestillas y emprestallas a quien las vista, y no oso hablar porque estoy en tierra ajena y lejos del favor de v.md. y esto no lo escribo a v.md. sino porque sepa las mercedes que se me hacen y suplico a v.md. no dé cuenta en casa de Francisco de Anaya porque no lo escriba acá, que será para mí más trabajos”. Fina agudeza la de Leonor, a quien algunas de las mujeres con las que convivió en Sevilla antes de embarcar consideraron “tontilla”, calificativo que no se corresponde con su manera de expresarse y captar la realidad propia y ajena pues, viendo la situación, opinaba que su hermano —con quien se encontró en Santo Domingo a su llegada y que se había trasladado a México—, “hizo como cuerdo en salirse desta casa que tan pocas mercedes había de sacar”.

En algunos casos los objetos o artículos que se incluían en los equipajes respondían a peticiones particulares. La mujer de Alonso del Castillo Maldonado solicitaba desde México el envío de dechados de labores y prometía enviar algunas cosas curiosas, entre ellas un gatillo de la tierra y un papagayo⁷⁸. Leonor Pérez confió en México a un conocido una cama, un mantel y otras cosas que no llegaron a manos de su destinatario porque el navío se perdió en la barra de Sanlúcar⁷⁹. Desde Ocotitlán Francisca de Fuentes envió a Plasencia unas camisas que ella y sus criadas habían labrado “al uso de esta tierra”⁸⁰. María Díaz, desde México, entre otras cosas enviaba “veinte berilos, veinte y cuatro imágenes de pluma y seis cajas de cuchillos y dos docenas de rosarios y una piedra para la ijada”⁸¹.

Experiencias de viajes

María de Esquivel entretenía sus desvelos nocturnos imaginando la llegada de su nieta, en quien esperaba encontrar alivio en su enfermedad y consuelo en sus últimos días en México. Solo perturbaba aquella idílica recreación la distancia que las separaba y la necesaria navegación para hacer realidad su sueño. Ella misma, desde la experiencia, reconocía que había que tener valor para embarcar,

78 M^a C. Martínez Martínez, *Desde la otra orilla. Cartas de Indias en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid (siglos XVI-XVIII)*, 2007, cartas 4 y 7, págs. 102 y 110.

79 R. Sánchez Rubio e I. Testón Núñez, *El hilo que une...*, carta 4, p. 44.

80 E. Otte, *Cartas privadas...*, carta 202, p. 182.

81 *Ibíd.*, carta 73, p. 98.

de ahí la recomendación que le hizo: “que cobréis ánimo para este viaje”⁸². Realmente estaba acertada en el comentario pues tan largo camino requería determinación para emprenderlo. En los casos en los que la decisión de viajar no era firme, el temor a lo desconocido y los peligros de la mar, miedos habituales entre los pasajeros de ambos sexos, ayudaban a permanecer en tierra. Por ello, cuando una mujer tuvo conocimiento de la suerte de su hijo tras diez y ocho años de silencio le hubiera gustado “como pájaro volar”⁸³. Isabel Pérez, cuando supo del viaje de su marido escribió sobre cómo lo había imaginado: “No pudo ser mayor contento para mi —pues sin mensajero el corazón me significaba los trabajos que había pasado en el mar— saber ahora por nueva cierta”⁸⁴.

Vencidos los temores o con ellos, las pasajeras sufrían las condiciones de la navegación de la época, exponiendo su suerte a las caprichosas navegaciones que en más de una ocasión ponían en serio peligro sus vidas. El acomodo en las embarcaciones no era fácil y la vida a bordo distaba de ser placentera y cómoda. Cuando en 1572 Juana Bautista tuvo noticias de los barcos perdidos y el número de pasajeros ahogados en la última flota se apresuró a advertir a sus parientes “miren en qué navíos vienen, que no sean podridos, porque no les acontezca alguna desventura”⁸⁵. Las indicaciones sobre cómo hacer el viaje llevan a los más acomodados a recomendar a las mujeres que ocupen una cámara, “de las ordinarias que toman los otros pasajeros, que son siete pies de ancho y ocho de largo”,⁸⁶ incluso a concretar cual: “la primera de la parte de babor, que es a mano izquierda. Y si os pareciere pequeña fletaréis otra junto a ella”⁸⁷. Mas no todos eran tan generosos, pues a Mari Díaz su marido le advirtió desde Puebla: “que no toméis cámara ni camarote, sino rancho como los demás” al tiempo que, para evitar gastos innecesarios era avisada de que “no ha de pagar flete la criatura que mama”⁸⁸.

Los riesgos de la travesía están muy presentes en las cartas. Los peligros se derivaban no solo de las condiciones adversas que podían dificultar la navegación, sino de los que se aprovechaban de las mujeres en los viajes. Por ello Ana de Espino recomendaba a su hermana desde Panamá: “mire que venga con buena

82 *Ibíd.*, carta 109, p. 120.

83 R. Sánchez Rubio e I. Testón Núñez, *El hilo que une...*, carta 5, p. 45.

84 *Ibíd.*, carta 54, p. 133.

85 E. Otte, *Cartas privadas...*, carta 36, p. 67.

86 *Ibíd.*, carta 283, p. 254.

87 *Ibíd.*, carta 288, p. 260.

88 *Ibíd.*, carta 174, p. 162.

gente y honrada, aunque venga sirviéndolos”⁸⁹ y una madre a su hija desde Trujillo del Perú que mirase por su honra “por la mar”⁹⁰. Los hurtos y apropiaciones de lo ajeno eran frecuentes en aquellos reducidos espacios en los que se convivía, en ocasiones, durante meses. Sebastián Pliego prevenía a su mujer que durante el viaje guardase los alimentos en dos arcas que le servirían de cama “para que os durmáis encima, y no durmáis sola”⁹¹. En aquellas condiciones no es de extrañar que Leonor López, pese a su decisión de regresar, expresase sus temores por estar viuda y hacer el viaje con su madre, como lo escribía a su hermana “me dispongo a hacer este viaje contra mi voluntad por ser mujeres y solas”⁹².

Para todos los pasajeros era motivo de alegría la llegada de la embarcación a puerto. Desde Granada, María Capacha, escribió a su hijo que cuando leyó su carta contando el feliz arribo a San Juan de Ulúa “fue tanto el gozo que esta miserable vieja sintió que me tuvieron por muerta más de dos horas del gran contento que recibí de que hubiese llegado con salvamento de los trabajos y peligros de la mar”⁹³. Leonor Gil de Molina, a petición de su marido, cumplió con el encargo de “la misa de caminantes” en acción de gracias por los pocos días que empleó su embarcación hasta Canarias⁹⁴. Deseosa de tener una feliz travesía, Leonor López pidió que por sus intenciones se realizase una novena a la virgen del Val en su localidad de origen⁹⁵.

Cuando concluía la travesía pronto quedaban atrás las duras jornadas de navegación, la difícil convivencia a bordo y los sobresaltos que ocasionaban tormentas, olas y vientos. Aquella realidad a bordo la reflejó Cervantes de Salazar en una carta al licenciado Miranda de Ron: “si hay mujeres, qué gritos con cada vaivén del navío!: “¡ay madre mial” y, “¡échenme en tierral”; y están mil leguas de ella”⁹⁶.

Mas hubo reacciones bien distintas a las enunciadas por Cervantes de Salazar, como la relatada por Isabel de Guevara en una carta fechada en Asunción

89 Ibídem, carta 284, p. 256.

90 Ibídem, carta 523, p. 464.

91 Ibídem, carta 174, p. 162.

92 Ibídem, carta 299, p. 266.

93 R. Sánchez Rubio e I. Testón Núñez, *El hilo que une...*, carta 141, p. 295.

94 Ibídem, carta 31, p. 99.

95 E. Otte, *Cartas privadas...*, carta 299, p. 266.

96 J.L. Martínez, *Pasajeros de Indias...*, p. 303.

en 1556, presentando al pequeño grupo de mujeres integrante de la expedición conquistadora del Río de la Plata, ante la enfermedad y situación de los varones, asumiendo actividades muy diversas, desde rondar los fuegos y armar las ballestas hasta marear la vela, gobernar el navío o realizar todo tipo de maniobras en la embarcación⁹⁷.

La experiencia vivida en los viajes, ya fueran marítimos, fluviales o terrestres, hace que los testimonios sean muy diversos. Así, Isabel de Mondragón recordaba desde La Serena (Chile) “haber pasado en nuestro viaje los trabajos comunes”⁹⁸. En la memoria de Inés de Solís seguía muy vivo el recuerdo de las jornadas pasadas, hasta el punto de ser un gran inconveniente, pese al paso de los años, para su regreso a España pues reconocía “yo no me he atrevido a pasar la mar por causa de las grandes tormentas de ellas, y los grandes trabajos que cuando pasé traje”⁹⁹. Mucho más explícita se mostró Beatriz de Carvallar al narrar a su padre los trabajos y enfermedades padecidos, hasta el punto que milagrosamente se vio resucitada como Lázaro “porque yo traje por la mar las más crueles enfermedades que en cuerpo persona vieron, no esperaran todos los que venían en la nao cuando me habían de echar a la mar, y unos padres teatinos, que venían en la nao, me confesaron muchas veces”. En Santo Domingo a punto estuvo de morir y fue la primera persona que por su enfermedad desembarcó en San Juan de Ulúa. Semejante experiencia la hacía ser prudente en las invitaciones pues “padécese tanto por la mar que no me he atrevido enviarlo a llamar, y también no hay flota que no dé pestilencia, que en la flota que nosotros vinimos se diezmo tanto la gente, que no quedó la cuarta parte”¹⁰⁰. Las dificultades de aquella travesía llevaron a su marido a escribir que de aquella flota “no podía contar sino lástimas”¹⁰¹. No tuvo igual suerte Catalina de Dueñas que, viéndose enferma, durante la navegación dispuso testamento en el que ordenó que, llegado el momento, su cuerpo fuese echado a la mar. Allí acabó su viaje, como el de la india Teresa, que murió por la mar “de muchos vómitos que le dieron” cuando viajó a España en compañía de Gerónimo de Trías¹⁰².

97 *Cartas de Indias*, 1877, págs. 619-620.

98 E. Otte, *Cartas privadas...*, carta 615, p. 550.

99 *Ibidem*, carta 61, p. 89.

100 *Ibidem*, carta 56, p. 84.

101 *Ibidem*, carta 57, p. 86.

102 E. Mira caballos, *Indios y mestizos americanos en la España del siglo XVI*. 2000, p. 65.

Los grandes peligros y trabajos sufridos en la travesía marítima hicieron que María Díaz admitiese que si los hubiera conocido antes de embarcar “pasar por el pensamiento lo tuviera por grande peligro”. Además de las tormentas que sufrieron, en una de ellas, de gran intensidad durante dos días con sus noches, bien creyó que perecería en la mar cuando se quebró el mástil de la embarcación¹⁰³. En su sentir, el camino a las Indias era, además de largo, peligroso. Opinión bien distinta era la de María de Ávila, pues sobre el viaje a la Nueva España escribió “y no mire el viaje, porque todo son dos meses de camino”¹⁰⁴. Punto de vista bien diferente mostró desde El Cuzco María Alfonso quien, poniendo a Dios por testigo del deseo de ver a su hermana, se justificaba “mas es tan largo el camino y tantas las necesidades que por él se pasan que los temo”¹⁰⁵.

Travesía placentera debió de ser la de Leonor Díaz de Troche pues recordó con agradecimiento la compañía de Sebastián de Alba y su mujer, que le “hicieron todo el regalo que pudieron por la mar”. Trato que aclara en qué consistía un hombre desde Panamá al dirigirse a su prometida: “por el camino por la mar seréis la más regalada que en el viaje viniere de todos los regalos de frutas y pescados y gallinas y conservas que vos quisiéredes meter en el navío”¹⁰⁶.

En el desarrollo de la navegación era motivo de gran alteración entre el pasaje divisar velas de otras embarcaciones, sobre todo si resultaban ser de piratas o corsarios. El ritmo a bordo se aceleraba para preparar la defensa. Si la inquietud era patente en los hombres el temor a los corsarios también arrancaba de los labios de las mujeres sentidas palabras. Así ocurrió en la travesía que hizo a las Indias Cervantes de Salazar con su familia, situación sobre la que escribió: “comienzan las mujeres a levantar alaridos: ¿Quién nos metió aquí, amargas de nosotras? ¿Quién nos engañó para entrar en este mar?”¹⁰⁷. Era el momento de ocultar los objetos de valor en los escondrijos del navío y de confiar en salir del percance, si lo había, con la mejor suerte posible. El temor a los corsarios llevó al administrador de los bienes del marqués del Valle a buscar protección para la embarcación en la que en 1548 hizo el viaje a España la primogénita de Cortés,

103 E. Otte, *Cartas privadas...*, carta 73, p. 97.

104 *Ibidem*, carta 192, p. 174.

105 *Ibidem*, carta 553, p. 491.

106 *Ibidem*, carta 288, p. 260.

107 J.L. Martínez, *Pasajeros de Indias...*, p. 293.

María, desde cuyo barco se avistaron velas francesas, aunque todo quedó en un susto porque, viendo la defensa del navío, decidieron no atacarlo.

Pero el viaje para muchas no concluía al atravesar el Atlántico y alcanzar los puertos de llegada. Ana de Montoya tuvo una actividad viajera notable en América. Después de pasar por Santo Domingo se encaminó a México, luego a Zultepec y acabó en Yucatán siguiendo a su marido, pintor y dorador, que se trasladaba de un lugar a otro para trabajar en monasterios e iglesias”¹⁰⁸.

Alcanzar destinos como Perú o Chile requerían embarcar de nuevo y cubrir parte del trayecto por tierra. Desde Trujillo del Perú Aldonza Rodríguez de Baena animaba a su hija viuda a que se aventurase a hacer el viaje y le avisaba que en Panamá encontraría “dineros para pasar acá y matalotaje”¹⁰⁹. Una buena cabalgadura y una bolsa llena ayudaban a realizar las diferentes etapas en las que los precios de los artículos se elevaban, como reconocía María Alfonso, que empleó 300 pesos en el trayecto de Panamá al Cuzco¹¹⁰. Las posibilidades que ofrecía el lejano Potosí llevaron a muchas hasta el cerro, como se hacía eco en una carta un minero: “Gente poca, hombres digo, mugeres, muchas y a buen preçio” o “a acudido gran número de gentes a esta villa, damas como tierra y ladrones como estrellas”¹¹¹.

Largo era el camino para las que desde algún punto del virreinato peruano viajaban a España. Aunque no son abundantes los registros de las escalas y condiciones, María Rostworowski reconstruyó el viaje de doña Francisca Pizarro. Tras embarcar, la comitiva hizo escala en Guañape, y se buscaron refrescos para la joven en Trujillo y Paíta. Prolongada fue la estancia en Panamá, donde se pagaron 500 pesos por los fletes de Lima a Tierra Firme. En junio de 1551 se hacían a la vela en La Habana, su inquietud sería ver la tierra de su padre en un viaje en el que vino regalada y en unas condiciones que no eran las que habitualmente tenían la mayoría de las pasajeras¹¹².

Está claro que ni todos los viajes eran iguales ni todas las travesías invitaban a repetir la experiencia. Inés Alonso Cervera no estaba dispuesta a embarcar de nuevo por varias razones, entre ellas —reconocía desde Lima— porque “como

108 E. Otte, *Cartas privadas...*, carta 209, p. 188.

109 *Ibidem*, carta 523, p. 464.

110 *Ibidem*, carta 553, p. 491.

111 M^a C. Martínez Martínez, *Desde la otra orilla...*, cartas 60 y 65, págs. 246 y 259.

112 M. Rostworowski de Díez Canseco, *Doña Francisca Pizarra...*, págs. 43-50.

soy vieja, no me atrevo a volver a pasar este lago”¹¹³. Por otra parte, el deseo de hacerlo embargaba a María Díaz, que bien hubiera querido morir con su marido, a quien perdió a los pocos días de llegar a México, y evitar “verme viuda y desamparada e tan lejos de mi natural, y en tierra adonde no me conocen, que no quisiera sino volverme luego a la hora”¹¹⁴.

La experiencia vivida, en ocasiones marcada por la adversidad, hizo que muchas se sintieran incapaces de volver a embarcar. Sentimiento que no era exclusivamente femenino, pues muchos varones también expresaron su deseo de no surcar más el mar, como decía Francisca Pérez desde México: “mi marido es hombre muy delicado y muy enfermo y teme mucho la mar”¹¹⁵.

Las esperanzas depositadas en el viaje no siempre se cumplieron. María de Córdoba, en una breve pero elocuente carta escrita en Lima en 1578, dio cuenta de su desencanto: “Indias, de Indias tienen sólo el nombre, y es que, a mi parecer, la más mala tierra que hay en el mundo, que al fin es un traslado, como si se sacaren todo de España... y digo que las Indias para quien las quisiere”¹¹⁶. Su experiencia le permitió tener su propia opinión, como a Catalina Álvarez contarla de manera muy diferente: “estoy casada con un conquistador... y soy señora de vasallos. Ha sido Dios servido de darme de sus bienes... que en todas estas tierras no hay mujer mejor casada, ni más bien aventurada”¹¹⁷.

Bibliografía

Cartas de Indias. Madrid: Ministerio de Fomento, 1877.

CORTÉS, Hernán. *Cartas y memoriales*. (ed. M^a del Carmen Martínez Martínez). León: Universidad de León, 2003.

FRIEDE, Juan. “Algunas observaciones sobre la realidad de la emigración española a América en la primera mitad del siglo XVI”, *Revista de Indias*, 49, 1952, págs. 467-497.

GÁLVEZ RUIZ, MARÍA ÁNGELES. “Emigración a Indias y fracaso conyugal”, *Chronica Nova*, 24, 1997, págs. 79-102.

113 E. Otte, *Cartas privadas...*, carta 458, p. 397.

114 *Ibidem*, carta 73, p. 97.

115 *Ibidem*, carta 77, p. 100.

116 *Ibidem*, carta 456, p. 396.

117 *Ibidem*, carta 378, p. 334.

GARCÍA MOUTON, Pilar. “Las mujeres que escribieron cartas desde América”, *Anuario de Lingüística Hispánica*, Studia Hispánica in Honorem Germán de Granda, 12-13, págs. 319-326.

GONZALBO AIZPURO, Pilar y Berta ARES QUEIJA (Coordinadoras). *Las mujeres en la construcción de las sociedades Iberoamericanas*. México: El Colegio de México, CSIC-EEHA, 2004.

GUARDIA, Sara Beatriz (comp. Ed.). *Escritura de la historia de las mujeres en América Latina. El retorno de las diosas*. Lima: Ed. Minerva, 2005.

----- (Ed. y comp.). *Mujeres que escriben en América Latina*. Lima: CEMHAL, 2007.

LÓPEZ BENITO, Clara Isabel. “La cosmovisión de una mujer salmantina emigrada a las Indias, y vinculada con los Montejo de Yucatán, a través de sus cartas privadas”, *Salamanca. Revista de Estudios*, 44, 2000, págs. 315-367.

MARTÍNEZ, José Luis. *Pasajeros de Indias. Viajes trasatlánticos en el siglo XVI*. Madrid: Alianza Editorial, 1983.

-----, *El mundo privado de los emigrantes en Indias*. México: FCE, 2ª ed., 2007.

MARTÍNEZ MARTÍNEZ, Mª del Carmen. “Vida maridable”, algunas peculiaridades en la emigración a las Indias”, *Anuario Jurídico y Económico Escurialense*, 1990-1, págs. 351-363.

-----, *Desde la otra orilla. Cartas de Indias en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid (siglos XVI-XVIII)*. León: Secretariado de Publicaciones de la Universidad, 2007.

MENA GARCÍA, Mª del Carmen. *Sevilla y las flotas de Indias. La Gran Armada de Castilla del Oro (1513-1514)*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1998.

MIRA CABALLOS, Esteban. *Indios y mestizos americanos en la España del siglo XVI*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2000.

MURIEL, Josefina. *Las mujeres de Hispanoamérica. Época colonial*. Madrid, Mapfre, 1992.

OTTE, Enrique. *Cartas privadas de emigrantes a Indias*. [Sevilla]: Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, 1988. Hay Reedición en México: Fondo de Cultura Económica, 1993.

PÉREZ CANTÓ, Pilar. “Las españolas en la vida colonial”, en Isabel MORANT (Dir.), M. ORTEGA, A. LAVRIN y P. PÉREZ CANTÓ (Coords.), *Historia de las mujeres en España y América Latina. El mundo Moderno*. Vol. II. Madrid: Cátedra, 2005, págs. 525-553.

ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO, María. *Doña Francisca Pizarro, una ilustre mestiza 1543-1598*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1989.

SÁNCHEZ RUBIO, Rocío e Isabel TESTÓN NÚÑEZ, *El hilo que une. Las relaciones epistolares en el viejo y en el Nuevo Mundo (siglos XVI-XVIII)*. Cáceres: Universidad de Extremadura, 1999.

ANNE BRADSTREET (1612-1672): LA CARA FEMENINA DE LOS PRIMEROS VIAJES AL CONTINENTE AMERICANO

Dra. M^a Dolores Narbona Carrión
Universidad de Málaga (España)

A pesar de los esfuerzos por recuperar o incorporar a las mujeres en la historia llevados a cabo por investigadores e investigadoras en las últimas décadas, podemos comprobar cómo la mayoría de los estudios relacionados con el ámbito americano se siguen decantando por comenzar su análisis desde unos orígenes que, no sólo dejan en un plano muy secundario a los auténticos nativos de estas tierras al comenzar a narrar la historia americana por los invasores europeos, sino que, además, tienden a olvidarse de la presencia femenina. Centrándonos en el terreno literario, si bien es cierto que en los pasados años se ha dado un giro importante en el enfoque crítico, que ha facilitado la atención a la diversidad tanto de raza como de género, aún es necesario que sigamos rescatando las interesantes vidas, obras y perspectivas de las mujeres que viajaron a América. Entre ellas se encuentra Anne Bradstreet, una de las muchas hijas, esposas y madres que dejaron la comodidad de su tierra natal para adentrarse en la aventura de lo desconocido y que merecen nuestra atención tanto o más que sus homólogos masculinos. Bradstreet, una de las primeras habitantes de la colonia de la Bahía de Massachusetts, resulta doblemente interesante: desde un punto de vista meramente histórico, por ser una de las pioneras en su traslado al continente americano; y desde una perspectiva literaria, pues sus escritos —que consiguió escribir a la vez que se ocupó de su esposo y sus ocho hijos—, además de ilustrar la “otra cara” de esta experiencia, tradicionalmente contada en masculino, constituyeron el primer volumen de poemas creados por residentes americanos, titulado *The Tenth Muse Lately Sprung Up in America* (1650).

Para ilustrar la anterior declaración, podemos fijarnos en obras de reconocido prestigio como la de Malcolm Bradbury y Howard Temperley, titulada *Introduction to American Studies* (1998), donde incluyen una extensa cronología de la historia de América que, sin embargo, comienza en el año 1492 —como si antes no hubiera existido el continente— y señala en dicha fecha el viaje de Cristóbal

Colón al “Nuevo Mundo”¹ —“nuevo” para quienes llegaron, no para quienes podrían llevar viviendo allí desde 30.000 años antes de Cristo aproximadamente. El mencionado adjetivo, en los textos referentes a la llegada de europeos a América, se suma frecuentemente a “salvaje”, “peligroso”, “desconocido”, “rudo”, y otros que parecen querer crear en la mente de quienes los leen la imagen de que en estas tierras no hubieran podido habitar y sobrevivir más que fornidos aventureros y valientes soldados, sin dejar espacio, ni por asomo, a la tradicionalmente considerada más débil presencia femenina. Incluso las versiones de ficción se han hecho eco de esta visión, como podemos comprobar en la obra de una de las figuras literarias más conocidas del ámbito norteamericano, Nathaniel Hawthorne, *The Whole History of Grandfather's Chair*, donde se relata así la “lógica” muerte (dadas las circunstancias) de una de las primeras viajeras a América:

La pobre Lady Arbella contempla todo este panorama y siente que este Nuevo Mundo es adecuado tan sólo para gente ruda y dura. Aquí no debería estar nadie que no pudiera lidiar con bestias y hombres salvajes, sino quien pudiera trabajar tanto con frío como con calor y que pudiera mantener firme su corazón contra toda dificultad y peligro. Pero ella no es así. Su espíritu tierno y tímido se hunde en ella y, volviéndose de la ventana, se sienta en la gran silla y se pregunta en qué lugar de aquella tierra salvaje le cavarían la tumba sus amigos.²

No en vano hemos de recordar que muchos de los primeros viajeros se encargaron de difundir en sus escritos esta concepción del mundo que habían “descubierto”, para, al mismo tiempo, promocionar su propia imagen y valía. Ejemplos destacados de ello son los escritos de diferentes nacionalidades como los de Cristóbal Colón (1451-1506) sobre sus viajes, tales como su *Diario del Primer Viaje a América, 1492-1493*; *Relación de Alvar Núñez Cabeza de Vaca* y *Los Viajes de Samuel de Champlain, 1604-1618*, de los autores que aparecen en sus títulos respectivamente; y los de ingleses como Thomas Morton (1579?-1647?), John Winthrop (1588-1649), Roger Williams (1603?-1683?) y William Bradford (1590-1657). Pero, sin duda, una de las obras de este tipo más conocidas es la de John Smith, titulada *The Generall Historie of Virginia, New England, and the Summer Isles* (1624), ya que en ella se encuentra el relato del supuesto rescate de su vida por

1 BRADBURY, Malcolm – TEMPERLEY Howard. *Introduction to American Studies*. London and New York: Longman, 1998, pág. vi.

2 La cita está tomada de la parte I, capítulo 2, de su versión publicada en Internet. Todas las traducciones que aparecen en el texto son mías.

parte de una princesa india llamada Pocahontas, que tan popular se ha hecho, a pesar de la conocida personalidad de su autor, caracterizada por exagerar e inventar todo acontecimiento que pudiera ensalzar su propia bravura y mérito personal. Esta mujer rompe, al menos, con la gran ausencia de personajes femeninos que venimos advirtiendo en la relación recién expuesta.³ No obstante, su presencia debe ir acompañada por la de otras féminas quizá menos populares pero que gozan de mayor credibilidad al haberse hecho presentes en la historia y en la literatura en primera persona, como es el caso de la que aquí nos ocupa. Y, en efecto, Anne Bradstreet podría incluirse en un estudio más amplio junto a otras escritoras que han dado testimonio de lo que vivieron en América en ese mismo periodo aproximadamente, como fueron Mary Rowlandson (1636-1711) o Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695). Del mismo modo en que cada vez resulta más lógico admitir que, para tener una visión auténtica de la identidad americana, hay que contar con sus orígenes más remotos, del mismo modo debemos considerar los testimonios emanados de las voces femeninas de las mujeres que, a pesar de las muchas dificultades que encontraron en América, no sólo lograron sobrevivir como sus homólogos masculinos, sino que plasmaron sus duras vivencias en sus escritos, algunos de los cuales incluso consiguieron que se publicaran o preservaran hasta nuestros días. Así pusieron en práctica lo que muchos años después Hélène Cixous recomendaría a las mujeres: “La mujer debe escribir su ser: debe escribir sobre mujeres y hacer que las mujeres escriban, algo de lo que se les ha apartado tan violentamente como de sus cuerpos —por las mismas razones, por la misma ley, con el mismo objetivo fatal. La mujer debe ponerse en el texto —así como en el mundo y en la historia— por su propia iniciativa”.⁴

Interesantes y valientes resultan las historias que los aventureros antes mencionados narraban con mayores o menores dosis de realismo en sus diarios

3 Dejando las notas fantásticas aparte, Pocahontas (1595/6-1617) es considerada por muchos como un símbolo de la interrelación entre nativos y colonos que tan necesario fue para los segundos al encontrarse en un territorio desconocido para ellos. Otra figura femenina nativa que resultó fundamental, aunque años después, en la expansión de los colonos hacia el oeste, fue Sacagawea (1786-1812). Esta shoshone dio prueba de su fortaleza e inteligencia durante la expedición de 1804-1806 de Meriwether Lewis y William Clark hacia el Pacífico, por orden de Thomas Jefferson, ejerciendo de intérprete, guía e incluso diplomática, sin abandonar su labor de madre de Jean Baptiste, engendrado con un marido de origen francocanadiense, llamado Toussaint Charbonneau.

4 CIXOUS, Hélène. “The Laugh of the Medusa”, en: Elaine Marks - Isabelle de Courtivron (eds.), *New French Feminisms, an Anthology*. New York: Schocken Books, 1981, pág. 245.

y demás escritos, pero no menos fortaleza se plasma en las experiencias de las primeras viajeras. Así se desprende, por citar un ejemplo, de la vida de Elizabeth Rogers Appleton (1665-1754), quien, con 91 años daba la siguiente cuenta: “He aquí un recuento de toda mi descendencia: 6 hijos y 3 hijas, 20 nietos y 20 nietas; 58 en total” (cit. en Evans, 1989:21). Si fuerte hay que ser para tener esta generosa descendencia, más aún hay que serlo para afrontar la pérdida de prácticamente la mitad de la misma, como le ocurrió a la señora Appleton y a muchas de sus coetáneas, dadas las duras condiciones de vida en que vivían en sus nuevos emplazamientos. De hecho, de las aproximadamente 10.000 personas que fueron a Norteamérica desde 1607 hasta 1624, sólo sobrevivieron 1.275 (O’Callaghan, 1990:15). Dicha rudeza provenía, además, en el caso de las mujeres, de los postulados tradicionales que regían la conducta de estos primeros viajeros y viajeras, entre los que predominaba la sentencia que hizo famosa John Milton en *Paradise Lost*: “Él, sólo para Dios; ella, para Dios en él”, que condicionaba las jerarquías, las relaciones sociales y la vida política de las colonias. Y es que en los primeros barcos que cruzaron el Atlántico también viajaron mujeres, lo que ocurre es que, como señalamos anteriormente, han sido más oídos los testimonios de sus pasajeros que los de sus pasajeras. Quizá haya tenido algo que ver en ello el hecho de que la mayoría de las primeras aventureras estuvieran casadas, pues, en aquella época, según la legislación inglesa, la esposa estaba “cubierta” (*covered*) por su esposo —el término con que se les designaba era *feme covert*—, de tal forma que carecía completamente de existencia o estatus legal propio. Esta situación chocaba en gran medida con la elevada posición de otras mujeres de la aristocracia, e incluso de la propia Reina Isabel I de Inglaterra (1533-1603), a quien dedica Anne Bradstreet algunos de sus poemas.

Es cierto, no obstante, que las primeras expediciones solían constar exclusivamente de hombres que, una vez conseguían un asentamiento de cierta estabilidad, llevaban allí al resto de la familia. Según O’Callaghan, en el caso de Virginia, por ejemplo, dada la escasa presencia femenina, la Virginia Company decidió en 1619 enviar a noventa mujeres jóvenes casaderas. Aquéllos interesados en conseguir una esposa tenían que pagar a la Compañía 120 libras del mejor tabaco, medida que parece haber sido efectiva, ya que en poco tiempo todas estaban casadas (O’Callaghan, 1990:14).⁵ Según se deduce de los hechos, ni las relaciones

⁵ Evans destaca el carácter marcadamente comercial de las emigraciones no sólo de hombres sino también de mujeres a la zona de la bahía de Chesapeake, donde muchas se convertían en

interpersonales se libraron del carácter comercial que caracterizó a los protagonistas de los primeros asentamientos en América, propiciados por la mencionada empresa. De cariz muy distinto fueron los que les siguieron, los de los llamados “Pilgrim Fathers” [Padres peregrinos], por el fundamento religioso que los alentó. Estos puritanos, buscando la libertad de culto de la que carecían durante el reinado de Jaime I, decidieron abandonar Inglaterra para dirigirse, primero a Holanda y después, el 16 de septiembre de 1620, a América. De esta forma, el 9 de noviembre de 1620 llegaba a las costas del actual Cape Cod (Massachusetts) un viejo navío llamado *Mayflower*, cargado de ilusiones por fundar una comunidad que encarnara a la ejemplar “ciudad sobre la colina” que la Biblia propone a los cristianos que constituyan. Pero la mitad de estos cien esperanzados navegantes se quedaron sin ver su sueño hecho realidad, al perecer antes incluso de la llegada de la primavera. El resto siguió con ahínco su empresa y se vieron reforzados por la llegada, diez años después, de un grupo de casi mil colonos —entre los que se encontraba Anne Bradstreet— que huyeron del nuevo rey, Carlos I de Inglaterra, aún menos tolerante que su padre.

Según lo expuesto, no extraña la reacción de Bradstreet a su llegada a América, donde explica que encontró “un mundo Nuevo y unas costumbres nuevas, ante las cuales su corazón se sobresaltó. Pero, después, se convenció de que esa era la voluntad de Dios” (240).⁶ La escritora acababa de dejar el cómodo entorno de que gozaba en Inglaterra para enfrentarse al duro contexto que hemos esbozado a grandes rasgos y que ella misma nos ayuda a recrear con sus reveladores textos. Anne Bradstreet había crecido en el acogedor hogar que sus padres, Dorothy Yorke y Thomas Dudley —que guardaba una relación muy estrecha con el Conde de Lincoln, al ser el administrador de sus fincas—, se pudieron permitir proporcionarle. Allí gozó de una formación y educación envidiables, facilitada por tutores particulares y por el uso que se le permitía de la biblioteca del citado conde, todo lo cual se hace evidente en el alto nivel cultural de sus escritos. Todo ello quedó atrás cuando, tras casarse a los dieciséis años, en 1628,

“indentured servants” (“siervas obligadas a serlo durante cierto tiempo”). Ello significaba que debían trabajar cuatro o cinco años para pagar el coste de su viaje, frecuentemente en plantaciones de tabaco o de arroz, y en unas condiciones extremadamente duras (Evans, 1989:26). Peor suerte aún corrieron las esclavas que eran traídas de África, un quinto de las cuales no sobrevivieron al “middle passage” (“travesía intermedia”/“ruta del esclavo”).

6 Esta cita de Anne Bradstreet y todas las que aparecerán a lo largo de este capítulo están tomadas de la obra editada por Hensley cuya referencia completa aparece en la bibliografía final.

con Simon Bradstreet —graduado de la Universidad de Cambridge y conocido del padre de la poeta—, los padres y el nuevo matrimonio zarparon hacia las tierras americanas en 1630, con la expedición de John Winthrop (1588-1649). La crudeza del nuevo hogar se sumó a la poca salud de que solía gozar Bradstreet, pues padecía desde la infancia fiebres reumáticas que la debilitaban seriamente y sufrió los rigores ocho alumbramientos, en una época en que no era infrecuente morir dando a luz. De su flaca salud son testimonio sus “Meditaciones”, su carta a sus hijos y sus poemas, donde reflejaba sus padecimientos. Entre los poemas de este tipo se encuentran los que nombramos a continuación, cuyos títulos dejan ya entrever el contenido al que venimos aludiendo: “For Deliverance from a Fever”, “From Another Sore Fit”, “Deliverance from a Fit of Fainting” y “Upon a Fit of Sickness” [“Por la cura de una fiebre”, “De otro ataque de dolor”, “Recuperación tras unos mareos”, “Sobre una enfermedad”]. Para ilustrar cómo en ocasiones incluso veía cercana la muerte, nos fijamos en estos versos tomados del último poema citado (de 1632), donde nos deja ver su actitud creyente:

Veinte años aún sin cumplir / desde que la naturaleza me dio el aliento, /
mi carrera está completa, mi hebra está hilada: / he aquí la funesta muerte.
[. . .] / ¡Oh!, mientras viva, dame la gracia / de estar haciendo el bien, /
de forma que considere óptimo el arresto de la muerte, / por tratarse de
un decreto Tuyo; / de ofrecer lo que mucho me cueste pues nada es en
vano / para asegurarme la salvación, / ¡Oh! grande es la ganancia, pero se
consigue con dolor. (222)

Pero la brillantez de esta extraordinaria mujer hizo que, como se ve en el anterior poema, en lugar de derrochar su energía en estériles lamentaciones o en una resignación pasiva ante las circunstancias tan adversas que le tocó vivir, se decidiera a tratar de interpretar todos los acontecimientos de su vida a la luz de su fe en un Dios en quien a veces se le hacía difícil creer —como se atreve a reconocer a pesar de los peligros que esta sinceridad le podía ocasionar—, pero a quien considera su máspreciado baluarte para no hundirse y seguir adelante en la vida. Así se refleja también, —por mostrar otro de los muchos ejemplos que también lo hacen—, en el poema “Upon some Distemper of the Body” [“Sobre una destemplanza del cuerpo”. Su protagonista, a pesar de tener los ojos secos de tanto llorar de sufrimiento, aún puede lanzar su mirada al cielo, donde encuentra el consuelo para su dolor físico y espiritual:

Angustiada, con el corazón repleto de aficciones / y debilitantes dolores,
que mi cuerpo bien conoce; / dando vueltas en mi cama insomne, / em-
papada con las lágrimas que de mi afligido rostro fluyeron / hasta que la
naturaleza las agotó por completo; / entonces, incapaces de seguir lloran-
do, los ojos secos se quedaron; / y, la mirada a su trono celestial alzando,
/ a quien envía ayuda al necesitado: / Él apartó esas nubes y me permitió
contemplar / mi ancla echada segura en el valle; / liberó a mi alma de la
aflicción, del dolor a mi carne, / y me trajo a la orilla desde la alborotada
altamar. (223)

Que la visión de la vida en el continente americano que nos describe la poeta no es exagerada ni se aleja de la dura realidad que se encontraron estos primeros viajeros y viajeras, queda corroborado por los testimonios de otros compañeros suyos de viaje, como es el caso de su propio padre, Thomas Dudley, que, en una carta a la Condesa de Lincoln le cuenta: “Encontramos la Colonia en unas condiciones tristes e inesperadas, habiendo muerto más de ochenta de ellos el invierno anterior; y muchos de los vivos, débiles y enfermos; todo el maíz y el pan que tenían entre todos casi no era suficiente para alimentarlos una quincena” (cit. en Campbell, 1890:38).⁷

Así, pues, los escritos de Bradstreet también constituyen documentos acreditativos de las duras vivencias que experimentaron los primeros colonos que se aventuraron a viajar a este territorio entonces tan lleno de peligros y cru-
dezas, especialmente para las mujeres, que se encontraban con el riesgo añadido y prácticamente seguro de tener que dar a luz en un entorno con condiciones sanitarias ínfimas. De ahí que fuera frecuente que murieran en los partos, como también lo era que no todos sus hijos sobrevivieran hasta la madurez. Bradstreet nos da muestras de ambas situaciones en bonitos poemas que, como vamos descubriendo, escribía para dejar constancia de sus experiencias y sus respectivas interpretaciones religiosas de forma artística,⁸ a la vez que —suponemos— le ser-

7 Entre las mencionadas muertes de esta cita, se contaba Lady Arbella, poeta y amiga de la infancia de Bradstreet que dio nombre a la nave que transportó a estos peregrinos a América, y de quien dice Cotton Mather: “Ella llegó de un agradable Paraíso de abundancia en la familia de un condado noble, al desierto de las necesidades, y pasó por Nueva Inglaterra en su camino hacia el cielo” (cit. en Campbell, 1890:39).

8 Su carta titulada “To My Dear Children”, nos revela mucha información sobre la vida y forma de pensar de la poeta, y podríamos decir que el propósito de dicho escrito, explicado por la propia Bradstreet, podría aplicarse a todos los demás, siendo para ella el principal que sus hijos “pudieran obtener algún beneficio espiritual de su experiencia”, a pesar de lo mucho

virían para desahogar en cierto modo su alma, cargada como estaba de temores y miedos basados en datos objetivos. La autora nos deja en “Before the Birth of One of her Children” [“Antes del nacimiento de uno de sus hijos”] el testimonio de su angustia antes de traer al mundo a su primogénito, Samuel, a pesar de que era enorme su ilusión por ser madre, pues en otros escritos expresa el dolor que le causó su espera durante cinco años: desde 1628, cuando se casó, hasta 1633, fecha del nacimiento de su primer hijo. En estos versos tomados de dicho poema podemos intuir su miedo a morir en el parto, a la vez que observamos cómo no abandona su sentido práctico y aprovecha para, a la vez que se despide de su marido, pedirle que, si ello llegara a ocurrir, recuerde sólo lo bueno que hubo en ella y que no se vuelva a casar:

Ambos ignoramos cuándo, amor mío, puede que la muerte se acerque a mi vida, / cuándo es posible que de tu suerte falte tu amiga, / pero el amor me obliga / a que te recomiende estos versos de despedida, / para que cuando el nudo que nos hizo uno se desate, / pueda parecer tuya, aunque, en efecto, no sea nadie. [. . .] / Las muchas faltas que bien sabes que tengo / déjalas enterradas en mi inconsciente tumba; / si hubo algún valor o virtud en mí, / eso es lo que debes dejar frescamente en tu memoria vivir [. . .] / Cuida a mis pequeños hijos, mis legados queridos. / Y, si te amas a ti mismo, o me amaste a mí, / protégeles, por Dios, del daño de una madrastra. (224)

Si este poema se centra en la primera de las experiencias dolorosas antes citadas, el que mostramos a continuación quiere servir de prueba sobre cómo era común que los niños pequeños no sobrevivieran para convertirse en adultos, como fue el caso de tres de los nietos de Bradstreet: Elizabeth, que murió en 1665; la pequeña Anne Bradstreet, fallecida a los tres años y medio de edad; y Simon, que pasó a la otra vida en el mismo año, 1669, con tan sólo un mes y un día. A cada uno de ellos le dedicó bonitos poemas. Sirva de muestra el escrito en memoria del último,⁹ que, además, hace referencia a las dos anteriores muertes y muestra hasta qué punto Bradstreet confiaba en que, a pesar de todos sus padecimientos, Dios también estaba con ella en aquel nuevo mundo:

que le interesa mostrarse como una buena poeta (240).

⁹ El título completo de este poema es: “On My Dear Grandchild Simon Bradstreet, Who Died on 16 November, 1669, Being but a Month, and One Day Old” [“A mi nieto Simon Bradstreet, que murió el 16 de noviembre de 1669, con tan sólo un mes y un día de edad”].

No has hecho más que llegar y ya te has ido, y has estado dormido: / aunque poco te hemos conocido, tu partida nos ha hecho llorar mucho; / tres flores, dos apenas abiertas, la última en el capullo, / cortadas por la mano del Todopoderoso; y aún así Él es bueno. / Con tremendo respeto ante Él silencio guardemos. / No lo discutamos, si tal ha sido su deseo, / con corazones y bocas llenos de humildad y desde el suelo, / digamos que Él es misericordioso y justo a la vez. / Nos devolverá y reparará todas nuestras pérdidas Él / y, tras nuestras amargas cruces, la sonrisa de nuevo. / Vete, a descansar vete con tus dos hermanas, bebé bonito; / permanece entre los benditos en gozos infinitos. (237)

A muchas de estas desgracias se enfrentaba Bradstreet sola, sin el apoyo ni consuelo de su marido, ya que su cargo de gobernador le mantenía frecuentemente fuera del hogar, en continuos viajes. Algunos de ellos eran a Inglaterra, y nuestra escritora no dudaba en dedicar poemas en que rogaba o daba gracias a Dios por el final feliz de su travesía (“Upon my Dear and Loving Husband His Going into England Jan. 16, 1661”, “In Thankful Remembrance for My Dear Husband’s Safe Arrival. Sept. 3, 1662” y “In Thankful Acknowledgement for the Letters I Received from My Husband out of England”) [“Sobre el viaje de mi querido y amante esposo a Inglaterra el 16 de enero de 1661”, “En recuerdo agradecido del retorno a salvo de mi esposo el 3 de septiembre de 1662”, “En agradecido reconocimiento a las cartas que recibí de mi marido desde Inglaterra]. En otros expresa los sentimientos que le produce la ausencia de su esposo (“In My Solitary Hours in My Dear Husband His Absence”) [“En mis horas solitarias en ausencia de mi querido esposo”], y también salieron de su mano algunos que dejan ver su alivio y satisfacción ante el buen resultado obtenido en los asuntos que a veces su esposo llevaba pendientes. Campbell cita, por ejemplo, que en una de las visitas de Simon Bradstreet a Inglaterra, tuvo un encuentro con el propio Rey para tratar de renovar el fuero de su colonia, lo que su acompañante, John Norton, comparó con meter la cabeza en la boca de un león (Campbell, 1890:242). Afortunadamente, la operación terminó en éxito y Simon Bradstreet pudo volver a América “contento de estar a salvo en casa de nuevo con cabeza en su sitio” (Campbell, 1890:243) y su mujer dio feliz testimonio de este y sus otros viajes en los bonitos poemas que hoy tenemos la suerte de poder disfrutar.¹⁰

10 Estas referencias a “ser librado de la boca del león” no son caprichosas, sino que reflejan el extenso conocimiento de la Biblia que tenía Bradstreet, que desde niña la estudió y rezó con ella. Esta expresión aparece concretamente en boca de San Pablo, cuando le dice: “Mas el

Aunque Anne Bradstreet paliaba la ausencia de su marido con la ayuda de Dios, como deja ver prácticamente en todos sus escritos —“Aunque mi querido esposo se ha ido de mi lado, / a quien yo tanto amo, / tengo otro a quien quiero aun más / cuyos consuelos son mucho mayores”— también en ellos confiesa que, si bien Dios era su bastión espiritual, su esposo era su principal sostén en la tierra. Así lo vemos claramente, por ejemplo, en su meditación del 8 de julio de 1656, cuando declara:

Tenía un doloroso desvanecimiento que duró 2 ó 3 días, pero no hasta el extremo en que al principio me afectó, e incluso me resultó más doloroso porque mi marido no estaba en casa (él es mi principal consuelo en la tierra). Pero mi Dios, que nunca me falla, no estaba ausente y me ayudó y manifestó sobradamente su amor por mí. (251)

Más rotundamente aún muestra su afecto por Simon Bradstreet en la carta que le dedica en forma de poema y cuyo título, de nuevo, anticipa en gran medida su contenido, respondiendo al “plain style” [“estilo claro”] que caracterizaba la literatura puritana, donde la sencillez prima por encima del adorno superfluo. Se trata de “Letter to Her Husband, Absent upon Some Public Employment” [“Carta a su esposo, ausente en algún asunto público”], y en sus primeros versos dice: “Mi cabeza, mi corazón, mis ojos, mi vida, y más que eso: / mi gozo, mi almacén de tesoros terrenos. / Si dos son uno, como de hecho tú y yo lo somos, / ¿cómo estás tú allí mientras que yo permanezco en Ipswich?” (226). En este poema podemos apreciar, además, lo poco convencional que es en muchas ocasiones Bradstreet con respecto a su entorno marcadamente puritano. Concretamente, nos referimos a las alusiones que pueden interpretarse como sexuales, que a veces incluye en sus escritos con la misma naturalidad con que describe, por ejemplo, su vida diaria, sus enfermedades y sufrimientos o incluso sus dudas religiosas, cosa que tampoco era frecuente hacer en su ámbito. Así, en estos versos que asocian al esposo con el Sol no caprichosamente —“Mi sol se ha alejado tanto en el zodiaco”—, sino por la connotación de calor que ambos le sugieren, la escritora se atrevía ya a incluir en ellos estas metáforas tradicionalmente relacionadas con

Señor me asistió y alentó, para que por mí fuese proclamado el mensaje y me oyesen todas las naciones, y *fui librado de la boca del león*” (2Tim. 4, 17). Éste, a su vez, se hace eco de las palabras de la experiencia del profeta Daniel, que sí que fue librado literalmente de una fosa de leones, en la que fueron devorados, en vez de él, sus enemigos (Dan. 6, 15-25).

el erotismo: “Con quien, mientras lo disfrutaba, yo no sentía ni tormentas ni heladas, / su calor hacía que se derritieran esos frígidos fríos. / Mis congelados miembros ahora abandonados yacen entumecidos; [. . .] / Espero que mi sol no se ponga nunca, sino que arda / con el Cáncer de mi pecho incandescente, / la casa que le da la bienvenida a mi invitado más amado” (226). Un estudio completo de la obra de Bradstreet demuestra, no obstante, que la autora no se detenía tan sólo en esta faceta del amor que sentía por su marido, sino que también tenía cabida en sus sentimientos un afecto espiritual aún más profundo, que le hace asimilar sin dificultad el estrecho vínculo que el sacramento del matrimonio cristiano selló en su día y que le hace ver su unión como completa. Así lo podemos comprobar en “To My Dear and Loving Husband” [“A mi querido y amante esposo”] (225), un canto al amor que siente por su marido, que podríamos definir casi de hiperbólico e incluso jactancioso, por el supuesto desafío que lanza a las mujeres en el cuarto verso:

Si alguna vez hubo dos que fueran uno, somos nosotros. / Si alguna vez un hombre ha sido amado por su esposa, eres tú. / Si alguna vez una esposa fue feliz con su marido, / compárense conmigo, mujeres, si pueden. / Yo valoro tu amor más que minas enteras de oro / o que todas las riquezas que el Oriente posee. / Mi amor es tan grande que los ríos no lo pueden apagar, / ni le podría más que tu amor compensar. / Tu amor es tal que no lo puedo igualar en modo alguno. / Ruego a Dios que los cielos te compensen ampliamente. / Así, mientras vivamos, perseveremos en el amor / de manera que, aun cuando ya no vivamos, podamos vivir para siempre.

En estos poemas de amor, Bradstreet mostraba su más sincero cariño hacia su esposo, un afecto alejado de todo interés personal. Pero, siendo fieles a la historia en que se enmarcan las vivencias de nuestra autora, tenemos que tener en cuenta, además, lo necesario que él le debía resultar en su vida diaria, carente de la mayoría de los elementos que hacen la existencia más confortable en los hogares tal y como los solemos concebir. Así, tanto Bradstreet como muchas de las mujeres que viajaron al continente americano se afanaban cada día en interminables tareas como las que enumera Sara M. Evans en su libro dedicado a la historia de las mujeres en América, entre las que se encuentran: encender y mantener el fuego, preparar la comida para la casa, cocer el pan, cocinar la carne, ordeñar, hacer queso, recoger los huevos y dar de comer a los pollos, destilar sidra o cerveza, hacer la matanza, ahumar beicon, o mantener el huerto (Evans, 1989:28). Pero si algunas de estas tareas destacan por arduas, mucho peores eran las ocasiones en

que Bradstreet se encontraba sola ante el peligro literalmente, pues la convivencia entre los primeros colonos y los nativos americanos no siempre era la más deseable. William Bradford, por ejemplo, en su *Of Plymouth Plantation* (publicado en 1856, aunque lo empezó a escribir en 1630), hace referencia a situaciones complicadas como las derivadas del robo por parte de los nativos a los colonos, si bien es cierto que también declara que esta colonia llegó a ciertos acuerdos con sus aborígenes que les permitieron facilitar en cierta medida las relaciones entre ellos.¹¹ Mucha peor suerte corrió otra valiente mujer, Mary Rowlandson (1637?-1711), y tres de sus hijos, al finalizar este período de convivencia relativamente pacífica, pues fueron capturados en los sangrientos enfrentamientos acaecidos durante la llamada “King Philip’s War”, que empezó el 9 de septiembre de 1675 y terminó tres años después. Rowlandson fue, como Bradstreet, otra de las mujeres que nos han dejado testimonio escrito de la crudeza de la vida de las mujeres que se atrevieron a adentrarse en lo que para ellas era un inhóspito territorio al otro lado del Océano. Su *Narrative of the Captivity and Restauration of Mrs. Mary Rowlandson* (1682) relata con todo detalle los horrores que padeció durante el ataque a la colonia de Lancaster —en la que otros muchos fueron capturados y la mayoría asesinados— en 1676 y su cautiverio junto a sus hijos, una de los cuales, Sarah, de tan sólo seis años, murió a la semana siguiente. La terrible experiencia de Rowlandson ilustra ampliamente los peligros que podía entrañar la ausencia de los esposos en una época y un territorio donde la convivencia entre los antiguos y los nuevos pobladores no siempre era idílica. Aunque tampoco es seguro que Joseph Rowlandson hubiera podido evitar el secuestro de su mujer e hijos si no hubiese acudido a Boston en busca de ayuda ante el peligro inminente que amenazaba a su poblado, resulta lógico pensar que quizá les hubiese servido de refuerzo para repeler los ataques de los nativos o al menos, si no, de compañía, consuelo y apoyo en las largas once semanas de cautiverio que padeció su familia.

También el esposo de Anne Bradstreet tenía que ausentarse del domicilio familiar con frecuencia, según mostramos anteriormente, pero, además, sus obligaciones a veces hicieron a toda la familia mudarse a distintas ubicaciones. Normalmente se desplazaban a lugares fronterizos no exentos de peligros, dada la posible vulnerabilidad a los ataques de los nativos de dichas zonas, donde Simon Bradstreet incrementaba sus propiedades y su poder político. De este modo,

11 Así lo podemos ver en el texto incluido en la quinta edición de la *Heath Anthology of American Literature*, en la página 332.

nuestra escritora llegó a vivir en cuatro sitios diferentes, con todas las inconveniencias y dificultades que los traslados de aquella época conllevaban. Así, tras llegar a Boston (Massachusetts), dejó esta ciudad para marcharse a Newtown (la actual Cambridge); después marchó a Ipswich, para finalmente instalarse en 1644 en Andover, donde permaneció hasta su muerte en 1672. A pesar de que pudiéramos pensar que el haber cambiado incluso de continente podría haber acostumbrado a Bradstreet a la ardua tarea de mudarse, sin embargo, según explica Campbell, cada cambio le suponía un duro golpe y necesitaba mucho tiempo para habituarse a las nuevas condiciones de vida (Campbell, 1890:243). Y ya que por fin se vio asentada en la localidad de Andover, en cuya casa colocó todas sus pertenencias más preciadas —muchas de ellas traídas desde su antiguo hogar inglés de Lincolnshire—, sufrió la desgracia de ver cómo todo ello perecía entre las llamas el 12 de julio de 1666. Esta desgracia está recogida en el diario de su hijo Simon Bradstreet, que lo resume así:

12 de julio de 1666. Mientras que yo estaba en Londres N., la casa de mi padre de Andover se quemó y perdí mis libros y gran parte de mi ropa, por valor de 50 ó 60 libras por lo menos; el Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Bendito sea el nombre del Señor. Aunque mi propia pérdida de libros (y documentos, especialmente) fue grande y la de mis padres mayor al tratarse de 800, aun así, el Señor tuvo a bien recompensarnos de muy diversos modos. Es bueno, por tanto, confiar en el Señor. (Cit. en Campbell, 1890:244)

Como bien señala el hijo de Bradstreet, con el incendio se perdió la valiosa biblioteca que la familia poseía, pero, al igual que éste señala la quema de algunos de sus documentos, nuestra escritora se lamentaría de la desaparición de *sus* manuscritos, entre los que se encontraría la continuación de su “Roman Monarchy”, a la que dedicó muchas horas mientras trataba de evadirse del sufrimiento que sus enfermedades le ocasionaban. De este modo, la segunda edición de sus poemas, publicada tras su muerte, incluye esta disculpa al final de la citada secuencia de poemas:

Era mi intención acabar lo empezado, / mis pensamientos y mis esfuerzos en ello se volcaron; / [. . .] Al fin tomé la decisión, al cabo de muchos años, / de continuar hasta el final mi historia; / y para ello dediqué no pocas horas, / y escribí muchos pesarosos (aunque extensos) versos; / pero, antes de que pudiera ver cumplido mi deseo, / mis papeles cayeron presas del atroz fuego. (177-178)

Sabemos que nuestra autora fundamentaba su vida en la fe, y que trataba de no apegarse a las pertenencias materiales ni otro tipo de valores meramente materiales, actitud que también vimos en la interpretación que hace su hijo Simon —que hemos mostrado más arriba— de la desgracia que sufrió la familia Bradstreet al quemarse su vivienda. Así lo demuestra en numerosas ocasiones, pero quizá la más ilustrativa se encuentra plasmada en el poema de título revelador respecto al tema que estamos tratando, “The Vanity of All Worldly Things” [“La vanidad de todas las cosas terrenas”], donde declara: “¿Qué significa el conseguir grandes tesoros en la riqueza? / Eso no es más que trabajo, cuidado ansioso, y dolor. / Quien amontona riquezas, amontona tristezas: / Hoy cuenta con ellas, pero ¿quién las heredará mañana?” (219). El poema termina diciendo que lo único que merece la pena afanarse en buscar es el *summum bonum* que sólo Dios proporciona, resultando ser vanidad todo lo demás. No obstante, y según se desprende de la lectura de los escritos de Bradstreet, la autora es sincera al expresar sentimientos religiosos, que no siempre son perfectos ni carentes de tentaciones, dudas o impresiones de lo más humano. En efecto, en su poema “Here Follows Some Verses upon the Burning of Our House July 10th, 1666” [“He aquí unos versos sobre el incendio de nuestra casa el 10 de julio de 1666”], podemos ver cómo la autora no se muestra como un ser meramente espiritual al que no le afectaran los sufrimientos, sino que demuestra que realmente padeció mucho ante esta desgracia, a pesar de que trata de interpretarla de un modo trascendental, poniendo su esperanza en los “tesoros” que le aguardan en el cielo. Así se desprende de los siguientes versos:

Al pasar repetidas veces al lado de las ruinas, / apartaba de ellas mis apenados ojos, / y observaba cada rincón / donde a menudo me sentaba, y donde pasaba largos ratos recostada. / Aquí estaba ese aquel baúl, y allí aquella arca; / allí estaba todo lo que yo más quería: / todo lo bueno que tenía está hecho cenizas, / y nunca más lo volveré a contemplar. [. . .] / ¡Levanta tu mirada al cielo / para que tus repulsivas tinieblas se puedan disipar! / Tú tienes una casa construida en lo alto, / diseñada por ese poderoso Arquitecto; / con gloria ricamente amueblada, / se yergue para siempre, aunque ésta haya desaparecido. [. . .] / Adiós a mis riquezas, adiós a mis posesiones. / Que no se me permita amar al mundo nunca más: / mi esperanza y mi Tesoro se encuentran en las alturas. (292-293)

De éste y de los anteriores poemas que estamos analizando se desprende que, ciertamente, las experiencias de las primeras personas que viajaron a Amé-

rica fueron marcadamente duras, como insisten en recalcar los textos en los que dejaron testimonio de ello. Lo que vamos descubriendo es que, para afrontar dichas dificultades, no era imprescindible ser hombre, como muestra el análisis objetivo de la historia. Incluso el propio padre de Bradstreet destacó en sus escritos enviados a Inglaterra que, para poder hacer frente a las adversidades propias de los nuevos territorios, había que contar con una fortaleza especial, pero no se refiere precisamente a la física, sino a la espiritual, a la otorgada por la gracia divina: “Si hay alguien dotado de gracia... que venga... Pero los que no, considero que no están aún preparados para esta tarea” (cit. en Hensley, 1967:x).¹² Sin lugar a dudas, Thomas Dudley debió considerar que su hija era perfectamente competente en dicho sentido para la aventura americana que se planteó en la familia, como, además, ella misma nos deja ver en las interpretaciones que nos ofrece en sus poemas de las rudas vivencias de las que su vida no estuvo en absoluto exenta. Y, como hemos podido observar hasta ahora, la mayoría de los poemas de Bradstreet que nos resultan útiles para valorar en su justa medida la necesidad de incorporar a la historia de América las duras experiencias y vivencias de las mujeres, pertenecen a la segunda edición de sus poemas, que incluyó los de carácter marcadamente personal. Como señala Adrienne Rich, una simple ojeada a los títulos de estos poemas revela un importante cambio de sensibilidad por parte de su autora a partir de 1650 (xvii).¹³ Los primeros que escribió se consideran más convencionales que reveladores de las vivencias tan novedosas que estaba experimentando con el cambio radical de ubicación que llevó a cabo. Puede resultar incluso extraña la sensación que se deriva de su lectura, ya que perfectamente podríamos pensar que la autora escribió muchos de ellos sin haberse movido de Inglaterra, pues guardan grandes semejanzas con los que escribían allí otras mujeres que compartían con Bradstreet su atracción por autores como Guillaume Du Bartas, Philip Sidney, Edmund Spenser, o Francis Quarles. Todas ellas también tuvieron en común el ser acusadas de imitar a alguno de estos autores,¹⁴

12 La cita está tomada de la página 449 del libro de Augustine Jones, titulado *Thomas Dudley, Second Governor of Massachusetts*, donde se da, además, buena cuenta de las fatales consecuencias de las duras condiciones de vida de las colonias con expresiones tan dramáticas (aunque reales) como: “No hay casa en la que no haya muerto alguien, y en algunas, lo han hecho varios”.

13 RICH, Adrienne. “Anne Bradstreet and Her Poetry”, en: Jeannine Hensley (ed.), *The Works of Anne Bradstreet*. Cambridge, Mass.: The Belknap Press of Harvard University Press, cop. 1967, págs. ix-xxi.

14 La propia Anne Bradstreet se queja de las críticas que ella misma recibió en este sentido,

siendo éste uno de los factores que llevan a Rosenmeier a incluir a nuestra poeta americana en una “comunidad transatlántica de mujeres escritoras, muchas de las cuales eran igualmente imitadoras” (Rosenmeier, 1991:9).¹⁵ La investigadora fundamenta su posición en testimonios de coetáneos de la propia Bradstreet como Bathsua Makin y Cotton Mather (algo posterior) (Rosenmeier, 1991:10), y sostiene, además, que, aunque su posición de poeta no era común en Massachusetts, existen pruebas de que en Inglaterra perteneció a un grupo de mujeres de clase alta que habían recibido una excepcional educación gracias al tutelaje de algún miembro de su familia y de su acceso a buenas bibliotecas, que contribuyeron al desarrollo de su talento. Entre ellas se encontraban, por nombrar algunas de las citadas por Rosenmeier, la ya mencionada Lady Arbella Johnson (-1630), poeta y amiga de Bradstreet; la propia hermana de ésta, Mercy Dudley (Woodbridge) (1621-1691); la sobrina y la hermana de Sir Philip Sidney, Lady Mary Sidney Wroth (1587-1653) y Mary Sidney (1561-1621), Condesa de Pembroke,¹⁶ (Rosenmeier, 1991:9-10). Pero, a la hora de juzgar los trabajos de estas mujeres y, concretamente en el caso que nos ocupa, los de Bradstreet (especialmente los de la primera edición, sobre los que estamos ahora reflexionando), hemos de tener en cuenta los parámetros según los cuales en su propia época se evaluaba la poesía. Así, por ejemplo, Bathsua Makin, en su tratado “An Essay to Revive the Ancient Education of Gentlewomen” [“Ensayo para sacar a la luz la educación de las damas de la antigüedad”] (1673),¹⁷ en el apartado titulado “Women Have Been Good Poets” [“Las mujeres han sido buenas poetisas”] (en que, por cierto, incluye a Bradstreet), define lo que entonces se entendía por un buen poeta:

El poeta debe conocer las cosas divinas, las naturales, las morales, las históricas, y las que son fruto del arte, además de los diversos términos pertenecientes a todas las facultades, a las que deben aludir. Los buenos poetisas

como podemos ver en su “The Prologue”: “Si lo que hago sale bien, no me servirá de nada: / dirán que o es robado o, si no, que ha salido así por casualidad” (16).

15 Como señala Adrienne Rich, en el siglo XVII también poetas masculinos imitaban en cierta medida a los maestros que admiraban, señalando precisamente el caso de la fuerte influencia que ejerció sobre ellos Du Bartas (Rich, 1967:xi-xii).

16 Su “Astrea”, en honor de la Reina Isabel de Inglaterra, podría haber inspirado la elegía que Bradstreet le escribiría años después.

17 Aunque hemos incluido en la cita la referencia de Hensley donde aparece, también se puede consultar el texto completo de Makin en: <<http://www.pinn.net/~sunshine/book-sum/makin1.html>> [01/09/07].

deben ser sabios universales, capaces de usar frases agradables y de expresarse con una elocuencia conmovedora. (Cit. en Rosenmeier, 1991:11)

En este contexto se entiende mejor, pues, el hecho de que los poemas de Bradstreet de la primera edición se centraran en temas universales que dejaban al descubierto la vasta formación de su autora y le asemejaban a su admirado Du Bartas; y en la Historia con mayúsculas y sus personajes destacados —de ahí títulos como “The Four Elements”, “Of the Four Ages”, “The Four Monarchies”, “In Honour of Queen Elizabeth” [“Los cuatro elementos”, “Sobre las cuatro edades”, “Las cuatro monarquías”, “En honor a la Reina Isabel”]. Y también en este hecho descubrimos la profundidad e inteligencia del personaje que estamos estudiando, que recurre a la ironía en unas ocasiones y a la humildad en otras para conseguir objetivos que resultaban impensables para sus coetáneas. En esta ocasión, nos referimos a que Bradstreet escribió poemas sobre Historia a pesar de que en el propio prólogo que los precede reconoce irónicamente que su labor literaria no está, ni mucho menos, a la altura de la de sus homólogos masculinos y que, además, los temas “importantes” como los de guerras, capitanes, reyes, fundaciones de ciudades (es decir, los históricos), se los deja a ellos, pues no están a su alcance: “Cantar sobre las guerras, capitanes y reyes, / [. . .] para mi humilde pluma son cosas demasiado elevadas / [. . .] Dejemos a los poetas e historiadores exponerlas” (“The Prologue”, 15).¹⁸ Una vez que conocemos en mayor profundidad a la poeta y su contexto, nos resulta fácil identificar en este tipo de declaraciones suyas la actitud que no era extraña a otras escritoras que, como ella, usaron todas las estratagemas posibles para que se les permitiera poner en práctica su vocación literaria sin oponerse abiertamente a las consideraciones de su entorno, que las tenía en un plano secundario respecto al hombre. Así podemos ver que actuaron incluso algunas de las promotoras de la mejora de la situación de la mujer, como es el caso de Bathsua Makin, que introduce su mencionado tratado con esta advertencia:

18 En la estrofa sexta de “The Prologue”, Bradstreet hace otra referencia irónica al hecho de que ella, como mujer, no debe adentrarse en el terreno serio y masculino de los temas históricos, puesto que nos recuerda que los poetas griegos consideraban en el origen de la poesía a las musas —seres femeninos—, y menciona concretamente a Calíope, que es, además, la inspiradora de la poesía épica.

No se ofendan, sus Señorías, por que no reclame (como se ha hecho as-
tutamente) la preeminencia femenina. [. . .] Pedir demasiado es la mejor
forma de que se deniegue todo. Dios ha hecho al hombre la cabeza, si
sois educadas y estáis instruidas, como propongo, estoy segura de que
lo reconocerán, y estarán satisfechas de ser su ayuda, de que sus esposos
consulten y comenten con ustedes... y de que sus esposos tengan la última
palabra, cuyas determinaciones consentiréis. Es mi deseo que éste pueda
ser el efecto de la educación en todas las damas que la intenten conseguir.
(Cit. en Rosenmeier, 1991:11)

Así no resulta extraña tampoco, por ejemplo, la estrofa séptima de su
“Prologue”, en la que Bradstreet, con palabras casi idénticas a las de Makin, llega
a sonar irónica y aduladora con tal de conseguir el objetivo de que se le permita
escribir poesía: “Los hombres tienen primacía y sobresalen, / es inútil librar una
batalla injusta; / Los hombres pueden hacerlo mejor, y las mujeres lo sabemos
bien. / la preeminencia en todas y cada una de las cosas es vuestra; / pero, aún
así, concedednos algún reconocimiento” (16). Que Bradstreet realmente no se
consideraba ni a ella ni a otras mujeres inferiores a los hombres queda claro,
como venimos insistiendo, al juzgar sus palabras en todo su contexto. Así lo
podemos comprobar, por citar un ejemplo de ello, en su poema dedicado a su ad-
mirada reina Isabel de Inglaterra, titulado “In Honour of That High and Mighty
Princess Queen Elizabeth of Happy Memory” [“En honor a la grande y podero-
sa Princesa Reina Isabel, que recordamos con cariño”] (1643). En él, después de
destacar las virtudes tanto personales como políticas de este relevante personaje
histórico, que para ella era símbolo indiscutible de la valía y excelencia femenina
que sus coetáneos negaban tanto de palabra como de hecho, Bradstreet termina
haciendo estas atrevidas declaraciones para su época:

Entonces, decidme: ¿valen algo las mujeres? ¿O no valen nada? / ¿O tie-
nen algo de valor, pero con nuestra Reina se ha agotado? / No, hombres:
así nos habéis criticado durante mucho tiempo, / pero ella, aunque muer-
ta, reivindicará nuestro agravio. / Que los que dicen que nuestro sexo
carece de juicio / sepan que eso es hoy una calumnia, pero en otro tiempo
era una traición. (198)

Teniendo en cuenta lo expuesto, se puede concluir que la crítica ha solido
asumir sin demasiadas reservas que son los poemas personales de Bradstreet los
más interesantes, puesto que, como vemos, los de la primera edición también son
en parte reveladores de lo que su creadora estaba experimentando cuando los

escribió. Además de la información comentada hasta ahora que nos aportan, son reflejo de cómo, tras su aceptada pero dolorosa separación de Inglaterra, parece como si Bradstreet no pudiera apartar su tierra de origen de sus pensamientos, y por tanto, tampoco de sus trabajos literarios. El paso siguiente sería su diálogo entre ésta y Nueva Inglaterra, representando el período de transición que también la autora estaba viviendo. Además, estos poemas nos dejan ver los temas que interesaban a Bradstreet, su actitud religiosa a la vez que humana y sincera sobre ellos, y su alto nivel cultural, que le daría la fuerza moral suficiente para defender la valía de la mujer como lo hizo no sólo en los poemas de la segunda edición, sino también en los de la primera, según se ha demostrado.

Aun así, lo que no se puede negar es que el segundo tipo de versos de Bradstreet expresa más directamente, en el “plain style” típicamente puritano, algunos de los aspectos personales de las vivencias de la poeta, que venimos comentando. Estos aparecieron en la edición póstuma de sus escritos, *The Tenth Muse Lately Sprung Up in America*, de 1678. La primera fue publicada en Londres en 1650, gracias a su cuñado, John Woodbridge, después de que sus poemas hubieran circulado previamente entre sus conocidos, algo frecuente en la época, especialmente si los trabajos eran edificantes según los criterios puritanos. Lo que no resultaba usual era que una mujer publicara sus escritos,¹⁹ pues, como comenta Rosenmeier, nadie se atrevería a negar que el contexto en que se ubica Bradstreet era marcadamente androcéntrico y, durante el reinado de Jaime I, lo llega a calificar la investigadora de misógino, citando para ello el estudio de David Latt (60). De ahí que se hicieran necesarias las aclaraciones que Woodbridge hace en el prefacio del citado libro, donde, primero, asegura que los poemas que recoge han salido de manos femeninas: “No me cabe la menor duda de que el lector encontrará inmediatamente más de lo que yo pueda decir y, el peor efecto de su lectura será la incredulidad, que le hará cuestionarse si, efectivamente, se trata de un trabajo hecho por una mujer, y se preguntará si eso es posible” (cit. en Hensley, 1967:3); y, después, destaca las virtudes femeninas de dicha mujer,

19 Así, por ejemplo, Lady Mary Sidney Wroth (1587-1652), sobrina del famoso poeta isabelino Philip Sidney, fue otra de las escritoras que proclamaron que sus escritos habían sido publicados sin su permiso, quizá para evitar ser criticadas por su “atrevimiento” (en su caso, en Inglaterra). De hecho, la propia Anne Bradstreet debió haber sido víctima de la crítica contra las escritoras, ya que declara en “The Prologue”: “Resultado detestable a cada lengua critica / que dice que mi mano estaría mejor ocupada con la aguja” (16).

para que nadie pudiera minar su buen nombre como consecuencia de la “osadía” de publicar sus escritos, aunque la iniciativa hubiera partido Woodbridge y sin el consentimiento de su autora, según él confiesa: “Al publicar estos poemas, no temo el enojo de nadie más que de su autora, pues me he atrevido a sacar a la luz pública, sin que ella lo sepa y contra sus expectativas, lo que ella había decidido que (de esa manera) no debería salir nunca a la luz” (cit. en Hensley, 1967:3). Así continúa su cuñado describiéndola: “Se trata del trabajo de una mujer, honrada y estimada donde vive por su virtuosa conducta, su eminente talento, su piadosa conversación, su cortés disposición, por saber estar siempre en su sitio perfectamente, y por la discreta forma en que se comporta en los acontecimientos familiares, y, lo que es más, estos poemas son el fruto de horas restadas a su sueño y al descanso” (cit. en Hensley, 1967:3).

El patrocinio masculino que le ofreció Woodbridge se reconoce, pues, como necesario y se comprende mejor al tener en cuenta el contexto en que Bradstreet escribió su obra, un ámbito en el que, como señalamos anteriormente, la mujer tenía que asumir un plano muy secundario con respecto al del hombre, y en el que salirse de él conllevaba grandes riesgos. Así lo pudo observar la propia escritora en experiencias ajenas, como la de Anne Hutchinson, una destacada señora de su comunidad que, además de ayudar a sus miembros cuando la necesitaban —especialmente en los alumbramientos— se atrevió a compartir con ellos sus reflexiones espirituales. No obstante, los líderes religiosos —y políticos, pues entonces solían coincidir—, consideraron que no era propio de una mujer asumir ese papel de liderazgo religioso, acusándola con sentencias como: “Usted se ha salido del lugar que le corresponde; preferiría ser un marido a una esposa y un predicador a un oyente, y un magistrado antes que un súbdito” (cit. en Koehler, 1974:64). En esta acusación se refleja la triple osadía de Hutchinson a los ojos del patriarcado que la juzgaba: familiar, religiosa y política; osadía que la llevó a la excomunión y al exilio de su comunidad, que terminó unos años más tarde con su muerte y la de seis de sus hijos a manos de un grupo de nativos americanos.²⁰ Y la temeridad de Anne Bradstreet fue la de haber sido amiga de

20 Suerte similar —aunque unos años más tarde— corrieron las 14 mujeres que fueron condenadas a muerte en 1692 por un tribunal de Salem, acusadas de una brujería más que dudosa, tal como posteriores investigaciones han sacado a la luz. También existen ejemplos anteriores al de Hutchinson en Inglaterra, en el propio Lincolnshire, donde la poeta Anne Askew fue torturada y quemada en la hoguera también por haber proclamado sus propias ideas religiosas,

esta mujer, a pesar de ser consciente del peligro que en su entorno ello le podía ocasionar, teniendo en cuenta que su propio padre y su esposo, al tener cargos de gobernadores, formaron parte del colectivo que decidió echar a Hutchinson de la colonia.²¹ También Bradstreet habría conocido la suerte de otra de sus coetáneas y amiga de Hutchinson, con quien compartió ideas y vivencias. Su nombre era Mary Barrett Dyer (1611?-1660), y fue ahorcada en Boston, el 1 de junio de 1660 por haber cometido un delito similar al de su amiga: defender sus propias ideas religiosas en una época en que no se podía tolerar tal atrevimiento por parte de las mujeres. Ambas tuvieron la valentía de expresar y compartir con otras mujeres, en grupos, sus apreciaciones espirituales, que diferían en parte de las establecidas oficialmente, especialmente en el hecho de que consideraban que se podía entablar una relación directa con Dios, sin necesidad de que intermediara el clero o ciertos elegidos. La ilusión de estas mujeres al emprender su marcha al nuevo mundo habría sido la de huir de las imposiciones y persecuciones religiosas de las que eran víctimas en el antiguo, pero se encontraron con la desagradable sorpresa de que los puritanos que como ellas habían sufrido coerciones religiosas en Inglaterra, eran ahora los que las imponían en América.²² Teniendo en cuenta estos dos ejemplos que, como señalamos anteriormente, Bradstreet debió conocer por tratarse de dos mujeres coetáneas suyas y que habitaron en su misma área, nos sorprende aún más la valentía de la poeta que, si bien es cierto que suele decir más de lo que parece a primera vista gracias a su frecuente uso de la ironía, también defiende a veces de forma asombrosamente directa a las mujeres, criticando al mismo tiempo el desprecio que reciben por parte del sector masculino.

Afortunadamente, Bradstreet optó por no amedrentarse por los peligros que la acechaban: tanto los físicos de su nuevo y rudo entorno, como los propiciados por las convenciones patriarcales de su comunidad. Así gozamos hoy del legado de sus escritos, testimonio en primera persona de lo mucho que pa-

el 16 de julio de 1546.

21 Así se reconoce en la página de “Mujeres influyentes”, creada por Programas de Información Internacional (USINFO.STATE.GOV), cuya dirección web completa es:

<<http://usinfo.state.gov/esp/home/products/pubs/womeninfln/bradstreet.htm>> [13/08/07].

22 Para colmo de la desgracias de estas dos mujeres, Anne Hutchinson y Mary Barrett Dyer, ésta dio a luz, con la ayuda de la primera, a un bebé deforme y sin vida el 17 de octubre de 1637, hecho que utilizaron sus acusadores en su contra, interpretando su desgracia como castigo divino y prueba de que sus enseñanzas constituían herejías.

decieron las primeras oleadas de viajeros a las tierras americanas. Gracias a la poeta, corroboramos que, a pesar de que la Historia tradicional suele poner en primer plano exclusivamente a personajes masculinos, entre estos había mujeres fuertes que también sobrevivieron entre tremendas hostilidades, a la vez que ratificamos que algunas de ellas crearon hermosos textos que además sirven de documentos necesarios para reconstruir de forma equilibrada el pasado común de la humanidad. Como reconoce Evans, es difícil “prever cambios futuros sin un fundamento en una historia que incluya la experiencia de las mujeres” (Evans, 1989:1). Los escritos de Anne Bradstreet no sólo contribuyen a este propósito a la vez que producen el placer estético propio de los literarios, sino que el análisis detenido de los mismos trae consigo la eliminación de ciertos estereotipos con los que solemos estudiar la historia de nuestras antepasadas, al habérsele prestado demasiada atención a la versión masculina de los hechos en detrimento de la femenina, como pretende demostrar este trabajo dedicado a las aportaciones de Anne Bradstreet, una de las primeras viajeras al continente americano.

Bibliografía

BRADSTREET, Anne. “To My Dear Children”, en: Nina Baym (ed.), *The Norton Anthology of American Literature*. Shorter fifth edition. New York & London: Norton & Company, 1999, págs. 144-147.

CAMPBELL, Helen Stuart. *Anne Bradstreet and Her Time*. New York: Dodo Press, 1890.

DANIELS, Roger. *Coming to America. A History of Immigration and Ethnicity in American Life*. New York: Harper Perennial, 1990.

EVANS, Sara M. *Born for Liberty: A History of Women in America*. New York, London: The Free Press, 1991.

HAWTHORNE, Nathaniel. *The Whole History of Grandfather's Chair*. Boston: E. P. Peabody, 1840. <http://www.ibiblio.org/eldritch/nh/gc102.html>

HENSLEY, Jeannine (ed.). *The Works of Anne Bradstreet*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, cop. 1967.

JONES, Augustine. *Thomas Dudley, Second Governor of Massachusetts*. Boston, 1899.

KOEHLER, Lyle. “The Case of the American Jezebels: Anne Hutchinson and Female Agitation during the Years of Antinomian Turmoil, 1636-1640”. *William and Mary Quarterly*, 3rd series, 31 (January 1974), págs. 55-78.

LATT, David. "Praising Virtuous Ladies: The Literary Image and Historical Reality of Women in Seventeenth-Century England", en: Marlene Springer (ed.), *What Manner of Woman*. New York: New York University Press, 1977.

LAUTER, Paul, (ed.). *Heath Anthology of American Literature*. Fifth edition. Boston and New York: Houghton Mifflin Company, 2006.

O'CALLAGHAN, Bryn. *An Illustrated History of the USA*. Harlow: Longman, 1990.

RICHARDSON, Robert D. Jr. "The Puritan Poetry of Anne Bradstreet", en: Sacvan Bercovitch (ed.), *The American Puritan Imagination. Essays in Revaluation*. New York: Cambridge University Press, 1974, págs. 105-122.

ROSENMEIER, Rosamond. *Anne Bradstreet Revisited*. Boston: Twayne, 1991.

INÉS SUÁREZ: VIAJERA EN EL CAMINO DE LA TENACIDAD

Barbara Loach
Cedarville University

«La muerte menos temida da más vida»
--escudo de armas de los Valdivia

Introducción

Era la única mujer europea en la expedición inicial de Pedro de Valdivia a Chile (1540-42), pero este dato revela poco de las circunstancias vitales de la vida de Inés Suárez¹ (ca. 1507-1577). Lejos de ser una viajera ociosa que disfrutaba de los lujos de educación, tiempo, y dinero que la permitirían recordar sus experiencias para un grupo de lectores, la verdad es que durante varias etapas del viaje, probablemente no sabía si volvería a ver otro amanecer por los peligros que sufría. Pero aunque no nos queda un texto escrito de sus viajes, el legado de su vida perdura: su nombre y su imagen todavía adornan varios sitios públicos e históricos a través de Chile, pero, más que eso, su espíritu todavía inspira obras literarias y vive en el alma de la mujer chilena de hoy.

Al estudiar los datos históricos de su vida, una serie de paradojas salta a la vista: casi siempre identificada como «la amante del conquistador Pedro de Valdivia», en realidad solamente pasó ocho de sus setenta años de vida en la compañía de éste. Condenada por algunos como mujer de mala reputación por cohabitar con un hombre casado, más tarde la conocían en Santiago como la patrocinadora de una capilla y una ermita. (Nauman 135-137) Aunque era una viuda modesta en el Perú después de la muerte de su primer esposo, en Chile llegó a ser enco-

1 Algunos escritores indican que su nombre era Inés de Suárez mientras otros la llaman Inés Suárez; el apellido de su primer marido es desconocido: «Figueroa» según el autor José Doussinague pero «Padilla» según la autora Stella Burke May. (Nauman 6) Isabel Allende y otras fuentes lo identifican como «Juan de Málaga». Desde que el nombre «Inés Suárez» aparece en la lista de pasajeros que salieron de Plasencia en 1537 en ruta al Nuevo Mundo (*Catálogo de Pasajeros a Indias*), en esta obra se referirá a la protagonista como Inés Suárez.

mendera y eventualmente la «Señora Gobernadora» de la nueva provincia. Nunca tuvo hijos, pero la llamaban «mamá Inés» porque se entregó a cuidar de todos los soldados e indios portadores que acompañaban la expedición y también cuidaba de la hija natural de su compañero, luego segundo esposo, don Rodrigo de Quiroga. Era «solamente una mujer», pero cuando le tocó defender la ciudad de Santiago contra un ataque por cuatro escuadrones de indígenas, se dice que se convirtió en la capitana más valiente de todos y guió a sus soldados a derrotar a los contrincantes, salvando a los habitantes de la aniquilación. Y no es una ironía histórica insignificante que ese mismo ataque en Santiago ocurriera en una fecha fatídica para los chilenos: el 11 de septiembre (1541).

La vida de Inés Suárez puede dividirse en tres etapas: su juventud en Plascencia, España, y su viaje al Nuevo Mundo; el tiempo que pasó con Valdivia; y su tiempo como la esposa de don Rodrigo de Quiroga, uno de los primeros gobernadores de Chile. Lo poco que se sabe de la vida de doña Inés se encuentra en documentos históricos y re-creaciones biográficas ficcionalizadas basadas en la historia de la conquista y los conquistadores. Desafortunadamente, la vida de Inés Suárez ha pasado casi desapercibida en los tomos de la historia latinoamericana porque, hasta las últimas tres décadas, esta historia se ha inclinado a ser una compuesta exclusivamente por y de hombres. Tal es la injusticia descrita por Carlos Vega en su texto sobre las mujeres de la conquista y colonización: «No eran estas mujeres corrientes, personajes marginales... sino figuras de primerísimo orden... que, por indiferencia o injusticia... quedaron relegadas al más triste e inmerecido olvido». (Vega 10) En el caso de Inés Suárez, las referencias históricas suelen caracterizarla como uno de dos extremos: o como una «mujer extraordinaria» capaz de matar a los indígenas con su propia mano, o, por convivir con Pedro de Valdivia, como «concubina», una etiqueta que disminuye extremadamente los logros de esta mujer. La primera cuestión que se genera entonces es si en realidad la vida de doña Inés ha de representar solamente una u otra de estas opciones—o quizás ninguna: ¿quizás era solamente una mujer que hacía lo que tenía que hacer y lo que la sociedad le permitía hacer para sobrevivir?

La juventud de doña Inés y su viaje al Nuevo Mundo (1507-1539)

Según los historiadores, Inés Suárez nació en 1507 en el pueblo de Plasencia, en la región de Cáceres, en el norte de Extremadura (Cordero 40), la misma provincia donde nació Pedro de Valdivia. Se dice que siendo joven se casó con un

hombre que pronto la dejó para buscar su fortuna en el Nuevo Mundo. Entonces en 1535 Inés comenzó el proceso para obtener permiso para viajar al Nuevo Mundo para reunirse con su esposo. Según Carlos Vega, «Después del descubrimiento, la mujer española soltera emigraba a América más por compromiso u obligación que por voluntad propia, y regularmente amparada bajo el tutelaje de una gran dama noble de la que era aya o sirviente, puesto no le era permitido viajar sola; y, si era casada, lo hacía mayormente para cumplir con las disposiciones reales que le exigían acompañar a su marido en todas sus empresas». (Vega 49) En enero de 1537 Inés Suárez ganó permiso para partir de Cádiz (acompañada por una sobrina) en ruta a Venezuela, donde creía que encontraría a su esposo. Después de llegar a Venezuela en noviembre de 1537, Inés emprendió el viaje por tierra hacia la costa Pacífica y de allí tomó otro barco al Perú, finalmente para establecerse en Cuzco en 1539. (Nauman 9) Según el historiador José Toribio Medina, al llegar a Venezuela, Inés encontró que su esposo había alistado con un ejército que se dirigía al Perú; cuando ella cumplió el mismo arduo viaje, se enteró de que su esposo había muerto en alta mar. (citado en Nauman 9) Entonces consiguió un pequeño solar y se estableció en Cuzco con una encomienda que su esposo había ganado por su servicio militar.

Al contrario de la atribución de sus acciones a las de una mujer extraordinaria, el hecho de que doña Inés saliera de Plasencia en busca de su esposo representa más bien una de las opciones disponibles a las mujeres españolas que se creían desamparadas por sus esposos. Esto se debe a que, en aquel entonces, la corona española insistía en que soldados en el Nuevo Mundo enviaran por sus esposas dentro de tres años; también, la iglesia Católica afirmaba que el contrato matrimonial era indisoluble. (Henderson et al. 302) En aquella época, se entendía el contrato matrimonial como un contrato recíproco, o sea, con obligaciones para ambos el hombre y la mujer. A consecuencia de eso, para la esposa maltratada o abandonada por su esposo, el contrato matrimonial vino a ser su mayor recurso para demandar justicia ante las autoridades. El investigador Richard Boyer, al examinar los archivos de la Santa Inquisición y ensayos teológicos de la época, ha identificado y definido el concepto legal conocido como «la mala vida» como uno de los argumentos usados por matrimonios durante el período de la conquista y colonización en sus peticiones para separarse. Casos de «la mala vida» incluían hábitos de abuso físico, la infidelidad, y el abandono—éstos normalmente por parte del esposo, pero no siempre. (Boyer 258-59) La razón más apremiante para reclamar un caso de «la mala vida» fue la falta del esposo de proveer económi-

camente para su familia durante una temporada prolongada. (Powers 194) Si un hombre abandonó a su esposa para ganar su fortuna en el Nuevo Mundo, la mujer podía reclamar justicia contra su esposo por su falta de cumplir el contrato y proveer para su familia. No se sabe si doña Inés estaba enterada de los argumentos eclesiásticos y legales para legitimar su petición para viajar al Nuevo Mundo, pero no es inconcebible que ella asumiera que tenía el derecho de tomar la decisión de reunirse con su esposo.

Pedro de Valdivia y el viaje al valle del Mapocho (1540-1548)

No se sabe cómo ni cuándo doña Inés y Pedro de Valdivia se conocieron por primera vez. Algunos suponen que los dos se habían conocido en España por ser de la misma región, o que se conocieron en Venezuela; lo más razonable es que se conocieron en Cuzco ya que la única evidencia indica que sí tenían una relación en 1539, el mismo año en que ella se estableció allí.² (Nauman 9-12) Según el historiador Luis Martín, sólo había una española por cada siete u ocho españoles en el Perú en aquellos años tempranos de la conquista, así que sería difícil que ellas pasaran desapercibidas por sus comunidades. (Martín 14-15)

Cuando Valdivia propuso su expedición a Chile, la gente pensaba que era loco porque todos habían oído de los peligros encontrados por Diego de Almagro en una expedición anterior (1535-37). En esa primera exploración hacia el sur, los españoles habían avanzado a duras penas en su travesía de la cordillera solamente para encontrar a indígenas belicosos y ningún indicio de la presencia de oro. Además, Almagro y sus hombres habían matado caprichosamente a los indígenas y despertado la ira de ellos contra los europeos. (Korth 24) Finalmente, cuando volvieron a Cuzco, su condición física—todos agotados y casi deshechos—convencería a cualquiera a rechazar la idea de emprender otra expedición. Sin embargo, Valdivia, con su visión de conquistador, logró ganar permiso para el viaje del gobernador Pizarro y convencer a unos siete a veinte españoles

2 Valdivia ya estaba casado en aquel entonces con doña Marina Ortiz de Gaete, quien se había quedado en España. En 1552 Valdivia le envió a su compañero Jerónimo de Alderete a España con fondos para traer a doña Marina a Chile. Desafortunadamente, cuando por fin doña Marina llegó, habiendo aguantado la ausencia de su esposo por casi veinte años, encontró que Valdivia estaba muerto, torturado y asesinado por los indígenas (1553). Doña Marina pasó el resto de su vida en Chile, en condiciones difíciles, luchando para ganar y mantener posesión de las tierras otorgadas a su esposo por su servicio militar. (Cordero 36-39)

a acompañarlo en el viaje junto con mil indígenas que contrató. (Nauman 26) También logró convencer a Pizarro que necesitaba a doña Inés en la expedición para que le sirviera como criada personal. En aquel entonces doña Inés se mantendría por sus cultivos y por tejer y remendar para otros, gozando de la libertad típica de una viuda humilde en su solar en Cuzco. (Nauman 10) Ya emancipada de las limitaciones que la encerrarían como una esposa, doña Inés podía manejar sus recursos por sí sola como cualquier comerciante. (Lavrín 1978:41) Entonces, que doña Inés estaba dispuesta a abandonar todo para seguir a Valdivia en una aventura tan arriesgada produce admiración. Por su parte, se dice que Valdivia la consideraba la fuente de su buena fortuna, y parece que tenía razón porque la mayoría de sus sufrimientos comenzó después de su separación de ella años después. (Nauman 107)

Entonces, al salir de Cuzco, Valdivia y su compañía tomaron la ruta seguida por Diego de Almagro cuando éste volvió al Perú después de su expedición allí. Originalmente, la expedición de Almagro había viajado al sur siguiendo la ladera oriental de la cordillera de los Andes, para evitar el desierto del Atacama. Pero al volver, Almagro se enteró de que los indígenas cruzaban el desierto aprovechándose de manantiales («jagueyes») que se encontraban cada diez a cuarenta kilómetros. Esta ruta era conocida como «El camino del Inca» y así Valdivia decidió seguir esta ruta también probablemente para evitar las condiciones severas que se encontrarían en las montañas. (Rothhammer citado en Schull 47).

Valdivia y su compañía salieron de Cuzco en enero de 1540 y avanzaron por el territorio sureño hasta llegar al valle central del territorio chileno en diciembre del mismo año, un viaje que comprende una distancia moderna de más de 2200 kilómetros o casi 1400 millas, pero unas 2500 millas por la ruta que siguieron ellos. (Nauman 36) En el camino, poco a poco otros soldados españoles se unieron a la compañía de Valdivia, hasta formar un ejército de 136 soldados (Nauman 27). Los indios portadores o «yanaconas» iban primero con las provisiones, seguidos por doña Inés con varios artículos religiosos (incluyendo una figurita de la Virgen del Socorro que todavía se encuentra en la iglesia San Francisco en Santiago), y Valdivia al final del convoy. (Nauman 26)

Como es de esperar, el viaje presentó una multitud de desafíos; además de las dificultades naturales, la expedición de Valdivia sufría otras dificultades en su peregrinación, en algunas de las cuales doña Inés tomó un rol principal. En una ocasión cuando se les acababan las provisiones, doña Inés descubrió que la fruta del cactus, la tuna, era comestible y jugosa, y prontamente recogió cuantas pudo

para socorrer a los otros miembros de la expedición. (Nauman 32) Y en otra ocasión algo legendaria, cuando varios hombres y animales en medio del desierto estaban a punto de morir de sed, de repente doña Inés le mandó a un indígena cavar en la tierra en un sitio señalado. Después de un rato, la tierra empezó a humedecerse y pronto apareció un manantial con agua suficiente para todos. Según un historiador, doña Inés atribuyó el incidente a la intercesión de la Virgen en respuesta a sus oraciones, no a destrezas naturales ni sobrenaturales. Hoy día todavía se puede visitar el «jaguey de doña Inés» a unos ciento veinte kilómetros al norte de Copiapó. (Nauman 32) En el incidente más amenazante del viaje para doña Inés, había entre los soldados unos conspiradores que habían acordado matar a Valdivia y tomar control de la expedición. Una noche, al entrar en la tienda de campaña de Valdivia para asesinarlo, el líder del grupo de conspiradores, Pero Sancho De Hoz, se enfrentó con doña Inés, quien dormía sola en la tienda porque Valdivia se encontraba fuera del campamento. Ella gritó y espantó a los conspiradores y luego los denunció a Valdivia, quien retuvo en prisión a De Hoz por unos dos meses. (Barros Arana 217-218)

Una vez llegados al valle del río Mapocho y establecidos en su campamento cerca del Cerro Blanco, los españoles empezaron a construir la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo. Siempre estaban concientes de la presencia de los indígenas a su alrededor, pero por el momento las relaciones eran pacíficas, así que Valdivia y su compañía progresaban en la obra. A mediados de agosto de 1541, Valdivia tuvo que ausentarse del campamento para luchar contra los indígenas en otro lugar. Entonces, la mañana del 11 de septiembre de 1541, cuatro escuadrones de indígenas lanzaron un ataque feroz contra la ciudad. Los pocos españoles lucharon pero no pudieron igualar la intensidad y la cantidad de indígenas en contra suya. Doña Inés ayudaba a los heridos y animaba a los soldados sin pensar en su propia seguridad. Finalmente, según varios historiadores, ella les propuso a los soldados que mataran a los siete caciques que tenían como rehenes y tiraran sus cabezas por el cerco para espantar a los indígenas. Cuando los soldados vacilaron, se dice que doña Inés tomó una espada y le cortó la cabeza de uno de los caciques para sacarlos de su parálisis mental. Entonces ella se puso yelmo, cota de malla, y armadura, y salió a guiar a los españoles a derrotar a los indígenas ahora confusos y aterrados. La ciudad quedó destruida, quemada, y lo único que salvaron fue la ropa que llevaban y, por la agudeza de doña Inés, un par de gallinas, una cerda y sus crías, y dos manadas de trigo, de los cuales todos los sobrevivientes tenían que sostenerse hasta que pudieran cultivar alimentos por

sí mismos y recibir el abastecimiento que finalmente les llegó del Perú unos dos años más tarde. (Nauman 51-55)

Cuando Valdivia regresó a Santiago un poco después del ataque y se dio cuenta de la valentía de todos, especialmente la de doña Inés, la apremió con el mejor terreno y una encomienda. En su declaración, expresa la más alta admiración por su compañera:

Vos, Doña Inés Suárez, venistes conmigo a estas provincias a servir en ellas a su Majestad, pasando muchos trabajos y fatigas, así por la largueza del camino como por algunos reencuentros que tuvimos con indios y hambres y otras necessidades que antes de llegar adonde se pobló esta ciudad [Santiago de Chile] se ofrecieron, que para los hombres eran muy asperas de pasar, cuanto más para una mujer tan delicada como vos, y más de esto, en el alzamiento de la tierra y venida de los indios a esta ciudad, que pusieron en término de llevársela, y vuestro buen esfuerzo y diligencia fué parte para que no se llevase, porque todos los cristianos que en ella había tenían que hacer tanto en pelear con los enemigos, que no se acordaban de los caciques que estaban presos, que era la causa principal a que los indios venian a soltarlos, y vos, sacando de vuestras flacas fuerzas esfuerzo, hiciestes que matesen los caciques, poniendo vos los manos en ellos, que fué causa que la mayor parte de los indios se fuese y dejasen de pelear viendo muertos a sus señores; que es cierto que si no murieran y se soltaran no quedara un español vivo en toda esta dicha ciudad, y los demás que en esta tierra había con mucho trabajo fueron parte para se poder sustentar en ella, y después de muertos los caciques, con ánimo varonil saliste a animar a los cristianos que andaban peleando, curando a los heridos y animando a los sanos, diciéndoles palabras por esforzarles, que fué mucha parte, con las que les decíades, fuesen adonde estaban hechos fuertes mucha cantidad de indios, muchas veces, e a la oración desbaratados, y desta venida que vinieron los dichos indios a esta ciudad os llevaron cuanto teníades sin dejaros ni ropa ni otra cosa, en que perdiste mucha cantidad de oro y de plata....³ (Boxer 113-14)

Sin embargo, aunque doña Inés se esforzaba para asegurar la sobrevivencia del pueblo de Santiago, todavía encontraba oposición—a veces de adentro de la comunidad, no de afuera. Algunos de los compañeros de Valdivia levantaron anónimamente una lista de más de cincuenta acusaciones contra su líder y se la enviaron al virrey del Alto Perú, Pedro de la Gasca, en 1548. (Nauman 85) Entre

3 Se ha preservado la escritura original de todos los documentos históricos incluidos en esta monografía.

las acusaciones contra Valdivia, había algunas que enfocaban sus relaciones con doña Inés. En la historia de Diego Barros Arana que investiga el proceso contra Pedro de Valdivia, el autor resume una de las acusaciones así:

Acusábase, además, a Valdivia de haber traído del Perú a una mujer española llamada Ines Suárez, con quien vivía en ilícitas relaciones, manteniéndola en su casa i comiendo en una misma mesa, con público escándalo de toda la colonia. Ines Suárez, según los acusadores, era una mujer codiciosa que se había hecho dar un gran repartimiento de tierras i de indios, que hacía valer su influencia cerca de Valdivia a favor de los que le daban oro, i que mandaba perseguir a los que la ofendían de cualquier modo, contando siempre con la docilidad del gobernador para acceder a todos sus caprichos. (Barros Arana 16)

Para colmo, en el texto mismo de las acusaciones, pusieron en la boca de Valdivia esta justificación por favorecer a doña Inés: «...que en aquello vía él quien a él le deseaba servir, y decía que *quien bien quiere a Beltran quiere a su cama*». (32 énfasis mío) Si es verdad que Valdivia dijo tal cosa, está en contraste total con esa alabanza oficial que le había dado al otorgar el repartimiento a su compañera. Se espera que doña Inés siempre hubiera actuado para beneficiar a todos los miembros de la colonia, pero evidentemente la influencia que ejercía como la compañera de Valdivia despertaba una antipatía que últimamente fue un factor en la separación definitiva de los dos, finalizada por un edicto del virrey.

Doña Inés, la señora gobernadora (1549-1577)

Según los historiadores, cuando Valdivia volvió a Chile después de ser absuelto de casi todas las acusaciones—menos las que tenían que ver con sus relaciones con doña Inés—ésta ya se había enterado del edicto del virrey y se había mudado de la casa de Valdivia. Se dice que nunca más volvió a hablar con Valdivia tampoco. (Nauman 95) Dentro de poco, a finales de 1549, se casó con uno de los compañeros de Valdivia, Rodrigo de Quiroga, un viudo cinco años menor que ella. Se describe el carácter de Don Rodrigo como un hombre bueno, pero todavía como una persona que apoyaba una política de guerra agresiva contra los indígenas y que trataba mal a los indígenas de su encomienda, mandando que las mujeres trabajaran en las minas junto con los hombres. (Korth 30) Entonces, el silencio histórico tocante a esta decisión de doña Inés de casarse con Quiroga deja lugar para cuestionar sus motivaciones—¿es que estaba dispuesta a sacrificar-

se para que Valdivia pudiera mantener su posición, o que se sentía desengañada con su «amante», o que se dio cuenta de que las reglas sociales ya iban imponiéndole restricciones, forzándola a cambiar su manera de vivir?

En el lado positivo, como esposa legítima, doña Inés aseguraba su posición en la sociedad santiaguina. Junta con su esposo, hizo construir una capilla y dedicó tierra a los dominicanos y contribuyó los fondos necesarios para que se hicieran misas para ella misma, su esposo, y Pedro de Valdivia en perpetuidad después de su muerte. (Nauman 96-97) Pero, en vez de gobernar directamente como lo había hecho como la compañera de Valdivia, doña Inés ahora tenía que contentarse con una influencia más indirecta, de una manera más aceptable socialmente para las mujeres. De todos modos, don Rodrigo de Quiroga y doña Inés pasaron treinta años juntos y trabajaron el resto de su vida para mejorar las condiciones en la ciudad y el país.

Doña Inés, ¿santa guerrera o concubina?

Ahora que hemos visto las particularidades de la historia de doña Inés, nos toca intentar una respuesta a la pregunta inicial, eso es, si la vida esta mujer representa la de una «mujer extraordinaria» o la de una mera «pecadora». Desde una perspectiva histórica, se puede concluir que en realidad doña Inés no se difiere mucho de las otras mujeres que luchaban para vivir en Chile en el siglo XVI. En contraste con el resto de los territorios conquistados en corto tiempo por los españoles, Chile resultó ser el territorio más resistente; las luchas contra los indígenas seguían por unos doscientos años y afectaban cada aspecto de la vida. (Korth 22) Para ilustrar, en su obra *Desengaño y reparo de la guerra del Reino de Chile* (escrito en 1614), Alonso González de Nájera nos cuenta cuán difíciles eran los primeros años de existencia para Santiago:

Aunque esta ciudad es la mejor y mas ilustre población de aquel reino, está al presente muy deslustrada y perdida para lo que en otro tiempo solía ser; puesto que en solo su jurisdicción tenía al principio ochenta mil indios en veinte y seis repartimientos, cosa que admira, considerando que al presente no tiene todo el reino la mitad entre todos los de paz y de guerra, por las razones que declaro adelante.

Ha dado tanta baja aquella ciudad por respeto del largo tiempo que ha sustentado con su hacienda, sangre y vidas aquella cansada y prolija guerra, y ha llegado a extremo, que unos por presunción, y otros por necesidad y embarazo de familias, entiendo que dejan de desampararla; y así se van en-

treteniendo como pueden, y sustentando con el tasado servicio de indios que les ha quedado; y si estos, por pocos que son, les faltasen, perecerían miserablemente en aquel destierro. (12)

En particular, reflexionando sobre estas circunstancias pésimas, el historiador nos ofrece esta descripción de las mujeres criollas de Chile:

Son ejemplos de toda honestidad, de noble y señorial trato, de varoniles ánimos y de gran gobierno: administran el de sus casas y haciendas del campo con esfuerzo y paciencia, supliendo las largas ausencias de sus maridos en los tiempos de más cuidado, que son en los que van a asistir en el ejercicio de la guerra. Son muy trabajadoras y en ocupaciones de varias labores y recamos muy ejercitadas y maestras, agraciadas en el vestir, y los trajes de que usan tan conformes a los de las mujeres destos reinos [de España]... y así en eso como en todos sus ejercicios se conforman con las mujeres de España, excediendo a muchas en el valor, gobierno, arreo y compostura de sus casas, cuyas familias son mayores que las destas partes.... (38)

Para González de Nájera, todo esto es admirable dado el sufrimiento de muchas de estas mujeres:

...pues tantas han padecido las mismas calamidades que los más robustos soldados, sufriendo no menos constantemente largos cercos de aquellos bárbaros indios, hasta morir con sus hijos en ellos miserablemente de hambre, quedando esclavas más de quinientas no de las menos principales, donde han acabado con lastimosas muertes la mayor parte, sirviendo al presente más de doscientas que han quedado vivas, a los que aun para esclavos son de ánimos las más serviles y abatidos que tiene el mundo...el cual miserable estado tengo por el más lastimoso y infelice, en que se pueden hallar cristianos. Y no dudo que si tuviera España la entera información que fuera justo, pudiera ser que del natural sentimiento de desdicha tan excesiva, naciera el procurarles remedio, y asimismo a las no menos olvidadas viudas, que han caído de honrados estados en el más desamparado a que pueda obligar una humana pobreza, todo nacido de las pérdidas de aquella guerra, juntamente con la de sus maridos y caros hijos. (37-38)

Si damos crédito a las observaciones de este historiador, se puede concluir que o doña Inés era una mujer típica de su sociedad, o que todas las mujeres chilenas de la época eran «extraordinarias» por su industria, su valentía y su lealtad. Tales descripciones también corresponden la imagen de la «santa guerrera» como Juana de Arco estudiada por Stephanie Merrim (Merrim 190), o la de la Virgen

María que, según la tesis del autor Maximiliano Salinas, cumplía la necesidad que tenía el imperio español de establecer una imagen patriarcal de las mujeres en su reino por recrear la identidad de la Virgen María como la mujer ideal, inalcanzable y una luchadora que guiaba a los guerreros cristianos. (M. Salinas 525) Salinas encuentra un ejemplo de esto en el Canto IX del poema épico de la conquista de Chile, *La Araucana* de Alonso de Ercilla, en que ocurre una aparición de la Virgen delante de los indígenas informándoles que: «...Dios quiere ayudar a sus cristianos / y darles sobre vos mando y potencia / pues ingratos, rebeldes, inhumanos / así le habéis negado la obediencia. / Mirad, no vais allá, porque en sus manos / pondrá Dios el cuchillo y la sentencia». (Ercilla, n.p.) Por consiguiente, según Salinas, como modelo de la Virgen, se creía que Inés Suárez merecía el reconocimiento y el honor que recibió en Chile como «la dama violenta» o la guardiana del cristianismo cuando mató a los jefes indígenas en el ataque contra Santiago y que sus acciones se justificaron porque resultaron en la preservación del orden colonial. (M. Salinas 527) En cuanto las mujeres representaban la ideal de la «santa guerrera» durante el período de la conquista, tales demostraciones de su valentía eran aceptables.

Al mismo tiempo, no se puede negar que doña Inés vivía con Pedro de Valdivia fuera del matrimonio por unos ocho años, provocando acusaciones de escándalo por parte de algunos miembros de la compañía del conquistador. Pero según Asunción Lavrín, la sociedad colonial demostraba una política contradictoria en que aunque se profesaba las altas ideas morales, en realidad ambos hombres y mujeres frecuentemente negaban esas ideas en su vida diaria. (Lavrín 1978:29) Así como muchas veces los gobernadores coloniales practicaban la creencia de «*se acata pero no se cumple...*» tocante a las leyes del Consejo de Indias, del mismo modo muchos individuos la afirmaban con su estilo de vida. En realidad, existía un conflicto entre los valores sociales tradicionales y las demandas prácticas de la sobrevivencia reflejado en la realidad de la abundancia de uniones consensuales que se mantenían. (Lavrín 1989:67) Además, según la investigadora Ann Twinam, a pesar de la existencia de un código de honra que supuestamente establecía la conducta aceptable para las españolas en Latinoamérica, en realidad la honra existía como una producto siempre sujeto a la negociación: «it could be challenged, threatened, lost, gained, and even regained».⁴ (Twinam 33) Se debe

4 «Podía ser puesta a prueba, amenazada, perdida, ganada y aun recobrada» (traducción personal).

esto al hecho de que la honra no funcionaba como una calidad personal, sino como algo creada en la esfera pública, la reputación atribuida a un individuo mediante las percepciones de los demás. Como un producto de la sociedad, específicamente de los rangos más altos de la sociedad, la posesión de la honra podía ser manipulada por estrategias para mantener y recobrarla aun en casos que violaban las normas civiles y religiosas.⁵ (33)

Se calcula que entre los años 1509-1559 las mujeres europeas que viajaron al Nuevo Mundo constaban solamente cinco a diecisiete de cada cien pasajeros. (Vega 55) Al principio, esta escasez de mujeres españolas aseguraba que éstas gozarían de un estatus privilegiado en la sociedad colonial, pero entonces con el paso del tiempo la sociedad americana adquiría cada vez más las características y las convenciones de la sociedad europea. (Lavrín 1978:31) Parece que la creciente influencia social del concepto de la honra, especialmente la creencia de la mujer como repositorio de la honra familiar, coincidía con la estabilización de la sociedad colonial. Mientras los roles genéricos seguían conformándose a los roles que ya existían en las sociedades europeas, las mujeres coloniales, especialmente en las clases más altas, experimentaban las restricciones sociales abogadas por el gobierno y la iglesia católica romana: «After crown and church strengthened their physical and political control over the new settlements from the 1530s onward, the urgency of enforcing correct Christian behavior on the indigenous and settler population prompted a thorough scrutiny of the nature of human bonding in the new societies».⁶ (Lavrín 1989:3) Eventualmente, si una mujer intentara ejercer tanta libertad o tanto poder como un hombre, se lo consideraría una acción que amenazaría la estabilidad social de la comunidad cada vez más patriarcal. (Behar 181) Por lo tanto, con más limitaciones sociales, las mujeres se hallaban más restringidas en el ejército público de influencia o poder, aunque lograban

5 Por ejemplo, una mujer soltera que quedó embarazada podía aseverar que su compañero no había cumplido con su «palabra de casamiento»; un hijo ilegítimo podía ser identificado como un «niño expósito» (abandonado) y entonces adoptado por sus padres; o los padres podían emplear el acto de «gracias al sacar» para legitimar a su hijo en el caso de que se habían casado después de su nacimiento. (Twinam in Lavrín 1989: 142-147)

6 «De los 1530 en adelante, una vez que la corona y la iglesia había aumentado su control físico y político sobre las nuevas colonias, la urgencia de imponer el comportamiento cristiano correcto en los habitantes nativos y extranjeros instó un interrogatorio minucioso de la naturaleza de las relaciones humanas en las nuevas sociedades». (traducción personal)

ejercer influencia por otros medios como sus actividades caritativas y sus declaraciones de último testamento. (Lavrín 1994:171)

La autora Cecilia Salinas ha investigado cómo la estabilización de la sociedad colonial trajo la imposición de costumbres conformes a la sociedad española:

En las clases acomodadas, los hábitos y costumbres hogareñas impusieron con persistencia un modelo de comportamiento femenino....Son arquetipos rígidos que presiden-junto a blasones, cuando los hay-los hogares coloniales. Fueron impuestos por antecesores y la Iglesia, la sociedad y la legislación-gracias a los recursos de la educación, proselitismo, observancia de la fe cristiana y la confesión. (C. Salinas 91-92)

De tal manera se puede creer que doña Inés no se conformaba mientras la sociedad se encontraba en una situación fluida; pero mientras iba estableciéndose y adoptando las reglas eclesiásticas y reales, parece que ella se conformaba con las expectativas de la nueva sociedad. La novela *Ay mamá Inés* (1993) de Jorge Guzmán nos da un indicio de cómo y por qué esta transformación comenzó:

La llegada del *Santiago* fue el primero de muchos cambios en la vida de Inés. Otros pudieron quizá alegrarse sin ambigüedades de que el buque anunciara el fin del largo aislamiento de la ciudad. Pero Inés, mientras preparaba alojamiento en su casa para dos matrimonios españoles y para tres hombres solos, no podía evitar una incómoda inquietud. Se sentía amenazada. Su condición de amante del Gobernador, tan natural como un matrimonio para todos sus amigos, iba a ser mirada ahora por extraños. Más grave todavía: por extrañas. (230)

Así que doña Inés, consciente de la inevitabilidad del desarrollo de las convenciones de la sociedad colonial, habría de contentarse con ejercer su influencia dentro de las pautas aceptables para las mujeres de su clase social según el gobierno y la iglesia.

Las transformaciones literarias de doña Inés

Tan interesantes como los datos históricos de esta vida son las interpretaciones de ellos que se han desarrollado a través de los siglos; desde que no tenemos un texto escrito directamente por doña Inés, solamente podemos especular sobre sus intenciones y las razones por qué tomó varias decisiones y

leer críticamente las interpretaciones literarias que han surgido desde su muerte. Lamentablemente, el mismo Pedro de Valdivia, quien había elogiado tan elocuentemente a su compañera por su defensa de Santiago, omitió casi por completo mencionarla en sus cartas al rey de España, sabiendo que el rey no aprobaría su relación ilícita. (Cordero 42)

En otro caso semejante, en el *Compendio historial del Descubrimiento y Conquista del Reino de Chile* de Melchor Jufré de Aguila (1887), se cuenta de este modo el ataque del 11 de septiembre:

Una brava mujer que fue más que hombres,
La cual *Juana Jiménez* se llamaba;
Y ésta con cuatro inútiles soldados
De los presos caciques tenía cuenta,
Que estaban en un cepo todos juntos;
Y oyendo que el murmullo de los indios
Voceando sus nombres repetían,
Conoció que librarlos solamente
Era su pretensión, y así mandoles
A aquellos hombres que con ella estaban,
Que al punto los matasen, y no osando
Hacerlo, recelando el ser vencidos
De tan gran multitud, ella tomoles
Una espada, y matolos por su mano,
Y cortando las bárbaras cabezas,
Arrojolas afuera de una en una... (64-65, énfasis mío)

En una nota, Luis Montt, el redactor del *Compendio*, explica que este cambio de nombre se explica comprendiendo que cuando escribía su relación Melchor Jufré de Aguila, los descendientes del gobernador Quiroga, aunque no lo fueran de doña Inés Suárez, «...ocupaban la más alta situación social en la colonia, y naturalmente habrían mirado con desagrado que se hiciese recuerdos que desdijeran de la posición social y del aprecio que aquella señora [doña Inés] supo conquistarse por su carácter bondadoso y caritativo». (Montt citado en Jufré de Aguila 65)

Entre las obras más contemporáneas sobre la señora, la novela de Alejandro Vicuña que se publicó en 1941 para celebrar el cuarto centenario de la fundación de Santiago la presenta como una mujer virtuosa aunque algo débil moralmente. La novela de Jorge Guzmán, *Ay mama Inés* (1993), refleja una perspectiva de conciencia social y la presenta principalmente como un personaje

mono-dimensional, otra tanta pieza de ajedrez junta con todos los españoles e indígenas que experimentan el fatal e inevitable Encuentro de dos mundos. Una versión más reciente, *Inés del alma mía* de Isabel Allende (2006), representa a una mujer confiada, capaz, y realista que ejerce influencia igual a los hombres en el establecimiento de la colonia nueva. Particular a la interpretación de Allende del personaje principal es el desarrollo de una auto-visión templada por parte de doña Inés, aún en la circunstancia más desesperada de su vida, el día que le tocó defender Santiago:

Esa noche, recostados sobre la dura tierra, sin más abrigo que una manta inmundada, con un pedazo de luna asomando encima de nuestras cabezas, me eché a llorar de fatiga en los brazos de Pedro. El ya había escuchado variados relatos de la batalla y de mi papel en ella; pero, contrario a lo que yo temía, se mostró orgulloso de mí, tal como lo estaba, según me dijo, hasta el último soldado de Santiago, que sin mí habría perecido. Las versiones que le habían dado eran exageradas, no me cabe duda, y así fue estableciéndose la leyenda de que yo salvé la ciudad. «¿Es cierto que tú misma decapitaste a los siete caciques?», me había preguntado Pedro apenas nos encontramos solos. «No lo sé», le contesté honestamente. Pedro nunca me había visto llorar, no soy mujer de lágrima fácil, pero en esa primera ocasión no intentó consolarme, sólo me acarició.... (241)

Por lo visto, las obras de Guzmán y Allende reflejan un cambio (r)evolucionario en perspectiva en la literatura latinoamericana contemporánea. Como han observado varios críticos literarios, la nueva novela histórica latinoamericana de las últimas tres décadas ha empezado a re-examinar y redefinir el pasado del continente. Según el crítico Eddie Morales, en contraste con las obras de «discurso absolutizante» del pasado, «[l]a nueva novela histórica, haciendo uso de las fuentes propiamente históricas, recupera el cotidiano, la figura de hueso y carne, las voces silenciadas de los subalternos, de las minorías étnicas, de las mujeres». (Morales 179-180) En su estudio, *Imaginar el pasado, decir el presente*, la profesora Antonia Viu indica específicamente que «el despertar de una conciencia descolonizadora [comenzado con los autores del Boom]...se agudiza con la cercanía del quinto centenario del descubrimiento de América en 1992». (Viu 89) Para ella, la novela de Jorge Guzmán demuestra «...un esfuerzo de revisión histórica, [para] llenar los vacíos en la historia, incluir perspectivas marginadas, re-examinar el pasado en la luz de lo que sabemos hoy». (22) Hasta una de las voces oficiales del gobierno chileno, DIBAM (Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos), reconociendo la escasez de estudios sobre las contribuciones históricas de muje-

res o su índole de «registro compensatorio», lamenta «...la elaboración de relatos que [antes] presentaban la historia de las mujeres sólo como un proceso *complementario*, y no *constitutivo* de la historia nacional» . (“Memoria”, énfasis mío) En contraste, afirma DIBAM, desde mediados de la década de 1990 «...los estudios que privilegian la investigación sobre el pasado femenino dan cuenta que ellas participan en amplias esferas de la vida social y son protagonistas de fenómenos históricos de larga duración...». (“Memoria”) Tales investigaciones históricas y las obras literarias que las complementan han creado un nuevo espacio para re-evaluar las hazañas y las vidas de las protagonistas del pasado latinoamericano.

Entonces, se nos presenta una última pregunta esencial: considerando los peligros, las dificultades y las carencias que sufría, ¿por qué se quedó doña Inés en Chile por casi cuarenta años? ¿Sería por el amor de un hombre, aunque sabemos que ambos Pedro de Valdivia y Rodrigo Quiroga eran hombres de virtudes y vicios que a veces maltrataban a otras personas? Aún su confesor, Rodrigo González de Marmolejo, nombrado por Valdivia para ser el primer obispo de Santiago, el que la había enseñado a leer y escribir y la había aconsejado casarse con Quiroga, tenía reputación de mujeriego y abogaba la guerra ofensiva contra los araucanos (C. Salinas 144). ¿Sería porque doña Inés no tuvo otro remedio porque carecía de fondos para volver a Cuzco, y mucho menos a España? ¿O porque sabía que el camino de su vida era mucho más ancho del que podía esperar tener en España? ¿O quizás porque había personas en Chile que la necesitaban y la querían y ella podía usar sus bienes y su posición para ayudarlos? ¿O porque, conforme a las atribuciones de devoción religiosa a doña Inés, que creía que era la voluntad de Dios que permaneciera en Chile? ¿O simplemente porque se había enamorado de la extraordinaria belleza de la tierra chilena?

Aunque esta viajera no nos ha dejado sus propias palabras para iluminarnos, afortunadamente nos quedan los lugares que llevan su nombre,⁷ sus hazañas en la historia y la literatura, y su espíritu indómito en el alma de las mujeres chilenas. Como se ha notado, varias interpretaciones contemporáneas de la historia latinoamericana reflejan una nueva estimación de los logros de mujeres como Inés Suárez. En su ensayo «La mujer en el reino de Chile vista por cronistas y viajeros» (1978), la autora Lucía Santa Cruz afirma: «No es nuestra intención deducir conclusiones de lo que no es sino una visión superficial de ciertos rasgos

7 Algunos de éstos incluyen parques, escuelas, una estación de radiodifusión, obras de arte en el Museo Histórico Nacional, y la fuente que descubrió en el desierto Atacama.

aparentes de la mujer, pero es posible constatar que muchas de las características que hoy se reconocen a la chilena tiene un origen en la historia: Mapuches o Peninsulares, nuestras antepasadas exhiben rasgos de reciedumbre en la adversidad, coraje, tenacidad e independencia». (70) Del mismo modo, Cecilia Salinas, en su obra *Las chilenas de la colonia: virtud sumisa, amor rebelde* (1994), reitera la misma creencia: «Estas mujeres augurales están en nuestra memoria porque respondieron a los desafíos del tiempo en que vivieron con lo único que era posible entonces; el valor físico, las acciones guerreras, la lealtad, la defensa de la sobrevivencia, el aliento épico». (7) Isabel Allende, en la ocasión del estreno de *Inés del alma mía* en Plasencia, Extremadura, en la víspera del quinto centenario del nacimiento de Inés Suárez en 2007, dijo que Inés representa mucho de lo que es la mujer chilena por ser una mujer valiente y aguerrida, comparando con ella las mujeres que fueron fundamentales para desafiar a Salvador Allende y después fueron fundamentales en acabar con la dictadura de Augusto Pinochet. (“Isabel Allende”)

La historia de Chile es en gran medida la historia de mujeres determinadas, valientes, y visionarias que han participado activamente en su sociedad para transformar la cultura para el bien de todos.⁸ (Loach 58) Gracias a los esfuerzos de investigadores y escritores contemporáneos, se está sacando del olvido la memoria de esta «intrépida extremeña» (Olivero) que por su valentía y su tenacidad hace cinco siglos logró establecer ambos los fundamentos físicos y los fundamentos espirituales del pueblo chileno.

Bibliografía

ALLENDE, Isabel. *Inés del alma mía*. New York: HarpersCollins Publishers, 2006.

BARROS ARANA, Diego – VICUNA MAKENNA, Carlos Tomás. *Historia jeneral de Chile*. Santiago de Chile: R. Jover, 1884. (edición digital, <http://books.google.cl>)

_____. *Proceso de Pedro de Valdivia*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional, 1873. (edición digital, <http://www.memoriachilena.cl>)

8 Quizás se puede decir que—además de encontrarse en el espíritu de muchas chilenas anónimas que luchan cada día para sobrevivir—esta misma valentía ahora queda encapsulada en la figura de Michelle Bachelet, la primera presidenta de Chile. Con su historia personal y su «estilo de liderazgo transformacional» se habla incluso del «efecto Bachelet» que ha inspirado a toda una generación de mujeres latinoamericanas a considerar un rol más activo en la vida política de sus países, así continuando el modelo establecido por doña Inés. (“Seminario”)

BEHAR, Ruth. "Sexual Witchcraft, Colonialism, and Women's Powers: Views from the Mexican Inquisition". Asunción Lavrin. *Sexuality and Marriage in Colonial Latin America*. Lincoln, NE: University of Nebraska Press, 1989. págs.178-206.

BOXER, C.R. *Women in Iberian Expansion Overseas, 1415-1815*. New York: Oxford University Press, 1975.

BOYER, Richard. "Women, *La Mala Vida*, and the Politics of Marriage". Asunción Lavrin, *Sexuality and Marriage in Colonial Latin America*. Lincoln, NE: University of Nebraska Press, 1989. págs. 252-286.

Catálogos de Pasajeros a Indias, volumen II. Archivo General de Indias. Portal de Archivos Españoles. (edición digital, <http://pares.mcu.es>)

CEVALLOS-CANAU, Francisco, et al., eds. *Coded Encounters: Writing, Gender and Ethnicity in Colonial Latin America*. Amherst, MA: University of Massachusetts Press, 1994.

CORDERO, María de Jesús. *The Transformations of Araucanía from Valdivia's Letters to Vivar's Chronicle*. New York: Peter Lang, 2001.

ERCILLA, Alonso de. *La Araucana*. (Edición digital, <http://www.bibliotecasvirtuales.com/biblioteca/literaturalatinoamericana/ercilla/laaracana.asp>)

GONZALEZ DE NAJERA, Alonso. *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile*. Santiago de Chile, Imprenta de Ercilla, 1889. (edición digital, <http://www.memoriachilena.cl>)

GUZMAN, Jorge. *Ay mama Inés (Crónica Testimonial)*. México, D.F. y Santiago de Chile.: Fondo de Cultura Económica, 1993.

HENDERSON, James D., et al., eds. *A Reference Guide to Latin American History*. Armonk, NY: M.E. Sharpe, 2000.

"Isabel Allende recuerda la conquista de Chile en su más reciente libro." Terra Noticias, 22 marzo 2007. <http://terranoticias.terra.es/articulo/html/av21471741.htm>

JUFRE DE AGUILA, Melchor. *Compendio historial del Descubrimiento y Conquista del Reino de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes, 1897. (Edición digital, <http://www.memoriachilena.cl>)

KORTH, Eugene H. *Spanish Policy in Colonial Spain: The Struggle for Social Justice, 1535-1700*. Stanford, CA: Stanford University Press, 1968.

LAVRIN, Asunción, ed. *Latin American Women: Historical Perspectives*. Westport, CT: Greenwood Press, 1978.

_____. "Lo femenino: Women in Colonial Historical Sources". Francisco Cevallos-Candau, et al., *Coded Encounters: Writing, Gender and Ethnicity in Colonial Latin America*. Amherst, MA: University of Massachusetts Press, 1994. págs.153-176.

_____. ed. *Sexuality and Marriage in Colonial Latin America*. Lincoln, NE: University of Nebraska Press, 1989.

LOACH, Barbara. *Power and Women's Writing in Chile*. Madrid: Editorial Pliegos, 1994.

MARTIN, Luis. *Daughters of the Conquistadors: Women of the Viceroyalty of Peru*. Dallas, TX: Southern Methodist University Press, 1983.

"Memoria chilena: Historia, mujeres y género en Chile." Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM), Ministerio de Educación, Gobierno de Chile. http://www.memoriachilena.cl//temas/index.asp?id_uthistoria,mujeresygeneroenchile

MERRIM, Stephanie. "Catalina de Erauso: From Anomaly to Icon". Francisco Cevallos-Candau, et al., *Coded Encounters: Writing, Gender and Ethnicity in Colonial Latin America*. Amherst, MA: University of Massachusetts Press, 1994. págs. 177-205.

MORALES PINA, Eddie. "Brevísima relación de la nueva novela histórica en Chile." *Notas Históricas y Geográficas*, 12, 2001, págs. 177-190. (Edición digital: <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0031774.pdf>)

NAUMAN, Ann Keith. *The Career of Doña Inés de Suárez: The First European Woman in Chile*. Lewiston, NY: The Edwin Mellen Press, 2000.

OLIVERO, Sandra. "Inés Suárez, una intrépida extremeña a la conquista de Chile." XXXVI Coloquios Históricos de Extremadura, 2007. Edición digital, http://www.chde.org/index.php?option=com_content&view=category&layout=blog&id=31&Itemid=27

POWERS, Karen Viera. *Women in the Crucible of Conquest*. Albuquerque, NM: University of New Mexico Press, 2005.

ROTHHAMMER, Francisco. "The Aymará: An Outline of Their Pre- and Post-Columbian History". William Schull y Francisco Rothhammer, eds., *The Aymara: Strategies in Human Adaptation*. Dordrecht, Netherlands; Boston: Kluwer Academic, 1990. págs. 45-48.

SALINAS, Cecilia. *Las chilenas de la colonia: virtud sumisa, amor rebelde*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1994.

SALINAS, Maximiliano. "Christianity, Colonialism and Women in Latin America in the 16th, 17th, and 18th Centuries." *Social Compass*, 39, 1992, págs. 525-542.

SANTA CRUZ, Lucía. "La mujer en el reino de Chile vista por cronistas y viajeros". Lucía Santa Cruz, et al., *Tres ensayos sobre la mujer chilena*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1978. págs. 13-52.

"Seminario Género en el Poder: Chile, Argentina, Alemania y España." Observatorio Género y Equidad, Santiago de Chile, 2009. http://www.observatoriogeneroyliderazgo.cl/index.php?option=com_content&task=view&id=1547

TWINAM, Ann. "Honor, Sexuality, and Illegitimacy in Colonial Spanish America". Asunción Lavrin. *Sexuality and Marriage in Colonial Latin America*. Lincoln, NE: University of Nebraska Press, 1989. págs. 118-155.

_____. *Public Lives, Private Secrets: Gender, Honor, Sexuality, and Illegitimacy in Colonial Spanish America*. Stanford, CA: Stanford University Press, 1999.

VEGA, Carlos B. *Conquistadoras: Mujeres heroicas de la Conquista de América*. Jeffersonville, NC: McFarland & Co., Inc., Publishers, 2003.

VICUNA, Alejandro. *Inés de Suárez*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1941.

VIU, Antonia. *Imaginar el pasado, decir el presente*. Santiago de Chile: RIL Editores, 2007.

Mujeres que viajaron de España a la América colonial y del cuerpo propio al texto escrito. Lima, s. XVII.

Patrícia Martínez i Álvarez.
Universitat de Barcelona / Parlament de Catalunya.

Entre los siglos XVI y XVIII, aunque con intensidades distintas y progresivamente menores, fueron muchas las personas que habiendo nacido en España se trasladaron hasta la América colonial siendo aquí donde transcurrieron en muchos casos las siguientes y últimas décadas de sus vidas.

La conquista y el ordenamiento de las relaciones de poder político y social en términos de colonialidad fueron hechos y procesos protagonizados y sostenidos por hombres y desde sentidos masculinos, pero es impensable reconstruir la historia de esta sociedad y su mantenimiento sin partir de que hubo mujeres, también, venidas desde España¹.

1 Propongo, para entender el funcionamiento de las relaciones individuales y sociales en el mundo colonial –por lo menos peruano- la idea de que se trató de un entramado masculino de relaciones de poder. Esto significa que tanto los discursos institucionales –eclesiásticos, políticos- como los planteados explícita o implícitamente en el ámbito de las relaciones personales, tuvieron como eje de sostenimiento el simbólico masculino: la necesidad de insignificar la alteridad para poder representarse a sí mismo el varón –blanco, hispano, cristiano-. Además de que fueron hombres quienes decidieron cómo las instituciones legitimaban la relación de dominio entre personas de diferentes razas, para mantener la jerarquía entre estas era necesario el control del cuerpo de las mujeres en tanto que depositario de la anhelada pureza de sangre y del honor masculino, dos aspectos inexistentes que tomaban cuerpo sólo si las mujeres los representaban. Esta representación, además, se lograba en la relación de ejercicio de poder sobre las mujeres.

Es cierto que encontramos a algunas mujeres desempeñando cargos de control en el mundo colonial peruano: esta realidad nos permite hablar de que la diferencia sexual –el sentido de ser mujer u hombre- no está necesariamente definida ni por el género ni por la realidad biológica. Se significa, en cada historia, en el sentido libre de ser mujer u hombre. El estudio de la historia nos da numerosos testimonios de cómo han actuado las libertades femeninas y las masculinas y nos permite, sí, plantear que la libertad masculina ha actuado casi siempre estableciendo una relación de poder frente a aquello otro femenino.

Tenemos noticias de cómo vivieron el viaje las mujeres y los hombres a través de distintas fuentes documentales y de la interpretación del significado que debieron tener en aquel contexto los usos de determinadas expresiones en el texto escrito. La intervención de las mujeres en la elaboración de textos escritos es notable si tenemos en cuenta, además de la correspondencia, fuentes en cuya elaboración pudieron participar hombres cuya voz destacada, en primera o tercera persona, era la de las mujeres. Siguiendo este planteamiento propongo la existencia de dos formas de viaje femenino. El hecho de trasladarse físicamente de continente daba un conjunto de sentidos al viaje geográfico de las mujeres pero también el hecho de decirse a sí mismas, y de ser dichas las mujeres viajeras en un texto escrito suponía una experiencia de traslado en el contexto de la incipiente –y trunca- modernidad. ¿Qué se perdía en el traslado de las mujeres recibiendo el mandato de viajar a las colonias y diciéndose en la misiva que respondía al mandato?, ¿qué se sumaba en el traslado de mujeres que, venidas de España, destacaron por su moralidad y vieron cómo se elaboraba sobre ellas el relato de sus vidas en textos escritos?

Muchos de los testimonios escritos registran que el viaje femenino solía darse al cabo del tiempo del varón: una vez él se afincaba. De la documentación que informa de gran parte de lo que giraba alrededor del hecho del viaje de las mujeres destaca la correspondencia masculina. Las cartas escritas por hombres nos informan de las pretensiones de ellos y de la infraestructura que se desplegaba para propiciar el viaje femenino. Existe mucha documentación, también, que da cuenta de cómo los varones (en términos amplios: desde los que ostentaban el poder eclesiástico y político hasta los que conducían la vida de las mujeres de la propia familia) creaban espacios e instituciones en las colonias para que transcurrieran en ellos las vidas de las mujeres, como por ejemplo las Casas de Recogidas, las Casas de Divorciadas y también los Monasterios².

2 Un estudio reciente analiza cómo la institución del Recogimiento –casas en las que vivían exclusivamente mujeres, la mayor parte de las veces regidas por una regla o adscripción a un carisma religioso determinado– resultó ser el espacio en el que convivieron de una parte el discurso y el mandato masculino que partía de la idea de que las mujeres podían ser decadentes, caídas, si no se les regulaba la vida y de otra la transgresión femenina. Haciendo hincapié en que el recogimiento significaba para las mujeres la posibilidad del divorcio y de la separación respecto a los varones la autora explica la actitud y el deseo femenino como una transgresión. VAN DEUSEN, Nancy E. *Entre lo sagrado y lo mundano: La práctica institucional y cultural del recogimiento en la Lima virreinal*. Lima: IFEA-PUCP, 2007. Desde un análisis que desplaza la teoría de

En el recogimiento y en la clausura de las mujeres se evidencia una separación entre ellas y el mundo. Más allá de esta evidencia, la separación tuvo significados distintos para todos los actores que intervenían en ella: la Iglesia, los conquistadores y los colonos entendieron en el espacio de recogimiento para las mujeres la posibilidad de sostener y a la vez reproducir el orden colonial. El *status* de las mujeres en las casas construidas para ellas dependía del vínculo que hubieran tenido o tuvieran con el mundo hispano y de ese vínculo, a la vez, se desprendía la posibilidad de estar en un recogimiento, en un monasterio, sirviendo o siendo servidas. A las mujeres legítimamente relacionadas con hombres españoles (esposos, padres, hijos) se las guardaba durante la ausencia del varón cuando ésta sucedía para que no deshonraran y para que reprodujeran, también, la ortodoxia de la Iglesia. A las mujeres ilegítimas se las guardó para que su presencia en el mundo no evidenciara la deshonra de los varones. En la mayor parte de los casos estas mujeres pobres, ilegítimas, aprendían en el monasterio y en el recogimiento la perfección cristiana también y se acercaban -reproduciendo la ortodoxia que preservaba a la vez el honor de la Iglesia misma- a la posibilidad de ser nombradas por el orden colonial. Para las mujeres, sin embargo, la separación respecto al mundo exterior podía significar cosas muy distintas: según Kathryn Burns, por ejemplo, la reja que separaba a los visitantes de las monjas en los locutorios puede significarse como la voluntad más explícita de ellas de permanecer, efectivamente, alejadas del mundo. Las mujeres cuyos esposos, padres e hijos *depositaban* en estos lugares para construir la idea del honor intacto, para construir una identidad *inmaculada* cultivada en la idea de lo hispano y de lo cristiano, se hacían libres en su nuevo mundo insignificando el honor masculino y significando la autoridad femenina. Las mujeres a las que encerraron para restar evidencia al deshonor, a la ilegitimidad, hicieron muchas veces de la práctica de la piedad cristiana en el monasterio o recogimiento un ventanal por el que se asomaron *para desordenar*: en diálogos espirituales con la divinidad recibían revelaciones y obtenían visiones de un mundo en el que las criadas se hacían señoras y la legitimidad hispana carecía de perfección.

los géneros y parte de la existencia de la diferencia sexual en la historia se modificarían los resultados interpretativos de las actitudes, deseos y realidades de las mujeres en el recogimiento: no habría transgresión porque el sentido dado por parte de las mujeres a la vivencia no partiría del deseo ni del mandato masculino. La libertad de vivir de una manera distinta el hecho de permanecer en un Recogimiento sería entonces la experiencia femenina de aquellas mujeres.

Las casas de recogidas y los primeros monasterios para mujeres en América fueron resultado de la voluntad explícita de los hombres de Iglesia y de los primeros caballeros que poblaron las tierras americanas y también de la infraestructura que ellos procuraron para que existieran, pero su historia se modifica a medida que avanzamos a lo largo del siglo XVII: en muchos casos fue desapareciendo, para su mantenimiento, por ejemplo, el financiamiento masculino. Fue desapareciendo, también, la capacidad de intervención seglar en la vida de las mujeres monjas y se transformaron también los sentidos de la ortodoxia a partir de las representaciones de la piedad de las mujeres. Se hace imposible establecer una cronología de la desaparición del discurso del control masculino sobre la vida de las mujeres en el ámbito religioso porque no desapareció el deseo de este control³, pero aparecen, cada vez más, documentos que hacen explícita una cronología que pone al descubierto el fortalecimiento de la autoridad femenina. Las mujeres denuncian la presión o el miedo. Las mujeres, también, se dirigen en nombre propio a las instituciones religiosas para expresar su voluntad de ingreso o de egreso.

Es interesante ver el contraste –y a la vez la continuidad– entre lo que había sucedido en la Península Ibérica durante las décadas precedentes y lo que sucedió en todo este sentido en el espacio colonial americano. El interés masculino por la perfección de la vida religiosa de las mujeres tiene antecedentes muy remotos en la historia: en América confluyeron, de manera especial, los intereses masculinos y las proyecciones políticas de la monarquía y de los colonos. Los antecedentes del caso americano hay que buscarlos, precisamente, en el contexto hispano y en el proceso que había vivido la Iglesia durante las últimas décadas de la Edad Media en relación con la monarquía: en ello –en los discursos de perfección religiosa que la monarquía española había ensayado en España– se basaron en gran medida los fundamentos para la vida religiosa de las mujeres en las colonias. Ya los Reyes Católicos, en España, recibieron del pontífice la potestad de intervenir directamente en la organización de la vida religiosa. Bajo el derecho que les concedía

3 Teodoro Hampe interpreta esta perseverancia explicando que si bien en la vida religiosa las mujeres pudieron deshacerse del control masculino no pudieron deshacerse del patriarcado eclesástico. (HAMPE, Teodoro. “Imagen y participación de las mujeres en la cultura del Perú virreinal: una aproximación bibliográfica” en: GARCÍA, J.A. GUARDIA, Sara Beatriz, *Historia de las Mujeres en América Latina*. Murcia: Universidad de Murcia, CEMHAL y SENECA, 2002, pags. 137-158).

el Patronato Regio nombraban visitadores y reformadores cuyas propuestas de reforma financiaban además con las arcas de la corona. Las reformas promovidas y financiadas por la monarquía católica se centraron especialmente en la observancia de una severa clausura y en la perfección de la vida común. Las reformas de los Reyes Católicos, sin embargo, no siempre pudieron llevarse a cabo sin conflicto. El hecho de la vida común -por ejemplo- significaba la renuncia, la puesta en común de los bienes propios y muchas familias de mujeres religiosas se opusieron a que éstas acataran reformas de este tipo. También después de las reformas desaparecieron opciones de vida que permitían a algunas mujeres vivir sin regla, aunque recogidas. Se ha interpretado que los Reyes Católicos estaban principalmente preocupados por las diferencias de posición social que dentro de los espacios monásticos se evidenciaban entre las mujeres⁴. Parece importante observar el hecho de la contradicción entre los ideales, los proyectos de la monarquía y los de la sociedad sucedidos en la Península Ibérica décadas antes a que se construyera todo el entramado colonial en ciudades como la de Lima: mientras en el primer caso la sociedad se hallaba fortalecida y quería defender sus propios bienes e intereses, en el mundo colonial durante muchas décadas se hizo uso y abuso de la legitimidad religiosa para obtener, precisamente, beneficios y bienes.

En España la intervención de la monarquía en la vida de la Iglesia promovía una serie de reformas que habían de fomentar el abandono de los privilegios *del siglo*. En los claustros, las hijas y herederas de las grandes y antiguas familias nobles perdían sus títulos, sus bienes, su posibilidad de multiplicar las formas de poder social. Entre la relación que tuvo la monarquía con la antigua nobleza en España y la que mantuvo en las colonias americanas existe una notable diferencia. En España la monarquía debía consolidar una supremacía que evidenciaba el debilitamiento de las antiguas familias nobles. Que los monarcas intervinieran directamente en los espacios monásticos (masculinos y femeninos aunque tengamos más noticia de la cantidad de monasterios femeninos que reformaron) tuvo que ver con la tradicional intervención de la Iglesia en la construcción del orden social. A lo largo de la Edad Media una de las funciones de la Iglesia y de sus discursos había sido la promoción del orden feudal, de relaciones jerárquicas y de dependencia que privilegiaban a unos grupos sobre otros. Los Reyes Católicos

4 POSKA, Allyson y LEHFELDT, Elisabeth. "Las mujeres y la Iglesia en la España de la Edad Moderna", en: DINAN, Susan y MEYERS, Debra. *Mujeres y religión en el Viejo Mundo y el Nuevo Mundo, en la Edad Moderna*. Madrid: Ed. Narcea., 2002. pags. 37-64.

desarrollaron, con sus reformas, una serie de intervenciones en la vida monástica que redundaban otra vez en el bien de la Iglesia jerárquica y esta vez en el de la organización de una sociedad que girara entorno a un poder centralizado: el de la monarquía, en detrimento del de la señoría nobiliaria. La situación, en América, fue bastante distinta. En las colonias los monarcas debieron delegar la responsabilidad de la construcción de un orden que procurara la explotación de las nuevas tierras y su sometimiento a la soberanía hispana. A estos fines, los discursos tradicionales de la Iglesia acerca de un Dios que distinguía se hicieron especialmente útiles y fueron ampliamente utilizados por el grupo social que pretendía el control.

Sin embargo, en América muchas de las reglas de vida que se observaban hacían especial énfasis en los temas tocantes a las rentas de las mujeres, de los monasterios, y poca, curiosamente, a la cuestión de la pobreza o de la observancia de la regla en el hecho de la austeridad. Que los monasterios fueran una suerte de *administraciones* se conecta con el hecho de su importancia social, de su función en la reproducción del orden colonial⁵.

Todas estas ideas nos dibujan el panorama al que llegaban las mujeres que se trasladaban desde España hasta las colonias: un mundo en el que la vida femenina estaba regulada para poder sostener el orden colonial basado en relaciones socio- raciales de jerarquía y basado también en la regulación del comportamiento femenino para que esto posibilitara la ostentación de una supremacía hispana legítima. El viaje femenino estaba pensado, en el ámbito del simbólico masculino, como un desplazamiento destinado a fortalecer este panorama. En el ámbito del simbólico femenino y en el marco de las vivencias de las mujeres y de las relaciones establecidas por estas el viaje pudo haber significado muchas otras cosas. El viaje femenino no se terminaba con la llegada al espacio geográfico colonial, con la llegada a la ciudad de Lima, por ejemplo: el viaje continuaba con la experiencia y el sentido dado a los cambios en la vida propia. Continuaba, a la vez, con la experiencia que resultaba de la convivencia tanto dentro como fuera de los espacios de recogimiento y con la posibilidad, hecha realidad en muchos casos, de haber dado un sentido distinto a las relaciones personales y sociales respecto a aquél que venía dado por el mandato masculino.

5 Ha trabajado ampliamente esta temática la historiadora Kathryn Burns. Una de sus últimas obras: BURNS, Kathryn. *Colonial Habits. Convents and the spiritual economy of Cuzco, Perú*. London: Duke University Press, 1999.

La documentación que conservamos, que relata pasajes de las vidas de estas mujeres nos dice, por ejemplo, que el acceso al espacio religioso y la vida en él se convierten, para muchas mujeres, en la posibilidad de hablar en primera persona y en voz alta.

Partiendo de la idea de que el ordenamiento de la sociedad colonial estuvo sustentado en el control del cuerpo de las mujeres, en la construcción de discursos religiosos, morales y sociales que depositaban en el cuerpo y el comportamiento de las mujeres -españolas primero y criollas después- el honor masculino, hispano y cristiano, el viaje femenino puede ser interpretado, en el análisis de la correspondencia masculina, como un hecho instrumentado. Muchos hombres se afincaban en el territorio de las colonias y reclamaban a las mujeres de su familia (esposas, hijas, hermanas, etc.) aludiendo en las cartas que les enviaban que pretendían una vida mejor para ellas así como dotarlas de la protección que significaba vivir con un varón: el poder adquirido por los colonos primero y por los españoles que siguieron teniendo prestigio y poder social en las décadas del siglo XVII era presentado, en la documentación misiva, como algo de lo que estas mujeres disfrutarían en territorio americano. Más allá del significado estricto de las palabras que encontramos en este tipo de documentación cabe interpretar que la presencia de mujeres españolas en el territorio colonizado significaba la posibilidad de mantener el orden colonial, como he anotado páginas arriba: si el honor masculino estaba depositado en el cuerpo y el comportamiento ordenado de las mujeres, entonces el traslado y la pauta para el transcurso de la vida –pensado, espaciado e institucionalizado por la pretensión masculina- en las colonias era la posibilidad del logro del éxito de la sociedad colonizada y, a la vez, colonizante. Colonizante en tanto que ellas, dentro de las instituciones de recogimiento y fuera, en el marco de las familias en las que vivían, reproducirían esta cadena de relaciones jerárquicas y excluyentes. El hecho de que existiera un lugar determinado para cada mujer y el hecho mismo de que fueran la voluntad y el momento masculinos los que decidieran en la mayor parte de los casos el viaje de las mujeres, así como la organización de su vida una vez llegadas a las colonias, expresa la funcionalidad de ellas en el mundo colonial americano.

Más allá de los proyectos, objetivos y pretensiones de los hombres, las vidas de las mujeres –tal y como sucede como hecho que se repite históricamente con características atemporales, en muy distintos marcos geográficos y culturales- transcurrieron regidas también por la libertad, esto es, el sentido libre que ellas daban a sus vivencias.

Durante los siglos XVI y XVII, en Lima, fueron escritos numerosos textos que narran capítulos importantes de la vida de algunas de las mujeres que viajaron para acompañar a padres, a esposos e incluso a hermanos desde España hasta el virreinato del Perú. La mayor parte de estos relatos tienen función y contenido religioso y contienen numerosas ideas acerca del pecado, del recato y de la necesidad del ordenamiento del amor y del deseo. En el marco de la tradición de lo que ha sido denominada la “biografía espiritual” de los siglos XV al XVII en Europa, y en relación con las funciones que esta tuvo en el contexto eclesiástico del momento tanto del viejo continente como del nuevo, estos textos tuvieron como pretensiones desde la construcción de vidas ejemplares hasta la promoción de vidas a la santidad⁶. En América –pero siempre en relación a las transformaciones y necesidades políticas, religiosas y sociales que se vivían en Europa– estos textos sirvieron en gran medida de apoyo al mantenimiento del entramado social colonial. En este sentido, los elementos que formaron parte fundamental de estos discursos –la idea y el hecho del pecado especialmente– fueron constantemente reconstruidos a beneficio de blancos, de españoles y de sus herederos –sociales, raciales y políticos– con el devenir del tiempo. Es común encontrar en la documentación que hace alusión a mujeres blancas –españolas primero, criollas después– una sistemática omisión a la existencia del pecado en sus vidas en unas ocasiones y en otras una sistemática sustitución del concepto dado que esto podía poner en evidencia que no existiera una raza capaz de sostener la verdad divina y capaz de enseñarla en el marco de relaciones de poder al resto del mundo. Más allá de las alusiones directas a los pecados relacionados con los mandamientos católicos, la documentación alude abundantemente a la preocupación fundamental de los hombres que necesitaron tener a las mujeres recogidas en los lugares en los que se podía guardar el honor masculino: las eventuales manifestaciones de la sexualidad. Se tuvo cuidado explícito de vetar la relación de estas mujeres con el mundo y se tuvo cuidado, también, de vetar las relaciones entre ellas. Se procuraba que no hubiera más relación que la de conformar, unas y otras, el tejido social

6 Han estudiado las características de la biografía y la autobiografía femeninas, para el mundo medieval y americano, planteando la idea de que el texto resulta también un soporte en el que el yo femenino se expresa y se dice a sí mismo y ante el mundo la historiadora Blanca Garí y el historiador James Amelang. Algunos de sus últimos trabajos: CIRLOT, Victoria y GARÍ, Blanca. *La Mirada Interior. Escritoras místicas y visionarias en la Edad Media*. Barcelona: Ed. Martínez Roca. Barcelona, 1999 y AMELANG, James. “Autobiografías femeninas”, en: *Historia de las Mujeres en América Latina. El mundo Moderno*. Madrid, Cátedra, 2005.

colonial y cualquier forma de acercamiento –ánimico o físico- podía ser motivo de controversia respecto a las mujeres. En la documentación biográfica de mujeres de distintas razas que vivieron en el mismo tiempo y en instituciones similares -a veces en las mismas- sólo he encontrado la alusión a experiencias de “amor desordenado” o de “desmedida” en el hecho de querer a otra mujer, por ejemplo, en mujeres negras o en mujeres criollas muy jóvenes. Mujeres, unas y otras, más cercanas a la necesaria sujeción y más lógicamente expuestas, en la dinámica del orden colonial, a la relación de reconocimiento de poder en los discursos y en las instituciones que sostenían la colonia.

En las colonias americanas, la población indígena, durante mucho tiempo, no estuvo sometida al control ni a las funciones que desempeñaba -para mantener el orden moral- el tribunal de la Inquisición. Sólo la hechicería ameritaba que un hombre indio o una mujer india pudieran pasar a disposición de la Inquisición. Por eso un gran porcentaje de la población india era acusada de hechicería y por ello quedaba legitimado el castigo inquisitorial.

En la comparación entre biografías religiosas de mujeres españolas, criollas, indias o negras se puede observar, siguiendo esta escala, una alusión cada vez mayor a la sensualidad y a la corporeidad en las experiencias de vida, en las experiencias de relación con lo divino, coincidiendo esto con el hecho de que en los textos de mujeres españolas, por ejemplo, se usen términos como “santa” que no aparecen en los textos de mujeres indias o de mujeres negras. Es decir que quedaba establecida una relación de continuidad entre el hecho de la ausencia del cuerpo, del amor y de la sexualidad y la posibilidad de la santidad y que esta continuidad se daba, casi exclusivamente, en mujeres españolas.⁷ Figuras

7 En el siglo XVII, especialmente en el Virreinato del Perú y de Nueva España, existía ya una extensa producción de textos biográficos que querían dar cuenta de la vida perfecta de mujeres y de hombres criollos. Esta generalizada producción se corresponde con la necesidad de demostrar de qué manera la sociedad criolla podía mantener el orden colonial ejerciendo poder sobre la población indígena y negra y reemplazando al poder de los cada vez menos presentes colonos españoles. En tanto que el ejercicio del control hispano había sido legitimado en el nombre de Dios y a partir de la idea de que los españoles encarnaban la perfección cristiana, fue necesario construir rápidamente iconos criollos que demostraran la posibilidad de la continuación en la tutela de la sociedad. Se ha apuntado la idea de que a pesar de la gran producción de biografías muchas de estas vidas fueron desechadas como vidas perfectas precisamente por cómo estos textos daban a conocer experiencias demasiado sensuales y corporales: RUBIAL, Antonio García. *La Santidad Controvertida. Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados de Nueva España*. México DF, UNAM y FCE, 1999.

como las de la emanación de líquidos en los cuerpos en el contexto de arrebatos místicos aparecen con asiduidad en textos cuyas protagonistas son mujeres indias o negras, muy raramente en textos de mujeres criollas y están ausentes en la escritura que narra la vida de mujeres españolas. Experiencia, la del fluir espiritual y corporalmente, emocional y físicamente, estrechamente vinculada a la existencia femenina cuando los hilos de las dimensiones del amor, del cuerpo y de la sexualidad la tejen.

Los fondos documentales más ricos para conocer cómo fueron las vidas de las mujeres llegadas a las colonias, cómo vivieron el traslado y qué significados dieron a sus vidas recogidas son los de las órdenes religiosas. En ellos encontramos desde escritos que hablan de mujeres seglares hasta textos referidos a mujeres religiosas. En el conjunto de estos textos encontramos formatos muy similares: se suele narrar la vida de mujeres desde su llegada a las colonias americanas y se resalta, en ellos, las virtudes con las que han vivido bajo los mandatos cristianos. Desde un análisis que pone en el centro el modo en que se construyó el sistema de relaciones sociales y personales, los textos apenas nos dirían cuestiones relativas al modo en que se expresaba la voluntad de las mujeres y al modo en que la vida de estas se desarrollaba desde la experiencia de su libertad. Un análisis que pone en el centro que estos hechos existieron —el de la voluntad y la libertad de las mujeres— nos permite descubrir mucho más de cómo vivieron ellas sus experiencias de viaje y nos permite interpretar, en muchas de las noticias que hablan de cómo se desarrollaba la vida una vez establecidas en las colonias, qué había significado para ellas haber abandonado un lugar para vivir en otro.

La posibilidad de interpretar la vivencia del exilio.

El título de este artículo sugiere la existencia de dos formas de viaje protagonizado por las mujeres: el viaje físico —el traslado desde España hasta las colonias— y el viaje significado en el hecho de decirse a sí mismas las mujeres en la escritura. Más allá de que la mayor parte de las veces fueran varones —eclesiásticos especialmente— quienes redactaran estos textos, lo cierto es que las mujeres vivieron la experiencia de decirse a sí mismas en la escritura. En algunos casos, incluso, los textos atestiguan que eran ellas quienes dictaban el relato que se estaba escribiendo. Se tiende a pensar siempre que aunque es la vida de una mujer la que queda escrita, la autoría de estos textos corresponde a hombres. Más allá de que a medida que descubrimos documentación y la analizamos podamos decir

que había más conocimiento femenino de la escritura del que históricamente se ha presumido, lo cierto es que a las mujeres les interesó menos registrar su autoría en los textos que escribieron⁸. Les interesó menos porque el sentido de su escritura era el de decirse a sí mismas y el de decir a otras mujeres generalmente. Cuando el texto femenino, en cambio, es incorporado al formato masculino de la escritura y desaparece la inmediatez de la oralidad, quedando ésta reemplazada por la repetición de la palabra escrita que no parte de la experiencia individual, se multiplican los autores porque el sentido de la autoría tiene que ver con la posibilidad del ejercicio del poder ante el mundo. De este proceso de multiplicación de autorías tenemos registro si alcanzamos a encontrar –y comparar– las primeras y últimas versiones de algunas biografías de mujeres, por ejemplo, que vivieron durante el siglo XVII en la ciudad de Lima. Es el caso de Úrsula de Jesús, una mujer negra que vivió en el monasterio de Santa Clara de Lima y referente a la cual se han encontrado ya tres versiones distintas de biografía. Acerca de la correlación entre los tres textos he hecho ya análisis en otras publicaciones⁹ pero la idea fundamental es que existe un texto original, seguramente dictado por Ursula, que carece de autoría, y en el que aparecen las visiones espirituales de esta religiosa y otros dos textos –uno escrito por una religiosa del monasterio y otra por el cronista franciscano de la época– que van tomando formato biográfico “oficial” en tanto que eluden ciertas visiones –las más comprometedoras–, cambian el sentido de otras y convierten a Úrsula en una mujer-patrón, es decir, en una mujer cuya experiencia religiosa, discurso y comportamiento coinciden con el de otras muchas mujeres que interesaron a la Iglesia para construir modelos de perfección moralizante para el resto de la sociedad.

Vayamos, sin embargo, antes de leer fragmentos de textos que nos hablan ya de la vida que sucedió en las colonias después del viaje, a los textos rubricados por hombres que, en primera persona, explicitan la voluntad, el por qué y el cómo del viaje de las mujeres:

8 Sobre este sentido para interpretar el hecho de que muchos textos de mujeres no fueran rubricados: Keller, Hildegard Elisabeth, “Una estética de lo líquido y su circulación en la Edad Media y en el siglo XX”, en: CIRLOT, Victoria y VEGA, *Ob. cit.*

9 MARTINEZ i ÁLVAREZ, Patricia. *La libertad femenina de dar lugar a dios. Discursos religiosos del poder y formas de libertad religiosa desde la baja edad media hasta el Perú colonial*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos- Movimiento Manuela Ramos, 2004.

Amadas hijas:

(...) después que he sabido el fallecimiento de vuestra madre, tengo quitada la voluntad de volver a España en toda mi vida. Y así me he determinado de que, en todo caso, os vengáis a estas tierras, donde resto. Donde con ayuda y favor de Dios espero en El que os está guardada vuestra ventura, porque hay por acá muy gran falta de mujeres de vuestra calidad. Y así os ruego y os mando como padre que luego, vista esta mi carta, os dispongáis para vuestro viaje, que para lo poco que hubiéredes menester envío dinero con el señor Juan Cortés, mi primo (Hernando del Río a sus hijas doña Catalina y doña Isabel Sarmiento, en Sevilla, 1563. Otte, 1992: 379)¹⁰.

En este fragmento el padre se ha dirigido a las hijas proponiéndoles un viaje a un lugar desconocido. Fallecida su madre en España les habla de calidad y les recuerda sutilmente que sus palabras son órdenes: el texto está envuelto de preocupación y de promesas de ventura pero da por supuesto que la voluntad de las mujeres no existe y que, en todo caso, no mediará en el desenlace final de los hechos. El padre obliga, ciertamente, a estas mujeres, a ser de gran calidad y las obliga a dejar el lugar en el que han vivido con su madre y con el que, seguramente, tienen vínculos profundos.

(...) Hermana mía, lo que habéis de hacer, vista ésta, de determinaros veniros a estas partes conmigo en la primera flota que partiere de esa ciudad para estas partes, donde, siendo Dios servido de traerlos en salvamento, seréis bien recibida y regalada. Y para este fecho hallaréis en la ciudad de Nombre de Dios a Miguel de Urrutia, mi hijo el mayor sobrino vuestro, para que os traiga consigo a esta ciudad y os regale en todo el camino como a tía y a hermana. Porque así él como los demás sus hermanos y sobrinos vuestros y su madre os desean conocer y veros para servirlos y regalaros. Y es de manera que, viniendo alguien a esta tierra de la patria que tratamos de vos y de vuestra bondad y nobleza, más se les acrecienta el deseo de veros y me ruegan que envíe por vos. Y así, tenía determinado de enviar a uno de mis hijos a Bilbao por vos, mas pues estáis en Sevilla, os ruego que os pongáis por la obra la venida. Que con esto tengo escrito muy largo a Hernando de Urrutia, vuestro primo, donde estáis en su compañía, os avie y os dé todo lo que menester hubiéredes, que dineros tiene míos hartos, con que lo podrá hacer. Y os compre tres pares de vestidos, y dos mantos de seda, de manera que vengáis muy honradamente. Y traed

10 OTTE, Enrique. *Cartas privadas de emigrantes a Indias. 1540- 1616*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 1992.

con vos una criada que os sirva por el camino, y venga en vuestra compañía, porque así conviene, y en la nao donde viniéredes procurad que sea donde venga gente honrada, y tal que ganéis mucha honra hasta llegar en salvamento a Nombre de Dios, donde desde allí para acá queda a mi cargo lo demás. Y confía en Dios que, si perdistes buen marido, que yo os busque otro con quien viváis muy descansada y honrada, que yo me ofrezco a hacerlo (Juan Martínez de Huaguaqueca a su hermana en Sevilla. Lima, 1590. Otte, 1992: 441-442)

Juan Martínez, en esta carta, hace alusión muy explícita al cuidado del honor, de la honra: el vestir le otorgará honra a la mujer a la que le está pidiendo que viaje, su hermana, y las relaciones que (no) establezca en el viaje también permitirán la salvaguarda de la misma pero, además, informa la carta, la honra se construye en el imaginario de quien está aquí esperándola sólo por el hecho de que llega de tierras españolas. Cuanta responsabilidad depositada en esta hermana!. Sólo a modo de anotación poner énfasis en el modo en que queda aclarado que la decisión de un próximo matrimonio queda a cargo del hermano que manda venir a la hermana.

Señora madre, yo estoy bueno. Tengo mi asiento en Lima y en Arequipa, bajo a Panamá a emplear, y así en una partida de negros que compré el año pasado en que me fue muy bien, que ahorré en ellos doce negros que tuve necesidad para mis heredades. Así que, gloria a Dios, me va muy bien, y querría que v.m. se dispusiese, pues no es tan vieja, a venirse en la primera flota, y traer a mi hermana Isabel de la Peña, a la cual espero en Dios pondré luego en estado, que yo le daré un pedazo de mi hacienda, que ya tengo persona muy a mi gusto con quien casarla. Y así no haga v.m. otra cosa, pues ve lo que importa el remedio de mi hermana. Y tráigame v.m. ese niño, y que en Cartagena pregunte v.m. por Luis de Esplugas, que él pagará en mi nombre todo lo que v.m. debiere (Melchor de la Peña a su madre, Lima 1590Otte, 1992: 439)

En muchos de estos casos el hecho de desconocer la voluntad de las mujeres –porque lo que más conservamos son las cartas escritas por ellos, entre otras cosas– puede llegarnos a sugerir la idea de la vivencia de un exilio. Se ha escrito sobre la existencia de distintas formas, periodos y procesos de exilio: si partimos de la vivencia de los siglos XX y XXI encontramos que las ideas propuestas para interpretarlos centran la mirada en las actitudes de acogida y rechazo de las sociedades receptoras. El caso del viaje femenino de los siglos XVI y XVII se aleja de estos procesos, dado el status con el que estas mujeres se encontraban

en la embarcación que las trasladaría, y, sin embargo, si leemos el viaje de las mujeres desde el sentido dado a éste por los hombres que lo propiciaban podemos acercarnos a algunas de las propuestas con las que se ha definido el exilio: “se desembarca como se nace: sin casi nada”¹¹. Si leemos el viaje desde el discurso masculino y atendemos a toda la infraestructura que esperaba a las mujeres en las colonias, la voluntad de las mujeres desaparece. Desaparece el sentido que estas pudieran darle a la experiencia. Desaparece el deseo o rechazo que tuvieran a la posibilidad del traslado. Podríamos decir, entonces, que efectivamente las mujeres que viajaron desembarcaban como nacían al mundo masculino que las esperaba antes del nacimiento y antes de la llegada a esta nueva vida, en el Nuevo Mundo.

¿Qué conocemos acerca de la voluntad de las mujeres, en la lectura de estas cartas escritas por quienes las invitan a viajar organizándoles el viaje?; ¿qué conocemos acerca de la vivencia que significaba el abandono de uno de los núcleos familiares y de otras muchas relaciones para estas mujeres?. Más allá de que pudiéramos encontrar documentación, para cada caso, que nos permitiera contrastar lo que las mujeres opinaron sobre las invitaciones y obligaciones de trasladarse, hay que poner énfasis aquí en el hecho de que las fuentes históricas son siempre sexuadas: la lectura de una fuente escrita desde el simbólico masculino nos narra una parte de la historia, sólo una.

Puede que para muchas de las mujeres a las que se les organizó el viaje a América este fuera en primera instancia la vivencia de un exilio: el hecho de haber establecido un nexo matrimonial viviendo en la península ibérica o la existencia de otros vínculos familiares determinaban la posibilidad de que el varón del que social y moralmente dependían, de acuerdo a las normas de relación y posicionamiento social establecidas, definiera el lugar geográfico en el que tendrían que transcurrir sus vidas en adelante. Las mujeres eran trasladadas –y vaciadas por lo tanto– porque eran concebidas como sujetos de protección y a la vez porque eran necesitadas, desde su propia negación, para el sostenimiento del orden colonial¹².

11 PERI ROSSI, Cristina. *El pulso del mundo. Artículos periodísticos: 1978-2002*. México: UACM, 2002, p. 66.

12 Ha escrito sobre la idea de la “minoría” de edad de las mujeres en el mundo colonial: PEREZ CANTO, Pilar. “Las españolas en la vida colonial”, en: MORANT, Isabel (dir), *Historia de las mujeres en España y América Latina. Vol. II El mundo moderno*. Madrid: Cátedra, 2005, págs. 525 y 527.

Esta idea de la realidad femenina, si bien se distancia del hecho de la persecución y de la muerte –peligros que determinan más claramente la idea contemporánea del exilio–, nos acerca a la experiencia del exilio: las voluntades externas determinaban el viaje y el viaje implicaba, a la vez, un desprendimiento respecto a la vida propia así como el asentimiento de la idea de que el “yo” femenino debía ser abandonado ante el mandato masculino del traslado aunque éste fuera expuesto, como en las cartas anteriores, amablemente respecto a las mujeres de la familia¹³.

El traslado geográfico, en la historia de las mujeres, ha significado mucho más que en la historia de los hombres la reinterpretación de la vida propia por la relación histórica que establecemos con aquello que creamos y con aquello que nos rodea. A diferencia del sentido que históricamente el traslado masculino ha tenido en la historia de los hombres, en el que éste “viaja con lo puesto”, “ligero de equipaje” y sin tanta necesidad de recuerdos, el viaje femenino significa mucho más la experiencia, y el hecho de un traslado que también tiene lugar en el cuerpo por el sentido que tiene en él el mundo que se deja físicamente atrás. Como he anotado más arriba el viaje de las mujeres no termina aquí: puede interpretarse que sigue en el modo en que confluirán, en su vida, ese mundo dejado atrás, el mundo con el que se encontrarán y el modo en que ellas lo resignificarán. Muchas mujeres abandonaron la península para vivir recogidas, en casas familiares o en instituciones para mujeres, en las colonias. Esto se desprende de los textos que han dado testimonio de la voluntad masculina que conducía el traslado pero es evidente que muchas de ellas hicieron un viaje posterior, el de tener recogido el poder colonial en sus cuerpos.

13 Parece ser, además, que por encima de que lo que se pretendiese fuera que las mujeres ganaran en prestigio y en seguridad, lo que resultaba era la posibilidad de perderlo si ya en las colonias algún hecho ocasionaba la ruptura del vínculo conyugal: eran despojadas, entonces, de más dimensiones que les eran propias en el lugar de origen. Según Maria Emma Mannarelli: “Ciertamente, las mujeres de la nobleza nativa pasaron de un sistema patriarcal a otro, pero en el caso hispano el prestigio de estas, según las investigaciones realizadas hasta ahora, se vio recortado (según Rostworowski). En la lista de Pasajeros a Indias la relación era de una mujer por cada diez hombres. Esta diferencia marcada se atenuaría en la medida en que la mortalidad afectaba, según Lockhart, con mayor influencia a la población masculina pero la importancia de los vínculos familiares era muy grande para integrarse de una forma digna a la comunidad hispana. Fue difícil para muchas mantener el estatus ante la pérdida del vínculo matrimonial, por ejemplo. MANARELLI, Maria Emma. “Espacios femeninos en la sociedad colonial”, en: MEZA, Carmen y HAMPE, Teodoro, *La mujer en la historia del Perú, siglos XV al XX*. Lima: Fondo editorial del Congreso del Perú, 2007, pags. 191-215.

Más allá de este propósito masculino en el viaje resultó que muchas de ellas fueron y estuvieron de otra manera: resignificando el sentido de las relaciones entre distintos y distintas en el mundo colonial, haciendo nacer entonces un nuevo mundo en ellas y dando sentido propio a muchas de sus experiencias vitales, algunas de las cuales conservamos en los textos que de ellas nos dan noticia.

Antonia Ortega de Carbajal: el viaje voluntario, el exilio del amor.

De Antonia Ortega de Carbajal sabemos que viajó por voluntad propia. Para servir a un obispo. Lo que de ella se dice en el texto que al parecer el mismo obispo escribió son, sobre todo, sus humildades y sus renunciaciones. Se narra la perfección con la que respondía a las necesidades del obispo. Del relato se desprende, sin embargo, una desmedida proximidad emocional entre el obispo y la mujer. ¿Y si esta hubiera sido una historia de amor correspondido?, ¿y si Antonia Ortega viajó hasta la ciudad de los Reyes por miedo a tener que exiliarse de sus propios sentimientos?, ¿y si cuando llegó a tierras americanas, aunque lo hubiera hecho por voluntad propia, pasó el resto de sus días renunciada y renunciando a la dimensión emocional que, parece ser, unía a estos dos personajes?

Antonia Ortega de Carbajal fue terciaria franciscana, como lo había sido su madre también. Nacida en Andalucía, fue allí donde tomó el hábito terciario. La breve “Memoria de sus prodigios” que se conserva en el legajo cuarenta y cuatro del registro diecisiete del Archivo de San Francisco de Lima consta de dos partes. Una primera de cinco folios, en la que un clérigo narra su vida y una segunda de tres folios -cuya autoría no está clara- prácticamente ilegible. Al respecto vale la pena anotar aquí que en la primera parte del documento se narra que Antonia aprendió a escribir por un milagro instantáneamente. Antonia vivió en Madrid y murió en las Indias del Perú en el año 1685. Su viaje se debió a la petición que el arzobispo Melchor de Liñán – a quien había conocido en Madrid- le había hecho para que lo sirviera a él y a su madre en Lima. Según narra su hagiobiógrafo,

En confusso me dijo tambien su *Excelencia* que Theologia, ni que ciencias estudiamos? ni que sabemos por ultimo? para la sabiduria y cumulo de noticias altissimas que avia alcansado esta buena Sra y que Dios le avia comunicado¹⁴

A primera vista, la historia de una mujer que viajaba a Indias para servir a un miembro del poder eclesiástico resulta un tanto incómoda. El lenguaje con el

14 Archivo ASFL, Registro 17, 44. fol. 4

que el escribano nombra a Antonia, sin embargo, conjuga las dos dimensiones desde las que ella se dio sentido a sí misma públicamente. Antonia, desde su terciaridad y desde su feminidad, supo más de lo que arzobispos y clérigos supieron. La vida de Antonia fue parte de un proceso de beatificación promovido por el Arzobispo de Lima mismo, quien la presentó como a su sobrina -hecho que desmiente el escribano en la memoria que redacta para la causa-. Cinco folios, también, comprenden el texto escrito con la vida de Antonia Ortega de Carbajal en el Registro 17, 44 del Archivo de San Francisco de Lima. Antonia no llegó casada al Perú acompañando a su marido colono, sino que lo hizo por petición de uno de los arzobispos que tuvo el virreinato: tampoco vino a fundar ninguna institución religiosa, sino que hacía tiempo, ya, que era terciaria franciscana. De ella cuenta el texto que era casada, que conoció al arzobispo Melchor de Cisneros en España y que, habiendo trabajado unos años a su servicio, no se sabe muy bien de qué manera ni en qué circunstancias, cuando el arzobispo fue destinado al Perú, Antonia decidió seguirle para servirle también aquí. El texto dice poco, en realidad, de la vida familiar y privada de Antonia, lo que sí se nos anuncia desde el principio es que Antonia no fue sólo la sirvienta de Melchor de Cisneros:

Desde que murió la *Señora Doña* Antonia de Ortega y Carabajal que asistía al *Señor* Arçobispo D Melchor de Cisneros y se la llevó Dios el miercoles 10 de Henero de 1685 a las 10 del dia no avia visto a su *excelencia* hasta 29 del dicho mes y haciendo memoria de la Difunta se enternecio de suerte que empezo a llorar sin poder reprimir las lagrimas y me dijo no se espante Usted que lo sienta de esta suerte porque e perdido mucho con su muerte¹⁵

Melchor de Cisneros, maravillado de Antonia, lloraba amargamente su pérdida. Y temía a la vez que Fray Diego Felipe de Cuellar -quien habla en primera persona en este texto relatando sus conversaciones con el arzobispo y quien parece haber sido el autor original del mismo- malinterpretara su amargura. Entre el miedo y la necesidad de permanecer en su lugar, en el lugar que los cánones dictaban para un ministro de la talla de Melchor, el arzobispo confesaba en realidad haber perdido mucho con la muerte de Antonia. ¿Qué hizo que, según narra el texto, Melchor suplicara a Antonia que fuera ella quien sirviera en la casa de su hermana –estando todavía en España- y qué provocó, después, que Antonia partiera hacia el Perú siguiendo al ministro de Dios para servirle también aquí?.

15 Archivo ASFL. Reg. 17, 44. fol. 1

¿Qué hizo que el arzobispo, conmovido terriblemente por la muerte de Antonia, alborotara su fama, hiciera escribir esta biografía, y pidiera que retrataran el cuerpo muerto de la mujer? ¿qué había llevado a Melchor de Cisneros a hacer creer, en Lima, que Antonia era su sobrina?. ¿Qué había en Antonia que tan profundo amor había despertado en el arzobispo.

Más allá de que el texto conservado exprese mucho más la voluntad, el deseo y la vivencia del arzobispo que la de Antonia he querido plantear, a partir de la experiencia de un viaje de motivos poco comunes a Indias, o menos abundante, la vivencia, a la vez, de un posible viaje interior de Antonia: el de la renuncia al amor sentido.

Jerónima de San Francisco: el viaje del cuerpo propio al texto escrito y la expresión libre del amor propio

Jerónima de San Francisco había nacido en Sevilla en 1573 y viajó al Perú acompañando a su marido, uno de tantos colonos de la época. Ya en tierras limeñas vivió prácticamente el abandono de su esposo y se dedicó durante algún tiempo a criar a sus hijos viviendo en casas con otras mujeres. El abandono, sin embargo, no significó la pérdida de nada en el caso de Jerónima, que deseaba vivir en soledad y en unión con Dios. De Jerónima conservamos dos textos en el Archivo de San Francisco de Lima que cuentan la historia de otro viaje: el de decirse a sí misma narrando la historia de sus deseos, el del viaje trasladándose desde el cuerpo hasta el texto escrito¹⁶.

16 Sobre cómo los textos coloniales nos hablan de experiencias femeninas de significación propia en la construcción del discurso y el desarrollo de la escritura ha estudiado Rocío Quispe-Agnoli, en el texto “¿Cómo hablar hoy de una identidad femenina colonial?: entre la representación de la realidad y el simulacro discursivo” (pags. 121-133) la disparidad que puede llegar a existir entre el texto discursivo que explica a las mujeres y el que es narrado por las mujeres; también Margarita Saona en “La autobiografía intelectual como antinomia en la escritura de mujeres” explica la particularidad de la autobiografía como espacio discursivo que permite hacer público lo privado y, por lo tanto, repensar cómo funcionaron los mandatos de lo público y lo privado en el mundo colonial. En este sentido AZÚA RÍOS, Ximena en “Abrir los cofres. La escritura como conocimiento de sí misma” (19-29) explica que las mujeres escribieron lo que los confesores les mandaban pero también otros textos que resultaban describir la experiencia y las vivencias propias. En: GUARDIA, Sara Beatriz (ed y comp.) *Mujeres que escriben en América Latina*. Lima: CEHMAL, 2007. Además de los sentidos de significación propia que estos estudios otorgan al texto escrito femenino en el mundo colonial americano se ha planteado que, a medida que entramos en el tránsito hacia los periodos republicanos y

Conocemos su historia porque ella misma la escribió siendo ya religiosa¹⁷. Más que vivir con otras mujeres ella deseaba apartarse del mundo y vivir sólo la unión con Dios desde la pobreza, además. Jerónima hizo una especie de voto particular de pobreza al decidir vestir con la misma saya por la calle que por la casa y quiso encerrarse a vivir en una celda. Se encerró, sí, pero ni su marido ni otras personas del entorno criollo al que ella pertenecía le permitieron permanecer en su celda. Finalmente se hizo religiosa del Monasterio de Descalzas de San José de Lima, donde terminó teniendo altos cargos. Su biografía da cuenta detallada de lo que significaba ser mujer española viviendo en la colonia peruana. En muchos momentos del texto Jerónima expresa, sin decirlo directamente, que la falta de libertad para llevar a cabo sus deseos es parte de ser quien es: de tener que sostener un modelo de perfección por ser la esposa de un colono, por ser madre de hijos de un hombre español. Algo sucedió, en el monasterio, con una mujer a la que Jerónima había conocido antes de ser religiosa. En su forma de narrar parte de lo que tuvo que recordar de aquella mujer, Jerónima eludió hacer comentario alguno acerca de lo que ella sintió cuando la vio por primera vez y usó palabras que ya otras mujeres religiosas habían usado para responder o para hablar de mujeres que tan directamente expresaban el deseo de estar cerca de otra para siempre:

“Quando vine a esta santa Religion fuime a despedir de una señora que tenia hijos e hijas entre los quales tenia una para darle estado de casada, lle-
gue a abrazar a esta doncella, y a despedirme como de las demas, y dixome
señora digame palabra con secreto que no quiero que lo entienda nadie, di-
xome: yo no quiero estado de casada ni tampoco ir a la encarnación donde

durante el siglo XIX, en América, “las escritoras forjan un camino que va desde la oralidad y la escritura privada al texto destinado a la publicación” ARAMBEL-GUÍÑAZU, M.C.; EMILE MARTIN, CLAIRE. *Las mujeres toman la palabra. Escritura femenina del siglo XIX*. Tomo 1. Escritura femenina del s. XIX. En Hispanoamérica Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2001. (p. 9)

17 El texto que recoge la vida de Jerónima de San Francisco se empezó a escribir en el año 1635 y se conserva actualmente en el Archivo de San Francisco de Lima, en el Registro 17, 38. Escrito en primera persona contiene la aclaración de que fue Jerónima misma quien lo redactó y de que fueron luego varios los clérigos que le dieron legitimidad al texto ante las autoridades eclesiásticas. Un primer análisis de la biografía escrita en primera persona de Jerónima de San Francisco y una primera selección de fragmentos de sus textos aparecen publicados en Martínez 2004. Con posterioridad ha sido publicado en México un estudio de su texto que destaca especialmente las vinculaciones que la religiosa tuvo con las autoridades eclesiásticas de la época y describe las distintas etapas de la vida de la misma (Van Deusen, 2006: 40-72).

mis padres quieren, yo quiero ir donde vos bais, dixe que mi parecer era bien y que dios le pagaria tan buena voluntad era dejar el Mundo (...)”¹⁸

Jerónima recoge las palabras de una mujer que quiere estar donde ella esté y, para responderle, saca el amor del lugar en el que nace y lo pone en un lugar en el que no crecerá: el del parecer y el de la compensación. Jerónima piensa las palabras de aquella mujer, sólo las piensa y las lleva ante Dios sacándolas de su vida tal vez por miedo a hacerlas suyas, a relacionarse con ellas y a vivirlas como parte de su propia historia de vinculación al mundo y de transformación de este¹⁹. Cuando interrogaron a Jerónima, en el monasterio, acerca de su relación con esta mujer, ella respondió:

“Señora: yo no tengo amiga porque por la misericordia de dios, desde alla fuera conoci, que esta dichosa tenia su corazón y yo el mio muy agradecido y e huido de ella como de la peste por guardar un espíritu libre con el qual me hallo bien con Dios, y assi por amiga ninguna ni tan poco enemiga, y bien se acordará vmd que esta religiosa me escrivio que por mi negaria la voluntad de padre y madre con solo una letra que viera mia de que viniesse, antes que respondiesse a ese papel vine a vmd, y se lo puse en las manos, y le dixe Señora que manda vmd? Responde a lustras mercedes me mandaron que respondiera, que viniera que era hija de gente honrrada, y rica, y que no le podía venir daño al convento sino provecho”²⁰.

Jerónima se hace rígida ante la posibilidad de una relación que además nombra vacía de su significado y habla con dureza: habla de no tener amiga, no de no tener amor. Cuando habla de libertad para tener sólo a Dios en su corazón -en su espíritu- Jerónima se parece a cualquiera de los clérigos que se han hecho eco a lo largo de la historia de la idea neotestamentaria del amor a nadie y a todos en general. Del amor que huye del cuerpo concreto, que huye de la relación entre

18 Archivo de San Francisco de Lima (en adelante ASFL), Registro 17, 38, Fols. 57-58

19 El uso de otras palabras por parte de las mujeres para decir el amor dice también de cómo lo hemos metaforizado, por incontenible, y también de cómo lo hemos disimulado ante la conciencia que hemos tenido de su capacidad de transformación del mundo. A partir de las afirmaciones que Colette hace de la imposibilidad de decir el amor con el lenguaje del amor mismo Julia Kristeva habla del uso del fingimiento y del uso del disimulo como experiencia de lo imaginario en la relación entre las mujeres y el mundo y afirma que especialmente en el texto escrito esta experiencia registra nuestro conocimiento del hecho de estar transformando cuando amamos: Kristeva 2003.

20 ASFL, Registro 17, 38, Fol. 58

dos. Los detalles con los que describe las palabras y las actitudes de “esta religiosa” que quería vivir junto a ella, donde ella estuviera, ponen en evidencia que Jerónima sabía lo que esta vivía. En realidad, Jerónima, en otros momentos de su vida, había experimentado vivencias parecidas. Si relacionamos el modo en que Jerónima cuenta unas y otras con los tiempos a los que hace alusión de su vida (el tiempo en el que ya era religiosa del monasterio en estas dos citas anteriores y el tiempo en el que antes había vivido su religiosidad desde un estilo de vida más conectado a su propio deseo en la cita que sigue) encontramos grandes diferencias en el lenguaje. Pareciera que en el monasterio Jerónima hubiera aprendido qué tenía que decir del amor y que antes de ingresar al mismo hubiera vivido el amor de otra manera. Pareciera que para narrar esta otra manera de amor fuera su voz hablando la que escribe en el texto:

concerté con la señora que aquella puerta no se avia de abrir después de haverme cerrado, en ninguna manera, y que guardasse la llave, y como me quería tanto aquella señora, dixo que no me quería obedecer, mas de todo el día, mas que a la noche en dando las ocho, que cerraba su puerta, hasta las doce de la noche havia de estar conmigo y assi lo hacia (...) hasta las ocho de la noche que venía aquella señora que decia alabado sea el santissimo sacramento alegrabasse mucho de verme, haciame comer alguna cosilla porque era mucho lo que me quería: no sabre explicar el placer que allí tenia. Pero lewantose en la ciudad tanto ruido con mi huida que fue mucho el movimiento y commocion: por los cerros y montes me andaban buscando como a Negra cimarrona, porque dejaba amigos muy honrados que eran los Marqueses de Montes Claros Virrey y Virreina y el señor Arzobispo Don Bartolomé Lobo Guerrero que me quería muchísimo, el qual hacia grandes diligencias : e hizo una muy fuerte supo quien era la mas amiga mia²¹

Aunque Jerónima hable de su “más amiga” y de cómo ésta la quiere, también habla de placer. Su “más amiga” la hacía comer porque era mucho lo que la quería y esto, dice Jerónima, no sabe explicar el placer que le ocasionaba (a ella o a su amiga). Entre el abandono del marido y este cuidado recibido de su más amiga, sin duda, existe un tránsito que Jerónima ha podido decir a través del texto escrito. Sin que el amor sea nombrado es evidente que la rigidez de las citas anteriores está ausente aquí. Que también lo están las contraposiciones y las negacio-

21 ASFL, Registro 17, 38. fol. 22

nes. Con esta mujer que siente placer o que le hace sentir placer, que es su “más amiga”, Jerónima vive el cuidado como una forma de relación libre entre las dos.

En el viaje al texto escrito Jerónima de San Francisco encontró, sin duda, la posibilidad de decirse y de decir las vivencias de las formas de amor propio, tan lejos de las formas que tenía que usar siendo la esposa, la madre y la religiosa que el mundo colonial esperaba que fuera.

Bibliografía

AMELANG, James. “Autobiografías femeninas”. *Historia de las Mujeres en América Latina. El mundo Moderno*, Cátedra, Madrid, 2005.

ARAMBEL-GUÍÑAZU, M.C; EMILE MARTIN, CLAIRE. *Las mujeres toman la palabra. Escritura femenina del siglo XIX*. Tomo 1. Escritura femenina del s. XIX. En Hispanoamérica Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2001.

DINAN, Susan y MEYERS, Debra. *Mujeres y religión en el Viejo Mundo y el Nuevo Mundo, en la Edad Moderna*. Madrid: Ed. Narcea., 2002.

GUARDIA, Sara Beatriz. “Un acercamiento a la historia de las mujeres” en GARCÍA, J. A, GUARDIA, S. B, *Historia de las mujeres en América Latina*, CEMHAL, Universidad de Murcia, Murcia, 2002.

GUARDIA, Sara Beatriz. *Mujeres Peruanas. El otro lado de la historia*. Lima: Editorial Minerva, 2002. 4ta Edición.

KELLER, Hildegard Elisabeth. “Una estética de lo líquido y su circulación en la Edad Media y en el siglo XX” en CIRLOT, Victoria y VEGA, *Ob. cit.*, 2006.

MARTÍNEZ I ÁLVAREZ, Patricia-Victòria. *La libertad femenina de dar lugar a Dios. Discursos religiosos del poder y formas de libertad religiosa desde la Baja Edad Media hasta el Perú colonial*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos- Movimiento Manuela Ramos, 2003.

MARTÍNEZ I ÁLVAREZ, Patricia-Victòria. “La oralidad femenina en el texto escrito colonial: Úrsula de Jesús.” *Revista Andina*, Centro Bartolomé de las Casas, n. 38, Cusco, 2004.

MEZA, Carmen y HAMPE, Teodoro. *La mujer en la historia del Perú, siglos XV al XX*. Lima: Fondo editorial del Congreso del Perú, 2007.

MILLAR, René. *Inquisición y Sociedad en el Virreinato Peruano*, Santiago de Chile: Instituto Riva Agüero. PUCP. Instituto de Historia ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago, 1997.

OSORIO, Alejandra. “Hechicerías y curanderías en la Lima del siglo XVII. Formas femeninas de control y acción social”. ZEGARRA, Margarita, ed. *Mujeres y género en la historia del Perú*, Lima:Cendoc Mujer, Lima, 1999.

RUBIAL, Antonio García. *La Santidad Controvertida. Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados de Nueva España*, UNAM y FCE, México DF, 1999.

Van Deusen, Nancy. “Las mercedes recibidas de Dios: la autobiografía de Jerónima de San Francisco (1573-1643), Mística limeña. Lavrin, Asunción y Loreto, Rosalva, editoras, *Diálogos espirituales. Manuscritos femeninos Hispanoamericanos, siglos XVI-XIX*. Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y Universidad de las Américas, Puebla, 2006.

VARELA RODRÍGUEZ, M^a Elisa. “La oralidad, la cultura escrita y el aprendizaje”. Varias Autoras. *Las relaciones en la Historia de la Europa Medieval*, Ed. Tírant lo Blanch, València, 2006.

DOCUMENTACIÓN INÉDITA:

Biografía de Antonia Ortega de Carbajal. Archivo de San Francisco de Lima, Reg. 17.

Biografía de Jerónima de San Francisco, Archivo de San Francisco de Lima, Reg. 17.

VIAJERAS ENTRE DOS MUNDOS DURANTE EL ANTIGUO RÉGIMEN. REFLEXIONES DESDE UNA MIRADA DE GÉNERO

Marina Alfonso Mola
UNED, Madrid

Desde los albores de la literatura de Occidente los relatos de viajes han sido un género bien transitado a todo lo largo de la historia. Tanto en el mundo clásico (la *Odissea*, *El viaje de los Argonautas*) como en los tiempos medievales existen variados relatos redactados por cruzados, peregrinos y hombres de negocios, que quedaron fascinados por esos mundos exóticos a los ojos de los europeos (el *Codex Calixtinus*, el *Libro de las Maravillas*), antes de asistir a la gran eclosión de los libros de viajes renacentistas propiciada por los grandes descubrimientos geográficos y la invención de la imprenta, que facilitaba su difusión. Asimismo, en la Ilustración, aparte del viaje de perfeccionamiento pedagógico de los hijos de las élites (el *Grand Tour*), se prosiguió la vía abierta por las crónicas y diarios de los descubrimientos, al tiempo que las grandes expediciones científicas por tierra y mar se acompañaban de excelentes textos con agudas observaciones geográficas, etnográficas, lingüísticas y de historia natural a cargo de marinos experimentados y científicos consagrados, lo cual no fue óbice para que paralelamente también algunos misioneros, aventureros, funcionarios, corsarios, cautivos (de aborígenes y piratas) y viajeros curiosos en general dejaran por escrito sus impresiones y opiniones sobre la realidad del país visitado a todo lo largo de los tiempos modernos y más allá.

De todas formas, lo cierto es que el relato de viajes contribuyó a desarrollar el cosmopolitismo, ya que todos los viajes, literarios, imaginarios o reales, hacen más ciudadano del mundo al viajero, aunque sus miras no sean demasiado amplias y su curiosidad sea más bien limitada. Ahora bien, éste es un género frecuentado habitualmente por plumas masculinas que nos impiden el acercamiento a la perspectiva de las mujeres que también se vieron inmersas en la aventura del viaje transoceánico. La poca visibilidad de su rastro en tiempos del descubrimiento y la conquista ha inducido a considerar esta empresa como esencialmente masculina y a sorprender cuando se descubren a las intrépidas pioneras insertas

en los primeros grupos expedicionarios. En una segunda fase, las mujeres se trasladaron a las latitudes americanas ya fuera como esposas de los funcionarios o de los colonos en una emigración familiar planificada o de los maridos distantes en una política de reagrupación familiar, ya fuera como viudas o solteras acompañadas de padres y parientes, como religiosas fundadoras de conventos o como simple personal de servicio de los viajeros acomodados, sin mencionar aquellas que fueron obligadas a una singladura involuntaria, las esclavas africanas que eran consideradas meras piezas en un comercio inhumano. Sin embargo, tuvieron poco protagonismo literario pese a que el número de mujeres censadas en este deambular intercontinental no sea nada desdeñable, incluso cuando se trata del camino inverso, desde América a Europa, en el que están presentes tanto las criollas como las mestizas y las indígenas, solteras o casadas, viudas o monjas, libres y esclavas.

En efecto, pese a que no existe un censo de las pasajeras americanas a la Península y aunque las cifras totales de la emigración española a América en época de la colonia son aún una incógnita, se puede estimar que fueron unas 500.000 las personas que surcaron el Atlántico con destino al Nuevo Mundo a lo largo de todo el período virreinal y se puede calcular que, de ellas, unas 25.000 fueron mujeres. Una cifra significativa, pero que pasa casi desapercibida al tratarse de un colectivo sin voz propia, con muy pocas excepciones, ya que incluso muchas veces cuando la mujer pone por escrito sus vivencias recurre a la autoría masculina para dejar constancia de sus apreciaciones u opiniones.

El capítulo primero del presente libro se ha propuesto el reto de sacar del anonimato a esa mitad transparente de la humanidad, las mujeres, parte de las cuales también se trasladaron desde el Viejo al Nuevo Mundo (y viceversa) durante los siglos XVI al XVIII, dejando o bien constancia escrita de sus impresiones sobre los avatares de su andanza, los nuevos horizontes que se abren a sus ojos y los retos de su cotidianidad, o bien rastros documentales de su presencia entre ambos mundos. Y es que las desplazadas durante el Antiguo Régimen son las más invisibles, puesto que a medida que va avanzando el siglo XIX (sobre todo a partir de la época victoriana) la mujer se incorpora cada vez más a la reproducción escrita de la experiencia de su deambular, en un intento de representar y representarse desde las perspectivas del viaje, el exilio, la migración y el turismo, ya sea a través de la introspección de la memoria ya sea por medio de las transformaciones y traslaciones de lenguajes y zonas de identidad en movimiento, más allá del mero cambio de fronteras o de la supeditación a las convenciones

del corpus textual que estipulan las narrativas de viajes. Por otra parte, al hilo de sus reflexiones inciden en la toma de conciencia de sí mismas, subvierten su rol al convertirse en intelectuales que emplean una estética y un lenguaje reservados al discurso masculino y contribuyen a que los postulados feministas calen en sus lectoras. Unos textos de relevancia e influencia representacionista fuera del alcance de sus antecesoras durante las tres centurias precedentes.

Los trabajos realizados sobre la época colonial (mejor que virreinal, ya que el genérico permite la incorporación de la América anglosajona y brasileña) permiten el análisis del encuentro entre los agentes foráneos (las viajeras metropolitanas y las americanas, aunque hubiesen crecido en un entorno regido por los patrones importados de Europa) y la población local (ya se trate de los aborígenes americanos ya de los europeos) y las diferentes respuestas ante el encuentro de miradas en la doble vertiente de género y cultural que interactúan en un mismo cronotopo (tiempo y espacio), donde irán plasmando las experiencias del encuentro, las impresiones y hasta las emociones percibidas por las viajeras entre ambos mundos. Para el análisis de los discursos, dado que no existen (de momento, tal vez en el futuro aparezcan) libros o diarios de viajes *stricto sensu* escritos por mujeres durante los tiempos modernos, se ha recurrido a otros escritos, como las cartas (redactadas por propia mano o por interpósitas personas, en caso de ser ágrafas), las biografías espirituales de mujeres ejemplares (generalmente a cargo de sus confesores), los libros de las fundaciones religiosas, los expedientes de reagrupación familiar, de demandas por abandono, por bigamia, por engaño (especialmente los pleitos promovidos por indígenas que acompañaron a sus señores en el regreso a la metrópoli siendo libres y son vendidas como esclavas) y, en menor medida, las obras literarias, en verso y en prosa, de las viajeras que por su rango y condición estaban más cualificadas para esta tarea intelectual.

Pese a que la gran mayoría de las pasajeras a Indias eran personas corrientes, también había damas de elevada alcurnia, esposas de virreyes y de los altos cargos de la administración y hasta reverendas religiosas de esclarecidos linajes como la madre Jerónima de la Fuente (inmortalizada en un retrato pintado por Diego Velázquez, Museo del Prado), confidente ocasional de la reina Margarita de Austria, que con sesenta y cinco años afrontó nada más y nada menos que la travesía desde la península a Filipinas (atravesando el denominado Camino de los Virreyes entre Veracruz y Ciudad de México y el Camino de Asia hasta Acapulco antes de embarcarse en la segunda parte de su periplo en el Galeón de Manila) y que, como muchas otras monjas de su época, supo expresar sus inquietudes

y sentimientos a través de la literatura (una autobiografía, unos poemas y unas *Cartas de marear el mundo* que escribió ya en Manila), convirtiéndose en la escritora más antigua en lengua española de aquellas islas. La reciedumbre de su semblante puede ser extrapolada a la condición de fortaleza, seguridad y energía mostrada por todas estas mujeres al aceptar el reto de una singladura llena de sinsabores, en todo caso una experiencia inolvidable en sus vidas.

Gracias a los escritos anteriormente mencionados, en su gran mayoría de corto texto, se puede reconstruir la aventura del tránsito de estas mujeres intrépidas, incluso cuando sus testimonios se centren en las más variadas excusas para no arrostrar la azarosa travesía, en respuesta a las “cartas de llamada” de sus familiares invitándolas o reclamándolas desde la otra orilla. Así, el género epistolar nos adentra en sus grandes inquietudes ante lo desconocido en un entorno limitado a los horizontes que se divisaban desde el campanario de la iglesia del pueblo, la generosidad o tacañería de los que sufragaban sus gastos, los modos de ajustar el pasaje, las recomendaciones sobre cómo comportarse durante el viaje, la preparación del equipaje, el otorgamiento de testamentos ante los riesgos de la singladura, así como un amplio abanico de supuestos que finalmente motivan la decisión de surcar el Océano, incluso entre las más remisas a emprender la singladura. Las situaciones van desde las tradicionales (reunión con el padre o el marido, tanto si las reclama como si han sido abandonadas y se embarcan para encontrar al desaparecido en Indias) hasta otras más novedosas, como las de hacer una buena boda en las colonias por la escasez de damas de alcurnia (ninguna olvidaba su ejecutoria de hidalguía); o las de embarcarse en un “viaje de libertad” para huir de un matrimonio de difícil convivencia o junto a un marido dilapidador de sus haciendas y que solicitan a un pariente una carta de llamada para poner un mar en medio de sus desgracias (tomando las riendas de su destino y hasta transgrediendo el orden establecido); o las de prosperar económicamente (deseo antes sólo atribuido al colectivo masculino), mostrando las dos caras de la moneda, las que no alcanzan sus metas y las que sí logran hacer fortuna y buscan para legarles su hacienda a parientes exclusivamente femeninas (hijas, nietas, sobrinas), que son reclamadas para desplazarse a su vez a Indias.

No obstante, apenas existen referencias al arduo camino afrontado por estas animosas mujeres en su ruta terrestre hasta llegar a Sevilla o Cádiz para esperar paciente y decorosamente (en conventos, mesones o casas de parientes más o menos lejanos) la salida de la flota, teniendo que gestionar los trámites burocráticos inherentes a las licencias de embarque (e incluso las vituallas para la

singladura) por medio de personas interpuestas. Más numerosas son las alusiones a todo lo vinculado directamente con el viaje marítimo, donde ya empezaban sus penurias. Si desde la playa o el muelle eran trasladadas a la falúa en silla de manos, cuando ésta llegaba al costado del buque debían trepar por la escalerilla hasta subir a bordo luchando con el cabeceo del mar, impedidos sus movimientos por las sayas y enaguas, gorgueras y tocas, botillas y borceguíes resbaladizos. No se ha de olvidar que al mareo y los malos olores del betún derretido de las costuras del casco, de los efluvios de la granja avícola para el rancho o de los caballos y otros animales que compartían la cubierta con la tripulación y el pasaje, de las aguas estancadas de la sentina, se ha de añadir la falta de espacio en la zona de popa donde se hacinaban unos camarotes de fortuna, apenas unas mamparas, incómodos y plagados de parásitos (pulgas, chinches, cucarachas, ratas), la escasa intimidad para satisfacer las necesidades fisiológicas sobre la rejilla de los jardines, la ausencia de higiene (caldo de cultivo para los piojos) especialmente evidente en los ciclos femeninos pues el agua dulce no se empleaba en baños, lavado de cabellos y colada y la salada acartonaba la ropa y producía picores en la piel, la monotonía de la dieta (además de la lucha cotidiana por “arrimar el ascua a su sardina” en la rudimentaria cocina, apenas unas trébedes sobre la plancha de hierro que se instalaba sobre ladrillos refractarios), la climatología adversa con sólo una lona embreada para protegerse de la lluvia, si se viajaba en los “suburbios” de proa sobre el cofre del equipaje, etc.; todas estas circunstancias hacían de la sola travesía un hito (connotado con rasgos de penuria y aventura) en la memoria individual de cada viajera.

El aspecto que debían lucir durante la singladura no debía ser excesivamente esmerado. No obstante, hay noticias acerca del singular comportamiento femenino en momentos en que la magnitud de las tormentas hacía presagiar naufragio y las damas preferían ahogarse en el camarote antes de salir a medio vestir, pues el decoro las impelía a someterse a la lenta maniobra del aderezo de la complicada vestimenta antes que adecuarse a la urgencia de la situación perentoria que hacía peligrar sus vidas y las de sus doncellas, fieles a no dejar resquicio al posible desdoro de su condición. Si bien estas noticias proceden del ámbito anglosajón, se pueden hacer extensivas, sin temor a equivocarnos, al mundo hispánico, pues se sabe del proceso de transformación operado por las viajeras americanas y españolas antes de bajar a tierra en las escalas de la travesía. Desde que se corría la voz de la proximidad de puerto, se abrían los cofres y cajas que habían permanecido clausurados y salían los más vistosos atuendos y joyas

para acicalarse con primor y causar buena impresión entre los que aguardaban expectantes la arribada del barco.

Otro de los objetivos que han animado esta iniciativa ha sido rastrear si los testimonios muestran un discurso femenino en el tratamiento diferente de los modelos que inspiraron tanto a hombres como a mujeres, concluyéndose que, en efecto, se puede constatar una subjetividad y sensibilidad particular en el fondo, en la forma y en los intereses, más allá de lo anecdótico. Así, las viajeras centran su interés en los entornos íntimos de la vivienda o el hogar, de los objetos cotidianos y de lo que rodea a otras mujeres, por lo que los temas favoritos son las alusiones a los rasgos físicos (negritud), el aspecto de las vestimentas, la expresión corporal de los otros (rudeza/cortesía en los modales), la vida doméstica, las costumbres, las normas morales (concepto de código de honor en la sociedad colonial de frontera, donde se mantenía un gran número de uniones consensuadas pero no consagradas por la iglesia católica), las prácticas religiosas, la esclavitud, los comportamientos y actitudes de género, etc., que, obviamente, enriquecen y complementan las impresiones aportadas por los relatos masculinos al focalizarse en aspectos fundamentalmente antropológicos. Además, las transterradas poseían un bagaje de criterios preestablecidos procedentes de su imaginario colectivo, por lo que al encontrar a los otros o hallar otras formas de vida se buscan a sí mismas por oposición o confrontación de identidad, reconstruyendo su red de representaciones de la alteridad que incluyen interesantes miradas de género.

Un ejemplo de la perspectiva femenina vendría avalado por el panorama colonial de la América anglosajona trazado por la poetisa Anne Bradstreet, que va mucho más allá de lo que ciertos círculos esperan hallar en los comentarios efectuados por los “ángeles del hogar, dulce hogar”, buenas madres y solícitas esposas. Así, sus aportaciones se centran en el análisis de las duras condiciones de los primeros poblamientos; en cómo a la oleada de colonos exclusivamente masculinos que arribaron a las costas de Massachusetts (tras la recalada en Cape Cod de los *Pilgrim Fathers* que iban a bordo del *Mayflower*) sigue la incorporación de las mujeres (incluso si hay que pagarles el pasaje para encontrar esposo en las nuevas tierras); los comportamientos de la Virginia Company (*indentured servitude*); la inmigración de colectivos religiosos huyendo de la intolerancia de la metrópoli (pero perpetuando unos mismos patrones de comportamiento, como muestran las experiencias de Anne Hutchinson y Mary Barrett Dyer, que fueron represaliadas por las convenciones patriarcales de la comunidad puritana al transgredir el papel pasivo propio de su género); las tareas cotidianas de las mujeres europeas

(mucho menos regaladas que las de sus homónimas hispanas de similar *status*); las mujeres como ejemplo de honestidad, de noble y señoril trato, de ánimos ‘varoniles’ y de gran gobierno en el ámbito doméstico, extraordinarias por su industria, valentía y lealtad, frente a la conflictiva convivencia con los nativos, etcétera.

En efecto, la sensibilidad de la percepción femenina sobre los nuevos horizontes geográficos y el descubrimiento de otros grupos humanos abren las puertas al análisis desde otras perspectivas, confirmándose la hipótesis de que existen otras formas de mirar dentro del mismo entorno. En esta línea, Mary Louise Pratt introduce el debate sobre el continente americano en tiempos de la colonia afirmando que el paradigma eurocentrista (discurso oficial y hegemónico) está liderado por hombres, mientras que las mujeres viajeras desarrollan narrativas diferentes y dialógicas con otras formas de autorrepresentación en una posición de ‘anticonquista’, dentro del paradigma global, reclamando una posibilidad de cambio en una realidad dominada por la explotación y la negación de los otros. Tal vez esta dicotomía sea excesivamente simplista en la relación entre colonizadores y colonizados, entre viajeros y visitados, en tanto que su coexistencia se realiza en una situación de poder asimétrica (centralidad de lo europeo y dependencia de lo local), aunque, efectivamente, el lenguaje femenino reclama lo cotidiano y lo cualitativo sobre la relevancia de las tendencias estadísticas, económicas y de descripción de lo externo propio del discurso masculino.

En fin, los trabajos sobre las viajeras de la época colonial muestran los buenos resultados de la interdisciplinariedad entre materias afines (historia, literatura, antropología, etnografía), reflejando la convergencia y los límites de estas materias como fuentes para el estudio de las mujeres viajeras, consideradas como un vehículo de construcción de discursos y modelos femeninos, sin desatender la perspectiva subjetiva de las escritoras, mediatizadas por sus propias circunstancias (formación, *status*, ideología, experiencias, trayectoria vital) e intencionalidad, dentro de los diferentes contextos políticos, económicos y sociales presentes a lo largo de las cuatro centurias que sirven de escenario a estas protagonistas de su propia historia.

Bibliografía

ALTUNA, Elena: *El discurso colonialista de los caminantes (siglos XVII-XVIII)*, CELACP/Latinoamericana Editores, Ann Arbor (Mich.), 2002.

BOLLMAN, Stefan: *Las mujeres que escriben también son peligrosas*, Ed. Maeva, Madrid, 2007.

FABBRI, Maurizio: “Literatura de viajes”, en F. AGUILAR PIÑAL (ed.): *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Trotta/CSIC, Madrid, 1996, pp. 407-423.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (coord.): *Literatura de viajes. El Viejo mundo y el Nuevo*, Castalia/The Ohio State University, Madrid, 1999.

KAPLAN, Caren: *Questions of Travel. Postmodern Discourses of Displacement*, Duke University Press, Durham, 1996.

LEONARD, Irving A.: *Viajeros por la América Latina colonial*, FCE, México, 1991

LOLLO, María Soledad: *Diarios de viaje por América. Un instrumento del reformismo borbónico en el Río de la Plata*, Universidad de Huelva Publicaciones, Huelva, 2010.

LUCENA GIRALDO, Manuel y PIMENTEL, Juan (eds.): *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Ed. CSIC, Madrid, 2006.

MARTÍNEZ SHAW, Carlos: “El llibre de viatges com a font històrica”, en *L’Avenç*, nº 51 (1981), pp. 526-528.

ORTEGA ROMÁN, Juan José: “La descripción en el relato de viajes: los tópicos”, en *Revista de Filología Románica*, anejo IV (2006), pp. 207-232.

PÉREZ-MALLAÍNA BUENO, Pablo Emilio: *Los Hombres del Océano: vida cotidiana de los tripulantes de las flotas de Indias*, Expo’92/Diputación de Sevilla, Sevilla, 1992.

PIMENTEL, Juan: *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Marcial Pons, Madrid, 2003.

PRATT, Mary Louise: *Travel Writing and Transculturation*, Routledge, Londres/Nueva York, 1992.

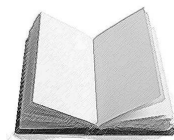
_____: *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Ed. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1997 (reed. 2002).

ROMERO TOBAR, Leonardo y ALMARCEGUI ELDUAYEN, Patricia (coords.): *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Ed. UNIA-Ed. AKAL, Madrid, 2005.

STANFORD FRIEDMAN, Susan: “Women’s Autobiographical Selves: Theory and Practice”, en Sidonie Smith y Julia Watson (eds.): *Women, Autobiography. Theory. A Reader*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1998, pp. 72-82.

TORRE REVELLO, José: “Viajeros, relaciones, cartas y memorias (siglos XVII, XVIII y primer decenio del XIX)”, en Ricardo Levene: *Historia de la Nación Argentina*, vol. III, El Ateneo, Buenos Aires, 1955, pp. 379-407.

II. Discursos de viajes y viajeras



VIAJERAS AL SERVICIO DE SU MAJESTAD. UN DISCURSO COLONIALISTA DE GÉNERO EN EL SIGLO XVIII

María Teresa Díez Martín

Universidad Nacional de Educación a Distancia, UNED. España

Se aborda en este artículo el estudio de las prácticas y representaciones viajeras de las esposas españolas, y secundariamente americanas, de los oficiales militares peninsulares, durante la segunda parte del siglo XVIII. Prácticas que, conformadas por el programa de militarización de la política colonial del reformismo borbónico, tuvieron su razón de ser en el traslado desde España de los oficiales, del Ejército y la Armada, al servicio colonial militar o político-militar en los dominios hispanos de América. Y son aquí argumentadas en lo que significan a las representaciones del colectivo social de la oficialidad militar peninsular en el dominio colonial hispano. Entonces, prácticas viajeras e imaginarios sociales se apuntan articulados por un contexto discursivo colonialista y de género. Contexto que proporciona sentidos al viaje colonial-militar y a un sujeto viajera metropolitana elitista, sujeto colonizador, e integra, al fin, viaje y viajeras en la identidad social de este colectivo protagonista de la política colonial del siglo.

Imaginarios de un señorío femenino metropolitano en el viaje colonial-militar

Ellas fueron las esposas o las viudas de los oficiales militares de tierra y mar¹, a la vez que madres e hijas de militares en mayor proporción según progre-

1 En conjunto del Ejército y la Armada, respecto a que se explora la *significación social* del colectivo de la oficialidad militar. Por delante, pues, esta consideración de la relevancia que adquieren en este estudio los oficiales de tierra y que se corresponde con los mayores efectivos y prolongado asentamiento del Ejército en los dominios coloniales durante el siglo XVIII. Algunas referencias esenciales sobre la temática del Ejército en América en las que se informa este estudio: L. N. McAlister, 1957; C. I. Archer, 1977, 1993; L. G. Campbell, 1978; J. Marchena Fernández, 1983, 1992, 2005; E. R. Saguier, 1994. En lo referente al Ejército peninsular F. Andújar Castillo, 1991, 1996.

saba durante el siglo la profesionalización de la carrera de las armas y se afianzaban los mecanismos de la reproducción social y corporativa. Son sujetos femeninos analizados dentro del colectivo social de la oficialidad, considerado este así en su proyección social antes que profesional. Mujeres peninsulares, en lo principal aquí tratado, que viajaron con o sin sus maridos, hijos/as u otros familiares en otra forma destinadas al servicio colonial. Aunque no fueron muchas las casadas respecto al elevado porcentaje de militares solteros desplazados, estas viajeras y su viaje se revelan objeto simbólico del dominio metropolitano en la lógica colonialista.

Es decir, que la peninsularidad de estas viajeras, seña de origen, seña del punto de partida del viaje, significada por el imaginario hispanocéntrico y las proyecciones político-sociales del reformismo absolutista, deviene en metropolitanismo. Es el distintivo de un *sujeto viajera metropolitana*, viajera señorial, interpretado en clave de género netamente colonialista y conformado por los sentidos que crea el viaje colonial-militar, por definición masculino². Por otra parte, y aunque sólo apuntado en el presente artículo, otro rango de significados sobre el mismo contexto discursivo entra en juego respecto a las esposas criollas de la oficialidad peninsular para identificar a un *sujeto viajera no-metropolitana*, también elitista.

Cabe formular en esta dirección la interpretación de las experiencias viajeras que dan entidad a estos sujetos femeninos en el marco de un imaginario geopolítico colonial vertebrador de la relación jerárquica centro-periferia³. Relación interdependiente en la que el viaje colonial, ultramarino y continental, adquiere su significado más primordial. Pues, el viaje, en cualquier dirección del trayecto y en cualquiera de sus tipologías, afirma siempre el centro metropolitano, diferencialmente, sobre el espacio colonial, espacio externo y periférico, espacio subor-

2 En este sentido es factible sugerir un sentido a este viaje colonial femenino que contribuye a la construcción de las *Comunidades Imaginadas* que argumentara B. Anderson, 1994, tanto como pueda contribuir al imaginario de la península. Son, en efecto, reflexiones por hacer, pues en el conocido ensayo del autor la significación femenina o familiar en los viajes del funcionariado, peninsular o criollo, brilla por su ausencia.

3 Se obvian mayores argumentaciones de lo que es un modelo de interpretación de larga y compleja trayectoria, que en este trabajo se adopta ya entonado en las propuestas más recientes y en la medida que se muestra coherente para el análisis desde sus enunciados elementales. El desarrollo conceptual del modelo y su proyección actual han sido centrados, con acierto, por F. Beigel, 2006.

dinado que justifica la existencia misma de la metrópoli. Léase en esa afirmación, para lo que aquí interesa y como se ha indicado, el imaginario hispanocentrista legitimador de la autoridad peninsular en todos los órdenes.

Es una composición, por tanto, de supremacía, cuyos objetos discursivos son conocidos en lo que construyen el orden social colonial: la civilización superior hispana, la raza superior blanca, el género superior masculino y, fuera de su espacio intrasocial, la superioridad de las mujeres peninsulares por oposición a los “otros”, a “las otras” no blancas o no peninsulares. Tal escala de categorías, ya resignificada por el racionalismo europeo del dieciocho, se incorporaba a la metanarrativa eurocéntrica de la modernidad, en la que las europeas tuvieron un capítulo enunciado por el discurso ejemplarizante de civilización, de progreso, frente a la barbarie de lo extraeuropeo⁴. Pero no sin que desde la perspectiva hispana esa posición diferencial se formulara confrontada, y por encima de matices, a la sociedad indígena tanto como a la desnaturalización de lo peninsular en se figuraba a los criollos.

Entonces, encauzado tal imaginario de mujer en el discurso civilizatorio de la milicia se agrega a los atributos de superior calidad, igualados los femeninos y los de la posición social, supuestos a las mujeres de “las primeras clases” peninsulares en las que se encuadraba a las esposas de la oficialidad. La imagen es la de la integridad moral femenina, de mujer de honor, que se correspondía con la masculinidad caballeresca que adornó el honor militar durante el siglo. Nobles y acaudaladas, según la exigencia de la normativa militar, o a falta de lo primero de probada limpieza de sangre y sobradas “proporciones”. Una suficiencia social y económica que las equiparaba al status de nobleza de sus maridos. Nobleza que validaron socialmente cuando no la sostuvieron con su dinero⁵. Matrimonios de

4 Un análisis del argumento femenino en el discurso ilustrado eurocéntrico, como producto civilizado, que propone la favorable situación social y conyugal de las europeas frente a las miserables y abusivas condiciones de vida de las mujeres no europeas, en M. Bolufer Peruga, 2009.

5 Al menos formalmente debían cumplir con estos requisitos, aunque una buena parte no fueron nobles ni muy acomodadas. Un estudio más amplio sobre ello y una aproximación a la significación social de estos matrimonios y sus representaciones en el espacio colonial en M. T. Díez Martín 2008. Sobre la normativa del matrimonio de la oficialidad militar y los requisitos impuestos a sus esposas véase E. Díez Muñoz, 1969. Una visión de la historia social sobre el mismo tema para el Ejército peninsular en F. Andújar Castillo, 1991. La aplicación en América de las leyes militares matrimoniales en S. G. Suárez, 1976 y D. Rípodas Ardanaz, 1977. La incidencia de estos matrimonios en la estructura militar americana en J. Marchena

ventaja para la oficialidad, sin duda, que fueron pilares del programa de la aristocratización de la milicia que, en definitiva, legitimaba el orden social colonial y la autoridad de lo militar en él. En especial, y en el marco del reformismo, la autoridad sobre las élites criollas, las que, por otra parte, desde una singular composición de la jerarquía militar validaron su propio status de poder.

La proyección aristocrática de estos matrimonios compartió imagen, sin excesiva fricción, con la de la profesionalidad militar, que a la sazón justificaba la filosofía ilustrada en los méritos de las armas antes que en los privilegios estamentales. Méritos en los que también se entendieron y anunciaron las “señoras coronelas”, “capitanas”, “gobernadoras” u otras tantas militarizadas coloquialmente por el empleo de sus maridos. Era una proyección pública explícita de servidoras de la patria y de los ejércitos del rey en la misma medida que obligadas a sus esposos. Servicio en el que se reivindicaron en variadas situaciones ante la administración real⁶ y con especial insistencia sobre lo gravoso de los desplazamientos. Aunque no sin motivo se llamaron viajeras esforzadas, que al igual que sus maridos sufrieron las muchas incomodidades y los peligros de los viajes oceánicos o de las rutas terrestres. Trasiegos más meritorios por lo impropio del ritmo militar impuesto a señoras de privilegio.

Pero, ya fueran estas viajeras las grandes señoras de la aristocracia castrense político-militar o las esposas más o menos acomodadas del grueso de una oficialidad media sin grandes recursos económicos, todas compartían en el ámbito colonial las categorías de la superioridad peninsular. Lo que era un referente potente en la representación del colectivo de la oficialidad de peninsulares que, en último término, revestía la estética militarista del poder metropolitano. Por tanto, no en balde, se puede hablar de unas representaciones colonialistas de género de probada eficacia simbólica y representativa. Y, en efecto, el manifiesto

Fernández, 1983.

6 En los muchos memoriales o simples peticiones de esposas, hijas y viudas que tramitaba la administración militar para solicitar cualquier favor real para ellas o para sus maridos e hijos; y lo más común, en los expedientes de viudas que solicitaban la formalización de su pensión u otras ayudas en el Montepío Militar. Una documentación que contiene otras muchas informaciones sobre el viaje colonial- militar que son las que fundamentan el presente estudio, para el que se ha acotado una veintena de los expedientes más representativos. En su parte principal proceden de la Secretaría del Despacho de Guerra (SGU) y de la Dirección General del Tesoro (DGT), secciones del Archivo General de Simancas (AGS). Otras informaciones complementarias corresponden al Archivo General de Indias (AGI).

de este poderío señorial femenino peninsular está presente en cualquiera de los registros históricos a los que nos asomemos. Así aparecen las “grandes señoras” españolas, como también se autodenominaban María Josefa Domás y Alba y su madre María Hipólita de Albalá, hija y esposa, respectivamente, del capitán general y gobernador de Guatemala José Domás y Valle⁷. Señoras estas agraviadas por un criollo casado con la primera que ocultó ser “hijo de un mercader, y de una mulata de Lima”. Demasiada ofensa para quien la reina llamaba, cariñosamente, su “Cabrita”. Pero, ante todo, agravio relevante en cuanto dimensionado en la esfera pública. Porque vidas públicas eran las de estas señoras incluso en los apartados territorios de frontera como el de California, donde sufría el señorío de las “señoras gobernadoras” con el exilio urbano al que les obligaba la actividad militar de sus maridos (Nuttall, 1998). Una de ellas, la conocida catalana Eulalia Callis, esposa del gobernador Pedro Fages, es buen ejemplo de ello. Viajera impertinente, remisa a dejar su vida regalada en Ciudad de México por los desiertos sociales del norte. Mujer, también, domeñada por el poder de la apariencia impuesto a las de su posición, y cuyo divulgado intento de separación conyugal no dejó ser resuelto en una proyección ejemplarizante del discurso hispano del dominio patriarcal (Beebe y Senkewicz, 2001/ Reyes, 2009).

De viajeras a ultramar. Migración selectiva en el viaje colonial-militar

Dentro de la política migratoria selectiva de la Corona, el traslado a los territorios coloniales de mujeres peninsulares siempre constituyó un capítulo importante en el programa de población de españoles. En principio, se trataba de promocionar, como es sabido, una emigración peninsular de hombres y mujeres en el Nuevo Mundo sin las tachas de las “personas prohibidas”: judíos, conversos, herejes, esclavos, extranjeros y mujeres de “malas costumbres”. Una quimera colonialista que a todas luces no fue posible imponer, pero que en su simple proyección fijaba un perfil tradicional de género hispano que organizaba la jerarquía de las categorías femeninas en el orden social colonial. Categorías así definidas respecto al imaginario femenino metropolitano de mujeres “limpias de mala sangre”, honradas, temerosas de Dios, “honestas y recogidas”. Una calidad

7 Oficial de la Real Armada y gobernador de Guatemala (1793-1799). Sobre este gobierno y el trasfondo político del caso de María Josefa ha hablado M. Bertrand, 2007. El memorial de la agraviada esposa en A. G. I., Estado, Leg. 50, N.16 (1797).

y decencia más engrandecida si eran “principales”. En todo caso, españolas que estuvieron llamadas a mantener la población blanca, ya sin apremio antes de finalizar el siglo XVI (Konetzke, 1945:148), así como a ejemplarizar los modelos femeninos conyugales y familiares católicos o los de la vida religiosa femenina propios del sistema patriarcal europeo. Valores de género, morales y sociales que, por último, respaldaban el discurso de la supremacía peninsular.

En este marco establecido por la elemental lógica colonialista el matrimonio aparece como eje e incentivo de las emigraciones de las casadas y sin marido, solteras o viudas. Con certeza, se puede apuntar el matrimonio como un subyacente en cualquier otro de los factores sociales o económicos de la atracción migratoria. De hecho, se muestra compuesto en el imaginario peninsular de la prosperidad colonial, o de la riqueza y las oportunidades de los reinos de Indias, como la referencia *natural* de las viajeras⁸. También el matrimonio se constituye en el filtro de una selección femenina encauzada por la protección legal de la Corona a la vida conyugal en peligro con el paso a Indias. Las disposiciones al respecto, que se sucedieron durante todo el período del dominio hispano y fueron ya emitidas con los primeros asentamientos, ordenaban a los casados partir con sus esposas o, si no lo habían hecho, reunirse allí con ellas so pena de ser enviados de vuelta a la península. Además de los apremios a los solteros para que matrimoniaran con las españolas sin marido que pasaban a Indias.

En el siglo XVIII, la emigración femenina, como la masculina, se resolvía bajo las mayores restricciones a los desplazamientos que impuso el programa colonial del absolutismo reformista. Y aunque, inevitablemente, el rebote de tal política fue un aumento de la emigración ilegal, la administración real lograba imponer su más pleno control sobre el personal que se trasladaba al “real servicio”. Era el grupo de varones *provistos*, según la tipología tradicional, de un empleo público, civil, militar o eclesiástico en ultramar, en el que se situaban como acompañantes nuestras viajeras. Empleos que si eran fijos aconsejaban llevar a las familias y si temporales, por lo general, también, pues lo usual era la previsión de

8 Un exponente, en verdad, destacado de este imaginario matrimonial, también masculino, son las cartas de particulares que cruzaron los océanos. Todo un flujo epistolar viajero girando en torno a la problemática conyugal derivada de los desplazamientos o las expectativas matrimoniales que movieron al traslado de continentes a sucesivas generaciones de mujeres. Entre otras referencias que tratan el siglo XVIII, I. Macías Domínguez y F. Morales Padrón, 1991 y M. C. Martínez Martínez, 2007.

alargar las estancias lo necesario para medrar en los empleos (Macías Domínguez, 1999: 21-24) y hacerse con el mayor capital posible para el regreso⁹. Sobre estos colectivos se reiteraban los mandatos para que los casados marcharan acompañados de sus esposas, negándoseles la provisión del empleo si no lo hacían¹⁰. La disposición estuvo en vigor durante toda la centuria y sólo fue contravenida en las coyunturas de conflictos bélicos que supusieran un peligro para las familias.

Como ya se ha indicado, no fueron muchas las casadas que partieron con sus maridos, en relación el menor número de casados al mayor de oficiales solteros desplazados. Situación que se correspondía con una oficialidad peninsular en su proporción más alta sin matrimoniarse (Andújar Castillo, 1991)¹¹, animada al paso a los reinos de Indias por los alicientes de mayores sueldos y méritos para sus carreras militares, a la vez que por los ventajosos matrimonios en Indias que completaban las oportunidades del mundo colonial.

No obstante, las esposas viajeras no eran todas las posibles, pues ellas tuvieron más facilidades, legales o acordadas con sus maridos, para eludir el deber de la “vida maridable” y permanecer en la península. Los acuerdos de separación entre cónyuges fue la práctica más generalizada, lo que no obvia los casos de las obligadas para las esposas, aun consentidas formalmente, con ocasión del traslado que terminaron siendo un abandono. Hablan de estas desafecciones conyugales las muchas reclamaciones a los oficiales por incumplimiento de sus deberes

9 Para una visión general de las migraciones durante el siglo: C. Martínez Shaw, 1994, R. Márquez Macías, 1995, y I. Macías Domínguez, 1999. Quede como apunte, ante la imposibilidad de aumentar la lista bibliográfica, que otras muchas investigaciones locales han venido a completar y actualizar estos textos, además de ampliar el conocimiento sobre las migraciones atlánticas femeninas.

10 “Consulta del Consejo de las Indias para que no se provean empleos en hombres casados que no aseguren llevar a sus mujeres” RO. 12-IX-1772. R. Konetzke, 1962: 394-95. Orden que la administración militar tuvo que aplicar en bastantes ocasiones y, en todo caso, resolver. Un ejemplo, entre otros muchos, de estas resoluciones en el expediente de Bernardino López, AGS, SGU, Leg. 7227, exp. 72, bloque 2º, 19r, 19v, 20r (1794).

11 Al menos en lo que respecta al Ejército que estudió este autor. Aunque hay que observar que los registros de casados y solteros se elaboró bajo el criterio normativo de tener o no concedida la licencia real para el matrimonio. Así, un buen número de casados por la Iglesia figuran solteros según la ley militar. Es difícil de cuantificar a los muchos oficiales que se declararon solteros para no perjudicar su carrera, pero sí se puede afirmar, a juzgar por las continuas amnistías, que fue un problema extenso y de envergadura para la institución militar dieciochesca que conformó unas prácticas harto significativas, tal y como expuse en el artículo anteriormente citado (Díez Martín, 2008: 367-68). El estudio cuantitativo de los oficiales solteros del Ejército que se casaron en América en J. Marchena Fernández, 1992.

maritales de asistencia económica a sus esposas e hijos, y al margen el posible abandono de las reclamaciones motivadas por situaciones de penuria económica de los oficiales en sus destinos coloniales, circunstancia bastante corriente entre el común de la oficialidad. La problemática, en cualquier caso y aun singularizada por la institución militar, se encuadra en el fenómeno social del alto número de mujeres desatendidas y abandonadas en la península por los maridos “ausentes en Indias”. El fenómeno, inherente a la dinámica migratoria, fue de importancia en la península como también en la otra orilla atlántica¹². En estos casos el derecho que asistía a las esposas de los oficiales estuvo amparado por la ley militar y por la preceptiva religiosa para reunirse con sus maridos. Podían reclamar las mensualidades de asistencia o, en su defecto, interponer requisitoria para reanudar la convivencia matrimonial que le asegurara el sustento. Sin embargo, en razón de ejercer los maridos en el real servicio muy pocas veces se resolvía la reanudación de la vida conyugal con el regreso de los oficiales a España, pues lo común fue que se desplazaran las esposas al encuentro de sus maridos. Viajeras forzadas, así, por variadas circunstancias que, como veremos más adelante, tuvieron la cobertura de la administración real.

Los límites de la *naturaleza femenina*. Viajar las señoras con la “debida decencia”

Presentes estaban en este viaje colonial los discursos preventivos que desaconsejaban la travesía ultramarina a las mujeres en función de su frágil y apoquinada naturaleza, y en los que abundaron tanto teólogos como médicos. Aunque poco efecto parece que tuvieron sobre las muchas viajeras que se decidieron a emprender la aventura ultramarina, pero es de suponer que sí fueran limitativos para otras más. De hecho, no soportar las mujeres el viaje ultramarino o el miedo a cruzar el océano fueron razones asumidas socialmente que disculparon las renunciadas femeninas a migrar a los dominios coloniales (Rípodas Ardanaz, 1977: 362; Konetzke, 1945: 129-130). Por su parte, la administración militar contempló en la reglamentación de los viajes familiares toda esta tradición paternalista con la *naturaleza femenina*. De ahí que la “delicada salud” de las señoras, a veces en

12 Han tratado la cuestión de los maridos ausentes: Martínez Martínez, 1991; M. J. De La Pascua Sánchez, 1993-1994; M. A. Gálvez Ruiz, 2002 y específicamente sobre los militares en América D. Rípodas Ardanaz, 1977: 361-370.

peligro de agravarse por los climas adversos de los dominios de ultramar, fuera el motivo alegado más recurrente para no embarcar con sus maridos y permanecer en la península.

Por supuesto, no faltaron problemas serios de salud y, sobre todo, circunstancias femeninas de peso que dificultaron los viajes de las mujeres y repercutieron en las previsiones del embarco familiar, determinando incluso retrasos en la incorporación de los oficiales a sus empleos coloniales. La más común fue la constancia de un embarazo y la posibilidad de parir en alta mar que planteaba temores a la travesía y la negativa a embarcar. Como era preceptivo en semejantes casos, los matrimonios tuvieron que justificar este impedimento para demorar las esposas el viaje ultramarino que debían emprender con sus maridos o para el aplazamiento del viaje de ambos. Así lo tuvieron que hacer mediante certificado médico, entre otros más de los sujetos aquí estudiados, el capitán de dragones Filiberto Mahy y su esposa Felipa Branly, encinta de seis y con riesgo de aborto¹³, o el coronel Juan Flores y Rosalía de Alcalá, una dama de muchos padecimientos, “efectos todos de una constitución endeble y delicada” que ponía también en peligro su embarazo¹⁴:

...todo lo cual es de suma consideración para aconsejarle dirigirles en lo restante de su preñado, y próximo parto, el modo de manejarse, y de evitar todo lo que puede contribuir a promoverlo antes de tiempo con la pérdida del fruto, y acaso de la madre, siendo el movimiento excesivo, indispensable en el camino, una de las causas que contribuyen eficazmente a causar los abortos, como las pasiones de ánimo. Se halla dicha señora en la precisión de no emprender viaje alguno, hasta haber concluido la carrera de su preñado y parto, todo lo cual debe también con más motivo entenderse de embarcarse; pues concurriendo mayores motivos y menos proporción de auxilios en las graves urgencias, que en estos casos acaecen, era temeridad exponerse a unos peligros probables de perder la vida...¹⁵

Quizás sin tanto riesgo pero en igual eventualidad, más mujeres pospusieron su viaje sin interferir en la marcha de los oficiales ya urgidos por las obligacio-

13 AGS, SGU, Leg. 6957, exp. 17 (1790).

14 La situación retrasó por tiempo indefinido el viaje previsto a Guatemala, desde donde había viajado el oficial a España para acompañar a Rosalía en su viaje atlántico. Una vez nacida la criatura el estado delicado de la madre y su imposibilidad para viajar provocaron la renuncia definitiva del marido al empleo americano, AGS, SGU, Leg. 6937, exp. 7 (1785). Nota 19.

15 Expediente de Rosalía de Alcalá y Juan Flores, *Ibidem*.

nes de sus empleos. Pero siempre aceptadas estas demoras bajo el compromiso de emprender la travesía una vez dieran a luz a sus hijos. Como otras tantas, eso es lo que tuvo que hacer en 1799 Micaela Colante, esposa del brigadier y gobernador de Nicaragua Antonio González Mollinedo de Sarabia. Micaela se había quedado embarazada durante el retraso de varios meses que sufrió la partida del matrimonio, desde La Coruña, debido al peligro de los ataques ingleses y cuando, por fin, se fijó la fecha definitiva para zarpar su gestación ya estaba avanzada en siete meses¹⁶.

No era, por otra parte, el embarazo la única circunstancia que obligó a estas señoras a viajar sin sus maridos. También lo hicieron las casadas por poderes que debían reunirse con sus cónyuges, las que cumplían con un requerimiento de reunión conyugal, a instancia propia o del marido, las viudas, americanas y españolas, que regresaban a sus tierras de origen o las que ya instaladas en América realizaron más de un viaje de ida y vuelta para atender cualesquier obligación en la península. Estos últimos casos de repetidas travesías aunque no fueron lo común tampoco resultaron infrecuentes, pocos en todo caso por el alto precio de los viajes y los prejuicios que existían para que las mujeres de cierta condición viajaran sin la custodia de sus esposos u otros familiares varones. Juana Marres fue una de esas escasas viajeras de varias idas y vueltas por el Atlántico. Realizó su primer viaje a Panamá en 1766, con su esposo Nicolás de Palazuelos, para regresar a la península unos años después y embarcar de nuevo a Panamá en 1770, acompañada de su hija y una criada¹⁷.

Eran viajeras sin sus esposos pero nunca solas, ya que lo usual fue que se acompañaran de familiares además de criados y criadas. Entre estas últimas fue importante el contar con amas de leche cuando había criaturas de pecho. Una práctica, esta del amamantamiento de las criaturas por nodrizas, generalizada en el siglo XVIII entre las familias con posibilidades económicas o pretensiones de cierto status, como eran la situación de buena parte de la oficialidad militar. La presencia de estas servidoras es una constante en las licencias de embarque de los

16 Antonio González Mollinedo de Sarabia fue designado para ocupar la presidencia de Guatemala en 1799. AGS, SGU, Leg. 6941, exp. 12 (1799). Otras referencias sobre el personaje en M. Bertrand 2007.

17 Nicolás de Palazuelos era sargento mayor de Milicias, AGS, SGU, Leg. 7060, exp. 41 (1790/1793) / La hija era María de los Dolores Palazuelos, AGI, Contratación, 5514, N.1, R.36 (1770). Nota 36

cónyuges que viajaban con bebés y, por supuesto, en las de las madres cuando embarcaban sin sus maridos. Tal y como aparece en el permiso de una de nuestras viajeras en estudio, Carlina Montero y Timboni y su esposo Félix Martínez Malo, comandante en jefe y gobernador de Portobelo, que pasaron a Indias con dos hijos, de dos años y seis meses, “un criado y un ama de leche”¹⁸. Es, por tanto, un indicador de cierta posición social que no oculta otras ocasiones de urgente necesidad de las amas de leche por la mala salud de las madres y cuya falta supuso un motivo reconocido para suspender o demorar el viaje ultramarino. Con esta intención lo alegaron los citados Rosalía de Alcalá, de delicada salud, y Juan Flores, imposibilitados para el embarco porque no encontraban un ama de leche que quisiera viajar a América¹⁹.

Sin duda el acompañamiento de las señoras era imprescindible dadas las convenciones de género de la época que así lo imponían. También tenía el reconocimiento de la administración militar, hasta el punto de conceder a los oficiales ya estantes en los territorios coloniales licencia de viaje a España, sin descuento de sueldo, con el objeto de guardar a sus esposas y “conducirlas” en la travesía a los destinos coloniales de sus maridos. Por lo general, requerían las esposas este acompañamiento marital cuando no contaban con familiares acompañantes o no disponían de medios para pagar criados: “sin facultades y proporciones para pasar a aquel destino con la debida decencia”, como sintetizaba su situación María de la Humildad Bermúdez de Castro desde la Coruña y casada por poderes²⁰. La mayoría de los oficiales que se acogieron a estas licencias hicieron el viaje de vuelta al servicio colonial con sus esposas. Pero no faltaron los que utilizaron la licencia para el acompañamiento como una artimaña que les facilitaba su regreso a la península y la oportunidad de gestionar en ella un nuevo destino; salvando, claro, los casos en los que la reincorporación se complicó con circunstancias imprevistas²¹.

18 AGI, Contratación, 5518, N. 1, R. 19 (1773) Nota 24, 25.

19 Nota 14

20 Con Ramón de Loya y Frías teniente del Regimiento Provincial de Tlaxcala y Puebla de los Ángeles, en Nueva España, AGS, SGU, Leg. 6989, exp. 12 (1788).

21 Premeditado o no, por ejemplo, la citada María de la Humildad se quedó embarazada durante la licencia de su marido en España para acompañarla en el viaje ultramarino a América. El embarazo se alegó como razón para retrasar el embarco y ampliar el permiso de estancia en la península del oficial, hasta que, por fin, consiguió un nuevo destino en España. *Ibidem*. En la misma forma se cerró el caso de la mencionada Rosalía de Alcalá. Notas 14, 19.

Capítulo aparte constituye la cuestión de las mujeres que enviudaron en América y tuvieron que regresar a España sin sus maridos. Fue frecuente que estas viudas reclamaran la protección de sus hijos varones, casi siempre niños o adolescentes siguiendo ya la carrera militar. Un hijo de catorce años fue el que acompañó en la vuelta a España desde Cumaná a Josefa Martorell, viuda del teniente coronel Pedro González Moreno, que, según se argumentó en la solicitud para el regreso, “precisa de un sujeto que la acompañe ya que es mujer y con hijos pequeños”²². Igual solicitud hizo la viuda Carlina Montero y Timboni, en la que suplicó la protección de su hijo de unos 16 años y con empleo de subteniente en Panamá²³. Esta mujer manifestó no querer dejar a su hijo en aquellas tierras por su corta edad y porque esperaba de él apoyo y consuelo para sus días de viuda en España²⁴. No obstante, se aprecia el objetivo de las viudas de utilizar a su favor estas formalidades de desvalimiento femenino, ya que la intención última era llevar a sus hijos con ellas a España, para lo cual necesitaban conseguir un permiso de acompañamiento que justificara la baja de los hijos en los empleos militares de América. El segundo paso que, prácticamente, todas daban era solicitar un destino militar en España para sus hijos²⁵.

Eran estas experiencias de viudedad otros esfuerzos femeninos del viaje colonial para unas mujeres de primera calidad, meritorios, pues, como se señaló, y por los que pidieron compensaciones. El viaje siempre presente, muchas veces la compensación era para toda una vida de andariega. Veinte años de desplazamientos e incomodidades acompañando a su marido por tierras de Indias eran los que expuso la viuda Josefa Lerín, en 1801, ante la administración militar²⁶.

22 El marido de Josefa Martorell había sido comandante de las tropas de Cumaná, AGS, SGU, Leg. 7171, exp.18 (1783/1790)/ AGI, Contratación, 5525, N. 3, R. 1. Nota 25, 38.

23 Nota 18

24 AGS, SGU, Leg. 7052, exp. 59 (1787/1788). Nota 18.

25 Josefa Martorell pidió para su hijo primogénito una bandera en España. Carlina Montero y Timboni intercedió por su hijo, Francisco Martínez Malo, para el que pidió destino en la península, en el Regimiento de la Princesa. Y Josefa Lerín, AGS, SGU, Leg. 6895, exp. 11 (1793/1794)/ AGS, SGU, Leg. 6885, exp. 57 (1792) / AGS, SGU, Leg. 6895, exp. 08 (1801/1802), viuda de Mariano Pusterla, teniente coronel ingeniero y gobernador de Valdivia, fallecido en 1791, dirigió una solicitud para que se le concediera a su hijo de ocho años, Juan Nepomuceno Pusterla, el grado de capitán, al igual que se le había concedido a su primogénito, Juan María Pusterla, de catorce años, en España. Para las dos hijas, María Josefa y María del Carmen Pusterla, solicitó una pensión sobre las obras pías de las vacantes mayores y menores de Indias.

26 *Ibidem*.

Un memorial repetido por otras tantas esposas, viudas o huérfanas en los que no faltaron alegaciones de las enfermedades, embarazos difíciles y accidentes sufridos durante los traslados. Tal y como en 1779 lo expresó con claridad la viuda Camila Carbonera y Spinola, cuando decía que su mal estado de salud era consecuencia de las innumerables calamidades pasadas durante los traslados y de las condiciones inhóspitas de los lugares de destino a los que obligaba el empleo militar. Quiso dejar constancia de que padecía muchos males, entre los que no era el menor una mano inutilizada durante la huida de un “huracán terrible” que asoló las tierras de la Luisiana. Situación que destaco de mayor riesgo para ella porque se encontraba embarazada²⁷.

Viajeras de cámara alta y los empeños de los viajes

Ya viajaran estas mujeres con sus maridos, como fue lo más común, o sin ellos y siempre con sus hijos cuando los hubo, el capítulo de los gastos fue un determinante de importancia para las condiciones de los viajes, tanto oceánicos como por tierra. Los desembolsos de los traslados entre la metrópoli y los territorios coloniales corrían a cargo de la Real Hacienda para los oficiales y sus familias, para los desplazados “al mando de guarnición” y, en general, por obligación del real servicio; también para soldados y sus familias. La excepción de los viajes pagados se marcaba para los provistos de empleo a instancia propia “para seguir su mérito”, los que, en principio, debían costear el viaje familiar y el del posible séquito de parientes y criados. Un desembolso al que había que sumar los gastos de equipamiento u otras necesidades del viaje. Eran cantidades elevadas para obligados y voluntarios, porque, aun los primeros con el pasaje abonado, los gastos de un traslado familiar a otro continente eran altos. Tocaba, así, resolver los pagos, para lo cual de forma usual, cuando no se disponía del efectivo suficiente, se recurría al crédito de particulares. Aunque, ya terminando el siglo, los créditos terminaron siendo gestionados por la administración como un adelanto sobre el sueldo de los oficiales. En cualquiera de las modalidades estas prácticas crediticias propiciaron una situación de endeudamiento para muchas familias de oficiales.

Por supuesto, y atendiendo a su precedencia, a los altos cargos políticos-militares y sus familias se les costeaba siempre “el pasaporte a América y el re-

27 Viuda, en este momento de la reclamación, del teniente coronel Juan Rodulfo barón de Browner, AGS, SGU, Leg. 6916, exp. 15 (1799).

greso”, estando en el mismo nivel de consideración para ello arzobispos, virreyes, generales y gobernadores. Como es de imaginar, individualmente o en familia este colectivo encumbrado viajaba con holgura y algunos lujos. Condiciones que en cualquiera de las direcciones del viaje no distaron mucho de lo que ha quedado documentado para el viaje del teniente general Pascual de Cisneros, inspector general del Ejército de Nueva España, y su esposa la cubana María Ana Chacón Duarte. De regreso a la península en 1784, en el navío de guerra *Santo Domingo*, se alojaron en la cámara alta del barco²⁸, comieron en la “primera mesa” del capitán y llevaron un séquito de servidores compuesto de “dos criadas, dos criados, dos músicos y una cantora”, a los que se les proporcionaba la comida más corriente del rancho o “ración de Armada”. Como mandaban las ordenanzas, viajaban sin mezclarse con la tropa, atendidos por los mandos de las naves, en los mejores camarotes de los navíos y con comida de calidad. En “12.000 pesos fuertes que hacen 16.000 de España” valoró el capitán de aquella nave el dispendio viajero del gobernador y su esposa. Un precio bastante alto, muy por encima de otros pasajes semejantes con los que se comparó y que hizo difícil la justificación del capitán del navío ante el contencioso que le planteó por ello primero el general Cisneros y después su viuda, más que preocupados por ajustar con la Hacienda el reintegro del pasaje que habían pagado. El capitán alegaba los crecidos gastos de tan numeroso grupo y los debidos a la dignidad de un general, y este ocultaba la presencia de los músicos²⁹.

Cubrir los gastos de la travesía ultramarina fue, por tanto, un ejercicio difícil para buena parte de la oficialidad que se hacía extensivo a la resolución de

28 Aunque hay dudas sobre si la ocuparon entera o, en otro caso, se alojaron en la cámara media, debido a que en el mismo navío viajaba el consejero de Indias y visitador del Perú José Antonio de Areche, quien tenía mayores precedencias para ocupar la cámara alta, AGS, SGU, Leg. 6953, exp. 26 (1783/1788).

29 Cuando los navíos eran de la Armada las condiciones de los pasajes y gastos de manutención estaban regulados por las ordenanzas, también existían acuerdos con los patrones de los buques o compañías comerciales, y en ambos casos la Hacienda reintegraba el gasto que hubieran generado, y por lo general abonado previamente, los oficiales y sus familias que tuvieran derecho al pasaje pagado. Aunque las disposiciones al respecto fueron demasiado generales y dieron lugar a numerosos conflictos y reclamaciones, tanto por parte de los viajeros como de los patrones o comandantes de las naves. Un registro de estos abonos, que abarca casi todo el siglo XVIII, figura en las cuentas de Marina y Guerra de la DGT del AGS. Para este artículo se han tenido en cuenta: AGS, DGT, Inventario 16, Guión 21, Leg. 48, 49,50 y 51 (1741-1798).

los viajes de las señoras sin sus esposos cuando corría por su cuenta el pasaje. La obligación del pago correspondía en principio al cabeza de familia, aunque no siempre pudo hacerse cargo del mismo. Problema que se solucionaba, en el mejor de los casos, cuando las esposas viajeras eran mujeres solventes como María Cayetana Antonia Folguera y Cuyás, casada por poderes con un capitán de servicio en Cartagena de Indias, quien declaraba que pagaba el pasaje por la imposibilidad de que lo hiciera su marido, oficial que “no poseía más bienes que su sueldo”. Esta catalana sufragó, además, el viaje de una criada y un criado que la acompañaban. Se alojó en la cámara alta del barco y llevó un equipaje de tres “cofres”, dos de ella en los que transportaba “la ropa de su uso” y uno de los criados³⁰.

Cuando la circunstancia fue la falta de recursos de ambos cónyuges, la administración militar aseguraba el pasaje. Pero, eso sí, con previa demostración de motivo fundado, como el de los matrimonios por poderes o el de las requisitorias falladas que obligaban a la reunión de los esposos. Los gastos iban a cuenta de las correspondientes cajas reales o de las de los mismos regimientos de los maridos y después descontados de los sueldos de los oficiales. La situación abundó y el procedimiento fue, en esencia, igual al seguido en el caso del teniente Francisco Bourman. Oficial de servicio en Nueva España al que por orden real se le descontaba la mitad de su paga para costear el viaje de su esposa Jerónima Pombo. Una medida que al parecer no fue suficiente ya que se precisó de un aporte del hermano de la esposa para completar la parte del pasaje que faltaba³¹. Igual se procedió cuando el viaje partía de los territorios coloniales y así pudo embarcarse la vecina de Puerto Rico Agustina Lami, casada por poderes, desde Nueva España a la península al encuentro de su marido el teniente Andrés Terry. La orden fue que las cajas novohispanas le facilitaran el dinero necesario para ello que posteriormente le sería descontado al oficial en España. No sin la advertencia de que corría de cuenta de la interesada solicitar una cantidad acorde a las posibilidades del sueldo de su marido “para no proporcionarle empeños”³².

30 El militar era Anastasio Casani, capitán graduado y ayudante del Regimiento de Milicias Blancas de Cartagena. AGS, SGU, Leg. 7053, exp. 50(1789). Nota 37.

31 AGS, SGU, Leg. 6963, exp. 52 (1791/1792)

32 AGS, SGU, Leg. 7140, exp. 4 (1798). Era el final del contencioso que planteó Agustina Lami cuando denunció al, entonces, subteniente por incumplimiento de promesa de esponsales, y que se resolvió con la orden de casamiento y obligación de que viviera con ella, AGS, SGU, Leg. 7139, exp. 8 (1797).

Claro está que fueron muchos los militares sin fortuna personal que bajo este procedimiento quedaron endeudados con sus regimientos, e incluso que no pudieron hacer frente a los descuentos para el viaje de las esposas por arrastrar otras deudas. Una situación que, al margen de las particularidades, estaba en buena parte provocada por la normalizada irregularidad de los pagos de las soldadas y su insuficiencia, como ya era voz pública en el siglo. Condiciones que fueron determinantes para el capitán del Regimiento de Infantería de Buenos Aires Nicolás García, oficial que con su sueldo reducido a un mínimo difícil de soportar a causa de los empeños no podía asumir otra deuda más para costear el viaje de su esposa, Catalina Joel y Barceló, desde la península. Catalina, obligada al traslado por faltarle medios y la regular asistencia económica de su marido en la península, viajó a cargo de los fondos ya descontados del sueldo del oficial para las asignaciones mensuales de manutención. Mensualidades que se retenían en la caja del regimiento, como era preceptivo, para asegurar los pagos de manutención de las esposas separadas de sus maridos³³.

La última opción, cuando faltaban recursos por las dos partes y resultaban imposibles más empeños sobre las soldadas de los oficiales, fue solicitar la subvención real por vía de limosna. En esta forma eran cargados los gastos a la Hacienda y no a las cajas de los ejércitos. Fueron bastantes las mujeres que pudieron embarcar gracias a esta ayuda real cuya resolución siguió el ejemplo del caso de Josefa Puig. A esta señora se le concedió ayuda para reunirse en el Callao con su marido, un oficial de escasa solvencia que no podía enviarle las asistencias mensuales con las que mantenerse en España y menos aún abonarle el pasaje a Perú. En 1790, “Su Magestad” ordenaba que se pagara el embarco de Josefa en el navío de guerra el *Peruano*. Viaje que al final no pudo ser, porque mientras transcurría el largo tiempo de los trámites su marido murió[□]. Pero sí lo hizo Francisca Camero en 1813, esposa de Juan Aguirre, capitán de caballería destinado en Nueva España, a la que por su extrema situación de necesidad, agravada por la desasistencia económica de su marido, se le concedió la subvención del viaje por la vía de Hacienda³⁴.

33 Catalina Joel y Barceló, natural de Palma de Mallorca, era sobrina del famoso corsario y después teniente general de la Armada Antonio Barceló. AGS, SGU, Leg. 6803, exp. 45 (1777/1790).

34 AGS, DGT, Inventario. 45- Leg. 15 (1813).

En estos casos, en los que gestionar y sufragar el pasaje era responsabilidad de la administración real y militar, se facilitaba una nave entre las disponibles y con preferencia la de los menores costos. Por ello, lo más frecuente fue la travesía en navíos de guerra o habilitados para el traslado de tropas. Al igual que el pasaje adjudicado a la anterior Josefa Puig en nave de guerra, otra viajera ya referida, Juana Marres, fue embarcada en 1770 hasta Panamá en la fragata *Diana* que llevaba una tropa a Cartagena de Indias³⁵. Pero, aun viajando con las tropas y por cuenta de la benevolencia real, estas señoras gozaban de las condiciones debidas a los oficiales del Ejército. Sentadas a la mesa de los capitanes o comandantes de los navíos y alojadas en la cámara alta o media, según la disponibilidad, sus viajes tenían las mejores comodidades ofrecidas en los buques de guerra.

Estas condiciones formaban parte de la gestión real que aseguraba los viajes en las naves de la Armada tanto como en las comerciales o de correos cuando se precisó. La autoridad real se hacía sentir en la resolución de estas travesías. Así, por orden real, hubo de resolverse el embarco de la anteriormente citada María Cayetana Antonia Folguera y Cuyás, quien desde el puerto de Barcelona partía al encuentro de su esposo. La intervención fue pedida por la viajera ante las dificultades que encontró para embarcar desde ese puerto “sin otro motivo que el de tener los patrones catalanes resistencia en conducir mujeres”. El viaje se resolvió cuando el juez de arribadas ordenó que se embarcara a María Cayetana en uno de los primeros buques que partieran con destino al puerto de Cartagena de Indias o Santa Marta³⁶.

Otras viajeras también necesitadas de los dineros reales fueron las viudas que regresaban a España obligadas por la difícil problemática que les planteaba la viudez en América. Viudas jóvenes la mayoría, sorprendidas por la muerte prematura de sus maridos, para las que la situación pudo llegar a ser extrema cuando eran unas recién incorporadas a los destinos coloniales o con una estancia corta. Pues, en general, y aun siendo gentes acomodadas, las familias no habían tenido tiempo para pagar las deudas de viaje y asentar su economía. Una gran parte de las que se encontraron en esta situación decidieron emprender el regreso a la península. Como la citada Josefa Martorell, que llegó a Cumaná en 1780 con su marido y tres hijos, y era ya viuda en 1783. Embarazada de un cuarto hijo y sin derecho a pensión de viudedad, se encontró en tal situación de necesidad que

35 AGI, Contratación, 5514, N. 1, R. 36 (1770). Nota 17

36 Nota 30.

hubo de ser auxiliada por la caridad del gobernador y los compañeros de armas del marido. Parece que la situación se le hizo insostenible a Josefa y la vuelta a la península obligada, porque, según argumentó, no podía permanecer en aquellas tierras sin los recursos suficientes para vivir de acuerdo a su calidad, donde incluso carecía de todos los criados que necesitaba. El regreso se imponía, también, por sus “obligaciones de madre y nacimiento” que le urgían a procurar una educación a sus hijos acorde a su posición social y que allí no podía encontrar³⁷. Su viaje de regreso a España corrió a cargo de la Hacienda por vía de favor real, ya que a Josefa no le correspondía el abono del pasaje.

En 1801 con parecidas contingencias se encontró María Teresa García, viuda de Juan Antonio Montes, gobernador electo de Chiloé y brigadier de los Reales Ejércitos. La muerte sorpresiva del brigadier, que le impidió llegar a ocupar el cargo, dejó a su esposa e hijos empeñados con los gastos del viaje de ida que la familia no había tenido tiempo de amortizar. La viuda peleó con la administración real para que se le pagará el viaje por tierra y mar hasta España, en una dificultosa negociación acorde al costo del largo y complicado viaje de vuelta³⁸ que la amenaza inglesa en las costas del Pacífico aconsejó por vía terrestre hasta el punto de embarque para la península en Montevideo. Nos podemos hacer una idea de este itinerario y de los recursos económicos que requirió por el estadillo de los gastos de la viuda de Mariano Pusterla, Josefa Lerín, que siguió con sus hijos el mismo trayecto:

Relación de lo que necesita la señora para el viaje a Buenos Aires

Desde Santiago a Mendoza 4 peones para el cuidado de mi persona y conducción de mis tres hijos menores a 12 pesos cada uno importan 48 p./ 10 mulas de silla a cinco p. cada una importa 50 p. /15 ídem de carga a 5 p. cada

37 Nota 22.

38 A María Teresa se le negó en principio el pago del viaje, ateniéndose a que las órdenes referidas al desembolso de los pasajes por la Hacienda solo cubría a las viudas de oficiales enviados de guarnición, quedando excluidas las de los oficiales que voluntariamente pedían destino en los dominios coloniales. Finalmente, y después de sutiles matizaciones a su caso, se le concedió la ayuda para el viaje por tierra y mar. El pasaje del barco se estipuló ateniéndose a lo dicho en la ordenanza para estos casos: “que a los capitanes de los buques en que se transporten las referidas viudas se abone solamente por ellas y sus hijos la gratificación de mesa que se considera a los oficiales del ejército, y por sus criados la ración de Armada”. AGS, SGU, Leg. 6895, exp. 08 (1801/1802). AGS, SGU, Leg. 6895, exp. 08 (1801/1802).

una importa., 75 p. / Para provisiones....75 p. /Desde Mendoza a Buenos Aires 1 coche alquilado.... 75 p./ 2 carretillas ídem, 48 p./ 11 caballos para dicho coche y carretillas a razón de cinco para el coche, y tres para cada una de las carretillas, los cuales se deben mudar en las postas cuyo total asciende a 195 p. /para provisiones y varios efectos de reserva. (...) para composición de dicho coche y carretillas, 380 p. /total, 996³⁹.

A pesar de ser un presupuesto más o menos ajustado por la Hacienda, los medios materiales y los del servicio personal cubrían con suficiencia un viaje de personas de posición. Pero aun con esas facilidades no dejaba de constituir este viaje una odisea cierta y se puede imaginar, sin mucho esfuerzo con el apoyo de las no pocas descripciones durante el siglo de rutas semejantes, el transcurso del arduo y muy largo viaje de esta mujer y sus hijos atravesando toda América del Sur y la impresionante cordillera andina. El ejemplo remite a otros muchos periplos viajeros de estas señoras *militaras* por el continente americano que terrestres o marítimos dibujan, en definitiva, la geografía del dominio colonial.

Americanas en viaje desde el afuera metropolitano

Por último, y aunque más brevemente, no puede faltar una secuencia de los trasiegos ultramarinos de las mujeres americanas casadas con oficiales peninsulares que cruzaron el océano en ambas direcciones siguiendo los avatares y las oportunidades de los empleos militares de sus maridos. Vistas aquí, en lo fundamental, en los sentidos que les proporciona el viaje a España. Pero ya en ida o vuelta siempre viajeras de y en viaje desde el afuera peninsular que sin remedio significa la entidad metropolitana, sólo posible sobre la diferencia de la subordinación colonial. Viajeras criollas, élite colonial, que componen en su viaje de ida al centro del imperio un sujeto *viajera no-metropolitana*. No faltan noticias de ellas, a pesar de constituir una proporción menor en relación a las esposas peninsulares que fueron al dominio colonial.

En general, fueron ejemplo de un sector de señoras “de posibles” por encima de las dudosas noblezas de Indias. En el imaginario peninsular representadas como el colofón social de las carreras militares seguidas en los dominios coloniales. Fueron, sin duda, matrimonios ventajosos que la mayoría de las veces sustentaron la desahogada posición económica que le era *propia* a la nobleza mili-

39 *Ibidem* y Nota 25.

tar. Y ellas, las esposas, ricas o acomodadas criollas, eran el exponente del éxito de una política colonial que alentó las nupcias de la mayoría de oficiales solteros del Ejército que fueron al servicio colonial con americanas de esta condición (Marchena Fernández, 1983: 155- 163). Un fenómeno masivo el de estos enlaces que caracteriza procesos sociales de importancia en el dieciocho colonial hispano.

Aparte de seguir a sus maridos, algunas de estas criollas bien acomodadas tuvieron como incentivo de los viajes familiares a España, a veces sin sus maridos o ya viudas, las expectativas de promoción social que en la metrópoli abría la carrera militar de esposos e hijos. Entre otras, la condesa de casa Dávalos, natural de Panamá, que se trasladó en 1788 a Sevilla para impulsar, según expresó, la carrera de su hijo⁴⁰. En el mismo año y con igual objetivo, la criolla Mariana Gómez de Parada, nacida en la Guadalajara novohispana, acompañaba a la península a sus hijos admitidos de carabineros distinguidos en la Real Brigada donde sirvió su difunto marido el barón de Ripperdá⁴¹. En otro caso, la muerte frustró el posible posicionamiento familiar en la península de la encumbrada cubana María de la Luz Espinosa de Contreras y su esposo el barón de Kessel⁴¹, pues fallecidos ambos sus hijos regresaron a La Habana reclamados por su abuela Micaela de Justis, condesa viuda de Gibacoa

Casos trágicos como el anterior aparte, la prosperidad de estas viajeras americanas en la metrópoli, en buena razón, no fue la misma para todas. La siempre difícil situación de la viudez patentiza otros avatares, en parte semejantes a los de las viudas peninsulares en la otra orilla que explica los viajes forzosos o convenientes de regreso a su tierra. Las penurias económicas de muchas, relativas penurias de algunas, todo hay que decirlo, que en poco remediaban las cortas pensiones del Montepío, fueron si no el único sí el determinante principal para la vuelta. Por este mismo motivo en 1788 Rosa Valentín de Urquizu decidió regresar a Puerto Rico, su tierra de origen en la que aún vivían sus padres y “con cuyo abrigo podría pasarlo mejor”⁴². Alrededor del mismo tiempo, Ana María

40 Una estrategia de promoción planificada con su marido, Fernando de Rojas y Marres, teniente coronel de dragones en Lima. Grado que parece fue más honorífico que militar para este sevillano comerciante y hacendado. La condesa era María del Castillo y Castañeda, condesa de casa Dávalos, marquesa de Casa Castillo, AGS, SGU, Leg 7093, exp.11 (1788).

41 El barón después de su paso por América había obtenido empleo en el Ejército de Barcelona. Falleció poco tiempo después que su esposa y los huérfanos que dejaban eran de corta edad, AGI, Estado, 18, N. 13 (1795).

42 Viuda del teniente coronel Baltasar de Villaba, AGS, SGU, Leg. 7222, exp. 7 (1788).

Garzón, natural de Xalapa en la Nueva España, pedía por vía de limosna pasaje a Veracruz para ella, su hijo de tres años y un criado. Era un caso de urgencia, ya que la pensión de la viuda estaba paralizada debido a las deudas del marido con el Ejército⁴³. Se les asignó para la marcha el *Arrogante* con un precio ajustado en 400 pesos sencillos. Un año más tarde, también Lorenza Fernández Pacheco, natural de La Habana y viuda del capitán de fragata Gabriel Pérez de Alderete, alegaba mala salud y pocos medios para trasladarse a la capital cubana al cuidado de sus hijos que allí pasaban destinados⁴⁴.

Por lo general, parece que la saneada situación económica de las familias de estas mujeres en América les continuó ofreciendo un nivel de seguridad y comodidad que no había quedado asegurado a la muerte de sus maridos, con probabilidad, oficiales de ajustado patrimonio. Además de las lógicas querencias familiares y de la tierra propia, no hay duda de que estas mejores condiciones económicas fueron decisivas en los muchos viajes de regreso al hogar americano de las señoras criollas, al igual que constituían un factor de atracción poderoso para el establecimiento en los territorios coloniales de la gran mayoría de los oficiales militares que matrimoniaron allí con criollas acomodadas. Así, no extrañan ciertos empecinamientos por la vuelta en los que confluían las querencias y el interés de algunos matrimonios. Por ejemplo, el de la chilena María de las Mercedes Zañartu, hija de un próspero comerciante, y su marido el teniente de navío Juan Antonio Trujillo, casados durante el destino del oficial de la Armada en la Escuadra del Sur, en 1782, que ya en la península persistieron años en conseguir un empleo fijo en Chile para Juan Antonio. El panorama de sus expectativas lo dejó expresado este oficial cuando ante la larga espera insistía en que “cada día se aumenta la necesidad de regresar a la Concepción de Chile, ya para el recobre de la salud de mi mujer como el de aquellos intereses única subsistencia de mis

43 El esposo era José María Chaves, capitán del Regimiento de Infantería de Granada, AGI, Contratación, 5530, N. 3, R. 55 (1786) / AGS, SGU, Leg. 7222, exp. 67 (1788).

44 AGS, SGU, Leg. 7223, exp. 42 (1789). En contraste con el nivel de la oficialidad, son muy escasas las noticias de situaciones semejantes de esposas americanas de soldados españoles. Si bien no falta alguna información, como la que aparece en el expediente de permiso de embarco y ayuda de costa que tramitó la mexicana María Ortigosa, viuda del soldado Juan Bautista Monteveche. Fallecido el soldado, después de 22 años de matrimonio, sólo le dejaba a la viuda “una herencia de penas y miserias para sus dos hijos”. Su única opción fue volver a la protección de su familia americana, AGS, SGU, Leg. 6956, exp. 15

hijos”⁴⁵. Otros significados en clave femenina al viaje de vuelta desde la metrópoli añadiría esta chilena que, sin embargo, quedan ya fuera del alcance de este trabajo.

Conclusiones

El estudio de las prácticas viajeras en este artículo expone un cuadro final de los sentidos creados por el viaje colonial-militar, atlántico y continental, durante el siglo XVIII, de las esposas españolas de la oficialidad militar peninsular en los dominios coloniales que entra en la composición de la representación social del colectivo militar peninsular en el dominio colonial. Representación que proyectada como protagonista por el reformismo borbónico ha de tener en cuenta para su explicación histórico-social, como aquí se ha argumentado, la significación de un señorío femenino metropolitano que adquiere máximo sentido en el viaje colonial-militar. Viaje siempre en dirección al centro o desde el centro del imperio al que ellas pertenecen, que subraya la peninsularidad de unas viajeras empoderada por el imaginario hispanocentrista y en el que se empoderan las viajeras. En todo caso, *viajeras de cámara alta* en los navíos, acomodadas por los privilegios y fueros militares para un viaje colonial que suma sentidos al elitismo de la clase militar peninsular.

Discurso de fondo, pues, colonialista, que articulado con el de género revela perfiles varios de un *sujeto viajera metropolitana* que se añade a la identidad social del colectivo de los mandos castrenses peninsulares. Sujetos femeninos, entonces, superiores en la proyección colonial, modelos metropolitanos ejemplares que estructuran el imaginario del orden social colonial. Son las *señoras militares*, brigadieras, capitanas u otras, así promocionadas en el proceso de militarización de la política y la vida pública colonial que protagonizaron tanto ellas como sus maridos.

Pero, también, mujeres limitadas por las convenciones de género de la cultura hispano-europea, sujetas a las obligaciones conyugales que, de hecho, las convertía en una suerte de viajeras obligadas a los empleos militares de sus maridos y, por tanto, al servicio del rey de España. Límites en los que se desenvuelven los propios de las señoras de las “primeras clases”, mujeres “decentes” que habían de viajar acompañadas. Y los de la *naturaleza femenina*, mujeres frágiles

45 Pasó, al fin, provisto como capitán del Ejército, en el Batallón de Infantería de Chile, AGS, S.M., Leg. 56 (1783) /SGU, Leg. 6890, exp. 34 (1789/1791).

ante el tránsito marino, preñadas siempre inoportunamente, que condicionaron sus prácticas viajeras e incidieron, a veces, en el desenvolvimiento de los empleos militares de sus maridos.

Por último, queda sólo una breve mirada a las viajeras americanas, esposas de los mandos peninsulares en su viaje a la o desde la metrópoli. Un *sujeto viajero no-metropolitano*, de condición colonial, que adquiere sentido en un viaje que siempre parte o regresa a la periferia del centro metropolitano al que construye. No por casualidad, estas criollas, sus matrimonios, sustentaron el bienestar de los oficiales del rey desplazados al servicio colonial tanto como acrecentaron las proyecciones de la representación del poder metropolitano.

Siglas de archivo

AGS: Archivo General Simancas
AGS, SGU: Secretaría del Despacho de Guerra
AGS, DGT: Dirección General del Tesoro
AGI: Archivo General de Indias
Leg. Legajo / exp. Expediente

Localización en internet

Portal de Archivos Españoles, PARES <http://pares.mcu.es/>

Bibliografía

ANDERSON, Benedict. Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.

ANDÚJAR CASTILLO, Francisco. *Los militares en la España del siglo XVIII. Un estudio social*. Granada: Universidad de Granada, 1991. “El fuero militar en el siglo XVIII. Un estatuto de privilegio”. *Chronica Nova*: revista de historia moderna de la universidad de Granada, n° 23, 1996, pp. 11-31

ARCHER, Christon I. *El ejército en el México borbónico, 1760-1810*, traducción de Carlos Valdés. México: Fondo de Cultura Económica, 1983 (1ª ed. en inglés: 1977). Militares”, en: Louisa S. Hoberman y Susan M. Socolow (comp.). *Ciudades y sociedad en Latinoamérica colonial*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 215-254.

BEEBE, Rose Marie and SENKEWICZ, Robert M. (eds.) “The Trials of a frontier woman. Eulalia Callis”. *Lands of promise and despair: chronicles of early California, 1535-1846*. Salt Lake City, Utah: Heyday Books, 2001.

BEIGEL, Fernanda. “Vida, muerte y resurrección de las teorías de la dependencia” en: *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO, 2006.

BERTRAND, Michel. “Poder, negocios y familia en Guatemala a principios del siglo XIX”, *Historia Mexicana*, México: El Colegio de México, vol. 56, n° 3, 2007, pp. 863-917 [en línea] http://revistas.colmex.mx/revistas/13/art_13_1134_8612.pdf [Consultas: 2008-2009]. Todos los vínculos incluidos en esta bibliografía figuraban en línea entre en estas fechas]

BOLUFER PERUGA, Mónica. “Debate de los sexos y discursos de progreso en la Ilustración española”, en: *Modernidad iberoamericana. Cultura, política y cambio social*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2009, pp. 321-349.

CAMPBELL, León G. *The military and society in colonial Peru, 1750-1810*. Philadelphia: American Philosophical Society, 1978.

DE LA PASCUA SÁNCHEZ, María José. “La cara oculta del sueño indiano: Mujeres abandonadas en el Cádiz de la Carrera de Indias”. *Crónica Nova*, revista de historia moderna de la universidad de Granada, n° 21, 1993-1994, pp. 441-468.

DÍEZ MARTÍN, María Teresa. “Representaciones y prácticas de género en la proyección del colectivo social de la oficialidad militar. Una estrategia de la política colonial en el siglo XVIII”. *Revista destiempo*, Dossier Virreinos, México DF: año 3, n° 14. Mayo-junio 2008. pp. 354-396 [en línea] http://www.destiempo.com/n14/diez_14.htm

GÁLVEZ RUIZ, María Ángeles. “Mujeres y maridos ausentes en Indias”. Coloquio de Historia Canario-Americana. XIII - Congreso de la Asociación Española de Americanistas. VIII. 1998. Las Palmas de Gran Canaria, 2000, pp. 1162-1173 [en línea] www.americanistas.es/biblio/textos/08/08-079.pdf

KONETZKE, Richard. “La emigración de mujeres españolas a 1945 América durante la época colonial”. *Revista Internacional de Sociología*, Madrid: CSIC, Vol. III, 1945, pp. 123-150. *Colección de Documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica, 1493-1810*. T. III. Madrid: CSIC, 1962.

MACÍAS DOMÍNGUEZ, Isabelo. *La Llamada Del Nuevo Mundo: La Emigración Española a América, 1701-1750*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1999.

MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan. *Oficiales y soldados en el ejército de América*, Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, CSIC, 1983. *Ejército y milicias en el mundo colonial Americano*, Madrid: MAPFRE, 1992. “Sin temor de Rey ni de Dios. Violencia, corrupción y crisis de autoridad en la Cartagena colonial”, en: KUETHE, Allan J. y MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan (eds.) *Soldados del Rey. El ejército Borbónico en América colonial en vísperas de la independencia*. Castelló de la Plana: EDITORIAL, 2005, pp. 33-100. *El Ejército de América antes de la Independencia: ejército regular y milicias americanas, 1750-1815*. Hojas de servicio, uniformes y estudio histórico. Madrid: Fundación MAPFRE TAVERA, 2005.

MÁRQUEZ MACÍAS, Rosario. *La emigración española a América, 1765-1824*. Oviedo: Universidad de Oviedo, 1995.

MARTÍNEZ MARTÍNEZ, María del Carmen. “Vida maridable, algunas peculiaridades en la emigración a las Indias”. *Anuario Jurídico y Económico Escurialense*. Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, n°. 23, 1990-1991, pp. 349-363. *Desde la otra orilla. Cartas de Indias en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid (siglos XVI-XVIII)*. León: Universidad de León, 2007.

MARTÍNEZ SHAW, Carlos. *La emigración española a América (1492-1824)*. Oviedo: Fundación Archivo de Indianos. Principado de Asturias y Caja de Asturias, 1994.

McALISTER, Lyle N. *El fuero militar en la Nueva España / 1764-1800*), traducción de José Luis Soberanes. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1982 (1ª ed. en inglés: 1957), [en línea] Boletín Mexicano de Derecho Comparado, Nueva Serie Año XV, n° 43 (Enero - Abril 1982) <http://www.juridicas.unam.mx/publica/rev/boletin/>

MACÍAS DOMÍNGUEZ, Isabelo y MORALES PADRÓN, Francisco. *Cartas desde América (1700- 1800)*. Sevilla: Junta de Andalucía, 1991.

NUTTALL, Donald A. *The señoras gobernadoras of Spanish Alta California. A comparative study*. Papers from the Presidio. Santa Bárbara: Santa Bárbara, Trust for Historic Preservation, 1998.

REYES, Bárbara O. *Private Women, Public Lives: Gender and the Missions of the Californias*. Austin: University of Texas Press, 2009

RÍPODAS ARDANAZ, Deisy. *El matrimonio en Indias. Realidad social y regulación jurídica*. Buenos Aires: Fundación para la Educación, la ciencia y la cultura, 1977.

SAGUIER, Eduardo R. “Las contradicciones entre el fuero militar y el poder político en el Virreinato del Río de la Plata”. Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe, European Review of Latin American and Caribbean Studies, Amsterdam: Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos, n° 56, 1994, pp. 55-74.

http://www.er-saguiet.org/obras/udhielal/pdfs/Tomo_09/0-MIL-04-Abstr.pdf

SUÁREZ, Santiago Gerardo. *Jurisdicción eclesiástica y capellanía castrenses. El matrimonio militar*. Caracas: Italgráfica, 1976.

LA MIRADA DE LAS VIAJERAS ANTE LA ESCLAVITUD EN LAS AMÉRICAS. LAS EXPERIENCIAS DE MARIA GRAHAM, FLORA TRISTAN, FANNY KEMBLE Y FREDRIKA BREMER.

Claudia Borri
Università degli Studi, Milano (Italia).

Casi todas las viajeras europeas que durante el siglo XIX emprendieron rumbo hacia las Américas dedicaron una específica atención al tema de la esclavitud. Examinaremos aquí los relatos de viaje que cuatro mujeres de diferente nacionalidad narraron en los años que van, *grosso modo*, de 1820 a 1850. Maria Graham (1785-1842) y Flora Tristán (1803-1844) viajaron por Sudamérica; Fanny Kemble (1809-1893) y Fredrika Bremer (1801-1865) por los Estados Unidos, aunque ésta última prolongó su viaje hasta Cuba. Hemos adoptado una óptica comparada que basa su razón de ser en la creencia común de la época, según la cual la esclavitud era menos cruel en las ex colonias de Sudamérica que en los Estados Unidos.¹ Aun destacando esta diferencia, nuestras viajeras condenaron con decisión toda esclavitud allá donde se practicara, si bien ninguna de ellas, como se deduce de sus datos biográficos, formara parte como miembro activo en alguna de las asociaciones que en aquellos años luchaban a favor de la emancipación de los esclavos. Además, ninguna de las cuatro viajeras mencionadas sostuvo la causa abolicionista por medio de escritos específicamente dedicados a este tema.

Sus ideas se remiten, si acaso, a un clima cultural cuyo origen es la divulgación de las ideas y de la acción de un ramificado movimiento abolicionista que, a partir de las últimas décadas del siglo XVIII involucró, sobre todo en Gran Bretaña, a numerosos grupos de mujeres. En un primer momento, la moral común aceptó la participación de las mujeres en las campañas antiesclavistas porque, siendo dictada por motivos religiosos y filantrópicos, no excedía los ámbitos

¹ Idea generalmente aceptada también por los historiadores modernos; véanse L. FONER and E. D. GENOVESE (ed.). *Slavery in the New World. A reader in comparative history*, Englewood Cliffs (N.J.): Prentice-Hall, 1969 y J. H. ELLIOTT. *Empires of the Atlantic World. Britain and Spain in America, 1492-1830*, New Heaven and London: Yale University Press, 2006.

de interés típicamente femeninos. Cabe decir que, si en 1807 el diputado inglés William Wilberforce logró que el Parlamento aprobara el final de la trata de africanos, fue también gracias al apoyo de las mujeres.

Sin embargo, en el curso de pocas décadas, y sobre todo a partir del éxito de 1833, cuando en las colonias inglesas fue abolida la esclavitud, las activistas, visto y considerado que a las mujeres, al igual que a los esclavos, se les privaba de muchas libertades, emprendieron la ruta de reivindicaciones más marcadamente femeninas. Fue justamente la familiaridad que las mujeres habían tenido con los instrumentos de la propaganda política lo que hizo que el movimiento evolucionara hacia esta línea.² Boicoteando los productos procedentes del trabajo de los esclavos, haciendo propaganda de puerta en puerta, redactando panfletos y recogiendo firmas para presentar peticiones ante el Parlamento, las mujeres habían tomado conciencia de sus derechos y habían logrado la capacidad organizativa para hacerlos valer. Por ello, en las décadas sucesivas, la causa abolicionista se tornó el frente en el que se combatieron las primeras luchas feministas a favor del derecho a la libertad personal, a la propiedad y a la custodia de los hijos en caso de separación, sobre todo después de que en los Estados Unidos tomara fuerza un movimiento contra la esclavitud en el que las mujeres participaban.

En este contexto, los reportajes de los que nos ocupamos son emblemáticos, ya sea porque reflejan la gran divulgación de las ideas abolicionistas, que porque documentan su evolución a lo largo del tiempo. Denunciando las atrocidades de la esclavitud con la fuerza del testimonio ocular, con tales reportajes las autoras desarrollaban también una eficaz acción de propaganda ante un público de lectores a los cuales ofrecían informaciones de primera mano. A la vez, demostraban que las viajeras participaban en un debate político internacional, al tejer una tupida red de relaciones interpersonales y de intercambios culturales que involucraban, en ambas orillas del océano, a las mujeres que luchaban por la libertad propia y por la ajena.

Maria Graham en Brasil (1821-1823)

Al volver de Sudamérica, la viajera inglesa Maria Graham publicó en 1824 dos relatos de viaje, el primero -del cual ya nos ocupamos en su día- concerniente

2 C. MIDGLEY. *Women against slavery. The British Campaigns 1780-1870*, London: Routledge, 1992.

a Chile, el segundo, a Brasil.³ Dado que la presencia de esclavos en Chile era tan exigua que no suponía un problema y, por ende, no atraía su atención, el *Journal of a Voyage to Brazil, and Residence there, during part of the years 1821, 1822, 1823* constituye, pues, uno de los primeros textos escrito por una mujer en tener por argumento la esclavitud.⁴ En 1821 Maria Graham llegó a la colonia portuguesa siguiendo a su marido, el capitán de la fragata *Doris*, que había sido destinado allí por su gobierno para proteger a los residentes ingleses durante los tumultuosos eventos que oponían al gobierno colonial portugués y a los independentistas, fieles a Dom Pedro. Tras varias escalas en Brasil, el capitán Graham siguió su misión, pero murió cuando estaba doblando el Cabo de Hornos. Su esposa Maria llegó sola a Valparaíso y permaneció en Chile por unos seis meses. Más tarde, en 1823, durante el viaje de vuelta, volvió a parar en Río de Janeiro durante unos meses más, antes de seguir hacia Inglaterra.

En septiembre de 1821, durante el desembarque en Recife, a Maria Graham le cayó en suerte presenciar, por primera vez, un mercado de esclavos. Unos cincuenta muchachos, agotados por el ayuno y por la larga permanencia en los depósitos, yacían amontonados por el suelo en medio de perros callejeros. De vuelta a la nave, indignada por lo que acababa de ver, la joven decidió, discretamente, que a partir de ese momento «nada de lo que estuviera en su poder habría sido demasiado pequeño o demasiado grande para contribuir a abolir o a aliviar la esclavitud».

En los días que siguieron, después de haber visto a una mujer blanca golpear con brutalidad a su esclava, tuvo la oportunidad de ver algunos depósitos en donde se amontonaban los esclavos que, recién desembarcados de las naves, aparecían débiles y demacrados. También le tocó vivir, mientras se encontraba cabalgando por la playa, el aturdimiento que le produjo ver el brazo del cadáver de un negro sobresalir de la arena blanca. De hecho, mientras que para los esclavos de vieja data estaba prevista una sepultura, si bien somera, los restos mortales de los «negros nuevos» quedaban abandonados a orillas del mar para que la alta marea se los llevara. Otra barbarie más derivada de la trata.

3 C. BORRI. *Lo specchio della lontananza. Tre viaggi di donne in Sudamerica (Secolo XIX)*, Torino: il Segnalibro, 2002. En adelante las traducciones del francés y del inglés son nuestras.

4 Los títulos de las obras de nuestras viajeras se mantienen, en adelante, en el idioma original, es decir francés para F. Tristán e inglés para M. Graham, F. Kemble y F. Bremer.

Tras haber ilustrado sus primeras y dramáticas impresiones, Maria Graham ofrece al lector algunos datos demográficos que bien explican las tensiones raciales que se viven en la ciudad. En efecto, la población de Recife estaba compuesta por 70.000 habitantes, de los cuales sólo una tercera parte era de raza blanca. Los mulatos constituían la parte más activa de la población de color y a menudo acumulaban grandes fortunas, al igual que los pocos negros libres. Sin embargo, los portugueses preferían casar a sus hijas con el más miserable de los europeos, antes que con un brasileño y veían con temor la eventualidad de una revolución que, declarando a todos los hombres iguales, autorizaría a los esclavos, una vez liberados, a vengar las injusticias que «durante tanto tiempo y con tanta paciencia habían aguantado». A la atenta observadora inglesa, convencida partidaria de la independencia de los estados sudamericanos, no se le pasa inadvertido el hecho de que, en esta situación, los revolucionarios no supieron valorar bien la situación:

«¿Quizá los patriotas se estén equivocando? Han puesto las armas en manos de los negros nuevos, aun sabiendo que su memoria mantiene todavía vivo el recuerdo de la deportación de su tierra, la nave y el mercado de esclavos». (Graham, 1824: 107)

Durante la visita a Bahía, Maria Graham volvió a tener la ocasión de asistir al mercado de esclavos, espectáculo que «todavía no había aprendido a presenciar sin sentir vergüenza e indignación». En esta ocasión, empero, deja la descripción del lugar a la competencia y autoridad de Amedée François Frézier, de quien cita al margen un fragmento de su *Voyage to the South Sea*, como queriendo subrayar que, un siglo después de los relatos del viajero francés, nada había cambiado.⁵

Partiendo de los sentimientos que la observación de la realidad le suscitaba, María Graham formula juicios morales y políticos: la compra-venta de seres humanos es inaceptable; las condiciones en las que viven los esclavos son señal de barbarie; es necesario comprometerse personalmente en la lucha contra la esclavitud; los «negros nuevos» podrían aprovecharse de la lucha por la independencia para librarse del yugo de la esclavitud; los portugueses residentes mal aceptan las novedades políticas, ya que temen una revuelta de los esclavos.

⁵ La primera edición inglesa de 1717 de A. F. FRÉZIER. *A voyage to the South Sea and Along the Coasts of Chili and Peru in the Years 1712, 1713 and 1714*, sigue de un solo año la *editio princeps* en francés.

Para reforzar sus opiniones, se vale de datos objetivos sacados de periódicos, pero para hacer mella emotivamente en el lector, adopta los instrumentos utilizados por la propaganda antiesclavista inglesa, la cual proponía a menudo ilustraciones, pinturas y *gadgets* para divulgar sus creencias entre la gente común.⁶ Dibujante aficionada, aunque no por ello falta de talento, Maria Graham ilustró personalmente su reportaje, retratando del natural a personas y paisajes. No teniendo la posibilidad, dadas las circunstancias, de reproducir ella misma el mercado de esclavos, publicó dos grabados de Augustus Earle —conocido dibujante inglés a quien conoció *in situ*— cuyos títulos eran, respectivamente, *Slave Market at Rio de Janeiro y Gate & Slave Market at Pernambuco*.⁷

Maria Graham estaba de acuerdo con el esfuerzo que su país estaba cumpliendo para acabar con la trata y perseguir a quien la practicaran. Y este sentimiento le induce a interrogar al capitán Finlaison del *Morgana*, cuando, desde el 17 de octubre hasta el 8 de diciembre, se traslada a Bahía, «el principal puerto de esclavos de Brasil». El oficial, de vuelta de una misión de control del contrabando por las costas africanas, le contó que cuando las naves negreras, sobre todo las francesas, eran perseguidas, los marineros ataban a las esclavas a los barriles y las echaban al mar, o bien, para esconder su mercancía humana, estibaban en cajas cerradas a los esclavos, con lo cual tenían poquísimas posibilidades de sobrevivir. No nos debe sorprender, pues, el hecho de que —como comenta la viajera— el alma de quien ejerce la trata «se vuelva insensible ante los sufrimientos individuales de los esclavos». La postura moral de Maria Graham, en este caso, está teñida de matices nacionalistas y anti franceses. Esforzándose por volver creíbles y objetivas sus fuentes, al día siguiente de haber escuchado estas declaraciones, una vez más la joven compra viejos ejemplares de un periódico local y, por los números que en ellos se indican sobre la trata, deduce que más de un quinto de los esclavos muere durante la travesía de África a América.

En Río, la etapa sucesiva de su viaje (15 de diciembre de 1821-24 de enero de 1822), Maria Graham pudo comprobar las condiciones de vida de los esclavos en una plantación de caña de azúcar, en donde permaneció durante tres días. Le

6 Véase M. WOOD. *Blind Memory. Visual representations of slavery in England and America, 1780-1865*, Manchester: Manchester University Press, 2000.

7 A. Earle había sido enrolado por el *Beagle*, según lo referido por C. Darwin, pero tuvo que dimitir del encargo por motivos de salud. En la muestra londinense *Off the Beaten Track* (2004) se expuso el *Book of Botanical Illustrations* de M. Graham.

causó impacto su modo primitivo de trabajar, así como el hecho de que el alimento y el indumentario les fueran suministrados por los mismos amos. Observando a los esclavos tanto mientras trabajaban como en sus ratos de ocio, la autora enfatiza las capacidades intelectuales y artísticas que demuestran en el campo de la artesanía, la carpintería y la música, como queriendo rechazar las hipotéticas, pero verosímiles, acusas de inferioridad racial. Lo que más le emociona es la suerte que se les depara a los esclavos ancianos. Los amos, para deshacerse de los trabajadores que dejan de ser hábiles, les dan la libertad, condenándoles a llevar una vida, si cabe, mucho más mísera que la que llevaban cuando eran esclavos.

Como ya hemos comentado, de vuelta a Chile, el 13 de marzo de 1823 María Graham desembarcó por segunda vez en Río, en donde permaneció por unos seis meses, antes de emprender ruta hacia Inglaterra el 2 de octubre del mismo año. Esta vez tiene la intención de documentarse sobre la vida cotidiana de los esclavos en el campo. Así, llega a *Mata Paciencia*, la plantación de caña de azúcar en la que trabajaban 200 negros y de los cuales es ama Doña Mariana que cortésmente le había invitado. Lo primero que hace es ir andando ella sola hasta un poblado en donde 1.500 esclavos, distribuidos por tres *feitorias*, tienen a disposición una pequeña parcela que laboran en los días que libran (los viernes por la tarde, los sábados y los domingos). Disponen también de un hospital, en donde son curados por un médico blanco y un asistente negro. Con lo poquísimo que ganan pueden alimentarse y vestirse como les plazca. Desde esta gran plantación modelo, que, no por nada, es propiedad del emperador, la joven inglesa vuelve a *Mata Paciencia*, en donde, al llegar los sábados, «bendice» esa jornada porque los esclavos, disfrutando del descanso semanal, pueden ocuparse de sus actividades: van a por leña a la selva, se ocupan de su propia huerta y cosechan el café y el maíz sembrados en sus campos.

Con una pizca de ironía, María Graham cita las palabras con las que Doña Mariana explica el porqué los «negros nuevos» son más dóciles que los «negros criollos». Los primeros, acostumbrados a los latigazos desde el primer momento en que les capturaron, aprendieron a tener miedo y, por lo tanto, a obedecer, mientras que los segundos, educados en casa y conociendo la indulgencia de los amos, aprendieron a aprovecharse de ello. Entre estas palabras, a Doña Mariana se le pasa desapercibido un dato sobrecogedor: la mitad de sus esclavos negros muere antes de cumplir los 10 años de edad. Sus palabras, subrayando el sometimiento de los «negros nuevos» y la alta mortalidad de los esclavos, resaltan el hecho de que, en fondo, la trata responde a las necesidades de los plantadores

y, de alguna manera, la justifica. En este caso, la autora descarga la responsabilidad de lo dicho sobre la dueña, evitando tomar posturas personales porque -además de conocer la opinión del lector europeo, más propenso a compartir las opiniones de la viajera- debe, por amabilidad, considerar la susceptibilidad de los ricos propietarios de plantaciones y de esclavos (incluido el emperador) que tan afectuosamente la han recibido y acogido. Este tipo de reticencia también la encontraremos en Fredrika Bremer, aunque ésta no logrará capear el problema con igual habilidad.

Las observaciones de Maria Graham sobre la esclavitud están diseminadas en un contenido que se ocupa de otros aspectos de Brasil -desde los políticos hasta los botánicos- pero que, tomadas en su conjunto, componen un cuadro articulado del problema. De hecho, la joven viajera, aun obstaculizada en sus movimientos por las circunstancias, no deja pasar ocasión para poder documentarse sobre tal realidad. Las dificultades no amenguan ni la intensidad de sus sentimientos (la piedad, la indignación, el aprecio por las capacidades de los negros), ni las ganas de saber y de conocer, que se expresan con el intento de superar lo que le dicta el corazón mediante la recolección de datos objetivos. Su fuerte condena de la trata de negros y de la crueldad para con ellos no contempla apelación alguna. Solamente en la descripción de las plantaciones modelo de propiedad del emperador, en un Brasil ya independiente de Portugal, las condiciones de vida de los esclavos aparecen más humanas y parecen convalidar la suposición de que la esclavitud en Sudamérica era menos terrible de la norteamericana.

Hubieron de transcurrir más de dos décadas antes de que otra y más conocida viajera, la austríaca Ida Pfeiffer (1797-1858), llegara a Brasil y volviera a hablar de esclavitud. Maria Graham -a quien Ida Pfeiffer no conocía- pasó a ser considerada como una pionera y un ejemplo para otras jóvenes viajeras de su país, como Fanny Kemble y Harriet Martineau, las cuales se alternaron en su lecho durante los últimos años de su vida, cuando, inmobilizada por la parálisis, les recibía en su casa londinense.

Flora Tristán en Cabo Verde y en Perú (1833-1834)

En un anterior trabajo, en el que nos ocupamos detenidamente de Flora Tristán, quizá la más conocida entre las viajeras que desde Europa se dirigieron hacia Sudamérica, pudimos observar la influencia que el viaje emprendido tuvo en la vida de esta mujer y lo que supuso para ella: una clara distinción entre una

fase anterior de su vida, la de una joven separada que vivía a duras penas trabajando como dama de compañía para poder mantenerse a sí misma y a su hija Aline, y otra sucesiva, en la que, consciente de los males de la sociedad, la joven francoperegrina se dedicó totalmente a la lucha en favor de la emancipación femenina y de los desheredados, hasta volverse una protagonista en el ambiente de los primeros teóricos del socialismo en Francia.⁸

Flora Tristán salió el 7 de abril de 1833 desde Burdeos hacia Perú donde esperaba encontrar en la familia de su tío paterno, don Pío Tristán y Moscoso, además de una acogida cariñosa, el reconocimiento de la legitimidad de su nacimiento y, de consecuencia, la parte de herencia que le correspondía. Así pues, fueron razones personales, junto a la esperanza de poderse rescatar de su condición de «paria» de la sociedad, las que le llevaron a emprender ella sola un viaje tan arduo. A su retorno, el bagaje de experiencias acumulado marcó determinadamente “un antes y un después”, es decir, contribuyó a que una joven «víctima» de la sociedad se transformara en una verdadera revolucionaria. Entre estas experiencias se cuenta la de la visión ofrecida por la esclavitud que, aunque se limitara a dos ocasiones, no por ello fue menos significativa en la formación de nuestra viajera.

A los 25 días después de haber zarpado, el *Mexicain*, la nave en la que Flora Tristán se había embarcado, tuvo que hacer una escala inesperada en La Praya, el puerto de la isla de Santiago, en el archipiélago portugués de Cabo Verde.

En su relato, *Pérégrinations d'une Paria* (1838), Flora Tristán cuenta que, dadas las inesperadas circunstancias, decidió desembarcar «para ir a vivir en una casa portuguesa, y así tener la oportunidad de poder estudiar los usos y costumbres de los residentes». En La Praya fue recibida por el cónsul estadounidense y acogida en casa de una rica viuda francesa, la señora Watrin, pero, aturdida por «el olor de los negros», preferió volver rápidamente a la nave, y en ésta permaneció durante toda una semana, o sea, por el tiempo que el *Mexicain* estuvo anclado. Al no tener la oportunidad de observar de cerca los horrores de la esclavitud, en un primer momento tuvo que limitarse a destacar que los habitantes de la isla comerciaban en esclavos o que cambiaban «a los negros por harina, vino, aceite, arroz, azúcar y demás comestibles o productos». Sin embargo, mientras permaneció en la nave, escuchó las horribles narraciones de M. Tappé, un detestable negrero francés el

8 Véase C. BORRI, *Lo specchio...*, cit.

cual no le ahorró los detalles deshumanos concernientes tanto a la trata como al cinismo ávido de aquellos quienes, como él, la practicaban. Finalmente, antes de partir, Flora Tristán decidió desembarcar de nuevo para despedirse personalmente del cónsul estadounidense y de la señora Watrin.

La vuelta a la isla se tornó un auténtico descenso a los infiernos. En primer lugar, Flora se quedó estupefacta e indignada viendo cómo el hospitalario y caballeresco cónsul americano apaleaba a un esclavo que, tirado a sus pies, tenía el rostro cubierto de sangre. En segundo, durante el recorrido que la llevaba hasta la casa de la señora Watrin, observando los efectos devastadores de la esclavitud en el aspecto de los negros que veía, nuestra viajera afirmaba que «los hombres tenían una expresión de dureza y a veces hasta de ferocidad, y las mujeres de descaro y estupidez». En cuanto a los niños «eran horribles por su fealdad, completamente desnudos, flacos, en los huesos; podrían ser confundidos con monitos». Para terminar, ya casi llegando a su destino, mientras pasaba delante del ayuntamiento, Flora Tristán no pudo evitar ver a unos «soldados que estaban golpeando a unos negros por orden de los amos a quienes éstos pertenecían». En lugar de consolarla por lo que le había tocado ver, la señora Watrin le aseguró que en una sola semana ella también se acostumbraría a tales espectáculos.

De vuelta a la nave, Flora tuvo otro desagradable encuentro con el capitán Brandisco, un navegante veneciano contrabandista. Los ingleses le habían apresado la nave y los esclavos que en ella transportaba, y lo habían encarcelado durante dos años en Londres. La amarga experiencia no le impidió reanudar su actividad ilegal a lo largo de las costas de Sierra Leona y más tarde trasladarse a Cabo Verde, en donde seguía dedicándose al lucrativo contrabando de esclavos. Casi queriendo comprobar que lo que contaba era verdad, Brandisco le mostró a la impresionada joven a un chaval de color, volteándolo por todos lados «lo mismo que haría un corredor de comercio con un potrillo». Este acto de «barbarie», además de apesadumbrar a Flora Tristán, le volvió «evidentes todos los males de la esclavitud».

La breve descripción de la vida en una colonia portuguesa esclavista pone de manifiesto el hecho de que, aún por los años '30, tanto los europeos —franceses e italianos en este caso— como los estadounidenses estaban involucrados en el tráfico y en la distribución de esclavos, a despecho de las leyes inglesas y de las declaraciones de igualdad de las propias constituciones republicanas. Al no estar preparada ante esta realidad, Flora Tristán anotó todo lo que vio, manifestando toda su indignación y su repugnancia por ese mundo que rezumaba violencia

y prevaricación. Lo hizo sin censurar sus propias e intensas sensaciones tanto frente al cinismo y a la desvergüenza de los traficantes de seres humanos como a la ferocidad y a la crueldad de los dueños de esclavos. En cierta manera al denunciar tales abusos la joven escritora manifestaba un estado de ánimo más que una posición ponderada. De hecho, en el caso de Flora Tristán la fama de feminista, protosocialista y revolucionaria a menudo cubrió la otra más auténtica de la viajera que, en el momento de la partida, consciente solamente de su condición marginal de «paria», sabía muy poco de política y de luchas sociales. A madurar sus convicciones progresistas en estos ámbitos debió contribuir precisamente ver la injusticia que el hombre blanco cometía para con el hombre de color, una especie de iniciación a las injusticias que le tocó ver —y criticar duramente— también en Perú.

Al observar la realidad de un lejano rincón colonial, sin embargo, Flora Tristán supo captar por instinto algunos elementos significativos de la trata de esclavos. Por ejemplo, que por las costas de la Sierra Leona, el primer estado formado por esclavos liberados tras la independencia norteamericana y que pasó en 1807 bajo la administración británica, florecía el contrabando de negros, tal y como demostraba la actividad ilegal de Brandisco, a pesar de que la flota inglesa navegara por aquellas latitudes para interceptar naves negreras.

Durante su sucesiva permanencia en Perú, antes en Arequipa (septiembre de 1833 - abril de 1834) y después en Lima (abril de 1834 - julio de 1834), Flora Tristán dejó de interesarse por el problema de la esclavitud, concentrada como estaba en el torbellino de sus avatares personales y en la observación de la condición femenina y de las desigualdades sociales en aquella que pasaría a ser su segunda patria.

Sólo casi al final de su permanencia, mientras se hallaba todavía en Lima, visitó la plantación de caña de azúcar de M. Lavalle en Chorillos, un lugar de veraneo a pocas millas de la capital. No cabe duda de que la visita al ingenio fue deliberada, como si Flora Tristán, antes de volver a Europa, hubiera querido aprovechar de la ocasión para comprobar de persona la esencia misma de la esclavitud en su lugar más característico, una gran plantación en donde vivían «400 negros, 300 negras e 200 negritos». El dueño del ingenio, conversando con su interlocutora, sostenía que, «tal como ocurría en todos los pueblos de origen español», las condiciones de vida de los esclavos en Perú eran menos duras respecto a las de los demás países americanos; a esto añadía que a los esclavos del país se les ofrecía la posibilidad de emanciparse.

La rotunda réplica de Flora Tristán a este propósito es más bien interesante y denota su alcanzada madurez política, la cual se desarrolló, probablemente, durante el largo periodo (1834-1838) transcurrido entre su retorno y la publicación de las *Pérégrinations*, obra en la cual se vislumbran influjos de la batalla abolicionista que, justo en aquel entonces y tras un largo paréntesis de estancamiento que siguió a la epopeya napoleónica y la Restauración, se estaba volviendo a vivir en Francia. De hecho, aun reconociendo la mayor humanidad de las leyes españolas y del tratamiento reservado a los esclavos, en parte debido a la común fe religiosa, Flora Tristán niega que los esclavos de las ex colonias españolas pudieran llegar a beneficiarse de la facultad de emanciparse. También para ellos, tal como ocurre en las colonias francesas, la esclavitud es, en realidad, perpetua, por las características propias del trabajo en la plantación. Sólo en caso de que los productos que en América dependen del trabajo de los esclavos perdieran su valor, la esclavitud podría ser modificada. Luego de esta afirmación Flora Tristán expresa su apoyo a las damas inglesas que habían boicoteado el consumo del azúcar procedente de las colonias de las Indias occidentales hasta que el parlamento inglés no hubiera adoptado la ley sobre la abolición de la esclavitud en las colonias. De hecho, fue aprobada en 1833.

Terminada la conversación con el esclavista M. Lavalle Flora Tristán entró en el bohío de dos esclavas y después relató con matices dramáticos sus vicisitudes personales:

«Ambas habían dejado morir a sus niños negándose a amamantarlos; ambas, completamente desnudas, se habían acurrucado en un rincón. Una comía maíz crudo: la otra, joven y hermosa, me miraba y parecía decirme: “He dejado morir a mi hijo porque yo sé que nunca será libre como tú; lo he preferido muerto, antes que esclavo”. Ver a aquellas mujeres me hizo daño. Bajo esa piel negra hay un alma grande y orgullosa». (Tristán, 1838: II, 417-418)

La descripción de las dos madres que sacrifican a sus hijos para no verles crecer como esclavos podría parecer sacada de la tragedia griega y, por ello, involuntariamente retórica, si no fuera por el hecho de que el suicidio y el sacrificio de hijos eran, en realidad, muy frecuentes entre los esclavos. En todo caso, el gesto fatal de esas desafortunadas madres parecía contradecir sin apelación la afirmación de su dueño, según el cual la esclavitud en Sudamérica era menos oprimiente que la de otros países. La escritora francoperuana supera este tópico - que duró por mucho tiempo, como demuestran los testimonios de Fredrika Bremer y, más

tarde, los de Ida Pfeiffer - representando la esclavitud como un mal absoluto, que podía encontrar remedio sólo en la completa libertad de todos los seres humanos

Aún más que Maria Graham, sin embargo, Flora Tristán se acerca sólo esporádicamente al tema de la esclavitud, partiendo de las narraciones de los demás y de su limitada experiencia que no le concedió que dos ocasiones de observación directa. Esto puede explicar la aparente contradicción entre lo que acabamos de decir y algunas afirmaciones de la propia autora, que admitió, con la acostumbrada sinceridad, haber debido golpear por sus faltas a la «zamba» asignada a su servicio, y haber probado disgusto por las negras que participaban en el carnaval de Arequipa echándose harina encima: «¡Todas esas negras, con su piel oscura y su cabellos crespos manchados de harina son horribles!».

En realidad, estos arrebatos típicos tanto de su carácter impetuoso como del gusto estético de la época nada quitan a la fuerza de sus convicciones morales y políticas, maduradas durante su viaje y luego de su vuelta a Francia. Aunque el abolicionismo no se convierte en el nudo central de su pensamiento, en su largo relato de viaje Flora Tristán no quiso dejar de lado un tema que se estaba debatiendo en Europa e incluso aprovechó todo lo poco que había visto para expresar su juicio negativo sobre una institución injusta y cruel.

Fanny Kemble en Georgia (1838-1839)

En 1838, el mismo año en que Flora Tristán imprimía sus *Pérégrinations*, Frances Anne, alias Fanny Kemble, una actriz inglesa, viajaba desde Filadelfia hasta Georgia. La joven, gran intérprete de los dramas de Shakespeare, en 1832 llegó junto a su padre y a su tía, a su vez famosos actores, a los Estados Unidos para iniciar una larga *tournee* que desde Nueva York la llevaría a las ciudades más importantes de la costa oriental. Aplaudida y admirada en todos los teatros por su belleza y su talento, fue recibida incluso por el ex-presidente de la República John Quincy Adams y entabló una sólida amistad con María Sedgwick, una de las más conocidas escritoras de la época, con su hermano Charles y con la esposa de éste, Elizabeth Dwight, educadora y autora de textos pedagógicos, todos antiesclavistas convencidos. El 7 de junio de 1834 Fanny Kemble se casó con Pierce Mease Butler de Filadelfia, un adinerado caballero que la había seguido en los teatros con devota admiración. Cuando se casó con él, Fanny Kemble no sabía que su riqueza procedía de las plantaciones que poseía en Georgia y, pues, del trabajo de sus setecientos esclavos.

A pesar de la insistencia de la esposa, Pierce Mease Butler se negó rotundamente a llevarle a visitar sus propiedades. Lo hizo sólo cuando se vió obligado, tras las dimisiones de su administrador, a encargarse de su patrimonio. Su esposa y sus dos hijas pequeñas, junto a la gobernanta irlandesa, fueron con él hasta Georgia, en donde la familia permaneció de finales de diciembre de 1838 hasta el 19 de abril de 1839, viviendo antes en Butler Island y después en Hampton Point, en St. Simons Island. Ambas plantaciones –un arrozal y un algodonal- se colocaban entre las más prósperas de la desembocadura del río Altamaha, al Sur de Savannah. Durante su permanencia, Fanny empezó a redactar un diario en forma de epistolario dirigido a Elizabeth Dwight Sedgwick, y que fue publicado en 1863, bajo el título *Journal of a Residence on a Georgian Plantation in 1838-1839*. La autora decidió imprimir, antes en Inglaterra y después en los Estados Unidos, el trabajo escrito veinte años atrás para apoyar la causa del Norte durante la Guerra de Secesión, en el momento en que el gobierno británico parecía orientado a intervenir en el conflicto apoyando a la Confederación, de la cual dependía el suministro de algodón para la industria textil inglesa. El libro salió a la luz en retraso, cuando la buena suerte empezaba para los nordistas y Abraham Lincoln ya había proclamado que, a partir del 1º de enero de 1863, todos los esclavos de La Unión habrían sido liberados.

Durante los veinte años que mediaron entre la escritura y la publicación de su *Journal* la vida de Fanny Kemble había cambiado radicalmente. En 1849 se divorció, si bien viviera ya separada de su marido desde hacía tiempo, a raíz de las incomprensiones y de las muchas traiciones por parte de su marido, debiendo renunciar a sus dos hijas, ya que el tribunal americano asignó la custodia de ambas al padre. Se ganaba la vida gracias a las lecturas de textos de Shakespeare, seguidísimas, y a sus libros. En estas circunstancias, tuvo que dividir su vida entre Londres y los Estados Unidos, en donde mantenía su amistad con los Sedgwick.

El *Journal* de Fanny Kemble es uno de los textos más bellos sobre la esclavitud. Por primera vez, una mujer –que afirmaba de sí misma que «siendo inglesa, había observado la realidad con un único prejuicio: la antiesclavitud»- se encontró en la situación de vivir en contacto directo con centenares de esclavos negros, situación que ni le era familiar, ni se lo esperaba. Y que, sin embargo, le ofreció la oportunidad de describir desde dentro sus condiciones de vida, realizando con ello un relato compacto, homogéneo y documentado, mucho más complejo y articulado que el de las esporádicas observaciones halladas en los textos de las viajeras citadas hasta este momento. La autora comunica al lector no solamente

el sentido del drama de la esclavitud, sino también el del tormento interior de una mujer que, siendo testigo involuntario de tal drama, siente el deber de asumirse la responsabilidad personal de hacer algo contra el mal que ello representa. El profundo valor ético y la genuina humanidad gracias a la cual sabe acercarse a los esclavos sin filtros ni prejuicios, con un arranque de simpatía y comprensión, infunden al *Journal* un *pathos* libre de toda retórica.

Con todo, la personalidad de la autora, que se manifiesta claramente en las palabras del “yo” narrante, no es la de una mujer intelectual o la de una mujer afligida, de temperamento sentimental y propensa a la tristeza –y, por tanto, más sensible hacia la opresión–, sino la de una joven madre activa, graciosa, aguda y llena de vida que, por ejemplo, aguanta con intrepidez y sentido del humor el fatigoso viaje desde Filadelfia a Georgia, que la conduce a recorrer caminos destrozados, a viajar en vagones de ferrocarril y en diligencias lentas, malolientes y atestados de gente, y a embarcarse en vapores hasta el tope, en medio de gente ruda, maleducada e ignorante.

En este citado viaje, mientras da consejos de higiene y puericultura a las mujeres ignorantes sobre el tema, Fanny Kemble se siente inglesa y muy unida a su país, sobre todo respecto a su formación religiosa y a su postura antiesclavista. Cabe decir que en Inglaterra, en donde las posturas políticas antiesclavistas de finales del siglo XVIII se habían ido reforzando tras la independencia de las trece colonias, en la década 1823-1833 la batalla abolicionista había involucrado a gran parte de la opinión pública. En el mismo período de tiempo, una situación análoga estaba progresando en los Estados Unidos, en donde las fuertes posturas antiesclavistas se difundieron en algunos movimientos religiosos, como los de los cuáqueros y los metodistas, y entre los intelectuales, como los citados Sedgwick y sus amigos seguidores del movimiento filosófico del trascendentalismo. Fanny Kemble tenía modelos de referencia ingleses, tal como se deduce de las explícitas alusiones que hace a las memorias de Monk Lewis y al relato de viaje de Harriet Martineau; empero, su modo de ver y de representar el mundo de la esclavitud es totalmente personal.⁹

Ya desde los primeros días de su permanencia, Fanny quiere «descubrir y explorar» los lugares en los que tendrá que vivir. En Butler Island el mejor medio

9 M. G. Lewis, conocido como Monk Lewis, tomado del título de una novela suya, escribió *Journal of a West Indian Proprietor* (1834); H. Martineau, tras visitar los Estados Unidos, publicó *Society in America* (1837).

de transporte es el *Dolphin*, una canoa que no tardará en aprender a llevar, remando personalmente gracias a las enseñanzas de Jack, un muchacho negro que el marido le ha asignado como servidor personal. Pasados más de cuatro meses de «vida veneciana», como ella la define, porque es posible desplazarse solamente en barco, y una vez que se estableció en Hampton Point, Fanny vuelve a cabalgar y a ir por todo lo largo y ancho de los campos.

Mientras recorre las propiedades del marido por charcas y canales la joven no deja de observar la exhuberante naturaleza local, con sus espléndidas magnolias, sus pájaros marinos y sus temidas serpientes. Pero su interés principal son los esclavos. Día tras día descubre sus condiciones de vida y de trabajo, visitando la enfermería y el hospital, entrando en sus cabañas, escuchando sus quejas y sus necesidades y acogiéndoles en su casa. Desde el principio les aclara que no quiere que le llamen *Missis*, ya que ella no es su dueña, sino solamente la esposa de Pierce Mease Butler.

Conforme avanzan sus descubrimientos, va acumulando información. Los esclavos de su marido, aun hallándose entre los mejor tratados de la región, son analfabetos e, intencionadamente, abandonados a su ignorancia; salen por la mañana temprano a las labores, llevándose el alimento que consumirán en la primera de las dos escasas comidas diarias; las mujeres dejan a sus hijos pequeños en una especie de guardería en donde, sucios y mal vestidos, quedarán bajo la vigilancia de alguna que otra mujer; tanto el alimento como el indumentario, formado por trozos insuficientes de género que pronto se desgasta, son distribuidos por el amo. La organización del trabajo es estrictamente jerárquica: después del amo está el capataz, el vigilante y administrador de la plantación. Bajo éste, los líderes o cabecillas, elegidos entre los esclavos que cuentan con el mayor prestigio, controlan los grupos de trabajo, llamados también bandas. Los capataces pueden conminar no más de doce latigazos a quien haya cometido alguna falta. En casos excepcionales, los latigazos pueden llegar a ser tres docenas y alcanzar un máximo de 50. Cuando el amo no está, que es lo que suele ocurrir porque por lo general vive en alguna ciudad, todo arbitrio es posible, cuanto más que el tribunal no considera válido el testimonio de un negro, en caso de que éste recurriese a él.

Los esclavos padecen enfermedades endémicas de la piel y, casi todos, reumatismos. También están muy propagadas las enfermedades pulmonares, causa frecuente de muerte. El hospital y la enfermería son ruinosos, sin luz y sucios. El médico -que en este caso específico es un buen doctor- pasa a reconocer a los hospitalizados una vez por semana o cuando el amo lo solicita.

A los esclavos se les permite ir a la iglesia baptista de la ciudad más cercana un sábado al mes, pero deben asistir a las funciones religiosas rigurosamente separados de los blancos. Los domingos, en el pórtico de la misma iglesia pueden vender los pocos productos de la tierra que han podido cultivar por propia cuenta. Los demás sábados, días de fiesta, se reúnen para rezar juntos en su asentamiento. Con el desarrollo del movimiento abolicionista, subraya la autora, los amos fueron inducidos a tratar mejor a los esclavos y a concederles por lo menos educación religiosa.

Sorprendida por lo que ve, la recién llegada decide hacer todo lo posible para mejorar las condiciones de aquella pobre gente. Se encarga de arreglar y acomodar el hospital y la enfermería y también la higiene de cada persona, dando propinas a las madres para que mantengan limpios a sus propios hijos. Reúne a algunas mujeres en su propia casa y les enseña a coser, evitándoles de este modo las agotadoras labores de los campos; también distribuye alimento e indumentario a las mendigas que todos los días llaman a su puerta. Fanny Kemble vive intensamente la ambivalencia de su papel de esposa de un dueño de esclavos por un lado y, por otro, el de intermediaria solícita y atenta en pedirle que intervenga para aliviar las condiciones de éstos. Es tan partícipe de su dolor, que intercede ante el marido muy a menudo y con demasiada insistencia como para que su armonía conyugal quede intacta. Si bien en algunos casos Butler demuestra mucha generosidad, a un cierto punto le dirá que no interceda más ante él en favor de los esclavos, porque ya no tiene la intención de seguir complaciéndole. La crisis del matrimonio empieza, probablemente, por el tormento interior entre la convicción ética de Fanny y la imposibilidad de compartirla con su marido, el cual, al contrario, no tiene problemas en aceptar la situación y en obtener las ventajas que ofrece.

En todo caso, gracias al temple moral y a la humanidad de la autora, los esclavos ya no aparecen como una gran masa oscura y sufrida, sino como personas. Entre ellos, despuntan London, el viejo que reúne todas las semanas a sus compañeros para leerles la Biblia, habiendo aprendido a leer a escondidas, y los dos mañosos artesanos, Aleck, el carpintero que construye barcos y Ned, el ingeniero que supervisa el funcionamiento del molino para el arroz.

Junto a ellos sale a la luz una auténtica multitud de mujeres. Entre éstas, la pobre Harriet, quien, por seguir los consejos de su nueva dueña y haberse quedado en casa para acudir a sus hijos, fue azotada por el vigilante; también está Chloe, que es madre de diez hijos porque —observa la autora— existen por lo me-

nos tres razones por las cuales las esclavas tienen muchos hijos: la posibilidad de ausentarse de las labores durante algún tiempo, la ventaja de disfrutar de alguna ración más de alimento y de indumentario y la esperanza de ganarse las simpatías del amo por haberle procurado nuevos brazos para trabajar. Y también Sinda, la profetisa milenarista que, habiendo provocado una especie de huelga entre los esclavos aterrorizados ante el final del mundo anunciado por ella, fue azotada brutalmente cuando estuvo claro que su previsión nunca se habría cumplido.

La historia de Psyche involucra directamente a su joven dueña. La esclava, madre de familia y unida a un hombre bueno e inteligente, está triste porque es consciente de ser propiedad del vigilante dimisionario y, por ello, teme tener que seguirle hasta Alabama, abandonando a sus seres queridos. Fanny no se da cuenta de la situación hasta que se le acerca el marido de Psyche amenazando con suicidarse si su mujer y sus hijos se vieran obligados a irse. Esta es la primera vez que Fanny intercede ante su marido. Cuando el vigilante, a quien se dirige para tener noticias de sus protegidos, le comunica que han sido vendidos, se siente desfallecer, convencida de que el marido ni siquiera había considerado sus súplicas. Y, sin embargo, fue él mismo el que la informó de que había comprado a la pobre Psyche para no separarla de su familia. Fanny también obtendrá justicia para con Teresa, azotada porque, tras haber manifestado su malestar y su debilidad física ante la dueña, se sintió autorizada a ausentarse de las labores por un día.

Cuando a finales de febrero llega a la plantación de algodón de Hampton Point, Fanny nota que en ésta, aunque su vigilante es cruel y desalmado, los esclavos viven mejor. Por ello no se detiene en describir su situación, sino a recopilar las vicisitudes de sus pobres vidas. En la segunda parte de su *Journal* hay dos capítulos enteros dedicados a las condiciones de las esclavas (XIX: *Women in slavery* y XX: *Sally, Auber, and Judy*). Entre éstas se encuentra Louisa, la fugitiva, la cual, tras escaparse del ingenio y de haber vagado día y noche por los bosques, tuvo que volver atrás vencida por el hambre, llegando a donde sus perseguidores tan maltrecha que hubo de ser trasladada inmediatamente al hospital, evitando de este modo, por pura distracción de sus torturadores, un castigo corporal.

Alentada por las confesiones personales, Fanny Kemble se ocupa, muy valientemente dados los prejuicios de la época, de algunos argumentos candentes relacionados con las esclavas y que vuelven su condición peor que la de los hombres: la maternidad, los abortos, los embarazos y la altísima mortalidad infantil. Junto a esos casos, cuyas protagonistas están enumeradas por nombre, como queriendo reforzar la veracidad de los hechos con datos estadísticos, la autora ha-

bla también de los hijos nacidos de padres blancos, niños que, a menudo -como observa sarcásticamente la autora- se parecen muchísimo a los vigilantes.

Mas, si las violencias son la causa de estos nacimientos, la consecuencia también es la degradación moral de las víctimas. Una esclava, por ejemplo, pretende que la dueña le ayude, puesto que en las venas de su hijo corre sangre de un blanco, convencida de que el color claro de la piel es por sí mismo un valor. Bien diferente es la triste historia de Judy, la cual, violada por el jefe de los vigilantes, y azotada porque se le ha resistido, como castigo ha sido exiliada a algún lugar insalubre en donde, sola y desamparada, parirá a su primer hijo.

La participación emocional en los sufrimientos ajenos, las discusiones con el marido y, sobre todo, la ansiedad causada por la impotencia y la inanidad de sus esfuerzos por mejorar la vida de los esclavos son la causa del descontento que la autora —que a estas alturas quiere volver a Filadelfia— expresa en las últimas páginas de su *Journal*. De ahí a unos años, ya siendo divorciada, su marido, arruinado por la crisis de 1857, vendió su propiedad, y subastó a 400 esclavos para pagar sus deudas. Este último acto, causa de separación de enteras familias y de dispersión de tantos seres humanos que hasta ese momento habían vivido en una única comunidad, pareció sellar en el peor de los modos el final de la experiencia georgiana de Fanny Kemble.

Fredrika Bremer en los Estados Unidos y en Cuba (1849-1851)

The Homes of the New World. Impressions of America (1853), el monumental relato de viaje de la escritora sueca Fredrika Bremer, reviste especial interés en el contexto de nuestra reflexión, ya que, entre 1849 y 1853, la autora fue testigo presencial del fenómeno de la esclavitud tanto en los Estados Unidos como en Cuba.

Antes que ella, se interesaron por la esclavitud en los Estados Unidos las más conocidas viajeras inglesas Frances Trollope (1780-1863) y la ya citada Harriet Martineau (1802-1876), amiga de Maria Graham y conocida poco estimada de Fanny Kemble que, en su *Journal*, evidenció en más de una ocasión las inexactitudes presentes en *Society in America* (1837). Fredrika Bremer, durante las horas ociosas de la travesía del Atlántico, tuvo ocasión de leer otro trabajo de la misma autora, *Life in the East*, pero no compartió todos los puntos de vista. La viajera más famosa que precedió a Fredrika Bremer en Cuba fue la condesa de Merlin (1789-1852). Nacida en Cuba, salió de la isla jovencísima para afincarse

en Europa y a ella volvió para una nostálgica permanencia, de la que realizó un relato titulado *La Havane* (1844), en el que se manifestó a favor de la esclavitud, suscitando no poca desaprobación en Europa. A diferencia de las mujeres que la precedieron, Fredrika Bremer pudo establecer con conocimiento de causa y por experiencia directa un cotejo entre lo que ocurría en el mundo anglosajón y en el de lengua española.

Los dos volúmenes de *The Homes of the New World* que recogen, bajo forma de cartas a su hermana Agatha, las dos experiencias americanas de Fredrika Bremer, habrían circulado solamente en un reducido ámbito de lectores si se hubieran dejado en su idioma original, el sueco. Tuvieron, al contrario y al igual que todas las obras de la escritora, una inmediata difusión en el mundo anglosajón gracias a la escritora para niños Mary Howitt (1799-1888) que, convencida pacifista y conocida abolicionista, tradujo al inglés todas las obras de Fredrika Bremer, tras haber permanecido un año en la casa de ésta estudiando y aprendiendo sueco.

Fredrika Bremer se embarcó rumbo a América el 21 de septiembre de 1849, sólo un año después de que estallaran las revueltas políticas y sociales que removieron la vieja Europa. Hasta marzo de 1850 la escritora sueca vivió entre Nueva York y Boston, como invitada y amiga de importantes intelectuales del país, entre los cuales se encontraban el representante principal del trascendentalismo, Ralph Waldo Emerson, que la invitó a su casa de Concord, la escritora Catherine Sedgwick y su hermana Elizabeth (la amiga de Fanny Kemble) y muchos más, de los cuales podemos enumerar solamente los nombres más conocidos: Nathaniel Hawthorne, Whashington Irving, James Russell Lowell, Henry Wadsworth Longfellow. A estos nombres se unen otros de poetas, médicos, políticos, pedagogistas, pacifistas, científicos y estudiosos de todas las categorías, así como también los de las muchas mujeres comprometidas en las mismas o en otras actividades. Entre éstas, Fanny Kemble, a quien Fredrika Bremer, admiradora de sus recitales, conoció personalmente y de la cual narró las vicisitudes familiares y Harriet Beecher Stowe (1811-1896), la futura autora de una de las novelas más populares sobre los horrores de la esclavitud, *Uncle's Tom Cabin* (1852). En más de una ocasión, mientras se encontraba en Nueva York, la escritora sueca asistió a los sermones de su hermano, el famoso predicador Henry Ward Beecher (1811-1887). Por Emerson, Fredrika Bremer supo de Margaret Fuller (1810-1850), una de las más afamadas representantes del trascendentalismo, que en aquel entonces se encontraba en Italia. Sin haberle conocido personalmente,

Fredrika Bremer describió su muerte prematura e inesperada. Mientras volvía al país junto al marido, el conde Ossoli, un patriota italiano que había combatido por la República Romana, Margaret Fuller perdió la vida junto a sus familiares durante un naufragio, cuando se encontraba ya cerca de la costa americana.

En Boston, Fredrika Bremer había participado en un reunión antiesclavista, en el que, entre otros, tomó la palabra un esclavo, John Brown, que había logrado huir del sur junto a su esposa y a su hijo. Las descripciones del cruel tratamiento que se les reservaba a los negros de las plantaciones dejó, tanto en esta como en otras ocasiones, perpleja y recelosa a la autora, la cual decidió comprobarlo en persona, viajando por primera vez, desde el 22 de marzo al 15 de junio de 1850, a los estados esclavistas de Carolina y Georgia. En su conjunto, sus observaciones no añaden novedades a lo que ya había sido dicho sobre el argumento hasta ese momento, aunque insisten en el hecho de que, por ejemplo, a los esclavos se les niega la educación escolar y la posibilidad de profesar la religión o que en caso de ser vendidos, son separados de su familia y que son vejados por los castigos corporales o encerrados en durísimas cárceles públicas. Claro está que el problema no se puede resolver simplemente tratando mejor a los esclavos. Es el «sistema» de la esclavitud lo que es intolerable y lo que degrada moralmente también a los propietarios, aunque entre éstos haya tres diferentes categorías: los «adoradores de *Mammon*», especuladores faltos de escrúpulos; los «patriarcas», tradicionalistas que quieren preservar lo que han heredado, incluidos los esclavos y los «héroes o progresistas», que liberan a sus esclavos.

En la misma Georgia, a cargo de la comunidad, cada año sale un buque hacia Liberia en el que viajan los esclavos que quieren formar parte de las comunidades libres de origen estadounidense que existen en esta región africana. En 1847 los representantes de estas comunidades habían firmado una Declaración de Independencia y proclamado la República. La fundación del nuevo estado sirvió de pretexto a los esclavistas para apremiar el viaje de los negros libres hacia aquellos lares. Entre los abolicionistas esta hipótesis no gozaba de gran simpatía, ya que se consideraba que los esclavos tenían que ser por derecho de arraigo ciudadanos de los Estados Unidos. Pero algunos de los esclavos, sobre todo entre los fugitivos, llevados por el sueño de rehacerse una vida diferente en la patria de origen, prefirieron ir a Liberia, al igual que George Harris, protagonista de la novela *Uncle's Tom Cabin*, el cual, habiendo huido de Kentucky, se estableció en un primer momento en los estados libres de Ohio y de Canadá.

Una vez finalizada su visita por el sur, Fredrika Bremer estuvo en Filadelfia, la ciudad de los cuáqueros, antiesclavistas por excelencia. Aquí se relacionó con la famosa oradora Lucretia Mott, una de las primeras mujeres de color en dedicarse totalmente a la defensa de la paz, de los derechos de la mujer y a la lucha por la abolición de la esclavitud. Más tarde fue a Washington en donde asistió en varias ocasiones a las sesiones del Congreso. El debate era importante, porque se trataba de decidir si el territorio de Tejas, que antes pertenecía a Méjico, en donde no existía esclavitud, y California, que pedía la anexión a la Unión, pasarían a ser estados libres o estados esclavistas.

Los debates parlamentarios, así como las discusiones en pro y en contra de las dos alternativas mencionadas - es decir que en los estados que iban a incorporarse a la nueva nación Americana debía permanecer la esclavitud o que, al contrario, debía abolirse - entre la gente común, los intelectuales y los políticos, fueron muy acalorados, pero al final prevaleció la tesis a favor de la esclavitud. Igual de intenso fue el debate parlamentario sobre las medidas a tomar respecto a los esclavos fugitivos; también en este caso fueron las posturas filo-esclavistas las que predominaron y los estados libres del norte se comprometieron en perseguir a los esclavos y en devolverlos a sus dueños, por temor de que los estados del sur pusieran en acto la secesión que amenazaban. La famosa ley del esclavo fugitivo causó gran indignación entre los que luchaban por la libertad de los esclavos. Hubo quien se opuso concreta y valientemente a esta ley, como los cuáqueros, que acogieron, escondieron, protegieron y ayudaron a los fugitivos.

Habiendo llegado a los Estados Unidos en un período crucial para la cuestión de la esclavitud, Fredrika Bremer tuvo la oportunidad de conocer a los intelectuales más representativos que lucharon contra ésta, pudiendo de este modo aunar, junto a sus propias observaciones, un calificado patrimonio de informaciones y conocimientos que, reforzándolas, les daba una consistencia y una credibilidad difíciles de encontrar en obras de la época. Partidaria de una especie de socialismo cristiano, la escritora sueca era, antes de emprender el viaje, contraria a la esclavitud en línea de principio, si bien algo recelosa por el clamor que suscitaba el argumento. Sus convicciones primarias, así, se alimentaron del ferviente debate político-cultural que en aquel momento estaba teniendo lugar en los mismos Estados Unidos y que involucraba directamente a las mujeres, incluidas las de color. Además, la red de relaciones y de contactos de la que fue protagonista y que hemos comentado brevemente, el debate sobre la esclavitud había pasado de la fase pionera, durante la cual las viajeras como Maria Graham

y Flora Tristán se habían servido de los aspectos emocionales del problema para informar al público europeo, a una segunda fase en la que el abolicionismo había tomado forma de política militante y se había unido indisolublemente a la causa de las mujeres en las dos orillas del océano. Los mismos vínculos intelectuales y a veces personales entre las viajeras que, a lo largo del tiempo, se iban actualizando leyendo unas los textos de las otras, testimonian la importancia que revestía para ellas que las ideas circularan y que las convicciones se acomunaran.

Fredrika Bremer, tras una visita a los Grandes Lagos durante la cual utilizó como guía el libro de Margaret Fuller, *Summer on the Lakes in 1843*, descendió el Misisipi en barco hasta Nueva Orleans. Más tarde, después de la permanencia en Cuba, volvió a Filadelfia cruzando Florida, Georgia, las dos Carolinas, Tennessee y Virginia, todos estados esclavistas. Como conclusión de su segundo contacto con el profundo Sur, que duró de primeros de mayo a mediados de julio de 1851, la escritora sueca se dirigió a las mujeres americanas para que abrazaran en primera persona la causa abolicionista, y, tras haber escuchado las tristes vicisitudes de una familia de esclavos fugitivos, esperó que fuera una de ellas la que se encargara de dar a conocer las historias de los fugitivos. Este y otros puntos de su relato de viaje inducen a pensar que quizá hubo un intercambio de ideas sobre el argumento entre la viajera sueca y Harriet Beecher Stowe. Al final de su trabajo, Fredrika Bremer publicó un breve apéndice (1853), con algún que otro matiz educadamente polémico, en el que manifestaba haber renunciado a escribir un libro sobre el argumento porque, tras la publicación de *Uncle Tom's Cabin*, este trabajo habría sido solamente «un deber desagradable e innecesario». Palabras que dejan entender una larvada acusación de plagio de la ya famosa escritora americana.

Como ya hemos adelantado, una vez en Nueva Orleans, Fredrika Bremer decidió pasar algún tiempo en los trópicos y se embarcó en el buque de vapor *The Philadelphia* hacia La Habana, a donde arribó tres días después, el 5 de febrero de 1851 y de donde zarpó hacia los EE.UU. el 8 de mayo. Visitó la capital y también Matanzas y Cárdenas y fue invitada por propietarios de ingenios de azúcar o de café situados en los alrededores de estas ciudades. De este modo, pudo observar desde cerca las condiciones de vida y de trabajo de los esclavos, llegando a la conclusión de que para ellos Cuba era a la vez infierno y paraíso. Infierno, porque su vida era durísima, especialmente en los ingenios azucareros, como el de Santa Amelia, en donde sólo en la llamada «estación muerta», podían descansar por la noche:

«Se les explota aquí también mucho más duramente en el trabajo, porque de venticuatro horas tienen sólo cuatro y media de descanso, es decir, para comer y dormir ¡y esto durante seis o siete meses al año! » (Bremer, 1858: II, 332)

Además, a Cuba llegaban directamente de África cargos ilegales de esclavos, ya que las autoridades españolas, fácilmente sobornables, hacían la vista gorda. A veces, los negros deportados recuerdan con nostalgia su tierra de origen, como Cecilia, una joven esclava que había sido capturada en las costas africanas siendo niña y que alberga el sueño irrealizable de retornar a su país para volver a abrazar a su madre, de la cual conserva una clara memoria. Los esclavos recién desembarcados son más salvajes y orgullosos que los de Estados Unidos, y más propensos al suicidio o a la rebelión, como lo había demostrado la famosa «revuelta de la escalera», recién ocurrida (1846).

A pesar de ello, las leyes españolas son más liberales que las de la democrática república de los Estados Unidos. En Cuba los esclavos pueden comprar su libertad por 500 dólares, precio fijado por ley e incluso existen jueces, los síndicos, a los cuales pueden apelarse en caso de ultraje de sus derechos. En la isla, una madre puede comprar la libertad de su hijo antes de que éste nazca por 15 dólares, cantidad que se vuelve el doble después del nacimiento. En relación a lo que ocurre en los estados esclavistas norteamericanos, aquí los negros libres tienen mayores posibilidades de ingresos, por lo menos en las ciudades, ya que pueden dedicarse al comercio o a la agricultura, actividades con las cuales muchos de ellos se enriquecen. Por todo ello, pues, y a pesar del despotismo y la corrupción del gobierno español, la «reina de las Antillas» puede ser un paraíso para los negros.

El razonamiento de la escritora sueca es parecido al del plantador peruano con el que habló Flora Tristán. La idea de que la esclavitud en los países sudamericanos independientes y en las colonias como Cuba fuera más clemente que la norteamericana, originó un supuesto y anuente desinterés para con el problema por parte de los europeos que se dirigían a los estados sudamericanos. La misma Fredrika Bremer, fascinada por la belleza de Cuba, al detallar la esclavitud, se mostró más indulgente hacia el gobierno español que hacia el de los Estados Unidos. Cabe decir que la escritora, cuando se refería a los Estados Unidos, ligaba manifiestamente el problema de la abolición de la esclavitud con el de los derechos de la mujer, exhortando a éstas para que también lucharan en primera persona por los derechos de los esclavos. Tales convicciones derivaban de su

bagaje cultural y religioso, así como de los encuentros con las personalidades norteamericanas que ya tenían asentadas las bases de una concreta batalla contra la esclavitud. Fredrika Bremer representaba la conclusión de un largo proceso que, partiendo de la condena de la esclavitud, había animado a nuestras viajeras a reivindicar sus derechos de mujeres.

Si a principios del siglo XIX Maria Graham se oponía a la trata y a las condiciones de vida de los esclavos (a pesar de las pocas ocasiones de observarlas), sólo llevada por un profundo sentido moral, Flora Tristán extrajo de la visión de los horrores de la esclavitud no sólo los elementos humanos, sino -una vez ya en su país- también los políticos, reconociendo en la imposibilidad de anular su mismo matrimonio impuesto por su madre y en la opresión a la que estaban sometidos las mujeres y los obreros, algo similar a una esclavitud forzada. Para Fanny Kemble, la repulsión por la esclavitud se unió íntimamente al amor por su propia libertad personal y por su dignidad, a pesar de que al anular su matrimonio, tuvo que adaptarse a la soledad, renunciar a sus hijas y trabajar para mantenerse. Finalmente, a mediados del mismo siglo, Fredrika Bremer, una mujer libre e independiente, emprendió su viaje con la firme intención de documentarse sobre la esclavitud. Aun cuando destacara las diferencias entre esclavitud en los países hispanoamericanos y esclavitud en los Estados Unidos, gracias a su espíritu de observación y a su afán de conocimiento, la viajera sueca logró representar eficazmente los males de esta práctica en su conjunto.

Bibliografía

APPLEGATE, Debby. *The most famous man in America. The biography of Henry Ward Beecher*, New York: Doubleday, 2006.

BEECHER STOWE, Harriet. *La capanna dello zio Tom*, Milano: Rizzoli, 2001 [1852].

BIRKETT, Dea. *Off the Beaten Track. Three Centuries of Women Travellers*, London: National Portrait Gallery, 2004.

BORRI, Claudia. “Per una storia del viaggio al femminile. La contessa di Merlin a Cuba”, *Confini*, 7, 1999, págs. 30-36.

BORRI, Claudia. *Lo specchio della lontananza. Tre viaggi di donne in Sudamerica (XIX secolo)*, Torino: il Segnalibro, 2002.

BORRI, Claudia. “Los viajes de María Graham, Flora Tristán y Florence Dixie a Sudamérica: metodología e interpretación”, in REBOLLEDO, Loreto y TOMIC, Patricia (coordinadoras). *Espacios de género. Imaginarios, identidades e historias*, Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California, 2006, págs. 41-58.

BRAWLEY, Benjamin. *A Social History of the American Negro*, Mineola, New York: Dover Publications, 2001 [1921].

BREMER, Fredrika. *The Homes of the New World: Impressions of America*, 2 vols., New York: Harper & Brothers Publishers, 1858.

BREMER, Fredrika. *Cartas desde Cuba*, La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1980.

CONTI ODORISIO, Ginevra. *Harriet Martineau e Tocqueville. Due diverse letture della democrazia americana*, Soveria Mannelli: Rubbettino, 2003.

ELLIOTT, H. John. *Empires of the Atlantic World. Britain and Spain in America 1492-1830*, New Heaven and London: Yale University Press, 2006.

FONER, Laura and GENOVESE, Eugene D. (ed.). *Slavery in the New World. A reader in comparative history*, Englewood Cliffs (N.J.): Prentice-Hall, 1969.

FULLER, Margaret. *Summer on the Lakes in 1843*, Boston-New York: Nieuwkoop *B. De Graaf, 1972 [1844], edición facsimilar.

GINZBURG MIGLIORINO, Ellen. *Donne contro la schiavitù. Le abolizioniste americane prima della guerra civile*, Manduria-Bari-Roma: Piero Lacaita, 2002.

GRAHAM, Maria. *Journal of a Voyage to Brazil and Residence there, during part of the years 1821, 1822, 1823*, London: Longman, Hurst, Rees, Orme, Brown, and Green, and John Murray, 1824.

KEMBLE, Frances Anne. *Journal of a Residence on a Georgian Plantation in 1838-1839*, Athens: The University of Georgia Press, 1984 [1863].

KLEIN, S. Herbert. *La esclavitud Africana en América Latina y el Caribe*, Madrid: Alianza, 1986.

MIDGLEY, Clare. *Women against slavery. The British Campaigns 1780-1870*, London: Routledge, 1992.

PFEIFFER, Ida. *Voyage d'une femme autour du monde*, Paris: Hachette, 1859.

TRISTAN, Flora. *Pérégrinations d'une Paria (1833-1834)*, 2 vols., Paris: Arthus Bertrand, 1838.

WOOD, Marcus. *Blind memory. Visual representations of slavery in England and America, 1780-1865*, Manchester: Manchester University Press, 2000.

TESTIMONIOS ESCRITOS Y PICTÓRICOS DE VIAJERAS EXTRANJERAS. MÉXICO. SIGLO XIX

Gisela von Wobeser
Universidad Nacional Autónoma de México

Mitad fábula y mitad verdad, la leyenda en torno a los atractivos de México se fraguó desde el momento en que los conquistadores españoles llegaron a territorio mexicano. Durante la época virreinal circularon en Europa libros, periódicos y volantes que propagaron las enormes riquezas minerales de Nueva España, de su buen clima, de la variedad de sus paisajes, de lo exótico de su vegetación, de su excelente tradición culinaria y de sus antigüedades prehispánicas: un conjunto de atractivos tales que no tardaron en despertar la curiosidad de los europeos.

Para muchos españoles emigrar a América se convirtió en una salida para superar las difíciles condiciones de vida, el hambre y la escasez de oportunidades que imperaban en la Península Ibérica. También llegaron algunos europeos de otros países, en su mayoría clérigos, científicos o profesionistas que dejaron una importante huella en Nueva España. Tal es el caso, por ejemplo, del flamenco fray Pedro de Gante, franciscano que destacó por su labor educativa entre los indígenas, del italiano Juan Pablos, quien estableció la *primera imprenta del continente, así como del cosmógrafo alemán Enrico Martínez*, quien además de impartir cátedra sobre muy variadas materias, dedicó veinticinco años de su vida a la construcción del desagüe de la ciudad de México. La gran mayoría de estos viajeros se quedaron a radicar en Nueva España y sólo pocos regresaron a su tierra natal.

En el siglo XVIII surgió un nuevo tipo de viajero, que podemos definir como visitante, que se desplazaba sólo temporalmente a América con algún fin específico y después regresaba a su país de origen. Uno de ellos fue sir Thomas Gage, quien tocó suelo novohispano en 1725 y después continuó su marcha por Chiapas y Guatemala. Sus impresiones de viaje las plasmó en el libro *Nueva relación de las Indias occidentales*, posiblemente la primera obra de un fuereño que describió de manera sistemática la realidad del virreinato de Nueva España. Aunque las obras de Gage no fueron bien recibidas debido a las observaciones mordaces

que contenían sobre muchos aspectos de la realidad novohispana, constituyen una fuente importantísima para el conocimiento de la época.

El más destacado entre los visitantes fue sin duda el sabio alemán Alexander von Humboldt, quien entre marzo de 1803 y febrero de 1804, junto con su compañero Aimé Bonpland, realizó diversas expediciones por el centro y sur del país, orientadas especialmente a visitar las principales zonas mineras. El resultado de esas expediciones fue el *Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España*, obra que constituye un compendio del saber de su tiempo, tanto en el campo de las ciencias naturales como de las sociales. La mayor parte de la información la obtuvo de estudiosos novohispanos con los que tuvo contacto, aunque algunos de los datos y observaciones ahí incluidos fueron aportaciones enteramente suyas, como las observaciones astronómicas, las mediciones termobarométricas llevadas a cabo en distintos sitios, el cálculo de la altura de los picos más elevados, el análisis de ciertos minerales y la valoración de algunos centros mineros, entre otros.

Editado en 1822, el *Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España* fue una obra de consulta obligada para todos los viajeros cultos que llegaron a Nueva España durante el resto del siglo XIX, a la vez que fue fuente de inspiración para quienes escribieron diarios, cartas y libros. Otra obra de Humboldt que influyó a los viajeros que llegaron a América después que él fue el atlas gráfico *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de la América*, que aparecido en 1810, incluye descripciones y grabados de la naturaleza, especialmente de vistas de las cordilleras y el desarrollo minero de distintas regiones de América. Fueron los pintores en particular los que tomaron como modelo láminas como las dedicadas a los prismas de Santa María Regla, a los picos de los volcanes Popocatepetl e Ixtaccíhuatl, o a las descripciones de los centros mineros de Real del Monte y Guanajuato.

Tras la consumación de la independencia en 1821, las fronteras de México se abrieron para recibir una gran cantidad de visitantes, misma que se incrementó notablemente en la década de 1840 gracias al descubrimiento del ferrocarril y del vapor, inventos que facilitaron y agilizaron los traslados, amén de volverlos considerablemente menos peligrosos. Los viajeros, procedentes principalmente de Europa y de los Estados Unidos de América, formaban un variopinto grupo de aventureros, negociantes, políticos, especuladores, cazadores de fortuna, militares, artistas y científicos. La mayoría eran hombres, pero también hubo mujeres, algunas de ellas muy notables como se verá a lo largo de este escrito. Y como era la costumbre en aquella época, estos viajeros que recorrieron amplias zonas del

país y que tuvieron la oportunidad de conocer múltiples y diversos aspectos de la realidad mexicana, llevaron diarios, hicieron memorias de viajes, escribieron cartas, realizaron dibujos y tomaron fotografías para mantener sus impresiones en la memoria o para compartir sus experiencias con sus familiares y allegados. De regreso en sus países de origen, muchos de estos escritos, así como los testimonios pictóricos y fotográficos, se publicaron y amén de haber contribuido en su momento a mantener viva la curiosidad por el país, constituyen hoy importantes fuentes de conocimiento histórico, y en muchos casos las únicas referencias sobre la temática que abordan.

Por supuesto los visitantes extranjeros contemplaron la realidad mexicana con una óptica distinta a la de los nacionales, pues su interés captaba aquellos aspectos que les resultaban exóticos, distintos u opuestos, de tal modo que esa fijación contribuyó a construir las representaciones que hoy día simbolizan lo mexicano, como las pirámides, el maguey, los volcanes y el indio con sombrero.

Entre los viajeros que dejaron valiosos testimonios escritos y gráficos sobre México, se encuentra un número significativo de mujeres. Aun cuando su modelo de inspiración generalmente fue el mismo que el de los hombres, ellas abordaron preferentemente temas relacionados con la vida doméstica, las costumbres, las normas morales y el mundo femenino.

En este escrito me referiré a cinco mujeres que visitaron México en distintos momentos del siglo XIX y dejaron una huella indeleble en el campo del saber y el arte: Emily Elizabeth Ward, Fanny Erskine Inglis (Madame Calderón de la Barca), Paula Kolonitz, Adela Bretón y Caecilie Seler Sachs.

Emily Elizabeth Ward

En 1825, a sólo cuatro años del inicio de la vida independiente, arribó a México Emily Elizabeth Ward junto con esposo Henry George Ward. Éste había sido el primer embajador de Inglaterra en México, cargo en el que había permanecido hasta 1824, y ahora regresaba como encargado de negocios, enfocado primordialmente en el rubro de la minería, uno de los principales atractivos comerciales e industriales que ofrecía el país. A su llegada, Emily Ward, cuyo apellido de soltera era Swinburne, estaba a punto de tener a su primera hija, por lo cual tuvo que ser transportada en litera de Veracruz a la ciudad de México.¹

¹ Durante su estancia en México, que se prolongó hasta 1827, los Ward tuvieron una segunda

Durante sus viajes los Ward observaron minuciosamente el país, su belleza natural, sus centros urbanos y mineros, sus costumbres, la indumentaria de sus habitantes y la vida política. Pero mientras Henry Ward utilizaba la palabra para retener sus impresiones, Emily se valía del dibujo.

Como parte de la estrategia para fomentar las relaciones entre México e Inglaterra Henry George Ward escribió el libro *México en 1827*, que incluyó trece litografías basadas en dibujos de Emily, realizados por los grabadores J. Clark y John Pie, éste último un conocido por los grabados que había hecho para el renombrado paisajista inglés William Turner. Un año más tarde, a instancias de Ward, Henry Colburn editó un álbum con seis de esas trece litografías sobre distintos distritos mineros, grabadas por Pie, que apareció bajo el título *Six Views of the Most Important Towns and Mining Districts*.

Lamentablemente no se han conservado los dibujos originales de Emily y no se sabe si los grabados los reproducen fielmente. Sin embargo, podemos suponer que se trata de copias fieles, ya que de acuerdo con una larga tradición los grabadores solían respetar los diseños de los “inventores” de las imágenes y porque todos los grabados que conocemos de Emily guardan un mismo estilo, independientemente de quién los haya ejecutado.

En los grabados se refleja la gran calidad artística de Emily Ward. Manejó magistralmente la línea y supo dar a sus composiciones, a la vez, fuerza y delicadeza. Gracias a un acertado tratamiento de los volúmenes y de los claroscuros, los dibujos logran una gran plasticidad. Y aunque la mayoría de ellos incluye la representación de algún asentamiento minero, un pueblo, una villa o alguna escena de la vida en México, es el paisaje el tema principal de sus composiciones, particularidad que la ubica dentro de la corriente de la pintura paisajista inglesa, representada magistralmente por sus contemporáneos el mencionado William Turner y John Constable.

En cuanto al tratamiento de los temas y a las composiciones, se advierte la influencia de la mencionada obra *Vistas de las cordilleras*, de Humboldt. Particularmente la afición humboldtiana por la geología está presente en la obra y así las montañas son prominentes en muchas de las láminas y los centros mineros, un tanto idílicos, aparecen enclavados en escarpadas serranías. Para obtener una

hija y recorrieron los estados de México, Querétaro, Guanajuato, Jalisco, San Luis Potosí, Durango y Zacatecas. Henry George Ward, *México en 1827*, México: Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Educación Pública, 1981, p. 156-157.

panorámica extensa se valió de perspectivas amplias, tomadas desde algún lugar elevado y distante. En la lámina de Zacatecas, por ejemplo, predomina el cerro de la Bufa y las cordilleras adyacentes sobre los demás elementos compositivos.²

A Emily Ward también le interesó representar las superficies rugosas y las depresiones, como se puede observar en la lámina dedicada a Tlalpujahua. El centro minero aparece en medio de la serranía, como parte integrante del paisaje, mostrando un caserío en el que destacan dos iglesias, cada una con su torre y cúpula. El suelo áspero y rugoso, con escasa vegetación, presenta cortes profundos. La composición es dinámica y armoniosa.³

En “El ascenso a Catorce” destaca el paisaje agreste de la serranía potosina, una composición de triángulo invertido en la que se observan las siluetas de dos cerros, mismas que, en un segundo plano, enmarcan la serranía, mientras en el fondo se distingue un pequeño caserío del cual parte el camino hacia el centro minero de Real de Catorce. Sin duda se trata de un paisaje mágico, que atrae al espectador.⁴

Los dibujos de Emily Ward contribuyeron a la difusión del conocimiento de México en el extranjero; bien vale recordar que, en 1839, la marquesa Calderón de la Barca, a quien me referiré en el siguiente inciso, al cruzar el puente Nacional, camino de Veracruz a México, se detuvo un momento para admirar “el hermoso puente tendido sobre el río de la Antigua, con sus arcos de piedra” que le trajo a la memoria un dibujo de la señora Ward, a pesar de que hacía tiempo que había visto su libro.⁵ Y así como sus dibujos permanecieron en la memoria de la marquesa, también influyeron a pintores extranjeros de la talla de Carl Nebel y de Johann Moritz Rugendas, quienes visitaron el país una década más tarde.

Madame Calderón de la Barca

En 1839 llegó a México otro insigne matrimonio, formado por Ángel Calderón de la Barca, hombre de letras que había sido nombrado ministro plenipotenciario de España en México después que ambos países establecieran la paz e iniciaran relaciones diplomáticas, y su reciente esposa Fances Erskine Inglis,

² *Seis panorámicas*, lámina Zacatecas, 1990: s/p.

³ *Ibidem*.

⁴ Ward, *México en 1827...*

⁵ Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*. Traducción, prólogo y notas de Felipe Teixidor. 2 vols. México: Porrúa, 1959, p. 38.

mejor conocida como Madame Calderón de la Barca, que llegaría a escribir uno de los libros testimoniales más importantes sobre el México de las primeras décadas del siglo XIX.

Nacida en Edimburgo, en 1806, después de la prematura muerte de su padre, se trasladó con su madre a Boston, en los Estados Unidos. Allí se ocupó como maestra en la escuela familiar y se adentró en los círculos intelectuales bostonianos en los que estableció amistad con personas de la talla de George Ticknor y William Prescott. Fue en casa de este último donde, a los 32 años, conoció a Ángel Calderón de la Barca.

Los Calderón de la Barca permanecieron dos años y veintiún días en México y durante este periodo la marquesa escribió una serie de cartas para comunicar a sus familiares sus impresiones acerca de este país. En estas cartas, originalmente no concebidas para publicarse, mostró extraordinarias dotes literarias en cuanto al manejo del lenguaje, el tratamiento de los temas, la agudeza de las observaciones y el humor con el que relató ciertos pasajes.

Una selección de dichas cartas la publicó William H. Prescott bajo el título de *Life in Mexico. Residence of Two Years in that Country* [*La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*]. Prescott aclara, en el prefacio, que insistió en sacar a la luz las cartas porque él mismo obtuvo un gran bien al leerlas y le pareció que era penoso que de “tanta instrucción y divertimento” sólo se beneficiara un grupo reducido de amigos. Aunque madame Calderón de la Barca era una persona de amplio criterio, prefirió mantener oculta su identidad firmando el libro sólo con sus iniciales: Madame C. de la B.⁶ En 1843 la obra se editó simultáneamente en Londres y en Boston, es decir apenas dos años después de que los Calderón dejaran el país, lo que demuestra una vez más la avidez que existía entre los europeos y norteamericanos por tener noticias sobre México.

La vida en México sin duda es un libro excepcional, que gozó de gran prestigio y desde su aparición tuvo muchos lectores. Escrito con un refinado y ameno estilo, que convierten su lectura en un placer, presenta una descripción minuciosa del México de las primeras décadas independientes. Como aguda observadora y visitante inquieta, la autora refiere todo lo que ve y escucha. Dada la elevada posición del marido tuvo oportunidad de entrar en los círculos sociales elitistas del país, conocer a las personas más destacadas del momento y tratar a políticos de

6 Prefacio de William H. Prescott, en *Madame C de la B.*, 1842, s/p).

muy alto nivel. Pero, asimismo, se preocupó por entender al pueblo y así asistió a las fiestas populares, visitó las poblaciones aledañas a la ciudad de México, viajó por lugares recónditos y observó diversas escenas callejeras. Nada escapa a su aguda mirada, lo mismo se detiene en la descripción de un mendigo que en la del guardarropa de una dama. También se interesó en la historia de México, tanto la reciente como la antigua e intercala en sus cartas pasajes históricos y reflexiones en torno al país.

En la octava carta, por ejemplo, describe la preparación de un baile de disfraces para la beneficencia pública al que planeaba asistir en el traje típico de *china poblana*, pero fue disuadida por los ministros de la guerra y de lo interior, que le aseguraron que las *poblanas* eran, por lo general, *femmes de rien*, que no llevan medias, y que la esposa del ministro español no debía, por ningún motivo vestir semejante traje, ni una sola noche siquiera.⁷

Ante tal insistencia Fanny cambió su disfraz para acudir al baile. Al provenir de un entorno cultural y social distinto tuvo el don de captar lo que le pareció característico de la sociedad mexicana. Así, por ejemplo, se expresó con admiración respecto de los lazos familiares existentes entre los mexicanos

Nunca he conocido un país que como en México las familias estén tan estrechamente unidas, en donde los afectos estén tan concentrados, o en donde exista este devotísimo respeto y obediencia de parte de los hijos e hijas casadas para con sus padres... Conozco muchas familias cuyos hijos casados siguen viviendo en la casa de sus padres, formando una especie de pequeña colonia, en la más armoniosa convivencia.⁸

Madame Calderón de la Barca se interesó vividamente por adentrarse y comprender la forma de vida de los mexicanos. Uno de los sucesos que le impactó profundamente fue el ingreso de una joven al convento de Santa Teresa de la ciudad de México, mismo que describe en el siguiente párrafo:

Comenzó a tocar la música y descorrieron la cortina... Las monjas, formando círculo, llevaban en las manos cirios encendidos; vestían capas de un azul vivo, con un escudo de oro prendido en el hombro izquierdo, pero cubrían sus rostros con espesos velos negros. La muchacha, arrodillada enfrente de ellas, también con un rico vestido y sus largas pestañas negras

7 Calderón de la Barca, *La vida en México*, p. 81,82.

8 *Ibidem*, p. 208- 209.

reposando sobre su rostro resplandeciente. La clerecía, al pie del altar, ricamente iluminado y aderezado, formaba, como de costumbre, un brillante fondo a todo este cuadro... Lo más terrible fue ser testigo de la postrera y angustiosa mirada de la madre para su hija, a través de la reja. Vio a su niña estrujada por los brazos de gente extraña, y cómo le daban la bienvenida en su nuevo hogar... Todavía, antes de caer la cortina, pudo verla, como se ve el rostro de un muerto cuando aun no se cierra la tapa del ataúd... De súbito, cayó la cortina como un paño de luto, y brotaron lágrimas y prorrumpieron en sollozos los deudos.⁹

La vida en México se ha convertido en un clásico de lectura obligada para las personas interesadas en el México de las primeras décadas del siglo XIX. Es asimismo la fuente importante para el estudio de diversas ramas de la historia, como la de la vida cotidiana, de las mentalidades, de la mujer, de la familia y de las costumbres, entre otros.¹⁰

Paula Kolonitz

La condesa austriaca Paula Kolonitz era dama de la corte de la archiduquesa Carlota de Saxe-Coburgo, a quien acompañó en su travesía hasta México, donde esta última asumiría el trono imperial como esposa de Maximiliano de Habsburgo.¹¹ La joven Paula emprendió el viaje con la emoción y expectativa de conocer nuevas tierras, pero a la vez con temor, por los peligros e incomodidades que implicaba atravesar navegando el Atlántico.¹²

La comitiva partió de Trieste, Italia, el 14 de abril de 1864 y, después de tocar tierra en Roma, Gibraltar, Madera, Martinica y Jamaica, llegó al puerto de Veracruz, en México, el 28 de mayo de 1864. Aunque las obligaciones de Paula Kolonitz terminaban oficialmente en ese momento, acompañó a la archiduquesa Carlota en el viaje hasta la capital, adonde arribaron el 12 de junio de 1864. Posteriormente, permaneció todavía cinco meses en el país, ya que partiría hasta

9 *Ibidem*, p. 210-211.

10 Otro libro escrito por madame Calderón de la Barca es *El attaché en Madrid*, versa sobre la vida de la corte de Isabel II. Fue publicado en 1856, en New York.

11 La archiduquesa Carlota de Saxe-Coburgo era hija del rey Leopoldo de Bélgica.

12 Paula Kolonitz, *Un viaje a México en 1864*. Traducción Neftalí Beltrán. Prólogo Luis G. Zorrilla. México: Secretaría de Educación Pública, 1976, p. 9.

el 17 de noviembre del mismo año. Esta estancia constituyó, según sus propias palabras “el más bello recuerdo” de su vida.¹³

Como era costumbre entre los viajeros, la condesa Kolonitz escribió un diario, en el que vertió sus impresiones de viaje y que constituye un valioso testimonio sobre México hacia mediados del siglo XIX. Fue una observadora aguda, con gran capacidad narrativa y dueña de una extensa cultura. Había leído los trabajos sobre México de Prescott así como las cartas de Madame Calderón de la Barca, obras que influyeron en su escritura. El diario es un texto íntimo, en el que la autora expresa sus sensaciones, emociones y decepciones, a la vez que describe todo lo que le rodea: la vida en el barco, los paisajes marítimos, los lugares que visitó en el camino y, en México, las peripecias del viaje de la costa a la capital, los paisajes y las personas con las que se relacionó.

Todo fue novedad para ella y le produjo la más profunda emoción. En alta mar vence, a fuerza de voluntad, los mareos para gozar plenamente la travesía. Expresa “¡Qué indefinibles e inmensamente bellas son las noches bajo los trópicos! A velas desplegadas avanza sobre las olas las nave silenciosas y tranquila dejando tras de sí vivísimas estrías de luz, las cuales se pierden y esfuman en la más lejana inmensidad”. De lo profundo de las olas se alzan globos de fuego, ya amarillos, ya azules.” Observa a las estrellas y se maravilla ante la “cruz del sur”, una constelación que no se aprecia en los cielos el hemisferio norte. Hasta en la luna advierte cambios, ya que la nota más rojiza y dorada, y las fases en posición distinta a la acostumbrada.¹⁴ Según sus propias palabras: “para nosotros, pobres criaturas del norte, todo esto tiene una fascinación indescriptible.”

Gibraltar le parece “tan grandioso como bello”; la isla Madera, “un sublime encantamiento”. En el camino de Veracruz a México, a pesar de las incomodidades de viaje, la condesa no deja de admirar y disfrutar el paisaje: “Aquí comenzamos a ver bellísimos árboles, llenos de lianas, miles de plantas y, por todos lados, flores dispersas con admirable variedad de colores, en montes y valles. Especialmente bellas eran las enredaderas que se entrelazaban a cada tronco y a cada copa, hasta la cima. Mariposas de color naranja, con manchas del más hermoso azul, gozaban de este divino banquete.”¹⁵

¹³ *Ibidem*, p. 187.

¹⁴ *Ibidem*, p. 45.

¹⁵ *Ibidem*, p. 26, 49 y 64.

Alude poco a sus funciones de dama de honor, pero describe algunas apariciones públicas de la pareja imperial. Habla, por ejemplo, del recibimiento que los monarcas tuvieron al llegar a México y contrasta “la acogida glacial” obtenida en Veracruz con los “espléndidos” festejos recibidos en Puebla. Sobre el emperador comenta: “la sencillez de sus modales y su amabilidad despertaban las más vivas simpatías. Les parecía imposible que... fuese afable con todos, que a todos graciosamente escuchase, que respondiese a éste o aquél con la suave benevolencia que le era propia. No esperaban tanto los mexicanos.”¹⁶

Durante su estancia en la ciudad de México recorrió los atractivos que ésta ofrecía. Uno de sus principales focos de atención fue la vida social de los mexicanos, las relaciones familiares, las costumbres, la tradición culinaria, las fiestas y los paseos. Una mañana en la ciudad de México transcurría así:

Los mexicanos que se dirigen a sus cabalgatas matinales pasan por las calles de la ciudad, pero su paso tiene para nosotros algo de misterioso porque las pisadas del caballo no se oyen, ya que ordinariamente los llevan sin herraduras. Las damas se dirigen a la iglesia siempre vestidas de negro y llenas de velos. Y entre aquellas almas devotas corren medio desnudos los indios: éste llevando sobre la espalda una grandísima jaula en la cual se juntan uno contra el otro seis, siete o más papagayos; aquél, corriendo por aquí y por allá ofreciendo frutas, dulce de membrillo, bizcochos, castañas cocidas; otros vendiendo figurillas de cera, objetos de oro y de plata, peines de Carey, ollas, utensilios de madera y con frecuencia también pobres colibríes, que pronto sucumben a su prisión.¹⁷

Motivada por su afición por la naturaleza, se refirió con gran detalle el paisaje rural: las serranías y mesetas, la flora y fauna, los diferentes ecosistemas y los pintorescos poblados:

Al sur de la ciudad, donde el canal de Chalco se hace más ancho, en el amplio puerto donde cada mañana llegan los indígenas con sus mercancías, se extiende el paseo de la Viga. Por allí se va a los pequeños pueblos [Santa Anita e Ixtacalco] en los que habitan solamente indios. Las más bellas flores se ven en sus proximidades y aun a las más pobres y pequeñas cañas las rodea el perfume y la suave fragancia de las lindísimas flores que

16 *Ibidem*, p. 62-87.

17 *Ibidem*, p. 114-115.

siempre las cercan. Este paseo es encantador. Las heladas cumbres de los volcanes como si estuviera a mitad de la calle, se levantan ante los ojos y, por la pureza del aire parecen estar más próximas que nunca. A la derecha del camino se extienden los campos de maíz que no parecen tener término, rodeados por matorrales salvajes, lujuriantes de flores. Sobre graciosas canoas los indios transportan a la ciudad frutas, flores, maíz, y heno. Junto a la fértil carga yacen las mujeres vestidas con sotanas color rosa, con sus niños y sus perros todos acomodados en las poses más pintorescas. Una tienda sostenida por dos pequeños palos los cubren de los ardientes rayos solares. A la izquierda puede verse extendidas las celeberrimas chinampas, los jardines flotantes de los indios. Originalmente el espejo del lago de Chalco era límpido y bello y sus ondas jugaban festivas. Pero los indígenas lo cubrieron de canoas y de esteras sobre las cuales ponían tierra donde plantaron frutas, flores y legumbres. Las ondas no se los llevaban más porque echaban fuertes raíces y de tal modo se formaron aquellas isletas llenas de verdor y setos de rosas. (Kolonitz, *Un viaje a México*: p. 119, 129)

La condesa Kollonitz advirtió algunos problemas de México, entre ellos la deforestación, que atribuyó a la colonización española, ya que a los españoles los consideraba enemigos de las “florestas y de los bosques”. Señala los efectos negativos que este mal tenía sobre las reservas de agua “Los lagos cada día se evaporan más y más, las fuentes se secan y el terreno se ha hecho árido. Cuando los conquistadores llegaron al país el plan alto de Anáhuac [el Altiplano de México] tenía bosques y magnificas selvas, estaba cubierto de encinas, de cedros y de ciprés. De ellos todavía dan prueba algunos antiquísimos residuos que llenan al viajero de estupor y de admiración”. (Kolonitz, *Un viaje a México*:84)

Gracias a su posición social y carisma personal logró hacer amigos mexicanos entrañables, que le brindaron hospitalidad y calor humano, lo que despertó en ella “el amor y el interés por México”. (Kolonitz, *Un viaje a México*: 151) De regreso en Viena ofreció el diario para su publicación, y dado el entusiasmo que despertaba la literatura viajera, la obra se editó en 1867 bajo el título *Un voyage au Mexique 1864* (Un viaje a México en 1864) y traducida al italiano apareció un año después en Florencia.

Adela Bretón

Otra mujer excepcional fue la británica Adela Bretón, quien llegó a México hacia 1893. Nacida en 1849, había gozado de una esmerada educación que le

permitió formarse como acuarelista y como arqueóloga, actividades a las que se mantuvo aficionada durante el resto de su vida.¹⁸

Adela nunca contrajo matrimonio y a los cuarenta y cinco años, tras la muerte de sus padres y el casamiento de su hermano, decidió emprender un viaje a México y Centroamérica, con la intención de hacer estudios arqueológicos y de documentar las antigüedades prehispánicas. Sentía una gran atracción por los viajes, pasión que su padre, el comandante William Breton, le había inculcado desde pequeña, al compartir con ella los recuerdos de sus travesías por oriente.

Para poder llevar a cabo el viaje, Adela Breton tuvo que superar los convencionalismos de la sociedad victoriana que impedían a una mujer viajar sola, a la vez que superar las innumerables dificultades que, en aquel tiempo, implicaba viajar por la República Mexicana. Si bien el ferrocarril cubría algunas rutas, no llegaba a los sitios arqueológicos que quería visitar la Bretón y, por lo tanto, resolvió trasladarse a lomo de caballo. Se hizo acompañar de Pablo Solorio, su fiel caballerango y sirviente, quien la ayudó a sortear los problemas diarios, como obtener comida y sitios para pernoctar, al mismo tiempo que la protegía en contra de posibles asaltos y robos. Ella lo consideró como amigo y mantuvo contacto con él hasta su muerte.

Adela Bretón además supo enfrentarse posturas envidiosas de los colegas. Por ejemplo, pudo sortear los obstáculos que le puso Edward Herbert Thompson para trabajar en Chichén Itzá. Thompson sentía antipatía por la Bretón a la vez que consideraba al mencionado sitio arqueológico como un coto privado, pues había comprado la hacienda dentro de cuyos márgenes se encontraban las ruinas.

La estancia de Adela Breton en América se prolongó a lo largo de quince años, durante los cuales realizó un fructífero trabajo, que posteriormente sería de gran utilidad para la arqueología mexicana.¹⁹

Siguiendo la tradición establecida por Humboldt, Adela se sintió atraída tanto por el paisaje mexicano como por los vestigios arqueológicos, mismos que, como artista plástica, trató de retener en la memoria. Como paisajista se valió

18 La información sobre *Adela Bretón* está tomada del catálogo de la exposición *Adela Bretón. Artista británica en México, 1894-1907*, Catálogo de exposición, Graciela Romandía de Cantú, introducción. México: Museo Nacional del Castillo de Chapultepec, The British Council y Reckitt and Colman, 1993.

19 *Adela Bretón...*, p. 27, 19 y 29.

principalmente de la acuarela que dominaba a la perfección y que la vincula, al igual que Emily Ward, con la tradición paisajística de la pintura inglesa, a la que ya aludí anteriormente. Especialmente, se interesó por representar las elevadas cimas de los volcanes, de las que carecía su patria. El acierto y creatividad de las composiciones, el manejo de la luz y el fino colorido confieren una gran calidad artística a sus obras a la vez que llama la atención la fidelidad con la que reprodujo los paisajes, por ejemplo, en cuanto al detalle de la vegetación. Son notables sus vistas de los volcanes Popocatepetl, Iztaccíhuatl, Pico de Orizaba y Jorullo.

Su fina sensibilidad para captar al paisaje se manifiesta, por ejemplo, en *Vista de Guanajuato desde la mina de la Valenciana* donde sitúa a la villa dentro del paisaje agreste de las serranías que la circundan, para convertirlo en un todo orgánico. Algo similar se puede observar respecto a la acuarela sobre Tlaxcala, en la que asimismo domina el paisaje. Las escenas netamente urbanas son pocas, entre ellas *La fachada de la catedral de Aguascalientes*, notable por la precisión y fidelidad con que reprodujo el trabajo escultórico de esta fachada barroca.

Sin embargo, la mayor parte de su tiempo lo ocupó Adela Bretón en la reproducción y documentación de antigüedades prehispánicas, su principal campo de interés. Ante el deterioro progresivo de muchos de los vestigios de las antiguas culturas, se preocupó por retenerlos en la memoria, valiéndose de las distintas técnicas a su alcance, tales como el dibujo, la acuarela, la fotografía y la calca en papel carbón, entre otros. Visitó la principales zonas arqueológicas descubiertas entonces, Teotihuacan, en el valle de México; Mitla y Monte Albán, en Oaxaca, el Tajín en Veracruz, y Chichén Itzá y Acancéh, en Yucatán. Fue en esta última región donde realizó su labor más importante, como lo es su testimonio de algunas de las principales pirámides y edificios. Destacan por la precisión del dibujo y la notable calidad artística las acuarelas sobre la pirámide principal del Tajín, que muestra la escalinata principal con sus nichos, invadidas por la maleza; la fachada oeste de la pirámide del Adivino en Uxmal, y el anexo y la iglesia del complejo de las monjas en Chichén Itzá.²⁰

Asimismo, documentó piezas escultóricas, relieves, cerámica y objetos de metal. Se preocupó porque las reproducciones fueran fieles conforme al original, en cuanto a forma, proporción y colorido. Hizo calcas al carbón, realizó bocetos, tomó fotografías que coloreó, hizo dibujos y acuarelas. Por ejemplo, pintó

20 *Ibidem*, p. 26, 31 y 36-37.

diversos objetos que habían sido extraídos del Cenote Sagrado de Chichén Itzá, así como los atlantes del templo de los Jaguares procedentes de la misma ciudad.²¹

De gran utilidad resultaron sus reproducciones de murales prehispánicos, muchos de los cuales, debido a su fragilidad, hoy día han desaparecido o están en proceso de desaparición. Ya que Adela Bretón se preocupó por reproducir con exactitud y fidelidad las formas y la policromía originales, sus obras son en muchos casos los únicos testimonios que existen. Cabe mencionar, por ejemplo, la reproducción de los murales de Teopancalco en Teotihuacan; la fotografía coloreada por ella del relieve del templo de Los Jaguares en Chichén Itzá, y los murales norte y occidental de la cámara interna del mismo edificio.²²

Esta extenuante labor la desarrolló con una salud precaria, en medio de las incomodidades del trópico, el sol abrasador, los mosquitos, las garrapatas y demás alimañas, y con frecuencia sin alimentarse adecuadamente. Tan sólo en la copia del friso de la fachada del Palacio de los Estucos ocupó cinco semanas de trabajo.

Los resultados de sus investigaciones los presentó años más tarde en los congresos de Americanistas, donde se ganó el respeto de sus colegas mayistas. Con varios de ellos, como Zelia Nuttall, sostuvo **correspondencia e intercambiaba** opiniones. A su muerte dejó su legado al museo de Bristol en Inglaterra, donde es accesible para los interesados.

Caecilie Seler-Sachs

Caecilie Seler-Sachs provenía de una familia judío alemana, que tuvo un estatus elevado en la sociedad berlinesa de finales del siglo XX, gracias a sus relaciones, su cultura y su solvente situación económica. Hermann Jacob Sachs, padre de Caecilie, era un conocido médico que despertó en ella el amor por la cultura y el arte y la estimuló para pensar de manera autónoma. Sin embargo ella no había encontrado un nicho para desarrollar sus inquietudes intelectuales, lo que cambió en 1884 cuando, a los 34 años, contrajo matrimonio con el renombrado americanista Eduard Seler y decidió participar activamente en sus investigaciones americanistas. Esta decisión la vinculó con México para el resto de sus días.

²¹ *Ibidem*, p. 38 y 35.

²² *Ibidem*, p. 34, 32, 33.

Seler emprendía sus estudios sobre las antiguas culturas americanas desde una perspectiva interdisciplinaria, siendo sus principales campos la lingüística, la etnohistoria y la arqueología. Tradujo obras clásicas, conformó diccionarios de distintas lenguas indígenas, describió ritos, costumbres o ceremonias y reunió el mayor número posible de objetos y testimonios sobre las culturas americanas antiguas.

Desde los primeros días de su matrimonio Caecilie Seler-Sachs adoptó la responsabilidad de gran parte del trabajo técnico que requerían estas investigaciones, por ejemplo hacer dibujos, copias y fichas; tomar fotografías, y archivar y clasificar objetos. Estas actividades, que desarrolló los 38 años que duró su matrimonio, la convirtieron con el tiempo en una experta en el campo de la americanística, como se puede constatar en sus obras, a las que me referiré más adelante.

Con los años Eduard Seler se volvió uno de los americanistas más reconocidos de su tiempo. Ocupó las cátedras de lingüística, etnología y arqueología de la Universidad de Berlín, lo que le permitió formar a un sólido grupo de discípulos, entre los que cabe señalar a Pert Kutscher, Walter Lehmann y Walter Krickeberg. Llegó a ser director de la sección americana del Museo Etnográfico de Berlín, director de la Sociedad berlinesa antropológica, etnológica y para la historia primitiva, así como el primer director de la Escuela internacional de arqueología y etnografía americanas.

El matrimonio Seler estructuró su vida en torno a sus intereses científicos. Los viajes a los sitios arqueológicos se impusieron como una necesidad para realizar los proyectos de investigación: había que ubicar a las culturas antiguas dentro de su entorno geográfico; hacer observaciones etnográficas para comprender el pasado a la luz de los vestigios que de él existían en el presente; recopilar escritos y vocablos pertenecientes a las lenguas autóctonas; coleccionar el mayor número de objetos prehispánicos posible, y documentar edificios, monumentos y piezas, mediante fotografías, dibujos, acuarelas y calcas, entre otros.

Entre 1887 y 1911, los Seler realizaron seis viajes a América, en su mayoría a México y Guatemala, la mayor parte de los cuales se financiaron con la fortuna que Caecilie había heredado de su familia.

Las condiciones de viaje no habían mejorado sustancialmente desde la época de Adela Breton y también el matrimonio Seler tuvo que enfrentar numerosas dificultades para subsistir en zonas no acondicionadas para visitantes. Difícil era conseguir comida, encontrar hospedaje, tratar con las autoridades locales, soportar las inclemencias del clima y recuperarse de las enfermedades que los

atacaron. Gran parte de la logística, así como de las tareas prácticas estuvieron a cargo de Caecilie. El trabajo era agotador, había que hacer el levantamiento y la proyección de edificios, realizar dibujos, acuarelas y calcas de fachadas de edificios, monumentos, esculturas y piezas menores. Caecilie asimismo tomó fotografías de muchos de los monumentos y piezas arqueológicas, lo que la convirtió, junto con Desiré Charnay, Augustus Le Plongeon y la mencionada Adela Breton en una de las primeras fotógrafas de antigüedades americanas.

Otra ocupación que consumió tiempo y esfuerzo al matrimonio fue la adquisición de alrededor de 13 000 piezas arqueológicas, que posteriormente donó al Museum für Völkerkunde [Museo etnográfico] de Berlín.

Uno de los aspectos que mitigó las dificultades y privaciones que tuvieron que enfrentar Caecilie y Eduard durante los viajes fue su profundo amor por la naturaleza. Extasiados contemplaban la exuberancia de las zonas tropicales, la sobria belleza de las regiones desérticas, los amaneceres y atardeceres. Pero dicho interés no se agotó en la contemplación y descripción de paisajes, flora y fauna, sino que comprendió el estudio de las especies botánicas que encontraron en el camino. Eduard había realizado estudios de botánica y tenía una vinculación con el Königliches Botanisches Museum [Real museo botánico] de Berlín. Para enriquecer los acervos de este museo y de otras colecciones botánicas él y Caecilie recolectaron alrededor de 6,000 ejemplares durante sus estancias en México y Centroamérica.

Ambos cónyuges escribieron sobre sus experiencias de viaje. Una serie de cartas sobre el primer viaje a México y Guatemala se publicó dos años después bajo el nombre de Eduard, por la editorial Dümmler de Berlín.²³

Tal vez el mejor documentado de los viajes fue el segundo, a México y Guatemala, que tuvo lugar entre 1895 y 1897, ya que la propia Caecilie Seler-Sachs escribió el libro *Por los antiguos caminos de México y Guatemala* editado en alemán, en Berlín, en 1900.²⁴ En esta obra exhibió sus dotes como escritora, su selecto y a la vez fluido lenguaje, su capacidad de observación, sus narraciones detalladas sobre la dificultad de los caminos, los problemas cotidianos de subsistencia y las agotadoras jornadas de trabajo.

23 Eduard Seler, *Reisebriefe aus Mexiko* [Epístolas de viaje desde México].

24 Caecilie Seler-Sachs, *Auf alten Wegen in Mexiko und Guatemala. Reiseerinnerungen und Eindrücke aus den Jahren 1895-1897*. Berlín: Dietrich Reimer, 1925.

Al morir Eduard Seler, en 1922, dejó inconclusa su obra. Numerosos artículos habían quedado inéditos y había muchos trabajos inacabados. Caecilie, con el apoyo de algunos de los discípulos de Eduard, entre ellos Walter Lehmann, Gerd Kutscher y Franz Boas, se dio a la tarea de ordenar los materiales y prepararlos para su edición. Asimismo consiguió financiamiento para editar las obras completas, que aparecieron en cinco volúmenes, en Berlín, entre 1902-1923.²⁵

Caecilie no compartió toda su actividad intelectual con Eduard. Junto con la fotografía documental, realizó tomas de paisajes, escenas rurales y personas con trajes regionales que permitieron aflorar su fina sensibilidad artística y la proyectaron como una excelente fotógrafa, dentro de la corriente paisajista y costumbrista. También aquí se manifiesta su amor a la naturaleza, su interés por la vida de las mujeres y su afición por el campo.

Con el fin de dar a conocer la vida de las mujeres en la época prehispánica escribió el libro *Frauenleben im Reiche der Azteken. Ein Blatt aus der Kulturgeschichte Alt-Mexikos*, Berlín [Vida de las mujeres aztecas] editado en 1919 por la editorial Dietrich Reimer. Esta obra se vinculaba a sus preocupaciones feministas, movimiento en el que participó activamente. Por ejemplo encabezó dirigencia de la “liga de cocinas berlinesas populares” una asociación creada por mujeres que tenía por objeto alimentar a los pobres.

Asimismo se interesó por la tradición culinaria mexicana y escribió un ensayo titulado *Mexikanische Küche* [Cocina mexicana] en el que describe alimentos, recetas y valor alimenticio de la comida mexicana. En este ensayo observa que la cocina ha sido tratada con negligencia por los antropólogos quienes concedían más valor a la indumentaria que a la alimentación.

Los relatos de viajes *Epístolas de viaje desde México* y *Por los antiguos caminos de México y Guatemala*, el primero en coautoría y el segundo enteramente de la pluma de Cecilia, ambos con fotografías tomadas suyas, constituyeron durante varias décadas las obras más autorizadas y leídas en Alemania sobre las culturas prehispánicas y sobre la arqueología mesoamericana. Asimismo, transmitieron una idea sobre el paisaje y la población mexicanos.²⁶ Sus demás obras tuvieron

25 Eduard Seler, *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Alterthumskunde*. 5 vols. Berlín: A. Asher, 1902-1923.

26 Eckehard Dolinsky, “Esbozo biográfico de Eduard y Caecilie Seler”, *Eduard y Caecilie Seler: Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones*. Renata von Hanffstengel y Cecilia Ter-cero Vasconcelos, editoras. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Insti-

poca difusión y después de la segunda guerra mundial cayeron en el olvido. Lo mismo sucedió con gran parte de la obra de Eduard, cuyo acceso se dificultaba por no estar traducida al castellano. Hoy día ya que se advierte un renovado interés por la vida y obra de estos dos personajes singulares. Su legado permanece en el Ibero-Amerikanisches Institut Preussischer Kulturbesitz [Instituto Iberoamericano del Patrimonio Cultural Prusiano] de Berlín, a disposición de las personas interesadas.

Bibliografía

Adela Bretón. *Artista británica en México, 1894-1907*, Catálogo de exposición. Graciela Romandía de Cantú, introducción. México: Museo Nacional del Castillo de Chapultepec, The British Council y Reckitt and Colman, 1993.

CALDERÓN de la Barca, Madame. *Life in Mexico, Residence of two years in that country*. W. H. Prescott, editor. Londres: Chapman and Hal, 1843.

CALDERÓN de la Barca, Madame. *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*. Traducción, prólogo y notas de Felipe Teixidor. 2 vols. México: Porrúa, 1959.

DOLINSKY, Eckehard. “Esbozo biográfico de Eduard y Caecilie Seler”, *Eduard y Caecilie Seler: Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones*. Renata von Hanffstengel y Cecilia Tercero Vasconcelos, editoras. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2003.

DUADIUK, Alicia. *Viajeros anglosajonas en México. Memorias*. México: Secretaría de Educación Pública, 1973.

HANFFSTENGEL, Renata von y Cecilia Tercero Vasconcelos. *Eduard y Caecilie Seler: Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Instituto de Investigaciones Interculturales Germano-Mexicanas y Ediciones y Gráficos Eón, 2003.

HUMBOLDT, Alexander von. *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. México: Porrúa, 1973.

HUMBOLDT, Alexander von. *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*. Traducción e introducción Jaime Labastida. México: Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1974.

ITURRIAGA, José N. *Litografía y grabado en el México del siglo XIX*. México: Inversora Bursátil S. A. de C. V., vol. 1.

KOLONITZ, Paula. *Un viaje a México en 1864*. Traducción Neftalí Beltrán. Prólogo Luis G. Zorrilla. México: Secretaría de Educación Pública, 1976.

SELER, Eduard. *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Alterthumskunde*. 5 vols. Berlin: A. Asher, 1902-1923.

SELER, Eduard. *Collected Works in Mesoamerican Linguistics and Archaeology*. Charles P. Bowditch & Frank E. Comparato, traductores. Culver City (CA): Labyrinthos, 1990-1998.

SELER, Caecilie. *Auf alten Wegen in Mexiko und Guatemala. Reiseerinnerungen und Eindrücke aus den Jahren 1895-1897*. Berlín: Dietrich Reimer, 1925.

SELER, Caecilie. *Frauenleben im Reiche der Azteken. Ein Blatt aus der Kulturgeschichte Alt-Mexikos*. Berlín: Dietrich Reimer, 1919.

WARD, Henry George. *Most Important Towns and Mining Districts, Upon the Table Land of Mexico*, Londres, : Henry Colburn, 1829.

WARD, Henry George. *Seis panorámicas de los más importantes poblados y distritos mineros del altiplano de México*. Emily Ward, dibujante, John Pye, grabador, Henry Colburn, editor. Elena Horz de Vía, traductora. México: Banco de México, 1990.

WARD, Henry George. *México en 1827*. Londres: Henry Colburn, 1828.

WARD, Henry George. *México en 1827*. Selección. México: Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Educación Pública, 1981.

III. Diarios y relatos autobiográficos. El viaje como proceso de aprendizaje



EL VIAJE DE ISABELA GODIN POR EL AMAZONAS: UNA TRAVESÍA DE LA SUPERVIVENCIA

Carla Almanza
Boston University

Impactante y conmovedor, el trágico episodio protagonizado por Isabela Godin des Odonais (1728-1792) irradió gran consternación e interés en su época. El suceso ocurre en 1769 cuando, debido a una conjunción de circunstancias funestas, emprende un arriesgado viaje desde la provincia de Quito hasta Cayena por medio del río Amazonas para reunirse con su esposo Jean Godin, investigador francés integrante de la expedición científica dirigida por Charles-Marie de La Condamine en el territorio americano. El presente trabajo consiste en un acercamiento a la historia de esta mujer noble nacida en Ecuador. Pretendemos identificar los rasgos de heroicidad presentes en el papel de Madame Godin en tanto esposa y mujer desafiante no sólo de los peligros implícitos en su temerario viaje, sino, también, de las convenciones sociales y culturales en torno de la imagen de la mujer en el siglo XVIII. Aunque no se cuenta con un relato testimonial de la propia Isabela, nuestra fuente principal de análisis será la carta escrita por su esposo en 1773 a pedido de La Condamine y donde se narran las adversidades que ella enfrentó¹. Esta carta, a su vez, nos permitirá evaluar cómo se desarrolla el recuento de aquella trágica experiencia femenina desde la perspectiva de una mirada masculina.

Madame Godin: una aristócrata en el Perú virreinal

Isabela Godin nació en 1728 en Riobamba, parte del virreinato del Perú y hoy en Ecuador. Fue la segunda de cuatro hijos y tuvo la suerte de tener unos

¹ Puede consultarse la versión original en francés en *Perils and Captivity: Comprising the Sufferings of the Piccard Family after the Shipwreck of the Medusa, in the Year 1816; Narrative of the Captivity of M. de Brisson, in the Year 1785; Voyage of Madame Godin along the River of the Amazons, in the Year 1770*. Edinburgh: Constable and Co.; Thomas Hurst and Co. London, 1827, págs. 309-334.

padres que ostentaban riquezas y una fuerte influencia política (Whitaker, 2004: 31). Como correspondía a su condición social, Isabela recibió una sólida y tradicional formación. Interesa aquí examinar el contexto educativo de Isabela a la luz del siglo XVIII europeo, especialmente francés, pues tal era su ascendencia por línea paterna (Smith, 2003: 24). Pese a que Isabela nació y creció en Riobamba, estuvo influenciada principalmente por los preceptos pedagógicos occidentales propios de la nobleza. Desde temprana edad, había manifestado su anhelo de viajar y asentarse en Francia. Esta inquietud parece haber estado motivada por el *glamour* que se vivía en el ambiente parisino de aquella época:

Hers was a childhood dream woven from many strands: Her grandfather on her father's side was French, her father had entertained these famous visitors in his home, and all of Quito had gossiped about the wonders of Paris when the expedition² had first come to the city. Women there, or so she had been told, presided over salons, attended the theater in fancy gowns, and danced the minuet at elegant balls. (Whitaker, 2004: 160)

Isabela se caracterizaba por sus refinados y amplios conocimientos; por ejemplo, su dominio de idiomas como el francés y el quechua, así como su habilidad para la lectura de los quipus, el método de comunicación inca (Smith, 2003: 24). Sin embargo, el aspecto que define o marca la inmediatez de su realidad es su condición de esposa leal y dedicada, puesto que adquiere tal estatus a muy temprana edad. Isabela contrae nupcias a los 14 años con el cartógrafo francés Jean Godin, quien contaba con 28 años de edad. La unión no era considerada inapropiada en términos de la diferencia de edades; al contrario, gozó de una total aprobación que fue secundada principalmente por La Condamine. Constituía, ante todo, una costumbre institucionalizada de la época:

Noblewomen ... had always been wives and mothers. In general, they had married early (in their mid-teens in the seventeenth century and at seventeen or eighteen in the following one), and their marriages were arranged by their parents or relatives with an eye to family advantage rather than to the personal happiness of the spouses. (Fairchild, 1984: 98)

2 Como veremos más adelante, el dramático incidente vivido por Isabela tendrá como germen el viaje de exploración científica auspiciado por la Academia de París y dirigido por La Condamine en 1743.

Es posible pensar que la situación de Isabela estuvo determinada por ese afán de conveniencia social o económica que implicaba el matrimonio. Sin embargo, es preciso tomar en cuenta que Isabela y Jean se casaron hacia mediados del siglo XVIII, en 1741, momento significativo en el desarrollo del pensamiento racionalista de la Ilustración. Por tanto, resulta inevitable intentar rastrear los nuevos rasgos que conlleva el concepto ilustrado del matrimonio en el caso concreto de esta mujer noble de Riobamba. Según Cissie Fairchilds,

... seventeenth- and early eighteenth-century noblewomen found little emotional fulfillment in marriage and ... they centered their lives instead around their “careers” as ladies-in-waiting or *salonnières*. But by the last half of the eighteenth century, noblewomen began to expect more out of marriage than a chance to be left alone. The Enlightenment revolutionized the way people viewed love and marriage. This supremely rational movement popularized the supremely romantic notion of marriage for love. (Fairchilds, 1984: 98)

En efecto, concebir el matrimonio como un medio para alcanzar un mejor estatus o, en todo caso, negarlo en tanto parte del desarrollo personal no parece ser un pensamiento dominante en la mentalidad de una mujer como Isabela Godin. Antes bien, en ella es posible vislumbrar ese componente humanizador y de romanticismo que, como señala Fairchilds, caracteriza la perspectiva ilustrada del matrimonio. Jean Godin, en su relato de la desafortunada experiencia vivida por su esposa en el Amazonas, da cuenta del espíritu apasionado que rige su comportamiento: “Aun cuando le hubiese sido posible retroceder, el deseo de ... volver a ver un esposo después de veinte años de ausencia, la hicieron desafiar todos los obstáculos en el extremo a que se veía reducida” (213)³. Este deseo constituye el origen de la travesía que emprenderá Isabela a través de la agreste zona del río Amazonas. Se trata de un deseo sustentado por el amor conyugal, y que pone al descubierto la temeridad y fortaleza del carácter de Isabela. Tras los inconvenientes que dificultaron el retorno de Jean Godin luego de haber emprendido un viaje por la ruta del Amazonas con el fin de atender cuestiones familiares y que significaron la separación de ambos por un lapso de varios años, a Isabela finalmente se le ofreció, por medio de los soberanos de Francia y Portugal, el envío de una embarcación que la trasladaría hasta Cayena para reunirse con su

³ Todos los fragmentos citados corresponden a la edición de 1921 de la editorial Calpe.

marido. No obstante, debido a una serie de traiciones y desavenencias, el destino hará que Isabela se encuentre a la deriva y a su suerte en medio de la agresividad e inclemencia del desconocido territorio selvático.

Un itinerario marcado por la azarosa adversidad

La carta en la que Jean Godin narra el fatídico viaje en el que se vio envuelta su esposa contrasta, de alguna manera, con los objetivos pragmáticos del viaje organizado previamente por el cartógrafo francés. Éste, a su vez, explica que su viaje emula el llevado a cabo anteriormente por La Condamine durante su labor de expedición científica que consistió en el cálculo del meridiano terrestre a partir del grado de longitud de la línea ecuatorial. Sin embargo, la curiosidad técnica de Godin está acompañada de una intención utilitaria y personal: preparar un camino fácilmente transitable y sin riesgos para que, cuando Godin tuviera que regresar a buscar a Isabela y emprender nuevamente el viaje hasta Cayena, ella no sufriera ninguna incomodidad. Así lo declara a La Condamine:

... en 1742, cuando partisteis de Quito, os dije que esperaba seguir la misma ruta que ibais a emprender, esto es, la del río de las Amazonas, no sólo por el deseo que tenía de conocer este itinerario, sino también para proporcionar a mi esposa el camino más cómodo para una mujer, evitándole un largo viaje por tierra en un país montañoso en el que las mulas son el único vehículo. (204)

La singular historia de Isabela se desencadena a partir del malintencionado proceder de Tristán d'Oreasaval, hombre de confianza de Jean Godin y a quien este último le encargó la misión de hacer llegar unas cartas a su esposa en Riobamba. Esas cartas contenían las órdenes del padre general de los jesuitas al provincial de Quito y al superior de las misiones de Maynas para que proporcionasen las canoas y tripulaciones necesarias para el viaje de Isabela. Sin embargo, Tristán, en lugar de cumplir el recorrido que debía hacer, prefirió quedarse en el punto de la ruta de las misiones portuguesas de Loreto, con el fin de dedicarse a comerciar. Su codicia fue más fuerte que su compromiso con Godin y encomendó el envío de las cartas a un misionero jesuita que encontró en Loreto. A pesar de tal injurioso acto, Isabela llegó a tener noticias de los preparativos organizados por su esposo para conducirla hasta Cayena y de las cartas que estaba intentando enviarle. Fueron estos rumores los que sembraron la inquietud en Isabela, quien,

deseando confirmar la veracidad de sus especulaciones, envió a un criado de su confianza a las misiones portuguesas para hacer las averiguaciones necesarias.

Tras la confirmación de la llegada de un barco a Loreto con la misión de trasladarla a Cayena, Isabela tomó la decisión de ponerse en camino para dar alcance a la embarcación. Esta resolución significó un total desprendimiento de sus pertenencias materiales, lo cual constituye un primer indicio del vehemente pero audaz espíritu que define el retrato de Isabela pintado por su esposo: “vendió cuantos muebles pudo, dejó los demás, así como su casa de Ríobamba, el jardín y tierras de Guaslen y otras tierras entre Gualté y Maguazo, a su cuñado” (210). El actuar con tan fuerte determinación es comprensible en una mujer que llevaba esperando cerca de veinte años el regreso de su marido⁴: la salida de Jean Godin de la provincia de Quito se produjo en 1749 y sólo en 1766 pudo disponer la empresa para ir en busca de Isabela, quien, debido a la demora que exigía la venta de todo el ajuar de su casa y los preparativos del viaje, pudo partir de Ríobamba recién el 1 de octubre de 1769. A partir de este momento, Isabela iniciaría una experiencia que pondría a prueba su fortaleza interior y que, sobre todo, se convertiría en una historia digna de ser recordada y valorada como evidencia de la actitud heroica que podía ostentar una mujer del siglo XVIII acostumbrada a los más confortables placeres de los que podía disfrutar cualquier miembro de la nobleza quiteña.

El lugar del embarco fue Canelos, en el riachuelo de Bobonaza, el cual afluye en el Pastaza y éste, a su vez, en el Amazonas. El padre de Isabela la precedió un mes antes de su partida con el propósito de preparar las tripulaciones en cada uno de los puntos de la ruta por donde debía pasar su hija. Isabela inició el viaje acompañada de sus dos hermanos, un sobrino, un médico, un negro y tres criadas indias. Además, salió con una escolta de 31 indios para transportarla a ella y su bagaje. La pérdida de esta escolta será el primer obstáculo al que hará frente Isabela. El motivo de la desertión fue la aparición de una epidemia de viruela⁵

4 Como señala Vera Lee, durante el siglo XVIII, la libertad de la que podía gozar la mujer antes del matrimonio contrasta fuertemente con el lazo casi restrictivo que se genera entre la mujer y su esposo una vez casados; la mujer, sobre todo la perteneciente a la burguesía, vivía con y para su esposo (Lee, 1975: 20). En el caso de Isabela Godin, el sentido de ser parte indispensable de la vida de su esposo parece constituir el principal móvil en su decisión de emprender el viaje.

5 Parece ser que las epidemias fueron un flagelo constante en el Quito del siglo XVIII. Por ejemplo, en un estudio de Karen Stolley sobre el manuscrito autobiográfico *Secretos entre el alma*

que afectó a la aldea de Canelos. Viendo tal situación, los indios optaron por dar marcha atrás a pesar de que se les había remunerado por anticipado. Jean Godin condena esta actitud en términos de la naturaleza del hombre indio determinada por su falta de confianza y su temor ante lo desconocido. El cartógrafo francés aprovecha el relato de este incidente para hacer recordar a La Condamine episodios similares protagonizados por los indios y que perjudicaron el desarrollo de sus misiones científicas:

... siguiendo la mala costumbre del país, originada por la desconfianza ... de estos desdichados, apenas llegaron a Canelos volvieron sobre sus pasos, ya por el temor del contagio, ya por el miedo a que se les obligase a embarcarse, pues nunca habían visto una canoa sino de lejos. No es preciso buscar mejores razones para explicar su desertión; sabéis, señor, cuántas veces nos abandonaron en las montañas durante el curso de nuestras operaciones, sin el menor pretexto. (213)

A partir de aquí, una serie de desafortunados acontecimientos dificultará la realización exitosa del viaje de Isabela. El mayor inconveniente estará dado por los continuos naufragios de las Canoas empleadas durante la travesía. No obstante, luego de la desertión de su escolta india, Isabela sufrirá la traición del médico francés que la acompañaba supuestamente con el objetivo de velar por su salud. Jean Godin, en su relato, lo identifica únicamente con el apelativo de “Sr. R...”⁶ y lo califica de “pretendido médico francés”. Tal conjetura se sostiene en el hecho de que el Sr. R, luego de enterarse de la noticia de que una señora de Riobamba se disponía a partir hacia el río Amazonas en un buque fletado por orden del rey de Portugal para conducirla hasta Cayena, fue expresamente a buscar a Isabela para pedirle que le concediese el favor de embarcarse con ella, pues necesitaba pasar a Santo Domingo o La Habana y, desde allí, trasladarse a Europa. Ante su negativa de cumplir tal pedido, el Sr. R recurrió al consentimiento de los herma-

y Dios escrito por Catalina de Jesús Herrera Campusano entre 1758 y 1760, la autora destaca la experiencia de la peste vivida por la monja en relación con la inestabilidad política de la época: “... Y todos estábamos esperando la muerte. Aquí se me quitó el miedo de la peste, porque mejor nos estuviera el morir que ver toda esta funestidad’ ... Al describir como el peligro de la epidemia se extiende por todo el paisaje quiteño hasta convertirse en un terror general, Catalina revela la situación precaria de sus coetáneos criollos que en esta visión se ven incapacitados para defenderse del desmoronamiento del orden virreinal” (Stolley, 2000: 178).

⁶ “His name, in fact, was Rivals, as other documents affirmed, but Jean never gave him more than a single initial followed by the dots” (Smith, 2003: 108).

nos de Isabela, quienes la convencieron de la utilidad de contar con un médico en tan largo camino. Tras la pérdida de una canoa cerca de Andoas y del indio que la dirigía, el Sr. R ofrecerá su ayuda para ir en busca de auxilio a Andoas; pero, muy lejos de contribuir a solucionar el problema, aprovechará la ocasión para fugarse con algunas joyas de Isabela. Es lógico afirmar, entonces, que las desgracias de esta noble mujer no serán la simple consecuencia de accidentes provocados por la poca eficacia de sus medios de transporte, escasamente preparados para soportar la inhospitalidad del territorio, sino que serán encauzadas e intensificadas por la deslealtad y codicia de quienes se unieron a su empresa supuestamente para brindarle su ayuda desinteresada.

Ante la pérdida de la canoa, la tripulación iniciará el recorrido a pie. Puesto que el camino siguiendo la orilla del río resultaba muy prolongado por sus sinuosidades, optan por adentrarse en el bosque, lo cual significará el progresivo aniquilamiento de los acompañantes de Isabela. El siguiente fragmento describe la terrible situación que los lleva hasta la muerte:

Fatigados por tantas caminatas incómodas por lo más espeso del bosque, llagados y heridos los pies por las zarzas y espinas, acabados los víveres, agobiados por la sed, no tenían más alimentos que algunas semillas, frutas silvestres y cogollos de palmera. En fin, agotados por el hambre, el descaecimiento, el cansancio, las fuerzas les faltan, sucumben, se sientan y no pueden levantarse. Allí les acechan sus últimos momentos, en tres o cuatro días expiran uno tras otro. (215)

Este macabro panorama generará un intenso abatimiento físico-espiritual en Isabela, y dará lugar a su paulatina barbarización y enajenamiento.

La barbarización de una mujer ilustrada

El relato en el que el cartógrafo francés Jean Godin detalla el aciago periplo de su esposa no es sólo el testimonio de un trascendente suceso histórico, sino también el retrato de la progresiva “desilustración” de una mujer aristocrática. Según la retransmisión que hace Jean Godin de la narración de la historia que le hizo su esposa, ésta permaneció sola en el bosque durante diez días, dos de los cuales los pasó al lado de sus hermanos muertos y los ocho restantes anduvo errante de un sitio a otro. Isabela se transforma de dama refinada en mujer salvaje dominada por su instinto de supervivencia en medio de una naturaleza hostil: “Descalza, semidesnuda, dos mantillas y una camisa hecha jirones por las

zarzas apenas si cubrían sus carnes; cortó los zapatos de sus hermanos, y se ató las suelas a los pies” (215). El científico francés no encuentra un modo eficaz de explicar la fortaleza y valor de su mujer en una situación tan poco apropiada, o desafiante, para alguien como ella: “¿Cómo, en este estado de agotamiento y de penuria, una mujer educada con delicadeza, reducida a este extremo, puede conservar su vida, aunque no sea más que cuatro días?” (216). Jean intenta justificar la suerte de Isabela en términos de los designios de la superioridad divina: “Mas la Providencia, que quería conservarla, dióle el valor y la fuerza para arrastrarse e ir a buscar la salvación que le esperaba” (216).

La salvación reservada para ella estaría personificada en dos indios con los que se encuentra Isabela a orillas del río Bobonaza luego de haber vivido la funesta historia. A pedido de Madame Godin, los indios la condujeron a Andoas; pero, indignada por el proceder del misionero que la tenía a su cargo —pues éste se apoderó de dos cadenas de oro que Isabela había dado a los indios en agradecimiento—, pidió una canoa con tripulación y partió prontamente a La Laguna, donde fue recibida muy amablemente por el doctor Romero, nuevo superior de las misiones. Durante los seis meses que permaneció Isabela en este lugar, el médico se ocupó de lo necesario para restablecer su salud e intentar difuminar el recuerdo de lo que acababa de vivir. Tras haberse recuperado un poco, el doctor Romero fletó una canoa para que Isabela fuera conducida a bordo del buque del rey de Portugal. A partir de este momento, la suerte de Madame Godin cambiará radicalmente. Todas las atenciones y cuidados que se le prodigan contrastan notablemente con el horror y las carencias que enfrentó en su desdichado viaje. Así lo cuenta Jean Godin a La Condamine:

Mi mujer me ha asegurado que desde este instante hasta Oyapoc, en una distancia de casi mil leguas, no le faltaron las comodidades más refinadas ni los manjares más delicados, como no podía esperar, de lo que no hay ejemplo en una navegación semejante; provisiones de vinos y licores llevados especialmente para ella, aunque no los probaba; abundante caza y pesca, proporcionadas por dos canoas que precedían a la galeota. El gobernador de Pará envió órdenes a la mayor parte de los apostaderos, y más víveres. (224)

La condición de deshumanización que transfiguró su noble identidad en una caricatura totalmente precaria y salvaje se ve, entonces, subvertida en el contexto de una embarcación que, a modo de microcosmos, reconstruye el mundo

material lleno de lujos y comodidades al que pertenece Isabela. No obstante, la experiencia de haber logrado superar la muerte y la desenfrenada lucha por sobrevivir marcarán su posterior existencia y ello cobrará significativa importancia en su espacio familiar y personal. La conservación de objetos emblemáticos de su terrible viaje demuestra la necesidad de no amputarse una parte de su vida que revela el heroísmo con el que supo vencer las adversidades y los peligros de la imbatible naturaleza. Su esposo relata: “Una india de Andoas le hizo una falda de algodón ... que aun conserva preciosamente, así como las suelas de los zapatos de sus hermanos, con las que se hizo las sandalias: tristes recuerdos que han llegado a serme tan queridos como a ella” (220). Es indudable que el episodio debe haber dejado una marca indeleble en la vida de Isabela⁷. Sin embargo, según Celia Wakefield, se presentan distintas especulaciones en torno de su situación en los años posteriores al penoso acontecimiento:

Jean and Isabel lived for twenty years in Saint-Amand. There is still discussion, two centuries later, of Isabel as she was then. Some townspeople remember word passed down by their forebears that the heroine of the Amazon regained her health and spirits. Others are convinced that she never recovered: she was a recluse, she was covered with scars from the bites of poisonous insects, she had a facial tic, which intensified when anything related to the jungle was mentioned. In any case, she endured no more dreadful experiences, but lived comfortably with Jean and her nephew. (Wakefield, 1995: 174-175)

Más allá del favorable o adverso desenlace de esta historia, lo cierto es que se trata de un suceso que concentró la atención de la sociedad no sólo por lo casi inverosímil que podía resultar la historia en sí, sino por el hecho de haber sido protagonizada por alguien como Madame Godin.

⁷ Esa marca pudo haber sido mucho más profunda y física, pues Isabela estuvo a punto de perder el dedo de una mano como consecuencia de sus heridas. Así lo detalla Jean Godin: “los sufrimientos de mi esposa no habían acabado; tenía el pulgar de una mano en muy mal estado. Las espinas que en él se le habían clavado cuando erró por el bosque, y que aun no había podido extraer del todo, originaron un tumor; el tendón, y hasta el hueso, estaban dañados; creían que habría que amputar el pulgar. Sin embargo, a fuerza de cuidados y de ungüentos salvó el dedo, no sin sufrir en San Pablo una operación, en la cual extrajéronle algunas esquirlas, perdiendo además la articulación del pulgar” (224).

La funcionalidad textual de la historia de Isabela

Simultáneamente a la valoración de la importancia histórica y cultural de la historia de Isabela Godin, resulta relevante apreciar la funcionalidad de dicho relato dentro del contexto mayor del libro de La Condamine, es decir, en la *Relación abreviada de un viaje hecho por el interior de la América meridional, desde la costa del Mar del Sur hasta las costas del Brasil y de la Guayana, siguiendo el curso del Río de las Amazonas*, publicada en 1773. Esta obra fue producto del viaje de expedición científica auspiciado por la Academia de París y su propósito consistió en el cálculo del meridiano terrestre a partir del grado de longitud de la línea ecuatorial. Este texto de La Condamine no se caracteriza precisamente por su condición de libro de viaje científico. En realidad, tiende a priorizar el aspecto pragmático del viaje antes que la explicación metódica de todo aquello que se observa. La experiencia o la anécdota es el medio que emplea con el fin de hacer de la relación del viaje un proceso más asimilable y cercano al lector.

El proyecto escriturario de La Condamine va más allá del puro informe científico. Al revisar el contenido de su obra, apreciamos que está dividida en tres secciones básicas, cada una de las cuales corresponde al relato del viaje por el Amazonas de un determinado personaje que formó parte de la expedición científica: 1) el de La Condamine en 1743; 2) el de Jean Godin en 1749; y 3) el de Isabela Godin des Odonais, a modo de carta y a través de la voz narrativa de su esposo Jean, en 1769. Estas tres historias se encargan de ofrecer simultáneamente los datos científicos pertinentes, así como información acerca de los acontecimientos experimentados por los expedicionarios⁸. Debe destacarse que es este último aspecto el que le permitirá al autor introducir ciertos elementos literarios que realcen la narración, sobre todo en relación con la tercera historia, la de Isabela Godin.

Para mantener la atención del lector a lo largo del relato, La Condamine confiere una notable relevancia a la narración de la funesta historia de Isabela

8 Mary Louise Pratt incluye la obra de La Condamine dentro del género “literatura de sobrevivientes”: “La Condamine’s account relates mainly his extraordinary return journey down the Amazon and his attempts to map its course and its tributaries. The account is written mainly not as a scientific report, but in the popular genre of survival literature” (Pratt, 1992: 20).

Godin, enunciada a través de la voz narrativa de su esposo. El conjunto de sucesos que conforman la historia casi colinda con lo inverosímil; por ello, el narrador se verá en la necesidad de recurrir a herramientas ficcionales:

El relato de las desventuras de Isabela Godin ha alcanzado tales dimensiones de tragedia que se desliza hacia el límite en que lo verdadero tiende a diluirse. Godin, pues, deberá recurrir a las convenciones de la novela para hacer verosímil esa verdad que está relatando como historiador. De este modo, *traducir* la experiencia de lo otro supone modelar el relato “como si” fuese una ficción para, desde allí, suscitar la creencia. (Altuna, 1999: 220)

En efecto, el relato de Jean Godin intenta ser un retrato fiel del viaje infernal que vivió su esposa y de ahí que introduzca matices discursivos propios del registro literario. A modo de ejemplo, citamos el siguiente pasaje donde se aprecia cierto lirismo en la descripción o recreación del trance que pudo haber experimentado Isabela: “El recuerdo del interminable y horrible espectáculo de que había sido testigo, el horror de la soledad y de la noche en un desierto, el pavor de la muerte siempre ante su vista, miedo que a cada instante se redoblaba, hicieron en ella tal impresión, que sus cabellos encanecieron” (216). Si bien ésta puede ser concebida como una técnica para intentar conservar la verosimilitud de la historia que se está narrando, a Jean Godin le interesa ante todo ser portador de la verdad histórica y, por ello, hacia la mitad de su relato, hace una reflexión acerca de la credibilidad de todo lo que tuvo que pasar su esposa. A continuación, transcribimos el razonamiento que expone a La Condamine:

Si leyeráis en una novela que una mujer delicada, acostumbrada a gozar de todas las comodidades de la vida⁹, se precipita en un río, del que se la extrae medio ahogada; se interna en un bosque con otras siete personas, sin camino, y por él anda muchas semanas; se pierde, sufre el hambre, la sed, la fatiga, hasta el agotamiento; ve expirar a sus dos hermanos, mucho más robustos que ella, a un sobrino apenas salido de la infancia, a tres jóvenes, criadas suyas, y a un joven criado del médico que había marchado antes; que sobrevive a la catástrofe; que permanece sola, dos días con sus noches, entre los cadáveres, en parajes donde abundan los tigres, muchas

⁹ Es posible contextualizar esta realidad a partir de la precisión que hace Olivier Bernier: “The eighteenth-century woman in Europe and America was born into a world of opening doors, of opportunity. She came forward, walking quite naturally into the vista of promise that lay before her, translating ambition into opportunity... and reality” (Bernier, 1981: 6).

serpientes muy peligrosas, sin haber encontrado nunca ni uno solo de estos animales; y que se levanta, se vuelve a poner en camino, cubierta de harapos, errante en un bosque sin sendas, hasta el octavo día, en que volvió a hallarse a orillas del Bobonaza, acusaríais al autor de la novela de faltar a la verosimilitud; pero un historiador no debe decir a sus lectores más que la simple verdad. (216-217)

De este modo, Jean Godin adopta la posición de historiador “poseedor de la verdad” antes que la postura de simple ente narrativo retransmisor de la versión contada por Isabela. Ésta es la herramienta principal para afianzar el valor histórico de su relato testimonial y, por ende, para sustentar la autoridad del discurso oral de su esposa y del cual él es mero portavoz. En este sentido, el cartógrafo francés se apresura en revelar que la totalidad de su narración está validada por la existencia de fuentes escritas que ratifican los hechos que conforman la historia de Madame Godin: “Todo lo anterior está atestiguado por las cartas originales que poseo de muchos misioneros del Amazonas, que han intervenido en este triste acontecimiento, del que, por otra parte, he tenido demasiadas pruebas, como lo veréis en la continuación del relato” (217). El propósito de esta declaración consiste en anular la incertidumbre que puede generar la idea de que la historia de Isabela se sostiene en una mera fuente oral. La intervención de fuentes escritas confiables acredita la verosimilitud de la increíble hazaña de la heroína de Riobamba. La palabra escrita es el instrumento que certifica la solidez de la imagen de Isabela y la de su viaje por el Amazonas, imágenes proyectadas por la voz del científico francés. Esta voz masculina y paternalista pugna por reivindicar la insólita e insospechada valentía de una mujer acostumbrada a desenvolverse en un mundo donde su valor físico y espiritual no es puesto nunca a prueba. Quizá por ello Isabela prefiere callar y olvidar lo vivido: aunque esté consciente de ser admirada por la singular fama que le ha granjeado su casi fantástico viaje, es posible que, debido a las limitaciones de su rol en el contexto social inmediato, no se encontrara en condiciones de ponderar la trascendencia de su sacrificada empresa y de ahí que se mostrara reticente ante la petición de su marido de contarle lo sucedido. A propósito del juicio que le interpuso Tristán d’Oreasaval, el principal responsable de las desgracias de Isabela y quien demanda a Jean Godin el salario que le había prometido a pesar de haberlo traicionado, este último detalla lo siguiente:

¡Cuánto me costó obtener de ella las aclaraciones que necesitaba para exponerlas a mis jueces en el curso de mi proceso! No dudo de que me ha llamado, por delicadeza, muchos detalles de los que hasta el recuerdo quería perder, por no afligirme; ni aun quería que persiguiese a Tristán, dejando obrar a la compasión y siguiendo los impulsos de su piedad hacia un hombre tan bribón y tan injusto. (229)

La extrema bondad y generosidad parecen haber sido atributos característicos de esta distinguida dama, lo cual realza aun más lo impactante de su historia. Isabela podrá desear condenar el acontecimiento al olvido, pero su esposo se encargará de salvarlo y preservarlo, pues sabe que se trata de un hecho memorable digno de ser sacado a la luz¹⁰. Al respecto, Anthony Smith apunta lo siguiente:

He [Jean Godin] does have a point. The tale was a tall one, particularly in the eighteenth century when women only rarely wandered from a clearly defined existence. Certainly none did so in Amazonia when middle-aged, and to survive younger and apparently fitter companions. Jean found the whole story astonishing, just as those two Indians with their canoe by that river bank must have been astounded at the sight of Isabela. They too may have been frightened and certainly perplexed. The woman in front of them, plainly distraught, scarcely clothed, absolutely unkempt and covered in bites, was like no one they had ever seen. If they recognized her as European rather than Indian she was the first of her kind they had witnessed in such a state. They had possibly never seen any Indian woman so bedraggled, so haggard, and so alone. As for the Europeans they had encountered, whether male or female, young or old, they had never found them wandering through the forest, miserable, wretched, and undoubtedly in need of help. When they approached her she stayed rooted, not daring to move, and hardly able to do so. (Smith, 2003: 152)

Isabela Godin, pues, es el singular ejemplo de una mujer del siglo XVIII capaz de enfrentar y desafiar las más severas dificultades gracias a su entereza. En este sentido, y siguiendo a Olivier Bernier, cabe señalar que la mujer del siglo

10 No obstante, en la parte introductoria de su carta, Jean confiesa a La Condamine su original resolución de no querer publicar, y por tanto recrear, una historia que le provoca tanto sufrimiento: “Había resuelto no hablar nunca de él [el viaje de su esposa], ¡tan doloroso es para mí su recuerdo!; pero el título que invocáis de antiguo compañero de viaje, título que me honra, la parte que tomáis en cuanto nos interesa y las pruebas de amistad que me dais, no me permiten rehusar el satisfaceros” (203).

XVIII ejercía pleno derecho de su libertad en diversos sentidos, y sabía demostrar su independencia y valentía cuando fuese necesario:

It wasn't that women, as in the nineteenth century, were considered fragile flowers who needed protection from the rough world outside. They hunted and rode, just like men. They chose their sexual partners freely and changed them frequently. They spent what they wished, went where they wanted, and did what amused them, whether it was giving a costume ball, attending a physics lecture, or running a salon. (Bernier, 1981: 7)

En el marco de este planteamiento, podemos afirmar que Isabela justamente puso en evidencia el lado temerario y aguerrido de su personalidad, lo cual, a su vez, revelaba su superioridad física y espiritual frente a los hombres que perecieron en el desventurado viaje. Tal vez su juventud y vitalidad fueron elementos determinantes para actuar decididamente y lograr sobrevivir en una situación tan inverosímilmente superable para cualquier mujer. Más aun, si se toma en cuenta que, según los parámetros de la *Enciclopedia* francesa, la mujer no era concebida propiamente como ser humano, sino, más bien, como un ente subordinado al hombre y que simplemente lo complementaba¹¹, Isabela proyecta una imagen de autonomía e independencia que contradice a los enciclopedistas. Esta reivindicación de una entidad femenina equiparable a valores asumidos como propiamente masculinos se manifiesta al inicio del relato de Jean Godin cuando éste hace mención del paralelo entre el viaje de exploración científica que hizo La Condamine por el Amazonas y el viaje de supervivencia que realizó Isabela por la misma ruta:

Me pedís un relato del viaje que hizo mi esposa por el río de las Amazonas, siguiendo el mismo itinerario que vos recorristeis antes. Los confusos rumores que han llegado hasta vos de los peligros a que se vio expuesta, y de los que únicamente ella, de las ocho personas de la expedición, escapó, aumenta vuestra curiosidad (203).

11 En las páginas de la *Enciclopedia*, “‘Woman’ ... is defined in a separate article, ‘Woman’ ... as ‘the female of man’ ... woman was no longer to be construed as a human being but rather as something separate, contrasted to the universality of the human and thus excluded from the concept *Man*. As a result, woman’s humanity remains vague, and she is not, at least not explicitly, defined as a human being” (Steinbrügge, 1995: 22).

Tanto La Condamine como Isabela llevaron a cabo el mismo recorrido, pero bajo circunstancias significativamente opuestas y por razones muy distintas.

Conclusión

Emprender un arriesgado viaje para reencontrarse después de veinte años con el ser amado puede parecer el simple argumento de una historia idílica. Sin embargo, si a ese argumento se le juxtaponen el horror y la muerte que conlleva el desarrollo del itinerario, la historia pierde su encanto y se transforma en la pesadilla de un viaje en donde la meta final consiste en conservar la vida a cualquier precio. Y más aun, si quien protagoniza tal lucha por la subsistencia es una joven dama de la nobleza quiteña del siglo XVIII acostumbrada a los más grandes placeres y comodidades, la historia cobra una trascendencia mucho más significativa.

La experiencia de Isabela Godin des Odonais se ha convertido en un fascinante y recurrente tema de investigación desde un enfoque histórico-literario. El drama conyugal/personal y el escenario exótico han motivado la producción de novelas de viaje-aventura como *D'amour et D'Amazone: l'épopée d'Isabel Godin* de Anthony Smith y *Die Liebe der Isabel Godin* de Peter Baumann. Sin embargo, la historia de Isabela es mucho más que el pretexto perfecto para un libro de ficción. Aun cuando no realizó propiamente un viaje de exploración como el de su esposo Jean Godin o el de La Condamine, Isabela se ha ganado una respetable posición en el grupo de mujeres viajeras a lo largo de la historia universal. Prueba de ello es su inclusión en el estudio de Polk y Tiegreen titulado *Women of Discovery: A Celebration of Intrepid Women Who Explored the World*. Este título sintetiza muy sugerentemente el ejemplar retrato de nuestra singular heroína y de su importancia en la tradición sociocultural de casi fines del período colonial en América. El accidentado viaje de Isabela Godin por la ruta del Amazonas es el testimonio de la puesta a prueba del espíritu de heroicidad en una mujer del siglo XVIII hispanoamericano.

Bibliografía

ALTUNA, Elena. "Ciencia, aventura y público: La Condamine y los componentes de su relato de viaje al Ecuador". *Colonial Latin American Review*, 8, 2, 1999, págs. 207-224.

BAUMANN, Peter. *Die Liebe der Isabel Godin*. München: Langen-Müller, 2002.

BERNIER, Olivier. *The Eighteenth-Century Woman*. Garden City, New York: Doubleday; New York: Metropolitan Museum of Art, 1981.

FAIRCHILD, Cissie. "Women and Family", en: Spencer, Samia I. (ed.). *French Women and the Age of Enlightenment*. Bloomington: Indiana University Press, 1984, págs. 97-110.

GODIN, Jean. "Carta de M. Godin des Odonais y la aventura trágica de madame Godin en su viaje de la provincia de Quito a Cayena, por el río Amazonas" [1773], en: La Condamine, 1921, págs. 201-229.

LA CONDAMINE, Charles-Marie de. *Relación abreviada de un viaje hecho por el interior de la América meridional, desde la costa del Mar del Sur hasta las costas del Brasil y de la Guayana, siguiendo el curso del Río de las Amazonas*. "Nueva edición, aumentada con la relación del motín popular de Cuenca, en el Perú, y con una carta de M. Godin des Odonais, conteniendo la relación del viaje de madame Godin su esposa..." [1773]. Madrid: Calpe, 1921.

LEE, Vera. *The Reign of Women in Eighteenth-Century France*. Cambridge, Massachusetts: Schenkman, 1975.

POLK, Milbry y Mary Tiegreen. *Women of Discovery: A Celebration of Intrepid Women Who Explored the World*. New York: C. Potter, 2001.

PRATT, Mary Louise. *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. London: Routledge, 1992.

SMITH, Anthony. *D'amour et D'Amazone: l'épopée d'Isabel Godin*. Paris: Intervalles, 2006.

---. *The Lost Lady of the Amazon: The Story of Isabela Godin and Her Epic Journey*. New York: Carroll & Graf Publishers, 2003.

STEINBRÜGGE, Lieselotte. *The Moral Sex: Woman's Nature in the French Enlightenment*. New York: Oxford University Press, 1995.

STOLLEY, Karen. "Llegando a la primera mujer": Catalina de Jesús Herrera y la invención de una genealogía femenina en el Quito del siglo XVIII". *Colonial Latin American Review*, 9, 2, 2000, págs. 167-185.

WAKEFIELD, Celia. *Searching for Isabel Godin*. Chicago: Chicago Review Press, 1995.

WHITAKER, Robert. *The Mapmaker's Wife: A True Tale of Love, Murder, and Survival in the Amazon*. New York: Basic Books, 2004.

El Lenguaje Estético y la Intelectualidad Femenina en *Diario de una Residencia en la India* de María Graham (1812)

Cielo G. Festino
Universidade Paulista- São Paulo- Brasil

Introducción

En esta monografía haremos una lectura de *Diario de una Residencia en la India* (1812)¹ basado en el viaje que la escritora y viajera inglesa, María Graham (1785-1842) realizó a la India en 1809². Mi hipótesis es que debido a la exclusión sistemática de las mujeres del discurso del conocimiento, en el siglo diecinueve, las viajeras femeninas recrearon temas relacionados con el imperio a través de las formas del discurso estético³ que les era permitido: la novela, las narrativas de viaje y el dibujo. Eso demuestra, como dice Elizabeth Bohls (1995, p. 2), que ya desde el siglo dieciocho las mujeres inglesas tenían una relación equívoca con el lenguaje de la estética: “Aunque no escribían tratados, publicaban narrativas

1 En el original en inglés: *Journal of a Residence in India* (1812)

2 María Graham se hizo famosa como escritora de narrativas de viaje. Comenzó a recorrer el mundo en 1809, cuando viajó a la India. Publicó las experiencias y observaciones de ese viaje en *Journal of a Residence in India* (1812). Camino a la India, conoció a quien sería primer su marido, el Capitán Thomas Graham. Luego, ambos viajaron a América del Sur, donde María se trasladaría después de la muerte de su marido, residiendo en Chile y Brasil, entre 1821 y 1823. Al poco tiempo del recorrido americano viajaron a Gibraltar. María registró esta experiencia en su segundo diario de viajes *Three Months passed in the Mountains East of Rome, during the year 1819*. En su tercera narrativa de viajes, *Journal of a Voyage to Brazil and Journal of a Residence in Chile* (1824), Graham relata los movimientos independentistas en ambos países. De vuelta en Londres, y luego de la muerte de su marido, en el viaje entre Brasil y Chile, Graham se casó con Augustus Wall Callcott, R. A., haciéndose conocida como Lady Callcott.

3 En esta monografía, utilizaremos la definición de estética de Elizabeth Bohls (1995:2) no en el sentido de “un limitado y prestigioso género de escrita teórica y académica”, como señala la crítica, sino como “un discurso asociado con aquellos discursos que se refieren a una serie de temas como así también un vocabulario específico sobre ellos”. Según Bohls, el discurso de la estética trata “sobre las categorías y conceptos del arte, la belleza, lo sublime, el gusto y el juicio y, en un sentido más amplio, con el placer que se experimenta en la contemplación de espectáculos y superficies agradables”.

sobre tours pintorescos”⁴. Ese tipo de narrativas les permitía atravesar los límites del mundo del hogar y de lo privado y colocarse en lugares de enunciación asociados con lo público, como el lenguaje de la ciencia y la política, reservados al discurso masculino.

En esas narrativas, las mujeres viajeras fueron más allá de las simples representaciones pintorescas de lo que observaban y redefinieron el discurso estético de dos maneras. Por una parte, consideraban el discurso de la estética a partir de una óptica femenina y, como etnógrafas aficionadas, en vez de utilizar el género de lo pintoresco, como explica Sara Suleri (1992), para tornar lo que veían en contemplación estética, lo usaban para hacer aseveraciones culturales y políticas. Por otra parte, como observa Mary Louis Pratt (1993, p.137), una vez en la “zona de contacto”, el espacio geográfico y cultural donde viajeros y “viajados”⁵ se encontraban, los viajeros en general y las mujeres viajeras en particular, imaginaban la estética europea como “...construida a partir de los materiales infiltrados, donados, absorbidos, apropiados e impuestos por la zona de contacto en todo el planeta”. Así, estas narrativas también revelan que, como agrega Pratt, la estética del Romanticismo no es un producto puramente europeo, sino también un resultado del encuentro entre los dos mundos.

En mi opinión, tanto la narrativa escrita como los grabados que constituyen *Diario de una Residencia en la India* de María Graham pueden ser leídos, simultáneamente, como un ejemplo de la apropiación, por parte de las viajeras femeninas, de los principios de la contemplación estética para la adquisición de conocimiento y, al mismo tiempo, como un ejemplo de la reformulación de la estética europea en la zona de contacto.

La Estética en la Zona de Contacto: Entre Palabras y Pinceladas El Prefacio

En la biografía de María Graham, *La Viajera Ilustrada* (2000, p.15), el escritor chileno, Tomás Lago, narra que Graham era una representante de la mentalidad de la nobleza provinciana inglesa (*English Gentry*). Sus comentarios, dice Lago, suenan como un “informe profesional del Almirantazgo. Graham ve el

4 Las observaciones de todos los críticos citados en este trabajo son traducciones nuestras.

5 Pratt (1993, p. 7) define a los colonizadores y a los colonizados como “travelers” y “travelees”. En español, viajeros y “viajados”

mundo como un mapa en blanco, lleno de imperfecciones que Inglaterra debía corregir”. Las reflexiones de Lago ya muestran que Graham no estaba interesada simplemente en narrar las curiosidades de la mayor colonia inglesa, sino que continuamente comparaba todo lo que observaba con el nivel cultural, social, político y religioso inglés y, de esta manera, respaldaba lo que fue llamado de la “misión civilizadora” inglesa.

A diferencia de otras mujeres de su tiempo, Graham se negó a convertirse en una mujer de sociedad convencional y usó los talentos de mujer gentil y bien nacida no solo para el mercado matrimonial, si no también para adquirir conocimiento sobre las diferentes culturas que tuvo la oportunidad de visitar. Si su padre, también marino, la llevó a la India para conseguir un marido, como era la costumbre en esa época entre las mujeres de su clase, Graham se propuso estudiar la historia y la cultura de los lugares que visitó y que luego recreo en sus narrativas.

Como muchas de las mujeres viajeras del siglo diecinueve, una vez en las colonias, y, a través de la práctica estética, Graham se libraba de la tutela masculina a la vez que, paradójicamente, contribuía a la política colonial inglesa. Como explica Bohls (1995, p.3), “las mujeres viajeras se apropiaron del poderoso lenguaje de la estética, escrito por los hombres”. Sin embargo, como agrega la crítica, “si esas mujeres aspiraban a compartir la autoridad y el discurso de este tipo de género, ellas también desafiaron sus principios básicos”. Entendemos que las narrativas de viaje de Graham comparten esas características.

Diario de una Residencia en la India comienza con un Prefacio en el que Graham define su locus de enunciación a partir de las diferencias que, ella implícitamente, establece entre su texto y las narrativas masculinas sobre la India. Conociendo el lugar reservado a las mujeres, comienza negando cualquier pretensión científica cuando explica que su diario de viaje está basado en una serie de cartas, escritas para entretenimiento de un amigo (el “Dear Friend” al que su narrativa está dirigida) y, por lo tanto, sin ninguna intención de publicación. De esa manera, revela el conflicto de las mujeres escritoras en el siglo diecinueve: como sus vidas estaban relegadas al mundo de lo privado, se aceptaba que expresaran opiniones y experiencias de manera escrita. Sin embargo, la publicación de sus narrativas implicaba entrar en el mundo de lo público, reservado a los hombres. Entonces, mostrando saber que, como reflexiona Bohls (Ibídem, p.17), “los escritores de diarios de viaje, como los sujetos estéticos eran masculinos, en una época en que el hogar era literal y simbólicamente el lugar de la mujer”,

para acortar la brecha entre lo público y lo privado, el discurso de la ciencia y el entretenimiento, Graham dice que su texto está dirigido a una audiencia más popular y que ella no tratará de temas políticos ni comerciales. Diferentemente de las narrativas masculinas, el foco de su narrativa serán los temas culturales como los monumentos y las costumbres de los indios y los ingleses, residentes en el subcontinente:

Aunque la India ha sido visitada por un gran número de inteligentes hombres ingleses y de otras nacionalidades, y ha sido tema de un gran número de publicaciones, puede percibirse que no hay estudios en nuestro idioma que contenga una visión amplia y popular de sus paisajes y monumentos, y de los hábitos y costumbres de los nativos y los colonizadores residentes, del tipo que son ofrecidos por los viajeros en países de menos interés.

Graham enfatiza el enfoque diferencial de su diario de viaje, diciendo que sus temas de interés son los de aquellos que, al contrario de los funcionarios del gobierno inglés, los soldados y los comerciantes, en vez de preferir una vida de acción se dedican a la contemplación filosófica y, a través de la estética, establecen una cierta distancia con lo que los rodea para "...grabar y digerir las impresiones que reciben del espectáculo que se extiende frente a ellos" (iii)⁶.

Al delinear de esta manera los límites de su locus de enunciación, Graham parece estar restringiéndose al lenguaje de lo pintoresco. Sin embargo, su discurso se amplía cuando enfatiza la superioridad de la percepción femenina, frente a la masculina e, indirectamente, señala el valor cultural de sus impresiones, articuladas a través del lenguaje estético, que con claridad exceden el ámbito de lo doméstico, esperado de una mujer. Graham enfatiza esta característica de su narrativa cuando señala que:

[El mérito de su texto], si es que tiene alguno, consiste en la fidelidad y vivacidad de su transcripción de nuevas impresiones...[La escritora] considera que es un aspecto que podría haberse perdido, si hubiese mudado el carácter de sus bosquejos iniciales al tratar de reducir sus redundancias y acentuar su colorido (v)⁷.

6 "...record or digest the impressions which they receive from the spectacle that is spread before them" (iii).

7 [The merit of her text] if it have any, must consist in the fidelity and liveliness of a transcript of new impressions,—and this she has found it would have been in great danger of losing, if she had ventured to change the character of her original sketch, by attempting to *reduce its redundancies* or to

Su decisión de no embellecer las impresiones articuladas en su texto, de presentarlas “en su forma original”, indican su deseo de dar a su narrativa un tono más científico que estético. Sus bosquejos de la India, expresados tanto por medio de la palabra como de la pincelada, problematizan la idea de que el lenguaje de la estética, como señala Bohls (Ibídem, p. 7), “es un dominio autónomo, independiente de los valores morales, intereses políticos o actividades utilitarias”. Al mismo tiempo, Graham parece ser consciente de que las impresiones que articula en su narrativa no reflejan lo observado de manera objetiva, sino que revelan la perspectiva del observador, en este caso una mujer, que, como dice Bohls (Ibídem, p.17), “no se adecua a la imagen del viajante como explorador heroico, científico o interprete cultural”. Entonces, Graham dice que su intención es “... una descripción correcta del paisaje del país, y, según su capacidad y poderes le permitan, una representación fiel de las costumbres de sus habitantes” (v)⁸.

Una lectura minuciosa de su relato revela, por un lado, la adherencia de Graham al discurso del colonialismo y, por el otro, el hecho de que ella es consciente que su texto se articula por medio de un género al que se le niega valor científico. Para contrarrestar ese aspecto del discurso de lo pintoresco, Graham enfatiza que espera que su texto sea “correcto y fiel” al discurso científico colonial, aprendido en la Inglaterra de los orientistas, quienes son sus verdaderos informantes en la India. De esa manera, ella indirectamente afirma que su texto es tan serio como el de los viajeros masculinos con los que está familiarizada:

La autora, puede tomarse la libertad de mencionar, sin embargo, que en Bombay, Madrás y Calcuta ha tenido la buena suerte de relacionarse con personalidades, distinguidas por su investigación y saber sobre Oriente y que en su compañía ha tenido la oportunidad de adquirir valiosa información, a respecto de las costumbres civiles y religiosas y opiniones de los nativos, lo que, de otra manera, hubiera buscado en vano (v)⁹.

strengthen its colouring (v) (our emphasis).

8 “...the merit of a *correct* description of the scenery of the country, and, as far as her powers and opportunities permitted, a *faithful* delineation of the manners of the inhabitants” (v).

9 “She [the author] may be allowed, however, to mention, that at Bombay, at Madras, and at Calcutta, she had the good fortune to be acquainted with many individuals distinguished for oriental learning and research, and that in their society she had the opportunities of acquiring much information with regard to the civil and religious habits and opinions of the natives, which she must otherwise have sought in vain” (v).

Graham concluye el Prefacio con un comentario que marca otra diferencia con las narrativas masculinas sobre la India. Graham se disculpa por el “aspecto desfavorable” de las personas retratadas en su diario de viaje y explica que, como no tuvo tiempo de viajar al interior del subcontinente, “no tuvo la oportunidad de profundizar en los vestigios de la era de oro: esa combinación de inocencia, benevolencia y simplicidad voluptuosa con la que la imaginación de algunos autores ingeniosos han poblado las casas de los hindús” (vi)¹⁰.

Su uso de la palabra “imaginación” para calificar los textos de los “autores ingeniosos” que la precedieron, ya revela una crítica de los mismos, dado que para ella los nativos representados en esos diarios de viaje solo existen como una ficción masculina europea. Aunque Graham esperaba encontrar entre los indios “...algunas variaciones de las normas [inglesas], en lo que se refiere a la moral, la caridad y la decencia de la vida social...” admite que la diferencia fue “...mayor de lo que puede admitir, aun llevando en cuenta estas consideraciones” (vi-vii)¹¹.

Por eso, Graham espera que su narrativa, a diferencia de las narrativas de lo pintoresco no solo “entretengan a su público en Inglaterra”, como se esperaba de la mayoría de las narrativas de viaje, sino que también lleven al lector reflexivo a la meditación, revelando así el carácter didáctico y moral de la escritura femenina. De la misma manera, Graham espera que su diario de viaje ayude “a mejorar las condiciones morales e intelectuales de los nativos” (vii), contribuyendo a la misión civilizadora inglesa en el subcontinente. La observación de Graham sugiere que ella era perfectamente consciente de que narrativas como la suya excedían los límites de lo pintoresco y, como explica Hayward (2003, p. viii), servían para múltiples propósitos, entre ellos, “introducir potenciales colonizadores a las nuevas tierras y consolidar la identidad nacional al comparar los británicos al Otro diferente”.

En otro nivel, las palabras de Graham revelan que, al encontrarse lejos de la sociedad inglesa, las mujeres se convertían en teóricas y, de esa manera, reformulaban el lenguaje estético femenino, el cual era reducido a una contemplación estética desinteresada. Como dice Bohls (Ibíd., p. 7), las mujeres viajeras

10 “...[she] did not go far enough to meet with any of those remnants of the age of gold --any of those combinations of innocence, benevolence and voluptuous simplicity with which the imagination of some ingenious authors have people the cottages of the Hindoos” (vi).

11 “...some variations from [the English] standards as to the morals and the charities and the decencies of social life” (vi-vii), admite que la diferencia “...was greater than she found it easy to reconcile to herself, even by these considerations” (vii).

reformularon la idea que propone que “la recepción estética negaba cualquier existencia práctica al objeto observado”.

Por eso, la escrita femenina de viajes se tornó ambivalente. Si, por un lado, a través de estas narrativas las mujeres reafirmaban el discurso colonial hegemónico, por el otro, problematizaban el papel asignado a la mujer en la Inglaterra del siglo diecinueve, al usar el discurso de la estética para fines científicos, históricos y políticos, lo que les ayudaba a expandir su círculo de influencia en la sociedad, más allá del territorio de lo privado, al que estaban limitadas.

Descripciones y Bosquejos

Mientras viajaba visitando las diferentes ciudades a lo largo de la costa oeste del subcontinente, comenzando en Bombay y llegando hasta Ceilán, y luego Madrás y Calcuta en la costa este, la descripción, por medio de la palabra y la pincelada, se tornó el tropo principal de Graham. Lago (2000) explica que María dibujaba tan bien que cuando sus biógrafos no han encontrado documentos escritos sus dibujos han servido para leer partes de su trayectoria de vida.

Al estilo de los poetas románticos, a los que mucho admiraba, Graham centraba su atención en un objeto del paisaje, sea un monumento, un edificio, o un árbol, que luego se tornaba en el tema de los grabados que enriquecen su texto. El dibujo y la escrita están fuertemente entrelazados en sus diarios porque, como Graham explica al “Querido Amigo”, a quien dedica sus narrativas de viaje, “Trataré de describir fielmente lo que veo, y relatar con cuidado todo lo que aprendo, para tu esparcimiento, pero debo advertirte que intentaré crear mi pintura a partir de la realidad y adherirla al color de la naturaleza” (1)¹². Así, las imágenes que crea a través de la palabra y las pinceladas se suceden unas a otras en una cadena metonímica que dan forma a su diario de viaje.

Esas imágenes revelan la tensión que Graham establece entre la cultura que “pinta” y los colores de la naturaleza a los que se “adhiere”. Si por un lado, Graham se regocija en la contemplación del paisaje natural, por otro, establece una relación asimétrica con la cultura de la India, en la medida que compara todo

12 “I shall endeavour faithfully to describe whatever I see, and carefully report whatever I learn, for your amusement, warning you that I mean to paint from the life, adhere to the sober colouring of nature” (1).

lo que observa con la cultura inglesa. De esa manera, su narrativa cruza la frontera de lo pintoresco y adquiere las características del discurso civilizatorio inglés.

La valoración estética de monumentos, pagodas y templos religiosos, que realiza la viajera, revela su juicio tanto de la religión como de las características arquitectónicas de los lugares que visita. A modo de ejemplo, nos vamos a referir a su famoso paseo a la isla de Elefanta, cerca de la costa de Bombay, un lugar que se hizo conocido en el siglo diecinueve, después de la excavación de sus cavernas, cuyas paredes internas están cubiertas con esculturas de los dioses del panteón indio.

Antes de presentar a su lector una minuciosa descripción de las bellezas de las cavernas, Graham dedica seis páginas de su diario a un "...corto relato de los principales dioses del Hindustán" (45), centrándose en la trilogía compuesta por Brama, Vishnu y Shiva. Aunque Graham define su texto como un "bosquejo", para enfatizar su simplicidad y humildad intelectual, no deja de documentar los diferentes aspectos del hinduismo, que discute con largas notas a pie de página, tomadas de textos orientalistas y confieren a su texto un tono más teórico que colorido. Durante su reescritura de las diferentes narrativas, (por medio de las cuales el hinduismo articula su filosofía y creencias), su tono no es ni de admiración ni de rechazo. Graham muestra un interés genuino en el tema, lo que revela sus aspiraciones intelectuales y no una mera curiosidad por lo *exótico*.

Consciente de que su narrativa está dirigida a una audiencia europea, al final de su referencia a los dioses del hinduismo, Graham se dirige a su lector, señalando uno de los aspectos de esta religión que puede resultar censurable para el público "back home": el politeísmo. Para dejar claro que ella comparte las creencias de sus lectores, explica que, cuando escribía su obra trató de enfatizar "la sorprendente similitud de muchas de las deidades indias con las de Grecia y Roma, demasiado obvias para escapar a la atención del lector" (53)¹³. Al establecer esta comparación con la mitología europea, con la cual sus lectores estaban familiarizados, Graham revela que, a pesar de toda su admiración por la cultura del subcontinente, su contexto de enunciación es el mismo que el de ellos: ella no se ha nativizado.

Mostrando como el discurso de la estética establece diferencias y jerarquías entre culturas, Graham evalúa la mitología hindú, a través de la comparación

13 "I have forborne to point out the striking similarity of many of the deities to those of Greece and Rome, as it is too obvious to escape your attention".

con la mitología europea: “El carácter burdo e inelegante del politeísmo hindú irá, ciertamente, a disgustar a muchos de los lectores, acostumbrados a la graciosa mitología de la Europa antigua” (53)¹⁴. Las palabras elegidas por Graham para establecer la comparación: “burdo, inelegante, disgustar, graciosa”, lejos de ser neutras o inocentes, muestran el aspecto ideológico del gusto al reafirmar la superioridad de la cultura occidental.

Sin embargo, en sus observaciones sobre los europeos en la zona de contacto, Pratt (1993, p.7) apunta que los viajeros se constituyen a través de su relación con el Otro diferente y desconocido y analiza la relación entre viajante y viajado, no en función de su separación o diferencia, más de la interacción que se establece entre sus prácticas culturales mediadas por relaciones asimétricas de poder. Entonces, a pesar de su respeto por los valores europeos y su crítica de la religión y la cultura india, el hecho de haber estado en la zona de contacto, subrepticamente influencia la perspectiva de Graham sobre las culturas que visita y sus manifestaciones artísticas:

Lo que a mí respecta, el hecho de vivir entre estas personas, y todos los días observar a los devotos, al templo, al altar y las ofrendas, hizo que me interesara en ellos, porque, de alguna manera, su actitud compensaba la falta de belleza poética. No puedo considerar con indiferencia un sistema, aunque bárbaro y supersticioso, que tiene tanto poder sobre la mente de sus devotos, y que los conduce a menospreciar la muerte y la tortura en sus formas más horribles (54)¹⁵.

Si, por un lado, Graham afirma que no reconoce “belleza poética” en los ritos religiosos del hinduismo y, al mismo tiempo, califica a los indios como “bárbaros y supersticiosos”, las entrelíneas de su narrativa revelan su admiración del temor reverente y de la profunda piedad de los devotos.

Con la frase “volviendo a mi diario”, Graham concluye su viñeta teórica sobre el panteón hindú y se embarca en la narrativa de su viaje a la Isla de Ele-

14 “The coarseness and inelegance of the Hindoo polytheism, will certainly disgust many accustomed to the graceful mythology of ancient Europe”.

15 For my own part, living among the people, and daily beholding the prostrate worshipper, the temple, the altar, and the offering, I *take an interest in them* which makes up for their want of poetical beauty. Nor do I *look with indifference* upon a system, however barbarous and superstitious, which has so strong a hold on the minds of its votaries, and which can bring them to despise death and torture in their most dreadful forms (54).

fanta. Antes de describir los monumentos que allí encuentra y que confirman sus lecturas sobre el hinduismo, Graham dedica buena parte de su narrativa para describir el paisaje. La distancia que, a través de la estética, Graham establece con la cultura india, desaparece al entrar en contacto con la naturaleza. En esa parte de la narrativa, su tropo principal es la “transfiguración”: a través de la palabra glorifica, exalta e idealiza, aquello que observa. En un lenguaje que reverbera con ecos de la poesía de los románticos, Graham describe su narrativa de Bombay a Elefanta, enfatizando su placer estético en la contemplación de la naturaleza.

En el paisaje, que construye a través de su texto, desprovisto de la presencia humana, todo lo que ella ve se transforma en una “visión”. Graham relata “la llegada del día” que poco a poco ilumina “fuertes y aldeas” y que, como los narcisos de Wordsworth “se extienden a lo largo de la bahía, mientras que las islas rocosas al sur, lentamente se distinguían del reflejo de las olas” (54)¹⁶. Su prosa alcanza el tono más sublime cuando describe la subida de la pendiente a Elefanta: “a través de pasajes románticos, a veces sombreados por bosques, a veces emparedados por rocas, hasta llegar a la caverna” (54)¹⁷. Esta imagen, coloreada con la luz y el brillo del sol, va a ser contrastada con la oscuridad, dentro de la caverna que, significativamente, contiene vestigios de la antigua cultura india:

Las encontramos de repente y confieso que nunca sentí tanta sorpresa como en el momento en que la caverna se abrió ante mí. Al principio, todo me parecía oscuridad, mientras que arriba, debajo y alrededor del cerro, el pasto y las flores, de tonos más brillantes, se mecían al brillo del sol (54)¹⁸.

En este momento, el estilo de la narrativa de Graham, cambia. Su descripción de la caverna es muy precisa. Elige sus palabras con mucho cuidado y no deja su imaginación volar en la construcción de los objetos de observación. Su mirada se asemeja más a la mirada del etnógrafo que a la mirada del poeta, cruzando sutilmente los límites de las narrativas pintorescas. Al mismo tiempo,

16 “...with its forts and villages stretching along the north bay, while the bases of the rocky islands to the south, slowly became distinguishable from the reflecting waves” (54).

17 “...we ascended the hill through romantic passes, sometimes overshadowed with wood, sometimes walled by rocks, till we arrived at the cave” (54).

18 We came upon it unexpectedly, and I confess that I never felt such a sensation of astonishment as when the cavern opened upon me. At first it appeared all darkness, while on the hill above, below, and around, shrubs and flowers of the most brilliant hues were waving full in the sunshine (54).

Graham traduce “las maravillas que vio dentro de la caverna” (57), en la forma de un bosquejo: “Cuando nos habíamos cansado de examinar las muchas maravillas de la caverna de Elefanta, me senté e hice un boceto de los grandes compartimientos de la caverna, del otro lado de la entrada” (57)¹⁹. Lago (Ibídem, p.76) observa que Graham “no dibujaba en el estilo de una dama. Ella trataba sus temas de manera directa” (76). Además, en vez de representar lo que era simplemente exótico o diferente, como Byron, su poeta romántico favorito, Graham “incorporaba a la cultura inglesa aquello que era desconocido en la isla”.

Lo que Graham observó dentro de la Caverna, como puede ser visto en su dibujo y en el texto escrito, eran los mismos dioses a los que se había referido en su narrativa sobre la mitología india. Su relato no es por entero tolerante o intolerante, revelando en ello a nivel meta-literario que el discurso en la zona de contacto es, según la terminología de Homi Bhabha (1994)²⁰ explícitamente híbrido porque es el producto de la relación dialógica que se establece entre los valores de la cultura de partida, a los que la escritora intenta mantenerse fiel, y los valores de la “cultura nativa”, con los cuales se familiariza durante su viaje. Eso se debe a que, como ya fue dicho, los viajeros llevan consigo sus creencias y tratan de que el nuevo mundo que los rodea se ajuste a ellos. En el caso de Graham se puede decir que ella esperaba que todo lo que conocía se amoldase a su visión de la India, aprendida en sus lecturas de los orientalistas. Al mismo tiempo, su entusiasmo e interés en lo que observa, siempre expresado en un tono de discreción, satura su texto y muestra cuanto ha sido influenciada en la zona de contacto. Diría que su admiración está expresada con moderación porque si lo hubiera enunciado de manera más categórica, habría debilitado el tono científico que intentaba imprimir sobre su texto arriesgándose por ello a perder credibilidad frente a sus lectores que, claro, eran muchos más que el “Querido Amigo” al que ella se refiere en el prefacio.

Entonces, su lectura de los monumentos continuamente fluctúa entre la admiración y la crítica, mostrando como se aproxima y se aleja, simultáneamente, de todo lo que observa, a través del discurso de la estética. Aunque trate de ser

19 “When we had tired ourselves with examining the various wonders of the cavern of Elephanta, I sat down to make a sketch of the great compartments, opposite to the entrance”.

20 En su libro *The Location of Culture* (1994), el crítico indiano Homi Bhabha define las culturas como “híbridas” en el sentido que son el resultado de la interacción que se establece entre las diferentes comunidades que la conforman. En el caso de culturas que han sufrido el proceso de colonización, ese proceso de hibridismo es explícito, debido a la confrontación entre la cultura del colonizador y la del colonizado.

ecuaníme en su narrativa, en ciertos momentos retrata el hinduismo como una religión de supersticiosos y bárbaros. Su descripción de la escultura del tríptico (“trimurti”)²¹ o dios de tres rostros: Brama, Vishnu y Shiva se focaliza en la expresión que el artista confirió a sus semblantes. Graham narra que Brama es plácido, Vishnu es “bello y lleno de benevolencia” y Shiva, como es de esperar, frunce el seño. Su lectura de la escultura elogia la habilidad del artista para conferir vida a la piedra, en la cual los tres rostros fueron esculpidos. Para ella, sin embargo, lo que quiebra la armonía de los rostros es “el labio inferior que es marcadamente grueso” (55). El comentario de Graham sobre la fisonomía de los dioses más que una reflexión de cuño estético, revela, por un lado, una crítica al gusto del artista, su falta de sentido de la proporción y, al mismo tiempo, de manera más velada, el prejuicio racial.

Graham continúa con una descripción minuciosa del friso, concentrándose en la disposición de los dioses y la conservación de las esculturas, observando si se encuentran mutiladas o desfiguradas. Una vez más, su palabra resalta aquellos aspectos de la escultura que pueden aparecer exóticos a una audiencia occidental: la doble figura de Shiva, mitad hombre y mitad mujer, cuyo lado derecho pertenece al Dios y el izquierdo a su mujer, Parvati; las cuatro manos de Shiva: en la derecha sostiene la víbora capela y, en la izquierda, el escudo. Graham también describe el alto-relieve del otro lado del tríptico, llamando la atención para Shiva “...y su carácter vengativo [...] sus ocho manos, con una corona de calaveras alrededor de su cuello, en el momento que realiza un sacrificio humano” (57)²².

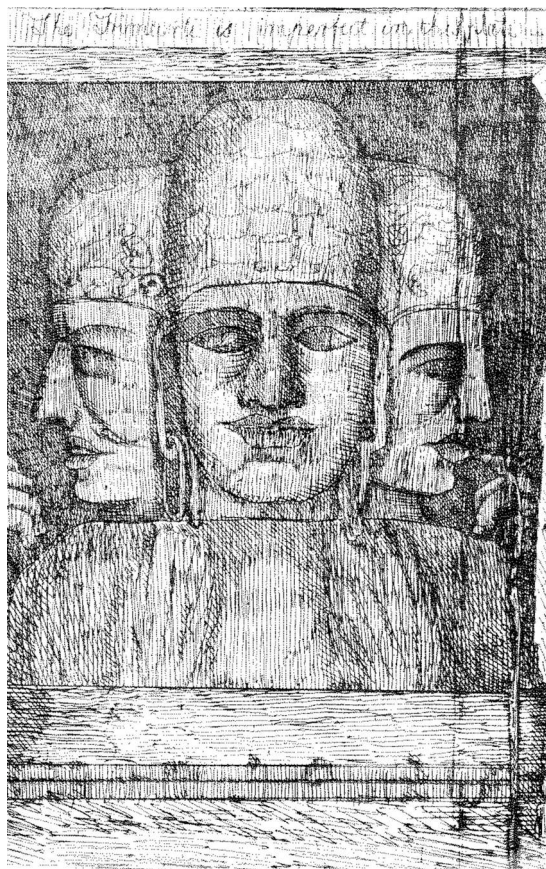
Una vez, fuera de la caverna, cuando se sienta a bosquejar y reflexionar sobre lo que ha observado, sus palabras elogiosas revelan de que manera ha sucumbido al encantamiento de la cultura india en la zona de contacto “...las maravillosas cavernas deben haber sido el trabajo de gente más avanzada en las artes de la vida civilizada, personas de riqueza y poder”²³ (58). Sin embargo, inmediatamente compara el arte indio con el inglés, uniendo la distancia estética a la distancia cultural que separa Inglaterra de sus colonias e, implícitamente, criticando el sistema de casta que no permite, en su opinión, el desarrollo personal y colectivo:

21 Figura 1, p. 13

22 “Siva, in his vindictive character [...] eight-handed, with a chaplet of skulls round his neck, in the act of performing a human sacrifice” (57).

23 “...the wonderful caverns must have been the works of a people far advanced in the arts of civilized life, and possessed of wealth and power” (58)

...pero estos estaban en las manos de un clero taimado que mantenía la ciencia, la riqueza y el honor para su propia hermandad y que, al servicio de otros ideales, inculcaba una superstición miserable y degradante entre la multitud. Hubiera sido curioso seguir los avances y retrocesos del arte, que produzco esos monumentos; pero no ha sobrado ningún vestigio histórico, y lo único que nos queda es buscarlo en el progreso natural de un pueblo sutil e ingenioso, pero cubierto de superstición, que no puede mejorar, a nivel individual, a través de alguna virtud o talento, a un nivel más alto en la sociedad que aquel ocupado por sus ancestros (58)²⁴.



24 ...but these were lodged in the hands of a crafty priesthood, who kept science, affluence and honor for their own fraternity, and, possessed of better ideas, preached a miserable and degrading superstition to the multitude. It would be curious to follow out the advancement and fall of the arts which produced such monuments; but not a trace of their history remains, and we are left to seek it in the natural progress of a people subtle and ingenious, but depressed by superstition, and the utter impossibility of rising individually, by any virtues or any talents , to a higher rank in society than that occupied by their forefathers (58).

Si, nuevamente, Graham elogia las esculturas por que representan el arte de personas de gran capacidad y riqueza, no puede evitar comentar que pertenecen a un pueblo viciado por un clero corrupto que divulga la superstición, haciéndoles responsables por la condición degradada de la población. En ese contexto, Graham presenta los indios como un pueblo “sin virtud o talento”, pero, al mismo tiempo, “sutil e ingenioso” y, lo que condena a nivel general, lo elogia individualmente. Esta sección de su narrativa finaliza con una representación de gran belleza estética de los “hamauls”, las personas a su servicio, los que “después de cocinar y comer en la caverna, se dedicaron a verter agua sobre los dioses y cubrirlos de flores” ²⁵(59). Esas reflexiones muestran, como fue señalado anteriormente, de que manera las narrativas de viajes fluctúan entre la atracción y la condenación de todo lo que el viajante observa en la zona de contacto.

Conclusión

Lo que he tratado de mostrar en este relato es como, a través de el lenguaje de la estética y la contemplación de objetos de valor cultural y estético, una vez en la zona de contacto, María Graham cruza los límites de la construcción discursiva esperada de una mujer en el siglo diecinueve, para establecer su diferencia con el discurso masculino en general y el discurso de la estética masculina en particular. Su texto se convierte así en un tratado tanto cultural como estético que va más allá de los límites del género de lo pintoresco. De esa manera, como señala Pratt (Ibídem, p. 158) Graham revela su sentido de independencia personal y autoridad intelectual, lo que le hubiera sido negado en la Inglaterra.

Al mismo tiempo, en su evaluación de la cultura india, Graham muestra la importante contribución del discurso femenino al discurso de la colonización: la autora se vale de los elementos del discurso masculino para mostrar la igualdad intelectual femenina, pero no para negar la grandeza de la cultura inglesa, según el discurso colonial. Sus consideraciones estéticas continuamente refuerzan la relación asimétrica de poder entre ella misma y lo que observa, marcando siempre la superioridad de su visión inglesa.

Sin embargo, lo que también se puede leer entre las líneas de su diario es hasta que punto su perspectiva cultural ha sido *también* influenciada por la cultura

25 “after cooking and eating in one corner of the cave, had employed themselves in pouring water over the gods and sprinkling them with flowers” (59).

india. Consciente de esta doble perspectiva sobre lo observado, en toda su narrativa Graham trata de reprimir esa atracción por lo diferente, por temor de que su narrativa no sea apreciada por su audiencia inglesa y sea descalificada como una escritura meramente sentimental, de una mujer, sin rigor científico, que cuando se encuentra fuera de la tutela masculina inglesa y cruza los límites del género de lo pintoresco no puede juzgar con claridad. De esa manera, a través del lenguaje de la estética, Graham reafirma y problematiza el lenguaje de la colonización al colocar el discurso femenino en el terreno intelectual y político.

Bibliografía

BOHLS, Elizabeth. *Women Travel Writers and the Language of Aesthetics 1716-1818*. Cambridge University Press, 1995.

GRAHAM, Maria. [1812] *Journal of a Residence in India*. New Delhi & Madras: Asian Educational Services, 2000.

HAYWARD, Jennifer, ed. *Journal of a Residence in Chile during the year 1822, and a Voyage from Chile to Brazil in 1823*. Charlottesville & London: University of Virginia Press, 2003.

LAGO, Tomás. *La Viajera Ilustrada. Vida de María Graham*. Santiago: Editorial Planeta, Chile, 2000.

PRATT, Mary Louis. [1993] *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. London & New York: Routledge, 2003.

SULERI, Sara. "The Feminine Picturesque", en *The Rhetoric of English India*. Chicago & London: The University of Chicago Press, 1992.

VIAJERAS EN LA COSTA DEL PACÍFICO MEXICANO, 1848-1875

Karina Busto Ibarra^{1*}
Hemispheric Institute on the Americas
University of California, Davis

Las narrativas de viaje suelen estudiarse desde diferentes perspectivas. Historiadores, antropólogos, etnógrafos, sociólogos y muchos otros investigadores utilizan este tipo de relatos como una fuente básica para obtener información de primera mano sobre sitios descritos por viajeros.

En ocasiones, estas obras han tenido una función como instrumento de poder y expansión colonial. En este sentido, Mary Louise Pratt se ha referido a los escritos de naturalistas y científicos europeos del siglo XVIII y principios del XIX, donde expresan una visión de supremacía al relatar su experiencia en regiones del mundo alejadas de Europa (Pratt, 1992).²

Algunos autores han cuestionado la veracidad o ficción de las narrativas de viaje y han insistido en la importancia de cotejar los datos proporcionados por distintos escritores con el fin de comprobar la autenticidad de la información.³ Los viajeros y sus descripciones también han sido estudiados en términos de su propia identidad, definida con relación al otro. Es decir, considerando que la experiencia del viajero como espectador de los habitantes nativos contribuye a la reafirmación de sí mismo.⁴

1* Agradezco a las lectoras del consejo consultivo por sus comentarios y sugerencias para mejorar este trabajo.

2 La propuesta de Mary Louise Pratt ha tenido acogida en el medio académico. Steve Clark (Ed.). *Travel writing and empire: postcolonial theory in transit*. New York: Zed Books, 1999; Leonard Guelke and Jeanne Kay Guelke, "Imperial eyes on South Africa: reassessing travel narratives". *Journal of Historical Geography*, 30, 2004, págs.11–31.

3 Piercy Adams. *Travelers and travel liars, 1660-1800*. Berkeley: University of California Press, 1962; Michel de Certeau. "Travel narratives of the French to Brazil: Sixteenth to Eighteenth centuries". *Representations*, 33, 1991, págs. 221-226.

4 Susan Roberson (Ed.). *Defining travel, diverse visions*. Jackson: University Press of Mississippi, 2001.

Los libros de viajes sobre América Latina han existido desde la época colonial, sin embargo, en el siglo XIX viajar y escribir al respecto se convirtió en una práctica común por diversas razones. La primera de ellas, por el interés que despertó en los europeos el conocimiento de territorios que habían permanecido inaccesibles durante la etapa de dominación española. Más adelante existió una atracción hacia los recursos naturales y el potencial de estas regiones para convertirlas en consumidoras de productos europeos, lo cual se manifestó en el discurso de lo que Pratt ha llamado la “vanguardia capitalista” (Pratt, 1992: 155).

El aumento de medios de comunicación cada vez más eficaces y la posibilidad de emigrar a territorios que ofrecían mayores oportunidades favoreció un proceso migratorio a nuevas regiones hasta antes despobladas. Lo anterior tuvo un impacto en el traslado de personas de un continente o de un país a otro y el desplazamiento de gente entre grandes distancias se diversificó. Fue así como el paso de viajeros por países como México se incrementó. Es cierto que no todos dejaron un testimonio escrito, pero quienes lo hicieron ofrecen información que ayuda a reconstruir el pasado de zonas del país que apenas empezaban a desarrollarse a mediados del siglo XIX.⁵

La región del Pacífico mexicano no permaneció ajena a esta realidad. En 1848, con el descubrimiento de oro en California, territorio recién adquirido por Estados Unidos tras la guerra que mantuvo con México, inició un éxodo de personas que se aventuraron a la entonces llamada “región del oro” para probar suerte. Desde entonces se recorrieron diversas rutas marítimas y terrestres, aunque los tres trayectos que mayor interés generaron para el traslado del Atlántico al Pacífico fueron 1) por tierra, atravesando las planicies de Estados Unidos; 2) por mar, rodeando el Cabo de Hornos y 3) por mar y tierra, cruzando el istmo de Panamá.⁶

Por estas vías circularon hombres y mujeres, en su mayoría de origen estadounidense, que dejaron registro de sus vivencias, escritas mientras hacían sus

5 Walther L. Bernecker menciona los relatos de viajeros y los despachos diplomáticos y consulares como fuentes externas indispensables para comprender el siglo XIX mexicano: “Literatura de viajes como fuente histórica para el México decimonónico: Humboldt, inversiones e intervenciones”, en Lourdes de Ita Rubio y Gerardo Sánchez Díaz (coords.). *A través del espejo: viajes, viajeros, y la construcción de la alteridad en América Latina*. México: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2005, págs.19-48.

6 Los viajeros que recorrieron las rutas del Cabo de Hornos y de Panamá generalmente pasaban por la costa de México.

recorridos o una vez que llegaron a su destino final. En la actualidad, algunos autores se han dedicado al estudio de estos relatos, y otros más han puesto atención a la experiencia femenina en las rutas transcontinental de Estados Unidos y en la de Panamá.⁷ Sin embargo, hasta ahora no se ha contemplado el paso de las mujeres por la costa del Pacífico mexicano, a pesar de existir interesantes crónicas narradas por algunas de ellas.

Con mayor frecuencia encontramos narrativas de viaje escritas por hombres que por mujeres, pero en los años recientes ha surgido un interés por los relatos de estas últimas. Desde el análisis literario se han promovido nuevas visiones de la experiencia de viaje para las mujeres y algunos autores han sugerido que el hecho de escribir sus diarios les permitía reafirmarse en situaciones nuevas ante las cuales se sentían impotentes. Al mismo tiempo, escribieron para reforzar sus conexiones con la familia y amigos, y para mantener su propia imagen de mujer occidental.⁸

El presente trabajo busca analizar las visiones femeninas sobre los puertos de Acapulco, Mazatlán, San Blas y Guaymas en la costa del Pacífico mexicano.⁹ En la segunda mitad del siglo XIX estos puertos se encontraban en un periodo de apertura al comercio internacional. Algunos sitios, como Acapulco y Mazatlán, tuvieron una participación destacada en la navegación entre San Francisco, California y Panamá. Acapulco se convirtió en el centro de aprovisionamiento de insumos para las embarcaciones en tránsito, mientras que Mazatlán era el centro distribuidor de mercancías en la costa mexicana.¹⁰

7 Sobre los textos de viajeras por la ruta transcontinental de Estados Unidos, véase el artículo de Jonny Faragher y Christine Stansell, "Women and their families on the Overland Trail to California and Oregon, 1842-1867". *Feminist Studies*, 2, 1975, pp.150-166. La participación de mujeres en la ruta de Panamá ha sido rescatada por Glenda Riley, "Women on the Panama Trail to California, 1849-1869". *Pacific Historical Review*, 55, 1986, pp.531-547.

8 Estas afirmaciones se refieren al estudio de Deborah Lawrence sobre cinco mujeres estadounidenses que, en su viaje al oeste de su país, escribieron para enfrentarse al desafiante ambiente de frontera de mediados del siglo XIX. *Writing the Trail. Five Women's Frontier Narratives*. Iowa: University of Iowa Press, 2006, p.5.

9 A lo largo de esta investigación se han detectado alrededor de 30 escritos de viajeros entre 1849 y 1907, de los cuales cinco corresponden a relatos de mujeres. Karina Busto, "The Mexican Pacific through travelers' eyes: perceptions of three port towns in the 19th century", trabajo inédito.

10 Karina Busto Ibarra, "El espacio del Pacífico mexicano: puertos, rutas, navegación y redes comerciales, 1848-1927", tesis de doctorado. México: El Colegio de México, 2008, capítulos 4 y 7.

En las siguientes páginas se rescatan las percepciones femeninas respecto a los puertos que visitaron. Una de las características de estos relatos es la sensibilidad de las mujeres para observar o comentar situaciones particulares de su experiencia de viaje. Por ejemplo, es frecuente su interés en temas domésticos y familiares, y solían poner atención en las demás mujeres, ya fueran también viajeras o nativas. En este sentido, proporcionan una visión distinta sobre la sociedad observada.

Se abordarán dos testimonios escritos a manera de diario, el de Mrs. McDougall (1849) y el de Mrs. Julia S. Twist (1861); y tres relatos en formato de crónica, los de Mrs. Bates (1848), de Mrs. F. F. Victor (1871), y de Martha Summerhayes (1874). Todas estas viajeras comparten algunos elementos en común, como su origen estadounidense, su pertenencia a una clase social media o alta, su educación, así como su condición de ser esposas de militares, capitanes de barcos u oficiales de marina.

Las visitas de las señoras McDougall, Bates y Summerhayes a los puertos de México fueron sumamente breves, pues apenas tuvieron oportunidad de esbozar lo que vieron durante el tiempo de escala de sus respectivos buques.¹¹ En cambio, las señoras Twist y Victor permanecieron una pequeña temporada en el puerto de Acapulco, donde se quedaron 12 y 20 días, respectivamente. En este periodo tuvieron oportunidad de hacer diversas observaciones en torno a los habitantes del lugar y sus costumbres.

El análisis de las narrativas de las cinco viajeras se presenta en orden cronológico. En algunos casos se ha encontrado información detallada sobre las autoras, pero en otros apenas logramos apuntar algunas características de su condición social o de su personalidad, aspectos que se derivan de sus escritos.

Mrs. McDougall

El diario de Mrs. McDougall, escrito en 1849, fue publicado en el año de 1890 en la revista *Overland Monthly and Out West Magazine* que se imprimía mensualmente en California, con una buena aceptación entre sus lectores. Este diario

¹¹ La escala de los vapores en los puertos mexicanos generalmente era de unas horas a un día. En Acapulco, por ejemplo, los barcos se detenían a cargar combustible, agua, fruta y comida fresca, además de intercambiar mercancías.

apareció en forma de artículo, con anotaciones y precisiones hechas por W.H. McDougall, probablemente pariente de la señora.

Lo interesante de este recuento es que la señora McDougall había sido una de las pocas mujeres que viajó en el vapor *California* en su primera travesía con destino a San Francisco a fines de 1848 y que ancló en aquel puerto el 28 de febrero de 1849.¹² Fue también una de las personas que pronto emprendió su viaje de regreso, tan sólo después de dos meses de haber permanecido en la región californiana. La señora McDougall había hecho el recorrido a San Francisco con su esposo y su hija, alentados por la fiebre del oro, pero ella partió al poco tiempo, desilusionada de los fracasos de su esposo (Riley, 1986: 534). En esta segunda ocasión viajó acompañada de su cuñado George, su hija Sue y su sirviente, a quienes poco menciona en su diario.

De la primera travesía del *California* habían surgido innumerables narraciones de viajeros. En cambio, según W.H. McDougall (McDougall, 1890: 273), del trayecto de regreso, el diario de la señora constituye el primer registro publicado. De tal forma que su texto adquiere un valor singular, pues además de ser pionero, fue escrito por una mujer.

La señora McDougall describe brevemente los lugares por donde pasó el vapor donde viajaba: Sausalito, Monterey, Santa Bárbara y San Diego en California; Cabo San Lucas, Mazatlán, San Blas y Acapulco en México; Taboga y Panamá en Centroamérica. La autora también menciona su travesía por el istmo panameño mediante canoas y mulas (o cargada por nativos), para trasladarse de la costa del Pacífico a la del Atlántico, y seguir su camino a Filadelfia, Estados Unidos.

El diario de la señora McDougall se inicia el día martes 1 de mayo de 1849 y termina el 30 del mismo mes. Un aspecto frecuente en los diarios de las viajeras es que describen con detalle la vida a bordo del barco. En el caso de McDougall, pone énfasis en la misa dominical, el 6 de mayo registra en su diario: “el capitán Thomas leyó el servicio episcopal en la cabina. La mayoría de las mujeres a bordo asistieron. Es la primera vez que lo oigo en el mar y me recordó a casa” (McDougall, 1890: 276).¹³

12 El “California”, propiedad de la compañía naviera “Pacific Mail Steamship Company”, fue el primer barco de vapor que se construyó para el servicio de la ruta San Francisco-Panamá en el Pacífico. John H. Kemble, *The Panama Route, 1848-1869*. Columbia: University of South Carolina, 1990.

13 Todas las traducciones de los textos fueron realizadas por la autora de este artículo.

El paso de McDougall por los puertos mexicanos fue efímero, permaneció sólo unas cuantas horas en Mazatlán, San Blas y Acapulco, pero no por ello deja de hacer valiosas observaciones sobre la sociedad local. En Mazatlán la señora bajó a tierra con otras cuatro mujeres y cinco señores en uno de los botes del vapor. Una vez en el puerto se reunieron con algunos extranjeros residentes del lugar, llegaron a casa del capitán Mott, la cual encontraron “muy fresca y agradable”, al igual que a las mujeres que las recibieron. En el mismo puerto visitaron, en compañía del señor Talbott, algunas de las tiendas para comprar ciertos artículos y, de regreso a casa del señor Mott, gozaron de un almuerzo de frutas. Después caminaron hacia la playa y fueron a casa del señor Kelly, que era “casi como un palacio”.¹⁴ Según cuenta McDougall, la pareja Kelly era muy amable, gracias a lo cual tuvieron estancia encantadora en Mazatlán (McDougall, 1890: 276).

El vapor *California* continuó su derrotero hacia el sur, con la siguiente escala en San Blas. Este puerto le pareció a la autora “muy romántico” y lo describió como un lugar con cerros y valles que daban hacia una bahía punteada de islas, casi todas de rocas inhóspitas. Sin embargo, su impresión fue que el pueblo era pobre, “una miserable villa con casas de paja.” Luego menciona que una partida grande de estadounidenses llegó a San Blas procedente del otro lado del país, con destino a California, lo cual la hizo pensar “que consigan sus sueños de oro, porque sus ideas de comodidad nunca las alcanzarán” (McDougall, 1890: 276). Esto último refleja el disgusto de la señora McDougall por California, en una época en que las migraciones hacia aquella región seguían siendo considerables.

La señora McDougall también hizo escala en Acapulco, donde los pasajeros bajaron a tierra, mientras los nativos subieron al barco, corriendo de un lado a otro, conversando en español. Al igual que otros viajeros de la época, reconoció que probablemente Acapulco era “la mejor bahía del mundo” y no abundó en más detalles, dejando atrás el último puerto mexicano que visitó en su recorrido. En páginas posteriores se aprecia que su diario continúa con una mención sobre su paso por el istmo de Panamá a la costa del Atlántico y termina sin abordar completamente su llegada a Filadelfia, su destino final.

14 Los apellidos Mott, Talbott y Kelly en el puerto de Mazatlán, corresponden a algunos de los comerciantes extranjeros del lugar que ya para entonces habían logrado amasar fortunas y mantener importantes relaciones políticas y económicas. Araceli Ibarra Bellón, *El comercio y el poder en México, 1821-1864. La lucha por las fuentes financieras entre el estado central y las regiones*. México: Fondo de Cultura Económica, Universidad de Guadalajara, 1998, p.393.

Entre los años de 1850 y 1854, Mrs. D. B. Bates hizo el recorrido del Atlántico al Pacífico por la ruta del Cabo de Hornos, vivió en California, y regresó a la costa este de Estados Unidos por el istmo de Panamá. Todas estas experiencias las dejó plasmadas en su libro *Incidents on land and water or four years on the Pacific Coast*, que salió a la luz por primera vez en 1857, publicado para la autora y registrado en la Oficina del Juzgado del Distrito de Massachussets.¹⁵

La señora Bates salió de Baltimore a San Francisco en julio de 1850, acompañando a su esposo, capitán de la embarcación *Nonantum*. Lo que distingue el recorrido de los Bates es que éste fue marítimo en su totalidad, es decir, se trasladaron de la costa atlántica al Pacífico a través del Cabo de Hornos. Durante el viaje pasaron por algunos sitios como Valparaíso (Chile), Paita (Perú), Taboga (Panamá), así como por el puerto mexicano de Acapulco.

La pareja Bates permaneció un mes en Panamá y después se embarcó en el vapor *Republic* con destino a San Francisco, pagando una tarifa de seiscientos dólares por su traslado. En un periodo de alta demanda en las rutas hacia California los precios de transporte de las embarcaciones alcanzaron cifras exorbitantes.¹⁶

La señora Bates comenta que al zarpar de Panamá el vapor transportaba 400 pasajeros, de los cuales 30 eran mujeres; el número más grande de viajeros que en aquella época se haya llevado a bordo de cualquier vapor rumbo a San Francisco. Pocas mujeres iban acompañadas de sus esposos y la mayoría iban precisamente a encontrarse con ellos, de quienes se habían separado dos o más años antes (Bates, 1861: 91).

El vapor hizo escala en Acapulco para cargar carbón. La autora describió cómo al llegar el barco los nativos se acercaban nadando, y cómo los pasajeros se divertían arrojándoles monedas que los lugareños buceaban con admirable habilidad (Bates, 1861: 91). La embarcación permaneció casi un día en Acapulco, mismo que los transeúntes aprovecharon para pasear en el pueblo y sus alrededores. La señora Bates sólo vio la parte del poblado cercana a la bahía, de la que se mostró “favorablemente impresionada”, pues era el “pueblo español [sic] más

15 La edición consultada para este trabajo fue la onceava, correspondiente al año de 1861.

16 John H. Kemble. “The Panama route to the Pacific Coast, 1848-1869”. *The Pacific Historical Review*, 7:1, 1938, p.9.

limpio, bonito y de alegre aspecto que jamás haya contemplado” (Bates, 1861: 93).

Según la señora Bates, había comercios de todo tipo, el bazar estaba lleno de gente exhibiendo frutas suficientes como para alimentar a toda la gente del vapor. La señora también observó a las mujeres de la localidad y comentó que “a veces uno se siente inclinado a comprar sólo por ganarse una de esas irresistibles sonrisas de las señoritas que despachan” (Bates, 1861: 93).

Una vez que arribó a San Francisco, la señora Bates se trasladó al pueblo de Marysville, donde permaneció hasta la primavera de 1854, cuando emprendió su viaje de regreso a la costa este de Estados Unidos. Esta vez siguió la ruta del istmo de Panamá, en canoas y mulas, y no volvió a mencionar su paso por los puertos mexicanos.

Mrs. Julia S. Twist

El relato de Julia S. Twist es quizá uno de los más completos debido a que redactó sus experiencias en forma de diario, desde el 1o. de febrero hasta el 19 de marzo de 1861. En palabras de la misma Twist, el diario “no fue escrito para publicarlo, sino como un pasatiempo durante un viaje aburrido y monótono” (Twist, 1900: 238).

Su diario salió a la luz en 1900 en un libro dedicado a la historia del presbiterianismo en Estados Unidos. En dicha edición se menciona la importancia del relato de Twist tanto por su veracidad, como por el conocimiento que aportaba sobre la compañía de Beloit, Wisconsin, cuyos integrantes se marcharon a California motivados por la fiebre del oro (Twist, 1900: 238).¹⁷ Gracias al editor de esta publicación contamos con datos particulares sobre la señora Twist.

Julia S. Twist (antes señorita Peck) se casó en enero de 1850 con Elias Twist, un joven agricultor de Nueva York. Elias partió a California en abril del mismo año con la compañía del capitán Lewis Clarke, cruzando las planicies del territorio estadounidense. Durante los años de ausencia de su esposo, Julia tra-

17 La compañía de Beloit, de Wisconsin, salió el 8 de abril de 1850 rumbo a California y fue liderada por el capitán Lewis Clarke. En aquella época, les llamaban “compañía” a los grupos de personas que se reunían para unir esfuerzos y recabar recursos económicos que les permitieran hacer el recorrido por las planicies del territorio estadounidense. Entre los integrantes elegían a un capitán que se encargaba de administrar todo lo necesario para el viaje.

bajó en la granja de su padre, estudió francés en su pueblo, aprendió el arte de la fotografía y la practicó como negocio, de tal forma que logró ahorrar su propio dinero. Después de haber sufrido la separación de su esposo por casi once años, decidió viajar ella misma a California, de ahí que haya emprendido su travesía. Una vez en California, Julia envió aviso a su esposo, quien llegó a reencontrarse con ella. A partir de entonces vivieron en un rancho del condado de Tuolumne, donde tuvieron un solo hijo que más tarde se dedicó a la minería (Twist, 1900: 238).

En 1861 la señora Twist viajó de Nueva York a San Francisco por la ruta del istmo de Panamá, donde para esa fecha ya se había construido el ferrocarril que conectaba las costas del Atlántico con el Pacífico. Después de haber cruzado el istmo, se embarcó en el vapor *Uncle Sam*, mismo que arribó al puerto de Acapulco el 19 de febrero de ese mismo año. Una vez en el puerto, el vapor no pudo continuar su travesía por problemas técnicos, así que debió esperar veinte días en Acapulco antes de que el 9 de marzo llegara el *Golden Age* y remolcara al *Uncle Sam* hasta San Francisco.¹⁸

En este periodo Julia Twist y todos los pasajeros pernoctaron a bordo del vapor, anclado en la bahía, sin posibilidades de reparación. Son diversas las anécdotas que la señora escribe en su diario y todas ellas constituyen una aportación invaluable sobre el puerto de Acapulco, su gente y sus costumbres, aspectos que la autora pudo observar detenidamente durante su estancia.

Una de las primeras impresiones de los viajeros que se detenían en Acapulco era que, al anclar un barco en la bahía a una distancia de dos a cuatro kilómetros de la costa, la gente nativa se acercaba en diversas canoas pequeñas para ofrecer a los pasajeros naranjas, limas, huevos, cocos, corales y conchas de mar. Para hacer la venta, ponían los productos en una canasta que se ataba a una cuerda y de la misma manera los pasajeros les hacían llegar el dinero. Mientras esto ocurría, la gente del lugar también mostraba sus cualidades para nadar y algunos buceaban profundo para alcanzar alguna moneda lanzada al mar por los pasajeros (Twist, 1900: 229).¹⁹ Las mismas canoas, con asientos y cubierta, estaban listas para llevar a los pasajeros a tierra por la cantidad de 25 centavos de dólar.

18 Ambos vapores eran propiedad de la “Pacific Mail Steamship Company”, la principal empresa naviera en la ruta San Francisco-Panamá.

19 Esta práctica la menciona también Mrs. Bates y otros viajeros que pasaron por Acapulco.

Por otra parte, la autora se mostró sorprendida con la manera de embarcar el ganado: 16 vacas amarradas de los cuernos eran llevadas en una canoa grande, 8 de cada lado. Para lograr esto, la canoa se posicionaba junto al vapor y después las reses se levantaban con unas poleas para subirlas a bordo (Twist, 1900: 229).

Las observaciones iniciales de la señora Twist sobre Acapulco no fueron las más halagadoras. De inmediato le llamaron la atención la forma de vestir de los lugareños y la construcción de sus casas. El 19 de febrero de 1861 escribió en su diario: “el vapor sólo se detendrá aquí por unas horas, así que hemos ido a la costa a ver las bellezas del lugar. Ciertamente eso no incluye a las mujeres nativas, quienes visten de falda y camisola. Algunos de los hombres simplemente utilizan una camisa, algunos sólo una faja y otros sus trajes de nacimiento, siendo una raza de seres inferiores, en algunos aspectos, a los de Aspinwall [Panamá]” (Twist, 1900: 229).

Asimismo, expresaba que el puerto de Acapulco era “una de las mejores bahías naturales del mundo”, y aunque desde el barco se podían ver algunos edificios, al ir a la ciudad se encontraban “cientos de chozas hechas de hoja de palma y ramas, sin puertas ni ventanas” (Twist, 1900: 230).

El tercer día de estancia en Acapulco, Julia Twist y sus acompañantes contrataron los servicios de un guía que los llevó al fuerte de San Diego,²⁰ y a una plantación donde se cultivaban naranjas y toda clase de frutas en abundancia. También vieron una recua de mulas que describió de la siguiente manera: “el conductor forma a sus animales en una fila atando los cabestros de cada mula, excepto el de la mula líder” (Twist, 1900: 230).

Unos días más adelante, el 25 de febrero, la señora Twist observó a una familia del lugar, donde encontró a dos niñas pequeñas, desnudas, meciéndose en una hamaca; a la madre bordando; a otra de las hijas que parecía estar haciendo pan; a dos muchachos que pesaban maíz; y al padre dormido en la tierra. Twist afirmaba que la familia le ofreció “flores, corales y conchas de mar”. Con curiosidad preguntó a la madre cuántos hijos tenía, a lo que ésta contestó que diez; también preguntó a uno de los niños cuántos perros tenían y éste replicó que “solamente” once. Esto parece haber sido una sorpresa para Twist, así como la

20 Fortificación que se construyó a partir de 1615 para la defensa del puerto de Acapulco y las costas del Pacífico.

capacidad de los niños nativos para subir los cocoteros, con una cuerda amarrada a la cintura, para bajar frutos maduros y ofrecerles agua para beber a los viajeros (Twist, 1900: 231).

El 27 de febrero arribó al puerto de Acapulco el vapor *California*, pero sólo contaba con 4 espacios disponibles. Pocas personas lograron embarcarse, de tal manera que Julia Twist permaneció en Acapulco en espera de que a la semana siguiente llegara otro vapor y que los pasajeros pudieran continuar su travesía a San Francisco. Ese día Twist escribió en su diario “debemos contentarnos con otra semana aquí y entonces el [Golden] *Age* llegará y nos remolcará. Éste es un lugar agradable, pero está perdiendo rápidamente sus encantos en nosotros. Nos estamos cansando de ver sólo caras morenas y añorando la sociedad de nuestra propia gente” (Twist, 1900: 232).

A lo largo de su relato la señora Twist menciona a otras dos mujeres con quienes convivió durante su estancia en Acapulco, Mrs. Q. y Mrs. M-br-y (no proporciona los nombres completos). Ésta última, por ejemplo, invitó a Twist y a Mrs. Q. a visitar la playa, llevando una canasta de provisiones y una botella de vino. Las tres mujeres estuvieron en un cocotal localizado a unos dos kilómetros del vapor, cerca de donde encontraron un antiguo pozo. En él estaban varias mujeres nativas lavando ropa, sin tabla para fregar y con una tina de madera como de un metro de diámetro y siete centímetros de profundidad. Twist se sorprendió de que utilizaban “agua fría y gran cantidad de jabón”, y de que no hervían la ropa, a pesar de lo cual notaba que tenían “éxito en dejarla muy blanca y limpia” (Twist, 1900: 232).

Es interesante la descripción de la señora Twist sobre su encuentro con las mujeres del lugar, pues muestra el contacto entre dos culturas diferentes. Ejemplo de ello es un paseo que hicieron las extranjeras, durante el cual se encontraron de nuevo a las nativas lavando ropa. Twist escribió en su diario:

nos hicieron sentarnos en sus canastas invertidas, examinaron nuestras joyas, nos dieron unas palmaditas en la espalda y parecían muy complacidas de vernos. Una de las mujeres viejas no sabía qué decir para expresar su admiración. Finalmente me llevó de las manos a un recipiente grande, me subió las mangas, me lavó las manos y brazos, los secó cuidadosamente y luego me agradeció el privilegio. Muchas de ellas nos siguieron hasta la orilla de la playa y nos invitaron a volver mañana. Hemos aprendido unas pocas palabras en español y podemos entender muchas de las cosas que nos dicen (Twist, 1900: 232).

Al regresar al barco las viajeras cenaron y, después del té, fueron a la ciudad una vez más. Twist menciona que las calles estaban llenas de gente, sentadas en la tierra, fumando o apostando como “bandada de gansos”. Luego visitaron una casa llamada *Eldorado*, cuyo dueño, de origen español, podía hablar inglés. El señor les contó que él y su mujer llegaron a Acapulco por tierra procedentes de un lugar localizado a cuatro mil kilómetros de distancia. A Twist le llamó la atención la esposa de este señor, porque usaba “pantalones y camiseta como hombre”, pues le parecía “más conveniente” y “se evitaba lavar ropa”. A pesar de esta costumbre, Twist reconocía que se trataba de una mujer “muy amable y agradable”, que se veía “arreglada y limpia”, además de ser una gran cocinera (Twist, 1900: 233).

La señora Twist reconocía que su amiga Mrs. Q. estaba encantada con el lugar y sus habitantes, pues era gente “ignorante pero feliz”. A pesar de no compartir del todo esta apreciación, Twist desembarcó diariamente para dirigirse al puerto y secundó a Mrs. Q. en sus aventuras, como la de subir una montaña cercana. Las dos mujeres contrataron los servicios de un guía y emprendieron la excursión en caballos y a pie. Un aspecto simbólico de este episodio es que las mujeres lograron llegar a la cima, donde improvisaron una bandera de Estados Unidos con parte de sus ropas —un velo y una toalla, misma que ataron a un palo de un metro de alto que clavaron entre las piedras. Twist comenta “hicimos entender a los nativos que debía dejarse en esa posición hasta que regresáramos al vapor” (Twist, 1900: 235).

Así, las mujeres extranjeras habían logrado conquistar no sólo la cima de la montaña sino también una tierra ajena en la que vivieron las últimas semanas. Esta excursión fue también una conquista femenina, pues demostraron su valor al resto de la tripulación y pasajeros del *Uncle Sam*, incluido el capitán, quien les expresó que él mismo no se hubiera atrevido a emprender tal expedición. Los miedos a las enfermedades y a la gente del lugar, que compartían los viajeros en general, fueron vencidos por aquellas mujeres.

Luego de veinte días de haber permanecido en Acapulco, el vapor *Uncle Sam* fue remolcado por el *Golden Age* el 9 de marzo de 1861; once días más tarde entraban a la bahía de San Francisco. Como reflexión final sobre el puerto mexicano Twist escribió que a Mrs. Q. le gustaría vivir en él, por la novedad del lugar, lo bello del paisaje y la sencillez de sus habitantes. Sin embargo, Twist estaba convencida de que ella no podría quedarse para siempre en ese sitio (Twist, 1900: 236).

A pesar de tal consideración, la señora Twist se adaptó a las circunstancias durante el tiempo que permaneció en el puerto, dejando constancia de ello en su diario. Ahora sus notas constituyen un importante testimonio de la sociedad y costumbres de los habitantes de Acapulco, puerto que con frecuencia recibía viajeros en tránsito a California o a Panamá.

Mrs. F. F. Victor

A diferencia de las observaciones de viajeros que sólo pasaban un día en Acapulco, las estancias prolongadas suscitaron mayor número de reacciones con respecto a la población local. Tales fueron los casos de la señora Twist que ya hemos analizado, y el de Mrs. F. F. Victor, quien permaneció en el mismo puerto varios días.

El relato de la señora Victor no fue escrito como diario, sino más bien como un recuento general de su experiencia en la travesía de Nueva York a San Francisco y de su estancia de doce días en el puerto de Acapulco. El texto fue publicado en la revista *Overland Monthly and Out West Magazine* en 1871.

No se menciona la fecha exacta del viaje de Mrs. Victor, sin embargo, es posible que éste se haya efectuado durante los años de la intervención francesa en México (1862-1867), porque en uno de sus pasajes la autora comenta que “los franceses se habían ido del puerto pocas semanas antes de mi visita, y se esperaba que regresara en cualquier momento un contingente del ejército de Maximiliano” (Victor, 1871: 221).

La señora Victor iba en compañía de su esposo, quien había salido de Nueva York con órdenes de unirse al barco *Narragansett* en Panamá.²¹ La pareja Victor salió de Nueva York en el mes de marzo, por la vía del istmo de Panamá, el cual cruzaron del Atlántico al Pacífico a través del ferrocarril interoceánico. Al igual que otros viajeros de la época, la señora Victor se sorprendía con la cantidad de gente que se embarcaba hacia el mismo destino: San Francisco.

Una vez en el puerto de Panamá, la pareja Victor fue informada de que el *Narragansett* ya había zarpado hacia el norte, y que probablemente se encontraba

21 El barco *Narragansett* fue utilizado por la Oficina Hidrográfica de los Estados Unidos para realizar expediciones de reconocimiento en el Pacífico. Esta embarcación estuvo a cargo del comandante George Dewey, que durante varios años exploró las costas mexicana y centroamericana del Pacífico. Karina Busto Ibarra, “Exploraciones náuticas en la costa del Pacífico mexicano. Cartas y derroteros de la segunda mitad del siglo XIX”, en prensa.

en Acapulco. Ante la noticia la señora Victor se mostró contenta de no separarse de su esposo en Panamá. Ambos viajaron en el vapor *Golden Age*, que a la señora le pareció “espacioso y limpio”. Los días a bordo “se iban en levantarse temprano, tomar una taza de café y una naranja en la cubierta, desayunar tarde, almorzar, y cenar temprano, con intervalos para lecturas y pláticas ligeras” (Victor, 1871: 216).

La pareja Victor había acordado que si al llegar a Acapulco no encontraban al *Narraganssett*, ella se quedaría con su esposo para esperar el siguiente vapor con destino hacia el norte. De tal forma que ambos desembarcaron en el puerto de Acapulco, a donde llegaron por la noche. Según observaron, la gente estaba en movimiento, la mayoría de los habitantes se habían acercado al vapor con frutas, flores y conchas para vender a los pasajeros. Mientras esto ocurría, los Victor buscaban un lugar donde hospedarse.

La señora Victor sentía que en México “cualquiera debería buscar bandidos en cada rincón de las paredes”, veía hacia todos lados y se fijaba en las sombras que aparecían en el camino. No obstante sus miedos e incertidumbre, después de algunos intentos encontraron un hotel para pernoctar, el de los John’s, casualmente el mismo descrito por Twist como *Eldorado*.

Victor comenta que el viejo John era de origen español y que había entrado a México como francés cuando el ejército de Maximiliano ocupó el país. La señora Moreno, su esposa, era sin duda francesa. Ambos eran de Nueva Orleans y habían llegado a Acapulco por tierra a través de Arizona, viaje durante el cual “la señora adoptó atuendo de hombre que resultó conveniente y que mantuvo para uso constante” (Victor, 1871: 217). Como es de notarse, semejante costumbre llamaba fuertemente la atención de las viajeras que llegaron a conocer a esta señora. Una mujer que se atrevió a romper con las tradiciones de la época al desafiar las formas de comportamiento femenino.

El cuarto donde se hospedó la pareja Victor fue descrito por la autora como una “caverna de mamut convertida en hospital”, con el piso de tierra y con una cama delgada, dos sábanas y una almohada para cada uno, una pequeña mesa de madera pegada a la pared, sin techo, sin paredes blancas. Cuando al ver el aspecto del lugar su esposo le sugirió regresar al barco, ella respondió “tendrás que esperar a que regrese el *Narraganssett* y supongo que yo puedo vivir aquí si tu puedes” (Victor, 1871: 218).

A pesar de la dificultad para enfrentar la situación, la señora Victor mantuvo una actitud positiva que se refleja en sus pensamientos: “la lección de mi vida

me ha enseñado a nunca arrepentirme de nada. Nuestras primeras impresiones no son confiables. Las experiencias más desastrosas son buenas para nosotros; todo el conocimiento, como se obtenga, es para nuestro avance” (Victor, 1871: 218).

Durante los doce días que permaneció en el puerto, las caminatas matutinas al fuerte de San Diego o al cocotal fueron las actividades que más gozó en Acapulco. La señora Victor observó que la gente en todas partes era decente, pues les invitaban fruta o agua de coco. Victor hizo un comentario similar al de Julia Twist sobre los niños subiendo la palmera para bajar cocos, sólo que Victor añadió que los niños subían “como ardillas” dieciocho o veinte metros de alto para obtener la fruta (Victor, 1871: 219).

También expresó que sus caminatas le permitieron ver las costumbres de los habitantes. Según cuenta, era difícil pasar por las calles en las mañanas, porque mucha de la población masculina estaba desayunando donde habían pasado la noche, es decir, en la tierra. A los hombres se les encontraba dormidos bajo los árboles durante el día, por la noche jugando en la plaza, y tomando una siesta en la banqueta, mientras las mujeres del mercado llegaban en la mañana con café, fruta y tortillas (Victor, 1871: 220).²²

La señora Victor menciona la grandeza de Acapulco en el siglo XVI, época en que los galeones llegaban procedentes del lejano Oriente y periodo durante el cual se construyó el fuerte de San Diego para proteger al puerto de los piratas. El fuerte, según Victor, “es lo único que queda de su orgullo y grandeza, en el miserable, dilapidado Acapulco” (Victor, 1871: 221).

Por otra parte, las observaciones de la señora Victor sobre las mujeres de Acapulco no fueron del todo favorables. Victor comentaba que generalmente se les veía en la iglesia o en alguna procesión religiosa, y luego proseguía: “vestirse de negro parece ser el color favorito de las mujeres, con una mantilla negra en la cabeza. Debido a esta preferencia una multitud de ellas en una procesión se veía sombría. La clase más pobre usaba telas de algodón de patrones grandes y vistosos, y todas marchaban y se hincaban juntas en las calles polvorientas”. En la iglesia se veía lo mismo, muchas mujeres y muy pocos hombres, sobre lo cual

22 La participación de las mujeres en el trabajo local también fue observada por Robert F. Greeley, quien en su recuento de viaje incluyó un dibujo de una mujer atendiendo la carnicería en el mercado. Greeley visitó el puerto de Acapulco tres veces, en 1854, 1857 y 1863. “Scenes in Acapulco”, *Appletons’ Journal of Literature, Science and Art*, 129, 1871, pp.324-327.

Victor afirmaba: “en México, como en todos lados, existe la misma costumbre, los hombres cometen los pecados y las mujeres rezan. Supongo que es una constante” (Victor, 1871: 222).

La opinión general de la señora Victor sobre Acapulco fue un tanto despectiva, pues lo consideraba un “lugar miserable, sin empresas, sin agricultura, sin comercio, sin literatura y con una religión muy pobre”. A pesar de lo anterior, veía a Acapulco como un sitio “indefenso”, “sin esperanzas”, “atormentado por facciones”. Por esto y por su pasado glorioso, Victor contempló el puerto “con cierta ternura” (Victor, 1871: 222).

Una vez que el *Narragansett* llegó a Acapulco, su esposo se unió al grupo de oficiales mientras ella partió en el vapor *Sonora*, que había llegado al puerto a cargar carbón. Las remembranzas de la señora Victor son, pues, escritas desde la distancia, un tiempo después de su estadía en Acapulco. Sus recuerdos sobre los lugares que visitó y algunas personas que conoció, fueron algunos de los motivos que la llevaron a relatar su experiencia en aquel puerto mexicano.

Mrs. Martha Summerhayes

El último relato que analizamos es el de la señora Martha Summerhayes. A diferencia de las dos viajeras anteriores, Summerhayes visitó sólo brevemente tres puertos del Pacífico mexicano en 1874. Su experiencia de viaje fue incluida en su obra *Vanished Arizona*, publicada por primera vez por una pequeña casa editorial de Filadelfia en 1908. El texto tuvo una buena acogida, principalmente entre militares en Estados Unidos, por lo que en 1910 la autora preparó una nueva edición a la que añadió un capítulo y algunas cartas que recibió después de la aparición inicial del libro. Esta última edición salió a la luz en 1911, año de su muerte (Summerhayes, 1979: xx-xxi).

De familia puritana, Martha Summerhayes nació en Nantucket, Estados Unidos, el 21 de octubre de 1846, recibió una buena educación y estudió un año en Europa. En este periodo vivió en Hanover, Alemania, donde se dedicó a estudiar música y literatura germanas. A su regreso, contrajo matrimonio con John W. Summerhayes en una iglesia episcopal de Nantucket en 1874 (Summerhayes, 1979: viii-ix).

Ese mismo año la pareja Summerhayes partió de Fort Russell en un tren de la *Union Pacific Railroad* con destino a San Francisco. En aquella época aún no existía la comunicación ferroviaria en Arizona, por lo que todas las tropas

estadounidenses enviadas a esa región eran transportadas desde San Francisco a Yuma por mar, a través del Golfo de California (Busto, 1999: 40). En la boca del golfo se transferían personas y cargamento a vapores que navegaban por el río Colorado hacia Yuma y otros puestos militares.

Los Summerhayes, junto con seis compañías de soldados, salieron de San Francisco en el vapor *Newbern* el 6 de agosto de 1874, con destino a Arizona (Summerhayes, 1979: 21). Dicha embarcación era propiedad de la compañía naviera *California and Mexico Steamship Company*, cuya principal ruta cubría la comunicación entre California y Arizona por la vía marítima (Busto, 1999: 41).

El *Newbern* hizo escala en el puerto de Cabo San Lucas, donde cargó ganado. La autora describe la forma en que éste se embarcó: “el ganado nadó detrás de las pequeñas embarcaciones de los nativos, luego fue levantado con cuerdas atadas a los cuernos y puesto en la cubierta del barco”. A la autora le pareció “terriblemente cruel”, pero después comprendió que era una práctica tradicional realizar esta labor (Summerhayes, 1979: 22).

El *Newbern* llegó a Mazatlán el 14 de agosto, cuya bahía la autora consideró hermosa. Al anclar el vapor subieron a bordo el personal de la aduana marítima y de la compañía Wells, Fargo & Co.²³ Según Summerhayes, al mismo tiempo la gente nativa se acercó a un lado del vapor para ofrecer frutas frescas como cocos, plátanos y limones. En Mazatlán se embarcaron algunos pasajeros mexicanos con destino a Guaymas y “un grupo de malabaristas japoneses” (Summerhayes, 1979: 26).

Algunos oficiales y sus esposas se aproximaron a la costa en uno de los botes del vapor, visitaron un viejo hotel, el anfiteatro para las corridas de toros y el antiguo fuerte. Después de esta experiencia, la señora Summerhayes consideró a Mazatlán como un sitio interesante, pero no escribió más al respecto.

El tercer puerto mexicano que Summerhayes visitó fue Guaymas, sitio que decidió bajar a conocer para buscar alimentos y bebidas. En compañía de la Sra. Wilkins, esposa del teniente coronel, buscaron en el puerto una casa donde pudieran ofrecerles comida. Tras llegar a un acuerdo con un señor que a regañadien-

23 En el siglo XIX, era común que los vapores que llegaban a los puertos mexicanos anclaran a una distancia de tres o cuatro kilómetros de la costa. Una práctica también frecuente era la inspección de las embarcaciones por parte de los agentes aduanales y de la compañía Wells, Fargo & Co., con sede en San Francisco, encargada del transporte de mercancías, correspondencia y de operaciones financieras.

tes accedió atenderlas, el grupo de tres o cuatro mujeres y algunos oficiales gozó de un desayuno preparado con ingredientes frescos (Summerhayes, 1979: 27).

Además de esta breve experiencia en Guaymas, es poco lo que la autora comenta de los puertos mexicanos. El capítulo dedicado a su viaje por el Golfo de California termina en Puerto Isabel, localizado en la boca del río Colorado, sitio al que el *Newbern* llegó después de 13 días de travesía. Del vapor se hizo la transferencia de tropas y de equipaje a barcazas y de éstas al vapor de río *Cocopah* (Summerhayes, 1979: 29).

Al final, la señora Summerhayes reflexiona sobre su experiencia de viaje a bordo de los antiguos vapores, que tenían grandes desventajas comparados con los de principios del siglo XX: “recordemos que el *Newbern* era un pequeño y viejo vapor de propulsión, no adaptado para pasajeros, en esos días las grandes plantas de refrigeración no existían. Las mujeres que van a las Filipinas en los grandes transportes actuales no pueden darse cuenta y, difícilmente creerán, lo que nosotros soportamos por la falta de hielo y de buena comida en ese inolvidable viaje por la costa del Pacífico y Golfo de California en el verano de 1874” (Summerhayes, 1979: 28).

Escrito también desde la distancia, el relato de la señora Summerhayes parece desvanecerse en el tiempo y apenas recuerda algunos aspectos de su tránsito a Yuma y de su paso por los puertos de México. El resto de su narración está dedicada a las vivencias de la autora en los puestos militares donde permaneció durante años acompañando a su esposo.

Conclusiones

De los relatos anteriores se desprenden algunas reflexiones que vale la pena comentar. Una de ellas se relaciona con la cuestión de género, es decir, la sensibilidad de estas mujeres para captar pequeños detalles de la sociedad que observaron. Sus inquietudes se refieren más a temas de otras mujeres, de familias locales, de las actitudes de los pobladores, la forma de vestir y de vivir, el papel de las mujeres en la sociedad o sus prácticas cotidianas como lavar ropa. Es evidente que se interesan más en lo doméstico o en las relaciones sociales que en otros temas. Comparados con relatos de viajeros masculinos, es notorio que a pesar de que en ocasiones ellos tocan estos asuntos, suelen describirlos con menos pormenores.

Por otro lado, las cinco mujeres de los textos analizados comparten una razón de viaje similar, lo hacen por motivos familiares. McDougall viajó primero con su esposo e hija y al regreso con su hija y su cuñado; Bates iba acompañando a su esposo, capitán de un buque; Twist viajaba sola, con la esperanza de reencontrarse con su esposo que había partido a California años antes motivado por la fiebre del oro; Victor también iba acompañada de su cónyuge, oficial de marina que debía integrarse al barco encargado de explorar la costa del Pacífico; Summerhayes viajó con su marido, asignado a una base militar en Yuma, donde empezaría una nueva vida.

Además de lo anterior, se trata de señoras con una posición privilegiada, educadas y que no viajaban en búsqueda de mejorar sus condiciones de vida (salvo McDougall), como lo hicieron muchas de las personas que emigraron en la época de la fiebre del oro y décadas subsecuentes. Por el contrario, su papel de mujeres casadas les obligó a desplazarse largas distancias para conservar o rescatar sus respectivas familias, y su condición social les permitió dedicarse a escribir sus diarios y más tarde publicarlos.

Es notorio que en los casos de las dos mujeres que permanecieron más tiempo en Acapulco, las señoras Twist y Victor, su visión de la sociedad local es más aguda y se observan comentarios cargados de prejuicios, que al mismo tiempo reafirman su identidad de mujeres blancas. Ejemplo de ello son las referencias a los nativos como “raza de seres inferiores”, o la afirmación de sentir “cansancio de ver caras morenas”, o la alusión al lugar como “miserable, sin empresas, sin empresas, sin agricultura, sin comercio, sin literatura y con una religión muy pobre”, e incluso verlo “con cierta ternura”.

Un último aspecto se relaciona con la sorpresa de las viajeras al encontrarse con otras mujeres que no siguen los cánones establecidos. Tanto la señora Twist como la señora Victor, que permanecieron varios días en el puerto de Acapulco, notaron la costumbre de una mujer de origen francés de vestirse a la usanza de hombres: de pantalones y camisa. Esto, sin duda las escandalizó, pero también les causó admiración y sus descripciones versaron sobre lo que la francesa les contó y no sobre sus propios prejuicios. Twist y Victor mencionaron solamente que aquella mujer había adoptado esa forma de vestir por ser más práctica.

Finalmente, es significativo que ninguna de las mujeres se ocupó de describir la situación económica de los lugares, los intercambios comerciales, o las actividades productivas de sus pobladores, como solían hacer la mayoría de los hombres que escribían sobre su experiencia de viaje en aquella época. La mirada

femenina más bien se centraba en cuestiones sociales, costumbres de la gente o prácticas como la de cargar al ganado de los cuernos para ser transferido de las canoas a los vapores, lo cual les parecía reprochable y cruel.

Los escritos de estas mujeres sobre algunos puertos mexicanos que visitaron ofrecen una imagen de la sociedad local, del papel de las mujeres y niños, y de la vida cotidiana. De tal forma que adquieren importancia cuando se contrastan y complementan con otros relatos que se ocupan de temas distintos. Así, la mirada femenina de los puertos de Acapulco, Mazatlán, San Blas y Guaymas posee un gran valor para la historia social mexicana del siglo XIX.

Bibliografía

ADAMS, Piercy. *Travelers and travel liars, 1660-1800*. Berkeley: University of California Press, 1962.

BATES, Mrs. D. B. *Incidents on Land and Water, or Four Years on the Pacific Coast. Being a Narrative of the Burning of the Ships Nonantum, Humayoon and Fanchon, Together with Many Startling and Interesting Adventures on Sea and Land*, Eleventh Edition. Boston: Published for the Author, 1861.

BERNECKER, Walther L. “Literatura de viajes como fuente histórica para el México decimonónico: Humboldt, inversiones e intervenciones”, en Lourdes de Ita Rubio y Gerardo Sánchez Díaz (coords.). *A través del espejo: viajes, viajeros, y la construcción de la alteridad en América Latina*. México: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2005, págs. 19-48.

BUSTO IBARRA, Karina. “Maritime Trade between the Californias in the Late Nineteenth Century”. *Mains'l Haul*, 36:4, 1999, págs. 36-49.

_____. “El espacio del Pacífico mexicano: puertos, rutas, navegación y redes comerciales, 1848-1927”, tesis de doctorado. México: El Colegio de México, 2008.

CLARK, Steve (Ed.). *Travel writing and empire: postcolonial theory in transit*. New York: Zed Books, 1999.

DE CERTAU, Michel. “Travel narratives of the French to Brazil: Sixteenth to Eighteen centuries”. *Representations*, 33, 1991, págs. 221-226.

FARAGHER, Johnny y Christine Stansell, “Women and Their Families on the Overland Trail to California and Oregon, 1842-1867”. *Feminist Studies*, 2:2/3, 1975, págs. 150-166.

GREELEY, Robert F. “Scenes in Acapulco”. *Appletons' Journal of Literature, Science and Art*, 6:129, 1871, págs. 324-327.

GUELKE, Leonard and Jeanne Kay Guelke. “Imperial eyes on South Africa: reassessing travel narratives”. *Journal of Historical Geography*, 30, 2004, págs. 11-31.

IBARRA BELLÓN, Araceli. *El comercio y el poder en México, 1821-1864. La lucha por las fuentes financieras entre el estado central y las regiones*. México: Fondo de Cultura Económica, Universidad de Guadalajara, 1998.

KEMBLE, John H. *The Panama Route, 1848-1869*. Columbia: University of South Carolina, 1990.

_____. "The Panama route to the Pacific Coast, 1848-1869". The Pacific Historical Review, 7:1, 1938, págs. 1-13.

LAWRENCE, Deborah. *Writing the Trail. Five Women's Frontier Narratives*. Iowa: University of Iowa Press, 2006.

MCDougALL, W. H. "A Woman's log of 1849. From the Diary of Mrs. John McDougall". Overland Monthly and Out West Magazine, 16:93, 1890, págs. 273-280.

PRATT, Mary Louise. *Imperial eyes. Travel writing and transculturation*. New York: Routledge, 1992.

RILEY, Glenda. "Women on the Panama Trail to California, 1849-1869". Pacific Historical Review, 55, 1986, págs. 531-547.

ROBERSON, Susan (Ed.). *Defining travel, diverse visions*. Jackson: University Press of Mississippi, 2001.

SUMMERHAYS, Martha. *Vanished Arizona. Recollections of the Army Life of a New England Woman*. Lincoln and London: University of Nebraska Press, 1979.

TWIST, Julia. "The Journal of a Voyage from New York to California, which began Feb 1st, and ended at San Francisco, March 19th, 1861", en: William Fiske Brown, *Past Made Present: The First Fifty Years of the First Presbyterian Church and Congregation of Beloit, Wisconsin, together with a History of Presbyterianism in our State up to the Year 1900*. Chicago: Marsh & Grant Co., 1900, págs. 221-238.

VICTOR, Mrs. F. F. "A Short Stay in Acapulco". Overland Monthly and Out West Magazine, 6:3, 1871, págs. 214-222.

Viajera de retorno: sujeto, historia e imaginario espacial en *La ciudad del sol* de Zoila Aurora Cáceres

Fanny Arango-Keeth
Mansfield University of Pennsylvania

Decidle a un limeño: ¿No viaja Ud. este verano? Y responderá: “Ya estuve en Europa (aunque haya trascurrido algunos años) y cuando pueda volveré.” [...]

Si el interrogante continúa, sin ocultar su sorpresa exclamará: “¿Quién puede ir a la sierra?, llueve torrencialmente, hiela, las tempestades de verano son espantosas, y luego hay que sufrir muchas incomodidades...”

Yo escucho y sonrío: iré a la sierra. (*La ciudad del sol*, 16-17)

Aurora Cáceres, que viaja con aprovechamiento ha visto mucho y meditado sobre lo que ha visto. Su libro nos ofrece impresiones vividas: en sus opiniones de seres y cosas ancestrales hay conceptos elevados que revelan su buen criterio [...].

Concepción Gimeno de Fláquer (*La ciudad del sol*, 170)

La peruana Zoila Aurora Cáceres (Lima, 1872-Madrid 1958), escritora, periodista, activista y defensora de los derechos de la mujer, publica en 1927 el libro de crónicas *La ciudad del sol* en el que narra su retorno a la ciudad del Cusco, ciudad a la que fue invitada como conferencista¹ por el círculo de intelectuales de la época. Cáceres decide hacer un “viaje de retorno” y reencontrarse con la ciudad imperial. Este reencuentro y redescubrimiento se produce cuando la

1 Después de su primer regreso a Perú desde el autoexilio de su familia en 1895 y después de fundar el Centro Social, la labor de Zoila Aurora Cáceres como conferencista fue constantemente elogiada. Así lo sostiene Elvira García y García en su libro *La mujer peruana a través de los siglos*.

Su labor como conferencista se ha extendido, presentándose al público de Lima, de Arequipa, Puno y Cusco, lugares en los que se le ha recibido con cariño y entusiasmo. Tiene Evangelina [seudónimo de Cáceres], la ventaja poco común, de asociar a la doctrina expuesta con sujeción a los principios científicos, artísticos, literarios e históricos, la gracia de la exposición, siendo siempre sus conceptos un modelo de belleza, donde se aúnan los recursos y las galas literarias, sin esfuerzo ni amaneramiento. (97)

escritora limeña, hija de Andrés Avelino Cáceres y de Antonia Moreno Leiva, regresa de Europa a Perú, después de haber recibido una esmerada educación en Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y Francia en donde culmina sus estudios en la Universidad de altos estudios sociales de La Sorbona de París. Cáceres se convirtió en la primera mujer graduada de esa casa de estudios con la tesis *Feminismo en Berlín*². De igual modo, fue la primera mujer de habla española que dio una conferencia--*El oro del Perú*--en la misma universidad.

El retorno de la escritora a Perú, se produce cuando ya goza de prestigio internacional y reconocimiento como intelectual y como activista en la defensa de los derechos de las mujeres. En efecto, sus obras “La emancipación de la mujer” (1896) en el *Búcaro americano*, *Mujeres de ayer y de hoy* (1910), *Oasis del arte* (1911), *La rosa muerta* (1914) y *La campaña de la Breña, memorias del mariscal del Perú*, D. Andrés Avelino Cáceres (1921) ya son conocidas en esa época.

Cáceres incorpora a estas obras el libro de viajes o crónicas, siguiendo la propuesta modernista de su época. Sin embargo, su subversión radica en el hecho de remodelar el espacio observado desde una mirada descolonizadora. Según señala, Mary Louise Pratt en *Imperial Eyes*, la literatura de viajes nacional y regional desempeña un papel determinante en la construcción del archivo modernista de Latinoamérica durante el siglo XX³ (230). De igual forma plantea que a diferencia de los viajeros europeos que observan el comportamiento de la alteridad cultural con una mirada colonizadora o imperial, los viajeros latinoamericanos que regresan a sus países de origen, realizan viajes de redescubrimiento. Su mirada por lo tanto se torna descolonizadora en lugar de imperial. Esta investigadora explica también que el archivo modernista latinoamericano se encuentra plagado de viajes de retorno⁴, hecho que incide con la necesidad de formar una identidad cultural y literaria propia en la historia republicana y moderna de los países latinoamericanos. Agrega que mientras los movimientos modernistas y vanguardistas europeos de inicios del siglo veinte son cosmopolitas, continentales

2 Esta información proviene de los datos biográficos de la autora que los editores de *La princesa Suma Tica*, incluyeran en el prefacio de la publicación de esta obra en 1929.

3 Todas las traducciones de textos originalmente escritos en inglés y que no han sido traducidos al español son nuestras.

4 Nos recuerda por ejemplo la variedad de manifiestos en los viajes de retorno literarios emprendidos por escritores como Gabriela Mistral en el poema épico “Poema de Chile”, el de Julio Cortázar en *Rayuela*, el de Pablo Neruda en *Canto General*, el de Juan Rulfo en *Pedro Páramo* y el de Octavio Paz en “Vuelta” (*Imperial Eyes* 230).

les y anti-nacionalistas, en el caso de las Américas, el contraste es significativo: la preocupación de los artistas y de los movimientos artísticos de este período fue construir un bagaje nacional (230).

A pesar de que existe la necesidad de evaluar la mirada descolonizadora desde una perspectiva más inclusiva, no se ha abordado en forma sistemática y exhaustiva el estudio de las narrativas de viajes escritas por mujeres. Existe también una carencia con respecto al análisis de textos que representen el regreso de los escritores a sus países de origen. En este estudio monográfico, analizaremos la forma en que Cáceres, la viajera de regreso al Perú, construye el imaginario espacial de la ciudad del Cusco, un imaginario que se encuentra modelado por la evocación de su pasado personal y el pasado histórico en constante tensión con la realidad. La ciudad del Cusco que describe la viajera en sus crónicas es una y es tres a la vez: la ciudad inca, la ciudad mestiza y la ciudad moderna. Nos informa también sobre hechos históricos que afectan el espacio público durante su estadía en la ciudad del sol, así como también revaloriza la identidad cultural y artística del imperio incaico con los constantes paralelos que establece entre la cultura inca y las culturas occidentales llamadas de prestigio, en las cuales la escritora ha vivido. Cáceres autoriza su voz como cronista mediante la construcción de un sujeto autobiográfico y un sujeto histórico en las crónicas. El primero se desarrolla con la reconstrucción de la memoria histórica con su línea materna y paterna. El segundo, con la iconización de Cusco como el espacio englobador y de los espacios englobados, en los que la mirada de la viajera se detiene en el paisaje natural, el paisaje culturizado y el paisaje arqueológico. La iconización de las figuras espaciales y los modos de metaforización, así como también los modos de referencialización construyen un imaginario espacial singular en la obra.

La cronista también nos informa sobre la historia republicana de la ciudad imperial y ello sirve para identificar el momento histórico en el que se produce su visita. Establece una distinción entre “lo de adentro” y “lo de afuera”. Se observa una dialéctica entre el espacio privado y el espacio público que como señala Gaston Bachelard permite la confrontación de la realidad del ser del hombre con el ser del mundo, que corresponde a la realidad del sujeto autobiográfico y al sujeto social e histórico en este estudio⁵.

5 En *La poética del espacio* Gaston Bachelard propone una mirada dialéctica sobre el espacio interior y el espacio exterior:

El más acá y el más allá repiten sordamente la dialéctica de lo de dentro y de lo de fuera: todo

Considerando que la literatura de viajes es básicamente prerrogativa del sujeto masculino durante el siglo XIX y comienzos del XX, Cáceres transforma esta prerrogativa con *La ciudad del sol*. Como señala Kirsten Fischer, el hecho que la mujer efectuara un viaje y escribiera sobre él le permitía de inmediato descenderse de la posición como subalterna en la que vivía dentro de la cultura patriarcal y oponer el concepto de “movilidad” al de “domesticidad”. La metáfora de su viaje se convierte entonces según esta crítica en un enjuiciamiento del hacer patriarcal y de su orden espacial asignado por género y en una reestructuración o una resemantización alternativa del imaginario espacial.

Antecedentes teóricos

Eric J. Leed sostiene que el viaje designa una actividad de género que en particular se ha encargado de producir paradigmas de comportamientos y representaciones para fijar la masculinidad en muchas culturas y periodos históricos (*The Mind of the Traveler*). El hombre en movimiento, como sostiene Marilyn Wesley, ha sido la figura capital del pensamiento occidental en la literatura de viajes, perpetuando una historia imperialista y produciendo la representación de la otredad cultural dentro de los cánones occidentales que Edward W. Said describe como producto del “inmutable e implacable eurocentrismo” en su artículo “Yeats and Decolonization”. Según Said, el objetivo de los viajes ha sido acumular experiencias, tierras, gentes, historias para estudiarlas, clasificarlas y verificarlas con la finalidad de someterlas o subordinarlas, unificadas bajo la mirada del cristianismo Europeo.

Perpetuándose en la historia de los viajes, la imagen del hombre en movimiento se equipara a la imagen de la mujer estática dentro del espacio doméstico en particular durante el siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX, subordinada a la domesticidad, atada a los paradigmas espaciales dentro de los que la limita el hacer de la cultura patriarcal. La historia de los viajes emprendidos por mujeres se torna problemática dentro de esta dinámica, pues implica una volun-

se dibuja, incluso lo infinito. Se quiere fijar el ser y al fijarlo se quiere trascender todas las situaciones. Se enfrenta entonces el ser del hombre con el ser del mundo, como si se tocaran fácilmente las primitividades. Se hace pasar a la categoría de absoluto la dialéctica del aquí y del allá (251).

tad de inscripción dentro del espacio de afuera, una voluntad de liderazgo y de independencia. La viajera se torna en sujeto agente y productor de textos en los que explora la tensión entre la historia del hombre como ser humano y la historia del otro. Por ejemplo, cuando Karen R. Lawrence estudia la literatura de viajes producida por escritoras británicas en *Penelope Voyages*, analiza la tensión entre el deseo de la mujer de escapar de la mirada patriarcal y la realidad que le impone el episteme cultural en el que le tocó vivir. La escritora, señala esta crítica, necesita afianzar su identidad e inscribirse dentro de la crónica de un viaje, así como también conocer la identidad del otro, del subordinado bajo la mirada imperial, del “otro” no “civilizado”.

Fischer estudia “la mirada imperial” como la reevaluación crítica de las fuentes históricas que dio lugar al énfasis en la investigación de los escritores coloniales, las predisposiciones culturales de su “mirada” y el imaginario algunas veces fantástico proyectado sobre el sujeto a ser colonizado. La mirada de Cáceres no es colonizadora en *La ciudad del sol*. Su mirada resemantiza el espacio pues utiliza un sistema de referencialización que transforma a la ciudad incaica, colonial y moderna en un lugar de prestigio superior algunas veces y comparable en otras a los lugares de prestigio del canon occidental. Cáceres, la viajera, a comienzos del siglo XX, subvierte los postulados patriarcales sobre el rol de la mujer en la sociedad moderna e inscribe su viaje como un lugar para las mujeres en el mundo como sujeto autónomo⁶.

En *Imperial Eyes*, Pratt analiza el viaje de retorno como una metáfora del acto neocolonial. Cuando explora las crónicas de viaje y ensayos de Alejo Carpentier publicados a fines de la década de 1940, sostiene que el autor regresa de un periplo por el mundo con una mirada neocolonial sobre su propia realidad na-

6 Fischer estudia el valor figurativo de la literatura de viajes escrita por mujeres y sostiene que ésta transgrede el paradigma de domesticidad asignado a la mujer por las culturas patriarcales: In taking her figurative journey, the woman traveler moves out of her traditional position as object of masculine culture, and her career controverts the fundamental opposition of masculine mobility in the exterior area to feminine restriction to a domestic space. Not only does the metaphor of her journey inscribe a place for women in the world, but by challenging the range of privileges and restrictions authorized by gendered spatial orders, the trope of the woman's journey is a narrative reconstruction of the meanings of that world. As her own subject, the woman traveler goes beyond subversion to reconstruction of alternative possibility. (“Introduction”, xv)

cional bajo la conocida premisa “vuelve el latinoamericano a lo suyo y empieza a entender muchas cosas” (Carpentier, *Tientos y diferencias y otros ensayos*, 67). Sostiene también que los encargados de la responsabilidad de modernizar las naciones latinoamericanas fueron los escritores, diplomáticos, educadores o presidentes y que por esta razón, la literatura de viajes nacional y regional se convierte en una forma discursiva con la que los escritores trataron de construir una identidad cultural de tipo nacionalista (Pratt 230).

La identidad cultural de Cáceres corresponde a esta premisa de Pratt. Nuestra escritora regresa al Perú después de tener acceso a una elevada educación de corte occidental. Se trata entonces de una mujer que recibe la ilustración europea en un momento en que la modernización de las naciones occidentales se encuentra en su apogeo. A pesar de esta ilustración y de las posibilidades de ubicación en Europa, Cáceres decide el retorno al Perú con una agenda clara: reescribir la historia, estudiar las artes plásticas y promover una literatura nacional. De ahí que el viaje de retorno de esta feminista reafirme su filiación como peruana, siguiendo el postulado de Homi Bhaba mediante el cual sostiene que la identificación es un constructo o la proyección de una imagen y la transformación del sujeto en el acto de asumir esa nueva identidad⁷. Así lo observamos cuando la cronista visita el templo Coricancha y en un estado de introspección, se proyecta e identifica como limeña, San Pedrana e hija de la ciudad de los reyes católicos:

La visión del Señor Crucificado, la Santidad del catolicismo allí venerada me hizo volver al remoto viaje evocador que había emprendido mi mente, a la realidad del momento, y olvidé el pasado y la suntuosidad del malogrado Imperio, y me sentí limeña, San Pedrana, hija de la ciudad de los reyes católicos, que aún no ha perdido de inmenso beaterio el recogimiento, ni el perfume del incienso, que emana del corazón femenino al calor del alma apasionada. (59)

7 Bhaba sostiene que la identidad no le es asignada al sujeto sino que éste la construye y proyecta:

Finally, the question of identification is never the affirmation of a pre-given identity; never a self-fulfilling prophecy—it is always the production of an image of identity and the transformation of the subject in assuming that image. In the postcolonial text the problem of identity returns as a persistent questioning of the frame, the space of representation, where the image—missing person, invisible eye, and Oriental stereotypes—is confronted with its difference, its Other. (*The Location of Culture*, 45).

La construcción del sujeto autobiográfico y del sujeto histórico

En la escritura de este “viaje de retorno”, la escritora limeña marca su identidad con la figura de la “viajera” lo que le permite instaurar el pacto autobiográfico entre ella y su lector y de esta forma incluir también su propia autobiografía. Para Philippe Dejeune el pacto autobiográfico permite que el escritor al incluir rasgos de su propia biografía potencialice la verosimilitud de su relato; Cáceres, que se identifica como “viajera”, se enmarca semánticamente en sus crónicas con la primera persona singular, rasgo que reitera la identidad de la que escribe: “[y]o también sentí el deseo de invocar algo remoto, nuestro pasado, nuestros magníficos emperadores, afligiéndome la nostalgia de los principiantes viajeros, al separarse de los lugares que les fueron gratos” (34):

Ciudad del Padre Sol y de la Madre Luna, para amarte hay que conocer las piedras vivas que tus ruinas contienen, e interrogarlas como a testigos de tu pasado milenario, el apogeo de tu grandeza; cual los ancianos que no desdeñan contar viejas historias revelan una soberanía de agreste suntuosidad. (34)

La escritora nos revela también que el propósito de este viaje de reencuentro es “dar publicidad periodística” a los diversos lugares que visita:

Ollantaytambo estaba de fiesta, habían anunciado mi visita y causaba regocijo; sin duda por el recuerdo grato que en el Perú inspira el nombre de mi padre, a lo que se unía la satisfacción lugareña halagada con la idea de que mis viajes por esas serranías y mi admiración por las bellezas que contienen, darían ocasión a la publicidad periodística. (86)

Intercala también el rasgo autobiográfico a partir del cual desarrollo su propia filiación. En estos rasgos, las figuras del padre y de la madre reciben vertimientos semánticos eufóricos directos y figurativos. El padre representaría en nuestro criterio el concepto heroico de patria que se observa como referencia en las diversas obras de Cáceres, mientras que la figura de la madre encarna la patria como concepto transformador de la historia peruana. La memoria histórica de la viajera limeña nos informa sobre la relación de admiración y respeto que existió entre sus padres y las poblaciones indígenas andinas, Andrés Avelino Cáceres era llamado “el Taita” por los pobladores andinos, mientras que Antonia Moreno Leiva de Cáceres era conocida como la “madre grande”:

Vestía aún de luto por mi madre, que se llevó al morir todas mis alegrías, cuando de improviso, después de haber corrido largo tiempo, inusitadamente me tributaban iguales manifestaciones a las que ella recibiera durante la época de la guerra con Chile, obligada por la persecución del enemigo a errar por las nieves y los valles de los Andes. (86)

Era el caso que la pobreza de esos indios, en su apartado rancharío, me había impresionado hondamente, muy enternecida, recordé cuando mi madre me contaba el magnífico acogimiento que le hicieran en la región del centro, durante la época de la guerra con Chile, y cómo la llamaban: “Madre grande” y también lo mucho que sufrió. (88)

En la historia de su filiación, que la escritora proyecta y asume, reclama su origen en la identidad revolucionaria de sus padres. Compartiendo este punto de vista, Sandra Gilbert en su estudio “From *Patria* to *Matria*”⁸ agrega que una sustitución novedosa es asignar una identidad femenina, es decir un cuerpo femenino, a la representación simbólica de un país, sustituyendo el paradigma de *patria* (al cual se le asigna un valor connotativo masculino y por ende toda la paradigmática del hacer patriarcal) por el de *matria* (cuyo valor connotativo femenino se relaciona con la práctica sociohistórica del sujeto femenino). La matria peruana queda metaforizada en la identidad simbólica de la propia madre de la escritora, “la madre grande”. Por ejemplo, al observar la situación del indígena cusqueño a principios del siglo XX, una situación comparable a la de la destrucción colonial, recuerda a la madre y su preocupación por la otredad cultural:

Me parecía escuchar su voz temblorosa, ver correr sus lágrimas, que no podía esconder, cuando en el monólogo que a veces le sugería la evocación del infortunio nacional, exclamaba: “La pobre gente que iba a morir en desigual combate”. (88)

El indígena andino que puebla los recuerdos de Cáceres es el de su experiencia vital como niña y testigo de la lucha de su padre por la libertad de la patria durante la Guerra del Pacífico. La otredad cultural recibe predicciones eufóricas: el indígena es el luchador, el montonero que participa al lado del General Cáceres en la lucha contra la invasión de los chilenos:

8 En este artículo, Gilbert analiza las formas discursivas que Elizabeth Barret Browning utiliza en su poética para figurativizar el resurgimiento de Italia como nación.

¡Dolor de vasallaje, dolor de cautiverio, dolor de indio ¿Alcanzarás a redimirte un día. Te conocí altivo: a falta de rifle y con un rejón luchador en las manos, en acecho continuo; oculto entre breñas, resbalando sobre la nieve, alerta contra el enemigo chileno que incendiaba la choza indiana y daba muerte a la mujer, a la hija y al rebaño.

Te conocí valiente, alma de una nación, ennoblecida por tu arrojo; supiste hacerte admirar en la sangrienta guerra, revelándote rejonero admirable, y ahora vuelves como en los tiempos de los conquistadores a ser grano que tritura la rueda del indiferentismo! (115)

A pesar de la exaltación histórica que produce la identidad revolucionaria de sus padres, Cáceres no sobredimensiona su propia identidad y se reconoce como un sujeto histórico común quien no merece recibir atenciones especiales o públicas a las que llama “un convencionalismo denigrante a la dignidad humana”:

En conciencia, debo declarar que jamás me he creído merecedora de especiales agasajos; más aún, aparte de las manifestaciones espontáneas que se tributan a un hombre después de haber realizado una hazaña o merecido el laurel guerrero, considero lo demás de un convencionalismo denigrante a la dignidad humana. (88)

Sin embargo, cuando visita Ollantaytambo acepta la cálida recepción que le ofrece público cusqueño al que describe como el “mejor educado”:

Jamás conocí público más discreto, ni mejor educado; habría causado envidia al de las cultas capitales; más este comportamiento moderado y digno no debe sorprender, porque en Ollantaytambo, todo invita al silencio y recogimiento de la vida contemplativa; es aquél un silencio sin aspiraciones, ni turbulencias; diríase que son ermitaños sin bosque, subyugados por la ruina monumental, en el adoratorio perpetuo de la magnificencia del General Ollantay. (89)

Los rasgos autobiográficos incrustados en las crónicas nos revelan también un estado de ánimo disfórico en relación al tema amoroso. La cronista se reconoce en una joven quechua que cantando tristemente, llora la ausencia del amado, así como la escritora reflexiona sobre su propia tristeza por el amor perdido⁹:

9 Sin nombrar al sujeto amoroso, sabemos por las alusiones en el capítulo “Amor, ¿dónde

Oculto, detrás de la tapia engalanada de verdor mortecino, una indiecita dejaba oír su voz plañidera, tiernamente modulada, que cantaba las melodías peruanas denominadas “Tristes”, mientras que sus manos hacían girar vertiginosamente el huso en que hilaba blanca lana. La joven a media voz salmodiaba: [...] ¡Vuelve así amor a nacer/como el dolor a morir! (117).

Interrogando a la visión amada, cuando sus ojos no me miren y su boca no hable ofreciendo halagos, sin lograr persuadir la extravagancia de mis anhelos; me sentiré extraviada en la inmensidad de su corazón; quedaré temblorosa, escondida en un nido oscilante colgado en la rama del misterio, sin conseguir apartarme de una sombra muy negra, la que refleja mi tristeza. (119)

Sujeto que habla¹⁰ y ostenta un discurso validado e influyente dentro de la cultura peruana de comienzos de siglo veinte, Cáceres no sólo se inscribe como sujeto biográfico en sus crónicas cusqueñas; la escritora se inscribe también como un sujeto social activista dentro del panorama histórico de su época. Consideremos por un momento lo que nos plantea Toril Moi en *What is a woman?*: “sin un poderoso movimiento de mujeres, las intelectuales feministas pierden la capacidad de sentirse y ubicarse dentro de un grupo de pertenencia” (133). Nuestra escritora era y se consideraba parte representante de un grupo organizado y activo de mujeres que luchaban por la igualdad de derechos y lo que es más importante, por mantenerse como sujetos visibles dentro de la esfera pública y por compartir un ideario moderno como mujeres y también como escritoras.

Los modos de referencialización

Greimas y Courtés sostienen que los modos de referencialización del enunciado implican “el examen de los procedimientos por los cuales la ‘ilusión referencial’—el efecto de sentido ‘realidad’ o ‘verdad’—, propuesta por Barthes¹¹,

estás?” que Cáceres se refiere a su relación con el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, quien incluso escribe el prólogo para *La ciudad del sol* y a quien la escritora le dedica la obra.

10 El concepto de “sujeto que habla” fue desarrollado por Julia Kristeva en su artículo “The System and the Speaking Subject” de su libro *Desire in Language. A Semiotic Approach to Literature and Art*.

11 Recordemos que para Barthes, el objetivo de organizar en forma onomástica el discurso con la inclusión de los déicticos, reside en el hecho de que estas marcas se constituyen en “índices” y/o “informantes” a partir de los cuales se construye el efecto de sentido “veridicción”

se encuentra constituida” (Greimas y Courtés, 337). Es por ello que en la literatura de viajes resulta crucial el estudio de las figuras discursivas que se encargan de preservar el anclaje espacio-temporal. Cáceres utiliza los topónimos al igual que las marcas de referenciación o alusiones para ubicarnos en un espacio de prestigio que la autora compara constantemente con las figuras espaciales de las culturas occidentales. Los espacios dentro del imaginario espacial reciben sus nombres propios, los topónimos, y a la vez se observa una iconización exhaustiva¹² de los mismos así como también la intercalación de la tradición oral y de otros intertextos. En el caso de la intercalación de textos, éstos provienen de la tradición oral y de la tradición escrita¹³; por ejemplo, observamos la referencia e iconización de la campana de la catedral cusqueña conocida como María Angola:

Entre las campanas que cobijan las torres es célebre la mayor, llamada “María Angola”. [...] Cuenta la tradición, que al haber fracasado la fundición de la primera, porque escaseaba el oro para la mezcla, una mujer llamada María Angola, hizo acarrear algunas arrobos del precioso metal y la arrojó a la fragua. (156)

Encontramos otra remisión intertextual cuando la cronista compara los amores pasionales de la historia occidental con los de la historia incaica con la finalidad de provocar la reflexión sobre la existencia de una misma narrativa amorosa en diversas realidades culturales y de revalorar dicha narrativa en las culturas quechua y aymara. Así, plantea una referencia a la princesa Suma Tica, que luego se transformará en un personaje protagónico en la leyenda del mismo nombre que Cáceres publicara en su libro *Narraciones peruanas* en 1929:

Si las leyendas amorosas del Rhin, nos seducen con sus blancos cisnes y héroes de plata, pensemos que más intensas y apasionadas son las quechuas y aimaras.

o “realidad” (“Análisis estructural del relato”).

12 Dentro de los procedimientos de figurativización, la iconización corresponde a la saturación de las figuras. Greimas y Courtés la definen como una fase:

[constituye la] última etapa de la figurativización del discurso donde distinguimos dos fases: la figuración, propiamente dicha, que explica la conversión de los temas en figuras, y la iconización que, tomando a su cargo las figuras ya constituidas, las dota de vertimientos particulares, capaces de producir la ilusión referencial. (212)

13 Existe de igual modo una remisión textual a la tradición “Fundición de la María Angola” de por Clorinda Matto de Turner publicada en *Tradiciones cusqueñas*.

Recordemos a la Princesa Suma Tica que según la tradición hasta hoy gime, convertida en piedra, en las ruinas de su Palacio viendo descender desde lo alto de la montaña, el cordón de plata que proveyó de agua a su pueblo y la obligó al suicidio de amor. (110)

En *La Ciudad del sol*, Cáceres nos muestra una constante resemantización positiva del espacio regional y nacional, que equipara con la majestuosidad arqueológica y arquitectónica de los espacios canónicos de la cultura occidental, por ejemplo al describir los espacios de tránsito como las calles de la ciudad del Cusco, señala que éstas se parecen a las de Toledo en España:

Las calles del Cusco no se parecen a las amplias y suntuosas de las grandes capitales; tienen la belleza de lo que estrecha y abriga, de lo que se esconde, de la línea que se prolonga; el encanto toledano, la evocación del mito, la tentación del recuerdo. (122)

La búsqueda de la expresión propia de una identidad cultural se encuentra presente a lo largo de la obra, al igual que la crítica sobre la ausencia de una identidad artística nacional:

España destruyó al Imperio del Sol y a España, las libertades republicanas; así tanto el arte ancestral pictórico, cuanto el literario, huyeron con las evoluciones sociológicas, extranjerizándose al punto de no reconocer lo que de atrayente tiene el propio suelo. (108)

[...] ¡Cuán pocos son los artistas peruanos que se han conmovido ante nuestras bellezas! Me atrevo a decir: ¡Cuán raros los que han visto lo que de hermoso encierra el Reino del Sol! (109)

Ello se traduce por ejemplo en la inserción de intertextos como el de la leyenda de Ollantay, al igual que de comentarios sobre el drama histórico que lleva el mismo nombre para hacer una referencia final a otro intertexto, esta vez de tipo musical. Este texto corresponde a la ópera *Ollantay* de José María Valle Riestra (1852-1925), músico peruano que según Cáceres “crea y se inspira en la historia de su propia tierra”:

Uno de los artistas nacionales que se ha inspirado en el propio terruño, sin aventurarse fuera de las patria, como el degenerado que recurre a las drogas para alimentar la deficiencia de su sensibilidad, es el maestro Valle Riestra, cuya magistral ópera “Ollantay” se ha representado en Lima. (94)

Observamos la misma motivación con respecto al arte pictórico cuando la escritora hace referencia al patriota y pintor tacneño Federico Laso, autor de *El habitante de la cordillera*, conocido también por su serie de cuadros *La Pascana*. Laso fue el iniciador de un arte pictórico nacionalista que se adelantaría al movimiento indigenista peruano que surgiera cincuenta años después: “[e]n el arte pictórico sólo Laso, con la ternura de su alma incomparable, bebió de la fuente de la tierra” (109)¹⁴. Cáceres sigue construyendo una comparación entre el arte peruano y el arte europeo cuando comenta sobre las amplias faldas de las mujeres andinas:

Graciosas figuras las que presentan estos grupos silenciosos, cuyas fisonomías serenas y el recogimiento de las actitudes que adopta al sentarse en el suelo inspiró al laureado pintor nacional Lazo su bellísimo cuadro “La Pascana”.

Las mujeres usan faldellines de tal ampulosidad que los envidiarían las meninas de Velásquez y grandes sombreros redondos como quitasoles, debajo de los cuales caen las negras trenzas, contrastando por sombrías, con el alegre colorido de la indumentaria serrana. (69)

La mirada de Cáceres no es imperial sobre la ciudad que decide “reconocer” o “volver a conocer”; si bien la escritora no puede escapar totalmente de su formación occidental y por ende de su episteme¹⁵, característica que se reconoce en los términos que pone en comparación. Su mirada no somete ni subyuga el espacio que observa, por el contrario, se trata de una mirada de reconocimiento de lo conocido como parte de su experiencia vital y de lo estudiado sobre la capital del imperio incaico. La modernidad tecnológica sólo aclara las diferencias culturales que se evidencian en la construcción de las referencias textuales:

14 De igual modo, reconoce la labor artística de tipo nacionalista del “autor” de la obra *Los funerales de Atahualpa* que corresponde al pintor piurano Luis Montero. Por los referentes en el texto, pareciera ser que Cáceres considera a Laso como creador de dicha obra:

Raro es encontrar al pintor a excepción del autor de los “Funerales de Atahualpa” que reviva la belleza de la historia primitiva, que se estremezca con los hielos soberanos de los Andes, o se ahogue en las arenas candentes de nuestras playas; en cambio se busca la embriaguez exótica que no se ha vivido, sino en la literatura mercantil, boulevardera, fabricada, para la exportación, que no es arte, pero sí detestable pacotilla. (109)

15 Greimas y Courtés definen la episteme como “una metasemiótica de la cultura, es decir, como una actitud que una comunidad sociocultural adopta con relación a sus propios signos” (148-149).

La ciudad más grande del Imperio del Sol, la ciudad arcaica que mi mente forjaba, estaba oculta, perdida con el tenue alumbrado eléctrico que sólo la aclaraba, como las lámparas veladoras del santuario de su pasado, de remota grandiosidad. (29)

¡Ciudad santa, poema de heroísmos y de virtudes, de ti se aparta el caminante indígena diciendo el credo de la religión del Sol!: “No robes, no mientas, no mates” en un triduo que abarca la dignidad humana: se descubre la cabeza y desde elevada cumbre te contempla antes de partir como a paloma anidada en la hondonada. (33)

En las crónicas de *La ciudad del Sol*, Cáceres crea el efecto de realidad mediante la iconización exhaustiva de los topónimos y mediante la creación de un sistema de alusiones que funcionan como índices para formar el anclaje histórico propio de toda literatura de viajes. De igual modo, recurre a la inserción de intertextos que pertenecen a la memoria histórica y a la tradición escrita sobre la capital del imperio incaico. La escritora utiliza también la comparación como forma de realzar la trascendencia de la cultura regional y nacional, como veremos a continuación.

El imaginario espacial

El mapa espacial del que parte Cáceres para la elaboración de su imaginario es de dos tipos, pragmático y cognitivo. El primero se relaciona con los recuerdos y con la memoria de la tradición oral de la escritora, el segundo con lo que Marilyn C. Wesley describe como “el proceso mental de conocer o reconocer un lugar y su entorno, un proceso de experimentación que se efectúa para determinar rutas e identificar hitos hasta que el territorio se convierta en conocido o familiar” (*Secret Journeys* 26). Mediante la exhaustiva enumeración e iconización de los lugares que describe--reforzada también con los nombres propios de lugares, Cáceres asegura el efecto de sentido realidad, organizando el anclaje espacio-temporal e histórico de las crónicas (Arango-Keeth, 97-98). El espacio englobador es la ciudad de Cusco que contiene una serie de espacios englobados como las casas, las calles, la catedral, el Coricancha, etc.; así como también contiene otros espacios que se ubican fuera de los límites de la ciudad incaica como Sacsahuamán¹⁶, Colcampata, Urubamba, Ollantaytambo, etc. Según la escritora,

16 Hemos mantenido la ortografía original utilizada por Cáceres en el caso de los nombre

la ciudad de Cusco presenta dos identidades que arquitectónicamente armonizan en oposición a una identidad cultural que la escritora reconoce no armonizó en un principio y que dio lugar luego a la ciudad mestiza:

¡Dos Cuzcos, dos ciudades unidas, dos ciudades que en parte se abrazan y se oprimen! La ciudad española superpuesta a la incaica! La capital del imperio del Sol, cíclica, monumental, sirve de base y sostiene como a juguete primoroso a la ciudad colonial [...]. (35)

La iconización del espacio está organizada en torno a tres momentos de transformación que condicionan la arquitectura de la ciudad. Así, Cáceres nos presenta la ciudad inca, la ciudad colonial y la ciudad republicana o moderna. En relación a la ciudad inca, las figuras espaciales son eufóricas, son nombradas e incluso se evidencia una incrustación de información histórica. Por ejemplo, cuando nos presenta la fortaleza de Ollantaytambo, intercala el relato de la tradición oral *Ollantay*.

Para Cáceres, la figura metonímica que revela la majestuosidad artística de la arquitectura incaica es la piedra, según su descripción del palacio del inca Huayna-Ccápac. Los incas son figurativizados como los “primitivos peruanos” como parte del proyecto de construcción de una identidad propia de la escritora:

Fueron los primitivos peruanos los arquitectos de la solidez, transformaban, estrujaban, taladraban la masa inerte y le imprimían el aliento de la mano del hombre, la piedra bruta, las cortezas encallecidas, las rocas inclementes, las convertían en escaleras, en pórticos, en ventanales, en andenes floridos, y hasta en divinidades a las piedras gigantescas, por ese aspecto de terciopelo sombrío que les daban; por el enigma que esconden; por el secreto de la vida perdurable que poseen; tal vez por el inmutable amor con que besan el suelo donde se posaron las plantas de los que se ausentaron para no volver [...]. (100)

Mediante una lista de preguntas, la cronista promueve la reflexión de su lector sobre la precisión del trabajo en piedra de los incas:

¿Cómo labraron la piedra al punto de darle la apariencia tierna de la seda, de lo que es regaladamente suave? ¿Cómo pudieron, sin recurrir a la su-

propios, en otros casos hemos modificado la ortografía según las convenciones actuales.

perposición, laborar relieves que destacan cual si fuesen aplicaciones afelpadas? ¿Cómo pudieron juntar dos cuerpos, en la perfecta unión de los bloques, teniendo sólo visible la línea que los divide? (36)

A la vez, reflexiona sobre el arte arquitectónico incaico y sobre su trascendencia en tanto la capacidad humanizadora que presenta, capaz de transformar la experiencia artística en universal:

Lo que el arquitecto incaico hizo inseparable, permanecerá indisoluble en la tierra, realizando en el arte el precepto sacramental del cristianismo, porque tuvo fe en lo que perdura y la tenacidad del operario transformó las canteras en monumentos legados a la eternidad. (37)

Después de evaluar la ciudad inca, la mirada de la escritora se posa en la ciudad colonial. Las figuras que utiliza para presentar esta ciudad son eufóricas, cuando éstas se encuentran dentro del espacio público y disfóricas cuando la mirada estudia el espacio privado: “[l]os edificios de la colonia se levantan despóticos, orgullosos, aplastantes, oprimiendo a los del Sol” (128). El espacio ocupado por el edificio colonial, oprime al espacio inca: “[l]a Catedral del Cusco, ajena a la arquitectura gótica pertenece al renacimiento español. Se levantó derribando la solemnidad deslumbrante de la idolatría que reinaba en el Templo del Sol” (155).

La cronista reconoce también la importancia estética de la piedra en la arquitectura colonial y describe eufóricamente su uso:

La arquitectura de la colonia, de igual modo que la de los edificios modernos contemporáneos, no desconoció en sus construcciones la importancia estética de la piedra, habiendo legado, con el esplendor castellano, templos que son monumentos admirables y el palacio prefectural magnífico y fuerte como una ciudadela. (128)

El tercer espacio inscrito dentro del imaginario espacial de la ciudad de Cusco de Cáceres, es el que representa a la ciudad republicana o moderna; imaginario construido con una serie de figuras que corresponden al espacio público y al espacio privado. Se destaca la figura de la casa moderna como un espacio englobado mítico e histórico que no puede escapar de su tradición cultural mestiza:

La casa moderna, no se aleja de esa época [colonial] y, aunque humildemente, parece que pretendiese prolongarla; así la ciudad conserva la armonía arquitectónica del conjunto. La morada de la joven casada es la misma

que heredara de sus abuelos, todo les recuerda, todo es igual a lo que ellos amaron, todo habla [de] la ceremonia antigua, todo incita a la cortesanía solemne, a la sobriedad del rito y al amaneramiento gongoriano, un tanto simplificado por la dulzura femenina. (130-131)

La casa moderna cusqueña se convierte en el *locus* de un poema pasional: “[s]e puede decir que cada familia constituye un poema pasional, escondido, romántico, que sugestiona dentro del cuadro donde la vida de ayer se apercibe velada” (132). Esta misma casa adquiere el valor semántico de “hogar”, es decir en un espacio habitado por el ser y su identidad mestiza: “[e]n los hogares cuzqueños ya nada se encuentra que recuerde la idolatría del Sol, ni tampoco la influencia cosmopolita, disociadora de nuestros días. Todo parece paralizado dentro de las costumbres que nos legó la vieja España” (132). A la representación de este hogar moderno, la escritora limeña le añade también la inscripción del ser que lo habita. Para ello, utiliza las figuras de la representación matrilineal de la mujer sabia y anciana (las bisabuelas) y la mujer-doncella (las jovencitas). La figura de la doncella presenta, sin embargo, una subversión de los roles que la cultura patriarcal peruana asignara al sujeto femenino de comienzos de siglo XX:

Las jovencitas de hoy viven y sienten como sus bisabuelas; algunas, las más atrevidas, se escapan de la ternura y el mimo con que las regalan en el hogar para correr a las aulas universitarias, sedientas de lectura, a veces prohibida, sedientas de ciencia, de sapiencia varonil. (132)

El hábitat moderno, la casa y el hogar del indígena, también son descritos por la autora. Los valores semánticos con los que reviste esta descripción son todos eufóricos, en particular la alusión a la lengua quechua como “el lenguaje del sol”:

Yo miraba inquisidora, desbordante de emoción, las viviendas labriegas en una calle en la que forman uniforme fachada, regularmente espaciadas; los enjambajes son de piedra, así como los umbrales y dinteles: interiormente se sujetan las puertas modernas, que se abren cual bocas sombrías, en la oscuridad ruinoso del conjunto. [...] Allí dentro duermen, cocinan, venden chicha y hablan suavemente el lenguaje del Sol, de insólita ternura, de enamorada retórica, de gutural sonoridad. (42)

Las alusiones a la naturaleza son frecuentes como edificadoras del equilibrio entre la ecología del espacio y las emociones del ser. Mientras que el espacio

citadino y urbano, lleno de ruido y de un paisaje culturizado evoca el desorden y la confusión, el espacio natural de los Andes eleva el espíritu y genera las emociones más gratas para el ser humano:

Allí, alejada de las ciudades y del ruido del mundo, en la solitaria cumbre andina, me siento abismada entre dos océanos de color: el azul del inmenso cielo y el ondulante esmeraldino de los cimeros que abrazan con indestructible amor. (71)

Para la cronista, el paisaje adquiere valores cíclicos en los que se incrusta también la historia del sujeto histórico como es el caso de su descripción de Urubamba, espacio que describe como el “paraíso” en el que se refugiara el general inca Ollantay:

¡Urubamba! Paraíso de peregrina belleza, refugio que eligió el general Ollantay para llorar el infortunio de los amores que le impusieron la tragedia sangrienta de la guerra civil. Parece un decorado teatral que tuviese por escenario la grandeza cíclica de la naturaleza. Como cortina de blanco tul que se descolgase desde el cielo ondulante, en reventazón de olas, se ven alineadas las cimas de los Andes, disputándose la albura de la nieve que los empenacha, el azul del firmamento de intensidad apasionada. (75)

La escritora nos presenta el espacio natural de la quebrada de Urubamba con un comentario sobre su flora:

La floración parece pulular precipitada: el muytus, en hermosos arbustos, deja caer sus ramilletes amarillos, con elegancia; en desmayada inclinación, los cactus, enamorados de las serranías, se inician, y en las pencas espinosas retoñan las flores encartujadas, amarillas y rojas, como las marimónas de seda aprisiona, con que adornaban sus tentillos las Meninas de Castilla. (74)

La naturaleza en esta misma quebrada sirve de cómplice al guerrero Ollantay, quien somete incluso a las aguas del río Vilcanota: “[e]l Vilcanota torrentoso encrucijado, formidable, fue el primer gigante que dominó el General de los ejércitos del sol” (79). A diferencia del espacio cosmopolita en el que no necesariamente existe una armonía entre el ser y su entorno, el paisaje natural colabora armoniosamente con el hombre andino para crear una suerte de refugio, de espacio protector:

Ollantay pudo haber sido, además de guerrero de indiscutible valor, ingeniero de gran talento: una saliente de la peña cortada por la naturaleza, a manera de muralla, avanza hacia la vía orillando el río. El genio militar supo utilizarla constituyendo en ese lugar una torre a manera de fortaleza medioeval. (80)

Cáceres sostiene que en el espacio culturizado por los incas persiste la intensidad de un diálogo entre la naturaleza y el hombre:

Los arquitectos del sol interpretaban a la naturaleza con elocuente verdad imitativa [...] [e]ligieron las cimas de los cerros para orar; los senos para abrigar sus moradas; los cimientos, para ampararse en el combate; los ríos torrenciales, como defensa; las estrecheces de las quebradas, como parapetos, y el llano de los valles, para el sembrío. (99)

Las figuras del espacio culturizado por los incas se revisten de vertimientos semánticos sorprendidos como por ejemplo los Andes adquieren un valor semántico de “civilizados” mediante un procedimiento de personificación:

Con el empeño de vivir en lo alto, de elevarse hacia el firmamento, de aspirar al horizonte azul de las nubes; cuando el salvajismo del terreno lo impedía, entonces civilizaban los cerros y los cultivaban cortándolos. Formaban andenes de más de un metro de ancho y en los picos más elevados, se servían de las aguas de los lagos, llevándolas donde les convenía; y así vivieron siempre con marcada tendencia de enaltecimientos, con amor a lo grande, robando el agua de las nubes y el calor, aproximándose al Sol. (99)

La mirada puesta sobre la ciudad viviente de Ollantaytambo descansa sobre las tres puertas de piedra. La cronista explica la presencia de las tres portadas a partir de la presencia del guerrero Ollantay:

Tres portadas de piedra perfectamente pulidas que se juntan y sujetan con solidez indestructible, anuncian la entrada a la ciudad. No tienen la suntuosidad de los arcos romanos, no son tan grandes como éstos; conservan la sobria arquitectura incaica, que transforma las canteras en bloques sedosos los que superpuestos lucen con elegante elevación. Son tres, sin duda para que aquella por la cual pasaba la grandeza de Ollantay no fuese mancillada por planta de soldado alguno. (85)

El imaginario espacial construido por Cáceres nos muestra una exhaustiva descripción del centro urbano de la ciudad del Cusco y de sus alrededores.

El centro urbano nos muestra la ciudad mestiza, con sus espacios de estadía y tránsito documentados a partir de la memoria histórica de la escritora y de su conocimiento de la tradición escrita. Las construcciones incas que rodean la ciudad imperial se encuentran revestidas de rasgos semánticos novedosos como la personificación de los Andes y del mismo modo presentan el paisaje natural y el paisaje culturizado. Se destaca la apreciación de la cronista sobre la existencia de una armonía o cooperación entre el espacio natural y el espacio culturizado.

El espacio privado y el espacio público

A diferencia de los viajeros cronistas del pasado, Cáceres cuenta con un espacio familiar en la ciudad moderna. Este espacio que la cronista desconoce dentro de la otredad, pero que a la ver representa parte de su propia historia de referencia y pertenencia permite que la cronista tenga acceso a una casona colonial en la que todavía habita una prima de su padre y tía suya¹⁷. Su mirada evalúa el espacio interior de la casona que todavía ostenta rasgos coloniales:

La ceremonia, la etiqueta me había subyugado el a punto que si me hubiesen hablado de mi *pied-a-terre* parisiense, del bullicio de los camaradas exuberantes de arte y de ingenio, yo misma me hubiese desconocido, pues sentía que en mi ser había penetrado el espíritu de alguna abuela centenaria: la paz, la quietud del ambiente en el viejo hogar que me abrumaba. (133)

La descripción del espacio familiar con sus habitantes en este caso ostenta una detención del tiempo:

Muy tierna, muy amable, la señorita Yábar, guardó siempre la compostura y dignidad de los tiempos virreinales. Me había ofrecido el sitio que en el hogar cuzqueño se destina a la más alta personalidad que a ellos penetra: un sillón, colocado en medio de dos clásicos sofás. (133)

La partida de la casa nos muestra un espacio de tránsito entre el espacio familiar y el espacio público:

17 La escritora explica el tipo de relación familiar: “Yo sabía, por mi padre, que en el Cuzco tenía una tía de virginal ancianidad, la señorita Yábar, y ansiaba conocerla por ser cuzqueña” (133).

Acompañada con un cortejo de velas encendidas, descendí las amplias escaleras de piedra; oí el chirrido del grueso cerrojo de la puerta de calle que se abría para darme salida; miré detrás el patio oscuro con la arquería de sus claustros y recordé que en los palacios vieneses sólo a los Príncipes se les concedía el cortejo de velas encendidas...

Allí dentro quedó la anciana, en el hogar colonial, sumergida en recuerdos, entronizada en el pasado de su alma impenetrable. (134)

La salida del espacio colonial origina la exposición de la cronista al espacio público que de inmediato nos ubica temporalmente en un momento histórico determinante en la historia republicana en la ciudad cusqueña:

En la calle hube de andar muy de prisa, la indiada se amotinaba, corría silenciosa, con ese silencio trágico de las revoluciones sangrientas.

Era la época de las elecciones parlamentarias y un candidato por Ayavirí, acababa de ser asesinado por su contendor; forma no frecuente, pero con la que a veces se obtiene la elección unánime en algunas provincias. Llegué al hogar que me brindaba hospedaje y no tarde en ver a la ciudad que ardía en un castillo de balas. Protestaban por el muerto y la autoridad acuartelada en el Palacio prefectural, se defendía con una pequeña guarnición haciendo disparar los rifles al aire y también contra la indiada (135).

La dialéctica entre los dos espacios se consolida con la siguiente aseveración de la escritora: “[d]os Cuzcos, dos ciudades, dos hogares! el interior, cerrado y escondido, con reminiscencias virreinales; el callejero, republicano, insumiso, rebelde, levantisco, con la herencia atávica de los guerreros del sol!”(135). La visita al espacio familiar establece la identidad mestiza de la escritora, como también parte de su herencia colonial.

Conclusión

La ciudad del sol es la crónica de un viaje de redescubrimiento, de renovación y de revaloración de Cusco. La identidad de Cusco no es únicamente incaica o española, es mestiza, con características coloniales todavía perceptibles y con la presencia de una modernidad emergente. La cronista también se descubre mestiza, heredera de una identidad cultural incaica y colonial que la lleva a reflexionar sobre la verdadera identidad del Perú. Dentro de esta reflexión, la voz de Cáceres

como cronista, se presenta nacionalista y promotora de la necesidad de estudiar la historia, las tradiciones y las costumbres del antiguo Perú:

El Perú no es árido ni ingrato para el que sabe admirarle; nuestra historia tiene el privilegio de igualar a la más hermosa de cualquiera nación. [...] Todos los aspectos de la vida de los pueblos que deseamos immortalizar con el legado de nuestra labor, o sencillamente recrearnos con lo que de fuera nos fascina, lo podemos encontrar sin alejarnos del Perú, con incommensurables y variados aspectos. (109)

Con esa misma voz nacionalista y luego de elaborar una enumeración apelativa que la escritora utiliza para describir la geografía, el hábitat y al poblador de los Andes peruanos, aboga por la revaloración y el redescubrimiento del Perú con la finalidad de construir un arte nacional propio que conlleve a una estética humanista:

Cuando se haya visto todo esto, se habrá constituido un nuevo imperio: el del reinado del arte, ya sea con la paleta de Apeles o con la tinta de Cervantes; se habrá constituido el alma cultural, única que puede evidenciar la importancia de la República, única que traspasa las fronteras, porque sin el vasallaje del extranjerismo, vuela por el mundo en el aeroplano internacionalista de la gloria y en todas partes se le quiere, en todas partes se le celebra; conquista las voluntades y sin luchas impone su nacionalidad a la admiración mundial. (111)

Los espacios de estadía y tránsito en estas crónicas son descritos eufóricamente y la construcción del imaginario de la ciudad que Cáceres efectúa mediante una mirada de reconocimiento y de redescubrimiento se realiza en torno a dos de los tres círculos concéntricos que estudia Richard Lehan en su libro *The City in Literature*¹⁸. En el primer círculo, la escritora describe lo que denomina los dos Cuscos míticos, el inca y el español, y la ciudad con sus tres etapas históricas, la inca, la colonial y la republicana. En el segundo círculo, las construcciones incas edifican el imaginario de la vida del inca durante la etapa imperial. Este imagina-

18 Según Lehan, la ciudad se organiza en una serie de círculos concéntricos. El círculo interior traza la historia de la ciudad, especialmente de la ciudad moderna. El círculo exterior se relaciona con las formas y figuras con las cuales las ciudades han sido representadas. El círculo que conecta a los dos círculos anteriores corresponde al que muestra los movimientos urbanos y literarios (*The City in Literature* 4).

rio se funda sobre el conocimiento o el mapa cognitivo elaborado por Cáceres y por los relatos de la tradición oral que forman la memoria histórica de la escritora. Observamos un discurso evocativo en el que se intercalan las referencias que permiten establecer un paralelo de prestigio entre la cultura inca y las culturas llamadas clásicas o de prestigio dentro del mundo occidental.

Con respecto a la intercalación de información autobiográfica, las figuras del “padre” y de la “madre” adquieren valores semánticos simbólicos y podrían convertirse también en figuras paralelas a las de Ollantay y de Mama Ocllo en la generación de una alegoría de la patria y de la matría. El general Ollantay es “[e]l héroe del amor, de la valentía y de la belleza” (106) que corresponde a la patria. Mientras que la figura de Mama Ocllo recibe una descripción similar a la de la “Mamá grande” o la matría como cuando la escritora presenta Colcampata:

Este lugar donde sólo se percibe un paisaje de alturas, debió ser el preferido por Mama Occllyo, dulce encarnación de la matrona amante, que amparaba a los niños; maestra de las delicadeces de la aguja y de los primores de los fines cendales. (64)

La emergencia del “yo” y de su inscripción autobiográfica conduce a la construcción tanto del sujeto biográfico como del sujeto histórico. Con respecto a la intencionalidad autobiográfica observamos la existencia de cierta introspección ontológica y de una marcada reconstrucción del sujeto histórico¹⁹.

El imaginario espacial construido por la escritora limeña se basa en la supericonización de las figuras espaciales. De igual modo, los vertimientos semánticos suelen ser eufóricos en el caso de las figuras que representan a las construcciones arquitectónicas incas y disfóricos en el caso de las figuras que señalan el encuentro de esta arquitectura con la arquitectura colonial. La figura que resalta como emblema en el caso de la descripción arquitectónica del Cusco incaico y del Cusco colonial es la piedra.

Cáceres, la viajera de retorno a la ciudad de Cusco, inscribe una narrativa de búsqueda y cambio, descentrándose de la posición tradicional de objeto patriarcal, convirtiéndose en sujeto gestor de su propia movilidad. De esta forma,

19 Javier del Prado Biezma plantea que estos dos planos de la inscripción autobiográfica, el ontológico y el histórico, no necesariamente se presentan con la misma intensidad en el discurso autobiográfico (*Autobiografía y modernidad literaria*, 217).

la cronista nos presenta un paradigma revolucionario de territorialización del espacio del viaje antes propio del sujeto masculino y de autogestión de identidad y voz en la descripción de su imaginario espacial. La escritora limeña, hija de provincianos, también nos presenta simbólicamente una alegoría de la patria y de la patria e invita al lector republicano a contribuir a aceptar y revalorar la identidad mestiza del Perú como base para la creación de una identidad histórica, cultural y artística propia, acorde con los ideales revolucionarios de transformación social de los intelectuales peruanos de la época.

Bibliografía

- CÁCERES, Zoila Aurora. *La ciudad del sol*. Lima: Librería francesa científica, 1927.
- _____. *La princesa Suma Tica*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1929.
- ARANGO-KEETH, Fanny. “La construcción figurativa de la patria y del sujeto español en España, *aparta de mí este cáliz* de César Vallejo”. *Encuentros de viejos y nuevos mundos. La literatura hispánica en el 2002*. Enrique Herrera y Cecilia Moreano (eds.). Lima: Asociación de estudios culturales hispánicos, 2003. págs. 81-100
- BHABHA, Homi K. *The Location of Culture*. New York: Routledge, 1994.
- BACHELARD, Gaston. *La poética del espacio*. México: Fondo de cultura económica, 1982.
- BARTHES, Roland et al. *Análisis estructural del relato*. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo, 1979.
- CARPENTIER, Alejo. *Tientos y diferencias y otros ensayos*. Barcelona: Plaza y Janes, 1987.
- DEL PRADO BIEZMA, Javier. *Autobiografía y modernidad literaria*. Castilla: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1994.
- FISCHER, Kirsten. “The Imperial Gaze: Native American, African American, and Colonial Women in European Eyes.” *A Companion to American Women’s History*. Nancy A. Hewitt (ed.). Oxford: Blackwell Publishers, 2002. págs. 3-19.
- GARCÍA Y GARCÍA, Elvira. *La mujer peruana a través de los siglos*. Lima: Imprenta Americana, 1925.
- GILBERT, Sandra M. “From *Patria* to *Matria*. Elizabeth Barret Browning’s *Risorgimento*”. *Textual Analysis*. Mary Ann Caws (ed.). New York: The Modern Language Association of America, 1986. págs. 207-231.
- GREIMAS, Algirdas Julien y Joseph Courtés. *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Madrid: Gredos, 1983.

KRISTEVA, Julia. *Desire in Language. A Semiotic Approach to Literature and Art*. New York: Columbia University Press, 1980.

LAWRENCE, Karen R. *Penelope Voyages: Women and Travel in British Literary Tradition*. New York: Cornel University Press, 1994.

LEED, Eric J. *The Mind of the Traveler: From Gilgamesh to Global Tourism*. New York: Basic Books, 1991.

LEHAN, Richard. *The City in Literature. An Intellectual and Cultural History*. Berkeley: UCP, 1998.

LEJEUNE, Philippe: *On Autobiography*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1989.

MATTO DE TURNER, Clorinda. "Fundición de la 'María Angola'." *Tradiciones cuzqueñas. Leyendas, biografías y hojas sueltas*. Cuzco: Ediciones de la Universidad Nacional del Cuzco, 1954. págs. 67-69.

MOI, Toril. *What is a woman?* London: Oxford University Press, 1999.

PRATT, Mary Louis: *Imperial eyes. Travel Writing and Transculturation*. 2da. Ed. London-New York: Routledge, 2008.

SAID, Edward. "Yeats and Decolonization". *Nationalism, Colonialism and Literature*. Terry Eagleton, Frederic Jameson y Edward W. Said (eds.). Minneapolis, University of Minnesota Press, 1990. págs. 69-88.

WESLEY, Marilyn C. *Secret Journeys. The Trope of Women's Travel in American Literature*. Albany: State University of New York Press, 1997.

Edición comentada de las *Impresiones de viaje de una abuela para sus nietos* de Isabel Carrasquilla de Arango¹

Paloma Pérez Sastre
Universidad de Antioquia, Colombia

Un impulso dominante al encontrar la belleza es el deseo de aferrarse a ella: poseerla y darle relevancia a nuestras vidas. La necesidad de decir “he estado aquí, lo he visto y me ha importado”.

Alain de Botton

En 1996, cuando empezaba a investigar sobre las autoras de mi región de inicios del siglo XX, una amiga me contó que en las reuniones familiares de la casa de su hermana solían leer con delicia fragmentos de un libro de viaje escrito por la abuela de Félix Mejía, su cuñado. Mostré vivo interés, y me invitaron. Ya conocía dos guiones de teatro² de la autora³. Quise saber por qué las dos obras permanecían inéditas, y advertí la relación pudorosa de la familia con el trabajo literario de Isabel. Los nietos, destinatarios del libro de viajes, conservan y aprecian entrañablemente las obras, pero consideran que su interés no trasciende el ámbito familiar⁴.

Durante 2008 se celebraron en Colombia los 150 años del nacimiento de Tomás Carrasquilla con varios e importantes homenajes: las Ferias del Libro de Bogotá y Medellín, seminarios, encuentros y congresos de literatura y lingüística, publicación de obras completas y escogidas y puestas en escena de sus cuentos,

1 Obra inédita.

2 Basadas en las dos historias paralelas de la primera novela de Tomás, *Frutos de mi tierra*, y publicadas en los años treinta por Editorial Bedout de Medellín, bajo los seudónimos de Equis y Zeta.

3 Quien también dejó mecanografiada la obra *Comedias*, compilación de tres dramas, dos cuentos, un juguete cómico y un diálogo escolar, fuertemente influidas por el teatro de Jacinto Benavente.

4 Pese a lo cual, y de una manera muy amable y generosa, me autorizaron a incluir fragmentos de los libros inéditos en mi *Antología de escritoras antioqueñas, 1919-1950*, publicada en 2000.

entre otros eventos. Pocos, muy pocos, saben que también Isabel Carrasquilla fue escritora. Por esta razón, he dedicado una buena parte de mi tiempo a releer su obra. Porque si Virginia Woolf le inventó una hermana a Shakespeare para que otras mujeres, con su escritura, le dieran un cuerpo real a ese espíritu poético, Isabel Carrasquilla escribió para darle un nombre a ese cuerpo, y alas a su palabra.

Con el objetivo principal de escuchar la voz de la autora, en este artículo me propongo —después de hacer unas breves consideraciones sobre el género literario y el contexto en el que fue escrito la obra—, aportar mis comentarios a partir de una selección de fragmentos significativos del libro de viaje (Anexo 1), desde una mirada que indaga por la oculta subjetividad de la autora; así como por sus razones para insistir en la escritura, pese a la resistencia del hermano.

* * *

Isabel y Tomás fueron únicos hermanos, pues Mauricio, el menor de los tres hijos de Rafael y Ecilda, murió siendo niño. Vivieron juntos siempre, aun después del matrimonio de ella con Claudino Arango. Las pocas veces en que se separaron, se escribieron cartas largas, detalladas y cariñosas. Él la llamaba “lumbera querida”, “querida mía”, “Isabelita” y usaba expresiones tales como: “Ya sabes que entre nosotros no hay ausencia” o “Tengo que repetirte que la falta es mucha” (Carrasquilla, 1964:721-813), que reflejan la confianza, la conversación perpetua y el hondo afecto que se profesaban. Se llevaban ocho años y murieron con 18 días de diferencia⁵; compartieron los libros, las tertulias caseras y la “chifladura” por el teatro. Fueron, decía, escasas las ocasiones de alejamiento: cuando él estuvo en Bogotá en 1895 cuidando la edición de su primera novela *Frutos de mi tierra*⁶; cuando se empleó en una mina, propiedad de su cuñado, y en 1929, cuando Isabel hizo el viaje que motivó la obra.

No hay duda del papel generoso que jugó Tomás en el despertar literario de las mujeres en los años veinte; así como de la identificación de éstas con su

5 Isabel nació en Santo Domingo el 8 de octubre de 1865 y murió en Medellín el 5 de enero de 1941. Tomás nació el 17 de enero de 1858 y murió el 19 de diciembre de 1940. Isabel le había prometido a su madre hacerse cargo de Tomás durante el resto de su vida, y así lo hizo; una vez cumplido el encargo, descansó sin una queja.

6 Tenía 37 años y quería demostrarles a sus contertulios que se quejaban del ambiente de prosa y utilitarismo en que se vivía, que “en Antioquia sí había materia novelable”.

credo estético que resaltaba lo sencillo, cotidiano y natural, y que literalmente abrió la puerta de la literatura para ellas en Antioquia. No obstante, en el ambiente doméstico se le oía decir con frecuencia: “La literatura no es cosa de mujeres” (Restrepo, 2008). No sólo no apoyó la escritura de la hermana, sino que la mantuvo en el anonimato. Ella ocultó su nombre bajo los seudónimos de Equis y Zeta para la publicación de dos comedias basadas en *Frutos de mi tierra: Filis y Sarito y Pepa Escandón*; y, sin firma, solía mandar coplas al programa de radio de Abel Farina. Aun así, la autora fue reconocida en vida, pues las puestas en escena de sus piezas *Noche de Reyes* y *Contra viento y marea* en el teatro más importante de Medellín, en las que tomaron parte varios actores españoles, aparecieron reseñadas en la prensa local y en la revista femenina *Letras y Encajes*.

¿Cómo entender la actitud del maestro? ¿Quería proteger a su única hermana menor de un ambiente literario bohemio? ¿De la fuerte oposición a las mujeres que empezaran a tomar parte en la vida civil? En una carta dirigida a Sofía Ospina de Navarro⁷ para felicitarla por la publicación de sus *Cuentos y crónicas* (1926)⁸, Tomás afirma: “Este enlibramiento, o como se llame, es una plaga [...]. Pero Usted, ¡a Dios gracias! está libre de tal plaga” (Carrasquilla, 1963: 800). En lo que coincidía con la crítica a las mujeres escritoras —también consignada por Virginia Woolf en 1927⁹—: lo mal que se les veía el “enlibramiento”. Característica que, sin hacer gala de ello, poseía ampliamente Isabel, para quien debió de ser frustrante el dique fraterno, que ponía cuesta arriba para ella aquello que ensalzaba en otros autores:

Obligado ante la humanidad; obligado ante sí mismo, un poeta es un viajero que vaga por un mundo que sólo él conoce: la humanidad le reclama los apuntes de ese viaje. Un poeta es una mirada que sondea los horizontes del alma; la humanidad le pide la narración de sus visiones (Carrasquilla: 678).

A todas luces, el maestro se contradecía. Isabel expone su queja en varios momentos del libro de viaje aludiendo con picardía a “algunos que yo me sé”;

7 Sofía Ospina de Navarro (Medellín, 1892-1974), fue considerada con Tomás Carrasquilla, la mejor cuentista de su época. Los dos escritores fueron vecinos y grandes amigos, tanto que la escritora acompañó al maestro en su lecho de muerte.

8 Reeditada, 80 años después, en 2007, por la Colección Madremonte (literatura escrita por mujeres) de Medellín.

9 En *Un cuarto propio*.

sobre todo al final, con la misma irreverencia que había mostrado durante el viaje cuando se sentó en las sillas de los reyes europeos, en un acto de desobediencia a las normas de los palacios:

Se me había prohibido terminantemente, por algunos que yo me sé, que viniera a hablar de viajes y a contar cosas por ser esto muy anticuado y de mal gusto. Yo, muy obediente, sólo le he contando a todo aquel que ha tenido la paciencia de oírme. Y, para seguir contando después de muerta, lo escribo (Carrasquilla de Arango, 1936: 182).

Lo afirma con elegancia y con una sonrisa —“La más natural de las reacciones femeninas”¹⁰—, una sonrisa en apariencia ingenua y complaciente, pero en verdad defensiva. Resultan llamativos los calificativos de anticuado y de mal gusto, que hay que agregar a la preocupación, ya mencionada, por el enlibramiento en las mujeres. Lo anticuado puede aludir al uso del género autobiográfico por las autoras del siglo XIX, así como al rechazo por el intimismo; prejuicio que ya había sido desafiado en Antioquia por “las muchachas escritoras” en los años veinte¹¹. Y, el mal gusto responde, tal vez, al temor a hacer público un viaje de lujo, pues podía resultar inconveniente en ese momento y en esta región. Con la incipiente industria, apenas entraba la modernización: los nuevos ricos imitaban ostentosamente lo que procedía del primer mundo, en especial de los Estados Unidos, hacia donde se dirigía entonces la mirada; lo cual reñía con los principios estéticos de la élite social e intelectual, de tendencia liberal y antiyanqui, ceñida a los referentes clásicos europeos de la que hacían parte los hermanos Carrasquilla.

Los motivos de Isabel aparecen formulados en la primera página:

Como sé que mis nietos todos, Arangos e Isazas, Restrepo y Mejía son aficionados a la lectura, y los más pequeños, amigos de las narraciones, pues les viene por herencia desde sus abuelos el estigma de la mancha de tinta, quiero escribirles estas impresiones de viaje, para que se entretengan en los días de asueto y en las noches de aburrimiento. Serán, quizá, chocheras de viejo; por lo mismo, deben mirarse con sonrisa indulgente. Entre los

10 Dicho por la escritora estadounidense Joyce Carol Oates, quien agrega: “... el primer impulso, cuando el macho te asusta, es sonreír. No con los ojos, que demuestran miedo, sino con la boca, prometedora conformidad” (Oates, 2004:123).

11 Se trata de María Eastman (1901-1947), María Cano (1987-1967) y Fita Uribe (1908-?), quienes publicaban en la revista *Cyrano* de tendencia liberal.

diez y siete nietos puede que haya uno que quiera leerlas y conservarlas con cariño, como yo las escribo para ellos; si no, allí está el misericordioso Olvido, que todo lo acaricia y envuelve.

Las escribo en el campo, aquí en “El Rancho”, la casita de Elena. Quiero aprovechar la calma y la tranquilidad, tan propicias a los recuerdos, de que aquí se disfruta. Que sean ellas el reflejo sincero de mis sentimientos e impresiones personales, escritas al correr de la pluma, y por tanto, desaliñadas.

Y basta de exordios (188).

Hay que imaginársela, en 1936, en su retiro, escribiendo a mano y sin tachones sus *impresiones de viaje*... con base en el diario que había labrado noche a noche, con cansancio o sin él, de abril a diciembre de 1929. Un estilo discreto, elegante y sencillo; una narración intensa, clara y didáctica, hacen que cuantos leen se conviertan en testigos de una vivencia sincera que plasma plenamente la emoción del encuentro ritual con lo leído e imaginado. Las graciosas anécdotas se intercalan con descripciones cuidadas, con interesantes y oportunos trozos de la historia del mundo, del arte y de la literatura; así como con experiencias difíciles, como la enfermedad de Claudino en Nueva York¹², y angustiosas, como el casi naufragio del barco cuando regresaban a Colombia desde Francia. Suficiente material y nervio como para mantener enganchados a los lectores a lo largo de las 182 páginas¹³ que luego mecanografió una mujer de la familia.

Puede adivinarse la urgencia de esta mujer de 71 años, cuyo deseo de escribir, unido a la maestría en el manejo y conocimiento de la lengua, la llevó a buscar, como cualquier otro creador, un “cuarto propio”, cuatro años antes de morir y un año después de la publicación de la *Autobiografía* de Tomás; dato, este último, significativo por el paralelismo y por la casi simetría de las muertes de los hermanos. Es así como, de entrada, Isabel formula su intención: permanecer, no ser olvidada, que obedece a un deseo íntimo y muy fuerte de comunicar, de contar quién fue. Como dijo Camilo José Cela (1956:17) “Algo siempre se aprende caminando, y lo que se aprende, como lo que se roba, parece quemar las carnes llevándolo encima y conviene descargarlo para que otros aprendan, si pueden, y para que otros se escalden”.

12 Claudino estuvo hospitalizado un mes después de una cirugía de urgencia, durante el cual Isabel podía visitarlo unas horas al día. Vivió sola en un apartamento. La acompañaba en ocasiones Próspero, un familiar, que luego se casaría con Sofía.

13 Que en edición de hoy, se duplicarían.

Antioquia es el departamento de Colombia en el cual se escribió el mayor número de textos autobiográficos durante la primera mitad del siglo XX. Varios hechos lo explican: entre 1870 y 1940 se fundaron cerca de cien bibliotecas, con las que se superó en número al resto del país. Igualmente, la educación alcanzó un mayor desarrollo. Este vasto apego por la lectura y la escritura de los antioqueños, hizo de ellos los que más leían y los que más mostraron interés por contar sus vidas. Afirma la historiadora Patricia Londoño que en Colombia, a diferencia de México y Argentina, la mayor parte de la literatura autobiográfica se debe a militares, políticos, comerciantes y misioneros; a hombres de acción, en suma; mientras que los intelectuales o humanistas son escasos; hecho que corresponde al canon imperante del “pueblo altivo” y “titán laborador”, a cuya estética se oponían Tomás Carrasquilla y otros pensadores liberales.

... la autobiografía es un género muy sensible a las épicas del heroísmo; y en la historia de Antioquia y el Viejo Caldas abundan los acontecimientos heroicos. Colonizar baldíos, fundar ciudades en montañas abruptas, organizar vastos emporios de comercio son, además de hechos intrínsecamente notables, motivo de satisfacción personal, especialmente cuando el autobiógrafo tuvo que ver directamente con ellos (Londoño, 1995:143).

A pesar de la flexibilidad y democracia características del género autobiográfico — basta saber leer y escribir y tener una historia qué contar—, en Colombia, la tendencia a este género era escasa hasta los años noventa; además, rara vez se publica en vida¹⁴ porque, por lo general, se emprende el trabajo en la vejez, o porque su contenido se considera muy personal, al punto que han pasado hasta dos siglos entre la escritura de un libro autobiográfico y su publicación. Razones a las que hay que sumarles la invisibilidad que implica la exclusión del canon, pues en Colombia apenas se empieza a hablar de una nueva historiografía que las incluya. En el caso de Isabel Carrasquilla de Arango, se cumplen estas condiciones, a las que hay que agregarles el hecho de ser mujer y la, ya mencionada, reticencia de Tomás, el narrador colombiano más importante de su época.

Un viaje por placer no tiene, por cierto, visos de gesta, y menos para una familia minera como la Arango Carrasquilla. Sin embargo, el peregrinaje de Isa-

14 Hay que anotar que en los últimos dos años la tendencia ha variado dramáticamente debido a la constante aparición de libros testimoniales de las víctimas de secuestros por la guerrilla.

bel, su esposo y su sobrina Sofía en 1929¹⁵ fue un evento extraordinario que debió de dotar a los protagonistas de un aura a su regreso, si se tiene en cuenta que hasta los años veinte, viajar en Colombia era considerado “un mal necesario” (Sánchez, 1996:311), debido a la carencia de carreteras y trenes. Después de 1920, con la llegada de la modernidad y del turismo, aparece el “viaje por placer”, al que sólo tenían acceso las clases adineradas.

La literatura de viajes se caracteriza por su naturaleza híbrida entre la autobiografía y el relato. Durante los viajes, la geografía afecta las geografías internas, impregna el alma; los lugares modelan a los narradores. Las palabras no ocultan a Isabel, la traslucen como una experta atenta y sabia que mide el tamaño de iglesias, palacios y monumentos, y critica con propiedad obras de arte, espectáculos y obras teatrales, con una solvencia intelectual que le permite emitir juicios ajenos al lugar común y, en ocasiones, desenfadados e irreverentes. Características estas que la caracterizan como auténtica viajera ilustrada, ajena al interés meramente turístico.

Escasa subjetividad entrega Isabel en su narración. Es necesario aguzar los sentidos, estar atentos a cualquier descuido para fijar la mirada en una ventana entreabierta que permita explorar en ese interior velado con celo. Es así como, sirviéndome de una aguja de croché, he entresacado algunas líneas escondidas entre recorridos de trenes, fatigas, museos, barcos, parques y calles; algunas fibras coloreadas de sí misma por las acciones o por la emoción. Vislumbro la primera en el título *Impresiones de viaje escritas por una abuela para sus nietos*. Se trata de la forma elegida, el género, que no es un diario, pues ella hizo una reelaboración del diario de viaje, siete años después. Tampoco utilizó la palabra memorias; se trata de otro género, el de las “impresiones”. Ella se presenta como la abuela —quizás para evitar el rechazo—, pero la que vivió el viaje no fue la abuela que los nietos conocen, ésta ya había contado su periplo una y otra vez, es la mujer no vista. La Isabel del paréntesis, la de las “impresiones”, es una creación estética de la autora, de esa que se sustrajo intencionalmente de su entorno para aislarse a escribir en “El Rancho”. He ahí una subjetividad: el yo proyecta una imagen y produce una impresión.

“La actitud del viajero ante el espacio es un aspecto fundamental en los libros de viajes del siglo XX” (Salcines, 1996: 395). Al respecto hay un indicio

15 Ver en el Anexo 2 el itinerario completo del viaje.

interesante: Isabel cuenta que cuando los compañeros de viaje se empeñaban en comprar suvenires, “...yo me contentaba con almacenar en mi memoria lo que iba viendo y conociendo, para luego barajarlo a mi gusto” (144). Actitud que se puede leer como el necesario retraimiento del mundo para concentrarse en lo suyo. Mientras ellos compran, ella siente; capta con los sentidos, se detiene para evocar después. En la obra de Isabel, el mundo pasa por la criba la interiorización y del tiempo. Con lo cual el género *Impresiones* se aviene con el impresionismo en el arte y la literatura, a cuyo conocimiento no era ajena¹⁶. Ella reconoce su singularidad frente a los otros viajeros que compran; ella tiene otros intereses; a ella la diferencia esa mirada atenta a captar las sensaciones fugaces, transitorias, que luego tomarían forma literaria en su retiro en “El Rancho”. Así, sutil y fragmentario, lo representa y así se va revelando.

Valiéndome de la aguja de croché, he extraído una selección de fragmentos del libro en los que Isabel, directa o indirectamente; con conciencia o sin ella, se dejar ver. Dichos fragmentos aparecen al final de este artículo bajo la forma de Anexo 1, agrupados en tres categorías: Imagen de sí misma; encuentro con sus referentes culturales, y geografía y política. Invito a los lectores a dirigirse al anexo, donde encontrarán en extenso lo que a continuación expondré con brevedad:

Imagen de sí misma

Para entrar en contexto, considero pertinente contar que cuando Isabel y Claudino se casaron¹⁷, éste tenía 24 años e Isabel 17. Ignacio Arango Álvarez, uno de sus nietos, cuenta que cuando Claudino pidió la mano de Isabel, que era la consentida de padres y abuelos, doña Ercilda, la madre de Isabel, le advirtió que Isabel no sabía nada de cocina o manejo de casa; Claudino le respondió que él no la quería para sirvienta. Antecedente feliz de lo que sería una relación basada en el amor y en la camaradería que se transparentan en el trabajo de Isabel.

El viaje tenía como primera motivación recuperar la salud de Jorge Arango, el hijo, a quien acompañarían a una clínica de Panamá¹⁸, pero una vez cum-

16 No es casual el hecho de que el impresionismo haya sido el estilo que vino a subvertir al naturalismo y al realismo, dominantes en la literatura antioqueña hasta muy entrado el siglo XX. Es posible que Isabel hubiera conocido la obra de Carmen Burgos Seguí (*Colombine*): *Cartas sin destinatario. Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Impresiones de viaje* (1910).

17 Del matrimonio nacieron once hijos.

18 Clínicas estadounidenses a las que acudían las personas adineradas.

plido con éxito el cometido, a instancia de amigos con los que coincidieron en el vapor que los condujo a Barranquilla, viajaron primero a New York y luego a Europa. El hecho de que el viaje no hubiese sido programado, le dio un tinte de aventura y lo enriqueció en descubrimientos. Salidos de su entorno, con la necesaria y buena compañía de Sofía —dada la edad de la pareja—, sin inquietudes de tiempo ni dinero, los viajeros asumieron la correría con despreocupado y entusiasta nomadismo.

Ante todo, Isabel se presenta a sí misma como una mujer de provincia, de talante positivo, sincera, animosa, siempre dispuesta al humor y al juego. Se refiere a la pareja como “los viejos”, “el viejo” y “la vieja”; no obstante, pocas veces la vejez se traduce en debilidad; en las más, es motivo de mofa. Es una mujer acomodada, que compra con naturalidad lo que le gusta: regalos para nietos, parientes y amigos; libros para Tomás; adornos para la casa; y sólo unas joyas y algunas prendas de vestir para ella. Isabel prefería captar el espíritu de los lugares, las sensaciones a las compras, en las que también revela sus gustos, como ya he dicho. En este aspecto llama la atención su generosidad, en contraste con la cicatería de Sofía, propia de los antioqueños, y de la que la autora hace burla.

Pese al pudor para mostrarse, la obra plasma plenamente las claves de la singularidad de la autora: observadora minuciosa, aguda en los juicios, irreverente, un poco racista¹⁹ e inclinada al cotilleo²⁰. La muestra, además en situaciones de soledad. A veces voluntaria, para escaparse de los inevitables tures organizados; a veces en situación de desvalimiento, cuando se extravía en dos oportunidades. Ocasiones que le permiten descubrir en solitario y vivir sensaciones más intensas, aunque angustiosas, por momentos.

Encuentro con sus referentes culturales

El gracioso testimonio de la desilusión que le produjo la contemplación de los íconos del arte en el Museo del Louvre ilustra, como el que más, el poder carnavalesco de la escritura de Isabel. Aquí un corto fragmento:

El del Louvre necesitó de repetidas visitas para darnos siquiera una pequeña idea de lo que es ese bellissimo palacio y de las maravillas que con-

19 Rasgo cultural de la región antioqueña, sobre todo en las clases altas.

20 Aspecto en el que no superó a su hermano.

tiene. [...] Tuve sin embargo algunos desengaños. La Venus de Milo, tan ponderada, no me pareció lo que yo me imaginaba: el cuello demasiado largo; sabía que la hablan desenterrado y estaba manca, y no la aguardaba, por eso, lisa ni barnizada, pero me pareció demasiado roñosa y llena de grietas, como si hubiera tenido viruelas (47-8).

A pesar de las innumerables referencias enciclopédicas, no es el conocimiento libresco el que la orienta. Las citas del Anexo 1, referentes al encuentro de Isabel con los íconos del arte, muestran aquellos pasajes en los que Isabel pone en acto su talante desmitificador para expresar maravilla o desilusión en el encuentro real con lo antes imaginado. Para ser capaz de contradecir el gusto general, de proferir tales “herejías”, como las califica, se necesita seguridad en sí misma, claridad acerca de lo que se tiene y del lugar que se ocupa en el mundo. Son significativos el encuentro con Jacinto Benavente y, luego, la bendición del Papa.

Y aquí hay que mostrar a la Isabel dramaturga²¹. Cuenta el profesor Kurt Levy (1958:95) que “...cuando a raíz de los espectaculares triunfos de Benavente, el virus dramático penetró en los países de habla española, infectando hasta las regiones más remotas, no tuvo piedad de Tomás Carrasquilla”. La influencia del dramaturgo español en la obra de Isabel se expresa en que en ella lo de menos son los caracteres, las pasiones y su enfrentamiento conflictivo, y lo principal es la crónica dramática de los pequeños vicios y las pequeñas virtudes de una clase social. Pero va más allá del maestro, pues no se limita la ridiculización de las características psíquicas de los personajes y hace crítica de las costumbres.

Tuvo la autora la suerte de ver una puesta en escena de una pieza teatral de Benavente y a él mismo en Sevilla. La descripción de tal encuentro, de la emoción que le produjo, y las resonancias que éste tuvo para los compañeros de viaje, muestran lo significativo del hecho, e ilustran lo dicho.

En cuanto a los referentes religiosos, hay que decir que en Colombia, hasta hace poco, y creo que aún perdura, se tenía la costumbre exhibir con orgullo en las salas de las casas de las familias que habían viajado a Europa la “Bendición del

21 La dramaturgia no fue un género conquistado por las autoras de la primera mitad del siglo XX en Antioquia. Aunque se sabe que Sofía Ospina de Navarro lo cultivó, y que las representaciones de sainetes en su familia, tanto como en la de los Arango Carrasquilla eran famosas, no hay obras publicadas, salvo las dos obras de Isabel ya citadas y el poema dramático *Manos atadas* de Dolly Mejía, en 1951.

Papa”, enmarcada en lugar destacado de la sala. No podía concebirse el regreso de un viaje sin que viniera en el equipaje el certificado, las medallas y las camándulas bendecidas en Lourdes y en Roma²². Sin embargo, ni ante la vista del Papa, abandona Isabel su inclinación a la parodia, al juicio desacralizador, que debió de hacer las delicias de hermano en las tertulias caseras. Aquí una muestra: “Yo salí encantada de esta visita, que nunca olvidaré. Sofía muy triste, porque no se había fijado bien cómo eran las medias que el papa tenía puestas” (129-31).

Geografía y política

La búsqueda de lo exótico y la desmitificación de los espacios no restringen la aventura del viajero; lo que verdaderamente lo separa del turista es la escritura, es decir, la alquimia que convierte las geografías en territorios estéticos. El viajero ilustrado no se pone en marcha para ver paisajes y monumentos, sino para romper las fronteras de su mundo vivencial y conocer pueblos, culturas y estructuras de poder. Saber de otros trae consigo el extrañamiento y la crítica de lo propio, de la sociedad de la que se proviene. Así, Isabel contempla lugares, costumbres y personas, para compararlos con los de su país, su región y su ciudad. En este aspecto es significativo el afloramiento del sentimiento antiyanqui, sobre todo en Panamá, cuando muestra su afinidad con las ideas liberales y se hace vocera de la rasgadura y el desconcierto que dejó en el alma de los colombianos la separación de Panamá²³. Al respecto, el profesor Luis López de Mesa (1960) se expresó así: “El día más doloroso de la patria: 3 de noviembre de 1903: separación de Panamá”.

Son numerosas las alusiones comparativas alusivas a formas de gobierno, usos lingüísticos y educación ciudadana, entre otros temas. Dice, por ejemplo, con respecto al habla de los chilenos: “Tienen los giros más enrevesados y arbitrarios, y más modismos que nosotros; el acento es destemplado [...] hablan con

22 Ahora, popularmente, no puede concebirse una visita a los Estados Unidos sin acudir a los parques de Orlando.

23 Baldomero Sanín Cano, destacado pensador y ensayista liberal se expresó así en 1914: “El coronel Teodoro Roosevelt es un exponente de su tiempo. Nació para vivir en el siglo XX la vida inquieta, superficial y malsana del periodista entregado a la política. Nació para llevar el estrago allí donde la civilización no ha penetrado con sus herramientas igualitarias. Su escenario es el mundo. Un día hace la guerra en Cuba. Otro madruga a preparar en Washington una revolución sud-americana” (1977:599).

una lentitud desesperante, espacialmente los chilenos, y cree uno que no van a terminar la frase” (18). En Nueva York se pregunta cuándo en Colombia se dará atención adecuada a la infancia. Y, aunque en varias oportunidades, les da la razón a quienes critican a los colombianos por “bárbaros”, termina exhortando a sus nietos en términos positivos sobre su propio país:

Sepan, mis hijos, para que la quieran con amor, que nuestra tierra es privilegiada. Aquí vivimos muy confortablemente, y gozamos de más libertad que otro pueblo alguno. Nos quejamos injustamente de nuestra Constitución y de nuestro Gobierno. En ninguna parte tienen tantas garantías. Y basta de sermón (103).

Isabel y su hermano tuvieron un entrañable trato con España, es ella su principal referente; en ella bebieron la lengua y literatura. Los escritores de la generación del 98, le dieron gran importancia al viaje por España; viajaron a pie buscando más panorama que aventura, al punto de ser considerados “pintores de paisajes”; su influencia en la obra de Isabel es indudable, y se expresa en las múltiples, y a veces en exceso, detalladas descripciones. Lo que no quiere decir que la autora se limitara a la acuarela, pues también, como ya se dijo, la obra muestra su interés por temas sociales y políticos.

* * *

Hasta aquí el esbozo de un retrato, entresacado de un libro de viaje, que revela a una mujer de su tiempo quien, pese a los prejuicios, mediante su escritura, quiso dejar un legado estético de su paso por la vida y por el mundo. Para terminar, sólo me queda desear la pronta publicación de esta obra única que Isabel remata con la mismísima gracia con que la vivió y la escribió:

¡Botín colorao! ¡Cuentu´acabao! ¡Cacho quemaol! ¡Dispensen lo malo qui´hubier´estao! (182).

Bibliografía

ARANGO, Rafael. Historia de la familia Arango Carrasquilla, inédito, s.f.

CARRASQUILLA, Tomás Carrasquilla. Obras completas. Medellín: Bedout, 1963.

CARRASQUILLA DE ARANGO, Isabel. Impresiones de viaje de una abuela para sus nietos. Medellín, 1936, s.e.

_____ Filis y Sarito. Medellín: Bedout, 1920 y 1932.

_____ Pepa Escandón. Medellín: Bedout, 1932.

CELA, Camilo José. Judíos, moros y cristianos. Notas de un vagabundo por Ávila, Segovia y sus tierras. Barcelona: Destino libro. Citado por Diana Salcines de Delás, en: “La literatura de viajes, una encrucijada de textos”, tesis de grado, Universidad Complutense de Madrid, 1996, en: http://biblioteca.universia.net/html_bura/ficha/params/id/3917440.html (1 de junio de 2009).

DE BOTTON, Alain. El arte de viajar, Madrid: Taurus, 2002.

LONDOÑO, Patricia. “Diarios, Memorias y autobiografías en Colombia, la biblioteca sumergida”. Boletín Cultural y bibliográfico del Banco de la República, 13, 1995.

OATES, Joyce Carol. “Después de la amnesia”, en: Granta, en español, 2, 2004.

SALCINES DE DELÁS, Diana. La literatura de viajes, una encrucijada de géneros, tesis de grado, Universidad Complutense de Madrid, 1996, en: http://biblioteca.universia.net/html_bura/ficha/params/id/3917440.html (1 de junio de 2009).

SÁNCHEZ, Efraín. “Antiguo modo de viajar en Colombia”, en: Historia de la vida cotidiana en Colombia, Beatriz Castro Carvajal, ed. Bogotá: Norma, 1996.

SANÍN CANO, Baldomero. “El coronel Teodoro Roosevelt”, en: Escritos. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1977.

LEVY, Kurt. Vida y obra de Tomás Carrasquilla. Medellín: Bedout, 1958.

RESTREPO Julio. Entrevista. Medellín, 8 de abril de 2008.

Anexo 1, citas ilustrativas

Imagen de sí misma

El viejo y los hijos, así como el matrimonio Trujillo, no disfrutaron de las dichas del mareo, y sí de la buena mesa y de las comodidades del barco. Esto de mi mareo les sirvió de diversión; pues debido a la abundante propina que se le dio al camarero, un joven de veinte años muy bien parecido, se dedicó a cuidarme: me sacaba del camarote y me llevaba casi abrazada, me sentaba en la silla, me quitaba los zapatos y me envolvía los pies en la manta; allí mismo me servía la comida y me llevaba los libros. Estaba, pues, muy festejada; por lo cual me hacían burla y me decían que yo estaba encantada con mi muchacho. ¡Y, hasta razón tendrían! (6). Por último, pasamos las esclusas de Gatún y entramos al Atlántico. El mareo fue mi fiel compañero en esta travesía. El mar es fuerte en las costas de Méjico. Dos días hacía que no me levantaba ni tomaba alimento; únicamente té, café y zumo

de naranja; estaba debilitada y nerviosa. Una tarde me puse a rezar acostada, invocaba el alma del Padre Ángel María Gómez, cura que fue de Santodomingo, mi pueblo natal. Yo lo consideraba santo por sus virtudes, pues era verdadero apóstol de bondad y caridad. Le pedí que nos ayudara a salir bien; y que no fuéramos a perecer en el mar por algún accidente. De repente oigo como su voz, que me dice: “Quien te manda a ser tan novelera...” y luego su risa. El terror me acometió; me tiré del catre, me puse el vestido, que estaba colgado de la percha... (15).

Nos hicimos retratar el Viejo y yo, y muy competentes que quedamos (17).

Al siguiente día no hubo paseo, pues tuvimos que darle reposo al cuerpo. Nuestros pobres huesos, ya tan viejos, se resintieron, y nuestros músculos estaban tensos y doloridos con el fuerte e inusitado ejercicio (28).

Pero no hubo tal sueño; éste se alejó sin poderlo coger en toda la noche. El ruido, los silbidos del tren, las brascas paradas en las estaciones, y sobretudo el fuerte movimiento, me tuvieron con los ojos abiertos. [...] Yo me sentía tan bien, que no llegué a tener en este viaje una sola indisposición, lo que me mantenía en muy buen ánimo (110).

En Panamá Claudino y Margarita, su nuera, se hacen pasar por marido y mujer, con el único objeto de ver la reacción de los demás y reírse:

...Margarita gozaba con esto, recordando la cara de curiosidad y de burla con que la miraban, como diciéndole que la muchacha se había casado con el Viejo por el interés de la plata, y que “no sabían el maridito tan bello que ella tenía, y que no era negro²⁴ ni odioso” (12).

Por la noche los viejos eran los primeros que emprendían el baile. Yo me divertía viendo las viejas, tan pintadas y engandujadas, creyéndose unas sílfides lozanas y en perpetua juventud, mostrando por sus escotes aquellas carnes magras y ajamornadas (19).

Claudino, “viejo novelero”:

...el viejo novelero, sin escarmentar con lo que le había pasado, proyectó paseo en aeroplano por sobre la ciudad; pero yo con mis ruegos lo hice desistir (36).

[Entre Madrid y Toledo]...dieron orden de poner el carro a 120 kilómetros, con la protesta de Barbarita y la mía. El viejo, novelero como de costumbre, otorgaba con su silencio. No era que corriamos; era que volábamos; nada se veía del paisaje, pues éste pasaba en una raya ofuscadora; el viento nos arrancaba los sombreros, y todo volaba en la vertiginosa carrera (72).

[Plazoleta de los Aljibes, Granada] Aquí recordé la novela “Los Cármes de Granada”, de Armando Palacio Valdés, en que pinta a la protagonista vestida de mora. Creo que desde entonces existen los famosos disfraces. ¡Lástima! ¡Cómo hubiera

24 Expresión común del arraigado racismo en Antioquia, a donde los negros llegaron a trabajar como esclavos en las minas, y, en general, en la servidumbre. Paradójicamente fue en Antioquia donde primero se abolió la esclavitud. “Negro” o “negrito” también es una expresión cariñosa. Isabel y Tomás tuvieron una nana negra a la que adoraron, y que aparece como personaje en el cuento “Simón el mago” de Tomás.

quedado de linda la Vieja, haciendo de mora! ¡Hasta parecería la reina Aixa! (100). [Niza] Después del baño y de almorzar nos fuimos a la calle, a la ventura, y guiados por nuestro instinto de “refinados”, desembocamos en el Paseo de los Ingleses, la playa de moda, donde los dandys y las elegantes de todo el mundo van a lucir su lujo. Yo los miraba con mis ojos curiosos de provinciana, para estudiarlos, como a los actores en escena. Los encontré vestidos con más o menos “chic”, pero no les vi nada raro: las mismas gentes que había visto en todas partes (111).

[Roma, Iglesia Santa María la mayor] Al llegar a lo alto se descende por otras que hay a los lados. Me costó trabajo subirla, pues los huesos ya están duros. Sin la ayuda de Sofía quizá no hubiera podido hacerlo (124).

Compras:

En Venecia compra mantones; en París visita al joyero:

Yo me sorprendí y recordé entonces que en Nueva York no había usado los dichosos aretes y los mantenía guardados en el baúl. [...] El autor de la fechoría se tomó todo el tiempo que quiso, pues yo no estaba allí todo el día durante la enfermedad de Claudino. Allí mismo dejé los aretes para montarles de nuevo los diamantes. Mil pesos perdidos por descuido.²⁵

Este incidente me mortificó mucho, [...] me hizo pasar un día amargo, lo que me ocasionó un regaño del Viejo (45).

[Toledo] Había también jarrones, ánforas, platos y bandejas bellamente decorados, que tenían expuestos para la venta. Supónganse cómo sería el deseo que me dio de comprar. Sofía apenas se sonreía y me miraba, como diciéndome: “¡No se antoje, que no hay donde llevar más chécheres!” (73).

Entramos a ver una exposición o venta de objetos de cerámica, muy bonitos, donde compré algunas cosas a escondidas de Sofía (74).

[Madrid] Al siguiente día salimos al comercio a comprar ropa de seda y mantelería, que la hay muy fina en Madrid, y conseguimos también otras maletas (76).

[Pabellón de México, Exposición Mundial de Sevilla]...y los sombreros que usan allá los charros, que son muy bonitos, bordados, dibujados y llenos de caireles, de forma plana y alta copa. Yo quise comprar uno para traerles, peor lo curioso, pero me desanimé por el tamaño, pues no tenía modo de empacarlo (85).

[Sevilla] ...nos detuvimos en un pueblo que hay cerca, para visitar una fábrica de “Azulejos”, que llaman allá, conde compramos el cuadro del Jesús del Gran Poder, que colocamos aquí en el patio de nuestra casa de Aranjuez²⁶ [...] Tuvimos que dar las dimensiones para la fabricación, pues necesitaban dibujo especial, por su gran tamaño...(88).

25 Un dólar equivalía a 1.75 pesos colombianos en 1936.

26 La familia, como todas las familias acomodadas, poseía una casa en el centro y otra en el campo. La casa campestre de Aranjuez fue construida en 1923. Isabel y Claudino vivían con Tomás y con todos sus hijos y nietos.

[Segunda estadía en Madrid] Estuvimos de tiendas en la mañana siguiente, pues yo quería comprar un sombrero, porque los que llevaba estaban deformados con el trajín (101).

[Barcelona] Por último, quisimos visitar las librerías para comprar algunas obras. En una, llamada “Librería Francesa”, fue donde las escogimos. [...] Compramos La guerra europea en diez tomos; las obras todas de Blasco Ibáñez; las de Anatole France, Doña Emilia Pardo Bazán, Armando Palacio Valdés; los últimos tomos de los Episodios nacionales, de Pérez Galdós, para completarle a Tomás la serie; varias novelas de Marcela Tynaire, de Pérez Lugín, y de doña Concha Espina. Compramos para Eduardo, el benjamín de la casa, que es aficionado a las lenguas muertas, una gramática griega y otras obrar en el mismo idioma. Además, dos álbumes grandes para colocar las vistas, que ya eran muchas (108-9).²⁷

[Niza] Cerca existen unas minas de ágata [...] Había una venta de objetos labrados de esta piedra, muy bonitos, pero caros [...] Yo compré collares granates para Isabel y Adela y unos ceniceros (112-3).

Tomamos allí el café, que era lo que Barbarita y yo acostumbrábamos, con el indispensable regaño de Sofía, que decía que por eso no comíamos: y nosotros le decíamos que era de cicatera por no pagarlo (114).

[Génova] Yo compré cinco pulseras de oro para las hijas y nueras; collares y pasadores para las nietas, y otros objetos para regalos. Barbarita y Sofía compararon más que yo, de manera que nos gastamos bastantes liras en estas cosas, que iban acrecentando el volumen de las maletas, ya bastante infladas (117).

Las “herejías”

[En España, Escorial] En el coro señalan la silla y el reclinatorio que ocupaba durante la misa el rey Don Felipe. Yo tuve la irreverencia de sentarme en la silla, y nada cómoda que me pareció, por dura (70).

La siguiente visita fue a la Capilla Sixtina. Aquí voy a decir una herejía, por lo cual rezo de antemano el “mea culpa”: no me parecieron bonitas las pinturas de Miguel Ángel: me ha parecido mejor escultor que pintor. Claudino me ha dicho que no diga ero donde me oiga la gente. Pero ¡qué voy a hacer! Ofrecí ser sincera. Digo lo de una señora de mi pueblo: “¿Qué tendré yo en estos ojos?” Sus mármoles son acabados; más allá no se puede llegar: del Moisés todo lo que se diga es pálido ante la realidad. Yo me extasié mirándolo. En esta maravillosa escultura es donde se puede apreciar la potencia de aquel cerebro portentoso (122-3).

[Real sitio de Aranjuez] El salón del trono es suntuoso. El trono, levantado sobre su plataforma: dos sillones dorados, tallados y cincelados con primor. También tuve el atrevimiento de sentarme; primero en uno, para hacer de rey, y luego en el otro, para hacer de reina. Esto, por supuesto quedándome atrás del empleado, que celosamente nos conducía (88).

27 Varias de las cajas de los libros comprados, enviadas por correo, nunca llegaron.

Racismo

[A bordo del barco, de regreso]... Los de la Guayana formaron también su grupo. Todos eran bien educados, cultos, ricos, bien vestidos; pero la humilde color los cohibía para tomar parte en las conversaciones y en los juegos. Había entre ellos tres matrimonios que formaban contraste; las señoras, de color oscuro y facciones vulgares, y sus maridos, blancos y rubios; el otro era lo contrario: rubia y blanca con negro. Las dos señoras mayores eran más mulatas aún, con los tipos más fatales, y cascorvas. Había dos señoritas que vestían “a la última” de París, pero, negritas también. Sus hermanos, dos jóvenes como de 24 a 26 años, elegantísimos. Uno de ellos era compañero de camarote del Dr. Escobar. Se habían hecho amigos. Hablaba seis idiomas y era doctor. Con todo esto, las niñas venezolanas y colombianas rehusaban su trato. En los bailes y en los juegos había la separación instintiva de razas. Una noche se dio un baile de disfraces, y se ofreció premio al mejor. Yo le dije a Sofía: “Esta noche no te escapabas de verte en brazos de negro”. Ella se rio y me dijo que vería que no se atrevería a citarla. [...] Aún no me había dormido, cuando se presentó en el camarote para cambiar de vestido. Yo la interrogué, pero se reía, y no confesaba. Comprendí al punto lo que le había ocurrido: el doctor negro fue el primero en citarla, y... no se pudo negar. “Mucha tiradera” le hice. Pobre muchacho. Cuánto hubiera dado por una cara blanca (179).

El cotilleo

[Le Havre) A ninguno habíamos visto antes, excepto a la artista, que bajó hablando y accionando mucho, como muy disgustada. Nos dijo el contador del barco, quien, aunque francés, entendía el español, y nos informaba de lo que pasaba a bordo, cómo ella se había peleado con el capitán, porque le había registrado el equipaje y exigido el pasaporte; y también porque la noche anterior dizque se había bebido ella sola seis botellas de champaña, y había armado el gran escándalo, por lo cual la tuvieron que sacar del salón (41).

[París) Como dije antes, había muchas familias de Medellín en el Hotel Florida. Entre ellas un matrimonio joven que tenía polémicas muy divertidas. Ella decía que habían convenido en que le daba los jueves a él, para que se divirtiera con los amigos; y que el muy pillo se tomaba también los domingos y la mayor parte de las noches; total, que había novillos toda la semana (43).

Extraviada

[Catedral de Granada) Bajamos, y no vi más puerta, por más que atisé, que la que da salida a la calle. Pasé por ella mirando hacia arriba y hacia abajo, pues la calle es pendiente, y ni rastro de los compañeros. Allí me tenéis a la Vieja “zuequeando” calle arriba y calle abajo, indagándole a todo el que encontraba, como en el cuento de “María Estrellita”: “¿Usted ha visto pasar una tripita?” Y la tripita agua abajo. Una frutera caritativa, que tenía establecida su venta en la misma esquina alta de la calle, me dijo: “Señora, los misteres que Ud. busca pasaron por aquí hace un

ratico” Y héteme sin saber qué rumbo tomar, y ni rastro de los “gringos”. Al fin apareció el guía, que andaba buscándome, y más abajo Pedro, que recibió la primera rociada [...] El Viejo, muerto de risa por mi chasco [...] lo vi más chiquito de lo que es, con la ira que tenía, y el muy pillo se reía más y más con lo que yo le decía: “Descomedido, Desatento, Desconsiderado”. Agoté el repertorio en vano, pues más se reía. A las otras las desprecié con un gesto “olímpico” (97).

[Pompeya] Estuvimos curioseando la casa donde sacaron la película Los últimos días de Pompeya. Se ve el patio por una reja de hierro; es la entrada principal, que estaba cerrada. Dimos la vuelta; por una calleja estrecha llegamos a la “puerta falsa”; recorrimos la casa hasta el último rincón, y luego me demoré curioseando, como de costumbre, las pinturas del comedor. Allí está todo el Olimpo. El señor se había salido con el guía a ver otras cosas que no muestran a las señoras. Sofía terminó y se fue por la calleja, sin que me diera cuenta; yo seguí mirando y mirando. De tanto mirar vi que me había quedado sola y sentí cierto recelo, pero me sobrepuse. De repente me acometió el pánico, y la emprendí en alcance de Sofía, que ya iba lejos; entonces fue carrera abierta, tropezando en aquellos empedrados desiguales; pero yo nada sentía, porque como dicen, “el miedo pone alas a los pies”. Me acordaba de los muertos petrificados y gritaba: “Sofía, Sofía” Y cuando el eco repetía, más aumentaba mi pánico. Me parecía que tropezaba con las sombras. ¡No he visto nada más estúpido que el miedo! (140).

En el Casino de Montecarlo: Iba ganando, pues se le pegó a un joven ganador, entonces...

Al fin, todos ya “pelados”, me rodearon y me apremiaban para que pusiera todo en una sola casilla. Así lo hice, y ¡adiós capital y ganancias! Del despecho casi me tiro de cabeza por la roca escarpada por donde se arrojan los perdidosos (113).

Uno de los momentos de soledad voluntaria, en el cráter del Vesubio:

Me quedé sola; tendí el abrigo sobre las piedras y me senté. La impresión es verdaderamente de ensueño, que emboba. La vista es única. Se abarca el golfo, con todas sus poblaciones e islas. Sorrento, Castelmari, Capri, con sus grutas misteriosas. La ciudad, casi a los pies, dormida, confiada, arrullada por los murmullos de su mar azul y custodiada por el gigante, que hoy la vela, y mañana quizá le dé el abrazo fatal (143).

Encuentro con sus referentes culturales

El del Louvre necesitó de repetidas visitas para darnos siquiera una pequeña idea de lo que es ese bellísimo palacio y de las maravillas que contiene. [...] Tuve sin embargo algunos desengaños. La Venus de Milo, tan ponderada, no me pareció lo que yo me imaginaba: el cuello demasiado largo; sabía que la hablan desenterrado y estaba manca, y no la aguardaba, por eso, lisa ni barnizada, pero me pareció de-

masiado roñosa y llena de grietas, como si hubiera tenido viruelas.

La Victoria de Samotracia me pareció un bloque de mármol sin figura definida; apenas las alas muestran lo que pudo ser; pensé al verla en aquello de que “apenas son sombras del amor y apariencias del deseo”.

La Gioconda de Leonardo da Vinci, que yo ansiaba tanto admirar por su sonrisa enigmática y por la historia tan romántica del artista fue otro desengaño. ¡Qué pensar! Me imaginaba ver un cuadro tan grande como el de la Inmaculada de la Catedral de aquí, y resultó que es pequeño, y con vidrio y todo; la pintura está borrosa y desconchada. Allí se estima más, en el bellissimo cuadro, el recuerdo de que fue del gran pintor. Había muchísima gente extasiada: “¡Qué primor!” “¡Qué maravilla!” Da tristeza pensar que el tiempo acabe, al fin, con lo que queda de él (47-8).

[Museo del Prado] El cuadro de las Meninas está separado de los otros en una rotonda especial; es muy grande; las figuras parecen de relieve; las esponjadas princesitas, su bufón, el pintor y el perro, son de carne y hueso. Nos estuvimos contemplándolo largo rato. Yo quería que se me grabara bien, pues no lo vería más, sino en reproducciones, que apenas dan idea de lo que es este lienzo incomparable. El vaso de agua, Pablillos el bufón, los retratos de los reyes, todos son muy perfectos. Lástima que este artista hubiera sido pintor de corte, lo que sin duda le impidió ocuparse en otros cuadros de más interés, sin emplear su paleta en retratar esos reyes tan feos, de labios belfos, algunos con cara de bobos. Los cuadros del Greco son también muy bellos, de un estilo muy distinto. De los de Murillo, ¿qué podré decir? La Concepción, de la cual tenemos aquí una buena copia, es bellísima... (67).

[Alcázar morisco, Sevilla] Las habitaciones de Doña María de Padilla, La Brava, están contiguas al Alcázar, con su patio aparte, pero son tristes. No parecen habitaciones de una favorita, sino de una reclusa; lo mismo los baños, que son subterráneos, con arcadas sostenidas por columnas; son estanques de aguas quietas y frías, como que nunca les da el sol (79).

Quisimos conocer la casa donde vivió Fernán Caballero, que era contigua al Alcázar, pero el guía no supo ensañárnosla (82).

[París] El Folies Bergeres, tan socorrido de los hombres, me pareció divertido; bonita y artística la representación, pero pecaminosa²⁸. Esta debería ser para mujeres solas, así como hay libros y representaciones para hombres solos; las artistas deben ser unas tales por cuales, pues se exhiben siembre en traje de paraíso. Yo no quise volver por eso... (49-50).

Encuentro con Jacinto Benavente en Sevilla:

Daba la compañía la comedia del gran Benavente, “Lola Doncel”, que se estrenaba. El teatro estaba colmado. Logramos conseguir buenas localidades y estábamos ansiosos. El primer acto fue bueno: es un drama intenso que interesa desde el

²⁸ Historiadora Patricia Londoño dice, refiriéndose a su inventario de memorias y autobiografías, que “...son notables por su ausencia la confesión de pulsiones eróticas, de interdictos a la moral católica o de hechos punibles o vergonzosos” (1995:146).

principio. Los actores, magníficos. Especialmente la actriz principal era una cómica consumada. Al final del primer acto los aplausos eran ensordecedores. Cuál no sería nuestra sorpresa cuando aparecen las dos artistas principales trayendo del brazo a Dn. Jacinto. Entonces sí parecía que se venía abajo el teatro con los aplausos. El viejecito, muy sonreído y satisfecho, hacía cortesías a todos lados; lo mismo las dos actrices, que lo tenían bien aferrado. Yo tenía una emoción pocas veces experimentada: me puse “arrozuda”, como decimos vulgarmente. Lino y los otros compañeros también estaban emocionados. Al final de cada acto lo sacaban lo mismo, y al terminarse la representación fue una verdadera ovación: le presentaron una corona de laurel. No gocé en la Grande Ópera de París como en esa noche. El teatro español ha sido una de mis chifladuras. Nos acostamos tarde comentando la función y todo lo que nos había encantado. Sofía fue mucho el mote que me puso, imaginando cómo le contaría yo a Tomás este suceso, y la “tiza” que le iba a poner. Y no sabe la muy burlona que se lo he contado apenas veinte veces (61-2).

Referentes religiosos:

[Lourdes] Yo deseaba comulgar al día siguiente para tomar el agua y cumplir una promesa que le había hecho a la virgen cuando la enfermedad de Claudino. Aunque me había confesado en París la víspera de la salida, tenía mis escrúpulos y vacilaba (56-7).

En El Vaticano:

Exigen a las mujeres vestido largo sin escote, manto en vez de sombrero, y guantes negros. Yo le solté el doblez a un vestido negro, y Sofía a la falda de un vestido sastre. Compramos en un almacén en la plaza del Vaticano los velos o mantillas de encaje, que luego vendimos allí mismo. ¡Era de ver el ensayo! Yo me veía rara con el manto; la figura de la pobre Sofía sí era fatal, con el sastre largo y la mantilla; igualita a María Lamentos. Pero no tuvo más remedio que irse en esa facha. Yo me lo celebré mucho y le decía que era castigo por todo lo presumida y pinchada que es; esto se lo exageraba para vengarme de todas las que me había hecho.

La familia de Francisco Luis Moreno había llegado a Roma hacía unos días, y ya habían tenido una entrevista con Su Santidad. Solo una de las niñas faltaba por recibir la bendición, y no quería perderla, por lo cual nos anunció que nos acompañaría. Cuál sería nuestra risa al verla llegar ataviada con el largo sobretodo de su mamá, y con su mantilla bien prendida. ¡Esta sí fue el consuelo de Sofía!

Aún nos duraba la risa cuando nos bajamos del carro, en la puerta misma del Vaticano, donde hacían la guardia los soldados del papa. [...] Una camarera examinaba a cada una de las señoras, para darles el pase. A mí me prendió bien en el cuello la mantilla, porque le pareció que tenía demasiado escote. A Sofía le dio varios tirones para alargarle la falda; con esto nos volvió la risa. [...] La espera fue larga. Nosotras estábamos cargadas de cuadritos, medallas, cruces, rosarios, etc., que queríamos fueran benditos por el pontífice, para traerles a nuestros allegados y amigos.

Al fin de dos horas de espera fueron apareciendo en la puerta del salón los cardenales que precedían la entrada del Santo Padre. Fue el momento emocionante.

Entró. Estaba Pío XI vestido con su túnica blanca, su solideo y su cruz. Todos nos arrodillamos; tomó hacia la derecha, y a cada uno le daba a besar el anillo y lo bendecía. Al llegar a mí me incliné para besarle la mano, pero me turbé tanto, que no acertaba; dos lágrimas involuntarias me rodaron por la cara, y las tuve que enjugar aprisa para no mojarle la mano. Él me bendijo. Luego le presenté mis medallas y rosarios para que me los bendijera. Cuando terminó con el último, se dirigió al centro del círculo que formábamos. La blanca figura levantó la mano y nos bendijo de nuevo diciéndonos unos latines.

Yo salí encantada de esta visita, que nunca olvidaré. Sofía muy triste, porque no se había fijado bien cómo eran las medias que el papa tenía puestas (129-31).

Geografía y política

[París] Aunque estábamos prevenidos de que París no era bonito por ese lado, me pareció menos de lo que yo me imaginaba: los edificios los vi muy bajos, con sus chimeneas que les dan tan mal aspecto; también me pareció poco el movimiento, acostumbrada ya al hormiguero de Nueva York, y me parecieron estrechos los Bulevares. Sofía me leyó la impresión y me dijo: “Ya sé lo que está pensando. Esta tarde la voy a llevar a dar un paseo, y después me dice lo que le parece” [...]

Total, que volví al hotel deslumbrada de tanta belleza. Me parecía que no amanecía, para verlos de nuevo, y seguir conociendo todo lo demás (42-3).

En cuanto a la gran catedral de París, situada en la Cité, se ve al momento que les falta altura a las torres; las estatuas de los pórticos son muy bellas, aunque algo mutiladas. El tesoro sí no hay palabras para describirlo, por su valor y su belleza. La sola custodia es un sol de diamantes y de otras piedras de las más valiosas (48). No es grande Toledo, como yo me imaginaba; está recogido en la pendiente, y en lo más alto está el antiguo Alcázar, hoy cuartel del ejército (73).

Comparaciones con Colombia:

En Barranquilla (Colombia):

...El Prado²⁹, que verdaderamente es un barrio igual en belleza al de cualquier ciudad europea; pero en cuanto a carreteras y vías de comunicación, están más atrasados que todos los departamentos del interior. Lo mismo el ferrocarril y el puerto de mar: son una vergüenza para Colombia [...] razón tienen los extranjeros, cuando llegan a nuestra tierra, en juzgarnos como salvajes (3).

Iban allí viajeros de Chile, Argentina y Perú, gentes ricas que iban a pasar el verano en Nueva York. Había entre ellos un matrimonio chileno: el señor don Manuel

29 Barranquilla, capital del departamento del Atlántico, en la costa norte del país. La aspiración de convertir a Barranquilla en puerto fluvial y marítimo a través de la canalización de Bocas de Ceniza y la construcción del terminal, la convirtió en foco de crecimiento regional, y constituyó el gran desafío de la Liga Costeña en los años veinte. Las obras iniciaron en 1919, y en 1929 se suspendieron a causa de la gran crisis económica; finalmente, culminaron en 1936.

Bustamante del Campo, con su señora y una cuñada joven, por cierto fea y “pinchada” [...] Venían de Valparaíso dos jóvenes muy “high” que ingresaban algunas veces en nuestra tertulia [...] A mí me llamaba la atención el modo de hablar el español todas esas gentes, siendo tan distinguidas. Tienen los giros más enrevesados y arbitrarios, y más modismos que nosotros; el acento es destemplado [...] hablan con una lentitud desesperante, especialmente los chilenos, y cree uno que no van a terminar la frase. Yo recordaba a Fanny, que me hacía tanta “tiradera” por mi modo de hablar tan despacio; pues, sepan, mis queridos, que yo era un ferrocarril, comparada con el modo de hablar de esos civilizados. La señora americana, hablando de cómo ellos habían aprendido el español y lo consideraba ya como su idioma nativo, decía que la señora Arango era la que hablaba el español “con más propiedad y dulzura”. Lo que viene a comprobar aquello de que “en casa de ciegos el tuerto es rey” (18-9).

[Nueva York] Cuando ya lo dieron fuera de peligro me iba más tranquila; y antes de llegar al hospital me estaba en el Parque Central sentada en una banca, o paseándome para tomar el sol, por consejo del médico, pues yo también estaba con fiebres. Me entretenía dándoles de comer a las palomas y a los pajaritos, que los hay por bandadas y muy mansos: se le suben a uno a la cabeza, a los hombros, toman el grano de la mano; lo mismo las ardillas. Como los niños no las matan ni las espantan, ni saben tirar piedras ni “honda”, pues esto es de gente salvaje, no temen acercarse a ellos. Yo me imaginaba cuánto gozarían ustedes, mis chiquitos, con estos confanzudos animalitos. Me parecía que veía a Julito, a Cuco y a Jesucito, armado cada uno de su piedra, y con los bolsillos llenos para tirarles [...] Otros días iba al Museo de Arte, que queda en el mismo parque [...] Allí hay mucho que ver, pero lo que más me gustaba eran los salones de armas. Estos yanquis se han recogido todo lo curioso y notable que pudieron comprar en el viejo Mundo: espadas, sables, dagas, puñales, y toda clase de armas, las más variadas, las más finas, y con piedras y cinceladuras las más bellas (32-3).

...nos divertíamos viendo las gentes que habitaban las buhardillas de los edificios cercanos. Había un acróbata que tendía un alambre para caminar en la cabeza, con los pies en alto, sobre una rueda que se amarraba con una correa. Esta operación la ejecutaba todas las tardes con la paciencia más grande. Una muchacha, compañera, ensayaba bailes. En otras azoteas fabricaban dulces o algo para la venta, pues se veían varias mesas con cosas muy pequeñas que ponían al sol; un pobre viejo se pasaba el día espantando las palomas con un trapo amarrado a un palo; pues venían las muy tragonas en bandadas a comerse lo que en la mesa cuidaba. En otras buhardillas se ocupaban las mujeres en lavar la ropa y extenderla al sol en la azotea, en largas cuerdas, y los hombres sacaban el colchón y las alfombras para sacudirlos a asolearlos. Allí en esas alturas vive y pulula toda la gente pobre de la urbe, con sus chiquillos, desnudos en el verano, y sus perros, que no les faltan (34-5).

La municipalidad de Nueva York se toma mucho interés por la infancia [...] Sin duda por todo esto son allá los niños tan sanos y robustos. ¿Cuándo tendremos aquí recursos y organización suficientes para atender a las necesidades de nuestros pobres niños desvalidos? Tal vez así disminuiría la mortalidad tan pavorosa que arrojan las estadísticas. [...] Otro cuidado que se toma allá la policía es el de conducir de la mano a los niños y a los ancianos al atravesar una calle [...] ¿Qué será

todo esto: civilización o caridad? (38).

[En el vapor Francia rumbo a Francia] Los pasajeros de primera, que eran ciento cincuenta, eran todos norteamericanos. Sólo había un señor de Puerto Rico que hablara español. Él nos buscaba, pero nosotros rehuíamos el encontrarlo, porque era muy sublime”. No hablaba sino en tono de domingo; por lo mismo era muy cansón. Nuestros nombres, por razón del alfabeto, eran los primeros que figuraban en la lista de pasajeros; por esto, sin duda, éramos motivo de curiosidad por los yanquis: nos miraban y nos estudiaban. Les parecería rara esta pareja de viejos que no se dejaban ver, ni jugaban ni bebían ni bailaban como ellos, pues todos ellos amanecían en juerga. Nos consideraban como indios salvajes (40).

[Madrid]...porque les había llamado la atención nuestro modo de hablar. En Europa creen que todo el que viaja de Suramérica es de aquel país (Argentina). Esto prueba que los “paisas” no hablamos tan “montañero” como aquí se pretende. Al menos no figuramos las palabras como los de la altiplanicie, ni las cantamos; ni tampoco les mochamos letras como los costeños (64).

[Pabellón de Colombia, Exposición Mundial de Sevilla] La estatua del Silencio, del malogrado escultor Tobón Mejía, estaba bien colocada, en el corredor del frente de la entrada, muy sugestiva y simbólica; pues con su dedo sobre los labios parecía decir a los curiosos que guardasen silencio y no criticasen nuestro pabellón (85).

[Mirando desde una colina, encuentra gran parecido entre Granada y Medellín] Es un edificio³⁰ parecido en su construcción al de nuestra casa de Aranjuez, pero más grande y más cerca de la ciudad. El panorama que se desarrolla nos parecía el mismo que se domina desde allí. Parece que se está mirando a Medellín: la formación del terreno, las montañas, el valle, los pueblos que se ven a lo lejos, la ciudad misma. Todo es parecido. Hasta un cerro que se levanta, igual al aquí llamado “Cerro de los Cadavides”. Lo que tiene el nombre de “El Suspiro del Moro”, son aquí los cerros que se ven hacia el lado de Caldas.

La ilusión es tan completa, que sentados en la terraza señalábamos la Catedral de Villanueva, el Seminario, La Candelaria, La Universidad, el Palacio de Gobierno; en fin, nuestros más elevados edificios. Yo les decía que me sentía feliz porque estaba como en mi casa, contemplando la ciudad de mis afectos. Siempre “La loca de la casa” con sus engaños³¹.

Granada es quizá tan grande como Medellín, pero con mejores edificios; las calles sí son mejor pavimentadas aquí (91).

[Madrid, segunda visita luego del recorrido por otras ciudades de España] Las gentes de las clases bajas de estas grandes ciudades de Europa viven por milagro. Aquí en Colombia, especialmente en Antioquia, casi no se ve pobreza: todos, más o menos tienen sus viviendas limpias y habitables, aunque sea una choza. Aquí no se ve tanta mugre. Nuestro pueblo es limpio y acostumbra el agua de Dios para el aseo de su persona y de su pobre hogar. [...]

Sepan, mis hijos, para que la quieran con amor, que nuestra tierra es privilegiada. Aquí vivimos muy confortablemente, y gozamos de más libertad que otro pueblo alguno. Nos quejamos injustamente de nuestra Constitución y de nuestro Gobier-

30 El hotel donde se hospedan (Alhambra Palace).

31 Subrayado mío.

no. En ninguna parte tienen tantas garantías. Y basta de sermón (103).

[Pompeya] Las casas son parecidas en su disposición a las antioqueñas: Zaguán, vestíbulo, patio principal, salas, corredores, comedor al frente, dormitorios separados unos de otros, con salidas a los corredores... (138).

[Florencia] Hotel Baglioni, donde estuvimos, fue lo primero en llamarme la atención por su elegante arquitectura, está pintado íntegramente. El estuco de los artonados es muy bonito. Cuánto dieran los ricos de Medellín que tienen suntuosas residencias y no omiten gasto para embellecerlas, por tener salones decorados como los dormitorios de este hotel (151).

Sentimiento antiyanqui

[Panamá] Es largo el interrogatorio que les hacen a los viajeros que solicitan pasaportes para ir a su país, cualquiera que sea su sexo: a qué se va allá; cual es el objeto del viaje: cuánto tiempo se va a permanecer; cuánto dinero se lleva; si se le tiene amor al país; si no se ha pensado nunca en hacerle la guerra. A todo este ridículo e innecesario interrogatorio me provocó contestarles: “¡No les tengo cariño, por agalludos. Ojalá pudiera hacerles la guerra, y quitarles lo que el tal Roosevelt se “cogió” tan arbitrariamente!”. ¡Qué miedo les hubiera dado de esta vieja fanfarrona!32 (9).

En una mañana muy fría, siete días después de nuestra salida de Panamá, tuvimos al frente a la gran Metrópoli del dólar. La bruma no dejaba ver sino muy vagamente el panorama. La estatua de La Libertad surgía como un fantasma blanco (19). Nueva York no me sorprendió. Fue como si ya lo hubiera conocido. Los rascacielos y sus enormes edificios ya ustedes los han visto en el cine. La ciudad me pareció monótona y aburridora. La misma altura de los edificios es aplastante; tampoco hay mucho artístico qué admirar, salvo la ya mentada Estatua de la Libertad y el obelisco del parque Central, regalados por los franceses. [...] Los museos tienen cosas interesantes, pero son importadas de otros países. El movimiento es enorme; parece un hormiguero; el comercio no hay palabras para describirlo, especialmente los almacenes de la Quinta Avenida; sus vitrinas son arregladas con mucho gusto. El Parque Central y lo que llaman River Side son bonitos y poéticos; es lo único verde que se ve en la gran colmena (21).

En el medio día se tomaron vistas. Los viejos nos fuimos a la playa de mar a ver los bañistas, que eran miles, y que además del baño se ocupaban en hacer gimnasia; la gente joven se quedó en la casa bailando. Una larga alambrada separaba el campo de los bañistas del de los mirones, que eran en gran número. El figurante, plantado sobre una mesa en el centro del campo, dirigía desde allí los batallones de bañistas, hombres y mujeres, viejos y mozos, quienes alienados en cuatros, obedecían como autómatas a sus movimientos y voces, como soldados bien disciplinados. Familias

32 Alude a la separación de Colombia y Panamá en 1903; un duelo que para los colombianos continúa vigente.

enteras, bajo grandes quitasoles dormían enterradas en la arena, para luego de despertar volver al interrumpido baño. Aquí sí que me parecieron los yanquis grandes niños o niños grandes” (29-30).

Amor por España

[En un tablao, Granada] El baile es muy bonito y curioso: cada una baila sola y van saliendo por turno como en exámenes. La que sale se planta en medio y allí empieza el zapateo y el meneo de caderas, los brazos en alto sonando las castañuelas o poniéndolos en jarra por la cintura; el zapateo aumenta por momentos haciendo sentir el ruido de los tacones cada vez más fuerte, hasta que se desmaya jadeante, en un último y desfalleciente ritmo. Cada una tiene su estilo: unas marcan más el meneo de las caderas; otras mueven más los brazos y suenan más las castañuelas; aquellas hacen más fuerte y largo el taconeo. ¡La vieja era una maravilla! Al terminar, bailan todas a la vez, cogidas de las manos formando rueda (94).

[San Sebastián] En la simpática Villa se experimenta la sensación de estar en su casa: el idioma es, sin duda, lo que da esta impresión, y luego el cariño que le tenemos a España los latinoamericanos; pues, aunque emancipados, no olvidamos que fue nuestra madre, y que estamos ligados a ella por unos mismos gustos y una misma religión. Debe ser muy agradable la vida en Madrid (65).

[Los toros] Me tapaba los ojos para no ver este espectáculo. No sé cómo pueden gozar con esta crueldad [...] Las gentes se entusiasman, aplauden, dicen cosas, y hasta insultos a los toreros y les arrojan cáscaras, pero no gritan como energúmenos hasta enronquecer ni pierden los zapatos, como algunos que yo me sé, cuando asisten a las corridas (69).

Anexo 2: Itinerario del viaje de Isabel Carrasquilla de Arango³³

Pág.	Trayecto	Fecha	De paso	Medio de transporte
1	Pto. Berrio-B/quilla	9 abril, 1929		Vapor
6	Barranquilla-C/gena			Barco
8	Cartagena-Colón			Barco
8	Colón-Panamá			Tren
13	Panamá-La Habana	16 de mayo		Barco
18	La Habana-New York			Barco
40	New York-Le Havre			Vapor “Francia”
41	Le Havre-Paris			Tren
52	París-Lourdes	30 de agosto	Tours, Burdeos, Pau y otras.	Tren
59	Lourdes-San Sebastián		Irún	Tren
63	San Sebastián-Madrid	4 de septiembre		Tren
	Madrid		Toledo, El Escorial	Automóvil
77	Madrid-Sevilla			Tren
77	Sevilla			
90	Sevilla-Granada	14 de septiembre	Córdoba	Tren
101	Granada - Madrid			Tren
104	Madrid - Barcelona			Tren
110	Barcelona-Niza		Montecarlo, Beaulieu, Villefranche, Capi-ferrat- menton	Automóvil
115	Niza - Génova		Vintimilla	Tren
117	Génova - Roma	28 septiembre		Tren
136	Roma - Nápoles	4 de octubre		Tren
148	Nápoles - Florencia	7 de octubre		Tren
152	Florencia - Venecia			Tren
159	Venecia - Milán	12 de octubre		Tren
162	Milán – Lausana			Tren
167	Lausana - París			Tren
176	París – San Nazario	Últimos días de noviembre		Tren
177	San Nazario – La Guaira		Guadalupe, Martinica	Barco
181	La Guaira – Pto. Colombia			Barco
181	Pto. Colombia – Pto. Berrio			Vapor
182	Pto. Berrio - Medellín	16 de diciembre		Tren

33 Se registran sólo los datos que aparecen en el libro.

“GINO(GEO)GRAFÍAS. ESCRITURAS DE VIAJE EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX”

Dra. Gilda Luongo
Universidad de Chile

¿Quién puede ser tan insensato como para morir sin haber dado, por lo
menos, una vuelta a su cárcel?

Marguerite Yourcenar

Poner en perspectiva de lectura feminista cierta escritura de viaje que ronda el ‘espacio autobiográfico’, así como el registro menor o referencial de viaje de tres mujeres latinoamericanas¹, resulta un desafío en términos de intentar aunar en una posible totalidad, lo que puede ser llamado, inevitablemente, como “escritura del fragmento”. Esta constatación provoca que mi propia escritura crítica no se salve de querer permanecer en ese mismo tono.

Para el propósito de mi lectura he seleccionado tres producciones que se enmarcan en los llamados géneros menores o referenciales en la disciplina literaria, estas son: la escritura de diario íntimo de la chilena Amanda Labarca (1886-1975); los escritos de diario íntimo de la mexicana Antonieta Rivas Mercado (1900-1931) y por último, el epistolario amoroso de la mexicana Rosario Castellanos (1925-1974). Esta producción textual fue escrita en el transcurso de instancias viajeras de las tres escritoras durante la primera mitad del siglo XX.

1 Me interesa señalar que para este abordaje crítico tengo presente como referencia rigurosa el enfoque teórico-conceptual que la estudiosa chilena Olga Grau ha hecho recientemente en su investigación de Tesis Doctoral (2007) desde la Universidad de Chile. La estudiosa aborda no sólo la complejidad de estas formas textuales desde el ámbito de la literatura sino también elabora una aproximación tentativa a estos tipos discursivos desde una perspectiva de género. Ver: Grau, Olga, “El diario íntimo, la autobiografía y el epistolario como géneros referenciales” y “Producción de diarios íntimos en Chile en la primera mitad del siglo XX: Teresa Wilms Montt; Lily Iniguez; Alone (Hernán Díaz Arrieta); Luis Oyarzún” en *Tiempo y Escritura. El diario y los escritos autobiográficos de Luis Oyarzún*. En vías de publicación por Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

Pienso en estas intelectuales y su producción itinerante desde el lugar de la constitución de *sujetos femeninos en viaje*. Para ello no sólo me interesa resignificar los desplazamientos geográfico-culturales, sino también me importa poner en relieve el tránsito viajero inscrito en la propia escritura porque ella da cuenta de la sujeto en proceso de auto-figuración. Se trata, en definitiva, de develar la emergencia del movimiento vital, territorial y escritural que las sustenta como posibles sujetos femeninos en devenir situadas (sitiadas) en el ordenamiento socio-cultural moderno de América Latina.

“El diario no es solamente un género literario, es una manera de vivir: el texto no es sino un momento, capital ciertamente, de lo que va y viene entre la escritura y la vida. El diario es una práctica.”

Philippe Lejeune y Catherine Bogaert

“¿Por qué esa ansia de concluir el viaje y retornar? ¿Por amor a los míos? Tal vez. ¿Por impaciencia y deseo de lo porvenir?”

Amanda Labarca

Sostengo que el recorrido vital de Amanda Labarca², feminista chilena de comienzos de siglo, estuvo atravesado por una actitud viajera constante. González Vera, amigo cómplice de los vaivenes de la subjetividad de Labarca³, dijo de ella:

2 Inserta de manera decididamente política en el contexto del Chile en la primera mitad del siglo, Labarca deseó formar parte de lo nuevo sin desechar lo tradicional. Se instaló en el tono de la época, en ese desplazamiento que inevitablemente implica vuelco, revuelo, desorden, desplazamiento y emergencia: militante del Partido Radical, militante feminista, académica de la Universidad de Chile. Tuvo a su cargo la labor de Extensión Universitaria en 1907, desde allí impulsó lo que llamó Conferencias Populares convocando a sindicatos obreros y organizaciones culturales. Fue la primera mujer en ser nombrada académica en la universidad mencionada y, por último, se desempeñó como funcionaria de las Naciones Unidas. Los avatares en su acción y pensamiento se encuentran conectados con cierta intensidad de transformación y cambio en la segunda modernidad latinoamericana. Ver: Luongo, Gilda, 2002, p. 261-287.

3 González Vera, escritor chileno (1987-1970), es quien estimula a Labarca para publicar sus textos fragmentados en los que trabaja su subjetividad en crisis. Finalmente el texto armado para la publicación es: Labarca, Amanda, 1945.

“Siempre su actitud es la de partir”

En la época en que Labarca escribe su diario, los espacios urbanos sociales, económicos y geográficos incitaban a la necesaria disposición hacia el vértigo de lo móvil y por lo tanto incierto. El movimiento acelerado de la disposición urbana abría puertas y ventanas para el montaje de escenas y escenarios no imaginados hasta entonces⁴. Pasos y trasposos de todo tipo, coexistencia de sujetos, proyectos políticos y culturales dan a los años en que Labarca trabaja, piensa y desea, una densidad ante la cual la sujeto intelectual no quedará ajena, por lo tanto se sentirá compelida a actuar e incidir en este tono epocal. Por ello me interesa considerar la figura del viaje como una estrategia discursiva que devela las conexiones entre acción, pensamiento y afectaciones en la subjetividad de esta mujer. Anclada en el proyecto modernizador del feminismo que desea promover, la escritura de Labarca puede ser leída en este sentido como un entramado móvil, fluido, que implica lucha, búsqueda en la invención de posibilidades y estrategias. Así re-interpretada en clave feminista es posible deconstruir lecturas que han hecho aproximaciones poco profundas determinando que sus escritos sólo tienen un carácter pedagógico, docilizador y por ello carentes de complejidades más profundas.

El movimiento fundamental que deseo resignificar es aquel del viaje, concebido como itinerario⁵. Este último término funciona asociado a las nociones de

4 Ver: Romero, José Luis 1976, pp. 247-318 y De Ramón, Armando s/f, pp. 157-235.

5 A partir de las elaboraciones conceptuales de “mapa” e “itinerario” en la modernidad hechas por Abril Trigo he detectado dos movimientos que toma el viaje en la escritura de Amanda Labarca. Uno de ellos es el que examino a partir de la noción de “viaje/itinerario” en el presente artículo. Otro es el que he llamado “viaje/mapa”. En éste último ejercicio heurístico cabe lo que Labarca relata y describe en las experiencias de desplazamientos geográficos puntuales y cuyo propósito consiste, según mi lectura, en distanciar la experiencia de ese conocimiento viajero para objetivar posibilidades de prueba del modelo feminista extranjero, primer-mundista, en América Latina. Es casi un ordenamiento sistemático a partir del cual queda explícita en la escritura la (im)posibilidad de la réplica en este lado del sur. Es un ejercicio en “voz alta” que implica ensayo imaginado. No hay pleno convencimiento sino más bien ímpetu de concreción que se vincula al deseo de constituirse en agente feminista modernizador, -situado desde la estrategia de la “no agresividad”-, aun cuando Labarca sabe que el proyecto feminista es una de las “mudanzas violentas y penosas” que alteran a las/los sujetos y sus relaciones en esta modernidad latinoamericana. Ver: Trigo, pp.273-291; Luongo, 2004, pp. 69-84.

“camino” en su etimología latina⁶ y extrapolando esta imagen activo las nociones de paso, traspaso, acompañar, repasar, traspasar, rebasar. Todas estas asociaciones contienen un ritmo, una frecuencia y una duración relativos al tiempo subjetivo, antes que al cronológico. Aplico estas significancias a una escritura única en Labarca en tanto nunca fue pensada para su publicación, y única también porque escenifica conflictivamente una subjetividad enfrentada a los avatares de su entorno. Entre estas escenificaciones se encuentran expuestas las dudas respecto de su proyecto, de su sentir, de las afectaciones conectadas con el posicionamiento o lugar que el devenir “sujeto feminista” implicaba. Este desplazamiento interior muestra a una sujeto que transita agónicamente -y oscilante- entre el amor y el dolor. En estos escritos la razón ilustrada como sostén de la subjetividad queda entre paréntesis para abrir otra vía posible: la de la espiritualidad imaginada.

Las experiencias en el contexto de las décadas del 20, 30 y 40 del siglo XX arrojan a los sujetos a una especie de vértigo en el que pulsa la relatividad de los valores clásicamente asentados: la belleza, el bien y la verdad. Los procesos de la vorágine social, económica y cultural imponen un trayecto alterado. En este panorama es muy probable experimentar la sensación de la nada y del sin sentido. Aparece una migrancia posible que es interior y que se instala desde la concienciación del sí mismo enfrentado a optar por la vida o la muerte. De este modo en la escritura del viaje interior individual, Labarca pareciera estar en soledad. El colectivo social y político del feminismo queda suspendido, ensombrecido, sosteniendo casi en vilo a esta subjetividad que se desea ligada a una praxis y a una utopía posible. La elección de esta vía implica experimentar un tono áspero y nebuloso, protegido o acunado sólo por ondas de misticismo y espiritualismo, vertiente que -como corriente filosófica-, subyace en las manifestaciones culturales, artísticas y en la sensibilidad de la época⁷. Lo más probable es que Labarca en su paso por La Sorbonne haya leído a Henri Bergson, uno de los filósofos importantes en esta corriente de pensamiento, cuyos escritos gravitarán de tal modo que se convertirán en referencia central de las transformaciones feministas deseadas⁸.

6 Ver: Corominas, Joan, p.340.

7 Ver: Subercaseaux, pp. 56-70.

8 Manuel Vicuña, señala que Iris, la escritora que participa con Labarca en las instancias del colectivo de mujeres “Círculo de Lectura”, había asistido a clases con Bergson en su estada en Francia y lo más seguro es que haya formado parte de las discusiones y encuentros de ese

La expansión de las experiencias de la modernidad instala “fantasmas en las calles y en el alma”, como señala Berman⁹. De algún modo Labarca elabora en su producción cultural comprometida políticamente, esta otra reflexión escritural de vías más sinuosas para acrecentar y solventar aquellas energías que, en el contexto epocal moderno, desgastaban la creatividad y los impulsos vitales¹⁰. Labarca hace este trayecto en la escritura de *Desvelos en el alba*, texto fragmentario en el que se recogen escritos breves, de diverso tipo. En él plantea reflexiones que se despliegan a modo de monólogos, desde variadas temáticas relativas a la intimidad y a la indagación íntima.

Los textos están fechados y situados desde el lugar en el cual se escribe, casi a manera de un diario íntimo o de una bitácora de viaje. Algunos son localizados en medio de un desplazamiento físico, por ejemplo: “En alta mar”, “Toledo” o “Concepción”, siempre se precisa la fecha señalando día, mes y año. Así los textos están distribuidos entre 1925 y 1934. En la introducción, hecha por Labarca, la autora señala, a modo de advertencia, las condiciones de producción de estos escritos. Explica su carencia de intencionalidad artística, así como de publicación y destaca su valor más bien de: “palpitación humana”¹¹. Pareciera entonces que la autora los desea como portadores de una (in)cierta intensidad emocional, cuyo ritmo se moviliza como un devenir constante. Por lo tanto, para efectos de su lectura Labarca apela a una escucha que se quiere posicionada desde otra zona, no intelectual o más bien descentrada del tradicional paradigma ilus-

grupo de lectura. Vicuña hace una interesante aproximación a los espacios culturales que las mujeres de la elite nacional crean para implementar su autoeducación. Realiza un contrapunto interesante entre dos de las instancias grupales de mujeres de clase alta y media: el Club de Señoras y el Círculo de Lectura. Ver: Vicuña, pp. 29-143.

9 Berman, en su texto de sugerente título nos pone de lleno en este tono fantasmático de cierta modernidad que en América Latina tendrá sus propias y singulares disonancias. Ver: Berman, p. 4.

10 La modernidad, según Braidotti, se caracteriza por las cambiantes condiciones del estatus de todas las minorías en los niveles socio-económicos y discursivos, entre ellas, las mujeres. La emancipación femenina y su integración a la fuerza laboral, a la vida intelectual y a la vida política han ocurrido en el mundo occidental y constituyen uno de los fenómenos más importantes, dada su complejidad, desde la perspectiva feminista. La feminista italiana de la diferencia propone indagar en la discusión feminismo/modernidad ya que en este cruce surge una paradoja inevitable. Esta alude al hecho de que la modernidad, como periodo histórico, necesita integrar social, económica y políticamente a las mujeres. Así invierte los modelos tradicionales de exclusión y opresión de las mujeres. Ver: Braidotti, Rosi, 2000, pp. 110-130.

11 Labarca, Amanda, 1945, pp. 25.

trado. El espacio de lo íntimo expone las fragilidades, escenifica la conexión con el sí mismo de modo secreto, para sí, en un tiempo repetido hasta el infinito que exorciza, de algún modo, el tono monocorde de la cotidianidad. De esta manera resulta ser el volcamiento de la expresión y su emergencia en la escritura lo que produce el alivio de las emociones en tensión.

En la década del 40, -presente en que Labarca sitúa la lectura de este texto y por lo tanto de su *autorización*-, confiesa que estos escritos le parecen extraños. Dicha extrañeza está conectada con el paso temporal y su re-visión desde el presente que pareciera haber superado el pasado cercano. Esta lectura distanciada es capaz de provocar en la autora el darse cuenta, con sorpresa, que se siente más vinculada al presente de esa modernidad puntual, la de 1945, y a su futuro que la “alucina”, antes que ligada al tormento de una o dos décadas atrás. También solicita el perdón de los lectores por esta escritura ya que tiene un sabor menos placentero. Asimismo, parece pedir disculpas por arrojarlos esta producción situada de manera marginal, carente del tono cuidadoso de los escritos públicos para ser publicados. En este gesto discursivo reconocemos el exceso de esta exposición ante los/las otras. Hay detrás de su confesión, de su explicación y de las excusas el develamiento de cierta obscenidad en esta apertura de su intimidad, una desmesura de la que se quiere distante. Sin embargo, también leo un gesto político en tanto opta por publicar estas divagaciones secretas que muestran una alteración en el ordenamiento social normativo e higiénicamente instaurado. Correr las cortinas de lo invisibilizado es provocar otra manera de ver desde la subjetividad femenina, es reconocer tal vez la *otra* sujeto, la de la sombra, del relieve tenue, de los rasgos difusos.

El itinerario: la emergencia del relato

Desvelos en el Alba remite como imagen a un espacio/tiempo otro que aquel cronológico y mercantil de la modernidad. La percepción y sensación de esa luz tenue antes de la salida del sol ofrece un *tempo* que no es el del reloj. Por otra parte, el primer término del título “desvelos” es polisémico: vigilancia, celo, estado de alteración del sueño y también descubrimiento, quitar el velo a algo que estaba cubierto, oculto. Ambos despliegues de sentido están dibujando posibles entradas. El itinerario que ofrece la escritura de dos acápites del texto “Opiniones” y “Páginas personales” se inscriben en esta multiplicidad de tonalidades. La escritura se sitúa desde un *locus* que emprende cierto desplazamiento ubicado en

la reflexividad interior. Las sensaciones de orfandad y desvarío de estos textos breves portan cierto extrañamiento respecto del ordenamiento social y cultural que rodea a la sujeto de la escritura:

“Tras días amargos, vuelve a alucinarme la sirena de las cuencas vacías. Vivir es un esperar estéril, es morir lentamente. ¿Por qué no tarjar de un golpe estas horas que nos llevan inexorablemente hacia la vejez, la ruina, la definitiva renunciación?” (Labarca, 1945:111-112)

El desplazamiento es hacia la muerte como posibilidad de liberación del sin sentido. Hay un paso del tiempo ligado a cierta inexorabilidad del acabamiento de la energía vital. Esos años fechados por Labarca son entre el 24 y el 29. El tono se transforma cuando aparece lo que ella llama “una energía subconsciente”. Sin embargo, un permanente péndulo sitúa los relatos como trazos sobre un tiempo/espacio con ritmos disímiles. Tal vez es el *tempo* de la experiencia vivida que se deforma y vuelve repetidamente para convertir lo que era familiar en un extrañamiento, semejante a la densidad simbólica e intra-psíquica propuesta por la zona freudiana de lo siniestro¹². Ajenidad del sí mismo en el presente del relato torturado que evoca ese allá y entonces en que la energía vital se desbordaba plena. El viaje interior como proceso posibilita a esta subjetividad incursionar también a la inversa. Equilibrio y mansedumbre de cierta percepción del tiempo en el “aquí y ahora” que hace ajeno el “allá y entonces” de la tortura y el desequilibrio:

“Con qué dulcedumbre van escurriéndose las horas! En la vorágine que Chile es hoy, me parece que mi hogar y yo hemos sido lanzados a un lejano remanso, a donde los ecos del tumulto llegan amortecidos [...] ¡Qué distinta que soy de lo que fui hace apenas dos o tres años!” (Labarca, 1945: 111-112)

No hay equilibrio en ese constante pendular de la vida y la muerte:

“Me parece que estuviera pisando en una tembladera en la cual me hundiera cada minuto más [...] Mis ímpetus, mi desafiante actitud interior, ¿dónde están? ¿Es esto envejecer?” (Labarca, 1945:118-119)

12 En la elaboración que Freud hace de lo siniestro señala que la incertidumbre intelectual es condición básica para que se dé el sentimiento de lo siniestro, sería también algo así como sentirse perdido, desconcertado. Ver: Freud, 1978.

Es el año '30, cuando Labarca tiene alrededor de cuarenta años, pero siente/percibe que su trayecto está llegando a su fin. La revuelta interior la sitúa en una migrancia: es la identidad en crisis de una sujeto feminista que se interroga dando lugar a la alteridad de sí; otra sí misma indaga por lo que está llegando a ser en el traspaso de cierta modernidad. El estado de alerta, sin embargo, la ubica en la situación del límite existencial.

La escritura de *Desvelos* así como afirma la agonía, asienta la vertiente espiritualista ligada al sentido místico, al hábito religioso, a la intuición ideal que posibilita el consuelo del dolor y su fecundidad. Esta experiencia de lo espiritual no es sólo una posibilidad individual, también se sugiere colectiva al afirmar Labarca que la comunidad puede permanecer abierta a este flujo energético. El instinto místico, en palabras de la autora, posibilita la emergencia de la fuerza creadora de dioses. Estos planteamientos están en plena sintonía con Bergson cuando el filósofo francés afirma:

“esa cosa que sobrepasa el cuerpo de todos lados y que crea actos creándose nuevamente es el “yo”, es el “alma”, es el espíritu [...] el espíritu es precisamente una fuerza que puede extraer de ella misma incluso más de lo que contiene, entregar más de lo que recibe, dar más de lo que tiene.”¹³

Labarca se sitúa descentrando el paradigma epistemológico racional, positivista e ilustrado cuando reafirma que la espiritualidad ofrece esta otra forma de conocimiento que suple las deficiencias de la comprensión racional. Toma posición en la búsqueda por descubrir aquella filosofía que permita aunar lo espiritual: energía, sentimiento, espíritu y lo material que contendría el cuerpo, el órgano y su función. La autora aspira a generar, filosóficamente, síntesis que integren planteamientos diversos sobre la experiencia humana, antes que afirmar dicotomías excluyentes. En este sentido los planteamientos bergsonianos abren la proximidad de las relaciones entre cuerpo y alma o materia y espíritu, aún cuando la vía de este conocimiento sea la intuición.

La estrategia de viaje en la escritura *Desvelos en el alba* de Amanda Labarca me parece que activa la lectura de un sujeto intelectual móvil, que fue capaz de exponerse al riesgo de la desestructuración en las experiencias de la modernidad de la mitad del siglo XX. El viaje interior implicó en ella el desciframiento de

13 Bergson, Henri 1949. La traducción es nuestra.

sus propias claves internas, el recorrido de territorios y tiempos desconocidos; experimentar la extranjería de la alteridad de sí y de los otros/otras; percibir la orfandad como extrañamiento social; constatar el forasterismo y la sorpresa en la percepción existencial alterada. De este modo el ojo y el alma en Labarca están puestos con toda su intensidad en el propio mundo subjetivo como desplazamiento al modo de itinerario (trazos fluctuantes sobre un *tempo*/espacio de la experiencia vivida, repetido en la lentitud de la incertidumbre).

Ahora nos mueve pensar cuánto de aquella intención político-cultural del viaje/ itinerario agónico y en crisis resuena en nosotras o nos conmueve desde nuestro presente. Tal vez queda sólo el guiño comprensivo de esas modernidades pasadas que alcanzan a alumbrar débilmente los avatares político-culturales de los viajes subjetivos tan radicalmente disímiles de hoy.

2

“me adelanto en salvar lo esencial: mi obra no escrita”

Antonieta Rivas Mercado

De la producción escritural de Antonieta Rivas Mercado heredamos los fragmentos de un impulso creador signado por una urgencia inconclusa. Este, su sello general, se instala en contrapunto con uno de los escritos que la intelectual mexicana logra terminar: *La campaña de Vasconcelos*¹⁴. Resulta sintomático que este texto producido para enaltecer al “héroe” haya sido pensado por la autora como una posibilidad de inserción en el medio intelectual mexicano. El único texto finalizado por la autora surge, por lo tanto, desde la exigencia y voluntad creadora autoimpuesta que anhelaba la inserción en el ámbito público y en consecuencia, el reconocimiento¹⁵.

14 Schneider Luis Mario (comp.) 1987, pp. 33-183. El texto elabora a manera de ensayo-crónica la campaña presidencial de José Vasconcelos en México. Antonieta Rivas Mercado escribe el texto fuera de México, después de abandonar su denominación como asesora y acompañante en el trayecto que Vasconcelos hizo por México en el año 1929. El lugar de la amante de Vasconcelos no lo abandonará sino hasta su muerte.

15 Judith Butler señala que todo deseo está animado por el reconocimiento y si el género está animado por el deseo, entonces todo género aspira al reconocimiento. Ver: Butler, 2006.

Hay otro impulso creador, sin embargo, que no alcanza a materializarse. Esa escritura siempre se verá aplazada, casi como un deseo que no llega a término, aun cuando la urgencia implique escribir una y otra vez planificaciones que ponen a ésta, su creación imaginada, en el lugar de lo posible. A este péndulo creador de posibilidad e imposibilidad aparece conectado su desapego, su cansancio, el desamor, que la dejan en el sitio próximo al suicidio, inaplazable por mucho tiempo. El gesto de muerte es otra obra/acto de Antonieta Rivas Mercado¹⁶. Leo en este gesto/acto su expresión libertaria, algo de la (in)completud que la deja instalada en la escena intelectual junto a otras magníficas de impulso suicida de nuestra literatura latinoamericana. Interpreto este acto final como la escenificación de la muerte por impulso de tanta vida, no la carencia de vida sino su exceso, poner en escena la pasión, para dejarnos a los/las espectadores/as pensando y viviendo en ese pensamiento creación de una mujer de comienzos del siglo XX.

Sostengo que la potencia de esta escritora radica en lo que llamo “la intensidad” de su acto gestual y verbal creador. En esta línea de trabajo postulo esta escritura próxima a lo que Deleuze y Guattari llaman “literatura menor” que se ofrece marginal a lo institucionalizado hegemónicamente en el ámbito de lo literario, pero que desde su intensidad fragmentada o no acabada, resulta políticamente fructífera¹⁷. Antonieta Rivas supo crear un “devenir menor en su escritura” y en esa instalación generó su vínculo con lo político: el posicionamiento de una sujeto creadora que supo conectar su ímpetu artístico con otros nudos culturales, sociales e ideológicos cruzados por la diferencia sexual.

En esta vertiente nos interesa plantear una (in)cierta desterritorialización socio-cultural que ocurre en la exploración que algunas mujeres intelectuales llegan a hacer de la expresión verbal posibilitando en ese gesto la creación artística. Hay una línea genealógica en esta producción de mujeres que informa de su especificidad en tanto sujetos en tensión, posicionadas en los márgenes dada su condición sexo-genérica, pero intentando a la vez instalarse en lugares más centrales de la cultura. Lugares que, por cierto, constituían espacios de privilegio para los varones. El lenguaje, como materia signica usado por minorías situadas de manera marginal en la cultura, es alterado, de algún sentido, en su fluidez, minado en su decibilidad escritural, en sus estrategias lógicas. La reflexión de Antonieta

16 Ver: Vicky Unruh 1998, pp.61-84.

17 Guilles Deleuze y Félix Guattari 1978, pp. 28-44.

Rivas Mercado respecto de la diferencia genérico-sexual fue uno de los núcleos que condicionó la forma de su contenido escritural y está presente en sus diarios, cartas, cuentos, ensayos críticos, así como en los fragmentos de su novela y del teatro. Es posible pensar que el acceso a la producción escritural por parte de las mujeres de esta época hace de su escritura un lugar imposible. Sin embargo, subvertir este mismo tono reflexivo, posibilita considerar también la “imposibilidad de no escribir” que incita la transgresión de los dominios culturales. Entonces esta inevitabilidad de escritura grita su propia alteración.

Sostengo que la escritura de Rivas Mercado devela su complejidad porque está alojada en un impulso creador que forma parte de su proyecto cultural *otro*, una suerte de montaje que va a contrapelo de aquellos proyectos que son viables en su contexto. El suyo está conectado pulsionalmente a su vida escenificada en la pasión y en la diferencia resistente más que en la obediencia ante los mandatos culturales y sociales. Es por ello que el suicidio encaja de manera perfecta como acto, como escena de un guión que no concibe otro final en su obra/vida.

Antonieta Rivas Mercado nació en México en 1900, es decir que su impulso creador la instala en pleno desarrollo de la modernidad latinoamericana y la sitúa también en el México revuelto y complejo post Revolución Mexicana¹⁸. Desde sus primeros años recibe una formación privilegiada dado que su padre y su madre pertenecen a la burguesía nacional. Viajará tempranamente a Europa y en sus estudios con selectas institutrices extranjeras aprenderá latín y griego, leerá a los clásicos así como dominará el francés y el inglés. Salvador Novo dirá de la escritora:

“Ella que una vez quiso estudiar para linotipista, que ha viajado por todo el mundo, que nada, monta a caballo, que ha emprendido cursos de filosofía y de idiomas.”¹⁹

La figura de Antonieta Rivas representa, en el contexto de la década del 20, a la mujer moderna en el devenir de su liberación sexo-genérica así como en búsqueda de identidades más flexibles que transgredan el calce genérico de la época. Su formación intelectual y artística la impulsará a mantener vínculos con intelectuales destacados, tanto nacionalistas como vanguardistas. Es, tal vez, esta

18 Ver: Franco, Jean 1994, pp.140-168.

19 Citado por Vicente Quiriarte, <http://www.jornada.unam.mx/2000/abr00/000429/cul4.html>.

vinculación con los polos en tensión de la cultura mexicana lo que la posicionará más radicalmente es cierto *topos* que se pretende ambigüamente cercano y a la vez lejano de ambos. Es la búsqueda vagabunda del espacio propio tensionada por estos extremos lo que la vuelve resistente a permanecer para siempre en un solo tono de impulso vital, por ello se dispuso siempre a la errancia en la creación y al desplazamiento territorial en huidas o peregrinaciones.

A fines de la década del 20 inicia sus viajes a Nueva York y a Francia. Escribe cartas de amor y su *Diario de Burdeos*, trabaja en traducciones literarias y adaptaciones de novelas al teatro. Intenta la escritura de sus novelas y también escribe algunos artículos sobre la condición de las mujeres mexicanas²⁰.

El desplazamiento territorial de Antonieta Rivas Mercado, sus viajes para sanar o para huir de México con su hijo, sus amores y deseos, las resistencias y entregas a la hipertrofiada presencia de los “padres/dioses/amantes” intelectuales, están en su escritura de manera que es imposible desvincular mundo público o privado. Su escritura completa e incompleta ofrece una suerte de imagen de caja china o muñecas rusas. Todo lo que escribió cabe una y otra vez dentro de cada texto: las *Cartas* en el *Diario*, éstas en *La Campaña*, esta última en sus obras de teatro, sus cuentos en su *Diario*, su novela en *La Campaña* y en el *Diario* y así sucesivamente, en ese sentido no hay principio ni final en su creación, no hay linealidad, sólo hay intensidad.

El *Diario* sin límites: escritura, emoción y cuerpo

“¿Y no hay más belleza en ceder al instante violento y vivir el resto del tiempo en austero apartamiento a convivir sin pasión”

Antonieta Rivas Mercado (*Diario de Burdeos*)

Antonieta Rivas escribe el *Diario de Burdeos* en Francia. Allí llegó con su hijo de manera clandestina, después de abandonar México para conseguir tras arduos trámites legales, obtener la tuición del niño. En este *Diario* la subjetividad de Antonieta y su cuerpo se funden con su deseo de escritura. El ejercicio

20 Dos son los artículos que aparecen en *Obras Completas*: “La mujer mexicana” e “Ideales de las mujeres”. También aparece la reseña que Antonieta hace de un texto de Margarita Nelken: “En torno a nosotras”. No se han encontrado aún los artículos que supuestamente escribió sobre Sor Juana Inés de la Cruz y otro sobre la Malinche. Jean Franco, en el artículo citado, señala también que habría declarado su intención de escribir sobre Antígona.

de llevar la cotidianeidad instantánea a palabras escritas implica, para la autora, la claridad de sí, de su quehacer intelectual. Es el intento de ordenamiento del caos, lo expresa así: la búsqueda de la verdad que le permitirá concluir con sus proyectos escriturales. Siempre ante sí, la confesión que declara explícitamente, comienza su fluir porque es ella misma la que se asume desde una (in)cierta libertad. Confiesa acerca de los múltiples diarios comenzados pero nunca acabados por temor de que llegaran a las manos de su marido. El secreto es para Antonieta parte de la libertad propia, aun cuando éste lo fuera “a voces”. La escritura del *Diario* se erige como venganza a esa limitación o prohibición institucionalizada. Arma de lucha, el ejercicio escritural del *Diario*, es doble en su constelación: se lo teme y se lo adora, duele y da placer porque ya es un acontecimiento íntimo, consigo misma, de desnudez para sí. Es su batalla. Metafóricamente la decibilidad del *Diario* propone la “batalla cuerpo a cuerpo con la materia extraña.”²¹ Esa materia es todo lo que la intelectual porta desde su subjetividad, es su sensibilidad e inteligencia, es también su “*petit histoire*”²², su iniciación amorosa, su pasión y su razón. La escritura del diario es la ruptura de Antonieta consigo misma y con su construcción identitaria, es este proceso de deconstrucción el que la libera y le posibilita optar -desde la intensidad de la vida- por la muerte.

En el *Diario* el lugar de la reflexión sobre la escritura es central. El texto que escribe, en ese momento, es *La Campaña* y a través del *Diario* devela los movimientos que le implicó dicha producción. También están pulsando, sostenidamente, sus proyectos inacabados y postergados hasta el infinito. Rehace una y otra vez las planificaciones. Dialoga con la posibilidad de la muerte y pelea con la (im)posibilidad de la vida, esa otra vida imaginada que la pone en un lugar más libre. Se impone la escritura como trabajo y planifica en el tiempo sumando y contando los meses de trabajo intensivo. La forma textual es para la escritora el desafío en su escritura. Su proyecto de novela la seduce en esta búsqueda y *La Campaña* le repugna. Esta última escritura la conecta con lo que ella denomina su “responsabilidad histórica para con México” y con su “deseo de saldar con México virilmente”²³. En este sentido la escritora se encuentra tensionada entre

21 Schneider, 1987, p.440.

22 Silvia Molloy, crítica literaria y escritora, usa esta expresión para referir en escritos autobiográficos la materia de una vida relativa a la vida familiar y a la infancia. Ver: Molloy, 1996, 114-115.

23 Schneider, 1987, p.443.

dos polos: la demanda del nacionalismo cultural de México posrevolucionario y el impulso creador vanguardista por el cual ella se siente seducida y conectada al universo sin la necesaria impronta de identidad nacional. Sin embargo, realiza una operación de distanciamiento y reconoce que saldar la deuda con México, que no es sino Vasconcelos, le dará un rendimiento utilitario que solventará sus próximos proyectos de creación.

La tensión y por ende el conflicto intervienen el acto confesional del *Diario*. La experiencia vital de Antonieta Rivas como sujeto femenino se establece entre sus pasiones, sus sentidos, su erótica vinculada al cuerpo sensual, su embriaguez dionisiaca y por otra parte esa necesidad de centrar su “yo” consciente conectado al imperativo del “deber ser”, ser la razón. En esta línea se afilia con su gemela, Sor Juana, quien se obligó a crear en el México colonial. Antonieta la emula ahora en pleno México del siglo XX que comienza a padecer la modernidad de una República herida. Al igual que Sor Juana, la solitaria inauguradora de la modernidad feminista, Antonieta se asocia al conocimiento, al saber y a la creación verbal. Idea, planifica, desea escribir en el siguiente orden: su novela incompleta, los estudios sobre las madres, escribir teatro, otras dos novelas y cuentos cortos. Todos estos trabajos tienen títulos y temáticamente rondan la sexualidad, la sujeción, el dolor, la maternidad. Sin embargo, la parálisis de la labor creadora estalla una y otra vez. En la confesión señala que es la emoción lo que la detiene, que la petrifica y detiene ante el impulso creador, esa es una de las verdades que la atormentan y de la que quisiese sanar. Depende afectiva y emocionalmente de los otros y esa fractura que la cruza la deja en la incompletud, en el fragmento. Se dice a sí misma, consciente de la fragmentación de su producción y obligándose:

“He de poner mi trabajo en su totalidad, más allá de los desfallecimientos o de las altas tensiones de mi emoción personal.”²⁴

Su cuerpo es su otra verdad, se enferma, se paraliza carente de energía. El soma de Antonieta habla sin cesar en sus síntomas. Es una presencia que ella no quiere dejar de lado. En el *Diario* expone el diagnóstico de su padecimiento: antes y después de la menstruación. El flujo de sangre aparece como el límite de la resistencia del cuerpo. Escritura en el papel con sangre, escritura del cuerpo. El flujo como exceso y como desborde que señala así:

24 Ibid, p. 455.

“Antes -hace meses- los días que precedían la menstruación eran marcados por una excitación sexual, una necesidad clara de vida sexual, ahora no interpreto el desgaste de energía del cerebro como causa, ya que la única cura evidente a mi enfermedad periódica es la disminución de tensión intelectual, es la revancha del sexo destronado.”²⁵

Vida sexual y cerebro, como dice la autora, están ligados y en las mujeres esta inevitabilidad marca la experiencia vital así como la creadora. Antonieta habita su cuerpo del modo en que habita en su escritura y lo hace desde esa especificidad genéricamente marcada. Su decibilidad acoge la experiencia alterada del cuerpo femenino que sangra y al hacerlo hiere la experiencia intelectual, mancha la escritura, la suspende y deja su huella. También la tinta de la escritura mancha y penetra ese cuerpo, lo deja marcado. Son inevitables ambas producciones, la corporal sexual y la escritural-intelectual. Por eso luego de “escribir sobre la escritura”, expresa la incertidumbre sobre su vínculo amoroso con Vasconcelos en el futuro. Este vínculo aparece de manera múltiple en ella y su deseo. En primer lugar lo entiende como trampolín para su propósito literario y de inserción social. También se imagina su esposa, por ende, ya no más su amante; se dejará influir por él, pero será independiente, tendría así el lugar respetado socialmente. Por último Vasconcelos es la figura del macho, esa que Antonieta es capaz de desear sin trabas sexuales, físicamente le atrae:

“Su presencia me humedece, subyuga y retiene”²⁶.

Esta decibilidad de Antonieta Rivas, la del *Diario*, que sostengo es toda su escritura, culmina en el Epílogo en las *Obras completas*²⁷. Esta es su última actuación en la escena de la cultura latinoamericana del siglo XX: la escenificación de la opción por la muerte, el suicidio, y su planificación en detalle. En ese gesto resulta cercana al tono más vitalista, es que de tanta vida elige la muerte. No es

25 Schneider, 1987, p. 457.

26 Ibid, p.464.

27 Curiosamente, Mario Schneider titula como “Epílogo” la escritura de la escena del suicidio que Antonieta elabora y la elimina del *Diario* para ponerla, fragmentariamente, antes del *Diario de Burdeos*. Este fin de la escritura de Antonieta queda alterado y anticipado en las *Obras Completas* de la autora. La razón que interpretamos para esta solución editorial está vinculada a la censura que pesó largo tiempo sobre esta opción de vida de la autora mexicana. Es de alguna manera negarle todavía su gesto afirmativo de decidir sobre su vida como acto final.

un sacrificio, no es el punto culmine de su victimización como se ha leído reiteradamente. Esta lectura colaboró en el silenciamiento de su labor intelectual, y por cierto también influyó en ello el pudor ante el exceso de esta escena, posible de ser hallada en la pantalla de algún cine o en una obra de teatro: la mujer, intelectual, que se dispara un balazo en el corazón con la pistola del amante, héroe intelectual y político de México, mientras mira a Jesús crucificado en la catedral de *Notre Dame*. Prefiero interpretar este último acto, desde su lectura ávida de Nietzsche, la opción más bellamente egoísta, la más inmoral si es que así se quiere llamar, la que resiste a partir de los viajes y en esa resistencia afirma, dionisiacamente, una subjetividad contradictoria, ambigua, en tensión que opta en toda su maravillosa magnitud libre y creativamente.

3

Para hacerse palabra, el amor requiere una distancia, una ausencia: la
felicidad no se cuenta, se vive, el deseo puede decirse.
Patricia Violi

El texto *Cartas a Ricardo* es una recopilación de cartas amorosas²⁸, enviadas en sus desplazamientos viajeros, la mayoría, por Rosario Castellanos a Ricardo Guerra, en el transcurso de la relación de pareja que mantuvieron cerca de veinte años. Es clave, desde mi perspectiva de lectura e interpretación que esta escritura, amorosamente elaborada, fuese considerada por Rosario Castellanos como un texto que ella deseó que fuera publicado después de su muerte (1974). Cuidadosamente, una vez que las recupera, las deja en manos de Raúl Ortiz y Ortiz, uno de sus más queridos y constantes amigos. Este gesto (amoroso) de la escritora aguda e incansable que fue, señala que percibió en ellas esa complejidad escritural ofrendada a los ojos de lectoras y lectores. Rosario Castellanos se sintió siempre muy cerca de la escritura autobiográfica, escribió sobre ella y leyó autobiografías. Inclusive señaló como uno de sus defectos lo fácil que le resultaba contar su autobiografía a la menor provocación e incluso sin provocación²⁹. Se fascinaba ante la posibilidad de que autoras y autores se crearan y recrearan mediante la

28 Ver; Doll, Darcie, 2004, pp. 153-172.

29 Rosario Castellanos, 1994, p. 121.

escritura. Como señala Poniatowska en el prólogo del mismo texto, si Rosario no hubiese escrito nada más que sus cartas habrían bastado para mostrarse como la magnífica mujer que fue, con una tremenda sensibilidad y lucidez para vivir y para re-crear en su escritura las obsesiones, delirios, goces y anhelos que inventaba desde sus proyectos vitales.

Son setenta y siete cartas organizadas en el texto a partir del eje temporal, es decir, siguen el orden cronológico en que fueron escritas y enviadas. Los años de la escritura epistolar son 1950-1952 y 1966-1967. Estas dos etapas develan a la escritora de siempre y a una sujeto mujer compleja, ambigua, contradictoria, con clara percepción de sí misma, capaz de una crítica y autocrítica radicales. Las cartas de la primera etapa son las de los años 1950 y 1951. Rosario Castellanos en esta época tiene 25 y 26 años. En los años 1966 y 1967 tiene 41 y 42 años. No es más que el viaje del devenir sujeto en/desde el amor el continente y el contenido del epistolario. Este devenir lo planteo conectado a la figura del viaje, viajes que Rosario emprende de modo intensivo y extensivo³⁰.

En el primer viaje, Rosario Castellanos ya se sabe con una vocación literaria fuerte, aun cuando esta misma la atormentaba por la autoexigencia que se imponía para llevar a cabo sus proyectos. Siempre fue muy crítica de su escritura. Para Castellanos el ejercicio crítico es una “tentativa de entendimiento”. Esta pasión por entender está reflejada en toda su obra³¹. Desde la primera etapa, o primer viaje, nos damos cuenta que su tránsito por la escritura ha comenzado y que ello nunca tendrá término.

Quiero referirme sintéticamente a la dicotomía público/privado que constituye uno de los ejes que ha articulado nuestras sociedades jerarquizando los espacios y marcando la diferencia genérica. Creo que es de vital importancia en tanto cruza la creación y recepción de los géneros menores o también llamados referenciales y que han sido estudiados en tanto producciones marcadamente femeninas o como territorio de la escritura femenina. Estas cartas de Rosario se inscribirían en este ámbito, sin embargo es interesante indagar en esta producción que difiere de los otros textos de Rosario Castellanos porque se sitúan

30 Sigo a Gilles Deleuze cuando elabora las nociones de “migración extensiva e intensiva” en su texto *Derrames*. Ver: Gilles Deleuze, 2005, pp.90-93.

31 Rosario Castellanos fue una escritora prolífica. Produjo escritura en todos los géneros literarios canónicos: poesía, narrativa (cuentos y novelas), drama, ensayos; asimismo, exploró en tipos textuales heteróclitos, tales como artículos periodísticos y géneros menores.

entre los géneros canónicos: poesía, novela, cuento, ensayo. La cuestión de la subjetividad femenina en proceso adquiere rasgos particulares en estas cartas en tanto la referencia es más directa entre el “yo”, sujeto de la enunciación textual, y el “yo” extratextual, además del material textual que alude directamente a la existencia material e histórica de la escritora, como datos de una experiencia de sujeto femenino rastreable.

La jerarquización contenida en el par público/privado ha otorgado al mundo masculino el espacio público y a la mujer el espacio de lo privado. Obviamente las distintas épocas han determinado de diversa manera esta dicotomía. Sin embargo, interesa relevar que en cualquier época la cuestión de la valoración ha cruzado este par de opuestos. El espacio de mayor prestigio ha sido el de lo público, el espacio que se ve, el de aquello que está expuesto a la mirada pública y que por lo tanto alcanza relevancia. El hacerse reconocer es uno de los ejes que marcan este territorio. También el espacio de lo público por ser el del reconocimiento se constituye en el más y menos, es decir, en los grados de competencia. En comparación, el espacio privado es menos valorado. Las actividades que allí se llevan a cabo no se ven, no entran en la competencia. A este espacio asignado desde siempre a las mujeres, con distintas variantes, pero siempre desde un atributo de valoración, Celia Amorós³² lo ha denominado como el de la indescernibilidad, puesto que no hay parámetros objetivables para hacer trascender los límites de aquello que no se ve. Las mujeres en este sentido constituiríamos las idénticas, en términos de que no hay individuación posible. Siempre hay una genericidad gravitando desde la generidad. En el espacio público, por el contrario, puede ocurrir la individuación. La individuación la entiendo, siguiendo a Amorós, como la posibilidad de ser, no sólo ontológica sino también políticamente. El reconocimiento que conlleva la individuación está íntimamente relacionado con el ejercicio del poder y la marca del lugar que se ocupa³³. El *ubi*³⁴ diferencial se instala en ese espacio compartido entre iguales, es decir entre varones. Castellanos a partir de este despliegue de producción escritural de viaje deconstruye el lugar de

32 Amorós, Celia, 1990, pp. 5-33.

33 La apolítica del reconocimiento ha sido trabajada de modo inteligente y provocador no sólo desde la matriz moderna, vinculada a la democracia, a las políticas identitarias y al paradigma de la igualdad, sino también desde el paradigma postmoderno. Judith Butler es una de las representantes feministas más rigurosas que elaboran un abordaje a la noción del reconocimiento posicionada teóricamente desde las políticas postidentitarias y la teoría *queer*.

34 Amorós, Op.cit.. Por *ubi* se entiende el lugar o espacio de la diferencia.

lo privado jerárquico y normativamente estructurado. El espacio autobiográfico viajero en estas cartas está cruzado por este entramado que se genera entre lo privado/lo público, la diferencia genérico-sexual y las relaciones de poder.

El primer viaje en/desde Rosario Castellanos

Sólo como de viaje, como en sueños...
como quien ama un río... como quien hace casa para el viento.

Rosario Castellanos

“¿Será que las cartas reconocen siempre por último destinatario al remitente?” Esta interrogante que propone Marcelo Abadi³⁵, tiene una respuesta afirmativa en el epistolario de Rosario Castellanos. Desde mi lectura es una clave para indagar en este texto la problemática autoreferencial. El destinatario es el remitente. La mayoría de los críticos/as señala la importancia de definir la carta como un texto cuya función comunicativa dirigida hacia el otro es esencial. Patricia Violi³⁶ enfatiza que el modo en que esta función ocurre en este tipo de texto es lo que lo transforma en un género específico. Quiero problematizar, a partir de las cartas que Rosario escribe en la primera etapa 1951-1952, el hecho de que la comunicación interpersonal pueda ser un *pretexto* para elaborar una producción cuya intención última sea verse a sí misma autorreflejada. Por lo tanto, forma parte del viaje que conforma la autofiguración de la sujeto que enuncia, arma, crea desde sí, ante un espejo: la escritura epistolar. En esta propuesta queda en segundo lugar el fenómeno de la necesidad de la comunicación entre dos y la consiguiente respuesta queda en suspenso. No desconozco que la carta sea un texto dialógico por excelencia. Lo que cuestiono es que este diálogo puede ser en primer lugar con/desde el sí mismo. El diálogo diferido, más bien aplazado con el otro -Ricardo Guerra en el caso de Castellanos y sus misivas amorosas-, del que habla Violi es lo que buscó, lo que decidió en el quehacer solitario e introspectivo la escritura epistolar de Rosario Castellanos. Esta ha sido su propia opción: “¿Cómo te diría que estoy triste? Si se tratara de la ‘vaga, metafísica y vergonzosa tristeza de existir’ no habría problema, pues la tenemos bien codificada y

35 Abadi, Marcelo, 1993, pp. 33-53.

36 Violi, Patricia, 1987, pp. 87-99.

definida. Pero esto es otra cosa. No es propiamente tristeza. Inquietud por haber diferido la realización de un deseo, de una esperanza”³⁷.

En el caso de la selección de cartas mencionadas, ocurre que dado el tipo de relación establecida y los avatares de la sujeto que enuncia, el carteo implica un viaje introspectivo que devela más a la sujeto que al tipo de relación establecida. La sujeto posterga la relación “cara a cara” de la otra comunicación y elige ésta, la de la escritura en la distancia. En este mismo sentido quiero mencionar lo que señala Pedro Salinas respecto del “equivoco del destinatario”. Señala este autor la posibilidad de tres destinatarios distintos: el primero es quien redacta la carta: “Narciso involuntario (inclinado mientras escribe) sobre una superficie en la que se ve, antes que a otra cosa, a sí mismo”.³⁸

Esto es lo que ocurre en la escritura de la primera etapa del texto de Rosario Castellanos. La misma autora señala el compromiso de escribir “siempre” aun cuando no reciba respuesta. Este “contrato” no lo hace desde el otro sino desde y para sí. Condicionado, tal vez, porque ha sido ella quien “ha partido”. En ese doble viaje por México primero y Europa después, en/desde ella misma crea un mapa abierto, con múltiples entradas y salidas, a veces laberíntico y engañoso. Curiosamente el contrato al que se obliga, la autora lo establece vinculado con la seguridad que tiene respecto de una relación “real”. Sin embargo, la sensación permanente del vínculo es fantasmática. La carta es el viaje, su devenir sujeto y la sombra en la que se proyecta el fantasma del vínculo (im)posible.

El contrato lo establece para construir desde el viaje lo que significa su descubrimiento personal: “Ahora que ya estoy segura de que lo que hay entre nosotros es real y cierto, le escribiré mucho, sin esperar a que lleguen sus respuestas. Si usted quiere haga lo mismo. Me dará una gran alegría”³⁹; “No me deje de escribir nunca. Pero aunque no me escriba, indecente, infecto, yo le seguiré escribiendo siempre”⁴⁰; “Yo recuerdo que alguna vez te prometí escribirte siempre aunque no obtuviera tu respuesta. Como era de temerse estoy dispuesta a llevar adelante esta promesa, pero me detiene un poco algo: que recibir mis cartas y saber que

37 Castellanos, 1994, p.25

38 Salinas, Pedro, 1981, p. 43.

39 Castellanos, 1994, p.31.

40 Ibid, p.49.

mi devoción y mi amor continúan inalterables y crecientes te compliquen la vida y te parezca extemporáneo, estorbo y e incómodo”⁴¹.

Produce la escritura religiosamente y en este deseo de escritura está la gratitud del encuentro monologado. En alguna carta la escritora señala que siente que esta correspondencia es semejante a un “monólogo”. Así el texto epistolar puede ser una totalidad en relación con la actividad escritural que le permite armar el espejo de tinta para sí. El impulso libidinal es satisfecho a través de la escritura: “yo también había pensado en vistas de que su respuesta no llegaba nunca, continuarle escribiendo, como si mis preguntas no se hubieran formulado, y para que usted no se sintiera ni comprometido, ni forzado por esa asiduidad, dar a mis cartas un tono abstracto”⁴².

Kristeva señala que el amor enraizado en el deseo y el placer, reina entre las fronteras del narcisismo y la idealización: “Su majestad el Yo se proyecta y se glorifica, o bien estalla en pedazos y se destruye, cuando se contempla en otro idealizado: sublime, incomparable, tan digno (¿de mí?) como yo puedo ser indigna de él, y sin embargo, hecho para nuestra unión indestructible”⁴³.

En este sentido la escritura epistolar amorosa de Castellanos contiene la contradicción vital más desgarradora. El amor que se construye en esta primera etapa, 1951-1952, contiene el esfuerzo inútil de la construcción de una ilusión.

Salinas señala que el segundo destinatario de la carta es el “destinatario intencional único”. Esta instancia en la comunicación epistolar en cuestión, es lo que yo llamaría ‘destinatario intencional (des)figurado’. Son casi inexistentes las huellas que este destinatario deja en la correspondencia. Cuando lo hace es, sólo tangencialmente, a propósito de lo que la sujeto de la enunciación siente, percibe, lee. Este efecto se produce porque Rosario Castellanos tiene como primer propósito el trabajo con la escritura. Sabe perfectamente cuándo ha escrito una carta que no es de calidad literaria, o entretenida. También exagera al respecto, pero ello parece ser parte de su personalidad, como la misma autora advierte a Guerra. En segundo lugar, porque el viaje que Castellanos hace y que marca como territorio su propia construcción como sujeto, es lo primordial en el texto. En tercer lugar esta desfiguración del destinatario ocurre por el tipo temático de estas cartas: el vínculo amoroso. Ricardo Guerra no parece ser el amante leal,

41 Ibid, 80.

42 Ibid, 108.

43 Julia Kristeva, 1987, pp. 5-6.

comprometido y fiel que Rosario anhela crear, al que se entrega por completo. Todo lo contrario. La figura que el discurso nos entrega se arma a partir de retazos que Rosario logra (des)componer. El epistolario, en este sentido, muestra una evolución *in crescendo* de la imagen y de la relación. En la primera carta del epistolario el tema es ella y su modo de percibir a Ricardo Guerra. Establece una comparación que la deja en desmedro frente a él. Ella es “desvalida y torpe” en su afectividad. Reconoce la necesidad de un ideal “novela rosa” para compañero. Este ideal lo asocia con la exclusividad de la entrega, es decir, en la certeza de que la pareja sólo se entregará a ella y a nadie más. Sabe, sin embargo, que Guerra no sólo la va a querer a ella sino a muchas otras, no obstante seguirá el modelo del amor romántico puesto que se entregará a él prometiéndole fidelidad absoluta, aunque huyendo, aplazando o difiriendo el encuentro deseado. Paradojalmente, de modo inconsciente, altera el modelo de la amante femenina paciente que estará de modo incondicional siempre en el lugar debido.

Es necesario señalar el lugar desde el cual Rosario Castellanos ama a Guerra en el contexto cultural y, por qué no, político. Castellanos es una mujer “emancipada” de la década del cincuenta. Se debate, por cierto, entre su independencia y su libertad para crecer como ser humano y encontrarse a sí misma y su decisión de aplazar el matrimonio, vínculo definitivo y sagrado que sella la heterosexualidad normativa⁴⁴. En esta búsqueda de otra forma de ser libre sabe que corre el riesgo de la pérdida y el desamor. La clave en esta relación es la disparidad y asimetría de visiones y conductas respecto del vínculo de pareja. Rosario Castellanos se interrogará y desnudará incansablemente en sus cartas, intentando armarse para lograr construir un vínculo más justo, recíproco y en el que medie el reconocimiento del otro. Es posible que Guerra nunca logre ver esta lucha que la escritora emprende a costa de sí misma, de su estructurante psíquico, de su subjetividad, marcados por la escena de abandono de la infancia y por los modelos culturales que el calce de género normativo nos impone a las mujeres. Quedarán al descubierto sus precariedades así como sus grandes fortalezas, sus contradicciones vitales que la hacen una figura espléndida, sobre todo en los instantes en que alcanza la lucidez más radical acerca de sí, aunque eso no baste para experimentar al fin la plenitud afectiva.

44 En este sentido sigo la interesante y productiva re- elaboración de la teoría feminista que Rosi Braidotti lleva a cabo sobre la noción de sistema sexo-género y que remite a lo que ella denomina ‘heterosexualidad compulsiva’. Ver: Braidotti, Rosi, 2000, pp. 207-240.

En el comienzo se retratará en él, le dirá que lee a través de sus ojos. En esa pasión desbordada su propio juicio estético quedará obnubilado. De este modo la sospecha de la pérdida de su “ausencia”, para decirlo con Violi, también la trastorna. La supuesta dependencia de la figura borrosa de Ricardo Guerra le provoca el ensueño más torturador. Sus fantasmas del rechazo y de su inexistencia se despiertan y no los puede controlar. Se imagina que la relación no llegará a concretarse. Justifica las dificultades para la realización plena de pareja a partir de sus experiencias familiares de infancia, de la adolescencia, de la vivencia y aprendizaje en la soledad. Se culpa, y desde la culpa construye el viaje.

Las/los lectoras/es somos un destinatario más que hacemos nuestro propio recorrido, el viaje propio acompañando a Rosario Castellanos. Poniatowska en el prólogo “Del ‘Querido Niño Guerra’ al ‘Cabellitos de Elote’” en el epistolario *Cartas a Ricardo*, señala que las cartas de Rosario son lectura que seduce no sólo a mujeres sino también a los hombres que les interesa comprender a las mujeres⁴⁵. El vínculo de lectura que articulo como sujeto femenino-feminista es, desde un espejo. Intencionadamente, resignifico en mi lectura aquellas trampas de la construcción de la diferencia genérico-sexual. De aquí cierta agonía en la (im)posibilidad del devenir mujeres otras, diferentes, en nuestra relación con los hombres. Por otra parte, acojo necesariamente, la discusión armada desde el género acerca de la identidad psíquica que portamos. En la subjetividad construida por Castellanos en su escritura, hay rasgos que le pertenecen en su especificidad actitudinal y cuya sensibilidad se manifiesta a través de las particularidades únicas que ella devela. Entonces, a partir de esta reflexión, mi lectura ocupa el lugar de la escucha en un espacio catártico. La necesidad de decir, de contar, de verbalizar lo que aprisiona o atormenta fluye desde la escritora de 25 años de edad. Poniatowska señala que Castellanos no se vuelca en catarsis psicoanalítica, sin embargo disiento de ella al comprender en la escritura de las cartas amorosas un lugar buscado para el trabajo con el lenguaje. Allí es donde nace la instancia psicoanalítica. Kristeva por su parte señala que al hablar de amor se pone a prueba el lenguaje, su carácter unívoco, el poder referencial de éste y su función comunicativa⁴⁶. Mi silencio en la escucha de la lectura es el de la terapeuta/cómplice que da lugar al decir para que Rosario vuelva sobre su propia elaboración. Luego surge mi interpretación. Surge, asimismo, otra subjetividad espejeada en la resignificación

45 Castellanos, 1994, p. 11-23

46 Kristeva, 1987, p.2

de sus cartas. Sin duda creo que cuando estas cartas regresaron a sus manos, las leyó construyendo la distancia de su propia escucha. Si deseó su publicación es porque apreció en este trabajo con el lenguaje verbal la elaboración formal que subyace en ellas así como el potencial ético y político y -lo más probable-, es que desatara su deseo de que su recepción fuera una provocación, intención transformadora que constituyó de modo radical la subjetividad de Rosario Castellanos.

Bibliografía

ABADI, Marcelo. "Carta sobre las cartas/La última carta". *S y C*, Buenos Aires, 4, 1993. pp. 33-53.

AMORÓS, Celia. "Espacio público, espacio privado y definiciones ideológicas de 'lo masculino' y 'lo femenino' ". *Participación, Cultura, Política y Estado*. Argentina: Ediciones de la Flor, 1990. pp. 5-33.

BERGSON, Henri. *L'Énergie Spirituelle*. Paris: Presses Universitaires Biblioteca de Filosofía Contemporánea, 1949.

BERMAN, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. España: Siglo XXI Editores, 1989.

BLANCO, José Joaquín. "Contemporáneos: Juventud y obra crítica". [http://www.\Doctesis\internet\Letras mexicanas en su tinta.html](http://www.Doctesis\internet\Letras mexicanas en su tinta.html).

BRAIDOTTI, Rosi. *Sujetos Nómades*. Buenos Aires: Paidós, 2000.

BUTLER, Judith. *Desbacer el género*. Buenos Aires: Paidós, 2006

CASTELLANOS, Rosario. *Cartas a Ricardo*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.

COROMINAS, Joan, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid: Gredos, 2000.

DE RAMÓN, Armando. *Santiago de Chile (1541-1991) Historia de una ciudad urbana*. Santiago de Chile: Mompfre. s/a.

DELEUZE, Guilles y Guattari, Félix. *Kafka por una literatura menor*. México: Ediciones Era, 1978

DELEUZE, Gilles, *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Buenos Aires: Cactus, 2005.

DOLL, Darcie. "Las cartas de amor de Gabriela Mistral o el discurso amoroso de una sujeto en fuga". Salomone, Alicia, Luongo, Gilda, Cisterna, Natalia, Doll, Darcie, Queirolo, Graciela. *Modernidad en otro tono. Escritura de mujeres latinoamericanas: 1920-1950*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2004. pp. 153-172.

FRANCO, Jean. “Cuerpo y alma: las mujeres y el mesianismo posrevolucionario”. *Las conspiradoras. La representación de la mujer en México*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994. pp. 140-168.

FREUD, Sigmund. *Lo siniestro*. Buenos Aires: López Crespo Editor, 1978.

GRAU, Olga, *Tiempo y Escritura. El diario y los escritos autobiográficos de Luis Oyarzún*. Libro en vías de publicación. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

KRISTEVA, Julia. *Historias de amor*. México: Siglo XXI Editores, 1987.

LABARCA, Amanda. *Desvelos en el alba*. Santiago de Chile: Cruz del Sur, 1945.

LUONGO, Gilda. “La escritura del viaje en Amanda Labarca”. Salomone, Alicia, Luongo, Gilda, Cisterna, Natalia, Doll, Darcie, Queirolo, Graciela. *Modernidad en otro tono. Escritura de mujeres latinoamericanas: 1920-1950*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2004. pp. 69-84.

LUONGO, Gilda. “Amanda Labarca y Julieta Kirkwood: ‘Hay que tener niñas bonitas’”. Martínez, José Luis. *Sujetos e identidades. Para una discusión Latinoamericana*. Santiago de Chile: Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2002. pp. 261-287.

LUONGO, Gilda. “Acción feminista y contradicción en la discursividad de Amanda Labarca.” *Universum*, 16, 2001, pp. 143-151.

LUONGO, Gilda. *Rosario Castellanos: Del rostro al espejo/ de la voz a la letra/ del cuerpo a la escritura*. Tesis Doctoral. Facultad de Filosofía y Humanidades Universidad de Chile, 1999.

MOLLOY, Silvia. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

PESOLA, Kristin. *Antonieta Rivas Mercado: Power, Culture and Sexuality in Post-revolutionary Mexico*. Tesis Doctoral. Department of Roman Studies, Duke University. 2001.

QUIRIARTE, Vicente. “El corazón en el filo. Expresiones del cuerpo femenino en el México posrevolucionario”, <http://www.jornada.unam.mx/2000/abr00/000429/cul4.html>.

RIVAS MERCADO, Antonieta. *La Campaña de Vasconcelos*. México: Editorial Oasis, 1981.

ROMERO, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1976.

SALAS, Emma. *Amanda Labarca*. Santiago de Chile: Ediciones Mar del Plata, 1996.

SALINAS, Pedro, “Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar”. *El defensor. Ensayos completos*. Tomo II. Madrid: Taurus, 1981, s/p.

SCHNEIDER, Luis Mario (comp.). *Obras Completas de María Antonieta Rivas Mercado*. México: Editorial Oasis, 1987.

SUBERCASEAUX, Bernardo. *Fin de siglo. La época de Balmaceda*. Santiago de Chile: Editorial Aconcagua, 1988.

SUBERCASEAUX, Bernardo. *Genealogía de la vanguardia en Chile*. Santiago de Chile: Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, s/a.

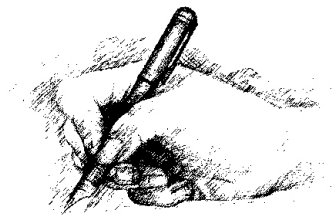
TRIGO, Abril. “Migrancia: memoria: modernidad”. Mabel Moraña (ed.). *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*. Santiago de Chile, Cuarto Propio-Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2000, pp. 273-291.

UNRUH, Vicky. “Una equívoca Eva moderna: performance y pesquisa en el *proyecto cultural de Antonieta Rivas Mercado*.” Revista de Crítica Latinoamericana XXIV, 48 1998, pp. 61-84.

VICUÑA, Manuel. *La belle époque chilena*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 2001.

VIOLI, Patricia. “La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar”. Revista de Occidente, 68, 1987. pp. 87-99.

IV. Viajes y discurso testimonial



Espacios viajeros e identidad femenina en el México de fin de siecle: El Álbum de la Mujer de Concepción Gimeno 1883 1890

Dra. Carmen Ramos Escandón.
CIESAS. México.

1. El Álbum de la Mujer, periodismo femenino como libro de viaje

La tradición viajera de las mujeres europeas del siglo XIX tuvo momentos culminantes con Flora Tristán o Maria Graham (nacida Dundas)¹. Tristán da cuenta de su recorrido por Londres y sus observaciones sobre la clase obrera, tema por demás original y atrevido para ese momento, con observaciones que coinciden, pero anteceden a las de Federico Engels. Por su parte, Mary Calcott (antes Gram.) recorre lugares tan exóticos como Chile (1822) y Brasil (1823). Ambas demuestran el interés de las mujeres europeas por otros mundos, lejos de los que les son familiares y cotidianos. Son preferentemente las inglesas, austriacas, alemanas, las norteamericanas, las mujeres que recorren la amplitud del continente, las españolas viajan menos, pero hacia fin de siglo hay una excepción notable. Concepción Gimeno² de Flaquer quien en 1883 comenzó a publicar en la ciudad de México *El Álbum de la Mujer*. Anunciándose como periódico ilustrado, esta nueva adición a la prensa de la ciudad de México se inserta en una lista de publicaciones destinadas a las mujeres que habían venido apareciendo por aquellos

1 Maria Dundas, nacida el 19 de junio 1875 en Papcastle, cerca de Cockersmouth, Inglaterra. Se casó con el almirante Thomas Graham, quien murió en la travesía que hicieron juntos a Chile y años después, en 1827, se casó con el pintor Augusto Wall Calcott, quien fue hecho caballero en 1837 y miembro de la Royal Academy. Sus libros sobre Chile y Brasil aparecieron en 1824. Sus publicaciones se enfocan hacia la historia y descripción de los países que visitó: Brasil, Chile, India, Italia (Roma), Hawai. Murió en 1842. Datos procedentes del 'Prólogo' de Juan Concha a la edición de GRAHAM, Maria: *Diario de su residencia en Chile y de su viaje a Brasil*, Madrid, Editorial América (Biblioteca Ayacucho), s/a.

2 Se ha conservado la ortografía decimonónica del apellido Gimeno, como lo usaba su autora, a pesar de que actualmente sea más común del uso de Jimeno, si bien se usan ambas ortografías, también se conservó la ortografía original en las citas que aparecen en sus artículos.

años³. Sin embargo, *El Álbum* de la mujer tenía una característica especial para la época, estaba dirigido por su propia dueña. “Directora propietaria” era el cargo oficial que aparecía bajo el nombre de Concepción Gimeno de Flaquer. Nacida en Alcañiz (Teruel) en diciembre de 1850, se educó en Zaragoza, capital de Aragón, de donde emigró a Madrid. Allí tuvo contacto con los círculos intelectuales de la península. Esta mujer española que vivía en ese momento en la ciudad de México, había publicado diez años antes, en 1873, su primera novela, *Victorina o el heroísmo del corazón*, drama sentimental sobre las opciones matrimoniales de una joven mujer, que accede al matrimonio a pesar de no estar enamorada. En 1872 residió en Cataluña fundando en Barcelona *La ilustración de la mujer*, publicación que claramente expresa su propósito de defender los intereses del colectivo femenino. Doña María de la Concepción Loreto Laura Rufina Gimeno y Gil contrajo matrimonio con Francisco de Paula Flaquer y Fraise, periodista, con quien pasó a México hacia fines de 1882. Sus contactos sociales entre la comunidad ibérica en la ciudad de México, su situación social privilegiada y su carácter de extranjera le permitieron establecerse entre la intelectualidad mexicana como la propietaria y directora de un periódico que, si no el primero, si es de los pocos que se dedicaron específicamente a temas de la mujer desde una perspectiva claramente feminista en el fin del siglo diecinueve en México.

Este enfoque convierte a *El Álbum de la mujer* en una publicación sumamente original para la época, pues eran pocas las publicaciones dedicadas a la mujer, con un enfoque explícitamente feminista y menos aún las dirigidas por mujeres. Más aun, *El Álbum* puede leerse como un libro de viaje en la medida que transporta a sus lectoras mexicanas a otros mundos, tanto los ibéricos, de donde procede la Gimeno, como los mundos reconstruidos del pasado y la imaginación literaria.

3 Entre los títulos más destacados de ese momento están: *La Moda elegante, diario de señoras y señoritas* (1875-1894); *La Ilustración femenil, semanario de literatura, ciencias y artes. Destinado especialmente a la defensa de los intereses de la mujer* (1880); *El Eco de la moda, dedicado a las señoras y señoritas* (1880); *El correo de las señoras* (1883-1893); *Las hijas del Anabnac* (1888); o *Las violetas del Anabnac. Periódico literario, redactado por señoras* (1888- 1889). Para una apreciación contemporánea de las revistas véase RUIZ CASTAÑEDA, Carmen: *Revistas femeninas del siglo XIX*, México, UNAM, 1980; PASTERNAK, Nora: “El periodismo femenino en el siglo XIX”, en Ana Rosa Domenella y Nora Pasternak (coords.): *Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1991, pp. 399-418. También ALVARADO, Lourdes: “La prensa como alternativa educativa para las mujeres de principios del siglo XIX”, en Pilar Gonzalbo Aizpuru (coord.): *Familia y educación en Ibero América*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 267-285.

El Álbum de la Mujer fue así mismo un difusor de la cultura hispana en México. De hecho, inmediatamente debajo del título, el periódico incluía un cintillo que decía: Cultura Hispano-Mexicana. En la parte superior se lee *El Álbum de la Mujer*, abajo: Ilustración Hispano-mexicana. *El Álbum de la mujer* comenzó su publicación en septiembre de 1883, en su “saludo” que es el texto inicial en el que se da cuenta de las motivaciones de la publicación, su editora y dueña, proponía su explicación de lo que se proponía con la nueva publicación al decir:

“Denomino el álbum de la mujer al periódico que os ofrezco porque el álbum es un monumento consagrado al bello sexo, en el que todo artista notable todo ilustre viajero y todo literato inminente, deja su fama como un homenaje de respetuosa admiración”⁴.

Así, desde la aparición misma de la publicación, Gimeno declaraba el carácter de Álbum de viaje de su propia publicación, destacando el estilo misceláneo, de espacio de visita, de asombro y descubrimiento de otras realidades, tan característico de la literatura viajera. En efecto, el dibujo mismo que servía de frontispicio al periódico y enmarcaba su título, tiene un carácter abigarrado, en donde las varias actividades de la mujer están ilustradas simultáneamente. La mujer maestra enseña a leer, la mujer madre cuida de su infante, la mujer artista pinta, la mujer música toca el piano. Actividades femeninas todas que, sin embargo, hablan de los diferentes mundos de la mujer, de la posibilidad de una diversidad de actividades que la trasladan, como en un viaje imaginario, de un mundo a otro, que la sacan de la constricción de la domesticidad, de la repetición del cotidiano, acercando a diversas formas de cultura.

Gimeno de Flaquer define *El Álbum* en los siguientes términos: “El álbum, que para la mujer frívola es un alcázar donde cuelga los trofeos de su vanidad, es para la mujer seria una urna donde deposita los recuerdos que le son mas queridos”. El álbum se concibe así como un espacio para la mujer, para los “alfileres”, los recuerdos de la mujer, un espacio también de consumo, de habitación, es pues un espacio femenino por antonomasia. Este sentido de colección, de minucia, de vida femenina interna es de destacar en esta publicación. En especial, resulta sumamente interesante cómo se construye discursivamente un imaginario de la identidad y la cultura femenina en donde se proyecta una otredad

4 GIMENO de FLAQUER, Concepción: “Saludo” en *El album de la mujer*, 8 septiembre 1883.

de mundos viajeros, de espacios de viajes imaginarios que apoyados en las ilustraciones del periódico, contribuyen a la creación de una sensibilidad femenina.

Particularmente importante es el uso de imágenes visuales de los lugares cuya visita y descripción se incluyen en el texto. El recurso significa un enfoque sumamente moderno para la época, dado que las ilustraciones resultaban costosas, y en su mayoría están hechas específicamente para el periódico. Sin embargo, además de aumentar su costo, lo que resulta interesante es el hecho de que su empleo constituyó una novedad editorial aparentemente empleada para aumentar el atractivo del diario.

El uso de imágenes resultó sumamente efectivo para las lectoras, que cuentan así con un apoyo visual en el cual asentar la construcción verbal de los lugares descritos. La visita a la otredad de la vida femenina se vuelve de este modo más tangible, más real.

Así pues, es interesante destacar el papel de *El Álbum de la mujer* como espacio de viaje, de mirada asombrada a otra realidad, de otredad de lo tradicionalmente femenino, es un proceso de construcción de un imaginario femenino alternativo en donde el viaje consiste en la transición del cotidiano irrelevante, al asombro intelectual, a la curiosidad nunca resuelta de la indagación, a la inquietud desquiciante del conocimiento. Se trata de un ir mas allá de lo trillado, un traslado que le proporciona a la mujer la posibilidad de una alteridad cognoscitiva de otros mundos, de otros espacios en los que la mujer sale del encierro cotidiano, de la planicie de lo inmediato para explorar los mundos desconocidos de otras realidades.

2. El álbum como invención de un universo de alteridad

En primer lugar, Gimeno construye el concepto de álbum mismo con una historia que se antoja ficticia: según ella apunta, el concepto de “álbum” se origina en un monasterio cartujo en donde todos los viajeros que pasaban por allí dejaban sus recuerdos. Como es sabido el monasterio cartujo se distingue precisamente por el silencio sepulcral que reina en él, en cambio la palabra escrita no estaba prohibida y las anotaciones de los viajeros que visitan el lugar es lo que según Gimeno constituye el origen del “álbum”.

Para explicar pues el desarrollo del concepto álbum, que le sirve como justificante de su enfoque en el periódico, Gimeno recurre a un cosmopolitismo que revela su familiaridad con diversos países y culturas. “Los ingleses tomaron

como suya la invención del libro que se debió a los cartujos, llamado álbum, los franceses impusieron la moda de él, los españoles lo adoptaron, y yo me permito hacer una innovación en el álbum dedicándolo a las bellas mexicanas, en forma de periódico. ¿Les será grato?”⁵

El formato del periódico, desde luego, tiende a atraer la atención de las lectoras con la ilustración a gran tamaño, de toda la página puede decirse, de una figura femenina. Así, en la portada, del primer número el grabado central es el de Sor Juana Inés de la Cruz, con lo cual la revista, cosmopolita como pretende ser, adquiere un tono claramente local. Al respecto dice: “damos hoy con preferencia, como un homenaje a este ilustrado pueblo, el retrato de la notable escritora del siglo XVII, que indudablemente es una de las legítimas glorias hispano mexicanas, muy estimada en el mundo de las letras y vulgarmente llamada la monja de México. Nació en 1614 y murió en 1697. Estudió la lengua latina, la retórica y la filosofía bajo la dirección de un tío suyo y tomo velo en el convento de las madres jerónimas en esta ciudad, de resultas de una pasión desgraciada, después de repartir su patrimonio a los pobres. El juicio de sus obras lo fiamos a la autorizada pluma del ilustrado académico Sr. Conde de Casa Valencia”⁶. Paralelamente, en la ilustración que enmarca el título de la publicación, aparecen las viñetas de los muchos mundos de la actividad femenina, la mujer ángel, la mujer artista, la mujer madre y la mujer música, en este caso, pianista.

3. Los varios mundos femeninos

Bien puede pensarse que esta primera ilustración frontal sea una alegoría del papel de enseñanza y difusión que su directora le otorga a la publicación y no es casual que todas las figuras, inclusive la del Ángel, sean femeninas. La propia Concepción Gimeno, en su carácter de trasterrada española en México, se mueve entre los círculos políticos e intelectuales más destacados, tanto en España como en México. Propietaria y directora de un diario tan original, Concepción Gimeno incluía entre sus relaciones a figuras destacadas del mundo de las letras, del poder y de la realeza⁷. En efecto, en las páginas de *El Álbum* aparecieron artículos

5 *Ibidem*.

6 *Ibidem*.

7 Junto con la de Emilia Pardo Bazán, la tertulia de Concepción Gimeno compite por la atención de los literatos más importantes del momento y ‘Fray Candil’ (seudónimo no identificado) escribía que en las reuniones de la Gimeno en Madrid “se servía pulque, bebida mexi-

firmados por algunos de los más distinguidos escritores mexicanos y españoles tales como Emilio Castelar, Mesonero Romanos, Leopoldo Alas ‘Clarín’ o bien algunas de las pocas y distinguidas mujeres escritoras como Carolina Coronado, Concepción Arenal o la propia Emilia Pardo Bazán, de quien por cierto se incluye también retrato y perfil biográfico.

El periódico aparecía semanalmente, los domingos. Se financiaba tanto con suscripciones como con venta de espacio en la publicación, pues dos páginas completas de las doce de que constaba, estaban dedicadas a anuncios, la mayoría de ellos de casas de comercio, de importación y exportación.

Para 1885 el periódico seguía apareciendo con toda regularidad cada semana e incluía varias secciones fijas, y en el propio diario se incluía un anuncio sobre la publicación, destacando su originalidad y el carácter viajero de la revista, su papel de ventanal abierto a otras realidades:

“El álbum de la mujer es una ilustración hispano mexicana que no se ocupa de política y tiene por objeto la propagación de lecturas morales para las familias, el desenvolvimiento del amor a lo bello y la reproducción de retratos, paisajes y monumentos de cuanto célebre exista en Europa y América. Este periódico hace conocer las mejores novelas de autores mexicanos y españoles con objeto de desterrar las corruptoras novelas que tanto perjudican a la juventud. Nuestro periódico acentuará la parte literaria con secciones religiosas, científicas, variedades, galerías de tipos de todos los países y biografías. Daremos crónicas mexicanas, parisienses y madrileñas y publicaremos todo lo notable que se lea en el Ateneo de Madrid. *El Álbum de la mujer*, de gran tamaño, rico papel y parte tipográfica a la altura de las mejores publicaciones europeas no aumentará de precio a pesar de sus notables mejoras”⁸.

El carácter de periódico ilustrado se confirma por la práctica, continuada a lo largo de los años que duró la publicación, y acentuada a partir de 1885, de presentar en la primera página, un grabado de una mujer célebre, acompañado de un artículo explicativo de los méritos de la escogida para aparecer en la por-

cana, y caldo gallego en la de doña Emilia”, (la referencia en RUIZ BRAVO VILLASANTE, Carmen: *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*, Madrid, Revista de Occidente, 1962, p. 140). La afirmación sobre el pulque debe tomarse con mucho cuidado, pues el pulque, bebida fermentada, hasta muy recientemente no ha sido posible el envasarlo o enlatarlo. No parece posible que se conservase en la larga travesía del traslado a Madrid. Quizá hay una confusión de ‘Fray Candil’ entre pulque y tequila o mezcal, o bien se trata de una confusión de la propia Gimeno.

8 Cursivas en el original. *El Álbum de la mujer*, 11 enero 1885, p. 11.

tada. Por allí desfilaron Sor Juana Inés de la Cruz, Isabel de Castilla, la cantante Ángela Peralta, la actriz Sarah Bernhardt, la reina Cristina de Suecia, doña Jimena (la esposa del Cid) y una pléyade de figuras femeninas tanto históricas como contemporáneas.

Sin embargo, la parte gráfica que resulta más reveladora de la función de la publicación como libro de viaje, es la que se refiere a las páginas interiores, generalmente las páginas centrales, donde pareados frente a frente se reproducían en grabados muy elaborados, de buena calidad, paisajes, iglesias, escenas de la vida doméstica y monumentos o sitios notables, tanto de España como de México, y hasta muebles⁹. Es este espacio gráfico y textual el que quiero destacar como espacio de construcción de una alteridad viajera, de un texto imaginario en el que aparece la construcción de un imaginario femenino que destaca el exotismo, lo diverso, pero al mismo tiempo de concreción específica local, pero en todo caso construyendo un espacio de viaje de traslado, de otredad que permite a las mujeres salir de la prisión de la domesticidad.

En efecto, ya desde su número inicial en 1883, *El Álbum de la mujer* dio cuenta de las motivaciones de la publicación. Así, señalaba que “quisiera poseer el pincel del sublime colorista, el pincel de Tiziano, con objeto de hacer fielmente vuestro asunto, anhelo la inspiración de Saint Buve para detallar los hermosos relieves de vuestra alma, para fijar de un modo indeleble los delicados contornos de vuestra silueta moral”¹⁰.

Doña Concepción, explicaba: “Denomino *El álbum de la mujer* al periódico que os ofrezco porque el álbum es un monumento consagrado al bello sexo, en el que todo artista notable todo ilustre viajero y todo literato inminente, deja su fama como un homenaje de respetuosa admiración”¹¹.

Así pues, desde la aparición misma de la publicación, Gimeno declaraba el carácter de *Álbum de viaje* de su propia publicación. En este sentido, el *Álbum* es un libro de viaje, más aún, de múltiples viajes, puesto que se incluyen los sitios más diversos. En efecto, en esta parte gráfica de páginas interiores hay una intencionalidad de crear para las lectoras que acudían a las páginas de *El Álbum*, un espacio que hace referencia a otros países, a una realidad diversa, a una otre-

⁹ El 27 de julio de 1884 se reprodujo una mesa hecha para el general Porfirio Díaz (p. 35) y poco antes se incluyó un sillón circular hecho para la propia Gimeno.

¹⁰ *El Álbum de la mujer*, 8 septiembre 1883.

¹¹ *El álbum de la mujer*, 9 septiembre 1883.

dad no prevista, en suma a un espacio de alteridad, de viaje del imaginario, de la mente, aunque sin dejar la territorialidad específica del espacio real. Son mundos imaginarios en los que pasea la mujer, que leyendo desde su casa en la ciudad de México puede visitar mediante este recurso los sitios más exóticos, tanto de paisajes de la antigüedad, de la peninsular o de sitios bien concretos del interior de la República y aún de de la propia ciudad de México.

4. Otros mundos, otras vidas

A partir de su primer número, el periódico se dedicó sistemáticamente a la reproducción de un paisaje de España y de México en cada uno de sus números. El primer viaje de *El Álbum* fue a la catedral de Burgos para el caso español y a una cascada en las cercanías de Córdoba, Veracruz, en el interior mexicano. La descripción que acompaña a estos paisajes pretende ser escueta pero informativa:

“La catedral de Burgos es el más acabado ejemplo del gótico florido, presentando una grandiosidad y belleza que asombran. Para admirar este colosal monumento hay que colocarse en la plazuela de Santa María viéndose la fachada principal y puerta llamada Real de Santa Maria y del Perdón. Esta portada, como toda la iglesia, es del gótico más sorprendente, y elevadísima altura de 500 pies del frente, los preciosos calados afiligranados, la solidez de todo el edificio, las numerosas estatuas que lo adoran lo gracioso de sus contornos, la riqueza de detalles y ornatos, especialmente del cimborio, producen el mayor encanto”¹².

Los grabados que ilustran este universo viajero incluyeron también, además de iglesias y monumentos, paisajes idílicos, sitios interesantes, como la plaza de la Concordia en París, un paisaje de Orizaba, en el estado de Veracruz, el templo de la merced en San Luís Potosí, y hasta sitios tan exóticos como un templo de Manila o las montañas del Himalaya. Se trata de una perspectiva que mezcla el cosmopolitismo geográfico e histórico, con la exploración regional e inmediata. Lo mismo se incluye un edificio famoso de la propia ciudad de México, que un paisaje natural del interior de la Republica o bien un grabado de la reconstrucción de una ciudad antigua, dígase Pompeya, por ejemplo.

12 *El Álbum de la mujer*, 8 septiembre 1883.

Es a partir de este esfuerzo por transportar a la mujer a sitios desconocidos que puede decirse que *El Álbum de la mujer* es también un álbum de viaje y se inscribe en el estilo de literatura viajera, dado que a cada ilustración acompaña una descripción del lugar, de sus antecedentes históricos y de la relevancia para la cultura.

Es el rescate de esta sección de viaje, de este libro de viaje, de una publicación periódica, lo que resulta sumamente interesante para reconstruir el espacio cultural del fin de siglo mexicano. En particular, el mundo cultural femenino puede rastrearse en esta publicación periódica que toma la función de libro de viaje en un esfuerzo por transportar a sus lectoras más allá de las cuatro paredes de su casa y del mundo siempre igual de la domesticidad en la que se hallan. Al hacerlo, les proporciona otros espacios imaginarios. Se trata de la construcción de una realidad alternativa, de un sitio diverso, desde el cual la mujer puede trascender el aislamiento y la domesticidad. La propia Gimeno reconoce esa capacidad de viaje intelectual de las mexicanas cuando afirma:

“La mujer mexicana no es refractaria a las artes ni a las letras, si hasta hoy no había aparecido en ateneos, academias y reuniones literarias, es porque no habían contado con ella los organizadores de tales fiestas”¹³.

Así pues, Gimeno expresa una perspectiva sobre la mujer mexicana construida desde la mirada de una observadora extranjera. Esta mirada mundana de la editora del periódico, saca a las mexicanas de su localidad y las lleva a sitios que jamás pensaron visitar, salvo con el barco de la imaginación, como lo hace la literatura de viaje. En este sentido *El Álbum* es también un libro de viajes.

Se trata, pues, en las páginas de la publicación de un proceso paralelo, el de la construcción de un estereotipo de mujer mexicana y al mismo tiempo se construye un espacio de otredad, un espacio viajero en el que la mujer puede recrearse y olvidar su situación concreta de mujer.

La voz desde donde se construye este espacio es, paradójicamente, la de una española, es decir una extranjera, que viviendo en México, descubre los tesoros artísticos y geográficos regionales y, al mismo tiempo, evoca los sitios notables de la península ibérica, o de otros países europeos y de otras épocas. Así pues, se trata no sólo de la reconstrucción del paisaje geográfico, como en un

13 *El Álbum de la mujer*, 10 enero 1886, p. 14.

recorrido real, sino de la creación de un paisaje del imaginario emotivo y artístico que la autora crea a través de las descripciones e ilustraciones de su publicación.

La idea de Gimeno es que *El Álbum* proporcione a sus lectoras un espacio de solaz, de expresión. Gimeno, al publicar *El Álbum de la mujer*, está subvirtiendo el orden tradicional de la mujer condenada al silencio, o de la mujer como mero objeto de reflexión masculina, o como diría Genevieve Fraisse, la otredad es necesariamente la mujer, pero en este caso también desde la mujer¹⁴.

A través de las páginas de *El Álbum de la mujer* se construye al mismo tiempo una identidad cultural basada en el idioma, los valores culturales, el lenguaje y se da así la creación de un imaginario colectivo. En este sentido tendría que señalarse que el imaginario se construye sobre la base de la descripción tanto verbal como gráfica de otros mundos, otros espacios de vida interna donde se recrea la sensibilidad de la mujer.

En cuanto a *El Álbum de la mujer* como literatura de viaje, éste se inscribe en una larga tradición, iniciada con la conquista, en la cual los europeos han escrito con fascinación sobre los nuevos territorios. En efecto, la fascinación y exploración de los europeos con América como el otro, es una tradición que se refleja en los numerosos trabajos publicados en Europa desde la conquista misma y que está presente sobre todo en los numerosos escritos de los viajeros europeos y británicos, a través de los cuales recrearon los territorios americanos, sus culturas y sus gentes como parte de la construcción de una nueva realidad, de un imaginario en el que a menudo, con el pretexto de los nuevos territorios, describían sus propias fantasías. Sin embargo, su periódico como una colección de ilustraciones, en realidad, al hacerlo está creando un mundo imaginario que le permite a la mujer explorar, viajar, ver otros sitios y mundos que no son los habituales para sus lectoras, quienes en su gran mayoría, podemos presumir que estaban constreñidas por el ideal de domesticidad al que la mujer porfiriana estaba sometida.

En efecto, es bien sabido que la literatura viajera ocupa un lugar destacado como forma de expresión femenina, incluso en el momento en que las mujeres viven apesadas por la moral victoriana del ángel del hogar. En este sentido Mary Louise Pratt ha señalado cómo la descripción viajera revela una buena dosis de

14 FRAISSE, Genevieve: "Del destino social al destino personal. Historia filosófica de la diferencia de los sexos", en Michelle Perrot y Georges Duby (eds.): *Historia de las mujeres. El siglo XIX*, Barcelona, Taurus, 1993, vol. 4, p. 73.

construcción de auto identidad, es decir, que el imaginario europeo se reproduce y afirma en lo que ella ha llamado un fenómeno de transculturación, a través de un proceso de mutua fertilización e influencia que se da en las zonas de contacto entre las colonias y la metrópoli¹⁵. Así, nos encontramos con una viajera, y más que viajera, una residente española en la República mexicana, que fue, como todos sabemos, posesión del imperio español. Esta perspectiva de mujer transculturada le da a Gimeno una perspectiva única sobre la realidad mexicana. Por una parte, encuentra el aspecto de la cultura prehispánica, fascinante, exótica, ignota. Por otra parte, no puede menos de reconocerse en el idioma, en la sensibilidad paralela entre México y España, país de donde proviene y que tiene fuertes vínculos históricos y culturales con la nueva realidad a la que se enfrenta. Es un proceso de doble invención, de doble ejercicio de un imaginario viajero, ella describe, apoyada en imágenes gráficas, que no necesariamente son exactas, los paisajes europeos. En especial las reconstrucciones de sitios histórico-arqueológicos, como el coliseo de Roma, no resulta en lo absoluto exacto, pero las incluye esperando despertar el imaginario de sus lectoras mexicanas, que jamás han visto tales paisajes. Paralelamente, lleva a cabo una labor de difusión de los paisajes y la cultura mexicana para sus lectoras europeas. Este ejercicio lo realiza con la repetición en *El Álbum Iberoamericano*, de algunos de los artículos e ilustraciones publicadas años antes en *El Álbum de la mujer*.

En efecto, en 1890 Gimeno, de vuelta en España, se hizo cargo de la dirección de una revista dirigida por su marido. *El Álbum Iberoamericano*, periódico que bajo su dirección tomó una perspectiva y formato muy similar a *El Álbum de la mujer*. Allí, Gimeno siguió tratando temas relativos a la mujer, desde un feminismo moderado que apoya la liberación intelectual y el reconocimiento de las capacidades culturales de la mujer, aunque condena su participación política. Paralelamente, desde las páginas de *El Álbum iberoamericano*, Gimeno dio a conocer y promovió a autores y autoras latinoamericanos, continuando así su labor de difusión de la cultura hispana en ambos lados del Atlántico y el apoyo a los logros intelectuales de las mujeres.

15 PRATT, Mary Louise: *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, p. 25 *passim*.

De esta perspectiva feminista, es importante destacar el acento en el aspecto intelectual, en la especificidad de la cultura femenina y en el reconocimiento de la identidad hispana por encima de las diferencias regionales entre la península y la ex-colonia.

En este proceso de doble fertilización cultural, descubre y describe mundos imaginarios que no se encuentran ni en Europa ni en América, sino en el imaginario femenino de una mujer que se atreve a soñar y a hacer soñar a sus lectoras. Al hacerlo las arranca de lo cotidiano y las transporta al tiempo eterno de la invención de sí mismas en la que están empeñadas las mujeres.

Bibliografía

ALVARADO, Lourdes. "La prensa como alternativa educacional para las mujeres de principios del siglo XIX". Pilar Gonzalbo Aizpuru (coord.). *Familia y educación en Iberoamérica*, México: El Colegio de México, 1999, pp. 267-285.

BEAUVOIR, Simone. *Le Deuxieme Sexe*. París:Gallimard, 1949.

EVANS, Richard J. *The feminists: Women's Emancipation Movements in Europe, America and Australia, 1840-1920*. New York: Barnes & Noble, 1977.

El Álbum de la Mujer, 1883-1890.

El Correo de las Señoras. Semanario dedicado al Bello Sexo, 1883.

FRAISSE, Genevieve. "Del destino social al destino personal, historia filosófica de la diferencia de los sexos". Michelle Perrot y Georges Duby (dirs.). *Historia de las mujeres*, Barcelona: Taurus, 1993, vol. 4, pp. 59-89.

FRANCO, Jean. *Las conspiradoras*. México: F.C.E./El Colegio de México, 1995.

GIMENO de FLAQUER. Concepción. *Evangelios de la Mujer*. Madrid: Librería de Fernando Fe, 1892.

GIMENO de FLAQUER. Concepción. *Mujeres de Raza Latina*. Madrid: Imprenta del Asilo de huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, 1904.

GIMENO de FLAQUER. Concepción. *La mujer juzgada por una mujer*. Barcelona: T. Lazzo, 1892.

HOBSBAWN. Eric. *The Invention of Tradition*. New York: Cambridge University Press, 1990.

HOBSBAWN. Eric. *Nations and Nationalism since 1780*. New York: Cambridge University Press, 1991.

JAMESON, Friedric. *The political Unconscious: Narrative as a socially symbolic act*, Ithaca/New York: Cornell University Press, 1981.

LIONNET, Françoise. *Postcolonial Representation.*, Ithaca: Cornell University Press, 1995.

OFFREN, Karen. *European Feminisms, 1700-1950*. Stanford: Stanford University Press, 2000.

PASTERNAK, Nora: “El periodismo femenino en el siglo XIX”. Ana Rosa Domenella y Nora Pasternak (coords.). *Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX*. México: El Colegio de México, 1991, pp. 399-418.

RUIZ CASTAÑEDA, Carmen. *Revistas femeninas del siglo XIX*. México: UNAM, 1980.

RUIZ BRAVO VILLASANTE, Carmen. *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*. Madrid: Revista de Occidente, 1962.

SIMÓN PALMER, Carmen. *Escritoras Españolas del siglo XIX*. Madrid: Castalia, 1991.

TRILLO TENORIO, Mauricio. *Artilugio de la nación moderna: México en las exposiciones universales 1880-1930*. México: F.C.E., 1998.

MARIA GRAHAM: UNA MIRADA ROMÁNTICA E IMPERIAL AL PAISAJE NATURAL DE CHILE. SIGLO XIX.

Lilianet Brintrup, Humboldt State University

María Graham, Lady Callcott, viaja a Chile desde Inglaterra en 1822 en compañía de su esposo Thomas Graham, quien fallece durante la travesía en alta mar. María Graham permanece en Chile, de duelo, durante un año. Su *Diario de mi residencia en Chile en el año 1822*¹ constituye un valioso documento de sus impresiones y reflexiones, tanto de los acontecimientos históricos como de los personajes relevantes de la historia chilena², de la geografía, las costumbres, la política, la ciencia y la economía del naciente Chile independiente del Siglo XIX.

La dispersión de la representación narrativa de esta viajera, no nos ha facilitado la tarea de escoger alrededor de cuál de todas centraremos este trabajo. Hemos intentado dejar fuera a la historiadora, a la socializadora, a la asistente de enfermos, a la de luto, a la ‘enamorada’, a la jinete, a la economista, a la consejera, a la filósofa, a la lectora, a la etnógrafa, a la escritora-autora de otros relatos de viajes, a la crítico literaria; para, finalmente, escoger a la viajera-narradora que se relaciona, de varias y específicas maneras con la naturaleza. Esto no quiere decir que al referirnos a la viajera geóloga, a la botánica, a la climatóloga, a la ornitóloga, es decir a la viajera que cumple con las funciones que toquen el campo de

1 Todas las citas de Graham en este trabajo provendrán de esta edición: María Graham, *Diario de mi residencia en Chile en el año 1822*; traducido por María Ester Martínez y Javiera Palma. (Santiago de Chile: Editorial Norma, 2005). En lo sucesivo se abreviará el nombre María Graham: MG en las citas al interior del texto.

Existen también otras ediciones del libro de Graham: *Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823)* con Prólogo de Juan Concha; *Journal of a Residence in Chile During the Year 1822, and a Voyage from Chile to Brazil in 1823*, editado por Jennifer Hayward; Guillermo Feliú Cruz anota en su *Viajeros Relativos a Chile*, las ediciones del texto de María Graham: “*Diario de mi residencia en Chile 1822*, de la Editorial del Pacífico, 1953; la edición del mismo en inglés, *Journal of a residence in Chile during the year 1822*, traducido por José Valenzuela Darlington, revisada y corregida por Graciela Espinosa Calm. Anota también una cuarta edición: *Diario de mi residencia en Chile 1822*, también de la Editorial del Pacífico, 1956.

2 O’Higgins, San Martín, Lord Cochrane y muchos otros.

la historia natural, no rocamos, aunque sea tangencialmente, a las otras representaciones, de la viajera-protagonista-María Graham. Describiéndose a sí misma como “viuda desprotegida en una tierra extranjera” (MG:2005:24), insinuándose como conocedora de botánica y experta escritora de narraciones de viaje, Graham recorre un camino narrativo de ida y de vuelta desde Chile a Inglaterra a través de referencias comparativas de plantas y árboles, construyendo a una real viajera entre dos mundos. ¿En qué momento de la narración y a propósito de qué y por qué, Graham inserta en su discurso menciones de la naturaleza (flora y fauna) del Chile que recorre? ¿Cómo divide narrativamente la naturaleza observada? ¿Cómo racionaliza su interés y dedicación en la naturaleza? ¿Frente a cuáles paisajes y fenómenos naturales la viajera Graham se detiene y retiene en su escritura, y qué relación establece con dichos paisajes y fenómenos? ¿Qué transformaciones se operan en su escritura a partir de la inclusión de la naturaleza?, éstas son las interrogantes básicas que nos planteamos al leer su ‘diario de residencia’.

La mirada romántica e imperial de Graham privilegia ciertas plantas y árboles, como ciertos paisajes que arrebatan su alma y la acercan al espíritu romántico de lo sublime. Como europea decimonónica Graham llegó a Chile impregnada de un conocimiento y actitud favorables con respecto a la tarea de ‘observar la naturaleza’ según los modelos de los naturalistas y filósofos europeos, tanto del siglo XVIII como de la primera parte del XIX: Buffon, Rousseau, Linnaeus, Mutis, Humboldt, para nombrar a los más conocidos. El relato de Graham está cruzado de nombres científicos en latín provenientes de la clasificación de Carl Linnaeus (1707-1778), obras por las que Graham guía su mirada clasificatoria: el *Systema naturae* (1758), que Graham cita explícitamente en algún momento de su narración; la *Species plantarum* (1753) dedicado a la flora; y la *Philosophia Botanica* (1751), obra famosa en Europa entre los años 1755-1824³.

A partir de los trabajos de Linnaeus, se escribieron en gran profusión diversas obras sobre botánica para ser leídas por novicios y *amateurs*; es el caso del *Botanic Garden* (1789), de Erasmus Darwin, que aparece dedicado a “ladies and other unemploy’d scholars.”⁴ Linnaeus era ampliamente conocido por toda

3 Por ejemplo: Achraes Lucumo (lúcuma), Anonna (chirimoya), Datura Arborea (floripondio), Calceolaria (chapín de venus), Cuscuta (cabello de ángel), en fin, larga sería la lista. Graham trabaja no sólo con la vista, sino con la palabra por medio de la nomenclatura de las plantas.

4 Los datos e información general sobre Linnaeus han sido tomados del excelente y completo libro de Lisbet Koerner, *Linnaeus: Nature and Nation* (Cambridge: Harvard University Press,

Europa, por lo que, “Plant catalogues, local floras, encyclopedias and dictionaries, botanic plate publications, natural histories of foreign countries, monographs on flowers, and even children’s books and botanic primers, all used a Linnaean vocabulary.” (Koerner:1999:14)

Mary Louise Pratt se refiere que después de la obra de Linnaeus,

*Travel and travel writing would never be the same again. In the second half of the eighteenth century, whether or not an expedition was primarily scientific, or the traveler a scientist, natural history, played a part in it. Specimen gathering, the building up of collections, the naming of new species, the recognition of known ones, became standard themes in travel and travel books [...] there began to appear everywhere the benign, decidedly literate figure of the “herborizer,” armed with nothing more than a collector’s bag, a notebook, and some specimen bottles, desiring nothing more than a few peaceful hours alone with the bugs and flowers. Travels narratives of all kinds begin to develop leisurely pauses filled with gentlemanly naturalizing.*⁵ (Pratt:1992:27-28)

Lila Marz Harper en su libro *Solitary Travelers* se refiere extensamente a la efervescencia del Londres decimonónico, lugar de origen y formación de Graham, con respecto al trabajo de observación en la historia natural. Marz Harper cita el libro de William Paley, *Natural Theology* (Siglo XVIII) quien establecía que la observación en el campo de la historia natural era un deber religioso:

[...] encouraging the involvement of Anglican minister, missionary societies and, particularly women in a mass discovery of the natural world leading of waves of various collecting manias –wild flowers, ferns, shells, mosses, marine life – which attracted the attention of hobbyist (and nearly depleted the fauna and flora of Britain.) (Marz Harper:2001:19)

1999).

5 Pratt aclara que la descripción de la flora y la fauna databan ya del siglo XVI, pero de manera distinta: *Descriptions of flora and fauna were not in themselves new to travel writing. On the contrary, they have been conventional components of travel books since at least the sixteen century. However, they were typically structured as appendices of formal digressions from the narrative. With the founding of the global classificatory project, [La clasificación de Linnaeus de todas las plantas del planeta tierra, conocidas y por conocer según sus características y sus partes reproductivas] , on the other hand, the observing and cataloguing of nature itself became narratable. It could constitute a sequence of events, or even produce a plot. It could form the main storyline of an entire account.* Pratt también señala que el trabajo de Linnaeus fue completado y enriquecido con los trabajos de Buffon, *Historia Natural* (1749) y los trabajos de Adanson, *Familia de Plantas* (1763).

Por otro lado Marz Harper informa que el primer profesor de botánica de la Universidad de Londres, en sus clases demarcaba con precisión inapelable que una cosa era la botánica como un ‘entretenimiento para mujeres’ y otra, lo que era la botánica como ‘ocupación para el pensamiento serio de un hombre’⁶ (Marz Harper:2001:20). No es nuestro interés referirnos a este punto en detalle, sino señalar que el espíritu científico de Graham proviene de su situación cultural inglesa generalizada. La naturaleza era considerada en su época como un objeto de estudio *narrable*, lo que le permitía incluirla ‘naturalmente’ en su narración de viaje. La naturaleza chilena le sirve a Graham para reafirmar su posición social europea, de la misma manera como otros llevaron a Chile y a Sud América una modalidad e ideología particular de observar y describir la historia natural. No sabemos bien si es por su estado de luto y su consiguiente y relativa soledad lo que la llevan a escribir casi únicamente con un espíritu de admiración estética, por un lado, y de poca exploración, por otro; resultando una mirada más bien práctica, tendiente al potencial comercio entre Inglaterra y Chile. La soledad de Graham es relativa, porque aunque viaja con su marido a Chile y éste fallece casi al llegar al punto de destino, en Chile está rodeada de referencias y contactos de amigos ingleses y chilenos, todos influyentes a nivel social y político. No es su situación de viuda lo que la decide a escribir⁷, puesto que al llegar a Chile era ya una escritora profesional. Su soledad y su profesión contribuyen a una independencia que queda clara desde el comienzo, cuando ella elige vivir en una casa ubicada en un barrio “poco recomendable” en el que nadie de su clase social, y además sola, viviría. Graham se prepara para esta ‘transgresión’ desafiante. Desde el punto de vista de la naturaleza y su relación con ella, su elección por El Almendral no es azarosa: escoge vivir en un lugar cuyo toponímico corresponde a un árbol de origen chino o africano, aunque traído a Chile desde Europa, o mejor, a un conjunto de árboles urbanos de la familia de las rosáceas (Hoffmann:1983:238), que tal vez la mantienen imaginariamente, como en casa. El Almendral corrobora su gusto y amor por la naturaleza.

6 La traducción comprensiva me pertenece.

7 Habría que pensar en las diferencias de sus narraciones, la referente a Chile y la de Brasil, adonde viaja sola; a diferencia de la narración de su viaje a la India, en donde aparte de viajar acompañada de su padre, conoce al que va a ser su marido con quien una vez en la India, se casa.

El Almendral, situado en una planicie arenosa pero fértil, que corre entre los cerros que lo separan del mar. El Almendral tiene tres millas de largo, pero es muy angosto [...] El Almendral abunda en olivares y plantaciones de almendros, de donde recibe su nombre, pero aunque es la parte más agradable del pueblo, dicen que no es segura y que uno puede ser víctima de robo o asesinato; así, el hecho de que yo haya tomado la casita al final de este barrio ha suscitado más extrañeza que aprobación. Sin embargo, me siento muy a salvo, porque creo que nadie roba o mata sin una tentación o provocación y como no tengo nada que pueda tentar a los ladrones, estoy decidida a no provocar a los asesinos.” (MG:2005:10)

La elección de su domicilio, ajena a toda consulta (masculina o femenina), constituye su único acto de desafío en Chile. La elección de El Almendral lleva al lector a pensar que tal vez Graham pudiera haberse ‘enraizado’ en Chile, pero los acontecimientos posteriores detienen esta remota posibilidad transformando a la viajera únicamente en ‘residente’ temporal. Vivir en El Almendral y desde ahí salir al ‘mundo’, muestran su independencia, fuerza, energía y determinación, las que corrobora a menudo. Uno de los ejemplos más notables de su energía es cuando durante un largo viaje a caballo de algunas semanas con subidas y bajadas extenuantes y con varios amigos y en especial Lord Cochrane, Graham refiere al hecho de que debe mandar a su criada a descansar y acostarse, puesto que ésta, aunque era mucho menor que ella, se cansa mucho más durante y al final de las excursiones. Este discurso sobre la criada corresponde, simplemente, a un acto de superioridad. Graham omite todo el trabajo que debió haber hecho su criada durante el viaje mientras estaba a su servicio y al de sus amigos. Probablemente el cansancio no provenía única y exclusivamente del desplazamiento a caballo, sino de todo el servicio otorgado por la criada a esta comitiva.

El lector percibe no sólo su angustia y tristeza por la soledad en que la ha dejado el infortunio inconsolable de la muerte de su esposo, sino que también esa soledad deviene un espacio para ‘hacer ciencia’ a través de sus observaciones geológicas (terremotos y temblores); botánicas (en jardines, y huertos); por otra parte, su soledad le permite una proximidad a la experiencia de lo sublime tanto por su mirada directa al paisaje natural (majestuosas montañas, cataratas, ríos, salidas y puestas de sol, bosques); como en el espacio urbano creado por la mano del hombre, pero donde se concentra todo el conocimiento de la herbolaria: la farmacia. De este modo, aunque su escrito parezca desordenado en término a sus referencias a la historia natural de Chile (en realidad, la viajera no hace estudios rigurosos, aunque sí observa con mucha precisión), es posible ordenar con cierta claridad tres momentos-categorías de sus observaciones detenidas y acuciosas:

1) la naturaleza vista como algo práctico, útil, comerciable; 2) la naturaleza como algo estético, en donde se subraya la belleza, lo agradable, lo encantador; 3) y la naturaleza como la posibilidad de una experiencia sublime. Esta combinación que logra el texto de Graham (de riqueza y atractivo para todo tipo de lector) muestra a una viajera interesada y atenta por el mundo que la rodea y exhibe que su interés no permanece sólo en cuestiones del mundo doméstico y social. Inglaterra era el imperio que mantenía el ojo puesto en las colonias recién independizadas de España, para establecer y consolidar sus afanes comerciales. (Pérez Mejía:2002:122) Graham despliega esta mirada comercial en su narración cuando, por ejemplo, se refiere al precio de algunas flores, “Un clavel cuesta medio dólar y un ranúnculo [...] vale al menos un dólar [...]”; o cuando solicita información sobre los nombres de los árboles autóctonos de Chile para hacerlos llegar a Inglaterra con claras intenciones comerciales por la madera⁸, “Reyes me ha conseguido un mapa de la ciudad y una nómina de los principales árboles autóctonos, con autorización para copiar ambos.” (MG:2005:175). De la misma manera, la viajera observa las posibilidades y usos de las propiedades de ciertas plantas por lo beneficioso que resultaría conocer el procedimiento del teñido de telas: “Las hierbas y raíces del campo revelan gran abundancia y variedad de colores, pocas familias, si es que hay alguna, carecen de una mujer entendida en las propiedades de las plantas, ya sea para teñir o para medicinar. La corteza del quillay se usa constantemente para lavar y hacer resaltar los colores.” (MG:2005:20) Graham critica y juzga atribuyendo a la mujer chilena la tarea de conocer las propiedades de las plantas para teñir y/o para medicinar, ya que socialmente este tipo de trabajo estaba a cargo de las mujeres que no sólo la recolectaban, sino las vendían. Ella, por su parte se atribuye no sólo el derecho de criticar desde su posición de entendida en flores, árboles, hierbas y raíces, sino que se ubica como la conocedora que corrige lo que ella considera faltas. En el caso del teñido, la viajera no se está refiriendo a una mujer preparada en estos estudios, sino a una ‘mujer del pueblo’ de Chile; le refriega, narrativamente, su ignorancia rebajándola y elevándose ella misma. Con

8 De hecho, Ángela Pérez Mejía en su excelente artículo centrado en el rubro de las ciencias sociales, “Graham: La ‘blanca hija de oriente’ o una extranjera en tierras indomables”, en *La geografía de los tiempos difíciles: escritura de viajes a Sur América durante los procesos de independencia 1780-1849*, indica que “En la primera edición [del texto de Graham] se anexaba incluso una relación de árboles de Chile, junto a los documentos políticos de O’Higgins y Cochrane, titulada: “Account of the useful Trees and Shrubs of Chile, drawn up for the Court of Spain, in obedience to the Royal Edict of July 20th 1789; and forwarded with samples of the woods.”, p. 122.

o sin razón, la mirada imperial de la inglesa queda corroborada en este ejemplo, como también cuando se sitúa como correctora superior de la información recibida sobre otros varios asuntos que atañen a la naturaleza. Durante una reunión social, un médico (y esta vez se trata de un inglés que ya llevaba viviendo varios años en Chile) habría mencionado las cualidades del *Cytisus Arboreus* y las ventajas de traerlo de Europa a Valparaíso y al resto del país, para cultivarlo y exportarlo; Graham corrige al médico, indicándole que ya muchos lugareños le habían mostrado la existencia de esa planta que llamaban *culén*⁹; después de la cena, Graham se dirige a un lugar cerca de su casa y se encontró con que “las rocas estaban cubiertas del mejor culén.” (MG:2005:35) Lo interesante es que ninguno de los chilenos presentes, y esto es lo que además irrita a Graham, pudieron contradecir al médico inglés. Ni chilenos ni ingleses saben, la viajera sabe. Las propiedades de esta planta, Graham las precisa con voz autorizada:

Este mismo culén es bueno como infusión y dice que posee cualidades para combatir el escorbuto y la fiebre. El aroma de sus hojas secas es agradable y el tallo de su flor transpira una goma dulce que los zapateros utilizan en vez de cera; finalmente, sus hojas frescas mezcladas con manteca de cerdo son un ungüento muy efectivo para las heridas recientes. (MG:2005:35)

Su actitud correctora de “nada de esto es verdad” aparece y se intensifica cuando recibe información sobre el territorio natural que la rodea. Cuando mostró deseos de visitar la Laguna de Aculeo, recibió información de “que era redonda y entre cerros elevados, tranquila como Nemi, y para incrementar la sorpresa que era salada como el mar”; después de visitarla, comenta en tono crítico: “Nada de esto es verdad: es irregular y zigzagueante, con algunos islotes [...]” (MG:2005:150) En otro pasaje refiriéndose a las aguas de un río, escribirá dentro del mismo tono: “Me han dicho que las aguas del Puangue son calientes por la mañana y frías por la noche, algo contrario a la experiencia y a la razón y, aunque no lo he comprobado, sospecho que es un error tan grande como el de creer que sean saladas las aguas de *Aculeo*.” (MG:2005:168)

9 Adriana Hoffmann en *El árbol urbano de Chile* (Santiago de Chile: Ediciones Fundaciones Claudio Gay, 1983) indica que esta planta medicinal, llamada por los europeos “el té indígena de Chile” ha sido registrada desde muy temprano por cronistas y viajeros: Rosales (1674), Alonso de Ovalle (1646), Vicuña Mackenna (1877), Gusinde (1917), Pedro Mariño de Lovera (1865), Murillo (1889) y Guajardo (1890), Claudio Gay (1832), pp., 79-82.

Graham se queja de su poco conocimiento botánico, como también de la nomenclatura de las plantas que sin embargo ella usa profusamente:

Me da lástima saber tan poco de botánica, porque realmente me gustan las plantas. Me encanta observar sus hábitos y conocer sus países de origen y usos. Me parece que la nomenclatura de la botánica está ideada para mantener a la gente alejada de cualquier conocimiento real de una de las materias más bellas de la naturaleza. ¿Qué tienen que ver unos toscos nombres de cien sílabas con seres tan armoniosos como las rosas, jazmines y violetas? (MG:2005:52)

En los tres momentos que hemos ordenado de modo provisorio en su relación y mención de y con la naturaleza, Graham incluye referencias a la historia, a la poesía y a la literatura, autorizando con ello su voz: si no es una absoluta científica a la que “realmente [sólo] le gustan mucho las plantas”, sí es una absoluta conocedora de literatura y puede mostrar orgullosamente su gran conocimiento literario. Las referencias a la naturaleza van en muchas ocasiones asociadas a citas de poemas o simplemente son nombres de diversos autores y títulos de obras.

Su amor a las plantas y flores queda establecido desde el inicio, cuando la viajera sale a dar un paseo que la lleva a pasar ante el huerto de su vecina, en donde encuentra, además de las mismas frutas que tiene en su propio jardín, “higos, limones y cercas de rosas blancas”. Al permanecer un momento observando las plantas y flores de este huerto, la dueña la invita a pasar; Graham acepta la invitación y en un brevísimo rato, la viajera se encuentra rodeada de flores que les son traídas como obsequio por los nietos de la huésped: “un ramo de rosas [...] un ramo de claveles [...]”. Graham construye este hecho como un verdadero ‘discurso de la femineidad’, en donde todo es armonía, color, amabilidad; en donde los niños son “los dos niños más hermosos que haya visto” y la nieta es una “atractiva joven”; a su llegada todos se levantaron de inmediato de sus bancas para ofrecerle “ansiosos”, asiento; describe la casa como un hogar chileno cálido y ve “un macetero con flores muy lindas”; repara en la digna apariencia de su vecina que a pesar de los años sabe vestirse bien aunque con probidad, e indica que las jóvenes en Chile “gustan decorarse el pelo con flores naturales y no es extraño verlas con una rosa o un junquillo detrás de la oreja o en los aretes”; las plantas al interior de la casa están dispuestas de una manera ordenada en maceteros, así como afuera ordenadas en huertos y jardines. Las flores constituyen un puente entre ambos continentes, algo de conocimiento común; es probable que Graham sienta, de algún modo, que la hospitalidad chilena, le devuelve a través

de este ‘lenguaje floral’, lo que los mismos viajeros ingleses (o europeos en general) trajeron a tierras chilenas: flores. El paseo por el huerto termina en un clímax de belleza cuando al descubrir “la escabiosa [que] llaman ‘la flor de la viuda’, los niños [se] las traen a manos llenas” (MG:2005:12-14,19). Esta familia chilena recibe a Graham con flores que le ‘hablan’ de su actual condición: su viudez; ésta es, en realidad, la mirada del otro (los chilenos de El Almendral) hacia la viajera. Las flores en la narración de Graham, constituyen el lenguaje de bienvenida y reconocimiento que articula Chile para la viajera desde clases sociales distintas: primero, el de la señora mayor y sus nietos; segundo, la rosa entregada como protocolo oficial de parte del mismo Director Supremo Don Bernardo O’Higgins (“tan pronto como me senté me regaló una flor”) (MG:2005:204), y posteriormente las flores y frutas enviadas por la Sra. Rosa de O’Higgins, como un obsequio para la viajera quien, por lo tanto, ha sido saludada y bienvenida por diversos estamentos del escalafón social de Chile:

Momentos después de llegar a casa, recibí un magnífico regalo de frutas y flores de parte de doña Rosa O’Higgins. Las frutas eran sandías, lúcumas, naranjas y limas dulces, no habían otras en esta estación, y las flores eran todas las más hermosas y escasas. Estaban arregladas en bandejas, cubiertas con las servilletas bordadas y traídas sobre las cabezas de los criados vestidos con la librea de palacio; uno sin la librea se adelantó para presentarme los saludos de la señora. (MG:2005:117)

A lo largo de su narración, su mirada avanza por jardines y huertos registrando lo que ve, en listas de flores y vegetales¹⁰; muestra irritación cuando ve que

10 Algunos ejemplos son: “La lobelia tienen unas pocas flores anaranjadas o carmesí y hay un gran número de plantas parásitas que al florecer adornan las ramas desnudas de los arbustos, sus hojas verdes brillantes y las flores de vívido color rojo y amarillo avergüenzan al sobrio color gris de los olivos adyacentes, cuyos frutos están madurando”; el mate “la infusión del Paraguay” [...] “la hierba se parece a las hojas secas de la cassia senna, (primer nombre científico que usa). El lupino perenne, el lupino anual, plantas bulbosas, rosas, arvejillas, claveles, jazmines, la reseda, la eglantina, la azalea, la escabiosa (“la llaman la flor de la viuda”); Cactus Picus Indicus (“hoja de tuna”); El quillay (sus usos prácticos); el junco o cáñamo; el arrayán o retama [...] ramas mezcladas [...] palma tejera [...] retama [...] la caña [...] un fino y largo pasto [...]”; “Pero en este valle, como todos los otros en las inmediaciones de Valparaíso, los árboles son escasos. Los arbustos, sin embargo son bellos y se mezclan por aquí y por allá con el aloe chileno (Pourretia Coarctata), y con el gran cardo antorcha que se eleva a una altura extraordinaria.”, “Entre lo plantado por el hombre noté diversas variedades de hierbas que son comunes en nuestros jardines: hinojo, salvia, tomillo, menta, ruda, zanahoria silvestre y varias otras plantas. Como no es la temporada de flores solo pude encontrar una solitaria fuc-

la tierra no está tan aprovechada en cultivos como fuera necesario para el aumento del progreso en “[este] pueblo floreciente de Sud América” (MG:2005:167); en donde ve que en algunos lugares “Ni siquiera una centésima parte de la tierra se cultiva” (MG:2005:54), por lo que el rendimiento es bajo, lo que afecta al mercado inglés y al chileno. Javiera Palma en su “Viajar ayer, viajar hoy... y la importancia de los diarios como vitral de percepciones y registro de época”, reafirma esta idea:

Para ella [Graham] la realidad natural se debe adaptar a las necesidades, planes e ideas de éste [el hombre] y, aunque tiene conciencia de lo que significan la belleza de la flora y fauna en su estado natural, deja en claro que el país estaría mucho mejor si la mano del hombre estuviese canalizando cada riachuelo y cultivando cada centímetro de tierra visible. Para María Graham la tierra sin cultivar parece ser casi una ofensa y es una muestra del subdesarrollo de la nación. (Palma:2005:22)

¿Quién sino Graham se hubiera atrevido a escribir-describir una farmacia, vista por ella como resultado de un “primitivismo” inconcebible para una nación europea, (Inglaterra), y casi inconcebible en un territorio, que aunque nuevo en su independencia y apenas naciente en sus procesos de colonización europea, conoce el fino lenguaje que se puede establecer con las flores? La descripción de la farmacia, ese espacio de lo práctico, epílogo de huertos y plantas de la naturaleza, conforma un crisol en donde aparecen integrados todos los bienes y males naturales de ‘su’ Chile. La descripción corresponde a una de sus experiencias cercana a lo sublime. La farmacia no es sino el espacio-paisaje de una ‘naturaleza comprimida’; es lo sublime-horroroso, o lo cercano a la experiencia de horror experimentada por una sensible y educada señora inglesa. Graham se detuvo en la única farmacia,

[...] para comprar un poco de polvo azul, el cual, para mi sorpresa sólo se vende allí. Su apariencia me hizo pensar en una botica del siglo XIV, incluso se ve más antigua que las que he visto en Italia o Francia. El hombre que atiende es aficionado a la historia natural [como ella misma] y además de sus anticuados pots de medicinas con inscripciones de los signos celestiales, extrañamente intercalados con paquetes de

sia o Andrómeda”. “Hay un huerto frente a mi casa que desciende hacia un riachuelo que me separa de El Almendral y provee manzanas, peras, almendras, duraznos, uvas, naranjas, olivos y membrillos, además de zapallos, melones, repollos, papas, habas y maíz, y unas pocas flores. [...] Crecen allí unos hermosos arbustos.” 2005, pp. 11;14-18.

medicinas patentadas en Londres [la dosis europea infaltable], hierbas secas y potes inmundos, tiene también cabezas de pescados y pieles de serpientes. En un rincón exhibe un gran cóndor despedazando la carne de los huesos de un cordero; en otro, una oveja monstruosa con una pata adicional que le crece de su frente y, también, pollos, gatos y loros que acumulan más polvo del que jamás haya visto. (MG:2005:29)

El regreso narrativo a Europa es inevitable para Graham a través de una fuerte comparación y distanciamiento entre Chile e Inglaterra: “Inglaterra, con todas tus fallas, todavía te amo”, anota citando a Cowper y Lord Byron. Graham continúa su reflexión filosófica perdonando los errores de su país natal, frente al medioevo y primitivismo en el que se encuentra Chile: “Por mi parte, creo que si alguno de ellos [Cowper y Byron] hubiese estado en Valparaíso, se habría olvidado de los errores ingleses.” (MG:2005:29) Enseguida Graham inicia toda una explicación sobre las desventajas que tiene una persona (viajera) proveniente de Europa, de clase social alta, de un lugar urbano desarrollado, con comodidades, en un territorio, que a pesar de tener un clima espléndido con días agradables y frutas, verduras, pájaros, cereales en abundancia, no se equipara con los problemas y desagradados a la vista, ni concuerda enteramente con los gustos europeos. Graham hace un llamado al “animal social, único y perfectible” [el hombre], quien no puede y no podrá acostumbrarse ni sobrevivir bien en un lugar tan distinto a Inglaterra; y más aún, en donde ni siquiera se podría acostumbrar a las mejores comodidades que un palacio en Chile pudiera ofrecerle al viajero europeo, puesto que las comodidades chilenas siempre serán menores, incluso a las comodidades que pudiera ofrecer una choza de trabajadores en Escocia. Sin embargo este comentario, desafortunado por su carácter comparativo, muestra que no es la naturaleza, en su abundancia o en su escasez, lo que genera su irritación, sino por la ausencia de la mano y el paso del hombre; el trabajo del chileno no está a la altura del europeo. La experiencia desagradable y repulsiva de la farmacia, le devuelve su visión imperialista, aunque de algún modo, y a pesar de todo, se recupera indicando que la “poesía de la vida [en Chile] no ha terminado”. Siente que la poesía romántica (Byron), suficiente para describir la majestuosa y magnífica naturaleza de Chile, ya no es suficiente para describir sus impresiones sobre la naturaleza de tipo urbano, es decir, la farmacia; la cual ha sido descrita por ella crudamente, sin sentimientos ni embellecimientos. Para describir esta realidad semi-natural-urbana, Byron es insuficiente, por eso prefiere a un poeta que describa la naturaleza descarnadamente, y que no la romántice, como por

ejemplo George Crabbe (1754-1832) poeta inglés y naturalista, que depone, en sus descripciones de la vida rural inglesa, el sentimentalismo. (MG:2005:29-30)

Sus caminatas rurales para observar y admirar la belleza del paisaje dice que las “disfrutó doblemente” por el aire libre que entraba a sus pulmones, es decir, por esa libertad que recién empezaba a sentir en el nuevo territorio hispanoamericano; sentimiento de libertad importante para este espíritu romántico: “ver el verdor, sentir el sol, la luz”; es decir sensaciones que la acercan al acto de sentir, y no sólo ver y entender. Su mirada estética al paisaje cruza toda la narración alcanzando un clímax ascendente:

[...] puedo repetir más de mil veces que es el día más bello que he visto porque las escenas vírgenes y frescas de la naturaleza, cada una que sigue a la otra es más encantadora que la anterior [y hasta las dos jóvenes que la acompañan, Ana María y Rosario], son dos criaturas más bellas que las flores que las rodean [...] todo, todo, era bello [...] (MG:2005:153),

para descender desde el momento del terremoto del 19 de noviembre. A partir del violento remezón, su interés por la naturaleza y el tono de su discurso cambian. La admiración por la belleza del paisaje natural chileno es genuino, aunque no está exento de “miradas a lo Pisgah”¹¹ en donde se vislumbra también su ojo imperial. Ya desde su aproximación al territorio chileno, la viajera registra su admiración por el paisaje:

Esta madrugada al aproximarnos a tierra, la vista de los Andes me hizo pensar que no existe nada más glorioso, pues nacen en el mismísimo océano y sus cimas cubiertas de nieve eterna brillan con toda la majestad de la luz. Mucho antes de que la tierra se iluminara, el sol salió súbitamente por detrás de las montañas y éstas desaparecieron. Navegamos por horas antes de divisar tierra. (MG:2005:17)

Graham racionaliza su deseo de salir para ver y estar en contacto con la naturaleza con frases como ésta: “aprovechando lo agradable del clima”. Es interesante que describa la ciudad de Valparaíso sólo cuando puede narrarla en la estación propicia en que sus jardines florecen; la imagen es la de un Valparaíso

11 “Mirada a lo Pisgah”, se refiere al trepador de montaña escocés del siglo XIX que construye una mirada desde lo alto.

florido, hermoso y bello al cual valió la pena haber venido, y en el cual valió la pena haber vivido; también es curioso que esta descripción la haya hecho inmediatamente después de referir su ataque de tos con sangre y la manifestación clara de su tuberculosis¹². La primavera con sus flores y vegetación encendida son vistas y sentidas por la viajera ya no sólo como elementos clasificables, reconocibles y propios para el conocimiento botánico, o para uso práctico (comida o medicina), sino como un momento de posibilidad de mejoría y de recuperación parcial o total de su salud. La ciudad-puerto Valparaíso, deviene en la escritura un ‘paisaje’ florido cuyo marco que lo sostiene es la potencial salud de la viajera. Dice con mucha tristeza: “La primavera ha llegado a todos excepto para mí.” (Graham: 2005:203)

Muchas de sus descripciones en donde lo que intenta es representar la belleza del paisajes son coronadas con versos de poetas, en este caso, al final, cita “El Corsario” de Lord Byron. He aquí un ejemplo típico de escritura relativo a la descripción de la naturaleza:

Esta mañana tentada por lo agradable del clima y por la dulzura del aire, salí a recorrer el curso del riachuelo que riega mi huerta en busca de su fuente. Después de bordear el cerro por un octavo de milla, siempre con vista hacia un valle fértil, de vez en cuando lograba atisbar entre los árboles frutales una vista de la bahía y de los barcos y, de repente, escuché el ruido de una caída de agua y, al doblar rápidamente una esquina rocosa, me encontré con una quebrada de grandes bloques de granito, en donde un hermoso y abundante arroyo había lavado la greda de la cascada y de sus laderas, y caía a un banco de arena donde brillaban partículas de mica que semejaban el oro de las hadas[...]. Un poco más adelante, al ascender por la quebrada, encontré en lo alto de la cascada, un lecho de mármol blanco en medio de una roca gris, y más allá, medio escondida entre los arbustos, agua que formaba miles de diminutas cascadas. [Y cierra su descripción citando los versos del “El Corsario” de Lord Byron]:
“A través de frondosos helechos y flores silvestres,/ y la frescura respirando en cada manantial de plata, cuyos esparcidos arroyos estallan de las cuencas de granito,/ saltan a la vida y burbujeando cortejan tu sed.” (MG:2005:16-17)

12 Marz Harper en *Solitary Travelers. Nineteenth-Century Women's Travel Narratives and the Scientific Vocation*, refiere al hecho de que muchas de las viajeras en el Siglo XIX, con diversos tipos de enfermedades en su país de origen, se curaban durante el viaje; es decir, el viaje constituía un curativo para las represiones de todo tipo que resultaban en enfermedades variadas. En Graham es exactamente lo opuesto: el viaje, si bien no genera su enfermedad, la desata. 2001, p. 28.

El episodio que antecede a la salida para ver las bellezas naturales que puede ofrecer el paisaje chileno en esa “agradable mañana”, hace relación, de nuevo, con su criada: “Tentada por lo agradable del día y por el deseo de ver árboles silvestres nuevamente me decidí a dar un paseo a caballo por el campo e invité a mi criada.” Aunque busque estar sola, ve como una necesidad llevar una suerte de “chaperona” o compañía. La partida se inició con problemas: “No habiendo una montura apropiada de mujer para ella, no le fue tan fácil montar a caballo [...] Lo arduo fue que ella montara, ya que sólo tenía una silla de mujer [...] se acomodó en una silla campesina [...] que a veces se usan para los burros” [...]. La cabalgata se fue haciendo más y más intensa, y verbos como “ascendimos”, “descendimos”, “cruzamos”, “avanzamos”, empiezan a sucederse como en una cascada, lo que desemboca narrativamente a un regreso a la poesía: “la fragancia que exhalan sus hojas evocó las moradas del paraíso de Milton en mi mente: “La bóveda/ de la espesura más densa, era sombra entretejida;/ laurel y arrayán y lo que crece más alto/ de firme y fragante hoja: a cada lado/... cada aromático y espeso arbusto/ aprisionaba el verde muro”¹³. De las bellezas del paraíso de Milton, pasa casi sin transición a lo práctico con una extensa referencia a la palma:

La palma tejera [...] su hoja es más grande gruesa y rica que aquella de la palma del cacao, por lo que es mejor para techar, que es uso corriente que se le da aquí. [...] Las hojas bajas las cortan anualmente y dejan dos o tres de las altas, lo que significa que el recto tronco lleva una extraña corona hasta que las ramas se desgajen; una imagen tan parecida a la de las ruinas del antiguo Egipto, que no pude evitar imaginar que estaba frente al modelo de su elegante y sólida arquitectura. Esta palma se diferencia en gran medida de otras que haya visto en el mundo. La altura de las adultas es de cincuenta a sesenta pies, a dos tercios de alto los troncos se angostan considerablemente: La corteza está compuesta de anillos circulares nudosos y marrones, siempre erguidos y excediendo en circunferencia a todas las palmas que conozco, con excepción del árbol del dragón. La envoltura que contiene a su flor es tan grande que los labriegos la usan para acarrear artículos domésticos y tiene la misma forma de las canoas de la costa, que creo se inspiraron en estas envolturas. No he visto su flor, pero al igual que muchas de su especie, las flores macho y hembra crecen en plantas separadas y los árboles que cargan frutos son más apreciados por los lugareños [...] Cuando este árbol se vuelve viejo, es decir, cuando la gente calcula que ha visto pasar ciento cincuenta años, se corta y se quema para extraer un rico jugo que aquí se llama miel. El sabor pasea el paladar entre la miel y la mejor de las melazas. La cantidad que cada árbol produce se vende en doscientos dólares. Sé que hay otras especies de palmas que producen azúcar; el árbol

13 Graham citando “El paraíso perdido” de John Milton (2005, p. 30).

del dátíl es uno, pero si mal no recuerdo, se corta para extraer el jugo de sacarina de las Indias Orientales. He pensado en sugerirle a mis amigos intentar destilar de este árbol la savia, que al igual que el cacao, el palmitote Adamson, las cicas o todda-pana, sirve para producir el mejor arrac de las Indias Orientales. Pedro Ordóñez de Ceballos dice que los indios lo llaman Maguey y hacen de él miel, vino, vinagre, tela, cuerdas techos.” (MG:2005:32-33)

En este ejemplo aparecen incluidos los pasos frecuentes de la escritura de Graham con respecto a la naturaleza: 1) toma un ejemplo, la Palma, y muestra su conocimiento previo sobre el árbol o planta a la que se refiere; 2) menciona la belleza tanto del árbol como del paisaje en donde está inserto; 3) establece una comparación por el parecido de las imágenes, en este caso con ‘las ruinas de Egipto’; 4) se extiende en aspectos prácticos (productos) de la palma y adelanta precios en dólares y sus consiguientes consejos a sus amigos sobre su posible uso o comercialización; 5) refiere a algún aspecto nuevo antes desconocido por ella (en este caso el grosor del tronco y la altura); 6) incluye en medio de la referencia o cierra la descripción con un poema o versos de un poeta.

Aunque la viajera lamentara al final de su viaje no haber podido visitar el sur de Chile, la región de la Araucanía, el canelo, árbol nativo del sur, le sirve para establecer una comparación aunque poco favorable al árbol sagrado: “es un árbol interesante ya que está emparentado con la historia y supersticiones de los indígenas [...] o los paganos chilenos [...] El canelo fue aquí lo que el roble para los antiguos druidas, y su belleza, fragancia y vasta sombra le dan afabilidad de lo que le falta en grandeza, en comparación con el rey de los bosques. [el roble]”; de algún modo rebaja a este árbol bello y fragante, para contrarrestarlo con el “rey de los árboles” de los antiguos druidas, el roble. El árbol (el canelo) es afable, pero carece de grandeza (la del roble).

Será un fenómeno de la naturaleza, de carácter desastroso, es decir, el terremoto ocurrido el 19 de noviembre de 1822, que hará que Graham abandone su admiración por jardines, huertos, paisajes de gran belleza, y hasta abandone su admiración-repugnancia por la farmacia, ese espacio de naturaleza compacta, para entrar de lleno en el “laboratorio” natural que le ofrece el fenómeno: “Parecía que la naturaleza nos había permitido penetrar en su laboratorio.” (MG:2005:238-39)

El terremoto la lleva a vivir a una tienda de campaña “a lo Robin Hood” (MG:2005:237), es decir, metafóricamente a un ‘bosque’, debiendo convivir y unirse con personas de distinta edad y clase social, lo que le ofrece una ocasión

para insertar una frase de “La tempestad” de Shakespeare: “Las miserias dan al hombre extraños camaradas de lecho.” Los sentimientos despertados en Graham en el momento mismo del terremoto y durante los días que le siguen, trascienden lo práctico, la belleza y el horror, como también su propia persona-extranjera que vive en Chile, su propio luto y su propia felicidad ocurrida y construida en territorio hispanoamericano. Pareciera que el remezón natural hubiese remecido la psiquis de la viajera, quien ahora inicia una mirada intensa hacia sí misma, viéndose muchas veces sola, pero ya no como un deseo romántico de soledad para favorecer su encuentro con la naturaleza, sino con una sensación de fuerte vulnerabilidad y abandono, lo que le despierta un intenso deseo de regresar. El remezón geológico y la inestabilidad política de Chile¹⁴ devienen para ella un solo fenómeno que la llevan a buscar una solución rápida, que nunca durante toda su estadía se había siquiera planteado: el regreso a Inglaterra. Como observadora de la naturaleza, Graham tiene una magnífica ocasión de medir el fenómeno y reportarlo científicamente¹⁵.

Debido a “lo agradable de la tarde”, el 19 de noviembre, Graham, Glennie (primo y amigo de la viajera y quien dormía profundamente en un sillón cerca del fuego) y uno de sus amigos, el Sr. Bennet, se sentaron en el corredor de su casa que “da[ba] a la bahía”; Graham describe la situación al día siguiente del terremoto:

[...] por primera vez desde que llegué a Chile, la vi iluminarse [a la naturaleza]. Los relámpagos continuaron ininterrumpidamente sobre los Andes hasta que oscureció, momento en que una hermosa y serena luz de luna siguió a un tranquilo y moderado caloroso día [...] cuando a las diez y cuarto sentimos un violento movimiento, acompañado de un sonido como el de la explosión de una mina [...] la vibración fue aumentando, las chimeneas se cayeron y vi las paredes de la casa partirse [...] nos levantamos y fuimos

14 Para este punto ver el excelente libro de Ángela Pérez Mejía, *La geografía de los tiempos difíciles: escritura de viajes a Sur América durante los procesos de independencia 1780-1849* (Colombia: Editorial Universidad de Antioquia, 2002).

15 Charles Lyell en 1830 incluye en su *Principles of Geology*, el reporte de Graham aparecido en su *Journal of Residence in Chile* (1824); Lyell consideró a Graham como una importante contribuidora a los estudios de geología por la precisión de sus observaciones. Para este aspecto, ver el artículo de Marina Kölbl-Ebert, “Observing orogeny: Maria Graham’s account of the Earthquake in Chile in 1822” (Geologische Staatssammlung München, Luisenstraße 37, München, Germany. Marzo, 1999), donde expone las diversas teorías geológicas existentes en el Siglo XIX y cómo Graham fue atacada por algunos científicos y defendida por otros, debido a sus observaciones sobre el terremoto de 1822.

hacia el corredor con la intención de tomar los escalones, pero la vibración aumentó con tal violencia, que al oír la caída de la pared detrás de nosotros, saltamos a la pequeña plataforma hacia el suelo, instante en que el movimiento de la tierra cambió de una rápida vibración a un movimiento como el de un barco en el mar [punto que origina la polémica, y el ataque en contra Graham entre los geólogos europeos que señalaban que era imposible que un terremoto produjera elevación en las capas geológicas] , lo que nos hizo difícil que el Sr.Bennet y yo sujetáramos a Glennie. La sacudida duró tres minutos y para cuando terminó todos los de la casa y en sus alrededores estaban reunidos en el césped, con la excepción de dos personas [...] por lo que no sentí ese terror sublime, mas miré a mi alrededor y lo vi. (MG:2005:212-213)

Aunque no sintió el “terror sublime”, lo vio; vio la tierra moverse y elevarse; vio los árboles sacudirse y desencajarse; y mirando lo sublime y sin sentirlo, Graham no pudo perder de vista a su paciente Glennie, a quien debía estar cuidándole su bienestar. El horror sublime, que no siente, lo ve en la naturaleza misma; sus sentimientos son desplazados hacia Glennie, a él lo siente y controla su alrededor, de la misma manera como controla sus propias observaciones científicas de medición y cálculo en relación al fenómeno. Graham se da cuenta que no puede controlar nada más que a Glennie; la naturaleza se ha desbocado:

Jamás olvidaré la horrible sensación de aquella noche. Todas las otras convulsiones de la naturaleza nos dan la idea de que podemos hacer algo para evitar o mitigar el peligro, pero no hay refugio o escape de un temblor: la “loca agitación” (Lord Byron, “Darkness”) que remueve cada corazón, y se muestra en cada mirada, me parece tan horrible como puede llegar a ser el día último del juicio; y me arrepiento de que mi ansiedad por mi paciente dominara otras emociones. (MG:2005:212-213)

Sara Mills en su artículo “Mary Wollstonecraft’s Letters Written During a Short Residence in Sweden, Norway and Denmark.”, señala que “The sublime is a moment of confrontation between a solitary individual ego, and a landscape where these problems of conflict and otherness are resolved; it is a question of the subject controlling the landscape through controlling their visual sensation, thus consolidating their position as a unified seeing subject.” (Mills:2000:20)

Enseguida Graham da cuenta del verdadero enloquecimiento de la naturaleza que la rodea como resultado de esta “convulsión”: “el mugido del ganado durante toda la noche; los gritos de las aves del mar que no cesaron hasta el amanecer”; “No había la más mínima brisa, sin embargo los árboles estaban tan agitados, que sus ramas más altas parecían tocar el suelo. Fue después de un tiempo que nuestros espíritus se recuperaron lo suficiente para preguntarnos

qué debíamos hacer.” Mientras se organizaba y prestaba ayuda al enfermo que debido a la convulsión tuvo una hemorragia, “[...] ya habían habido una segunda y tercera sacudida, menos violenta que la primera [...] y después otro remezón” (MG:2005:213-214). A medida que avanzaban los minutos y Graham y los que la acompañaban se iban recuperando, la viajera no olvida su papel de observadora y desde una mirada hacia fuera (relámpagos y la tierra misma) pasa al interior de la casa en donde mide, calcula y saca sus conclusiones provisionarias, aunque esta vez uniendo elementos del mismo fenómeno:

[...] al entrar vi que los muebles se habían movido de sus lugares, pero no presté demasiada atención. En la segunda habitación, sin embargo, el desorden, o más bien los muebles fuera de lugar, eran impactantes, y luego me pareció que un patrón regía la ubicación de todas las cosas [...] observé los muebles de cada habitación y observé que todos apuntaban a la misma dirección. Esta mañana saqué mi compás y supe que la dirección era noroeste y sureste. La noche continuó serena y aunque la luna se ocultó temprano, el cielo estaba claro y había una leve aurora austral [...] Era la medianoche, la tierra todavía estaba intranquila y los temblores, acompañados por sonidos como los de explosiones de pólvora, o más bien como los de la erupción de un volcán, se repetían cada dos minutos. Estoy recostada con reloj en mano contándolos, por cuarenta y cinco minutos, y luego, cansada, me dormí. Pero un poco antes de las dos de la madrugada una fuerte explosión y un tremendo movimiento nos despertó; un caballo y un chanco se soltaron y vinieron a refugiarse con nosotros. A las cuatro hubo otro violento remezón, el intervalo (entre las dos y las cuatro) había transcurrido en constante temblor con una especie de movimiento entrecruzado, y la dirección general de las ondulaciones era de norte a sur. A las seis y cuarto hubo otra sacudida, que en un momento distinto se hubiese sentido severamente; desde esa hora, aunque ha habido una serie de agitaciones como para sacudir e incluso derramar el agua de un vaso, y aunque el piso aún tiembla a mis pies, nada ha sucedido que nos alarme. (MG:2005:214)

En medio de toda la convulsión, no sólo trabaja ‘con reloj en mano’, sino que atisba la belleza del paisaje:

Cuando amaneció [...] todo se veía tan bello como si la agitación de la noche no hubiese sucedido, pero había por aquí y por allá grietas de diferentes tamaños en varias partes del cerro. [Sus observaciones no se detienen en ningún momento]: En la raíz de los árboles, en las bases de los postes que sostienen el corredor, la tierra se separó y podía meter mi mano, y tenía la apariencia donde el jardinero ha usado el azadón [...] durante la noche el mar parece haberse retirado de manera extraordinaria, especialmente en la bahía de Quintero. Veo desde el cerro rocas sobre el agua que no estaban a la vista antes, y los restos del Águila [barco] parecen alcanzables a pie desde esta distancia, a quien no era el caso hasta hoy, ni siquiera con las mareas bajas. La noche

está bella: la luna está alta y brilla sobre el lago y la bahía; las estrellas y aurora austral también brillan y una suave brisa del sur ha soplado hasta el amanecer [...] A las dos y media de la madrugada desperté con una fuerte sacudida. Diez para las tres, un tremendo temblor nos hizo sentir otra vez absolutamente desprotegidos e impotentes. Un cuarto para las ocho, otro no tan fuerte; a las nueve y cuarto, otro. A las diez y media y a la una y cuarto se repitieron; otro, veinte minutos para las dos con un ruido muy fuerte que duró un minuto y medio; y el último fuerte fue a las diez y cuarto [...] pero pequeños remezones se suceden cada veinte o treinta minutos. [La mirada de Graham avanza por distintos espacios arriba, abajo y a los lados, tanto al exterior como al interior, marcando los minutos. Sus observaciones científicas predominan]: Durante muchos de los temblores, noté que el agua o vino en la mesa no era agitado por un movimiento regular, sino que parecía ser lanzado de repente en borbotones. Sobre la superficie del agua, en un gran jarro, observé que se formaban tres de estos borbotones y que desaparecieron repentinamente hacia los lados. En el jarro, el mercurio fue afectado de la misma manera. No teníamos un barómetro con nosotros ni pude informarme si tales observaciones habían sido realizadas. (Graham:2005:214-218)

Graham, desde Quintero, en donde la sorprende el terremoto, inicia el regreso hacia su casa en Valparaíso, que según noticias que recibió de parte de Lord Cochrane no había sido destruida; y es durante este viaje de regreso que Graham hace una serie de observaciones científicas y de carácter filosófico: “[...] vi la calamidad [en Viña del Mar y en sus alrededores] bajo una luz que no había percibido. Ricos y pobres, jóvenes y viejos, amos y criados estaban todos apiñados en una incómoda intimidad, incluso aquí, donde la distinción de rangos no es tan amplia como en Europa.” (MG:2005:223) Esta mezcla no le agrada nada a Graham; ella siente que desde este hacinamiento social pueden surgir corrupciones y subversiones sociales. A la llegada a su casa en El Almendral la esperaba una noticia terrible: la muerte del pequeño hijo de cinco años de su criada, quien ve a esta extranjera como su posible salvadora: “Ah, Señora, ¿por qué no estaba Ud. aquí?” Los sacerdotes deciden no sepultar al niño en campo santo, sino que lo echan a la fosa común por no tener “4 dólares”; (MG:2005:224). Lo irónico de la situación es que Graham no sólo no puede solucionar ningún problema, ni ser salvadora de nadie, porque ella, como extranjera en Chile, necesita ayuda. Después de ver con agrado de que su casa se mantuvo en pie, con la excepción de algunas tejas caídas del techo, debe enfrentar una realidad inesperada: los mismos sacerdotes desalmados que fueron capaces de tirar a la fosa común a un niño, son los que deciden convertir su casa de El Almendral en un milagro “[...] el veinte, Nuestra Señora del Pilar estaba al lado de mi cocina, vestida en su traje de satén,

recibiendo las numerosas ofrendas por haber protegido la propiedad.”¹⁶ Pero su casa de El Almendral no sólo es aprovechada por la iglesia, sino que el dueño de esta casa, a quien Graham se la había arrendado y quien se deja sobornar por dos ingleses, niega a Graham la posibilidad de arrendarla. La casa de El Almendral, de un “lugar poco recomendable”, deviene en “un milagro”, que paradójal y suciamente expulsa a su residente y arrendataria. De ahora en adelante Graham se enfrenta a una cascada de malas noticias y contratiempos que la van a ir desarraigando-desenraizando poco a poco de Chile. Graham está siendo, también remecida y convulsionada con estos hechos, de la misma manera que el paisaje natural de esa región de Chile lo ha sido. Con angustia observa su situación en medio de un “laboratorio” natural que no puede de ningún modo controlar:

Después del almuerzo, mientras esperaba un bote para ir de visita a otro barco, me recliné sobre el pasamano de la fragata meditando sobre las dificultades de mi situación y la tristeza de mis perspectivas, especialmente si la lluvia llegase antes de que Glennie pueda trasladarse a una casa cómoda, y sentí una pesadez de corazón como en pocos eventos en mi vida, y he sufrido muchos dolorosos, han ocasionado. No vi esperanzas que me confortasen, pero súbitamente llegaron de un lugar que no esperaba ni me habría atrevido a esperarlas.” (MG:2005:244)

La aparición de Lord Cochrane en ese preciso momento en que se encontraba “empacando [sus] libros” para irse de El Almendral, es providencial: “Su señoría [Lord Cochrane], muy generosa y humanitariamente me pidió que me quedara en Quintero con mi pobre inválido, y que no pensara en moverlo ni moverme hasta que las circunstancias fuesen más favorables; me dijo que él pronto estaría por allá para establecer una morada en donde podría refugiarme y a Glennie hasta que él estuviese lo suficientemente repuesto para marcharse.” (MG:2005:226)

Días después, recibe el segundo gesto que la conforta:

16 Graham aprovecha a criticar a los sacerdotes en más de una ocasión, por ejemplo cuando se refiere al episodio de su casa convertida en milagro, “[...] supongo que se llevó [el sacerdote] un compás de bolsillo de plata y una botellita de esencias, las únicas dos cosas que extrañé.” 2005, p. 224.

Lord Cochrane se acercó a donde estaba y solicitando bondadosamente mi atención, me dijo que estaba próximo a alejarse del país y que le quitaría una gran preocupación de encima si yo viajaba con él. ¡Dijo que no podía conformarse con dejar a la viuda de un oficial británico sin protección en la playa, abandonada como estaba en un pueblo en ruinas y en un país en medio de la guerra civil. (MG:2005:245)

Lord Cochrane ofrece también llevar a Glennie, y Graham expresa sus sentimientos de gratitud y alivio con estas palabras escritas para que sea el lector el que interprete su sentimiento de “extranjera desprotegida”, primero, y de “viajera extranjera agradecida”, después:

No pude responder, no pude mirar [a él] para agradecer, pero si hay alguien quien haya sentido un peso oprimiendo su corazón, un peso que parecía demasiado grande para cargarlo o para aliviarlo, y de repente se siente que ese peso cede, entonces, esa persona comprendería lo que sentí, y entendería una pequeña parte de la gratitud que llenó mi corazón, pero que no pude expresar. (MG:2005:245)

El alivio llega no de parte de Chile ni de la naturaleza de Chile, sino de parte de un inglés. Es interesante que Graham que se afana en describir el terremoto del modo más científico posible, lográndolo enteramente, se muestre poco apta para expresar sus sentimientos de agradecimiento y alivio. Ambos fenómenos, el natural y el psicológico han sobrepasado a la viajera en el momento de su confrontación; su enmudecimiento intermitente, nos lleva a pensar que Graham sí tuvo experiencias sublimes ante la naturaleza y ante la solícita naturalidad de Lord Cochrane. La viajera lo expresa así: “La ley de la naturaleza [...] y el espanto enmudecen al hombre.” (MG:2005:237)

Los elementos para su regreso estaban dados: naturaleza en convulsión, país en guerra civil, corazón y sentimientos involucrados con una figura admirada, Lord Cochrane; elementos todos suficientemente intensos para crear una transformación en la viajera: lo luminoso, la belleza, lo agradable de la naturaleza ya no conforman un atractivo tan poderoso como para que ella permanezca en Chile. Este territorio medio enloquecido (“Terremoto bajo mis pies, guerra civil a mi alrededor”) en el cual ha perdido hasta su casa como producto de la rapacidad y corrupción de los habitantes (“en un estado semi-civilizado como éste”) (MG:2005:243,236), no podrá civilizarse tan rápidamente como ella hubiera querido, así, lo mejor era regresar.

El terremoto y la experiencia del mismo constituyen el espacio-tiempo en donde se mezclan, otra vez, la naturaleza, la realidad, y la literatura:

No hemos sentido sino un remezón temprano esta mañana [...] el hombre es una criatura de hábitos y aunque escasamente han transcurrido quince días desde que nuestros templos y torres cayeron por tierra y vivimos en carpas y chozas levantadas alrededor de nuestra morada en ruinas, tenemos nuestra rutina e incluso nuestras entretenimientos, como si nada hubiese sucedido. Nos entregamos al sueño con tal confianza como si no hubiésemos visto hace poco la tierra sobre la que reposamos bambolearse de un lado para otro. También hemos tenido tiempo para leer historia y poesía. (MG:2005:239)

El regreso a Inglaterra y su paso por la Isla Juan Fernández es interesante no sólo porque representa su última experiencia sublime en Chile, sino porque en ese espacio confluye la síntesis de su mirada y su relación con la naturaleza. En la descripción de la Isla Juan Fernández se unen los siguientes aspectos: la literatura, a través de la mención de la novela de Alejandro Selkirk, *Robinson Crusoe*; la narración de viaje de George Anson¹⁷; poesía; como también su experiencia como botanista conocedora y recolectora de plantas; como dibujante y pintora; asimismo se unen su búsqueda de soledad e independencia; y su contacto más próximo con su admirado y amado Lord Cochrane, en donde ambos se unen en su gran admiración por la naturaleza. Así como el terremoto fue una experiencia de trascendencia del yo, en donde la viajera se interrelaciona con gente con la que jamás pensó relacionarse, también la Isla Juan Fernández lo es. Graham permanece sola, por algunas horas, frente a este otro fenómeno natural. Graham siente en ambos casos ese abrumador poder de la naturaleza americana: el del terremoto por un lado y el de la espesa y agreste vegetación de la isla por el otro. A medio camino entre ambos espacios-fenómenos naturales está la farmacia, primitiva e incivilizada como un signo inequívoco del proceso del progreso colonizador.

Graham, que no tenía planeado en absoluto tener estos encuentros (terremoto, farmacia, Isla Juan Fernández) reconoce en algún momento que entre ella y el fenómeno existe una distancia, por eso es capaz de retirarse, retrotraerse de ese gigantesco poder sobre el cual nadie puede adjudicarse ningún control. Para ver y sentir lo sublime, Graham se debe aislar de las personas que la rodean, por más fuerte que sean sus compromisos y sus afectos. Ella se aísla de todos quedando “lejos del barco” donde no la podrían oír si gritaba; pero su experiencia

17 George Anson, *Voyage autour du monde fait dans les années 1740-44* (Amsterdam, Leipzig 1751).

sublime con esta naturaleza isleña la sobrecoge y posteriormente la abrume y explica por qué debe volver corriendo donde hay gente; cita un poema sobre el horror que le despierta la soledad y el aislamiento sin llegar a dejarse vivir en esa inmensa soledad, como el personaje admirado por ella, Robinson Crusoe. Esta viajera, a diferencia de Crusoe, puede fácilmente reintegrarse al grupo. Si el terremoto la hizo sentir separada de la naturaleza, la Isla Juan Fernández le devuelve el sentimiento de unión con ella; sin embargo, la inmensa soledad la sobrepasa y tiene que abandonar el lugar para volver con sus compañeros de viaje. A diferencia del terremoto, en este paisaje isleño la viajera no sólo muestra interés, sino que se observa una reacción emocional más intensa. Este paisaje isleño, verdadera bóveda natural en que se inserta Graham, contrasta fuertemente con el espacio abierto, sin límites que creó el terremoto, donde los bordes no sólo dejaron de ser lo que eran, sino que devinieron para ella invisibles. El Almendral, la farmacia, el terremoto, la Isla Juan Fernández, constituyen espacios cerrados y abiertos a la vez, por donde la viajera transita entre dos mundos (Europa y Chile) y dos tiempos (el civilizado y el ‘primitivo’). La naturaleza en el texto de Graham cualesquiera sea su forma, no amedrenta a la viajera, aunque el paisaje deje de ser “agradable” y “encantador”, más bien la hace generosa (comparte con otros, trabaja midiendo y calculando para la ciencia) informa y enseña (sobre botánica y su nomenclatura), unida a la literatura y la historia) haciendo suya la naturaleza. Acto de apropiación de la naturaleza que deviene aún más evidente cuando ya despidiéndose de la Isla Juan Fernández y con ello del territorio chileno, recoge semillas y raíces para llevarse consigo a Inglaterra (MG:2005:256).

Bibliografía

ARENAS ROMERO, Rodolfo. “Libro inédito plasma vida de la aventurera María Graham”. *La Tercera*, 20, 2000, pág. 34.

BOHLS, Elizabeth A. *Women Travel Writers and the Language of Aesthetics, 1716-1818*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.

BURKE, Edmund. *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*. Madrid: Tecnos, 1987.

CATALDO SANGUINETTI, Gustavo. “Lo Sublime y la dignidad moral”. *Argumentaciones-Urteil*, Münster-Hamburg-London, 2003, págs. 47-56.

FELIÚ CRUZ, Guillermo. *Viajes Relativos a Chile*, T.1. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1962.

FRAWLEY, Maria H. *A Wider Range. Travel Writing by Women in Victorian England*. Rutherford: Fairleigh Dickinson University Press, 1994.

GRAHAM, Maria. *Diario de mi Residencia en Chile en el año 1822*. Santiago de Chile: Editorial Norma, 2005.

_____. *Diario de mi residencia en Chile en 1822*. Buenos Aires, Santiago: Editorial Francisco de Aguirre, 1988.

_____. *Diario de mi residencia en Chile en 1822*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico, 1953.

_____. *Diario de mi residencia en Chile en 1822 i de Viaje de Chile al Brasil en 1823*. Vols. 1-2. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes, 1902-1909.

_____. *Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823)*. San Martín. Cochrane. O'Higgins. Prólogo de Don Juan Concha. Madrid: Editorial América, n.d.

GILROY, Amanda (Editora). *Romantic geographies. Discourses of Travel 1775-1844*. Manchester, New York: Manchester University Press, 2000.

HAHNER, June Edith. "Maria Graham. Life among the Elite in Chile and Brazil.", en: June Edith Hahner, *Women through Women's Eyes. Latin American Women in Nineteenth-Century Travel Accounts*. Wilmington, Delaware: Scholarly Resources Inc., 1998, págs. 1-20.

HAYWARD, Jennifer. "Introduction", en: *Maria Graham Journal of a Residence in Chile During the Year 1822, and a Voyage from Chile to Brazil in 1823*, por María Graham. Charlottesville: University of Virginia Press, 2003.

HOFFMANN, Adriana. *El árbol urbano en Chile*. Santiago de Chile: Ediciones Fundaciones Claudio Gay, 1983.

_____. FARGA, LASTRA, y VEHAZI. *Plantas medicinales de uso común en Chile*. Santiago de Chile: Ediciones Fundación Claudio Gay, 1992.

KANT, Emmanuel. "Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime". Textos estéticos. 1983.

KOERNER, Lisbet. *Linnaeus: Nature and Nation*. Cambridge: Harvard University Press, 1999.

KÖLBL-EBERT, Martina. "Observing orogeny: Maria Graham's account of the earthquake in Chile in 1822", en: *Geologische Staatssammlung München*, Marzo, 1999.

LAGOS, Tomás. *La Viajera Ilustrada. Vida de María Graham*. Santiago de Chile: Planeta, 2000.

LINNAEUS Carl. *Systema Naturae*. Leiden: Lugdunum Batavorum, 1756.

LINDROTH, S. "The Two Faces of Linnaeus", en: Frängsmyr T., *Linnaeus: The Man and His Work*. Berkeley: University of California Press, 1983, págs. 1-62.

LUCRETIVUS CARUS, Titus. *De Rarum Natura*. Michael Good Books. Paris: A. Durand, 1878.

LUZZI, Paz. “Comparación entre los relatos de tres viajeras durante su estada en Valparaíso en el Siglo XIX”. Anuario del Magister. Universidad de Chile. Facultad de Filosofía, 1995. págs. 143-156. <http://www.uchile.cl/facultades/filosofia/anuario/ANUA-11.html>

MARZ HARPER, Lila. *Solitary Travelers. Nineteenth-Century Women's Travel Narratives and the Scientific Vocation*. Madison-Teaneck: Fairleigh Dickinson University Press, 2001.

MASSMANN, Stefanie. *María Graham, Diario de mi residencia en Chile en el año 1822, traducido y editado por María Ester Martínez y Javiera Palma*. Santiago de Chile: Taller de Letras, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2006. <http://pt.wikipedia.org/wiki/Imagen:MaríaCallcott.jpg>

MILLS, Sara. *Discourses of Difference. An analysis of women's travel writing and colonialism*. London, New York: Routledge, 1991.

_____. “Written on the landscape: Mary Wollstonecraft's Letters Written During a Short Residence in Sweden, Norway and Denmark”, en: Sara Mills, *Romantic geographies. Discourses of travel 1775-1844*. Manchester & New York: Manchester University Press, 2000, págs. 19-34.

MOHANTY, Sachidananda. *Travel Writing and the Empire*. New Delhi: Katha, 2003.

OYARZÚN, Pablo. “Schiller: ‘Lo sublime, una derrota de la naturaleza ante la razón’”. Revista de Filosofía, 64, 2008, págs. 264-265.

PALMA, Javiera. “Viajar ayer, viajar hoy... y la importancia de los diarios de viajes como vital de percepciones y registro de época.”, en: María Ester Martínez y Javiera Palma, *María Graham. Diario de mi Residencia en Chile en el año 1822*. Santiago de Chile: Editorial Norma, 2005, págs. 18-24.

PARAVISINI-GEBERT, Lizabeth – ROMERO-CESAREO, Ivette. *Women at Sea. Travel Writing and the Margins of Caribbean Discourse*. New York: Palgrave, 2001.

PÉREZ MEJÍA, Ángela. *La geografía de los tiempos difíciles: escritura de viajes a Sur América durante los procesos de independencia 1780-1849*. Colombia: Editorial Universidad de Antioquia, 2002.

PEREIRA SALAS, Eugenio. “Una viajera ilustrada en Chile: María Graham, Lady Callcott”. Anales de la Universidad de Chile, 134, 1965, págs. 66-95.

PICÓN SALAS, Mariano – FELIÚ CRUZ, Guillermo. *Imágenes de Chile. Vida y costumbres en los Siglos XVIII y XIX a través de testimonios contemporáneos*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1933.

POLKEY, Pauline. *Women's Lives into Print. The Theory, Practice and Writing of Feminist Auto/Biography*. London: Macmillan Press Ltd., 1999.

PRATT, Mary Louise. *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. London, New York: Routledge, 1992.

RODRÍGUEZ LEAL, Martha Angélica. “Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime”, en *Colección Biblioteca Immanuel Kant*. http://www.fondodeculturaeconomica.com/subdirectorios_site/Lecturas/LEC-004258r.pdf

“PRONTO LOS VIMOS DESFILAR”... COSTUMBRES DE LOS VENEZOLANOS EN LOS APUNTES DE UNA DAMA FRANCESA

Marielena Mestas Pérez

Investigador Asociado Centro de Investigaciones y Estudios Humanísticos,
Universidad Católica Andrés Bello

Desde la llegada del general Antonio Guzmán Blanco a la presidencia de Venezuela, en el año de 1870, se inicia un período muy particular e interesante en la vida cotidiana caraqueña: el esfuerzo sostenido por el propio Guzmán y por la prensa, de depurar las costumbres sociales. Se privilegian los manuales de urbanidad, publicaciones llegadas de algunos países de Europa y todo aquello que aporte progreso, civilidad y refinamiento.

Jenny de Tallenay, dama francesa, nacida en el año 1855¹, arribará a Venezuela en el año 1878. El motivo de su visita no es otro que acompañar a su padre, el diplomático Henri de Tallenay², nombrado Cónsul General y encargado de negocios de Francia en Venezuela³.

Plena de expectativas y motivaciones por descubrir y observar paisajes geográficos y humanos, hasta ese momento desconocidos para ella, la viajera irá anotando con profusión de detalles todo cuanto perciben sus sentidos, inspirada por un espíritu permanentemente curioso, que anhela explorar los más diversos

1 La viajera permanecerá tres años en Venezuela. En Caracas, contraerá nupcias con el ministro de Bélgica en Venezuela, Ecuador y Colombia, Ernest von Bruyssel. Juntos emprenderán diversos paseos que los llevarán a conocer Caracas y poblaciones del interior como Puerto Cabello, Tucacas, Maracay, San Juan de los Morros o Valencia.

2 El diplomático ejerció funciones en Venezuela hasta 1881. Dejó la capital el 7 abril del mencionado año para continuar rumbo a Lima, pues fue nombrado ministro plenipotenciario en Perú. Falleció en Lima el 29 de octubre de 1884.

3 Para la fecha de su arribo al país, Venezuela estaba gobernada por Francisco Linares Alcántara, nacido en Turmero, estado Aragua, en 1828. Linares falleció repentinamente en La Guaira en el año 1878. Militar y político, fue presidente de la República durante el breve período que abarca de 1877 a 1878. Ese mismo año habían llegado los Tallenay a Caracas. En 1879 vuelve a encargarse el General Guzmán Blanco de la presidencia. Cuando la familia Tallenay arriba a Caracas, el presidente Linares estaba ausente. No obstante, entre el mandatario y el diplomático Tallenay se verifica un intercambio de telegramas de saludo y buenos augurios.

aspectos respecto a la sociedad en la que va a desenvolverse durante su permanencia en suelo americano. Obviamente, sus observaciones revisten un particular interés para quienes decidimos estudiar su hermoso libro, profuso en detalles, en que, a veces, también se asientan imprecisiones y errores. Hacemos referencia a *Souvenirs du Venezuela: Notes de Voyage*, publicado en París, en el año 1884⁴.

El libro está dedicado a su madre, la marquesa Olga de Tallenay. La obra detalla buena parte de las experiencias que su autora va anotando pacientemente durante los tres años de su estancia en Venezuela.

Desde las primeras páginas, en las que se describe el viaje a bordo del vapor “Saint-Germain”, de la Compañía General Trasatlántica, la joven anuncia el sentido de expectación que la embarga y hace constar cómo lo novedoso le es inspirador.

No obstante, pareciera que esta admiración se sustenta sobre el deseo de conocer y de la novedad más que del estudio, ya que la visitante suministra datos históricos y geográficos erróneos y desconoce dónde está ubicada Venezuela. Afirma:

En realidad, falta población en estas ricas regiones de la América Central, tan admirablemente adaptadas sin embargo / a la satisfacción de todas las necesidades de la vida humana. Los nueve grandes Estados de la Unión venezolana actual, con sus inmensos territorios, sus recursos variados, contienen apenas tres millones de habitantes. (190 y 191).

Es pertinente señalar que este desacierto es enmendado en el párrafo final del libro. Ahí Jenny asevera que su intención al redactarlo ha sido contribuir para “apreciar mejor y dar a conocer a un país aún poco explorado, que por su admirable situación, sus recursos prodigiosos y la inteligente actividad de su población ocupa un lugar considerable entre los estados de la América del Sur”. (258).

La autora de la obra, quien “mira” al país y a sus habitantes, es una extranjera, por lo que su testimonio está particularmente distinguido no sólo por las referencias asentadas sino, también, por cómo las registra. En este particular, advertimos un dato digno de ser considerado: más que la “óptica femenina” el relato presenta unas apreciaciones que no revelan especial atención en las damas

4 Es oportuno puntualizar que todas las citas del texto en cuestión están tomadas de la edición del año 1954, traducida del francés al español y prologada por René L. F. Durand, quien también se encarga de redactar las notas explicativas. En consecuencia, al terminar una referencia sólo anotaremos el número de la página correspondiente a dicha edición.

con las que la viajera se vincula. Como estudiaremos oportunamente, a Tallenay le atrae cualquier ser humano y los rasgos fisonómicos, léxico, vestuario, hábitos gastronómicos, entre otros, que descubre; le atrae profundamente acotar, de manera global a quien ve, no importa la escala social o género. Más que un diario de tendencias femeninas o feministas, *Souvenirs du Venezuela* o *Recuerdos de Venezuela*, como lo llamaremos en adelante, es una colección de relatos plenos de aportes etnológicos.

Es así que en este trabajo nos hemos propuesto descubrir la valoración de la joven Tallenay sobre las costumbres y la vida cotidiana de los residentes en Caracas y en algunas ciudades y poblados que visita cuando se traslada al interior del país. Cabe precisar que enfatizaremos aquello que comprende el ámbito social y, específicamente, lo que involucra el entorno femenino. No obstante, tendremos muy presente que el interés de la autora no es en particular hacia las damas con las que se codea, sino hacia la sociedad en general. Esto confiere originalidad a su aporte porque, en su época, no era frecuente que las señoras se dedicaran a los oficios de escribir y, mucho menos, a publicar con una visión etnológica como la que ofrece Tallenay.

Jenny, admiradora de la naturaleza y aficionada a la escritura, combina ambos oficios, cosa extraordinaria entre las damas de su tiempo. Así, llega a América, continente desconocido, entusiasmada por experimentar nuevas emociones y conocer un mundo tan ajeno como exótico y atractivo para ella.

Como nos advierte en el prólogo René L. F. Durand, siguiendo una crónica aparecida en el diario “La Opinión Nacional”⁵, la familia Tallenay llega al puerto de La Guaira luego de haber cruzado el Atlántico durante 16 días. Antes efectúan escalas en Guadalupe y Martinica. Al escribir “nos levantamos temprano, ansiosos de impresiones nuevas” (1954: 15), la joven deja constancia de su satisfacción por todo lo que le espera.

Una vez en Caracas, los Tallenay se establecen en el Hotel “Lange”, ubicado en la céntrica esquina de Carmelitas. Otro de los huéspedes allí residenciado era el Ministro de Hacienda, general Joaquín Díaz, a quien el diplomático Tallenay visita de inmediato. Al asentarse en este recinto inician una nueva etapa de vida, ansiosos por disfrutar de las experiencias novedosas que les aguardan.

5 “La Opinión Nacional”, 26 de agosto, 1878.

Una viajera con espíritu naturalista

Cuando los señores Tallenay arriban a Venezuela, recién se ha iniciado un proceso de reconstrucción y modernización del país que, impulsado por la admiración que el general Guzmán Blanco⁶ profesaba por Europa, y en forma particular por su aprecio a lo proveniente de Francia, intenta crear, al menos en Caracas, un estilo de vida urbana. En medio de estas circunstancias llega al país la familia Tallenay plena de expectativas.

Como se aprecia desde las primeras páginas, la joven Jenny se esmera por registrar todo cuanto observa. Sus *Recuerdos...* son una fuente valiosa no sólo por los datos que recoge, sino por las apreciaciones de su autora. Tallenay apunta cada visita o excursión que efectúa y detalla cuanto le rodea: todo es motivador para ella, desde el entorno geográfico, hasta el humano. Además, su texto es un aporte genuino, que parte de la mirada foránea propia de una extranjera.

El relato ofrece datos diversos como superficie, población, temperaturas, pluviosidad y topografía, entre otros, de los lugares que visita. Cuando la viajera participa en una excursión, evidencia vivo interés de dejar constancia escrita respecto a cómo es el paisaje que tiene frente a ella. Tomemos como muestra el recorrido realizado por el bosque de Catuche. Fitónimos, como la orquídea o “flor de mayo”, y zoónimos, como el “caballito del diablo”, son mencionados y descritos con profusión de detalles. Permanentemente motivada, acota: “deseábamos vivamente empezar nuestras excursiones y nuestro anhelo fue satisfecho plenamente”. (68). En una visita efectuada en Caracas, especifica: “Íbamos hacia los alto de la ciudad, con nuestras cajas de herborizar a la espalda, aspirando el aire fresco de los montes y felices de ir a ver de nuevo la naturaleza en su casa”. (73).

6 (Caracas, 20.02.1829 - París, 28.07.1899). Abogado, político, estadista, cabeza militar de la Guerra Federal, jefe del Partido Liberal y presidente de la República en tres oportunidades. Entre otros caracterizadores, destacan su inclinación hacia la cultura. Llegó a poseer la mejor biblioteca privada de su tiempo. Su gusto por lo europeo y particularmente hacia lo francés, le hizo poner particular empeño en embellecer y modernizar Caracas. Destacó en el fomento de la enseñanza y tuvo el propósito de impulsar el progreso en diversos campos. Entre otros títulos, se hizo llamar “el Ilustre Americano”. También ha ido reconocido como “el autócrata civilizador”.

Fundación Polar.1997. *Diccionario de Historia de Venezuela*. Tomo 2, págs. 625-630.

Todos estos comentarios son el reflejo del profundo espíritu naturalista que distingue a la excursionista y favorece reconocer la sensibilidad contemplativa que la acompaña.

Ya avanzado el relato, en una excursión por el interior del país, narrará cómo ella y su marido estuvieron “Sentados en la hierba, con nuestros álbumes abiertos y nuestros lápices en la mano hubiéramos podido creernos, detrás de nuestro bosque de plátanos, lejos de todo espacio habitado y en plena naturaleza” (228). El fragmento es revelador, pues facilita evidenciar una vez más que su sensibilidad se inclina hacia la valoración por cuanto le rodea, ávida de percibir y plasmar en el papel todo lo que le es posible registrar. En consecuencia, al sentarse sobre la hierba, parece que quiere fundirse con el paisaje circundante.

Pese al calor, a recorrer maltrechas y polvorientas carreteras en coche o en mula, al instalarse en posadas desprovistas de las mínimas comodidades, prevalecen en Jenny y su marido no sólo el placer por la aventura, sino el afinado disfrute de descubrir nuevos lugares y acumular experiencias inéditas.

Una buena síntesis descriptiva de su estancia en Venezuela sería estos fragmentos: “¡Cuántas riquezas se pueden recoger en este suelo aún virgen de Venezuela, tan poco conocido en Europa!” (229). Posteriormente, al culminar sus *Recuerdos...* precisa: “Habíamos llegado al fin de nuestro viaje. Durante varios meses habíamos vivido libremente como verdaderos nómades, recorriendo un país rico y fértil, sumamente variado en sus aspectos, todavía poco conocido, en el cual habíamos hallado en todas partes una hospitalidad franca y cordial” (247). Esta última idea es, precisamente, el aporte esencial de su libro que da cuenta de cómo es geográficamente una parte de Venezuela y también favorece reconocer cuáles son los rasgos que identifican a sus habitantes.

Algunas apreciaciones en torno a los venezolanos

En cuanto al paisaje social, Jenny va dando cuenta de los rasgos más distintivos de los venezolanos y de sus formas de sociabilidad. Encuentra una colectividad determinada por ciertas características que para ella son atractivas y por eso las reseña.

Además, las costumbres sociales que observa son, en muchas oportunidades, distintas a las propias y esto hace que para la viajera cada visita o cada excursión se convierta en algo más novedoso aún. En tal sentido, sus apuntes no sólo son el reflejo de lo que observa, sino del atractivo que implica cada contacto

que toma con los venezolanos. En los párrafos siguientes iremos precisando cada uno de estos aspectos.

Una de las primeras observaciones que apunta tiene que ver con el espíritu festivo que distingue a los venezolanos, generalmente dispuestos con facilidad para las fiestas, los conciertos en las plazas y demás eventos sociales como las visitas.

Recién llegada a Caracas, en un paseo nocturno por la Plaza Bolívar, Tallenay advierte que la misma está “llena de gente (y) presentaba una mezcla de razas, tipos y vestidos muy extraños” (71). Esta confluencia de personas de diversas “razas”, como sugiere Jenny, compartiendo un espacio común, representa para ella algo extraordinario.

Igualmente, registra Tallenay que un domingo por la mañana observa a

...unas *negras* con trajes de algodón, señoritas en mantilla, iban a las iglesias: cuyas campanas repicaban. El *europeo* con sombrero de copa alta y levita se cruzaba en las calles con el indio color de bronce, vestido con pantalón de cuti y un camisa coloreada; *mulatas* charlaban entre sí, ajustando a sus hombros sus largos pañolones negros, y toda esta gente nos examinaba de pies a cabeza; (1954: 68).

La cita refleja sus primeras impresiones respecto a quiénes residen en Caracas: negros, indios, mulatos y, además, extranjeros. A la vez, favorece percibir cómo son las costumbres en cuanto al vestuario que distinguen a cada clase social. Es de señalar que sus comentarios en torno a cómo los diversos grupos interactúan es para la viajera algo atractivo y extraordinario.

Otra cualidad que prevalece en los venezolanos desde la visión de Jenny es la atracción hacia los extranjeros: “toda esta gente nos examinaba de pies a cabeza; oíamos repetir: “son extranjeros, franceses, llegaron anoche! ¿Qué simpáticos!” (68). O también: “Mi mujer me encarga convidarles a nuestra mesa. Uds. son extranjeros y su presencia traerá suerte al nené.” (220). Apreciamos, entonces, cómo la cordialidad e interés que Jenny siente por los venezolanos también es manifiesta por los naturales hacia ella y su familia.

Si bien la escritora registra demostraciones de simpatía, también deja constancia del espíritu hasta cierto punto inocente y el agrado por los elogios de algunas personas cuando escribe:

Mientras charlábamos en casa de nuestro huésped con algunos habitantes del país, tuvimos la oportunidad de constatar hasta qué punto les gustan

los elogios y son sensibles a la crítica, aún la más benévola. Se prodigan entre sí el incienso con las dosis más fuertes. (84).

Esta costumbre tiene que ver con el deseo sostenido de parecer habitantes de una ciudad civilizada, progresista, que es comparada con París en crónicas publicadas en la prensa de la época.

Además, otro rasgo que la viajera destaca tiene que ver con la hospitalidad de los venezolanos y cómo el sentido humanitario los identifica:

...son naturalmente muy caritativos. Varios establecimientos de beneficencia, asilos, de huérfanos, entre otros, están mantenidos por completo gracias a sus donativos voluntarios. Señoras que pertenecen a la mejor sociedad organizan a menudo exposiciones de objetos de toda clase reunidos por sus cuidados, que despachan para dedicar el producto a buenas obras. (211)

Estima Jenny que la condición compasiva se extiende a todas las clases sociales, pues en uno de sus paseos, apunta, observó: “negras caritativas (que) acudieron con calabazas llenas de agua, ofreciendo de beber a los soldados”. (133).

Otra costumbre que refleja el aspecto caritativo que distingue a los venezolanos y que es reseñada por Tallenay es la siguiente: los sábados los mendigos van de puerta en puerta solicitando que les den “una limosnita por el amor de Dios” (211), en consecuencia, es generalizado que las familias tengan dispuestos unos centavos para poder complacer la solicitud. Especifica la viajera que cuando ya no se dispone de monedas se les pide perdón.

Esta actitud amable es advertida por la viajera en Caracas y en sus viajes por el interior del país. En tal sentido Tallenay comenta que al llegar a San Luis de Cura los dueños del hospedaje: “nos desearon la bienvenida, y nos ofrecieron, según la costumbre española, su casa y cuanto contenía” (236). Tal condición se reitera en otras visitas efectuadas, por lo que la viajera aprecia como cualidad generalizada en los venezolanos el ser hospitalarios y dados a ofrecer un trato cordial.

En otro orden de ideas, debemos acotar que todo lo que la autora reseña no es favorable a sus criterios y también asienta críticas a diversiones emblemáticas como las riñas de gallos y corridas de toros dejando saber su opinión al escribir “una sociedad protectora de los animales tendría mucho que hacer en Venezuela” (83). El comentario no es de extrañar en lo absoluto pues, tengamos siempre presente, que la escritora está animada por un permanente espíritu natu-

ralista o para expresarlo en términos contemporáneos, es amante de los valores ecologistas.

De las formas de sociabilizar, Jenny registra algunas costumbres verdaderamente interesantes como cuando recién llegados a Caracas se dedicaron a hacer y recibir visitas. Después de asistir a la recepción efectuada en la residencia de uno de los miembros del cuerpo diplomático, la autora precisa que la reunión fue

...numerosa y brillante. Algunas señoras en traje de gala ocupaban las ventanas; sus parejas, formando grupos, charlaban con animación en el interior del salón.

Esta separación de los dos sexos, excepto en las veladas bailables, está conforme con el uso de los venezolanos. En todas las reuniones, las señoras de colocan invariablemente en dos círculos, uno de los cuales comprende las mujeres casadas y el otro, las muchachas. (81).

Prosigue afirmando que los hombres sí se distribuyen en diversos salones, sin dejar de observar los dos círculos de damas. Acota que salvo en muy extrañas oportunidades, algún caballero se atreve a aproximarse a ellas. En consecuencia, “la conversación falta casi completamente en la sociedad local” (82). Entonces, “las señoras, entregadas a sí mismas, hablan de modas, vestidos y otros pequeños detalles de la vida doméstica; los caballeros, retirados en un rincón, se ocupan de política o de negocios”. (82).

Otro aspecto que especifica es cómo los jóvenes, “de pie e inmóviles, formaban una doble hilera para ver pasar a las señoritas a las cuales lanzaban a veces palabras admirativas” (71). Esta amabilidad de los caballeros hacia las mozas parece haber sido práctica distintiva en esos tiempos.

Relevantes son, asimismo, los datos que Tallenay refiere haber presenciado durante su permanencia en Valencia. Los viajeros se alojaron en un hotel en el que se festejaba un bautizo. De este evento, Jenny aprecia distintas costumbres sociales:

El padrino y la madrina, radiantes de alegría, ocupaban los sitios de honor y se saludaban alegremente con el nombre de “compadre” y “comadre” al cual tienen derecho las personas que tienen un mismo ahijado. Dos amigos, a cada uno de los cuales es el padrino de los hijos del otro, son igualmente compadres. Los ahijados han adoptado en Venezuela una costumbre singular. Cuando encuentran a su padrino o a su madrina, sea en una casa, sea aún en la calle, le piden su bendición. (220).

Vale decir, que esta usanza de pedir la bendición aún permanece entre los venezolanos. Igualmente, sigue siendo generalizado el tratamiento de compadre y comadre entre los padres del bautizado y sus padrinos.

En otro orden de ideas, comentaremos las costumbres fúnebres que Jenny tiene oportunidad de observar. Tallenay advierte que son similares a las que se efectúan en Europa, pero encuentra excesivos los discursos y panegíricos precisando: “No es raro ver un padre, un marido, un hermano, derramar públicamente su dolor en flores de retórica demasiado cuidadas que los periódicos publican al día siguiente en su parte literaria”. (120). Juzga que sería más conveniente y digno optar por un poco de silencio.

Estima la viajera que en Caracas existe afición por mezclar sentimientos de dolor con manifestaciones teatrales, que restan solemnidad a las ceremonias propias del día de difuntos o de la Semana Santa y que bien se resume en esta cita:

Las muchachas visten su más hermoso traje negro, sus graciosas mantillas de encaje y se van a visitar las iglesias muy ataviadas. Los jóvenes las esperan, reunidos en el portal. De allí se dirigen hacia los cementerios atestados de gente. Se encuentra, claro está, aquí y allá alguna mujer velada, arrodillada sobre el mármol; se ven bachones y coronas frescas colocadas piadosamente sobre las tumbas; pero para la mayor parte de los asistentes, es un objeto de paseo, un lugar de reunión donde se charla y se cambian las noticias del día. El verdadero dolor no tiene nada qué hacer, porque no hay allí no la soledad ni el recogimiento (120).

Entonces, podría sintetizarse este apartado especificando que para Jenny los venezolanos son personas hospitalarias, amables, dadas a compartir, alegres, seguidores de ciertas costumbres sociales que incluyen lo específico del proceder masculino o femenino. También los distingue ser favorables a hacer de los sentimientos de dolor un acto social apartado del silencio o reserva.

Encuentro con Caracas, el orden, civilización y refinamiento

Así como las motivaciones gubernamentales se centran en traer al país inmigrantes que suministren trabajo y conocimientos, también interesa desarrollar vías de comunicación y aquello que aporte modernidad al país. Al mismo tiempo se percibe una intención en cuanto a que el progreso material esté acompañado por buenas maneras y costumbres civilizadas. Observa Jenny al respecto que “sus periódicos más autorizados no mencionan nunca la población de Caracas

sin calificarla de “civilizada”, de “refinada”, o algún otro adjetivo muy sonoro. Su tono es tal que pasarían en Europa, a pesar de su seriedad, por hojas satíricas untadas de miel”. (84).

Como aclaran comunicados y crónicas diversas aparecidas en los diarios de la época, las costumbres reconocidas como “bárbaras” son consideradas antiguas. Se apoyan los criterios que ofrecen una visión de la ciudad y de sus habitantes distinguidos por llevar una vida actualizada y decente. Así, las damas destacan por estudiar el idioma francés, por aprender a ejecutar el piano y por vestirse como disponen las tendencias de actualidad en París. De hecho, muchos locales comerciales de Caracas llevan nombres franceses⁷. Asimismo, en la prensa se publica constantemente una oferta comercial muy atractiva con largas listas de implementos traídos directamente de la capital de la moda.

De acuerdo a esta afirmación, los habitantes deben mantener una actitud acorde al cambio proyectado, por eso la propuesta de refinar, europeizar, no sólo plazas y paseos a la usanza del llamado “viejo continente”, sino a la ciudadanía por medio de libros, revistas, periódicos, publicidad y de un sin fin de productos que ofrecen el comercio y las costumbres renovadas. Todo esto les permitiría estar a la altura de la propuesta de modernización⁸.

En lo que respecta a Jenny, no sólo será testigo de esta transformación, sino que, admiradora de Guzmán Blanco, intentará asentar en su relato el progre-

7 Por ejemplo, en Caracas disfrutaban de reconocimiento establecimientos comerciales como el Almacén París, la Mueblería Francesa, el Petit Bazar, la Sombrerería Francesa, la Confitería Francesa y la Botica Francesa. Otros nombres apuntan a otras ciudades europeas como el London Bazar, la Ferretería Inglesa o la Botica Austríaca.

Un dato curioso y que acredita lo que venimos exponiendo se encuentra en un aviso publicado en el diario “La Opinión Nacional”, respecto a la Confitería Francesa. En septiembre de 1877, este comercio notifica que se muda de Gradillas a Sociedad y al mismo tiempo anuncia con detalle el amplísimo menú que ofrece: “Confecciones para *soirées*, *biscuits de Reims*, *gâteau à la ceuillère*, *pièces monteés*, *hojaldres vol au vent*, entre otros. Como noticia estimable de reseñar aportamos que Jenny de Tallenay obvia esta oferta gastronómica y dedica numerosos párrafos a mencionar y describir las costumbres alimenticias típicas de los venezolanos: platos emblemáticos como la arepa, la hallaca, el tasajo, el sancocho o el queso de mano y bebidas como el carato o el guarapo están ampliamente descritos en su texto.

8 Algunos años antes de la llegada de Jenny de Tallenay, el General Guzmán Blanco comienza a ser el artífice del refinamiento de la ciudad y sus habitantes; él, su esposa y allegados pasan a ser el modelo de la buena sociedad caraqueña, modelos de civilidad, buen gusto y costumbres distinguidas; son, junto al *Manual* de Manuel Antonio Carreño, el paradigma a seguir.

so evidenciado por ella y el sostenido entusiasmo de los capitalinos por semejarse a París. Precisa la autora:

Se comprende, pues, cuán difícil es, para cualquiera persona que haya residido entre los venezolanos y se haya creado relaciones de amistad, / el no herir los sentimientos al indicar aquí y allá en este concierto de alabanzas algunas falsas notas.

-¡Cómo encuentra Usted a Caracas? –decían unos-. ¿No se parece a París?
-¿Tienen Uds. En Europa –preguntaban otros- parques tan bonitos como la plaza Bolívar?

Casi había miedo de contradecirles. (84 y 85)

Ya hemos evidenciado que uno de los aportes fundamentales de *Recuerdos de Venezuela* radica en que el texto registra el paisaje social, el entorno humano. La obra abunda en referencias a la apariencia física, vestimenta, costumbres, modos de sociabilidad, patrones religiosos, diversiones: de nada debe perderse detalle.

Tallenay dibuja con palabras, con la mayor sencillez y precisión posible cómo es la vida en Caracas durante su permanencia allí. Su relato, si bien no ofrece profundos análisis, es novedoso y de gran valía, ya que lo redacta una extranjera. En tal sentido, su mirada es distinta y por eso su texto merece particular estudio.

Otras apreciaciones: Encuentro con el interior del país. Una visión de contrastes

Sin detenernos mucho en este apartado, indicaremos sólo algunos rasgos emblemáticos del recorrido de Jenny y su marido por algunos poblados del interior de Venezuela. Hemos apreciado que uno de los valores de los *Recuerdos...* radica en que la obra recoge con detalle las observaciones de Tallenay producto de las diversas excursiones efectuadas en algunas ciudades y poblados de la provincia.

Del encuentro de la viajera con la provincia, los datos aportados permiten apreciar el contraste existente entre Caracas, pretendida ciudad civilizada, y el interior de Venezuela improvisado, pobre y en el que abundan personas de escasa preparación intelectual pero sí muy amables y hospitalarias.

Al iniciar estas excursiones Jenny va descubriendo y describiendo profusamente hermosos paisajes, acotando una serie de situaciones protagonizadas por las personas, algunos comerciantes, otros de más modesta condición y en

contadas oportunidades de mejor rango social, con las que le toca desenvolverse. Unas veces la autora se aloja en posadas sencillas, otras en extremo precarias, con escasas comodidades y atendidas por lugareños de humilde condición y modales simples, nada apegados al confort ni a la moda como se percibe en su estancia en Caracas.

Para entender esta afirmación es oportuno mencionar la descripción de la posada donde se hospedan en Tucacas. Allí le ofrecieron “una pequeña habitación sin piso situada no lejos del puerto [...] los muebles eran de lo más primitivos”. En los párrafos siguientes precisa que la puerta del hospedaje estaba destaralada, “que un niño hubiera hecho caer sin esfuerzo”. (186). Tal circunstancia se repite en San Joaquín, donde la posada estaba casi en ruinas y llena de telarañas: “parecía mal atendida, sucia, casi en ruinas. El posadero, un viejo mulato, vino a nuestro encuentro y nos llevó a un gran cuarto tapizado de telarañas donde picoteaban las palomas y gallinas. Estaba completamente desprovisto de muebles.” (224). Contraste enorme con el confort de Caracas y muestra de la improvisación reiterada en la mayoría de las estancias donde se hospedan.

No obstante, Jenny observa hospitalidad por parte de los posaderos y, en general, con quienes interactúa en su recorrido por el interior del país. Siempre es tratada con amabilidad. Muestra de este trato afable es esta cita: “La velada de nuestros huéspedes se prolongó hasta la mitad de la noche. La despedida ocupó un buen cuarto de hora porque las mujeres se abrazaban y daban palmaditas en la espalda, lo cual constituye la salutación amistosa de los criollos.” (199).

En otro orden de ideas, de su permanencia en San Luis de Cura, Jenny observa cómo interactúan extranjeros y lugareños, lo que para ella es una experiencia extraordinaria:

La presencia de un gran número de extranjeros, venidos del interior, le da un aspecto particular. Se encuentran en la misma calle, en la misma plaza, señores de levita y sombrero de copa alta, peones vestidos con trajes de algodón blancos; llaneros con camisas coloreadas y pantalones arremangados en la rodilla; mujeres con la falda abigarrada y de amplio sombrero de paja, y negritos en el traje primitivo de nuestros primeros padres. El cuadro era realmente de una originalidad notable. (234 y 235).

Dato notable también es el que reseña respecto a cómo la informalidad es evidente en ciertas costumbres sociales. pues en La Victoria apreció la existencia de unas tiendas que venden objetos de diversas especies en los que

Los compradores no vienen siempre a pie; muy a menudo un jinete empuja la puerta y sin tomarse el trabajo de apearse de su caballo, lo dirige hacia el mostrador, adonde viene a hacer sus compras. Este uso, por otra parte, de una patriarcal desenvoltura, no es articular al distrito de La Victoria; está aceptado en toda Venezuela. (242).

La muestra indica que tal conducta es aceptada en toda Venezuela, lo que contrasta con el ideal de progreso y buenas maneras que permanentemente quiere hacerse notar como emblemático del país.

La mirada femenina: Jenny y las venezolanas

Más allá de cierta predisposición de Jenny hacia todo lo vinculado al aspecto etnológico, como costumbres sociales e incluso atuendos: “señoras y muchachas vestidas con telas ligeras” (149), “negros limpiamente vestidos” (149), los *Recuerdos...* son una pieza estimable por ciertos elementos muy particulares. Allí radica, a nuestro juicio, el valor de este diario.

En su búsqueda constante del dato etnológico, la autora no sólo observa y da cuenta de cómo son las mujeres criollas, sino que su mirada alcanza a las indígenas y, aunque en menor proporción, a las negras. Su gesto es valioso si tomamos en cuenta la época en la que se escribe el texto. Recordemos que tales actitudes de otorgar reconocimiento y visibilidad a clases sociales de menor rango eran escasas.

A continuación recogemos una de sus primeras impresiones. Apunta que las damas eran de estatura media, rasgos delicados y ojos negros:

La plaza Bolívar, llena de gente, presentaba una mezcla de razas, tipos y vestidos muy extraños, las señoritas, llevando trajes vistosos, con la cara enmarcada en una bonita mantilla graciosamente levantada sobre la nuca, caminaban en grupos de tres o cuatro dándose el brazo y charlando entre sí. Casi todas eran de estatura media y tenían los rasgos delicados y regulares animados por bellos ojos negros llenos de viveza y dulzura. (71).

Similar comentario se desprende de lo que observa estando en la ciudad de Valencia cuando paseaban

...hasta la plaza de la Catedral y allí, sentados debajo de una gran mata de bambúes, a algunos pasos de la iglesia, esperamos la salida de los feligreses.

Pronto los vimos desfilar, las señoras elegantemente trajeadas, con el libro de oraciones o el rosario en la mano, la cabeza cubierta con la mantilla de encajes; las muchachas caminaban dándose el brazo y charlaban alegremente entre sí. La mayor parte eran bonitas y entre ellas observamos a una de una espléndida belleza. (214).

De nuevo evidencia la costumbre entre las jóvenes de estar en grupo, bien trajeadas, manifestando alegría y ser físicamente hermosas. No obstante esta belleza natural, critica la francesa que

Desgraciadamente, hacen desaparecer toda la finura de su rostro encantador bajo espesas capas de colorete y polvos de arroz. Hasta se encuentran a veces niñas de siete a ocho años ridículamente maquilladas hasta el blanco de los ojos. Los negros han creído deber adoptar este uso y no es raro ver jóvenes negras con los hombros y brazos color de ébano, mostrar una cara cenicienta toda maquillada con una capa espesa y pegadiza de polvos de arroz. (71).

La viajera estima que las jóvenes son hermosas de por sí, pero hace constar que se apreciaría mejor su belleza sin exceso de maquillaje. Curiosamente, hace notar que el hábito de maquillarse excesivamente colocándose una gruesa capa de polvos de arroz ha sido adoptado también por las negras.

Otro distintivo que Tallenay reconoce en las jóvenes criollas radica en que

...naturalmente graciosas, se dejan, para decirlo así, mecer al sonido de la música, y nada es más / encantador sino ver sus bonitos pies seguir la cadencia de la “venezolana”, la cual, introducida en Europa, obtendría sin ninguna duda un gran éxito... (149 y 150).

En cuanto a las mujeres indígenas, la viajera tiene oportunidad de apreciarlas con detenimiento en una excursión por poblados del estado Carabobo:

Al aproximarnos al vado, un ruido de voces hirió nuestro oído. Mujeres indias se bañaban no lejos de allí. En/tre ellas notamos a dos muchachas de una belleza espléndida que se echaban riendo agua a la cara. Tenían las facciones finas, delicadas y hubieran hecho la admiración de un artista. Observemos a este propósito que los indígenas que viven en los pueblos de Carabobo son casi todos de la tribu de los Chaimas. En Turmero y Guacara la raza es un poco diferente. Sus representantes son de estatura menos elevada, bien formados y parecen muy inteligentes. (222 y 223).

Lejos de hacer invisible a las mujeres indígenas, la autora las prestigia al destacar que poseen rasgos finos y delicados, apreciándolas dignas de ser contempladas por un artista.

En una oportunidad, la excursionista y su marido se hospedan en la vivienda de una pareja indígena. Estos les ceden su habitación y se apresuran a servirles comida, comportándose en todo momento como personas amables y hospitalarias. (235).

Respecto a las mujeres negras, Jenny les dedica muy pocas líneas: “Unas negras endomingadas” (198), es decir, trajeadas como lo señalan las costumbres de vestir el mejor atuendo el día domingo. No obstante se refiere a ellas como personas amables, trabajadoras y serviciales con lo cual, aunque sea escuetamente, las toma en cuenta.

Discusión

Una vez culminado este breve artículo sobre las costumbres de los venezolanos que sobresalen en el texto *Recuerdos de Venezuela*, estimamos pertinente concluir que nos hemos acercado a descubrir a una incansable viajera: Jenny de Tallenay, y a un relato de indiscutible valor etnológico que cuenta con la visión y la versión de una dama francesa como autora, quien se esfuerza por disfrutar, conocer y acotar cada detalle del paisaje humano y geográfico que le rodea. La autora está inmersa en un permanente espíritu de aventura, ansiosa de descubrir un país y de acumular experiencias, hasta ese entonces, inéditas para ella.

La excursionista es naturalista incansable, acuciosa, constante, por lo que el texto es rico en datos de topografía, zoología, botánica y, también, es una fuente útil para aprender a valorar el paisaje geográfico circundante. Jenny disfruta de todo cuanto le rodea y logra contagiar este placer al lector.

Es pertinente acotar que la dama transmite un mensaje ecologista al criticar algunas diversiones de los venezolanos que son perjudiciales a ciertas especies animales y al lamentar cómo en el país existen amplias extensiones de terrenos baldíos que pudieran ser cultivados mejorando los puestos de trabajo y generando sustento.

Desde su arribo a Venezuela, la joven interactúa con personas de diversas clases sociales; tal circunstancia favorece apreciar que se encuentra ante una sociedad de contrastes en la que realza cómo conviven cotidianamente naturales,

extranjeros, criollos, mulatos, indígenas y negros. Todo esto es extraordinario para ella y así lo reconoce, pero no lo critica.

Cuando Jenny llega al país existe un sostenido y generalizado interés de semejar, al menos Caracas, a una ciudad adelantada, cuyos habitantes se destacan por ser decentes y por estar a la moda, al estilo de París. Ambas características no sólo demuestran refinamiento, sino progreso. Tallenay, admiradora del general Guzmán Blanco, destaca en su diario esta labor modernizadora.

Uno de los aportes del relato consiste en dar relevancia a las cualidades que distinguen a los venezolanos, en colectivo, de quienes sólo critica algunos pocos defectos. Desde su punto de vista, en general los venezolanos son gentiles, caballerosos, hospitalarios, dados a sociabilizar y atentos con los extranjeros.

Así como Jenny de Tallenay observa a la mujer venezolana y reconoce en ella rasgos como la belleza natural, su afición a la coquetería y a gustar del buen vestir, hallamos una auténtica contribución cuando la escritora opina respecto al atractivo de la mujer indígena, mientras que celebra el sentido hospitalario, servicial y amable de la negra. Este dato es importante si advertimos que las clases consideradas inferiores estaban cubiertas por el manto de la invisibilidad social. De ahí que al tomar en cuenta a indígenas y negras el texto de Tallenay implique cierta novedad y haga más completa la visión que ofrece de la sociedad venezolana.

Bibliografía

BERROETA LARA, Julio. *Los caraqueños vistos por los costumbristas del siglo XIX*. Caracas: Ediciones Fundarte, 1983.

GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz. “Modernización y disciplinamiento. La formación del ciudadano: del espacio público y privado”. González S. Beatriz, Lasarte, Javier, Montaldo, Graciela y María Julia Daroqui (comps.) *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Caracas: Monte Ávila Latinoamericana. Ediciones de la Universidad Simón Bolívar. 1era. Edición, 1995.

PINO ITURRIETA, Elías. *Ideas y mentalidades de Venezuela*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. N° 179. Colección Estudios, monografías y ensayos, 1998.

QUINTERO, Inés. (coord.). *Antonio Guzmán Blanco y su época*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1994.

TALLENAY, Jenny de. *Recuerdos de Venezuela*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, [1884]. 1954.

Hemerográficas

MESTAS PÉREZ, Marielena. “Costumbre y cotidianidad en Caracas, 1870-1877(Una perspectiva desde el diario La Opinión Nacional)”. Revista Montalbán. Caracas: UCAB. 38. 2005. págs.137-184.

Diccionarios

Fundación Polar. Diccionario de Historia de Venezuela, 4 tomos. 2da. Edición, 1997.

UNA VIAJERA INGLESA EN EL ESTADO DE MORELOS, MÉXICO

María Eugenia Arias Gómez^{1*}

El presente estudio trata acerca de una escritora, mejor conocida como Mrs. Alec Tweedie y cuyo nombre original era Ethel Brilliana Harley; versa además sobre *Mexico as I saw it*, una de sus obras que trata sobre los viajes que realizó a los Estados Unidos Mexicanos,² que distingo de manera sucinta seleccionando en particular sus andanzas por varios lugares del estado de Morelos.³ En él resalto a esta mujer, quien, entramada en su discurso, me permite observarla para plantear rasgos con respecto a su origen, género e imaginario, señalando algunas de sus impresiones y vivencias que la enriquecieron en una fase sugerente de su existencia, y que ella rememoró a partir de su mundo histórico.

Mrs. Alec Tweedie nació alrededor de 1867 y se sabe que falleció en 1940, mas no dónde. Debió pertenecer a una posición económica alta, pues era hija de un miembro importante de la Real Sociedad de Gran Bretaña, el doctor George Harley; estudió en una institución inglesa, el Queen's College, y en otra alemana. Tendría un poco menos de treinta años cuando murió el señor Tweedie en 1896, y unos cuarenta y cinco al momento en que el gobierno de Sicilia le otorgó una condecoración en 1912; por recomendación del hijo de Charles Darwin, se le nombró como primer miembro femenino de la Real Sociedad de Geografía de Londres en 1913. Desafortunadamente perdió a sus dos vástagos durante la Primera Guerra Mundial. Alcanzó prestigio como viajera por las travesías que hizo alrededor de Europa y América, que relató en libros con una muy buena pluma en los que mostró también sus capacidades de fotógrafa y dibujante. Dejó a la

1 * Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, D. F.

2 Si bien éste es el nombre oficial de la nación, se manejan también México y república mexicana.

3 Una primera versión de este trabajo fue presentada como ponencia en San José, Costa Rica, el 20 de abril de 2007, en el evento "Contesting Images of Latin America", SECOLAS 2007 54th Annual Meeting.

posteridad un buen número de volúmenes,⁴ algunos traducidos a otros idiomas, que eran vendidos a bajo costo y tuvieron popularidad en el “viajero de sillón de brazos”, en especial entre el público femenino al que la escritora daba consejos. Interesante, feminista, llevó a cabo labores filantrópicas, decía las cosas sin cor tapisas y era notablemente sensitiva, poseía el don de transmitir a sus lectores lo que tocaba, olía, escuchaba, miraba y degustaba. Moderna, siempre bien vestida, aunque con sencillez, llamaba la atención porque usaba una falda pantalón que le ganó otrora la fama de elegante amazona.

Viajes a los Estados Unidos Mexicanos y una obra de Mrs. Alec Tweedie

Mrs. Alec Tweedie vino por primera vez a este país entre 1900 y 1901. Había salido de Liverpool a Canadá, de ahí pasó de Québec a Niágara; se trasladó a Nueva York, Chicago, Washington, Filadelfia, Nueva Orleans y Galveston; a partir de este puerto pasó a la república mexicana que le fascinó, y concluyó este viaje en el Istmo de Tehuantepec, Oaxaca. Visitó México luego en varias ocasiones, como en 1906, cuando notó que muchos avances eran ya notables, y de nuevo en 1911, tiempo en el que vio que otros logros se habían alcanzado con rapidez (Tweedie, 1911: 5, 12-13). Recorrió parte de la Ciudad de México, la capital, asimismo de las entidades federativas como Coahuila, Nuevo León, Durango, Jalisco, Tamaulipas, Veracruz, Puebla, Morelos, Guerrero y la mencionada Oaxaca, lugares a los que llegaba ya fuera en tren, coche, a caballo o mula.

La mujer se planteó el porqué de su viaje a los Estados Unidos Mexicanos, a lo que contestó:

[...] Es algo que continuamente se me ha preguntado. Porque, con todo el mundo ante mí, aquella tierra parecía ofrecerme un pasado más histórico que casi cualquier otro país en este planeta del Señor, y ¿no había aún algo de peligro y romance acechando tras sus montañas y valles? [...]. En algunos aspectos, México, en este año de gracia de 1901, es altamente civilizado; pero en otros, permanece en la barbarie total. Es, en verdad, una tierra de paradojas. Es sumamente interesante, siempre pintoresco, algunas veces hiela la sangre y a menudo es triste.

4 Entre otros: *Wilton, Q. C., or, Life in a Highland Shooting Box*, s. f.; *A Girl's Ride in Iceland*, s. f.; *A Winter Jaunt to Norway*, 1894; *Through Finland in Carts*, 1897; *Hyde Park, its history & Romance by...*, 1908; *Porfirio Díaz, president of Mexico*, s. f., y *Mexico from Díaz to the Kaiser*, 1917.

[...] Que México tiene un pasado, ya lo sabía; que [...] tiene un futuro, es algo que últimamente he aprendido. [Éste] no radica en guerras ni colonización, sino en su propia riqueza mineral y desarrollo agrícola, de los cuales hablaré, ampliamente más adelante [...] (Tweedie, 1901: 1).

La escritora se refiere a un mundo conocido a través de sus viajes. Pero en ella existe otro “mundo”, el “histórico”, en el que, a partir de la idea de las generaciones, ha iniciado y se desenvuelve como actora en una “edad de gestación”, cuando, con poco más de treinta años, tiene un plan, un proyecto de vida: recorrer países porque le place y escribir acerca de ellos también por voluntad propia, lo que le depara fama y éxito. Su individualidad responde a un específico código de comportamientos, valores, intereses, ideas, vigente en el tiempo que le toca vivir, en tanto se aproxima la Gran Guerra. En 1913, como señalé, pertenecerá a la Real Sociedad de Geografía de Londres, en una fase de “predominio” o “gestión”, en la que su bagaje intelectual se ha enriquecido gracias a las experiencias, vivencias, producto de sus periplos, que le permitirán dialogar con otros sujetos jóvenes, adultos y viejos, en su mayoría hombres, y probablemente contribuir al saber de la disciplina geográfica en tan prestigiada institución.

La obra en cuestión *Mexico as I saw it*, publicada en Londres a principios del siglo XX en 1901 y 1911, cabe entre los libros de difusión de aquel entonces y las literaturas de viaje; no está traducida al castellano. En mi país, se caracteriza por su escasez y rareza; pertenece a colecciones especiales o fondos reservados en las pocas bibliotecas donde se localiza, sólo en la Ciudad de México; acaso algún particular cuenta con una de las ediciones o ambas. Del cotejo que realicé de las dos versiones,⁵ señalo que tienen un monto de páginas casi igual, que el tamaño del formato, el número de fotografías y los mapas de la primera son mayores; ésta contiene además un apéndice e índices.⁶

5 Ambas ediciones se complementan con tablas estadísticas, reproducciones de recortes de periódicos, facsímiles y fotografías. En la primera hay más imágenes, entre ellas: la de la Virgen de Guadalupe, de la Basílica, las momias de Guanajuato, los rurales, Porfirio Díaz y su esposa, de diversas frutas y piezas de cerámica, de la propia escritora y una de las fotos, por cierto, es bastante curiosa: el patrón de su falda pantalón. Varias referentes a Morelos son: la hacienda de Cortés, el coronel Manuel Alarcón con dos guardias, una recepción en Alpuyeca, la hacienda de San Gabriel, las ruinas de Xochicalco y un indígena local.

6 En la primera edición, el apéndice contiene: “minería y comercio”, “sugerencias para viajeros”; los índices son onomástico y de asuntos varios.

Estructuradas con poco más de veinte capítulos, guardan un discurso muy sugerente en el que la autora dialoga con el lector y le pregunta, siendo un elemento recurrente la comparación que hace entre lo que veía en territorio mexicano y lo que evocaba de Gran Bretaña. Prevalecen en ellas los detalles y la fuerza del relato. Narradas con un estilo fluido, ameno, realista, anecdótico, divertido, no constituyen “una guía”, sino “una descripción de México” (Tweedie, 1901: 297). Están sustentadas con auto citas, testimonios orales de quienes conversaron con la viajera, referencias a Alejandro de Humboldt, Desiré de Charnay, William Prescott y Frederick Starr. La segunda se diferencia de la original por dos segmentos agregados: un prefacio y un epílogo denominado “Díaz, the maker of modern Mexico”, cualidad historiográfica que revela el paso del decenio que hay entre una y otra publicaciones, en la contrastante mirada de su creadora, quien brinda al lector una reflexión etiológica cuando responde al porqué creía que era necesario un cambio a nivel nacional.⁷

Otras obras de viajeros acerca de sus recorridos por el territorio mexicano en el siglo XIX comparten un común denominador con *Mexico as I saw it*: la distinción de “lo mexicano”. Rasgo que se encuentra temprano en esa centuria en la clásica obra de Alejandro de Humboldt: el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, salida a la luz en París y en 1811, en la que plasmó una “estampa moderna”⁸ de la entonces entidad colonial, mostrando su grandeza y potencial económico, su complejidad humana, una visión analítica en sus aspectos a partir de múltiples ángulos científicos, teniendo como marco de referencia el “enciclo-

7 En el prefacio de la segunda, la señora Tweedie aclara que si bien su texto debe conservarse en su totalidad, como fue escrito, añadió notas a pie de página y que éstas le sirvieron para mostrar los párrafos que quitó por estar fuera de contexto, asimismo lo que fue alterado de manera notoria y las partes que agregó con una información actualizada. En ese segmento, lo que me parece muy sugestivo es con lo que inicia: “en los últimos diez años, en ningún otro lugar el tiempo ha cifrado mayores cambios, que en México”.

8 Fue en la época porfiriana cuando más se afianzó la imagen de un México moderno y pujante. Contribuyeron la notable edición de monografías sobre los estados de la República mexicana, cuyos autores denotaron la riqueza de esos espacios e hicieron hincapié en lo positivo de invertir en ellos, ya que imperaban ahí el “orden, la paz y el progreso”. También de manera muy importante, la participación de los Estados Unidos Mexicanos en las exposiciones universales, en particular la de París en 1889; en ellas se exhibieron diversos objetos que daban cuenta de sus avances científicos, artísticos y culturales con el propósito de mostrar al mundo una “tierra prometida” y donde se esperaba atraer a inmigrantes y a la inversión de capitales, en particular europeos: “cada folleto, libro, edificio, estadística y discurso se consagraba a [aquella] imagen” (Tenorio, 1998: 10-11 y 79).

pedismo dieciochesco” del propio autor. Ese libro que dio a conocer la ubicación del territorio novohispano, sus rasgos geográficos y riquezas, cantidades, así como la diversidad racial de los habitantes, sería una fuente de “lectura obligada” a la que se remitirían otros turistas, geógrafos, exploradores, arqueólogos, estadísticos, historiadores e inversionistas. Con él, México es “redescubierto”, deja de estar entre las tinieblas, se tendría como “una gran ventana abierta hacia el futuro de la Nación mexicana, a saber, los pensamientos y juicios de Humboldt sobre el porvenir del país, en función de su pasado y su presente...” (Miranda, 1999: 56 y 60).

Mrs. Alec Tweedie y otras autoras viajeras anglosajonas, algunas residentes temporales en México, que tuvieron el influjo de Humboldt, se unen entre sí también en un sentido intertextual con aquel rasgo y un punto específico: la mirada femenina en los mexicanos. Dos de aquellas que anteceden a nuestra protagonista son la escocesa Fanny Calderón de la Barca,⁹ a quien se debe *Life in México*, publicado en Boston y Londres en 1843, y en castellano en 1920 bajo el título *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, así como la estadounidense Francis Chambers Gooch,¹⁰ de cuya pluma tenemos *Face to Face with the Mexicans*,

9 Esta mujer, cuyo nombre original era Frances Erskine Inglis, fue esposa del argentino Ángel Calderón de la Barca, quien ocupó el ministerio de España en México, donde ambos residieron por poco más de dos años a partir de 1839. En ese tiempo le tocó vivir una fase caótica, cuando el bandidaje, los cambios constantes en el gobierno y la lucha de caudillos por el poder estaban a la orden del día, situación que la escritora no pasó por alto en sus registros. La obra reúne las cartas privadas de la autora, que ella misma editó, y que “revelan [su] profundo compromiso con México”; contiene una visión crítica de la Iglesia católica, así como de algunos hombres y mujeres de la elite mexicana; de estas últimas, la señora dejó un singular retrato de la vida que llevaban entonces (Buchenau, 2005: 39-40).

10 Francis Chambers Gooch radicó siete años en México a finales de los años setenta del siglo XIX, sobre todo en Saltillo, Coahuila; regresó después en los ochenta y viajó por la Ciudad de México, varias entidades del centro y centro sur de la República (Buchenau, 2005: 103-104). Su propósito fue que los vecinos del norte comprendieran de manera adecuada a los mexicanos, porque ambas naciones son “necesaria y fatalmente complementarias”; aunque se dice también que el gobierno de Díaz subsidió la obra con el fin de “mejorar la imagen de México” y de sus habitantes ante los ojos estadounidenses para promover las inversiones en él, un país rico y estable por naturaleza. La autora, “testigo penetrante, observadora aguda y juiciosa...”, se acercó a la gente, sin distinción de clases, razas y edades, a artistas, intelectuales, políticos, burócratas, vendedores ambulantes y del mercado, trabajadores domésticos, etc.; convivió con algunos de ellos con el objeto de entenderlos y hacerse comprender, entendimiento que logró observando la vida cotidiana y costumbrista, los comportamientos de las personas en espacios urbanos, rurales, abiertos y cerrados. Destacó la cultura indígena y sus tradiciones, a las mujeres por su belleza, así como por sus cualidades morales, a los niños y niñas (Everaert

editado en Nueva York en 1887, que en castellano data de 1993 y se denomina *Los mexicanos vistos de cerca*.¹¹

En su caso, la señora Tweedie atiende de manera recurrente a los indígenas, los concibe y denomina como “la raza azteca” o sus “descendientes”; este elemento, que la obsesiona, lo trasciende a la multitud que la rodea en forma asidua en sus itinerarios por pueblos, ranchos, ciudades. A la luz de lo que trae en su mente, no deja de constatar su identidad, el sentido de pertenencia, el ser extranjera, la diferenciación ante los demás, quienes no comparten con ella el origen, los valores, modelos, etc. Concibe la pobreza a partir de la que ha visto en sus compatriotas, otros europeos y los estadounidenses; le causa una notable sorpresa esa condición humana de los mexicanos, cómo viven los “indios”, los andrajos con que visten, las chozas que habitan, la languidez de sus cuerpos, el color de la piel. Nos adentra en los diversos espacios abiertos y cerrados, los ambientes sociales, conforme rescata sus vivencias, a la par que las actitudes de otros sujetos. No estará por demás mencionar lo que consideró el historiador y refugiado español en México Juan Antonio Ortega y Medina: “el extraño viene [...] a poner de manifiesto consciente o inconscientemente su *extrañeza*, la que él experimenta ante el nuevo cosmorama que se presenta ante su vista [...]” (Ortega y Medina, 1953: 10).

En la obra deambulan miembros de la “crema y nata” del país, como los grandes comerciantes y hacendados, los altos clérigos, algunos extranjeros, ocupando un sitio especial el egregio más importante de entonces: Porfirio Díaz, acompañado de su señora esposa Carmelita Romero Rubio de Díaz; una minoría que permite sentirse cómoda a la autora porque pertenece al sector civilizado de México, donde ella encaja, aunque sea una cultura muy distinta de la cual proviene. El sentido de identidad y pertenencia dan un sello singular a la obra, al reiterar, comparar, cómo son las personas y las costumbres en Gran Bretaña.

La señora Tweedie ubica y da vida con su pluma a muchos pobres. Expone escenas costumbristas de la gente del común, que reiteradamente no dejan

Dubernard, 1993: xix-xxiii, xxix, xxxv-xxxvii, xxxix, xl-xlv).

11 *Face to face with the Mexicans: The Domestic Life, Educational, Social, and Business Ways, Statesmanship and Literature, Legendary and General History of the Mexican People as Seen and Studied by an American Woman During Seven Years of Intercourse with Them*. Y *Los mexicanos vistos de cerca. La vida doméstica, educacional, social y el mundo de los negocios, de la política y de la literatura, leyendas e historia general de los mexicanos, tal como fueron vistos y estudiados por una mujer norteamericana durante siete años de convivencia con ellos*.

de impresionarla como hija del imperio británico formada en la era victoriana. Capta a los indígenas congelándolos en ocasiones con su cámara, los describe en forma negativa por lo que adolecen: “son terribles ladrones”, “se robaban entre ellos mismos” (Tweedie, 1911: 118); los califica también de recios y amables, en especial cuando la reciben en algunos parajes.

Presenta a las mujeres de manera recurrente: la viajera aguza la mirada en las mexicanas de cualquier origen social, en el contexto donde se mueven; detalla sus atavíos, cómo se manifiestan y las compara desde luego con sus compatriotas; se explaya revelando lo propio de su género, reflejándose a sí misma. De acuerdo con Luz Elena Zamudio: las experiencias que vive el viajero en varios lugares, le actualizan otras que lleva guardadas en la mente; esa última autora, basándose en Margarita Pierini, piensa que el viaje realizado en el tiempo y espacio es fundamentalmente “el espacio interior que se recorre” con aquélla: la memoria. Y es que: “Los elementos geográficos y culturales que cualquiera podría identificar con los espacios ‘reales’ descritos, se presentan como inseparables del acervo de experiencias del narrador”. Al parecer, “los horizontes del concepto texto” se amplían cuando el relato teje, entrelaza y trenza. “Un suceso, un plano, un cuadro pictórico, y ¿por qué no un espacio geográfico? Todos son objetos posibles de leer” (Zamudio, 2004: 219-220, 223, 233, 236).

El viajero [...] cuando “lee” los espacios [...] desde su perspectiva, aumenta la densidad de éstos, los reconstruye como “un mosaico de citas”, los transforma en otros tejidos formados con hilos que provienen de la historia personal del lector-autor-protagonista del viaje al interior, e hilos sacados de la historia o de la apariencia externa de los sitios visitados [...] (Zamudio, 2004: 236).

Mrs. Alec Tweedie deja una mirada histórica que se remonta al largo y mediano acontecer de México. Alcanza personajes como “Hernando” Cortés y otros españoles; se acerca luego a Antonio López de Santa Anna para esbozar después la presencia de Benito Juárez, Carlota y Maximiliano. La observación sobre este último resulta interesante: marca un antes y un después en la historia moderna del país, porque nada había sido más “patético” que cuando Napoleón III tentó con su propuesta a aquel hombre de la casa de Habsburgo, episodio histórico que fue como “un momento diabólico”. Más adelante se refiere a otros individuos, en especial al epónimo de la época: Porfirio Díaz, a quien la escritora califica de “gran dictador”, “revolucionario”, sujeto con “extraordinarias

habilidades”, el hombre “más grande del siglo XIX”, cuya posición era “única en la historia mundial” (Tweedie, 1901: 76, 128, 279, 287). En las dos ediciones de la obra, le resulta bastante atractiva la tranquilidad en la que vivía México; sin embargo, al finalizar la segunda, distingue las condiciones que originaron el movimiento armado encabezado por Francisco I. Madero en 1910, un momento clave del acontecer pasado nacional (Tweedie, 1911: 5, 464).

Mexico as I saw it es una fuente “parahistoriográfica”, complementaria, alternativa para conocer la visión inmediata de una realidad que para los lectores de hoy es pretérita; un vehículo, mediante el que viajamos al tiempo que la autora, quien nos lleva de la mano a través de los sitios que visitó. En adelante haré un seguimiento del itinerario en una de las comarcas de México.

Impresiones de la señora Tweedie sobre su recorrido en Morelos

Morelos es una entidad soberana que se ubica en el centro sur de los Estados Unidos Mexicanos; una pequeña, hermosa y fértil región donde se levantan montañas por las que corren numerosos ríos que riegan los valles; en éstos se cultivan caña de azúcar, arroz, frutas, flores y otros plantíos. La fertilidad de su territorio, en particular en la zona caliente, permitió que prosperaran las haciendas locales durante mucho tiempo y más en la época porfiriana. Su capital es Cuernavaca, prodigiosa por la benignidad del clima, que atrae a los visitantes nacionales y extranjeros. La autora llegó a esa cabecera a principios de 1901, viniendo de la ciudad de México por tren. Visitó además Atlacomulco, Xochicalco, San Gabriel, Temilpa, Cuautla, sitios de los que tuvo “recuerdos inolvidables”,¹² y, asimismo, del trayecto hecho a las grutas de Cacahuamilpa, ubicadas en el estado aledaño de Guerrero.

Mrs. Alec Tweedie hizo una crítica aguda de los gestos de cordialidad para con un extraño y dice que se debían por las buenas “cartas de presentación”. Después de considerar cuán espléndido había sido el traslado hacia Morelos, por la comodidad que tuvo en el tren y las vistas panorámicas que guardó al mirar a través de las ventanas, rescata la primera impresión cuando arribó a Cuernavaca,

12 De esos recorridos quedaron los capítulos siguientes: “Cómo un gobernador de un estado mexicano entretuvo a una mujer inglesa”; “Ruinas aztecas de Xochicalco” y “Vida en una hacienda sureña”.

que habría sido decepcionante, dice, si no fuera porque el gobernador de Morelos la esperaba en la estación. Vio entonces, agrega, un anuncio publicado en el *Mexican Herald* que otros pasajeros ya habían leído y cuyo título, “Por el Gran Pacífico”, aludía al nombre del ferrocarril; refiriéndose a ella, la distinguían como la autora inglesa que continuaba sus “viajes de observación”, que el presidente Porfirio Díaz había enviado una misiva al ejecutivo del estado, Manuel Alarcón, para introducirla y que habría un concierto en su honor, que visitaría la hacienda de Cortés y la de los señores Amor; que luego de regresar a la ciudad de México se trasladaría a Puebla y Oaxaca (Tweedie, 1901: 291-292).

El recibimiento en Cuernavaca causó revuelo entre los lugareños. Un fenómeno que se explica por el simple hecho de hacer propaganda sobre: una extranjera, mujer además de escritora, recomendada nada más y nada menos que por el propio presidente Díaz! Ahí estaba Alarcón con otros anfitriones, gente de lo más granado de la sociedad morelense: hacendados, políticos y uno que otro fuereño. La viajera recuerda las “buenas migas” que hizo con el gobernador, quien le ofreció un banquete espléndido en el Palacio de Cortés y la guió por su provincia. Asimismo su sorpresa: cómo a pesar del buen clima, la trasladaron en un carro cerrado cuyo cochero no “llevaba librea”, sino “un enorme sombrero”; que los hombres, por tanto sol, se ponían sombreros de paja que le parecieron más útiles que los gorros de marinero que usaban en Londres durante el verano (Tweedie, 1901: 292-293, 300 y 302).

Una oportunidad para aportar una anécdota acerca del mismo Alarcón, que para los estudiosos de la historia del Morelos porfiriano resulta provechosa, es cuando la autora creyó conveniente mencionar que: en la fase en que Díaz luchaba al principio por alcanzar el poder, don Manuel fue su opositor y que, después, una vez que Díaz logró la primera magistratura, se convirtió en uno de sus más valiosos aliados. A lo que agrega: “en una época en la que nada, salvo las medidas más rigurosas tenían éxito”, Alarcón ejerció su cargo “con mano dura” y que, al igual que el dictador, fusiló a los rebeldes locales; que recibió amor y respeto en todo el estado (Tweedie, 1901: 309-310, 326-327, 344-349).

La señora consideró a Cuernavaca como un lugar “maravillosamente antiguo, a la vez que avanzado”; vio la catedral, los baños públicos, las fábricas de hielo, arroz y luz eléctrica, así como una de ladrillos rojos, color que comparó con “las hermosas casas inglesas”. Pero, lo que más llamaron su atención fueron la mansión y el jardín Borda, donde vivieron Maximiliano y Carlota:

Era un jardín para que los enamorados caminaran a placer; el lugar para un poeta o pintor; un lugar para sentarse a reflexionar en lo bella que es la naturaleza, en lo maravillosa que es la vida, para darse cuenta del mundo de felicidad en el que hemos nacido [...] donde uno se da cuenta de la bendición que es la existencia. (Tweedie, 1901: 293-294).

A la escritora, una banda militar le tocó serenata; la llevaron a la cascada de San Antón, donde encontró un arco de triunfo formado con flores “que en Inglaterra sólo se ven en los invernaderos”. En su honor, llamaron “escaleras Tweedie” a aquellas por las que pasó, y le regalaron, entre las cosas que le encantaban, unas figuras de cerámica. Sin embargo, todas estas atenciones le parecieron ser “una muestra del deseo del gobernador de complacer al presidente Díaz”. Al hablar de su estancia en Morelos anotó: que no le resultaba creíble que “tan sólo hacía veinte años, la guerra fuera el pan de cada día y la vida de todos estuviera en peligro [...]” (Tweedie, 1901: 295-296, 299).

Al respecto, la viajera dedicó unas líneas a quiénes y cómo controlaban el orden: los “Rurales”, quienes son buenos tiradores y hábiles para montar a caballo, cualidades a las que en gran parte se debe que la paz reine en México; cuando los bandidos cometen alguna ofensa en contra de la ley y el orden, se les fusila, no es necesario llevar a cabo un juicio. Me planteo: ¡Qué sorpresa le habrá causado esto, viniendo ella de un país justiciero! La señora apreció que: “Ésta es una manera severa de tratar a la gente [...] pero los resultados han sido magníficos”; al atrapar a un hombre que se sabe es peligroso o un agitador, varios rurales lo sacan del pueblo y “lo dejan escapar”; en México existe la llamada *ley fuga* que permite a cualquiera que esté huyendo de la justicia se le dispare, a lo que añade que es “un método sencillo que ahorra muchos problemas” (Tweedie, 1901: 326-327, 346).

Una atractiva mención acerca de “los mexicanos españoles” es la descripción siguiente: ellos beben “bastante a la mesa, lo que difiere [...] de la gente en Estados Unidos; [...] los hombres, nunca las mujeres, fuman durante los postres”. Otra, de cuando la autora asistió al Teatro Porfirio Díaz: recuerda que, estando en un palco, los binoculares se dirigían hacia ella, que podía ver había muchos “indígenas entusiastas” en las galerías. Un comentario más, revela un estereotipo de la indumentaria de las mexicanas españolas: “No vi ninguna mantilla ni tampoco [...] peinetas” (Tweedie, 1901: 300, 302).

Su visita a la hacienda de Cortés en Atlacomulco es por demás sugerente. Tweedie relata que: “[...] cuando pasamos el gran portal y los cascos de los ca-

ballos resonaron sobre las piedras, nos sentimos transportados a la época feudal, con sus rastrillos y sus caballeros armados al pie del castillo”. Luego, se refiere a la caña de azúcar, diciendo que observó cómo ésta cubría millas alrededor de aquella unidad productiva; asimismo, a la forma de procesarla: se cortaba, acarrea a la fábrica y pasaba por una maquinaria que extraía el jugo, ya eliminados los residuos, se vertía en miles de tarros de cerámica; se asombra que el modo de fabricar el dulce producto era “¡exactamente de la misma manera!” que como se hacía, casi cuatrocientos años antes. Pero advierte que en “todo México” se estaba usando maquinaria moderna -a lo que aclaro que este avance no existía en toda la república-. Describe el traje del charro local: “atuendo típico” para montar, hecho de piel de cabrito u oveja, color café claro, con “preciosos dibujos en plata o bordados con hilo blanco”; saco corto, “casi un bolero”; los pantalones “tan ajustados que uno se pregunta cómo se los puede poner el que los usa”; “las piernas están decoradas a los lados casi siempre con muchísimos botones de plata”, en especial el “de los rancheros ricos o hacendados”. Y luego hace una conversión monetaria: es “tan adornado como la silla de montar y el valor de ambos llega a ser a veces de unas doscientas libras esterlinas” (Tweedie, 1901: 302-304).

Siguiendo los pasos de la viajera, rescato otras impresiones. Una de las haciendas más pintorescas y con larga historia en la región, la de San Gabriel, le resultó propicia para el romance, los asesinatos y las intrigas; podría ser un “escenario de guerras y tumultos durante el siglo XIX”; ahí le causó sensación hallar una cuadra de caballos de carreras y polo, trotones y pura sangre. La escritora anota que los dueños eran los hermanos Amor, educados en Gran Bretaña, y que el mayor de ellos, Joaquín, llevaba una banda negra en el brazo en señal de luto por la pérdida que había sufrido Inglaterra al morir la reina; que el dueño: “debía velar por las necesidades corporales y espirituales de su gente”, era como un “pequeño rey”. Registra además asuntos del pueblo de San Gabriel, perteneciente a la propia unidad, que tenía 3,000 habitantes y deja una sugestiva implícita: “todos” debían trabajar “al estilo feudal”, presionados a cortar la caña (Tweedie: 1901, 337-340, 342).

A la señora le llaman la atención tanto la tienda de las haciendas, como que a los peones no se les pagara con dinero, sino con mercancía; a lo que haciendo una comparación, se remonta a su país en un tiempo lejano:

[...] Éste es un mal principio que hace de la gente poco más que esclavos
[...]. No les queda nada para ahorrar; no harían si lo tuvieran, sólo se beberían el dinero sobrante porque todavía no han aprendido nada de ahorros

ni de economía [...] Los prisioneros son llevados por la propia policía del rancho, llamado [Veintena], varios de cuyos miembros residen en cada hacienda [...] La vida en [ésta] se parece a la de Inglaterra en la época de los barones, cuando reinaban las leyes feudales [...] (Tweedie, 1901: 339-342).

La inglesa recordó que cuando se fue de San Gabriel, lamentó dejar atrás las caballerizas, la granja, los galgos y fox-terrier, los aparatos modernos, así como lo pintoresco y extraño que había en esa unidad productiva. Otros dos parajes morelenses fueron la hacienda de Temilpa y sus alrededores, y las ruinas de Xochicalco. Narra que recorrió parte del camino en tren, desde Puente de Ixtla, luego a caballo, hasta Temilpa, cercana a Cuautla; en este caso, la unidad era propiedad del gobernador Alarcón y tenía fama por el cultivo de arroz. Al pasear por la zona, halló unos manantiales “templados”, cuyas charcas burbujaban “por la acción volcánica”, una de éstas tenía lodo y arena, y le extrañó ver cómo se sacudía la arena haciendo remolinos. Entonces, vuelve a comparar: “nunca había visto nada parecido, excepto en Islandia [...]”. (Tweedie 1901: 347, 349).

A la señora le fascinó Xochicalco, al grado que no tenía palabras suficientes para describir el panorama que se le presentaba: una antigua fortaleza en un espacio lleno de vida, la vegetación tropical cubría el valle y sólo quedaban “rocas, cavernas, piedras talladas e historia por escribir”. Emocionada, se le rodaron unas lágrimas cuando le dieron unas ofrendas florales, al ver cómo la trataban los locales, quienes eran unos hombres “toscos y bronceados, descendientes de la grandiosa raza azteca [...] valientes como los leones”; indígenas que se habían aglomerado ante ella y otros acompañantes, que la recibían lo habían hecho con Cortés: “El mismo tipo facial, la misma manera de bienvenida”. Azorada por aquel monumento, anotó que éste era uno de los más grandiosos de la antigüedad. (Tweedie, 1901: 312-313).

Veamos cómo continuó la descripción:

[...] Estábamos en una cima; abajo había profundos desfiladeros y valles, [...] millas de llanuras cultivadas de azúcar, arroz y café, que tal vez serían exportados para alimentar a los habitantes del propio Londres [...], donde vivían aquellos que yo más quería, ninguno de los cuales estaba ahora conmigo para disfrutar esos panoramas tan bellos y maravillosos. Reunidos, formábamos un peculiar conjunto: una inglesa, de las pocas mujeres que han subido a Xochicalco; dos ingleses, un estadounidense, algunos españoles o descendientes de españoles y cientos de indios aztecas [...] (Tweedie, 1901: 314).

La autora se refiere al “mal de pinto”, una de las impresiones que sobresalen de su visita en la comarca morelense y enfermedad a la que le dedicó bastante atención acaso por su recurrencia en la región centro sureña de mi país; lo calificó de “horrible”, describiéndolo por la cantidad de manchas blancas “o azules” que creaba en “la piel morena” y advirtió que unos mosquitos eran los portadores, que parecía ser contagioso, que los indígenas usaban una planta curativa, el *Ixtenetzitk*. Por otra parte, no dejó de plasmar la extrañeza que le causó saber que no nacieran hijos “imbéciles” en estas tierras, diciendo además que “la locura prácticamente se [desconocía...], a pesar de que la gente se [casaba...] entre parientes consanguíneos”; que “el ‘tonto’ de casi todos los pueblos escoceses aparentemente aquí no [existía]”. (Tweedie, 1901, 336-337).

Sobre el término de su viaje por Morelos, la inglesa recordó cómo el mencionado gobernador Manuel Alarcón manifestó el gusto que le había dado al “hacer algo” por “una dama, amiga de Porfirio Díaz e hija de Inglaterra”. También, que su visita a Temilpa había sido breve y que, una mañana, el tren se detuvo y subió a él para regresar a la Ciudad de México. Para entonces, todo había sido “maravilloso, tanto que pareció más un sueño que la realidad” (Tweedie, 1901: 350-351). Luego mencionó que se había impreso un panfleto en español con una noticia sobre su periplo por aquella región. He aquí un extracto:

Es indudable que la visita de escritores distinguidos acelera el progreso de nuestro país. Estos escritores, al regresar a sus países de origen, enriquecerán la emigración a México gracias a los relatos de sus viajes que vayan presentando [...]. Por ello, no es de extrañar que nuestro gobierno reciba con los brazos abiertos a los autores eminentes que llegan aquí [...], tratando [...] de desmentir algunas de las impresiones falsas por las que tanto hemos sufrido en el pasado. Nuestro estado se ha visto honrado con la visita de la distinguida [...] Sra. [...], la incansable autora que a su energía excepcional añade un verdadero talento literario y un firme sentido común [...] (Tweedie, 1901: 351).

Palabras finales

A través del caso de Mrs. Alec Tweedie, de su recorrido por México y en particular por Morelos, hallo elementos que, en efecto, representan parte de lo que a sus ojos era mi nación en los albores del siglo XX; como ella lo dijo: “civilizado”, pero también en la “barbarie total”; “una tierra de paradojas”, “interesante”, “pintoresco”, a menudo “triste”. (Tweedie, 1901: 1). Entre varias sin-

gularidades, la que me parece más importante, por su recurrencia, es la mirada de asombro sobre quienes asoció con “la raza azteca”. Al plasmar las andanzas de sus viajes, la mujer se recrea a sí misma, reflejando sus antecedentes culturales en la forma de comportarse, al valorar lo que a su paso encontró, criticó y tendió a comparar con Gran Bretaña, Escocia, los Estados Unidos e Islandia. Los hechos y fenómenos que en México apreció, la llevaron a realizar en su mente “otro viaje en su propio viaje”, yendo, por lo general, al medioevo de su lejano lar, y regresando al entonces presente, haciendo parangones del pasado mexicano y de la época porfiriana tardía que observó. La autora es clara al decir que el futuro de México dependerá del desarrollo de sus recursos, mas no de “guerras ni colonización”, aludiendo con esto último a un rasgo histórico de su nación, al mecanismo de expansión imperial; y cabe agregar: cuando la tradición de observar distintas sociedades a las “civilizadas”, a las “europeas occidentales”, se había originado y afianzado durante la era victoriana que al albor del siglo XX llega a su fin (Tweedie, 1901: 1).

En la segunda edición de la obra, hay un dejo de desencanto en la escritora. Me refiero a su visión en el apéndice “Díaz, the maker of modern Mexico”, donde menciona las condiciones nacionales en la primera década del siglo XX y concibe que “estas modernas `revoluciones’” sucedieron luego de la “serenidad” y prosperidad que había en la república. En la opinión de Mrs. Alec Tweedie, don Porfirio cometió un “fatal error” al no respetar las elecciones de 1910, al permanecer en el poder promovió la demanda de un necesario cambio en el país. Tras el triunfo de Francisco I. Madero, la renuncia y salida de Díaz, le seguía pareciendo éste como quien hizo a una nación con “sabio gobierno y su propia fuerza personal”. En dicha versión destacan estas líneas postreras: Así, “cierra uno de los más turbulentos y románticos episodios de la historia mundial [...]” (Tweedie, 1911: 5, 465, 480).

La autora-viajera-protagonista, maravillada por los paisajes urbanos y rurales morelenses, los de otras comarcas y ciudades de la República mexicana, de la gente que la recibió y rodeó en ellas, reveló su creencia en Dios, sintiéndose siempre agradecida, consciente del mundo de felicidad en el que nació. Por ese afán de registrar lo que percibía durante los trayectos, transmitió imágenes, fotografiando, dibujando gente y otras cosas diversas, narrando acerca de los espacios, los momentos y las vivencias que recordó con vehemencia, dando fuerza al relato. Entusiasmada por transmitir sus sentimientos y pensamientos de la experiencia que otrora tuvo en México y cómo lo vio, legó esa obra que en sus

dos versiones librescas constituye para los lectores de hoy, una fuente alternativa de conocimiento histórico, un vehículo mediante el que viajamos a los lugares y al tiempo en que su creadora se manifestó.

Bibliografía

BAIGENT, Elizabeth. “Travelling hopefully”. *Oxford Dictionary of National Biography*, Oxford, Oxford University Press, 2003. <http://www.oup.com/oxforddnb/info/dictionary/newsletters/newsletter8/8cont/>

BUCHENAU, Jürgen. *Mexico otherwise: modern Mexico in the eyes of foreign observers* [edited and translated by ...]. Albuquerque: University of New Mexico, c. 2005.

CARVALHO-NETO, Paulo de. *Viajeros ingleses y norteamericanos del siglo XIX y el folklore de Centroamérica y México*, tr. de Delina Anibarro Halushka. Guatemala: Editorial Universitaria/Universidad de San Carlos de Guatemala/Centro de Estudios Folklóricos, 1981.

EVERAERT DUBERNARD, Luis. “Estudio preliminar”, en Fanny Chambers Gooch, *Los mexicanos vistos de cerca*, traducción, notas de [...]. México, Banco de México, 1993, págs. XVII-XLVI.

MARÍAS, Julián, *El método histórico de las generaciones*, Madrid: Editorial Revista de Occidente, 1967.

MIRANDA, José. “El Ensayo político sobre el reino de la Nueva España: razón, entidad, trascendencia”, en Leopoldo Zea y Mario Magallón, comps., *Humboldt en México*. México: UNAM-Programa Universitario de difusión de Estudios Latinoamericanos, Fondo de Cultura Económica, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Tierra firme, 1999, págs. 53-65.

ORTEGA Y GASSET, José, *El tema de nuestro Tiempo. El ocaso de las revoluciones. El sentido histórico de la teoría de Einstein*, Buenos Aires/México: Espasa Calpe, 1938.

ORTEGA Y MEDINA, Juan Antonio. *México en la conciencia anglosajona*. México: Porrúa y Obregón, 1953.

SZURMUK, Mónica. *Miradas cruzadas: narrativas de viaje de mujeres en Argentina, 1850-1930*, trad. de María Cristina Pinto. México: Instituto Mora, 2007.

TENORIO, Mauricio. *Artilugio de la nación moderna: México en las exposiciones universales, 1880-1930*, trad. de Germán Franco. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.

TWEEDIE, Mrs. Alec. *Mexico as I saw it, illustrated from photographs by the author*. London: Hurst & Blackett Limited, 1901.

_____. *Mexico as I saw it, illustrated from photographs by the author*. London: Thomas Nelson & Sons, 1911.

TWEEDIE GENEALOGY ARCHIVE: “Mrs. Alec Tweedie”. 2003. http://www.tweedie.org/det_ebt.htm

ZAMUDIO, Luz Elena, coord. *Espacio, viajes y viajeros*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa/Editorial Aldus, 2004.

LA BARONESA DE WILSON EN VENEZUELA: 1881-1882

Mirla Alcibíades
Celarg/Casa Nacional de las Letras Andrés Bello

No obstante la significación que tuvo para Latinoamérica la producción escrita de esta novelista, poeta, dramaturga, cuentista, periodista, biógrafa, traductora, pedagoga, historiadora y viajera española nacida en 1833 ó 1834 y muerta en 1923, es poco lo que sabemos en el presente de sus vinculaciones con esta parte del mundo. Es decir, no se ha estudiado suficientemente la trascendencia que tiene para nosotros la figura intelectual de Emilia Serrano, conocida comúnmente con el distintivo que eligió para identificación propia: Baronesa de Wilson¹.

No fue sólo su faceta como escritora la que le garantizó reconocimiento mientras vivió. También ganó aplausos y merecimientos por la experiencia llevada adelante durante más de doce años —como recordó ella en varias ocasiones²— cuando recorrió el territorio americano en su propósito, manifestado en reiteradas oportunidades, de escribir una “Historia de América” o “Historia general de América”, como definía indistintamente su obra.

En su desempeño viajero podemos hablar de una proeza que abarca tres continentes, porque no sólo trazó con su andar peregrino el mapa de Europa, sino también el de Estados Unidos y Canadá, y, desde luego, el de América Latina. Se trató de una empresa de vasto alcance que llevó a doña Emilia Serrano a visitar, en algunos casos por algunos meses, en otros por varios años, los países que enumera en las páginas finales del segundo tomo de *Americanos célebres* (1888). Son páginas que, agregadas a manera de apéndice, llevaron por título “Bosquejo

1 Casada en primeras nupcias con el barón de Wilson, enviuda y, tiempo después de su recorrido americano, acepta otro compromiso matrimonial, esta vez con el Dr. Antonio García Tornel.

2 En el primero de los dos tomos que conforman su obra de 1888 precisará el dato que señalo cuando alude a esos: “doce años de incesante actividad” (p. 2), o sea el tiempo destinado a recorrer la geografía de América.

físico del continente americano. Producciones-elementos de riqueza-clima-etc.”, y que le son de utilidad para fijar las geografías que había explorado para la fecha, en un orden que no responde estrictamente al itinerario cumplido. Esos lugares fueron: imperio del Brasil, República Argentina, Paraguay, Uruguay, Patagonia y Tierra del Fuego, República de Chile, República de Bolivia, República del Perú, República del Ecuador, América Central, Estados Unidos de Colombia, Estados Unidos de Venezuela, República de México, Estados Unidos, Santo Domingo, Isla de Cuba y Puerto Rico.

No se puede silenciar esta vocación transhumante que la comprometió a emprender un recorrido en solitario (cuando menos en ningún momento habla de compañía alguna) por las naciones, colonias, monarquías y regiones que hemos visto. Sin embargo –y en el caso concreto de Latinoamérica–, cuando se revisan reediciones y/o antologías de viajeros europeos que recorrieron nuestro continente, se comprobará la ausencia de esta mujer infatigable, cuya proeza viajera –expresada en la extensión del recorrido– sólo es comparable a la realizada por el alemán Alejandro de Humboldt o por la estadounidense Nellie Bly.

En cuanto a su faceta como escritora –faceta que, sin lugar a dudas, emprendió con idéntico vigor del que echó mano para cumplir su vasto recorrido espacial–, para el momento de su llegada ya era conocida en Venezuela, sobre todo por ser autora del *Almacén de las señoritas*, libro leído, además, en todo el territorio hispanoamericano. No por sintéticos son menos definidores los renglones que ofrecía *El Monitor* en el texto encabezado con “La baronesa de Wilson” sobre este particular. Expresaba en ese momento el redactor del diario caraqueño (Nº 115, lunes 19 de diciembre de 1881: 2) lo que ofrezco de inmediato:

No mas de diez y siete años tenia cuando tomó la pluma para escribir el popular ALMACEN DE LAS SEÑORITAS, que editaron Rosa y Bouret en Paris, y del cual fué preciso hacer nueve ediciones, pues que en solo América se vendieron ciento cuarenta mil ejemplares. No hai una sola de nuestras damas educadas que no haya obtenido en esa obra las primeras doctrinas de esta cultura que tanto distingue á la mujer venezolana³.

3 En todo momento conservo la ortografía y la puntuación originales; en consecuencia, las versales (y, en otros momentos, las cursivas) que se leen en ésta y en sucesivas oportunidades son del texto que cito. En ocasión de rotura o errores de imprenta del material consultado, lo indico en corchetes.

Ese mismo escrito enumeraba los libros y demás producción que sellaban el pacto autora/lectora(es) y que eran del conocimiento de las/os venezolanas/os de entonces. Señalaba el redactor:

Sus principales obras en verso son: *El camino de la cruz*, *Las siete palabras*, *Alfonso el grande*, *Pobre Ana*, *El Ramillete de pensamientos*.

En prosa: *El Rosal de Alejandría*, *Rosas y abrojos*, *El árbol sano*, *El Angel de paz*, *La senda del Deber*, *Guía de los viajeros en Francia y Bélgica*, *Inglaterra*, *Escocia é Irlanda*, *Pablo el Minero*, *Magdalena*, *El Misterio del Alma*, *El mundo real*, *el mundo en Carnaval*, *el mundo moderno*, *Episodios de la vida real*, *Los pordioseros de frac*, *La miseria de los ricos*, *Los tipos del día*, *El puñal de Peña Corona*, *La Peregrina del Rhin*, *Las Perlas del Corazon*, *La Lei del Progreso*, *Una página en América*.

Ademas de la biografía de Pío IX, han sido mui aplaudidas las de *Breton*, *García Gutiérrez*, la *Avellaneda*, *Dumas* y *Carolina Coronado*.

Colaboradora de casi todos los periódicos notables publicados en castellano, ha traducido tambien varias novelas francesas, inglesas é italianas.

En España se saben de memoria y se recitan con entusiasmo *La Salve*, *La Golondrina*, *Al Genio*, *A las Artes*, *Saludo á América*, *A Venecia*, *A Colon*, *Al Támesis*, poesías sueltas que va regando á su paso como flores.

Pero lo que no mencionaba el escrito ofrecido por *El Monitor* era que la fama alcanzada en Venezuela por Emilia Serrano no se debió únicamente a la publicación del *Almacén de las Señoritas*. Había olvidado el redactor que el reconocimiento venía de tiempo atrás cuando un periódico caraqueño ofreció la suscripción a la revista *La Caprichosa* que la señora (aunque los caraqueños la llamaban `señorita`) Emilia Serrano de Wilson había fundado en París el año de 1857. Ese impreso fue *Diario de Avisos* (Caracas, N° 105, martes 26 de mayo de 1857: 2) quien, a partir de ese día, ofrecía esta opción lectora:

A las hermosas caraqueñas.
La caprichosa.
periódico del buen tono.
Revista mensual de modas, Literatura, Música,
Teatro y Artes.

Este periódico es dirigido en Paris por la señorita EM. SERRANO DE WILSON. Sale una vez al mes y cada número irá acompañado de un precioso figurin de modas.

El precio de suscripcion es de tres fuertes al año. Ha llegado ya el primer número. Se suscribe en la Librería de Rosa, Bouret y Compañía, (esquina de San Francisco).

Para quien tenga dudas en relación con la recepción o no de este periódico, le despejo las inseguridades al indicar que el material llegó a comprarse y hasta a agotarse porque otro aviso aparecido en el mismo diario, pocos meses más tarde, indicaba lo que anotaré dentro de poco. La información fue suministrada en varias oportunidades. La primera vez que se leyó fue desde el *Suplemento al Semanario de las Provincias* N° 68 (p. 1), que venía encartado en la edición del *Diario de Avisos* (Caracas, N° 196, sábado 12 de setiembre de 1857). A efectos demostrativos, paso a transcribir lo que nos interesa conocer en este momento:

**La caprichosa.
Periodico de modas de señoras de Paris.
Librería de Rosa, Bouret y compañía,
(Esquina de San Francisco)**

Como se habian agotado todos los ejemplares que vinieron primeramente, se avisa á las hermosas caraqueñas que acaba de llegar por el último paquete una nueva remesa de dicho periódico, que permitira satisfacer las nuevas exigencias.

De manera que estamos tratando de una visitante conocida en Venezuela, que sumaba a sus logros el haber contribuido con enorme fuerza a moldear la psique de sus lectoras y que, desde luego, despertaba expectativas entre quienes la recibían.

Por estas razones, una revisión del tránsito venezolano de la Baronesa de Wilson nos servirá no sólo para conocer de su experiencia y aportes en la tierra visitada sino, a su vez, será de utilidad para explorar algunos aspectos de la vida cultural, social y política del país que la recibió. En realidad he debido hacer un enorme esfuerzo selectivo y de síntesis porque los campos a examinar son variados: podría insistir en alimentar la biografía de la autora y ahondar en su periplo venezolano, por cuanto no sólo estuvo en Caracas sino que también recorrió otras regiones (Puerto Cabello, Valencia, los valles de Aragua y del Tuy, y poblaciones cercanas); podría ofrecer un registro de los numerosos escritos que publicó en la prensa nacional (poesía, relato, cartas, revista de modas, etc.); podría hurgar en la relación que establece entre Venezuela y el Perú, por cuanto en varias oportunidades observó cercanías entre ambas repúblicas y/o manifestó nostalgia por la tierra donde dejó tantos amigos y vinculaciones intelectuales, y donde dirigió la revista *El Semanario del Pacífico* (1877-1878); podría examinar el impacto que esa visita produjo en el ánimo y la producción futura de quienes la recibieron

y elogiaron; podría, en suma, valerme de su escrutadora mirada de viajera para compilar las noticias que atesoró sobre costumbres venezolanas del siglo XIX... Estas opciones que enumero no apuntan sino a sugerir las múltiples posibilidades de estudio a las que invita esta visita de la Baronesa de Wilson a Venezuela.

Sin embargo me voy a limitar a tratar cuatro aspectos que me parecen cruciales. El primero de ellos tiene que ver con las circunstancias de su arribo al país, son datos que me parecen importantes porque aportan información (con miras a investigadoras/es futuras/os) para la (necesaria) tarea de organizar el periplo de esta autora en tierras americanas (un trabajo que, demás está decir, aguarda por su realización). El segundo aspecto que abordaré lo juzgo fundamental porque impacta directamente la percepción inicial que tuvo la visitante: me refiero a su relación con el poder político, representado en este caso por el presidente, general Antonio Guzmán Blanco. El tercer aspecto se vincula con su percepción de la escritura femenina venezolana que se generaba en ese momento y su (in)capacidad para entrar en conocimiento de ese fenómeno. Finalmente, ofrezco datos puntuales referidos a su partida de Venezuela y la continuación de su recorrido.

El arribo a Venezuela

La prensa caraqueña de mayor significación anunció su llegada desde noviembre de 1881. La misma viajera se había encargado de repartir noticias sobre los pormenores de su arribo. A tal efecto, envió comunicación epistolar a varios directores de periódicos, cuando menos de la ciudad capital. Fragmentos de una de esas cartas la publicaba el mes que menciono el diario *El Monitor*, de donde tomo el periplo de la trashumante española: “el 17 del actual salgo de la culta Bogotá, en donde tantas ovaciones he recibido, para Barranquilla y Santa Marta: en este último punto me detendré á visitar la casa que recibió el último suspiro del Libertador; seguiré para Cartagena, y de ahí continuaré para la tierra clásica de los héroes, la invicta Venezuela, la Esparta de América” (*El Monitor*, Caracas, N° 100, miércoles 30 de noviembre de 1881: 1).

Tal parece que el itinerario anunciado fue cumplido con extremo rigor porque el lunes 19 de diciembre de ese año de 1881 a las 8:30 am., en el vapor Essequibo, procedente de Puerto Cabello –otro lugar de desembarco marítimo de importancia–llegó la baronesa a La Guaira. No se trasladó de inmediato a la capital. Probablemente quiso permanecer algunos días en la población costera, pero razones derivadas del implacable clima caribeño se lo impidieron, como

podremos comprobar dentro de poco. La huésped decidió quedarse en el puerto guaireño ese día y remontar en coche al siguiente los casi 1.000 metros de altura que separan el mar de la ciudad a la que se dirigía⁴.

De tal manera, el martes 20, la prensa local daba cuenta de la hora exacta de su llegada (las 2 de la tarde) y de su lugar de habitación (el Hotel de Saint Amand). Consignaba la edición del diario que he venido citando la reacción de los venezolanos destacados al conocer de su presencia, “Muchas personas notables se han apresurado á visitarla y á darle la bienvenida” (*El Monitor*, Caracas, N° 116, martes 20 de diciembre de 1881: 2). La visitante contaba 37 años (*El Monitor*, N° 115, lunes 19 de diciembre de 1881: 2).

Encuentros y desencuentros con el autócrata

El arribo al suelo que visitaba no pudo ser más prometedor para la baronesa, aunque quizás no se sorprendió porque experimentó el mismo trato de excepción que había recibido en los demás países visitados. En el caso venezolano, al llegar a Puerto Cabello, primer lugar donde desembarcó, como quedó acotado, y donde tuvo una estada de horas, encontró de parte del presidente de la república, el general Antonio Guzmán Blanco, “un atento saludo suyo, felicitándome por la llegada á Venezuela y encargando al general Goiticoa, jefe marítimo, me acompañase y atendiese en todo. Como es natural, agradecí mucho la galantería del primer magistrado de la República” (p. 353). El testimonio que recién hemos conocido quedó registrado en otro de sus libros, *América y sus mujeres* (volumen aparecido sin data de edición).

También en el contacto con La Guaira, antes del ascenso a Caracas, vivió el cumplimiento protocolar, en un agasajo donde también se sintió la mano presidencial. Asentaba *El Monitor* en la edición del lunes 19 de diciembre de 1881 citado con anterioridad, exactamente en la sección identificada como “De La Guaira”, el tratamiento con el que la había cumplimentado la máxima autoridad:

4 Las notas sobre Venezuela que coloca en el apéndice final de su obra de 1888 (pags. 360-362) las abre con los apuntes de su Diario. Allí consignará que el 19 de diciembre de 1881 llega a suelo guaireño y, agrega, “Ya en tierra, el calor me pareció insoportable, y realmente es en la Guayra tan fuerte, que á pesar de encontrar en la casa del Sr. Legórburu, —amable español establecido allí y con familia venezolana— cuanta comodidad podía desear, determiné salir en la madrugada del día siguiente para Caracas, capital de la República” (p. 360).

“A su llegada á este puerto, el señor Arismendi le hizo las demostraciones de estilo á que es acreedora”.

No fue la única medida que tomó el Presidente a favor de la visitante, llegó mucho más lejos en su decisión de facilitar la estada a la viajera, pues emitió un decreto cuyo contenido fue inmediatamente recogido por *La Opinión Nacional*, *El Monitor* y *Diario de La Guaira*. Dado el significado documental e histórico de esa decisión la ofrezco de seguidas. Para ello tomo su contenido del primero de los periódicos citados (Nº 3.824, miércoles 22 de marzo de 1882: 3), de la sección “Documentos Oficiales”:

Guzmán Blanco
Ilustre Americano, Presidente
de los Estados Unidos de Venezuela

En uso de las facultades que me confirió el Congreso de Plenipotenciarios, ratificadas por la Legislatura Nacional en 3 de junio de 1880, y ampliadas en 19 de mayo de 1881.

Decreta:

Art. 1º En proteccion al levantado propósito que ha animado á la señora Emilia Serrano, Baronesa de Wilson, de escribir la Historia de las Naciones Hispano-Americanas con cuyo objeto las está visitando, todas las oficinas públicas proporcionarán á la señora Baronesa de Wilson, el exámen de los archivos públicos suministrándole cuantos datos y copias auténticas de documentos juzque ella conducentes á su objeto.

Art. 2º Por el Ministerio de Relaciones Interiores se pondrá á disposicion de la misma señora un ejemplar de todas las publicaciones referentes á Historia patria editadas por disposicion del Gobierno.

Art. 3º Póngase á disposicion de la señora Emilia Serrano, Baronesa de Wilson la cantidad de diez y seis mil bolívares (B. 16.000) del Tesoro público como contingente que le acuerda el Gobierno de la República para facilitar la realizacion de su empresa.

Art. 4º El Ministro interino de Relaciones Interiores, queda encargado de la ejecucion de este decreto.

Dado, firmado de mi mano, sellado con el Gran Sello Nacional y refrendado por el Ministro interino de Relaciones Interiores, en el Palacio Federal en Carácas á 12 de marzo de 1882.—Año 19º de la Ley y 23º de la Federacion.

Guzmán Blanco

Con ese decreto tenía la visitante garantía de apoyo irrestricto en todas las instancias gubernamentales, y un monto en metálico nada despreciable si toma-

mos en cuenta que el salario mensual de una maestra oscilaba entre 140 y 160 bolívars⁵, de los cuales tenía que pagar el alquiler del local que, habitualmente, era de 40 bolívars.

Nuevas demostraciones de hospitalidad presidencial recibió la española. Esta vez al ser invitada, a los ocho días de su llegada (como recordó ella misma: s/d: 354), a la fiesta oficial que daban el presidente y su esposa. Se trataba de una convocatoria solemne cursada desde la casa de gobierno en ocasión de iniciarse el año 1882. Es decir, la visitante había llegado el 20 diciembre y a los pocos días, el 1º de enero, acudió a una recepción a la que, sin lugar a dudas, todos querrían asistir.

Por todas esas medidas que la favorecían sobremanera, no es para sorprenderse las frases elogiosas que concibió en repetidas ocasiones para encomiar la labor llevada adelante por el presidente. La primera de esas oportunidades se le presentó cuando recibió el pedido de *La Opinión Nacional* para que reseñara la fiesta antes dicha. Conviene señalar que el escrito que elaboró estrecharía su acercamiento al poder presidencial, porque el diario para el cual escribiría era el medio impreso identificado con el gobierno de Antonio Guzmán Blanco. Para todos quedaba claro que era el periódico oficial del guzmancismo.

Emilia Serrano trabajó con celeridad. Habiendo asistido a una fiesta que la obligó a permanecer en el lugar casi hasta el amanecer⁶, el 2 de enero los lectores y lectoras del vespertino dirigido por el español Fausto Teodoro de Aldrey, encontraron en las páginas 2 y 3 la larga reseña titulada “La Noche de Año Nuevo”. Los elogios al mandatario nacional no faltaron:

Con singular tacto, con especial acierto hacía los honores del baile oficial, del lujoso sarao, el General Presidente, el hombre que ha convertido en un risueño nido á la antigua Carácas, dotándola de edificios, de bellos paseos,

5 Cf. la Memoria que presenta al Congreso de los Estados Unidos de Venezuela el Ministro de Instrucción Pública en 1883. En varias oportunidades se menciona el salario de las preceptoras de escuelas.

6 En la reseña que menciono dice que permaneció en la fiesta hasta las 4 de la mañana. No fue el único escrito que entregó a la imprenta de *La Opinión Nacional*, también se publicó un poema (“El año nuevo”) dedicado a la esposa del presidente: “Á la virtuosa y bella señora doña Ana Teresa de Guzman Blanco”. Otro poema concebido para esa destinataria salió en el mismo diario (Nº 3.785, lunes 30 de enero de 1882: 2) bajo el título “El eco de mi musa” y que especificaba conceptos que hemos conocido: “A la señora doña Ana Teresa de Guzman Blanco”.

de baños, puentes, y cuanto su actividad ha podido crear.
Y allí estaba caballeresco y sociable, atento y jovial, descansando en aquellos momentos de la pesada carga.

Nuevamente *La Opinión Nacional* privilegia la colaboración de la española cuando difunde una carta aparecida en “*El Pasatiempo* de Bogotá, de 16 del último febrero, que hemos recibido hoy” y que la baronesa de Wilson había dirigido al señor Ignacio Borda. En determinado momento la escritora concibe estas líneas: “Guzman Blanco, lo ha invadido todo, se ha impuesto, emplearé esa frase, pero por sus condiciones intelectuales, por la prodigiosa é innovadora actividad, por el entusiasmo con que sueña un porvenir de prestigio y grandeza para su patria” (Nº 3.824, miércoles 22 de marzo de 1882: 2, sección “Crónica”).

Pasados pocos días, el mismo diario (*La Opinión Nacional*, Nº 3.831, viernes 31 de marzo de 1882: 3) inserta otra carta de doña Emilia Serrano, esta vez dirigida a su amigo bogotano don Nicolás Ponton dada a la luz por *La Ilustración* de aquella ciudad. Allí nuestra autora, después de proponer la comparación entre la obra del presidente venezolano y la de Pedro El Grande emite este parecer: “Cuánto puede, cuánto alcanza, cuánto vale, la actividad del Jefe del Estado! Por todas partes el nombre de Guzman Blanco, porque él lo ha hecho todo en corto número de años”. Y más adelante complementa el juicio con esta cadena de afirmaciones:

La fisonomía del Ilustre Americano es el espejo de su infatigable constancia; su mirada es viva, brillante, imperiosa y suave á la vez, y revelando incontestable fuerza de voluntad.

Como hombre de sociedad, es galante, amable y cumplido caballero.

Posee el prestigio de la palabra y el espíritu observador y de investigacion. Desde muy temprano se le vé ya á pié, ó en carruaje, visitando las obras en construccion é inspeccionando por sí mismo sus adelantos: generalmente fija un término y solo así se comprende el considerable número, concluido en corto tiempo.

Todos los ramos de la Administracion están bajo su inmediata vigilancia, porque todo lo abarca su privilegiado génio.

He traído esta serie de valoraciones encomiásticas que la visitante ofrece tanto sobre el presidente como sobre la esposa de éste en los poemas que le dedica, porque esos textos introducen un punto de quiebre cuando los comparamos con el volumen que la autora publicó de regreso a su España natal. La obra en

cuestión la he recordado páginas atrás, se trata de *Americanos célebres*. Organizada en dos volúmenes, me obliga a hacer un par de precisiones.

En primer lugar, es evidente que se inspira en la obra de Ramón Azpurua, *Biografías de hombres notables de Hispano-América* (1877). Sostengo lo dicho porque no puede sino llamar la atención el hecho de que durante todo el tiempo que Emilia Serrano permaneció en América habló sólo de la preparación de un libro: la “Historia general de América”. Y hete aquí que, a su regreso a España, da a conocer esta pieza que emula, en buena medida, la preparada por el venezolano, pero editada diez años atrás como quedó visto. En segundo lugar, ese volumen de la Baronesa de Wilson pone en cuestionamiento las expresiones que le hemos conocido en relación con Guzmán Blanco. Y sostengo lo anterior porque entre los venezolanos de mérito que incluye en su obra no está el presidente conocido por el título oficial de Ilustre Americano.

En realidad, el catálogo de venezolanos favorecidos por la autora, por cuanto no era una obra exhaustiva, es, en líneas generales, de justicia. En el primer tomo leemos las biografías de Simón Bolívar, Francisco de Miranda, Antonio José de Sucre (a quien, por cierto, llama José Antonio Sucre), José Antonio Páez y el padre de Guzmán Blanco: Antonio Leocadio Guzmán; el segundo tomo incluye datos biográficos de Juan José Flores, Andrés Bello y Joaquín Crespo.

Es decir, son ocho biografías las que contempla y, entre ellas, no se cuenta la del hombre que la recibió de la manera descrita, de quien ella emitiera juicios como los que hemos conocido —muchos de ellos que, por provenir de un género como el epistolar, que no la obligaba a comprometerse con lo que no creía, debemos suponer manifestación sincera. En fuerte contrapeso, incluye a Joaquín Crespo quien, necesario es señalar, no tenía la proyección continental (ni nacional) de los otros personajes que incluyó en su obra.

Siendo de esta manera, ¿qué la llevó a cambiar de opinión?, ¿qué pudo haber ocurrido como para que asumiera una postura tan diametralmente opuesta al cabo de 5 ó 6 años, fecha de su partida de Venezuela y mientras preparaba los dos tomos que hacen la obra mencionada?, ¿hubo inicialmente un momento de deslumbramiento ante la presencia del presidente Guzmán Blanco y, después, vino la etapa del desencanto? y, finalmente, ¿por qué Joaquín Crespo?

Me parece que ese cambio de actitud —porque los datos que señalo ponen de manifiesto que lo hubo— tuvo que ver con la relación amistosa mantenida con Joaquín Crespo, al punto de incluirlo como biografiado en la pieza de 1888. Otra pregunta nos asalta: ¿en qué momento surgió esa relación?, ¿fue en Caracas o fue

en algún lugar de España? Por lo que se refiere a Caracas, parece que mientras estuvo en la ciudad la visitante no pareció determinarlo; en ninguno de sus escritos caraqueños dados a conocer en la prensa periódica lo menciona siquiera. Si llegó a tratarlo, es probable que lo conociera a través de su vinculación con Guzmán Blanco o con el padre de éste, porque este general era hombre de confianza, cercano a los dos Guzmán.

Pero también es probable que lo haya conocido en España, en Barcelona, para ser más precisa. Un par de datos me conducen a sostener lo expresado: hay quien piensa que al concretarse su regreso a España, después del largo recorrido americano, la viajera fijó residencia en esa ciudad. Esta suposición proviene de Amelina Correa Ramón, quien ha abundado en estudios sobre la autora. En opinión de esta investigadora “(d)esde los años finales del siglo XIX la escritora parece residir en la ciudad de Barcelona, donde permanecerá trabajando incansablemente hasta su fallecimiento acaecido a los ochenta y nueve años de edad”⁷.

Por otro lado –y es un nuevo elemento que debo mencionar–, la posibilidad de mutuo conocimiento en la ciudad catalana se fortalece porque, como señala la española en la biografía de este general venezolano: “En el último tercio del año 1887, hallábase Crespo en Barcelona (España), ciudad de su predilección y cuna de sus antepasados, en los momentos en que ya se agitaba en Venezuela la cuestión de elecciones para presidente de la República, por finalizar el último período administrativo del general Guzmán Blanco” (1888: 280).

Recapitulo lo expresado hasta el momento: Crespo vivía en Barcelona⁸, donde también habría fijado su residencia la autora, razón por la cual llego a pensar que en esa población inician o, en todo caso, fortalecen una relación desencansada en el afecto. Tuvo que haber cercanía entre ellos porque muchas noticias que proporciona la baronesa en la semblanza del venezolano tuvo que haberlas obtenido del mismo general. Me refiero, por ejemplo, a los nombres de los padres, fecha de nacimiento y otras puntualizaciones: “nació Joaquín Crespo en San Francisco de Cara, el 22 de Agosto de 1841, y desde su más tierna infancia, fué por su carácter é inclinaciones, orgullo de sus padres D. Leandro Crespo y D^a Aquilina Torres, que tenían origen español” (1888: 277). Todavía no se co-

7 En “Una escritora aventurera del XIX: Emilia Serrano (1833-34–1923)”.

8 La más reciente biografía sobre Joaquín Crespo la escribió Ramón J. Velásquez. En ella ofrece datos referidos a su dirección en Cataluña: “123, Paseo de la Gracia”, Barcelona (s/d: T. II, 27).

nocían biografías sobre el general, de manera que los datos ofrecidos tenían que provenir de primera mano⁹. Creo que esos renglones sostienen mi aserto: revelan vínculos de amistad, relaciones de afecto generadas, entre otras razones, quizás, del idéntico origen natal de los señores Crespo-Torres con la escritora.

Pero hay un tercer elemento que me anima a manifestar el convencimiento de que hubo vinculación estrecha entre ellos. Quiero decir con esto que, no sólo conoció y ganó el afecto del general, sino que también estrechó vínculos de amistad con la esposa de éste, doña Jacinta de Crespo. De no ser así, ¿cómo se explica que su libro titulado *América y sus mujeres* abra con un grabado que reproduce el retrato de esta venezolana?, ¿cómo entender, además, que el libro esté dedicado, por medio de una elogiosa carta, a la señora Crespo? Es una dedicatoria, por cierto, que anuncia el tono laudatorio desde el vocativo empleado: “Amiga inolvidable y querida”. Hubo amistad, hubo afecto, hubo proyección en el tiempo de esa relación porque la dedicatoria viene datada en mayo de 1890.

Después de lo dicho creo posible sostener que para el año de 1888, cuando publica el libro sobre *Americanos célebres*, la Baronesa de Wilson se había formado un juicio muy distinto sobre Antonio Guzmán Blanco, juicio que, desde luego, lo desfavorecía.

Pero, por otro lado, hay elementos de juicio que permiten suponer un distanciamiento efectivo entre Joaquín Crespo y Antonio Guzmán Blanco. Fueron amigos cercanos durante mucho tiempo —al punto de que fue Crespo quien se encargó de la presidencia¹⁰ entre el segundo y tercer período del gobierno guzmancista. La enemistad habría surgido en 1887 debido a dos factores. El primero, por “la situación que se iba formando en torno a Joaquín Crespo, quien se sentía relegado a un segundo plano, injuriado por la revisión administrativa de algunos de sus actos y alejado afectivamente de Guzmán” (Polanco Alcántara, 1992: 539). El segundo tiene que ver con la renuncia al poder político por parte de Guzmán en 1887; llegó el momento de presentar candidatos, “Crespo aspiraba a

9 La primera biografía sobre Crespo que conozco es la de Manuel Landaeta Rosales en 1893, le sigue la de León Lamedá en 1897.

10 Es un decir, en realidad el poder pretendía mantenerlo (a distancia) Guzmán Blanco, cuando descansaba entre cada uno de sus períodos de gobierno. Debo recordar que este general gobernó directamente durante el llamado Septenio (1870-1877), el Quinquenio (1879-1884) y la Aclamación (1886-1888), pero el fracaso de su modelo de gobierno lo hizo renunciar en 1887. Entre el Septenio y el Quinquenio se eligió para la presidencia a Francisco Linares Alcántara, entre el Quinquenio y la Aclamación cumplió esas funciones Joaquín Crespo.

serlo no de propia iniciativa sino de modo tal que el país lo viera como presentado y apoyado por Guzmán” (ibídem). Al no darse los hechos de esa manera, decide abandonar el país. “El 8 de julio se embarcó Crespo con su familia para Europa”¹¹ (Rondón Márquez, 1952: T. I, 419).

No es aventurado suponer que doña Emilia haya recibido otras noticias de Guzmán por boca de Crespo. Es probable que las referencias escuchadas en 1887 sobre el Autócrata Civilizador (como lo llamó R.A. Rondón Márquez) no hayan hecho sino corroborar lo que había visto u oído en Caracas durante sus cuatro meses de permanencia en el lugar. Estoy hablando del personalismo y sus secuelas. La bibliografía al respecto es prolija.

Escritura femenina venezolana

De paso al siguiente aspecto que me interesa tratar, en otro libro de la Baronesa de Wilson, el que tituló *América y sus mujeres*, sin data de edición pero, por la fecha de la dedicatoria que mencioné, publicado después de 1890, hay un capítulo dedicado a Venezuela. No puedo sino calificar de curiosas esas páginas porque, aunque concebidas para dar a conocer los aportes femeninos (de ahí el título del volumen), las páginas (351-360) que dedica a la producción escrita de las venezolanas las destina casi en su totalidad a tratar de la escritura masculina. Así, vemos pasar revista a la obra de Andrés Bello; Miguel José Sanz; Rafael María Baralt; José Heriberto García de Quevedo; Abigaíl Lozano; José Ramón Yépez (sobre todo su poema “La golondrina”); José Antonio, Eduardo y Julio Calcaño; Ramón Azpurua y Aristides Rojas. El capítulo lo concluye de esta manera:

La mujer venezolana, que tiene imaginación viva y ardiente, corazón apasionado y generoso, ha preferido á la gloria de las letras la de reinar en el templo doméstico y ser el ornato de la sociedad por su trato ameno y seductor.

Pero no ha desdeñado los lauros de las artes María Teresa Carreño, la prodigiosa pianista que ha recorrido Europa y América sobre alfombra de flores. Es hija de Caracas y enorgullécese la bonita ciudad con las glorias

11 *La Opinión Nacional* (Nº 5.358, viernes 8 de julio de 1887: 3, sección “Crónica”) reseñaba el momento de la partida: “Viajeros.—En la mañana de hoy, á las 9 y cuarto, por tren expreso, partió para La Guaira para embarcarse con dirección á Europa el General Joaquín Crespo, ex-presidente de la República”.

de la que en 1854 vio la primera luz en su recinto y es ahora artista laureada (p. 360).

Para hacer justicia a la viajera, no solamente trata de la obra de los escritores que he mencionado sino que una buena porción de esas páginas las dedica a rememorar sus impresiones venezolanas. Una de ellas la obliga a detenerse en Puerto Cabello, otra la lleva a Caracas, una más la conduce a La Guaira y a un pueblito cercano a esta última población llamado Macuto. La experiencia macuteña es muy importante porque allí refiere esta vivencia:

Macuto tiene paisajes pintorescos, laderas agrestes y la vista del río que rompe y bulle entre peñas. Me senté cerca de la orilla, y no pude menos de pensar en Huaica Macuto, el bizarro cacique que, reuniendo sus indios dispersos, intentó defender su territorio dando cara á los españoles. Cuando más engolfada estaba yo en mis pensamientos, oí una voz juvenil, y al levantar los ojos encontré delante de mí á una graciosa joven con ojos negros y brillantes, mejillas tersas y un poco pálidas y sonrisa dulcísima en los labios. En su mano tenía un papel impreso. Era un periódico en miniatura, *La Audacia*; pero esa palabra tan castellana se me presentaba envuelta en ropajes bíblicos, pues *Delia* y *Débora* eran las redactoras, dos gallardas jóvenes que me sedujeron por su gentileza y donaire (p. 353).

Llama la atención el hecho de que la misma autora que cierra el capítulo sobre Venezuela asegurando que la mujer venezolana “ha preferido á la gloria de las letras la de reinar en el templo doméstico”, nos refiera ahora su encuentro con las redactoras de un papel impreso. Es cierto que le confiere lugar de privilegio a Teresa Carreño porque no podía ser de otra manera (para esa fecha la pianista había conquistado los grandes escenarios musicales de Europa y seguramente Emilia Serrano conocía de su trayectoria musical), pero la Carreño no era escritora, como es sabido. De ahí que, decir que las venezolanas no tenían inclinación por las letras, al tiempo que refiere su encuentro con dos periodistas (Dilia y Débora), no hace sino llamar nuestra atención. La pregunta que cabe hacerse es si, en verdad, la baronesa habla con justicia. ¿Eran indiferentes las venezolanas a la producción escrita.

Lo primero que se me ocurre sostener es que a la viajera se le nubló la mirada. Precisamente, para el año de su arribo al país uno de los fenómenos que se estaba consolidando era la función periodística de la mujer venezolana. La

práctica se había iniciado en 1872-1874 cuando Isabel Alderson dio vida a *Ensayo Literario*, un semanario que tuvo que ser abortado por razones crematísticas, como era lo habitual tanto en la prensa masculina como en la femenina. Pero, justamente, en la década de los 80 la práctica adquiere presencia sostenida.

Precisamente sobre la prensa de esa década de los 80 fundada por venezolanas versa mi artículo “Las periodistas venezolanas del siglo XIX (década de los ochenta)”. En esa propuesta comienzo por dar tratamiento, precisamente, a dos títulos dados a la luz el año 1881. Uno de ellos fue *La Alborada*; el otro, *La Audacia*. El primero se divulgó desde Caracas; el segundo, desde Macuto, como quedó visto.

En la actualidad no se conservan ejemplares de estas colecciones, el registro referido a su paso por el mundo de las letras ha quedado consignado en la prensa de la época (fundamentalmente en *La Opinión Nacional*, *Diario de Avisos* y *El Monitor*). Parece ser que de las dos colecciones mencionadas fue *La Audacia* la que se mantuvo durante más tiempo. La Baronesa vio un ejemplar de este “periódico en miniatura”, según sus palabras, y, sin embargo, llega a afirmar el desinterés de las venezolanas por el campo de las letras.

Por cierto, muchos de los materiales que la baronesa dio a la prensa venezolana habían sido publicados con anterioridad en otros países; pero no descuidó la escritura en su tránsito venezolano. De hecho, uno de esos textos coincidentes con la visita —la reseña del baile oficial celebrado el 1º de enero de 1882 que he mencionado— pertenecía a un género (el de la crónica social) que tenía una reconocida cultora en Venezuela en la pluma de Luisa Úslar de Lugo. En poesía eran elogiados para la fecha los nombres de Juana Zárraga de Pílon, Aureliana Rodríguez y muchas otras que firmaron con seudónimo o con el nombre de pila: Niobe, María, Edelmira, etc., etc. Había tertulias femeninas donde se discutía de música, pero también de teatro y, en general, de literatura.

Todavía la novelística femenina no había hecho acto de presencia. En realidad su aparición fue tardía, si la comparamos con otras realidades del continente. Las primeras novelistas venezolanas de las que tengo noticias son dos. La primera de ellas es conocida, firmaba con el seudónimo de Zulima, con el que velaba el nombre de bautismo que era Lina López de Arámburu. Su novela *El medallón* —inexistente en los repositorios bibliográficos venezolanos— se tiene por la primera pieza de ficción larga escrita por una venezolana. Sin embargo esta novela, que es de 1883, tendrá que compartir créditos con un texto del mismo gé-

nero literario aparecido el mismo año¹². A esos dos registros se suma un número importante de títulos que evado enumerar aquí.

En fecha reciente se viene ahondando en el estudio sobre la producción dramática del período generada por mujeres. Un aporte en este campo es el de Lorena Pino Montilla en *La dramaturgia femenina venezolana siglos XIX-XX. Antología*.

No podemos olvidar la tarea llevada adelante por las preceptoras –las maestras de escuela y de colegios. Esas maestras no solamente se dedicaron a impartir clases sino que varias de ellas publicaron textos didácticos. El primero que conozco lo publicó Josefa Grajales –directora del colegio de niñas de Trujillo– en 1860. Se trató del *Sistema de enseñanza mutua para la instrucción primaria y secundaria de las jóvenes venezolanas. Tomado de Mr. Lancaster y otros autores*. No existen ejemplares en los fondos biobliográficos del país. Después de la guerra federal (1859-1863), la práctica se intensifica. Puedo recordar los nombres de Antonia Esteller, Socorro González Guinán, Mercedes Landaeta de Henríquez, Dolores González de Ibarra, entre otros.

Desde fecha bastante temprana (década de los 40) las venezolanas comenzaron a relacionarse con el periodismo. No como autoras sino como traductoras. Todavía no se atrevían a calzar su nombre en cada uno de esos trabajos, pero era una presencia que marcaba el camino de las que seguirían sus pasos, ya como cronistas, como ensayistas, novelistas, poetisas...

De manera que no puede sostenerse, como hizo la visitante, que la mujer venezolana desatendía el campo de las letras. Muy por el contrario, las investigaciones que vengo adelantando en estos últimos años y que se han concretado, hasta la fecha, en varios artículos y en dos libros (2004 y 2006) revelan que el panorama de las letras venezolanas fue enriquecido con la autoría femenina durante el siglo XIX. Sucede que perspectivas posteriores, en incluso coetáneas, como la de la Baronesa de Wilson, han anulado esa presencia de una manera inexplicable, por no decir irresponsable.

12 En la actualidad estoy por concluir una investigación a la que creo titularé finalmente “Las periodistas venezolanas de la modernización (1872-1910)”. Allí establezco relaciones entre la serie hemerográfica, la novelística, poética, ensayística, etc. y ofrezco como novedad para la lectoría venezolana el hallazgo referido a Elisa González de Alegría, autora de *Alicia o La amiga de los pobres* que tampoco se encuentra en nuestros archivos y bibliotecas. Esa pieza apareció en 1883, el mismo año de *El medallón*.

Y no se trató de que la visitante desconociera la vida intelectual del lugar porque, como ella misma se cuida de admitir, se propuso conocer la ciudad que la hospedaba “por dentro á fondo, y no dejé colegio, escuela, biblioteca, seminario y academias de artes, sin visitarlas minuciosamente” (s/d: 354).

A partir de lo sostenido por la española en relación con lo que, en su opinión, sería la nula participación de la mujer venezolana en el campo de las letras, no puedo acompañar a Amelina Correa Ramón cuando sostiene que “Emilia Serrano (...) entabló contacto con muchas de sus compañeras coetáneas y dedicó las páginas de sus libros a resaltar el papel pionero de cuantas la habían precedido”. Es probable que haya actuado de esa manera con sus coetáneas españolas y, de hecho, lo hizo con varias escritoras hispanoamericanas. La prueba de lo dicho está en la existencia del volumen *América y sus mujeres*. Pero no hizo honor a esa postura en el caso venezolano.

El adiós

La permanencia de Emilia Serrano en el país visitado fue relativamente breve, si la comparamos con el tiempo que permaneció en el Perú, por ejemplo. Tan solo estuvo en Venezuela poco más de cuatro meses. Habiendo llegado el 19 de diciembre de 1881 a La Guaira, salió de Caracas en un coche con rumbo a la población guaireña en la mañana del sábado 22 de abril de 1882¹³. Dejaba Venezuela pasados tres días de haberse cumplido cuatro meses de su llegada. A su vez, al tercer día de llegar a La Guaira tomó la nave que la conduciría a otros destinos, a juzgar por la nota que proporciona el vespertino *Diario de Avisos* (Caracas, N°. 2.600, martes 25 de abril de 1882: 2) en la nota titulada “A granel”: “La señora Baronesa de Wilson se embarca hoi en el vapor francés con destino á Colon”.

13 Dos diarios caraqueños dieron con precisión la fecha. Uno de ellos fue *Diario de Avisos*, cuando en la acostumbrada sección del “Movimientos de pasajeros por los coches de Carácas á La Guaira” (N° 2.599, lunes 24 de abril de 1882: 3), indicaba que en “Abril 22.—Remsten y familia, Jacobson, Baronesa de Wilson, Policarpo Guilarte, Alonso Rivas, Felipe Arreaza, Francisco Camejo, jeneral Raimundo Andueza Palacio y familia y señoritas Jordan” habían tomado un vehículo que los llevó al puerto marítimo. Igual noticia referida al día de salida de Caracas y a la ruta inmediata que cumpliría en su recorrido *El Siglo* (Caracas, N° 239, sábado 22 de abril de 1882: 2, sección “Crónica local”): “*La Baronesa de Wilson*.—Hoi ha debido partir para La Guaira [á] fin de continuar su peregrinacion para Colon y Centro América. Deseamos corto y próspero viaje á la futura historiadora de nuestra América”.

El día que tomó el coche que la llevó a La Guaira, la visitante no salió del Hotel Saint Amand, lugar donde se había alojado inicialmente al momento de su llegada a la capital. De ser así se habría especificado en la noticia que he registrado, pues en esa sección se asentaban los nombres de los viajeros que salían de los hoteles, así como, a su llegada, se consignaba cuáles se alojaban en este tipo de establecimiento. Fue lo que vimos en el caso de la Serrano, de quien se nos informó de su hospedaje en el Hotel Saint Amand. Que no saliera de ese ni de ningún hotel hace suponer un traslado a casa de alguna familia que quiso honrar la fama de país hospitalario que enorgullecía a los venezolanos (e hispanoamericanos) de entonces. De ese lugar de habitación habría tomado el coche que la condujo a La Guaira.

Llama la atención las circunstancias de su despedida. No hubo, como sí se produjo en el país que venía de visitar, Colombia, fiestas y reuniones para agasajarla; tampoco brindis en su honor o lectura de poemas u otros escritos recitados en su homenaje. En Venezuela no se dio nada de eso. Si hubo alguna reunión en determinada casa de habitación particular, no se supo por la prensa. Extraña este silencio porque este tipo de actividades era reseñado por los periódicos como prueba de adelanto civilizatorio. Era el efecto demostración que quería evidenciar cuán hospitalario se era. En todo caso, resulta llamativo el contraste cuando recordamos las señales de regocijo mostradas cuando arribó.

Con esa salida tan discreta no se puede sino pensar que algún extraño suceso tuvo que haber ocurrido. La sospecha se refuerza porque ella pensó, incluso, regresar a Caracas a terminar la preparación de su obra, que se había comenzado a publicar en París. Se refiere a este hecho en la carta que dirige al colombiano Ignacio Borda, ya citada:

Es muy fácil que aún cuando regrese á Europa, para recoger los datos que necesito en los archivos de Indias, en España, y una vez que visite á Centro-América y Méjico, me decida á continuar y concluir la Historia de América en Carácas, llevando á cabo su publicacion en los Estados Unidos del Norte, pues que fácil será encontrar tipos iguales y papel al que se está empleando, á fin de no perder lo ya hecho en Europa.

No era una idea que sopesaba, parecía haber propósito manifiesto de cumplir lo dicho a Borda. Es evidente que también se lo comentó a Antonio Leocadio Guzmán, el padre de Antonio Guzmán Blanco. Precisamente ese proyecto

se lo recuerda el anciano en la carta que le envía a la baronesa y que ella remite, junto con un poema de despedida, a *La Opinión Nacional* (N° 3.845, viernes 21 de abril de 1882: 2, bajo el título “La Baronesa de Wilson”). La esquila comienza con este párrafo:

Mi distinguida señora y amiga: sería negarme yo mismo porque sería mentir, decir á U, que he tenido gusto en recibir su esquila del día 15; ví por ella y por ella sentí y siento que U. nos prive tan pronto de su agradable vista, de su interesante trato y de sus estudios y publicaciones en tipos nuestros (subrayado por M.A.).

Dicen mucho esas breves líneas, pues ahora no sostienen la idea de imprimir su obra en Nueva York, como le comentó a Borda, sino de darla a publicar en Caracas: “en tipos nuestros”, le dice el interlocutor. Vista la noticia, saltan preguntas en serie: ¿por qué esa partida en tan extrañas circunstancias?, ¿por qué no volvió a Caracas?, ¿por qué tanto silencio colectivo?

Son preguntas que aguardan profundizar en las investigaciones y comprometerse en la búsqueda de una respuesta.

Bibliografía

ALCIBÍADES, Mirla. *La heroica aventura de construir una república*. Familia-nación en el ochocientos venezolano (1830-1865). Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana/Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 2004.

ALCIBÍADES, Mirla. *Periodismo y literatura en Concepción Acevedo de Tailhardat (1855-1953)*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Colección Cuadernos), 2006.

ALCIBÍADES, Mirla. “Las periodistas venezolanas del siglo XIX (década de los ochenta)”. *Actualidades*, 15/16, 2006, págs. 13-32.

AZPURÚA, Ramón. *Biografías de hombres notables de Hispano-América*. Caracas: Imprenta Nacional, 1877, 2 tomos.

CORREA RAMÓN, Amelina. “Una escritora aventurera del XIX: Emilia Serrano (1833-34–1923)”. En <http://www.realidadliterar.net/2paginaIII-33.htm>. Consulta: 11-10-2008, 7:51 pm.

LAMEDA, León. *Historia militar y política del general Joaquín Crespo*. Caracas: Imprenta Bolívar, 1897.

LANDAETA ROSALES, Manuel. *Biografía del Benemérito general Joaquín Crespo*. Caracas: Imprenta Bolívar, 1893.

Memoria que presenta al Congreso de los Estados Unidos de Venezuela el Ministro de Instrucción Pública en 1883. Caracas: Imprenta al vapor de “La Opinión Nacional”, 1883, 2 tomos.

PINO MONTILLA, Lorena. *La dramaturgia femenina venezolana. Siglos XIX-XX. Antología*. Caracas: Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral (Celcit), 1994, 2 tomos.

POLANCO ALCÁNTARA, Tomás. *Guzmán Blanco. Tragedia en seis partes y un epílogo*. Caracas: Grijalbo, 1992.

RONDÓN MÁRQUEZ, R.[afael] A.[ngel]. *Guzmán Blanco, El Autócrata Civilizador*. Madrid: Imprenta García Vicente, 1952, 2 tomos.

SERRANO, Emilia. *Almacén de las señoritas*. París: Rosa y Bouret, 1860.

SERRANO, Emilia. *Americanos célebres. Glorias del nuevo mundo* por la Baronesa de Wilson. Barcelona (España): Tipolitografía de los Suc. de N. Ramírez y C^a, 1888, 2 tomos.

SERRANO, Emilia. *América y sus mujeres* por La baronesa de Wilson. Barcelona (España): Establecimiento tipográfico de Fidel (s/d).

VELÁSQUEZ, Ramón J. *Joaquín Crespo*. Caracas: El Nacional/Banco del Caribe (Biblioteca Biográfica Venezolana, Vol. 1), s/d [2004], 2 tomos.

Extraterritorialidad y Transculturación: Recuerdos de viaje de Eduarda Mansilla

J.P. Spicer-Escalante
Utah State University (E.E.U.U.)

Though often enough accompanied by women, the capitalist vanguardist scripted themselves into a wholly male, heroic world. The genderedness of its construction becomes clear when one examines writings by women travelers of the same period—women the vanguardists were *not* with.

Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes*

Desde la publicación de *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation* de Mary Louise Pratt, se ha producido una notable y fértil revolución tanto en cuanto a la crítica en torno a la literatura de viajes, como en relación con las cuestiones relacionadas con la representación del sujeto —tanto el metropolitano como el periférico— por medio de los textos que comprenden dicho corpus literario. Un componente fundamental del análisis de Pratt es su énfasis en la huella notable de las ideologías hegemónicas en torno a la representación no sólo del sujeto escritor viajero sino también del otro periférico que habita los espacios liminales de los imperios en general, y de los textos de viaje en particular. El objetivo del análisis de Pratt es, pues, caracterizar e interpelar los principales preceptos operativos de la literatura de viajes europea en la edad del imperio —la conversión religiosa, los gestos culturales civilizadores, la explotación mercantilista/capitalista, entre otros— y descubrir cómo el género de viajes en particular crea un sujeto doméstico/domesticado —un “otro”, en fin— que compagina con los gustos del lectorado europeo metropolitano de la época en cuestión (Pratt, 1992: 6).

Sin embargo, más allá de investigar estas inquietudes, es tal vez de mayor interés para los fines del presente estudio el análisis que la autora ofrece en torno a la respuesta literaria de la periferia en relación con la representación de la otredad. Es decir, Pratt enfatiza tanto la cuestión fundamental del proceder de la constitución de la otredad y de la naturaleza ideológica de los modos hegemónicos de la representación como el “contraflujo” de los mismos en *Imperial Eyes*: la constitución del imperio y sus habitantes —la inversión de la dialéctica

poscolonial en realidad, ya que éstos también son “otros” para los habitantes de la colonia— *desde* la colonia. Este factor introduce, pues, el papel del sujeto, marginado pero activo, en la construcción de la metrópoli y sus habitantes (Pratt, 1992: 6). La identidad particular de este sujeto escritor —especialmente la identidad genérica— es de esencial interés en su investigación. Tanto Pratt como la crítica Sara Mills —quien analiza en *Discourses of Difference: An Analysis of Women's Travel Writing and Colonialism* el impacto de la visión femenina en la construcción pseudohegemónica de la otredad colonial¹— coinciden en su visión de que las hegemonías del centro también obran sobre la producción cultural en relación con el género, y más allá de la construcción colonialista. Ambas autoras hallan una contestación retórico-textual a estas hegemonías en los espacios liminales de la producción cultural en forma de la literatura de viajes. Las indagaciones por parte de estas autoras plantean, por lo tanto, cuestionamientos significativos sobre no sólo la voz particular cuyo *gaze* se manifiesta en los textos de viaje, sino también la naturaleza particular del contenido de dichos textos. Este marco teórico —producto de las interpelaciones sobre el doble tema de “género” en el análisis de Pratt y Mills en torno a la cuestión de quién escribe y cómo aporta este individuo al amplio corpus de la literatura de viajes— se presta plenamente como herramienta de análisis para el estudio de la literatura de viajes de la mujer hispanoamericana decimonónica. La aplicación de las propuestas de Pratt y Mills a los textos de viaje de viajeras hispanoamericanas del siglo XIX resulta oportuna debido fundamentalmente a la doble naturaleza contestataria del aporte a este corpus literario de la mujer hispanoamericana decimonónica. Dicha naturaleza se manifiesta en términos de la construcción de la identidad de la viajera-escritora y la esencia particular de su creciente contribución al género en cuestión en el período indicado, pues, a partir de mediados del siglo XIX la mujer hispanoamericana ya no es sólo uno de los múltiples sujetos de la escritura de viajes, producto principalmente del *gaze* masculino europeo. Con el creciente perfil económico del continente hispanoamericano durante el siglo XIX, en particular después de lograr independizarse, los hispanoamericanos viajan cada vez más hacia los centros

1 Digo “pseudohegemónica” ya que mientras Pratt enfoca la escritura de la literatura de viajes desde el centro y desde la periferia, Mills analiza la literatura de viajes de mujeres europeas quienes, aunque podían viajar a la periferia imperial, no gozaban plenamente de la misma libertad expresiva en relación con la construcción textual del imperio que sus contrincantes masculinos. Ver Mills, 1991: 1-6.

de poder tanto culturales como económicos. Más aún, viajan *mujeres* a los centros hegemónicos relevantes en su época: Europa, el destino tradicional para la élite hispanoamericana a lo largo del siglo XIX; y de creciente manera, Estados Unidos, una fuerza hegemónica en ciernes. Estas experiencias cuajan en sus textos de viaje. Y por medio de sus viajes y las obras que los caracterizan, además de la paulatina incorporación de la mujer al mundo editorial en la época, la mujer hispanoamericana decimonónica se torna agente activo de su propio destino, tanto personal como literario. Un ejemplo notable del fenómeno de la viajera-escritora es el caso de la autora argentina Eduarda Mansilla de García cuyos múltiples viajes se describen en *Recuerdos de viaje*, un *travelogue* en el que narra las peripecias de su estancia de casi dos años en Estados Unidos entre 1861-1862, publicada posteriormente en 1882. Con la publicación de *Recuerdos de viaje* Mansilla amerita el título de vanguardista de tanto la escritura de viajes hispanoamericana contestataria en general, como también en la literatura femenina de viajes del continente.²

El objetivo del presente estudio es el examen de la construcción de una identidad de autoridad en el diario de viajes de la autora argentina Eduarda Mansilla, *Recuerdos de viaje*, además de un análisis del contenido contestatario de este *travelogue*. Como punto de partida, quisiera analizar la intersección del tema de la extraterritorialidad que propone el crítico cultural George Steiner, y el concepto de las zonas de contacto que ofrece Mary Louise Pratt. Después, pretendo analizar la forma en que Eduarda Mansilla manifiesta su extraterritorialidad en su arriba mencionado diario de viajes. Propongo, por medio de este estudio, situar no sólo a esta autora con respecto a su identidad cultural, sino también comentar la posmodernidad de la autora en la creación de una identidad particular para el viajero-escritor en la era de la globalización.

Las zonas de contacto: la transculturación y la extraterritorialidad

El núcleo de la propuesta principal de Pratt en *Imperial Eyes* es el contacto cultural y su correlativo, la transculturación, término proveniente del profundo análisis de la cultura cubana colonial del antropólogo cubano, Fernando Ortiz, presentado en su *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940). Según Pratt, el término “transculturación” sirve para describir cómo los grupos subordinados

2 Como señalo en Spicer-Escalante (2006), Mansilla es una de las primeras personas de la generación argentina del 80 de publicar un libro de viajes.

o marginales seleccionan e inventan su propia realidad social a partir de la transferencia de elementos culturales de la cultura dominante o metropolitana (Pratt, 1992: 6). Para esta autora, la transculturación es, por ende, un fenómeno que se produce por medio del “contacto” entre agentes metropolitanos y sus subordinados periféricos en las “zonas de contacto,” espacios sociales donde los representantes de distintas culturas entran en un contacto forzoso que está sujeto al conflicto y las relaciones hegemónicas asimétricas (Pratt, 1992: 6). No obstante, cabe traer a colación la siguiente pregunta fundamental: ¿cuál es el impacto de lo extraterritorial en esta síntesis cultural?

En *Extraterritorial: Papers on Language and the Language* (1971), el crítico George Steiner propone la existencia de un cambio de paradigma en la producción literaria a medida en que los autores se tornan plurilingües, abandonando la lengua materna en pro de otras lenguas y, por extensión, otras culturas, lo cual se lleva a cabo por medio del abandono de la tierra de uno. Esto, según el autor, produce un paradigma literario nuevo que manifiesta un descentramiento en el sujeto escritor extraterritorial quien queda “desarraigado” —*enraciné*— al no sólo viajar a otro país, sino también al profundizar su percepción de la lengua y la cultura de otra localidad (Steiner 1971: 3-4).³ Este desarraigo —producto, en términos de la terminología de Pratt, del ingreso a una zona de contacto nueva, diferente— crea, según Steiner, una situación propicia para el fomento de una nueva sensibilidad en el escritor extraterritorial (Steiner, 1971: 4). Al mismo tiempo, su pleno ingreso a otra cultura le crea un perfil de autoridad cultural, con respecto a su contexto nacional-cultural original, pues traspasa los límites de su propia cultura y se universaliza. Logra así la síntesis cultural que caracteriza a los seres transculturados.

Steiner ubica este fenómeno lingüístico-cultural principalmente como revelación general en la época posterior a la Segunda Guerra Mundial —Beckett, Nabokov y Borges son tres de los autores principales identificados con este nuevo paradigma, según el autor. Sin embargo, el fenómeno migratorio a nivel mundial que alimenta esta pauta nueva en la literatura se acusa también en la producción cultural a partir del siglo XIX, una época de modernización económica y modernidad cultural que desencadena las grandes olas migratorias intercontinentales entre el viejo mundo y el nuevo mundo, y viceversa. Desde luego,

3 Steiner enfoca principalmente la cuestión de lengua en su análisis. La extrapolación hacia lo cultural en relación con las propuesta de Pratt es mía.

dichas migraciones incluían los viajes culturales de los autores de la época.⁴ La literatura extraterritorial de esta época en particular revela, por ende, el paso del sujeto escritor por medios ajenos pero comprensibles debido a su incipiente *pluriculturalidad moderna* —no sólo plurilingüismo— creando geotextos dinámicos y vitales que surgen por medio de la experiencia descentrada del sujeto escritor extraterritorial. La literatura de viajes es tal vez el más claro de los ejemplos de la literatura extraterritorial ya que ejemplifica plenamente el tránsito de este sujeto y sus vivencias extraterritoriales por nuevas zonas de contacto culturales con las que intenta entenderse.

A pesar del reconocido corpus de literatura de viajes relacionado con Hispanoamérica de siglos anteriores —en los que los viajeros europeos se destacan por su aporte literario— a partir de la independencia de España, los hispanoamericanos empiezan a viajar, llevando el concepto de la zona de contacto hacia el viejo mundo y Norteamérica. Como señala George Schade, “Hispanoamérica, que sirvió de blanco y materia prima de recuerdos de viajes en una multiplicidad de crónicas en prosa y también en verso durante la Colonia, se independiza. Los escritores hispanoamericanos empiezan a viajar y narrar lo que ven en sus andanzas” (Schade, 1984: 83). En la segunda mitad del siglo XIX se distinguen, de hecho, el fenómeno de la extraterritorialidad y la existencia de las obras relacionadas con la experiencia extranacional con notable énfasis debido a la existencia de burguesías nacionales hispanoamericanas capaces de costear frecuentes excursiones al extranjero e interesadas en relación con lo extraterritorial debido a su percepción de que la verdadera cultura se halla en el contexto histórico-cultural del centro, no la periferia. Durante el siglo XIX se divisa, por ende, la expansión del fenómeno de la extraterritorialidad y de la escritura sobre las experiencias extranacionales. Entre los países hispanoamericanos en particular, “Argentina se destaca por su rica y variada producción de libros de viajes en el período que abarca desde mediados del siglo XIX hasta bien entrado en el siglo XX” (Schade, 1984: 84). Este fenómeno se ve plenamente en la primera generación de escritores argentinos —la generación de 1837— y los de la generación literaria a la que pertenecía la autora —la de 1880—también eran casi todos viajeros. Para las

4 Para una “tipología” del viaje argentino al exterior durante el siglo XIX, ver Viñas (1972) y Spicer-Escalante (2003).

figuras históricas argentinas de renombre de la época finisecular —como Eugenio Cambaceres, Miguel Cané (h.), Lucio Vicente López, Lucio V. Mansilla (hermano de la autora en cuestión) y Eduardo Wilde, los titulares de la generación de 1880— el viaje europeo era de sumo rigor, una expectativa cultural verdaderamente primordial.⁵ Estos próceres finiseculares publican crónicas para reproducir textualmente las vivencias de sus viajes a espacios extraterritoriales —repletos de giros gálicos, italianismos y frases sueltas en inglés como muestra de su naturaleza políglota— para el público lector porteño, ávido de saber los pormenores de sus andanzas extranacionales. Resalta el nombre de Eduarda Mansilla dentro de este contexto debido al hecho de que su crónica de sus viajes en el exterior es una de las primeras de la época finisecular, y la primera de una dama argentina, en particular.⁶

Sin embargo, ¿cuál es la relevancia de estas andanzas con respecto a la extraterritorialidad? Aunque Steiner enfatiza principalmente la cuestión del latín como *interlingua* tradicional hasta hace poco entre los miembros de la élite europea (4), es necesario recalcar el dato más relevante en torno a la extraterritorialidad: los autores extraterritoriales son más que meros políglotas; se tornan verdaderos intérpretes socioculturales con respecto a la cultura de las nuevas localidades donde habitan. Es decir, dentro de este contexto, el autor extraterritorial se vuelve un ser transcultural/transculturado, y por su propia elección, no debido a la existencia de una relación hegemónica asimétrica: este autor habita voluntariamente el espacio de la zona de contacto ajena. Y por medio de su texto de viaje, se apodera de cierta manera de la cultura que describe, creando una postura activa, no pasiva. Pero, ¿de qué manera opera sobre la identidad de Eduarda Mansilla la extraterritorialidad? La extraterritorialidad permite a esta autora construir su propia identidad en *Recuerdos de viaje* por medio de la manifestación de una clara autoridad cultural basada en la experiencia personal.

5 Para mayor información sobre el aporte al corpus de literatura de viajes finisecular de estos autores, ver Spicer-Escalante (2006; xv).

6 Como señalo en Spicer-Escalante (2006), el bulto de las obras de Eduarda Mansilla se publica con anterioridad respecto a la generación de 1880. Sin embargo, es importante notar que Eduarda Mansilla, aunque no se ha estudiado con profundidad como miembro de la generación del 80, pertenecía en términos de temática y de edad, a esta generación de autores.

Europa—Estados Unidos—Argentina:
De la autoridad cultural y los imaginarios ajenos

La autoridad cultural que se adscribe Eduarda Mansilla se construye por medio de las vivencias de la autora en tanto Europa y Estados Unidos, como también en la Argentina. Como he señalado anteriormente (Spicer-Escalante, 2006), Mansilla recurre a la *causerie* —un discurso típicamente utilizado por los escritores-viajeros en su época— para desplegar el contenido cultural que ha adquirido por medio de sus viajes en el extranjero entre Europa, Estados Unidos y la Argentina y así, convertir su *travelogue* en un proyecto contestatario y contra-discursivo. Logra esto por medio de la selección y recreación de un imaginario europeo-norteamericano desde los márgenes, producto de una zona de contacto ensanchada, pero sin perder sus raíces argentinas.

Hija del general argentino Lucio Norberto Mansilla y de Agustina Ortiz de Rozas —la hermana menor del caudillo Juan Manuel de Rosas— Mansilla nace en la Buenos Aires en 1838. Desde una edad muy joven era considerada “políglota” por su inclinación hacia el aprendizaje de otras lenguas, manifestación de la cual es la publicación posterior de una de sus primeras obras literarias extensas, la novela escrita en francés y publicada en París, *Pablo, ou la vie dans les Pampas* que data de 1869.⁷ Esta cualidad sirve como anticipo de lo que llega a ser el papel de mediadora cultural que ejerce durante sus extensos viajes al exterior del país, como señalan María Rosa Lojo (2003: 47) y Graciela Batticuore (1996: 365); el francés, de hecho, es su segunda lengua y no le va en zaga al francés el inglés, lengua que también dominaba.⁸ Esta predisposición hacia lo extraterritorial se vuelve realidad cuando se casa con Manuel García, un diplomático argentino destinado a varios países europeos además de Estados Unidos a lo largo de su carrera diplomática.

No obstante, la naturaleza de estos viajes ofrece una primera consideración importante cultural para este análisis. Como bien señala Bonnie Frederick, a diferencia de los viajeros-escritores de su generación, Eduarda “es una nómada,

7 Es notable la consagración de la autora a la síntesis del medio nacional (las Pampas) y lo extraterritorial (la lengua francesa) en esta obra en particular. Muestra claramente su poliglosia y su visión cultural sincrética.

8 En realidad, la autora domina por lo tanto las dos lenguas diplomáticas de su época.

lleva su casa consigo” (Frederick, 1994: 249). Esta disparidad *vis-à-vis* sus coetáneos subraya la oposición principal entre sus experiencias: mientras sus contemporáneos masculinos viajaban frecuentemente por razones diplomáticas, comerciales o personales, Eduarda era ama de casa y madre; acompañaba a su marido Manuel García a los distintos puestos diplomáticos hasta los últimos años de su vida en que el matrimonio se separa, y Eduarda vuelve a la Argentina. Esta distinción modifica notablemente los parámetros de la experiencia del viaje. Aunque no goza de una libertad absoluta, parecido a la situación discursiva en la que se encontraban las mujeres que Mills estudia en *Discourses of Difference*, por medio del texto literario Eduarda ocupa su propio lugar en el mundo. Es decir, no se como mera “acompañante” de viaje, sino una viajera y escritora. En fin, es un agente social activo que construye su propio lugar en la historia.

Recuerdos de viaje narra los sucesos ocasionados durante una estancia de aproximadamente dos años de Mansilla en Estados Unidos a comienzos de la presidencia de Abraham Lincoln; Manuel García ejercía el cargo de cónsul ante el gobierno norteamericano a la sazón. Aunque se ve que la autora pretendía continuar con la narración de los eventos más conmemorables de su estadía en Estados Unidos en un segundo tomo, hasta la actualidad no se ha encontrado tal obra, si es que realmente existió, como promete el colofón de *Recuerdos*. Lo más notable del tomo que sí existe, no obstante, es la manera en que Mansilla muestra un amplio conocimiento de tres continentes y sus respectivas culturas heterogéneas, lo cual constituye un reto a sus coetáneos ya que ninguna mujer argentina de su época se había osado a poner por escrito semejante conjunto de observaciones. Como he demostrado anteriormente (Spicer-Escalante, 2006), Mansilla recurre a la *causerie*, la modalidad discursiva que utilizaban los contemporáneos masculinos de Mansilla en sus *travelogues*. Mansilla utiliza esta modalidad para “tejer” —ironía intencional— su propio imaginario tanto norteamericano como europeo.⁹ En *Recuerdos de viaje*, la autora se apropia de este discurso aceptado por el público lector, y propone una suerte de “conversación” por medio de su obra con personas de su misma estatura cultural.

9 Noto en el trabajo citado que el *causeur* monologa de forma libre y subjetiva sobre diferentes componentes de la vida cotidiana, incluyendo la política, la cultura, la sociedad, etc.

De viaje: De Europa a las costas norteamericanas

Mansilla inicia su “charla” en *Recuerdos* con una detallada descripción —desde lejos de las costas norteamericanas— de las peripecias de la vida de abordo de un barco transatlántico.¹⁰ La travesía náutica incluye “inconvenientes [...] accidentes naturales de la ruta” (1) que dificultan el viaje —señala Mansilla— tanto en invierno como en verano. Como dicho recorrido es siempre un verdadero desafío para el viajero —que deberá hacer frente a los icebergs y demás peligros (1-3)— la decisión de cuál línea de transporte se torna más bien una cuestión de preferencia cultural. La marcada tendencia de la autora será una preferencia por la cultura francesa, que se asemeja más a su cultura argentina original.

Las opciones principales en la época demuestran una división cultural axiomática muy notable entre la cultura británica y la cultura francesa: o se viaja por la “Compañía Transatlántica Francesa [...] ó [el] *Cunard Line*.” (1) Las diferencias entre ambas compañías marítimas denota un cisma cultural notable entre los ingleses y los franceses, lo cual Mansilla aprovecha al caracterizar la vida de las naves de ambas compañías. Mansilla distingue, como conocedora, que hay notables diferencias entre las empresas marítimas, las cuales denotan las profundas diferencias culturales existentes entre la dispares sociedades británica y francesa. Culta y experimentada como viajera, cualidades que enfatizan la autoridad de su narración, prefiere las naves francesas, pues se come mejor y el trato personal por parte de la tripulación no tiene comparación con las compañías británicas. A bordo de un vapor francés, se vive una calidad de viaje muy particular:

[S]e come admirablemente, detalle de sumo interés, para el viajero que no se marea; y en la buena estación las excepciones son escasas, salvo, durante los dos ó tres primeros días. El servicio es inmejorable, y la sociedad cosmopolita que por esos vapores viaja, parece como impregnada de la amenidad y agrado de las costumbres francesas, reinando además aquel grato *laissez aller* que crea la vida de abordo.” (2)

10 Toda cita de la obra en cuestión procede de la edición citada en la bibliografía, la cual sigue las pautas de la edición original, con la paginación correspondiente entre paréntesis. La grafía y la acentuación reflejan las del texto original de la edición original, no la moderna. Ver “Nota del Editor,” Spicer-Escalante (2006), iv.

La esplendidez en las naves francesas es, pues, notoria:

Pero, ¡cuánta anchura, cuánta abundancia, para ofrecer a discreción, hielo, leche, frutas, en la serie de comidas que con diversos nombres se sirven [...]! Qué profusión de vino excelente y gratis; ese vino sabroso que recuerda el suelo de la bella, la rica Francia, tierra favorita de la uva!” (4)

A diferencia de la suntuosidad de las naves francesas, la vida de abordó de una nave inglesa carece, en cambio, del despliegue epicúreo y del espíritu del *laissez aller* de las naves contrincantes. Su naturaleza es de un ascetismo muy particular:

En los vapores ingleses, se come mal, es decir, á la inglesa; todo es allí insípido, exento del atractivo de forma y fondo, que tanto realce da á la comida francesa. El vino brilla por su ausencia, eleva la suma de los *extra* á proporciones colosales é impone al viajero, la enojosa tarea de calcular sus gastos, en esas horas crueles de la vida de abordó... (2)

Las distinciones axiomáticas entre franceses e ingleses se extienden a una cuestión de oposición entre el mundo católico y el mundo protestante. Mientras parece decir Mansilla que la buena vida de abordó de las naves francesas es una cuestión más bien católica, un protestantismo rígido caracteriza la experiencia en la *Cunard Line*: “El Domingo, en los paquetes ingleses, hay casi siempre un *service*, en el gran comedor, pues rara vez falta de abordó el *clergyman touriste* ó inmigrante. En ese día cae sobre los desdichados pasajeros, la pesada capa del fastidio, que cubre infaliblemente las ciudades protestantes, *on sabbath day*.” (2) Esta naturaleza se extiende a cómo llevan a cabo los oficiales ingleses sus tareas marítimas: “[L]a disciplina, propiamente dicha, de la Línea Británica, se efectúa siempre con suma regularidad y reserva. Los pasajeros no tienen contacto alguno con la oficialidad del buque, que parece extraña, á lo que llamaré la parte comercial de la Compañía.” (3) La persona que ejemplifica este rigor es el capitán del barco, “un hombre místico, silencioso, casi siempre vulgar, que al pie de la letra, observa su exclusiva misión de conducir el buque. Los pasajeros no le conocen ni de vista; su asiento en la cabecera de la mesa, permanece siempre vacío.” (3)

En cambio, en las naves francesas, existe una noción diferente de las relaciones humanas. En fin, ésta es más *latina*: “En los paquetes franceses, el comandante, que es siempre *charmant, homme du monde*, preside su mesa, y al terminarse las comidas, ofrece galantemente el brazo á una dama.” (4)

Esta caracterización de ambas culturas europeas —la británica y la francesa— resulta eventualmente en una no tan razonada elección por parte de la autora. Mientras “Viajar con los Franceses es más agradable en verano,” cruzar el Atlántico “es más seguro en invierno con los Ingleses.” (4) Mansilla muestra, sin embargo, una clara preferencia cultural: “[P]ara no ser ingrata ni olvidadiza con una nación que tanto quiero, diré, que personalmente, yo prefiero hasta naufragar con los Franceses” (4). Es decir, Mansilla opone dos mundos encontrados: la austeridad y frugalidad del protestante *versus* la abundancia y exuberancia humana del católico. El fallo definitivo de la autora cae, lógicamente, a favor del mundo de sus raíces argentinas, el católico.

En estos extractos particulares de *Recuerdos* se ve claramente no sólo un manejo cultural de autoridad por parte de Mansilla —además de una naturaleza extraterritorial en la poliglosia que exhibe— sino también una profunda sensibilidad cultural, producto de extensos períodos de tiempo viviendo tanto en Gran Bretaña como en Francia. Esta sensibilidad posibilita una lectura profunda de ambas culturas, más allá de lo absolutamente superficial (comidas, vinos, etc.) y afirma su naturaleza extraterritorial. Las constantes referencias europeas también delatan la curiosa presencia casi constante de Europa en una obra que pretendía ser un tratado sobre Estados Unidos. Esta misma habilidad de manejo cultural se percibe en su recreación de la realidad social durante su estadía en Estados Unidos.

Tierra Firme: Nueva York y Modernidad

Después del paulatino deslizamiento hacia Nueva York, Mansilla nos prepara la escena de su arribo a Estados Unidos donde retrata las circunstancias que rodean su desembarco en la creciente metrópolis estadounidense. Aunque la expectativa del próximo arribo es enorme —“Los semblantes se iluminan, los apetitos se agudizan, las simpatías se acentúan” (7) ante la pronta llegada al puerto de Nueva York— la realidad del desembarco es otra:

La agitacion es general, el va y viene de los pasajeros que activan su atavío y de los empleados del buque, que como viajeros que son igualmente, tratan de despachar, con la mayor rapidez posible sus quehaceres, complicados por la llegada, para bajar, á esa tierra tan ansiada por el navegante. Ya viaje éste por gusto, ó por aquel por deber: la tierra es la esperanza de todos. (8)

El ajeteo del arribo desemboca en la babilónica confusión de lenguas y frustración comunicativa en las que la autora misma participa:

Diverse lingue orribili favelle. Recordé al Dante, sin poderlo remediar, cuando [...] me encontré a cierta altura del muelle, delante de un muro humano, que vociferaba palabras desconocidas, como una legión de condenados. Eran seres groseros, feos, mal antrazados, con enormes látigos, que blandían desapiadados, furiosos, sobre las indefensas cabezas de los viajeros, cuyo paso impedían. (10)

Mansilla articula su frustración ante este nuevo infierno babilónico al señalar sus propios sentimientos al respecto: “De repente, una alma, un viajero, caía en poder de alguno de esos demonios, y en el instante éste enmudecía, conduciéndole en misterioso silencio, sólo Dios sabe donde. El calor, el polvo, el vo-cinglerio infernal, me tenían fuera de mí.” (10) Al seguir al cochero neoyorquino quien había de llevar a Mansilla y sus hijos al hotel donde se hospedaba, la autora se da cuenta —irónicamente— de sus limitaciones lingüísticas:

Ha llegado el momento de hacer aquí una confesión penosa, que hará derramar lágrimas, [...] al digno don Antonio Zinny, mi maestro, á quien su discípula favorita, debía en ese entónces todo el inglés que sabía. Y este resultó tan poco, que con gran vergüenza y asombro mío, el intérprete natural de la familia, la niña políglota, como me llamaron un día algunos aduladores de mis años tempranos, no entendía *jota* de lo que [...] repetían los hombres mal entrazados y el laconico expresivo empleado. (11)

Aunque su “turbación” era “visible”, Mansilla logra entenderse con los cocheros; resueltos, pues, los asuntos del traslado de bagaje y del transporte local, Mansilla vuelca su mirada hacia la ciudad de Nueva York, y halla notables paralelos con Londres, un necesario contexto para la lectura de su estadía en la ciudad:

Si en vez de llegar a Nueva York de día claro, [...] me hubieran desembarcado dormida [...] al despertar, de seguro habría exclamado: ««Estoy en Londres!»» Idéntica arquitectura, igual fisonomía en las calles, en las tiendas, en los transeuntes, que parecen todos apurados; y lo están en realidad. [...] El cosmopolitismo hállase más acentuado en Nueva York; pero la raza sajona descuella allí sobre las demás é imprime á la metrópoli norte americana, todo el carácter de una ciudad inglesa. (13)

Esta suerte de caracterización —salvo en algunas excepciones, como cuando discurre sobre el Sur de Estados Unidos y los motivos de la Guerra de Secesión de aquel país (capítulos VI-X)— atraviesa e impregna el *travelogue* de Mansilla.¹¹ Al igual que con la comparación de las naves europeas, surge un cotejo que desemboca en una cuestión cultural formada por el culto religioso que sirve de raíz cultural a las distintas comunidades étnicas. Al igual que en el contexto de la arquitectura de la Reforma en comparación con la de la Contrarreforma, la estética es un componente relevante para la autora. “Para comprender lo bello, es forzoso tener en nosotros un ideal de belleza, y cuánto más elevado es éste, mayor es nuestro goce,” (12) señala Mansilla al contemplar los edificios neoyorquinos. Mansilla aplica este ideal estético a la arquitectura eclesiástica de Nueva York y emerge, más una vez el cisma cultural que divide al latino del sajón: “Las iglesias, no producen en Nueva York el mismo efecto que en las ciudades europeas, aún de menor importancia. Por lo general, son poco bellas, modernísimas y con el sello de construcción de ayer, que les quita gran parte de su encanto, no sólo arqueológico, sino estético.” (15) En comparación con las iglesias protestantes —aquí el componente temporal se asoma, pues éstas son “modernísimas”— la nueva catedral católica de Nueva York es: “[B]ella y lujosísima. Toda de mármol blanco, tallada con gran primor, recuerda un tanto la Santa Sofía de Constantinopla, atrae las miradas del viajero desde luego, lo deslumbra de lejos por su blancura nítida y su corte admirable.” (15) En comparación, el estilo de las iglesias protestantes en Nueva York carece de estética al igual que de calor humano, una notable declaración de la autora respecto al protestantismo: “Las *churches* de Nueva York, de un gótico desnudo, sin galas, son escuálidas, frías, como el culto á que están dedicadas, y desde luego me fueron antipáticas.” (16)

Como anexo sociocultural a la disyuntiva estética que la autora percibe en la arquitectura de las iglesias protestante y católica de Nueva York —metáforas culturales de las culturas anglosajona y latina— Mansilla utiliza el cotejo religioso como manifestación de su propia ambivalencia ante Nueva York y Estados Unidos. Mansilla percibe que en Estados Unidos “Todo es [...] obra del presente,

11 En este estudio me limito, por una cuestión de extensión, principalmente a su estancia en Nueva York. Es necesario mencionar, sin embargo, que Mansilla viajó por otras ciudades y otros estados del este de Estados Unidos, además de una visita a las cataratas del Niágara donde pasó brevemente a Canadá.

nuevo, novísimo, y exento de ese encanto misterioso que el tiempo imprime á las piedras, á los edificios, á las cosas.” (15) El impacto en el viajero es notable: “La historia de ese país, como sus monumentos, es toda de ayer, de ahí la pobreza relativa que impresiona desagradablemente al viajero que llega de Europa, si bien comprende toda la riqueza y poderío que esa parte del Nuevo Mundo encierra.” (15) En fin, para Mansilla, el viajero “Halla mucho que le sorprende; pero poco que le seduzca.” (15)

Sin embargo, lo que sí atrae es el bullicio que se siente por las calles de la ciudad, el cual seduce a la autora: “La animacion es portentosa, y cuando se entra á Broadway, la grande arteria de la suntuosa ciudad, aquel nombre de *calle ancha*.” (14) Para Mansilla tal avenida es donde “bulle el pueblo más vivaz de la tierra.” (16) La notable actividad señala una obvia distinción en términos de temporalidad. O sea, más allá de su vívida descripción de la agitación callejera y la abundancia de carros, coches, ómnibus y “tramways” (14), Mansilla hace una lectura cultural profunda al echar su mirada sobre su entorno neoyorquino. Allí percibe la existencia de la apremiante modernidad la cual caracteriza por medio de su continua referencia al lema moderno “Time is money” que utiliza a guisa de estribillo por distintos capítulos de su *travelogue*. Mansilla también demuestra el arribo de la modernidad a tierras norteamericanas en su descripción del comercio neoyorquino:

Abundan tiendas, especialmente las suntuosas, *emporios* como llaman los Newyorkeses á esas lujosísimas construcciones [...] que ocupa una manzana de las nuestras, ostenta mármoles como palacio florentino y reúne las novedades de toda Europa, desde medias de Escocia [...] hasta las maravillas inéditas de Worth y Laferriere. (18-19)

Curiosamente, aunque tiene un notable dejo utilitario, esta modernidad se caracteriza por la abundancia latina más que la presunta austeridad sajona, como en el caso de las líneas de transporte marítimas ya notadas. Como en el caso de la vida de a bordo de las naves europeas, Mansilla muestra una notable sensibilidad ante la sociedad norteamericana y su composición étnico-cultural. Más de una vez esta afectividad, adquirida por medio de una estancia extendida en el país, permite una lectura más penetrante de la cultura de Estados Unidos, más allá de lo trivial. Su manejo del inglés, pese a las protestas señaladas, también afirma su naturaleza extraterritorial. El participante implícito de la charla de esta obra

podrá, pues, corroborar su discernimiento cultural a través de las descripciones detalladas y referencias a la vida cotidiana del estadounidense. Sus ambivalentes alusiones a la modernidad también sirven para comentar la realidad social argentina por medio de su experiencia en Estados Unidos.

De la Argentina implícita: la patria detrás de Europa y Estados Unidos

El viajero extraterritorial, a pesar de sus vivencias, nunca abandona —por más que escriba en otro idioma— sus raíces culturales plenamente. Como Señala Steiner en *Extraterritorial*, los escritores extraterritoriales se adaptan a su nuevo medio, pero frecuentemente, y a pesar de su sensibilidad, quedan rezagos nacionales en sus obras (4). Tal es el caso de Eduarda Mansilla respecto a la Argentina, pues el espectro de su patria acompaña a la autora en su escritura de *Recuerdos de viaje*, y sirve de blanco implícito para gran parte de su crítica sociocultural. Aunque abundan los ejemplos de la presencia tácita de la Argentina de Mansilla en *Recuerdos*, quisiera enfocar la intersección entre la modernidad y el papel de la mujer en particular aquí. Debido a la situación laboral de la mujer en la Argentina en la época en que se publica *Recuerdos* (1882, aunque se escribe con anterioridad), esta temática en particular es de interés para la autora en su examen del papel de la mujer en Estados Unidos durante la época en que vive en el país.¹² En cierto sentido Mansilla lamenta la situación de la mujer en su país natal, aunque por medio de su texto, crea un modelo a seguir por medio de su reconocimiento de cómo logra superarse la mujer estadounidense en la época.

Como he señalado anteriormente, para la autora, Estados Unidos es la tierra de promisión en relación con la modernidad. Esta modernidad se extiende a la cuestión de la mujer. Mansilla inicia su tratamiento de esta temática por medio de una declaración fuerte y transgresora: “La mujer americana practica la libertad individual como ninguna otra en el mundo, y parece poseer gran dosis de *self reliance* (confianza en sí mismo)” (70). De hecho, la autora se sorprende por lo abierta que es la sociedad estadounidense en términos de los derechos de la mujer, y hasta parece tener pruritos puritanos en cuanto a ciertas actividades sociales de la mujer norteamericana, como por ejemplo el uso del tabaco (71), sus intereses sartoriales (76-77), y su supuesto abuso del maquillaje (76-77). Su categoría

12 Dos otros temas de interés son la cuestión de la religión —que ya he tratado— y el tema de los indígenas norteamericanos que trato en Spicer-Escalante (2006).

de autoridad en este caso es indiscutible, pues como mujer Mansilla tenía acceso a los espacios privados donde los viajeros-escritores masculinos simplemente no podían entrar.¹³ No obstante, el tratamiento del tema laboral es lo que realmente concierne a la autora; el hilo de la cuestión atraviesa, de hecho, varios capítulos de *Recuerdos*.

Ante todo, es importante notar que Mansilla parece sorprenderse ante la industriosisidad del ciudadano norteamericano en general, más allá de la cuestión de género. Esta predisposición hacia el trabajo crea una naturaleza desprendida en el hombre norteamericano quien consiente a su esposa e hijas:

Debajo de la corteza un tanto rústica de esos padres de familia, de esos maridos, que pasan el día entero, ocupados en ganar el dinero para el hogar, *down town* (la parte comercial de la ciudad), hállase bondad y finuras infinitas. El Yankee es generoso como pocos; y sus mujeres, sus hijas, no tienen sino manifestar un deseo para que *sea satisfecho*. [...] Verdaderas máquinas de trabajo, aquellos hombres, al parecer tan interesados, gastan cuanto ganan, para contentar á los suyos. (72)

Para la autora, este fenómeno pone a la mujer en una posición ventajosa, pues “La mujer, en la Unión Americana, es soberana absoluta; el hombre vive, trabaja y se eleva por ella y para ella” (72). Pero, y a pesar de esta problemática que se elabora en la obra de Mansilla —parece encerrar a la mujer en una situación donde su vida se reduce a la del “ángel del hogar” tradicional, que nada de transgresora tiene— Mansilla agrega que la mujer estadounidense también tiene ciertas salidas laborales; una de las cuales es el periodismo. El tema es oportuno para la autora ya que en 1882 muchas de sus compañeras de oficio luchaban por publicar sus obras e integrarse a la generación de 1880 completamente dominada por hombres.¹⁴ Aunque Mansilla observa que en Estados Unidos “Las mujeres influyen en la cosa pública por medios que llamaré psicológicos é indirectos,” (72) también nota que a través del periodismo, “[V]éseles ocupando de frente un puesto que nada de anti-femenino. Los periódicos en los Estados Unidos, el país más rico en publicaciones de ese género, cuentan con una falanje que representa

13 Para una discusión de la cuestión de los espacios en términos de género, ver Spicer-Escalante (2006).

14 Para un análisis más penetrante de la problemática de la incorporación de las escritoras argentinas a la generación del 80, ver Frederick (1993).

para ellos el elemento ameno.” (72) Este conjunto de mujeres “son las encargadas de los artículos de los Domingos, de esa literatura sencilla y sana, que debe servir de alimento intelectual á los habitantes de la Unión.” (72) Más allá de “esa literatura sencilla y sana,” sin embargo, la autora también aclara que “Son ellas también las que, por lo general, traducen del alemán, del italiano y aún del francés, los primeros capítulos de los nuevos libros.” (72) En su aspiración laboral, ellas son “las que dan cuenta cabal y exacta de las fiestas, cuyos detalles finísimos y acabados llevan el sello del *connaisseur* [...] y á fe que lo hacen concienzuda y científicamente.” (72-73) Este tesón en el trabajo, también asegura que “las mujeres tienen un medio honrado é intelectual para ganar su vida; y si se emancipan así de la cruel servidumbre de la aguja, servidumbre terrible desde la invencion de las máquinas de coser.” (73) La referencia a la aguja *vis-à-vis* la pluma —el oportuno título de la compilación de Bonnie Frederick sobre las escritoras del 80 en la Argentina, *La Pluma y la aguja* (1993)— afirma el traspaso temporal señalado anteriormente que indica que los países civilizados son los *modernos* que le ofrecen la oportunidad de superación a la mujer por medio de la posibilidad de cultivar una carrera.

En su defensa del papel de la mujer en el medio laboral, Mansilla muestra, pues, no sólo su conocimiento de ese medio en su propio país y en Estados Unidos, sino también provee una apertura para que la mujer en todo país “civilizado” tenga acceso a una carrera profesional más allá de la sastrería. En una profesión como el periodismo, la mujer puede superarse y prosperar tanto económicamente como profesionalmente. Dadas las circunstancias de sus coetáneas argentinas, Mansilla muestra una obvia posición de vanguardia no sólo por la mera publicación de *Recuerdos*, sino que también hace un llamado a la consideración de que la mujer no sólo es capaz, sino que se merece la oportunidad de prosperar intelectualmente.

Transculturación y Extraterritorialidad: Eduarda Mansilla y *Recuerdos de viaje*

Como vengo señalando, Eduarda Mansilla en *Recuerdos de viaje* ocupa un lugar de vanguardia no sólo dentro de los límites cronológicos de su generación, sino también en relación con la escritura de viajes en la Argentina decimonónica. Esta posición, la logra por medio de su extensa experiencia extraterritorial y resulta en la publicación de este *travelogue*, que sirve de medio apto para tanto la manifestación de una voz femenina autónoma como para una respuesta notable

al androcentrismo hegemónico que caracteriza los textos de viaje dentro del contexto hispanoamericano decimonónico. El interlocutor que participa de la viva relación en *Recuerdos* —que ejemplifica la *causerie* finisecular hispanoamericana— podrá, pues, percibir que se halla ante una autoridad cultural en *Recuerdos*. Esta manifestación de autoridad cultural, compuesta por una mujer en la época en cuestión, resulta ser tanto un hito histórico-literario como una plena manifestación contestataria poscolonial, en realidad.

Queda, sin embargo, una importante y necesaria inquietud que resolver. ¿Dónde, entonces, situamos a la autora en términos de su identidad cultural? Debido a su extraterritorialidad, surge en Eduarda Mansilla una sensibilidad cultural que la convierte en un ser en realidad plurilingüe y pluricultural. Esta realidad permite, en verdad, la construcción de una identidad transcultural en el caso de Mansilla ya que el escritor extraterritorial —hombre o mujer— profundiza su noción de la cultura ajena sin perder sus propias raíces culturales. En la forma en que Mansilla “construye” textualmente Europa y Estados Unidos en su obra, sin perder de vista sus propias raíces argentinas, se autoconstruye como agente social histórica en una época en que la mujer escritora apenas sobresalía en muchos casos. Es decir, no es una mera “exploratriz social” en busca de una vivencia de aventura (Pratt, 1992: 155-164), pues sus viajes permiten una extraterritorialidad que expande su visión del mundo y de las culturas ajenas, lo cual permite la creación de una agencia histórica a la par de sus coetáneos masculinos.

En este sentido, Mansilla anticipa no sólo la modernidad finisecular en los textos de viaje, sino una incipiente posmodernidad globalizada más cercana a nuestra contemporaneidad —y antes que Beckett, Nabokov o Borges, sin olvidarnos de escritores como Bruce Chatwin y Paul Theroux, más allá de otros de su índole. En fin, el texto de Mansilla convierte la literatura de viajes en un ejercicio de sacerdocio cultural; y su pluriculturalidad y transculturación sirven de armazón identitaria para la subjetividad posmoderna globalizada.

Bibliografía

BATTICUORE, Graciela. “Los menores del género”. *Revista interamericana de bibliografía*, 3, 1995, págs. 365-372.

FREDERICK, Bonnie. Introducción. *La pluma y la aguja: las escritoras de la Generación del 80*. Buenos Aires: Feminaria Editora, 1993.

_____. “El viajero y la nómada: los recuerdos de viaje de Eduarda y Lucio Mansilla”, en: Lea Fletcher, compiladora. *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires: Feminaria Editora, 1994.

LOJO, María Rosa. “Eduarda Mansilla”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 639, 2003, págs. 47-59.

MANSILLA, Eduarda. *Recuerdos de viaje*. J.P. Spicer-Escalante, ed. Buenos Aires: Stockcero, 2006.

MILLS, Sara. *Discourses of Difference: An Analysis of Women's Travel Writing and Colonialism*. Londres: Routledge, 1991.

PRATT, Mary Louise. *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. Londres: Routledge, 1992.

SCHADE, George. “Los viajeros argentinos del ochenta”. *Texto crítico* 10:28, 1984, págs. 82-103.

SPICER-ESCALANTE, J.P. “Ricardo Güiraldes's *Américas*: Reappropriation and Reacculturation in *Xaimaca* (1923)”, *Studies in Travel Writing* 7, 2003, págs. 9-28.

_____. “En su ‘calidad de viajera distinguida’: La constitución de una voz femenina del viaje en *Recuerdos de viaje* (1882) de Eduarda Mansilla”, en Eduarda Mansilla, *Recuerdos de viaje*. J.P. Spicer-Escalante, editor. Buenos Aires: Stockcero, 2006.

STEINER, George. *Extraterritorial: Papers on Language and the Language Revolution*. Nueva York: Atheneum, 1971.

VIÑAS, David. *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: EUDEBA, 1972.

DISCURSO CRÍTICO E IMAGINARIO DE EUROPA EN EL VIAJE DE RECREO (1909) DE CLORINDA MATTO DE TURNER

Vanesa Miseres
Vanderbilt University

Los viajes realizan, sobre todo para las gentes de un país tan joven como el nuestro, una alta misión de cultura. Para el individuo, viajar es renovarse. Los viajes modifican nuestro concepto del mundo, crean en nosotros un nuevo ser, acrecen el capital de nuestros conocimientos, nos inculcan la tolerancia, nos hacen más comprensivos e inteligentes, educan nuestra sensibilidad.

Manuel Gálvez (1920: 23)

La obra de Clorinda Matto de Turner (Cuzco 1852-Buenos Aires 1909) como escritora e intelectual es amplia y diversa. Sus novelas, tradiciones y artículos periodísticos se han convertido para la crítica literaria en referentes claves para pensar el proceso de incorporación de la mujer escritora como figura relevante dentro la escena cultural del siglo XIX en Sudamérica (Kristal, 1987; Villavicencio, 1992; Denegri, 1996; Peluffo, 2005). En un contexto de transición ideológica y política dentro de la nación peruana, Matto emerge como una de las voces femeninas que se hará oír con más fuerza en medio de las polémicas desatadas en las páginas de periódicos y revistas en torno al futuro del Perú. Al mismo tiempo, sus novelas—la renombrada trilogía *Aves sin nido* (1889), *Índole* (1891) y *Herencia* (1895)—manifiestan el sentimiento de muchos de los intelectuales peruanos contemporáneos a la autora, quienes tras el fracaso en la Guerra del Pacífico (1879-1884) y la consecuente desestabilización de la hegemonía económico-política del país, se sintieron impelidos a renovar el campo de las ideas a fin de explicar el contexto social que los contenía. Así, la escritura de Matto de Turner “se hace eco del deseo de reconstruir el país, de llevar adelante un plan de “peruanismo” basado en el concepto de modernidad” (Guiñazú y Martín, 2001: 180).

A pesar de la mencionada relevancia del conjunto de la obra de Matto en las letras hispanoamericanas, sigue existiendo dentro de los estudios críticos la preferencia a—como lo explica Peluffo—leerla de manera “macrocéfala” a

partir de su más reconocida novela *Aves sin nido* (Peluffo, 2005: 13). Sin negar la importancia de este texto como uno de los primeros en exponer la explotación del sector indígena del Perú por parte de las clases dominantes (terratenientes, gobernantes, clero), queda aun pendiente la tarea de profundizar la discusión sobre el resto de sus novelas así como también de incorporar al análisis su obra periodística, pedagógica y su escritura desde el exilio. En mi opinión, esta última etapa de la escritora es vital para comprender la evolución de su pensamiento que, desde una mirada hacia el interior de la nación peruana, se extiende al resto de los países sudamericanos, poniendo en reformulación constante sus ideales modernizadores frente al contacto con otros espacios y personalidades del círculo intelectual de países como Chile o Argentina.

En este contexto, mi artículo propone un estudio de su relato *Viaje de recreo: España, Francia, Inglaterra, Italia, Suiza y Alemania* (1909). Este texto da cuenta del viaje que la escritora emprende a Europa y culmina meses antes de su muerte. A pesar de los interesantes matices que presenta para un análisis de la figura de Matto de Turner como intelectual, *Viaje de Recreo* ha sido hasta ahora un texto marginal para la crítica especializada en la escritora peruana. La invisibilidad de este relato de viajes puede explicarse, en parte, por el carácter incipiente de los estudios dedicados a las mujeres viajeras en el ámbito hispanoamericano, dentro del cual se ha privilegiado la labor de las escritoras en géneros canónicos como la novela.¹ Dentro del replanteo crítico que *Viajeras entre dos mundos* propone ante este hecho, considero que un análisis de *Viaje de Recreo* resulta fundamental, en tanto expone las dificultades, negociaciones y estrategias que una mujer viajera debe asumir al momento de narrar su experiencia.

Este artículo analiza los modos en que Clorinda Matto de Turner consolida y expande en *Viaje de recreo* la perspectiva de género que sostiene y articula el pensamiento de toda su obra. Reposicionándose aquí como intelectual hispa-

1 Estudios como los de Estuardo Núñez (1985; 1989), David Viñas (2005), Mary Louise Pratt (1992), Adolfo Prieto (1996), o el más reciente de Ángela Pérez Mejía (2002)—sólo por mencionar algunos ejemplos—han abierto el campo de los estudios literarios incorporando al relato de viajes (de europeos y criollos) como elemento fundamental de las literaturas nacionales. Hoy, formando ya parte de un canon que lo había negado casi por completo, el relato de viajes como género aún precisa ser explorado en la apropiación que las mujeres criollas escritoras han hecho de él. Se destaca, sin embargo, el trabajo de Mónica Szurmuk, *Women in Argentina* (2000), que ha sido recientemente traducido al español y dedica algunos de sus capítulos al estudio de las mujeres viajeras argentinas.

noamericana de paso por Europa, estudiaré también las distintas formas en que la escritora peruana enuncia su imaginario sobre este continente, dialogando y diferenciándose de la tradición viajera existente: en su texto, Matto asume, casi simultáneamente, diferentes roles del viajero (ya sea como importadora de modelos, mediadora, traductora y turista) que complejizan su lugar de enunciación. Por otro lado, a la vez que celebra los “símbolos de cultura y progreso” de Europa y el vínculo americano con España, Matto articula desde su posición de mujer una mirada crítica sobre ciertos aspectos de la modernidad que, en pos de un falso progreso, estaban minando las bases constitutivas de la sociedad de inicios del siglo XX. Así, mi análisis de *Viaje de Recreo* ejemplifica la tensión entre tradición e innovación que atraviesa el pensamiento de Matto, la cual es signo de la transición a un nuevo siglo y del surgimiento de nuevos interrogantes en torno al lugar del sujeto hispanoamericano frente a la cultura europea y sus propuestas modernizadoras.

Clorinda Matto de Turner, viajera entre dos mundos

Y el haber ido á Europa, ¿es poca cosa?

Clorinda Matto de Turner (1909: 149)

Clorinda Matto de Turner viaja a Europa en la primera década del siglo XX, en 1908. Su viaje comprende diversos países como el título lo indica: España, Francia, Inglaterra, Italia, Suiza y Alemania. Matto parte en el mes de mayo desde la ciudad de Buenos Aires, lugar en el que residía desde que en 1895 se ve obligada a abandonar su país tras varios ataques recibidos en su casa e imprenta. Como resultado de esta situación, la escritora inicia un exilio que, pasando en primer lugar por Chile, la conduce a Argentina hasta el momento de su muerte. Desde su nueva “patria”—como ella misma se refiere a la Argentina—continúa fervientemente con su actividad intelectual, con un especial interés, el mismo que la lleva a viajar a Europa, en la educación formal y profesional de las mujeres y el trabajo periodístico.² Con este bagaje ideológico en torno a nuevos perfiles

2 *Búcaro Americano, periódico de las familias* (1896-1908), fundado por Matto, revela la fusión de ambos intereses en artículos y notas que promueven el desarrollo de la mujer en el campo de la educación tales como “La mujer moderna”, donde se hace gala de los beneficios de la educación profesional femenina: “Cobrar un sueldo, llevarlo á casa, depositarlo en manos de la madre adorada, para sustento de los hermanitos menores, para la vida de nuestra familia! / Qué fruición tan dulce! / Qué alegría más íntima! / Oh! la mujer consumidora de otras edades nada supo de estas grandes emociones de la mujer moderna” (septiembre 15, 1906). Para más

de mujer en el temprano siglo XX, y con un objetivo pedagógico sólido, Matto recorre y analiza Europa. A su regreso, termina el libro con sus impresiones de viaje y debe enfrentar una grave pulmonía que termina con su vida el 25 de octubre de 1909 (Berg, 1997: 155).

En correspondencia con sus ideales sobre la independencia del género femenino, *Viaje de Recreo* nos presentará diferentes posibilidades de ejercer el rol de “viajera”. A pesar de las diferencias, tensiones e incomodidades que se percibirán en el ejercicio de estas facetas, lo que permanecerá firme es la voluntad de Matto de representarse como un sujeto activo a lo largo del viaje. El epígrafe de este apartado, de hecho, corresponde a una observación crítica que la escritora arroja sobre los roles preestablecidos para hombres y mujeres viajeros de la época. Con tristeza, Matto anota que a pesar de que la mayoría de los hombres americanos que iban a Europa en ese momento viajaban con sus familias, esto no les impedía entregarse a los placeres y excesos que les ofrecía la *vida parisien* (Matto, 1909: 149). Ante esta actitud a la cual califica de “tacañería” y “egoísmo”, Clorinda Matto denuncia la pasividad de la mujer, quien sólo unos días antes de la partida abandona el hotel para visitar con su esposo los bazares, repitiéndose “con voz beatífica, adorable, que denuncia su conformidad femenina”: “con llevar bastante ropa, me conformo” (Matto, 1909: 149). Irónicamente, Matto finaliza su comentario con este “Y el haber ido *á Europa*, es poca cosa?” para señalar la frivolidad y conformismo de algunas mujeres que, sujetas al plan masculino, sólo se contentan con volver de su viaje habiendo comprado objetos para la futura envidia de otras. Para ellas, haber estado en Europa no responde a la concreción de ningún objetivo personal; su viaje es un significante casi vacío, indicador de la pertenencia o alcance de cierto estatus social. Por otro lado, este comentario afirma la intención de Clorinda Matto por permanecer en las antípodas de esta pasividad femenina, dejando entrever un sutil cuestionamiento a la figura del intelectual latinoamericano que reproduce acríticamente el gesto también vacío de admiración por Europa.

Como actitud diferenciadora, el viaje de Clorinda Matto propone múltiples objetivos, planificaciones e itinerarios que se irán superponiendo en la narración. En primer lugar, se ha propuesto recorrer los países europeos para estudiar diferentes programas educativos y diseños institucionales para la educación de

detalles sobre el trabajo de Clorinda Matto en el exilio en Argentina y su labor como directora del *Búcaro Americano*, véase el artículo de Gloria Hintze (2002) y el de Susana Zanetti (1992).

mujeres. Su objetivo es recoger toda la información posible sobre instrucción pública para poder a su regreso “utilizar[los] en servicio de aquellos dos países cuyo afecto se confunde en mi corazón como las aguas de los ríos que tributan al mar: Perú y Argentina” (Matto, 1909: 130). En cada país que visita, Matto reserva tiempo para el recorrido de instituciones que habían incorporado a las mujeres dentro de su alumnado, como la Universidad de Londres. Pero sobre todo, la autora presta especial interés a aquellos colegios diseñados exclusivamente para mujeres, como en el caso de los colegios religiosos en España. Allí consigue extraer la deseada información sobre programas curriculares, características edilicias, mobiliario utilizado, distribución del trabajo dentro de la institución, entre otros aspectos de la planificación educativa.

A partir de este objetivo primario en su viaje, resulta evidente al lector el interés de Clorinda Matto por inscribirse dentro una práctica viajera que—a comienzos del siglo XX—la acerca sin embargo a la tradición del siglo anterior, esto es, a aquellos viajeros intelectuales que se dirigían a Europa con el fin de estudiar modelos educativos (Domingo F. Sarmiento), corrientes literarias (Esteban Echeverría), sistemas legales (Juan B. Alberdi) y estilos y costumbres en general (Juan de Arona). Una vez trasladados y reformulados para Hispanoamérica, estos aspectos estudiados debían cumplir el objetivo de servir al propósito político, económico y cultural de consolidar la independencia y progreso de las nuevas naciones (Pratt, 1992: 302). En estos casos, como bien lo señala Andrea Pagni, se puede afirmar que la experiencia y escritura del viaje en sí mismas conforman “parte del proyecto de construcción del Estado y de la nación (...) como un espacio político y cultural identificador”, el cual desborda el objetivo mismo del viaje para pasar “a formar parte de ese espacio cultural en construcción” (Pagni, 1992: 265). Como un miembro más de esta élite criolla, capaz de insertarse “vía comercio internacional y apropiación de ideas, en el mundo europeo” (Sanhueza, 2007: 54), Matto se acerca al mismo tiempo que se diferencia de esta función como “importadora de modelos” (Ramos, 2003: 39), proponiendo un aspecto ignorado por sus antecesores, como lo es el de la educación de la mujer. Para la intelectual peruana, luego de la independencia y avances logrados a lo largo del siglo anterior, el factor más importante del momento era la inclusión de las mujeres dentro de las prácticas de modernización, insistiendo en una “participación activa y pública en los asuntos de estado” (Hintze, 2002: sin paginación).

A modo de ejemplificación de esta propuesta, Matto nos presenta a figuras femeninas que desde diferentes campos estaban interviniendo en el progreso

científico e intelectual europeo: la escritora española Concepción Jimeno de Flaquer, autora de ensayos y novelas dedicados a la educación e independencia de la mujer; Concepción Aleixandre, médica española a quien se refiere como “escritora científica” que difunde hábitos higienistas entre las mujeres; o la novelista y periodista Matilde Serao, fundadora del diario *Il Giorno*, cuyo trabajo es visto por la escritora peruana como otra forma de contribución de la mujer a “la marcha de la humanidad” (Matto, 1909: 113). Así, y según sus referencias parecen indicarlo, Clorinda Matto retornaría del mismo modo en que hubieron regresado los viajeros intelectuales del siglo anterior: con la palabra europea traducida y reapropiada para servir de modelo en América (Ramos, 2003: 37). Pero sobre todo, el conocimiento adquirido debería impactar en el público femenino, pilar hogareño desde el cual una nación podría, según su opinión, partir hacia el progreso.

Como un aspecto más de interés, tanto del lector como de la propia narradora de *Viaje de Recreo*, se destaca una segunda modulación discursiva de Matto como activa mediadora entre grupos intelectuales de los dos continentes. Por un lado, y especialmente en Francia y España, la escritora se encuentra con un gran afluente de intelectuales y políticos latinoamericanos que, como ella, se encontraban viajando o estaban radicados en el Viejo Continente, tales como el ecuatoriano Carlos Tobar, el ex presidente peruano Andrés Cáceres y María Heredia, poeta y novelista hija de José María Heredia y esposa del poeta simbolista francés Henri de Régnier. Estas visitas le posibilitan participar parcialmente, en el tiempo que pasa en cada ciudad, de esa experiencia cosmopolita a partir de la cual muchos escritores estaban trazando nuevas coordenadas sobre el pensamiento intelectual latinoamericano desde finales del siglo anterior. Por otro lado, entre las personalidades que Matto visita se encuentran también Francisco Sempere, editor de la tercera edición de *Aves sin nido* y *Viaje de Recreo* y Mr. Thynne, editor de la versión inglesa de *Aves sin nido*. La difusión y constatación del alcance de su obra en el ámbito europeo es una preocupación recurrente en su libro de viajes, una búsqueda de inscripción de sí misma en este nuevo espacio intelectual cosmopolita. Por este mismo motivo, además de contactarse con sus coterráneos, Matto expresa su interés por trazar una “red intelectual femenina” con las escritoras, educadoras y artistas europeas, algunas de ellas mencionadas anteriormente. Por ejemplo, al exponer en su texto una larga nómina de mujeres a quienes conoce o de quien ha recibido referencias en España, Matto afirma:

Este hermoso grupo de mujeres españolas, que entregan al público su pensamiento impreso (...) es grata promesa al porvenir glorioso de la causa femenina. Con estos sentimientos estrecho la mano de cada una de ellas, enlazando no sólo la acción simultánea, sino el afecto de las escritoras españolas y americanas del Sur, cuya nómina he hecho conocer en los centros de cultura visitados. (Matto, 1909: 47)

Resulta evidente que al hablar de la labor de estas escritoras españolas como “grata promesa”, de alguna manera Matto está haciendo referencia a su propio lugar e importancia como intelectual, ella misma como “obrero del pensamiento”³ y como difusora de nuevos saberes. Las palabras en esta cita nos muestran, además, la confianza de la escritora para enlazar, con su labor personal y presencia, a las mujeres de Europa con las de América del Sur. Matto parece sugerir en muchos pasajes que esta conexión internacional tendría un impacto que sobrepasaría el nivel de lo personal, esto es, la escritora deja entrever que su viaje contribuirá a la creación de una Sudamérica moderna y progresista, la cual sólo puede surgir a partir “[d]el esfuerzo combinado de nacionales y extranjeros” (Matto, 1909: 8).

Esta construcción discursiva como “mediadora” entre naciones y círculos intelectuales diversos, más que aparecer como novedad del viaje, resulta una consolidación de la imagen forjada como resultado de una serie de circunstancias que constantemente colocaron a Matto en un espacio intermedio entre dos culturas. Ana Peluffo explica:

los desplazamientos de Matto de Turner desde el corazón de la cultura andina hacia los centros urbanos más abiertos a las propuestas modernizadoras cosmopolitas (Lima-Buenos Aires) van delineando un nomadismo cultural en el que Matto de Turner se construye a sí misma como una figura-puente entre universos socioculturales en tensión. (Peluffo, 2005: 19)

3 El 14 de diciembre de 1895, Matto utiliza este término por primera vez en la conferencia que pronuncia en el Ateneo de Buenos Aires, la cual lleva justamente el título de “Las obreras del pensamiento en la América del Sur”. Es interesante que en un contexto donde se comienza a hacer más visible el lugar de la mujer en el campo laboral e industrial, Matto haga referencia al término “obreras” para referirse en cambio a las mujeres que trabajaban en el campo intelectual, lo cual indica cierto grado de conciencia y “profesionalización” del trabajo de la mujer con la escritura, acorde con los cambios que la época presentaba.

Así, siguiendo la afirmación de Peluffo, este “nomadismo cultural” que caracterizó los anteriores recorridos de la escritora peruana, ahora, una vez en Europa, le permite alejarse de aquella imagen del americano como el “nacido en las tierras bajas” (Sarmiento, 1993: 7), a quien la propia Matto describe diciendo que “el americano en Europa hace el mismo efecto que los provincianos en la capital” (Matto, 1909: 60). Matto es consciente de la posibilidad de que un viajero hispanoamericano, por su habla, comportamiento o bagaje cultural, se denuncie a sí mismo como ajeno al espacio que recorre, en la más absoluta “cortedad” (Viñas, 2005: 34), es decir, en un estado de desigualdad frente a la cultura europea. Alejándose de esta imagen, *Viaje de recreo* nos presentará el esfuerzo de una mujer por conocer e insertarse en el espacio europeo y, al mismo tiempo, dar a conocer el terreno propio como ambiente activo culturalmente.

Para reafirmar esta actitud mediadora que Matto construye para sí, es interesante detenerse en el modo en que analiza su paso por España. Su mirada anticipa el hecho de que, en los albores del siglo XX, las relaciones entre esta nación e Hispanoamérica estaban cambiando. Si durante las primeras décadas del siglo XIX, momento de la emancipación de las colonias españolas, por razones obvias se buscó la separación cultural e ideológica respecto de las raíces ibéricas, el paso del tiempo hará reflorar los vínculos que indiscutiblemente ligan a ambas regiones. Así, el relato de viaje oscilará “entre el ajuste de cuentas y el pacto de reconciliación” (Colombi, 2004: 106). En algunos casos, tal como lo señala Estuardo Núñez, “pese a la actitud crítica o prejuiciosa que muestran, se puede percibir en [los] viajeros un entrañable afecto por el país que estaba tan ligado a su destino” (Núñez, 1985: 13). Si se dijo anteriormente que el viaje a Europa constituye para los viajeros criollos una forma de auto-definición dentro del espacio del otro, podemos afirmar ahora que España enfrenta al viajero con esa imagen ambivalente que lo define a sí mismo y en su relación con el Viejo Continente. El rechazo y la fascinación, los signos de la civilización y la barbarie conviven en esta serie de viajeros, aun cuando en algunos textos como el de Sarmiento o el del nostálgico Palma parezca privilegiarse sólo uno de estos términos. Escrito en 1908, *Viaje de Recreo*, a pesar de no haber sido estudiado en el marco de la tradición de viajeros hispanoamericanos, se constituye en un texto “bisa-gra” que, alejándose de una retórica de confrontación al estilo Fray Servando, Sarmiento, José María Samper, o González Prada, anticipa la posterior tendencia

“re-hispanizante” que se destaca a partir de la década del ’10 de la mano de autores como Manuel Ugarte, Ricardo Rojas o Manuel Gálvez.⁴

Para analizar la perspectiva propuesta por Clorinda Matto, es preciso considerar sus palabras llegando a la capital española. Aquí, la escritora apelará a su memoria individual para presentarnos a una España cercana y familiar. Dice al entrar a Madrid por primera vez:

Desde las ventanillas del tren la contemplo con el alma radiosa de afecto, la mente iluminada por *la luz de los recuerdos* y el *corazón palpitante* con *emociones filiales*. La memoria recorre el pasado del hogar donde se amaba á los españoles, me imagino que voy á encontrar miembros de mi familia (...). (Matto, 1909: 39 destacado mío)

Esta cita demuestra que Matto prefiere iniciar el relato de su visita a España desde un plano interior y subjetivo, señalando sus “emociones filiales” para con el país y distanciándose de la Historia. Desde aquí, enunciará inclusive el futuro hermanado de América y sus conquistadores. Evidentemente, existe en *Viaje de Recreo* una retórica conciliatoria que busca “hacer las paces” con España, dejando atrás una tradición literaria que se había relacionado con esta nación, como se dijo, de manera tensa y contradictoria. En este relato de viajes no existen dudas de que España es el terreno de lo familiar y lo afectivo. Otra muestra de este pensamiento se revela en su llegada a Barcelona, cuando Matto se encuentra frente al Monumento a Colón, y afirma que éste se le aparece “causando el efecto de un padre de familia que sale á recibir los hijos que llegan” (Matto, 1909: 24). En el marco de una nueva escena filial, Matto invoca al “padre” de los americanos de la siguiente manera:

¡Noble Colón! Los viajeros de América te saludamos reverentes, con los corazones palpitantes, con dulces emociones. No importa la muerte de tu

4 Para entender este giro en el pensamiento hispanoamericano debemos tener en cuenta en primer lugar, el replanteo ideológico que la intervención norteamericana en Cuba en 1898 provocó en los intelectuales, que volvieron a mirar hacia España en busca de las raíces hispanas y latinas que deberán en adelante definir el territorio hispanoamericano frente a Norteamérica. Por otro lado, y en el contexto argentino, las consecuencias sociales de la inmigración ya se habían comenzado a notar, articulando entre algunos pensadores las ideas de “amenaza” y “peligro” de la presencia de otras razas por sobre las raíces hispanas, a las que, nuevamente, se acude como forma de contrarrestar el impacto que estos acontecimientos habían desencadenado sobre el concepto poco claro todavía de “lo nacional”.

cuerpo entre los grillos de la prisión, ni la discusión sobre tus cenizas y tu sepulcro, si tu alma vive en el amor de dos mundos, si tu labor estrecha á dos razas y tu obra se agranda porque América crece. (Matto, 1909: 24)

Luego de estas palabras, reverenciado la figura del iniciador de la conquista y colonización de América, surge indefectiblemente la pregunta por ¿qué ha ocurrido con aquella mujer que “con amor de ternura a la raza indígena” escribía exponiendo crudamente los abusos que las instituciones coloniales propiciaban a los “pueblos chicos del Perú” (Matto, 2001: 51)? En mi opinión, un factor determinante de este salto ideológico es el interés de Matto por inscribirse en su texto—y para sus futuros lectores—como eslabón fundamental de la cadena de un nuevo progreso hispanoamericano, que sin seguir la dinámica puramente materialista de los países del norte, inicia un camino de indagación histórica a través del cual presentarse en la escena mundial.⁵ Anteriormente, en el mencionado periodo de revisión de los pilares ideológicos de la nación peruana, Matto presentaba una propuesta en donde se le daba valor a la escritura, y a la novela principalmente, como instrumento de denuncia y eventual cambio de las estructuras sociales heredadas de España. Así, la escritora había logrado un gran impacto en los centros intelectuales de Lima y contribuido a los futuros replanteos de las políticas nacionales para con los sectores indígenas. En este momento, es evidente que la autora debe cambiar su estrategia de enunciación. Con el panorama argentino de fondo, que ya ha iniciado desde los años '80 un proceso de modernización nacional y que se reagrupa ante el cercano centenario de la independencia, resulta más efectivo reconstruir la escena de la fundación de Hispanoamérica y sus lazos filiales con aquellos “padres” de nuestra cultura.⁶

5 Jacinto Fombona se detiene brevemente en esta imagen de Matto viajera frente al monumento a Colón y la analiza como la reproducción de un gesto común en los textos de algunos viajeros hispanoamericanos “contagiados o salpicados de una modernidad a medias”. Para el crítico, Matto permanece al margen del proyecto ideológico y estético del modernismo, y esta lejanía le permite combinar elementos contradictorios como la adhesión a los proyectos modernizadores de la nación y, al mismo tiempo, “lo que sería premoderno como la familia y sus afectos” (Fombona, 2005: 185). Justamente, como se verá más adelante, el juicio más contundente de la escritora hacia el concepto europeo de modernidad, es su incapacidad para concretar esta combinación, es decir, que familia y nación moderna sean concebidas como elementos inasociables. Para la fusión de lo que Fombona distingue entre lo “moderno” y lo “premoderno” en este análisis, el rol de la mujer como madre y centro del hogar será fundamental dentro del pensamiento de Clorinda Matto.

6 En su artículo “En busca de un lugar en el mundo: viajeros latinoamericanos en la Europa

De esta manera, la aparente contradicción con sus ideas anteriores, lejos de señalar lo incierto y contingente de sus pensamientos, muestra la versatilidad de Matto como intelectual, capaz de actualizar sus ideas al momento y espacio histórico que integra. La reverencia a Colón no significa asumir el carácter subalterno de América, sino que se trata de una negociación en la que se busca un denominador común entre ésta y España, una relación filial que—negando momentáneamente un pasado histórico de abusos y violencia—recree a los ojos de los países sudamericanos una imagen paterna mítica frente a la cual valorar la madurez e independencia conseguidas. Por otro lado, Hispanoamérica necesita consolidarse en tanto cultura unificada, integrante de una sola “familia”, que la prevenga del peligro de la “orfandad” frente a nuevas amenazas como la potencia mundial en la que los Estados Unidos se estaba convirtiendo.⁷

No obstante, es preciso aclarar que si Matto accede a esta “ceguera momentánea” ante aquello que fue objeto de sus más crudas denuncias, se debe a que su negociación implica obtener cierta retribución del lado español. En su viaje, Matto necesita que el mundo ibérico le ceda la palabra como representante de Hispanoamérica, y para que esta situación de diálogo se concrete ella debe omitir el pasado colonial y destacar la cercanía entre ambos territorios. Como se mencionó anteriormente, Matto insiste en su deseo de participar activamente de

del siglo XIX”, Carlos Sanhueza analiza en los textos de varios viajeros Hispanoamericanos (Alberdi, Blest Gana, José María Samper, Vicuña Mackenna, Darío) esta búsqueda de filiación con España a través de la figura de Colón como un modo de rastrear la escena inaugural de este vínculo, al mismo tiempo en que responde a los interrogantes por “¿cuándo podemos comenzar a hablar de América? ¿Cuál es el gesto histórico que la funda?” (Sanhueza, 2007: 64-66).

⁷ En un pasaje donde critica a aquellos que alabando los valores modernos europeos menosprecian a América, Clorinda Matto deja entrever su juicio sobre el expansionismo territorial y los consecuentes conflictos entre naciones. Menciona en esta ocasión a la doctrina Drago, “símbolo de cultura y progreso” (Matto, 1909: 68), que fue una especie de protesta contra Estados Unidos, cuando esta nación se negó a apoyar a Venezuela tras el bloqueo sufrido por algunas naciones europeas con quienes estaba en deuda. Pronunciada en 1902 por el ministro argentino de Relaciones Exteriores Luis María Drago, la doctrina establece que ningún poder extranjero podría en adelante utilizar la fuerza a fin de cobrar deudas a un país americano. Matto celebra con esta medida y afirma que “las naciones ya no deben ser hordas salvajes arrancándose territorios ni abrogándose derechos con sangre hermana, ni los hombres deben ser ya las fieras devorándose en festines canibálicos” (Matto, 1909: 69). Resulta interesante también que Matto esté haciendo uso de la figura del caníbal, que principalmente después del *Ariel* (1900) de Rodó, había sido introducida como referente del imperialismo yanqui en Hispanoamérica.

los espacios que recorre, razón por la cual no sólo ofrece una serie de conferencias sobre América sino que también trata de difundir información sobre su continente cuando encuentra la oportunidad, siempre con el objetivo explícito de dar a conocer y reavivar los vínculos intercontinentales (Matto, 1909: 41, 44). En una ocasión en que visita una escuela primaria, por ejemplo, luego de ser presentada ante los alumnos, Matto brinda un discurso sobre Perú y Argentina que culmina, según sus palabras, con el entusiasmo colectivo de los niños que gritaron al final “*olé a los niños argentinos y peruanos...*” (Matto, 1909: 30). En una nueva situación que la coloca como traductora y mediadora, Matto exhibe en su texto que la reconciliación con España no sólo se produce por su reconocimiento de la filiación ibérica, sino también por su capacidad de provocar el mismo sentimiento de aceptación por parte de las nuevas generaciones españolas.

Una turista incómoda

¡Oh personajes (...) que recorréis Europa entera, con el *Baedeker* en una mano y la Biblia en la otra, (...) escribiendo con vuestra clara cursiva las mismas cartas de diez hojas, con las espaldas vueltas a paisajes adorables (...) a quienes alguna agencia de viajes traslada de lugar en lugar para que admiréis sin comprenderlos, (...) todos vosotros engullís la misma sopa de fideos cosmopolita.

José Asunción Silva (1990: 267)

Como se anticipó, pese a la fuerte identificación de Matto con los roles de viajera intelectual conciliadora, importadora y traductora de modelos para su tierra natal, su paso por Europa se encuentra atravesado por otro perfil que, al hacerse evidente en el texto, se interpone—como complemento y obstáculo—a los anteriores. Los comienzos del siglo XX obligan al viajero a adoptar una nueva dimensión de su mirada y su escritura, diferentes a lo codificado en los discursos previos. La experiencia del viajero moderno se verá mediatizada por diversos agentes administradores del tiempo y recorridos del mismo. Así, a la vez que se interesa por la recolección de datos útiles para la mejora educativa de las mujeres en Sudamérica y oficia de mediadora cultural entre ésta y Europa, Clorinda Matto deviene turista y su viaje intelectual convive con un “viaje de recreo”.

Desde un principio, Matto nos deja saber que existen elementos modernos que impactan y modifican tanto las formas y condiciones de realización de su viaje (nuevos y mejores medios de transporte, variedad y tipos de alojamiento,

de oferta gastronómica, etc.), como su propia percepción y narración de su experiencia. Estos signos representativos de la modernidad en el relato se encuentran, por un lado, en la información que la narradora provee sobre servicios, tarifas y recorridos de interés para futuros viajeros (Matto, 1909: 41). Pero, por otro lado, podemos encontrar rastros de esta experiencia moderna en el léxico utilizado para transmitir los mismos datos: “*me lanzo* a conocer la población”, “quiero ver todo en el menor tiempo posible”, “el tren recorre *tragándose* distancias, *devorando* pueblos”, o la referencia a los almacenes de un hotel en Francia como “*maremágnum* de la industria humana, donde no se sabe qué admirar más” (Matto, 1909: 26, 37, 61 destacado mío). Estas expresiones reflejan que en sus recorridos por calles, sitios y atracciones varias, Matto intenta reproducir el ritmo y la velocidad con las que éstas se le presentan. De pronto, al relato de aquella viajera buscando mediar entre dos continentes, sosteniendo largas conversaciones con sus pares intelectuales, parece sucederle una serie de instantáneas que, a ritmo fotográfico, nos presenta sus impresiones en las breves e interrumpidas notas que le permite tomar su cartera de viajes (Matto, 1909: 62).

En los momentos en que le es posible hacer a un lado sus compromisos sociales como escritora americana de visita en Europa, Clorinda Matto anhela sumergirse en una experiencia completamente diferente, que se distingue contrariamente, por su anonimia:

Deseo conocer la ciudad y sus edificios notables, antes de ponerme en contacto con la sociedad mediante las cartas de presentación (...) porque una vez en sociedad hay que llenar los deberes por ella impuestos y *el tiempo ya no pertenece al viajero*. Por otra parte, *tiene tantos encantos esto de viajar sin ser conocido*, que la sola libertad que otorga resarciría privaciones de otro género. (Matto, 1909: 41 destacado mío)

Tempranamente en su relato, Matto nos va a presentar la tensión entre lo que ha asumido como obligación social y el deseo personal de descubrir, cual *flâneuse*, las particularidades y misterios de la urbe por sí misma. Por momentos, Matto desea dejar su máscara de viajera mediadora, para asumir el de *devoradora* de la ciudad. En su artículo sobre el turismo en la literatura, Cristóbal Pera establece que a finales de siglo XIX y comienzos del XX, el paso de ser un viajero aristocrático, que observa el paisaje urbano desde una posición única y destacada, a ser un turista, “provoca en los escritores hispanoamericanos ambivalentes reacciones y reflexiones, desde el rechazo hasta la asimilación” (Pera, 1998: 507). De hecho,

cuando el término “turista” comienza a ser usado a mediados del siglo XIX, éste implicaba una actividad diferente a la de un viajero. La enciclopedia *Literature of Travel and Exploration* así lo establece cuando afirma: “while travel retains its links with *travail*, with work, intent, and purpose, tourism becomes associated with organized and prescribed pleasure travel en masse” (Speake, 2003: 1186). Si bien en el caso de Matto es real la convivencia de estas experiencias concebidas como opuestas, su reacción no será ni el rechazo ni la asimilación, sino la intención de poder combinar ambos planes: “mi tiempo tendría que [poder] repartirse” (Matto, 1909: 174), es decir, permitirle ser viajera intelectual y aristócrata pero, a ratos, perderse anónimamente en algún sitio de su elección.

Sin embargo, un nuevo factor surge como interposición a este plan. Aunque Matto anhela momentáneamente el anonimato, esto no le permitirá adquirir completamente la libertad que ella supone. Como se demostró, la aparición del turismo como nueva forma de viajar implica la dependencia de la voluntad y el tiempo del viajero—ese que Matto teme perder—a la figura de un guía y de itinerarios prediseñados para un grupo humano despersonalizado. De esta manera, los misterios que el *flâneur* podía perseguir sólo años antes, ya se encuentran codificados por el trazado de una serie de atracciones ofrecidas para el turista. Esto provocará una transición en el viaje que, en consonancia con los nuevos tiempos, se convierte por momentos esencialmente en un recreo. En primer lugar, la existencia de un guía indicando tiempo y forma para cada visita interfiere con la voluntad propia del viajero, que tal como el epígrafe de Asunción Silva lo señala, acaba yendo de un lugar a otro, con su voluntad anulada, objeto y no sujeto de un plan pensado por otro. En segundo lugar, esas “mismas cartas de diez hojas” que el poeta menciona, están indicando un efecto del ejercicio del rol de turista en la escritura, algo que claramente se puede percibir en *Viaje de Recreo*.

En sus visitas guiadas a museos y puntos de atracción en general, Matto modifica su narración ya que la escritura subjetiva que caracterizó los momentos antes analizados, ahora debe ajustarse al tiempo, orden y clasificación de lo que se observa en un recorrido turístico, y sobre todo a una subjetividad colectiva. La voz de la narradora debe ceder al “nosotros” componente del *tour*: “nuestro itinerario marca”, “visitamos”, “seguimos”, “pasamos de largo, todo esto no nos interesa” (Matto, 1909: 74, 70, 72, 107). Por supuesto, Matto es consciente de esta alteración en su escritura y se revela nuevamente incómoda ante los tiempos que le son impuestos y la desplazan de su propio relato: “un año sería escaso para estudiar cada obra con detención precisa” (Matto, 1909: 63), señala con resigna-

ción al tener que hacer a un lado su voluntad para seguir al contingente dentro del Louvre. En otra ocasión en la que se detiene a reflexionar ante una escultura, expresa: “Estos pensamientos asaltan mi mente sin darme solución, porque otros nombres, otros bustos me llaman hacia sí” (Matto, 1909: 63). Estamos aquí frente a otro signo de la dificultad que Matto encuentra ante su plan de combinar diversos modos de ejercer el viaje: el interés intelectual parece no poder manifestarse cuando el relato sigue condicionamientos externos a los propios pensamientos de quien narra. Cualquier digresión o expresión de gustos, preferencias o impresiones subjetivas, serán vistas en este contexto no como un enriquecimiento narrativo, sino como un entorpecimiento a la concreción del recorrido turístico. Siguiendo el análisis de Pera, es posible pensar que en momentos como el anterior, Clorinda Matto estaría tratando de “deslindar su aproximación epistemológica a Europa (artística, aristocrática o elitista, y exclusiva) de la aproximación que ha introducido el turismo (democrática, divulgativa y dirigida por una industria de masas)” (Pera, 1998: 515), permaneciendo la dicotomía en tensión constante.

Por lo expuesto hasta aquí, es posible pensar que la esencia de la incomodidad de Matto frente al hecho de verse como turista radica en la descentralización que su yo narrador sufre en estos pasajes de *Viaje de recreo* (Pera, 1998: 512). Como se dijo, el texto reproduce los discursos de varias generaciones de viajeros hispanoamericanos en Europa, exponiendo no sólo las mismas tensiones que éstos presentaban, sino también sumando las propias. En este último caso, aunque la viajera anhela la experiencia de un turista moderno, no se despegá completamente de la figura de autoridad que todo viaje anterior suponía en su narración. Por otro lado, ese esfuerzo por distanciarse de la perspectiva del turista, como lo señala Jonathan Culler, forma parte del mismo hecho de ser turista (citado por Pera, 1998: 517). De hecho, en su visita a la torre Eiffel, Matto se aleja de la masa para decir que “en cada piso hay vendedores de tarjetas postales y chucherías, que *los visitantes extranjeros* compran gozosos para llevarse como recuerdo”, pero luego termina por unirse a esa entidad de extranjeros diciendo “*yo también* he adquirido algunas” (Matto, 1909: 65 destacado mío). De este modo, el texto de Matto se convierte en la *Blue Guide* que Barthes analiza como expresión característica de esta nueva práctica burguesa. Articulando su discurso desde la óptica turista que busca traducir, clasificar y contabilizar la experiencia inefable del viaje, el texto se convierte por momentos en un agente que no hace sino cegar lo narrado (Barthes, 1972: 74-76).

En resumen, al analizar los diferentes acercamientos y apropiaciones que Matto realiza de los modelos viajeros disponibles en la tradición hispanoamericana, se hizo evidente la complejidad textual de este *Viaje de recreo* y el yo narrador propuesto por Matto. Mientras su relato parece adherirse completamente a ese pasado del intelectual que va a Europa a buscar respuestas que no tiene en su propio espacio, esta misma figura se presenta en crisis con la aparición de la figura del turista. Siguiendo la afirmación de Beatriz Colombi, es evidente que el rol que Clorinda Matto de Turner asume en su relato de viaje es el de aquel viajero intelectual quien “debe “organizar” y dar congruencia a un mapa que la modernidad ha redistribuido y deslocalizado drásticamente” (Colombi, 2004: 16). Por esta razón es que encontramos en su texto la analizada asimetría entre su modelo de conocimiento—los discursos de viajeros del siglo anterior—y el objeto de estudio—la sociedad europea de comienzos de siglo XX. Es notable la percepción de que este archivo previo de la tradición hispanoamericana no es herramienta suficiente para comprender un nuevo tipo de sociedad que está apareciendo. Así, *Viaje de recreo* se convierte en un texto-umbral que reorganiza y busca conciliar tradiciones literarias, períodos históricos y modos de lectura aparentemente opuestos del paisaje europeo, sin dejar de señalar una incomodidad epistémica en el cumplimiento de esta tarea. En segundo lugar, es interesante destacar los gestos diferenciadores que Matto expresa en su texto respecto del resto de los intelectuales. En la entrada a un nuevo siglo, la autora pretende distinguirse de los viajeros decimonónicos presentando el singular objetivo de estudiar la educación de las mujeres; y como turista, anhela destacarse del resto que la acompaña en su capacidad de reflexión sobre el cambio que este rol le impone a su escritura y a su figura de autoridad. Por último, todo su relato se encuentra articulado por una perspectiva que la destaca no sólo como intelectual, sino también como mujer, lo cual desarrolla una resistencia directa a cualquier idea de pasividad femenina que le impida una experiencia viajera comparable a la de los hombres. Retomando la escena del segundo epígrafe, para Clorinda Matto no basta con haber ido *á Europa*, ya que para ella no es posible atravesar un espacio sin darse a conocer, intervenir, reafirmar su posición de mujer viajera y diferenciarse de la “masa” intelectual y turística.

Cuando París no era una fiesta

One by one I took my old ideas derived from books and thoughts base on imperfect knowledge and weighed them against the real life around me, and found them either worthless or wanting.

Mary Kingsley (1972: 16)

La expansión mercantil en la Europa del siglo XIX coloca sin lugar a dudas a París en el centro de las miradas tanto del Viejo como del Nuevo continente. En este último, la nueva clase burguesa emergente tras la independencia crea lazos con el sector industrial europeo para desplazar a la vieja oligarquía y asumir los espacios de poder por ésta ocupados anteriormente. Este viraje en la mirada política, económica e ideológica tiene también, como Julio Ramos lo ha estudiado en *Desencuentros de la modernidad* en América Latina, su impacto en el campo cultural y literario hispanoamericano: París cobra la forma de un motivo literario que se puede rastrear en todo el pensamiento finisecular. En consonancia con este fenómeno, la ciudad se convierte en un destino privilegiado para muchas generaciones letradas en sus viajes de experimentación, placer o exilio (Colombi, 2004: 185), al punto que, como lo define Fombona, se transforma en un “centro discursivo” que logra entramar una serie de construcciones imaginarias que hacen que París se conozca inclusive antes de visitarla (Fombona, 2005: 68-69): “Ondas de luz topacina parpadean en el cerebro, ante la realidad de lo que ayer no más era ráfaga ilusoria” (Matto, 1909: 55), dice Matto en su arribo a la capital francesa.⁸

La experiencia parisina de Clorinda Matto se ubica en el período que David Viñas describe como el escenario posterior a 1900, momento en el cual “la fiesta de *la belle époque* ha terminado” y París comienza a ser identificada como el espacio del erotismo, el vicio y la histeria (Viñas, 2005: 55, 56). Existe en los hispanoamericanos que visitan la ciudad para entonces—el caso de Darío, Asunción Silva, Horacio Quiroga—cierta desilusión provocada por la distancia entre su imaginería literaria y el espacio concreto que los recibe. De hecho, Clorinda Matto expresa la misma sensación frente al contacto real con la ciudad, revelando

8 Para más detalles sobre la presencia de París en el pensamiento y cultura hispanoamericanos, véase el capítulo V “Latinoamericanos en París” de *Aquellos años franceses*, de Francisco González.

que éste nunca podrá superar a “los episodios de la historia francesa” depositados en los libros que “han conmovido al mundo, ora arrancando lágrimas, ora levantando admiración” (Matto, 1909: 55). Contrariamente, así es como expresa su primer juicio sobre París:

La impresión que en el alma de los viajeros produce la capital de la Francia es grandiosa, indescriptible. Para mí no ha sido igual. La imaginación fue más allá de lo real. Es verdad que la altura, la belleza arquitectónica de los edificios, el arte diseminado por todas direcciones, el bullicio ensordecedor del tumulto de sus bulevares, donde se apiñan los transeúntes, los coches, automóviles, bicicletas, ómnibus, tranvías y carretones, es algo que paraliza por el momento la percepción auditiva y nos entontece, *pero eso pasa*. (Matto, 1909: 56 destacado mío)

Esta cita es interesante porque empezamos a ver a Matto activamente dialogando con la tradición latinoamericana y de-codificando a París como signo construido por la serie anterior de viajeros. De manera similar a la que propone el epígrafe de Mary Kingsley, encarnación de la mujer viajera por excelencia, Clorinda Matto podrá despojarse de saberes ajenos e instaurar un significado propio y diferente sobre la ciudad en su relato. Para esto, el primer gesto que adopta es el distanciamiento: *Para mí no ha sido igual*. Tomando distancia de las impresiones y lugares comunes, ella creará su percepción, entendiendo desde un principio que la fascinación por la ciudad es sólo pasajera. En este viaje, otros serán los motivos que despertarán la atención de la escritora hacia París.

Como ya se analizó, en *Viaje de recreo* Matto de Turner reserva un espacio particular de la narración al estudio de la educación y la actividad intelectual de la mujer, dos factores que concibe claves tanto para modificar su rol en las nuevas sociedades como para lograr el verdadero alcance de la modernidad para una nación. En términos de activismo femenino, el relato de su paso por París funcionará como parámetro con el cual medir el alcance y grado de diferenciación de su proyecto reformista. Sin perder de vista el contexto hispanoamericano y haciéndose eco de la desilusión parisina post novecientos, Matto expresará que el proyecto modernizador que ella tiene en mente y el lugar que la mujer debiera ocupar allí, nada tiene que ver con lo que acontece en la capital francesa. Desde una perspectiva radicalmente genérica, Matto retomará aquí su papel de traductora, para decodificar una imagen sobre lo que enuncia como los “falsos valores” del progreso europeo. Aunque se vea momentáneamente sorprendida

por el aspecto moderno de la ciudad—en su arquitectura, parques y museos—el verdadero objeto de su análisis será el comportamiento de la mujer parisina. Matto percibe que:

En París hay muchas mujeres superiores, pero en el sentido genuino de la ilustración y los derechos, está en mayoría *la hembra* que vive, no para madre, sino para el placer, y á él dedica todas sus actividades y en él ve todo su objetivo, cobrando cara la mercancía y el invento. (Matto, 1909: 69 destacado mío)

En una ciudad regida por la moda, la vida social y el consumo, Matto llega a la conclusión de que a pesar de lo positivo de la incorporación de las mujeres a la esfera pública y al mundo de la educación formal, lo que conseguirá el verdadero establecimiento de una sociedad justa y regulada es el desempeño del rol de éstas como madres: “no son las frívolas, ni las desocupadas, ni las desengañadas (...) las que piden leyes en el Parlamento: ¡son las madres!” (Matto, 1909: 135). De esta manera, tanto en *Viaje de recreo* como en su obra en general, Matto concibe que la educación del mundo europeo es algo digno de ser imitado, siempre que esto esté acompañado por los valores primarios de la familia y el ejercicio de la maternidad como centro del hogar. De lo contrario, aquella mujer educada que se deja arrastrar completamente por los códigos modernos, queda reducida a una “hembra”, es decir, a un sujeto animalizado, que instintivamente se rige por el deseo y no por el cumplimiento de su deber en la sociedad. Matto denota en esta cita un estado de regresión más que un avance en el género femenino dentro del contexto parisino, que ha creado nuevas formas de sometimiento tanto para el hombre como para la mujer y ha destruido así el núcleo familiar: “la vida de la calle, los bulevares, (...) el teatro, las excursiones (...) llevan á la esposa por el Sur, mientras el marido va por el Norte (...)” (Matto, 1909: 149). Con esto, queda claro que el proyecto modernizador de Matto es uno que revela ese “nomadismo cultural” que se mencionó en la primer parte de este trabajo, ya que mientras promueve la educación y el trabajo independiente de la mujer, sostiene por otro lado que ésta jamás debe alejarse del todo de sus deberes dentro del hogar y de su fervor religioso, de lo contrario la sociedad en su conjunto se vería deteriorada, como lo percibe en París. Por ello, será Inglaterra el espacio figurado como el ideal a seguir en América. En las palabras de Matto, la mujer inglesa se diferencia de la francesa e implícitamente se acerca a la hispanoamericana en tanto ésta “reina y gobierna” no por su coquetería ni lascivia, sino por su capacidad de

ejercer la libertad sin abusar de ella—una “verdadera libertad” aclara Matto—, al mismo tiempo en que es profundamente religiosa (Matto, 1909: 135).⁹ Como se dijo, dentro del pensamiento mattiano, el comportamiento de la mujer y el estado actual de la familia, es la expresión más gráfica de las condiciones de desarrollo de una sociedad. Su comentario resume la postura ideológica de Matto, expandiendo y desafiando el sentido de la modernidad. La escritora logra así responder a un sistema que convertía a la mujer en un fetiche cuya única función era confirmar el progreso expresado en términos exclusivamente masculinos (Davies, 2005: 331). Por ello, la decepción ante lo que París le revela al respecto, conduce a Matto a expresar lo siguiente:

En medio de este pueblo casi he perdido la fe que traje de América en esa trilogía francesa [libertad, igualdad, fraternidad], pregonada en libros doctrinarios, cuyas páginas sacan de quicio á muchos de nuestros escritores para alabar todo lo europeo, menospreciando lo americano. En América sí que tenemos libertad, igualdad y fraternidad, donde [éstas] encontraron brazos abiertos, sangre robusta y altruismo suficiente para decantar fraternidad. (Matto, 1909: 68)

Estas palabras demuestran el esfuerzo más logrado de la escritora por desmontar y reorganizar el imaginario común sobre Europa que los viajeros y la literatura previa habían sentado. Así mismo, ver a Europa desde las múltiples posiciones que como mujer y viajera puede adoptar, modifica la mirada sobre la propia patria hispanoamericana. Matto se enarbola como la representante y mediadora de Sudamérica en Europa, recupera lazos filiales con España, experimenta la nueva máscara del turista para el viajero hispanoamericano y percibe el París oculto tras la fastuosidad y el frenesí permanente de la ciudad, sin perder de vista el aspecto diferenciador del género. Por último, la multifacética experiencia de Matto en Europa no sólo afianza sus esperanzas en el desarrollo de América (aquellas con las que partió) sino que también le dan una nueva misión a su rol

⁹ Susana Zanetti se refiere a la valoración del aspecto religioso por parte de Clorinda Matto en esta última etapa de su obra y afirma que “pesaron seguramente su situación de extranjera, su reconciliación con la Iglesia luego de los ataques y amenazas de excomunión por su labor como novelista y periodista, la incidencia del vínculo con González Prada cuando vivía en Lima, y quizá también la adecuación de su discurso para lograr el éxito de su programa —concentrado en la educación y en la mujer escritora—, valiéndose de estrategias persuasivas capaces de influir en un público constituido por sectores altos y cultos, cuya concepción patriarcal cercenaba, con frecuencia, el desarrollo femenino buscado” (Zanetti, 1994: 270-271).

de intelectual: organizar el imaginario de Europa para redefinir la identidad americana.

Bibliografía

ARAMBEL-GUINÁZÚ, María Cristina; MARTIN, Claire. *Las mujeres toman la palabra: Escritura femenina del siglo XIX*. Tomo I. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2001.

ASUNCIÓN SILVA, José. *De sobremesa. Obras completas*, Colección Archivos, Madrid, 1990. pp. 227-392.

BARTHES, Roland. *Mythologies*. New York: Hill and Wang, 1972.

BERG, Mary. "Clorinda Matto de Turner: periodista y crítica". María Mercedes Jaramillo y Betty Osorio (eds), *Las desobedientes: Mujeres de nuestra América Latina*. Bogotá: Panamericana Editorial, 1997. pp. 147-159.

COLOMBI, Beatriz. *Viaje intelectual: Migraciones y desplazamientos en América latina (1880-1915)*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2004.

DAVIES, Catherine. "On Englishmen, Women, Indians and Slaves: Modernity in the Nineteenth-Century Spanish-American Novel". *Bulletin of Spanish Studies: Hispanic Studies and Researches on Spain, Portugal, and Latin America*, 82, 3-4, 2005, pp. 313-333.

DENEGRI, Francesca. *El abanico y la cigarrera: la primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*. Lima: Flora Tristán Centro de la Mujer Peruana-Instituto de Estudios Peruanos, 1996.

FOMBONA, Jacinto. *La Europa necesaria: Textos de viaje de la época modernista*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2005.

GÁLVEZ, Manuel. *El solar de la raza*, Madrid: Editorial "Saturnino Calleja", 1920.

GONZÁLEZ, Francisco. "Latinoamericanos en París". *Aquellos años franceses (1870-1900): Chile en la huella de París*. Santiago de Chile: Taurus, 2003, pp. 273-346.

HINTZE, Gloria. "Pensadoras latinoamericanas en el proceso de integración: Clorinda Matto de Turner y el *Búcaro Americano*". Encuentro "El V Corredor de las Ideas del Cono Sur." <http://juanfilloy.bib.unrc.edu.ar/completos/corredor/paginas/paneles.htm>

KINGSLEY, Mary. *Travels in West Africa*. London: C. Knight, 1972.

KRISTAL, Efraín. *The Andes Viewed from the City: Literary and Political Discourse on the Indian in Peru, 1848-1930*. New York: P. Lang, 1987.

MATTO DE TURNER, Clorinda. *Aves sin nido*. México, D.F.: Colofón, 2001.

_____. "La mujer moderna". *Búcaro americano*, periódico de las familias, 15 de septiembre, 1906.

____. “Las obreras del pensamiento en la América del Sur”, en: *Boreales, miniaturas y porcelanas*. Buenos Aires: Imprenta de Juan A. Alsina, 1902.

____. *Viaje de Recreo: España, Francia, Inglaterra, Italia, Suiza y Alemania*. Valencia: F. Sempere y Compañía, 1909.

NÚÑEZ, Estuardo. *España vista por viajeros hispanoamericanos*. Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985.

____. *Viajeros hispanoamericanos. Temas continentales*. Caracas: Ayacucho, 1989.

PAGNI, Andrea. “Escrituras cruzadas: Viajeros franceses al Río de la Plata y rioplatenses a Europa a mediados del siglo XIX”. *Dispositio*, XVII, 42-43, 1992, pp. 263-282.

PELUFFO, Ana. *Lágrimas andinas: Sentimentalismo, género y virtud republicana en Clorinda Matto de Turner*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2005.

PERA, Cristóbal. “De viajeros y turistas: Reflexiones sobre el turismo en la literatura hispanoamericana”. *Revista Iberoamericana*, 64, 184-185, 1998, pp. 507-528.

PÉREZ MEJÍA, Ángela. *La geografía de los tiempos difíciles: escritura de viajes a Sur América durante los procesos de independencia: 1780-1849*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2002.

PRATT, Mary Louise. *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. London; New York: Routledge, 1992.

PRIETO, Adolfo. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina 1820-1850*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1996.

RAMA, Ángel. “Algunas sugerencias de trabajo para una aventura intelectual de integración”, en: Ana Pizarro (coordinadora), *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: CEAL, 1985. pp. 85-97.

RAMOS, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio / Ediciones Callejón, 2003.

RODÓ, José Enrique. *Ariel*. Madrid: Cátedra, 2000.

SANHUEZA, Carlos. “En busca de un lugar en el mundo: viajeros latinoamericanos en la Europa del siglo XIX”. *Estudios Ibero-Americanos. PUCRS*, v. XXXIII, 2, 2007, pp. 51-75.

SARMIENTO, Domingo. *Viajes*. España: Fondo de Cultura Económica, 1993.

SPEAKE, Jennifer (ed). *Literature of Travel and Exploration: An Encyclopedia*. UK: Routledge, 2003.

SZURMUK, Mónica. *Women in Argentina: Early Travel Narratives*. Estados Unidos: University Press of Florida, 2000.

VILLAVICENCIO, Maritza. *Del silencio a la palabra: mujeres peruanas en los siglos XIX y XX*. Lima: Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán, 1992.

VIÑAS, David. *Literatura argentina y política*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor, 2005.

ZANETTI, Susana. “*Búcaro Americano*: Clorinda Matto de Turner en la escena femenina porteña”, en: Lea Fletcher. *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Feminaria, 1992. pp. 264-275.

NÍSIA FLORESTA: UNA VIAJERA BRASILEÑA EN EL VIEJO MUNDO

Cláudia Luna
Universidade Federal do Rio de Janeiro

Introducción

La brasileña Nísia Floresta (1810-1885) tiene su vida marcada por el tránsito constante: nace en el Nordeste del país, hija de un abogado portugués, pero temprano se establece en Río de Janeiro, donde ejerce los roles de escritora y renombrada educadora, luchando incansablemente por los derechos femeninos. Sin embargo, a partir de un episodio familiar —el accidente y enfermedad de su hija— se traslada a Europa en 1849 y desde entonces su vida será marcada por un périplo constante entre los dos continentes.

En este trabajo nos vamos a detener en su *Itinerário de uma viagem à Alemanha*, publicado originalmente en francés (Paris, 1857), investigando ¿cómo se procesan y transforman en su texto los tópicos tradicionales del viaje de aprendizaje de los latinoamericanos al Viejo Mundo?; ¿cómo se presentan las dicotomías entre naturaleza y cultura, civilización y barbarie?, es decir, ¿cómo los estereotipos y representaciones entre centro y periferia se verifican en esta voz doblemente al margen, por su condición de género y por su militancia feminista?

Tempranos desafíos

Jaime Concha, en cierto estudio sobre Rubén Darío¹, señala que ocurre un cambio profundo en la vida del poeta que, además de geográfico, es cultural; es decir, Darío parte de su Nicaragua acogedora, donde al poeta le protegía una red de amistad, un papel social definido, la condición colonial de poeta civil, y aporta en Valparaíso, Chile, donde se inserta en otra temporalidad, en un circuito cultural del arte como mercancía, de una vida urbana en proceso de modernización

1 CONCHA, Jaime. *Rubén Darío*. Madrid: Ediciones Júcar, 1975. (Colección los poetas).

acelerada. De ahí sus “nostalgias imperiales”, su clamor a la Reina Mab por un espacio de protección para los artistas miserables.

La trayectoria de Nísia Floresta, en Brasil, algunas décadas antes, hace un derrotero similar, guardadas las proporciones. También hace el périplo norte-sur, que constituye el paso de una temporalidad provinciana, del Nordeste de los teratenientes y caudillos (*coronéis*), de una vida rural para el Sur. Inicialmente fue con el marido para Porto Alegre (Rio Grande do Sul) en 1832; cuando él se muere se transfiere con la madre y sus hijos para la Corte, un Río de Janeiro cosmopolita, modernizado con la llegada de la familia real portuguesa a Brasil, huyendo de Napoleón. La ciudad sufriría un proceso rápido de modernización, para abrigar esta corte europea (aunque periférica). Se edifican en poco tiempo construcciones dignas de la realeza: el Jardín Botánico, el Museo Histórico Nacional, la Biblioteca Nacional, que hacen con que la capital asuma aires decimonónicos.

Cuando llega a Río, en 1837, debemos preguntar si hay condiciones puestas para la actuación de una mujer en la esfera pública. El panorama trazado por los viajeros extranjeros a Brasil, limitado a la observación de la mujer blanca y rica, contribuyó al estereotipo de que vivían estrictamente bajo dos preceptos: reclusión y religiosidad. Sin embargo, investigaciones recientes (Leite, 1997: 58-64) sobre viajeras a Brasil señalan las distintas formas de sociabilidad permitidas, como el extenso calendario de fiestas religiosas —procesiones, misas, bautismos—, visitas a familia y amigos, asistencia a la ópera y algunas fiestas populares. Si pensamos, además, en su contemporánea Juana Manso, que se exilió en Brasil por esta época, donde editó la *Revista das Senhoras*, podemos concluir que había mínimas condiciones para el labor intelectual femenino.

En Río, Nísia Floresta trabajará como educadora, periodista, escritora, en suma, se hace conocida y respetada en este contexto, aunque sufra críticas y prejuicios. Su partida para Europa se explica, en su biografía, por la necesidad de dar condiciones de tratamiento médico para su hija, quien ha sufrido grave accidente en 1849, que perjudicará su salud irremediablemente. Lo cierto es que, si bien Nísia cruzará muchas veces el Atlántico, su hija, Lúvia, permanece desde el primer viaje en Europa, donde se radicará definitivamente.

La mujer de muchos nombres

Nísia Floresta Brasileira Augusta es resultado de la creación que hizo Dionísia Gonçalves Pinto. La elección de este nombre público y profesional puede

representar una faz doble de afirmación y ocultamiento: una profesión de fé. El nombre y sus apellidos se construyen como constelación de significados que reflejan el itinerario de su vida. Primero, de su origen, el pueblo **Floresta**. De su opción amorosa viene el **Augusta**, homenaje a su segundo marido, lo que significa su cruce de un modelo de comportamiento —la mujer casada por imposición de la familia, todavía adolescente, su separación para unirse a otro hombre, sin formalización, es decir, su emblema de ingreso a una nueva condición, la de mujer “libre”, con todos los estigmas que eso pudiera representar en nuestras sociedades latinoamericanas. **Brasileira** (brasileña) reafirma su sentimiento nacionalista, y asumirá un sentido especial en tierra extranjera. Lo cierto es que algunos de sus libros serán publicados en Europa con la referencia de autoría al sobrenombre “Une brésilienne” (Muzart, 2000:179). Una operación de recuperación simbólica de pérdidas reales, un testimonio de permanencia en una vida de cambios. El dato más particular sería la opción por el breve sobrenombre, **Nísia**, sustituyendo el pomposo Dionísia, que podría traerle el rescate de lo más íntimo y doloroso. Exposición y disfraces, huellas que se dibujan en la arena a la vez que desaparecen subitamente. Signos de una identidad desgarrada.

El relato de viaje nisiano

El texto del relato de su viaje a Alemania, realizado entre agosto y septiembre de 1856, se organiza bajo el formato de cartas, y se construye bajo el signo de la otredad: la marca inicial es la lengua elegida, el francés. Hay un cruce de espacios e identidades por el sitio donde se ubica, por el punto de partida —se trata de un viaje que, aunque se narre a partir de Bruselas y termine en Estrasburgo, tiene su origen y final en París. Lo que tenemos es un recorte, quizás por eso un itinerario. El francés era, en este período, la lengua de cultura, por excelencia. Como una ciudadana del mundo, ubicada en el centro cultural de Occidente, el idioma antes de todo la legitima como intelectual.

En su texto hay una contradicción marcante entre la fragilidad del yo que habla e imprime en su discurso las marcas de un sufrimiento indeleble (el dolor por las pérdidas —de su padre, abogado que enfrentó los poderosos, asesinado en su niñez; el amado Augusto, que se muere pocos años después del matrimonio; la madre, que falleciera el año anterior) y las prédicas que hace sobre Alemania. Como explica la editora Eugénie Pelsef en el prefacio de la primera edición, fue suya la iniciativa de sacar “esa obra de la oscuridad a que la condenara un

exceso de modestia”²². Escrito en francés y publicado en Francia en 1857, por la Typographia de Firmin Didot Frères, se destinaba al público de este país, aunque adopte el modelo de las cartas privadas, destinadas a la familia en Brasil. Se construye un sujeto romántico, y un texto donde la pérdida y la ausencia son los sentimientos más evidentes.

Se elije el modelo de la expansión afectiva, a la vez que cumple el papel de un guía de viajes, que producirá en el lector “el deseo de recorrer los paisajes y ruínas que ella ha visitado, de reflejar en los sitios donde ella se detuvo”, según Pelsers (IVA: 35). Estamos en un momento en que los medios de transporte permiten el surgimiento de la figura del turista, de modo que este sería uno de los destinatarios en potencial del texto.

El libro será traducido al portugués solamente en 1998, y publicado por la Editora Mulheres, de Santa Catarina. Constancia Lima Duarte, la más importante biógrafa y especialista en Nísia Floresta, quien la rescató del olvido, en el ensayo introductorio a la edición brasileña del *Itinéraire d'un Voyage en Allemagne*, subraya la superposición de niveles del viaje nisiano: por la memoria, lo sentimental, el pasado, la huida.

Nísia Floresta hace el camino inverso al de los viajeros y viajeras, desde Europa hacia nuestro continente, sean los conquistadores, aventureros o estudiosos, sean las mujeres que solían acompañar los maridos para “hacer América”. Su viaje tampoco se podría cuadrar rigurosamente en los tipos que Viñas (1995) plantea respecto a los argentinos en Europa. De su punto de referencia parisino, cruza el continente europeo, recorriendo Portugal, Francia, Bélgica, Inglaterra, Alemania, Italia, Grecia.

Participa en los círculos intelectuales europeos y asiste a conferencias de Augusto Comte, con quien se corresponderá. Frecuentan su casa Victor Hugo y Alexandre Dumas (padre), o sea, novelistas, filósofos, poetas, maestros, científicos. En una época en que el ingreso de la mujer a la esfera pública se daba en los salones, capitaneados por las damas de la sociedad, Nisia da un paso adelante, pues frecuenta los cenáculos, espacios de especialistas, por ende, reservados a los hombres.

2 FLORESTA, Nísia. *Itinerário de uma viagem à Alemanha*. / *Itinéraire d'un voyage en Allemagne*/. Traducción de Francisco das Chagas Pereira. Santa Cruz do Sul: Edunisc; Florianópolis: Ed. Mulheres, 1998. p. 35. Las referencias a este libro se harán en el cuerpo del trabajo, con la sigla IVA.

Importa observar ¿cómo conduce, manusea los elementos culturales de su tiempo? En Alemania el derrotero es todo cultural, “turístico”. Si lo comparamos con los *Paseos por Londres*, de Flora Tristán, percibimos una distinción nítida: Flora elige los espacios marginales, al margen, los personajes despreciados por la sociedad, a la vez que los círculos del poder. Es una mirada no convencional –incluso se disfraza de hombre para ingresar en el Parlamento inglés. Ya Nísia mantiene su papel de educadora y mujer virtuosa, con un viaje ejemplar. En la época la actuación pública de las mujeres en Europa solía restringirse a la filantropía y a la benemerencia. Como afirma Perrot: “Enseñar, tratar, asistir: esta triple misión constituye la base de ‘profesiones femeninas’ que, por mucho tiempo, se caracterizan por la vocación y el voluntariado” (Duby-Perrot, 1991:508) (traducción nuestra). Se admite el viaje femenino para completar su formación, un viaje de consumo cultural, aunque muchas mujeres han ultrapasado estos límites.

Los motivos del viaje

¿Quién es el lector virtual de Nísia? ¿Por qué se dirige en francés a los hijos y familia? Podemos cogitar que lo hacía pues este era, por supuesto, el idioma que, por su prestigio social, se prestaba, se coadunaba con el contenido “culto” del viaje, lo que se revela una paradoja: utilizará el francés para criticar la sociedad francesa frente a la alemana. Los temas del viajero solitario, la soledad, el dolor se combinan a la racionalidad, la memoria, la erudición. Podemos considerar, así, que el relato de viajes que elabora Nísia Floresta obedece a dos modelos del género: un viaje de aprendizaje por el civilizado mundo europeo y simultáneamente una peregrinación al túmulo de su maestro Georges-Louis Duvernoy, naturalista y botánico, y a su familia, en 1856.

Como género, el relato de viajes remonta a la Antigüedad, combinando, muchas veces, los datos verificables con los inventados. García Gual (1988) registra, en los orígenes de la novela, el viaje de aventuras, relato novelesco que presentaba al lector del mundo helénico las peripecias de un viajero por tierras lejanas, donde el encuentro con el maravilloso era ya esperado. En la Edad Media, contrariando un presunto carácter estático de la sociedad europea, son constantes los viajes, motivados muchas veces por el propósito de expansión de la fe cristiana, por territorio europeo o por el Oriente Próximo.

En estos relatos el carácter sagrado es dominante. No olvidemos que un relato ejemplar del género es *La visión de Tándalo*, narrativa que presenta el viaje

iniciático al mundo de los muertos. Constituirá un modelo para los relatos de naufragio, de la Edad Moderna, donde se aventuraban los navegantes europeos por los mares tenebrosos, sufriendo el hambre, las enfermedades, intemperies, tempestades, catástrofes. Los relatos seguían un modelo determinado, y la mezcla de rasgos reales a maravillosos se aceptaba, era el espacio para que lo simbólico hincara pie a través de la incorporación de la dimensión imaginaria a la vida cotidiana. Así que sirenas, monstruos, seres salidos del bestiario medieval transitaban por los textos, los mapas e iluminuras.

El viaje ilustrado rompe con este modelo, trayendo la figura del científico, que investiga la diversidad del mundo más allá de las fronteras europeas. Es un viaje de reconocimiento y toma de pose, como observa Edward Said con respecto al Orientalismo (2001). En América Latina, Humboldt estableció las pautas de observación y descripción del paisaje. En el siglo diecinueve se intensifica el tránsito entre los continentes, marcadamente entre el Nuevo y el Viejo Mundos. De allá vienen los científicos, botánicos, aventureros. Desde acá van los hijos de la burguesía para el necesario periodo de aprendizaje de la vida civilizada, como lo hizo el fundador del Romanticismo en Hispanoamérica, el argentino Esteban Echeverría. Poco después Sarmiento seguirá por Europa, África y Estados Unidos.

También las mujeres serán viajeras, en menor número, en general siguiendo sus maridos en aventuras migratorias. El viaje de la mujer sola es excepción. Sin embargo, muchas de nuestras intelectuales cruzaron tierras y océanos, como exiliadas, viajeras o migrantes. Lo hizo Flora Tristán, cuando vino en 1833 desde Francia al Perú, en búsqueda del reconocimiento de su tío paterno y apoyo económico. Lo harán las exiliadas políticas, como Clorinda Matto de Turner, Juana Manso o Juana Manuela Gorriti, estableciendo un campo de contacto entre las naciones en proceso de formación.

Llegar al futuro

Nuestro intelectual hace el derrotero clave para la necesaria asimilación de las nuevas ideas y modos de vida, que vendrá a implantar, después, en nuestras tierras. El relato de viajes servirá como espacio para presentar a los latinoamericanos los modelos civilizatorios, la modernidad.

Los símbolos de la vida moderna están por toda parte en el viaje, empezando por el ferrocarril que transporta las dos mujeres desde París, pasando por

Bélgica, hasta las ciudades renanas. El relato empieza en Brujelas, el 26 de agosto, cuando la autora y narradora destina la primera carta al hijo y hermanos, recordando la muerte de su madre, que ocurrió un año antes, lo que hace con que París no despierte en ella la magia de antes. Por eso necesita hacer un recorrido por otras partes, conocer nuevas tierras y ensanchar sus horizontes:

Me importaba, en fin, ver una tierra-tipo, cuyo aspecto serio y respetable se impusiera a mi espíritu por la riqueza de su naturaleza, por el pasado glorioso y por las costumbres todavía patriarcales de su gente. Saben Uds., por supuesto, que me decidí por la vieja y poética Germania, la digna patria de Leibnitz y Kant (IVA: 37) (traducción nuestra).

Una primera oposición se configura en el texto: entre el agitado y moderno mundo parisino y el peso de la historia, las tradiciones y costumbres germánicas. El carácter moderno y cosmopolita se hace evidente: sobre la estación de embarque en el Ferrocarril del Norte la describe como “verdadera Babilonia de viajeros que van y vienen de todas las direcciones de Francia y del exterior!” (IVA: 38). La presencia de la multitud, los medios de transporte que unen las regiones, el tránsito de la gente son aspectos de un mundo moderno que importa relatar, a la vez que evidencia su saber enciclopédico y dominio de la historia “universal”, es decir, europea, cuando, en visita a los monumentos históricos, relata los eventos que allí han transcurrido. Presente y pasado se mezclan en este escenario móvil. Son canales, fábricas, catedrales que se suceden.

Si bien las referencias se repiten, su texto busca encontrar en cada parte un rasgo singular. En Valenciennes comenta que fue allí donde Clovis III y Carlos Magno han realizado las Asambleas Generales, en 603 y 771. Visita la Catedral y el “hotel de ville”, la sede administrativa de la municipalidad, además de fortificaciones, concluyendo que era una ciudad muy triste. Pasa a Quiévrain, la primera estación belga, por la aduana. Compara Bélgica y Francia, y baja a minucias, como cuando explica que para la calefacción en una se usa la *poêle* mientras en la otra, la *cheminée*, lo que se justifica solamente si pensamos en la correspondencia que se solía hacer entre el clima frío y el mundo civilizado. Por la ventana del vehículo pasan ciudades, burgos, pueblos, paisajes.

De Bruselas resalta la limpieza, la regularidad de las calles, la riqueza de las tiendas, la belleza de casas y hoteles, considerando, al fin, que se trata de una “verdadera capital europea” (IVA: 43). Además de eso subraya su extrema liber-

tad, ya que es regida por un digno soberano de un pueblo libre³. Se suceden las instituciones culturales: Museos de Historia Natural, exposición de productos manufacturados, Gabinete de Física, Colección de Historia Natural, una espléndida Biblioteca Nacional, con doscientos mil volúmenes, iglesias notables.

Pasa por Liege, Verviers, Spa, sitio en que encuentra un escenario arrebatador: “iel más bello campo que he visto hasta aquí en Europa, el de aspecto más variado y deslumbrante! (IVA: 63). Se establece una relación entre naturaleza y cultura, “naturaleza que se creería primitiva” (IVA: 66). Pasa por Aix-la-Chapelle hasta llegar finalmente a Alemania. Recuerda la tierra brasileña y destaca el orden y silencio, la seriedad y afabilidad de los alemanes, su probidad de carácter.

Norbert Elias, en *El proceso civilizador* (1990), explica las diferencias existentes entre Francia y Alemania con respecto a las concepciones de cultura y civilización. En el proceso de ascensión de la burguesía se hacía necesario establecer la distinción con las otras clases. Si a los nobles bastaba el nacimiento, la sangre azul, la burguesía encuentra en los modales, las costumbres, la forma de lucirse ante las otras. De ahí la necesidad de manuales de comportamiento, hábitos higiénicos, uso de los cubiertos, servilletas, la discreción en la expansión de las pasiones, la contención corporal, de sus humores, secreciones y olores; el cultivo de buenas costumbres, obtenidos a través de educación, lectura, manuales de polidez y sociabilidad.

De Francia se destacaba la frivolidad de los salones, la ostentación en los trajes y joyas, los excesos. De todas formas, un sitio donde la diferencia de clases se mantenía siempre rigurosamente. De otro lado, en Alemania, la joven burguesía intelectual plantea la separación entre *Kultur* y *Zivilisation*, asociando la civilización a la al universo superficial y lujoso de los nobles, que solían comunicarse en francés, y la cultura a los valores más permanentes, al cultivo del espíritu, el silencio, la introspección⁴. Pues son estas características precisamente que reconoce Nísia en suelo germánico: orden y silencio, seriedad afable, probidad de carácter, enunciando una caracterización ya consagrada del pueblo de Alemania, que per-

3 Aquí quizás se pueda enxergar una crítica velada a la represión política en Brasil; si pensamos en su poema *A lágrima de um Caeté*, en que hace un paralelo entre la conquista portuguesa y dominación de los pueblos autóctonos de Brasil y la “Revolução Praieira”, de carácter liberal, sofocada por el gobierno central.

4 Comenta Elias que “es en la polémica entre el estrato de la *intelligentsia* alemana de clase media y la etiqueta de la clase cortesana, superior y gobernante, que se origina el contraste entre *Kultur* y *Zivilisation* en Alemania” (ELIAS, 1990:28). (traducción nuestra)

tenece a la colección de estereotipos de esta nación. También entre las lenguas establece distinciones: si el francés es un bello idioma, el alemán es la lengua de la honestidad y de la franqueza (IVA: 94). Sobre su pueblo dirá que “no es galante, pero me parece polido, franco, afable y sincero, lo que, con certeza, vale mucho más”, en Frankfurt am Main (IVA: p. 117).

Será aquí donde expresará su deseo de trasladarse en definitivo para ese país, ya que “cuanto más veo Alemania, más me gusta la manera de vivir de sus habitantes, más me encantan sus costumbres y más comprendo que es junto a ese pueblo que me conviría vivir” (IVA: 120). Sigue enumerando la calidad de la gente: la franqueza y lealtad de los hombres, la modestia afable y sincera de las mujeres, dotadas de calidades físicas y morales, más importantes que los dichos espirituosos valorizados en la sociedad parisina. Más adelante se encanta con la musicalidad del pueblo, las plantaciones, paseos, las casas ornadas de flores vivaces, los jardines. En resumen, es una sucesión de cuadros bucólicos, que unen los encantos naturales a los dotes artísticos (IVA: 125). Finalmente, los valores morales: la calma y religiosidad del domingo en una ciudad alemana “debe parecer insoportable al parisino y enfadarlo hasta la muerte”, por su sed de ganancias y placeres.

El país le permite mirar el pasado histórico para reflejar sobre el futuro (IVA: 73). El romántico culto al pasado se evidencia en las reliquias y tradiciones que enumera, a la vez que enuncia las preocupaciones con la higiene y limpieza, destacando el aire puro y saludable. De Bonn dirá que es más pequeña y limpia que Colonia, donde saludara a sus dos mil años de historia, el río Reno y Agripina, resumiendo: “conjunto bello y solemne por la naturaleza y por el arte”. La unión entre bellezas naturales y obras artísticas será una característica de las tierras germánicas que se disemina y repite por todo el texto. Allí hasta los árboles son históricos (IVA: 80-1).

En todo momento compara el pasado glorioso a la civilización moderna, prefiriendo el primero a la segunda. El culto al pasado, que agrada tanto al poeta como al pensador gótico (IVA: 84), la nostalgia del Medioevo y de las tradiciones son rasgos que caracterizarían a los románticos restauradores, para usar la terminología con que Löwy y Sayre (1993) matizan los diferentes tipos de negación romántica del mundo capitalista. Otras características de esta concepción de mundo presentes en el discurso nisiano son la la religiosidad (todavía en París, antes de empezar el viaje, rezara arrodillada por su madre) y el aprecio por las

ruínas: “las ciudades me interesan menos que las ruínas y los paisajes de las orillas del Reno” (IVA: 102).

Es interesante percibir la idea de tradición que enaltece la autora; ya que no son todos los que reconocen en los elementos del pasado el mismo valor. A ella la encanta lo que Juan Leon Mera, el novelista y ensayista ecuatoriano, típico romántico de perfil conservador, admiraba en los siglos anteriores, y que reuniría bajo el título de *Antiguallas Curiosas* (1960). En esta inclinación se presenta el carácter mediador del intelectual, a partir de la selección que hace de costumbres, tradiciones y objetos. Pues es capaz de percibir, además, los varios estratos históricos, la coexistencia de monumentos y ruínas de distintas épocas, pueblos romanos, antiguos ídolos, palacios de reyes francos, leyendas seculares (IVA: 108-9). El sentimiento de finitud y vacuidad se hace presente: “Todo pasa y se consume: sólo el recuerdo se queda para transmitirse, de generación a generación, con los cambios de los tiempos y del espíritu que reina” (IVA: 110). Así que hay oposición y alternancia entre arrebatación y tristeza.

Nostalgia de la patria

En el texto coexisten dos suertes de comparación, que acompañan todo el recorrido: la primera, como vimos, entre el universo francés y el alemán; la segunda, entre Europa y Brasil. En Bruselas comenta que los ríos brasileños eran mucho más grandes que el Sena. De Liège afirma que la hospitalidad es semejante a la brasileña (IVA: 62). De Geronsthire resalta el clima ameno si comparado al clima caluroso de Brasil. En Bonn, describe el Reno como ancho, con vapores, en contraste con los ríos brasileños, más hermosos (IVA: 88), definiéndose, entonces, como “nativa de los Trópicos” (IVA: 89). En Coblenza retoma la idea, explicando que “allá es la naturaleza sencilla; aquí la naturaleza secundada por los esfuerzos del arte, exhibiendo sus encantos más bellos y majestuosos” (IVA: 96).

La naturaleza domesticada es motivo de éxtasis: se encanta en ver, en el viaje de buque por el Reno, las plantaciones simétricas de viñedos en sus orillas (IVA: 105). Es una sucesión de deslumbramientos, que ella resume: “Por toda parte y siempre, nuevo objeto se presenta a mis ojos encantados con ese conjunto de vida, belleza y grandeza natural y artística, que falta todavía a nuestros magníficos ríos” (IVA: 106), comparando el Reno a los ríos brasileños. Recordemos que el motivo del tamaño es constante en los relatos de viajeros.

De la misma manera, repite la idea corriente de una América que todavía

no es, o sea, se encuentra en la niñez de los pueblos. Por otro lado, se puede vislumbrar en ciertos momentos una crítica a la sociedad brasileña, principalmente respecto a los equívocos del proceso civilizatorio en los trópicos:

El vandalismo que abate los lindos árboles de los alrededores de Río, para saciar los caprichos de una civilización artificial, no es conocido en los suburbios de ninguna de las ciudades que he visitado. Se puede decir, sin que parezca parcial, que la verdadera civilización se puede sentir mucho más en algunas de las florestas de Europa que en ciertas aldeas de nuestro vasto imperio (IVA: 148).

El mote del adelanto civilizatorio de Europa será usado en otras circunstancias para proclamar los derechos femeninos. De todas formas, el balance general no será favorable a nosotros. Si en Alemania hay una civilización avanzada, los males de Brasil se relacionan a una civilización que ha sido mal transplantada de Europa y mal cultivada. Mientras los alemanes mantuvieron sus costumbres patriarcales, acá la civilización (o el proceso civilizatorio) genera la degeneración de las calidades naturales del pueblo brasileño (IVA: 174).

Sin embargo, en muchos momentos su mirada exhibe la crítica o el descontento, marcando la conciencia de lo periférico: eso se marca muy bien en el paseo que hace a los jardines Botánico y Zoológico, todavía en Bruselas. Del segundo comentará que: “situado en las afueras de la ciudad, en bellísima exposición muy pintoresca, contiene surtidores y poéticos bosquecitos, en medio de los cuales se ve, en jaulas grande cantidad de pájaros y animales de distintos países” (IVA, p. 50). La perspectiva eurocéntrica de lo pintoresco subitamente se deshace, cuando identifica pájaros brasileños en exposición:

El canto de los pájaros de nuestra patria, aquí reducidos a la condición de prisioneros, para servir, mediante un franco por persona, de distracción y placer a una población extranjera, tocaba melancolicamente mis oídos y despertó en mí espíritu el recuerdo de los más apacibles paisajes que recorrí en otro tiempo bajo nuestro bello cielo (IVA: 51).

Otro espacio de alusión a América Latina son los museos. En Bruselas ve el capote de Moctezuma y lo asimila a los despojos de otros reyes, como la cuna de Carlos V, o los caballos del Archiduque Alberto y de la Archiduquesa Isabel (IVA: 44), sin más comentarios. El único aspecto en que salimos victoriosos de la comparación es respecto a nuestra naturaleza. En Heildelberg, del alto de una

torre, mira a tres cadenas de montañas europeas –la Floresta Negra, los Vosges y los Alpes. El espectáculo grandioso, sin embargo, no será suficiente para una brasileña: “Oh, Heildelberg, Heildelberg, los encantos de tus arrabales han superado para siempre en mi espíritu las bellezas de todos los otros países, excepto los de la grandiosa tierra de Santa Cruz” (IVA: p. 188). Es una situación ejemplar del ufanismo que el primer grupo americanista nutría, en empiezos del siglo diecinueve, confiante en el poder de la naturaleza pujante para traer el progreso y la modernidad⁵.

La lucha por los derechos de la mujer

Nísia Floresta rompió con las normas deseadas de comportamiento femenino de su tiempo, lo que le rendiría prejuicios y persecuciones. El hecho de que abandonara el primer marido, con quien contrajo matrimonio a los trece años, y se uniera informalmente, años después, con un estudiante de Derecho, la hacían, a los ojos de muchos, una mujer de mala vida. Lo cierto es que si infringiera los códigos patriarcales respecto al matrimonio, su labor educativa y periodística le valdría críticas acerbadas de los sectores más conservadores de la Corte, razones que contribuyeran para que optara por vivir en tierra extranjera.

En 1854, por encargo de Dom Pedro II, se fundó el Colegio de la Inmaculada Concepción, en el centro de Río de Janeiro, con objetivo de proporcionar a las niñas y jóvenes, en general, y, en particular, a las hijas del emperador, una enseñanza regular sin que necesitaran emigrar para Europa. Las responsables de su educación fueron las monjas del Orden de la Hijas de Caridad de San Vicente de Paulo. Los vicentinos fueron uno de los grupos de religiosos que se responsabilizaron por la educación en Brasil. Además de los colegios de monjas había la educación pública, pero esta se dirigía a los niños. Pocas eran las instituciones dedicadas a las mujeres, y dentro de este escenario, se destacará el Colegio Augusto, que por dieciocho años (desde 1838 hasta 1856) se dedicará a la enseñanza de niñas y jóvenes.

Fundado y dirigido Nísia Floresta, entre sus asignaturas constaban el Latín, Inglés, Francés, Italiano, Geografía, Historia y Deportes. El hecho de que

5 Cf. Antonio Cândido y su referencia a la conciencia amena del atraso en el artículo “Literatura e subdesenvolvimento” en Fernández Moreno, César, (org.). *América Latina en su literatura*. São Paulo: Perspectiva, 1972. (Serie Debates)

su *curriculum* se basara en las normas de conducta higiénica y enseñanza moral, le atraen críticas e ironía por parte de los diarios de la Corte. En un tiempo en que los trabajos manuales y los cuidados de la casa eran considerados lo de más importante para la formación de una mujer, Nísia desafiaba la estructura patriarcal. Sin embargo, la preocupación con la buena formación moral y religiosa de las niñas será una constante en su vida. Muchas serán las obras destinadas a la formación femenina, como las novelas *Daciz ou A jovem completa* o *Fany ou O modelo das donzelas* y su *Discurso que às suas educandas dirigiu Nísia Floresta Brasileira Augusta*

De cierto modo, si pensamos en Nísia como educadora, el rasgo del didacticismo se presentará en toda su obra. Asociando el *curriculum* suministrado a sus alumnas en el Colégio Augusto, el aprendizaje de la lengua extranjera funcionará como factor de libertación, es decir, la posibilidad de seleccionar sus propias lecturas, huir del estrecho campo del saber permitido a la mujer en la nación naciente.

Sus textos ensayísticos se escribirán bajo el tono de una consejera, dulce o severa; sus destinatarios son preferencialmente los hijos, las alumnas, jóvenes en general y sus madres.

Todavía en su tierra natal habia colaborado con artículos para el diario *Espelho das Brasileiras*, entre febrero y abril de 1931, tratando de la condición femenina. En 1832 publica *Direitos das mulheres e injustiça dos homens*. Según Duarte, se trataba de una “traducción libre del *Vindication of the rights of woman*, de Mary Wollstonecraft” (IVA, p. 20 – traducción nuestra).

En Río seguirá con la tarea educativa. Muchos de sus artículos serán reunidos en el libro *Opúsculo Humanitário*. Su texto más conocido seguramente fue *Conselhos a minha filha. Prosa didático-moralista*, que será traducido al italiano, por la autora y publicado en Firenze (1842), recomendado para uso en las escuelas piamontesas, y al francés, en 1859. Como apuntala Constancia Duarte,

Cuando elije determinadas “virtudes” como “adecuadas” al comportamiento de las niñas, mujeres y jóvenes, la autora se define también respecto a los valores que apoya y desea que sean normatizados. Estos valores, vale resaltar, eran principalmente los divulgados por el moralismo cristiano y endosados por la medicina higiénica, volcada hacia la garantía del control del cuerpo y del espíritu de las jóvenes (Lobo – Faria, 2008: 115). (la traducción es nuestra)

En aquel entonces, preocupaba a filósofos, médicos y moralistas la construcción de la madre virtuosa. En especial en América Latina, luego de las luchas

emancipatorias, de que han participado activamente las mujeres, se consideraba que había llegado la hora de promover la vuelta al hogar. La figura del ángel del hogar será incentivada por escritores de todas partes, discriminando los comportamientos permitidos y exaltados por la sociedad. Como hartó se estudió, en la formación de las naciones recién emancipadas ahora cumple a la mujer el papel de madre y esposa de los hijos de la patria. Resulta contradictorio que las mismas mujeres, cuando actuantes en la vida pública, puedan repetir y divulgar este ideario. Sin embargo era lo que ocurría, pues, según consideran algunos teóricos, para la época era significativa la posibilidad de atribuir valor a tareas femeninas antes totalmente menospreciadas, como los cuidados domésticos, la crianza y formación de los niños.

Muchas serán las publicaciones destinadas a orientar las mujeres en este asunto, específicamente. Además de eso, la preocupación se extenderá a obras de todo tipo. Pues en *Itinerários de uma viagem à Alemanha* la afirmación del amor maternal será un tema recurrente. Son frecuentes los remordimientos por quedarse lejos del hijo, quien se quedó en Brasil para seguir sus estudios; en los sitios que visita frecuentemente alude a la felicidad que sentiría en hacer los paseos en compañía del hijo querido. El amor filial será otra constante; no olvidemos que entre los móviles del viaje está el deseo de huir al dolor insoportable que se le avecina con la fecha en que se cumpliría el año del fallecimiento de su mamá.

Partiendo de los tipos con que cruza en el viaje, y que merecen su comentario, se puede configurar una suerte de “cartilla” sobre los valores femeninos. De entre las acciones criticadas está el vicio del juego. Placeres ilusorios, disconformes con la santa tarea de la mujer: ser la madre virtuosa, educadora cuidadosa de sus hijos. En cambio, hará elogios de las hijas del Profesor Duvernoy, por su sobriedad y gentileza, a las que considerará el “modelo de esposa, madre y de la mujer” (IVA: 209).

Otras mujeres recibirán su atención, en especial una maestra italiana, con quien plantea una oposición clave con su misma trayectoria: es joven, entusiasmada, mientras ella se ha desilusionado con el magisterio:

Las dos maestras extranjeras nos encontramos en suelo alemán; una, decepcionada con sus esperanzas de veinte años de devotamiento y trabajo; la otra, inebriada por la perspectiva risueña que ofrece este comienzo de vida que apenas inicia...” (IVA: 162).

De todas formas, se mantiene la vocación de educadora, pues concluye que para las grandes almas los sufrimientos morales desarrollan energía e instintos buenos.

Otro dato que se destaca es la familia bajo el modelo patriarcal, en que una vez más contraponen la sociedad francesa a la alemana. En el artículo “La mujer”, presente en *Scintille d'un'anima brasiliana* (Firenze: Barbera, Bianchi & C., 1859), traducido al portugués en 1997, critica la institución de las nodrizas, común en la sociedad francesa, mostrando el desamparo en que se quedaban los niños, cuyas madres, pertenecientes a la elite parisina, dejaban su crianza a cargo de campesinas, en casas insalubres⁶.

Pues en IVA se señala la armonía conyugal y familiar del universo alemán frente al desumano de Francia. Allí se pueden admirar los campesinos con costumbres patriarcales, las virtuosas hijas del Profesor Duvernoy o el espectáculo provechoso del trabajo. Hay, finalmente, las aristocratas, distinguidas y refinadas, con las que traba contacto y conversación. Aunque solitarias y peregrinas ella y la hija Livia en ciertos momentos participan en cenas o se instalan como huéspedes en casas ilustres y respetables.

En resumen, si el IVA es un guía de viajes, como se puso de moda en el período, el suyo funciona como referencial para el comportamiento femenino: la discreción, la búsqueda de valores sanos y espiritualizados. Eso nos lleva al carácter sagrado que subyace en el texto y que lo legitima a la vez que cumple las pautas del género.

El viaje como peregrinación

La dimensión de lo sagrado se disemina por el texto, construyendo la figura de la peregrina, donde se asocian los rasgos románticos del culto al pasado, a la muerte y a la tradición. Para ella, hundirse en el pasado es una forma de huida (IVA, p. 41). Mirar el pasado para reflejar sobre el futuro.

El sentimiento dominante ante los monumentos de cultura es la melancolía, el alma sojuzgada por la belleza: “ioh, caros objetos de mi amor, Uds. que se quedan en otra tierra, mientras la amiga, en peregrinaje, lejos, se sacia de melan-

6 Sobre el tema, leer Constancia Lima Duarte, “Nísia Floresta e a educação feminina no século XIX” (Lobo – Faria, 2008).

colía” (IVA: 103). El signo de la muerte la ronda, la veneración del pasado, de la enseñanza, de la ejemplaridad.

El tópico del viaje al mundo de los muertos se esparce en la narrativa, asumiendo un tono ascendente. En Frankfurt, cerca de la mitad del relato, visita un cementerio y destaca una estatua que representa el sufrimiento de una madre (y que nos recuerda la muerte prematura de uno de sus hijos). Después sigue para un curioso cuarto donde los muertos reposan, unidos a un singular aparato que podrá salvarlos si su muerte es aparente.

¿Todo viaje es una forma de morir? Bien, para la narradora, viajar “es el medio más seguro de aliviar el peso de un gran dolor que nos mina despacio.” (IVA: P. 129). El convivio con la muerte, la nostalgia y dolencia serían formas de elaborar las pérdidas, como madre y como maestra. Son dos matrices que se confunden en el texto —la familiar y la espiritual— y se asocian a las dos figuras tutelares: su madre y el maestro Duvernoy.

En Heidelberg experimenta un “éxtasis de melancolía secreta” (IVA, p. 140). Elige como escenario el ocaso. La llave es vivir en el pasado y encontrarlo por donde pasa. Expresa ideas sombrías de que “Heidelberg sería la tumba que sepultaría los restos” de ella, pero expresa el deseo de tener su túmulo cerca de los suyos. Irónicamente, se morirá en 1885, en Bonsecours, y solamente en 1954 sus restos mortales se trasladan a Brasil, más precisamente a su pueblo natal Papari, titulado, entonces, Nísia Floresta. Sobre su ciudad natal hay versiones muy distintas: por un lado se dice que su pueblo natal recibió su cuerpo con reverencia. Por otro lado, algunos la considerarían como una perdida, una mujer de mala vida.

Si el olvido es otra forma de morir, visita las mazmorras, las celdas de los olvidados (*oubliettes*), lo que le provoca piedad y horror. El peregrinaje a Montbeliárd, la tierra de Duvernoy, es un deber de amistad. En la Iglesia de Santo Tomás visita los túmulos de notables, momias del Conde de Nassau y su hijo. Presta un tributo de lágrimas al maestro, y en este escenario su relato alcanza la dimensión de lo utópico. (IVA: 196). El onírico abre espacio para lo maravilloso. El motivo del descendimiento a los infiernos se consuma, en fin, en la casa de la hija del profesor, quien la abriga, en su agonía física (IVA: 206). Sola, callada, triste.

Si todo relato de viajes encuentra su puerto en la utopía también el de Nísia Floresta alcanzará esta dimensión. El sueño de una sociedad ideal, que para ella se consubstancia en una

región habitada por corazones buenos, compadecidos, religiosos y grandes, como áquel a quien llora (...); allá, el rico y el pobre trabajaban igualmente para el progreso y la felicidad de la humanidad (...) practicando las dos virtudes que más elevan el corazón del hombre: la generosidad y el reconocimiento (IVA: 196),

confirma el perfil conciliatorio ya esbozado de la autora. Este itinerario concluye, finalmente, pero el labor de Nísia Floresta seguirá por mucho tiempo.

Bibliografia

ARAMBEL-GUIÑAZÚ, María Cristina - MARTIN, Claire Emilie. *Las mujeres toman la palabra*. Escritura femenina del siglo XIX. Madrid: Iberoamericana; Vervuert, 2001. 2 tomos.

AUGUSTA, Nísia Floresta Brasileira. *Fragmentos de uma obra inédita*. Notas biográficas. / tradução de Nathalie Bernardo da Câmara/ Brasília: Editora Universidade de Brasília, 2001

BORKOSKY, Maria Mercedes. *Autodiscurso en la escritura francesa de los siglos XIX y XX*. Auto-biografías, cartas y viajes. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, 2005.

COELHO, Nelly Novaes. *Dicionário crítico de escritoras brasileiras (1711-2001)*. São Paulo: Escrituras Editora, 2002.

DUARTE, Constança Lima. “Nísia Floresta e a educação feminina no século XIX”, en: Lobo, Yolanda - Faria, Lima, (orgs.). *Vozes femininas do Império e da República*. Rio de Janeiro: Quartet; FAPERJ, 2008. pp. 105-144.

_____. “Nísia Floresta Brasileira Augusta”, en: Zahidé Muzart, (org.). *Escritoras brasileiras do século XIX*. Florianópolis: Editora Mulheres; EdUNISC, 2000. pp. 175-193.

PERROT, Michelle. “Sair”, en: Duby, George – Perrot, Michelle, (orgs.). *História das mulheres no Ocidente*. Porto: Afrontamento; São Paulo: EBRADIL, 1991. vol 4. pp. 503-539.

ELIAS, Norbert. *O processo civilizador*. Uma história dos costumes. /del original Über den Prozess der Zivilisation./ Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 1990.

FLORESTA, Nísia. *Itinerário de uma Viagem à Alemanha*. Tradução Francisco das Chagas Pereira. Santa Cruz do Sul: Edunisc; Florianópolis: Ed. Mulheres, 1988.

GUAL, Carlos García. *Los orígenes de la novela*. Madrid: Istmo, 1988.

HAUSER, Arnold. *História social da literatura e da arte*. Rio de Janeiro: Mestre Jou, 1972.

IGLESIA, Cristina. Sarmiento: lectura de viaje, la utopia a mar abierto. Rio de Janeiro, *Cadernos Neolatinos*, 3, 2005. págs. 1-11. (UFRJ, 5ª Semana de Letras Neolatinas: Saberes em movimento)

LEITE, Miriam Lichitz Moreira. *Livros de viagem: 1803/1900*. Rio de Janeiro: Editora UFRJ, 1997.

LEÓN MERA, Juan. Antiguallas Curiosas. Apéndice de “Cantares del Pueblo Ecuatoriano”, en: *Biblioteca ecuatoriana mínima. Poesía Popular. Alcances y Apéndices. Índices*. Quito: Cajica, 1960. p. 183-257.

LOBO, Luíza, (trad., sel. y notas). *Teorias poéticas do Romantismo*. Porto Alegre: Mercado Aberto, 1987. (Novas Perspectivas, 20).

LOBO, Yolanda – FARIA, Lia, (orgs.). *Vozes femininas do Império e da República*. Rio de Janeiro: Quartet: FAPERJ, 2008.

LÖWY, Michael – SAYRE, Robert. *Romantismo e Política*. /Traducción de Eloísa de Araújo Oliveira de los originales “Figures du romantisme anti-capitaliste” (publicado en *L’Homme et la Société*, Paris, 69-70, 1983 y 73-74, 1984) y “Utopie romantique et Révolution française” (publicado en *L’Homme et la Société*, Paris, 94, 1989)/ São Paulo: Paz e Terra, 1993.

MUZART, Zahidé Lupinacci, (org.). *Escritoras brasileiras do século XIX*. Florianópolis: Editora Mulheres, 2000.

PIERINI, Margarita. “La mirada y el discurso: la literatura de viajes”, en: Pizarro, Ana, (org.). *América Latina: palavra, literatura e cultura*. v. 2: A emancipação do discurso. São Paulo: Memorial; Campinas: Ed. da UNICAMP, 1994. pp. 161-183.

RENOND, René. *O século XIX: 1815/1914*. /tradução de Frederico Pessoa de Barros./ São Paulo: Cultrix, s/d.

ROMERO, José Luis. *América Latina: as cidades e as idéias*. Rio de Janeiro: Editora UFRJ, 2004.

SAID, Edward. *Orientalismo*. São Paulo: Companhia das Letras, 2001.

SILVA, Cláudia Luna. *Indianismo romântico e projetos nacionais na literatura hispano-americana do século XIX*. Rio de Janeiro: UFRJ, 1999.

_____. Flora Tristán: diálogos com a utopia. *Revista Hispanista*: 5:1-10, out.-nov. 2004. Página web: www.hispanista.com.br

SCHWARCZ, Lília Moritz. *As barbas do Imperador. D. Pedro II, um monarca nos trópicos*. São Paulo: Companhia das Letras, 1998.

TOLLINCHI, Esteban. *Romanticismo y Modernidad. Ideas fundamentales de la cultura del siglo XIX*. República Dominicana: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1989. 2. vol.

WEISKEL, Thomas. *O sublime romântico: estudos sobre a estrutura e psicologia da transcendência*. Rio de Janeiro: Imago, 1994. (Biblioteca Pierre Menard).

VIÑAS, David. *Literatura argentina y política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1995.

Crónica de un torbellino libertario en América Latina Belén de Sárraga (1906-1950)

Julia Antivilo Peña¹

“Donde se ejerza la tiranía, la astucia prepara su venganza”

Belén de Sárraga

A modo de prólogo

Mi enamoramiento de Belén de Sárraga comenzó hacia 1995 cuando aún estudiaba historia y trabajaba como ayudante de investigación del maestro Luis Vitale, que por esos años le habían encargado la *Historia de la Censura en Chile* para *Enciclopedia Británica de la Censura* de la Universidad de Cambridge. Me preguntó si me sentía capaz de investigar sobre esta mujer que le había aparecido en varias ocasiones y de quien sabía poco, sólo tenía la certeza que había sido censurada en 1913 en Chile. Por su puesto acepté y lo tomé como un desafío. El encargo fue un artículo de 2000 palabras para la sección *Individuals* de la enciclopedia, para casos específicos de censura en la historia de Chile. Los frutos que obtuve en el primer acercamiento fueron increíbles y daban mucho más que para las dos mil palabras. Desde ahí la incorporé a mi vida como una pasión que me llevó a Argentina Uruguay y México buscando sus huellas. Tras años de seguimiento, y ya publicado un libro de resumía alrededor de 5 años de investigación encontré a otr@s apasionad@s por Belén en España con quienes intercambiamos trabajos.

Le habíamos perdido la pista hacia 1942, año de muerte de Tina Modotti donde la eximia viajera del verbo libertario había estado presente en los funerales de la fotógrafa declamando sobre las virtudes políticas y artísticas de la fallecida. Tina había muerto en México. Por ello, cuando tuve la posibilidad de viajar a tierras aztecas, en el 2005, la emoción me embargaba pues debería haber fallecido entre 1942 y 1955, como tope, o si no a ese año tendría casi 100 años de edad, lo que me parecía poco probable, debería estar enterrada en México. Por cierto,

¹ Magíster en Estudios Latinoamericanos y candidata a Doctora en Estudios Latinoamericanos del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile.

como republicana y filoanarquista en esos años de pleno franquismo en España me resultaba difícil que hubiesen repatriado su cuerpo a la península.

México es sin dudas un país de contrastes espectaculares. Me costó entender tres meses que existen jerarquías sociales muy marcadas. Si no dices que eres licenciada primero, ante todo, no tienes el acceso o derecho a las instituciones. Por ello, demoré casi toda mi estadía en saber algo concreto sobre Belén de Sárraga ese torbellino libertario que recorrió América Latina durante toda la primera mitad del siglo XX.

El primer intento fue decirme a mi misma, ah! fácil voy a los cementerios y ya está, pero al ver *Guía Roji*, que contiene los planos de Ciudad de México y constatar que la muerte es otra institución para el pueblo mexicano, me di cuenta que no estaba sencillo por ahí, por la cantidad de panteones. Pero con mi porfía acuestas visité el *Panteón de Dolores* donde se encuentra enterrada Tina Modotti. La búsqueda en el archivo del cementerio fue un fracaso pues necesitaba el año de defunción cosa que no contaba. Continué siguiendo pistas y me fui al *Ateneo Español* lugar donde se congregaron los principales republicanos durante el exilio tras la guerra civil. De Belén, sólo una señora de avanzada edad recordaba que su padre la habría nombrado alguna vez. Ella me dio el contacto con los nietos de *Odón del Buen*, uno de los maestros de Belén, pero el nieto que vivía en México -y que pudimos contactar telefónicamente- no sabía nada y el otro nieto vivía paradójicamente en Santiago de Chile. En el *Ateneo Español* revisé el archivo completo que recién terminaban de clasificar y.... nada.

Con todo, yo sabía más que ellos sobre Belén. Así que les dejé el libro que editamos en el año 2000 con Luis Vitale en Santiago de Chile. Lo que pude obtener en el *Ateneo* fue el nombre del encargado del *Panteón Español*. Un tal Señor Ríos. Así que con esa información tomé el metro hasta la estación *Panteones*, y al llegar y subir por las escaleras me invadió el perfume de las flores. Emocionada por mi seguro encuentro con Belén, le compré un hermoso y gigante ramo de rosas rojas, y fui a las oficinas del cementerio donde me atendió un funcionario a quien le dije: ¡Hola, muy buenas tardes! y le pregunté por el Señor Ríos, me miró feo y preguntó -¿de parte de quién?- Le respondí de Julia Antivilo. El funcionario se acercó a una oficina y dijo: Licenciado Ríos, le buscan... Ahí entendí que había partido mal... Aparece por el umbral el licenciado Ríos, escuchó mi cuento... y le ordena con gesto despectivo a su siervo buscarla en el computador. El funcionario pega dos teclas y me dice que no está ahí. Quedé pasmada y le insistí que por favor la buscase con Z, y nuevamente respuesta negativa...le digo que

porque no la buscaba en el archivero que tenía a su espalda, y sin moverse de su asiento me arrojó la sentencia -si no está aquí es porque no está-.

Salgo de la oficina del archivo, con mi obstinación e iracunda, debo reconocerlo, con mi enorme ramo de espinosas rosas rojas, me dije: No importa recorreré las muchas hectáreas del campo santo buscándola... sabiendo que ella formó parte de varias agrupaciones espiritistas caminé con el ramo de rosas, invocándola, pero no me respondió...ni siquiera encontré ni una tumba donde la difunta se llamase Belén. Agotada, después de haber caminado todo el día... me resigné a que así no la encontraría, ni siquiera peregrinando -como alma en pena por las tumbas- todos los días que me quedaban en tierra aztecas. Así que dejé una rosa en cada tumba de mujeres, sin cruz, por que fue una acérrima anticlericalista, y con data de muerte entre 1942-1955.

Después de tres meses y a pocos días de volverme a Chile, di con un registro civil... donde presentándome como la *Licenciada Antivilo* de la *Universidad de Chile* y pidiendo hablar con el licenciado encargado en 30 minutos y sin cobrar-me, el colega licenciado, me entregó la foja, el cementerio y otros datos en los cuales señalaba que una Belén de Zárraga (nótese que se escribe con S, no con Z) había muerto el 11 de septiembre de 1950 y sus restos estarían en el *Panteón de Dolores*. Con esa fecha me fui, nuevamente, al *Panteón de Dolores*, donde estaban enterrados la mayoría de los artistas e intelectuales liberales y de izquierda de México. No era una tarea fácil tampoco pues me quedaba al otro lado de la megalópolis y ya había comenzado el circuito "*Guadalupe-Reyes*", o sea, estábamos entre el 12 de diciembre -día de la Virgen de Guadalupe-y el 6 de enero -día de reyes magos- donde México se paraliza y los servicios públicos funcionan con horarios insospechados. En el primer intento me perdí. En el segundo logré llegar al cementerio y no había nadie más que un señor que hablaba muy amorosamente por teléfono celular. Afortunadamente, el señor estaba poseído por el amor y aceptó mis ruegos... después de haberme aclarado que ya no estaban atendiendo a público y que él vivía muy, pero muy lejos. A lo que le respondí que yo vivía más, pero más lejos que él, pues venía desde Chile y ya estaba por volverme. Finalmente accedió, abrió el archivo e inclusive me ayudó a buscarla. Mis sentidos agradecimientos al señor Ricardo Flores Orozco por su disposición y buena onda, pues sin él la historia podría haber sido otra. Nos repartimos enormes libros que compilaban 1950 y después de pasar varias hojas que señalaban "*Difunto desconocido*" encontré a Belén incinerada. Lamentablemente no señalaba quien retiró sus cenizas pues no quedaron en el cementerio ¿Habrán sido sus

hijos? Demófilo o Volney que para la fecha, deberían haber tenido 50 y 48 años, respectivamente, o habrá sido otro familiar o amigos/as, quien sabe. Investigar eso requería de más tiempo y suerte, pues por esos años sólo dos empresas practicaban cremaciones, de las cuales sólo una existía y no contaban con registros de sus clientes y mucho menos de esos años.

Esta es solo una parte de la larga historia de mi pasión por Belén, librepensadora internacionalista que cautivó y electrizó con su palabra libertaria a la sociedad latinoamericana de las primeras décadas del siglo XX. Las señales que ha dejado su paso son pocas, pero riquísimas, como todas las cosas escasas que tienen un gran valor, pues nos hacen visualizar a una América Latina atravesada y conectada, por las viajeras, entre importantes personajes de los movimientos sociales tan relevantes como Alicia Moreau, Sara Justo, Luis Emilio Recabarren, Julio Antonio Mella, Tina Modotti, entre otro/as.

La influencia del pensamiento y la praxis política de Belén de Sárraga, conferencista viajera incansable del librepensamiento, recavó hondo en los grupos de mujeres hacia las cuales iban dirigidas en primer lugar sus conferencias².

De una península a un continente

Belén de Sárraga, española de nacimiento dedicó su vida a la promoción de sus ideales; el librepensamiento, el feminismo y el anticlericalismo. Activista fervorosa de estas tres corrientes viajó por diferentes lugares de Europa como conferencista, pero donde mayormente desarrolló su compromiso político fue en viajando por toda la península ibérica impulsando éstas ideas como parte de la lucha por el republicanismo. El librepensamiento, corriente de ideas y de acción planteaba como estrategia el fuerte vínculo con otros movimientos sociales, especialmente con obreros y obreras. Los y las librepensadoras se manifestaron

2 Por ello, otra de mis líneas de investigación fue seguir las pistas de los grupos de mujeres en los que tuvo una mayor presencia de sus ideales, como por ejemplo los que tomaron su nombre en Chile entre 1913 y 1922. Esa amplia investigación se encuentra inédita desde el año 2003 en el libro *Belén de Sárraga; un capítulo en la historia de las mujeres latinoamericanas*. Registro Propiedad Intelectual N° 136.341, Santiago de Chile. Sin embargo se han publicado avances tanto en mi tesis de pregrado: *La influencia del pensamiento y praxis política de Belén de Sárraga en la consolidación del movimiento de mujeres en Chile. 1913-1920*. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad de Santiago, 2003. Un pequeño resumen del mismo nombre se publicó en la compilación de Montecinos, *Mujeres Chilenas. Fragmentos de una Historia*. Editorial Catalonia y el Programa de Género de la UNESCO, Santiago de Chile, 2008.

principalmente a través de los escritos en la prensa de combate, además de una activa acción en mítines y en la promoción de la enseñanza impartida y recibida en las escuelas laicas. El feminismo librepensador buscó, a través de la acción directa en la prensa feminista de combate y en la lucha callejera cambios desde las bases para terminar con la opresión del sistema patriarcal, y contó con la existencia en Europa de redes de mujeres que coincidieron en un espacio intergeneracional, como Amalia Domingo Soler (1835-1909), Rosario de Acuña (1851-1923), Ángeles López de Ayala (1858-1926), Ana Carvia (1859-¿?), Amalia Carvia (1861-¿?), Teresa Claramunt (1862-1931) y Carmen de Burgos (1874-194?) en España; Ana María Mozzoni (1837-1920) en Italia; Marguerite Durand (1864-1936) en Francia; Ana Castro Osorio (1872-1935) y María Veleda (1871-1955) en Portugal. La mayoría de estas mujeres fueron escritoras, periodistas, profesoras, y se posesionaron como masonas, anarquistas, socialistas, liberales, entre otras. Todas lucharon por una educación racional que condujera a las mujeres a abandonar el espacio doméstico. Ellas junto a muchas más consolidan el movimiento de mujeres y el feminista en Europa. Belén de Sárraga junto a otras librepensadoras como las hermanas Carvia, de Andalucía y Valencia, Ángeles López de Ayala y Amalia Domingo Soler, de Cataluña, crearon una sólida red asociativa del feminismo español, en cuyo marco escribieron y dirigieron publicaciones como los semanarios *Luz del Porvenir*, *El Progreso* y *La Conciencia Libre*, que utilizaron como tribunas de sus ideas y movilizaciones.

A fines de 1896, Belén de Sárraga fue iniciada en la masonería, formando parte de la *Logia Severidad*. En el verano de este mismo año crea el semanario *La Conciencia Libre* en Valencia, del cual fue directora. Un año después la publicación se trasladó a Málaga, en donde tuvo varios cierres e incidentes que inclusive la llevaron a la cárcel en reiteradas ocasiones acusada de desacato a la autoridad. En una oportunidad se tuvo que editar un número especial para recaudar fondos para pagar su fianza, después de haber sido acusada de hacer propaganda a la República y además por pronosticar la pérdida de la colonia de Cuba. El semanario fue una tribuna del librepensamiento, llevaba en su portada el lema Libertad, Justicia, Fraternidad y los símbolos masónicos (triángulo, escuadra y compás). En julio de 1898 esta publicación llevaba más de cien números con tirajes de veinte mil ejemplares.

En sus constantes periplos por la península en Valencia, Belén formó parte de la *Asociación General Femenina* agrupación que promovió la creación de centros de mujeres en Cataluña y Andalucía, cristalizando la red feminista. Éste año

significó también para Belén de Sárraga tener que lidiar con dieciséis procesos judiciales simultáneos, que provocaron el cierre una vez más del periódico *La Conciencia Libre*.

En Málaga creó la *Federación de Sociedades en Resistencia*, la cual albergó a más de 30.000 mujeres y hombres de 80 organizaciones sociales. La Federación llegó a consolidarse como el ala izquierda del Republicanismo³; en ella confluían diferentes grupos del movimiento social entre ellos campesinos, cooperativistas, ácratas, librepensadores, feministas, francmasones y espiritistas. En uno de los tantos actos organizados por la Federación la prensa malagueña destacó la participación de doña Belén en la Plaza de toros en 1902, donde fue aclamada como la defensora de los derechos de los y las trabajadoras, de la ilustración y del progreso⁴. Fueron innumerables los mítines realizados por la Federación, un ejemplo fue el efectuado el 19 de octubre de 1899, en homenaje a Belén, en la plaza de toros de Málaga; donde además de manifestarse en contra del abuso que se cometía con los toros, entre otras cosas, se propusieron la expulsión de los jesuitas. También en su estadía en esta ciudad colaboró en la organización del *Sindicato de Obreros del Campo* con alrededor de 20.000 afiliados.

En 1899 se reabre *La Conciencia Libre*, pero Belén fue detenida nuevamente por desacato e injurias, tras manifestarse en contra del enrolamiento obligatorio de los jóvenes para la guerra, lo que le costó tres meses en la cárcel. Emilio Ferrero, pareja de Belén, escribió sobre las causas que la llevaron a la cárcel: “por sostener en la prensa y en la calle ante las cargas de la policía, que era una infamia que no fueran a la guerra los hijos de los ricos, los frailes y los seminaristas que para nada sirven, y en cambio se enviase a ella a los hijos de los pobres, cuya ausencia del hogar traía consigo la ruina y la miseria de la familia”⁵. El semanario nuevamente cerraría tras ser censurado en 1902 por sus constantes ataques al orden establecido.

3 Ver en Molas, *El Partit. Extrema Izquierda Federal*. Universitat Autònoma de Barcelona. Institut de Ciències Polítiques i Socials, Barcelona, 1999. En el sitio www.diba.es

4 Ramos, “*Belén de Sárraga: una líder social del 98 en Andalucía*”, en Actas del primer Coloquio Internacional ANDALUCÍA Y EL 98, Córdoba, 1998, p. 222.

5 Ferrero, “*Notas para el pueblo*”. Archivo de Escovar, Caja 326, Historia de Málaga, 1899. Citado por Ramos, *Ibidem*, p. 105.

En 1902⁶ esta viajera del mundo asistió como integrante de la delegación española al *Congreso de Librepensamiento* a Ginebra acompañada de Emilio Ferrero, Fernando Lozano, Rodrigo Soriano y J. Lapuya. En el Congreso la cuestión feminista fue un eje destacado a tratar, donde expusieron Belén de Sárraga, Mme. Starkorf, Gatti de Gamond, Ida Altman y Elisabet Fulpis, entre otras. Además se reconoció a *La Conciencia Libre* como el “portavoz internacional del librepensamiento”, obteniendo así una significativa propaganda en la península ibérica, sobre todo en los medios republicanos, librepensadores y masones de Portugal.

Las actas del Congreso las escribió Belén, en 1903, en Málaga. Allí dio cuenta que en la primera sesión se alzó la voz de protesta de las mujeres, plasmada en la suiza Madame Starkfort que se dirigió la plenaria sentenciando a sus compañeros: “Intentáis ir contra el autoritarismo eclesiástico y gubernamental ¿y el vuestro para con la mujer y el niño? ¡Cuán evidente es (...) [ya] que esas conclusiones las formuló una comisión en la cual no había ninguna de nosotras!”⁷. Ante la conmoción que provocó, Madame Starkfort terminó su intervención con la proclama: “la abolición absoluta del poder marital y paternal degradante para la mujer y peligroso para el niño”⁸.

En la cuarta sesión, ya instalada la protesta feminista, se tomó la palabra la alemana Ida Altman, quién denunció que: “aún existen prejuicios contra nosotras entre los mismos radicales y la masonería nos niega el derecho a pertenecer a sus corporaciones. Pero trabajamos con entusiasmo y venceremos porque (sic) tenemos voluntad”⁹. Los dichos de Altman provocaron algunos problemas entre los asistentes al Congreso que abrió otra discusión entorno si aceptaban o no la inclusión de las mujeres en estos espacios. Por otro lado, algunos compañeros salían del paso señalando que el congreso era incompetente para tal decisión. Pero se cerró la discusión conformándose un comité permanente internacional para la emancipación de la mujer. Entre las que se comprometieron con dicha iniciativa fueron Jean Dons, Andrée Tery, Roche, Bazire, Carlos Fupius, Heaford, Gustave

6 Se realizó entre 14 y el 18 de septiembre en Ginebra. Ver en *Propaganda y ataques. Congreso de Ginebra.htm*

7 Ramos, “Belén de Sárraga: Congreso Internacional de Librepensadores en Ginebra (1902)”, en *Revista Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*. Universidad de Granada. Vol. 2, N°1, enero-junio 1995, p. 125

8 Ibídem, p. 126

9 Ibídem, p. 131

Tery, Damblón, Steemans, Gatti de Gamond, Ida Altman, María Pognon y Belén de Sárraga, entre otras.

Entre los acuerdos finales del Congreso estuvieron las siguientes resoluciones:

“1° Dar a los niños y niñas una educación laica únicamente fundada en la Ciencia y la Razón.

2° Organizar en todas partes la coeducación de los sexos.

3° Conceder a la mujer en el matrimonio y en la vida civil derechos iguales a los hombres.

4° Dar a la mujer todos los derechos políticos.

5° Reglamentar los salarios aplicando el principio “A trabajo igual, salario igual”.

6° Hacer asequible a la mujer todas las carreras compatibles con su organismo.

7° Iniciar e interesar a la mujer en nuestra vida, en nuestras ideas, en nuestros trabajos y sobre todo demostrar por una conducta ejemplar como marido y como padre la superioridad de la moral independiente.

8° Compartir con ella la dirección de todas las obras económicas, filosóficas, y políticas.

9° Organizar reuniones, conferencias, fiestas, en las cuales las mujeres encuentren satisfacción a sus aspiraciones intelectuales, artísticas y morales ...”

10° Aplicación activa de todos los medios de propaganda por el periódico, el folleto, el libro, las exposiciones de arte y las obras de educación popular y muy singularmente las universidades populares.

11° Combatir enérgicamente toda clase de opresión que pese sobre la mujer y mejorar la situación de las solteras madres”¹⁰.

Las conclusiones que hizo Belén entorno a lo logrado en este encuentro fueron muy optimistas y las señaló como un triunfo, afirmando que “las mujeres que hemos asistido a él sabemos cuanto hemos de deberle; las que aún le desconocen aprenderán a amar su memoria cuando sientan los efectos de esos

¹⁰ Ibídem, págs 133-134.

acuerdos internacionales y las hijas educadas por esas mujeres, cuya libertad se proclama en él”¹¹.

Belén de Sárraga, siendo fiel a las ideas de su maestro Pi y Margall se incorporó a la *Unión Republicana*, en cuya comisión organizadora participaba Emilio Ferrero su compañero de vida y propaganda.

Con motivo de la llegada, en 1904, del capitán general Camilo García Polavieja¹², gobernador militar a cargo de Filipinas, se organizó una protesta nacional en la que Belén de Sárraga acusó a este militar como el asesino de José Rizal¹³, escritor filipino que en sus libros había denunciado los abusos del colonialismo español y del clericalismo. Belén lo encaró públicamente por lo que otra vez la acusaron de desacato siendo apresada y clausurada *La Conciencia Libre*. A pesar de este nuevo cierre este semanario reaparece en 1905 con Belén nuevamente a la cabeza como directora, pero esta vez alcanzó a durar solo un año, en 1906 fue cerrado, teniendo una fugaz reapertura en 1907 sin Belén en la dirección.

La agitada vida de esta española la llevó a hacerse parte, en 1906, del *Frente Anticlerical* que propuso la *Federación Malagueña de Sociedades de Resistencia* tras el bloqueo de las escuelas laicas por los conservadores. Este frente se concretizó en la *Liga Anticlerical* estableciendo como bases:

- 1.- Eliminación completa y absoluta de todas las órdenes religiosas;
- 2.- Matrimonio civil celebrado antes del religioso y con independencia absoluta de éste;
- 3.- Libertad de cultos con todas sus consecuencias;
- 4.- Secularización de cementerios;
- 5.- Enseñanza laica absoluta, extensiva a todos los establecimientos docentes sin distinción alguna;
- 6.- Aspiración, realizable en un plazo más o menos próximo, de llevar a cabo la separación de la Iglesia y el Estado.

11 Ibídem, p.134.

12 Militar español (Madrid 1838-1914), reprimió la guerra Chiquitita de Cuba (1879-1880). Capitán general de Cuba (1890-1898) y Filipinas (1896-1898), de regreso a España elaboró un programa regeneracionista y fue Ministro de Guerra en 1899.

13 Médico, político, librepensador y escritor filipino que denuncia los abusos de España en novelas como *No me tangere* (No me toquéis, 1886) en la que atacaba a los jesuitas y El filibusterismo (1891) ésta abiertamente nacionalista. Fue arrestado y fusilado a raíz de la insurrección de Katipunan, y tras esos sucesos fue la bandera de lucha de los independentistas filipinos.

Instigada por las circunstancias políticas y los continuos cierres de su semanario y los respectivos procesos judiciales, que en innumerables veces la llevaron a la cárcel y dos atentados de muertes. En 1906 decidió expatriarse por algunos años, los que dedicó a recorrer América Latina, intercalando estos viajes con esporádicas visitas a Portugal. En las últimas columnas que escribió en *La Conciencia Libre* reveló su descontento con la situación, señalando que: “Deseamos todo tipo de calamidades a los españoles si el presente año de 1906 no saben tener el valor y la dignidad necesarias para cumplir varonilmente con su deber, salvando a España por la Revolución”¹⁴. Con la excusa de otro *Congreso de Librepensamiento* (1906), esta vez en Buenos Aires, marcó su éxodo hacia tierras latinoamericanas.

Con todo, el constante asedio por parte de las autoridades españolas a esta agitadora social fue el gatillo que la llevó a tomar la decisión de autoexiliarse en América Latina. Un movido recorrido fue su larga estadía por estas tierras que viajó llevando sus ideas libertarias desde Centroamérica hasta las tierras más australes, haciendo de Latinoamérica su segundo hogar y terreno fértil para sembrar sus ideales, apostolado al que le dedicó toda su vida.

Belén de Sárraga en América Latina

“Rebeldía eterna, ella debe ser el banderín (...)

Abominemos de esa resignación mística, asesina del cuerpo y del espíritu, ensanchemos el radio de nuestros pensamientos, fijemos un cuadro de felicidad y marchemos hacia él sin preocuparnos si dios quiere o no.

Basta para el triunfo de cualquier idea generosa que queramos nosotras”¹⁵

Belén de Sárraga

La gira por América Latina contempló México, Cuba, Costa Rica, Venezuela (*), Colombia (*), Ecuador (*)¹⁶, Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, Perú, Bolivia y Chile.

14 *La Conciencia Libre*, N° 15, 1906. En Junco, *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Alianza Editorial, Madrid, 1990, p. 250.

15 Diario *El Liberal*, Montevideo 24 de junio de 1910, extraído de una artículo que se llamaba “Resignación” de su autoría, cabe señalar que de este diario fue su directora.

16 (*) Estos países, si bien sabemos que los visitó, porque ella misma lo menciona en una entrevista al periódico *El Mercurio*, Santiago 10 de febrero 1913, no da la fecha exacta en que lo hizo.

Argentina fue el primer país latinoamericano en visitar, por ser sede del *Congreso de Librepensamiento*, en 1906, en tal oportunidad recorrió la capital y varias de sus provincias. Tras su paso por Buenos Aires tomó rumbo a Mendoza invitada por las logias masónicas de dicha ciudad en al que dictó algunas conferencias que se realizaron en el templo de la Logia Luz de Hiram¹⁷. Recorrió otras ciudades argentinas visitando diferentes centros de librepensadores, anarquistas y socialistas. El 21 de noviembre de 1906 llegó a la ciudad de Santa Fe donde se presentó en el Teatro Municipal. Con su visita se fundó un *Comité Feminista Mixto*. En su discurso, Belén de Sárraga, hace expreso algunos de los objetivos del Centro: “que la mujer actuara activamente en la vida y que saliera del papel pasivo de mujer casera”. La dirección del Centro fue encomendada a Macedonia Amavet y la vicepresidencia a Maria Zapata. Integraban además la comisión Natalia Mazzoco, Maria Isabel Alarcón, Maria Josefa Digier, María Franco Peña, María Forti, Luisa Rossomano y Rosa Musso. La ciudad era un hervidero de comentarios. El diario *Nuevo Día* había calificado duramente a la feminista española y enjuiciaban al jefe de policía por haberles permitido una manifestación nocturna, luego de la conferencia en el teatro. Los sectores religiosos, por su parte, denunciaban que estas mujeres “habían perdido la vergüenza”. Tras su recorrido por las provincias de Argentina se trasladó a Montevideo, ciudad que tomó como centro de operaciones para los diferentes viajes que la llevaron al resto de los países de América Latina ofreciendo sus conferencias sobre feminismo, librepensamiento y anticlericalismo.

Montevideo es también el lugar donde escribió -tras sus primeros viajes por tierras americanas- su libro *El Clericalismo en América. A través de un Continente*, que publicó en Lisboa en el año 1915. Durante su residencia llevó su verba liberataria a todos los departamentos del Uruguay. Gran promotor de sus viajes y de su pensamiento crítico de la realidad oriental -y latinoamericana- fue el periódico *El Liberal*, el cual fue directora (1908-1910)¹⁸. Al igual que en su tierra natal, su oficio de activista y propagandista del feminismo librepensador no sólo lo desarrolló en la prensa sino que también recorrió el país ofreciendo sus conferencias, además organizó mítines y “banquetes de promiscuidad”, los cuales consistían

17 *Diario “El Debate”*, Mendoza, 17 de noviembre 1906.

18 Su primer número fue editado en 1908 pero solo pude revisar hasta septiembre de 1910, por no encontrarse aptos para trabajar en la Biblioteca Nacional de Uruguay, pues no estaban microfilmados.

en realizar asados en la plaza frente a la catedral de Montevideo los viernes de la semana santa católica¹⁹.

El Liberal, sin duda fue un agitador político, y así lo demuestra con una proclama que firmó Belén que llamaba a protestar a favor de las reformas que proclaman la separación de la Iglesia del Estado. Su llamado fue para las organizaciones de mujeres porque señaló que “son las que pueden y deben manifestarse (...) Nadie con más derecho para intervenir en el rumbo a seguirse cuando no de intereses materiales sino de morales se trata”²⁰.

En la editorial del diario Belén se encargó de hacer análisis críticos a las diversas situaciones que se vio aquejada la sociedad uruguaya, desarrollando así todas su ideas librepensadoras. Asimismo, también dio curso a sus grandes dotes literarios publicando poemas y cuentos.

A mediados de 1909 le llegó la noticia desde Buenos Aires, de la convocatoria para asistir al *Congreso Internacional Feminista*, a realizarse en mayo de 1910, organizado por la Sociedad de Universitarias Argentinas con motivo de la celebración del Centenario de la República. Evento que en el que tuvo una destacada participación. Belén asistió en representación de las agrupaciones de mujeres liberales del Uruguay quienes depositaron en ella la responsabilidad de ser una buena delegada de sus ideas.

El *Congreso Internacional Feminista* se inauguró el 18 de mayo de 1910 en Buenos Aires y tuvo como presidenta a Sara Justo²¹ y como vicepresidenta a Belén de Sárraga, también participaron importantes latinoamericanas del movimiento de mujeres como Alicia Moreau²² de Argentina y María Espíndola²³ de Chile. Las proclamas que salieron del encuentro fueron:

19 Información otorgada por Graciela Saprizza, profesora de la *Universidad La República* e investigadora de GRECMU, Montevideo, 2001.

20 *El Liberal*, Montevideo, 13 de mayo de 1909.

21 Sara Justo dirigió la publicación *Unión y Labor*, ver Henault, *Alicia Moreau de Justo*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983, p. 63.

22 Juárez, “Alicia Moreau: La larga vida y fructífera existencia de una mujer que dedicó su vida a luchar por la libertad, la igualdad y la justicia” en <http://www.masoneria-argentina.org>. Además en Mirta Henault: Ob.cit.

23 Destacada feminista participó en la primera Federación Interamericana de Mujeres. Intentó convocar a un Congreso para celebrar en Santiago con motivo del centenario nacional que no llegó a realizarse. En Gaviola, Jiles, Lopresti y Rojas, *Queremos votar en las próximas elecciones. Historia del movimiento femenino chileno 1913-1952*, Santiago. Co-edición de La Morada, Fempress, Isis, Librería Lila y Pemci, Santiago, 1986, p. 89.

- Las mujeres deben trabajar por la paz universal.
- Independencia económica de la mujer abriendo para ellas las puertas de carreras o profesiones, mejorando su condición jurídica y aboliendo la injusta desigualdad de los códigos de ellas.
- Una sola moral para ambos sexos.
- No al trabajo infantil.
- Se acuerda la creación de la Liga Internacional de Mujeres.
- Creación de casas de maternidad.

Entre las declaraciones del congreso se dijo, diciendo que; “las casas de expósitos son un atentado a los derechos del niño a fin de conseguir su supresión reclama para la mujer madre, sea o no esposa, todo el respeto y la consideración social”²⁴. Las mujeres del encuentro se declararon contrarias a todas las instituciones de caridad, abogando en cambio, por aquellas reformas que “aseguren a todos en la sociedad el disfrute integral de nacer con lo que implica el derecho a vivir”²⁵. Belén intervino diciendo que “la caridad sólo es necesaria cuando se estroniza la injusticia. En una sociedad moralmente equilibrada ¿para qué la beneficencia?”. Otra de las mociones que se aprobaron fueron la que propuso la doctora Leuterio en la que formula “un voto de protesta contra la tolerancia de los gobiernos al sostener y explotar la prostitución femenina, que es para la mujer moderna su mayor dolor y su mayor vergüenza”²⁶.

En lo que quedó del año de 1910 retomó las giras por las provincias uruguayas dando conferencias de carácter liberal. Primero visitó Paisandú, para luego ir a Entre Ríos en donde brindó dos conferencias; una en la Escuela Normal bajo el patrocinio de la Extensión Universitaria y los liberales de la localidad, y la otra la realizó en el Teatro Variedades. Pasado septiembre todavía seguía con sus giras por la república oriental²⁷.

En julio de 1911, Belén de Sárraga estuvo en San Pablo y Río de Janeiro, donde fue ovacionada después de sus conferencias. *A Gazeta da Tarde* de Río de Janeiro señaló que: “El problema de la educación, tema de que se ocupó la

24 *El Liberal*, Montevideo, 18 de junio de 1910.

25 Idem.

26 Idem.

27 Desafortunadamente los ejemplares de *El Liberal* que posee la Biblioteca Nacional de Uruguay sólo llegan hasta septiembre de 1910.

ilustre señora, fue una maravillosa página de ciencia pedagógica que podemos llamar inédita porque en esa conferencia que ella nos dio tan elocuentemente, hay observaciones muy suyas y está llena de nuevas ideas de que el culto espíritu de la oradora es portador de las más vigorosas y de las más brillantes. Totalmente sugestionado todo el público del Palacio Monroe, estalló en una ruidosa ovación que se prolongó hasta dejar la señora de Sárraga el suntuoso edificio”²⁸.

En febrero de 1912, Belén de Sárraga, por primera vez visitaría Cuba, lo hizo para participar en el *Congreso Obrero de Unificación de Cruces*²⁹ (Las Villas) en el cual se sentaron bases para la formación de la *Federación Obrera Nacional*, además se trataron temáticas como la imperiosa necesidad de exigir la jornada de 8 horas, la ley de accidentes de trabajos y la situación de las mujeres cubanas. Este último punto lo instaló la presidenta del Congreso —y amiga personal de Belén— Emilia Rodríguez, española que había llegado a la isla por 1906 junto con su marido Vicente Lípiz propagandeando las ideas anarquistas. Belén junto a Emilia Rodríguez habrían hecho carrera en el activismo feminista y anticlerical en España.

En el escenario político y social que existió en Cuba, al igual que en el resto de Latinoamérica, el movimiento anarquista jugó un papel preponderante dentro del movimiento obrero, así los tendremos actuando en forma hegemónica, junto al socialismo libertario, desde las últimas décadas del siglo XIX hasta finales de los años 20³. En Cuba, los y las anarquistas se hicieron notar en las tabaquerías, entre las y los campesinos, en los trabajadores de la construcción, estibadores y en las obreras y obreros de la explotación del azúcar. Hacia 1915 los ácratas eran fuertes en los ingenios de azúcar, figura destacable —además de los ya mencionados Vicente Lípiz y Emilia Rodríguez— fue Fernando Iglesias en Las Villas, zona de Las Cruces³⁰.

Posteriormente, Belén de Sárraga, siguiendo con su gira por el continente llegó a México, en mayo de 1912, para dar conferencias³¹. Todo el peso de los primeros años de la más importante de las revoluciones latinoamericanas tuvo de escenario las conferencias que dio en Ciudad de México. Lo que había comenza-

28 Antivilo y Vitale, *Belén de Sárraga. Precursora del feminismo hispanoamericano*. Ed. Cesoc, Santiago 2000, p. 57.

29 Municipio cubano de la provincia de Cienfuegos.

30 Ver en Cabrera, *El Movimiento Obrero Cubano en 1920*. Instituto del Libro, La Habana, 1969, p. 49. Además en Vitale, *Cuba: de la Colonia a la Revolución*. Ed. Ril, Santiago, 1999.

31 Ver en *Cronología de la Casa del Obrero* de José Esteves, tomado de la *Revista CEHSMO*, N° 9 correspondiente al mes de julio de 1977. Primera edición cibernética, mayo de 2001.

do en 1910, aparentemente, como con un planteo muy elemental de democracia, se transformó en una revolución social que movió los cimientos de la sociedad mexicana basada en la superexplotación de las y los campesinos por el sur, y de las y los obreros por el norte. Mientras las corrientes democráticas burguesas aspiraban a redistribuir la renta nacional de un modo diferente a como lo hacía la dictadura de Porfirio Díaz, y a canalizar el descontento campesino mediante una reforma tendiente a impulsar el desarrollo del capitalismo agrario, las y los indígenas y campesin@s luchaban por la recuperación de sus tierras³². La corriente anarquista sobresalía en el movimiento obrero, pero totalmente divorciada de las reivindicaciones de los campesinos que se habían levantado en armas. Sin dudas, el protagonismo de las mujeres mexicanas en este proceso histórico fue fundamental; nos encontramos con Juana Gutiérrez, conocida como “la China”, en las filas de Emiliano Zapata y Francisco Villa. En 1912 también se fundó la *Casa del Obrero* que fue integrada por el *Grupo Luz*, *Unión de Canteros*, *Unión de Resistencia de la Fábrica de textiles La Linera*, *Unión de Operarios*, *Unión de Sastres*, *Unión de Conductores de Coches Públicos* y la *Confederación Nacional de Artes Gráficas*³³.

Dejando el México revolucionario, Belén se dirigió a Costa Rica (julio de 1912) en donde fue elogiada por el presidente de la república el liberal Ricardo Jiménez Oreamuno, quién destacó su genio intelectual señalando que: “vistió originalmente todas las ideas modernas y en bríos de juventud superó a muchos que en nuestros tiempos se han ocupado de analizar la evolución del pensamiento”³⁴. Asimismo el Ministro de Instrucción Pública poéticamente la describió como “la más notable conferencista que ha sido dado oír. Su erudición es evocadora: pinta y esculpe más bien que cita. Su imaginación es de magnífica plasticidad: mueve paisajes, crea escenas hace andar los monumentos y las estatuas, por medio de la selva de los siglos, para venir a confirmar su dicho. A veces su voz es canto de melopea. La armonía ideal del pensamiento concebido se engasta en la armonía de la palabra, como en oro de Abangares, Perla de Nicoya. Para el despertar de la razón, ella es alondra”³⁵.

32 Pla, *América Latina siglo XX: economía, sociedad y revolución*. Colección Hechos y Palabras. Carlos Pérez editor. Buenos Aires, 1969. Además en Gilly, “*La revolución mexicana*”, en *México un pueblo en la historia*, T II, Universidad Autónoma de Puebla/Nueva Imagen, México, 1983, y Vitale, *De Martí a Chiapas. Balance de un siglo*. Ed. Síntesis y Cela. Santiago, 1995.

33 Estéves y Gil: Ob.cit.

34 Antivilo y Vitale: Ob.cit., p. 56.

35 Ibídem, p. 57.

Perú, en los primeros días de 1913, fue visitado por la incansable propagandista del verbo libertario. Bajo un escenario similar al resto de América Latina; de ascenso de los movimientos sociales, con una ardua lucha del movimiento obrero, liderados por las Sociedades en Resistencia bajo fuerte influencia anarquista. La especificidad étnica del pueblo peruano también se movilizó activamente con sus reivindicaciones. Grandes logros registran las movilizaciones como mejoras salariales, jornada de 8 horas, entre otras³⁶.

En Chile su primera visita fue en 1913. Llegó procedente de El Callao, el 15 de enero a Valparaíso donde la esperaban miembros de la masonería, quienes la trasladaron a Santiago. Dictó nueve conferencias que fueron bien recibidas por los sectores liberales del país y profundamente rechazadas, boicoteadas y censuradas por el sector conservador nacional vinculado a la iglesia católica.

Es significativo destacar que en Chile la influencia del pensamiento y la praxis política de Belén de Sárraga conformó el hito para hablar de movimiento de mujeres y movimiento feminista en Chile pues los *Centros Femeninos de Libre-pensadoras y Anticlericales Belén de Sárraga* son la consolidación de un proceso de génesis del movimiento de las mujeres y el movimiento feminista integrando el movimiento social de las primeras décadas del siglo XX. Los centros a partir de 1913 se propagaron por toda la pampa salitrera cuna del movimiento obrero donde tuvieron una presencia activa dentro del movimiento de obreros y obreras hasta 1922 que coincide con la decadencia de la zona de explotación del salitre en el norte del país.

El 1915 fue un año intenso en viajes. El 11 de mayo nuevamente llegó a Santiago de Chile, procedente de Buenos Aires tras participar en otro *Congreso de Libre-pensamiento*, para brindar un ciclo de tres conferencias en la capital chilena. Al igual que en su anterior visita su presencia y sus conferencias causaron gran revuelo en la opinión pública y batallas campales, entre las y los asistentes a las conferencias y opositores a éstas, en el centro de Santiago. A mediados de julio viajó al norte del país, arribando, por segunda vez, al puerto de Iquique donde fue recibida con vítores. Dio conferencias a teatros llenos, además visitó Negreiros y Pisagua, para trasladarse luego hasta Antofagasta y tomar rumbo hacia Bolivia.

En Bolivia, en julio de 1915, fue recibida por la *Juventud Radical*, la *Federación Obrera*, el *Centro Intelectual "El Porvenir"* y el *Centro Social de Obreros*; en sus con-

36 Zapata, *Autonomía y Subordinación en el Sindicalismo latinoamericano*. FCE, México, 1993.

ferencias llenó el Teatro Municipal de La Paz. Increíblemente, en noviembre de este mismo año, nuevamente visitó Chile, pero en esta oportunidad solo brindó conferencias en la austral Punta Arenas.

En su inaudito periplo, otra vez, pisó tierras argentinas. La ciudad de Mendoza, la acogió en 1918, bajo el marco de la Reforma Universitaria, que nació en Córdoba ese mismo año y más tarde se propagaría por toda América buscando cambios al interior de la universidad y en la sociedad. Belén de Sárraga en Mendoza dictó un ciclo de conferencias en las que trató temas como la “*Influencia social de la mujer*”, “*La moral*” y “*El Problema de la educación*”.

Belén, visitó por segunda vez la isla de Cuba en 1924, esta vez con el propósito de fundar la *Liga Anticlerical*, junto a Julio Antonio Mella³⁷, presidente de la *Federación Estudiantil Universitaria* y, la ya mencionada anarcofeminista, Emilia Rodríguez. La Liga funcionó un año realizando numerosas actividades de propaganda contra la iglesia católica y la familia tradicional. La dictadura de Machado (1925-1933) frenó toda movilización social en Cuba que por esos años era la casa de juegos de Estados Unidos.

Otra década de activismo libertario abrió Belén en Mendoza hacia 1930. A pesar de tener información que señalaba que llegó proveniente de Santiago de Chile, hecho que confirman algunas fuentes, no hemos logrado reconstruir esa visita³⁸. Empero, el 28 de julio inició un ciclo de conferencias en el Teatro Municipal de dicha ciudad. La primera exposición versó sobre “*El momento actual*” en la que analizó la situación internacional después de la I Guerra Mundial. La segunda conferencia la llamó “*La evolución de la mujer en la evolución de nuestro siglo*”, donde realizó un recorrido por la historia de las mujeres. Posteriormente viajó a Buenos Aires y a las provincias del litoral argentino donde participó en varios

37 Julio Antonio Mella fue un antiimperialista y un internacionalista revolucionario, cubano de nacimiento, llegó a fundar el Partido Comunista de ese país. Además escribió muchos ensayos como “*¿Qué es el APRA?*” y “*Cuba, un pueblo que nunca ha sido libre*”. En 1925 funda la sección cubana de la *Liga Antiimperialista de las Américas*. Fue asesinado, por orden del dictador Machado, durante su exilio en México el 10 de enero de 1929. Fue compañero de lucha y de amores de la fotógrafa comunista italiana Tina Modotti, juntos formaron parte de la *Liga Antifascista* (1928). Ver en Vitale, *Cuba: de la Colonia a la Revolución*. Ob.cit., y *Los precursores de la Liberación Nacional y Social en América Latina*, del mismo autor. Ediciones Al Frente, Buenos Aires. Además en Dumpierre, *Julio Antonio Mella*. Ed. Orbe, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1975.

38 Roig, *Mendoza, en sus Letras y sus Ideas*. Ed. Culturales de Mendoza, 1996, p. 189, y en Lafertte, *Vida de un comunista*. Santiago, 1957, p. 217.

actos públicos³⁹. Otro país que visitó ese mismo año fue Ecuador ocasión que la censura de la iglesia católica actuó vorazmente contra el *Centro Feminista Anticlerical* que organizó su visita.

La emergencia de la II República en España la reconciliaron con su tierra natal. Entre los años 1933-39, Belén vuelve a Málaga. Volvió para participar en las elecciones de noviembre de 1933. Los periódicos la reconocieron como la “*batalladora dama*” que con “toda una vida de lucha, consagrada plenamente al triunfo del ideal. La Málaga republicana recuerda con gratitud la denodada labor de doña Belén de Sárraga en pro de la causa, su rebeldía, sus sacrificios”⁴⁰. María Dolores Ramos, señala el escenario que enfrentó Belén en la arena electoral en plena crisis, la que describió dentro de: “un incremento del paro y la conflictividad, progresiva radicalización de la lucha de clases, obstrucción parlamentaria de las derechas, agresividad de Lerroux contra los socialistas, desacuerdos entre republicanos y significativo avance del Partido Comunista. Por otra parte las elecciones se llevaron a cabo en un clima de singular expectación por conocer el sentido del voto de las mujeres, que estrenaban derechos políticos”⁴¹. Asimismo los federales, compañeros de partidos de Belén, también estaban en crisis, se encontraban polarizados en dos grupos. Finalmente, en las votaciones no le fue bien, al igual que a todo el partido.

Belén llegó a ser la vicepresidenta del *Partido Federal*, pero tras el término de la Guerra Civil marchó al exilio; primero se fue a París y, posteriormente, a México amparada por el decreto del presidente Lázaro Cárdenas, que facilitó la entrada a los exiliados republicanos de toda clase y condición. Debió haber abordado alguno de los barcos que dispuso el *Servicio de Emigración para los Republicanos Españoles* (SERE), creado en marzo de 1939 en París.

Hacia 1942, Belén ya se encontraba en México. La gran acogida del país azteca a los refugiados españoles había dado frutos importantes como *El Colegio de México*, creado el 16 de octubre de 1940, que se transformó en un espacio abierto a los catedráticos y maestros del exilio español. Entre 1937 y 1942 se calcula que aproximadamente 30 mil refugiados españoles llegaron a México, en 16 embarcaciones. Entre los exiliados, venía un grupo de eminentes intelectuales republi-

39 *Ibíd*em

40 *El Popular*, Málaga 22 de octubre de 1933. Citado por Ramos, *Belén de Sárraga o la República como emblema.....* Ob.cit.

41 *Ibíd*em, p. 225.

canos que, por sus creencias e ideales, fueron perseguidos por el franquismo. El gobierno mexicano les ofreció la posibilidad de continuar su obra.

A México arribaron poetas de la talla de León Felipe, Luis Cernuda, Emilio Prados, Pedro Garfias, Manuel Altolaguirre, Concha Méndez, María Enciso y Juan Rejano. Los filósofos José Gaos, Eduardo Nicol, Juan David García Bacca, Joaquín Xirau, Jaime Serra Hunter, José María Gallegos Rocafull y Eugenio Imaz. Los historiadores Rafael Altamira, Pedro Bosch Gimpera, José Miranda y Wenceslao Roces. Novelistas como Benjamín Jarnés, Max Aub y Manuel Andújar. Los compositores Rodolfo Halffter y Simón Tapia. Los pintores Arturo Souto, Miguel Prieto y Antonio Rodríguez Luna; críticos de arte y literatura como Juan de la Encina, Adolfo Salazar, Enrique Díez-Canedo y José Moreno Villa.

También llegaron los directores de cine como Luis Buñuel y Luis Alcoriza, los científicos José Giral, Blas Cabrera, Isaac Costero, Pedro Carrasco, Augusto Pi Sunyer, José Puche, Rafael Méndez, Manuel Márquez, Enrique Rioja e Ignacio Bolívar. Antropólogos como Juan Comas y psiquiatras como Gonzalo R. Lafora. Entre los sociólogos estaba José Medina Echevarría. Los economistas Antonio Sacristán y Manuel Sánchez Sarto y juristas como Niceto Alcalá-Zamora y Castillo y Mariano Ruiz-Funes. Estos intelectuales y otros más, dejaron una profunda huella en la vida cultural en México⁴².

Asimismo, sucedió con Belén de Sárraga, que en 1942, ya formaba parte del *Ateneo Pi Margall* de ciudad de México, lugar de encuentro de los refugiados republicanos y anarquistas españoles. En la década del 40' está radicada en la capital azteca, ya tiene alrededor de setenta años de edad, y algo desprovista de recursos se ganó la vida dando conferencias por radio y escribiendo artículos, que le pagaban tarde y mal, lo que tuvo que combinar con el trabajo de vendedora en el comercio.

Palabras finales

Esta crónica es una invitación a las investigadoras de la historia de las mujeres latinoamericanas para poder reconstruir en su totalidad el paso de este torbellino libertario por cada país. Realmente es una tarea titánica que sólo se puede realizar con investigadoras residentes en los diferentes países.

42 Ver en Miguel Lerdo de Tejada. Boletín Bibliográfico Electrónico N° 7, en www.shcp.gob.mx/

Con todo, es importante destacar que Belén, junto a otras mujeres, formaron parte de un movimiento de mujeres y feministas que interpelaron al Centenario de las Repúblicas latinoamericanas por los derechos de las mujeres. Cabe preguntarse, si en hoy en la conmemoración del bicentenario republicano ¿Qué hemos mantenido de ese espíritu agitador? ¿Qué hemos ganado o perdido las mujeres en un siglo? Por todo, este artículo abre éstas preguntas con el fin de repensarse la historia de las mujeres latinoamericanas entre los avances y retrocesos de nuestras reivindicaciones históricas.

Bibliografía

ÁLVAREZ JUNCO, J. *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid: Alianza Editorial, 1990.

ANTIVILO, Julia - VITALE, Luis. *Belén de Sárraga. Precursora del feminismo hispanoamericano*. Santiago: Ed. Cesoc, 2000.

CABRERA, Olga. *El Movimiento Obrero Cubano en 1920*. La Habana: Instituto del Libro, 1969.
DUMPIERRE, Erasmo. *Julio Antonio Mella*. La Habana: Ed. Orbe, Instituto Cubano del Libro, 1975.

ESTEVEZ, José. *Cronología de la Casa del Obrero*. Revista CEHSMO, N° 9 correspondiente al mes de julio de 1977. Primera edición cibernética, mayo de 2001.

GAVIOLA, Edda, JILES, Ximena, LOPRESTI, Lorella y ROJAS, Claudia. *Queremos votar en las próximas elecciones. Historia del movimiento femenino chileno 1913-1952*. Santiago: Co-edición de La Morada, Fempress, Isis, Librería Lila y Pemci, 1986.

HENAULT, Mirta. *Alicia Moreau de Justo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1983.

JUÁREZ, Benito. "Alicia Moreau: La larga vida y fructífera existencia de una mujer que dedicó su vida a luchar por la libertad, la igualdad y la justicia". <http://www.masonería-argentina.org>.

LAFERITE, Elías. *Vida de un comunista*. Santiago, 1957.

LAVRIN, Asunción. *Las mujeres Latinoamericanas. Perspectivas Históricas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.

LERDO DE TEJADA, Miguel. *Boletín Bibliográfico Electrónico*, N° 7, www.shcp.gob.mx/

PLA, Alberto. *América Latina siglo XX: economía, sociedad y revolución*. Buenos Aires: Colección Hechos y Palabras. Carlos Pérez editor, 1969.

RAMOS, María Dolores. “Belén de Sárraga: una líder social del 98 en Andalucía”. Actas del primer Coloquio Internacional ANDALUCÍA Y EL 98, Córdoba, 1998.

_____. “Belén de Sárraga: Congreso Internacional de Librepensadores en Ginebra (1902)”. *Revista Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*. Universidad de Granada. Vol. 2, N°1, enero-junio, 1995.

ROIG, Arturo Andrés. *Mendoza, en sus Letras y sus Ideas*. Mendoza: Ed. Culturales, 1996.

VÁLDES, Teresa. *De lo social a lo político. La acción de las mujeres latinoamericanas*. Santiago: Ed. LOM, 2000.

VITALE, Luis: *Cuba: de la Colonia a la Revolución*. Santiago: Ed. Ril, 1999.

_____. *De Martí a Chiapas. Balance de un siglo*. Santiago: Ed. Síntesis y Cela, 1995.

_____. *La mitad invisible de la historia. Protagonismo de la mujer latinoamericana*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana-Planeta, 1987.

_____. *Los precursores de la Liberación Nacional y Social en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones Al Frente, 1980.

ZAPATA, Francisco: *Autonomía y Subordinación en el Sindicalismo latinoamericano*. México: FCE, 1993.

Periódicos

El Mercurio, Santiago, 1913.

El Debate, Mendoza, 1906.

El Liberal, Montevideo, 1909 y 1910.

El Popular, Málaga, 1933.

Una viajera memoriosa: herencia y movilidad contemporánea en *Cartographies* de Marjorie Agosín

Guillermina Walas, Ph.D.
Investigadora Independiente

Puntos de partida/Introducción

Hablar de desplazamientos, reales o metafóricos, implica siempre la alusión al concepto de lugar, posición, emplazamiento en un espacio fijo¹ por lo cual también definir la imagen de una subjetividad móvil requiere presuponer una geografía con estáticos puntos referenciales que sirven al retrato de la identidad viajera resultante. Entre estos variados hitos o mojones generalmente se destacará una marca de origen y otra de destino o última parada desde la cual el sujeto se sitúa y enuncia el discurso dado por la memoria del recorrido. Como memoria de desplazamientos múltiples, determinada por la sensibilidad y las coordenadas de un particular itinerario, *Cartographies* (2004)² de la escritora chileno-americana Marjorie Agosín, conforma el trayecto de una identidad definida a través de los espacios de un mundo **internalizado, apropiado e incorporado desde una individualidad** que deviene voz colectiva. De manera curiosa, sinónimo de “hito” o “mojón” puede ser la palabra “testigo” en ciertos contextos, y eso es lo que precisamente releva el texto en cuestión: los espacios con sus habitantes son testigos de una historia multifacética de la que la viajera debe dar cuenta a su paso, convirtiéndose ella misma en testigo de la pluralidad humana. Así, en este trabajo me propongo explorar, también en calidad de viajera, descubriendo y recorriendo la topografía textual, cómo memoria y localización se combinan en este particular texto para configurar una poética de identidad móvil.

En efecto, el sujeto textual de *Cartographies* se manifiesta en la experiencia diversa del viaje, desde migración y exilio hasta el viaje turístico o de placer, el via-

1 (Kaplan, 1996: 143),

2 Todas las citas pertenecen a la primera edición de University of Georgia Press (Athens, 2004) y van acompañadas de mi traducción.

je cognitivo e incluso, el viaje introspectivo de la memoria. Tales temáticas ya son características de la obra de la autora, quien se auto representa en muchos de ellos como “exiliada” tanto por su herencia judía como en su chileanidad, dado que su familia salió de Chile meses antes del golpe de estado de Pinochet (entre otros datos biográficos que la conectan con el exilio chileno), pero también puede considerarse en relación con su calidad de inmigrante en Estados Unidos.³ Más allá de las coordenadas autobiográficas, la particularidad de *Cartographies* reside en la reflexión profunda sobre el migrar, mudarse, cambiar de espacio y sobre cómo cada espacio se siente o percibe para un sujeto femenino que experimenta tal movilidad: cada espacio se va convirtiendo en un mojón o marca en la existencia del sujeto y, recíprocamente, la viajera es testigo de cada uno de ellos y de algunos de sus particulares habitantes.

Es entonces en el intento de representar y representarse en movimiento que los campos semánticos del tejido, de la memoria y del viaje se aúnan en la prosa poética del texto para configurar un sujeto femenino en constante fluir, pero todavía con fuertes anclajes dados por la conexión afectiva que se establece con los diversos puntos claves del mapa vital, sobre todo con el origen recordado y el puerto de destino. En tal sentido, “destino” al igual que “punto de partida” empalman con “hogar” (¿Chile? ¿Estados Unidos? O, simplemente, el mundo...) en más de una coordenada geográfica y simbólica, sin llegar a trazar un círculo alrededor del yo poético - lo que implicaría un cerco, un límite, una clausura - sino marcando una definición alternativa del viaje y de quien lo emprende como una mujer libre de censuras.

En tal sentido, señala Nancy Abraham Hall en su introducción al texto que con *Cartographies* Marjorie Agosín suma su particular voz a toda una tradición literaria de viajes y viajeros, pero también regresa al tono autobiográfico de publicaciones anteriores al evocar espacios visitados o incluso considerados como

3 Marjorie Agosín nació en Bethesda, Maryland (Estados Unidos) en junio de 1955 de padres chilenos (de origen judío y por lo tanto con una herencia de exilio y migración), pero en septiembre del mismo año la familia regresó a Chile, donde permaneció hasta 1971 y a donde regresa de visita cada año desde 1972. Este regreso en plena adolescencia estuvo marcado por la experiencia de discriminación y luego por la situación tiránica en Chile que llevó al exilio a muchos. Por todo esto, las memorias de infancia y adolescencia de la escritora se conectan más con el español y Sudamérica que con el espacio norteamericano y su obra reviste características propias de la experiencia del exilio tanto como la de la migración. Para más información biográfica remito a la bibliografía que se adjunta al final de este trabajo.

su hogar.⁴ De tal manera, el trazado de mapas poéticos desde la memoria tiene el carácter de re-visitar viajes personales y familiares, pero también de indagar en el viaje humano, ancestral que se encarna como cruzada propia, apuntando hacia dos objetivos interrelacionados: el auto conocimiento mediante la introspección (viaje interior), explorando los efectos de cada espacio y de quienes lo habitan (o habitaron) en la subjetividad misma, por un lado, y por otro, la reivindicación del viaje de aquellos que no tuvieron otra opción que el desplazamiento o de quienes están presentes en los sitios visitados, pero como testigos marginales, es decir, también desplazados de la memoria histórica. Así, el entretejido de lugares configura una geografía de la memoria que revela el autorretrato de un sujeto móvil, adaptable – aunque, por momentos, nostálgico – y, principalmente, solidario, sensible a las historias ajenas que va aprehendiendo en su trayecto, en cada localización desde la que enuncia o sobre la que se rememora la experiencia pasada.

Hitos de viaje/Testigos en la memoria

Si con “localización” referimos a la ubicación espacio-temporal de la subjetividad tanto en lo concretamente geográfico como en lo simbólico o representacional, cabe comenzar entendiendo en su complejidad que la voz textual se posiciona e intenta representar diversos espacios y a la vez sentirse representada por o en ellos. Por lo tanto, aquí la auto-representación, según veremos, es genérica en todo sentido al definir un sujeto que no enuncia desde un lugar singular y fijo, sino desde las variables relativas al ser mujer, poeta, chilena, estadounidense, latinoamericana, con diversas herencias, posibles lenguajes e incluso, reales e imaginarios oficios; el sujeto representado es una viajera cosmopolita o “*flâneuse* del mundo” - un mundo propio tanto como ajeno, pero siempre abrazado aún en su hostilidad - y a la vez vocera de quienes no tienen (o tuvieron) la movilidad que ella experimenta. En otras palabras, *Cartographies* no es una autobiografía en sentido estricto, pero es claro que apunta a la auto-representación y en ello ejemplifica lo que señalara dos décadas atrás Susan Stanford Friedman acerca del contraste entre el sujeto autobiográfico tradicional (masculino, blanco, hegemónico,

4 Nótese que además de introducir el texto, Nancy Abraham Hall realizó su traducción y que el mismo se publicó directamente en este formato de traducción. Esta es una particularidad de producción y circulación propia de la autora que daría lugar a otro tipo de estudio y observación sobre desplazamiento(s). Abraham Hall, 2004: xiv-xv

individualista, que habla desde una posición fija y distante del otro), y la auto-representación femenina o de subjetividades “minoritarias” (o no-hegemónicas) en que el rol de la consciencia colectiva y comunitaria es central a la definición de esa subjetividad, mucho más alerta al lugar que le toca o en el que se ubica⁵

Además, como en toda cartografía que se precie, los lugares son trascendentes en este texto puesto que el mismo conduce al lector por una variedad de espacios, dispares pero interconectados, entretejidos todos por su pertenencia a una misma memoria subjetiva que los ha hecho parte de sí y con los cuales establece una relación de reciprocidad puesto que estos proveen de signos a la poeta, por una parte, y por otra, reciben un significado nuevo a partir de la lectura, interpretación y transcripción imaginativa en escritura que ella hace tras su apropiación. De tal modo, el yo lírico nos dice que en los lugares, como una experta en la cábala, buscaba signos para inventarse a través de la memoria (Agosín, 2004: 5), reconociendo el carácter imaginativo, recreador de la memoria del acontecer vital (o memoria episódica) que, como lo notara Bergson a fines del siglo XIX, nunca reproduce dos imágenes idénticas respecto de un mismo evento, paisaje visto o incluso sobre una misma sensación experimentada aunque nos parezca que así es⁶ Cada memoria se recrea al darle nueva vida al pasado, agregando significados a la materia rememorada sin que por ello se pierda necesariamente su carácter fiel o fidedigno, dado que la memoria no es traicionera aunque a veces se presenta “nublada” o “velada”.⁷ Como una mujer misteriosa, esta memoria, fiel aunque imaginativa, o femeninamente lúdica y creativa, custodia la palabra de quienes no pueden o pudieron ofrecer su propia versión del pasado (sus memorias) a partir de los hitos variados por los que transita desde la experiencia más íntima.

5 Stanford Friedman, 1998, p. 79.

6 Explica Christian Derouesné, al hablar de la memoria de lo cotidiano y tras citar a Bergson respecto de la actualización del recuerdo, que la memoria autobiográfica permite al sujeto construir y mantener un sentimiento de continuidad y de identidad al representar una cierta información específica registrada en la memoria semántica de distintas maneras en relación con varios factores conectados a la memoria episódica. Es esta última la que hace que al reproducir el material recordado nunca lo hagamos de manera idéntica, aunque sí tan similar como para reconocerlo como el mismo (Derouesné, 2002: 22 - 38-39).

7 “Memory does not betray, and no matter how often denied, it suddenly appears like a veiled woman, cloudlike and solitary, searching for a word that will name her and find her”. La traducción se leería: “La memoria no traiciona, y sin importar cuán seguido se la niegue, repentinamente aparece como una mujer con velo, nublada y solitaria, buscando una palabra que la nombre y la encuentre.” (Agosín, 2004: 4)

Memoria e imaginación se conjugan de este modo sin traicionar una ética de la representación histórica, es decir la memoria es imaginativa sin dejar por ello de ser fiel al pasado y a sus actores.⁸

Además, el recorrido textual da cuenta de la fragmentariedad errante del recuerdo desde su composición misma al presentar breves narrativas en tono poético o incluso poemas en su centro mismo, que tejen no sólo un itinerario sino una imagen del sujeto viajero que actualiza la memoria, y de aquellos que, simbólica o concretamente, lo han acompañado en partes del recorrido, ofreciendo también sus relatos y sus memorias, y a quienes, en tanto poeta, se debe representar: la madre y esa “sagrada memoria” familiar tanto como la historia de linaje paterno, los seres amados, y también las mujeres silenciosas en sus diversas labores (como las nanas o criadas), los muertos víctimas de injusticias, aquellos que cumplen tareas que pueden parecer intrascendentes, pero son imprescindibles para la continuidad de la vida.⁹

Por este mismo deseo de representar para representarse, la reflexión cartográfica comienza con un examen de la subjetividad en relación a los motivos del viajar en “Un mapa de mi cara” / “A map of my face”. Dicha primera sección indaga en qué es lo que origina el trazado de estos mapas descriptivos de lo particular de la identidad de la poeta tanto como de la generalidad humana en sus fragmentos escurridizos, en su furtiva profundidad. Se observa que aún en las partes de corte más autobiográfico, como es el intento de auto-retratarse, no es

8 Si bien al tratarse de literatura el texto no tendría por qué presentar un planteamiento respecto de la representación histórica, dadas las múltiples referencias a aspectos pertenecientes a una memoria colectiva que se expresan en él, el cruce del texto con el género autobiográfico y sobre todo, esta preocupación explícita sobre la fidelidad de la memoria, permiten traer a colación el dilema del relato histórico que debe prescindir de aspectos imaginativos para cumplir con una ética de la representación. *Cartographies*, de alguna manera, expresa las ventajas de recordar a través del discurso poético en lugar del histórico en lo que hace a las posibilidades de brindar una voz subjetiva original y aún “fiel” (ética) a la voz colectiva (historia). Para más sobre este punto remito a Paul Ricoeur, especialmente a su artículo sobre ética y representación en *Travail de mémoire* (Ricoeur, 1999: 88-89).

9 Me refiero por supuesto a la intertextualidad de *Sagrada memoria. Reminiscencias de una niña judía en Chile* (1994), de ahí el entrecomillado. También respecto de los personajes y/o figuras representados cabe mencionar el importante papel de la propia intertextualidad o de la imaginaria recurrente: las mujeres “de humo”, frente a una hoguera, las alfareras, las figuras acuáticas ligadas al amor, entre otras. Al respecto, remito a mi capítulo biográfico sobre Agosín y su obra en *Latino and Latina Writers* (Walas, 2004) así como a *Memorial de una escritura*, el estudio comprensivo de la obra de Agosín, editado por Emma Sepúlveda (Sepúlveda 2002).

el individuo lo que interesa sino la pluralidad de historias que el singular rostro encubre y que el espejo, siempre con parcialidad, revela.

Nuevamente, este enfoque epistemológico desde una subjetividad que registra su singularidad, a la vez que se hace plural en su solidaridad con lo que aprende de otros en el camino o por lo que tiene de colectivo en zonas heredadas, es una clave de la perspectiva genérica del yo textual. Como señala Lorraine Code al proponer una nueva geografía del terreno epistémico que para decirse feminista debe basarse en el relativismo: “knowers are always *somewhere* - and at once limited and enabled by the specificities of their locations”, el énfasis es del original).¹⁰ Tal reflexión resuena asimismo en el análisis de las “geografías post-modernas” que elabora Caren Kaplan en *Questions of Travel*, al recorrer las teorías de “posicionalidad” de Teresa de Lauretis y Linda Alcoff así como nociones relacionadas con el sentido de lugar y geografías de la diferencia (Massey, Mohanty, Rich, entre otras). Kaplan insiste y concluye en que para romper binarismos esencialistas tanto como para resolver las hostilidades que se dan, incluso horizontalmente, entre mujeres es necesario comenzar por reconocer la parcialidad y la naturaleza fragmentaria de nuestras categorías ideológicas y prácticas críticas (Kaplan, 1996: 179 y 186). En la práctica literaria que propone *Cartographies*, para no limitarse en su saber al arraigarse o fijarse en un espacio (físico concreto o de la memoria) donde las diferencias con el otro se hagan irreductibles – en otras palabras, para no “esencializar” – el sujeto opta por el movimiento constante, aún a riesgo de perderse en la multitud o de no volver a reconocer el hogar de su identidad.

Entonces, se entiende que la motivación para el viaje no sea el deseo de partir o de huir de la subjetividad, apropiándose por curiosidad - antropológica o turística - de un otro desconocido que se apunta a objetivar y racionalizar, sino por el contrario, lo que la moviliza es el reencuentro con un “yo” más íntimo que es múltiple y diferente. Por ello, viaje y hogar crean sentimientos encontrados al coexistir en este sujeto que nunca (se) mira desde o en el mismo escenario. Viaje y hogar cohabitan como también lo uno y lo diverso. Múltiples imágenes de claro-oscuro, repeticiones, metáforas así lo demuestran a través del texto. Es la búsqueda y la ilusión de la llegada, del encuentro con el verdadero hogar - tal

10 “Los sujetos cognitivos siempre están en *algún lugar* – y al mismo tiempo limitados y autorizados por las mismas especificidades de sus posiciones espaciales.” (Code, 1993: 39, mi traducción)

vez esa humanidad que nos une sin homogeneizar - lo que promueve el recorrido, concreto o simbólico, de estas localidades y su escritura porque se nos dice que más que el progreso se ansía el arribo para poder narrar los trayectos cada vez más inciertos y distantes (“More than progress I treasured arrivals so that I could begin to narrate my increasingly uncertain and distant journeys”)(Agosín, 2004: 9).

Una vez puesto en marcha, el itinerario tiene, por supuesto, su punto geográfico inicial en las costas del Pacífico Sur (“Southern Shores”), en el Chile de los primeros recuerdos y la infancia más tierna en la que lenguaje e imagen se unen para registrar las vivencias propias y los relatos de los mayores. Es allí donde, en tanto inicio del recorrido, en el recuerdo de los veranos de la infancia pasados en la famosa Isla Negra de Neruda, se reconoce explícitamente la función, si bien repetitiva, también creativa de la memoria, siendo en ese lugar donde, dice la voz textual, “buscábamos” el repetitivo y constante ejercicio de crear memorias (Agosín, 2004: 19). Y el plural que supone el “nosotros” del sujeto en ésta y otras partes es muy significativo, puesto que siendo que el arte es por excelencia el auxiliar de una memoria colectiva¹¹, incluso desde la ingenuidad del juego infantil, ya se está reconociendo la prospectiva función de representar al grupo, de ser vocero de un colectivo con el que se comparte algo clave de la identidad como puede ser el género, las ideas y los ideales, la pertenencia a un espacio considerado como “hogar” (en su sentido acotado a lo privado), o como “patria” (en un aspecto más amplio y plenamente colectivo). También, ligado a esto, en el recuerdo de la isla de Neruda, se establece el primer acercamiento intuitivo con la vocación de poeta, aunque el destino a cumplir en ese momento todavía no se conocía (Agosín, 2004: 20).

Conjuntamente, respecto del espacio de la infancia, tiene que darse la reflexión sobre qué o cuál es ese “hogar” y cómo es éste representado en la memoria. Regresar a la casa es reencontrarse, actualizar imágenes que estaban en nuestro archivo mental, pero no es necesariamente reconocerse en ese espejo de las cosas. En cambio, el regreso puede suponer una recreación de la identidad – he aquí nuevamente el aspecto creativo del recordar – en base a la conjugación de las imágenes del presente con las del pasado.¹²

11 Richard, 1999, p. 18.

12 Leigh Gilmore en *Autobiographics* establece como hipótesis para la caracterización de la autobiografía femenina la correlación entre recordar (“to remember”) y una restauración de

La viajera, de la que se habla en tercera persona en algunos pasajes, es evidentemente una referencia a la propia identidad que hace confluir varias ideas de movimiento, no siempre suponiendo un destino firme hacia un punto determinado: recordar e imaginar pueden ser viajar, y a su vez, en el viajar concreto puede haber desde turismo y errancia voluntaria hasta migración y exilio u otras situaciones obligadas y traumáticas de desplazamiento. Esta viajera une en sí misma todas estas posibilidades de posicionamiento. Por eso, si bien señala en ciertos pasajes la imposibilidad de regreso al hogar (“I understand that travelers can never go home. They must constantly move along. The only possible country is like a river: an outlet for the imagination” (Agosin, 2004: 15), implicando un viaje forzado como el exilio, también se refiere en numerosas zonas al errar de la memoria que nunca encuentra el punto exacto del que proviene. Constatamos esto en el fragmento titulado precisamente “Home” (“Hogar”), donde se habla del auto-reconocimiento, por un lado, pero el extrañamiento, por otro, al que conduce la memoria al reencontrarse con el sitio y los objetos de la infancia con su fuerte carga afectiva. Por momentos contradictorio, el pasaje entre el regreso a ese hogar y el reconocimiento o identificación con el sujeto que allí se fue, necesita de una intervención imaginativa. Se presenta el dilema - constante a través del texto - que señala desde la crítica Amy Kaminsky: en la era post-exilio los sudamericanos enfrentamos la hipóbole utópica e imposible del emplazamiento¹³. *Cartographies* reafirma en lenguaje poético la conclusión de Kaminsky acerca de que ese fin del exilio supone, al haberse perdido el sentido del hogar o del estar en casa, una riqueza ambigua, “a richness that must always bear a sense of loss and a desire for what is elsewhere” (Kaminsky, 1999: 144). La riqueza de haber superado la adversidad del exilio acarrea así un sabor amargo: el del deseo por lo que siempre está en “otro lugar”, es decir, un movimiento permanente (si no a nivel físico concreto, al menos en el plano psíquico o de la memoria), mientras que sobrellevar el sentimiento de pérdida exige cubrir el vacío del desarraigo conjugando memoria e imaginación, aún a riesgo de caer en la irrealidad.

los fragmentos que hacen a la identidad del sujeto (“to re-member”), lo que se da como juego lingüístico en inglés, pero no se traduce exactamente en español. De tal manera, el rememorar sería una restauración de la identidad al ser el pasado del sujeto actualizado y recreado en la escritura. Traigo a colación esta hipótesis de Gilmore dado que se trata de un acercamiento que toma en cuenta la parte creativa (comúnmente considerada como “ficción” en el sentido de “irrealidad” tanto como de “falsedad”) de lo autobiográfico, sobre todo en lo que respecta a la auto-representación femenina. Para más sobre esto remito a Gilmore, 1994: 90-91.

13 Kaminsky, 1999, p. 19

Además, en esa paradoja entre ficción y realidad, movilidad y fijación que produce la escritura basada en el recuerdo auto-referencial y sus implicancias para la identidad, la voz textual de *Cartographies* se une a otras, no necesariamente de exiliados concretos, sino emitidas desde un margen dado por la pertenencia genérica, como la de Clarice Lispector, quien en un fragmento sacado del “fondo de una gaveta” describe a la memoria, desde su lugar de mujer, como una forma de inventarse, a veces surreal o incluso fantástica, al mismo tiempo que es tan profundamente real que enraíza nuestro ser, definiéndonos y, por ello, se siente “en carne viva”.¹⁴ La memoria es tal vez el verdadero hogar de la identidad, en lo que tiene de real y fijo (memorias que nos acechan obsesivamente, amarradas a un hito vital) tanto como en lo que puede agregar su recreación imaginativa, en su vuelo a otros confines (memorias oníricas, tal vez, o lo que flotando se agrega en la repetición de las anteriores). De tal manera, para el encuentro de un espacio del ser en el cambiante itinerario de la viajera de *Cartographies*, la imaginación del recordar es tan central como aquella memoria aparentemente anclada en eventos concretos, dado que es en el cruce de ambas que se reconoce el hogar perdido.

Historia y lenguajes / Anclajes inciertos

Luego aparece entonces el lenguaje, el otro actor crucial en esta representación de la identidad y en la localización del hogar. Conectado con el pasado, a la infancia y al espacio en el que se lo ha adquirido primeramente, el lenguaje se presenta como un don materno. Quizás por ello, desdoblándose en una tercera persona que refiere a la madre y a su herencia, se reflexiona sobre el lenguaje de la memoria que no siempre puede ser transmitido y muchas veces nos es negado (Agosín, 2004: 22). Asimismo, respecto de lenguajes, el lector comprobará más adelante que la identificación “lenguaje materno” y “lenguaje propio” puede volverse problemática para un sujeto que va formando su identidad en forma itinerante, adoptando lenguajes que no son los de su madre y, al mismo tiempo, desconociendo el que sí lo es.

14 Dentro de la sección “Fondo de Gaveta”, que reúne misceláneas en *La Legión Extranjera*, dice el texto de Lispector bajo el título “Acordarse”: “Tantas veces escribir es acordarse de lo que nunca existió (...). Con un esfuerzo de ‘memoria’, como si nunca hubiera nacido. Nunca nací, nunca viví; pero me acuerdo, y el recuerdo es en carne viva.” (Lispector, 1971: 212)

De tal manera, tras atravesar la sección sobre las costas del Pacífico sur, el texto continúa sin atarse a respuestas definitivas, aunque repitiendo ciertos gestos, como es común a toda identidad, respecto de las preguntas sobre cuál es el hogar, la casa añorada, o, en términos más amplios, a qué llamar “patria”, preguntas que *Cartographies* busca responder de principio a fin: tal vez, es preciso trazar este mapa poético para descubrir ese espacio tan profundo y así dibujar (o tejer) en palabras la identidad. El hogar, el país propio, es el lenguaje (Agosín, 2004: 20), pero también el lugar en el cual no se es ni un invitado ni un viajero, donde se pueden reconocer los objetos que ha almacenado pacientemente, en el viaje, la memoria que, por su parte, se articula siempre en alguna forma de lenguaje (Agosín, 2004: 21). Según se lee en múltiples secciones, el hogar es además un otro que nos ofrece refugio o a quien podemos auxiliar al simpatizar con su posición o, como en la frase popular, al ponerse “en sus zapatos”. Todas estas posibilidades coexisten en el texto sin anularse entre ellas, demostrando una vez más que la movilidad lleva a saber del otro y de sí mismo/a en distintos códigos.

Con esta reflexión, la viajera cruza tierra y mar desde la franja más sudoeste de la América Latina hacia el este, semejando una incursión en el tiempo, a una Europa oriental con su pasado de xenofobia y guerra (“Cities of War”), con las imágenes que le traen tanto las memorias familiares como las propias de su viaje de juventud.¹⁵ Esta sección es una verdadera incursión en la historia familiar que incluye un diálogo con los antepasados tanto como la intención de honrar las voces perdidas, familiares o no, en el holocausto y otros eventos bélicos e infames como es el caso de lo sucedido en la ex-Yugoslavia.

Respecto de lo primero, la historia familiar, al observar a su madre hablando alemán y desenvolviéndose como una local en Praga, la poeta se preguntará: “¿Cuás es mi historia? ¿Es mi nombre realmente Agosín? ¿Cómo y por qué fuimos a Chile?” (Agosín, 2004: 40, mi traducción). Líneas más abajo, sin contestar a estos interrogantes porque es al lector a quien le cabe unir los retazos e hilvanar la historia, ella siente muy cercana la presencia de su bisabuela Helena y piensa en escribirle, dado que su memoria – implicando tal vez no sólo la del sujeto poético sino la de sus antepasados evocados en la figura de la bisabuela – no puede des-

15 Nótese que por las razones biográficas ya mencionadas en la nota 2, Chile se configura como el primer lugar de la memoria autobiográfica y del lenguaje. Para más información sobre esto véase: Agosín, 1999: 3; Sepúlveda, 2002: 11-19; Walas, 2004: 763, entre otras referencias listadas en la bibliografía adjunta.

cansar (Agosín, 2004: 40). La incomodidad que se experimenta al ver a la madre como si se tratara de una desconocida, tan a gusto en otra lengua y espacio, es en parte lo que hace indagar en quién se es.

Como se cree propio de la auto-representación femenina, el sujeto siente aquí la ambivalencia cultural del nombrarse (Gilmore, 1994: 88), representada por el nombre del padre y su posible adaptación hispana (“Agosín”), por un lado, y por otro, ese pasado del lenguaje materno que es actualizado en el ahora de la escritura y de la experiencia descripta, pero que se manifiesta aquí como ajeno al sujeto. La madre se convierte en una extraña o incluso en extranjera para su propia hija. La ambivalencia se resuelve en la evocación de la abuela, con la cual se completa una genealogía materna (bisabuela, abuela, madre e hija-poeta) al reflexionar que de alguna manera la visita a Praga y a Viena es un regreso de estos otros sujetos que ya no están físicamente sino en la memoria y los gestos heredados. Así, se produce un (auto) reconocimiento en ese linaje materno: “Grandmother had returned, or perhaps we had, guests of an unfailingly accurate memory”.¹⁶ Se nos ha advertido en la página anterior de *Cartographies* que no es la genealogía lo que interesa aquí sino celebrar la vida no sólo en los que actualmente viven sino a través de la memoria, observar un destino que debe ser aceptado y conmemorado en la identidad que se conjuga, aunque parezca caprichoso, por ejemplo, en la azarosa convergencia de Chile, Austria y Estados Unidos, de alemán, inglés y español entre otros aspectos de la identidad de la poeta.

En cuanto al hacer honor a las voces perdidas, en esta sección de las “ciudades de guerra” el texto conduce a representar una identidad colectiva más amplia que la familia inmediata, en tanto refiere principalmente a la memoria del pueblo judío, por lo cual la voz textual se expresa en el inclusivo “nosotros” o aún en un apelativo “tú” que se entiende como referente concreto a la persona amada, pero también como un llamado al lector. Así, por ejemplo, en la última viñeta de la sección, sobre Dubrovnik, imaginación, sueño y memoria se unen en

16 La cita en traducción se lee: “La abuela había regresado, o tal vez nosotros regresamos, invitados de una memoria infaliblemente acertada”. Cabe señalar a propósito de este pasaje que en otro texto de Agosín, *Sagrada memoria*, se le atribuye precisamente el aprendizaje de alemán a “la abuela Helena”, bisabuela de la autora si tenemos en cuenta que la voz textual de dicha narrativa se corresponde con la madre de la escritora (Agosín, 1994: 83).

las palabras finales al igual que el sujeto poético con el “tú” al que apela en una comunión de complementos (Agosín, 2004: 48). En esa apelación al “tú” amado, tras la visión penosa de la guerra aparece el optimismo del nuevo día, de un lenguaje de la memoria que trasciende naciones y seguirá vivo porque el camino que traza, del cual la voz textual es transeúnte activa, aún continúa.

Eco de las palabras del premio Nobel de la Paz, Elie Wiesel, en la introducción a su testimonio, donde señala que, en última instancia, todo gira en torno de la memoria, sus fuentes y su magnitud, y por supuesto, sus consecuencias (“For in the end, it is all about memory, its sources and its magnitude, and, of course, its consequences” Wiesel, 2006: xv), la trascendencia de ésta se observa todavía mejor cuando la prosa líricamente fragmentaria se hace poesía plena al cruzar a Grecia y de allí a Oriente en “Gestures of Memory” (“Gestos de la memoria”). Jerusalén será tocar el origen mismo de la identidad para regresar después por Egipto a lo más profundo de esos gestos (Agosín, 2004: 64). La poeta nos recuerda, sin restarles importancia, que mientras las historias de los muertos se entretejen en silencio bajo tierra, el lenguaje de la poesía permite la recuperación de lo que de otra manera se perdería en el olvido: “La poesía es un gesto de la memoria destinado a cubrir ausencia, una extensión de la verdad” (“Poetry is a gesture of memory intended to cover absence, an extension of the truth.” (Agosín, 2004: 64-65). El sujeto textual sobrevive cualquier calamidad en el acto de escribir y rememorar; por eso, elige la vida para ser poeta, dar luz a la palabra propia y a la de los otros y de tal manera convertirse en testigo visible de la historia.

Con esta afirmación tajante de la vocación poética, se llega a la Europa latina, tierra de romance, pero también de guetos, segregación y santos que emergen del sufrimiento en “Touching the sky”.¹⁷ La sección se abre con el paralelismo entre escritura y viaje: ambos dejan trazas, surcos en el papel, la vida, el mapa; ambos están librados a la casualidad, al azar del encuentro con la palabra, la persona, el lugar exacto; ambos, escribir y viajar, permiten el placer de tocar el cielo “con pies y manos” (Agosín, 2004: 69). Y nuevamente, al finalizar, es la memoria la que hace a la vida en tanto la poeta piensa aquí que la muerte no existe,

17 Al respecto, como otros textos de la autora, éste sigue una política conciliadora de las diferentes tradiciones religiosas sin dejar de ser principalmente reivindicativa de las raíces judías de su identidad.

sólo el olvido (“death does not exist, only oblivion” Agosín, 2004: 83). Robert Graves, George Sand y Chopin son los otros viajeros aquí recordados, revividos, encarnados en la palabra porque la poesía, como lo dice Octavio Paz, es también testimonio que nos lleva a escuchar las mareas del silencio y descubrir ese otro mundo que es propiamente el nuestro¹⁸

Por su parte, el norte europeo y las estepas rusas en la sección siguiente, “Northern Realms”, son confines de hadas y de amor, pero también convocan una memoria del colonialismo donde, bajo la historia de los vencedores, permanece enterrada y silenciosa la de los vencidos. En Ámsterdam, por ejemplo, Ana Frank será una alter ego de su propia madre, una figura que se une al presente de la autora a través de la memoria. Ana Frank se amalgama con la madre que la acompaña física y espiritualmente en este viaje. Luego, en “There” (“Allí”), aparece una ciudad de pesadilla, tal vez una memoria extraída de la experiencia misma de Ana Frank que se recupera en texto para exorcizar el sufrimiento como a un mal espíritu de la historia.¹⁹ La sección culmina con San Petersburgo, la poeta Ana Akhmatova y las mujeres gitanas. He aquí una vez más la conexión con las raíces maternas, aunque no se lo explicita como en otras zonas. Lo que sí se hace explícita es la interpretación poética del lenguaje en general – y de la poesía en particular – como instrumento de articulación de una memoria que sirve para iluminar el regreso a un simbólico hogar, la identidad configurada tanto por lo fijo: lugar de nacimiento, color de ojos y tantos otros elementos que podrían saberse en forma objetiva; como por lo móvil: la memoria y la perspectiva que se va construyendo en el andar vital, siempre subjetivamente.²⁰ En contraste, el olvido es un silencio que rompe el tejido vital, que impide el regreso, no necesariamente causando una muerte concreta sino una pérdida simbólica del espacio donde el encuentro con uno mismo y con los otros es posible por el recordar y ser recordado.

Del norte euroasiático, como si se tratara de un péndulo que baja y sube a la vez que oscila entre este y oeste, el recorrido lleva al lector a cruzar nuevamente

18 Paz, 1995, p. 2.

19 Nuevamente se debe mencionar aquí la intertextualidad que, de alguna manera, es también auto-referencial: en este caso se trata de *Dear Anne Frank*, poemas publicados en dos ediciones en 1994 y 1998.

20 Para esta división entre lo que se aprende, se sabe o conoce objetiva y subjetivamente de la identidad, remito nuevamente al ensayo de Lorraine Code, 1993.

el Atlántico para recorrer de punta a punta América (“America”), de norte a sur y de sur a norte, hasta dejar la memoria propiamente dicha del acontecer pasado para aceptar el aquí y ahora de los veranos en Maine, el hogar que traza el día a día presente y porvenir, es decir, la memoria prospectiva.²¹ Si en una interpretación semiótica la identidad es una creación continua que surge de la articulación narrativa entre pasado, presente y futuro²², esta proyección es indispensable para completar el retrato de la viajera. De tal manera, cultivar la memoria no anula las vivencias actuales y futuras por la superposición del pasado, sino que sienta las bases a una subjetividad con un eje o centro en su historia, personal y colectiva, heredada tanto como vivenciada en carne propia, más allá de cualquier desplazamiento.

En la sección final, “America”, el trayecto comienza con las artesanas de Charleston en North Carolina que “tejen” sus cestas, como “tejen y destejen” las historias de la esclavitud (memoria fijada dolorosamente en ese lugar) a través de su característica labor. Vuelve entonces el tema de dar testimonio y representar lo silenciado por medio del trabajo artesanal. En contraste, los puntos siguientes serán Miami y Key West con su nostalgia (que implica otro uso de la memoria, quizás menos productivo, pero igualmente necesario) hacia la tan cercana, pero inalcanzable Cuba. La poeta se acerca sí a los dominios de Dos Pasos y Hemingway, concluyendo que el único país posible es el de las palabras (Agosín, 2004: 108-109). De allí el texto se mueve hacia el oeste, desde Dallas que evoca entre otras cosas el asesinato de Kennedy, hasta Nuevo México donde “Angel Fire” trae la reflexión sobre los monumentos que de manera tan quieta esperan cumplir su destino de preservar la memoria colectiva (los “memorials”). Un paso importante se da aquí y es el cruce de la gran frontera, de la “herida abierta” hacia Tijuana y Juárez. Centrada en las mujeres, la reflexión llevará a hablar de la arbi-

21 Al hablar de “memoria prospectiva” sigo lo que Christian Derouesné define como una memoria auto-generada, un recuerdo en relación a la proyección del porvenir. En lo cotidiano esto sería ejemplificado de manera muy simple en el recordar qué teníamos planeado hacer en el día que comienza o de cumplir con un encargo, etc. (Derouesné, 2002: 46-47). Dentro de la función poética o literaria a la que queremos aplicar el concepto, esta memoria es un poco más compleja puesto que si bien convoca la rutina de lo cotidiano, debe superar lo banal. Así y todo, en mi opinión, la memoria prospectiva en *Cartographies* se presenta claramente en las últimas líneas, en la imagen del fluir del porvenir, del sentir y dejar que las cosas pasen: “No planeo nada y desconozco la dirección en la que viajaré” (Agosín, 2004: 134).

22 Hinchman, 1997: xviii

triedad de las fronteras y las injusticias dadas por la falta de comunión (tal vez a causa de cierta incomunicación lingüístico-cultural) entre una y otra América. Esto conduce a la zona con más y más variados puntos geográficos: de México al Río de la Plata, pasando por Costa Rica, el Caribe, Brasil y muchos otros espacios implícitos en la evocación de figuras encontradas en el camino. De Montevideo a Georgia (USA) se produce, sin duda, un gran salto geográfico-cultural. Ascendiendo aún más hacia el norte nos damos cuenta de que el texto se acerca a una definición y encuentro con el hogar: un hogar que no coincide forzosamente con los orígenes o las raíces más allá de la memoria y del imaginario que ésta trae; un hogar que es parte de un destino a cumplir, tal vez anunciado por “the fortune-teller of York”, y que, como ya se ha dicho, se conecta con el porvenir (Agosín, 2004: 130-131).

Casi llegando también a destino en nuestra lectura, se hace necesario hacer un alto para destacar que tras las imágenes de todos estos sitios, desde la primera a la última sección, aparece subyacente una segunda memoria, que es quizás la primera y más definitoria para la identidad. La misma representa, a su vez, otras imágenes y otros espacios, ése de los orígenes, el de la partida: la herencia y tradición judía, con su espíritu errante, signado por involuntario nomadismo, por una parte, y por otra Chile, un territorio fijo en el mapa, pero móvil en la historia personal de muchos de sus habitantes. Ambos remiten a una experiencia que, como en el caso de la autora y su familia, habla de desplazamientos de varios tipos. Por ejemplo, la distante Praga convoca la memoria de dos primas que de allí llegaron a Chile escapando del genocidio, pero también la de la escritora chilena María Luisa Bombal. La sinagoga que en esa ciudad funciona como memorial de los muertos en el campo de concentración de Terezín recibe una sección particular en conexión con la ciudad. A su vez, la visita misma a Terezín traerá el recuerdo de Chile y la familia simultáneamente con la del pueblo judío al que “Dios le ha dado una obligación hacia la memoria” (Agosín, 2004: 39) como herramienta para sobrevivir los mayores infortunios imaginables, tales como la Shoah (el genocidio de judíos durante la segunda guerra mundial que no tiene parangón en la historia de la humanidad).²³ Chile y el judaísmo en sus múltiples lenguajes se

23 Para una reflexión específica sobre la función que la memoria (y su registro) debe cumplir en el caso de la Shoah, remito al artículo de François Bedarida en *Travail de mémoire* (Bacot, 1999: 113-117), así como a la sección de Antoine Spire en *La mémoire*, donde el periodista habla de algunas representaciones que existen así como de las que serían necesarias para

encuentran en la identidad de la poeta, pero además son espacios convocados en la necesidad de recordar, narrar y crear para que no se repitan injusticias, o la violencia y el totalitarismo del cual ambos, el pueblo chileno así como el judío, han sido víctimas.

Ambos campos semánticos, que podríamos definir como “nacional” (Chile) y “étnico-religioso” (judaísmo), como sucede con la memoria y la imaginación creativa en otro plano, se juxtaponen no sólo entre sí en la identidad del yo lírico, sino sobre varios puntos del mapa textual que al ser parte de la experiencia del sujeto se constituye también como los fragmentos de anclaje de su identidad: España, por ejemplo, trae a colación el juicio al dictador Pinochet (a quien no se nombra por el apellido, pero la referencia es igual o más evidente en esa ausencia) y el carácter antisemita de su régimen (Agosín, 2004: 86-87); lo mismo sucede con Londres, aunque aquí sí se lo nombra (Agosín, 2004: 93). América de norte a sur o de sur a norte refleja también ambas zonas de la identidad del yo lírico, que penetran toda imagen de la memoria, cada espacio representado. Todos los caminos conducen a ver y representar, evocar, aludir y recrear los lugares de la identidad, tal vez para constatar una vez más cuál es el ansiado hogar: uno imposible o inalcanzable siempre recreándose en nuestra memoria, entre los anclajes inciertos del lenguaje y la historia. Como en la figura poética, la mujer (memoria) posee un velo y, sin importar lo que muestre explícitamente, tras él deja siempre vislumbrar esos dos pilares de la identidad relacionados con la herencia y tradición familiar, por un lado, y por otro, con el lugar de la infancia donde aún se guarda lo profundo del ser.

Destinos/Reconocimiento de lugar

Reafirmando entonces que la memoria es compañera inseparable de la alteridad (Blocher, 1999: 22), el sujeto poético entabla en cada lugar del recorrido un diálogo con ese otro que encuentra en sí misma y que a la vez le proyectan todos aquellos que en su peregrinación van impactando, con sus voces e imágenes, el trayecto vital y textual. De ahí que en numerosas oportunidades el “yo” se desdoble en una tercera persona femenina que representa a un otro y a la vez a sí misma. Ella es la viajera y es también una local en Valparaíso, por ejemplo: “La

mantener viva la memoria dolorosa de las atrocidades del hitlerismo y para que realmente se cumpla el grito de “nunca más” (Derouesné, 2002: 91-99).

viajera se reconoció en mi ciudad cuando el viento cepilló sus mejillas” (“The traveler recognized herself in my city when the wind brushed her cheeks...” (Agosín, 2004: 24). El texto muestra en ésta y en varias de sus partes que es el espacio de la alteridad donde puede hallarse la identidad, como si se hiciera eco, pero de la manera más solidaria y positiva, de lo que afirmara Julia Kristeva como hipótesis de su ensayo *Strangers to Ourselves*: “Strangely, the foreigner lives within us: he is the hidden face of our identity”²⁴

En efecto, la cuestión de la alteridad es trascendente en toda la obra de Agosín y aunque parezca paradójico, está sin duda ligada a la auto-representación. En la parte ensayística de su contribución a *Women Writing Resistance*, “Death in the Desert: The Women of Ciudad Juárez”, Agosín lo explica antes de rendir homenaje mediante sus poesías a las mujeres anónimas de Ciudad Juárez, señalando que, para ella, su exilio no tuvo que ver con una expulsión o con la imposibilidad del recuerdo, porque de una forma u otra uno siempre regresa, dado que más allá de los cambios geopolíticos, el deseo de reconocerse en el propio lenguaje permanece y aún más, permanece el deseo de ser reconocido por otros.²⁵ Este deseo de reconocer y homenajear que busca a su vez un reconocimiento en y por el otro, se hace eco de muchos que antes se han entablado, sobre todo en reivindicación de voces femeninas silenciadas y memorias así perdidas que apuntan a recuperar. También, anticipa los homenajes y cruzadas a emprender desde la actividad literaria.²⁶ Por eso, en *Cartographies* se indica que a través de esta memoria el sujeto recuerda las vidas de otros (“In this memory I recall the lives of

24 Aunque parezca prematura esta cita de la primera página del texto de Kristeva, tal es la hipótesis que lo atraviesa en su totalidad. Es interesante notar que en el texto de Kristeva se usa el masculino para referir al viajero, al extranjero o al “otro” casi en exclusividad; me atrevo a conjeturar que tal vez sea porque Kristeva analiza la relación entre sujeto y alteridad en la historia occidental, que por supuesto ha sido dominada por una lente masculina bajo la cual el otro resulta amenazante, un competidor o rival, también masculino.” (Kristeva, 1991, p. 1).

25 La cita exacta dice: “For me my exile had nothing to do with an expulsion or with the impossibility of remembrance, because somehow or other one always returns. Dictators perish and borders change. However, the desire endures (...). The desire to wake up and recognize oneself in one’s own language but more than anything to be recognized by others.” (Agosín, 2004: 36 -193)

26 En 2006 la autora publicó dos textos que se conectan con esto último, *Secrets in the Sand. The Young Women of Juárez* (Buffalo, NY: White Pine Press, 2006), poesías que apuntan a dar voz a las víctimas de feminicidio de Ciudad Juárez, y *Writing Toward Hope. The Literature of Human Rights in Latin America* (Londres: Yale University Press, 2006), una compilación de textos literarios de autores latinoamericanos sobre derechos humanos.

others”), pero se pregunta entonces, en el fragmento siguiente que refiere precisamente al campo de concentración de Terezín, quiénes eran esos otros (Agosín, 2004: 36). Ser “otro”, en algunos pasajes de *Cartographies*, puede significar una fantasía, un vuelo imaginario, pero en la mayoría de los restantes es un llamado a la solidaridad humana, con la cual el sujeto se halla por completo comprometido, principalmente como un deber que se cumple desde la memoria. Ser testigo para hacer notar lo que de otra forma sería invisible es la posición que definitivamente se adopta para auto-representarse de una manera artístico-literaria.

Finalmente, llegando a destino, es posible concluir que el sujeto poético de estas cartas de viaje, de estos mapas líricos, se descubre y se dibuja metonímicamente, a partir de cada espacio visitado y de quienes lo habitan (real o imaginariamente). De tal manera, en el recordar configura un retrato que es el propio y el de un otro hermano, gemelo en su humanidad. La memoria es una y múltiple como lo son los hogares que se trazan. La viajera aprehende cada espacio para hacerlo testigo de su historia y de la de otros viajeros que la precedieron, para nombrarlo en su propio lenguaje poético, para reconocerse y ser reconocida, convirtiéndose ella misma en referente de la alteridad así como de la necesidad de localizar puntos de encuentro para un abrazo humano, entre orígenes y destinos.

Bibliografía:

ABRAHAM HALL, Nancy. “Introduction”, en: Marjorie Agosín, *Cartographies. Meditations on Travel*. Athens, Georgia: University of Georgia Press, 2004. xiii-xxii.

AGOSÍN, Marjorie. *Secrets in the Sand. The Young Women of Juárez*. Buffalo, New York: White Pine Press, 2006.

_____. *Writing Toward Hope. The Literature of Human Rights in Latin America*. Londres: Yale University Press, 2006.

_____. *Cartographies. Meditations on Travel*. Trad. Nancy Abraham Hall. Athens, Georgia: University of Georgia Press, 2004.

_____. “Death in the Desert: The Women of Ciudad Juárez”, en: Jennifer Browdy de Hernández, Ed., *Women Writing Resistance. Essays on Latin America and the Caribbean*. Cambridge, MA: South End Press, 2003.

_____. *Uncertain Travelers. Conversations with Jewish Women Immigrants to America*. Hanover-London: Brandeis University Press, 1999.

_____. *Dear Ann Frank. Poems*. Washington D.C.: Azul Editions, 1994.

- _____. *Sagrada memoria. Reminiscencias de una niña judía en Chile*. Chile: Cuarto Propio, 1994.
- _____. *Mujeres de humo*. Madrid: Ediciones Torremozas, 1987.
- BACOT, Jean Pierre, Ed. *Travail de mémoire. 1914-1998. Une nécessité dans un siècle de violence*. París: Autrement, 1999.
- BLOCHER, Sylvie. “Redonner la parole aux visages”, en: Jean Pierre Bacot, *Travail de mémoire. 1914-1998. Une nécessité dans un siècle de violence*. París: Autrement, 1999. 22-24.
- CODE, Lorraine. “Taking Subjectivity into Account”, en: Linda Alcoff y Elizabeth Potter, Eds., *Feminist Epistemologies*. London-New York: Routledge, 1993. 15-48.
- DEROUESNÉ, Christian y Antoine Spire. *La mémoire*. Les Ulis Cedex, Francia: EDP Sciences, 2002.
- GILMORE, Leigh. *Autobiographics. A Feminist Theory of Women’s Self Representation*. Ithaca: Cornell University Press, 1994.
- HINCHMAN, Lewis y Sandra Hinchman. *Memory, Identity, Community. The Idea of Narrative in the Human Sciences*. New York: State University of New York Press, 1997.
- KAMINSKY, Amy. *After Exile. Writing the Latin American Diaspora*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999.
- KAPLAN, Caren. *Questions of Travel. Postmodern Discourses of Displacement*. Durham: Duke University Press, 1996.
- KRISTEVA, Julia. *Strangers to Ourselves*. New York: Columbia University Press, 1991.
- LISPECTOR, Clarice. *La Legión Extranjera: cuentos y crónicas*. Trad. Juan García Gayó. Caracas: Monte Ávila, 1971.
- PAZ, Octavio. *The Double Flame. Love and Eroticism*. Trad. Helen Lane. New York: Harcourt Brace & Company, 1995.
- RICHARD, Lionel. “Au risque des artistes”, en Jean Pierre Bacot, Ed., *Travail de mémoire. 1914-1998. Une nécessité dans un siècle de violence*. París: Autrement, 1999. 18-21.
- RICOEUR, Paul. *Memory, History, Forgetting*. Chicago: The University of Chicago Press, 2004.
- _____. “Quelques réflexions sur l’intitulé du séminaire (Éthique et représentation)”, en: Jean Pierre Bacot, Ed., *Travail de mémoire. 1914-1998. Une nécessité dans un siècle de violence*. París: Autrement, 1999. 87-91.
- SEPÚLVEDA, Emma. *Memorial de una escritura. Aproximaciones a la obra de Marjorie Agosín*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2002.
- STANFORD FRIEDMAN, Susan. “Women’s Autobiographical Selves: Theory and Practice”(1988). Sidonie Smith y Julia Watson, Eds., *Women, Autobiography, Theory. A Reader*. Madison: The University of Wisconsin Press, 1998. 72-82.

WALAS, Guillermina. “Marjorie Agosín”. Alan West Durán, Ed., *Latino and Latina Writers*. New York: Thomson-Gale, 2004. 763-782.

WIESEL, Elie. *Night*. Trad. Marion Wiesel. New York: Hill and Wang, 2006.

INMIGRACIÓN INTERNACIONAL: LAS MUJERES EN EL REFLUJO INMIGRATORIO

Ilana Peliciari Rocha¹

Introducción

El tema de la inmigración abarca muchos enfoques de diferentes corrientes historiográficas y ha producido una gran cantidad de estudios sobre el tema, lo cual ha dado lugar a la frecuente afirmación de que es un campo de estudio suficientemente explorado. Sin embargo, se puede decir, de acuerdo con Fausto², que no hay tema que esté agotado y mucho menos el de la inmigración, que es de importancia primordial en Brasil para explicar sus procesos sociales y instituciones básicas. Y con Moura³ cuando advierte, respecto a la inmigración italiana, de la necesidad de ampliar el análisis en razón de las posibilidades que abre la infinidad de micro-realidad específico en que se desdobra.

Si la historiografía de la inmigración ha abundado en ciertas direcciones sobre la movilidad social, la integración socio-cultural, la organización política y la participación de los inmigrantes en la economía, en los últimos años, el campo de análisis se ha ampliado con la incorporación de nuevas reflexiones en torno a la función y participación de las mujeres en procesos migratorios. El eje central de esta temática gira en torno a la adaptación de las mujeres en el país de adopción. No cual puede comprobarse por medio de los estudios de entrada y el establecimiento de los inmigrantes en el país⁴.

1 Maestra por la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas (FFLCH) – USP.

2 Fausto. *Historiografia da imigração para São Paulo*. 1991, p. 53.

3 Moura. *O processo de imigração em São Paulo nas primeiras décadas republicanas: questões em aberto*. 1996, pags. 01-03.

4 Para profundizar en los debates recientes sobre la relación de género en la inmigración es interesante la labor de hacer el Seminario Internacional de Género, disponible en línea. El Seminario Internacional 7 Fazendo Gênero: Gênero e Preconceito, 28.29 y 30 de agosto de 2006, en la Universidade Federal de Santa Catarina tuvo el Simposio tema, la migración del pasado y del presente: a través de un análisis de género, etnia y prejuicios, que prevé un

Sin embargo, en un intento de agotar las ramificaciones de la inmigración, se trata de una cuestión sin suficientes estudios para el fenómeno: el éxodo de migrantes en el Brasil⁵ y, en particular, la condición de la mujer en el movimiento de la producción. En la bibliografía, las obras que abordan el tema brevemente. El desafío de superar esta deficiencia es emocionante porque también contribuye a una visión de la inmigración en este período como un proceso que va más allá de las consecuencias de la inmigración en el Brasil y apunta a un movimiento continuo de ida y vuelta o viajar a nuevos destinos y las consecuencias de esta la volatilidad en Brasil y en el extranjero.

El enfoque de reflujo y reemigración en Brasil es un estudio de 1908 hemos realizado como consecuencia de la Maestría en Historia Económica por la Universidad de São Paulo. Sin embargo, este estudio encontró otras cuestiones, incluida la condición de la mujer en este fenómeno.

debate interdisciplinario, con obras que tratan de examinar la “tradicional” y los “nuevos” los flujos migratorios desde y hacia Brasil. Seminário Internacional Fazendo Gênero 7: Gênero e Preconceitos. Universidade Federal de Santa Catarina, 2006. www.fazendogenero7.ufsc.br. Ya en Seminario Internacional Fazendo Gênero 8: Corpo, Violência e Poder, celebrada del 25 al 28/08/2008, el debate se centró en los períodos de finales del siglo XIX y principios del siglo XX hasta el comienzo del XXI y desplazamiento es un análisis diferenciado de los estudios clásicos de la migración que se hace hincapié en los procesos de adaptación y asimilación de los inmigrantes, los migrantes son la construcción de múltiples relaciones contemporáneas entre la sociedad de origen y de la emigración. Estos transmigrantes, que mantienen múltiples relaciones - familia, económicos, sociales, organizativos, políticos y religiosos y las fronteras cada vez más en la relación entre lo global y lo local, han abierto un gran campo de estudios interdisciplinarios de estudios de migración. Por lo tanto, hablamos de los intercambios en este simposio (en pequeña o gran escala) que históricamente ha distribuido en los circuitos transnacionales y están permeadas por el género, la etnia / raza, la nacionalidad y la generación de establecer múltiples vínculos entre las sociedades de origen y la migración y los nuevos procesos de identidad. Seminário Internacional Fazendo Gênero 8: Corpo, Violência e Poder. Universidade Federal de Santa Catarina, 2008. www.fazendogenero8.ufsc.br.

5 Sigue aquí la presentación de algunos estudios. Entre los trabajos que presentan el regreso y/o reemigración, están los que tratan el tema en subcapítulos como por ejemplo: Trento. *Do outro lado do Atlântico. Um século de Imigração Italiana no Brasil*. 1989, pags. 57-68. Frutuoso. *Emigração Portuguesa e sua influência no Brasil: o caso de Santos – 1850 a 1950*. 1989, pags. 93-97. Alvim. “Inmigrantes: a vida privada dos pobres no campo”, *História da vida privada no Brasil República*, 1998, pags. 283-287. Cánovas. *Hambre de Tierra: inmigrantes espanhóis na cafeicultura, 1880-1930*. 2005, pags. 148-154, 205-207. Hay otros trabajos que presentan el problema, pero sólo dedican algunos párrafos.

Las condiciones de la inmigración en Brasil, 1908

El inmigrante que vino a Brasil a finales del siglo XIX y principios del siglo XX es principalmente para el cultivo de café, que también ha contribuido de manera significativa a las demás actividades económicas y el crecimiento de las ciudades. En el cultivo del café ha tenido el sistema de colonato, que se inició desde 1880, que se caracteriza como un sistema de trabajo familiar y con división de tareas entre sus miembros. En las colonias se encontraban los agrupamientos de casas de colonos con los inmigrantes que han ocupado la producción de café y también la producción de otros géneros para su sustento. El conjunto de la familia se responsabilizaba por el trato de la plantación de café y por la cosecha recibiendo pago en función del desempeño de esas actividades. El agricultor dispone de viviendas y pequeñas parcelas de tierra para la producción para su sustento.

En los estudios sobre la inmigración, la familia es una referencia recurrente de lo que es pertinente, una vez que la inmigración familiar se destacó de manera especial en las políticas migratorias adoptadas por el gobierno brasileño y/o provinciales (después estatales), en el siglo XIX y primera mitad del siglo XX. Cualquiera que fuera el objetivo a ser alcanzado – atraer inmigrantes para la colonización agrícola llevando en cuenta la defensa, el poblamiento de la tierra y el abastecimiento del mercado interno o introducir mano de obra libre para la gran labranza de café (en sustitución al trabajo esclavo), la énfasis gubernamental fue siempre la atracción a favor de unidades familiares.⁶

Los pasajes subsidiados se destina principalmente a las familias que con subsidio que se asentaron en sistema, la definición de un grupo caracterizado por los requisitos de inmigración respecto a la composición de la familia: la necesidad de al menos una persona sexo masculino de entre 12 a 45 años de edad y la restricción a la inclusión de otros miembros que no eran el núcleo básico de la familia⁷.

La composición de esas familias estaba relacionada a las exigencias para la adquisición del pasaje subsidiado. Los miembros dependientes de la familia que podían ser incluidos en el pasaje eran padres, abuelos, hermanos solteros, cuñados y sobrinos huérfanos del

6 Bassanezi. “Família e imigração internacional no Brasil”, *Estudos de História*. 1999, p. 166.

7 Bassanezi. “Família e Imigração Internacional no Brasil”, Curso Extensão Universitária Etnias, gênero e desigualdades sociais na América Latina. Centro de Estudos de Demografia Histórica da América Latina (CEDHAL), 1996, p. 169.

*jefe de familia. Mujeres casadas que iban a reunirse a sus maridos en Brasil podrían ser elegidas pero primos y parientes más lejanos*⁸.

La inmigración en la familia facilita a la inclusión de las mujeres inmigrantes en este movimiento, pero todavía hay muchos otros problemas específicos de género y el movimiento sigue siendo predominantemente masculino. Para los años de 1897 y 1910 a 1913, cerca de dos tercios de los que salieron de Brasil eran hombres (véase el cuadro 1), y hay muchas evidencias de que esto se debe a las dificultades de la fijación de la inmigración, al carácter económico de la circulación y a la facilidad del hombre para adaptarse a nuevas condiciones. La historiografía ya constató que:

*Por razones evidentes de diversa índole, la movilidad de la mujer estuvo muy limitada y dependió, mucho más que en el caso del hombre, de la existencia de algún pariente que la reclamase para poder partir hacia América tal como atestiguan las cartas de llamada. La emigración de mujeres requerirá, por regla general, mayores garantías de seguridad al otro lado del Atlántico y por esa razón, no todos los países atrajeron mujeres en igual proporción. La prensa de la época está llena de advertencias acerca de los peligros que pueden correr en caso de que se dedican a emigrar*⁹.

En general, el número de reflujo, que é más de tres cuartas partes de las entradas, en los grupos familiares también se presentan importantes, lo que indica que el movimiento de inmigración continúa produciendo efectos fuera de Brasil y después de su movimiento inicial. Pero hay un número significativo de inmigrantes solos y predominantemente de sexo masculino.

Cuadro 2, sobre la base de Anuario Estadístico presenta datos para el período de la 1ª Guerra Mundial de los pasajeros que salió del puerto de Santos, y en este documento se asume que la 3ª clase es de los inmigrantes. Durante la guerra, se produjo una disminución en el movimiento de salida de los extranjeros, con sólo aumentar en 1919. La primera y segunda clase también sufrió reducción en movimiento de salida, aunque no muy pronunciadas. Sobre la cuestión de género se ha mantenido el predominio de los hombres, sino una constante presencia de la mujer.

8 Holloway, *Imigrantes para o café*. 1984, p. 79.

9 Vila, "A mulher na Emigração". Os "brasileiros" da emigração. 1998, p. 33.

Cuadro 1 – Inmigrantes salidos del puerto de Santos según el sexo, 1897 – 1913				
Años	Masculino	Femenino	Total	% de hombres
1897	25.645	10.005	35.650	71,9
1910	27.555	13.121	40.676	67,7
1911	27.375	11.782	39.157	69,9
1912	38.885	15.131	54.016	72,0
1913	29.654	11.500	41.154	72,0
Fuente: Fundo da Secretaria de Agricultura e Abastecimento. Movimentos Migratórios. Anos 1890 a 1911. (Elaboración propia).				

Cuadro 2 – Pasajeros salidos del puerto de Santos según la clase, el sexo y la nacionalidad, de 1915 a 1919								
Años	1ª clase	2ª clase	Inmi-gran-tes	Hombres	Mujeres	Bras-leños	Extranje-ros	Total
1915	7.459	2.047	26.744	26.546	9.704	5.191	31.059	36.250
1916	6.672	1.334	13.215	15.055	6.166	4.585	16.636	21.221
1917	5.368	976	9.966	11.667	4.643	4.089	12.221	16.310
1918	4.542	677	6.890	8.425	3.684	4.153	7.956	12.109
1919	7.127	1.544	14.971	15.978	7.664	5.952	17.690	23.642
Obs.: El Anuario no discrimina la 3ª clase, pero la asocia inmediatamente con los inmigrantes.								
Fuente: Anuario Estatístico de São Paulo (Brasil) de 1919, p. 197.								

La familia inmigrante y la participación de la mujer

Se sabe que a partir de 1880, los inmigrantes se han convertido en la principal fuente de mano de obra para trabajar en la cultura del café de São Paulo y, debido a la subvención, una parte significativa de este grupo se componía de las familias debido a requisitos del estado, con miras a establecer estos inmigrantes.

La composición de la familia es la mayoría de la pareja o pareja no casada con hijos o cónyuge con hijos, con pocos casos que muestran la presencia de otros familiares, como hermanos, tíos, abuelos, padres y otros parientes. Esas unidades familiares tienen el mismo perfil tanto en la entrada y en salida del Estado de São Paulo.

Las unidades familiares recién llegadas, tuvieron sus datos listados de los pasaportes, en las Listas de los Barcos, en las Inscripciones de Inmigrantes, siendo destinados a las haciendas de café, en su gran mayoría, eran de origen agrario y se caracterizaban como familias nucleares. Normalmente eran formadas sólo por el matrimonio o por el matrimonio con hijos solteros o aún por uno de los cónyuges que migraba con todos o algún(os)

*de su(s) hijo(s). Tenían una media de 4 a 5 miembros. Aquella que no se correspondía a la composición descrita anteriormente traída en su núcleo: el padre y/o la madre del jefe, o más común; algunas veces el hijo casado, nuera y nietos o sobrinos del jefe, casi nunca hijas casadas o mismo el suegro o la suegra del jefe*¹⁰.

En lo que respecta al tamaño de las familias, ha diferenciado entre las distintas nacionalidades, sobre todo entre el portugués y el español, en la que la familia tenía una media de 3,7 y 5,1 personas, respectivamente¹¹.

Los 1.221.282 inmigrantes que llegaron a São Paulo, en el período de 1908 a 1936, subdivididos en 174.928 familias y 446.357 solteros. Proporcionalmente, entre las principales corrientes de inmigración con destino a São Paulo en el período anterior, los japoneses fueron los que mostraron un menor porcentaje de individuales, procedentes en la mayoría agrupados en familias. Además, fueron los brasileños, turcos y portugueses que tienen más de 50% de los individuales, la entrada total de esas nacionalidades. La inmigración italiana que, en sus inicios, se formó, principalmente de las familias a partir de 1908 ha reconocido un mayor porcentaje de elementos separados, con 18,4%, lo que demuestra que la mayoría de esos elementos se juntan en las familias, que distingue un perfil de la reagrupación familiar de nacionales¹².

Sobre la base de datos general de entrada de ese período, Scott toma nota de la presencia de solteros, predominante en todas las nacionalidades para la entrada de los inmigrantes, con un promedio de 58,3%. “Entre los portugueses, encontramos una proporción de 55% de solteros, mientras que los italianos presentan 55,3%, los españoles 60% y los japoneses 56%”¹³. Consideramos que el análisis incluye a los niños y los agregados, por lo que los solteros no corresponden apenas a los que vinieron solos.

Analizando las listas de bordo del puerto de Santos en el año de 1908, para un universo de 26.843 inmigrantes al reflujo (retorno y reemigración), el grupo familiar fue de alrededor del 53% incluyendo cabeza, cónyuge e hijos. En cuanto

10 Bassanezi, p. 170.

11 Bassanezi, p. 172.

12 Boletim da Directoria de Terras, Colonização e Imimigração. São Paulo: Secretaria da Agricultura, Indústria e Comércio, 1937, pags.36-37.

13 Scott, *As duas faces da imigração portuguesa para o Brasil (décadas de 1820-1930)*. 2000, p. 16.

a los inmigrantes que viajaban, por lo que puede ser casado o no, pero el viaje no ha sido acompañado por la familia, el porcentaje es 17,2%. También, a veces, el individuo es el único al país de retorno o reemigración, porque no tiene como pagar el pasaje de toda su familia, por eso su familia en Brasil no le permite que ese viaje es definitivo. Además, es interesante comentar que su regreso no corresponde a un proyecto individual, pero puede ser conectado a una estrategia familiar, en la que un miembro de la familia, especialmente los hombres, para que la familia emigraron más tarde o en el caso aquí tratado, regresar o reemigrar junto con sus familiares, y su permanencia en el Estado sólo para comprar un peculio.

La familia de inmigración ha aumentado el desplazamiento de las mujeres, que siempre aparecía con menores porcentajes en otros movimientos de la inmigración. Aunque la mayoría fue de sexo masculino, pero se puede ver, tanto en la entrada y salida, que más destacaba por la participación de los inmigrantes que llegaron solos. Análisis de las escalas en el Anuario Statistico de Italia, Alvim percibió el carácter de la migración de los hombres entre los italianos de vuelta al su origen, pero incluyendo los que viajan solos.

El carácter masculino de esa inmigración temporal surgió también en las tablas extraídas del Anuario Statistico, que analiza el movimiento de regreso, contraponiendo individuo X familia y donde el porcentual de individuos solos es de 26,2%. Como Brasil ejercía un control muy grande sobre las mujeres desacompañadas, pudiendo mismas las autoridades de la inmigración negarse a recibirlas, ese contingente de solteros sólo podía ser de inmigrantes masculinos¹⁴.

La separación de los grupos por nacionalidades y categorías de la familia, entendida como el predominio de las parejas y los niños del mismo origen, en tono del 40%. Aquí están el 17% de las familias incompletas, el padre o la madre y los hijos de la misma nacionalidad. Llamar la atención a los otros grupos con los jefes de familia y única familia, sin identificación, con los jefes que fueron acompañados por los hijos solteros y algunos grupos familiares de diferentes nacionalidades. Hay casos de familias mixtas de reflujo en los grupos familiares, que también se puede observar por la presencia de 63 brasileños como cónyuge, hijos y familiares. Pero estas son pocas las familias que había miembros de diferentes

14 Alvim, *Brava gente! Os italianos em São Paulo, 1870-1920*. 1986, p. 66.

nacionalidades, sólo alrededor del 1%. Además de vivir aquí en las colonias, con la perspectiva de retorno, los inmigrantes se adoptaron la estrategia de la misma nacionalidad con respecto a la elección de la pareja, para los casados en el Brasil. Esta elección debe ser debido a varios factores, entre otros, la promoción de un nuevo movimiento.

Visto como la inmigración temporal, es otro de los factores identificados en la literatura a los matrimonios con los socios directos o socios de la misma nacionalidad. Un posible regreso sería más fácil si ambos cónyuges eran del mismo lugar. Que desean permanecer o regresar “, los jóvenes inmigrantes que querían casarse con una pareja solista en la colonia, porque se pensaba que las personas de su grupo puedan vivir tan cerca que estaban acostumbrados, y los lugares más frecuentados, por lo tanto, podría encontrar paisanos¹⁵.

Otra cuestión en relación con la presencia de la mujer como consecuencia de la inmigración en la familia fue dada a las ayudas públicas para las viudas de retorno. Un decreto de la Secretaria de la Agricultura de São Paulo dio paso de nuevo a las viudas.

La Secretaria de la Agricultura observó que el decreto n° 463 de 19 de julio de 1897 sobre los contratos de subsidio establecía que si el marido muriese hasta un año después de su llegada, el Estado de São Paulo pagaría el billete de vuelta a su país de origen para los miembros sobrevivientes de la familia¹⁶.

Sin embargo, del total de 358 viudas en el reflujo, lo que corresponde al 2% del total, sólo 64 fueron concedidas, una cantidad proporcional que indica que no hay tendencia en el fraude y la creación de una viudez de la prestación. Porque no era tan fácil de obtener el beneficio.

Pero la función de esas mujeres no es el hecho de participar o no el movimiento de inmigración, no participa debido a que el desplazamiento había experiencia, para dirigir la familia y las actividades de la casa sin los hombres de la familia, en sus países de origen.

[...] al permanecer en las sociedades de origen, tuvieron que ejercer como responsables del hogar, de la casa y de la familia. De estas funciones derivaron otras relacionadas

15 Bassanezi, p. 21.

16 Klein, 1994, pags. 55-56.

*como la educación de los hijos, la organización de las actividades domésticas y extradomésticas, la administración de los bienes y el mantenimiento de las principales pautas culturales, sobre todo en los medios rurales, los más afectados por la emigración. El fenómeno tuvo además repercusiones psicológicas de mucha importancia*¹⁷.

Así pues, la mujer fue responsable de mantenimiento de la familia, a menudo la gestión de las remesas enviadas por los niños y los maridos. Los envíos se la conclusión de que el movimiento de los inmigrantes más fuerza no debe entenderse sólo como parte de la maquinaria de la economía local. El importante volumen de las remesas y el consiguiente retorno indican un proyecto diferente y también importante para el país de origen. Dependiendo de los resultados financieros obtenidos en el São Paulo, los inmigrantes podrían entrar de nuevo en casa y las mujeres tenían un papel importante en la creación de condiciones para esta nueva integración.

La participación de la mujer entre las nacionalidades

La inmigración de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, fue compuesto en su mayoría por los europeos: énfasis es el italiano, español y portugués. Sin embargo, además de estos países tiene una importante función: alemán, francés y japonés. En lo que respecta al movimiento de reflujo, también ha notado la atención de los italianos, españoles y portugueses, por lo que el análisis se llevará a cabo.

Por lo tanto, es interesante rastrear rápidamente las características de esas nacionalidades en el proceso de inmigración para comprender el reflujo y el papel de la mujer en este movimiento. El portugués, como el actual de inmigración más grande y largo que fue a territorio brasileño, a causa de las otras cadenas. También añadir a estos factores: que tienen en común con la historia de Brasil a partir de la solución, el idioma y el apoyo del gobierno portugués en la cara de la migración. Como el tiempo, mostraron diferentes perfiles en el tiempo. A finales del siglo XIX, los inmigrantes de Portugal de esa manera a Brasil, no fue objeto de populares, pero los jóvenes de las familias y la reproducción social, con el desarrollo de la política pública del Estado en apoyo de la inmigración, el perfil ha cambiado y empezó a ser subvencionado las familias que las familias sin subven-

17 Vila, p. 29.

ción. El portugués de inmigración se caracteriza por una mayor concentración en las ciudades y en actividades tales como pequeñas y grandes del comercio, sin embargo, también fue a la agricultura en general¹⁸.

Sin embargo, para fines del siglo XIX y principios del siglo XX, el más importante flujo de inmigrantes de Italia, Brasil y el tercer país de América que es más dirigida, después de los Estados Unidos y Argentina. Es el predominio de la familia específica de inmigración, gracias principalmente a la política de inmigración en el Brasil, especialmente en Sao Paulo que atrajo a estas familias de origen agrícola, pero empobrecidos, principalmente de la región de Veneto. A pesar de esta atracción a la producción de café, hubo quienes renunciaron a esta actividad emigran a la capital y ciudades del interior¹⁹.

Si el portugués y los italianos merecen la atención de muchos investigadores, esto no ha ocurrido con el español, que sólo recientemente ha recibido más de investigación. Mostró un retraso en la migración, impulsado, sobre todo cuando la filial italiana de inmigración y las salidas se obstaculiza ese grupo creció. En este contingente llegó, principalmente campesinos de Galicia, los propietarios de pequeñas césped y los trabajadores agrícolas, los campesinos sin tierra de Andalucía. Pobres y menos educados de los contingentes de inmigrantes que llegaron a Brasil, los españoles emigraron en gran parte de las unidades familiares, el grupo que había más niños²⁰.

Me di cuenta de que la proporción de mujeres también en función de perfil de la nacionalidad. Entre los portugueses a Brasil y de Brasil el porcentaje de mujeres es menor y también fue menor el número de familias inmigrantes. Pero cuando se analiza la actividad económica de la identificación nacional es una proporción más elevada de las actividades urbanas. En el estudio de Scott, el portugués presenta porcentaje de mujeres por debajo de la media, con un 32% entre los inmigrantes que llegaron en São Paulo, por debajo de esa proporción en relación a los italianos, que se inscribieron poco más del 35% de las mujeres inmigrantes. Para otras nacionalidades:

18 Leite. "Emigração portuguesa: a lei e os números (1855-1914)". *Análise Social*. 1987. Alves. *Os Brasileiros, Emigração e Retorno no Porto Oitocentista*. 1993. Lobo. *Emigração portuguesa no Brasil*. 2001.

19 Hutter. "A imigração italiana: aspectos gerais do processo migratório". *Revista do Instituto de Estudos Brasileiros*. 1987. Alvim. 1986.

20 Martins. "A imigração espanhola para o Brasil e a formação da força-de-trabalho na economia cafeeira: 1880-1930". *Revista de História*. 1989. Cánovas, 2005. Klein, 1994.

Aunque en general las mujeres presentaran alrededor de 36% entre los extranjeros desembarcados, esta proporción podría ser más equilibrada, como sucedió entre los yugoslavos (en torno de 52% de individuos del sexo masculino para el 48% del femenino), como podría presentar un desequilibrio bastante acentuado, como el caso de los turcos (poco más de 26% de individuos del sexo femenino) o el de los austriacos (poco más del 27% de mujeres). En una franja intermedia (entre 40 a 47% de mujeres) encontraríamos los naturales de España, de Japón, y de Rumania, y los inmigrantes oriundos de Lituania²¹.

Con respecto a reflujo se observa al comparar portugués, españoles e italianos (tabla 3) el mismo perfil de estrada. Los italianos y españoles tienen en próximos distribución porcentual por género, el 62,9% y 64,1%, respectivamente fueron los hombres. Entre los portugueses, la presencia masculina es más fuerte, el 73,9% de los hombres. Otro hallazgo interesante es que, en comparación con los sexos entre nacionalidades, no hay cambios significativos entre los principales y de otras nacionalidades. Es decir, incluso sin recibir las subvenciones que se concentran la llegada de los hombres, entre los países con menor participación de la mujer una condición de restringir la inmigración.

Cuadro 3 – Inmigrante en reflujo por el puerto de Santos según el sexo y la nacionalidad, 1908						
Sexo	Italianos	%	Espanoles	%	Portugueses	%
Masculino	9.360	62,9	3.396	64,1	3.286	73,9
Femenino	5.467	32,8	1.884	35,6	1.138	25,6
Sin información	46	0,3	17	0,3	23	0,5
Total	14.873	100	5.297	100	4.447	100

Fuente: Lista de bordo de saída de imigrantes do Porto de Santos, passageiros de 3ª classe, Acervo do Memorial do Imigrante.

La presencia de la mujer entre las franjas de edad

Cuando uno considera la intersección entre sexo y la edad aumenta la gama de las conclusiones sobre el perfil económico del reflujo. Los resultados mostraron que los inmigrantes que salieron de São Paulo en 1908, con más de diez años, a población económicamente activa de los inmigrantes, casi el 70% eran hombres, con mujeres aproximadamente el 30%, como muestra el cuadro

21 Scott, p. 15.

4. Ese resultado también es similar a la que se encuentra para el caso de entrada, como lo señaló Holloway y otros autores. Por lo tanto, la población inmigrante se caracteriza por la desproporción entre los sexos en ese grupo de edad tanto en el momento de entrada como en la salida, y demuestra la tendencia de los hombres en busca de nuevas opciones para trabajar.

Se sabe que por tradición, el hombre emigra más, ya que los usos y costumbres caracterizan una división sexual del trabajo, por la cual le son designadas las funciones externas de producción, correspondiendo a la mujer las funciones internas, los que quehaceres de la casa²².

Cuadro 4 – Inmigrante en reflujo con 11 años o más según el sexo, puerto de Santos, 1908

Sexo	Total	%
Masculino	12.790	70,0
Femenino	5.397	29,6
Sin información	73	0,4
Total	18.260	100

Obs.: Fueron descartados los niños de 0 a 10 años y los sin información de edad, el total de 8583 inmigrantes. Fuente: Lista de bordo de saída de imigrantes do Porto de Santos, passageiros de 3ª classe, Acervo do Memorial do Imigrante.

La cuestión de sexo más clara cuando se relaciona a la edad. La edad es a observar las indicaciones de las rutas y las expectativas de los inmigrantes en movimiento de migración, y que puede ser decisivo en las opciones durante la inmigración, donde un joven soltero podía más que un adulto casado. En ese sentido, la cuadro 5 se ofrece una visión general de la estructura por edad, por sexo, destacando el predominio de los hombres en casi todas las edades.

Se percibe, el cuadro 5, un equilibrio en la cantidad de inmigrantes, entre los sexos en las edades tempranas (de 0 a 10), y un desequilibrio a favor de los hombres en la edad productiva (de 11 a 60) y, por fin, en las edades avanzadas, más de 61 años, la diferencia sigue siendo numéricamente, aunque el porcentaje está más cerca. Los hombres se distribuyen entre las fajas de edad, con un 25% en el rango de 0 a 10 años, con un 23% en el rango de 21-30 y 20 % en el rango de 31 a 40 años; ya las mujeres se concentran en el grupo de edad de 0 a 10, con alrededor el 40%, seguido por el rango de 21 a 30 años, con 19% y el rango de 31

22 Alves, p. 208.

a 40 años, con un 14%. La comparación de las cantidades, con el primer balance de la edad y desequilibrio en el otro, aumenta el porcentaje de mujeres en el rango de 0 a 10, que no sirve para indicar que muchas mujeres tienen hijos, pero las mujeres adultas que son menos productivas. La cantidad de hombres y de mujeres en el rango de 0 a 10 es más equilibrada, pues es el resultado de la reproducción natural. En otras fajas de edad, es el mercado de trabajo que determina la tendencia de más de hombres. Es interesante notar que estamos tratando inmigrantes en reflujo, sin embargo ese resultado puede ser justificado tanto como reflejo de un movimiento originario de venida a Brasil, que tenía también este perfil, como también puede ser justificado por las nuevas demandas en la reemigración y en el regreso.

Cuadro 5 - Inmigrantes en reflujo por el puerto de Santos según franjas de edades y sexo, 1908

Franjas de edades	Masculino	%	Femenino	%	s/i	Total	%
0-10	4.538	25,9	3.739	40,9	36	8.313	31,0
11-20	1.465	8,4	904	9,8	15	2.384	8,9
21-30	4.141	23,6	1.770	19,2	20	5.931	22,1
31-40	3.557	20,3	1.312	14,2	20	4.889	18,2
41-50	2.194	12,5	848	9,2	8	3.050	11,4
51-60	1.088	6,2	413	4,5	7	1.508	5,6
61-70	288	1,6	118	1,3	3	409	1,5
71-80	48	0,3	27	0,3	0	75	0,3
81-100	9	0,1	5	0,1	0	14	0,1
s/i	189	1,1	72	0,8	9	270	1,0
Total	17.517	100	9.208	100	118	26.843	100

Obs.: s/i significa sin información.

Fuente: Lista de bordo de saída de imigrantes do Porto de Santos, passageiros de 3ª classe, Acervo do Memorial do Imigrante.

Es el alto porcentaje del total de inmigrantes de 0 a 10 años, alrededor del 31%, la reducción de los próximos años de edad, de 11 a 20 años, alrededor del 8%, y aumentando de nuevo en el rango de 21 a 30 años, 22%. De esa edad en adelante, el porcentaje de inmigrantes se está reduciendo: de 31 a 40 (18,2%), 41 a 50 años (11,4%), de 51 a 60 años (5,6%) y de 61 a 100 (1,5%). La concentración en la primera faja y la segunda caída más probable es el resultado de la recién formada familia. Que se puede ver por de los jefes y cónyuges, que se concentra entre el 20 y 40 años con aproximadamente el 60% (cuadro 5). Posiblemente

estos niños de 0 a 10, nació en Brasil, y la forma en que están vinculados y dependientes de familia, que no están directamente sujetos a las directrices económicas que favorecen el desplazamiento de los hombres, por lo tanto, las niñas tienen un movimiento más significativo de la inmigración.

Las informaciones sobre los niños que se plantea la pregunta por el lugar de nacimiento de los inmigrantes al reflujo de 0 a 10 años. A pesar de informar a las listas de bordo de los niños con nacionalidad extranjera, puede ser una estrategia destinada a facilitar la burocracia y el desplazamiento. Entre ellos, hay un predominio en la parte baja menores de edad y el natural equilibrio entre los sexos, mientras que en otras fajas de edad, existe una preponderancia de hombres, posiblemente, por una mayor predisposición a trabajar y la preferencia del contratante. El equilibrio de los géneros significa que no se vieron afectados por la tendencia del mercado de trabajo y el índice de niños que no completado un año de edad, alrededor del 6% del total de reflujo, lo que indica que, probablemente, nació en Brasil, pues el viaje es largo y costoso. El otro 0 a 10 años, no se puede decir que todos ellos son hijos de extranjeros nacidos en Brasil, pero no es posible decir que nacido en el extranjero fuera de Brasil, debido a que esas familias pueden tener en este país desde hace varios años. Probablemente, hay una distribución entre las dos condiciones, lo cual es importante, pues el rango de 0 a 10 años representa el 31% del total de inmigrantes al reflujo.

La participación de la mujer como fuerza de trabajo

La economía de São Paulo durante finales del siglo XIX y principios del siglo XX giró en torno a la cafetería, que se destina a los trabajadores migrantes. La conclusión de que la mano de obra inmigrante de este periodo fue destinada al trabajo agrícola, se oculta la información importante: cerca de 25% de los inmigrantes están ocupados por las actividades urbanas y otro porcentaje significativo no tiene una clara indicación de las actividades. Por lo tanto, los inmigrantes de la época contribuyeron a formación de mano de obra tanto en el campo y en la ciudad. La variedad de las ocupaciones son reflejo de la fuerza de los movimientos de inmigración, pero también es lo que demuestra que la agricultura, que sigue siendo predominante, no puede ser la única referencia a la mano de obra inmigrante. Si la inmigración subsidiada predominó en Brasil en ese período, como demuestra la historiografía, y si ese inmigrante vino naturalmente para trabajar en el campo, el reflujo con la indicación expresiva de otras ocupaciones

muestra que la parte de inmigrantes no se adaptan al campo y se fue a través de una experiencia en la ciudad. En este conjunto de actividades encontramos que las mujeres trabajan principalmente en la agricultura y la prestación de los servicios domésticos, actividades que corresponden en la época de baja calificación y remuneración. Sin embargo, es la inclusión de las mujeres inmigrantes en el mercado de trabajo. Declarándose sin ocupación más o menos el 10% de las mujeres.

Cuadro 6 – Actividades profesionales de los inmigrantes en reflujo por el puerto de Santos según el sexo, 1908

Actividades profesionales	Masculino	%	Femenino	%	s/i	%	Total	%
Agricultura	7171	40,9	4064	44,1	14	11,9	11249	41,9
Servicio y comercio	2786	15,9	1164	12,6	33	28,5	3983	14,9
Industria	2169	12,4	243	2,6	10	8,5	2422	9,0
Servicios domésticos	151	0,9	619	6,7	4	3,4	774	2,9
Actividades artísticas	173	1,0	43	0,5	2	1,7	218	0,8
Actividades del mar	23	0,1	2	0,0	5	4,2	30	0,1
Actividades religiosas	8	0,0	3	0,0	-	-	11	0,0
Transporte	10	0,1	-	-	-	-	10	0,0
Funcionarios públicos	3	0,0	-	-	-	-	3	0,0
Mineral	2	0,0	-	-	-	-	2	0,0
Otros	3504	20,0	1286	14,0	14	11,9	4804	17,9
Sin actividad	843	4,8	853	9,3	18	15,3	1714	6,4
Sin información	674	3,8	931	10,1	18	15,3	1623	6,1
Total	17517	100	9208	100	118	100	26843	100

Obs.: s/i significa sin información

Otros, son profesiones que no se encuadraban en las actividades relacionadas arriba, lo que presentaban indicaciones genéricas como trabajo o trabajador.

Fuente: Lista de bordo de saída de imigrantes do Porto de Santos, passageiros de 3ª classe. Acervo do Memorial do Imigrante.

Las ocupaciones se agrupan teniendo en cuenta las actividades típicas de cualquier empresa, tales como la agricultura, la industria, el comercio y los servicios (véase el cuadro 6). Otras indicaciones generales se agruparon por separado. Vincular las actividades profesionales de los inmigrantes a reflujo, se destacaron las actividades relacionadas con la agricultura, tanto para hombres como para mujeres. Luego vino la participación de profesionales de las actividades relacionadas con los servicios y el comercio, con el 14,9% del total de reflujo y, a continuación, aquellos que podrían no encajar en las divisiones establecidas en torno a 17,9%, pero que podría considerarse como trabajadores los trabajadores urbanos

y rurales, porque como un “trabajo” o “vivir de su trabajo.” Estas actividades profesionales se presentan en la producción y el empleo que puede ser aprendida y adoptada en São Paulo, siendo imposible completar la documentación se adquiere por la profesión o en Brasil tienen el país de origen.

Muestra en el cuadro 6, que difieren según el sexo, que los hombres y las mujeres predominan en el reflujo dedicaba a la agricultura. Entonces vino para los hombres quienes se dedican a los servicios y el comercio con 15,9% y, a continuación, la industria con el 12,4%, mientras que entre las mujeres, son aquellos dedicados a los servicios y el comercio, en torno a del 12,6% y, a diferencia de los hombres, las dedicadas a los servicios domésticos, alrededor de un 6%, de los cuales sólo el 2,6% trabajaba en la industria del sector. Los servicios que ocupaban la mayoría de las mujeres de las clases trabajadoras eran una extensión de las actividades domésticas, como la costura, lavar y cocinar. También hay un destaque para los que han trabajado como comerciantes en las calles de las ciudades.

Estas cifras para las mujeres que trabajaban en la industria son preocupadas por un porcentaje tan bajo, ya que este sector tenía un gran uso de mano de obra de las mujeres. En el hilado y tejido en las industrias de Sao Paulo se empleo las mujeres y niñas, adolescentes y niños de las clases trabajadoras, en su mayoría de origen italiano. La respuesta puede ser los bajos salarios que hacen que sea difícil para volver. Es posible que la composición de los ingresos de la familia, los ingresos de los hombres ligados a compensar a estas mujeres en la residencia en Brasil.

La referencia al trabajo femenino y de menores era de todo exacta, en virtud al elevado número de mujeres, y niños de los nueve años en adelante (pero a veces, también de cinco que trabajaban de 12 a 13 horas por día, incluso por la noche, en las fabricas del país (...)) La divulgación y utilización de la mano de obra de niños y de mujeres respondía a un claro proyecto para achatar el nivel general de los sueldos, los cuales, de hecho se mantuvieron bajos, sobrepasando un poco a los agrícolas, que a propósito pasaron por un proceso gradual de disminución en términos reales, hasta el punto de que el poder de adquisición de la clase obrera en 1919 fue, probablemente, inferior al del período de 1887-1890. En 1908, el sueldo medio en la industria de São Paulo era de 4 a 6.000 reis por día, y en 1920, cerca de 4.000, que sólo alcanzaba para compras de medio kilo de arroz, macarrón, grasa de cerdo, azúcar y café. En 1919, el presupuesto de una

familia de siete personas en Río de Janeiro era cuatro veces mayor que el sueldo medio de un trabajador de São Paulo²³.

En cuanto a los inmigrantes que figuran sin ocupación y sin información, el cuadro 6 se presenta una mayor presencia de las mujeres, con 19,4%, contra 8,6% de los hombres. Son mujeres que no fueron absorbidos por el mercado de trabajo y se ocupó principalmente de las actividades domésticas en las familias numerosas. Este universo de información con y sin ocupación también incluye a los niños fuera de la edad de trabajar.

Las mujeres generalmente se ven sólo en los servicios domésticos, pero podemos ver que caen dentro de ese rango de escenarios de las ocupaciones en el Estado de São Paulo. Contribuido, ya sea en el espacio doméstico, el campo o ciudad, o no lograr un resultado satisfactorio en el proceso de inmigración y volver a la patria con un montón deseado.

Conclusión

El enfoque sobre el papel de la mujer en la inmigración todavía no ha agotado, y amplias oportunidades para la investigación temática que, como el análisis de su relación con la sociedad de origen, en el mundo del trabajo, su vida y su relación con otros inmigrantes o de las comunidades nativas, etc. A cambio, deben también han participado en las decisiones y las motivaciones del grupo familiar. Alves se presenta la cuestión de género para el período comprendido entre el portugués, con la condición de inferioridad de la mujer.

Se puede decir, que la práctica de los pasaportes familiares oculta de cierto modo una componente femenina integrada y da un relieve de las situaciones en que las mujeres partían independientes y desprotegidas. Así una gran parte del sexo femenino partía ligada a la documentación del familiar más responsable o mayor (el marido, el padre, el tío, el hermano). Este pormenor burocrático se extendía también a otras situaciones como a la de niños o la de los adolescentes y ancianos. Con el pasar del tiempo, la facilidad de transportes, los incentivos a la inmigración familiar por parte de Brasil, la baja del cambio brasileño produjo una erosión en el envío de las remesas para la familia, la emigración familiar va

23 Trento, p. 210.

aumentando. La creciente participación femenina que se verificará tiene que ver con la ampliación de este tipo de emigración²⁴.

Sin embargo, el estudio indica algunas limitaciones de la condición femenina en el movimiento de inmigración. Es su importancia en la familia, es su inclusión en el mercado laboral, es decir, la opción para impulsar la economía nacional a la inmigración como una familia y, por tanto, la necesidad de presencia femenina en el establecimiento de los inmigrantes en su conjunto.

Bibliografia

ALVES, Jorge Fernandes. *Os Brasileiros, Emigração e Retorno no Porto Oitocentista*. Porto: Faculdade de Letras da UP (Universidade do Porto), 1993.

ALVIM, Zuleika. *Brava gente! Os italianos em São Paulo, 1870-1920*. São Paulo: Brasiliense, 1986.

ALVIM, Zuleika. “Imigrantes: a vida primada dos pobres no campo”, en: Fernando A. Novais, *História da vida privada no Brasil República*. São Paulo: Companhia das Letras, vol. 3, 1998. pags. 215-287.

Anuário Estatístico de São Paulo (Brasil) de 1919. Movimento da População e Estatística Moral. São Paulo: Repartição de Estatística e Arquivo do Estado, vol I, 1923.

Arquivo do Estado de São Paulo. Fundo da Secretaria de Agricultura e Abastecimento. Movimentos Migratórios, 1890 a 1911.

Arquivo do Memorial do Imigrante. Lista de bordo de saída de imigrantes do Porto de Santos, passageiros de 3ª classe, 1908.

BASSANEZI, Maria Silvia C. Beozzo. *Família e Imigração Internacional no Brasil*. São Paulo: CEDHAL (Centro de Estudos de Demografia Histórica da América Latina), 1996.

BASSANEZI, Maria Silvia C. Beozzo. “Família e imigração internacional no Brasil”. *Estudos de História*, Franca, v. 6, n° 2, pp. 163-191, 1999.

CÁNOVAS, Marília D. Klaumann. *Hambre de Tierra: imigrantes espanhóis na cafeicultura paulista, 1880-1930*. São Paulo: Lazuli Editora, 2005.

FAUSTO, Boris. *Historiografia da imigração para São Paulo*. São Paulo: Editora Sumaré/FAPESP, 1991.

FRUTUOSO, Maria Suzel Gil. *Emigração Portuguesa e sua influência no Brasil: o caso de Santos – 1850 a 1950*. São Paulo: FFLCH-USP, 1989.

24 Alves, p. 209.

HOLLOWAY, Thomas H. *Imigrantes para o café*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1984.

HUTTER, Lucy Maffei. “A imigração italiana: aspectos gerais do processo migratório”. *Revista do Instituto de Estudos Brasileiros*, vol. 27, 1987, págs. 59-73.

KLEIN, Herbert S. *A Imigração Espanhola no Brasil*. São Paulo: Sumaré/FAPESP, v. 5, 1994.

LEITE, J. Costa. “Emigração portuguesa: a lei e os números (1855-1914)”. *Análise Social*, Lisboa: Universidade de Lisboa, vol. XXIII, n.º. 97, págs. 463-480, 3ª série, 1987.

LOBO, Eulália Maria Lahmeyer. *Imigração portuguesa no Brasil*. São Paulo: Hucitec, 2001.

MARTINS, José de Souza. “A imigração espanhola para o Brasil e a formação da força-de-trabalho na economia cafeeira: 1880-1930”. *Revista de História*. São Paulo: USP, n.º 121, págs. 5-26, ago./dez. 1989.

MOURA, E. B. B. *Mulheres e menores no trabalho industrial: os fatores sexo e idade na dinâmica do capital*. Petrópolis: Vozes, 1982.

MOURA, E. B. B. *O processo de imigração em São Paulo nas primeiras décadas republicanas: questões em aberto*. São Paulo: CEDHAL, 1996.

ROCHA, Ilana Peliciari. *Imigração Internacional em São Paulo: Retorno e Reemigração, 1890-1920*. São Paulo: Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas (USP), 2007.

SCOTT, A. S. V. *As duas faces da imigração portuguesa para o Brasil (décadas de 1820-1930)*. Portugal: Oceanos, v. 44, p. 126-142, 2000.

Seminário Internacional Fazendo Gênero 7: Gênero e Preconceitos. Universidade Federal de Santa Catarina, 2006. <http://www.fazendogenero7.ufsc.br>.

Seminário Internacional Fazendo Gênero 8: Corpo, Violência e Poder. Universidade Federal de Santa Catarina, 2008. <http://www.fazendogenero8.ufsc.br>

TRENTO, Ângelo. *Do outro lado do Atlântico – um século de imigração italiana no Brasil*. São Paulo: Nobel, 1989.

VILA, Pilar Gagiao. “A mulher na Emigração”. en: Jorge Fernandes Alves. *Os “brasileiros” da emigração*. Vila Nova de Famalicão: Câmara Municipal de Vila Nova de Famalicão, págs. 28-43, 1998.

V. Viajeras y escritura: la pluma femenina



Viajes y transnacionalismo en la autoformación femenina: *Con Pasión absoluta*, de Carol Zardetto

Claudia García
University of Nebraska at Omaha

A diferencia del auge de la escritura de mujeres en España e Hispanoamérica que acompañó los procesos de re-democratización de la región en las últimas décadas¹, en Guatemala la producción literaria femenina sigue ocupando una posición marginal². La exclusión resulta más marcada en la narrativa que en la lírica, y llega a afectar a escritoras que por su obra poética pueden considerarse voces canónicas. Este es el caso de Ana María Rodas, por ejemplo, cuyos *Poemas de la izquierda erótica* (1973) constituyen un parteaguas en la poesía escrita por mujer en el contexto centroamericano pero cuya colección de cuentos *Mariana en la tigrera* (1996) pasó prácticamente desapercibida por la crítica³.

A su vez, dentro del género narrativo, el rezago en la publicación de textos escritos por mujeres es más pronunciado en la novela que en el cuento. Desde fines de la década del ochenta, y coincidiendo con la incipiente participación social organizada de las mujeres en el proceso de re-democratización⁴, comienza a publicarse la producción cuentística de algunas narradoras, como Isabel Garma (*Cuentos de muerte y resurrección* [1987]; *El boyito del perraje* [1994]), Ligia Escribá (*Las máquinas y yo* [1984]; *Cuentos* [1985]), y Rodas. La revitalización de la actividad editorial a partir de la firma de la paz en diciembre de 1996, y la aparición de la

1 Moreiras-Menor, *Literatura y cine en la España democrática*. 2002, p. 103. Castro-Klarén et al., *Women's Writing in Latin America. An Anthology*. 1991, p. xii.

2 Acevedo. "Narradoras centroamericanas contemporáneas a la luz de la crítica femenina", *La literatura centroamericana. Visiones y revisiones*. 1994, p. 138. Muñoz, *Antología de cuentistas guatemaltecas*. 2001, p. 9. Avila, *Mujer, cuerpo y palabra. Tres décadas de re-creación del sujeto de la poeta guatemalteca*. 2004, p. 23. Rivera, *Guatemala. Narradores Siglo XX*. 2003, p. 10.

3 Avila, p. 37. Toledo, "'Yo estoy, yo soy, y no necesito nada más'. Diálogo con Ana María Rodas". 20 noviembre 2006 <http://www.jehat.com/jehaat/sp/Poets/Aida.htm>

4 Aguilar. "Un movimiento de mujeres embrionario. Guatemala", *Movimiento de mujeres en Centroamérica*. 1997, p. 97.

primera revista feminista en 1998 (*LaCuerda*), que abrió nuevos espacios para las mujeres, propiciaron el surgimiento de nuevas voces en el cuento, destacándose Mildred Hernández (*Orígenes* [1995] y *Diario de cuerpos* [1998]); Aída Toledo (*Pezóculos* [2001]); Jessica Masaya (*Diosas decadentes* [2001]; *El club de los aburridos* [2007]); Ruth Piedrasanta (*Condición de paso* [2002]) y, más recientemente, Carmen Matute (*Muñeca mala* [2008]). Además, a comienzos del milenio se editan dos antologías de cuentos escritos por mujeres, que difunden la obra de narradoras nacidas a partir del primer cuarto del siglo veinte⁵.

Por el contrario, el panorama de las novelas escritas por mujeres es mucho más restringido. El estudioso Seymour Menton menciona a Elisa Hall (*Semilla de mostaza* [1938] y *Mostaza* [1939]) y a Malin D'Echevers (*Mah-Rap* [1946]), en la primera mitad del siglo, enfatizando las intenciones artísticas de las autoras por sobre sus mediocres resultados⁶. En las décadas siguientes aparecen *Estigma* (1957), de Lily Aguirre; *Evangelina va al campo* y *Emilia*, de Teresa Arévalo, ambas publicadas en 1961; *Sabor a justicia* (1961) y *Los brutos* (1969), de Blanca Luz Molina de Rodríguez; y *La mujer de pelo largo* (1967), de Leonor Paz y Paz; en tanto que, en México, se publica *La nuez vacía* (1975), de Samara de Córdova.

Este escueto catálogo —que contrasta con la mucho más voluminosa producción novelística masculina en el mismo período⁷— evidencia que el número de novelas publicadas escritas por mujeres es escaso, circunstancia a la que se suma el difícil acceso a las obras, y la falta de lecturas críticas de las mismas. Esta situación pone de manifiesto, por un lado, la orientación de las escritoras guatemaltecas a la práctica de géneros breves, como el cuento y la poesía, más fáciles de combinar con las expectativas patriarcales de las que las mujeres son objeto —su papel de madres y de esposas—, y que tradicionalmente les han impedido abocarse a trabajos literarios de largo aliento; acompañando el volumen de publicaciones, el interés crítico se ha concentrado en la poesía y en el cuento escrito por mujeres. Por otro lado, el número escaso de textos publicados sugiere la rigidez falogocéntrica de las instancias de decisión editorial, que no propicia la edición o re-edición de novelas escritas por mujeres. Sirva de ejemplo el caso de

5 Me refiero a *Mujeres que cuentan* (2000), compilada por Lucrecia Méndez de Penedo y Aída Toledo, y *Antología de cuentistas guatemaltecas* (2001), de Willy Muñoz.

6 Menton, *Historia crítica de la novela guatemalteca*. 1960, págs. 283–285; 291–293.

7 Ver Menton, *Historia crítica de la novela guatemalteca*. 1960. Albizúrez Palma et al., *Historia de la literatura guatemalteca*. 1984. Liano, *Visión crítica de la literatura guatemalteca*. 1997

la poeta Isabel de los Angeles Ruano, Premio Nacional de Literatura Miguel Angel Asturias 2001, y autora de dos novelas, *Carta de una bruja a una condesa medieval* y *El diario de un loco en el mundo de los normales*, que aún permanecen inéditas⁸.

Sin embargo, al igual que en el cuento, el fin de siglo aporta indicios de cambio: aparecen *Adultos 3* (1996), de Paz y Paz; la novela experimental de Eugenia Gallardo *No te apresures a llegar a la Torre de Londres porque la Torre de Londres no es el Big Ben* (1999); y *En la mirilla del jaguar* (2002), una biografía novelada de Monseñor Gerardi escrita por la reconocida poeta y ensayista Margarita Carrera. Es en esta coyuntura de incipiente reparación del rezago histórico de la novelística femenina, que surge *ConPasión absoluta* (2005), de Carol Zardetto, novela que recibió el Premio Centroamericano “Mario Monteforte Toledo” en el 2004 y de la que me ocuparé en este trabajo⁹.

Mi análisis entiende el texto como un exponente de la narrativa de autoformación femenina y examina cómo este proceso se ve afectado por la experiencia del transnacionalismo, y por la revisión de la historia que ésta propicia¹⁰. Argumentaré que la ideología del multiculturalismo resulta clave en la experiencia transnacional de la protagonista, permitiéndole negociar las heterogeneidades que la constituyen. Por otra parte, ciertos espacios turísticos periféricos adquieren un sentido epifánico en su proceso de autoformación, lo cual sugiere que

8 Albizúrez Palma et al., p. 344.

9 Como Eliana Rivero señala acertadamente en 1994 en “Precisiones de lo femenino y lo feminista en la práctica literaria hispanoamericana”, en *Hispanoamérica* el término “femenino” para calificar a la literatura escrita por mujeres se vuelve conflictivo por su arraigo en el “lenguaje equívoco de la traducción cultural-lingüística” (p. 21), en tanto aunaría un sentido patriarcal (cómo han sido vistas las mujeres) y otro revisionista (cómo se ven a sí mismas y cómo buscan ser vistas). Simultáneamente, “femenino” designa una producción ex-céntrica y marginal con respecto a la producción masculina, y puede distinguirse de “lo feminista”, como práctica académica proveniente de las culturas metropolitanas (p. 23). En este trabajo, utilizaré el vocablo “femenino” para designar lo referido a la mujer o producido por ella, sin implicar sumisión real o aparente a las estructuras patriarcales. Cuando sea oportuno, introduciré la discriminación entre “femenino” y “feminista”: entiendo el concepto de “feminista” como la revisión crítica de las estructuras de poder patriarcal, que puede incluso implicar una subversión de las mismas. Sigo aquí la postura conceptualizada por Gayle Greene en 1991 en “Feminist Fiction and the Uses of Memory”, p. 291.

10 Empleo “transnacionalismo” en el sentido que le da Nina Glick-Schiller en “Transmigrants and Nation-States: Something Old and Something New in the U.S. Immigrant Experience”, es decir como un modo de migración en que las personas “although they move across international borders and settle and establish social relations in a new state, maintain social connections within the polity from which they originated” (p. 96).

incluso la íntima comprensión que la protagonista tiene de sí misma está modelizada por la hegemonía discursiva de los centros. Finalmente observaré cómo Zardetto, en tanto escritora ladina —no indígena— de clase media acomodada, inscribe el ascenso social de un tipo específico de sujetos femeninos (mujeres ladinas de clase media baja pero con cierto nivel educativo) desde mediados de siglo, coincidiendo con los cambios económicos y culturales impulsados por el proceso democrático de los gobiernos de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz (1944-54)¹¹.

ConPasión absoluta marca la iniciación de Zardetto como novelista. Relativamente poco conocida en el ámbito literario, autora de cuentos y ensayos, periodista cultural y abogada de profesión, Zardetto desempeñó dos cargos públicos durante el gobierno de Alvaro Arzú, como viceministra de Educación y como Cónsul General de Guatemala en Vancouver¹². Durante la presidencia de Arzú (1996-2000) se firmaron los Acuerdos de Paz entre el gobierno y el movimiento insurgente Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca, dando término a treinta y seis años de guerra civil, en la que murieron unas doscientas mil personas, en su mayoría indígenas, y en la que el Estado militar buscó aniquilar las culturas e identidades étnicas a través del genocidio, el desplazamiento y el control de la población¹³. Uno de los efectos salientes de las negociaciones de

11 Es preciso aclarar el significado del término “ladino” en el contexto guatemalteco: “ladino” tiene un sentido englobador y se contrapone a “indígena” en tanto lo *no indígena*. En su libro *Etnicidad, estado y nación en Guatemala, 1944- 1985*, el historiador Arturo Taracena Arriola observa que pese al reconocimiento discursivo de la diversidad étnica en Guatemala en el siglo XIX y hasta 1944, el Estado nacional guatemalteco se construyó en base a prácticas jurídico-políticas discriminatorias, que institucionalizaron la desigualdad entre indígenas y ladinos, e invisibilizaron “el peso del origen étnico de sus componentes [de lo *no indígena*] (criollos, blancos, ladinos, mestizos, chinos, árabes, judíos y otros)” (págs. 25-26). Es decir que, pese a que la población de Guatemala está compuesta por diversas etnicidades (distintas procedencias nacionales y culturales), y pese a que éstas tienen siglos de convivencia y mestizaje biológico y cultural, se ha conformado una trama discursiva que legitima la división étnica de la sociedad en los grupos antagónicos “indígenas” y “ladinos”. Como afirma la antropóloga Manuela Camus en *Ser indígena en ciudad de Guatemala*, de este modo, “dos grupos que son internamente heterogéneos, son mirados como homogéneos y considerados como dos ‘etnias’, creando una ficción viva y una ‘burda’ simplificación de la realidad” (p. 49).

12 Lemus, “Carol Zardetto. Premio Centroamericano de Novela ‘Mario Monteforte Toledo’ 2004”. Prensa libre/ Cultura [Guatemala] 25 enero 2005: 41. 26 mayo 2006 <http://www.fygeditores.com/fgcompasion01.htm>

13 Bastos y Camus, *Entre el mescal y el cielo. Desarrollo del movimiento maya en Guatemala*. 2003, págs. 55-56. Jonas, *Of Centaurs and Doves. Guatemala’s Peace Process*. 2000, págs. 21-30, 35.

paz fue el reconocimiento de los indígenas como actores políticos, coincidente con la adopción, por parte del Estado guatemalteco, de la terminología del multiculturalismo en su discurso oficial¹⁴. Según Susanne Jonas, en ese momento se sientan las bases para el proyecto transnacional neoliberal en Guatemala¹⁵, propiciado por el Grupo Consultivo de los Países Donantes (Estados Unidos, Europa e instituciones financieras internacionales); éstos condicionaron los principales financiamientos para Guatemala a la firma de la paz y a la reforma tributaria que podría garantizarla¹⁶. Los Acuerdos reconocen el carácter multiétnico, pluricultural y multilingüe de la nación guatemalteca. Sin embargo, el fracaso de la Reforma Constitucional en 1999 y la desidia de las clases dirigentes para implementarlos, subrayan la persistencia del racismo y del paradigma de exclusión así como la inoperancia práctica del multiculturalismo para revertir las condiciones de la subalternidad¹⁷.

ConPasión absoluta narra la historia de Irene, quien retorna a Guatemala después de residir en Canadá y quien, por su educación desarrollada parcialmente en el exterior (Europa y Estados Unidos), resulta casi una extranjera en su patria. Movida por una crisis familiar (la agonía de su abuela Toya) y afectiva (su fracaso sentimental con el cónsul uruguayo en Vancouver), Irene empieza a escribir, logrando hilvanar y desentrañar las historias de varias generaciones de mujeres de su familia. Como acertadamente afirma Valeria Grinberg Pla, la recuperación del pasado en tanto viaje constituye uno de los principios constructivos del texto de Zardetto, que plantea

...la exploración subjetiva del pasado por medio del viaje, entendiendo viaje en el sentido literal de regreso al lugar de la infancia, pero también en el doble sentido figurado de viaje de la memoria hacia el pasado, y viaje al pasado por medio de la escritura¹⁸

14 Bastos y Camus, p. 139.

15 Jonas, p. 218.

16 Jonas, p. 46.

17 En un balance publicado en octubre del 2008 bajo el título “Los pueblos indígenas en la democracia y Estado guatemalteco. Diagnóstico aproximado”, Demetrio Cojtí Cuxil sostiene que en la implementación de los Acuerdos pueden verse avances de forma más que de fondo, como por ejemplo la Ley de Idiomas Nacionales (2003), los cuales destacan el incumplimiento generalizado de la legislación (págs. 44, 69).

18 Grinberg Pla, “Recordar y escribir para vivir. La recuperación (inter)subjetiva del pasado en

Las voces de las mujeres de la familia de Irene se acoplan a la narración de la historia política de Guatemala en el último siglo, gesto textual con el que la protagonista intenta articular su memoria familiar con la memoria colectiva.

Acompañando los atisbos de una incipiente memoria histórica, la protagonista cuenta su vida¹⁹. Este hilo narrativo alcanza dos puntos climáticos hacia el final de la novela, los que constituyen momentos de epifanía y de consolidación del aprendizaje personal de la protagonista. El primero de estos puntos de inflexión —su extravío nocturno en las ruinas de Machu Picchu— señala el pasaje de lo tanático al resurgimiento de la vitalidad y la re-afirmación del yo por encima de su sumisión afectiva. El segundo, que tiene lugar durante la celebración de fin de año en Antigua, describe el movimiento inverso: la abrupta irrupción de la violencia social provoca el rechazo de Irene hacia el entorno guatemalteco y su repliegue sobre sí misma. Ambos momentos epifánicos se traducen en una afirmación del yo. La muerte de la abuela y la conclusión de la novela que Irene viene escribiendo (*ConPasión absoluta*) coinciden con la toma de conciencia de su libertad, y del ejercicio de la escritura como instrumento de liberación²⁰. Irene, afirmada en sí misma, liberada del pasado, escritora, realiza un descubrimiento final: la compasión consigo misma. Esta “compasión absoluta”, que en la plegaria infantil invocaba el perdón de todo pecado²¹, reaflore en la superficie textual como fuerza conciliadora que libra de culpa: “[A] nosotros, que nombramos las cosas [y] andamos perdidos entre lo sublime y lo execrable... más allá de los juicios una inefable benevolencia nos abraza. La vida merece compasión absoluta”²². Volveré sobre las epifanías y el sentido de la compasión más adelante.

El corazón del silencio de Tatiana Lobo y *ConPasión absoluta* de Carol Zardetto”. *Istmo*, 16, enero-junio 2008, http://collaborations.denison.edu/istmo/articulos/grinberg_recordar.html

19 Para la noción de memoria colectiva y memoria histórica, sigo las síntesis y precisiones de José Colmeiro en *Memoria histórica e identidad cultural*, publicado en el 2005: “La memoria colectiva ha de ser entendida... como una entidad simbólica representativa de una comunidad... es un capital social intangible. Sólo en el nivel simbólico se puede hablar de una memoria colectiva, como el conjunto de tradiciones, creencias, rituales y mitos que poseen los miembros pertenecientes a un determinado grupo social y que determinan su adscripción al mismo... La memoria colectiva recuerda... hitos comodificados del pasado. La memoria histórica, por otro lado, constituiría una parte de la memoria colectiva, y se caracterizaría por una conceptualización crítica de acontecimientos de signo histórico compartidos colectivamente y vivos en el horizonte referencial del gupo” (págs. 15-18).

20 Zardetto, *ConPasión absoluta*. 2005, p. 369.

21 Zardetto, p. 306.

22 Zardetto, p. 370.

ConPasión absoluta despliega el proceso de autoformación de Irene, personal y artístico, conjugando en su textura el molde genérico de la novela de aprendizaje con el de la novela de memoria. Un manejo flexible y fluido del tiempo, el empleo de la polifonía y el recurso a la intertextualidad constituyen los procedimientos que la crítica ha destacado como aciertos del texto²³. La novela, dividida en catorce capítulos, recurre a la analepsis para crear un marco en el cual la polifonía y la intertextualidad cobran un significado más específicamente gnoseológico. En efecto, para actualizar su formación como mujer y su aprendizaje como escritora, Irene debe retrotraerse a un pasado de aristas múltiples, cuyo relato le permitirá comprenderse a sí misma, no en el aislamiento de su individuación (nivel personal) sino en su articulación social (familia y nación). Por lo tanto, la estructura temporal de la novela está regida por tres instancias: el presente de la enunciación, aproximadamente un año después del retorno de Irene a Guatemala; el pasado cercano o tiempo del relato 1, que, coincidiendo con el regreso de la protagonista, por un lado progresa linealmente al encuentro del presente de la enunciación y por otro se retrotrae al pasado de Irene niña y adulta (permitiéndole articular su trayectoria amorosa con su experiencia transnacional); y, por último, un pasado más lejano o tiempo del relato 2, en el que la analepsis da paso a la polifonía (saga familiar) y al montaje de textos de registro informativo (historia de Guatemala en el siglo XX).

Es preciso entender la elección de los moldes genéricos del texto —novela de aprendizaje y de memoria—, como una pulsión gnoseológica: el deseo de saber pone en marcha la escritura. Desde las páginas iniciales de la novela, se plantean las circunstancias de la enunciación como enigmas estructurantes del texto: Guatemala, el espacio que Irene “no [arribará] nunca a comprender”²⁴; y el tiempo de la escritura, que, al fluir incesantemente del presente de la enunciación al pasado de la memoria, es visto por Irene como un extraño “juego”²⁵. El manejo del tiempo en la novela remite a la tradición del Bildungsroman femenino.

23 Carrera, “Revelaciones. Nace una novelista”. Prensa Libre 2 septiembre 2005. 26 mayo 2006. <http://fygeditores.com/fgconpasion01.htm>. Masaya, “De la imprenta”. Magazine: Tiempo libre. 14-20 agosto 2005. 26 mayo 2006. <http://www.fygeditores.com/fgconpasion01.htm>. Monterroso, “Máquina del tiempo: Con pasión absoluta”. elPeriódico/Domingo. 13 noviembre 2005. 26 mayo 2006. <http://www.fygeditores.com/fgconpasion01.htm>.

24 Zardetto, p. 13.

25 Zardetto, p. 14.

Según Elizabeth Abel, Marianne Hirsch y Elizabeth Langland constatan en la introducción a *The Voyage In. Fictions of Development*, las ficciones de aprendizaje femenino muestran a la mujer desarrollándose en una etapa posterior de la vida, “after conventional expectations of marriage and motherhood have been fulfilled and found insufficient”²⁶. A diferencia de la identidad masculina, definida por el contraste con la figura materna, la identidad femenina está sujeta a las fluctuaciones de la simbiosis y de la separación de la madre, definiéndose de modo relacional y flexible²⁷. Para Abel et al., el Bildungsroman femenino expresa una tensión entre los presupuestos tradicionalmente masculinos del género y los valores femeninos a través de dos estructuras narrativas recurrentes: una de aprendizaje, cronológica, que avanza desde la infancia hacia la adultez de la protagonista; y otra de despertar, que no procede de forma gradual sino por medio de momentos epifánicos. Asimismo, a menudo las protagonistas están profundamente involucradas con otros personajes femeninos (hermanas, madres, amigas) con quienes comparten la función protagónica²⁸.

Judith K. Gardiner encuentra que las ficciones femeninas suelen presentar un conflicto entre la identificación personal de la protagonista con su madre y el rechazo de la identificación con la posición materna de víctima²⁹. Asimismo, en las novelas escritas por mujer Gardiner ve una tendencia a pasar de la voz narrativa en primera a segunda y a tercera persona³⁰. La crítica feminista también señala la importancia de la memoria en la escritura femenina. Para Margaret Lourie, Donna Stanton y Martha Vicinus, el recordar marcaría el deseo de traer a la conciencia “all that the symbolic system represses in order to maintain and perpetuate itself”³¹ y cumpliría una función perturbadora del orden patriarcal. Para Gayle Greene, “memory is a creative writer” y aflora en los momentos de crisis que frecuentemente pone en movimiento la ficción escrita por mujer³²; la búsqueda que la protagonista hace de su pasado suele tomar la forma de un viaje

26 Abel et al. “Introduction”, *The Voyage In. Fictions of Development*. 1983, p. 7.

27 Abel et al., p. 10. Ver también Gardiner. “On Female Identity and Writing by Women”, *The Voyage In. Fictions of Development*. 1982, p. 186.

28 Abel et al., págs. 11-12.

29 Gardiner, p. 186.

30 Ibidem, p. 187.

31 Lourie et al., “Introduction”. *Michigan Quarterly Review*, 1987, p. 3.

32 Greene, “Feminist Fiction and the Uses of Memory”. *Signs*, 1991, p. 294.

a casa o de un regreso al entorno familiar para confrontarlo³³. Greene también señala que en la novela de formación artística (*Künstlerroman*) feminista, la escritura es el medio de liberación de la protagonista³⁴.

En el entramado temporal de *Con Pasión absoluta*, se conjugan la estructura narrativa de despertar y la estructura lineal de aprendizaje que describen Abel et al. El despertar de Irene coincide con su retorno a la casa materna y a su abuela agónica, y, sobre todo, con la iniciación de su práctica escrituraria³⁵. Curiosamente, este despertar es precedido por situaciones que en la escritura de mujer característicamente lo favorecen pero que aquí tienen una función muy atenuada. Por ejemplo, la secuencia matrimonio-divorcio³⁶ cumple una función informativa, que enfatiza el cumplimiento de Irene con las expectativas del orden patriarcal (su matrimonio) sin que la protagonista tome conciencia de su subordinación a ellas.

Del mismo modo, las primeras experiencias transnacionales de Irene al final de la niñez y en la adolescencia (su educación en un internado religioso en Estados Unidos, primero, y luego en Suiza) constituyen instancias de su sumisión al orden paterno en su doble aspecto patriarcal y de clase: amenazado por la guerrilla, el padre decide el exilio de toda la familia en el extranjero; y pese a que, “presionado por las necesidades de sus negocios”³⁷, él mismo regresa a Guatemala, determina que Irene y su hermano continúen educándose en el exterior a salvaguarda del comunismo. Así, este transnacionalismo resulta una de las claves de la trayectoria de ascenso de Irene, desde las capas medio-bajas (el mundo materno) a las acomodadas (mundo paterno). Se trata de un proceso de socialización³⁸ que aliena a Irene niña y adolescente de los marcadores de identidad y de clase correspondientes a su entorno materno, empujándola al extremo de negarse a abrir las cartas de su madre que le llegan desde Guatemala al internado religioso en Los Angeles, e incluso brevemente rechazando verla cuando ésta va a visitarla³⁹. Los marcadores de identidad maternos son remplazados por los de una élite transnacional —a la que el padre se vincula por su extracción burguesa de origen

33 Greene, p. 303.

34 Greene, p. 308.

35 Zardetto, p. 57.

36 Zardetto, págs. 21, 25-6.

37 Zardetto, p. 307.

38 Zardetto, págs. 298-99; 308.

39 Zardetto, págs. 300, 304.

europeo—, cuyo sentido de pertenencia se funda en el poder económico: “toda mi historia se había desvanecido en medio de las clases de ski, la equitación, el francés, las exigencias de la *tenue à table*, las amigas”⁴⁰.

Por lo tanto, pese a la presencia textual de situaciones de despertar típicas del Bildungsroman femenino (como el divorcio o los viajes), es el proceso de formación escrituraria de Irene el que rige la organización narrativa de su desarrollo personal. De la interacción del escribir y el recordar aflorarán los distintos niveles de la memoria familiar, personal e histórica; a través del doble trabajo de memoria y escritura Irene consigue negociar los aspectos heterogéneos de su identidad y reconciliarse (consigo misma y con su entorno) al final de la novela. Las heterogeneidades constitutivas de la identidad de Irene se refieren a su adscripción de clase, a su posición frente a la opresión de género y a su postura ante el compromiso político.

Modelos y expectativas familiares contradictorios condicionan la posición de Irene ante el orden patriarcal, oscilando entre la rebelión y el sometimiento. El trabajo conjunto de memoria y escritura le permite rescatar del olvido a la serie de mujeres “cimarronas” de la familia —Juana, Amparo, Toya, Ibis—, y recuperar así una estructura matriarcal con la que se identifica explícitamente⁴¹. Sin embargo, estas mujeres fuertes, que se resisten al matrimonio, adolecen de un aspecto extraordinariamente sumiso, que sobreviene en ellas junto con la pasión amorosa⁴². Frente al modelo femenino materno de tensión entre la sumisión y

40 Ibidem, p. 308.

41 Ibidem, págs. 163, 367.

42 La abuela Toya encarna el punto extremo de este espíritu independiente, al negarse a contraer matrimonio con el poderoso finquero Manuel de la Rosa (págs. 67-68). El temor supersticioso de Toya a morir el día de su boda, vestida de blanco, remite a la muerte simbólica que acarrearía el matrimonio al ratificar su sometimiento al orden patriarcal. Sin embargo, la independencia afectiva de Toya se desvanece frente al actor de circo, de quien se enamora y con quien se escapa, abandonando temporariamente a sus hijos. Los personajes principales de la saga familiar —Juana, Amparo, Toya, Ibis, Nena—, contruidos a partir de esta matriz ambivalente sumisión ante el hombre elegido/ rebeldía frente al vínculo matrimonial, generan secuencias narrativas en las que la figura femenino-materna se despliega simultáneamente como presencia protectora y como ausencia. La naturaleza paradójica de tal imagen femenina sugiere que, para este sujeto femenino ladino de clase media baja, la única posibilidad de dar rienda suelta al deseo, al erotismo y la vitalidad (la pasión que las empuja a someterse voluntariamente a un hombre) consiste en resistir la aceptación plena del vínculo matrimonial, manteniéndose en sus orillas (concubinato o viudez), donde les es posible retener o generar mayores cuotas de poder, sobre todo en función del deseo que despiertan en el sexo opuesto.

la rebeldía, las expectativas del mundo del padre son monolíticas. Estas implican una aceptación estricta de la etiqueta de la burguesía nacional y una asimilación de las reglas de conducta de la clase media alta internacional⁴³. La muerte súbita del padre apenas Irene retorna del extranjero, ya joven y decidida a rebelarse, aborta un impulso crítico que resurgirá en ella como producto de la articulación de memoria y escritura a partir de su segunda experiencia transnacional en Vancouver⁴⁴.

El transnacionalismo funciona como un telón de fondo en que las nociones de compromiso político, participación y defensa de valores sociales se ponen en juego. Previsiblemente, las opciones diversas con las que Irene entablará un diálogo para llegar a su propia postura están encarnadas en personajes masculinos, circunstancia que reafirma la tradicional distribución de espacios de influencia en la sociedad patriarcal (el ámbito público para el hombre, la esfera privada para la mujer).

Por un lado, el padre de Irene, vocero de las clases altas aliadas con el capital internacional, se muestra alarmado ante el surgimiento del comunismo en el medio político de los años sesenta y setenta y opta por irse del país. Por otro, la figura rebelde e idealista de Turín, su hermano, cuya fragilidad física contradice su temple moral, asume en el texto una dimensión heroica —subrayada por su muerte temprana— y sirve de contrapunto al aprendizaje de Irene. A diferencia de ésta, Turín no padece claudicaciones, desarraigos ni desorientación ideológica; resiste pasivamente los abusos del padrastro⁴⁵, desobedece las arbitrariedades del

Ver la coincidencia entre este aspecto de los personajes femeninos en la novela y la figura de la viuda (que consigue resistir el discurso hegemónico de control masculino) según aparece en la literatura española desde la Edad Media. Para este último aspecto, ver Mirrer, *Women, Jews, & Muslims in the Texts of Reconquest Castile*. 1996, págs. 119-23.

43 La descripción de la esposa del padre de Irene y de sus medio-hermanas proveen el modelo de mujer de las clases altas guatemaltecas desde la perspectiva de la clase media baja en ascenso: la grotesca y ostentosa Doña Imelda en un extremo (“fea, con una cara ordinaria y gruesa...[y] las carnes que desbordaban por todas partes” [p. 275]); y la delicada y sumisa Eugenia en el otro: “una mirada dulce, la nariz increíblemente fina...se mantenía pegada melosamente a un hombre fornido...que le decía cosas en inglés en un tono suave. Ella contestaba en forma reiterada: “yes, honey”. Viéndolo a los ojos, parecía no ver ninguna otra cosa” (p. 271).

44 Zardetto, págs. 81-106.

45 Zardetto, págs. 281-82.

padre⁴⁶, se solidariza con la hermana y, más adelante, de regreso en Guatemala, toma un claro compromiso político con los pobres⁴⁷.

Por último, el cónsul de Uruguay en Vancouver y C, amantes de Irene en Canadá y Guatemala respectivamente, constituyen modelos opuestos en la forma de concebir compromiso y poder político. La figura del cónsul, que recorta en el texto el espacio del deseo de Irene, encarna también la ambigüedad de las altas esferas del poder (diplomático e internacional); deseo amoroso y poder político se inscriben como objetos inalcanzables y turbios, potencialmente amenazadores y desconectados de la idea de compromiso. Por el contrario, en C se despliega el modelo de compromiso sin poder y desvinculado del deseo de la protagonista. C, sobreviviente de la derrota de la izquierda, enuncia en el texto una crítica al discurso oficial de la reconstrucción y, sobre todo, guía a Irene en el proceso de tomar conocimiento y conciencia de la situación política en el país. La desinformación de ésta llega a extremos caricaturescos:

“¿Qué pasó con los Tratados de Paz que pusieron fin a la guerra?”, le pregunté.

La noticia había llegado unos años atrás a los insípidos periódicos de Canadá. Muchos guatemaltecos que habían huido perseguidos por la guerra se refugiaban allá...[C] se burlaba de la ingenuidad de mis preguntas.⁴⁸

Sin embargo, lejos de recibir un tratamiento paródico o crítico en el texto, tal ignorancia da pie para incluir voces y textualidades de registro informativo. Dos elementos subrayan el tratamiento respetuoso de la ignorancia de Irene. Por un lado, la voz narrativa equipara su experiencia al retornar al país con la de C: “El también había pasado por lo mismo: había regresado hacía algunos años del exilio”⁴⁹, de modo que “lo mismo” se refiere tanto al exilio de C (claramente político) como al transnacionalismo de Irene, conservador en su origen, según vimos. Por otro lado, al equiparar el desconcierto de ambos personajes frente a la actualidad guatemalteca al retornar al país, la narradora homologa la conciencia crítica de C con su propia ignorancia, fruto más bien del condicionamiento ideológico de su formación que de su residencia en el extranjero. Veremos que este

46 Zardetto, p. 279.

47 Zardetto, págs. 359-60.

48 Ibidem, p. 107.

49 Ibidem, p. 106.

gesto didáctico-informativo del texto se vinculará con la idea de reconciliación (compasión absoluta que libra de culpa).

El claro rechazo de Irene a entablar una relación de mayor compromiso afectivo con C, en la que éste insiste, y que sería también una relación de compromiso con la reconstrucción del país, no excluye el auténtico deseo de la protagonista de aproximarse a la historia de Guatemala desde la perspectiva que C propone. Resulta significativo el contraste entre el glamour idealizado de las ciudades que Irene asocia con su relación amorosa con el cónsul (Vancouver, Buenos Aires, Montevideo) y su fobia frente a la fealdad de la ciudad de Guatemala⁵⁰, contraste que expresaría una geografía del deseo político. Coincidentemente, los momentos climáticos del aprendizaje personal de Irene, si bien ambientados en América Latina, tienen lugar en sitios claves del circuito turístico latinoamericano, las ruinas de Machu Picchu en Perú y la ciudad colonial de Antigua en Guatemala. De modo que la geografía del deseo manifiesta no sólo un imaginario neoliberal del viaje —es decir, un modo de consumir el espacio desde la perspectiva de los servicios globalizados, comodificando los sitios de memoria y desvinculando del presente los procesos de conquista y colonización que contribuyen a convertirlos en destinos turísticos—, sino que también resulta constitutiva de la interioridad de Irene como un paisaje de su subjetividad.

Gracias a la escritura, Irene consigue trascender los aspectos heterogéneos que la vinculan a su pasado, arribar a síntesis propias y tomar decisiones acerca de su futuro, de modo que su autofomación personal guarda un vínculo estrecho con su aprendizaje literario. Así, por un lado cancela su amor obsesivo por el cónsul y por otro rechaza una relación con C, distanciándose del modelo familiar femenino de sumisión ciega frente a la pasión y reafirmando el de autonomía. La rememoración detallada de sus experiencias amorosas (que aflora en el texto a impulsos de la escritura) permite calibrar la importancia de la experiencia del transnacionalismo en la consolidación de una mayor autonomía en sus relaciones de género. Puede entenderse como “remesa social”⁵¹ el aprendizaje que Irene realiza en Vancouver acerca de cómo relacionarse con el sexo opuesto desde una posición de mayor poder: “[Costa] garabateó un número telefónico...Yo lo

50 Ibidem, págs. 14-15.

51 Empleo el concepto de “remesa social” en el sentido que le da Peggy Levitt, es decir como el conjunto de “ideas, behaviours, identities, and social capital that flow from host- to sending-country communities”. Ver Levitt, *The Transnational Villagers*. 2001, p. 54.

usaría si quería, como lo había aprendido de las féminas canadienses que gustan guardar siempre el control”⁵². El texto insiste en la ajenidad de esta costumbre desde la perspectiva de la narradora; el empleo irónico del término “féminas” señala la distancia entre el comportamiento de las canadienses y el de las mujeres (guatemaltecas). Sin embargo, Irene pone en práctica un nuevo tipo de comportamiento. Su relación con C, en Guatemala, sugiere la perduración de esta conducta.

El transnacionalismo resulta clave para su contacto con lo multicultural. Según Caroline Nagel, el multiculturalismo “attempts to place minority groups on the same footing as members of the dominant cultural groups to prevent or to redress discrimination and by tolerating, including, and/or actively promoting minority cultures... Critics from the left have argued that multiculturalism represents a mindless celebration of diversity that essentializes group difference while it ignores broader structures of inequality and racism”, ayudando a canalizar la presión de las minorías para lograr su reconocimiento en vez de su inclusión⁵³. El multiculturalismo inscribe el espacio de posibilidad para el acercamiento entre sujetos sociales heterogéneos, sobre todo al convertirse en discurso aceptado por los grupos dominantes de los centros. La descripción pormenorizada de Vancouver, con su “barrio *étnico*” y su mezcla de canadienses anglosajones, latinoamericanos, griegos, portugueses, africanos y orientales, resulta una exaltación gozosa de la diversidad y se sintetiza en la música y los habitués del club nocturno que Irene frecuenta: “También llegan otras gentes. Anglos de los suburbios..., latinos en busca de música caliente, aquella secretaria francesa”⁵⁴. Es decir, no se trata de lo marginal en sí (lo periférico) sino del margen recuperado por los centros y reconvertido en multicultural para consumo de centros y periferias.

Los episodios ambientados en la escena multicultural de Vancouver y la relación de Irene con el griego Costa permiten desplegar la exploración de su propia sensualidad y erotismo, fuera de las coordinadas represivas del entorno guatemalteco. Tal exploración se caracteriza por la superficialidad de la crítica de género, y por un tratamiento del erotismo y la sensualidad que rechaza el lenguaje explícito y descriptivo. Si bien la autonomía que Irene reivindica y asume como

52 Zardetto, p. 87.

53 Nagel. “Questioning Citizenship in an ‘Age of Migration’”, *Globalization and Its Outcomes*. 2004, págs. 235-36.

54 Zardetto, p. 83.

postura propia al final del texto implica una revisión de género, ésta ya está presente en la historia de las mujeres guatemaltecas, como la saga familiar indica. De modo que la novela deja entrever la persistencia del orden hegemónico en el discurso de la protagonista, orden que admite una incipiente crítica de género. La subversión del poder patriarcal implícita en la crítica está inscripto en la historia de las mujeres de Guatemala, siendo precisamente el factor que posibilita la trayectoria de ascenso social del sujeto femenino representado (mujer ladina de clase media baja) a lo largo del siglo XX.

Quiero ejemplificar la persistencia del orden hegemónico con dos episodios de la secuencia narrativa de Vancouver. El primero, que refiere el encuentro de Irene con el africano Charlie, despliega su fascinación ante la otredad del negro, asumiendo y reproduciendo en el discurso de la protagonista la posición hegemónica del sujeto occidental para quien los sujetos periféricos resultan exóticos: “Nunca bailábamos con los negros. Nos limitábamos a verlos de lejos y a decir un *no, thank you*, cuando alguno se atrevía a irrumpir en nuestro círculo cerrado”⁵⁵. El racismo que acompaña a esta exotización se expresa de modo más abierto en la detallada descripción de Charlie, cuyos rasgos fenotípicos se califican peyorativamente de “burdos” o “exagerados”⁵⁶, provocando un rechazo equiparable al abismo de clase: Charlie no solamente es negro sino, además, albañil. Sin embargo, entre el desconcierto inicial de Irene por las manos callosas de Charlie y su posterior conclusión de que “un albañil y una mujer como yo”⁵⁷ tienen mundos en común, media el multiculturalismo. Este episodio, al igual que las epifanías de Irene en Machu Picchu y en la Antigua (sitios culturalmente emblemáticos del Tercer Mundo que, mediatizados por la industria turística, se vuelven apetecibles para ser consumidos por el Primero), sugiere que los modos en que Irene íntimamente se comprende a sí misma están pautados por el discurso hegemónico del multiculturalismo.

El segundo episodio en que se plasma la persistencia del orden hegemónico se vincula con Costa, el amante griego de Irene en Vancouver. En el marco de esta relación amorosa Irene explora el placer sexual a través de la perversión, inscribiendo en el texto el momento de mayor rebelión explícita ante el entorno

55 Zardetto, p. 84.

56 Zardetto, p. 84.

57 Ibidem, p. 85.

represivo guatemalteco⁵⁸. Exhibicionismo, despertar de una sensualidad lésbica⁵⁹ y pornografía⁶⁰ se funden en el texto como sinónimos de liberación sexual. Resulta significativo el énfasis sobre los aspectos lúdicos y estéticos de la pornografía en detrimento de una postura crítica. La apología de Costa, que simplemente ignora los aspectos denigrantes y deshumanizadores de la actividad pornográfica, funciona como un hilo conductor del episodio. Irene, fascinada ahora frente a la “extraña hermosura” de las fotografías de Costa⁶¹ como antes frente a los negros, queda atrapada en la paradoja de una liberación sexual que en verdad reafirma su sumisión de género. El momento climático del episodio tiene lugar en el jacuzzi de un apartamento deshabitado donde Irene accede a ser fotografiada⁶².

Las reacciones de Irene en tanto objeto pornográfico que Costa manipula “como si fuese una muñeca” no se condicen en absoluto con el discurso apolo-gético masculino de la pornografía (en tanto sujeto), y el episodio culmina con el rechazo corporal hacia Costa y hacia la situación en sí misma. El vacío que se apodera de Irene está lejos del aura que previamente percibiera en las fotografías de Costa, las que “[i]nstaauraban una atmósfera donde el cuerpo se relacionaba desde el erotismo con todas las cosas”⁶³. Sin embargo, Irene no consigue articular su rechazo con palabras; se trata de un episodio mudo donde sólo resuena la voz de Costa: “Su voz inundó el recinto. Había en esa voz...algo limpio y profundo. Me acerqué”⁶⁴. De este modo, colapsando pornografía y espiritualidad, el episodio se desvía de la crítica de género —la que se desliza implícitamente en las reacciones del personaje—, confirmando por el contrario la sumisión de la protagonista al orden patriarcal.

La articulación de los tres niveles de memoria —personal, familiar e histórica— abre el texto a la polifonía y a la intertextualidad, y permite rastrear el ascenso social del sujeto femenino ladino de clase baja o media baja hasta las capas acomodadas, trayectoria que Irene concreta en sí misma. Con respecto a la polifonía, la voz narrativa que Irene asume en primera persona es cedida en tres instancias textuales a otros personajes: la abuela, la madre y el cónsul. La

58 Ibidem, págs. 90-91.

59 Ibidem, p. 92.

60 Ibidem, págs. 93-101.

61 Ibidem, p. 93.

62 Ibidem, p. 100.

63 Ibidem, págs. 93-94.

64 Ibidem, p. 100.

voz de este último —marcada por la intencionalidad lírica de su discurso, por la ambigüedad oralidad-escritura y por la interpelación a un tú (Irene)—, espeja la sofisticación de la protagonista, es decir el punto al que ésta arriba luego de su proceso de auto-formación y ascenso social; por el contrario, las voces en primera persona de la abuela y de la madre dan cuenta de sus orígenes.

En tanto narradora, Irene mantiene el control de las voces de la madre y de la abuela que emergen en el texto a través del estilo directo. La voz de la abuela está marcada por las comillas, que señalan y acompañan el movimiento de la memoria de Irene⁶⁵. La voz de la madre, precedida por la inclusión de un texto de registro informativo sobre el origen del cultivo del café y de las desigualdades de clase en Guatemala, se encuentra acotada por el uso de subtítulos en negrita⁶⁶, que cumplen la misma función que las comillas. Si las voces de la madre y de la abuela remiten a la clase media baja que es parte de la extracción social de Irene, la discriminación clara entre las voces narrativas femeninas y el control textual que la narradora ejerce sobre ellas, en mi opinión indicarían el deseo de subrayar la distancia social que separa a Irene de las generaciones de mujeres precedentes.

La genealogía matrilineal que despliega la novela evidencia una serie de constantes en el perfil de este sujeto femenino ladino, identificables desde Mama Juana, punto inicial de la serie: raza blanca, nivel educativo básico asegurado, origen probablemente inmigrante, capacidad de trabajo, movilidad social ascendente a través del matrimonio, descenso social como efecto de la pasión amorosa, función de intermediarias étnicas. La boda de Julia con un norteamericano de la United Fruit Company y su traslado a la capital, aportan un último rasgo de importancia para definir el perfil de este sujeto femenino: la emigración a los centros y el casamiento con extranjeros como factores seguros de ascenso social. De este modo, Julia se integra a la pequeña burguesía de la capital, vive en una casa del centro y su nieta asiste al Colegio Francés. Por el contrario, su hermana Amparo, que se niega a abandonar la provincia para ir a la capital con su marido contador, termina casi en la indigencia, lavando ropa en un pueblo del interior.

El texto plantea una dicotomía clara entre la opción amorosa “racional”, que puede coincidir o no con el matrimonio pero aporta solvencia económica y bienestar material, y la opción “pasional”, que lleva al descenso social pero reafirma la autonomía femenina. Es significativo que los hombres por los que estas

65 Ibidem, p. 59.

66 Ibidem, págs. 121-33; 136-39.

mujeres se apasionan, son en general personajes marginales (el artista de circo, por ejemplo) o pertenecientes a minorías étnicas (el chino Meme, el garífuna). El retrato que Zardetto traza de estas mujeres “cimarronas” las muestra como mujeres activas y de criterio independiente: la jovencita Toya que, violada por el hijo del finquero y pedida en matrimonio por éste, prefiere no casarse con él; Mama Juana, comerciante exitosa; la Nena que calcula cuidadosamente cómo aprovechar su atractivo sexual para subir socialmente. Estas mujeres afirman su autonomía a través de su trabajo fuera del espacio privado (el hogar), subvirtiendo la representación patriarcal de la subjetividad femenina⁶⁷.

El nivel educativo y la pertenencia étnica de este sujeto femenino constituyen tanto los rasgos más valiosos de su capital cultural como la condición de posibilidad de ascenso social. Es sintomático el alivio de los finqueros al enterarse de que Toya, es “una patoja letrada y no una india patarrajada”⁶⁸, de modo que la posibilidad del matrimonio queda abierta. Para la abuela y la madre de Irene, su acceso a la educación será la base de su independencia material: son maestras rurales, la primera nombrada por el dictador Ubico (1931-44), la segunda por el gobierno democrático de Arévalo. El texto destaca la función “civilizadora” de la maestra, que debe entenderse aquí como un esfuerzo por ladinizarse a la población indígena campesina.

Si a fines de la década del treinta la maestra y su familia son tan pobres “como sus propios alumnos analfabetos”⁶⁹, durante el período de Arévalo la maestra rural tiene acceso a los procesos de modernización en marcha a nivel nacional y puede incorporarse a la incipiente sociedad de consumo. Recordemos que los gobiernos de Arévalo y de Arbenz crearon un clima político abierto, en el que se llevaron a cabo amplias reformas sociales y económicas, entre ellas la legislación laboral y la reforma agraria de 1952⁷⁰. El acceso al crédito⁷¹ y un

67 En otro nivel, es posible leer tanto el retrato como la trayectoria de estas mujeres a la luz de al menos dos textos canónicos en la serie literaria guatemalteca —*El tigre* (1932) de Flavio Herrera y *Entre la piedra y la cruz* (1948) de Mario Monteforte Toledo—, en los que similares sujetos femeninos (ladinas de clase media baja) aparecen representados desde una posición masculina. Así, el trabajo de escritura y memoria de Irene no sólo revisa la historia familiar sino que también re-escribe desde una perspectiva femenina este sujeto pre-existente en la tradición literaria local.

68 Zardetto, p. 67.

69 Zardetto, p. 73.

70 Hall & Pérez Brignolli, *Historical Atlas of Central America*. 2003, p. 233.

71 Zardetto, p. 242.

capital cultural mínimo que le permite aceptar el valor de lo nuevo (la margarina, los pantalones en el vestuario femenino, el pelo corto) se unen a la diferenciación étnica y educativa para profundizar la distancia de clase entre la maestra y los campesinos. El consumo —sobre todo el placer del consumo⁷²— vincula a esta clase media baja ladina con la burguesía acomodada, y, en el caso del sujeto femenino, será el eslabón clave en su ascenso social⁷³.

De este modo, en la novela de Zardetto el sujeto femenino ladino de clase media es observado en sus múltiples facetas a través de la variedad de figuras que lo encarnan. La complejidad de las relaciones que estas mujeres establecen tanto con las otras mujeres de la familia como con personajes de distinta etnia y clase es producto, en parte, del punto de vista femenino que organiza la narración y que permite la auto-representación de género, es decir que el sujeto dé cuenta de sí mismo. Al no borrar los elementos contradictorios que animan a estas mujeres, el tratamiento que Zardetto hace de sus personajes permite observar cómo esas contradicciones han posibilitado la resistencia femenina a la hegemonía patriarcal y el ascenso social de ciertos sujetos femeninos, si bien —como vimos— el orden hegemónico persiste. Gracias al acrecentamiento de su capital cultural desde mediados de siglo y a la coyuntura ideológica del presente de la enunciación dominada por el multiculturalismo, tal sujeto femenino ladino finalmente se piensa en términos autónomos, según la representación de Zardetto.

Irene partirá de Guatemala reconciliada consigo misma, sin sentimiento de culpa. ¿Culpa de qué? Sin formularla explícitamente, el texto insinúa en varias instancias que ésta proviene de su rechazo y voluntario apartamiento del mundo de la madre, de su aproximación al mundo burgués y conservador del padre, de su distancia del compromiso de Turín con las clases populares, de su ignorancia de la guerra y de las masacres. El retorno de Irene a Guatemala, su proceso de aprendizaje personal y su práctica escrituraria, que la incita a visitar tanto su pasado como la Historia reciente del país, evocan los gestos sociales de esclarecimiento que siguieron a la firma de la paz en Guatemala. Estos, como la compasión absoluta de Irene, tuvieron mayor resonancia simbólica que efectos transformadores de la realidad del país, pero permitieron a los sectores modernizadores

72 Zardetto, págs. 244-45.

73 “Ella se arreglaría lo mejor posible, se estrenaría un vestido nuevo...los guantes...y los tacones altos ...Parecía otra gente...Si quería buscar al señor de la tarjetita, tendría que hacerlo” (Zardetto, p. 245).

de la burguesía afianzar su hegemonía con una nueva legalidad⁷⁴. La importancia del discurso del multiculturalismo en la Guatemala de Alvaro Arzú puede entenderse como un correlato, en el texto social, del impacto que tiene para Irene en el universo de ficción el ambiente multicultural de Vancouver.

El final de la novela es abierto. Los detalles del futuro inmediato de Irene, así como los de su pasado reciente, son escamoteados. Su negativa a participar de la reconstrucción social que le propone C, por un lado, y sus esfuerzos por articular una memoria histórica, por otro, plantean incertidumbres acerca del rumbo que seguirá el transnacionalismo de Irene, aunque éste se perfila como una opción informada y desprovista de compromiso político profundo con Guatemala. Así, la iniciación personal y literaria, es decir el viaje en sentido amplio que narra la novela le ha permitido a Irene asumirse con sus ambigüedades, tomar decisiones autónomas y desligarse de vínculos amorosos, familiares o políticos. La novela de Zardetto manifiesta una postura ambivalente que refleja el discurso político hegemónico de la Guatemala de los Acuerdos de Paz. Por un lado, su revisión de la historia reciente expresa la intención de la protagonista de enfrentarse al pasado de forma crítica y de evaluar sus propias acciones (o la falta de ellas) en ese contexto. Por otro, su resolución de partir de Guatemala así como su gesto de compasión reconciliadora reafirman la superficialidad de su compromiso con la reconstrucción nacional. En este sentido, la figura de la maestra rural que en la novela ejerce la intermediación étnica y de clase al servicio de los sectores dominantes, resulta emblemática de la ambigüedad ideológica del texto.

En síntesis, mi análisis de *Con Pasión absoluta*, de Carol Zardetto se centró en el proceso de autoformación femenina, personal y artística, que se plasma en el texto, y en el impacto que en tal proceso tienen los viajes y la experiencia del transnacionalismo. Si bien éstos enajenan a Irene niña y adolescente del contexto materno de clase media baja acercándola al mundo burgués de intereses transnacionales del padre, es también un viaje —su retorno a Guatemala—, el que despierta en ella los procesos de escritura, revisión del pasado (personal, familiar y social) y negociación de sus heterogeneidades identitarias. Las experiencias transnacionales de Irene adulta (el ambiente multicultural de Vancouver y sus epifanías en Machu Picchu y la Antigua) impulsan una incipiente crítica de género así como las instancias textuales de mayor rebelión contra el entorno represivo

74 Bastos y Camus, *Entre el mecapan y el cielo. Desarrollo del movimiento maya en Guatemala*. 2003, p. 140.

y patriarcal guatemalteco. Simultáneamente, la vivencia del transnacionalismo resulta propicia para que el personaje internalice de modo acrítico la ideología del multiculturalismo. Como gesto conciliatorio al que alude el título de la novela, el multiculturalismo remite a las circunstancias históricas de la producción del texto, es decir al Estado democrático guatemalteco posterior a la firma de los Acuerdos de Paz: éstos, que formalmente reconocen una nación multicultural y multiétnica pero que en la práctica son incumplidos o ignorados, legalizan la exclusión y por lo tanto la amparan. Oscilando entre la crítica y la ambigüedad ideológica, el texto de Zardetto inscribe una subjetividad femenina que se auto-representa en su proceso de aprendizaje y que se libera a través de la escritura.

Bibliografía

ABEL, Elizabeth– HIRSH, Marianne– LANGLAND, Elizabeth. Introduction, en: Elizabeth Abel et al. (eds.), *The Voyage In. Fictions of Development*. Hanover, NH: UP of New England, 1983, pp. 3-19.

ACEVEDO-LEAL, Anabella. “Narradoras centroamericanas contemporáneas a la luz de la crítica feminista”. Jorge Román-Lagunas (ed.), *La literatura centroamericana. Visiones y revisiones*. Queenston, Ontario: The Edwin Mellen Press, 1994, pp. 137-43.

AGUILAR, Leticia. “Un movimiento de mujeres embrionario. Guatemala”, en: Leticia Aguilar, Blanca Dole et al. (eds.), *Movimiento de mujeres en Centroamérica*. Managua: Centro Editorial de la Mujer, 1997, pp. 83-170.

AGUIRRE, Lily. *Estigma*. Guatemala: Editorial Landívar, 1957.

ALBIZUREZ PALMA, Francisco– BARRIOS Y BARRIOS, Catalina. *Historia de la literatura guatemalteca*. Vol. III. Guatemala: Editorial Universitaria, 1981.

AREVALO, Teresa. *Emilia*. Guatemala: s.n., 1961.

_____. *Evangelina va al campo*. Guatemala: s.n., 1961.

AVILA, Myron Alberto. *Mujer, cuerpo y palabra. Tres décadas de re-creación del sujeto de la poeta guatemalteca. (Muestra poética, 1973-2003)*. Madrid: Torremozas, 2004.

BASTOS, Santiago– CAMUS, Manuela. *Entre el mecapan y el cielo. Desarrollo del movimiento maya en Guatemala*. Guatemala: Cholsamaj, 2003.

CAMUS, Manuela. *Ser indígena en ciudad de Guatemala*. Guatemala: FLACSO, 2002.

CARRERA, Margarita. *En la mirilla del jaguar*. México; Guatemala: Fondo de Cultura Económica, 2002.

_____. “Revelaciones. Nace una novelista”. *Prensa Libre* 2 septiembre 2005. 26 mayo 2006. <http://fygeditores.com/fgconpasion01.htm>

CASTRO-KLARÉN, Sara– MOLLOY, Sylvia– SARLO, Beatriz. Preface & Acknowledgements. Sara Castro-Klarén, Sylvia Molloy, Beatriz Sarlo (eds.), *Women's Writing in Latin America. An Anthology*. Boulder, San Francisco, Oxford: Westview Press, 1991, pp. xi-xiii.

COJTÍ CUXIL, Demetrio. “Los pueblos indígenas en la democracia y Estado guatemalteco. Diagnóstico aproximado”. *Revista Estudios Interétnicos* 20, octubre 2006, pp. 37-82. 29 mayo 2008.

http://www.idei.usac.edu.gt/publicaciones/identidades_etnicas.PDF#page=38

COLMEIRO, José. *Memoria histórica e identidad cultural: De la postguerra a la postmodernidad*. Barcelona: Anthropos, 2005.

CORDOVA, Samara de. *La nuez vacía*. México: Federación Editorial Mexicana, 1975.

D'ECHEVERS, Malin. *Mab-Rap*. Guatemala: Tipografía nacional, 1946.

ESCRIBA, Ligia. *Las máquinas y yo*. Guatemala: Tipografía Nacional, 1984.

_____. *Cuentos*. Guatemala: Serviprensa Centromerica, 1985.

GALLARDO, Eugenia. *No te apresures a llegar a la Torre de Londres porque la Torre de Londres no es el Big Ben*. Guatemala: F & G Editores y Editorial Llerena, 1999.

GARDINER, Judith Kegan. “On Female Identity and Writing by Women”, en: Elizabeth Abel (ed.), *Writing and Sexual Difference*. Chicago: The U of Chicago Press, 1982, pp. 177-91.

GARMA, Isabel. *Cuentos de muerte y resurrección* (1987). Guatemala: Oscar de León Palacios, 1996.

_____. *El boyito del perraje*. Guatemala: Oscar de León Palacios, 1994.

GLICK SCHILLER, Nina. “Transmigrants and Nation-States: Something Old and Something New in the U.S. Immigrant Experience”. Charles Hirshman et al. (eds.), *The Handbook of International Migration: The American Experience*. New York: Russell Sage Foundations, 1999, pp. 94-126.

GREENE, Gayle. “Feminist Fiction and the Uses of Memory”. *Signs*, 16, 1991, págs. 290-321.

GRINBERG PLA, Valeria. “Recordar y escribir para vivir. La recuperación (inter)subjetiva del pasado en *El corazón del silencio* de Tatiana Lobo y *Con Pasión absoluta* de Carol Zardetto”. *Istmo*, 16, enero-junio 2008, http://collaborations.denison.edu/istmo/articulos/grinberg_recordar.html

HALL, Carolyn– PEREZ BRIGNOLLI, Héctor. *Historical Atlas of Central America*. Norman: U of Oklahoma P, 2003.

HALL, Elisa. *Semilla de mostaza*. Guatemala: s.n., 1938.

---. *Mostaza*. Guatemala: Tipografía Nacional, 1939.

HERNANDEZ, Mildred. *Orígenes*. Guatemala: Oscar de León Palacios, 1995.

---. *Diario de cuerpos*. Guatemala: Oscar de León Palacios, 1998.

HERRERA, Flavio. *El tigre*. Guatemala: Editorial Universitaria de Guatemala, 1989.

JONAS, Susanne. *Of Centaurs and Doves. Guatemala's Peace Process*. Boulder. Colorado: Westview Press, 2000.

LEMUS, Juan Carlos. “Carol Zardetto. Premio Centroamericano de Novela ‘Mario Monteforte Toledo’ 2004”. *Prensa libre/ Cultura [Guatemala]* 25 enero 2005: 41. 26 mayo 2006 <http://www.fygeditores.com/fgcompasion01.htm>

LEVITT, Peggy. *The Transnational Villagers*. Berkeley, Los Angeles, London: U of California Press, 2001.

LIANO, Dante. *Visión crítica de la literatura guatemalteca*. Guatemala: Editorial Universitaria, 1997.

LOURIE, Margaret– STANTON, Donna– VICINUS, Martha. “Introduction”. *Michigan Quarterly Review*, 26.1, 1987, págs. 1-8.

MASAYA, Jessica. *Diosas decadentes*. Guatemala: Editorial Cultura, 2001.

---. “De la imprenta”. *Magazine: Tiempo libre*. 14-20 agosto 2005. 26 mayo 2006. <http://www.fygeditores.com/fgcompasion01.htm>

---. *El club de los aburridos*. Guatemala: Magna Terra Editores, 2007.

MATUTE, Carmen. *Muñeca mala*. Guatemala: Alfaguara, 2008.

MENDEZ DE PENEDO, Lucrecia- TOLEDO, Aída (eds.). *Mujeres que cuentan*. Guatemala: Universidad Rafael Landívar, 2000.

MENTON, Seymour. *Historia crítica de la novela guatemalteca*. Guatemala: Editorial Universitaria, 1960.

MIRRER, Louise. *Women, Jews, & Muslims in the Texts of Reconquest Castile*. Ann Arbor: The U of Michigan Press, 1996.

MOLINA DE RODRIGUEZ, Blanca Luz. *Sabor a justicia*. Quetzaltenango, Guatemala: Unión tipográfica, 1961.

_____. *Los brutos*. Guatemala: s.n., 1969.

MONTEFORTE TOLEDO, Mario. *Entre la piedra y la cruz*. Guatemala: Editorial El Libro de Guatemala, 1948.

MONTERROSO, Arturo. “Máquina del tiempo: Con pasión absoluta”. *el Periódico/Domingo*. 13 noviembre 2005. 26 mayo 2006. <http://www.fygeditores.com/fgcompasion01.htm>

MOREIRAS-MENOR, Cristina. *Literatura y cine en la España democrática*. Madrid: Ediciones Librerías, 2002.

MUÑOZ, Willy. *Antología de cuentistas guatemaltecos*. Guatemala: Letra Negra, 2001.

NAGEL, Caroline. “Questioning Citizenship in an ‘Age of Migration’”. John O’Loughlin, Lynn Staeheli, and Edward Greenberg (eds.), *Globalization and Its Outcomes*. New York, London: The Guildford Press, 2004, pp. 231-52.

PAZ Y PAZ, Leonor. *La mujer de pelo largo*. Guatemala: s.n., 1967.

_____. *Adultos 3*. Guatemala: Ministerio de Cultura y Deportes, 1996.

PIEDRASANTA, Ruth. *Condición de paso*. Guatemala: Ediciones del Pensativo, 2002.

RIVERA, Armando (ant). *Guatemala. Narradores Siglo XX*. Guatemala: Letra Negra, 2003.

RIVERO, Eliana. “Precisiones de lo femenino y lo feminista en la práctica literaria hispanoamericana”. *Inti*, 40-41, 1994- 95, pp. 21-46.

RODAS, Ana María. *Poemas de la izquierda erótica*. (1973) Guatemala: Ediciones Papiro, 1998.

_____. *Mariana en la tigrera*. Guatemala: Artemis Edinter, 1996.

TARACENA ARRIOLA, Arturo. *Etnicidad, estado y nación en Guatemala, 1944-1985*. Guatemala: Cirma, 2004.

TOLEDO, Aída. *Pezgüelos*. Guatemala: Editorial Palo de Hormigo, 2002.

_____. “‘Yo estoy, yo soy, y no necesito nada más’. Diálogo con Ana María Rodas”. 20 noviembre 2006 <http://www.jehat.com/jehaat/sp/Poets/Aida.htm>

ZARDETTO, Carol. *Con Pasión absoluta*. Guatemala: F&G Editores, 2005.

EMILIA SERRANO, BARONESA DE WILSON (1834-1922): “LA CANTORA DE LAS AMERICAS”¹

Leona S. Martin
Susquehanna University. Selinsgrove, PA 17870

En el año de 1890 se publicó en Barcelona *América y sus mujeres*, libro escrito por Emilia Serrano Baronesa de Wilson para celebrar a las numerosas mujeres ilustres que había conocido durante sus viajes por casi todas las repúblicas del “Nuevo Mundo.” En cualquier estudio de la vida y de las obras de esta española singular saltan a la vista las palabras “única” y “primera”: única española del siglo XIX que viajó sola por casi todo el hemisferio occidental; autora del primer estudio comprensivo (1890) de la mujer americana, y de la primera antología de escritores americanos (1903) que incluyera voces masculinas y femeninas. Emilia Serrano de Wilson se jactó de haber conocido personalmente a la mayoría de las ilustres figuras que desfilaban por sus páginas y de haber visto en persona los lugares y las maravillas naturales que describe.² “Viajera que sin temor alguno, cruzaba solitarios bosques, surcaba los mares y ascendía a la maravillosa cordillera andina,” doña Emilia fue, en todo sentido de la palabra, una mujer excepcional (*Americanos Célebres* 8).

Emilia Serrano, quien nació en Granada en 1834,³ desarrolló sus actividades profesionales a ambos lados del Atlántico con contribuciones a la cultura hispánica y publicaciones impresas en casas editoriales que se situaban en Francia,

1 Parte de la información que se incluye a continuación se halla en el artículo que publiqué en inglés en la Revista *Hispania* 82.1 (1999): 29-39.

Otros artículos míos sobre

Emilia Serrano de Wilson han aparecido en *Ciberletras* Vol 5 (August 2001) y en *La revista de estudios colombianos*. No. 30 (2006):15-23.

2 La autora critica a sus compatriotas que escriben sobre las Américas sin nunca haber tenido contacto directo con las tierras del Nuevo Mundo. Es cierto que en casos como el de Menéndez y Pelayo, sus estudios americanistas se basaban exclusivamente en los textos que había leído.

3 La fecha de su nacimiento no queda bien acertada debido a la tendencia de la escritora de quitarse años, acción nada sorprendente para la época.

España, Perú, Ecuador, El Salvador y México. Resulta tristemente irónico que los viajes entre los dos hemisferios que tanto enriquecieron e inspiraron su vida intelectual contribuyeran a una dispersión de sus talentos y de su fama, explicando el hecho de que llegara a calificarse, aún durante su vida, como la “olvidada Cantora de las Américas.”⁴ Dicha situación fue confirmada por “Colombine” en “Granadinos Olvidados: La Baronesa de Wilson,” publicado en 1911 en *La Alhambra: Revista quincenal de Artes y Letras*, y también se infiere de la entrada bajo “Serrano de Ternel” publicada en la *Enciclopedia Universal Espasa-Calpe* del año 1927 donde se lee que Emilia Serrano “viajó por toda América donde era conocida” (Tomo 45, p. 599).

Después de su muerte en 1922, el olvido, especialmente dentro de su madre patria, se hizo prácticamente total. En años recientes, marcados por una notable labor de resucitación de la actividad literaria femenil del siglo XIX, la Baronesa de Wilson ha recibido más atención crítica pero sigue siendo una figura poco conocida.

En estas páginas examinaremos algunos de los viajes que emprendió Emilia Serrano a las repúblicas del Nuevo Mundo, haciendo hincapié en los numerosos papeles que desempeñó durante su larga vida de viajera internacional y en la acogida que le brindaron en los países hispanoamericanos donde tuvo mayor éxito. Entre las fuentes de información consultadas para este estudio figuran *América y sus mujeres*, varias biografías autorizadas por Serrano de Wilson para promover sus viajes y otras publicaciones—poesía, novelas, relatos de sus viajes, manuales de conducta para las jóvenes y artículos de prensa—que aparecieron bajo su nombre durante su larga vida. Se han consultado también los principales estudios críticos que examinan su vida y sus obras, los de María Carmen Simón Palmer, John Dowling, Maida Watson y Amelina Correa Ramón, todos ellos incluidos en el apéndice de “Obras Citadas” al final de este estudio. Al querer reconstruir una biografía definitiva de la “Olvidada Cantora de las Américas,” el crítico enfrenta grandes dificultades ya que su perfil queda distorsionado por los años de olvido y por las ficciones creadas por ella misma a fin de abrir los caminos publicitarios imprescindibles para realizar sus viajes por todo el mundo hispánico.

4 La poca información que tenían en España respecto a la “Cantora de las Américas” se constata en la brevísima entrada que le dedicaron en *Escritoras y eruditas españolas*, publicado en 1881: “En la actualidad creemos que se halla establecida en una de las repúblicas hispano-americanas, consagrada a sus trabajos literarios” (Parada 265).

Los primeros años

Llama la atención la existencia periférica e internacional que marcó el destino de Emilia Serrano desde sus primeros días, dejándola siempre excluida de las poderosas instituciones culturales que irradiaban desde la capital y centro político de su madre patria. Emilia nació en Granada en 1843 y apenas cumplidos los cinco años de edad, sus padres se trasladaron a Francia por motivos políticos. Allí la pequeña se crió dentro de un ambiente sumamente cosmopolita. En las páginas introductorias de *América y sus mujeres* la autora recuerda, por ejemplo, a los literatos—hombres célebres como Alfonso de La Martine, Francisco Martínez de la Rosa y Alejandro Dumas, hijo—que frecuentaban la casa de sus padres en París.

Desde sus años más tiernos, se forjaron en la imaginación de Emilia Serrano tres pasiones ardientes: su amor por las letras, su afición por los viajes, y su gran fascinación con las Américas. Esta última pasión nació en la biblioteca de un anciano venerable, un tal don Máximo, quien veraneaba cerca del hospedaje que tenían los Serrano a orillas del Lago Como en Italia. La joven Emilia, a quien le encantaba conversar con don Máximo, terminó por ganarle las llaves de su corazón así como las de su biblioteca, lugar donde se hallaba una impresionante colección de obras americanistas. Años más tarde Emilia Serrano recuerda nítidamente las horas mágicas que pasó en la biblioteca de don Máximo:

Escenas de la vida de los indios, descritas gráficamente; los descubrimientos y conquista, las batallas, las heroicidades de españoles y de indígenas, la lucha tenaz y justa de los hijos del Nuevo Mundo contra los invasores, me enajenaron hasta el punto de olvidarme de todo lo que no era leer, dándose el caso de renunciar a paseos y a otras distracciones, por entregarme a mi pasión favorita (*Mujeres* 12)

El sueño “americano” de Emilia se nutrió dentro de un ambiente intelectual europeo en el que la noción de las Américas ocupaba un lugar preeminente. Entre los numerosos factores que contribuyeron a este interés figuraban los informes científicos y los relatos personales con que volvieron de las Américas los grandes expedicionarios, hombres como Charles de La Condamine y Alexander von Humboldt. El lector encontrará una exploración muy detallada de este fenómeno en el excelente estudio de Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation* (111-143).

Temas políticos—las Guerras de Independencia y la formación de las nuevas repúblicas, la emancipación de los esclavos, o la *querelle d'Amérique*—se discutían acaloradamente en los salones y en la prensa francesa a la vez que la fiebre americanista se expresaba en novelas, poesía y obras de teatro cultivados a ambos lados del Atlántico.⁵ Participantes indispensables en este diálogo fueron los numerosos hispanoamericanos que se habían refugiado en París en busca de refugio político y de enriquecimiento cultural.

Durante este período tan fructífero para su formación intelectual, Emilia Serrano sufrió una serie de tragedias personales. En algunos pasajes de *América y sus mujeres* y en varias autobiografías autorizadas por ella, se relata que antes de llegar a los 15 años de edad, contrajo matrimonio con un inglés aristocrático (de ahí, su nombre de pluma, “Baronesa de Wilson”) y que, apenas cumplidos dos años de casados, enviudó. Pocos años después le acaeció una segunda desgracia, la muerte a los cuatro años de edad del fruto de su matrimonio, la pequeña Margarita Aurora.

Impera advertir que detrás de esta “historia oficial” de la vida de Emilia Serrano, se ocultan otras versiones de la verdad sumamente intrigantes, aunque algo difíciles de comprobar. Entre ellas, está la conjetura de que durante su residencia en París, la joven Emilia fue seducida por el famoso poeta y dramaturgo español, José Zorrilla, y que la hija cuya muerte le ocasionó lágrimas y duelo maternos a lo largo de la vida fuera fruto de esas relaciones y no del matrimonio con el Barón de Wilson.⁶

En vísperas de la odisea americana

Con viajes por Europa y España, esta vez acompañada de su madre, y mediante el cultivo de las letras, poco a poco se sobrepuso la recién enviudada a sus dolores, integrándose plenamente dentro de los círculos intelectuales, primero en París y luego en España. Publicó poemas patrióticos, religiosos y sentimentales, y también redactó varias novelas, entre ellas, *Magdalena* y *Misterio del alma*. De gran

5 La *querelle d'Amérique* consistió en un debate sobre la supuesta inferioridad de las Américas en cuanto al desarrollo de la naturaleza (Pratt 140).

6 Referencias a este episodio amoroso se encuentran en el estudio de Narciso Alonso Cortés, *Zorrilla: su vida y sus obras* (1068-1075) y en las *Obras completas* de Emilia Parco Bazán, Tomo III, (1472-1473). John Dowling también lo menciona en “El Canto a América de Emilia Serrano, Baronesa de Wilson” (74).

importancia también fue su colaboración en las revistas americanistas, tales como *La Revista del Nuevo Mundo*, que se circuló a ambos lados del Atlántico.

En honor a su hija fallecida, Emilia Serrano escribió un manual de conducta para las jóvenes, *El Almacén de las Señoritas* (1860),⁷ obra que se popularizó en todo el mundo hispanohablante. Traducciones de las novelas de Alejandro Dumas al español y varios manuales de viaje también figuran en la lista de sus obras tempranas.

Toda esta actividad no la desvió, sin embargo, del sueño que había nacido años antes en la biblioteca de don Máximo: el viaje a las Américas. Con el transcurso del tiempo, el viaje iba tomando forma concreta dentro de la imaginación de Emilia Serrano. No propuso viajar como turista sino en plan profesional, asumiendo el doble papel de *mujer de letras* y de *científica*.

Ya antes de partir para las Américas, Emilia Serrano de Wilson había pulido sus destrezas de *mujer de letras*. De joven se había inspirado en el modelo establecido por la ilustre francesa, Madame Germaine de Staël, anfitriona por excelencia de salones literarios y culturales. Más tarde, influyó en ella otra *mujer de letras* muy afamada, su “hermana hispánica,” la escritora cubana Gertrudis Gómez de la Avellaneda, con quien se relacionó primero en París y luego en Sevilla. De no menos importancia en su formación intelectual fueron sus lecturas de las obras de Alexander von Humboldt, las que estimularon en ella otra dimensión profesional: la de *científica*.

El Nuevo Mundo le ofrecía a Emilia Serrano un escenario amplio y hospitalario para el ejercicio de sus talentos. Aún antes de cumplir los treinta años se embarcó con rumbo a las Antillas, viaje de año y medio con el que quedó permanentemente unido su destino a las tierras de ultramar. En 1873 emprendió un segundo viaje, iniciando una odisea que la separaría de tierras españolas por más de 15 años. Viajó por casi todos los países del hemisferio con residencias prolongadas en la Argentina, Perú, Ecuador, Colombia y México. Viajó nuevamente a las Américas en (1891) para reunir materiales que aparecerían mas tarde en *América en fin de siglo* (1897).

7 Las fuentes bibliográficas que he consultado indican que este libro se reeditó por lo menos siete veces, el año de su reedición más reciente siendo 1924. Esta obra, junto con *Las perlas del corazón*, circuló por todo el mundo hispánico adoptándose como texto escolar oficial en algunos países.

El Cono Sur y la hermandad de las mujeres iberoamericanas

La primera nación sudamericana adonde llegó Emilia Serrano de Wilson fue Argentina. No tardó en relacionarse con Juana Manuela Gorriti, una de las mujeres más ilustres de la época, cuyos viajes y actividades políticas y culturales la habían distinguido no sólo en su madre patria sino también en Bolivia y en Perú. No queda duda de que el fuerte respaldo que le dio la Gorriti desde el momento de su llegada a tierras sudamericanas le abrió a la viajera española amplios caminos y ricas posibilidades.

Al pasar de un país a otro, doña Emilia preparaba cuidadosamente el terreno para su recepción dentro de los nuevos círculos culturales que la esperaban. Se valía de cartas de introducción a eminentes figuras nacionales y de artículos de promoción publicados de antemano en los periódicos del día. En casi todas partes, la hermandad de hispanoamericanas que se había establecido informalmente para promover las aspiraciones intelectuales y literarias de las mujeres le brindó una acogida muy calurosa. La lectura de *América y sus mujeres* nos permite apreciar la estructura de dicha hermandad, que se distingue por su carácter eminentemente pan-ibérico. El éxito que tuvo se debía a un pequeño núcleo de mujeres excepcionales que combinaban sus labores intelectuales con viajes internacionales, con lo que establecieron una poderosa red de colaboración femenina. Además de la argentina, Juana Manuela Gorriti, se descuellan entre ellas la peruana Clorinda Matto de Turner, Soledad Acosta de Samper de Colombia, y, claro está, el sujeto de este estudio, Emilia Serrano de Wilson.

Estas mujeres se dedicaban a la publicación de revistas, a la docencia, y a la redacción de novelas, poesía, y textos de género menor: libros escolares, tratados pedagógicos, manuales de conducta, y libros de recetas, por ejemplo. Participaban además en las tradicionales tertulias y veladas literarias en donde se reunían hombres y mujeres para discutir los temas culturales y políticos más candentes de la época.

En Perú y en Ecuador

Emilia Serrano pasó más de un año en Perú. Dos actividades se descuellan entre sus contribuciones a la vida cultural de aquel país: su participación en las famosas veladas que organizó Juana Manuela Gorriti durante los años de 1876-

1877⁸ y el papel que desempeñó como editora de la revista peruana, el *Semanario del Pacífico* (1877-1878).⁹ En los números del *Semanario*, que se publicó semanalmente entre el 8 de junio de 1877 y el 6 de julio de 1878, se leen artículos escritos por Manuela Villarena de Plascencia, Juana Manuela Gorriti, Mercedes Cabello de Carbonera, Carolina Freire de James y, claro está, la editora, la Baronesa de Wilson. Concebido con las metas de promover los ideales políticos de las nuevas repúblicas americanas y los programas más innovadores en el campo de la educación de la mujer, el *Semanario* representa un ejemplo muy claro de la cooperación internacional con que se caracterizó el feminismo hispanoamericano del siglo XIX.

Los peligros que revestían sus viajes por terrenos inhóspitos nunca llegaron a desviar a Emilia Serrano de su gran odisea. Con las siguientes líneas expresa la pasión con que se consagraba a su sueño americano:

Verdaderamente sentíame enamorada de la idea [el viaje a las Américas] pareciéndome ya verme en medio de aquellas majestuosas soledades que cruzaron los atrevidos españoles del siglo XVI y XVII, tan aficionados por su índole aventurera y audaz a enredarse en empresas riesgosas y erizadas de dificultades. No podía ocupárseme lo temerario del propósito; pero mi excelente salud y la incontrastable fuerza de voluntad, salían fiadoras para que no temiese el cansancio moral o físico (*Mujeres* 21).

Siguiendo su odisea como y *mujer de letras y científica*, Emilia Serrano emprendió una nueva etapa en su viaje al despedirse de Perú en 1879 y encaminarse hacia Ecuador. El folletín que publicó poco después de su llegada, *Una página en América: Apuntes de Guayaquil a Quito* (1880), manifiesta plenamente el espíritu aventurero que marcó su destino. Describe su ascenso peligrosísimo desde el

8 Juana Manuela Gorriti nació en la Argentina en 1818. Pasó años como exiliada en el Perú (1848-1878) tras una época de gran turbulencia política en la Argentina y su matrimonio desdichado con Manuel Isidoro Belzú, quien llegó a asumir la presidencia de Bolivia (1848). Juana Manuela llegó a ocupar un lugar preeminente dentro de los círculos intelectuales limeños, donde todavía se recuerdan las veladas que organizó en vísperas de la Guerra del Pacífico. Véase “Las veladas literarias de Juana Manuela Gorriti: un momento dorado del feminismo hispanoamericano,” estudio que contribuí a *Mujeres latinoamericanas: Historia y cultura (Siglos XVI al XIX)*, editada por Luisa Campuzano. Se halla mucha información sobre Juana Manuela en *América y sus mujeres* (páginas 79-87).

9 Véase Watson, Maida. “Women Writers in Latin 19th Century Perú: The *Semanario del Pacífico* and the Baronesa de Wilson.” *Confluencia: Revista hispánica de Cultura y literatura* 7.2 (Spring 1992): 47-53.

puerto de Guayaquil hasta la ciudad capital de Quito, interpretando los paisajes con referencia a los estudios de Humboldt y expresando su asombro ante la magnificencia del camino de los volcanes. De hecho, se acusa una resonancia bien clara entre la voz de la autora y la prosa elocuente de Humboldt. En ningún momento se acusa dicha afinidad con mayor claridad que al describir ella la belleza del Chimborazo, “El Monarca de los Andes,” pico que no se dejó conquistar ni por Humboldt en 1802 ni algunos años más tarde, por el gran libertador Simón Bolívar. Escribe doña Emilia:

Absorta permanecí largo rato. Me olvidé de todo: el espectáculo era completo y la misma aridez del terreno propia de las grandes elevaciones, hacía destacarse con augusta majestad la plateada cabeza de ese coetáneo de la gran obra universal y que se encuentra a 7682 varas sobre el nivel del mar. No era admiración lo que sentía: era algo más, algo indefinible. Dirigí al cielo la mirada, elevé un himno de entusiasmo y comprendí a Bolívar escribiendo su *Delirio*. (*Mujeres* 21)

En Quito doña Emilia siguió dedicada a la diseminación de teorías progresistas para la educación en las repúblicas americanas con la publicación de *La Ley del Progreso* (1880). Dicho tratado recomienda un programa de educación universal para la nación, con principios y recomendaciones que habían aparecido en las páginas del *Seminario del Pacífico*. Con este tratado, redactado seguramente para los funcionarios encargados de la educación patria, se ve que Serrano de Wilson continuó ampliando su labor como agente de comunicación cultural-científica pan-americana. Dicha tendencia se prolonga algunos años más tarde con la publicación del mismo título en San Salvador (1883).

La ley del progreso da testimonio el acceso a los centros de estudio y a las bibliotecas a que tuvo acceso Emilia Serrano en las repúblicas americanas, privilegio vedado para las mujeres en España: “No falta más que después de prohibírsele en España a la mujer del siglo XIX la entrada a los claustros universitarios, se prohíba también que busque en las fuentes de archivos y bibliotecas los datos necesarios para obras científicas y literarias” (*Mujeres* 161).

En Colombia

En febrero de 1881, llegó Emilia Serrano a Colombia. En el puerto de Cartagena de Indias donde desembarcó, la recibieron los más altos funcionarios del gobierno colombiano con discursos como el que pronunció el Secretario General del Estado de Bolívar: “En nombre de Colombia, Cartagena os recibe

con los brazos abiertos; yo, en nombre del Estado soberano de Bolívar, os recibo como recibirse debe a tan ilustre viajera; como recibirse debe a la hija eminente de nuestra vieja madre, con quien por fortuna acabamos de reanudar nuestros antiguos y sagrados vínculos” (Monner Sans 28).

Los numerosos libros que escribió Emilia Serrano sobre sus experiencias como la “Cantora de las Américas” constituyen una especie de diálogo entre ella y las repúblicas que visitó. Intentaba crear y pulir su identidad en un espejo en donde ella y los nuevos mundos que exploraba se reflejaban revestidos de ropajes hermosos y exóticos. En algunas repúblicas, los espacios culturales en que se movía resultaban especialmente compatibles con sus metas profesionales y sus raíces españolas. Así le sucedió en Colombia: “El objeto de mis viajes, el afán del estudio en países que me son tan queridos y amables, y el vehemente deseo de investigar y conocer con imparcial criterio los acontecimientos y los personajes de la magna historia americana, me pusieron en contacto con el gran núcleo de hombres ilustrados y eminentes con que justamente se enorgullece Colombia” (*Americanos célebres* Vol I. 203).

Las páginas que Serrano de Wilson dedicó a Colombia en *América y sus mujeres* (310-348) anuncian con esmeradas litografías los intereses principales de la autora. En un hermoso retrato de Policarpa Salavarrieta vislumbramos la pasión que sintió doña Emilia por la historia, el grabado del espectacular Salto de Tequendama indica su interés por las ciencias naturales y el rostro de Soledad Acosta simboliza los lazos que la unieron a la hermandad de escritoras latinoamericanas. Aunque es posible que nunca se conocieran personalmente Emilia Serrano y Soledad Acosta, gracias a las revistas y los libros que publicaron y a su correspondencia personal,¹⁰ se puede comprobar la existencia de una importante relación entre las dos.

En *América y sus mujeres*, Serrano de Wilson pinta un cuadro sumamente favorable de sus experiencias en Colombia. Incluye narraciones de sus viajes, observaciones sobre la gente ilustre que va conociendo, información de índole histórica y científica, y apuntes sobre la actividad literaria que observa. Como

10 Véase *América y sus mujeres* (310; 338-339), *Mujeres ilustres de América*. Vol. II (169-173), y *El mundo literario americano* Vol. I (67-71). Un manuscrito inédito preparado por Montserrat Ordoñez indica la existencia de una colección de cartas en el archivo Samper de “personajes como Emilia Pardo Bazán, la Baronesa de Wilson, Nuñez de Arce, Juan Valera, el Duque de Rivas, Menéndez y Pelayo...” (26).

naturalista, por ejemplo, queda deslumbrada ante la gran biodiversidad que la rodea al viajar hacia el interior del país por el Río Magdalena. Más tarde expresa su admiración incontenible ante el Salto de Tequendama, maravilla natural que presencia tras un largo viaje a caballo: “Al desembocar en una especie de plataforma, lancé una exclamación de asombro; me encontraba casi al borde de un precipicio, y allí ante mis ojos rugía la catarata a 2.427 metros sobre el nivel del mar. Es imposible pintar la emoción que paralizó mi ser. Es más imposible todavía dar una idea de esa sublime obra del Creador” (343).

La viajera española se identifica íntimamente con la geografía colombiana, tanto así que La Sábana de Bogotá le recuerda “la vega deleitosa regada por el Genil y las tierras de [su] suelo natal” (332). Su solidaridad con la Nueva Granada se extiende a su historia y sus tradiciones intelectuales: “Colombia es fecunda en todo y no existe otro país en América que cuente con un número tan crecido de pensadores, científicos, artistas y literatos, de los cuales he tratado a muchos y los cuento por mis amigos y a todos debo gratitud por sus atenciones” (345).

Serrano de Wilson alaba las instituciones culturales y científicas que visita en Santa Fe de Bogotá, especialmente la Biblioteca Nacional con su amplia colección de libros nacionales e internacionales y sus salas dedicadas a la historia natural así como el observatorio levantado en 1802 por el “científico insigne” José Celestino Mutis (333).

La visita de doña Emilia coincide con una época dorada en las letras colombianas (335-347). Pudo conocer a escritores eminentes, entre ellos al Presidente de la República, el doctor Rafael Núñez, al lingüista Miguel Antonio Caro y al poeta Rafael Pombo.¹¹ Con gran admiración presenta a las escritoras Agripina Montes del Valle, Bertilda Samper y Acosta, Mercedes Hurtado, Eva Verbel y Soledad Acosta de Samper, quien, gracias a su formidable erudición, su intachable integridad y su gran productividad editorial le sirvió a Emilia Serrano de inspiración y de modelo (339-40). Se pueden percibir, por ejemplo, en algunas obras de índole histórica publicadas posteriormente por Emilia Serrano, como *Americanos célebres* (Barcelona, 1887) y *México y sus gobernantes* (Barcelona 1910), las semillas sembradas por *Biografías de hombres ilustres notables*, estudio erudito publicado por Acosta de Samper en 1883.¹²

11 En *El mundo literario americano* Serrano de Wilson incluye un lindo poema que le dedicó el gran poeta colombiano Rafael Pombo (117-119).

12 La edición original de *México y sus gobernantes* fue publicada en 1910 por la Editorial Maucci

En vísperas de su despedida de Colombia, doña Emilia fue agasajada con una fiesta literaria en la casa del poeta Lázaro María Pérez donde “se reunieron la mayor parte de los que cultivan las letras con honra y gloria [en Colombia]” (*Mujeres* 345). Al marcharse de las tierras de la Nueva Granada, a la Cantora de las Américas le quedaban por delante varias etapas más en su largo viaje por el hemisferio: primero, una visita de varios meses a Venezuela, luego el itinerario que la llevó a todas las repúblicas centroamericanas y, finalmente, un período de residencia en México que duró más de tres años.

En México

Emilia Serrano pisó tierras mexicanas por primera vez el 30 de diciembre de 1883. Llegó a Veracruz a bordo de una nave pequeña e incómoda—el *Dee*—tras unos días sumamente tormentosos que inspiraban terror aún en ella, la valiente “Cantora de las Américas.” Para aquella fecha ya había pasado más de una década viajando por la mayoría de los países americanos, cruzando “solitarios bosques,” surcando “los mares” y ascendiendo a “la maravillosa cordillera andina.” “Las enmarañadas selvas, las misteriosas ruinas, los torrentes, cataratas, los anchos y profundos ríos, las noches tibias y deliciosas, y los rayos de un sol de fuego” que encontraba en las Américas constituían para ella “el eterno himno de la naturaleza” (*Americanos Célebres* 8).

Data del año 1883 una biografía autorizada, *La Baronesa de Wilson: Su vida y sus obras*, redactada por Ramón Elices Montes. Obra publicitaria que alaba todas las proezas de la “Cantora de las Américas,” este libro tiene el valor de proporcionarnos un catálogo muy completo de las obras que había publicado hasta aquella fecha la viajera española, las revistas en que había colaborado, y los numerosos honores que había recibido. Su biógrafo describe además las mil “curiosidades” que figuraban dentro de su colección personal, “un mosaico de inestimable valor” que incluía “vestigios de dos civilizaciones y de muchas centurias.” Sus artefactos y apuntes constituían “preciosos comprobantes con afán buscados en todo el continente americano y que sólo la heroica constancia y la investigadora fe de la ilustre escritora [pudieron] reunir” (Elices Montes 45-46).

en Barcelona. Se menciona su preparación como forma de conmemorar el centenario de la Independencia de México. Ediciones posteriores salieron de la Editorial Nacional (México) en 1958, 1963, 1967 y 1973.

Al “mosaico de inestimable valor” con el que doña Emilia llegó a México se agregaron durante los tres años de su residencia numerosos datos nuevos y artefactos preciosos. Fue un período sumamente fructífero que le permitió adelantar notablemente sus metas profesionales, especialmente la preparación de textos para la publicación. Varias de sus obras más valiosas que se inspiraron durante su época mexicana vieron la luz algunos años más tarde en Barcelona donde la autora estableció residencia en 1888. Entre ellas figuran: *Cuauhtemoc o el Mártir de Izancanac*, novela que se basa en los últimos días del imperio azteca; *Américanos célebres: Glorias del Nuevo Mundo*, publicación en dos tomos dedicados al General Porfirio Díaz; *El mundo literario americano*, una antología con selecciones de casi todas las repúblicas americanas, y *México y sus gobernantes de 1519 a 1910*, texto publicado inicialmente en Barcelona y luego reeditado varias veces en México con la última edición fechada en 1973.

Escasean detalles concretos sobre la vida personal de Emilia Serrano durante los tres años que pasó en México. Parece que estableció residencia en la Ciudad de México y que logró recorrer casi todas las regiones del país con el fin de reunir datos y artefactos para sus libros. Se dedicó también a la publicación de la revista, *El Continente Americano* (Simón Palmer 638). De enorme consecuencia fueron las relaciones que estableció con los más altos funcionarios del gobierno mexicano, especialmente con el mismo Primer Mandatario, el General Porfirio Díaz, y con su señora, Carmen Romero de Díaz. A poco tiempo de llegar a México, salió de la imprenta de Ireneo Paz una hermosa edición de poemas escritos por la Baronesa de Wilson que lleva por título *Lágrimas y sonrisas* (1884). El libro está dedicado a “Mi bella y noble amiga, la señora doña Carmen Romero Rubio de Díaz” y en el prefacio leemos: “A poco de haber pisado el suelo mexicano y al hablar a Ud. por vez primera, me pareció que de largo tiempo me encontraba en familiar contacto con Ud., mi bondadosa amiga, tornándose más tarde tan viva simpatía en fraternal cariño” (3). Emilia Serrano incluye en el libro versos sobre la muerte de su hija Margarita, alabanzas a muchos países americanos y expresiones de añoranza por la madre patria. Abundan también los tributos a los ilustres americanos—tanto hombres como mujeres—que había conocido durante sus viajes, ninguno más elogioso que el que dedicó a Porfirio Díaz el día 15 de septiembre de 1884 para conmemorar la independencia patria.

El éxito editorial que tuvo Emilia Serrano, en este caso y posteriormente al establecer residencia en Barcelona, nos lleva a preguntar cómo negociaba ella la publicación y el mercadeo de sus libros. En el caso de “Lágrimas y sonrisas,”

se puede postular la intervención de oficiales del gobierno mexicano, ya que la impresora Ireneo Paz publicaba muchos documentos oficiales, entre ellos uno que se intitulaba “Datos biográficos del General de División C. Porfirio Díaz con acopio de documentos históricos,” compilado por el mismo editor, o sea Ireneo Paz. Parece que la protección oficial que recibió la Cantora de las Américas en México tomó muchas formas y que se prolongó aún después de su regreso a España.

Entre México y Barcelona: Cuestiones editoriales

Los vínculos editoriales que estableció Serrano de Wilson en México y los materiales de investigación que recogió durante su largo viaje por las Américas prepararon para ella el sendero hacia un porvenir comercial próspero a su regreso a España en 1887. La Cantora de las Américas se radicó en Barcelona, ciudad que para aquella época había eclipsado a Madrid como centro principal de producción de libros para el mercado internacional, especialmente para el Nuevo Mundo. Manuel Maucci, cuya editorial barcelonesa llegó a dominar la venta de libros al exterior había pasado varios años de aprendizaje previamente en México. Su imperio editorial, la Casa Editorial Maucci, fundada en el año de 1892, lanzaba al mercado internacional libros de precio módico, la mayoría de ellos destinados a la venta en los sucursales Maucci de Buenos Aires y de la Ciudad de México, ambos administrados por hermanos suyos. Durante el último lustro de su vida, Emilia Serrano formó parte del equipo de escritores, traductores y editores contratados por la empresa Maucci. Se puede suponer que algunos de los textos que germinaban en su imaginación durante su época mexicana salieran más tarde de la imprenta barcelonesa de este editor con quien había coincidido en el Distrito Federal.¹³

Libros publicados en Barcelona

En 1888, a poco tiempo de trasladarse Serrano de Wilson a Barcelona, salieron de la imprenta N. Ramírez de aquella ciudad los dos tomos de *Americanos*

13 He publicado un estudio sobre la Editorial Maucci y el impacto que tuvieron sus prácticas editoriales en la disseminación de gran número de antologías hispanoamericanas. Véase “Entre la *Antología de poetas hispanoamericanos...*”

célebres, edición de lujo dedicada al gobernante mexicano, Porfirio Díaz. Se trata de una galería de 74 hombres distinguidos procedentes de casi todas las naciones del hemisferio, cada uno de ellos presentado con retrato litógrafo y amplios comentarios biográficos. La autora organiza los materiales más o menos de acuerdo con su cronología y, además del trabajo hercúleo necesario para reunir tanta información, se acusa cierta erudición en las numerosas referencias que hace a las fuentes científicas consultadas. Aquí y en otras obras, Serrano de Wilson llama la atención a la falta de autenticidad con que las realidades americanas se presentan ante el público europeo, aludiendo a “las narraciones inexactas de viajeros indiferentes o poco imparciales, y libros escritos sin conocimiento especial del continente americano [que] roban a esas regiones de su verdadero aspecto y las presentan en estado primitivo, hasta el punto de creerlo así hombres ilustrados e inteligencias superiores” (II, 349). La incontrovertible autenticidad con que Emilia Serrano escribe de las Américas y de sus habitantes es admirable. En el caso de los “Americanos célebres,” por ejemplo, no son pocas las eminencias perfiladas que ella había conocido personalmente.

Dos años después de la publicación de *Americanos célebres* aparecieron los dos tomos de la novela *Cuauhtémoc o el Mártir de Izancanac*. Publicado por Molinas y Maza, editorial barcelonesa en 1890, se halla en el frontispicio la anotación de una editorial colaboradora en México, la de J. F. Parres y Cía. Dicha información confirma el hecho de que en efecto tanto Emilia Serrano como el público mexicano se beneficiaban de la colaboración editorial internacional española/mexicana para la publicación de estos libros. La novela en cuestión es una obra singular, de la que posiblemente exista un sólo ejemplar, por lo menos es lo que sugieren los datos que registran las bibliografías cibernéticas. Es posible que la obra se publicara originalmente en forma de “novela por entregas,” ya que se colocan entre los capítulos del primer tomo láminas a colores en papel cartulina que parecen delimitar segmentos publicados inicialmente por separado. Se trata de una obra larguísima de más de 1.500 páginas. Numerosísimos escenarios y personajes pueblan las páginas de *Cuauhtémoc o el Mártir de Izancanac*, que pretende abarcar situaciones históricas y socio-culturales de ambos lados del atlántico durante la época de la conquista y la colonización de México. Se puede apreciar cierto vigor narrativo y una clara intención de presentar el choque entre las dos culturas de manera ecuánime. La autora se balancea entre dos mundos diametralmente contrarios con agilidad y siempre con actitud de asombro ante las maravillas del Nuevo Mundo. Las palabras que expresan los personajes representantes de la Corona

Española, por ejemplo, reflejan los sentimientos de admiración que tantas veces se hallan en los escritos de Emilia Serrano de Wilson. Se puede imaginar que la lectura de esta obra sería de mucho agrado para el público lector en España así como en las Américas.

La obra a que tanto nos hemos referido en este estudio, *América y sus mujeres*, data también del año 1890, producto de la Editorial Fidel Giró. Es una edición de lujo, que se distingue por las hermosas litografías firmadas por E. Villardel, con las que se retratan las mujeres que se celebran en el libro. Ninguna obra nos proporciona más información sobre la gran aventura americana de Emilia Serrano que *América y sus mujeres*.

De la imprenta Maucci salió en el año de 1903 *El mundo literario americano*, una antología compilada por la Baronesa de Wilson con selecciones de poesía y prosa escritas por autores—hombres y mujeres—que representaban a casi todos los países americanos. Acompañan las selecciones breves comentarios biográficos sobre los autores, con mención frecuente de los lazos personales que la autora había establecido con ellos. Por muchas razones, *El mundo literario americano* es un libro verdaderamente excepcional. Del sinnúmero de antologías—“albums, ramilletes, parnasos, lirás y guirnalda” que se publicaron a lo largo del siglo XIX,¹⁴ más las que saldrían durante las primeras décadas del Siglo XX de la imprenta Maucci,¹⁵ es la única editada por una mujer. Figura, además, entre las pocas antologías de las letras hispanoamericanas compiladas por un autor español. El carácter global de la antología, la inclusión de autores muertos y vivos, la representación nutrida de mujeres escritoras—más de veinte voces femeninas dentro del conjunto de unos 110 escritores—y la presentación amena de datos biográficos le dan de este texto una representatividad que falta en muchas antologías de la época. Se publicó en dos tomos con tipografía y litografía esmeradas. Aunque es difícil medir la influencia que habría tenido *El mundo literario americano* en el público lector de entonces, el hecho de que en las bibliografías cibernéticas de

14 Véase el excelente estudio de Roberto González Echevarría “Albums, ramilletes, parnasos, lirás y guirnalda: fundadores de la historia literaria latinoamericana.” Otra buena fuente de información sobre las antologías es la del crítico colombiano, Héctor H. Orjuela, *Las antologías poéticas de Colombia: Estudio y bibliografía*.

15 Mis cálculos indican que entre 1900-1920 salieron de la imprenta Maucci parnasos que correspondían a 18 repúblicas americanas, con algunos casos de gran demanda que requerían varias reediciones. Para Argentina hubo 6 tiradas; en el caso de Colombia, *El Parnaso* compilado por Francisco Caro Grau registró tres ediciones (1910, 1914, 1920).

hoy se registre la existencia de 46 ejemplares distribuidos entre las bibliotecas de los Estados Unidos e Hispanoamérica sugiere una diseminación bastante amplia.

Entre los libros de texto que publicó Serrano de Wilson, ninguno habrá tenido mayor impacto que *México y sus gobernantes*. La primera edición, publicada en 1910 por la Casa Editorial Maucci, es bastante lujosa, con sus dos tomos encuadernados a colores en tela repujada con la imagen del escudo nacional en relieve. Está impreso en papel de buena calidad e incluye una “iconografía completa” de los ciento y tantos gobernantes presentados. Estos tomos no evidencian un acercamiento original ni de gran profundidad analítica a la historiografía mexicana sino que nos proporcionan una serie de reseñas biográficas del canon de hombres importantes que ocuparon los más altos cargos administrativos en México a partir de la época de la conquista. Resulta asombroso el hecho de que este libro saliera de la pluma de una mujer de letras española apasionada por la historia de las Américas pero sin ninguna preparación académica formal. Aún más asombrosas son las múltiples reediciones de *México y sus gobernantes* impresas por la Editorial Nacional de México, que según mis investigaciones, aparecieron en los años 1958, 1963, 1967 y 1973. Estas reediciones se nos despliegan con letra reducida y calidad de edición muy inferior, pero con el formato y el texto idénticos a los de la edición Maucci de 1910. Emilia Serrano, la “olvidada” Cantora de las Américas seguramente se sentiría reivindicada al saber que sus palabras seguían cantando a los oídos mexicanos, posiblemente en las aulas de clase, por más de medio siglo. Nos preguntamos si todavía transitan por las calles de México mujeres y hombres quienes en su juventud se instruyeron en la historia patria a base de *México y sus gobernantes*, libro cuya autora les era una desconocida total.

Conclusión

Los viajes definieron la esencia de Emilia Serrano de Wilson. Satisficieron su espíritu de aventura, le proporcionaron materiales de sobra para sus escritos, y le dieron una libertad inigualable para crear y recrear una identidad pública. Gracias a sus viajes, doña Emilia pudo forjar una existencia en que se unían múltiples mundos: el de España y el de las tierras americanas; el del pasado imperial contrastado con la nueva época republicana; el de una *mujer de letras* que también desplegaba sus talentos dentro de la esfera masculina de las investigaciones científicas. Irónicamente, sin embargo, su misma pasión por viajar llegó a condenar a Emilia Serrano Baronesa de Wilson al olvido. Su obra quedó desparramada por

caminos y lugares tan distantes que sólo ahora se está rescatando para crear un mosaico que refleje debidamente los méritos y la extraordinaria audacia de “La Cantora de las Américas.”

Bibliografía

ACOSTA DE SAMPER, Soledad. *Biografías de hombres ilustres y notables*. Bogotá: Imprenta de la Luz. 1883.

ALONSO CORTÉS, Narciso. *Zorrilla: Su vida y sus obras*. 2ª edición. Valladolid: Librería Santarén, 1943.

CAMPUZANO, Luisa, ed. *Mujeres latinoamericanas: historia y cultura, Siglos XVI al XIX*. Vol.2. La Habana: Casa de las Américas, 1997. 2 vols.

“COLOMBINE.” “Granadinos olvidados: La Baronesa de Wilson.” *La Alhambra: Revista quinquenal de artes y letras*. XVI: No.313 (31 de marzo de 1911).

CORREA RAMÓN, Amelina. *Plumas femeninas en la literatura de Granada (Siglos VIII-XX) Diccionario-Antología*. Granada: Universidad de Granada, 2002.

DOWLING, John. “El Canto a América de Emilia Serrano, Baronesa de Wilson.” *Monographic Review/ Revista Monográfica* 12 (1996): 73-82.

ELICES MONTES, Ramón. *La Baronesa de Wilson: su vida y sus obras*. México: Imprenta Centinela Española, 1883.

ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO-AMERICANA. Vol 55. Madrid: Espasa-Calpe, 1927. 70 vols.

GÓMEZ, Dolores. “Emilia Serrano de Wilson: Cantora peregrina de América en la literatura del siglo XIX.” Diss. U of Georgia, 1988.

GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto. “Albums, ramilletes, parnasos, lirás y guirnaldas: fundadores de la historia literaria latinoamericana.” *Hispania* 74 (Oct 1992): 875-883.

MARTIN, Leona. “The Many Voices of Emilia Serrano, Baronesa de Wilson, Spain’s Forgotten ‘Cantora de las Américas.’” *Hispania* 82.1 (1999): 29-39.

_____. “Las veladas literarias de Juana Manuela Gorriti: un momento dorado del feminismo hispanoamericano.” En *Mujeres latinoamericanas: historia y cultura*. Ed. Luisa Campuzano. Vol 2. 219-226.

_____. “Entre *La antología de poetas hispanoamericanos* de Marcelino Menéndez Pelayo y *Los parnasos* de la Editorial Maucci: Reflejo del ocaso de la hegemonía colonial.” *Ciberletras*. Julio 2006.

MARTÍNEZ RUS, Ana. “El comercio de libros. Los mercaos americanos.” *Historia de la edición en España*. Dir. Jesús A. Martínez Martín. Madrid: Marcial Pons, 2001. 269-305.

MONNER SANS, R. *La Baronesa de Wilson (Apuntes biográficos y literarios)*. Barcelona: N. Ramírez, 1888.

PARADA, Diego Ignacio. *Escritoras eruditas españolas*. Madrid: A. de San Martín, 1881.

PARDO BAZÁN, Emilia. *Obras completas*. Tomo III. Madrid: Aguilar, 1964. “Zorrilla.” 1464-1483.

PRATT, Mary Louise. *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. New York: Routledge, 1992.

SERRANO DE WILSON, Emilia. *El almacén de las señoritas*. Paris: Rosa y Bouret, 1960.

_____. *América en fin de siglo*. Barcelona: Imprenta Henrich, 1897.

_____. *América y sus mujeres*. Barcelona: Giró, 1890.

_____. *Americanos célebres*. Barcelona: Ramírez, 1888.

_____. *Lágrimas y sonrisas*. México: Editorial Ireneo Paz, 1884.

_____. *La ley del progreso*. Quito: Imprenta Nacional, 1880.

_____. *El mártir de Izcancanac*. 2 vols. Barcelona: Molinas y Maza, 1890.

_____. *México y sus gobernantes de 1519 a 1910*. 2nd ed. 1910. México: Editora Nacional Edinal, 1958.

No hay que disculparse:

A Winter in Central America and Mexico por Helen J. Sanborn
[*Un invierno en América Central y México*]

Linda Ledford-Miller
University of Scranton

En 1886, Helen J. Sanborn, la hija de un comerciante de café, publicó el primer libro sobre América Central escrito por una mujer estadounidense (Woodward, 1976: 384).¹ Helen se diplomó en 1884 por Wellesley College, una universidad para mujeres. Las crónicas del viaje que realizó ese mismo año a México, Panamá y, sobre todo, Guatemala se publicaron primero como cartas en una revista del sector cafetero, *New England Grocer*, “en el interés del comercio”, pero tanto propios como extraños pidieron que publicara un libro, y por esa razón, Helen confeccionó “este pequeño volumen” de 321 páginas.² Al publicar el libro, su autora, como han hecho muchas otras mujeres, se disculpa, diciendo que su obra no sería merecedora de atención alguna si no fuera porque trata de un país muy poco conocido en los Estados Unidos.

Entre los numerosos libros que llegan constantemente al mercado, a la escritora le parece que el suyo no tendría razón de ser y ni derecho alguno a que

1 La compañía de Chase & Sanborn fue establecida por el padre de Helen, James Sanborn, y un amigo de éste, Caleb Chase. Estos hombres fueron los primeros en distribuir café molido en las dos costas de los Estados Unidos continentales, y fueron también los primeros en vender café en latas de estaño, en 1879.

2 Helen Josephine Sanborn (6 de octubre de 1857 al 26 de abril de 1917) se diplomó en 1884 como parte de la cuarta promoción de estudiantes que se graduó de Wellesley. Ella mantuvo vínculos íntimos con la universidad, sirviendo como miembro del consejo de administración desde 1906 hasta su muerte, y dando legados generosos a un fondo de becas, a otro para compras bibliotecarias en español y a la Sociedad de Shakespeare (Testamento de Helen J. Sanborn, Archivos de Wellesley College). Con el tiempo sus donaciones fueron usadas para crear la cátedra Sanborn para profesores distinguidos: hubo dos en Español. Sanborn también legó una suma importante de dinero al Instituto Internacional para Chicas en España, una escuela afiliada al profesorado y las ex-alumnas de Wellesley. Como muchas mujeres educadas de su época, Sanborn nunca se casó.

se le prestara atención, si no es por el hecho de que trata principalmente de un país y un pueblo hasta ahora poco conocidos y rara vez visitados, y sobre los cuales tampoco se ha escrito. Esta narración es un relato real y sin artificios; y son nuestro verdadero deseo y nuestro ánimo que pueda despertar en sus lectores un mayor interés y estima por esa pequeña, remota y casi desconocida república de Guatemala, la cual siempre recordaremos con cariño.³

[Among the scores of books constantly coming into market, the writer feels that this one has no reason for being and no claim for attention, except from the fact that it treats principally of a country and a people as yet but little known, and rarely visited or written about. The narrative is a true, unvarnished tale; and our earnest desire and hope is that it may awaken in those who read a greater interest in, and regard for, that small, remote, almost unknown republic of Guatemala, which we shall always hold in loving remembrance.] (Sanborn, 1886: Prefacio, pág. iv)

Ciento veintidós años más tarde, Guatemala sigue siendo un país casi desconocido para el pueblo estadounidense, aunque probablemente ya no sea válida la opinión de Sanborn, según la cual los estadounidenses saben más sobre África o el Polo Norte.

Lo que se puede llamar la prehistoria de los viajes a Guatemala comienza con las exploraciones de Pedro de Alvarado en 1522.⁴ Alvarado, el segundo de

3 Todas las traducciones del inglés son mías.

4 Como señala la crítica estadounidense Mary B. Campbell, “la historia de los libros de viajes antes del siglo XVII es [. . .] una prehistoria, una historia del montaje gradual de los rasgos que ahora identifican una obra como ‘literatura de viajes’” [“the history of the travel book before the seventeenth century is . . . a prehistory, a history of the show assembling of the features that now identify a work as ‘travel literature’”]. Campbell define la literatura de viajes como la que es “plenamente narrativa, plenamente habitada por su narrador, consciente del problema de presentar la diferencia en términos que ni la domestican involuntariamente ni la enajenan completamente” “fully narrative, fully inhabited by its narrator, self-conscious about the problem of presenting difference in terms that neither inadvertently domesticate nor entirely alienate”]. (Campbell, 1988: 5, 6 y 165 ff.)

Las dos *Relaciones* de Alvarado a Hernán Cortés mantienen la versión de los eventos según el primero, mientras el relato indígena, *Anales de los cakchiquels* narra una versión distinta. Según Sedley J. Mackie, “la llegada de los españoles a Guatemala está anotada en un manuscrito llamado los Anales de Xahila, escrito por indígenas cakchiqueles en la lengua cakchiquel, probablemente durante la primera mitad del siglo XVII, aunque sin duda fue compuesto en el siglo XVI” [“the coming of the Spaniards to Guatemala is recorded in a manuscript called the Annals of Xahila, written by native Cakchiquels in the Cakchiquel language, probable during

Hernán Cortés, extendió el alcance de su jefe al sur de México, subyugando a los indígenas mayas en 1524, después de una campaña feroz de torturas y asesinatos. En 1544, la Audiencia de Guatemala comprendía la mayoría de lo que hoy constituye Centroamérica e incluía también el actual estado de Chiapas, México. En 1560 pasó a ser la Capitanía General de Guatemala, dividida en provincias e intendencias que más tarde se convertirían en naciones independientes. México intentó anexionarse Guatemala, pero sólo logró hacerse con Chiapas. Las Provincias Unidas de Centro América se establecieron en 1823, con Guatemala como el eje central de poder, pero la unión se disolvió en 1839 como resultado de disputas sobre cuál debería ser el centro del poder político de las provincias.

Aunque los siglos XVII y XVIII conocieron algunos vigorosos viajeros que visitaron Guatemala, los viajes a las Américas comenzaron a florecer en el siglo XIX, y ello a pesar de los pocos e inadecuados servicios que había para el viajero. También en el siglo XIX, y en virtud de su posición política y su ubicación geográfica, Guatemala se convirtió en el cruce de caminos para los viajeros que llegaban a las Américas como ingenieros, empresarios, políticos, revolucionarios, geólogos, sacerdotes, colonos o, simplemente, como viajeros sin el impulso de una profesión o motivo específicos. Ya fuera su destino Nicaragua con propósito de guerra, como en el caso del infame William Walter,⁵ ya Nicaragua y después Panamá para investigar las posibles rutas para un canal interoceánico, o para visitar el proyecto francés del canal en Panamá, los viajeros pasaban por Guatemala en ruta hacia su destino.⁶ Los Sanborn, Helen y su padre, James, estuvieron entre los primeros que viajaron a la región por motivos mercantiles.

the early half of the seventeenth century, although it was undoubtedly composed during the sixteenth century”]. (Mackie, 1978: 91). Tal vez debamos recordar que existía mucha literatura indígena durante generaciones como parte de una tradición oral, antes de ser transcrita. En 1948, Adrián Recinos tradujo el original al español como *Anales de los cakchiqueles*.

5 William Walker fue un mercenario estadounidense que luchó en una guerra en Nicaragua y se declaró presidente de la República de Nicaragua en 1856. Su administración fue reconocida oficialmente por los Estados Unidos. Fue derrocado en 1857 y finalmente ejecutado en Honduras en 1860.

6 Se investigaron varias rutas para un canal interoceánico en los comienzos del siglo XIX. Las dos últimas que recibieron seria consideración fueron la ruta que ocupa el actual Canal de Panamá y la ruta de Nicaragua, conectando el lago mayor con el lago menor y éstos con las dos costas del país. Todos los que realizaban las investigaciones, ingenieros, diplomáticos y hombres de negocios, pasaban por Guatemala y se hospedaban allí.

Inicialmente, los Sanborn pensaban visitar Guatemala y Costa Rica por motivos de negocios, investigar las posibilidades de comprar café en estas naciones, pasar por Panamá como puerto de escala, y viajar a México como turistas. Sin embargo, el buque a vapor en que viajaban no hizo escala en Punta Arenas, Costa Rica, como ellos pensaban que ocurriría, así que el viaje se vio limitado a tres países.

Este ensayo analiza tres aspectos de los relatos de Helen Sanborn: las dificultades del viaje (problemas de transporte y de hospedaje); sus descripciones y comentarios sobre los indígenas (cuestiones de raza, clase e identidad); y los asuntos de género, uno de los cuales es la actitud modesta y retraída de la propia autora. Muchas crónicas de viaje sobre Guatemala parecen tener lugar como si el país y su gente fueran el escenario para la actividad de los verdaderos actores, los extranjeros, pero Sanborn observa con comprensión y participa con buena voluntad cuando puede, aunque a menudo sufre las limitaciones impuestas por su propio género.

Las dificultades del viaje

Helen y su padre disponían de dos posibles rutas: la más común era partir en buque a vapor desde Nueva York hasta el istmo de Panamá, atravesar en tren Panamá hasta San José, Guatemala, y luego continuar en tren hasta la capital, la Ciudad de Guatemala. La segunda ruta consistía en zarpar de Nueva Orleáns hacia Livingston, un pueblo de la costa caribeña de Guatemala, y después dirigirse a la capital a lomos de una mula. Los Sanborn emplearon ambas rutas, navegando a Livingston, viajando en barco, en carruaje y montados en mula hasta la Ciudad de Guatemala, luego en tren a San José, en buque a vapor hasta la costa occidental del Istmo, cruzando el Istmo en tren hasta Colón/Aspinwall, en buque a vapor hasta Nueva Orleáns, y luego de Nueva Orleáns a Veracruz, México, en tren de Veracruz a la Ciudad de México, de allí también en tren hasta Paso del Norte/El Paso, y en tren a Boston.

Partiendo del puerto de Livingston, los Sanborn toman un barco a vapor tierra adentro, ascendiendo por el río Dulce hasta el lago Izabal. En “la miserable aldea indígena de Panzos” [“the wretched Indian village of Panzos”] esperan el carruaje que habían pedido por telégrafo con mucha antelación. El carruaje llega desmontado, portado por indios que habían atravesado a pie más de cien millas por las montañas, y después es ensamblado para que lo arrastren un par de mu-

las. En este momento, Helen comienza a usar el castellano que había aprendido en Boston.⁷ Para su sorpresa y satisfacción, logra entenderse con el conductor del carruaje.

Aunque según los criterios locales Helen y su padre viajan a lo grande, Helen califica el camino de horrible y de arriesgada la travesía.

Había enormes baches con lodo, en los cuales una rueda se hundía completamente, mientras la otra se elevaba varios pies en el aire, y como consecuencia uno de nosotros casi se cae al suelo mientras el otro se agarraba desesperadamente al costado que se había elevado del carruaje e intentaba mantenerse en él. Teniendo en cuenta que uno de nosotros pesaba 260 libras y la otra sólo 140, podrá entenderse bien la gravedad de la situación cuando era el lado del “gordo” el que se alzaba en el aire. (pág. 49)

[There were great mudholes into which one wheel World disappear entirely, while the other was elevated several feet in the air, and as a consequence one of us almost landed on the ground while the other savagely grasped the side of the carriage, and tried to hang suspended from above. Considering that one of us weighed 260 pounds and the other only 140, the seriousness of the situation when the “fat man’s” side tipped up may be fully appreciated.]

A pesar de las dificultades de viajar en carruaje, poco después Helen no tardaría en echar de menos el relativo confort de este medio de transporte, dado que, desde el pueblo de Cobán, los Sanborn tienen que viajar casi ciento cincuenta millas montados en mula debido a las condiciones del camino, un antiguo sendero indígena demasiado angosto para dar cabida al carruaje. Temerosa de montar a caballo o en mula, Helen intenta primero “un breve paseo en una silla sujeta sobre la espalda de un indio” [“a short ride in a chair strapped upon an Indian’s back”], pero el peso que un indio podía llevar legalmente estaba limitado a 115 libras, y Helen fue declarada demasiado pesada (pág. 81). El peso de su padre, unas 260 libras, también fue una complicación. El Sr. Sanborn es demasiado grande para entrar en un hotel por la puerta, ni de frente ni de lado, y se ve obligado a comer sentado en un banco fuera del hotel; además, la mayoría de las mulas disponibles son demasiado pequeñas para llevarlo. “Evidentemente-observa Helen-, mi padre y yo no fuimos diseñados por la naturaleza para viajar en este

⁷ Véase la nota 11 sobre los estudios del castellano que hizo Helen.

país” [“Evidently my father and I were not designed by nature for travelling in this country”] (pág. 81).

Respecto a viaje en mula, Helen comenta:

Uno puede disfrutar de un medio galope suave durante una hora o dos sobre un camino liso, pero ponga al mismo experimentado jinete en Centroamérica, y déjelo cabalgar veinte o veinticinco millas al día durante cinco días, montado en una mula testaruda, subiendo y bajando las montañas por caminos pedregosos, y éste acabará apreciando un vagón Pullman, y nunca más volverá a quejarse de ningún medio civilizado de transporte. [A person may enjoy a gentle canter of an tour or two over smooth road; but put that same experienced rider down in Central America, and let him ride twenty of twenty-five miles a day for five days, on a stubborn mule, up and down mountains, on a rocky road, and he will know how to appreciate a Pullman car, and never after complain of any civilized mode of traveling.] (pág. 87)

Después de un incómodo y desagradable viaje de Livingston a Panzos, de Panzos a Cobán, y luego un arduo y peligroso desplazamiento en mula de Cobán a la Ciudad de Guatemala; encontrando a lo largo del camino la “misma falta de alojamientos” [“same lack of accommodations”], hospedándose en “el usual hotel hecho de adobe y con un solo cuarto” [“the usual mud hotel of one room”], los Sanborn están encantados al poder pasar dos semanas en el París de Centroamérica, como se conocía a la Ciudad de Guatemala (págs. 92, 53). Viajan al cercano pueblo de Antigua, la segunda capital de Guatemala, que había sido destruida por un terremoto en 1773.⁸

Al dejar la Ciudad de Guatemala en dirección a la costa pacífica y el puerto de San José, Helen y su padre utilizan por primera vez un transporte moderno: toman un tren para un trayecto de alrededor de seis horas. En San José se encuentran con aún más dificultades para su viaje: la marea es tan fuerte que los

8 Guatemala ha tenido tres capitales. La primera, la “Muy Noble y Leal Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala”, fue establecida en 1527 al pie del volcán de Agua y subsecuentemente destruida en 1541 por una erupción volcánica. La capital fue trasladada a una nueva ciudad, la Ciudad de Guatemala, que más tarde se llamaría Antigua, destruida a su vez por una serie de terremotos en 1773. En 1776, la actual Ciudad de Guatemala fue construida, a unas treinta millas de Antigua y aun más lejos de los volcanes a los que habían sido vulnerables las dos primeras capitales habían.

barcos a vapor no pueden acercarse a tierra para recoger a los pasajeros, y estos tienen que ser bajados a una lancha, destinada al transporte del café, en “una gran jaula de hierro sujeta por un sistema de poleas” [“in a large iron cage attached to a system of pulleys”] y luego llevados al barco en esa lancha (pág. 189). Los pasajeros se sienten amenazados por las olas furiosas y ponen pie en el barco con auténtico alivio. Después de tantas tribulaciones, un barco a vapor casi constituye un lujo.

Los indígenas

Guatemala todavía es en la actualidad un país con una sustancial población indígena, así que no es sorprendente que las descripciones de los indios sean frecuentes en los relatos de los viajeros de aquella época.⁹ Helen Sanborn no es un caso excepcional. Sin embargo, sus comentarios muestran una mayor sensibilidad hacia la situación de los indígenas que los de muchos otros viajeros. Como a cualquier turista, a ella le fascina la indumentaria indígena, tan llena de colores y diseños detallados y complejos.

Sus trajes [eran...] muy pintorescos. La vestimenta de las mujeres consiste de una falda [...] amplia y un chaleco holgado, sin mangas, bordado, muchas veces de manera complicada, con los colores de la tribu. A veces dejan suelto el cabello, largo, negro y a menudo bello, pero generalmente lo enrollan en un ovillo de lana roja [...]. Nunca vimos un indio sucio y rara vez uno andrajoso.

[Their costumes [were...] very picturesque. The women's dress consists of a full [...] skirt and a loose, sleeveless waist, embroidered, often elaborately, with the colors of the tribe. The hair, which is long, black, and often beautiful, is sometimes left flowing, but usually wound with a red woollen roll [...]. We never saw a dirty Indian, and seldom a ragged one.] (págs. 63-64)

Aunque no hay ninguna evidencia de que Helen hubiera tenido experiencias de primera mano con los indios de los Estados Unidos, la escritora los compara con los de Guatemala, y observa que son “totalmente diferentes” [“en-

⁹ La población indígena de Guatemala se estima actualmente entre el 40 y el 50% de la población total. En el siglo XIX, los indígenas componían la mayor parte de la población. Helen afirma que la población indígena es 5/8 de la total, pero no indica cuál es la fuente de este dato.

tirely different”]. Los de Guatemala son “una raza pacífica, honesta, dócil y limpia; no ... belicosa...; ni nómada...; ni salvaje, sino semi-civilizada” [“peaceable, honest, docile, and cleanly race; not ...warlike...; not nomadic...; not savage, but semi-civilized”] (pág 44). De hecho, “son tan honestos y pacíficos que Centroamérica es el lugar más seguro del mundo para viajar, y en general, para un estadounidense, con nuestra idea del indio como un salvaje pintado, resultan gente bastante atractiva” [“they are so honest and peaceable that Central America is the safest place in the world in which to travel, and altogether to an American, with our idea of the Indian as a painted savage, they are quite an attractive people”] (pág. 44). Para continuar así su contraste entre los indios pacíficos y los salvajes norteamericanos: “Nunca llevan pintura de guerra o plumas, y el único indicio de salvajismo es el ‘machete’ largo y de fiera apariencia que siempre llevan consigo...” [they never wear war-paint or feathers, and the only indication of savageness is the long, cruel-looking ‘machete,’ which they always carry...”] (pág. 64).

Como tantos otros viajeros, Helen Sanborn describe cómo los indios transportan la carga: las mujeres llevan los cestos en la cabeza, y los hombres llevan los bultos colgados sobre la espalda, sujetos mediante una correa que cruza sus frentes. También observa que muchos ladinos (o sea, guatemaltecos no indios) consideran a los indios como poco más que bestias de carga.

A nuestros ojos, se parecía [...] mucho a la [condición] de los siervos en el antiguo sistema feudal. Nos dijeron que si alguien compraba un terreno los indios de ese lugar estaban obligados a trabajar para él. Los caminos se construyen y se arreglan, los acueductos se levantan y las plantaciones gubernamentales se mantienen mediante “trabajos forzosos”, pobres indios que trabajan sin recibir a cambio un solo centavo.

[It seemed to us [...] very much like the [condition] of the serf in the old feudal system. We were told that if a man bought a piece of ground the Indians on that land were bound to work for him. Roads are built and repaired, aqueducts made, and the government plantations are carried on by “forced labor,” the poor Indians working without a cent of pay.]¹⁰ (pág. 172)

10 El reparto de indios junto con la tierra en que vivían se conocía como el sistema de encomienda y de hecho fue típico del gobierno colonial español.

Cuando Helen y su padre necesitan “mozos” (en este contexto, “jóvenes”) o indios como guías y para transportar sus bienes, tienen que contratarlos a través de un comandante ladino, a quien le pagan “dos dólares y cincuenta centavos” [“two dollars and fifty cents”] por cada nueve o diez días de servicio de cada indio, que cargará entre un mínimo de setenta y cinco y un máximo de cien libras de peso. Y a pesar de que Helen considera el precio una “suma irrisoria” [“paltry sum”], el comandante les pide con insistencia que no den propinas por los servicios prestados. Helen manifiesta su simpatía para con los mayas:

Parecía muy injusto que fuera otra persona la que hacía todas las negociaciones por los indios, y que incluso les prohibiera un poco de caridad bondadosa, pero la gente los considera poco más que animales, sólo dignos de llevar una carga, y casi siempre se dirigen a ellos como “chucho”, una palabra que se usa para llamar a los perros.

[It seemed very unjust to the poor Indians to have some one else make all their bargains for them, and forbid even a little kindly charity, but the people regard them as little better than animals, and fit only for cargo-carrying, almost always addressing them as “chucho,” a word used to call a dog.] (pág. 83)

Tal vez sea este tratamiento de los indios que el ocasiona lo que Helen considera “odio [de éstos] a los españoles” y su negativa a hablar español salvo que sea “absolutamente necesario” [“hatred for the Spaniards... absolutely necessary”] (pág. 97). Helen también observa que, aunque normalmente son callados en presencia del hombre blanco o del no indio, los indios mantienen conversaciones animadas entre ellos mismos en una de las veinte lenguas que hablan. Y alaba la honestidad de los indígenas. No sólo se les entrega a veces dinero para que lo transporten, y lo entregan sin que falte un centavo, sino que ella y su padre viajan largas distancias con indios como sus únicos acompañantes y nunca temen por sus pertenencias o por sus vidas—en notable contraste con su temor a los ladrones de México. Helen y su padre “se acostumbraron a su color oscuro e incluso llegó a gustarles después de algún tiempo” [they became “accustomed to their dark color and grew even to like it after a while”] (pág. 96). En general, Helen piensa que “nunca hubo un pueblo más dócil, de buen corazón y alegre en el mundo...” [“there was never a more docile, kind-hearted, happy people in the World...”] (pág. 94). Es evidente que los indios les caen bien a los Sanborn, al contrario de muchos otros viajeros que los critican por ser sucios y perezosos. Sin embargo, en las crónicas de Helen nunca se oye la voz de los indígenas mismos,

sino la de una mujer que los interpreta. Tal vez Helen comete el mismo pecado típico del viajero, creando un “discurso de dominación” [“discourse of domination”] en el cual sólo habla el o la visitante, pero hay que recordar que Helen acaba de aprender el castellano y que pocos indios hablan más de unas palabras de español, lo que haría casi imposible comunicarse con ellos (Nichols, 1989: 2). Por lo menos Helen parece comprender mucho mejor la condición de los indios bajo un sistema arraigado en una herencia histórica colonial.

Asuntos de género

Aun antes de salir de Boston, su propio género es un problema para Helen. Su padre acepta llevarla con él si puede servirle como su intérprete. Ella está “recién diplomada de la universidad” [“fresh from college”] pero no ha estudiado castellano y sólo tiene tres meses para prepararse para el viaje y aprender una lengua de la cual “no sabía palabra alguna” [“knew not a word”] (pág. 8).¹¹ Los Sanborn también fueron aconsejados por muchas personas que Helen no debía participar en el viaje.

Un caballero en concreto declaró que era totalmente irrazonable que una dama tratara de hacer semejante viaje, y su opinión fue corroborada por las cartas recibidas de los cónsules estadounidenses [...] quienes, después de explicar los peligros y las dificultades con los cuales se iban a encontrar, siempre añadían como un consejo a mi padre: “*Usted* probablemente pueda aguantar el viaje muy bien, pero le aconsejaríamos con insistencia que *no* llevara a *su* hija”.

[One gentleman in particular declared that it was utterly unreasonable for a lady to attempt such a journey, and his judgment was corroborated by letters received from American consuls [...] who, after explaining the dangers and difficulties to be encountered, always added as advice to my father, “*You* can probably take the journey very well, but we would strongly advise you *not* to bring *your* daughter.”] (pág. 9).

Los Sanborn viajan de Boston a Nueva Orleans, donde toman un buque a vapor para cruzar el Golfo de México, haciendo una breve escala en Belice y

11 Según los archivos de Wellesley College, Helen estudió dos años de griego, un año de gramática griega, dos años de alemán y un año de francés. El castellano no estaba entre las lenguas que se enseñaban. Posiblemente, estudió español con un/a profesor/a particular y es muy probable que aprendiera “castellano”, o sea el español de España.

desembarcando en Livingston, en la costa caribeña de Guatemala. Helen es una de las tres mujeres que viajan en el barco, y la única soltera.

En Livingston, los Sanborn compran las hamacas, las frazadas y los utensilios para las comidas que van a necesitar en el viaje por el interior hasta la capital, la Ciudad de Guatemala. Helen es la única mujer a bordo del barco a vapor que toman en Livingston para subir los ríos Dulce y Polichic. La viajera comenta: “Estaba muy preocupada al principio, cuando descubrí que era la única pasajera, pero los oficiales y todas las personas del barco hicieron todo lo posible para hacer mi situación tan agradable como fuera posible” [I was much troubled at first when I found I was to be the only lady passenger, but the officers and all on board did everything posible to make my position as pleasant as posible] (pág. 32).

Pero una vez en la ciudad, en el nexo de género y raza, como se considera entonces, o nacionalidad, como se denominaría hoy en día, Helen observa que los caballeros españoles no tienen reparos en mirar fijamente a una dama, y “las damas americanas de tez blanca que viajan por estos países son el objeto de tanta admiración de esta naturaleza que resulta extremadamente desagradable, e incluso doloroso” [“American ladies of blond complexión travelling in these countries get so much admiration of this nature that it is exceedingly disagreeable, and even painful”] (pág. 176).

En la Ciudad de Guatemala, Helen también indica que “las calles están llenas de mujeres indígenas” [“the streets are full of Indian women”] pero raramente hay mujeres de las clases superiores, porque según las normas de conducta de la gente educada, no se permite que las damas estén jamás en la calle a solas, o incluso en grupos después del anochecer, a menos que estén acompañadas por un sirviente.

Una joven estadounidense no llega a apreciar ni de lejos su libertad e independencia hasta que va a uno de estos países. De hecho, las damas estadounidenses y alemanas han encontrado estas costumbres tan fastidiosas y desagradables que prácticamente no las cumplen, y ahora si una forastera camina en la calle sin supervisión es disculpada por la gente, que ha aprendido que las costumbres de otras naciones son diferentes de las suyas.

[An American girl does not half appreciate her freedom and independence until she goes to one of these countries. Indeed, the American and German ladies have found these customs so tiresome and disagreeable that they have rather broken over them, and now if a stranger walks the street unattended she is forgiven by the people, who have learned that the customs of other nations are different from their own.] (pág. 174)

Frances Calderón de la Barca, en *Life in Mexico* (1843), observa que las mujeres extranjeras frecuentemente son tratadas como si fueran hombres honorarios, en tanto que se les permiten libertades y privilegios negados a las mujeres mexicanas nativas. Del mismo modo, su propio género sirve a Helen principalmente de manera positiva: se la trata con bondad cuando viaja a bordo de un barco, se le da una consideración especial en algunos hoteles cuando es la única mujer que allí se hospeda y, como extranjera, se le asigna una posición social especial distinta de la de las nativas, tanto ladinas como indias.

Para estas últimas, ser mujer tiene marcadas desventajas, según observa Helen. Las mujeres no sólo trabajan más sino que ganan mucho menos. Helen comenta: “No importa a qué hora del día parábamos en una casa para descansar, casi invariablemente los hombres estaban en casa sin hacer nada [...] mientras las mujeres parecían más laboriosas que los hombres” [“no matter what time of the day we stopped at a house to rest, the men were almost invariably at home doing nothing [...] while the women seemed more industrious than the men:”] (pág. 93). Las indígenas son responsables de los quehaceres del hogar, moler el maíz, preparar las tortillas y cuidar de los niños, pero muchas trabajan también en la producción del café. Los varones trabajan la tierra y las mujeres trabajan en los molinos y recogen los granos del café. Los hombres ganan por su trabajo “un real (12 ½ centavos) por día y las mujeres medio [real] (6 ¼ centavos)” [one real (12 ½ cents) and women a medio [real] (6 ¼ cents)”] (pág. 167).

Durante su regreso, una vez acomodados en el barco a vapor y ya camino de Panamá, Helen medita sobre sus experiencias guatemaltecas.

Nos dimos cuenta de cuán cierto era el dicho de la señora Stowe: “El placer de viajar es *haber* viajado”; y ahora, mientras pensamos con cariñoso interés en ese país, sólo podemos decir que nuestro placer de visitar Guatemala es *haberlo* visitado. [...] El viaje a través del país, con todas sus extrañas, raras e interesantes experiencias, permanecerá para siempre en nuestros recuerdos, y será parte de nuestros sueños, durante la vigilia y cuando durmamos. Fue algo agri dulce, en el cual al principio nos impresionó más lo amargo y ahora, lo dulce. Es una experiencia de la cual no nos desprenderíamos por toda “la riqueza de Ormus o de Ind.” Pero tampoco volveríamos a repetirla ni por el doble de esa suma. [“We felt the truth of Mrs. Stowe’s saying,” The pleasure of travelling to *have* traveled,” and now, while we think of that country with affectionate interest, we can but say our pleasure in seeing Guatemala is to *have* seen it. [...] The journey across the country, with all its strange, odd, and interesting experiences, will live always in our memory, and form part of our waking and

sleeping dreams. It was a mixture of bitter and sweet, of which the former impressed us most then, the latter now. It is an experience we would not part with for “the wealth of Ormus or of ind.” It is one we would not repeat for twice that sum.] (pags. 190-191)

Aunque su relato dice poco del propósito mercantil de la visita de su padre a Guatemala —o si su misión tuvo éxito— como agente de su empresa, Chase y Sanborn, Helen describe los problemas y las dificultades de un viaje en barco a vapor, carruaje y, más desalentador aún, montados en mula. Helen participa de buena voluntad en las costumbres y la sociedad guatemaltecas, y observa cuidadosamente y con mucha empatía la situación de los indígenas dentro de esa sociedad, tal vez porque su propio género le impone además ciertas limitaciones. Como dice Casey Blanton, “los libros de viaje son ‘sobre’ la interacción entre el observador y el observado, entre las predisposiciones filosóficas y las ideas preconcebidas del propio viajero y las pruebas a que esas ideas y prejuicios se enfrentan como resultado del viaje” [“what travel books are ‘about’ is the interplay between observer and observed, between a traveler’s own philosophical biases and preconceptions and the tests those ideas and prejudices endure as a result of the journey”] (Blanton: 1997, 5) La mayoría de las narraciones de viaje sobre Guatemala parecen tener lugar como si el país y sus habitantes fueran simplemente un escenario exótico para las actividades y experiencias de los visitantes extranjeros. No obstante, estas crónicas de Helen Sanborn, resultado de las cartas que escribió a sus amigos y familiares, son excepcionales por tratarse de la perspectiva de una intérprete sensible y comprensiva hacia el Otro.

Bibliografía

BLANTON, Casey. *Travel Writing: The Self and the World*. New York: Twayne, 1997.

CALDERON DE LA BARCA, Frances. *Life in Mexico during a Residence of Two Years in That Country*. Boston: Little, Brown, 1843.

CAMPBELL, Mary B. *The Witness and the Other World. Exotic European Travel Writing, 400-1600*. Ithaca y London: Cornell University Press, 1988.

MACKIE, Sedley, ed. *An Account of the Conquest of Guatemala in 1524 by Pedro de Alvarado. Documents and Narratives Concerning the Discovery and Conquest of Latin America*, No. 3 1924. Boston: Longwood Press, 1978.

NICHOLS, Ashton. “Silencing the Other: The Discourse of Domination in Nineteenth-Century Exploration Narratives,” en *Nineteenth-Century Studies* 3 (1989): pp. 1-22.

RECINOS, Adrián, traductor. *Anales de los cakchiqueles*. Mexico: Fondo de Cultura Económica, 1948.

RESEÑA de *A Winter in Central America and Mexico*. *The Dial. A Monthly Journal of Current Literature*. (Agosto 1886) 7: pp. 76-92.

SANBORN, Helen J. *A Winter in Central America and Mexico*. Boston: Lee and Shepard, 1886.

Sánchez, Guillermo C. "Travelers: The Writer and the Photographer", en *A Winter in Central America and Mexico. A Travel Journal by Helen J. Sanborn, 1886; Photographs by Eadweard Muybridge, 1875*. Guatemala: Popol Vuh Museum, Francisco Marroquín University, 1996.

WOODWARD, Ralph Lee. "Impresiones norteamericanas sobre Centro América en los siglos XIX-XX." *Anuarios de estudios centroamericanos* 2 (1976): pp. 375-91.

MIRADA Y RETORICA IMPERIAL EN *FIVE MONTHS IN THE ARGENTINE FROM A WOMAN'S POINT OF VIEW* 1918-1919 (1920)

Alejandra K. Carballo
Arkansas Tech University

La pintora Katherine Sophie Dreier, aunque más conocida por su obra y por su patrocinio hacia el arte moderno, fue también una activa militante en la campaña por el sufragio femenino norteamericano. Siguiendo la tradición familiar de entregarse al servicio social, desde temprana edad Dreier centró sus esfuerzos en actividades filantrópicas relacionadas con transformar la realidad de mujeres y niños, y en particular en la lucha de la mujer y su derecho al voto. Convencida de la necesidad de esparcir el germen del sufragio, viajó a la Argentina en 1918, donde durante su estadía de cinco meses entrevistó y observó en acción a las mujeres profesionales y activistas en el país del sur.

Desde su posición de observadora, distanciada y libre de la influencia cultural latina, la mirada de la viajera participa, consciente o inconscientemente, de la campaña imperialista emprendida por su país, que afirmaba la innata capacidad de la raza blanca, aquí entendemos anglosajona, de conducir el destino de las otras.

En este sentido este trabajo se enmarca en la crítica hecha por Sara Mills, quien ha notado que mucha de la investigación de la vida y escritos sobre viajeras, ha tenido la tendencia a ignorar o exonerar la complicidad de las mujeres, en lo que respecta a las intensiones colonialistas, y en este caso en particular imperialista, de sus pares (Mills, 1991:44).¹ En el relato de Dreier, también observamos la identidad femenina de la viajera continuamente evaluada y reformulada en el discurso, con el objetivo de preservar su posición dentro de la ideología dominante como representante de “la raza del norte”, y al mismo tiempo fuera de ella dada su condición de género.

1 Mills, *Discourses of Difference*, 1991, p. 44.

En los últimos años se ha experimentado un creciente interés en la narrativa de viaje, en particular, por parte de aquellos interesados en el estudio crítico del discurso colonial. Edward Said en su obra germinal, *Orientalismo*² señaló las similitudes existentes en la estructura informativa y retórica halladas en un amplio número de escritos objetivos acerca del Oriente. Su trabajo fue continuado y enriquecido por críticos como Homi Bhabha, Rana Kabbani, Mary Louise Pratt y Peter Hulme, entre otros, quienes veían en la narrativa de viaje un instrumento colonizador más que reforzaba la estructura y el poder colonial una vez ya establecido. La mayoría de los textos analizados por la crítica fueron producidos hacia la mitad del siglo XIX y comienzos del XX, época que coincide con el proceso histórico de expansión imperialista británico. Sin embargo, estos textos en su mayoría, narran la experiencia de los viajeros a países controlados económica, política y religiosamente por Inglaterra, a pesar del hecho cada vez más notable de que el expansionismo para ese entonces no se limitaba sólo a la corona británica. Tras dejar atrás su propio colonialismo, Estados Unidos se embarca en una campaña imperialista que, aunque diferente por momentos en métodos a la de las potencias europeas, tuvo como finalidad imponer su presencia moral, política y económica.

En el siglo XIX Estados Unidos comenzó una rápida expansión hacia el Oriente, principalmente dirigido al continente asiático y el Pacífico. A diferencia de Inglaterra que concretó su avance colonialista a base de asentamientos, los norteamericanos lo hicieron por medio de la explotación de la tierra y el respectivo aprovechamiento de la materia prima a ser industrializada (Wade, 1997:11). Pero la mercantil mirada imperialista norteamericana no desestimaba la importancia económica y estratégica de los territorios hispanoamericanos. Tras un vuelco de la doctrina Monroe, de marcada posición aislacionista y defensiva, la política de Gran Garrote (Big Stick) de Theodore Roosevelt, agresivamente logra asegurar los territorios geográficamente estratégicos de Alaska, Panamá y Hawái. Reformulando la Doctrina Monroe, el presidente norteamericano, insiste en afirmar que las naciones civilizadas, tenían la obligación moral y política de “intervenir” para encaminar a los pueblos en situaciones de ruina y desorden. De esta manera la política del Gran Garrote tuvo así su estreno en el continente americano con la intervención de la República Dominicana (1904) donde pe-

2 Said, *Orientalism*. La versión original en inglés fue publicada en 1978. Este trabajo se basa en la tercera edición de la editorial Debolsillo.

ligaban intereses económicos norteamericanos. Otro tipo de estrategia fue la que impuso el presidente Talf (1909-1913) quien durante su mandato recurrió a la llamada “diplomacia del dólar”, cuyo énfasis era la intervención por medio de inversiones norteamericanas, tanto públicas como privadas. Consecutivamente su sucesor, W. Wilson (1913-1921) se inclinó más hacia una línea moralista, retomando la idea de “misión civilizadora” y moral de los Estados Unidos que había encaminado a los pioneros que se lanzaron a la colonización del Oeste del país.

A esta misión se unió en activa participación, la mujer moderna norteamericana, quien a pesar de su aún precario estatus legal, a principios del siglo XX se lanzó al mundo en reclamo de sus derechos civiles y de igualdad. Entre otras limitaciones, la nueva mujer encontraba restringida su movilidad marcada por los patrones burgueses de conducta femenina. Esto no detuvo a Katherine Dreier, quien acostumbrada a viajar sola, primero observó indicios de incomodidad y nerviosismo en los otros pasajeros ante su presencia, y que concretamente vio su libertad y derechos limitados al no ser admitida como huésped en los hoteles más reconocidos de la capital argentina. Debido a esto, su rol de observadora tempranamente declarado en el viaje, cambia al de persona comprometida con la causa femenina latinoamericana, guiado por un “curioso espíritu misionero” (Dreier, 1920:20).³

En 1902, según narra la autora, su espíritu misionero fue inspirado en una misa durante la época de Navidad en Roma. Como era la costumbre, en pequeñas iglesias se repartían estampas con la imagen de santos y vírgenes a los concurrentes. A ella le tocó la de santa Rosa de Lima, la única de América canonizada por la iglesia católica hasta ése momento, que de ahí en adelante se convirtió en una fuerza omnipresente en la vida de la viajera. Por más que los años pasaran, extraños sucesos hacían recordar la no tan clara y postergada “misión” que a pesar de todo para ella: “however, it all seemed planned when the time came and I had only to follow” (Dreier, 1920:23).

Sin dudar de la expresada y explícita influencia religiosa, de acuerdo con datos bibliográficos sabremos que existió una razón más mundana. Curiosamente relacionada con el pintor francés Marcel Duchamp, y si bien no está claro hasta qué punto, ella y el célebre dadaísta parten para Buenos Aires en 1918 con

3 Dreier admite en su relato, que nunca se habría visto en la necesidad de viajar a América del Sur, si no se lo hubiera encomendado como “misión” santa Rosa de Lima, con el objetivo de ayudar a la mujer latinoamericana a fomentar y establecer más libertad personal para ellas.

un par de meses de diferencia. Según lo narra en *Five Months in the Argentine from a Woman's Point of View 1918-1919*, Dreier fue inspirada por santa Rosa “to free them [women] from the prejudice of the old Moorish idea of women and to extend instead, Christ’s special attitude, as she had extended Christ’s general teaching” en América del Sur (Dreier, 1920:24), mientras que Duchamp aparentemente parte para evitar ser reclutado por las fuerzas armadas, acción que según datos bibliográficos, le hubiera obligado a cumplir con el servicio militar instituido en la época.

Más allá de una motivación religiosa o mundana, lo que se sabe con certeza es que Katherine Dreier buscó que le asignaran un trabajo periodístico en la capital argentina, donde planeaba investigar y reportar sobre diferentes instituciones y organizaciones para *The New Republic*, un semanario sobre arte y política. Aunque no publicados en ese medio, la viajera compiló los artículos para *Five Months...*, que publicó tan pronto regresó a los Estados Unidos (Apter, 2001:387). La posible motivación romántica de la historia no podría haberse inferido a través de la lectura de *Five Months...*, ya que el texto discursivo revela solamente una humilde dedicación a santa Rosa de Lima y a la causa femenina, a la vez que se muestra ajeno de toda estimulación que se pudiera relacionar con el interés por un miembro del sexo opuesto.

Si bien en un principio no parece estar segura del servicio que la santa requería de ella, poco a poco admite y se ve a sí misma como agente exterior de cambio en un momento en que “the time was now ripe for this step and an outside influence was needed to help cement the influences that were already at work to bring about this change” (Dreier, 1920:24). Este cambio ya se estaba generando en el ambiente porteño de principio de siglo XX, en que las mujeres profesionales agrupadas por lo general en el movimiento socialista, eran las principales propulsoras de leyes y disposiciones que buscaban mejorar la vida de mujeres y niños carenciados.

A comienzos del siglo XX, en el marco del competitivo desafío que enfrentaba Estados Unidos por el liderazgo mundial, surge el modelo de la mujer nueva norteamericana, tan exportable como su tecnología, sus productos, instituciones y medios visuales. Además del periodismo, estos últimos, particularmente el cine, sirvieron como medio de propagación del ideal de una mujer moderna que surgía de las previas luchas de emancipación político-social y que ahora se proyectaba hacia el mundo. En este ambiente imperialista de propagación, el sufragio femenino, entendido como herramienta civilizadora, comienza a ser parte

de una dinámica intercultural. El viaje, y en algunos casos el exilio, se convierte en uno de los medios para transmitirlo. Esta práctica que tuvo gran auge en el siglo XIX, sirvió para establecer vínculos internacionales institucionalizados que hasta ese momento en mayor parte se daban entre Europa y Estados Unidos. Ya entrado en el siglo XX, el gobierno norteamericano experimenta una transición, al abandonar el proyecto imperialista y adquirir un modelo intervencionista a favor de propulsar la democracia a todos los pueblos y en particular a los de América Latina.

En este contexto político-social de democratización del voto y propensión norteamericana a exportar sus instituciones y pautas de comportamiento moral y político, es donde se forma la vibrante personalidad de Katherine Dreier (1877-1952). Atípica para su época, antes de dedicarse por entero al patrocinio de las artes modernas, su formación familiar basada en una filosofía humanitaria, la llevó a fundar e involucrarse en diferentes organizaciones que buscaban ayudar y defender a los grupos más desamparados, como era el caso de los niños, las mujeres y los inmigrantes. La menor de cinco hermanos, Katherine creció al lado de Mary y Margaret, ambas activistas pertenecientes al Sindicato de la Liga de Trabajadoras (Women's Trade Union League) que luchaba por reformar las leyes de trabajo norteamericanas.⁴ Un aspecto significativo del Sindicato de trabajadoras al que se adherían las hermanas Dreier, es que amalgamó tres corrientes sociales: el movimiento laboral de las trabajadoras, el movimiento femenino y el movimiento de reforma social de la era progresista, que en común acuerdo pugnaron por la jornada laboral de ocho horas, salarios decentes, el sufragio femenino y por leyes de protección en el lugar de trabajo. Por su lado, la joven Katherine en 1898, junto a su madre fundó el German Home for Recreation of Women and Children en Brooklyn, un centro de recreación para trabajadoras y sus niños. Cinco años más tarde, se convierte en la directora del Manhattan Trade School for Girls, una organización educativa que buscaba entrenar a las jóvenes en oficios manuales, y en 1911 viajó como delegada a la Sexta Convención de la Alianza para el Sufragio Femenino, llevada a cabo en Estocolmo (Herbert, 1984:210).

4 Ambas se ganaron la confianza de las trabajadoras y caminaban a su lado durante manifestaciones y en huelgas. Mary, en particular, fue varias veces golpeada y arrestada por la policía durante protestas públicas. Herbert, *The Société Anonyme and the Dreier Bequest at Yale University: A Catalogue Raisonné*. 1984, p. 210.

Aunque la crítica parece coincidir en que Dreier no era una militante feminista (Alter, 2001; Herbert, 1984), sí se observa que entendía la necesidad de una reforma social, en especial para la mujer, que se llevara a cabo a través de la educación en las artes como medio estético, para reforzar o inculcar los valores morales y sociales.

Katherine Dreier, se adhiere al proyecto global democratizador lanzado por su país, tal vez no conscientemente como imperialista sino como mujer intervencionista, apuntando y apostando a las de su sexo como agente activo de su propio cambio. Sin embargo y a pesar de toda intención explícita, en *Five Months...* el discurso narrativo a lo largo de la obra, no deja de reproducir los axiomas imperialistas/intervencionistas prevalecientes en el imaginario norteamericano de la época. Aunque publicado en 1920, el texto aquí analizado comparte y promueve esa retórica norteamericana que fuera claro legado o extensión del discurso colonialista que los británicos usaron hacia sus colonias en Oriente y América. Sin embargo, esta vez la proyección no es de Este a Oeste, sino de Norte a Sur, discurso en que las connotaciones racialistas y de clase, agregadas a las de género, desestabilizan aun más el ya ambivalente discurso de la narrativa de viaje.

Si bien el discurso de Dreier se diferencia en ciertos aspectos al de otros viajeros de la época, no deja de entretenerse con las prácticas de apropiación y aprehensión que caracteriza a la narrativa de viaje masculina imperialista. Ejemplo de esto es la mirada cartográfica de Dreier que inicia el relato, momento en que paralelamente va tomando forma la conquista visual del territorio chileno, cuyo trasfondo es la imponente cordillera de los Andes. Sin embargo, la estática localización geográfica formal, contrasta con la dinámica del discurso que le atribuye a la escena características de animación. Por su lado Dreier, a diferencia del árido discurso de los viajeros decimonónicos, recurre a la figura retórica de la prosopopeya para caracterizar la realidad no animada de la geografía, cuyos personajes principales -el sol y la cordillera- juegan ante la mirada aprehensiva de la viajera.

A pesar del espacio temporal que separaba la narración de Dreier con el discurso de los viajeros británicos que visitaron Argentina a comienzos del siglo XIX, varios puntos de contacto son evidentes en el primer capítulo del texto donde la viajera narra sus primeras observaciones sobre el territorio latinoamericano. La descripción del paisaje, lejos de tener un toque romántico, se caracteriza por la austeridad del lenguaje, enfatizando así el carácter informativo del texto y consecuentemente acorde al objetivo de reportar de su viaje. Pero no necesita-

mos avanzar mucho en la lectura para notar la inestabilidad de la narrativa que surge por la fricción entre las dinámicas de reportar objetivamente y mediatizar subjetivamente.

Aunque por momentos centrado en la descripción del paisaje, el discurso del texto se encuadraba más en la documentación indirecta del potencial económico de las grandes extensiones de campo argentino y en la crítica social. Ejemplo de ello es la observación que hace respecto al mundo al revés o a la tierra de “up-side-down” como la autora lo llama, donde se utilizaban mazorcas completas de maíz para propulsar el tren que atravesaba la pampa argentina. Ante esto Dreier comenta que la falta de desarrollo industrial impide la extracción de carbón natural, y que a falta de ello la compañía de ferrocarriles de manera indiscriminada utilizaba maíz para alimentar las calderas. Aunque abundante en la llanura pampeana, la crítica enfatizaba la falta de consideración ante los millones de personas que estaban muriéndose de hambre en otras partes del mundo.

Luego de denunciar este exceso, de un caso general pasa al concreto de la salud de los fogoneros, quienes debido al humo impregnado de extractos de aceite que volaban por el aire tras la incineración de las mazorcas, sufrían en la mayoría de los casos de tuberculosis. Esta preocupación social se identifica más con el bagaje filantrópico de la viajera quien, como se ha expresado anteriormente, desde joven mostraba una marcada predisposición y preocupación por los desamparados sociales y la problemática de su salud.

A pesar de hacer explícita su posición de observadora, en los dos primeros capítulos, Dreier sucumbe en marcadas oportunidades a la crítica reflexiva intervencionista y comparativa. Este discurso se entreteje con la narración de sus tribulaciones como mujer viajera en tierras donde no se acostumbraba gozar de la presencia femenina sin el acompañamiento de su contraparte masculina o de chaperones. En esa época la mujer en movimiento desnaturalizaba su rol, que tradicionalmente se relegaba al ámbito familiar y del hogar. Al viajar y dejar atrás el santuario del hogar, la viajera desafiaba normas de seguridad y se exponía a diferentes tipos de peligro, lo que en muchos casos curiosamente parece ser la razón misma por la que se le adjudica visibilidad y libertad.

Katherine Mansfield, quien había viajado extensamente por su nativa Nueva Zelanda y por territorios europeos, hacia 1915 nota que una mujer que viaja por sí sola atrae “an impertinent, arrogant and slightly amused attitude [. . .] that everybody and everything ... was secretly ‘in the know,’ waiting for that ominous infallible thing to happen to her, which always did happen, which was

bound to happen, to every woman on earth who traveled alone” (en Frederick y Hyde, 1993: xxii). No sólo la viajera desnaturaliza su rol de mujer tradicionalmente encuadrado en lo doméstico, sino que desestabiliza la conducta de los que la rodean. Los pasajeros latinoamericanos del barco en que viajaba hacia Chile se habían mostrado distantes, “they could not place me and, therefore, avoided me” explica Dreier agregando que “[i]t was the first, far-off rumble of warning that South America does not believe in women traveling alone, unless it is to join their husbands”(1920:5). Una situación de naturaleza similar enfrenta cuando llega al Hotel Plaza en Buenos Aires y encuentra que este lugar no hospeda a mujeres solas, motivo que la lleva a otro hotel donde “decided to try me. They did not feel comfortable, and therefore I did not, for unconsciously we are influenced by the attitude of the people about us” (Dreier, 1920:13). La atmósfera de sospecha que la rodeaba deprimía e incomodaba a la viajera quien no dudó en atribuir sus causas a la carga moral de la influencia española en sus colonias y a la influencia de factores climáticos en el comportamiento de los sudamericanos.

Este aspecto que no deja de llamar la atención del lector de *Five Months...* es constante a lo largo del texto, insistiendo en la conexión entre el clima y el nivel cultural e institucional de Argentina. Aunque todavía existen algunos debates con respecto al origen de las teorías climáticas en Europa, se podría afirmar que éstas datan del siglo XVIII, cuando Charles Le Secondat, Barón de Montesquieu, comenzó a escribir extensamente sobre la influencia del clima en la vida orgánica, social y política de una sociedad. En su *The Spirits of Laws*, publicado en 1748, Montesquieu sostiene que el impacto del clima se relaciona sobre todo a cuánto calor hace en el medio (Regouby, 2006:20). Conectado a su conocimiento de medicina el Barón sostuvo que:

El aire frío constriñe los extremos de las fibras externas del cuerpo; esto incrementa la elasticidad y favorece el retorno de la sangre de las partes extremas del corazón. Contrae esas fibras; y consecuentemente también incrementa su fuerza. Por lo contrario, el aire caliente relaja y extiende los extremos de la fibra; disminuyendo por supuesto su fuerza y elasticidad. (Montesquieu, 1952: 14.2 la traducción es mía).

El filósofo francés continúa deduciendo que la gente que habita en lugares de clima frío es más vigorosa y que posee coraje y fuerza superior a aquellos que viven en tierras cálidas, donde la energía decae y la sensibilidad se eleva a un nivel

perjudicial. De hecho, Montesquieu va más allá y separa a las naciones entre las del Norte y las del Sur, en base a características ineludibles.

Las teorías que explicaban la influencia del clima sobre las personas y las instituciones propuestas por Montesquieu fueron muy influyentes en la Europa del siglo XVIII, pero fue George Louis Le Clerc, conde de Buffon, quien a mediados de siglo, le dio un giro científico a la idea y los polémicos debates políticos, agregando la teoría de “degeneración” a la controversia (Regouby, 2006:25). Buffon sostenía su tesis basado en el tamaño de los cuadrúpedos ya existentes en el momento de la Conquista y la degeneración sufrida por los animales trasplantados desde Europa hacia las Américas. Tan escéptica como pueda resultar esa teoría para la mente moderna, en su momento y en años posteriores, sirvió como medio de propagación del Eurocentrismo por parte de escritores como Cornelio de Pauw y Abbé Raynal.

Ya gozando de gran popularidad en el ambiente intelectual europeo, como adherente a la teoría climática se agrega a la lista Alexander Humboldt, quien ajusta y corrige algunos de los puntos planteados por sus antecesores, en especial a las teorías de degeneración propuesta por Buffon.

Más cercano a casa y a su época, Dreier parece más directamente empaçada por las teorías de Ellsworth Huntington. En su volumen *Civilization and Climate*, publicado 1915, el geógrafo norteamericano expande el tema general postulado en sus obras anteriores, donde sostiene que las civilizaciones han alcanzado su máximo esplendor en aquellos lugares donde el clima tiene un efecto favorable en la energía humana. En este nuevo trabajo intenta demostrar por métodos inductivos la correlación de la distribución de la civilización del momento, con la distribución de los diferentes tipos de clima (Tenney, 1916:633), concluyendo que un clima vivificante, como el que ofrecen las zonas geográficas templadas, favorece la evolución de las civilizaciones superiores.

Katherine Dreier, aunque no menciona ninguna fuente científica en particular, parece estar al tanto de la teoría climática y sus posibles efectos en la población y las instituciones en relación a su distribución geográfica. A pesar del peso que investigadores como Huntington ponen en la influencia del clima en el medio social, geográfico y político, no dejan de recalcar que los factores climáticos conforman tan sólo una parte de las causantes físicas que se combinan con características morales, la religión, valores, costumbres, leyes y precedentes históricos. De esta manera, parece entender la teoría Katherine Dreier, quien basándose en un episodio personal nos introduce rasgos y características que

diferencian a los habitantes del Norte a los del Sur, al mismo tiempo que intenta encontrar su propia posición dentro del discurso.

Al principio de la narración y mientras dura la trayectoria del viaje hacia Buenos Aires, el discurso de Dreier al igual que el de los hombres viajeros, se limita a describir sus tribulaciones y a ensalzar el carácter aventurero de su viaje, aunque por momentos pareciera dudar de lo acertado en su selección de destino. Una vez en la capital argentina, en el capítulo titulado “Buenos Aires and What I Thought about it,” Dreier interrelaciona el problema de no ser admitida en el hotel por ser mujer y viajar sola con la actitud de los hombres argentinos, quienes para ella todavía estaban influenciados por su pasado colonial español. Según la viajera, “[t]he Spanish influence has left a firm mark on South America; the Spanish attitude so deeply influenced by the old Moorish idea of woman, which came from their religion that woman was born without a soul and hence was the possession of man to be counted in the same category with his horses and dogs” (Dreier, 1920:15).

Si bien la norteamericana sostiene que en América del Sur esta creencia ha permanecido como prejuicio, aun se cuestiona por qué razón el hombre sudamericano, en particular el argentino, (res)guarda a la mujer tan celosamente y la relega a espacios y horarios específicos. A su criterio en el medio argentino, se confunde con caballeridad, lo que en realidad es un acto de servidumbre esperado como natural. Más sorprendente aún para la viajera es que con respecto a este criterio tanto hombres como mujeres parecen estar de acuerdo. Es evidente que Dreier se refiere en este caso a la mujer de la elite oligárquica nacional, ya que reconoce la presencia y denuncia en el mismo párrafo, el sometimiento de la mujer obrera a largas jornadas de trabajo y a quien se le paga sueldos miserables.

Una vez que consigue alojamiento en el Palace Hotel de la capital argentina, el discurso de diferencia cambia su matiz de género a lo racial. Comienza a describir el ambiente del hotel conformado por unos pocos americanos y algunos ingleses, mientras que el aire extranjero que le otorgaba un toque placentero a su estadía es brindado por los españoles, italianos y franceses-argentinos; ya que según opina la viajera “[f]or it has always seemed to me that when one travels one wants to meet other people and other customs and not only mingle with one’s own” (Dreier, 1920:14).

Mientras el aire extranjero es proporcionado por la presencia latina, ella parece agruparse a los sajones o el grupo “de uno” para introducir las diferencias históricas que marcaron a los primeros asentamientos europeos en América, y

en particular, el papel que el clima ha tenido en la disposición de las diferencias. Así lo plantea:

In the first place our climate is invigorating and stimulating; the physical difficulties are surmountable and bring rich returns in a comparatively short time. Living was not impossible and, therefore, many of our early settlers came with their whole families to settle in a new country, bringing with them their ideals of greater political freedom and liberty of thought, speech and worship. (Dreier, 1920:16).

El énfasis en el carácter moral superior de los anglos, afianzado por el traslado de familias completas con su religión y valores es uno de los parámetros con que se midió en la época la superioridad de los norteamericanos en comparación a los latinos de influencia española. Enfatizado en varios apartados a lo largo del texto, la viajera compara la libertad espiritual de los primeros pobladores de Norteamérica y el carácter material, acentuado por la falta de presencia femenina, que guiaba a los conquistadores españoles. Este comportamiento aún era observable a principios del siglo XX en el gran número de trabajadores temporales conocidos como “golondrinas” que cada año llegaban a Argentina desde Europa tan sólo con el propósito de trabajar en las cosechas, juntar capital y regresar a cultivar su propia tierra.

Por su lado, la avaricia adjudicada al inmigrante por el discurso oficial de la época, en el texto de Dreier toma otro giro. La viajera nota que la riqueza de muchos en el país ha sido hecha por especulación, en especial con la que concierne a la adquisición de tierras. A esto agrega que “[t]he very fact that so much of the wealth was made through speculation instead of through labor, developed a moral softness which, combined with the climate, makes a very serious hindrance to the real development of the Argentine” (Dreier, 1920:17). Una vez más observamos cómo a criterio de la norteamericana, la innata tendencia de los argentinos a la vida fácil y la falta de moral prevalecen incentivada o acentuada por la teoría climática que desfavorece la posición argentina, al mismo tiempo que indirectamente hace descollar la herencia de los pueblos del Norte.

En contraste a los vanguardistas capitalistas de principio de Siglo XVIII que escrutaban con ojos comerciales las grandes extensiones de la pampa argentina, Dreier enfoca su exploración en la ciudad. Aunque en ocasiones incursionaba en el interior invitada por terratenientes y sus esposas a disfrutar de estadias en estancias, el interés etnográfico de la norteamericana se centra en el aspecto

socio-político del país, y en particular en la labor femenina en pos del sufragio desarrollada por las mujeres profesionales en la capital argentina.

A diferencia de lo que sucedía en otros países los trabajos caritativos y los de reforma social estaban en manos de dos grupos de mujeres marcadamente diferentes en la Argentina de ese momento. Mientras que las damas de la oligarquía patriarcal se agrupaban en la Sociedad de Beneficencia, centrando su labor alrededor de los orfanatos, cárceles y conventos; las nuevas mujeres profesionales, particularmente las doctoras y trabajadoras sociales, penetraban en las fábricas, burdeles y conventillos buscando encontrar causas y soluciones a los problemas que aquejaban a mujeres y niños desprotegidos.

Katherine Dreier en su papel de exploradora social (tomando prestado el término de Marie-Claire Hooock-Demarle) se interesa en primera instancia por los niños abandonados tanto por sus padres como por la sociedad y las cortes nacionales. Dado el gran número de ellos, según la narración, las instituciones eran insuficientes lo que forzaba al estado a ubicar a los huérfanos en casas donde se los trataban como pequeños esclavos. “You will see little girls of seven and nine scrubbing floors and washing streets as late as eight o’clock at night; I have known of children of thirteen and fourteen who were practically the little slaveys in the home, the maids of all work, getting up at five o’clock in the morning and rarely getting to bed until eleven or twelve” (Dreier, 1920:19). Inclusive, comenta la viajera, algunos de ellos vivían en situaciones tan deplorables y estrictas que llegaban a la medida extrema de cometer suicidio, hechos también documentados en periódicos de la época.

Por más negligente y vergonzoso que haya sido el tutelaje del estado de los niños huérfanos, eso fue tan sólo parte de un problema mayor en que los derechos tanto civiles como laborales de las mujeres eran ignorados y excluidos de la agenda oficial. Si bien la lucha por la emancipación de la mujer argentina data a la época de la colonia, esta práctica no toma cuerpo hasta finales del Siglo XIX y comienzos del XX. En esta segunda época, las mujeres profesionales argentinas tuvieron un papel descollante.

Este grupo, subvirtiendo la discriminación reinante en las casas de altos estudios y la sociedad en general, una vez obtenido sus títulos de doctoras, abogadas, farmacéuticas, odontólogas y químicas entre otros, amalgamó sus conocimientos y su tesón en respaldo de la causa femenina. Cecilia Grierson, primera médica argentina, Alicia Moreau y Julieta Lanteri segunda y tercera consecutivamente, figuran entre las más destacadas figuras de la época. El primer contacto

de Dreier en Buenos Aires con las mujeres profesionales fue la doctora Petrona Eyle, Presidente de la Asociación Nacional Argentina Contra la Trata de Blancas, quien la introdujo al mundo político-social de Argentina, vía asistencia a reuniones gremiales y la presentación de las líderes de los principales grupos femeninos de Buenos Aires, entre ellas la Dra. Alicia Moreau.

La para ese entonces presidenta de la Unión Feminista Nacional (1920), en 1906 cuando contaba con 21 años, fundó el movimiento feminista en Argentina. En el marco del Congreso Internacional del Libre Pensamiento que se realizó en Buenos Aires, Moreau escuchó a la republicana española Belén de Sárraga, quien sugirió que las argentinas debían organizar un movimiento en favor de los derechos políticos de la mujer. Por consiguiente, Moreau junto a otras mujeres asistentes al congreso, como la Dra. Rawson Dellepiane y la Dra. Lanteri, entre otras, fundaron el Centro Feminista de Argentina y el Comité Pro-Sufragio Femenino.

De estas líderes que “sintetizaron las corrientes sufragistas del año ’20” (Deleis et all, 2001:268), la que parece captar más la atención de la viajera norteamericana es Julieta Lanteri de Renshaw, quien tras un obstaculizado proceso para la obtención de su ciudadanía argentina e inscribirse en los padrones electorales, se convirtió en la primera sufragista sudamericana. El 26 de noviembre de 1911, la doctora Lanteri se presentó a votar ante el asombro de los directivos de la mesa en la iglesia de San Juan, quienes no estaban acostumbrados a la presencia femenina en esas instancias. Aunque éstas eran tan sólo votaciones para representantes municipales, se convirtieron en un antecedente para la posteridad.

A partir de ese logro legal y siguiendo las tácticas de las sufragistas inglesas, ese mismo año, Lanteri interrumpió una sesión de las Cámaras donde se discutía la ley electoral, reclamando desde las gradas el voto femenino. Obtuvo como respuesta una violenta rechifla, pero ganó algunas menciones en los diarios. La doctora Lanteri seguía al pie de la letra la consigna de las sufragistas inglesas: “A las urnas, por obstinación” (Deleis et all, 2001:266). No sólo Dreier escribe extensamente acerca de la primera sufragista latinoamericana, sino que expresa con admiración los logros de esta mujer que prefirió la individualidad al partidismo.

Si bien la norteamericana una y otra vez a lo largo del texto alude a la indiferencia como principal causa de muchas de las adversidades que aquejaban a la Argentina del momento, inclusive hacia el sufragio, confiesa que el pueblo norteamericano se había comportado con mucha más indiferencia ante las oradoras que se presentaron en el Madison Square Garden en Nueva York en 1907. Agrega que ningún transeúnte paró a escucharlas, mientras que la doctora Lanteri

logró reunir una multitud de aproximadamente dos mil personas, entre ellas jóvenes mujeres, hecho que sugería un buen porvenir e interés por la causa.

La viajera también se mostró complacida ante el respaldo recibido por parte de un grupo de simpatizantes masculinos hacia la doctora Lanteri “who respected women and who wanted to further their interest in every way” (Dreier, 1920:227). Alabando la posición tomada por estos hombres, quienes además eran los mismos que habían lanzado la candidatura para diputada nacional de la sufragista, también enfatizó que servían de ejemplo para otros que se mostraban indiferentes y hostiles ante los derechos civiles de las mujeres.

Sea cual sea la razón del viaje femenino Bonnie Frederick y Virginia Hyde en la introducción de *Women and the Journey* sostienen que: “[w]omen’s journeys are as much about departure as they are about arrival. Home is both the literal and metaphorical point of departure; whatever home might be (and it is frequently awful), it is the fixed point to which other places will be explicitly or implicitly compared” (1993:xix). Katherine Dreier no es la excepción. Trayendo a colación su experiencia ante todo de mujer independiente y de sufragista de su país, la norteamericana subjetiviza el discurso de *Five Months...* que se muestra mediatizado por el bagaje socio-cultural de la época. Por medio de la observación y experiencia personal, agravado por las limitaciones y frustraciones que limitaron su viaje, se permite hacer algunas aseveraciones, basándose en la comparación, no sólo de argentinos con norteamericanos, sino de los miembros de la raza latina entre sí.

Asimismo, es importante considerar que la fricción emanada de los escritos de viajeras se debe en parte a que la mujer es vista como sujeto marginal al proceso colono-imperialista, y que además de involucrarse de manera diferente en el mismo, su trabajo “was informed by different discursive frameworks and pressures” (Mills, 1991:3). Aunque Sara Mills se refiere al proceso colonial británico en el Oriente, considero pertinente la cita para abarcar el proceso imperialista norteamericano que basó muchas de sus tácticas discursivas, así como de conquista y apropiación, en las de su madre patria.

Como documento social los relatos de viajeras permiten cierta introspección que permite desentrañar las particularidades de las relaciones de género de los lugares que visitan y las de su propio país (Hahner, 1998:xi). Debido a su estatus ambiguo como sujeto, la viajera opta por mediar entre lo tradicional y lo innovador (Wesley, 1993:253), y como resultado no se alinea en su totalidad al tradicional texto de viaje masculino, caracterizado netamente como de conquista

y de registro de logros. Una de las diferencias más notables de *Five Months...* es que la figura narrativa de Dreier no refuerza la categoría femenina de la viajera como lo hicieran las narradoras del siglo anterior, sino que su enfoque es acentuar su función social de filantrópica y sufragista.

Bibliografía

APTER, Eleanor S. "Regimes of Coincidence: Katherine S. Dreier, Marcel Duchamp, and Dada", en: Naomi Sawelson-Gorse, *Women in Dada Essays on Sex, Gender, and Identity*. Cambridge: MIT, 2001. pp. 362-413.

BERRY, B. *Race and Ethnic Relations*. Boston: Mifflin, 1965.

DELEIS, Mónica – DE TITTO, Ricardo- ARGUINDEGUY, Diego. *Mujeres de la política argentina*. Buenos Aires: Aguilar, 2001.

DREIER, Katherine. *Five Months in the Argentine from a Woman's Point of View*. New York: Sherman, 1920.

FREDERICK, Bonnie – MCLEOD, Susan. *Women and the Journey. The Female Travel Experience*. Pullman: Washington State University Press, 1993.

GATES, Henry Louis, Jr. ed. *"Race," Writing, and Difference*. Chicago: University of Chicago Press, 1985.

HAHNER, June. *Women through Women's Eyes. Latin American women in Nineteenth-Century Travel Accounts*. Wilmington: Scholarly Resources Inc., 1998.

HERBERT, Robert, et al. *The Société Anonyme and the Dreier Bequest at Yale University: A Catalogue Raisonné*. New Haven: Yale University Press, 1984.

HOOCK-DEMARLE, Marie-Claire. "Le Langage littéraire des femmes enquêtrices," en: Stéphane Michaud, ed., *Un fabuleux destin: Flora Tristan*. Actes du premier Colloque international Flora Tristan, Dijon, 3 et 4 mai 1984. Dijon: Editions Universitaires, 1985. pp. 105-106.

HUNTINGTON, Ellsworth. *Civilization and Climate*. New Haven: Yale University Press, 1915.
MILLS, Sara. *Discourses of Difference. An Analysis of Women's Travel Writing and Colonialism*. London: Routledge, 1991.

MITCHELL, Don. *Cultural Geography. A Critical Introduction*. New York: Blackwell, 2000.

MONTESQUIEU, Charles de Secondat, Barón de. *The Spirit of Laws*. Trans. Thomas Nugent. Rev. J.V. Prichard. Chicago: Encyclopedia Britannica, 1952.

REGOUBY, Lynnette. *The Limits of Nature: Alexander Von Humboldt's Vision of Climate, Cultivation and Culture in the Spanish Colonies*. Diss. U of Oklahoma, 2006.

SAGRERA, Martín. *Los racimos en América "Latina". Sus colonialismos externos e internos*. Buenos Aires: La Bastilla, 1974.

SAID, Edward W. *Orientalismo*. Barcelona: Debolsillo, 2004.

SMITH, Susan. *The Politics of "Race" and Residence: Citizenship, Segregation and White Supremacy in Britain*. Cambridge: Polity Press, 1989.

SZURMUK, Mónica. *Mujeres en viaje*. Buenos Aires: Alfaguara, 2000.

TENNEY, A.A. "Civilization and Climate, by Ellsworth Huntington". Political Science Quarterly, 31.4, 1916, pp. 633-635.

TODOROV, Tzvetan. "Race, Writing, and Culture", Trans. Loulou Mack, en: "Race," Writing and Difference. Ed. Henry Louis Gates, Jr. Chicago: University of Chicago Press, 1986. pp. 370-380.

WADE, Peter. *Race and Ethnicity in Latin America*. London: Pluto Press, 1997.

WESLEY, Marilyn. "The Woman Traveler and Dynamic Journey; Narrative, Psychological, and Social Process in Eudora Welty's Short Fiction." Southern Studies, 4.3, 1993, pp. 253-269.

LA BOHEMIA LATINOAMERICANA EN PARÍS: AURORA CÁCERES, VOYEURISTA

El placer del viaje está en el viaje mismo.
¿No dice el poeta francés que partir c'est mourir un peu?
-Enrique Gómez Carrillo, *La psicología del viaje*

Arancha Sanz Alvarez
Stony Brook University, New York

Sin duda, uno de los fundamentos claves de la estética literaria modernista y de las vidas de muchos autores que, no sin cierta precaución por lo volátil del término, podemos llamar *modernistas* viene determinada por los viajes. Por ello, el viaje adquiere un doble significado: motivo literario a la vez que circunstancia vital. Ambas vertientes se interrelacionan y confluyen, y se puede considerar que insertas en un cuadro de análisis más general, son partícipes de algunas de las contradicciones claves que presenta el modernismo. Entre ellas, desde una perspectiva global, destaca la ausencia de una estética definida y uniforme lo que dificulta sobremanera su categorización en términos absolutos por la carencia de una coherencia interna *per se*.

El rasgo definitorio de un viaje es su transitoriedad, y es precisamente ése uno de los puntos claves de la modernidad literaria. En la primera línea del ensayo de José Martí, *Prólogo al "Poema del Niágara" de Juan A. Pérez Bonalde*, se cristaliza lo transitorio con la increpación del poeta al viajero: "¡Pasajero detente!" (59).

Matei Calinescu explica la irrupción de la modernidad basándose en este cambio de percepción estética emanante de lo transitorio¹. Según este crítico, otro rasgo definitorio va a ser su marcado carácter antiburgués, "So more than its positive aspirations, what defines cultural modernity is its outright rejection of bourgeois modernity, its consuming negative passion" (1987:42).

1 "A major cultural shift from a time-honored aesthetics of permanence, based on a belief in an unchanging and transcendent ideal of beauty to aesthetics of transitoriness and immanence, whose central values are change and novelty" (Calinescu, 1987: 3).

En las páginas que siguen comentaré los rasgos asociados al modernismo (transitoriedad, sentido antiburgués) en algunos textos seleccionados bajo el criterio de la presencia y relevancia bien del viaje en sí mismo o de su temática. La situación de la mujer viajera, en torno a la figura de la peruana Aurora Cáceres², configura el eje central sobre el que se centrará este análisis. Me interesa considerar si en el viajar, el discurso opera con una lógica interna o si de lo contrario, es partícipe de algunas de las contradicciones inherentes al modernismo criticadas en múltiples ocasiones. Entre estas últimas, sobresale la participación de los artistas modernistas en actitudes/actividades burguesas de las que se intentan ubicar desde una posición antagónica ya latente en la estética embrionaria trazada por Baudelaire:

“On the one hand, he calls for a rejection of the normative past; [...] On the other hand he nostalgically evokes the loss of an aristocratic past and deplores the encroachment of a vulgar, materialistic middle class present. His program of modernity appears as an attempt to solve this conflict by rendering it fully and inescapably conscious. Once such consciousness is attained, the fleeting present can become truly creative and invent its own beauty, the beauty of transitoriness”. (Calinescu, 1987:58)

Las contradicciones expuestas por Calinescu se reproducen, aunque con alteraciones significantes, en los escritos de José Asunción Silva, Aurora Cáceres y Enrique Gómez Carrillo. Los autores citados fueron grandes viajeros, por ello el análisis de su obra ya que en los tres casos la presencia y la estética del viaje adquiere una relevancia fundamental no sólo a nivel biográfico.

La tradición de las narrativas de viajes y del viaje como tópico cuenta a finales del s. XIX con un extenso corpus textual que estipula unas convenciones muy marcadas sobre cómo debe construirse ese tipo de discurso, qué debe o no incluir, cómo deben ser las descripciones, quién va a ser el público lector, e incluso cómo debe ser el viajero. Según Sarah Mills en *Discourses of Difference*, “Travel texts, [...], are written within the conventions established by discourse and cannot therefore be seen as ‘transcription’” (1991: 85). Si tomamos el texto de viajes como un discurso, aceptamos siguiendo a Foucault que en su construcción intervienen fuerzas de diferentes ámbitos (orientalismo, feminismo,...) y en consecuencia, es imprescindible considerarlas. Por lo tanto, resulta muy útil hacer

2 Zoila Aurora Cáceres Moreno, Lima 1872-Madrid 1958.

una breve retrospectiva de esta narrativa para poder observar las convenciones en que fue construyéndose este género a lo largo de la historia, y luego sopesar los clichés que el modernismo trató de romper obteniendo así una vista panorámica sobre sus logros y fracasos. Partiremos en este análisis desde la propuesta teórica de Judith Adler por la que: “Particular travels, travel sites, and institutions must be seen in relation to the historical development of travel traditions of the travel art as a whole” (1989:1371).

El viaje por excelencia en Europa, el *Grand Tour*, tiene un interesante desarrollo. En sus comienzos en el s. XVII en Inglaterra, su marcado carácter elitista hace que sea parte indispensable de la educación de la aristocracia. Asentándose firmemente en el s. XVIII bajo estos preceptos, a finales de siglo empezará a deslindarse de la nobleza delegando en las posibilidades económicas que podía aportar al viajero³.

El auge de la nueva clase social burguesa tras las revoluciones sociales y el desarrollo industrial transforman el viajar, que pasará en muy poco tiempo a ser un *hobby* en el que este grupo disfrutará de su recién adquirido *ocio*. De acuerdo con Adler, “Elements of travel style are often adopted by social groups other than those in which they originated. [...] Middle class appropriation of the aristocratic Grand Tour during the 18th century and the subsequent democratization of tourism are well-chronicled (and sometimes lamented) examples of downward mobility” (1989: 1379).

El siglo XIX al amparo de estas circunstancias sociales junto al desarrollo técnico, pronto se convertirá en el siglo de los viajes por excelencia⁴. Aunque el *Grand Tour* por Europa sigue teniendo plena vigencia y popularidad en este siglo, los destinos se diversifican cada vez más ya que los medios de transporte y las obras de ingeniería (como el canal de Suez inaugurado en 1869) acortan distancias antes insalvables. El nuevo mapa marítimo, con la conexión mediterránea con Asia y África provoca un gran roce no sólo a nivel comercial, sino también

3 Judith Adler afirma: “One of the unpublicized motivations for the classic Grand Tour of the past was economic-rentiers found that fixed incomes went further abroad than at home” (1989: 1370).

4 En *Geografías mágicas* Lily Litvak señala al respecto: “El siglo XIX es la época del nacimiento del turismo masivo, el desarrollo del ferrocarril y el vapor facilitaban los viajes y reducían su costo. Con la introducción de los billetes impresos se estandarizaron las tarifas, los equipajes se manejaban sin tantos riesgos y surgió el provechoso negocio de construir nuevos hoteles y de administrar empresas marítimas y agencias de coches” (1984:10).

cultural. Así, el remoto Oriente o la desconocida África comienzan a ocupar un lugar en el imaginario europeo gracias a los viajeros. Para Edward Said, “The increasing influence of travel literature, imaginary utopias, moral voyages, and scientific reporting brought the Orient into sharper and more extended focus” (1978:117).

En las postrimerías del siglo XIX surge el viaje en Europa como actividad turística tal como lo conocemos hoy día, con un estrecho vínculo con la economía de mercado que tendrá su lógico efecto en las formas que adopta en su discurso, como lo explica Jacinto Fombona, “Este aspecto de la evolución del viaje (hacia el turismo y el turista) lo lleva a ser una práctica de transacción y mercadeo, donde la posibilidad de comunicación se minimiza en frases breves, fórmulas que prometen resolver cualquier inconveniencia que pueda presentarse al entrar a un mundo en otro idioma y en el cuál no se tiene intención de permanecer” (2005: 27).

En *De sobremesa*, libro configurado como un diario de viajes, José Asunción Silva nos presenta un excelente ejemplo de la democratización y el formulismo recién expuesto. Como buen modernista, no se siente partícipe de esta corriente y de ahí surge la acidez de su crítica hacia la forma burguesa de viajar⁵.

Frente a esa “insípida mirada incomprensiva” del turista, se ubica en posición antagónica la del artista modernista aunque debemos ser cuidadosos, ya que sólo lo logrará en ocasiones. Como veremos más adelante, el artista no siempre evitará las infraestructuras que las empresas empiezan a promover para el incipiente turista burgués (hoteles, restaurantes). Tampoco sus destinos al viajar variarán mucho del consabido itinerario por las grandes ciudades europeas. De

5 “Viejas inglesas, secas unas veces como sarmientos, desbordantes otras como informes paquetes de carne linfática, que recorréis la Europa entera con el Baedeker en una mano y la Biblia en la otra, pronunciando el mismo *beautiful*, *beautiful charming quite charming*, ante los fiords glaciales de Noruega, los nevados y los lagos azules de la Suiza heroica, los ardientes sitios de Castilla la Vieja, llenos de nobles fiebres, y los paisajes sonrosados del litoral del Mediterráneo, viejas que atravesáis los países que os atraen bebiendo el mismo té tibio, devorando los mismos asados sanguinolentos y escribiendo en vuestras clara cursiva las mismas cartas de diez hojas, con las espaldas vueltas a paisajes adorables; canonesa alemana [...] , que paseas por sobre la asistencia la insípida mirada incomprensiva de tus ojuelos grises y melancólicos, parece de renteros franceses a quienes alguna agencia de viajes traslada de lugar a lugar para que admiréis sin comprenderlos los sitios y los edificios designados por la guía Johanne a vuestros entusiasmos de inofensivo turismo” (1996: 92).

lo contrario, Fernández⁶ no reproduciría país por país los mismos lugares que los *grandtouristas* como Londres, Ginebra o París y tampoco compartiría con ellos los mismos espacios públicos.

En su ensayo *La psicología del viaje* Gómez Carrillo es contundente al expresar estas diferencias entre el artista y el vulgar turista: “De quien hablo es de los artistas, de los que saben sentir y admirar, de los que no viajan por puro snobismo ni por solo cambiar de aire, sino para llenarse la retina de visiones ardientes” (1919: 33).

Ambos tipos de viajeros, a su vez se distinguen semánticamente, y el artista se apropia del término *voyeur*. Éste último, sigue un itinerario modernista tan fijo como el del *grandtourista*: la llegada a París desde Hispanoamérica como si de un ritual de viaje iniciático se tratara en aras del descubrimiento de la modernidad. Por otro lado, París como capital del mercantilismo burgués era la ciudad perfecta para acoger la llegada de estos artistas criollos de la burguesía latinoamericana. En palabras de Fombona, “Como centro, origen de este aluvión mercantil, París se instala en la conciencia del americano como la gran metrópolis” (2005:71). Simultáneamente, se convierte en un punto de llegada desde el que emprender múltiples viajes en los que perseguir conscientemente una estética modernista a través de la búsqueda de sensaciones en países foráneos: “La visita a París es en parte un encuentro con los discursos hispanoamericanos y europeos sobre París y por lo tanto una experiencia de la persona misma del viajero, sus ilusiones y construcciones imaginadas, en términos de la cultura y la sociedad que las produce” (Ibídem, p.69). La capital francesa con su triunfante aire burgués que exhibe en las exposiciones universales de 1889 y 1900, pasa a ser el objeto de las primeras reflexiones en torno al viaje que encontramos en este grupo, y pronto se convertirá en un rasgo definitorio de su estilo tanto en la forma como en el contenido. Para Jiménez⁷,

“Ya sea por trabajos como cronistas y corresponsales, por misiones diplomáticas o por exilio voluntario, citando a Martí, los modernistas finiseculares incorporan tenazmente en sus escritos vivencias de viajes, como en el caso de Rubén Darío y Darío Herrera, por sólo mencionar a dos centroamericanos coetáneos de Gómez Carrillo. De ahí que gran parte de

6 Protagonista de *De Sobremesa*, y para algunos críticos *alter ego* del autor.

7 Jiménez, Luís A. “El discurso viajero de Enrique Gómez Carrillo”.

la prosa modernista adopte la forma de artículos, crónicas y libros de viaje como desplazamiento discursivo” (2004: 51).

Establecidos en París los modernistas empiezan sus movimientos por el globo, y en especial Enrique Gómez Carrillo será uno de los mayores viajeros y escritores de este tipo de narrativa. Casado durante medio año con la escritora peruana Aurora Cáceres, es curioso observar cómo ella al compartir una especie de *Grand Tour* a lo largo de su matrimonio con él, complementa en su peculiar diario personal sus reflexiones al respecto. *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*, publicado en 1929 nos aporta una excelente contralectura de los viajes que con tanto ahínco trató de *modernizar* su entonces marido y ofrece a su vez, la opción de estudiarlo como un diario de viajes *per se*⁸. Evangelina, seudónimo literario que Aurora adoptó, fue una prolífica escritora, activista y viajera, que sin embargo, como denuncia Alfredo Bryce Echenique, aún permanece relegada al olvido tanto en Europa como en Latinoamérica.

“Pero Zoila fue en su momento una escritora bastante conocida en Europa, donde acompañó a su padre [...] en Inglaterra, Francia, Italia y Alemania, [...]. Sin embargo, con tantos honores y un padre tan prestigioso, (...), Zoila Aurora Cáceres, de formación tradicional y católica [...], conoció en vida todas las adversidades de un talento literario femenino en un mundo absolutamente machista, violento, desordenado y sumamente despectivo con su vocación de escritora. Es cierto que varias de sus novelas vieron la luz en París con prólogos de grandes modernistas como Amado Nervo o el propio Rubén Darío, pero al mismo tiempo todo aquello tuvo lugar en medio de bromas y tomas de posición de carácter burlón, cuando no francamente hostil” (2008: 66).

Cabría matizar, sin embargo, que no se limitó a adoptar el lugar al que se vio relegada tal y como propone Bryce Echenique. En su obra, Aurora a

8 La literatura de viajes escrita por mujeres ha sido y es fuente de mucha polémica en torno a la presencia/ausencia de una peculiaridad inherente a ella. Joyce Kelley, aporta una visión panorámica de las diferentes posturas al respecto: “Among the characteristics that separate women’s writings from those of men, scholars note a “confessional nature which permits self-exploration” (Foster 19). Catherine Barnes Stevenson theorizes that men are more likely to structure their works as “quest-romances or tragedies” while women more often produce exploratory “odysseys” centering on “the experience of travel itself” (8). The self is highlighted in these texts more than in works by their male counterparts; Cheryl McEwan even notes that women’s texts traditionally were expected to be more “subjective” than men’s” (87)”(358).

través de Evangelina, deja clara su perspectiva (nada conservadora en ocasiones) respecto a temas como la sexualidad femenina (desarrollada sin escrúpulos y de una forma escandalosa para la época en su novela *La rosa muerta*), las limitaciones intelectuales de la sociedad hacia la mujer o el derecho de la mujer a viajar y salir del ámbito privado del hogar. Evangelina crea así una ambivalencia por su catolicismo y conservadurismo declarado, que en este caso será analizada en torno al viaje tan presente en su matrimonio como en su vida y obra. En el prólogo de Manuel Ugarte de 1929, nos encontramos de nuevo una desavenencia con Bryce Echenique, ya que éste alaba la capacidad de la autora sin ironía aparente:

“Escritora eminente que ha publicado numerosos libros con éxito indiscutible, y dama de gran mundo habituada a apreciar los matices y a conocer los secretos del corazón, Aurora Cáceres ha vencido las dificultades con tanto talento y equilibrio, con tan rara orquestación de cualidades, que la obra quedará como documento único al cual tendrán que referirse cuantos hablen mañana de Gómez Carrillo” (1929: 10).

Pero lo más significativo del prólogo en referencia al tema que nos ocupa, viene dado por el siguiente análisis que nos brinda Ugarte de *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*: “En otros pasajes brilla una emoción contenida que se comunica al espectador. Y decimos “espectador” porque el relato es como una ventana abierta por la cual abarcamos el panorama de dos vidas. Todo ello sin asomo de cínica ostentación o de complacencia en el escándalo. La autora no pierde un instante la altiva dignidad” (1929:10).

Efectivamente, como espectadora de las pretensiones de “voyeur” de su marido, o como verdadera voyeurista al observar y escribir sobre los *viajes modernistas* siendo a la vez partícipe de ellos, desenmascara la verdadera naturaleza de los mismos que, pese a las supuestas necesidades sensoriales que los motivaban, compartían parámetros paralelos a los de los turistas. Objeto de estudio y sujeto a la vez, Evangelina en su diario sobre su matrimonio ofrece un discurso sobre el viaje que podríamos denominar, según el término acuñado por Sylvia Molloy, como “discurso doble del modernismo”: *Voyeurista* de un pretendido *voyeur*, o en otras palabras, “espectadora crítica” de los intentos voyeurísticos de E. Gómez Carrillo. En la siguiente observación sobre los motivos que llevan a su marido a viajar, desnuda sin pudor el afán poético que en teoría le impulsaba:

“Hoy hace un mes que me casé y me siento no sólo cansada, sino abrumada con la inestabilidad de Enrique; en *ninguna parte se encuentra a gusto*,

y así pasamos los días y las semanas cambiando de ciudades y de hoteles y restaurants; a veces entramos a uno y sin siquiera haberse sentado un minuto se sale en busca de otro. Se disculpa diciendo que esto se debe a que no tiene casa” (1929:92).

Como veremos más adelante, esta incapacidad para el disfrute que revela Aurora se aleja mucho de las supuestas “Sensaciones” que según él experimentaba al viajar. Sin embargo, la postura de Aurora es ambivalente respecto al personaje artista-modernista-voyeur que Enrique Gómez Carrillo había creado en torno a su persona. En la siguiente cita, correspondiente en su diario a su primer contacto con él (entrada de 1902), se muestra crítica con la artificialidad de su pose, pero a la vez se deleita de un acto voyeurístico al observar la fotografía que describe minuciosamente:

“Dentro de la carta de Gómez Carrillo ha puesto su retrato... ¿Por qué? La fotografía es azul, (...), ¡vaya una ocurrencia!, como si fuese un buen mozo; tampoco se puede decir que es feo. No me gusta que tenga la cabeza despeinada y el pelo todo alborotado; está sentado delante de su escritorio con la pluma en la mano, actitud que no encuentro elegante, pero sí cursi y pretenciosa. Parece que tuviese las manos enguantadas; ¡retratarse escribiendo con guantes!, ¿a quién se le ocurre? Tendrá todo el talento que quieran, pero no es *chic*; además, con la mala reputación que le dan: he oído decir que es un perdido [...]” (1929:15).

Es interesante tener en cuenta desde otro ángulo, la situación de las mujeres viajeras en esta época. Salvo en raras ocasiones, distaba mucho de ser equitativa, y las mujeres viajaban casi exclusivamente si estaban acompañadas por sus esposos o familiares para no levantar sospechas sobre su correcta moralidad. Consecuentemente bajo estos dictados sociales, en los libros de viajes que escribían se perciben unos cánones muy rígidos según los cuáles la mujer-escritora-viajera debía construir su relato⁹. Así mismo, su propia presentación textual ante el posible lector estaba fuertemente regulada. Según Joyce Kelley, “Writing about foreign bodies in a strange land compelled a woman writer to consider the posi-

9 Como explica Sara Mills en *Discourses of Difference*: “The conventions of travel writing present a framework of largely masculine narratorial positions and descriptive patterns with which women writers negotiate when they construct their travel accounts” (1991:86).

tion of her own body as a foreign object and to make choices about the presentation of that body on paper” (357).

Para Aurora Cáceres, la circunstancia no era distinta y por ello afirma poco antes de su boda: “Enrique me ofrece un porvenir halagador: viajar alrededor del mundo, escribir sobre las maravillas que voy a conocer y estar con él” (1929: 62). En su primera obra, *Mujeres de Ayer y de hoy* (1909), la autora desde un pseudo feminismo católico, retoma la reflexión de la mujer viajera y sugiere el asociacionismo como subterfugio que aporta libertad de movimiento a la mujer¹⁰:

Aurora Cáceres en *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo* nos presenta ecos de los relatos de las *japonerías* que contaba Enrique tras sus viajes por Asia acompañados de las costumbres que importaba a su vuelta. Relatos que el propio autor plasmaría en dos obras que publicó bajo los títulos *De Marsella a Tokio* (1904) y su continuación, *El alma japonesa* (1906). La escritora, refleja la consabida fascinación que los modernistas mostraban por el Oriente, como se aprecia en las siguientes citas respecto a su esposo: “Me gusta oírle tratar el tema de las japonerías, que en sus labios resulta tan entretenido como una conferencia de Tristán Bernard” (1929: 55); “Enrique estuvo encantado porque le ponderó el mérito de las estampas que ha traído de Japón” (1929: 144). Pero a la vez, muestra cierta ironía en lo ridículo de perpetuar costumbres foráneas en su piso parisino: “No quiere sentarse en ninguna silla ni en el sofá, sino sobre los cojines que pone en el suelo; me cuenta que en sus viajes a Oriente ha tomado esta costumbre” (1929: 55).

De acuerdo con Said, estos destinos en Oriente en las primeras décadas del s. XX ya empezaban a perder la excepcionalidad única que con su mención hubieran despertado en la imaginación en siglos anteriores y que los artistas tratan de recuperar. Su mirada sobre Oriente (cómo se aprecia por los comentarios de Aurora Cáceres) no está exenta de un cierto “orientalismo”, se podría especular que adquirido en Francia, y que perpetúa la visión forjada en Europa sobre el “Otro”. Los modernistas no logran desvanecerse de estas limitaciones en su mirada, gesto que los acerca al turista burgués más de lo que quisieran al igual que

10 “Si una mujer se propone viajar, puede recorrer el mundo entero, perteneciendo a un Consejo de mujeres; sólo necesita probar que es profesional y que su labor tiende a la emancipación femenina. Como los primitivos masones, como los socios de las cofradías secretas. Una feminista no es una extranjera, en cualquiera gran capital adonde llegue, encontrará la buena acogida de una sociedad y la solicitud de sus colegas. El espíritu de comunidad las une a través de los mares y de las apartadas regiones del globo” (1909:341).

con la adquisición del *souvenir*. Así, en Alemania Gómez Carrillo “sale, y vuelve trayéndome varios frascos de agua de Colonia y algunas otras cosas como recuerdo de viaje” (1929:94). El simulacro de vivir atrapando el tan ansiado y modernista “presente” se desmonta al evocar a través de un escaparate de *memorabilia* el recuerdo del viaje pasado. Aurora descubre el fetichismo turista pequeño burgués de su marido en la siguiente descripción de las decoraciones de su escritorio:

“En el escritorio de Enrique hay preciosidades, que ha traído del Japón: una colección de máscaras de marfil de samuráis, que ríen o lloran, y otras feroces, que amenazan la muerte; además, una serie de estampas antiguas dibujadas por artistas eximios que representan a las Geishas vendedoras de té, al lado de mesitas diminutas, y a bailarinas con abanicos de filigranas de plata y oro que los abren con gracia sugestiva, cual un poema de las vanidades femeninas niponas” (1929:36).

Podemos apreciar, no obstante, la diferencia en el tono entre la primera descripción del “souvenir”, que para ella no merece por su vulgaridad ningún detalle: “algunas otras cosas como recuerdo de viaje”; en contraste con la minuciosidad con que su mirada “voyeurística” se deleita al repasar minuciosamente los objetos “bohémios” del escritorio que parecen compartir la esencia modernista de su marido. La contradicción ya comentada de su mirada ante la fotografía de Enrique, comparte la misma circunstancia en el caso de los “recuerdos de viaje”, y a la vez coincide con la problemática respecto al modernismo que señala Calinescu.

La moda por estudiar en Francia las lenguas orientales, como expone Said, tampoco pasa desapercibida a este grupo y en *De sobremesa* aparecen en el programa de estudio ideal que propone Asunción Silva: “Política, lenguas orientales, historia y literatura de pueblos que no conoce bien y cuya alma se asimilará para agrandar su visión del universo” (1996: 59).

A pesar de sus críticas a la bohemia de su marido, Aurora Cáceres desde la ambivalencia ya comentada, alimenta la imagen de *voyeur* que Gómez Carrillo trató de forjarse como viajero. En esta cita, escrita al principio de su relación (entrada del diario de 1906), pormenoriza cada una de las características del modo de viajar de un verdadero artista bajo un aura voyeurística que lo distancia indiscutiblemente del ordinario viajero:

“El Señor Gómez Carrillo ha regresado de ese país desconocido [Rusia]. Marchó como paseante, como curioso, como artista, como escritor delicado-

do, diletante un poco abierto a las emociones matizadas, amasadas con el afinamiento cerebral que caracteriza al hombre de las razas latinas, a quien una milenaria herencia ha puesto cualidades de análisis tan seguros como sutiles, un don de visión coloreada, un don tornasolado de expresión” (1929: 19).

Aurora Cáceres, inserta socialmente en ese círculo modernista, expone su juicio de valor en relación al turismo masivo desde su catolicismo denotando una crítica a la frivolidad espiritual burguesa: “Yo creía que en Lourdes, con la gruta, no necesitaba ni hacía falta ningún otro atractivo; pero ya se va pensando en distraer al turista: han instalado un panorama de Jerusalén, en el que se oye la música de un buen órgano” (1929:128). Sin embargo, su mirada voyeurística recae exclusivamente en la forma en que viaja Gómez Carrillo y reniega del turismo de masas desde su fervor religioso.

Las narrativas de viajes a finales del s. XIX y principios del s. XX proliferan a la par que los viajeros, y generan un gran público lector proveniente de la baja burguesía que sólo puede recurrir a la imaginación para viajar. Esa es otra de las barreras que los modernistas tendrán que solventar para recrear en su vida, viajes y escritos esa nueva esteticidad moderna de la que hacen apología¹¹.

En este punto, cabe preguntarse cuáles son los parámetros que estos artistas tratan de seguir en su experiencia viajera para alejarse de los dictámenes impuestos por la amplia tradición discursiva de la literatura de viajes y de la autocomplacencia burguesa del turista para acercarse al exotismo que el viaje les podía aportar.

¿Cómo se enfrentan los modernistas a estas circunstancias en su viajar? De igual modo que en otras facetas de su vida y obra optarán por una esteticidad sin medida esforzándose por recuperar el aristocrático “arte de viajar”. Para ello, podríamos afirmar que su *viaje* se lleva a cabo con los sentidos, y es en las sensaciones que despierta por su transitoriedad en lo que se basan para construir el halo diferenciador de su discurso y de su recorrido, distanciándose así (o pretendiendo hacerlo) del vulgar turista. La ruptura, por lo tanto, con el corpus viajero anterior, ha de comprender las convenciones previas del género del relato de viajes. Según Adler,

11 De acuerdo con Litvak, “Es interesante ver que a pesar de todos los inconvenientes, el deseo del viaje exótico marca profundamente la sensibilidad del s. XIX, desencantado por la política y aburrido por la autocomplacencia burguesa” (1984:12).

“The process of delimiting stylistic categories of travel is complex and involves a comparative grasp of some shared coherence that marks one body of travels off from previous, subsequent, and present practices. In some cases, such coherence may be shaped by the traveler’s conscious devotion to an explicitly formulated code of performance” (1989:1371).

Ese código de actuación perseguido conscientemente por el artista, tiene en la percepción de lo sensorial su punto álgido diferenciador. En *De sobremesa*, Asunción Silva expone a la perfección ese viajar sensorial al que nos referimos en el que se apela al tacto, el olfato, la vista, el oído,...

“[...] sus fuerzas, dirigidas en otro sentido, la llevarán lejos, muy lejos, *se abandonará a la delicia de sentir*, [...] , irá a respirar por temporadas el aire perfumado y tibio de Niza, de San Remo, de Sorrento, volverá a España, a Toledo, a Burgos, a Córdoba, a Sevilla, cuyos nombres ennoblecen con solo pronunciarlos, a Granada, a embelesarse con las policromías de las arquitecturas árabes, con los follajes frescos de los laureles rosa y de los castaños gigantes, con lo azul del cielo; a Venecia, [...], por entre ruinosos palacios de mármol, una fiebre sutil de los canales verdosos, a ver la melancólica fiesta que son las pinturas de Tiepolo; a Milán, donde sonríen las creaciones del Vinci y a Roma, [...] , el único lugar del mundo que le ha llenado el corazón, [...]” (1996: 57).

Sólo las sensaciones son suficientes para alcanzar la plenitud en la vida, “Vivirá así y todo eso lo hará [viajar, aprender lenguas orientales] con todos sus nervios, con toda su alma, con todo su ser, arrancándole a cada sensación, a cada idea, un máximo de vibraciones profundas” (1996: 57).

El prólogo de Rubén Darío a *El alma japonesa* de Gómez Carrillo, es un excelente compendio sensorial que ilustra la estética perseguida en la construcción de esta narrativa de viaje: “En ciertos capítulos hay brillos de marfiles, suavidades de sol, espejos de seda, labor de incrustaciones, cinceladuras delicadas” (1905:3). Jiménez, teoriza sobre “La psicología del viaje” de Gómez Carrillo, en términos que podemos hacer extensivos a todo el grupo de artistas viajeros modernistas:

“En efecto, el viajero artista que lee y escribe podría titular su libro: ‘Sensaciones’. A lo largo del texto el autor se valdrá de este vocablo modernista para categorizar la abstracción teórica y la concretización práctica de su discurso viajero. De hecho, dos de sus libros de crónicas se titulan *Sensaciones de arte* (1893) y *Sensaciones de París y Madrid* (1900). Y las sensaciones

marcan la tónica de la escritura en las imágenes recreadas en ‘La psicología del viaje’” (2004:55).

La proliferación de sensaciones, sin embargo, no es suficiente para lograr ese ansiado elitismo en el viajar. La transitoriedad, será pues su otra gran aliada como ya comentamos en la introducción, y la captura instantánea del presente en el lugar de paso será el otro escape que se proponga el modernista. Aurora Cáceres comenta respecto al libro de viajes de Enrique a Rusia esa cuidadosa captura temporal: “nos ha dado a conocer esa Rusia de ayer y de hoy, que no será la de mañana. Ha fijado el minuto que pasa entre el fin de un viejo mundo y el advenimiento de un mundo nuevo” (1929:22).

Lo transitorio en los textos de viajes de la modernidad, podríamos sugerir que se despliega como un cronotopo bajtiniano de simultaneidad espacio-temporal. Además, el artista, “tiende a retratar una geografía que abarca paisaje y mirada junto a la certeza de que estas imágenes no están devolviéndole más que desplazamiento, movimiento entre la otredad de lo que se visita y su representación en el texto” (Fombona, 2005:55).

Los modernos medios de transporte, hoteles, restaurantes y demás *aparatus* desplegados por la emergente empresa turística enfocada al burgués, impondrán las barreras que los modernistas no podrán solventar pese a sus esfuerzos. Viajan en los mismos trenes, se alojan en los mismos hoteles y cenan en los mismos restaurantes. A la vez, sus discursos viajeros se construyen bajo la misma esencia que la tradición de este género ha perpetuado desde sus orígenes: la aproximación a la vida y el paisaje del “otro” con el efugio de situarse geográficamente en su espacio: “Any travel style, no matter how seemingly new, is built on earlier travel traditions. The preservation of these fragments of tradition owes as much to their being built into travel technologies and into the infrastructure on which travelers depend as it does to continuities of intellectual and aesthetic orientation”(Adler, 1989:1373).

También, aunque no lo confiesen, compran *souvenirs* que mostrar en los cafés parisinos a la vuelta mientras exhiben su *vouyerismo* degustando una absenta como vimos a través de Aurora Cáceres. Enrique Gómez Carrillo, es consciente en su ensayo de estas limitaciones y, no sin una dosis de amargura, invocando las antiguas formas de viajar afirma con resignación:

“Y con nostalgia y con vergüenza, comparo aquellas maneras, que eran las buenas, con las nuestras, que son febriles, que son eléctricas, que nos

obligan a vivir en hoteles siempre iguales, a comer comidas uniformes, a hacer, en suma, en una semana lo que antaño era asunto de largos meses [...] Y me digo que, por muy poetas que queramos ser, por muy artistas de nuestras propias vidas que nos creamos, por muy enamorados que estemos de lo pintoresco, siempre careceremos, en el curso de nuestros viajes sentimentales, de los elementos que la vida antigua ofrecía, con sus lentitudes deliciosas, a todo aquel que emprendía una peregrinación apasionada” (1919:27).

En suma, el sueño del viaje se desvanece ante el artista por la imposibilidad de llegar a viajar con la verdadera “poesía” con que se hacía antaño. La modernidad se revela con su progreso y el “arte de viajar” de antes es ahora irrecuperable, ha muerto, como se extrae del desengaño de Gómez Carrillo, viajero por excelencia de la modernidad. Sin embargo, en sus escritos siempre se apreciará esa búsqueda del “arte de viajar”, gesto nada despreciable por la elegante poética que implica además de como forma de vida. De acuerdo con Adler:

“The traveler whose activity lends itself to conceptual treatment as art is one whose movement serves as a medium to bestowing meaning on the self and the social, natural, or metaphysical realities through which it moves. Performed as an art, travel becomes one means of “Worldmaking” (Golman, 1978) and self fashioning” (1989:1368).

“Worldmaking” and “Self fashioning” definen a la perfección la actitud de los viajeros modernistas y su concepción del “arte de viajar”, desenmascarada en el caso de Enrique Gómez Carrillo por el inteligente retrato que nos brinda su ex-mujer Aurora Cáceres.

Mujer viajera y parte fundamental de la bohemia latinoamericana en el París de principios de siglo, su relación con el modernista *arte de viajar* hace que, en un gesto inconsciente al desnudar las pretensiones de su ex marido, se eleve como la verdadera *voyeurista* en todos los aspectos que este término engloba. Pese a todo, como denuncia Fernando Carvallo:

“A veces se la recuerda por haber fundado el Centro Social de Señoras (1907), la Unión Internacional de escritoras de países latinos (1909) o la Asociación Nacional de Escritores y Artistas (1938). Sobreviven algunos que la vieron representar al Perú en Washington ante la Comisión Interamericana de mujeres hasta 1945. Cuando murió en Madrid en 1957 no tenía quien la leyera. Las cosas no han cambiado desde entonces” (2007: 78).

Con este artículo hemos intentado recuperar la figura no sólo de Aurora Cáceres como viajera, sino también de Evangelina como escritora firmemente asentada en la escena intelectual europea de principios de siglo.

Bibliografía

ADLER, Judith: "Travel as Performed Art", *The American Journal of Sociology*, 94-6 (1989), págs. 1.361-1.391.

ASUNCIÓN SILVA, José: *De sobremesa*, Madrid: Hiperión, 1996.

BRYCE ECHENIQUE, Alfredo: "Evangelina en el infierno", *Etiqueta Negra*, 63 (Septiembre 2008), págs. 64-69.

CÁCERES, Aurora: *Mujeres de ayer y de hoy*, París: Garnier Hermanos, 1909.

CÁCERES, Aurora: *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*, Madrid: Renacimiento, 1929.

CALINESCU, Matei: *Faces of Modernity*, Durham: Duke UP, 1987.

CARVALLO, Fernando: "Zoila Aurora Cáceres, Del Sagrado Corazón a la Belle Époque", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 688 (octubre 2007), págs. 73-78.

FOMBONA, Jacinto: *La Europa necesaria. Textos de viaje de la época modernista*, Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2005.

GÓMEZ CARRILLO, Enrique: "La psicología del viaje", *El primer libro de las Crónicas*, Madrid: Mundo latino, 1919.

GÓMEZ CARRILLO, Enrique: *El alma japonesa*, París: Garnier Hermanos, 1905.

JIMÉNEZ, Luis A: "El discurso viajero de Enrique Gómez Carrillo", en Oralia Preble-Niemi y Luís A. Jiménez (eds.): *Ilustres autores guatemaltecos del siglo XIX y XX*. Guatemala: Artemis Edinter, 2004, págs. 51-66.

KELLEY, Joyce: "Increasingly "Imaginative Geographies": Excursions into Otherness, Fantasy, and Modernism in Early Twentieth-Century Women's Travel Writing", *Journal of Narrative Theory*, 35.3 (Fall 2005), págs. 357-372.

LITVAK, Lily: *Geografías mágicas*, Barcelona: Laertes ediciones, 1984.

MARTÍ, José: *Ensayos y crónicas*, Madrid: Cátedra, 2004.

MILLS, Sara: *Discourses of Difference*, London/New York: Routledge, 1991.

SAID, Edward W.: *Orientalism*, New York: Panteón Books, 1978.

UGARTE, Manuel: Prólogo a *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo* de Aurora Cáceres, Madrid: Renacimiento, 1929.

ANTONIA: SER “FUEREÑA” DENTRO Y FUERA DEL LUGAR DE ORIGEN

Dra. Itzá A. Zavala-Garrett
Morehead State University (Kentucky, Estados Unidos)

“Su sexo y su entendimiento las hacen ineptas para la exploración y este tipo de trotamundos femeninos es uno de los mayores horrores de este fin de siglo XIX.”
Lord Curzon

La amistad, la muerte y el aprendizaje por medio del viaje, son algunos de los temas relevantes en la novela *Antonia* (1989) de la escritora mexicana María Luisa Puga. Las protagonistas son dos jóvenes que viven en Europa a finales de los sesenta, época marcada por la rebeldía juvenil en contra de todo sistema autoritario. Al afrontar el dolor que ocasiona la noticia del cáncer de Antonia y a través de diversas experiencias, la narradora y su amiga redescubren su identidad. Durante este viaje, ambas mujeres cuestionan la represión patriarcal, revaloran su condición femenina e intelectual y sus raíces mexicanas en tierra extranjera.

María Luisa Puga y escritoras como Carmen Bullosa y Ángeles Mastretta, valoradas recientemente por la crítica literaria, utilizan un contradiscurso hacia la política sexual y la construcción de género. Sin embargo, esta novela de Puga además nos muestra una crítica de su contexto sociopolítico y una visión personal de la reacción y desempeño de la juventud de su época en oposición a una sociedad conservadora y autoritaria. Además de lo anterior, Puga cuestiona y enriquece su entorno por medio de la diversidad de perspectivas que maneja dentro de la trama global de esta novela. Mientras el grupo de jóvenes amigos de la narradora vive en Londres, Latinoamérica está caracterizada por dictaduras y presidentes represivos: Gustavo Díaz Ordaz (México, 1964-1970), levantamientos armados y guerrillas.

Según Beatriz Colombi, “[e]l que escribe es el que viaja. Como protagonista e informante, el viajero siempre desempeña estos dos roles temáticos, que deben ser presentados como acciones paralelas, o al menos parecerlo” (14). Para esta crítica, el viaje como tal es una experiencia individual del sujeto burgués

moderno, desentendido, generalmente, de conocimiento político y ejercido como un privilegio de clase. Por otro lado, el desplazamiento (migraciones y exilios) es una experiencia colectiva, los individuos han sido despojados de garantías para sobrevivir en su lugar de origen. En el caso de *Antonia*, ambos personajes femeninos tienen diferentes motivos para “viajar”: Antonia lo hace para no estar cerca de unos padres “sobrep protectores” y para enfatizar su independencia a través de sus estudios dramáticos en Estados Unidos y Europa. La narradora, inicialmente viaja a Londres en busca de las “huellas de Virginia Woolf”. En el transcurso de la historia, el viaje implicará desenvolverse en otro contexto para adquirir una conciencia sociopolítica de su propio país de origen. Al respecto, la narradora expresa lo siguiente: “Queríamos no tener país. Ser de ninguna parte, sin embargo yo entré a trabajar en una revista política y descubrí a América Latina. La descubrí en las fotografías de sus golpes de Estado. En sus cadáveres. En las retóricas declaraciones de sus mandatarios. Por eso después las dos decidimos que un continente sí teníamos. Y que éramos de izquierda” (Puga, 12)¹.

Janis Scout afirma que: “The motif of the journey, particularly the act of departure, assumes a transcendent power in women’s writing beyond the power it holds in male-authored texts precisely because such departures signify rupture, the breaking not only of personal and conventional walls but of whole social structures and sets of assumptions” (2). Karen Lawrence agrega que la escritura del viaje² por mujeres crea una membrana permeable entre el hogar y el extranjero, entre el confinamiento doméstico y la libertad que brinda el camino. Cabe mencionar que María Luisa Puga en 1968 y en 1985 vivió en Europa y África Oriental, por lo que ella se autodenomina como “fuereña”. Esta particular perspectiva la aleja de proselitismos sociopolíticos y culturales para adoptar una postura neutral al narrarnos esta experiencia autobiográfica. Es innegable que la escritura de Puga expresa eficazmente las necesidades y deseos de las intelectuales mexicanas contemporáneas que tratan de redefinir su posición dentro de una sociedad caracterizada por la injusticia social y la violencia.

1 Todas las citas de la novela *Antonia* pertenecen a la misma edición señalada en la bibliografía.

2 Según Percy Adams, la escritura del viaje (récit de voyage) es difícil de clasificar ya que no es solamente un texto escrito en primera persona y por un(a) viajante sobre un país o una ciudad, ni tampoco una descripción de lo que un viajero observa: “el viajante, como el novelista, tiene a su disposición miles de formas y fórmulas para registrar con palabras la exposición de un viaje, independientemente de si intenta publicarla o no (ix).

Enrique Ávila López, en un estudio sobre la obra de Rosa Regás, señala que para esta escritora el viaje puede interpretarse como “una aventura beneficiosa mediante la cual consigue un conocimiento profundo de uno mismo. El viaje aparece también como un vehículo para explorar la sociedad actual y, sobre todo, como un símbolo de autonomía” (82). Estas ideas sobre la experiencia del viaje narrada por mujeres también se pueden aplicar a la escritura de María Luisa Puga.

El tono de *Antonia* es nostálgico porque se trata de una retrospectiva (información del pasado) y no tanto del presente en que la narradora está contando la historia. Irma López, en su tesis doctoral sobre la narrativa de María Luisa Puga, divide el tipo de narrador en *Antonia*: La narradora adulta (ser contemplativo) que recapitula su experiencia después de 20 años y la joven (ser actuante), quien madura a través de sus relaciones personales y laborales, desenvolviéndose dentro del contexto de un país extranjero. El diario que escribe la narradora durante su estancia en Europa es acerca de su experiencia en Londres durante el año de 1968. Por medio de este recurso se intenta recuperar una etapa y el ambiente de México y Europa. Este ejercicio implica un conocimiento intelectual y objetivo de la realidad exterior, y el conocimiento subjetivo de la realidad exterior. María Luisa Puga transforma el texto en un sitio de memoria simbólico donde trata de entender los hechos que marcaron su juventud. Al hablar de su necesidad de escribir, ésta la conecta con la experiencia que vivió con su amiga Antonia:

NO ES EL³ deseo de revivir una época lo que me hace hoy escribir esto. Es la necesidad de verla a ella; de recrearla porque ahora entiendo cosas que antes aceptaba como normales. Como tiempo presente. Como su manera, que hubiera podido ser cualquier cosa. Casi como acepté la presencia del tumor en nuestras vidas. Su mirada empavorecida, desconcertada luego del primer tratamiento. (37)

Antonia además nos proporciona una crítica de su contexto sociopolítico y cultural a través de una visión completa de su generación y nos narra un proceso intelectual contrahegemónico por medio de un discurso conversacional. Asimismo, la escritura sobre el YO se inscribe dentro de una preocupación más concreta: indagar los conflictos íntimos, las experiencias individuales y la conciencia de vivir en una generación en crisis. Irma López afirma que en la construcción del yo en *Antonia* hay una revaloración de la experiencia propia y descubrimiento

3 El énfasis con mayúsculas proviene directamente de la novela.

de la vocación literaria a través del viaje interior y físico. La protagonista ve en la escritura de la auto-representación una forma de legitimizar su ser tomando en cuenta todos los elementos que la forman: sus raíces, sus relaciones y su espacio en la sociedad. Al hablar de la vocación de Antonia de ser actriz de teatro y de comparar su vida a la de ella, la narradora declara: “Era entonces que yo me volvía consciente de estar viviendo fuera de México, de mi deseo de ser escritora, de que en Londres, por donde quiera que mirara, estaba Virginia Woolf...” (41). En otra parte de la novela, la protagonista expresa lo siguiente:

Quería grabar en mi cuaderno algo que se quedara conmigo toda la vida: ese momento, esa época, eso que estaría recordando en veinte años más, me imaginaba [...] Escribir todos los días para desenmarañar la tumultuosidad de sensaciones que cualquier cosa me provocaba. Entender bien lo que hacía Virginia Woolf en su narrativa, no para copiarla, claro, sino para comprender por qué me hacía ver la realidad de otra manera, con mucho más relieve y profundidad. Porque así quería ver la realidad mexicana. (48/86)

Virginia Woolf (*A Room of One's Own*) es uno de los leitmotiv presentes en la trama de la novela. La narradora originalmente decidió ir a Inglaterra para encontrar las huellas de Woolf porque según la autora favorita de la protagonista, una mujer debe tener dinero y una habitación propia si desea escribir ficción. Esta afirmación también se refiere a cualquier libertad personal de crear arte por licencia poética y al uso de la escritura como terapia psicológica. María Luisa Puga no solamente está influenciada ideológicamente por esta escritora, sino también por su estilo literario: monólogos interiores, reflexiones literarias y experiencias cotidianas y, sobre todo, una conciencia de ser mujer.

La escritura funciona como una catarsis; es decir, se convierte en un recurso para recuperar la auto-imagen y la conciencia de sí que el medio ambiente ha distorsionado. Para María Luisa Puga⁴, escribir significa entender, decir, mostrar, sentir y advertir; nace: “como obsesión ineludible, como espacio de ser, como única justificación de estar ocupando un espacio” (105). Generalmente, los personajes de esta autora representan a un sujeto en proceso de cambio al ir

4 Puga, “Literatura y sociedad”. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 1980, págs. 103–109.

adquiriendo conciencia histórica y política a partir de sus diferencias individuales como lo son su condición femenina y el acto de la escritura.

En *Antonia* se emplea una personaje-escritora que se cuestiona sobre su formación intelectual y la creación literaria. Además, la protagonista posee las características de un flâneur o una flâneuse que se abre espacio para descubrir y cambiar su manera de ver la vida. Es posible afirmar que la novela está escrita bajo parámetros feministas al describir y explicar una especificidad femenina en oposición o contraste con el orden masculino también denominado falogocéntrico. Esta perspectiva feminista se manifiesta por medio de experiencias desarrolladas en espacios privados y públicos de dos parejas (Antonia-Jean Paul, la narradora-Enrique) y la familia de Antonia: padres y hermano (Francisco). Durante la trama, Antonia y la narradora deciden vivir en un apartamento en Londres con sus novios a quienes conocen en espacios públicos: Antonia se enamora de Jean Paul en la escuela de arte dramático y, la narradora entabla amistad con Enrique, el escritor y periodista de la revista donde labora. Los padres de Antonia pertenecen a la clase alta y viven en Mazatlán, México; Francisco, el hermano de Antonia, estudia en una universidad americana pero pronto hará una especialidad en Rusia. Esta información es relevante porque en la narración se hacen referencias críticas a diversos contextos tanto públicos como privados: Estados Unidos, Latinoamérica, Europa, la sociedad, la familia y el ambiente intelectual (trabajo y escuela). Por ejemplo, Antonia, Enrique y la narradora al hablar de sus respectivos lugares de origen y de sus impresiones en Europa comentan que a Antonia le interesa explorar Londres más que sus alrededores. Por su parte, Enrique afirma que Bogotá es una ciudad “demasiado irregular” (60) y la narradora huérfana, sin apoyo ni obligaciones familiares, piensa que el D. F. le provoca angustia:

A lo mejor es la diferencia entre una ciudad latinoamericana y una europea. Aquí uno se siente que la ciudad ha nacido al mismo tiempo que la costumbre de la gente de ser de esta ciudad. En el D. F. esa costumbre es imposible. La ciudad está todo el tiempo cambiando. Cada sexenio de gobierno hace su ciudad; rompe con la anterior. Uno siente que vive en un pizarrón en donde alguien está constantemente tachando. (60)

Marilyn Wesley al analizar el papel de la escritora viajera afirma que ésta re-conceptúa el mundo y el papel privado y público de la mujer. El sujeto femenino crea una historia de su crecimiento individual que implica salir de su contexto habitual para dirigirse a su nuevo destino. Conforme avanza la historia en la novela,

la narradora describe y reflexiona acerca del ambiente de tensión imperante y la problemática del lenguaje para expresar emociones. Al cuestionarse sobre la violencia en Latinoamérica durante los sesenta, la protagonista conecta su angustia con el empleo del lenguaje escrito y la enfermedad de Antonia, la cual funciona como otro leitmotiv durante la trama, una alegoría a la Masacre de Tlatelolco y la pérdida de la inocencia. Al hablar de la enfermedad de Antonia, la narradora afirma: “Y tal vez eso sea lo primero que lo hace sentir a una extranjera. Lejos de lo desconocido: la enfermedad. ¿Qué hacer con la enfermedad? ¿A quién recurrir? ¿La embajada? [...] Hasta el 2 de octubre de 1968. Tumor cancerígeno maligno en el seno izquierdo, leíamos en el papel... (15-16).

Alice Ruth Reckley señala que María Luisa Puga pertenece a la generación de novelas que explora la nostalgia y la memoria para expresar una reacción cártica de los eventos de Tlatelolco para subsecuentemente representar los cambios que han caracterizado a la sociedad mexicana durante los setenta y ochenta. Sin embargo no se trata de “novelas políticas” como lo afirma Christopher Domínguez en su pronunciamiento de “la muerte de la literatura política”. Reckley aclara que los escritores han tomado la decisión de comunicar lo que Tlatelolco significa en la conciencia política de una generación confusa y decepcionada y no tanto su significado político literalmente (Anderson, 18). En mi opinión, los sujetos intelectuales tratan de encontrar un espacio personal en la creación literaria por medio de un proceso cognoscitivo de las circunstancias sociopolíticas y culturales que los rodean y su relación de pareja sin tener que definir forzosamente el tipo de novela en el que se inscriben.

Rhonda Dahl Buchanan al analizar la narrativa argentina durante la dictadura militar de 1976 a 1983 señala de la novela de Ana María Shua *El libro de los recuerdos* lo siguiente:

The emphasis is placed on the terror which the Argentine society experienced during the dictatorship and its impact on their daily lives. Whether the fear was provoked by actual knowledge of the events which took place, or whether it was heightened by speculation, uncertainly, and distortion, is not as significant as the manner in which it determined the thoughts and actions of those who felt its presence. (90)

La trama de *Antonia* refuerza esta afirmación al desenvolverse dentro de un ambiente represivo y autoritario. Un contexto en proceso de significativos cam-

bios socioculturales, económicos y políticos a través de las revueltas estudiantiles internacionales, el movimiento hippie, las guerrillas sudamericanas, entre otros. El sujeto intelectual se enfrenta cada día a situaciones angustiantes, se adapta y dirige sus experiencias hacia un entendimiento exterior e interior. María Luisa Puga emplea la información autobiográfica como estrategia para integrar una conversación intelectual acerca de su generación y sus experiencias personales.

Irma López afirma que en esta escritora, el bildungsroman se centra en la búsqueda de identidad y evolución de la protagonista a través de la creación literaria y las experiencias vividas durante un periodo de transformación personal implica un proceso de transformación y movilidad. *Antonia* parte desde lo cotidiano al hablar del trabajo, las relaciones personales, la familia, los amigos, los viajes y el ejercicio intelectual. En el caso del sujeto intelectual femenino ese verse a sí misma como tal no significa auto-contemplarse desde una femineidad plena. Más bien significa manejar construcciones subjetivales que puedan desplazarse entre los códigos discursivos para crear una respuesta estratégica en las categorías institucionales de identidad y de representación desde lo “femenino” como posición-articulación de una subjetividad alternativa y disidente. Estos sujetos constantemente son atravesados por una multiplicidad conflictiva de pulsaciones de identidad y lógicas del poder. Este proceso de reflexión sobre las problemáticas sociopolíticas y culturales de su país también contribuye a crear un viaje introspectivo como escritoras.

Percy Adams clasifica algunas de las modalidades literarias más frecuentes en la tradición europea: “Entre muchos tipos de novelas y relatos de viajes cuyo argumento está controlado por una tesis, ésta se puede concentrar en el bildungsroman y bildungsreise⁵, la historia del Grand Tour, la sátira y la picaresca, aún cuando, obviamente, cualquiera de estas formas puede sobreponerse a la otra” (186)⁶. En el caso de la narradora de *Antonia*, ésta desea adentrarse al mundo de su escritora modelo, Virginia Woolf. También su pareja se mueve dentro de un ambiente intelectual: “A Enrique estaban a punto de mandarlo a cubrir un congreso de escritores latinoamericanos que habría en octubre en Bonn [...] Yo seguía persiguiendo a V. Woolf. Me estacionaba en un cafecito de Kensington Church Street y trataba de ver el Londres que ella veía...” (155). El aprendizaje

5 Viajero letrado, viaje de educación o huella del grand tour que establece una secuencia de acciones: visitas a museos, instituciones y personalidades, es un itinerario previsto.

6 La traducción es mía.

del grupo de amigos es al mismo tiempo académico: Antonia aprende teatro, su hermano medicina, Jean Paul desea ser dramaturgo y Enrique escritor, al igual que la narradora.

María Luisa Puga además nos muestra la perspectiva de un joven europeo sobre los latinoamericanos a través del parisino Jean Paul, novio de Antonia. En una parte de la novela este personaje opina de ellos que:

Los latinoamericanos. Es extraordinario cómo viven en el lenguaje. Lo viven como si fuera tiempo [...] hay algo en los latinoamericanos como auto-consentido, ¿me entienden? Autoconsentido porque la historia no los ha tratado bien a ninguno; no se puede decir, además, que sea fácil ser latinoamericano, con esas realidades nacionales que tienen [...] Quería comentarles algo que observo en ustedes. Algo con el lenguaje que jamás he encontrado en nadie que yo conozca [...] [el lenguaje es] como si no los habitara él a ustedes sino a la inversa. Un francés —se animó— mama el francés desde la cuna, la francesidad, el acento, la historia, todo. Por eso, creo yo, después se siente medio solo, medio abandonado en toda esa nacionalidad que trae auestas. Medio agobiado. Pero ustedes no traen nada auestas salvo un lenguaje que no es una identidad. (163-164)

En la obra literaria de María Luisa Puga sobresale la autoconciencia que se tiene sobre el uso del lenguaje y la manera en que éste está conectado al país de origen. Por su parte, Antonia y la narradora tienen una opinión propia sobre estar en Europa, específicamente en Londres: “Tal parecía que nuestro estar en Londres era la antesala de algo. De ahí tendríamos que salir (o entrar) para estar de lleno en la actuación de la vida real. Para Enrique, al menos, así era. Volver a nuestros países. ¿Para qué? ¿Hacer qué? Y cuando yo preguntaba: ¿Colombia o México?, él respondía: Colombia o México. Colombia y México...” (65).

Enrique desea regresar a su país porque tiene la esperanza de hacer “algo” por Latinoamérica. Por su parte, Antonia constantemente se expresa negativamente de Estados Unidos, caracterizándolo como un país mecánico y frío. Ser extranjeros para este grupo de amigos es una etapa en la vida, la cual se desarrolla sin querer ser parte del país en donde se encuentran. Ser extranjero es una posición práctica y ventajosa porque te aleja de sentimentalismos y te hace ver el país natal de otra manera, ni buena ni mala, simplemente como un lugar donde también eres diferente por haber estado fuera de él. En el caso de Antonia, ella regresa a morir a su tierra natal en compañía de su familia, la cual se solidariza en torno al dolor que los envuelve. Esta situación es una especie de ouroboro, un ciclo físico y geográfico. La protagonista termina su viaje narrativo con estas

palabras: “NO QUISE⁷ quedarme en Londres, ni casarme e irme a Colombia y menos regresar a México en ese momento”. En una página entera se lee: “ES TODO” (49-50). Este final concluye con una serie de recuerdos que conforman la memoria de un personaje autobiográfico en aparente control de lo que desea rescatar del pasado.

La ruptura hecha por la mujer a través de la escritura del viaje y/o diario autobiográfico no solamente rompe con los papeles convencionales sino también con las estereotípicas teorías literarias y semióticas, las cuales afirmaban que únicamente el hombre tenía la esencia y el derecho irrevocable a viajar y escribir desde el exterior mientras que la mujer era confinada al hogar por tratarse de un ser pasivo y sedentario⁸. Por lo tanto, la escritura del viaje implica un crecimiento y una expansión metafórica y literal. El viaje o partida caracteriza a un individuo autónomo, sin restricciones sociales y literarias. Además, esta escritura del viaje o récit de voyage aparece en varios niveles: lingüístico; subjetivo, como descubrimiento de la verdad; ideológico como liberación; género narrativo; aventura interior y en su relación con el artista. De acuerdo a Blanche Gelfant:

The heroine escape to Europe, like that of a number of other women writers, should not regard as evidence of confinement but of freedom from confinement. [Women traveling] It is a process of self-discovery they initiated with their emphasis on ‘exploration of the unknown’ and their ‘metaphors of pilgrimage, vocation, salvation, and quest. (19)

La mujer que viaja necesita extirpar restricciones sociales, conocer otras tierras por inquietud, curiosidad, deseo de cambio y aventura. Es así que, la diferencia entre trascender y conformarse, es la mujer que trata de ir más allá y se libera de su estereotípica “esencia femenina” para ser una trotamundos desafiante.

Bibliografía

ÁVILA LÓPEZ, Enrique. *Imaginación, memoria, compromiso. La obra de Rosa Regás: un ámbito de voces*. Estado Unidos: AILCFH, 2007.

ADAMS, Percy G. *Travel Literature and the Evolution of the Novel*. Lexington, KY: University Press of Kentucky, 1983.

7 El énfasis con mayúsculas en ambas citas proviene directamente de la novela.

8 Barthes, *A lover's Discourse*, 1978.

ANDERSON, Danny J. "Cultural conversation and constructions of reality: Mexican Narrative and Literary Theories alter 1968". Siglo XX, Vol: 8 1-2., 1990-1997, págs. 11-30.

BARTHES, Roland. *A lover's Discourse*. Fragments, trans. Richard Howard, New York: Hill and Wang, 1978.

COMBI, Beatriz. *Viaje intelectual*. España: Beatriz Viterbo, 2004.

CURZON, George N. *Frontiers: The Romanes Lecture, 1907*. Boston, Massachusetts: Elibron Classics, 2006.

DALH BUCHANAN, Rhonda. "Narrating Argentina's 'Época del Miedo' in Ana María Shua's *El Libro de los recuerdos*". Confluencia, 13, 2, 1998, págs. 84-91

DOMÍNGUEZ, Michael C. – MARTÍNEZ, José L. *La Literatura Mexicana Del Siglo XX*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.

FRANCO, Jean. *Marcar diferencias, cruzar fronteras*. Chile: Cuarto propio, 1996.

GELFANT, Blanche H. "Movement and melody: the disembodiment of Lucy Gayheart" en: *Women Writing in America: Voices in Collage*. Hanover, NH: University Press of New England, 1984. págs. 111-143.

LAWRENCE, Karen R. *Penelope Voyages: Women and Travel in the British Literature Tradition*. Ithaca: Cornell University Press, 1994.

LINDSAY, Sean C. *The Development of a Writer: The Narrative Technique of Maria Luisa Puga in Las Posibilidades Del Odio and Cuando El Aire Es Azul*, 1986.

LÓPEZ, Irma. *Historia, escritura e identidad: la novelística de María Luisa Puga*. New York: Peter Lang Publishing, 1996.

MILLER, Nancy K. *The Heroine's Text: Reading in the French and English Novel, 1722-1782*. New York: Columbia University Press, 1980.

PUGA, María Luisa. *Antonia*. México: Grijalbo, 1989.

_____. *Pánico o Peligro*. México, D.F: Siglo XXI Editores, 1983.

_____. "Literatura y sociedad." Revista mexicana de ciencias políticas y sociales 102, 1980, págs. 103–109.

RECKLEY, Alice Ruth. *Looking Ahead Through the Past: Nostalgia in the Recent Mexican Novel*. Ann Arbor, MI: University Press of Kansas, 1985.

SCOUT, Janis P. *Through the Window, out the Door*. Tuscaloosa: University of Alabama Press, 1998.

SHRIBER, Mary S. "Edith Wharton and Travel Writing as Self-Discovery". American Literature, 59, 1989, págs. 258-264.

WESLEY, Marilyn C. *Secret Journeys*. New York: State University of New York, 1999.

WOOLF, Virginia. *A Room of One's Own*. New York: Harcourt, Brace and Co., 1929.

POR EL MUNDO QUE FALTA: LOS VIAJES ISLEÑOS DE LUISA CAPETILLO

Nancy Bird-Soto
University of Wisconsin-Milwaukee

Son muchas las posibilidades de acercamiento a la vida y obra de la escritora puertorriqueña Luisa Capetillo, nacida en la ciudad de Arecibo en 1879. Una de ellas es por medio de su literatura como viajera. Tomando sus escritos de viaje por los pueblos de Puerto Rico, se resaltarán en este estudio la gestión igualitaria capetillana. Esa gestión se ancla en tres acciones clave que se conjugan en su escritura: la observación, la reflexión y la denuncia transformadora. Es una denuncia que no sólo describe la problemática de la desigualdad, sino que apela a que se cobre conciencia y se trabaje por un mundo mejor. Estas acciones caracterizan la trayectoria viajera de Capetillo, una figura de gran activismo en contra de la explotación y a favor de la justicia para todos los miembros de la sociedad tanto isleña como global.

El historial de Capetillo como viajera dentro y fuera de Puerto Rico es parte integral de su polifacética vida como activista sindical y autora. Su propio desplazamiento geográfico, el que comprende lugares como Nueva York, Tampa, La Habana y los pueblos de Puerto Rico, le permite articular espacios discursivos en los que reitera su reclamo por un mundo libre de todo tipo de esclavitud, literal o ideológica. Su anarquismo, su vestimenta anti-establishment para su época y su contribución al legado de los hispanos en los Estados Unidos a través de lazos sindicales, entre otros temas, han sido importantísimos datos de su vida que ya han cobrado merecida atención. Gracias a la crucial labor investigativa de Norma Valle Ferrer, como también la contribución de críticos como: Julio Ramos, Félix Matos Rodríguez, Carmen Centeno Añeses, Lara Walker y Lisa Sánchez González, la obra de esta escritora antillana se ha ido diseminando con mayor alcance. Como parte de ese legado, emerge Capetillo como escritora viajera, faceta que encontramos en el repertorio de su obra.

Según han observado sus investigadores pioneros, la obra capetillana es coherente con las convicciones de la autora acerca de la igualdad social y el estado

de marginación al cual estaban sometidos los obreros y las mujeres en el Puerto Rico de entre siglo, es decir, de finales del siglo XIX y primeras décadas del XX. Su obra se compone de cuatro textos de observación que son a su vez documentos de aguda reflexión socio-cultural: *Ensayos libertarios* (1907), *La humanidad en el futuro* (1910), *Mi opinión sobre las libertades, derechos y deberes de la mujer* (1911) e *Influencia de las ideas modernas* (1916); de los cuales los últimos dos han sido más comentados¹. Son, en su mayoría, ensayos, cartas y piezas de teatro. Dentro de este corpus, en especial en *Mi opinión*, están sus escritos de viaje en los que Capetillo se presenta como crítica activa de, en sus propias palabras: “la realidad [de la] miseria (...) de familia á familia, de generación en generación” (Matos Rodríguez 296) en el entorno isleño según lo observa. De acuerdo con la meta de Mary Louise Pratt de “no circunscribir la literatura de viaje como un género, sino de sugerir su heterogeneidad y sus interacciones con otros tipos de expresión” (11), demostraré el modo en que las observaciones de viaje de Luisa Capetillo dan paso a escritos reflexivos que denuncian la problemática de la injusticia social; injusticias ancladas en jerarquías y paradigmas de base colonial. Estos escritos bien se pueden leer como exhortaciones a una conciencia transformadora a favor de un mundo igualitario.

Capetillo incansablemente denuncia la miseria que viven los desposeídos a la vez que aboga por el mundo que falta: uno en el que se vive “sin otra recompensa que la del bien general de los trabajadores” (Matos Rodríguez 299). Por tal motivo, aplico el concepto que ofrece Gilles Deleuze en su ensayo filosófico sobre el tema del devenir en *La literatura y la vida* de que el “fin último de la literatura es...escribir por ese pueblo que falta” (19). Partiendo de este concepto, propongo que Capetillo, en sus escritos de viaje, deja constancia de sus observaciones y sus reacciones a ellas, exhortando así a trabajar por un mundo más justo,

1 La obra completa de Capetillo, compilada y anotada por Norma Valle Ferrer, ha sido publicada en el 2008, momento en que la versión preliminar de este trabajo fue completada.

2 Relacionado a la nota anterior, los escritos de Capetillo aquí citados provienen de la edición de Félix Matos Rodríguez. Hay varios errores tipográficos en los textos de Capetillo. Los pasajes citados son fieles a los mismos. La obra completa de Capetillo, editada y anotada por Norma Valle Ferrer, fue publicada en el 2008 cuando ya este trabajo se había sometido para publicación.

3 Traducción mía. Todas las traducciones de *Imperial Eyes* de Mary Louise Pratt, de *Absolute Equality* de Lara Walker, como también de la introducción de *A Nation of Women* de Félix Matos Rodríguez, son mías.

el que, a sus ojos, no se ha conseguido. Capetillo escribe por y para ese pueblo justo y humanitario que es la meta de sus escritos y de su gestión pública. Ésta es la base para apreciar la manera en que el proceso mismo del viaje le permite a Capetillo educarse y educar sobre el valor del activismo por la justicia social. Ese proceso educativo conlleva serias reflexiones sobre las vicisitudes que enfrentan los desposeídos, en especial dentro de una economía colonial. Éstas son: el acceso (o falta de acceso) a la educación de éstos, el cobrar conciencia de la situación tanto individual como colectiva, y el papel del fanatismo religioso en la condición de los marginados, según observa la activista arecibeña. Los pasajes que aquí se citarán ponen de manifiesto la preocupación que estos aspectos generan en Capetillo.

Los investigadores de Capetillo coinciden también al destacar la manera en que la autora utiliza su escritura para denunciar la explotación, la esclavitud y el fanatismo. Dentro del contexto literario-histórico de Puerto Rico, Luisa Capetillo, como puntualiza Valle Ferrer: “fue la primera mujer que rompió las barreras del prejuicio contra el sexo femenino para convertirse en una importante líder obrera, que hizo sentir su voz a favor de los desposeídos y de las mujeres” (101). En sus escritos como viajera, ella misma se vuelve una presencia observadora y a la vez activa. De esta manera, Capetillo hace del viaje, como lo hiciera la peruana Flora Tristán en la primera mitad del siglo XIX, una trayectoria de educación personal y una exhortación a la misma. El desplazamiento de pueblo en pueblo le permite a Capetillo relacionarse con la realidad inmediata de los trabajadores y los marginados, conocer a líderes políticos y sindicales⁴, y poner de manifiesto sus preocupaciones y aspiraciones. Como Tristán, quien “exhortó a las mujeres a educarse a través del viaje” (Pratt 171), Capetillo es otra escritora latinoamericana⁵ que reconoce la experiencia de viaje como un medio que confiere conocimiento y por lo tanto, es en sí mismo un vehículo de educación.

4 Capetillo conoció y estuvo en contacto con varias figuras públicas destacadas de la política puertorriqueña de su época, a pesar de no formar parte de la *intelligentsia* per se. He aquí un ejemplo de sus escritos de viaje: “Salí de Aguadilla y llegué a Mayagüez entre las 2 y 3 de la tarde. Visité la imprenta <<Unión Obrera>> y conocí al distinguido periodista y escritor Rafael Martínez Nadal” (Matos Rodríguez 298). En su viaje de San Germán a Yauco, Capetillo habla de su “satisfacción de conocer y saludar al fecundo escritor Mariano Abril” (307).

5 Un estudio comparativo propiamente centrado en Tristán y en Capetillo tendría que tomar en cuenta las diferencias particulares en cuanto al trasfondo de ambas, en especial, el hecho de que Capetillo, contrario a Tristán, no viene de una familia acaudalada.

De lo personal a lo colectivo: Zonas y contactos

El énfasis en la educación y las experiencias de sus viajes en Puerto Rico y en el exterior⁶ le brindaron a Capetillo base y motivación para escribir sobre los males observados y los modos posibles de corregirlos. Esos graves males sociales, como advierte Capetillo, son producto de la explotación y la ignorancia. Para corregirlos, la escritora arecibeña expone que hay que identificar estos males y transformarlos a fin de conseguir la verdadera justicia social. En este análisis, me refiero en particular a los viajes isleños recogidos en *Mi opinión sobre las libertades, derechos y deberes de la mujer* (1911), escrito en el cual figuran ensayos, cartas y los apuntes de viaje por pueblos de la isla en el verano del 1909. Este texto, como señala Félix Matos Rodríguez, “es un llamado al cambio y a la acción en áreas tales como: las leyes laborales, la educación, el matrimonio y la religión” (xxxvii).

El prefacio mismo de *Mi opinión* ofrece las claves necesarias para evaluar el tipo en especial de viajera que es Luisa Capetillo. En éste, la arecibeña le hace claro a los lectores que su visión igualitaria y el entorno social en que se mueve no están en armonía. Según les advierte a sus lectores: “Encontraréis contradicciones debido á la lucha de mis ideas con el medio ambiente en que me agito; que trata de ahogar mis ideales” (Matos Rodríguez 133). Reconociendo que sus ideales están en discrepancia con la realidad cotidiana de su tiempo, Capetillo además pone énfasis en su lucha por mantenerlos a flote en un ambiente que los “trata de ahogar”. Es decir, hay conciencia de la necesidad de salvarlos pues las circunstancias los están tratando activamente de obliterar, ya que son ideales que abiertamente retan el dominio patriarcal y la mentalidad colonial. De esta manera, aparte de la falta de armonía detectada en el entorno social, se subraya también el proceso de conciliación o la búsqueda de ésta, puesto que la escritora tiene que anclarse en una convicción igualitaria muy viva para defenderla con toda la fuerza de su palabra y de su activismo.

En la cosmovisión capetillana, la justicia se logra mediante un equilibrio entre todos los componentes del colectivo social, erradicando así estructuras sociales, culturales o políticas que propician la explotación. A nivel individual, Ca-

6 De lo que se ha documentado, Capetillo viajó a Tampa, Ybor City, Nueva York y La Habana. En estos lugares escribió y se codeó con líderes anarquistas y sindicales. Fue lectora en las fábricas de tabaco, lo que le sirvió como tribuna para transmitir educación a través de las lecturas a los trabajadores (Centeno Añeses, Matos Rodríguez, Ramos, Valle Ferrer, Walker).

petillo se aproxima a ese equilibrio reconociendo la validez tanto de la naturaleza y la espiritualidad como la del raciocinio y el intelecto. Notando esa inclinación por el balance, Matos Rodríguez destaca la manera en que, en *Mi opinión*, Capetillo ofrece

un carácter holístico en el acercamiento al tema de la liberación femenina al adentrarse en áreas como la sexualidad, la salud física y mental, la higiene, la espiritualidad, la nutrición y los derechos políticos y económicos (xxxvii).

Dicha integración de varios elementos, personales y colectivos, subjetivos y objetivos, naturales y racionales, se hace evidente en sus observaciones de la vida diaria en los pueblos de Puerto Rico. De esta manera, Capetillo es una viajera que bien recorre los límites entre el ideal y la praxis, estableciendo un balance en el cual estos mundos no se excluyen mutuamente sino que se complementan.

Como viajera local en sus recorridos por los pueblos de la Isla, Capetillo encontró lo que Mary Louise Pratt denomina como “zonas de contacto”. Según Pratt, éstas son “espacios sociales donde culturas dispares se encuentran, chocan, forcejean unas con otras, usualmente en relaciones altamente asimétricas de dominio y subordinación” (4). Tratándose de una mujer puertorriqueña anarco-feminista y sindicalista, en el caso capetillano el primer nivel de esa zona es el personal. Ahí se encuentra Capetillo como mujer escritora manteniendo sus ideales a flote dentro de un contexto que, dicho por ella misma, los quiere “ahogar”. Íntimamente ligado a ese nivel se encuentra el papel del género sexual en la vida de Capetillo. Es en este renglón de la zona de contacto a nivel personal que la persona de Capetillo, como mujer, pensadora y escritora, se conjuga inseparablemente de su activismo social. Es ella rechazando la subordinación que, mediante la normativa de género sexual basada en el paradigma patriarcal, se le hubiera atribuido como mujer⁷, y es ella denunciando la injusticia social que mantiene a las mujeres y a los trabajadores bajo ese estado de desigualdad. Es Luisa Capetillo presentándose como agente de cambio y transformación en las zonas de contacto, --tanto literales como discursivas--, que se encuentran y que surgen

7 El contexto de la vida y obra de Capetillo es uno que lleva la influencia del paternalismo social. El mismo se refleja en la literatura puertorriqueña de corte oficial: “en Puerto Rico: la literatura digna de pasar al canon es literatura de hombres...de constructores de naciones” (Gelpí, 1994: 12).

de sus viajes y de sus observaciones. Según indica Lara Walker: “mediante el acto de escribir, al ubicar estas opiniones y conceptos en la página, al crear un espacio textual ella logra desmitificar [...] el poder del macho, de la opinión patriarcal y, en cambio, crear su propia interpretación del poder” (xxi).⁸

Enfocándonos en esos viajes por varios pueblos de Puerto Rico en julio de 1909, se hace evidente que los mismos se vuelven testimonios de observaciones sociales y reflexiones políticas. Capetillo presenta directamente el problema de las dinámicas sociales opresivas y cómo éstas se basan en acuerdos económico-políticos que mantienen a los marginados, y en especial a las mujeres, atados a un mecanismo generalizado de subordinación. Es un cobrar de conciencia que quiere dar con la raíz del problema para poder corregirlo o transformarlo. En palabras de la propia Capetillo:

Los racionalistas somos los demoledores de todas las costumbres perniciosas que no permitían á los pueblos, pensar con entera libertad, sin temor á supuestos castigos en desconocidas regiones que la ciencia investigadora no ha logrado encontrar. (Matos Rodríguez 302)

De este modo, Capetillo expone el entramado de las “costumbres perniciosas” donde se cimientan la desigualdad y la ignorancia del pueblo. A tono con el espíritu igualitario que profesa la autora, es una manera acertada de presentarse a sí misma reaccionando al problema de dichas costumbres, considerando la coherencia de convicción que caracteriza toda su obra.

Denuncias y exhortaciones: La lengua y el verbo

Sus escritos de viaje durante julio del 1909, los cuales dirige a la Federación de Trabajadores, comienzan con un tono observador, un tanto lírico, que da pie a reflexiones de gran agudeza crítica en contra de la explotación atestiguada. Las dificultades ya bien arraigadas en el siglo XIX a causa del “tránsito de una economía de subsistencia a una de cultivo intensivo” (Barceló Miller 56) no podrían ser mitigadas a no ser que se reconociera el alcance del prejuicio de clase social y género sexual en la práctica laboral. La arecibeña acepta la responsabilidad de este reconocimiento y de la denuncia de la desigualdad inherente a las prácticas de explotación. El comienzo de esta narrativa de viaje no sólo confirma a Capetillo como viajera sino que la presenta como una escritora que sabe nave-

8 Traducción con leve paráfrasis mía.

gar entre los límites de la problemática del contexto en que habita y la defensa de sus ideales de confraternización. Así empieza el texto:

Salí de Arecibo á las diez de la mañana para Isabela: partió el tren y en el trayecto, por entre las campiñas próximas á ese pueblo, entre las plantaciones, en la tierra preparada para recibir las semillas, ví una niña que con una mano recojía [sic] su pobre falda, en la que estaba la semilla, y con la otra regaba entre los surcos abiertos en la tierra. ¡Bella y poética figura! (Matos Rodríguez 294)

El ojo observador de Capetillo se hace notar de una manera que contrasta con la exotización o idealización que puede ocurrir en la zona de contacto cuando la entidad que observa, si es un elemento foráneo, pudiera hacerse cómplice de la situación colonial si no incursiona en lo que hay tras bastidores. En este caso, la viajera observadora es parte de la zona de contacto, como mujer, como puertorriqueña y como activista que no proviene de la elite⁹. Al verse parte del todo observado, Capetillo usa la “bella y poética figura” para transformar una idealización inconsecuente en una crítica de la explotación laboral, social y en especial a nivel de género sexual.

Lo que sigue de inmediato a la imagen de la niña es que la misma contrasta con las fuerzas opresivas dentro de una sociedad que se caracteriza por la explotación. En palabras de Capetillo:

Hermoso símbolo de la constancia en el trabajo, que el implacable egoísmo esa insaciable hidra de la explotación, axfcia [sic] en sus monstruosos brazos, aniquilando la belleza y salud de aquella pobre criatura dejándola escuálida y miserable sin un sostén para sus futuros y postrimeros días. (Matos Rodríguez 294)

De este modo, se manifiesta en este pasaje cómo de la reflexión descriptiva se puede pasar a una crítica aguda de las condiciones sociales que previenen el desarrollo positivo de esa joven persona. Capetillo logra esto en una sola oración. En la misma expone sus preocupaciones como activista y observadora. Es una oración de gran actividad crítica en la cual Capetillo conjuga varias acciones. Primero, celebra la ética de trabajo de esta niña. Segundo, y como contraste,

⁹ Los padres de Capetillo eran trabajadores que habían emigrado a Puerto Rico en el siglo XIX. El padre era español y la madre era francesa.

usa imágenes violentas de la naturaleza (i.e., la insaciable hidra) para resaltar la manera en que el ambiente social no valora las cualidades de la chica. Capetillo, aprovecha para atacar la deshumanización de esta joven ciudadana, y finalmente, denuncia cómo el sistema social y económico de la época no ofrece justicia ni para el presente ni para el futuro de su fuerza laboral, en particular la femenina. La reflexión ensayística que es producto de sus observaciones de viaje es una de las formas en que “Capetillo irrumpen en la ciudad letrada” (Centeno Añeses 198), un espacio en el que impera la “masculinidad” del discurso literario, y lo hace por medio de su punzante crítica social. Esta agudeza ha sido denominada por Centeno Añeses como la “lengua víbora” (199) de Capetillo. Por su parte, Norma Valle Ferrer describe dicha perspicacia discursiva en términos del “verbo fogoso” (101) capetillano.

El hecho de que sea una niña trabajadora es significativo ya que con este “hermoso símbolo” Capetillo también está articulando una crítica socio-cultural bastante mordaz. Lo que puede ser una imagen romantizada no es sólo un pretexto para mostrar nostalgia por un mundo ideal pasado que nunca fue. Como el personaje de Silvina¹⁰ en la canónica novela *La charca* (1894) de Manuel Zeno Gandía, esta jovencita y sus circunstancias laborales son también una exposición de la manera en que la nación puertorriqueña de la época valoraba (o desvaloraba) el papel de las féminas trabajadoras dentro del entramado social. De esta manera, los apuntes iniciales del viaje emprendido por Capetillo en julio del 1909, acentúan un estilo discursivo que no se queda enajenado de la realidad social por la romantización o la exotización. Es un estilo en el que la viajera se hace agente activa dentro de la zona de contacto en la que va manejando contrastes a fin de llevar a cabo su crítica socio-cultural.

De la reflexión personal en la descripción del espacio natural al raciocinio mostrado al detectar el alcance del sistema explotador, Capetillo además ofrece unas impresiones de viaje en las que le es fácil moverse entre los límites discursivos. Es desde ese mismo punto de intersección discursiva que la autora arecibeña articula su espacio crítico como viajera comprometida con el mejoramiento del entorno que va observando. Así, Capetillo hace de su experiencia dentro de

10 Silvina es uno de los personajes principales de *La charca*. Es una joven campesina (jíbara) con un final trágico y cuya muerte da fin a la novela. El autor, Zeno Gandía, demuestra así la problemática colonial y su efecto en el campesinado puertorriqueño de finales del siglo XIX. Contrastando con Capetillo, Zeno Gandía formaba parte de la intelligentsia isleña.

la zona de contacto un testimonio de equilibrio como posibilidad integradora. Equilibrio e integración son además preceptos claves dentro de la búsqueda de la igualdad social por la cual Capetillo consecuentemente luchó mediante su obra y su presencia pública. De esta manera, no sólo son vida y obra las que se entrelazan coherentemente en el caso capetillano. La propia forma de expresar sus observaciones de viaje también llevan las características de balance y equilibrio tan básicas para el ideal igualitario que profesaba.

Ligados a la problemática de la explotación están los temas de la esclavitud y el fanatismo religioso. En sus viajes por los pueblos de Puerto Rico, Capetillo observa diferentes modos en que éstos afectan a los trabajadores y a la comunidad en general. Durante su viaje de la ciudad de Mayagüez a San Germán, Capetillo se encuentra juzgada por el fanatismo religioso y es tildada de “materialista”. La arecibeña, quien no fue dada a clasificaciones rígidas, aprovecha la ocasión para reaccionar ante la etiqueta:

Materialista yo? ¿Por qué? No lo sé. Sólo sé que me siento humana, altamente humana. ¿Materialista?...bien y qué; sería yo la única; son despreciables los materialistas? Acaso por que no esté sofisticadamente hablando de Dios de modo embrutecedor... (Matos Rodríguez 300)

Este pasaje demuestra la agudeza de pensamiento de Capetillo. Sus reflexiones no son pasivas. Sacando provecho de una zona de contacto discursiva en la que se le juzga con la etiqueta del materialismo, Capetillo logra transformar la situación para subrayar su crítica a posturas ideológicas que, por su fanatismo, no están en función de la justicia social y el bien común. Es esta misma agencia como observadora, viajera y escritora lo que le permite a Capetillo abrir brechas críticas hacia ese mundo igualitario por el cual aboga.

Precisamente, una de las influencias socio-culturales que, de acuerdo con Capetillo, tiene consecuencias negativas en las dinámicas de género sexual y de clase social, es la del fanatismo religioso. En su paso por el pueblo de Utuado, la autora reconoce haber atacado “el fanatismo católico enérgicamente” criticando el que “en vez de estudiar la situación obrera y su miseria, pierdan el tiempo en arrodillarse y resar [sic] en la que pretenden los curas sea la casa de Dios” (Matos Rodríguez 308). Para Capetillo, nadie debería “ser esclavo de los ritos y de los dogmas” (Valle Ferrer 48). Como señala María de F. Barceló Miller:

el acalorado ataque de Luisa Capetillo (...) [es] una crítica y un rechazo (...) a la vejatoria política de la Iglesia hacia la mujer, que la ata a los ta-

búes y la reduce a los tradicionales roles de madre y esposa, sin la menor oportunidad de participar, en compañía del hombre, en la vida social. (53)

En su defensa del derecho a “pensar con libertad” y del derecho a la equidad en la participación social para ambos sexos, la arecibeña no vacila en denunciar las contradicciones que ella observa entre lo que en principio debe ser el ideal de justicia y lo que contribuye a la falta de educación y de libertad para los miembros de la sociedad. Como destaca Valle Ferrer: “Ser cristiano para Luisa Capetillo es predicar la erradicación total de la explotación...es creer que verdaderamente todos los seres humanos son iguales” (50). Basándose en su propia experiencia como mujer y activista sindical, Capetillo notaba la manera en que el principio de la igualdad quedaba obliterado bajo la fuerza del fanatismo. De ahí que el quedarse en la mera clasificación, fuera “materialista”, “racionalista”, o “cristiana”, no encajara bien con su pasión por el ideal igualitario.

Con tono punzante, Capetillo elabora aún más sobre la etiqueta materialista recibida en su viaje de Mayagüez a San Germán. Es otra instancia en la que sus observaciones se vuelven reflexiones ensayísticas que retan a aquéllos que se rigen por clasificaciones rígidas (o dogmáticas) de lo que es ser racionalista o materialista:

¡Ah, tontos! Y os llamáis racionalistas. El infeliz que carece de todo lo necesario, ¿qué obtiene alabando á Dios? La explotada lavandera que se priva de comer para pagar el casero, y que por su mal nutrido organismo, tiene los nervios en mal estado, y por cualquier insignificancia se desespera. ¿Para qué le sirven las alabanzas a Dios? Cualquiera se figura que Dios se nutre de elogios y que existe por las oraciones. (Matos Rodríguez 301)

Con la imagen de “la explotada lavandera” Capetillo presenta un icono muy similar a la niña que observara antes como “bella y poética figura”. En ambos casos, son trabajadoras y son féminas. Lo laboral y lo concerniente al género sexual son causas emblemáticas de la denuncia social capetillana. Esa denuncia exhorta a mayores reflexiones y transformaciones socio-culturales para, de esta manera, dar paso hacia una sociedad que deje todo tipo de esclavitud atrás, sea económica, dogmática, o personal, según fuere el caso. Estas transformaciones, sin duda, dependen mucho de una educación justa, con igualdad de acceso, sin importar el género sexual, la raza/etnia, o la clase social.

La “lengua víbora” ya mencionada del estilo de Capetillo no se hace esperar. Lo que ella ve como inconsecuentes alabanzas es, en sus propias palabras una “forma de ignorancia”, pues “la verdad no exige tales prácticas. Esas costumbres son el residuo de pasados errores establecidos para someter las muchedumbres bajo el dogal de la tiranía y el despotismo” (Matos Rodríguez 301-302). Resalta del propio trayecto de escritura la manera en que Capetillo recorre el paisaje isleño. En éste, ella va observando, interactuando y formulando su fuerte crítica a los factores sociales que crean y mantienen un ambiente de explotación. Mediante ese proceso va al meollo mismo de las estructuras patriarcales, coloniales (y colonizantes en tanto perpetúan la inequidad) que crean y mantienen la desigualdad entre las clases sociales y los sexos. Partiendo de una imagen poética, Capetillo elabora su escritura de viaje de manera tal que lo que resulta es una reflexión en la que la viajera no se queda en un rol pasivo sino en uno de denuncia. Más aún, no se trata sólo de hacer crítica sino de intentar corregir los males señalados mediante una expresión escrita que activamente apela a la consecución de los ideales igualitarios tan cruciales en la gestión capetillana.

Como viajera en un proceso de educación propia y comunitaria, Capetillo constantemente se permite a sí misma observar, pensar y reaccionar. Tomando el viaje y los escritos provenientes del mismo como un modo de activismo, Capetillo aprovecha la expresión escrita para exhortar a sus lectores a considerar un mundo regido por los ideales a los que dedicó su vida. En sus observaciones de aquel julio de 1909, Capetillo declara cómo serán las dinámicas en ese mundo que falta:

Las costumbres establecidas en contra de la espontaneidad [sic] de la naturaleza, desaparecerán.

El sistema de educación irá sustituyéndose por otro más de acuerdo con el bien común.

La instrucción se adaptará sin banderas ni en determinado estado ó nación; el respeto absurdo e idolátrico de los gobiernos será abolido del futuro sistema educacionista.

La fraternidad como ley suprema, sin fronteras ni divisiones de razas. color é idiomas, será el ideal religioso que se establecerá en las escuelas.

El interés común como divisa, y como lema la verdad, por sobre todas las cosas. (Matos Rodríguez 306)

El “verbo fogoso” que subrayara Valle Ferrer se conjuga en este pasaje en el futuro y de manera progresiva. Lo que está haciendo Capetillo es notar lo

que todavía no se ha conseguido, es decir, lo que falta, y afirmar la posibilidad de un mundo más a tono con su visión de justicia. Sus declaraciones, que parten de sus observaciones de viaje, adquieren un carácter exhortativo que bien encajaría dentro de un ensayo expositivo-argumentativo. Así, Capetillo maneja las zonas de contacto que encuentra en su trayectoria como viajera y escritora para profesar su convicción por una educación igualitaria, libre de explotación y fanatismo.

Para concluir: La trayectoria de la conciencia

Cuando Luisa Capetillo valora la naturaleza por encima de las costumbres establecidas, y reclama una educación apropiada y la confraternización entre personas de diversos lugares y contextos, a su vez crea una zona que además de contactos, genera posibilidades a favor del respeto común. Son posibilidades de transformación que se anclan en la toma de conciencia tanto personal como colectiva. Consciente de la situación de los marginados, en la que imperan la explotación, una educación que no se basa en el respeto común, y el fanatismo en cualquier forma, Capetillo se mueve eficazmente de la observación, a la reflexión, a la denuncia, y en especial a la exhortación. Ese compromiso se hace evidente en otras expresiones de la autora que van a tono con sus escritos como viajera. En *Mi opinión*, la activista arecibeña hace el siguiente reclamo: “Este planeta pertenece á todos, y no es privilegio de unos pocos. ¿Por qué ha de haber tantas injusticias? Debemos contribuir á nivelar tantas desigualdades” (Matos Rodríguez 244). En ese abogar por “el interés común”, Capetillo señala lo que le falta al pueblo —la igualdad— y por ende, al mundo —la liberación— de los pueblos y gentes que lo componen.

Como viajera comprometida, Capetillo echa mano de su “lengua víbora” y su “verbo fogoso” en su transitar por las zonas de contacto en las que se encuentra como mujer, puertorriqueña, activista y escritora. Con su tono punzante, Capetillo denuncia, apela y articula un espacio nivelado para la sociedad isleña y para las del planeta. De sus viajes por los pueblos de Puerto Rico aquí citados reluce la importancia del educarse y del educar y sobre todo, del cobrar y crear conciencia individual y colectiva para erradicar las dinámicas de explotación. De esta manera, más allá de las diferencias de clase social, género sexual, e incluso de afiliación nacional, la literatura de viaje capetillana contribuye a gestionar el mundo que falta.

Bibliografía

CENTENO AÑESES, Carmen. *Modernidad y resistencia. Literatura obrera en Puerto Rico (1898-1910)*. San Juan: Callejón, 2005.

BARCELÓ MILLER, María de F. “De la polilla a la virtud: Visión sobre la mujer de la Iglesia jerárquica de Puerto Rico”. *La mujer en Puerto Rico* (ed. Yamila Azize Vargas). Río Piedras: Huracán, 1987.

DELEUZE, Gilles. *La literatura y la vida*. (Ed. Silvio Matón). Córdoba: Alción Editora, 2006.

GELPÍ, Juan. *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*. Río Piedras: Editorial UPR, 1994.

HAWKES, Jean. *Peregrinations of a Pariah. Flora Tristán*. London: Virago, 1986.

MATOS RODRÍGUEZ, Félix. A Nation of Women. An Early Feminist Speaks Out. *Mi opinión sobre las libertades, derechos y deberes de la mujer* (Luisa Capetillo). Houston: Arte Público Press, 2004.

PRATT, Mary Louise. *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. London & New York: Routledge, 1992.

VALLE FERRER, Norma. *Luisa Capetillo. Historia de una mujer proscrita*. Río Piedras: Cultural, 1990.

WALKER, Lara. *Absolute Equality. Influencias de las ideas modernas* (Luisa Capetillo). Houston: Arte Público Press, 2009.

Bibliografía recomendada

BIRD-SOTO, Nancy. *Escritoras puertorriqueñas de la transición del siglo XIX al XX: Carmela Eulate Sanjurjo, Ana Roqué y Luisa Capetillo*. Lewiston, New York: Edwin Mellen Press, 2009.

BIRD-SOTO, Nancy. “Rompiendo el molde o arrancándose el corset: La propuesta educativa de Luisa Capetillo”. *Identidades*, 5, 2007, págs. 161-175.

FLORES, Juan. *La charca (Manuel Zeno Gandía)*. Río Piedras: Huracán, 1999.

RAMOS, Julio. *Amor y anarquía. Los escritos de Luisa Capetillo*. Río Piedras: Huracán, 1992.

SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Lisa. *Boricua Literature. A Literary History of the Puerto Rican Diaspora*. New York and London: NYU Press, 2001.

VALLE FERRER, Norma. *Luisa Capetillo, Pioneer Puerto Rican Feminist* (Trad. Gloria Waldman-Schwartz). Alemania: Peter Lang, 2006.

VALLE FERRER, Norma. *Luisa Capetillo, Obra Completa*. “Mi patria es la libertad”. Departamento del Trabajo y Recursos Humanos y el Proyecto de Estudios de las Mujeres de la UPR-Cayey, 2008.

WALKER, Lara. “Luisa Capetillo: Beyond Border Feminism and Class Struggle.” Selected Proceedings of the Twelfth Annual Symposium on Hispanic and Luso-Brazilian Literature, Languages and Culture, Tucson, 2002.

DESPLAZAMIENTOS Y DISTANCIAS EN LA VOZ DE ROSARIO CASTELLANOS

Edith Lomovasky (Goel)
Instituto Levinsky de Educación, Tel Aviv, Israel.

...cuando viajas [...] vives libremente, fluyes sólo bajo tus ojos, que comprenden las razones secretas de tus actos [...] tus ojos no están vueltos hacia ti sino hacia lo de afuera, de lo que no huyes porque jamás te ha lastimado...

Rosario Castellanos

Introducción

La escritura de viaje es un punto de reciente atención en el área de los estudios culturales, que abarca un abanico interdisciplinario orientado especialmente a la mirada del viajero, a su percepción de la alteridad y al análisis de su discurso. ¿Cuál es la materia que caracteriza a la escritura de viaje? Araújo (2008) sostiene que “lo autobiográfico, la representación, la posición enunciativa y la construcción del otro son objeto de estudio en el análisis de los textos de viaje”. Las mujeres son partícipes de este género textual, pero a diferencia de los hombres- que han escrito la historia oficial- ellas enuncian en cartas y diarios sus dilemas entre la sumisión al poder y la voz de resistencia. Así pues, el estudio de textos de mujeres viajeras, se inscribe en un marco más amplio, el de la escritura de mujeres (Araújo). Esto implica que, al alejarse geográficamente del *locus* que se suponía propio -lo privado, lo invisible-, ellas se desplazan hacia lo público, referente de rigor en la escritura de viajes. Es decir: al describir lo novedoso, lo Otro, lo extranjero, hay un movimiento hacia afuera, hacia la alteridad.

El intento de escribir sobre mujeres viajeras de Hispanoamérica a Europa y al Oriente resulta doblemente innovador: tanto por la perspectiva de género como por el trazado de una cartografía inversa. Las colonizadas se instalan en la patria del colonizador, que es en este caso el anfitrión (Derrida, 2006). Tal es el caso de Rosario Castellanos: la escritora reafirmó su identidad mexicana después

de cruzar el Atlántico y ver/se en España. Al regresar a su patria asumió un rol crucial en la reivindicación social de los oprimidos: las mujeres y los indígenas.

El desplazamiento de la ilustre mexicana a Oriente no se reduce a los axiomas de Said (1978), para quien el contacto con el Oriente es un diálogo de sordos entre colonizadores y extraños. La clarividencia le permitió a Castellanos una lectura libre de ideologías apriorísticas. Así logró captar el espíritu de Israel y su entorno en toda su complejidad.

La célebre escritora y diplomática fue una estudiosa del ser humano y su condición. El viaje fue para ella una de las claves del descubrimiento y del aprendizaje.

Este ensayo intenta seguir las huellas de una viajera que supo renacer en cada uno de sus desplazamientos geográficos, guiada por la esperanza de que en la faena de repetir los comienzos, pudiera “rectificar, esto es, nacer de nuevo”¹.

Punto de partida

No hay viajes fortuitos en el recorrido terrenal de la escritora mexicana Rosario Castellanos: en cada desplazamiento hay un acercamiento hacia sí misma y hacia el Otro, paradójicamente posible sólo desde la lejanía.

Este artículo se refiere a los efectos de dos de sus numerosos viajes: el primero, a la España franquista, durante el que escribió la primera serie de sus *Cartas a Ricardo* (1950-1951) y el último, a Israel, donde fuera embajadora de México desde 1971 hasta su muerte, en 1974. El motivo de esta elección no es arbitrario sino que está guiado por dos cronotopos (Bajtín, 1981) que cruzan de punta a punta la vida de Castellanos, tanto el ámbito privado, como el público. Ambos cronotopos causan en la visión de Castellanos una apertura diferente a la alteridad, la del europeo colonizador y la del pueblo judío dignificado en su tierra. El primer cronotopo sitúa a la escritora como becaria joven y sedienta de mundo en una España franquista, desde la cual puede percibir a su propia patria y a su pueblo con mayor claridad. En lo personal, su epistolario roza el soliloquio; se trata de una correspondencia no correspondida por Ricardo Guerra, el objeto de su amor, con quien más tarde se casaría. Las *Cartas a Ricardo* de esos años reflejan

¹ Excélsior, 20 de febrero de 1971, págs. 6^a y 8^a.

un conflicto interior entre la Rosario pensante y la Rosario mujer mexicana de los años cincuenta, sumisa a la hegemonía patriarcal.

El segundo cronotopo, en el último tramo de su vida, tiene su hito en Israel; es entonces cuando se establece un giro en la autoimagen de Castellanos, tanto en lo público como en lo privado. Por fin se esboza un pacto armónico entre la actitud intelectual y la conducta como mujer que transgrede los postulados del poder hegemónico. Israel de los tempranos setenta es una sociedad que aspira a plasmar los sueños del socialismo. Rosario Castellanos es diplomática, escritora y periodista. Sus armas protectoras son el humor y la ironía, pero su escritura jamás se libró de indagaciones existenciales. En su vida privada vive plenamente su condición de madre y de mujer independiente, después de su divorcio de Ricardo Guerra.

Más allá de los dos viajes mayores, que marcaron profundamente la identidad de Castellanos -el primero a Europa y el último a Israel- el motivo de la alteridad y el desplazamiento son dos constantes en su obra. A continuación, dos momentos del artículo. El primero, *Hoja de ruta*, se refiere a la trabazón entre vida y creación de Rosario Castellanos. El segundo, *Entre la distancia y el espejo*, plasma el diálogo mudo entre Castellanos y la configuración del mundo en su obra poética. Su poesía deja las señas de un desplazamiento que no logra la visibilidad dialógica con el hombre.

En *Cartas a Ricardo: desplazamiento de un largo silencio*, abordo el primer cronotopo, el viaje iniciático de Castellanos a España. Se manifiesta la disociación entre la intelectual concientizada y la mujer aún atada a las normas del patriarcado. *Viaje a Israel: distancia y plenitud*, se refiere al segundo cronotopo, en el que se retrata una Castellanos embajadora en Israel, catedrática y mujer deslindada por fin de los dictámenes opresores del patriarcado. A continuación, en *El castigo: desplazamiento de una culpa*, intento aproximarme al enigmático mundo espiritual de la escritora. El apartado que cierra el artículo, *Reflexión final*, compendia el recorrido por los desplazamientos y los viajes de Castellanos e invita a la investigación de su rica textualidad.

Hoja de ruta

El tránsito de Rosario Castellanos entre la distancia y el espejo está enraizado en sus datos biográficos; podemos afirmar que sus señas de identidad conforman un desplazamiento a la alteridad, desde el cual la escritora se cuestiona

acerca de su lugar en el orden social, siendo la iniciadora del discurso reivindicador de género en México.

Hayden White habla de la comprensión como un proceso en el que llegamos a convertir lo extraño en familiar. En su escritura Rosario Castellanos emprende un viaje de exploración inverso, que escenifica lo conocido, lo inmediato - las conductas del día a día de la mujer en su rol sumiso y en su incomodidad - y lo convierte en algo extraño, cuestionable e incierto. Precisamente es así la propia imagen de Rosario Castellanos frente al espejo: un extrañamiento de sí misma. La metonimia de los pequeños momentos - como mujer monologando frente a sí misma o junto al hombre, al que jamás alcanza— se convierte en un ámbito potenciador del dolor y la frustración ante las reglas de un juego que ella no acepta.

Partiendo de la premisa que supone que vida y obra son señas de identidad estrechamente ligadas entre sí, presento a continuación una escueta biografía de la escritora, como encuadre de su cartografía interior.

Rosario Castellanos nació el 23 de mayo de 1925 en la ciudad de México. Perteneció a una familia privilegiada de terratenientes de Comitán, Chiapas, donde creció; fue testigo de las relaciones tensas entre los indios habitantes de la región y su familia. Se trasladó a la ciudad de México donde estudió en la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México), obteniendo la Maestría en Filosofía en 1950 con su tesis *Sobre cultura femenina*, en la que analizó la naturaleza del feminismo que surge de una sociedad patriarcal; advirtió que las heroínas de la resistencia aparecen disfrazadas de fealdad y emulación del hombre por un lado, y por otro como figuras de excepción que no pretenden cambiar el orden social sino alinearse al canon hegemónico sin permitirse “irritar” a los que mandan.

Carlos Monsiváis considera que durante sus primeros años de escritura, Rosario buscaba expresarse con una sensibilidad sincera, alejada de la cursilería y la autoconmiseración. Cito aquí *Al pie de la letra* (1959) y *Poesía no eres tú*, recopilada y publicada más tarde, en 1972.

En 1950 viajó a España como becaria y al volver a su Chiapas natal emprendió su labor reivindicadora de los derechos indígenas. En 1952 escribió su primera obra de teatro, *Tablero de damas*. Fue educadora y promotora social, identificándose con el “otro bando”, el de los marginados y discriminados y no con el que supuestamente le correspondía por nacimiento —el de la clase acomodada—. Desde su narrativa se manifiesta respecto al racismo en San Cristóbal en dos novelas *Balún-Canán* (1957), *Oficio de Tinieblas* (1962) y en un libro de relatos *Ciudad Real* (1960).

Desde 1964 hasta 1966 fue la encargada de Información y Prensa de la UNAM. Por cuestiones de política universitaria debe renunciar al cargo; pasa a dictar clases como académica en México, en los EEUU y finalmente en Israel, donde es nombrada embajadora de su país. La etapa de Israel comprende tres años de intensa vitalidad (1971-1974). Su desempeño como diplomática fue brillante y contribuyó significativamente al diálogo entre ambos países. Los cargos de embajadora y docente en la Universidad Hebrea de Jerusalem le ayudan a ganar otra visión de la inmediatez existencial, expuesta a contextos hostiles como lo son la Guerra de Yom Kippur y la dura convivencia entre judíos y árabes.

En este período de su vida Rosario Castellanos escribe su segunda obra de teatro: *El eterno femenino* (1973). Contribuye semanalmente como corresponsal del Excelsior desde 1971 a 1974. En su ensayo *Mujer que sabe latín* (1973) analiza la obra de escritoras como Virginia Wolf, Doris Lessing, Clarice Lispector y Corín Tellado. Muere el 7 de agosto de 1974 en Tel Aviv -donde residía con su hijo Gabriel- víctima de una descarga eléctrica en su hogar. Esta tragedia truncó prematuramente la vida y la obra de una protagonista de la literatura mexicana y la voz necesaria de una pensadora singular.

Entre la distancia y el espejo

Colombi Nicolía (2006) considera que el viaje “aparece frecuentemente asociado a los géneros íntimos como diarios, memorias y cartas”. Soriano Nieto (2007) se refiere a viajes físicos, de descubrimiento y exploración, inspirados siempre en una atracción hacia el Otro y atribuye al viaje itinerarios diversos: “viajes al imaginario de una comunidad, viajes interiores, viajes físicos en los que existe un desplazamiento del sujeto hacia otro espacio distinto, ajeno”.

¿Dónde se escucha la voz de la hija de Chiapas? Tanto su poesía como su epistolario irrumpen al ámbito privado de la vida femenina. El dato más notorio en el que coinciden todos los estudiosos de Rosario Castellanos es su ironía como prueba de rebelión a través de la palabra. La ironía caracterizó toda su obra y especialmente la última etapa de su escritura. El desplazamiento es un rasgo permanente tanto en su escritura como en su vida, la búsqueda de su lugar y de su rostro en el espejo. Los viajes de Comitán a México y de su patria a Europa, Estados Unidos e Israel le permitieron ganar otra dimensión en su vida pensante y entender mejor la sociedad patriarcal, el conflicto social de Chiapas y las marcas que estos condicionamientos dejaron en su propia concepción de mundo.

Podríamos definir el camino de Rosario Castellanos como un permanente intento de esbozar su autorretrato, de comprender y aceptar su esencia como mujer “que sabe latín”. Su actitud contestataria en lo público –académica, intelectual, promotora social, escritora y ensayista- difiere de su vida personal como mujer conciente de las trabas de su género en los años que le tocó vivir. Rosario Castellanos aspiraba a que las mujeres llegasen a una sinfonía entre la concientización de género como discurso social y la puesta en práctica del empoderamiento en el día a día. Para Castellanos el tema de género está anclado en un océano mayor –el respeto por la alteridad y la justicia social tanto en Chiapas como en todo entorno humano-.

Aksenchuck (2007) vincula el cine con Lacan y con la teoría feminista. Sostiene que el *voyeurismo* y el *fetichismo* son mecanismos para ver al Otro. Rosario Castellanos intenta permanentemente “hacerse ver” desde la mirada del Otro. La mirada inexistente del Otro en la intimidad conyugal y en el juego amoroso es el tema de *Poesía no eres tú* y *Lo cotidiano*. Esta es su quintaesencia poética: ella ve al Otro, el Otro la ve, pero ella no logra verse (o no acepta la imagen que ve de sí misma). En las *Cartas a Ricardo* el lugar de la sujeto que ve al Otro y se ve –pero no es vista por el Otro- le permite ilusionarse, autocriticarse e intentar infinitamente una toma de primer plano para verse, e ir configurándose a través de una mirada narcisista. El sujeto observador nunca llegará a verse desde el “Otro” que lo observa. Rosario Castellanos, conciente de esta imposibilidad, borrona su autoimagen desde la alteridad y nombra a su subjetividad con las letras de la asfixia y el dolor. Su prematura muerte devastó la imagen que comenzaba a vislumbrarse en el espejo. En su poema *Autorretrato* se advierte una acendrada reticencia frente a lo que los demás ven y esperan de ella. La sujeto lírica ensaya su otra forma de ser mujer, pero no logra deslindarse radicalmente de los dictados del entorno social que la rodea. Hay un marcado distanciamiento entre ella y el Otro: “vivo enfrente del Bosque. Pero casi /nunca vuelvo los ojos para mirarlo”. El Bosque en el poema es una provocación a lo sensorial e inconsciente, como opuesto a la opresión de la sociedad en la que Rosario vive: “y nunca atravieso la calle que me separa de él/ y paseo y respiro y acaricio/ la corteza rugosa de los árboles”. Este momento es quizás el único a lo largo del poema en el que la sujeto lírica se permite una comunión sensorial con aquello que hay más allá de sí misma. Esta cercanía se plasma como una declaración carente de ironía, con un efecto de movilidad en el espacio. Por un breve instante la sujeto lírica se desplaza, temerosa de tocar y ser tocada por “lo Otro” desconocido e irracional (“el Bosque”).

En *Autorretrato* el hijo se manifiesta como una amenaza latente: para la sujeto el amor de madre es una precariedad que puede transformarse en algo distinto. “Soy madre de Gabriel: ya usted sabe, ese niño/ que un día se erigirá en juez inapelable/ y que acaso, además, ejerza de verdugo./ Mientras tanto lo amo”. Probablemente estas líneas reflejen su propia condición de hija como jueza implacable de sus padres, que la condenaron al desamor en el seno de la familia (ver a continuación, *El castigo: desplazamiento de la culpa*). Esta condición es trasladada a su hijo: el pasado se desplaza hacia el futuro. Sobre su relación de amistad con otras mujeres manifiesta distanciamiento: “amigas...hmmm...a veces, raras veces/ y en muy pequeñas dosis”. Esta reticencia frente a “las otras” refleja a la sujeto lírica, intentando a lo largo de todo el poema recortarse de los demás. La sujeto lírica parece evadirse también de sí misma: “En general, rehuyo los espejos”; en *Poesía no eres tú*: “las dos cabezas juntas, pero no contemplándose/ para no convertir a nadie en un espejo”. Siempre hay alguien cerca pero abismalmente lejos de ella. Más allá del tono algo humorístico e irónico de sus poemas, es propio indagar sobre la imagen de sí misma que nos entrega Castellanos. En *Autorretrato* dice: “Soy más o menos fea. Eso depende mucho/ de la mano que aplica el maquillaje”. Vale preguntarse: ¿Quién está detrás de esa mano que aplica el maquillaje? ¿La sujeto lírica? ¿Alguien oculto que la dibuja y la borra a su antojo?

Russotto (2000) plantea el tipo de identidad que persiguen las mujeres poetas latinoamericanas en sus autorretratos. Rosario Castellanos tuvo el coraje de dibujarse a sí misma como la mujer que es y no tal como se esperaba de ella; en *Autorretrato* declara: “Sé que es obligatorio escuchar música/ pero la eludo con frecuencia. Sé/ que es bueno ver pintura/ pero no voy jamás a las exposiciones”. Hay una cadencia iterativa de rechazo a participar de la mascarada que protagoniza la mujer burguesa sometida a los roles de género impuestos por la sociedad. En este desdibujarse, en la reformulación y desplazamiento permanentes, Russotto advierte rasgos culturales del mundo actual, presentes en la poesía de mujeres latinoamericanas. Adorno (1962) considera que “la formación lírica es siempre al mismo tiempo expresión subjetiva de un antagonismo social”. La poesía de Rosario Castellanos es un vibrante ejemplo de esta correlación.

Comentando a Baudrillard, Vásquez Rocca (2008) sostiene que: “somos para Otros y no sólo por la teatralidad propia de la vida social, sino porque la mirada del Otro nos constituye, en ella y por ella nos reconocemos.” Asumiendo el carácter inevitable de nuestra soledad existencial, Vásquez Rocca concibe el

espejo como espacio para una imagen de la que somos sólo una pieza, un fragmento. Rosario Castellanos entiende su escritura como el espacio simbólico (en el sentido lacaniano) de un álbum de fotos donde ve escenarios, gestos y actores, pero su mirada nunca es correspondida.

En *Poesía no eres tú* —diálogo intertextual con la célebre Rima de Bécquer— se manifiesta el deseo incumplido y la afirmación cortante: “porque si tú existieras,/ tendría que existir yo también/ y eso es mentira”. La pareja se reduce a procrear un hijo y la cercanía física no implica la posibilidad de verse el uno al Otro o en el Otro: “las dos cabezas juntas pero no contemplándose/(para no convertir a nadie en un espejo)/ sino mirando frente a sí, hacia el Otro”. Hay cierta vacilación: por una parte la sujeto lírica aspira al diálogo buberiano de “yo y tú” y la reivindicación de la voz gracias a la posibilidad de ser escuchado; por otra parte, el Otro se configura como una presencia ambigua en el poema: “mirando frente a sí, hacia el Otro...el Otro...nudo en el que se anuda lo que se había roto...reclama el oído del que escucha”. El poema alude a la suma de dos soledades. En *Lo cotidiano* Castellanos no concibe el amor como una permanencia vibrante: “para el amor no hay cielo, amor, sólo este día;/ este cabello triste que se cae/ cuando te estás peinando ante el espejo...el encuentro es a oscuras. En el beso se mezcla/ el sabor de las lágrimas./ Y en el abrazo ciñes/ el recuerdo de aquella orfandad, aquella muerte”. Se trata de un fatalismo donde todo está perdido desde siempre menos la muerte y el miedo.

El poema *Destino* concuerda con *Lo cotidiano* en su temple disfórico: “Matamos lo que amamos. Lo demás/ no ha estado vivo nunca”. ¿Cómo condice este temple con el de *Autorretrato*? ¿Cómo congenia el espíritu luchador y comunicativo de Rosario Castellanos, la promotora de cambio social y conciencia de género con la otra voz, de desaliento y desasosiego, que es la piedra basal de su obra poética?

Su permanente insatisfacción y su necesidad de volver una y otra vez a decirse/ nos quién es, por qué es como es y por qué hace lo que hace se manifiestan en los poemas *Autorretrato* y *Valium*. Su irónico diálogo en *Poesía no eres tú* magnifica la voz de Sor Juana frente a los “hombres necios que acusáis” y a la doliente Alfonsina en *Un día*. Castellanos vacila entre dos voces. Por una parte habla una mujer a la sombra del juego hegemónico, relegada al sacrificio y a la inferioridad, nunca gozosa, nunca libre, nunca plena. Por otra —y especialmente

en su creación poética- se deja oír la voz de la mujer que ve al hombre como un ser limitado, incapaz de comprender ni de sensibilizarse frente a los demás. Se percibe la victimización de la sujeto lírica en la relación amorosa, en la que no hay simetría ni complicidad entre los géneros. Esta disonancia entre la voz pública y la intimidad de su dolor existencial plasman en Castellanos a una figura compleja de tajante sinceridad.

Cartas a Ricardo: desplazamiento de un largo silencio

Las setenta y siete *Cartas a Ricardo* que le escribió Rosario Castellanos a Ricardo Guerra fueron recopiladas por orden cronológico. Se agrupan en dos momentos distintos: de 1950 a 1951 y de 1966 a 1967. Entre 1950 y 1951 hubo entre ambos una relación de amor a la distancia; durante el segundo período de las *Cartas* ya eran marido y mujer. Luongo Morales (2000) señala que en ellas el lector halla una sujeto contradictoria que no logra superar los dictámenes de la sociedad opresora de su tiempo. El diálogo de Rosario con el sexo opuesto es asincrónico, y la escritura epistolar es un refugio idóneo para esta modalidad de comunicación. Es una forma de justificar el silencio, la postergación de un encuentro y la ausencia del Otro. Luongo Morales considera que ambas etapas del epistolario –la primera a los 25 y 26 años de Rosario, la segunda a los 41 y 42 años- son un viaje, “un tránsito interno, que está íntimamente ligado con los desplazamientos territoriales/ geográficos que lleva a cabo”. Luongo Morales considera que en el caso de Castellanos el destinatario es el remitente y que “en la primera etapa, de 1950 a 1951 la comunicación interpersonal pueda ser un pretexto para elaborar una producción cuya intención última sea verse a sí misma”. En esta época la autora se aleja geográficamente –viaja becada a España- y a la vez prefiere postergar una relación “real” con Ricardo. Se conforma con escribirle sin obtener respuesta. Se disculpa ante Ricardo por su verborragia, se coloca en una posición asimétrica; acepta y más aún, ofrece reglas de un juego en el que entrega su amor a alguien del que no espera respuesta, reacción ni presencia. Castellanos tiene plena conciencia de la naturaleza monológica de su epistolario, pero éste es otro medio textual que le permite autofigurarse y definirse. Kristeva (1987) explica la esencia de una relación amorosa: el amor es fuente de placer, vive entre el idealismo y el narcisismo. Ambos son ecos de una irremediable soledad.

Ricardo Guerra no deja su marca en las cartas de Rosario. Lo que predomina es el rol que ella desempeña frente a él: la virgen que se brinda por com-

pleto al ser amado pero prefiere la dilación al encuentro real. Castellanos expresa repetidamente su dilema entre la mujer que busca realizarse plenamente como ser humano y su aceptación del vínculo matrimonial – que concibe como polos opuestos y excluyentes-. Al matrimonio llegará “blanca y pura”, distinguiéndose su actitud de la de Alfonsina, que se aventuró a amar de otra manera, arrastrando la cruz del desamor y la soledad como resultado atroz.

El epistolario de los enamorados en *Los convidados de agosto*, de Castellanos, responde a una fórmula de conducta social; no hay en las cartas de Oscar pasión o comunión verdadera. A diferencia de éstas, las que escribiera Rosario Castellanos a Ricardo son un intento subversivo y transgresor de las normas del género epistolar; Rosario “lo dice todo” sin atender a cánones que frenen el caudal de su impetuosa voz interior.

Luongo Morales ve un ejercicio de “modelado autobiográfico” en la escritura de Rosario Castellanos. Esta aproximación se repite en *Lección de cocina*, cuya diégesis representa el ámbito conyugal desencajado y dispar que caracterizó los trece años de su matrimonio con Ricardo Guerra.

A continuación recojo algunos primeros planos de mi lectura de las *Cartas a Ricardo* en su primera etapa. Esta lectura descubre muchas afinidades con la caracterización de los escritos de mujeres viajeras de Araújo (2008).

Según Araújo, la retórica de la minusvalía es un rasgo esencial de esta escritura, que se corrobora en las *Cartas* y tiene eco en la apologética redundante:

Niño Guerra, le quería yo decir [...] que lo amo, que lo espero, que me desespera mucho que usted no escriba, que sufro por eso, pero que usted no se preocupe; yo soy suya y puede hacer conmigo lo que quiera [...] en cuanto me pone una letra ya estoy toda feliz y aunque pasen meses de silencio yo me siento [...] segura de mi amor.²

Otro rasgo característico de la escritura de viajes de mujeres es el afán de organizar el relato y de ser precisa y correcta:

Pero no es una reseña de mis fluctuantes estados de salud la que voy a enviarle, sino una respuesta a dos cartas suyas que recibí ayer y que principio por agradecer (106).

2 Castellanos, *Cartas a Ricardo*, 1996, pág. 154.

En las Cartas hay un marcado deseo de complacer al lector, autocriticándose:

La última carta que le escribí era horrible. Generalmente las escribo mejor....Perdóneme. De hoy en adelante me portaré mejor (99).

Rosario es capaz de una metacognición en su condición de escritora y también de viajera. En las siguientes líneas hay una clara referencia al *hábitus* de género de Bourdieu (2000) y a la asfixia que le provoca cumplir expectativas de la sociedad en la que vive. Asimismo, este texto condensa el sentido del desplazamiento, aquello que inspira a la mujer que ansía despojarse de las cadenas del patriarcado. Coincido con Soriano Nieto (2007) en que la alteridad atrae como salvación, como escape frente al rechazo sufrido en la propia sociedad. Este aspecto es fundamental en los periplos de Castellanos, como ella misma lo reconoce a continuación:

Yo creo que ahora ya nunca sabré estar quieto en mi casa [...] analizando esto me doy cuenta de que lo que busco [...] no es tanto aprender cosas ni mirar gentes ni paisajes nuevos sino olvidar que existo. Cuando te estableces en un sitio determinado las personas que te rodean empiezan a formarse una idea de ti, una idea que probablemente es acertada pero que no compartimos porque nos disminuye, y según nuestra propia idea, nos equivoca. Y andando el tiempo, empiezas a portarte no como eres o como crees que eres, sino como la gente te concibe. Y es horrible. En cambio cuando viajas permaneces tan poco tiempo en un lugar que no es posible que ese proceso de cristalización, de parálisis que los demás te imponen se cumpla. Y vives libremente, fluyes sólo bajo tus ojos, que comprenden las razones secretas de tus actos [...] Y además tus ojos no están vueltos hacia ti sino hacia lo de afuera, de lo que no huyes porque jamás te ha lastimado...(100).

En el caso de las *Cartas a Ricardo*, el relato plasma un diálogo intertextual entre la autora y el mundo exterior. Este diálogo es el aprendizaje de la alteridad en el viaje- conocer el extranjero es conocernos mejor-.

Yo tenía el prejuicio de que la cursilería era patrimonio de Hispanoamérica y este prejuicio se me ha acrecentado, pero con la salvedad de que ahora conozco su origen y ese origen está evidentemente en España (106).

Asimismo, en las *Cartas* se lee la intratextualidad de la mujer que se ve y se se desdibuja infinitamente:

Yo siempre había sido muy celosa de mi independencia, de mis convicciones y hasta de mis opiniones. Pero cuando estábamos juntos, era una cosa que me daba risa ver cómo, de pronto, toda mi independencia, mis convicciones y mucho más, mis opiniones, se evaporaban...No me gusta hacer el ridículo. Por eso no discuto con usted. Y como además usted manda... ni hablar (136).

Cabe preguntar ¿es éste un prolongado soliloquio? ¿Hay en estas epístolas un verdadero ánimo de diálogo?

En mis peores momentos soy así: teatral, pero del mal teatro, de ese que tiende a tango. Y en mis mejores...pues realmente no hay mejores momentos (119).

La respuesta es ambigua. En algunos casos el “yo” es reemplazado por un “nosotros” en el que Rosario Castellanos busca quizás una representación plural, o bien por su identidad de mexicana:

A veces nos entra tal nostalgia de México que vamos al cine a ver películas ¡de Jorge Negrete! El colmo (101).

o bien como un “tú y yo” que le sirve como ilusión de cercanía al amado ausente y silencioso:

No se imagina cómo me gustaría que estuviéramos juntos y que platicáramos con la confianza de siempre...(101).

En el texto de las *Cartas* se advierte “una mujer altamente inteligente, aunque su forma de amar pueda calificarse como patológica, por su carácter alienante; sin embargo Rosario tenía otra obsesión: convertirse en escritora, y lo consiguió.” (Tapia, 2006).

La expresa voluntad de Rosario de que el epistolario se publicase después de su muerte indica un deseo de hacer público lo privado y constituye un hito en el trayecto literario de la autora, que comparte con los lectores la transparencia de sus tribulaciones.

Viaje a Israel: distancia y plenitud

Rosario Castellanos fue embajadora de México en Israel de 1971 a 1974. La carrera diplomática exige distanciamiento, apertura y aprendizaje de la alte-

ridad. En el caso de Rosario, la ventana desde el Medio Oriente le mostró otra fisonomía suya, más jovial, siempre comunicativa.

El embajador Miguel Marín Bosch realizó dos reportajes en radio UNAM como homenaje a la destacada escritora y diplomática mexicana. El primero, el 6 de junio de 2006 a Gabriel Guerra Castellanos, su hijo. El segundo el 13 de junio de 2006 al escritor Carlos Monsiváis. En esa ocasión Gabriel observa que la vida de su madre en Israel estuvo siempre estructurada; siempre fue disciplinada y se dedicó a la escritura como tarea cotidiana que requiere espacio físico y mental. La experiencia chiapaneca determinó su visión de mundo, testigo de la desigualdad conjugada en la mujer indígena como máximo exponente de la más cruda realidad social.

Gabriel recuerda el júbilo que le causó a su madre el nombramiento de embajadora en Israel – por representar a México en el exterior como así también por llegar a conocer de cerca un país que en los años 70 marcaba el resurgir de un pueblo golpeado por el Holocausto y la Segunda Guerra Mundial. En esos días Israel, el único proyecto democrático en el Medio Oriente, estaba abocado a la ardua empresa de integrar diversas culturas en su seno. Asimismo la figura emblemática de Golda Meir, primera ministra mujer, despertó su interés.

En el reportaje antedicho, Carlos Monsiváis dibuja una semblanza de Rosario Castellanos como conocedora de las limitaciones en las que le tocó vivir en la sociedad mexicana de su época. La posición de diplomática y académica le permitió una apertura y un afán de diálogo, escasos en la voz de otros representantes extranjeros; los artículos que escribió desde Israel para el periódico *El Excelsior* de 1971 a 1974 fueron un canal a través del cual los lectores mexicanos pudieron conocer una realidad lejana, narrada por la brillante voz de una mujer que supo escuchar y aprender de otras culturas. Los artículos trataban sobre su vida cotidiana en Israel. Debido a su cargo diplomático evitó los temas políticos en sus notas para el periódico, pero en las cartas que escribió a la cancillería se advierte su lúcida percepción del medio israelí en el que se desempeñó con éxito. Su aporte fue valiosísimo en la historia de las relaciones entre México e Israel.

En opinión de Monsiváis el viaje a Israel produjo un cambio en el posicionamiento de Castellanos frente a la sociedad machista: ya no era la mujer a la sombra de los caprichos del hombre sino que se sentía superior, triunfante, plena, permitiéndose una mayor libertad temática en la escritura. Cabe recordar que en este período se divorció de Ricardo Guerra.

Nahum Megged – catedrático jerosolimitano- atribuye dones mágicos a la Ciudad Santa. Sostiene que la escritora se identificó profundamente con el dolor del pueblo judío y en Israel se sintió feliz y aliviada de la pesadumbre que la acompañó toda su vida. Aquí aprendió a reírse, tomando distancia de sí misma. Carlos Monsiváis, Nahum Megged y Gabriel Guerra Castellanos concuerdan en que fue ésta la etapa más dichosa en la vida de Rosario Castellanos.

Según Said, todo desplazamiento de un viajero a Oriente conlleva una ideología, que predetermina el significado del mundo a descubrir. Si se trata de los europeos colonialistas la postura será paternalista, y aplaudirá el supuesto exotismo del Oriente. Sin embargo, Rosario Castellanos en Israel, en su condición de mujer y de mexicana, no responde al paradigma del colonialista que formula Said. Testimonio de esta postura *sui generis* son sus artículos como corresponsal del Excelsior escritos desde Tierra Santa: en ellos habla de la multiculturalidad en el seno de la sociedad israelí, de la supervivencia en un estado de guerra permanente, y la admiración por la nueva sociedad. En su corresponsalía, Castellanos deconstruyó con valentía la dicotomía entre lo público y lo privado. Luongo ve osadía y trasgresión en las notas para el Excelsior, en las que escenifica su intimidad y una necesidad irreverente de desmitificar su figura pública. Castellanos logró hacer visible su voz singular, causando incomodidad, estupefacción o risa en los receptores de su texto. Su actitud irónica y desapegada le permitió desplazarse hacia un lugar peculiar en la escena mediática, donde pudo desnudarse y hacer escuchar su voz femenina (Luongo). Esto constituye un importante logro como feminista comprometida.

El castigo : desplazamiento de una culpa

A pesar de la plenitud que vivió Rosario Castellanos durante su misión diplomática en Israel, su marcha hacia la paz interior nunca se detuvo.

Megged ve en el amor sacrificado y doliente de Castellanos eco de mitos ancestrales de su tierra. El martirologio es potestad femenina desde tiempos inmemoriales. En *Declaraciones de fe* Rosario Castellanos analiza esta condición de sufrimiento e inferioridad que le tocó ocupar a la mujer desde los orígenes de la cultura maya. En su libro *The Birth of Pleasure*, Gilligan (2002) se adentró en esta premisa del patriarcado universal, que impone a los grandes amores el sufrimiento.

to y la tragedia; lo explica como mecanismo destinado a reprimir la voz potente y gozosa de la mujer.

En una entrevista ofrecida por Nahum Megged en el Ente de Radiodifusión Israelí en 1973, Rosario Castellanos confesó: "Me rebelo contra toda esta expresión que anula al individuo para plegarse ante fuerzas supuestamente superiores. Mi lógica se rebela contra esta pérdida de libertad mas... la magia existe." Asimismo reconoció haber sido educada en una dualidad asfixiante: por un lado el matrimonio y los hijos son fuentes de dolor permanente y por otro, el estadio superior de la mujer es ser esposa y madre. Una lectura exhaustiva de estas raíces culturales las liga necesariamente a la actitud sumisa y sacrificada frente al hombre (véanse las *Cartas a Ricardo*).

Rosario Castellanos arrastró durante toda la vida una culpa que la acució desde la infancia. Cuando ella tenía ocho años y Mario- su hermano menor- siete, una adivina le reveló a su madre que uno de sus dos hijos moriría pronto, a lo que ésta aterrada respondió a gritos: "¡Pero no el varón!" Rosario la escuchó y le pidió a Dios que se lo llevase a Mario y la salvase a ella; así ocurrió: al poco tiempo su hermano menor moría de una apendicitis mal tratada. La culpa y el terror a lo que vendrá la persiguieron durante el resto de su vida. La muerte de su hermano la hizo sentirse víctima del desamor especialmente por parte de su madre, que había elegido a Mario para la vida y a ella como sacrificio a la ira divina. Si bien la escritora era apegada a la religión católica y a la meditación, el Dios mágico poseía el poder del castigo y podía dominar su mente.

Octavio Paz afirma en *El laberinto de la soledad* que "entre los antiguos mexicanos el hombre alimentaba con su muerte la voracidad de la vida, siempre insatisfecha... para los aztecas el sacrificio no entrañaba la salvación ultraterrena sino la salud cósmica". Conociendo este aspecto de las raíces culturales de la escritora podemos trazar un eje temporal en el que el pasado seguirá inexorablemente hasta un futuro en el que ninguna culpa se olvida y el castigo divino siempre llega.

Megged señala la vacilación de Rosario Castellanos entre la aceptación y el rechazo de Dios; entre la ironía y el terror a la muerte. Ateniéndonos a estas sombras que acorralaban su alma, podemos intuir por qué Rosario temía que su estancia tan placentera en Israel se cortara abruptamente con algún golpe del destino.

Reflexión final

Este ensayo ha recorrido el camino entre dos cronotopos que marcan a Rosario Castellanos en la textualidad de su biografía y su escritura: su primer largo viaje, a Europa, como joven becaria y el último viaje, a Israel, como embajadora. Asimismo esos dos momentos se han contextualizado, en una breve lectura de sus coordenadas vitales y su mundo espiritual. La violencia simbólica a la que fue sometida (Bourdieu) explica la disociación entre los ideales de reivindicación social que defendió y las estrechas paredes de la sumisión que la encarcelaron invisiblemente durante su vida. Las *Cartas a Ricardo* sitúan a la escritora como una mujer rendida a la voluntad del ser amado, ansiosa de borrar sus propios sueños y confundirse con la existencia contundente del hombre. En el segundo cronotopo, en Israel, epílogo de su camino terrestre, Rosario Castellanos se siente mucho más libre bajo su piel; ya divorciada, acepta su condición de mujer sola e irrumpe en su escritura periodística hacia el espacio público desnudando su alma, envuelta en una ironía hiperbólica que la protege de la verdad que denuncia.

El caso de Rosario Castellanos confirma los postulados de la escritura de mujeres viajeras. En palabras de Araújo, se destaca la retórica de minusvalía de género, tal como se refleja en el discurso apologético frente al hombre amado en la primera etapa de las *Cartas a Ricardo*. Se advierte una avidez por ser rigurosa a fin de ser aceptada por el discurso hegemónico -precisa en sus descripciones, conciente del armazón de su relato frente al lector-. En sus últimos años de vida, Castellanos logra trascender el ámbito privado intrapersonal de la mujer y ocupar el espacio público. Ya no desde un discurso apologético sino en un *streak-tease* (Luongo, 2005) irreverente, que marca el largo camino de la invisibilidad a la visibilidad, obligando a los lectores al estupor y al diálogo con el texto. La voluntad de Castellanos- de publicar póstumamente sus *Cartas a Ricardo*- responde a su ánimo de revelar el enigma de su soledad. En las notas periodísticas escritas en Israel, Castellanos aborda su diálogo con el judaísmo y el dolor del pueblo judío, coronados por la fundación de un Estado pujante. La escritora ve semejanzas entre las penurias sufridas por el pueblo judío y el mexicano. Castellanos consideraba al Estado de Israel como el admirable proyecto de un pueblo que se eleva desde las cenizas del holocausto y renace.

Los cronotopos a los que se refiere este ensayo y los constructos textuales de ambos -las *Cartas* y los artículos periodísticos escritos en Israel- son dignos de un futuro análisis discursivo profundo. Rosario Castellanos, en su autenticidad

y clarividencia, nos invita a una lectura renovadora del discurso de género. El periplo recién se ha iniciado.

Bibliografía

ADORNO, Th. *Discurso sobre lírica y sociedad*. Notas de Literatura. Barcelona: Ariel, 1962.

AKSENCHUK, Rosa. “Esquizia de la Mirada y pulsión escópica en Lacan”. *Revista Observaciones Filosóficas*, 5, 2007. <http://www.observacionesfilosoficas.net/ezquiziadelamirada.html>

ARAÚJO, Nara. “Verdad, poder y saber: escritura de viajes femenina”. *Revista de Estudios Femeninos*, 16 (3) Sept/Dec 2008. <http://www.Revista estudios feministas-Truth, power, and knowledge female travel writings.mht>

BAJTIN, MIJAIL. “Forms of Time and of the Chronotope in the Novel. Notes towards a Historical Poetics”. *The Dialogical Imagination. Four Essays by M. M. Bakhtin*, Austin: University of Texas Press, 1981, pp. 84-258.

BÉCQUER, Gustavo A. *Poesía y prosa*. Madrid: EDAF, 1970.

BOURDIEU, Pierre. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2000.

BUBER, Martin. *Yo y tú*. Buenos Aires: Lilmod, 2006.

BUGANZA, Jacob. “La Alteridad o Alteridad en el Descubrimiento de América y la Vigencia de la Utopía Lascasiana”. *Razón y Palabra*, 54, enero de 2007. <http://www.ccm.itesm.mx/dacs/publicaciones/logos/anteriores/n54/jbuganza.html>

CASTELLANOS, Rosario. *Cartas a Ricardo*. México: CONACULTA, 1996.

CASTELLANOS, Rosario. *Declaración de fe*. México: Alfaguara, 1997.

CASTELLANOS, Rosario. *Poesía no eres tú*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.

CASTELLANOS, Rosario. *Obras reunidas II*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.

CASTELLANOS, Rosario. *Mujer de palabras I*. Compilación de Andrea Reyes. México: Conaculta, 2003.

CASTELLANOS, Rosario. *Mujer de palabras II*. Compilación de Andrea Reyes. México: Conaculta, 2005.

CERTEAU, Michel de. *La invención de lo cotidiano, I*, Arte de hacer. México: Universidad Iberoamericana, 1996, p. 132.

COLOMBI NICOLIA, Beatriz. “El viaje y su relato”. *Latinoamérica*, 43, 2006. <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/640/64004302.pdf>

DERRIDA, Jacques. *La hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones de La Flor, 2006.

Destaca Poniatowska labor de Castellanos. El Universal, 21 de Julio de 2008. <http://www.newstin.com.mx/rel/mx/es-010-001401952>

GILLIGAN, Carol. *The Birth of Pleasure*. Nueva York: Vintage, 2003.

HAMON, Philippe, *Introducción al análisis de lo descriptivo*. Buenos Aires: Edicial, 1991.

KRISTEVA, Julia. *Historias de amor*. México: Siglo XX Editores, 1987, pp. 5-6.

LACAN, Jacques. *Seminario 11*, Los cuatro conceptos radicales del psicoanálisis, 1987, p. 202. Las relaciones internacionales de México. Programa 647. 6 de junio de 2006. Miguel Marín Bosch, “Homenaje a Rosario Castellanos”. <http://portal.sre.gob.mx/boletinimr/popups/articleswindow.php?id=2430>

Las relaciones internacionales de México. Programa 648. 13 de junio de 2006. Miguel Marín Bosch, “Homenaje a Rosario Castellanos”. <http://portal.sre.gob.mx/boletinimr/popups/articleswindow.php?id=2431>

LUONGO MORALES, Gilda. “Rosario Castellanos: del rostro al espejo/ de la voz a la letra/ del cuerpo a la escritura. Cartas a Ricardo: el amor hecho palabra”. *Cyber Humanitatis*, 13, verano 2000. <http://www2.cyberhumanitatis.uchile.cl/13/tx13.html>

LUONGO MORALES, Gilda. “Lección de cocina de Rosario Castellanos: lo crudo y lo cocido en el ejercicio familiar/extraño del devenir sujeto femenino”. *Cyber Humanitatis*, 17, verano 2001. <http://www2.cyberhumanitatis.uchile.cl/17/tx2.html>

LUONGO MORALES, Gilda. “Contrapunto para cuatro voces: emergencias privadas/ urgencias públicas en la escritura de mujeres”. *Revista Signos*, 38 (57), 2005, pp.111-122. http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-09342005000100009&script=sci_arttext

MARTINS, Juan. “Sylvia Plath (para una dramática de la modernidad)”. *Adamar*, 4, primavera 2001. http://www.adamar.org/olddesign/num4/pag44_23.htm

MEGGED, Nahum. *Rosario Castellanos, un largo camino a la ironía*. México: El Colegio de México, 1984.

MONSIVÁIS, Carlos. *Escritores en la diplomacia mexicana III*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 2000, pp. 319-337.

PAZ, Octavio. *El laberinto de la soledad*. Nueva York: Penguin, 1997.

RUSSOTTO, Márgara. “El arte del retrato en la poesía femenina latinoamericana”. *Akade-mos*, vol.II, n. 1, 2000, pp. 33-43. <http://www.umass.edu/spanport/russotto.html>

SAID, Edward. *Orientalism*. Nueva York: Pantheon, 1978.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ. *Poemas*. Madrid: Torremozas, 1995, pp. 44-46.

SORIANO NIETO, Nieves. “Escrito de viajes y creación de la alteridad”. *Revista Observaciones Filosóficas*, 4, 2007. <http://www.observacionesfilosoficas.net/conceptosfilosoficos.html>

STORNI, Alfonsina. *Langüedez*. Madrid: Torremozas, 1996. pp. 29-30.

TAPIA ARIZMENDI, Margarita. “Rosario Castellanos: ser por la palabra”. *Humanismo mexicano del siglo XX*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 2004, Tomo I, pp.157-169. <http://www.ensayistas.org/critica/generales/C-H/mexico/castellanos.htm>

VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo. “Baudrillard; alteridad, seducción y simulacro”. *Antropos-moderno*, febrero- junio 2008. http://www.antroposmoderno.com/antro-version-imprimir.php?id_articulo=884

VERGARA, Gloria. “Mujer de palabras. Las contradicciones identitarias en la visión poética de Rosario Castellanos”. <http://international-journal-of-axiology.net/articole/nr7/art15.pdf>

WHITE, Hayden. *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona: Paidós, 2003.

MARÍA ENRIQUETA CAMARILLO DE PEREYRA: ESCRITORA, MAESTRA Y VIAJERA

Marina Martínez Andrade
Universidad Autónoma Metropolitana. México

Si los mexicanos de ahora se desplazan por todos los lugares del mundo, en la segunda mitad del siglo XIX todavía gozaban fama de sedentarios; pocos eran entonces los osados que se atrevían a cruzar los mares y menos aún los que escribían el relato de su odisea. Al respecto, Ignacio M. Altamirano en su famoso prólogo al *Viaje a Oriente*, de Luis Malanco, escrito en 1882, expresa:

Los mexicanos viajan poco, y los que viajan no escriben, ni publican sus impresiones o sus recuerdos. Esta es una verdad tan notoria en México, que no necesita demostrarse.

Hace algunos días, un periódico observaba que mientras las otras repúblicas americanas del sur enviaban un numeroso contingente de viajeros a Europa, México no tenía allí, por lo regular, sino escasísimos representantes de su población, y eso en París solamente.¹

El gusto por viajar se despierta en México, a medida que avanza el siglo y los medios de transportación aumentan su velocidad, sin llegar a constituir una moda o una manía, porque, comenta el autor de *Clemencia*:

Si es cierto que el movimiento ha progresado con el establecimiento de las líneas de vapores en el Golfo de México, también lo es, que las largas distancias a Europa, y lo caro de los pasajes, y lo poco numeroso de las personas acomodadas, juntamente con la repugnancia por alejarse de la tierra nativa, han hecho que los viajeros mexicanos sean aves raras en otros países.²

1 Altamirano, *La literatura nacional: revistas, ensayos, biografías y prólogos*. 1949, págs. 109-110.

2 Altamirano. p. 113.

En cuanto a las mujeres mexicanas, algunas, muy pocas en realidad, viajaron a Europa y escribieron sobre tan gran acontecimiento. Generalmente pertenecían a las capas privilegiadas de la sociedad y pudieron realizar su periplo, acompañando a maridos o familiares en el desempeño de sus actividades de carácter político, diplomático, cultural o, simplemente, en busca de salud o de placer. Dada su situación de clase, casi todas ellas conservan en sus discursos la sustancia de los sistemas dominantes.

Tal es el caso de María Enriqueta Camarillo y Roa Bárcena de Pereyra (1872-1968), escritora, pianista, compositora musical, traductora, periodista y maestra de muchas generaciones de niños mexicanos que aprendieron a leer en su serie de libros titulada *Rosas de la infancia*. María Enriqueta -nombre con que simplemente gustaba firmar sus libros- ha sido considerada como la primera escritora profesional mexicana dedicada por entero a producir obra literaria, incluyendo novelas;³ la única poeta modernista latinoamericana de alguna significación antes de Juana de Ibarborou y Alfonsina Storni,⁴ y una de las precursoras de la Generación de 1954, caracterizada por una mayor participación de las mujeres mexicanas en las actividades de los distintos círculos literarios.⁵

Una señorita porfiriana

El surgimiento de la autoría femenina en México fue favorecido por una compleja red de factores sociales, políticos y culturales que, tejida a lo largo del siglo XIX, emerge en el porfiriato. En esa época el hogar seguía siendo espacio privilegiado de la responsabilidad femenina, destinado al cuidado y educación de los hijos; pero la fórmula “orden y progreso”, con la que don Porfirio gobernó con mano férrea de 1876 a 1911, propició el desarrollo económico aunque asimétrico del país y, con ello, el acceso de algunas mujeres al mundo del trabajo: las pobres como costureras, obreras, dependientas o cigarreras; las de la “clase ilustrada” como pioneras en el mundo del periodismo, el arte y la ciencia, todas subordinadas siempre a la autoridad de los hombres.

La sociedad porfiriana se pensó a sí misma como progresista, y en esta as-

3 García Barragán Guadalupe, “Primeras narradoras de México y otros países hispanoamericanos”. <http://www.argos.cucsh.udg.mx/17ene-mar01/17egarcia.html>.

4 Pacheco, *Antología del modernismo. 1884-1921*. t. 2. 1970, p. 98.

5 Dauster, *The Double Strand. Five Contemporary Mexican Poets*. 1987, p. 27.

piración incluyó a las mujeres, sólo a condición de que combinaran modernidad y tradición; es decir, podían sumarse al cambio, siempre y cuando no abandonaran el ejercicio de las tareas y el cultivo de las virtudes específicamente femeninas asignadas para ellas dentro del patriarcado. La labor de María Enriqueta fue fundacional porque abrió brecha, no sólo para ella sino para las futuras mujeres mexicanas, en el campo del arte y de las letras, rompiendo –aun en contra de su voluntad– los estereotipos femeninos de la sociedad decimonónica.

La niña pueblerina llegada a la ciudad de México en 1879, con gracia y soltura fue conquistando un espacio público; transformándose en una señorita de la burguesía porfiriana: “moderna”, capaz de vivir de su trabajo, punto de atracción en los círculos sociales y literarios por su porte aristocrático y sus habilidades artísticas. Contradictoriamente, en sus poemas y relatos, la representación de “lo femenino” conserva las características de dependencia, sumisión y sacrificio propias de una imagen tradicional de la mujer, introyectada por el marianismo imperante en la educación femenina, desde la colonia hasta las primeras décadas del siglo XX.⁶

La vasta obra literaria de María Enriqueta se nutre de las vertientes de la poesía, el cuento, la novela, el ensayo, el relato de viajes y la autobiografía, las dos últimas confluyen en el presente trabajo, puesto que viajes y autobiografía siempre van de la mano. Escribe sus textos todavía con una buena carga de romanticismo: la naturaleza, el terruño, el amor, los recuerdos de infancia, la muerte; pero el tratamiento de dichos temas, su ritmo, y refinada elegancia preludian el modernismo.

Su recorrido por el mundo

Inició su recorrido por el mundo al lado de su marido Carlos Pereyra (1871-1942) con quien se casó en Monterrey, N. L., el 7 de mayo de 1898. Éste pertenecía al círculo de “Los científicos” situados en torno a Porfirio Díaz. Era periodista, jurisconsulto y erudito historiador, especializado en temas hispánicos. Trabajó al lado de Justo Sierra en el libro *Juárez. Su obra y su tiempo*, y con Genaro

6 El marianismo define el papel ideal de la mujer tomando como modelo de perfección a la virgen María. De este modo, se concibe a la mujer como un ser sacrificado, sumiso y casto, cuya misión es dar todo sin recibir nada a cambio, viviendo tanto literal como metafóricamente a la sombra del hombre (padre, marido, hijo) y de la familia.

García en *Documentos Inéditos o muy raros para la historia de México*.

El nuevo matrimonio, instalado en la capital del país, desenvolvió una vida identificada plenamente en vocación, costumbres e ideales; relación, que más que en pasión, se resolvería en solidaria amistad “muy en la concepción rilkeana del amor como ‘unión de soledades’”.⁷ Los Pereyra pronto se convirtieron en centro de atención de la sociedad porfiriana. En su casa celebraban famosas tertulias literarias a las que acudían intelectuales de la época: Rubén Valenti, Luis Castillo Ledón, Ricardo Gómez Robelo, Balbino Dávalos, Victoriano Salado Álvarez; se leían versos, se charlaba, se reía, y la en aquella sazón joven y linda María Enriqueta servía el té.⁸

Entre las últimas distinciones que le concedieron en el México porfirista se encuentra la invitación que en 1909 recibieron ella y la destacada pianista Alba Herrera y Ogazón para formar parte del prestigioso y casi exclusivamente masculino Ateneo de la Juventud. Mas su pertenencia a este grupo fue sólo honorífica porque, en febrero de 1910, Pereyra dio principio a su carrera diplomática y ella lo siguió cual fiel compañera. Viajaron a La Habana donde Carlos se desempeñó como Primer Secretario de la Legación Mexicana y ahí celebraron con una gran fiesta el Centenario de la Independencia de México. Fue breve el tiempo que permanecieron en tierras cubanas, pues en noviembre de 1910, al extenderse el movimiento revolucionario por todo el país, retornaron a México con el fin de que Pereyra ocupara durante dos meses una curul de diputado federal.

En enero de 1911, estando todavía en el poder Porfirio Díaz, los Pereyra se dirigieron a Washington, en donde Carlos había sido designado Primer Secretario de la Embajada Mexicana, pero volvieron a México poco después del derrocamiento del dictador, sucedido en mayo del mismo año. Todavía, en el año de 1912, la joven escritora se dio tiempo para producir una serie de libros de lectura para niños de las escuelas primarias, que le encargó la casa Bouret de México. De esta forma surgieron los cinco tomos de *Rosas de la infancia*, publicados en Francia en 1914, que durante casi cuatro décadas (1914 a 1953) la Secretaría de Educación Pública adoptó como textos básicos para las escuelas primarias de la República Mexicana.⁹

7 Hernández Palacios. “Camarillo, María Enriqueta”, *Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina*. t. I. 1995. p. 811.

8 González Peña. “La poetisa ausente”, *María Enriqueta y su retorno a México*. 1961. p. 43.

9 *Rosas de la infancia* comprendía cuentos clásicos y modernos en su versión original o recon-

Durante la presidencia de don Francisco I. Madero, María Enriqueta y su marido simpatizaron con el grupo conjurado de Félix Díaz, sobrino del exdictador. Inmediatamente transcurridos los lamentables hechos de la Decena Trágica, ocurridos del 9 al 18 de febrero de 1913, Carlos se sumó al gabinete del usurpador Victoriano Huerta al aceptar el nombramiento de Subsecretario de Relaciones Exteriores, al que renunció el 22 de julio del mismo año, para ocupar el de Ministro de México en Bélgica y Holanda, con residencia en Bruselas.

Entonces se embarcaron rumbo a Europa: Carlos, María Enriqueta, Leopoldo, hermano de ésta, doña Dolores, madre de ambos, un sobrinito de Carlos llamado Miguel Pereyra, don Carlos Pita quien sería tercer secretario de la Embajada, y hasta la criada Jovita. Parecía que los Pereyra barruntaban los malos vientos que a partir de ese momento soplarían sobre ellos.

En octubre de 1913 murió Doña Dolores, y en el mes de julio de 1914, no sólo estalló la primera Guerra Mundial, sino que Victoriano Huerta fue destituido del poder por los carrancistas, por lo que los Pereyra quedaron aislados en Bruselas, sin noticias y sin dinero, lo que no fue impedimento para que, en octubre de 1914, Carlos renunciara formal y dignamente a la Embajada. Por un tiempo se establecieron en Lausana, Suiza, en busca de refugio; lograron sobrevivir dando clases de español y de piano, para después iniciar su estadía en España, que les otorgó el exilio en junio de 1916. El pueblo español los acogió con generosidad y cariño, sin juzgar sus errores políticos y considerando únicamente su nacionalidad mexicana y su talento.

Brujas, Lisboa, Madrid

María Enriqueta recoge parte de su peregrinaje por tierras europeas en *Brujas, Lisboa, Madrid*, libro de viajes en que se refracta su visión de mundo correspondiente al periodo que va de 1913 a 1927. Extrañamente, no hace referencia

tados por la autora, dirigidos a niños de distintas edades, según el grado escolar que cursaban. También había selección y orden en los dibujos que ilustraban los libros, trazados por Clemente Islas Allende y Antonio Gedovius. Por lo que, estando lejos de la patria, llegó al corazón de varias generaciones de niños mexicanos como una maestra ejemplar. Solía decir la poeta con simplicidad: “Como no tuve hijos, a todos los quiero como hijos”. En 1930, la obra fue premiada con el Diploma de Honor de la Exposición Ibero-Americana de Sevilla. Por esta gran acción emprendida a favor de los mexicanos puede considerarse que María Enriqueta no sólo hizo patria, sino patria.

a los terribles acontecimientos históricos vividos antes y después de haber salido de su patria: por un lado, la caída de la dictadura de Porfirio Díaz, el triunfo de la Revolución Mexicana y los movimientos en contra del gobierno emanado de la revolución, en los que su marido estuvo involucrado; por otro, la primera Guerra Mundial, cuyos efectos experimentó en carne propia, pese a que residió en países que se mantuvieron neutrales.¹⁰ Igualmente, la narradora proporciona escasos datos autobiográficos, eludiendo algunos muy trascendentales.

Con respecto a lo anterior debe tenerse presente que un texto dice mucho a través de sus silencios, de sus carencias y de sus contradicciones y que, a veces dice más que sus afirmaciones explícitas; según Macherey:

En los *silencios* de un texto, en sus contradicciones y carencias es donde mejor se puede apreciar la presencia de una ideología [...] El texto tiene prohibido ideológicamente decir ciertas cosas; al intentar decir la verdad a su manera, por ejemplo, el autor se ve obligado a revelar los límites de la ideología con la que escribe. Tienen que revelar las lagunas del texto, aquello que no es capaz de articular.¹¹

El primer libro de viajes María Enriqueta está compuesto fundamentalmente por crónicas además de poemas propios y traducciones que hizo de otros poetas, anécdotas, leyendas y cuadros de costumbres, La escritora organiza sus materiales en 25 capítulos, de los cuales dedica dos a Brujas, dos a Lisboa y el resto a Madrid. Las cuatro primeras crónicas están escritas en una prosa pulcra, elegante, poética, muy cercana al Modernismo, mientras que buen número de la restantes bien caben dentro del costumbrismo romántico.

Brujas, la triste

El relato se inicia con un paseo por Brujas, antiguamente llamada la Reina del Norte. Durante su recorrido, la mirada de la narradora es curiosa y perspicaz, pero triste y melancólica como el mismo lugar que visita; su estado de ánimo

10 España, Bélgica, Gran Bretaña, Suiza, Suecia, Noruega, Dinamarca y Holanda se declararon neutrales al inicio de la I Guerra Mundial; pero la neutralidad de Bélgica se acabó cuando fue invadida por los alemanes; como protesta, Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania. Suiza, España y Holanda permanecieron neutrales toda la guerra.

11 Macherey, *Sexual/Textual/Politics. Feminist Literary Theory*. 1986, p. 103.

la conduce a una reflexión constante. Compara el actual abandono de la bella ciudad belga con su antigua opulencia y, para explicarlo, recurre a una historia de amor en la que, mediante la figura retórica de la prosopopeya, representa a Brujas como una mujer enamorada que sufre el abandono de su amante; éste era el Zwin,¹² un brazo de mar al que también personifica, cuyas aguas llegaban a su amada para darle un abrazo de amor, llenarla de caricias y poner a sus pies grandes riquezas traídas por navíos cargados de ricas mercaderías, metales preciosos, finas pieles, frutas y manjares exquisitos, especias y demás; pero hoy él se ha marchado, al igual que los miles de visitantes, marineros, comerciantes, banqueros y trabajadores que llegaban a ella atraídos por su fama y riquezas. La historia parece increíble —comenta la viajera— “pero ahí están para aseverar su verdad, los canales que ya ningún bajel cruza; los muelles solos, que han olvidado el ruido de la carga y descarga; los puentes donde crece la hierba; la gigantesca torre de atalaya, el viejo Beffroi [...]”.¹³

Viajera intelectual muestra su amplia cultura acudiendo a la historia de la ciudad, para relatar algunas leyendas que se han tejido sobre ella; se deleita con su arquitectura y visita sus templos donde admira las pinturas de Gerardo David, Van Eyck, Umberto, Memling; goza como toda buena mujer al contemplar los escaparates de las tiendas; describe con minuciosidad los canales, jardincillos, puentes, viejas paredes abovedadas y calles torcidas y angostas, hasta llegar a la Gran Plaza donde se ostenta la torre del Beffroi, al que asciende para contemplar, desde lo alto, la ciudad: “Y Brujas, a los pies del coloso, parece arrodillarse, empequeñecerse, volverse nada, como para dejar la gloria al gigante legendario que la patrocina y cuida” (p. 23) y, a lo lejos, el Mar del Norte. Mientras el carillón de la torre difunde sobre la ciudad trozos deliciosos de Mozart, Weber, Grieg, Beetho-

12 Los acontecimientos que relata sucedieron en el siglo XII, cuando en 1134 la costa flamenca sufrió una apocalíptica tormenta que modificó el mismo perfil de la costa, abriendo un profundo canal de la ciudad al mar, el Zwin, que trajo prosperidad y riqueza a la región sobre todo en el siglo XIV y hasta las postrimerías del XV, cuando dejó de ser navegable. El puerto se trasladó a Amberes; de modo que hacia el año 1850, Brujas era la ciudad más pobre del país; y de Brujas, la próspera pasó a ser Brujas, la muerta, como el título de la famosa novela de G. Rodenbach.

13 Camarillo, *Brujas, Lisboa, Madrid*. 1930, p. 12. En las citas textuales subsecuentes de esta obra sólo indicaré entre paréntesis la página o páginas a la que éstas pertenecen.

ven, que ella disfruta plenamente como conocedora y amante que es de la música.

Al descender, camina bajo una fina lluvia y recita en su interior versos de Rodenbach, que alguna vez ella tradujo.¹⁴ Todo en el texto está contaminado de la tristeza de este poeta y de la de María Enriqueta; entonces, recordando a sus lectores, escribe:

Para comprender esta ciudad exquisita y única, hay que llegarse a ella [...] o a falta de esto, leer a Rodenbach, cuya obra está destilando la misma nebulosa melancolía que envuelve a Brujas, la misma enigmática luz que la amortaja... Porque el alma de Brujas y la de Rodenbach, parecen una misma (p. 32).

Precisamente el segundo capítulo del libro dedicado a su madre recién muerta, tiene como tema la vida del escritor belga y su idealista y fracasada relación con el amor. Dolores Roa de Camarillo, cultivaba también la poesía y gustaba de leer a Rodenbach. Doña Lolita, como todos la llamaban con cariño, era hija del escritor don Mariano Roa Bárcena, y hermana de don José Roa Bárcena, notable político y hombre de letras, además de historiador, traductor y colaborador de diversos periódicos, quien a pesar de haber apoyado decididamente a Maximiliano en su lucha contra Juárez, pudo sobrevivir con éxito a esa época de inquietudes extremas en la historia mexicana.

Admiradora del escritor belga, María Enriqueta confiesa haber buscado ansiosamente sus datos biográficos para hurgar en ellos lo que falta en sus obras y así poder enterarse de sus amores. Pero él no tuvo amores. Vivió en soledad completa, al igual que María Enriqueta, pese a vivir al lado de Carlos Pereyra; de ahí la indefinible nostalgia de amor que vivió Rodenbach y que vive su discípula.

Me detengo en la lectura de este capítulo porque me parece fundamental para entender muchos aspectos de este libro y de la vida y obra de María Enriqueta. Si ella buscó en la vida del autor lo que falta en sus obras; a mí este mismo objetivo me ha llevado a indagar —en biografías y autobiografías de la escritora, y en el contexto histórico y sociopolítico que la rodeó— datos que me permitieran llegar al sentido profundo de sus textos. Y algo que he descubierto es la tremenda influencia de Rodenbach, no sólo en la poesía sino en la vida de la poeta vera-

14 Georges Rodenbach fue un poeta belga, que escribió en francés nacido en Tournan, Bélgica en 1855 y muerto en París, 1898. Hijo de una familia flamenca, pasó su infancia y adolescencia en Brujas; luego se trasladó a París donde alcanzó gran éxito como poeta y novelista.

cruzana, en su profunda tristeza y amor a las cosas, a las que dota de vida y por las que muestra profundo interés y, sobre todo, su relación con el amor y con el dolor, y su profunda resignación, que al igual que a María Enriqueta lo conducen a no desesperarse nunca, jamás maldecir su suerte, y a soportar y callar todo lo que le causa daño:

Allí están las páginas de sus libros en apoyo de ese aserto. Hechas con paz, con mansedumbre, con resignación, jamás dan cabida a la frase incisiva que acusa, al grito que amenaza, a la interjección que reniega. El poeta no se desespera nunca. Jamás maldice de su suerte; jamás increpa a su destino. Santamente va por la vida cumpliendo en ella con la única misión que trajo: *cantar* (p. 42).

Lisboa, la romántica

A contrapelo de muchos relatos de viajes, María Enriqueta pasa de Brujas a Lisboa sin ofrecer pormenores de la ruta seguida para arribar a este lugar. Comienza por advertir que no se parecen estas ciudades -porque hablar de Portugal después de visitar a la reina del Norte, es como pasar de un preludio de Chopin a un andante de Mendelssohn- pero si un mago las pudiera transformar repentinamente en mujeres, se darían un estrecho abrazo de comprensión y amistad, porque ambas poseen una rica vida interior de ensueño y de poesía, que les brota por los poros (p. 47). Además de Lisboa, visita Cintra y Coimbra, donde le parece que el reloj de sus torres se ha parado en una época lejana; de estos lugares traza, mediante su fina prosa, bellas imágenes que por su rareza e intensidad, contagian de su novedad expresiva al referente, semejándose a postales contemporáneas que atrapan paisajes, sucesos, personajes destacados, habitantes y sitios de interés:

Vista de noche Lisboa, punteada por las chispas de sus luces, semeja un altar encendido.

Vista de día, me parece Grecia, bajando, elegante, por sus calles en pendiente, para darse en ofrenda a las ondas —que no cesan de verla enamoradas (p. 49).

Las flores y los frutos de Lisboa, relucientes a pesar del invierno, ponen la memoria de la viajera en lo suyo, en su natal Coatepec; con lo que parece contradecir a aquellos críticos que la acusan de haberse apegado por completo a su

nueva situación, olvidándose de México. Serán varios los momentos de la obra, en los que su ser se muestra dividido entre el aquí de lo nuevo y lo diferente, y el allá de su terruño, su patria y sus seres queridos.

Siguiendo su tendencia a apropiarse de un panóptico, la poeta, desde un balcón altísimo, contempla a las mujeres, a los niños, a los estudiantes, a los pordioseros mismos, como figuras desprendidas de un gran cuadro y alcanza a escuchar el rumor de sus voces que la conduce a una reflexión sobre la lengua portuguesa: “¿Y qué decir del idioma? Que no está fabricado por hombres sino por abejas. ¡Tal es la miel de su acento y la dulzura de sus inflexiones!...” (p. 50).

Caminando por la ciudad, no deja de contemplar los escaparates de las tiendas donde se amontonan cofrecillos, retratos, arcones, molduras, antiguos espejos, y muchos objetos más, ni de entrar a una librería de viejo que exhibe tras sus vitrinas tomos raros escritos en latín, cuadernos con grabados y viejos pergaminos. Todo esto se resiste a la modernidad —comenta— aunque ya los indicios de ésta se muestran por la calle: autos, bicicletas, motocicletas y, por el cielo, algún avión. Sin embargo —enfatisa— no habrá fuerza bastante que logre desterrar el romanticismo de estas tierras; los mismos cañones y las bombas de los revolucionarios —y aquí alude a las constantes tensiones que subsistieron en Portugal después del derrocamiento de la monarquía y el establecimiento de la república— no lo amedrentarán (p. 52).

De Portugal —confiesa a sus lectores, a los que siempre tiene presentes— sólo se trajo un *souvenir*: el recuerdo de una misteriosa y solitaria calle de Coimbra, que siempre guardará en su corazón.

Madrid, la popular

En 1916, cuando María Enriqueta llegó a España, reinaba Alfonso XIII —perteneciente a la dinastía borbónica— famoso por su liberalidad y bonhomía. Nacido en 1886 como hijo póstumo de Alfonso XII y María Cristina de Habsburgo, fue rey desde su nacimiento hasta la proclamación de la II República en 1931. Debido a su minoría de edad, su madre ejerció la regencia hasta 1902, en que cumplió los 16 años.

En el contexto del alejamiento entre la España oficial y la España real, y los intentos de regenerar el país después del desastre de 1898 y la constitución de 1876, el rey tuvo que intervenir directamente en asuntos políticos. Para ello

siguió manteniendo el gobierno nacional fundado por su padre —caracterizado por la alternancia en el poder de los dos partidos dinásticos—, supo encauzar al crecimiento económico, social y cultural del país, y las ventajas adquiridas por la neutralidad de España durante la I Guerra Mundial; pero, ésta sufría graves problemas que darían al traste con la monarquía liberal, entre ellos: falta de auténtica representatividad política de amplios grupos sociales, pésima situación de las clases populares, especialmente la campesina, problemas derivados de la guerra del Rif,¹⁵ y lucha de los nacionalistas catalanes espoleada por la poderosa burguesía barcelonesa.

Sobrevino así la crisis de 1917 que condujo a la caída del gobierno nacional. En 1923 el golpe militar de Miguel Primo de Rivera, auspiciado por el rey, finalizó el periodo de la Restauración Borbónica que curiosamente se había iniciado en 1874, con otro, el del general Arsenio Martínez Campos. En un principio, la dictadura fue bien recibida por amplios sectores sociales, pero más tarde, pese a los logros alcanzados en el campo político y cultural, fue generando una oposición creciente, extendida sobre todo entre estudiantes, intelectuales y algunos sectores del ejército; todo lo cual hizo que Alfonso XIII propiciara la caída de la dictadura de Primo de Rivera en 1930, dándole la vuelta por la del general Dámaso Berenguer, llamada por contraste “la dictablanda”, cuya intención era volver al régimen constitucional; lo que acarrearía graves consecuencias para España, como veremos más adelante.

Por su parte, María Enriqueta no se da cuenta de las carencias económicas, pero más políticas de España; no se da cuenta y si se da, se lo calla; y con este silencio apoya inevitablemente el *status quo*. Ve un Madrid idílico, que no obstante la naciente modernidad, conserva acentuados rasgos de provincianismo. Siempre situada en lo alto, desde su ventana contempla a los otros: niños, vecinos, vendedores, músicos callejeros... que si en un principio le parecen extraños y curiosos, poco a poco se va integrando con ellos, produciéndose en ella un proceso de desterritorialización.¹⁶ En cuanto a lo social, la clase media, a la que en principio

15 El Rif es la cordillera montañosa del noroeste de África que se extiende a lo largo de la costa de Marruecos, desde la ciudad de Tánger hasta la parte occidental de la frontera con Argelia.

16 El término desterritorialización alude a uno de los fenómenos sociales y culturales vinculados con la movilización humana más allá de los límites nacionales o regionales y se refiere a individuos o naciones que, desprendidos de su arraigo originario pasan a articularse a parámetros *otros*, posibilitando desde su nueva localización, procesos de resignificación. Moraña,

se dirigían los escritores, era una hipótesis literaria. Existía el pueblo, en primer término y, en sus islas cada vez más estrechas, los señoritos y los caballeros. Sin embargo ella destaca en su texto la positiva unidad entre ambas capas, una solidaridad humana con la que se identifica plenamente, no sólo de dar al que menos tiene, sino de gustos y de creencias, de cualidades y de defectos, de aspiraciones y de costumbres.

A partir de sus paseos por las calles de la ciudad, escribe una especie de cuadros costumbristas en que ofrece perspectivas de un Madrid matinal e idealizado; al respecto defiende su punto de vista: “como cada mortal ve las cosas con sus propios ojos, voy a decir cómo la ven los míos” (p. 59). Si bien la mañana no ha sido nunca para los madrileños la mejor estación del día, se observa un gran movimiento: por las calles circulan, antes de las nueve, carros cargados con frutas y legumbres, y grandes carretas que se detienen para descargar la leña en la orilla de la acera, que a ella le parecen cuadros para ilustrar una égloga de Virgilio. En otras ocasiones la despiertan los gritos de los pregoneros: ¿Quién quiere dinero, quién, quién? el vendedor de la lotería; ¡De mar y de río! ¡De mar y de río! el vendedor de cangrejos; –¡De campo! ¡De campo! ¡Son de campo! la vendedora de conejos. Pero entre tantos gritos –nos revela la escritora– sin saber por qué, hay uno que la transporta a Grecia, el del vendedor de miel: ¡Miel de la Alcarria! ¡Miel de la Alcarria!..., quizá porque parece ofrecer un alimento para los dioses.¹⁷

En algunos pasajes de la obra se representa a sí misma paseando por los Jardines del Retiro –su lugar predilecto– y **enterándose de los últimos acontecimientos**; escribiendo en casa mientras la música callejera que escucha, la incita a abandonar su trabajo; metida en regocijantes confusiones surgidas por el uso distinto que hacen los españoles de las palabras aunque comparta con ellos un mismo idioma; o visitando a sus amigos –pocos en verdad, pero muy selectos– que se mueven en el mundo del arte y la cultura, todos dentro del eje conservador.

A propósito de su amiga Pilar de Valderrama, que había sido premiada por la Real Academia Hispano Americana de Ciencias y Artes, de Cádiz, introduce un

“Migraciones del latinoamericanismo”. *Revista Iberoamericana*, 2000, p. 821.

17 El listado de pregones es un tópico común en el costumbrismo; en la literatura mexicana decimonónica, referidos a la literatura de viajes, pueden citarse a France Erskine Inglis, la famosa Mme. Calderón de la Barca, viajera escocesa que escribió *La vida en México durante una residencia de dos años*; Guillermo Prieto y sus *Viajes de orden suprema por Fidel, años de 1853*, 54 y 55; y Marcos Arróniz, autor del primer *Manual del viajero en México*, de 1858.

capítulo de crítica literaria en que se apoya para dar su propia concepción de poesía: “[...] es obra de arte puro, obra seria y perdurable, basada en el sentimiento y la belleza, inspirada por anhelos nobles y por altísimos ideales —lo único digno para emplear el verso” (p. 128)—; igualmente, en el capítulo subtítuloado “España y la novela española” parece defenderse de los comentarios negativos que se han hecho de sus novelas, exaltando las obras de este género que profundizan en el estudio de las almas y las pasiones, y huyen de lo pretendidamente folklórico y nacional.

En fin, es difícil dar cuenta de todas las experiencias relatadas por la viajera, esencialmente ella encuentra un Madrid entregado al trabajo y a la tragedia o a la fiesta. En contradicción con lo que piensa de la novela, reproduce un Madrid de verbenas, murgas, titiriteros, pianolas, organillos y demás, donde los vecinos invaden las calles y las convierten en centro de reunión, los niños juegan y cantan, los gitanos tocan sus panderetas, un oso se muere en el zoológico, un toro se escapa y va a dar a la Gran Vía, etcétera. Ella gusta de observar cómo disfrutan del verano los españoles, cómo se preparan para el invierno y qué pasa en la primavera, estación que muestra al recién llegado la entraña misma de la fuerza de España, la naturalidad. Eso es lo que ve María Enriqueta, no ve más allá. No ve los problemas ni las guerras ni las huelgas, no percibe el gran conflicto que está por venir.

Autobiografía y viajes

En el camino de la autobiografía y el relato de viajes María Enriqueta escribe los libros titulados *Del tapiz de mi vida*, y *Hojas dispersas*; en el primero publicado en Madrid en 1931 —justo un año después de *Brujas, Lisboa, Madrid*— predominan los aspectos autobiográficos, pues como lo sugiere el título, la autora teje o configura su propia vida con los fragmentos que le resultan más significativos; el segundo, editado muchos años después, en México 1950, consiste en una obra miscelánea en que reúne páginas extraídas del baúl de sus recuerdos: su vida y sus viajes, además de cuentos, poemas, definiciones y aforismos.

Tanto el libro de viajes como la autobiografía (incluyendo en este término memorias, diarios, epistolarios, confesiones) pueden englobarse dentro de las literaturas del yo por la coincidencia de narrador y protagonista, y por el enfoque personal a que obedecen. Dicha multiplicidad de formas ofrece un rasgo en común: cuentan de distintas maneras una historia o experiencia de vida, pero también presentan entre ellas diferencias, matices,

mixturas, dado que este tipo de textos está marcado por la heterogeneidad y la hibridez por encima de la pureza genérica. En el libro de viajes un narrador relata los acontecimientos sucedidos en el transcurso de su periplo y nos ofrece su modo de ver y narrar el mundo, a condición que el narrador sea el mismo viajero; en cambio, en la autobiografía el yo relata su propia vida, reconociéndose como sujeto y no como objeto de la creación.

En *Del tapiz...* María Enriqueta pone en escena su presencia y tematiza su propia vida; lo que textualmente equivale a narrar la historia de una primera persona que sólo existe en el presente de la enunciación. La guían dos propósitos: por un lado, la búsqueda de la expresión de la interioridad y la afirmación de sí misma; por otro, la obsesión de dejar huella de sus pasos por el mundo, que es a un mismo tiempo búsqueda de trascendencia. Se trata, pues, de un ejercicio de imaginación y memoria, en que el pasado se narra desde el presente. Y es también “una conmemoración ritual, donde las reliquias individuales (en el sentido que les da Benjamin) se secularizan y se re-presentan como sucesos compartidos”.¹⁸ Por eso se cargan de tanto sentido los lugares de la memoria, los sitios elegidos para los ritos de la comunidad, las casonas familiares, los pueblos apacibles y soñolientos, el linaje y la memoria colectiva.

La historia de María Enriqueta se inicia en Coatepec, edénico jirón de tierra veracruzana donde vino al mundo el 19 de enero de 1872. De los siete años transcurridos en esta villa hay muchas reminiscencias en su obra, ahí se encuentra la raíz de lo que significó en su vida el núcleo familiar: el apego a la tierra y la familia, la práctica de la religión católica, y el desarrollo de valores culturales y sociales sumamente conservadores. Este breve periodo bastó para marcar fuertemente su personalidad y su producción literaria.

Perteneció a la familia Roa Bárcena, de destacado linaje dentro de la sociedad y la cultura del porfiriato. Su padre, don Alejo Ambrosio Camarillo Rebolledo, hacendado y funcionario del Gobierno de la localidad, poseía amplia cultura, buen gusto y talento natural para la música. Su madre cultivaba, a hurtadillas de las labores del hogar, la poesía y la prosa, y solía animar las reuniones sociales con la lectura de alguna de sus composiciones. A los dos los quiso mucho y siempre los tuvo presentes en su memoria, sobre todo a su madre a quien de continuo ve en sueños y dialoga con ella.

La inteligencia y sensibilidad de la niña fueron inmediatamente advertidas

18 Molloy, *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. 1996, p. 20.

por sus padres, por lo que estuvieron atentos al desarrollo de distintos aprendizajes y permitieron sus divagaciones poéticas; sin embargo, su naturaleza excepcionalmente afectiva y su precoz imaginación contribuyeron en parte a hacerla desventurada antes de tiempo. Dotada de grandes cualidades físicas, morales e intelectuales, sufría de dos maneras: un terror indefinible ante lo desconocido, y una gran desconfianza en la calidad de su propia producción, que la mantenían en constante incertidumbre. En *Del tapiz...* confiesa que desde edad muy temprana oía voces extrañas que le comunicaban noticias hirientes como puñaladas: por ejemplo, la ausencia o la muerte de la madre. Normalmente eran noticias falsas, pero a ella la llenaban de angustia y terror que no comunicaba a nadie. De esta manera, ciertas premoniciones y visiones misteriosas y un dolor contenido atraviesan los versos de sus poemas y los renglones de su prosa.

Debido a las actividades políticas del padre, la familia hubo de radicar en la capital del país de 1879 a 1895; hecho que produjo en la pequeña otra pena más: separarse de su casa, de su huerto, de su plácido terruño. Por ello siempre idealizará su casa coatepecana y solariega: “Porque nunca, nunca hemos vuelto a habitar en la casa de los grandes corredores, en el jardín de las fuentes, en la huerta de las camelias rojas y gardenias blancas, incrustada, como un bordado de abalorio, en el raso tendido del valle natal”.¹⁹ Después, los Camarillo trasladaron su residencia a Nuevo Laredo, Tamaulipas, por el mismo motivo, y ahí permanecieron tres años.

En las exiguas páginas dedicadas a su adolescencia y juventud, suele auto-configurarse como una jovencita disciplinada, estudiosa, llena de virtudes, pueril, exacerbadamente sentimental y tan pudorosa que, con respecto a sus amores, también todo se lo calla; en cambio, habla un poco más de sus actividades y primeros trabajos. En 1895, poco antes de trasladarse al norte del país, obtuvo el título de maestra de piano en el Conservatorio Nacional de Música; ya para entonces había publicado algunos poemas en el suplemento cultural de *El Universal* bajo el seudónimo masculino de “Iván Moskowskí”;²⁰ y “El maestro Florianí”,

19 Camarillo, *Del tapiz de mi vida*. 1931, p. 61.

20 Ocultó su nombre bajo un disfraz masculino para probar su valor como poeta sin recurrir a apoyos externos, que bien que los tenía; pero quizá también por inseguridad y bajo la presión social y cultural que tenían las mujeres –todavía a fines del siglo XIX– para manifestarse abiertamente como escritoras.

su primer cuento, dedicado a su profesor de piano Carlos J. Meneses, en la revista *Azul*, bastión del modernismo. Durante esos años y aun después de dejar el país escribió y siguió escribiendo para diversos periódicos y revistas.

El relato de un poético viaje por el océano marca la transición entre su vida en América y su vida en Europa. Así, estando en Bruselas, escribe:

Julio debe ser el mes de los viajes. La contemplación, el estudio del océano desde la ventanilla del camarote, ha de hacerse en julio. [...] El mar se posesiona de nosotros, y nosotros nos fundimos en el mar. La influencia del ambiente penetra hasta lo más recóndito del alma... Es que reina julio. Bajo su influjo, en el correr de sus días, la nave que me alejó de mi patria surcó el océano. La tierra iba desapareciendo poco a poco; el oleaje iba borrándola... Por eso, quizás, ante el cristal de mis ojos –que se empañaba también por el agua – julio tiene color de mar.²¹

Si en su primer libro de viajes la escritora veracruzana no pudo sustraerse a la gracia y sabor del carácter y lenguaje del pueblo español recogido en innumerables incidentes de la vida cotidiana, en *Del tapiz*... contrapone a las imágenes de las ciudades por las cuales se desplaza, la carga de sus recuerdos: rostros, conversaciones, detalles de su pueblo y su gente, juegos y travesuras de su niñez, y también angustias y sobresaltos, en una confrontación permanente del aquí y el allá, del ayer y el hoy: “Con ese deseo casi enfermizo de detener el paso del tiempo [...] los elementos del presente le sirven de anzuelo para atraer el ayer”.²²

Así, en Holanda, las aspas de los molinos de viento le parece que señalan con la misma seguridad que lo hicieron las manos de su padre; y se lanza en busca de novedades al barrio judío de Ámsterdam para liberar su pensamiento de una idea fija que lastima su debilitado cerebro. En Lausana, alterna en su imaginación las conversaciones de una familia suiza que proyecta su ascenso a los Alpes el próximo domingo, con las de una familia mexicana que prepara para ese mismo día una visita al desierto de los leones: “Y ese domingo –comenta– aquí y allá, será deliciosamente esperado, porque encierra una promesa”, mientras que para ella cada domingo es como una ventana que se cierra, oprimiéndole el corazón.²³ Estos pasajes corresponden a los años 1914-1916, un periodo de inmenso su-

21 Camarillo, *Hojas dispersas*. 1950, p. 102.

22 Millán. “Tres escritoras mexicanas del siglo XX, *Obras completas*. 1992. p. 327.

23 Camarillo. págs. 131-136.

frimiento en su vida, connotado a través de imágenes de soledad y otras en que afloran los problemas internos que la torturan. Pese a la pena de no poder repariarse, a los problemas políticos que tanto la afectaron, a los años de zozobra e inseguridad durante la guerra, a las enfermedades y muerte de los seres que la rodeaban, supo sobreponerse a cuanta prueba se le impuso y seguir adelante.

El periodo más productivo de su creación literaria corresponde a los años de exilio transcurridos en España; su obra le ganó el reconocimiento, afecto y respeto de un amplio sector de la sociedad española. En un principio, por intermedio del venezolano Rufino Blanco Fombona se dedicó a traducir obras francesas para la serie Biblioteca de Autores Célebres; en 1918 dio a las prensas de Juan Pueyo su primera novela *Mirlitón*, que recibió la atención de la crítica y fue traducida al francés por la librería Gildage de París. En 1919, publicó *Jirón de mundo* y, en 1922, *El secreto*, con la que alcanzó el éxito definitivo. Este mismo año, la edición en un solo volumen de sus poemarios *Rumores de mi huerto* y *Rincones románticos* vino a acrecentar su fama entre el público español.

El aura de la escritora mexicana se extendió a otros países del continente europeo, procurándole una serie de distinciones: *El secreto* fue seleccionada para representar a la literatura femenina hispanoamericana en la famosa colección francesa “Les cahiers féminins”, por sus cualidades de originalidad, belleza y femineidad, dado que el objetivo de esta colección era dar a conocer las obras femeninas y no las feministas. La traducción al francés, la hizo Agathe Valéry, hija del famoso Paul Valéry, quien dedicó comentarios elogiosos al texto. En 1926, firmó contrato con Espasa Calpe con el fin de publicar su producción literaria en la Colección Contemporáneos y con la Empresa Literaria Fluminense de Lisboa para editar sus obras en la serie “Colecao Maria Enriqueta”. Un año después, se le confirió en Cádiz el título de Correspondiente de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes. Entre sus últimos libros destacan *Brijas*, *Lisboa*, *Madrid*, y *Del tapiz de mi vida*, que son motivo del presente trabajo. Al igual que en el periodismo mexicano, incursionó en el español, y varias revistas y periódicos de México y Latinoamérica reprodujeron sus artículos. La crítica y el público lector seguían con interés su trayectoria.

Mientras tanto, qué pasaba en el contexto político, económico y social de España, pues no obstante que María Enriqueta trataba de mantenerse al margen, dichas condiciones afectaron tanto su vida como su producción literaria. Las políticas sociales, y sexuales/textuales, en la expresión de Toril Moi, tejen interacciones indispensables para la lectura de los textos producidos por escritoras,

en los cuales expresan una visión crítica de la sociedad conforme a un ideario político, económico y estético particular.²⁴ Por ello ¿cómo comprender los relatos de la escritora veracruzana sin aludir a las repercusiones de la dictadura de Díaz, la de Primo Rivera y, más tarde, la de Franco? y ¿cómo entrar a lo profundo de sus textos sin esbozar la situación de dependencia y opresión que las mujeres españolas habían tenido a lo largo de su historia?

Un largo silencio

Tras un silencio de siglos, apenas turbado por las voces excepcionales de Teresa de Ávila (siglo XVI), María de Zayas y Sotomayor (siglo XVII) y Josefa Amar y Borbón (siglo XVIII), en la cuarta década del siglo XIX las mujeres españolas comenzaron a hacerse escuchar en los campos de la literatura y del periodismo, junto con el apogeo del movimiento romántico español y una primera oleada de reformas liberales que dieron voz a su experiencia femenina dentro de los términos de la ideología liberal romántica. Entre ellas destacaron Gertrudis Gómez de Avellaneda, Carolina Coronado, Josefa Massanés y Amalia Fenollosa, llamadas por Susan Kirkpatrick *las románticas*, porque en sus textos la feminidad “se mezcló con los paradigmas románticos del yo en pautas complejas de coincidencia y contradicción que pusieron en circulación un lenguaje del yo específicamente femenino”.²⁵

Al mismo tiempo, en los campos social y político irrumpieron las primeras voces feministas para denunciar la profunda desigualdad del sistema patriarcal, un sistema de poder con base en un modelo de dominación masculina; abolir dicha desigualdad resultaba ser el eje o ideologema básico que daría cohesión a estos movimientos insertos en las ideologías más amplias del liberalismo y del socialismo.

Pero, las coordinadas políticas, sociales y económicas del siglo decimonono marcaron inevitablemente las dificultades para que las mujeres accedieran a la cultura y sistema de representación social. Si los siglos XVII y XVIII habían supuesto cierta presencia femenina en los espacios que trascendían más allá de lo privado, en el siglo XIX ocurrió un retorno a lo privado, a lo doméstico, al hogar, espacios donde se recluyó nuevamente a la mujer, al tiempo que se la ensalzaba

24 Toril. *Sexual, Textual Politics. Feminist Literary Theory*. 2001, págs. 10-11.

25 Kirkpatrick, *Las románticas. Escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*. 1991, p. 12.

y definía en función de sus cualidades físicas y su capacidad para consolidar los valores de la domesticidad y la familia. La sombra del ángel doméstico —sobre la que se reconstruyó el modelo femenino construido y socializado por las derechas antiliberales españolas y la Iglesia Católica— se cernió sobre las mujeres de la época, aun sobre las románticas, que a partir de 1850, cada vez más fomentaron en sus textos dicho modelo.

La calidad angelical era posible de adquirir siguiendo un discurso prescriptivo que condujera al confinamiento y a la hermeticidad, heredado de Juan Luis Vives y Fray Luis de León. El primer autor aconsejaba que la joven se mantuviera en vigilancia constante y recluida en casa, en silencio, preocupada por su castidad, vergüenza, templanza, parsimonia, frugalidad, piedad, limpieza, crianza y mansedumbre, por lo que tenía que aprender a hilar, labrar, guisar, rezar y hacer obras de caridad. Por su parte, el segundo, hacía radicar el valor de la mujer en la honestidad en el matrimonio, de modo que la perfecta casada debía permanecer en casa, tener pocas visitas, no entablar conversaciones con otras mujeres y guardar silencio; pues Dios no la había creado para el estudio de las ciencias ni para el negocio de dificultades, sino para servir y hacer feliz al hombre, reproducir la especie, criar a los hijos y salvar al marido de los malos hábitos.²⁶ Este poderoso estereotipo de la identidad femenina, cuya versión inglesa fue llamada “ángel del hogar”, persistirá en España durante todo el siglo XIX y aun más allá, pues se constituirá en uno de los paradigmas del franquismo.

Durante el régimen autoritario de Primo de Rivera, muy influido por el discurso del catolicismo social, se produjo un ensanchamiento de los límites en que se movía el ángel doméstico, asumiendo actividades bien distintas a las que tradicionalmente le habían sido asignadas, como el acceso a áreas de conocimiento culturales y académicas o saberes de oficio, lectura de textos de temática diferente a la religiosa, y a textos literarios y periodísticos, que comenzaron a proliferar en ediciones dirigidas al mercado femenino, pero en los que las mujeres tomaban la palabra. Estas condiciones favorecieron ampliamente la difusión de la obra de María Enriqueta, que logró sus mayores éxitos justo en este periodo.

Con todo, fue hasta la II República cuando se consolidaron algunos rasgos de la modernidad en el terreno concreto de la vida pública y privada de las muje-

26 Me refiero a las obras: *Instrucción de la mujer cristiana*, escrita por Juan Luis Vives en Valencia, 1528, magnífico antecedente de *La perfecta casada* de Fray Luis de León, escrita en Salamanca, 1548; las ediciones consultadas las incluyo en la bibliografía.

res; así, por una parte, en octubre de 1931 tuvieron derecho a votar y acceso a la enseñanza superior y a los cargos políticos; por otra, liberaron su cuerpo de corsés, practicaron todo tipo de deportes e, inclusive, algunas llegaron a manifestar abiertamente su deseo de ejercer una maternidad consciente que les permitiera desenvolver con mayor libertad sus aspiraciones sociales e intelectuales; si bien estos cambios no pernearon a la mayoría de las mujeres y sólo un reducido grupo pudo romper con el modelo dominante.

Los republicanos aspiraban a construir una sociedad laica, equitativa y democrática; en contrapartida, las formaciones políticas de derecha promovían un esfuerzo de moldeamiento y politización de la población femenina para tornarla impenetrable a quienes pretendían transformar la realidad social. Mientras que las partidarias de la república se organizaron en torno a las ramas femeninas del comunismo y del anarquismo: Mujeres Antifascistas y Mujeres Libres entre las más importantes, en el bando contrario, surgieron diversas asociaciones controladas por la SF (Sección Femenina) de la FET (Falange Española Tradicionalista) y de las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista). Las crecientes tensiones políticas y sociales de los meses anteriores al estallido de la Guerra Civil activaron intensamente la participación de dichos grupos a favor o en contra de la II República.²⁷

Después del estallido de la sublevación militar, el país quedó dividido en dos bandos irreconciliables que se enfrentaron cruentamente. Se produjo un radical cambio en la vida de las mujeres, que debieron realizar las labores que los hombres que iban al frente dejaban de desempeñar. En el lado republicano, no sólo haciendo uniformes o sirviendo como enfermeras, sino en la industria, la enseñanza y la distribución de los aprovisionamientos: “Los hombres al frente; las mujeres, a la retaguardia...” decía uno de los lemas formulados por Dolores Ibarruri;²⁸ no obstante, la primera esfera tradicionalmente masculina que ellas lograron penetrar, fue la militar. En la zona nacionalista, las mujeres se mantuvieron siempre en la retaguardia, al cuidado de talleres, lavanderías, comedores,

27 Entre los libros que he consultado sobre el contexto histórico, sociopolítico y cultural de España se encuentran los siguientes: Seco Serrano, *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración*. 2001; Gómez Navarro, *El régimen de Primo de Rivera*. 1991; Preston, *España en crisis: evolución y decadencia del régimen de Franco*. 1978; Martínez coord., *Historia de España, siglo XX. 1939-1996*. 1999; Garrido González ed., *Historia de las mujeres en España*. 1997.

28 Scanlon, *La polémica feminista en la España contemporánea 1868-1974*. 1976, p. 294.

servicios de enfermería y atención de huérfanos de guerra, y tratando de elevar la moral de los combatientes al acudir al frente para llevarles dulces y tabaco. Éstas representaban el esfuerzo bélico de la mujer no como medio de ganarse el derecho a la independencia e igualdad en la futura España, sino como desviación temporal de su verdadera misión: el hogar.

Sin embargo, el inicio de la era franquista trajo consigo el retorno de las mujeres al ámbito doméstico. Allí, la mujer-esposa-madre debería cumplir dócilmente la encomienda del Estado: fortalecer a la familia como célula primera y natural de la sociedad; educar a los hijos en la fe cristiana y en la doctrina falangista; potenciar la tasa de natalidad y la maltrecha economía tras de la guerra; además de ser refugio y descanso del esposo. La religión, de forma voluntaria o impuesta, se articuló —no sin una callada resistencia— como uno de los pilares de la vida cotidiana. Paralelamente, la abolición de la educación mixta y la rígida separación entre escuelas masculinas y femeninas constituyeron instrumentos de condicionamiento que preparaban el futuro papel diferenciado de hombres y mujeres. Con el fin de sujetar a la mujer se desempolvó la tradición de modo sentencioso y anacrónico, poniendo nuevamente a circular textos e imágenes como *La perfecta casada* de Fray Luis de León, el “eterno femenino” aristotélico y el culto a la Virgen María, a la que se enalteció como espejo y modelo de la mujer española.²⁹

Dentro de la política cultural se promovió a aquellos escritores dedicados a exaltar los valores impuestos desde el poder político, viendo con enorme desconfianza la crítica social emanada de líneas escritas por mujeres. De ahí que los textos de María Enriqueta, en que prevalecen rasgos del signo mujer elaborados en la metanarrativa patriarcal, hayan venido como anillo al dedo del régimen franquista.

A la sombra de Franco

María Enriqueta que había nacido dentro de una familia católica y sumamente conservadora, guardó estos valores durante toda su vida y los fortaleció mediante su enlace con Pereyra. Si en México la pareja giró en torno de las dic-

29 No obstante, las mujeres españolas, en la República, en la guerra civil, en las guerrillas, en el exilio y en la cárcel, que siempre se mantuvieron en oposición a la política fascista, se constituyeron en punto de referencia para todas las mujeres demócratas y antifascistas que durante la dictadura se negaron a asumir el modelo impuesto por el régimen y la Iglesia oficial.

taduras primero de Díaz y luego de Huerta; en España se adhirió abiertamente a la de Franco, justificando su actitud ante la violencia y anticatolicismo de “los rojos”. En las escasas *Hojas dispersas*, referentes a su exilio en España, se llena de indignación y denuncia con horror el asesinato del párroco de la iglesia de la Concepción, que era su confesor; y describe a los ejércitos republicanos como una temible mancha roja devastadora:

Los *rojos* se alzaron en España, como llamas de sangre. Desde los balcones vimos arder las tres iglesias más cercanas. El humo ensombrecía los cielos y abajo, la tierra, parecía el infierno. Los rojos danzaban por las calles en rededor de sus víctimas. La embriaguez del crimen enloqueció a las turbas [...].³⁰

Si bien es necesario recordar que durante dicha guerra, no quisieron los Pereyra abandonar la Villa de las Acacias, su hogar en Madrid. Colocaron para protegerse una bandera de México en la puerta, como señal de neutralidad; ahí pasaron meses de angustia y carencia, pero fueron muy respetados, a pesar de ser conocidas sus ideas adversas al gobierno republicano y a su política. El estilo brillante y rotundo de Pereyra, antes empleado para relatar la obra de España en América y para escribir apasionadas defensas de la cultura hispánica, ahora fue aplicado a favor de la invasión germano-italiana en España y a achacar todas las tribulaciones de los madrileños durante las hostilidades a aquéllos que defendían la legalidad y la libertad.

Por su lado, María Enriqueta siempre mantuvo temas y tonos favorables al régimen o, por lo menos, inofensivos. No era fácil triunfar en España en época tan turbulenta, pero el tono triste y melancólico de sus poemas y relatos, que no ha vuelto a repetirse en la literatura mexicana, así como la visión etérea y angelical de la mujer que de sus versos se desprende, siguieron gustando a un buen número de españoles, que pronto la erigieron en símbolo de la feminidad contra el feminismo. Su escritura fue parte de un proceso de reafirmación de sus propias convicciones, de su persona y de su visión de mundo, de modo que la escritora se identificó plenamente con la ideología y las formas literarias hegemónicas,³¹ pero,

30 Camarillo. p. 58.

31 El ascético y rememorante mundo de María Enriqueta, enemigo del cuerpo y devoto de las voluptuosidades del espíritu, tiene mucho de moralizante, por lo que, quizá sin proponérselo, su verso y su prosa sirven dócilmente de instrumento propagandístico de una moral

al mismo tiempo, una práctica a favor del arte, de la educación y del ingreso de las mujeres a la esfera laboral, literaria e intelectual.

Antes de que la poeta abandonara España, el general Franco concedió a Pereyra honores póstumos de capitán general de España y la condecoración Isabel la Católica, y a ella, la medalla Alfonso el Sabio, uno de los máximos reconocimientos a los méritos literarios en el extranjero. Después de la muerte del marido, sucedida en Madrid, el 30 de junio de 1942, María Enriqueta se sumió en la soledad, y en ella continuó sumergida primero en Madrid y más tarde en México, en espera de su propia muerte, que llegó en 1968. Había retornado a México 20 años atrás —después de varios intentos, gestiones y campañas que apoyaban su regreso— acompañando los restos de su cónyuge, para ser repatriados. Los restos de Pereyra fueron velados en la Academia Mexicana de Historia, y trasladados a Saltillo, su tierra natal; ella recibió grandes muestras de cariño, homenajes, festejos y entrevistas; pero después quedó sola. Sola como en realidad había vivido desde su destierro, sola con las emociones sobrevivientes de su orbe abolido.

Bibliografía

ALTAMIRANO, Ignacio Manuel. La literatura nacional: revista, ensayos, biografías y prólogos. T. 1. México: Porrúa. Escritores Mexicanos 52, 1949.

ALVARADO, José. “La muerte de María Enriqueta”, en: *Visiones mexicanas y otros escritos*. México: FCE/SEP, 1985. pp. 130-132.

ARAMBEL GUIÑAZÚ, María Cristina – MARTIN, Claire Emilie. *Las mujeres toman la palabra. Escritura femenina del siglo XIX*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2001.

ARRÓNIZ, Marcos. *Manual del viajero en México o Compendio de la historia de la ciudad de México*. París: Librería de Rosa Bouret, 1858.

BALDIN, Yakovlev Valentín. *María Enriqueta Camarillo y Roa de Pereyra. Su vida y su obra* (Tesis licenciatura). México: UNAM. Facultad de Filosofía y Letras, 1956.

CAMARILLO, María Enriqueta. *Las consecuencias de un sueño*. México: Tipografía Carpeta, 1902.

_____. *Rumores de mi huerto (Poemas)*. México: Casa Ballescá, 1908.

impositiva, cruel y, aunque resulte difícil de creer, erótica a fuerza de negar a cada instante las satisfacciones primarias del ser humano. Carballo, *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XX*. 2001, pp. 41-42.

- _____. *Rosas de la infancia (lecturas escolares en cinco tomos)*. París: Casa Bouret, 1914.
- _____. *Mirlitón*. Madrid: Imprenta de Juan Pueyo, 1918.
- _____. *Jirón de mundo*. Madrid: América, 1919.
- _____. *El secreto*. Madrid: América, 1922.
- _____. *Rumores de mi buerto. Rincones románticos*. Madrid: Imprenta Juan Pueyo, 1922.
- _____. *Brujas, Lisboa, Madrid*. Madrid: Espasa Calpe, 1930.
- _____. *Del tapiz de mi vida*. Madrid: Espasa Calpe. Contemporáneos, 1931.
- _____. *Hojas dispersas*. México: Patria, 1950.
- “Camarillo, María Enriqueta”. *Diccionario de escritores mexicanos*. México: UNAM, 1867. pp. 243-245.
- CARBALLO, Emmanuel. *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XX*. México: Océano/Conaculta, 2001.
- DAUSTER, Frank. *The Double Strand. Five Contemporary Mexican Poets*. Kentucky: The University Press of Kentucky, 1987.
- DOTOR Y MUNICIO, Ángel. *María Enriqueta y su obra*. Madrid: M. Aguilar, 1943.
- ERSKINE INGLIS, France (Mme. Calderón de la Barca). *La vida en México durante una residencia de dos años* (1842). México: Porrúa. “Sepan cuantos...” 74, 1997.
- GARCÍA BARRAGÁN, Guadalupe. “Primeras narradoras de México y otros países hispanoamericanos”. Argos, 17, enero-marzo 2001. <http://www.argos.cucsh.udg.mx/17ene-mar01/17egarcia.html>.
- GARRIDO GONZÁLEZ, Elisa ed. *Historia de las mujeres en España*. Madrid: Síntesis. Letras Universitarias, 1997.
- GÓMEZ NAVARRO, José Luis. *El régimen de Primo de Rivera*. Madrid: Cátedra. Reyes, dictadores y dictadura, 1991.
- GONZÁLEZ PEÑA, Carlos. “La poetisa ausente”, en: Ponce de León, Salvador. *María Enriqueta y su retorno a México*. México: Editores Mexicanos Unidos, 1961. pp. 42-51.
- HERNÁNDEZ PALACIOS, Ma. Esther. “Camarillo, María Enriqueta”, en: *Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina*, t. I. Venezuela: Biblioteca Ayacucho/ Monte Ávila, 1995. pp. 811-812.
- KIRKPATRICK, Susan. *Las románticas. Escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*. Trad.

Amaia Bárcena. Madrid: Cátedra. Feminismos, 1991.

LEÓN, Fray Luis de. *La perfecta casada*. Buenos Aires: Espasa-Calpe. Austral, 1940.

MARTÍNEZ, Jesús, A. *Historia de España, siglo XX. 1939-1996*. Madrid: Cátedra. Historia. Serie Mayor, 1999.

MILLÁN, Ma. del Carmen. “Tres escritoras mexicanas del siglo XX, en: *Obras completas*. México: Gobierno del Estado de Puebla. Colección V Centenario, 1992. pp. 318-339.

MOLLOY, Silvia. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica. Tierra firme., 1996.

MORAÑA, Mabel. “Migraciones del latinoamericanismo”, en: Revista Iberoamericana, XXVI: 193, octubre-diciembre 2000. pp. 821-829.

PACHECO, José Emilio. *Antología del modernismo. 1884-1921*, t. 2. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Biblioteca del Estudiante Universitario 91, 1970.

PRESTON, Paul. *España en crisis: evolución y decadencia del régimen de Franco*. Trad. Rafael Lassaleta y otros. México: Fondo de Cultura Económica, 1978.

PRIETO, Guillermo. *Viajes de orden suprema por Fidel, años de 1853, 54 y 55*. México: Patria. México en el siglo XIX, 1970.

SCANLON, Geraldine M. *La polémica feminista en la España contemporánea 1868-1974*. Trad. Rafael Mazarrasa. México: Siglo XXI, 1976.

SECO SERRANO, Carlos. *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración*. Madrid: Alianza. Los Borbones 9, 2001.

TORIL, Moi, *Sexual/Textual/Politics. Feminist Literary Theory*. London: Routledge. 1986.

_____. “Teoría feminista francesa”, en: *Teoría literaria feminista*. Trad. Amaia Bárcena. Madrid: Cátedra, 1998. pp. 101-111.

VIVES, Juan Luis. *Instrucción de la mujer cristiana*. Buenos Aires: Espasa-Calpe. Austral, 1944.

Viaje - Traducción y Transición: *Flores de un solo día* de Anna Kazumi Stahl

Graciela Michelotti
Associate Professor of Spanish
Haverford College. EE. UU.

Anna Kazumi Stahl, nacida en Shreveport, estado de Louisiana y criada en New Orleans, EE. UU., es hija de un norteamericano de ascendencia alemana y de madre japonesa. En 1995 se instala en Buenos Aires y comienza a escribir en castellano. Su novela, *Flores de un solo día* (2002) fue nominada en 2003 para concursar por el premio Rómulo Gallegos.

La obra se cuenta entre varios otros textos producidos por escritores migrantes en el período alrededor del cambio de siglo. Refiriéndose a estos autores, Thomas Colchie escribe en la introducción a su antología:

If the “boom” writers were less than comfortable with the very notion of a homogeneous cultural landscape called Latin America, the new Latin American authors have exploded entirely. Indeed, they have made us to think in terms, not of Latin America but of Latin *Americas*- or at the very least, of *Latin Americas*.¹

Como en el caso de estos autores, la novela de Kasumi Stahl es el resultado de travesías que van más allá de cambios de países y continentes para abarcar transformaciones y translaciones de lenguajes y zonas de identidad en movimiento. Este elemento apunta a la importancia que, como ya señalara Michel Foucault, la cuestión de la espacialidad adquiere en las últimas décadas del siglo XX:

The great obsession of the nineteenth century was, as we know, history [...]. The present epoch will perhaps be above all the epoch of space. We are in the epoch of simultaneity: we are in the epoch of juxtaposition, the epoch of the near and far, of the side-by-side, of the dispersed. We are

1 Colchie, *A Whistler in the Nightworld: Short Fiction from the Latin Americas*. c 2002, p. xvi.

at a moment, I believe, when our experience of the world is less that of a long life developing through time than that of a network that connects points and intersects with its own skein.²

Francine Masiello en *Art of Transition* relaciona el tema del espacio con el de la migración y el de la traducción, tarea a la que Kasumi Stahl se dedica literal y simbólicamente. En el capítulo titulado “Bodies in Transit” Masiello afirma:

Claiming various national belongings, Stahl engages the crisis of identity that besets a translator and marginal observer who is forced to wear the mask of immigrant identity and speak through the screen of several languages not readily her own.³

Flores de un solo día, su primera novela y su segunda publicación, aparecida después de la colección de cuentos *Catástrofes naturales* (1997), presenta elementos de desterritorialización y enajenación de la identidad que se manifiestan de manera especial en la Argentina del momento de su publicación.

La particular locación de la autora en relación con el idioma y el espacio, su “extranjería” en su país natal y en el nuevo y su interés teórico en temas de identidad (su tesis doctoral de 1996 se titula: *Order and Displacement in the House of the Nation. Minority Discourse in Three National Contexts*) la colocan en una interesante encrucijada. Allí el concepto de la traducción, textual y cultural, relacionado con los de tránsito e identidad, concurre para revelar tensiones relacionadas íntimamente con los sistemas lingüísticos y culturales definitorios del concepto de nación frente al proyecto de globalización neoliberal.

En una época en que la frase más popular de la Argentina de la crisis económica y política que explotara en diciembre de 2001 era “me quiero ir”, la aparición de una escritora que no solo adopta la ciudad de Buenos Aires como lugar de residencia sino también el porteño como instrumento de su literatura no deja de ser un pequeño milagro que la crítica elogia y el público premia, logrando que la novela obtenga un importante éxito comercial. El translingüismo de Kazumi Stahl adquiere una dimensión política que le permite replantear elementos de transición y dislocación siempre presentes en la conciencia de un país de inmigrantes (europeos, latinoamericanos) y emigrados. Esa translación, ya sea

2 Foucault, Miskowiek, “Of Other Spaces”. *Diacritics*, 1986, p 22.

3 Masiello, *Art of Transition: Latin American Culture and the Neoliberal Crisis*. 2001, p.154.

geográfica, social o lingüística, se convierte en una nueva zona donde el personaje desplazado busca, sin garantías de encontrarla, una nueva, y tal vez también temporaria, identidad.

La misma Kasumi Stahl explica su preocupación por esa búsqueda en un artículo de Larry Rohter publicado en el *New York Times* a poco tiempo de la aparición de esta novela:

I guess that what I'm trying to talk about more than anything else is the question of the components of identity and how we end up putting them together... I'm interested in the stories of people who choose to leave and install themselves somewhere else - how you do that, why you do it and whether you can do it.⁴

No me preocupan aquí las dificultades técnicas intrínsecas a lo que significa escribir en una lengua que no es la nativa; la historia de la literatura contiene muchos de esos ejemplos, algunos brillantes. Lo interesante en el caso de Kazumi Stahl es que una escritora del tercermundista sur de los EE. UU. se instale en Buenos Aires y transporte desde allí a su personaje a su New Orleans originaria. Importa también que estos gestos viajeros de ida y vuelta sean un acto adulto y plenamente volitivo y no un resultado de migraciones familiares en la niñez o de exilios políticos de la madurez.

El estilo de frases simples, de un tono cotidiano, el casi convencional uso del lenguaje y el tono intimista de Kazumi Stahl logran combinar el atractivo de la sencillez con la fragilidad intrínseca de un producto concebido en un idioma que no es el materno. Tal vez esa sea parte de la clave del éxito comercial de su novela. La otra es el tono de suspenso que guía la trama. Hay un misterio para dilucidar y se lee esperando que al final eso suceda. Chalmette, el anciano que revela parte de su historia a la protagonista, hace alusión a ello cuando dice de ella:

Siempre fuiste así. De chiquita. Una pequeña fanática de los libros de misterio que en algunas oportunidades tuve el placer de leerte: los *Hardy Boys*, *La niña espía*, *Misterios a solucionar en 5 minutos*, lo que fuere, pero todos con las claves en un epílogo final.⁵

La novela, como aquellos textos, proporciona y aclara todas las claves. Así logra contestar al mismo Chalmette, cuando más adelante este dice: "...quieres

4 Rohter. "2 Artists Follow Muses to Success in Argentina", *New York Times*, 2003.

5 Kasumi Stahl, *Flores de un solo día*. 2002, p. 295.

lo que la gente joven siempre quiere cuando visita a los ancianos. Si no es plata, es “la historia verdadera”. ¿No es así? Como si existiera tal cosa.”⁶

De manea satisfactoria, la protagonista cumple al final de la narración con las dos metas: logra descubrir quién fue en realidad su padre y aclara el camino de acceso a su herencia.

La novela cuenta la historia de dos mujeres, una madre privada del uso del lenguaje (no puede hablar, ni leer o escribir), y su hija de 8 años quien solo habla inglés. Las dos, de manera repentina y misteriosa, se trasladan en 1966 de New Orleans a Buenos Aires donde se establecen en un departamento en el barrio de Congreso. Allí se dedican al comercio, en una florería situada en la avenida Rivadavia. Esa calle constituye el eje geográfico de la ciudad: determina el cambio de nombre de las calles transversales que la cruzan y tradicionalmente ha dividido el norte y el sur de la misma. Aimée, la hija, cuando adulta, se desempeñará como dueña y administradora del negocio y la madre como la productora de artísticos arreglos de ikebana que su hija vende. Cuando Aimée tiene alrededor de 35 años, la sorpresiva llegada de una carta relacionada con la venta de una casa en New Orleans provoca un viaje de regreso al lugar de su infancia y a un espacio de su historia hasta ese momento desconocido por ella.

El texto parece así revertir el tema de múltiples narrativas, especialmente las originadas en el cono sur, que cuentan las vicisitudes de muchos *desaparecidos*. Aquí algo se transforma. No se trata de personajes trágicamente familiares a la historia argentina, evaporados misteriosamente durante la época de la dictadura militar. Son estos, en cambio, seres extraños, exotizados que en lugar de desaparecer, aparecen en la ciudad, desprovistos de capacidad de habla y de historia. Como Aimée, que en EE. UU. ha sido declarada “jurídicamente desaparecida en 1971”⁷ para ser despojada de la casa de New Orleans, las características de los personajes recién llegados reproducen por su parte el silencio y la falta de memoria histórica que la dictadura quiso imponer a sus víctimas.

Más adelante, el viaje de vuelta a EE. UU. permitirá a Aimée completar el mapa de su identidad, escondida para ella en una trama de enredos y confabulaciones. Ahora, en paralelo con muchas otras historias generadas por las desapariciones provocadas por la Guerra Sucia, el trasladarse al territorio del pasado otorga a Aimée un conocimiento certero de cuál fue la historia verdadera de sus

6 Kasumi Stahl, p. 273.

7 Kasumi Stahl, p. 168.

padres. En esta ocasión son las búsquedas de los hijos de los desaparecidos las que se recuerdan en el viaje de Aimée. En su historia, el origen del misterio se ha generado también por otro conflicto bélico, la Segunda Guerra Mundial, en la que Hanako, la madre, pierde el habla, su patria y su identidad. A raíz de lo acaecido en la Guerra la niña Hanako es trasladada de Japón a los EE. UU., espacio que permanecerá siempre misterioso para ella y en el que ella será también un misterio.

La novela comienza con el relato de la trayectoria de otros dos personajes, los hermanos Eveline y Francisco O'Leary. Los dos han emigrado con su familia a Argentina desde Irlanda, en las primeras décadas del siglo XX. A pesar de ser extranjera, la historia de Eveline la convierte rápidamente en un autóctono personaje de folletinesca letra de tango: el novio la abandona al pie del altar y ella, para evitar el bochorno, se aleja del pueblo chico donde ha crecido para instalarse en Buenos Aires, la gran ciudad, donde se convertirá en una maestra solterona.

A las apariciones inexplicadas de Hanako y Aimée se opone la desaparición de la figura masculina. Después del novio de Eveline, el segundo hombre que desaparece es el mismo Francisco, que aún joven se aleja de Argentina para trabajar en una empresa internacional que lo contrata por su habilidad de hablar inglés. Una vez en EE. UU. será apodado “El Argentino” por su acento. Su otredad lo acompañará siempre.

La historia de los personajes hasta aquí mencionados se une cuando sorpresivamente le llega a Eveline, que ahora tiene 67 años, un telegrama de parte de su hermano...

... anunciando el giro de una gran cantidad de dinero para el día siguiente y una cantidad prometida para el futuro... le encargaba el cuidado de una niña de ocho años y de su madre que también, como el giro, llegaban al día siguiente. El telegrama señalaba una complicación temporaria, una emergencia, *nada permanente*: sin embargo, jamás volvió ni se comunicó otra vez.⁸ (Mi cursiva)

En este breve párrafo aparecen elementos básicos que funcionan como generadores del discurso de la novela. Entre ellos, la conexión de las relaciones humanas con el dinero, los viajes, las ausencias y la aparición de mensajes oficia-

8 *Ibíd.*, p. 9.

les breves y fragmentarios: aquí se trata de un telegrama, más adelante, la carta que llega desde New Orleans, luego los mensajitos “escritos” por Hanako y su dibujo de una casa, a los que se agregan otros documentos legales que fracasan en comunicar una información completa, y que apuntan a la durabilidad de lo supuestamente *no permanente*, como las flores de un solo día del título.

A medida que transcurre la novela el lector descubre, junto con Aimée, que Francisco ha sido el amante secreto de su madre y que ella es hija de ambos. Hasta encontrarse con esta revelación ha creído que su padre ha sido el asexuado y ultra católico Henri Levrier, quien durante la Segunda Guerra Mundial había rescatado en Japón a Hanako, cuando niña, de la destrucción de su hogar que ocurre junto con la muerte de su padre, tragedia de la que Henri se siente responsable. Levrier se hará cargo de Hanako, como padre primero y como marido después, al reconocer a Aimée como su hija cuando Hanako queda embarazada como resultado de su relación amorosa con el Argentino, quien se ha casado con la madre de Henri. La llegada de la carta que obliga a Aimée a regresar a New Orleans no solo la provee de una herencia sino también afirma sus lazos con Argentina al descubrir el origen de su verdadero padre. Así logra lo que parece inaccesible cuando expresa su deseo de “...preguntar no sobre lo que es recuperable hoy, sino sobre lo que se perdió, tanto que parece olvidado y hasta ajeno.”⁹

Henri Levrier le había dicho a Aimée aún niña:

Recuerda, no digas “abuelo” al Argentino, no le va a gustar a la abuela Marie. No es tu abuelo porque no es mi padre y no me crió. Marie tampoco me crió, pero es mi madre. Como padre tuve al papá de ella, Claude Levrier. Era mi abuelo pero hizo de padre. Y tú, Aimée, tú no necesitas abuelo porque me tienes a mí que soy tu padre, y tienes a tu mamá también, y te estoy llevando para que te quedes con Marie y “El Argentino”, pero es sólo por un tiempito, hasta que mamá esté mejor, un rato nomás, unos días o una semana, y tú entonces concéntrate en disfrutar el aire libre.¹⁰

Si el dramón de la Eveline abandonada se relacionaba con la poética tanguera local, este otro se encuadra en el ambiente del sur de los EE. UU. donde los conflictos relacionados con fortunas perdidas, mansiones antiguas y enredos fa-

9 *Ibíd.*, p. 170.

10 *Ibíd.*, p. 25.

miliares y político-laborales son parte de un discurso que se vuelve estereotípico.

Como ya se dijo, las figuras masculinas/ paternas están ausentes y son elusivas. Las figuras maternas, físicamente presentes, también están marcadas por una ausencia. Son prueba de ello la falta de expresiones afectuosas y de contacto físico puestas en evidencia en la “abuela” Marie, la madre de Henri, que se vuelve el prototipo de la mujer “mala” que maneja los hilos de su mundo social por medio de largas comunicaciones telefónicas; la austeridad emocional de parte de Eveline y la carencia de lenguaje y estabilidad mental en la madre, Hanako.

Japón, New Orleans, Buenos Aires; abuelos-padres; madres y abuelas misteriosas y ausentes. El exotismo de estos personajes itinerantes que traspasan fronteras físicas y van más allá de lo que el mundo de las costumbres tradicionales puede aceptar sin juzgar, se exaspera.

Todos tienen algo de “extranjeros”. Coulerut, el dueño original de la florería de Aimée, que la acoge todavía casi niña como empleada y de quien ella hereda el negocio, funciona también como figura paterna y como los otros está marcado por el signo de lo ajeno. Es de origen francés y ha vivido siempre solo. No se le conoce familia. Su historia sugiere que los inmigrantes de generaciones anteriores habitan también un mundo de misterio y de historias amputadas como la de Aimée. Coulerut muere “... desilusionado con el país, justo después de la Guerra de las Malvinas pero antes de la vuelta de la democracia.”¹¹

A excepción de la mención específica a la Segunda Guerra Mundial en la historia de Henri y Hanako no existen referencias claras a conflictos que pueden ser causales de estas migraciones. El texto es preciso, sin embargo, en notar que es en el ámbito de la comunicación donde se actúan las rupturas migratorias y donde se desarrollan nuevas estrategias de sobrevivencia. Al principio, la joven empleada de la florería habla solo inglés y su patrón, que conoce muchos otros idiomas, lo ignora, de modo que el viejo florista y Aimée establecen un particular medio de comunicación:

Sin un idioma en común, entablaron con la niña una extraña amistad que en el comienzo era una relación sin palabras, o más bien en que las palabras hacían de fichas en un juego *más visual que oral* ... La conexión entre el viejo y la niña tenía más que ver con el tiempo que compartieron, o con

11 Ibidem, p. 39. Esta frase contiene una de las muy escasas referencias políticas de la Argentina circundantes al presente de la historia, que puede situarse hacia fines de los ochenta o principios de los años noventa.

lo que subyacía en ese tiempo, una afinidad que contradecía lo racional. Se caían bien, sin conocerse y se conocieron sin poder hablarse.¹² (Mi cursiva)

Cuando en una oportunidad se le preguntó a Vladimir Nabokov si pensaba en inglés, francés o ruso el escritor contestó que él no usaba ninguna lengua para pensar sino que pensaba en imágenes y que no creía que la gente pensara en una lengua¹³. Se podrían cuestionar los aspectos teóricos que encuadran esta afirmación, pero creo evidente que la novela adhiere a esta idea. Tal vez la *imagen* como común denominador del pensamiento humano lleve a la autora a perpetuar el idealismo intrínseco implícito en el famoso artículo de Walter Benjamin, *The Task of the Translator* cuando afirma:

In the same way, a translation, instead of resembling the meaning of the original, must lovingly and in detail incorporate the original's mode of signification, thus making both the original and the translation recognizable as fragment of a *greater language*, just as fragments are part of a vessel.¹⁴ (Mi cursiva)

La grandeza de la lengua así concebida por Benjamin se completa en la novela con la minuciosidad y el carácter etéreo del lenguaje de las flores que ejercita Hanako. La lengua de la transición como aquella de la traducción son reconocibles en fragmentos elaborados cuidadosamente, fragmentos de flores, de casas, de ciudades, de vidas.

Como Hanako más tarde, Coulerut hace arreglos florales que cambia cada día para adornar la elegante vidriera de su florería; Aimée, como con su madre, establece con él una comunicación sin palabras. Al final de la novela, son las fotos encontradas en la cabaña las que terminan de completar la historia. La referencia a lo visual funciona también para indicar no solo su relación con la producción de un lenguaje nuevo sino con la de la traducción del viejo:

Ha perdido la costumbre con el inglés, y de momentos tarda en recordar ciertas palabras o en descifrar el orden de las frases, por lo que primero le resulta confuso todo, hasta que de pronto, el sentido se esclarece *como una*

12 Ibídem, p. 40.

13 Kellman, *The Translingual Imagination*. 2000, págs. 114-115.

14 Citado en: Venuti, *The Translation Studies Reader*. 2002, p. 21.

foto en el líquido del revelado”.¹⁵ (Mi cursiva)

El primer libro de Kazumi Stahl, *Catástrofes naturales* es una colección de cuentos, escritos en español algunos, traducidos otros a esa lengua por la misma autora. Allí se enfatiza, según Francine Masiello la tarea del escritor traductor como “labor”:

While the collection as a whole is designed to complicate our sense of place of origin, it also tests the languages of selfidentity and our preconceived assurances about national belonging. More importantly, this text about immigrants and labor is also about the workings of a migrant language. In this respect, Stahl calls attention to the immigrant’s role as a worker in the field of language, a translator between two worlds who maneuvers words for compensation.¹⁶

En *Flores de un solo día* la labor artesanal vuelve comercio. A través de su uso de la lengua, cualquier lengua, en oposición a su madre muda, y por medio de su acceso al espacio público de la florería, en contraposición a su madre agorafóbica, Aimée produce el vínculo que conecta el arte de Hanako y el bien material que genera. Al mismo tiempo, con el viaje hacia EE. UU., que de manera reluctante ella emprende, refuerza y afirma el valor de la cuestión material al producir una herencia.

Los “contagios” o préstamos que se observan en el carácter de madre e hija reafirman la conexión entre ambas. A excepción de su madre y de Fernando, su marido, no conocemos de Aimée ninguna otra relación íntima. No tiene amigas, y las interacciones con la familia de su esposo son caracterizadas como acontecimientos formales. Además de los mencionados personajes solo trata con los que le venden las flores en el mercado, con sus dos jóvenes empleados y con el abogado que la ayuda en New Orleans. La mudez, o por lo menos la parquedad, también parece extenderse a los otros personajes con los que Aimée entra en contacto, quienes tampoco hablan mucho. Sus conversaciones tienen que ver con la esfera comercial del negocio. Del mismo modo, los movimientos de Aimée también parecen estar restringidos, haciendo mímica al encierro de Hanako. Se dice de Aimée y Fernando que “Nunca salen a ningún lado, ni siquiera de

15 Kasumi Stahl, p. 72.

16 Masiello, p. 155.

vacaciones.”¹⁷ Incluso el viaje a Nueva Orleans dura apenas un poco más de un día, como las flores del título. Al mismo tiempo que transforma a su madre proporcionándole un vehículo de comunicación (la florería) Aimée la reproduce. Se podría decir que la “traduce” al darle un nuevo lenguaje con qué expresarse: los arreglos florales, y un nuevo público: sus clientes. Las flores se vuelven un mensaje que traduce las emociones de la madre mientras, como bien señala Debra Castillo: “Aimée ventriloquizes her mother’s thoughts, imagining her mothers perspective.”¹⁸

Esos cambios ocurren también en esferas concretas: “las viviendas son así... cambian orgánicamente”¹⁹ y la florería “Es un espacio que se ocupa de transformaciones: las flores van de un estado casual y mudo a otro, el de la expresión... El ambiente tiene la fragancia de las flores que han pasado por ahí”²⁰, de modo que los espacios íntimos, domésticos y aparentemente estables también sufren un proceso de cambio, de movimiento, de translación.

Estas características funcionan por un lado como marcas de una inestabilidad general y por otro como entidades que reaseguran cierta permanencia en el cambio y proponen el cumplimiento de algunas premisas ya prefijadas. Por ejemplo, desde un principio Aimée anticipa su viaje final cuando modifica el departamento que había sido de Eveline para orientarlo al norte: “La casa de Aimée Levrier y Fernando Marconi - a sólo tres cuadras del Congreso- mira hacia el norte. Se modificó para obtener esa vista a pedido de Aimée hace ocho años, a casi cien de su construcción original.”²¹

Por su parte, las dos mujeres se ven iguales, como “dos gotas de agua arrojadas al petróleo”²², que viven en “un *equilibrio* de naturalezas opuestas”²³ (mi cursiva); estas imágenes sirven para ilustrar un vaivén acompasado que no parece amenazar con salirse de curso. Según Lori Chamberlain: “Both writing and translating depend on previous texts”²⁴. La idea podría explicar esa necesidad de volver recurrentemente al lugar del pasado, para traducirlo, para rescribirlo. En el

17 Kasumi Stahl, p. 57.

18 Castillo, “I Call it New Orleans” *Contemporary Women’s Writing*, 2007, p. 109.

19 Kasumi Stahl, p. 8.

20 *Ibidem*, p. 15.

21 *Ibidem*, p. 7.

22 *Ibidem*, p. 10.

23 *Ibidem*, p. 11.

24 Citado en: Venuti, p. 324.

ámbito de lo concreto, las propiedades heredadas en Buenos Aires y Louisiana, que parecen duplicarse, no hacen más que reafirmar la presencia de textos anteriores que se repiten y reapropian.

Los movimientos pendulares van de New Orleans a Buenos Aires, ciudades que se recuerdan mutuamente. Incluso el dibujo de Hanako que representa una casa en las afueras de New Orleans sugiere para Fernando una casa en el Tigre, a pocos kilómetros de Buenos Aires²⁵. Los viajes contrastan al mismo tiempo las dos casas en cada ciudad: por un lado, el cambio de estaciones en los dos hemisferios; por el otro, el mundo de la provinciana aristocracia del sur de EE. UU., con el ambiente cosmopolita de Buenos Aires. Las similitudes se extienden a los cuerpos de la madre y la hija que en varias ocasiones realizan las mismas acciones. Cuando Aimée llega a Nueva Orleans, en camino de su hotel hacia el edificio donde se encontrará con el abogado reactúa la experiencia de su madre recién llegada a Buenos Aires. En ese momento Hanako, sale una única vez del edificio de la calle Junín en busca de su hija para llegar al cementerio de la Recoleta y el osario de la Iglesia del Pilar²⁶, repitiendo de manera casi irónica la visita de rigor de cada turista de la ciudad. Cuando Aimée está en New Orleans recorre la también turística Bourbon St. y visita un museo en Delacroix. Sin embargo ella no sufre por la incertidumbre de lo desconocido como su madre sino por el calor del verano de New Orleans.²⁷

En su recorrido, Hanako se guía por el tacto para poder volver a su casa. Para llegar a la escuela el primer día de clases en un camino breve y sencillo²⁸ y luego en New Orleans²⁹, Aimée se servirá de un mapa. Pero es la llave que le ha dado Hanako lo que finalmente la ayuda a llegar a su destino. Richard Young observa que:

As postmodern geographers have emphasized, maps are neither objective nor comprehensive of the reality they represent...City maps, although they are images of spaces created by urban societies, are also rationaliza-

25 Kasumi Stahl, p. 300.

26 *Ibíd.*, p. 35.

27 *Ibíd.*, p. 151.

28 *Ibíd.*, p. 28.

29 *Ibíd.*, p. 301.

tions that show only what their makers decide to show us ... They do not reveal the lived environment, the social space ...³⁰

Aimée necesita del conocimiento de la madre, comunicado por un lenguaje diferente del de la lengua o la cartografía para llegar al descubrimiento de su identidad.

Hanako se convierte en el emblema y la reactuación de los síntomas de la translocación y los contiene. La traumática transición de Aimée-niña del inglés al español, que culmina en la pérdida parcial del idioma nativo, se exagera en la ausencia total de la posibilidad de comunicación lingüística de Hanako, quien ante la alternativa de interactuar en un mundo que parece que no entiende y que obviamente no la entiende a ella por su exotismo y su mudez, elige el encierro.

Los cambios lingüísticos conllevan así mismo cambios físicos: “cada detalle familiar fue reemplazado por otro distinto, hasta la pronunciación de sus nombres. Con el tiempo sus cuerpos también cambiaron y llegaron a ser más parte del nuevo lugar que del original, de donde habían venido.”³¹

La protagonista es Aimée Levrier en Buenos Aires y Amy Oleary en New Orleans. Hanako, cuyo nombre en japonés significa “flor” cultiva el arte de la duplicación, de la representación. Con sus manos transforma las flores cortadas, muertas, en “flores vivas” (traducción de lo que significa *ikebana* en japonés) en la forma de arreglos florales que a su vez son el lenguaje de sus emociones. Cuando las flores no basten, los objetos, los papelitos “escritos” por Hanako,³² las fotos³³ y los fragmentos de malos poemas escritos por Francisco Oleary³⁴ intervendrán para formar un nuevo lenguaje representacional que logre contar la historia del origen de Aimée y que lleva al lector al final de la novela. Hanako le entrega a su hija una llave “distinta de las que se usan en Argentina”³⁵ que Aimée interpreta como un amuleto antes de partir a New Orleans. Luego descubre que se trata de la llave que abre una puerta concreta, la de la cabaña donde encontrará fotos que terminarán de contarle y confirmar esa historia. Las llaves también viajan y encuentran su lugar en el mundo.

30 Young, “Buenos Aires and the Narration of Urban Spaces and Practices”. 2003, p. 302.

31 Kasumi Stahl, p. 49.

32 Ibídem, p. 132.

33 Ibídem, p. 311-312 y 316.

34 Ibídem, p. 318.

35 Ibídem, p. 147.

A simple vista la historia de Aimée representa la mezcla de un discurso sobre un personaje femenino moderno con el del contexto de la novela romántica. Es una mujer empresaria exitosa que “se hace sola” y que recibe el premio económico a su peregrinaje geográfico y lingüístico manifestado en la forma de una herencia paterna, ayudada por su intuitiva comunicación con su madre.

La recuperación de la casa, la herencia y la identidad propone la posibilidad del rescate y de la apropiación del texto original, por medio de una traducción que se revela como una tarea laboriosa y metódica. El discurso original, el texto/casa paternos, son transmitidos a la mujer gracias a su arduo y doloroso trabajo de enfrentarse con el pasado, para el cual debe cruzar fronteras geográficas y lingüísticas

“By changing tongues, authors flirt with silence” dice Kellman³⁶ y agrega más adelante que tanto en el translingüismo como en la traducción: “The project of traversing many tongues, of expanding one’s awareness ... toward universal comprehension is doomed to imperfection.”³⁷ La travesía de Aimée supera la mudez de su madre para proponer una nueva voz. La fidelidad de esta transición se autentifica, no solo por los medios legales que maneja el abogado, sino por la presencia de un texto donde dos mujeres, a partir del silencio y la anonimidad, logran conjugar un nuevo lenguaje no convencional ni perenne, como el de las flores, y como el de estas, cargado de significación. Para la Argentina de principios del siglo XXI, también en transición, una novela que propone la magia, aunque breve, de un lenguaje nuevo que viene del silencio; un texto que reafirma la posibilidad de levantar velos de mentiras que ocultan la verdadera historia, al mismo tiempo que permite la reapropiación de la casa paterna, aun cuando sea un proyecto altamente individualista, o tal vez por eso mismo, no deja de ejercer una atracción difícil de rechazar.

Bibliografía

BENJAMIN, Walter. “The Task of the Translator”, en: Lawrence Venuti (ed). *The Translation Studies Reader*. New York: Routledge, 2002, pp. 15-22.

36 Kellman, p. 113.

37 Ibídem, p. 115.

CHAMBERLAIN, Lori. "Gender and the Metaphorics of Translation", en: Lawrence Venuti, (ed). *The Translation Studies Reader*. New York: Routledge. 2002, pp. 314-330.

CASTILLO, Debra. "I Call it New Orleans" *Contemporary Women's Writing* 1: 1-2 December: 2007, pp. 98-117.

COLCHIE, Thomas (Ed). *A Whistler in the Nightworld: Short Fiction from the Latin Americas*. New York: Plume, c2002.

FOUCAULT, Michel y MISKOWIEC, Jay. "Of Other Spaces". *Diacritics*, Vol. 16, No. 1, (Spring, 1986). Johns Hopkins University Press. <http://www.jstor.org/stable/464648> Accessed: 30/07/2008.

KASUMI STAHL, Anna. *Flores de un solo día*. Buenos Aires: Seix Barral, 2002.

KELLMAN, Steven.G. *The Translingual Imagination*. University of Nebraska Press, 2000.

MASIELLO, Francine. *Art of Transition: Latin American Culture and the Neoliberal Crisis*. Duke University Press, 2001.

ROHTER, LARRY. "2 Artists Follow Muses to Success in Argentina": *New York Times*. July 2, 2003.

VENUTI, Lawrence. *The Translation Studies Reader*. New York: Routledge. 2002.

YOUNG, Richard. "Buenos Aires and the Narration of Urban Spaces and Practices", en: *Contemporary Latin American cultural studies*. (ed.) Stephen Hart and Richard Young Oxford University Press, 2003, pp. 300-312.

LOS EMIGRADOS: VIAJE Y MIRADA DE MUJER

Ida Valencia Ortiz
Universidad del Valle. Escuela de Estudios Literarios, Colombia

La novela *Los emigrados* de Evanjelista Correa del Rincón Soler, publicada en Bogotá por la Imprenta de Medardo Rivas (1869), cuenta la emigración de jóvenes hombres y mujeres hacia los llanos del Casanare, quienes huyendo de las tropas españolas, buscan hacer su hogar en terrenos periféricos del país, conquistando las tierras donde aun el estado no tenía poder. En estos nuevos terrenos se enfrentan con tribus indígenas “no civilizadas”, con la naturaleza, con la selva. Los hechos están ligados directamente con los procesos independentistas de la Campaña de Casanare, comandados por Santander y Bolívar, así como con la problemática social en torno a la educación y las formas de vida, de trabajo.

Es una novela conformada por trece capítulos. En ellos la narración está marcada por tres momentos: un A en el que se narran los hechos históricos, uno B en el que se reflexiona acerca de las situaciones narradas y uno C en el que la narradora propone una opción en torno a lo planteado en los dos momentos anteriores. Es en este punto C en donde se hallan las grandes propuestas de cambio para la educación colonial imperante en el siglo XIX colombiano, que promulgaba la separación entre los sexos, y la definición de mujer y hombre como dos entes encasillados, determinados por las instituciones y las normas, lo cual implicaba un comportamiento donde quien estaba en el espacio público “libre” subyugaba a quien estaba en el espacio privado cas(z)ada.

La obra tiene un prólogo y una *Advertencia* que nos presenta los hechos históricos como una “historia verdadera”, ficcionalizada y vuelta leyenda a través del recuerdo de Eva, nieta de Angélica, la viajera protagonista de la historia.

En la *Advertencia* escrita como carta de presentación a *Los emigrados*, la autora explicita su intención de vender la novela para conseguir dinero *bonradamente*, con el cual sustentar a su familia; ya que por ser esposa de un soldado le ha sido negada la pensión heredada por este al morir, y que durante las luchas independentistas le habían adjudicado, como parte del *contrato*. No pretende reconocimiento literario ni social. La autora lo aclara. Sin embargo, ella sabe, por

las relaciones que tuvo en la ciudad, que sólo la comprarían si la considerasen interesante y con calidad literaria. La novela logra estas dos condiciones cuando encara el problema de la representación desde una propuesta crítica frente a “la realidad”: develando hechos vedados por la historia oficial, de la mano con el viaje que realiza Angélica.

Ello nos deja conocer que la guerra, la opresión familiar y religiosa, la traición política, la sumisión, tienen consecuencias devastadoras sobre la vida íntima de las personas y las familias, que afectan las generaciones posteriores con mayor contundencia que el dolor heroico de los protagonistas directos de la guerra.

En estas dinámicas de dramas íntimos, la autora enaltece la labor de la mujer como parte activa de estos procesos independentistas, y la importancia que implica el que ella se relacione armónicamente con otras voces que no “sustentan el mando” en un régimen militar.

Angélica es una mujer que toma sus propias decisiones más allá de los cauterios instaurados por la sociedad. Ella vive, viaja, propone, hace, sustenta, crea, cría, educa, transforma, conserva, transgrede y continúa viva; actitud importante en su contexto, teniendo en cuenta las protagonistas de novelas contemporáneas como María, Manuela y Dolores que mueren inmersas en una sociedad dominada por los hombres. Sin embargo, es de resaltar que entre ellas Dolores pervive gracias a su escritura, aunque muera, aunque su historia sea dada a conocer por un hombre. En *Los emigrados* —conocida bibliográficamente como leyenda histórica— la situación es diferente, pues la historia nos llega por tradición oral femenina y por escritura de mujer. En ella nos encontramos con Angélica, una mujer que se transforma en su viaje por el Casanare usando las herramientas que están a su alcance, descubriéndolas, saliéndose del forzado régimen Colonial de su entorno y sobreviviendo para perpetuar su estirpe.

En *Los emigrados* encontramos tres perspectivas de lectura muy interesantes: la configuración de la viajera, la mirada de mujer y la construcción de la metáfora viva, que se entrecruzan y se comunican a lo largo de la narración, para darnos cuenta de un mundo referido a la formación de la República de Colombia, permitiéndonos armar la idea de cómo aquellas cotidianidades de una de las familias conformada por esposa, soldado, hijos y aliados más cercanos incide de manera significativa en la conformación de nación. Sobre todo, podemos asistir a la lucha de una mujer por vivir de manera digna en medio de la adversidad, haciéndose una mujer nueva que asume el activismo político, el educativo, así como

la subjetividad, para instaurarse y perdurar más allá de los paradigmas impuestos por la religión, la sociedad y la institución militar.

Veamos entonces la manera en que se entrecruzan estos elementos narrativos en el viaje, como escenario de transformaciones psíquicas, ideológicas, físicas y de género.

Angélica y su experiencia del viaje

Si bien se conocen varias novelas en la literatura colombiana donde la figura del viajero cobra importancia —ya sea este colono o infernal¹ (Martínez, 2000)— para la construcción de una idea de identidad regional y nacional, en el caso de *Los emigrados* Angélica es quien viaja y se adentra en el Casanare. Ella describe el ambiente (paisaje), las costumbres de la época, la relación hombre/mujer desde su mirada de mujer, la cual incluye una propuesta conciliadora en medio de la guerra. Ella es la persona que a través de su viaje halla el conocimiento individual y social; ella es quien sustenta la metáfora de la muerte como una aliada para conseguir sus objetivos: vivir, despojarse de los miedos de niña “civilizada”, construir su hogar, salvar a su esposo y a su descendencia.

Angélica asume la muerte de cautiverios² como la maternidad, la locura, el convento y la opresión matrimonial, exacerbados en la colonia, ya que de permanecer vivos no le hubiesen permitido actuar como lo hizo: en pro de su autonomía. Esta mujer asume sus roles de madre, esposa, republicana y educadora desde una reconsideración de estos, en tanto los ejerce de manera diferente a la establecida, en aras de hacerse mujer fuerte en medio del conflicto, moviéndose

1 Parafraseando al escritor Fabio Martínez se define la figura del viajero colono como aquel que llega a latitudes “no civilizadas” para desplazar a la población nativa de sus tierras y tomar posesión de ellas. La figura del viajero infernal que llega a tierras selváticas buscando asentarse, sin lograrlo, debido al ambiente deletéreo y la supremacía de la naturaleza: animales, plantas, fenómenos que le desestabilizan hasta la locura. Se considera paradisiaco el estado antes del viaje e infernal el estado posterior del mismo.

2 Desde una perspectiva antropológica Marcela Lagarde y de los Ríos en su libro dedicado a los cautiverios de las mujeres define este concepto como “síntesis del hecho cultural que define el estado de las mujeres en el mundo patriarcal. El cautiverio define políticamente a las mujeres, se concreta en la relación específica de las mujeres con el poder y se caracteriza por la privación de la libertad, por la opresión. El cautiverio de las mujeres se expresa en la falta de libertad. Concebida esta última como el protagonismo de los sujetos sociales en la historia, y de los particulares en la sociedad y en la cultura. (Lagarde. *Los cautiverios*... 1990, 2003: 33-34)

en la ambigüedad de ser una revolucionaria y a la vez conservadora de ciertas tradiciones que le acompañan en su condición de blanca entre los indígenas. Es esta oscilación en comportamientos y creencias la que le permite hallar el equilibrio para no volverse loca, asesina, traidora, para no morir.

Detengámonos un poco entonces en el panorama que nos muestra la viajera en su periplo por los Llanos.

El Ambiente y el paisaje que Angélica descubre

Flor María Rodríguez—Arenas (Jaramillo, María Mercedes *et al.*1991) sitúa esta novela como antecesora de *La vorágine*. En la obra de Evanjelista Correa ya se describen las selvas del Casanare y es posible diferenciar, gracias a la narración, dos tipos de paisaje: paradisíaco (ciudad colonial) e infernal (selva del Casanare), ligados íntimamente a la condición humana de quien se interna en ellos, en este caso Angélica.

En primera instancia se nos muestra el ambiente paradisíaco, donde todo acontece dentro de las normas establecidas por la ley colonial: religiosas, conservadoras, patriarcales y opresivas. Este paisaje es llamado paradisíaco por obedecer al orden del ser humano, porque no le representa mayores riesgos. Los espacios en los que encontramos a los personajes son por lo tanto la iglesia, las casas familiares de Angélica y de José, allí tienen lugar los acontecimientos de mayor importancia social: la celebración de la misa, el matrimonio y la vida familiar, que se vive de manera diferente según sus integrantes, la historia sociopolítica de éstos y los roles que en ella se ejerzan. Así mientras en la familia de José es el papá quien sustenta el mando de manera totalitaria y firme, en la familia de Angélica es Josefa, la madre, quien desde la muerte de su esposo, controla todo lo concerniente a la casa y a la vida de sus hijas. La autora presenta al señor M. como el padre que “resolvió educar por sí mismo a su familia” (...) “Padre tierno i entendido, no empleó jamás el rigor sino la persuasión i el cariño, i supo sacar abundantes frutos en pocos años (...)”. En esta familia de mujeres, encontramos a las hijas pasivas, sumisas, amadas, encerradas y dominadas por ordenanza divina y social.

En esta casa crece Angélica, desde niña muestra cierta diferencia con sus hermanas. Ella era la más “inquieta” y siempre quería jugar, distante un poco de las dinámicas de los adultos, concentrada en su mundo festivo. Aquí conoce a José. De allí se va para formar su familia aparte, con claras diferencias de la

familia heredada de su padre, permitiéndose expresar sus sentimientos, sin ser calificada de imprudente o de niña aturdida.

A partir de este suceso, la autora identifica esa tradición preservada por la señora Josefa como una muestra de haber crecido en medio de unos “vicios de educación”, propios de la Colonia que abanderaban la separación de los sexos, el rechazo, así como la desconfianza entre mujeres y hombres. “Un gobierno que reglamentaba todas las acciones de sus súbditos, que seguía en todo una rutina invariable” (Correa,1867:3) donde eran inamovibles los roles de género, los sociales y los sexuales.

En este ambiente se casan Angélica y José, obviamente sin tratarse a fondo. Matrimonio que da lugar al primero de varios desplazamientos hechos por la protagonista, siempre significativos de un movimiento físico (cambio de lugares) y uno comportamental (cambio de actitudes frente a). Angélica se va a vivir a la casa de su suegro, una hacienda en el campo, donde conocemos una nueva faceta de la niña casada, pues a pesar de su corta edad, 13 años empieza a concienciarse³, es responsable, “virtuosa”, que no gusta de los hombres faltos de reflexión, “atolondrados”. Al mismo tiempo la autora empieza a lanzar su propuesta sobre las implicaciones que tiene esta actitud de los hombres en la educación y en el proceso de construcción de familia y nación.

Allí nace Delia. Animada por los aires de libertad, surgidos del movimiento revolucionario de 1810, Angélica adquiere el juicio de una matrona: “no dejó de ser festiva, pero templada su alegría con la sublime moderación que la imprimiera la maternidad, dióle esta un atractivo tan poderoso que se hizo objeto del culto social” (Correa,1867:22). A un año de matrimonio ella ha estrechado los lazos de afecto con su esposo, quien también deseaba el cambio de tradiciones coloniales que les obligaban a preservar la propiedad privada de manera desigual.

Esta situación se evidencia en la vida de los hermanos de José y de él mismo, desde que asume la responsabilidad de trabajar para conservar los bienes familiares mientras sus hermanos los dilapidan. Con el relato de estas cotidianidades la autora aprovecha para hacer su crítica a las formas de vida nobles que sumían a los plebeyos en una desigualdad social, promoviendo un gobierno de explotación capitalista; de allí nace su referencia a Proudhon,⁴ dando cuenta a la

3 Concienciar. Verbo transitivo cuya acepción es: Hacer que alguien sea consciente de algo. Se define también como: Adquirir conciencia de algo. Se conjuga como el verbo Anunciar.

4 Pierre Joseph Proudhon, socialista francés de orientación pequeñoburguesa, teórico del

vez de su conocimiento en áreas económicas y políticas, al tanto del campo intelectual de la época. Desde este episodio se nos empieza a dibujar Angélica como una mujer triunfante.

El joven matrimonio parte hacia el Cocui debido al nombramiento de José como intendente de ese lugar. En esta segunda estación del viaje Angélica adquiere libertad al verse desligada de la presión de las familias. Tras un año vuelven a Cúcuta donde les es imposible permanecer a causa de los ataques de las tropas españolas. Se retiran hacia Santa Rosa de Viterbo dejando en la casa materna a Delia. Nace Cecilio y la joven pareja con el recién nacido parten hacia los llanos de Casanare.

Desde el inicio de la estancia en La Salina, el ambiente ya se presenta adverso, pues consciente de que los españoles andaban devastando ciudades y campos, Angélica siente la incertidumbre de la muerte a manos de ellos, empieza a familiarizarse con ella a través de su imaginación, figurándose posibles muertes para ella, para su esposo y su hijo. En este capítulo cuarto ya se nos hace una descripción detallada del ambiente selvático, el cual empieza a ser paisaje infernal: “abundante y robusta vegetación... todo era agreste”, exótico, bello, con la presencia de animales peligrosos acechando la vida de los humanos. En este lugar la fuerza de hombres y mujeres está minimizada por la de la naturaleza.

En esta primera etapa del viaje, Angélica percibe el paisaje como un “calabozo natural”, que le aleja de sus seres queridos, pero es consciente de la importancia de la situación y no se lamenta cual víctima, sino que asume el reto como parte de la lucha para conseguir la libertad, para vivenciar el paso de la colonia a la República, emigrando hacia los llanos del Casanare. Ella y José asumen su proscrita errancia, fijos en dirimir los males de la patria: esclavitud, despotismo, yugo español que martiriza la familia y la libertad.

Al llegar a Sabanalarga se topan con los primeros peligros: allí se enfrentan con un tigre y Angélica se despoja de la cobardía, adquiere la fortaleza que le da el campo, pues aunque está “protegida” por hombres y por “la providencia”, se enfrenta con sus temores personales de niña ciudadina, los cuales supera tras desmayos y aturdimientos. Ya se empieza a percibir la transformación más profunda

anarquismo. En el libro *¿Qué es la propiedad?* (1840), afirmaba que “la propiedad es el robo”. Sin embargo, Proudhon, en esencia, únicamente sometió a dura crítica la gran propiedad capitalista. Defendía la pequeña propiedad vinculada al trabajo, y consideraba que el fortalecimiento de este tipo de propiedad constituía la única salvación frente al capitalismo.

de la protagonista. Luego llegan a Pore, donde se inicia de lleno la descripción de “lo otro”, del llano que los llaneros llaman “El Reino”, de ese paisaje hostil, acechante, deletéreo, donde abundan peligros de toda clase, desde la vegetación, pasando por animales, insectos, peces eléctricos, carnívoros —los mismos de *La vorágine*—, hasta los guahivos: indígenas “terribles y sanguinarios” más peligrosos que el tigre/jaguar que hacen “desmayar el corazón” de los viajeros (Correa, 1867:36). Estas descripciones pormenorizadas del paisaje, de animales y de situaciones del llano empiezan a construir la figura de la muerte que siempre está al acecho en el espacio y en la mente de los viajeros y que Angélica va asumiendo poco a poco para sobreponerse a ella y vivir.

Durante su estancia en la selva del Casanare, encontramos varios episodios que narran cómo Angélica tiene que enfrentarse a muchas adversidades para conservar la vida, el honor, siendo muy significativo el enfrentamiento que tiene con una tropa de guahivos, del cual ella sale adelante e identificándose como la “genio protector de Betoyes que no siente vacilar su corazón” (Correa, 1867:44). Desde este acontecimiento vemos a una mujer capaz de empuñar las armas: de su genio, de fuego y filo, ella ejerce el poder en este paisaje salvaje, donde habitan indígenas pacíficos y ya “civilizados”, sometidos a la colonización violenta, cristianizados, que enaltecen a Angélica como la Blanca, que tiene algo de la misma divinidad, pero que no podemos identificar directamente con la imagen de la mujer virgen, pues su cuestionamiento de la existencia efectiva de la Providencia, la empieza a alejar de sus creencias ciegas, para emparentarla de lleno con el activismo, con la acción social comunitaria que le permite conservar lo que ella asume como su responsabilidad: mantener la vida sobre la muerte. Desde la propuesta de la autora, “Angélica es modelo de paciencia i caridad”, también le añadiríamos de autonomía para trascender el rezo, vestir una chaqueta a manera de uniforme y colgarse la tercerola: “Era la única que no mostraba ese terror espantoso que tenía como embargado el ánimo de sus compañeros” (Correa, 1867:44).

Angélica persigue los indios, mata murciélagos, sana mutilados, cuida bebés y dispara, se ha transformado en la selva que representa sus ansias de libertad y de lucha por un objetivo que le une a su esposo: “la instauración de la República y la abolición del régimen colonial”. Así narra la novela la percepción de José sobre la carta que ella le envía en forma de parte militar:

Cuando José recibió la carta de su esposa, no podía comprender si dormía o si era una enajenación mental la que le producía tan extrañas ideas. Angélica, su

dulce i tierna compañera, la tímida joven que venía del reino, llena de temores i desconfianza, podía competir con el más valiente, sin que por esto hubiera dejado de ser tierna, sensible i amante (Correa, 1867:47).

Angélica es reconocida como el genio protector, pues reluce su capacidad para resolver los conflictos armónicamente, conciliando, evitando al máximo ejercer la violencia armada, y sobre todo ocupándose de restablecer el equilibrio luego de la batalla.

Veamos cómo el siguiente episodio de la obra nos narra el encuentro con su hermano Crisóstomo, en el cual reconocemos la presencia de la selva y el genio de Angélica en una nueva muestra de valentía cuando defiende a su hermano de los nativos, quienes al no reconocerlo se lanzan a matarlo, creyéndole un espía.

A las ocho de la mañana le ocurrió al joven salir a encontrar al asistente quien debía traer algunas provisiones. Los betoyes no conocían al hermano de Angélica, ignoraban que hubiere llegado alguien a casa de la *blanca*, i tomaron a Crisóstomo por un espía; nada se reflexionó, solamente se atendió a la venganza. Todo el pueblo gritó que debía morir, i multitud de cuchillos i machetes se levantaron contra el joven oficial, que, desarmado e indefenso, no podía luchar con tan crecido número i casi sucumbía sin lograr otra cosa que llevar esta furiosa turba a fuerza de empujones hacia el lado de la casa de su hermana; allí se proponía encontrar su arma.

Al saber Angélica el peligro que corría su hermano, salió de casa i se precipitó entre aquellas furias llenas de rabia; atravesó esa masa compacta de jentes que se disputaban la presa, i tomando a su hermano de un brazo lo haló tras sí i dijo a los que lo maltrataban: “¿Qué haceis? Es un patriota; es mi propio hermano ... (...) Nadie pensó en dudar de las palabras de la *blanca*, i todos admirados i arrepentidos de lo que habían hecho, se pusieron al servicio del oficial, quien habiendo perdido mucha sangre estaba débil i falto de fuerzas para andar, tenía que apoyarse en el brazo de su valerosa hermana (Correa, 1867:49).

Después de este episodio Angélica se muestra como la viajera que modera el furor del pueblo, que los hace postrarse ante ella para guiarles los rezos a la providencia, asegurando su vida y la de su hijo; una colonizadora “republicana” que deja su recuerdo, su imagen y sus enseñanzas en cada pueblo que visita. La joven matrona viaja de nuevo dirigiéndose hacia Chire, donde se está concentrado el ejército de patriotas.

En este lugar del llano, Angélica se transforma otro poco y adquiere la característica que la va a convertir en una mujer diferente a sus contemporáneas literarias, pues no se limita a sus labores de madre, de enamorada sufrida o de enferma terminal encerrada en un espacio privado, sino que decide colaborar en la construcción de lanzas para los soldados, en la educación física de los patriotas enfilados, sin olvidar su condición femenina, simbolizada en la conservación de sus vestidos de mujer blanca y en la ternura con la que dirige las actividades. El episodio es significativo, pues esta viajera además de construir la metáfora de la muerte en su viaje, elabora la figura de una mujer nueva, que se atreve a ejercer el poder a su manera, diferente de como lo ejercen los hombres protagonistas de la historia. Ella desempeña labores que la sociedad ha instituido como propias de los hombres, sin que esto melle su identidad de mujer, pues al contrario, son elementos constitutivos de su formación como una rebelde que ama a su patria y decide por cuenta propia, al lado de su esposo, luchar por la liberación del yugo español.

A partir del capítulo noveno empieza la vida de Angélica en la selva, escondida de los peligros más graves para su vida: los guahivos y los españoles, y es en este espacio donde se nos muestra en toda su magnitud ese paisaje infernal que va a transformarla, ya no sólo en las labores que desempeña, sino física y mentalmente, consecuencia de innumerables fiebres y de la incertidumbre de la muerte que hace tambalear su fe en Dios y desconfiar de la protección de la Providencia. Es decir, en la selva las normas sociales no valen, pierden validez el dios y la ley, pues no están sus agentes vigilando que se respeten y sancionando las faltas cometidas. En la selva la ley, la diosa y la vigilancia son la naturaleza, en mil formas y cuerpos, a los cuales se enfrenta quien habite en ella.

Finalmente, Angélica hace un último desplazamiento significativo en medio de la selva, cuando cabalga sola y más fuerte que nunca para salvar a José de la muerte; con este episodio se sienta la figura de la viajera colona que establece su casa en Chire, donde recobra su fortaleza para hacer su último desplazamiento hacia Tunja donde, pasadas las guerras de independencia, establece su hogar para ver a su descendencia bajo el cobijo de una tradición femenina, pues es Angélica quien transmite oralmente las historias de heroínas a su nieta Eva.

Referencias a la época

En *Los emigrados*, la historia se sobrepone a la ficción, con base en ella se ficcionaliza y se sitúa tanto el precedente (*Advertencia* y prólogo) como la conclusión o cierre: apartes de la obra dirigidos al público lector. En este sentido son importantes las referencias que hace la obra a la vida de la Colombia del Siglo XIX para interpretar la cultura de la época y desde allí nuestra contemporaneidad. Cabe resaltar y detenerse en la labor militante de la mujer en las luchas de independencia, como opción de vida opuesta a la que proponía el régimen colonial que ofrecía a las mujeres la vida en el matrimonio o en el claustro, opciones que afirmaban el poder patriarcal y ataban a la mujer a la vida doméstica, religiosa y sumisa, humillada al lado de los hombres que tanto rechazo le generaban consecuencia de una educación alienante que separaba los sexos.

De entrada en *Los emigrados* podemos hallar referencia a la vida en Tunja, ciudad perteneciente a la región central o de la cordillera Oriental, compuesta por Santander, Boyacá, Tolima y Cundinamarca, donde estaban muy afianzadas las instituciones coloniales del matrimonio, de la iglesia, de la familia, y donde predominaban las haciendas agrícolas y ganaderas con mano de obra indígena. Posteriormente, con el viaje de Angélica y su vinculamiento, junto a José, con el ejército patriota, hallamos una referencia importante a la labor de la mujer en el proceso independentista donde fueron múltiples las mujeres que participaron de diversas maneras: desde las ilustradas, que alentaron las ideas liberales en sus tertulias hasta las “juanas o rabonas”, que caminaban (muchas de ellas con sus hijos) tras los ejércitos garantizando su alimentación, vestido y alojamiento, pasando por las que entregaron sus joyas y propiedades para los gastos de guerra, las que desarrollaron tareas de espionaje y sabotaje en las filas enemigas, hasta las que se disfrazaron de hombres para enfilarse en los ejércitos. Recordamos entonces a Manuela Sáenz, a Policarpa Salavarrieta.

Aunque no existen muchos documentos sobre la participación de estas mujeres, se resalta la labor de Evangelina Tamayo, nacida en Tunja, quien peleó en la batalla de Boyacá en 1819. ¿Existirá alguna relación con Evanjelista Correa, que en los índices bibliográficos es conocida como Evangelina? Es obvio que la documentación sea poca, pues aunque pintores como José María Espinoza, las plasman en sus obras y el militar Joaquín Posada dedica unas palabras a la actividad de estas mujeres voluntarias, ellas en general eran mal vistas, despreciadas y tachadas de seres extraños, pues se salían del orden establecido para las mujeres

de la época. Además nunca contaron con el reconocimiento de honores, sueldo o alimentación por parte del Estado.

A manera de conclusión de este aparte, que responde a la invitación hecha en la novela en su final, citaré el párrafo que ha inspirado este corto texto sobre la labor de la mujer en las campañas independentistas:

(...) ¡I Gloria a vosotras, nobles i generosas mujeres, que como Angélica supisteis sacrificar el amor y la felicidad con las vidas de vuestros esposos en aras de la patria! (Correa, 1867:108).

Si la primera mirada es la que vale...

La autora de *Los emigrados*, propone una relación conciliadora entre hombres y mujeres, con el fin de romper con la educación viciada de la Colonia que insistía en separarlos y hacer crecer un rechazo entre ellos, para después unirlos en “santo matrimonio” sin que los jóvenes prometidos tuvieran la oportunidad de conocerse, pues esta institución social y religiosa tenía por objetivo conservar el núcleo blanco⁵ a través de matrimonios arreglados:. En esta perspectiva la autora resalta que siempre las relaciones de pareja se daban en desigualdad, que la mujer era humillada y sometida por su esposo, merced de la falta de amor y comprensión. Por esta razón el matrimonio entre José y Angélica es importante en la narración, pues aunque ellos se casan respondiendo a las órdenes de sus padres, “el destino o la Providencia” hacen que primero ocurra un “amor a primera vista” para que José, aprovechando la oportunidad de la carta imprecisa que había mandado su padre a doña Josefa, pida la mano de Angélica y no la de Francisca como quería el señor Ventura.

Desde esta unión la propuesta es clara: son valederos los matrimonios siempre y cuando exista el afecto, la comprensión y la igualdad entre hombre y mujer; sin embargo, se continúa respondiendo a ciertos aires conservadores, donde importa mucho la pureza de la mujer: Angélica aparece tantas veces como la mujer María y siempre conserva su estatus de blanca, que tiene a su servicio mujeres indígenas. Es explícita la diferenciación epocal que hace la autora entre las actitudes del pasado (refiriéndose a 1809 año en que se casa Angélica) y las del presente (refiriéndose a 1867 año de la publicación de la novela o de su contem-

5 El núcleo blanco formado por el cruce mestizo y criollo, que estaba determinado por características de parentesco, poder económico, político y origen.

poraneidad), en las que rescata y toma partido por las pasadas, donde “el amor era puro o verdadero”, pues al estar la mujer encerrada sin establecer muchas relaciones sociales, podía brindar un afecto sincero, lleno de pasiones irresistibles, diferente de ese presente donde el amor se finge, no se siente y la pasión es pura palabrería. Este es su punto para proponer una solución a las enfermedades sociales que rayan en los excesos, pues en el pasado había demasiados corazones atormentados en los claustros y en el presente ya no hay ninguno. Como efecto de alivianar las penas en la socialización, “el amor sincero” se ha desvanecido.

La educación como propuesta

Haciendo una lectura detenida de los apartes de la novela que he denominado **C**, en los que la autora hace sus propuestas en torno a la educación de hombres y mujeres, luego de reflexionar las situaciones, es posible decir que es en estos párrafos donde la autora sitúa su mirada de mujer, proponiendo ante todo una educación anclada a los valores morales cristianos, pero sin la opresión total del claustro, donde la mujer tenga libertad “*pero no hasta el punto de abandonarla a sus caprichos*” (obviamente refiriéndose a las mujeres mestizas y/o blancas), y el hombre igualmente libre, independiente, soberano, pero no hasta el punto de convertirlo en el tirano de la mujer, ni de permitirle que *la convierta en un juguete con que quitar, por momentos, el fastidio de su vida* (Correa, 1867:21).

Aunada a esta propuesta ella presenta una mujer que sueña, que escribe, que desempeña otras labores diferentes a la maternidad y al hábito religioso. Una mujer que a pesar de conservar su clase y ser diferente de las indígenas, vive en armonía con su esposo sin ser humillada por su actitud diferente hacia la vida. Sin embargo, en la novela no se propone una igualdad social, y se deja ver que la República continuó con esta diferenciación regida por el color de la piel, el vestido y el parentesco. De todas maneras, prevalece cierta ambigüedad respecto a este punto, pues el enaltecimiento que se hace al final de la novela de las mujeres patriotas, incluye a mujeres de diferentes razas que colaboraron en el proceso de independencia, como lo he citado anteriormente.

No se puede olvidar que la novela fue publicada en un periódico de la época, esos que dirigía Soledad Acosta de Samper con su familia, y que relacionar el contenido de *Los emigrados* con el contexto cultural hace de nuevo emerger el texto en una tradición literaria vertical, pues Evanjelista Correa, hija de próceres

y viuda de mártir, está denunciando con su obra el abandono vivido por muchas familias luego de la muerte de sus hombres en las batallas, está además dándole importancia a un tipo de mujer rebelde que será recordada por su vida y no por su deceso. Al quedar Angélica viva se da prioridad a la tradición femenina en las familias sin hombres, donde las mujeres se las ingenian para convivir a diario en medio de la pobreza y nos da luces para ver más de cerca la vida de las familias de hoy que son erigidas sobre tradiciones y educaciones de mujeres... Vale la pena detenerse para interpretar estas nuevas relaciones entre las colombianas y su injerencia en la construcción de nación y de identidad nacional, donde se rechaza el conflicto armado como única opción para conseguir la paz social, que alude al bienestar y dignidad de vida de las personas pertenecientes a las capas sociales menos favorecidas económicamente.

Sacar esta novela de su lugar en la biblioteca en “manuscritos raros”, significa traer unos pasados hechos hasta la contemporaneidad, abriendo nuevas perspectivas de lectura, tanto de lo histórico como de lo presente, pues es posible releer, reinterpretar o interpretar de manera más interesante lo ocurrido en torno a la construcción de identidad, de historia, nación, en tanto se consideran unos hechos y unas voces desconocidas, las cuales afortunadamente nos permiten el beneficio de la duda sobre lo que históricamente se ha pretendido instaurar para conservar una homogeneidad social, política, sexual y cultural.

En *Los emigrados* el cuestionamiento va desde la génesis de las dinámicas de construcción social. Propone una campaña independentista desde la cotidianidad misma, que pasa por el campo de batalla, para dar lugar a los enfrentamientos en territorios más complejos, como son las visiones de mundo arraigadas a lo más profundo de la psicología humana. Por esta razón Angélica desdice de la providencia, del hombre como única figura de protección y de su comodidad de clase como única alternativa de bienestar.

La mirada de mujer permea a la autora, la protagonista, la voz narrativa, cada una se deja leer desde una escritura, unas anécdotas, un discurso nacido durante el viaje que se realiza. Angélica es una viajera intrépida que conecta mundos, en ellos vive procesos de concienciación, de reflexión sobre los roles desempeñados por asignación y convencionalismos, experimenta la otredad, lo inesperado que le transforma y le permite trascender de manera peculiar en su época, en la literatura, en la historia de numerosas viajeras que por diferentes motivos emprendieron aventuras, viviendo en ellas una liberación, un encuentro consigo mismas.

Bibliografía consultada y recomendada

A.A.V.V, *Las mujeres en la historia de Colombia*. Tomos I, II y III. Directora Velásquez Toro, Magdala. Bogotá: Editorial Norma, 1995.

CORREA DE RINCÓN SOLER, Evangelista. *Los emigrados*. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, 1869.

JARAMILLO, María Mercedes, Robledo, Ángela Inés, Rodríguez, Arenas Flor María, *¿Y las mujeres?: Ensayos sobre literatura colombiana*. Medellín: Editorial Atraparte. Universidad de Antioquia, 1991.

LAGARDE, Marcela. *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Coahuacán: Universidad Nacional Autónoma de México. 1990-2003.

MARTÍNEZ, Fabio. *El viajero y la memoria*. Medellín: Editorial universidad Pontificia Bolivariana, 2000.

MORATÓ, Cristina. *Viajeras intrépidas y aventureras*. Prólogo de Manu Leguineche. Barcelona: Plaza y Janés, 2001

NAVIA VELASCO, Carminia. *Guerra y paz en Colombia. Miradas de mujer*. Cali: Editorial Universidad del Valle, Colección La tejedora, 2003.

RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración I*. México: Editorial Siglo XXI, 1995.

ROJAS, Cristina. *Civilización y violencia: La búsqueda de la identidad en la Colombia del Siglo XIX*. Bogotá: Editorial Norma, 2000.

Sitios Web

KUPCHIK, Christian. “Tan lejos, tan cerca (Mujeres viajeras)”. Publicado originalmente en *Insomnia*, 13. (Versión en línea).

VIDALES, Carlos. “Escritoras y periodistas colombianas en el Siglo XIX”. www.boletinban-colarepublica.com

“Las Juntas Autonomistas de 1810. La Primera República Granadina y La Reconquista Española. Batalla de Boyacá y conformación de la Junta suprema de Santa Fé de Bogotá 1810. Revolución en la Nueva Granada. Campaña de Casanare”, www.aldeaeducativa.com

POR LOS CAMINOS DE NÉLIDA

Conversaciones con una brasileña universal

Gabriela Ovando

La conocí en una de sus conferencias magistrales, en 1995, cuando ella ocupaba la Cátedra Henry King Stamford de Humanidades en la *Universidad de Miami*. Desde aquella intervención deslumbrante, en la que tejió invención y memoria, enigmas y resquicios de la condición humana, y su voz se convirtió en un coro de toda la tierra en todas las épocas, supe que en adelante no podría prescindir de la lectura de sus obras, y, en lo posible, de su compañía. Fue así como inicié con ella una amistad literaria y entrañable que, con el paso de los años y pese a nuestros breves y espaciados encuentros, ha logrado sobrevivir. Y es que, más allá de los esfuerzos que realicemos sus lectoras y amigas por visitarla y asistir a sus conferencias, Nélida Piñon “no olvida nunca las gentilezas de sus amigos” (dijo así al abrazarnos, en el más reciente encuentro, en la Feria del Libro de Miami, en noviembre de 2008), con el entusiasmo y la transparencia que la caracterizan. Porque ella es así, mujer afectuosa y amiga detallista, y a la vez una de las escritoras brasileñas más destacadas de fines del siglo XX y principios del XXI. No en vano, la admiración y el respeto de grandes figuras literarias hacia Nélida “es [hoy] legión”¹. Mario Vargas Llosa dedica una de sus más logradas novelas, *La guerra del fin del mundo*, “a Euclides da Cunha, en el otro mundo; y en éste, a Nélida Piñon”. Carlos Fuentes la llama “mujer de grandes caminos” cuando se le otorga el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, a fines del mismo año en que la conocí. Y cuando, a continuación, ella fue seleccionada por la Universidad de Guadalajara para ejercer la Cátedra Julio Cortázar, establecida por Fuentes y por Gabriel García Márquez, nuestro Nobel colombiano, quien tampoco es avaro en elogios a la obra y persona de su colega y amiga.

Primera presidenta de la Academia de Letras de Brasil, Nélida rompió con la tradición patriarcal de los intelectuales de esa institución “sin tener que ab-

1 David Draper Clark, Editor's Note, *World Literature Today*, Jan-April 2005, 7.

jurar de su fe, siendo una brasileña que mira a su país con una mirada nueva, fruto de una familia que es más reciente en Brasil que las palmeras del jardín botánico”² —imagen que la cautiva al recordar la llegada de sus abuelos gallegos a la tierra de Machado de Assis. Más adelante, en 2006, ingresa a la Academia Brasileña de Filosofía “con las palabras que aman lo remoto, que responden por la tradición humana, que articulan el pensamiento que arde [...] [porque] mi prédica es simple, lo que soy está en los libros que escribí y en mi corazón.”³

Autora de nueve novelas, cuatro colecciones de cuentos, cinco volúmenes de ensayos y memorables discursos con los que aceptó los Premios Gabriela Mistral (Chile, 1997), Rosalía de Castro (España, 2002), Menéndez Pelayo Internacional (España, 2003) y Príncipe de Asturias de las Letras (Teatro de Oviedo, 2005), entre otros galardones, Nélida es una viajera incansable que se desplaza, feliz, por el mundo y su inconmensurable diversidad. Ya sea enseñando en universidades como Harvard, Columbia, Miami, Georgetown, Río o la Complutense, o cruzando fronteras hacia el Oriente, la indomable Babilonia o los desiertos, siempre atenta a las voces y susurros de sus personajes. “Múltiples voces narrativas que suelen saltar en el tiempo, hacia atrás y hacia delante, técnica que permite a Piñon representar la vida humana en el arte, y es uno de los aspectos más provocativos de su obra⁴”. Voces que viajan y visitan diferentes épocas para poder enunciar “mucho más que una sola cosa en un determinado momento [...] porque una sola voz es insuficiente [...] y es necesario ordenar y disciplinar esas voces para que se entiendan. Porque el arte siempre nace del caos, que es rico y fértil”⁵

De ahí que los continuos viajes de Nélida Piñon y sus voces narrativas constituyen, a mi juicio, su propio “recurso del método” para trascender no sólo distancias en tiempo y espacio, sino en esencia lo banal y trivial de cualquier historia escrita por cualquier escritor o escritora globales. Por ello admiro a Nélida y le creo cuando dice que ella es también geóloga y arqueóloga, porque como a toda buena narradora, no le es suficiente la observación de la superficie de la

2 Gabriela Ovando, “Los mundos de Nélida Piñon”, *Atisbos* (Plural: 1998), 111.

3 Discurso de ingreso en la Academia Brasileña de Filosofía, 17 de agosto de 2006.

4 Paul M. Sneed, *An Interview with Nélida Piñon*, *World Literature Today*, Jan-April 2005, 18.

5 Respuesta de Nélida Piñon a Paul Sneed. Ídem.

tierra y de la piel de sus moradores. Entonces, qué mejor que acudir con ella al ágape de las viajeras, me dije, al recibir la convocatoria de Sara Beatriz Guardia. Qué mejor que volver a viajar y volver a entrevistarla, para que otros aventureros puedan también gozar de su compañía durante la travesía.

Con toda la razón dijo Pascal que nuestra naturaleza reside en el movimiento, porque en la actividad se encarna la anatomía de la vida y el pulso que nos mantiene. Aunque Bashó, no en vano otro mayor poeta, elevó también al movimiento hacia la categoría de una obra de arte, de un pasar por estancias en las que sería imposible que no fuesen tocadas nuestra almas, de senderos de sauces que nuestra imaginación anticipa temblando en el agua... Pasares que, para Nélida Piñon, son el “traslado” épico, porque ella siempre se ha sentido Simbad surcando los siete mares, llegando a tierras que siente suyas y regresa siempre a las que dejó, aunque jamás las haya visitado. Sabemos que los viajes han instigado, desde siempre, la invención de deidades y misterios y que han dado pábulo —desde que tenemos memoria— al testimonio estético y universal que atesora la literatura, a fin de cuentas y en sí misma, un viaje. Porque escritura y viaje son sinónimos, caminos paralelos afincados en el alma y poética de Nélida Piñon, vocación y tránsito por el mundo y entre otros mundos, grandes conversaciones y banquetes con el espíritu humano, aventurero y transgresor.

Por ello ya es hora de dar paso a ésta mujer de alma antigua y contemporánea, aldeana y cosmopolita, de ciudadanía brasileña y de todas las latitudes, narradora que ha alcanzado la cima de un oficio que exige, como ella proclama, “universalizar lo cotidiano”.

¿Podría decirnos, a las viajeras, cómo se llega a universalizar lo cotidiano en la escritura?

Meditando sobre el pasado e incorporándose al universo, con una prosa que viaja a través de tiempos simultáneos bajo la tutela de la ilusión. Porque el arte no es nada más que un sencillo intento de esclarecer nuestra presencia en el mundo, Gabriela, y la literatura es un filtro del arte, y el escritor un procesador de todo lo que capta con su filtro mágico por el que se filtran realidades y se ficcionalizan, y así crean un cuerpo, una carne, con un lenguaje que justifica la existencia de las historias: el lenguaje literario. Porque las historias de por sí no valen nada, es el lenguaje el que marca la diferencia.

¿Es entonces el lenguaje el causante de que la verdad estética
emocione más que el drama del vecino?

Sí lo es, y porque la propia historia se sirve de temas que, generados en el pasado, acuden incólumes a la escena moderna. Una recurrencia que sirve de base para la composición de personajes que la actual inquietud narrativa necesita. Porque no hay forma de librarnos de la sombra de los seres que, gracias a su persuasión legendaria, residen todavía en nosotros. Un ejemplo es Ulises (¿ser Ulises, que viaja, jamás Penélope, aunque comprendo su estrategia!), que, aunque separado hace milenios de un Joyce que lo restaura en Dublín, trae en su esencia original la caligrafía de Homero. O aquellos seres que, recreados por Victor Hugo en la novela *Les Misérables*, recorren los callejones de París en la expectativa de ser, décadas más tarde, evocados por Steinbeck y John Dos Passos, con el pretexto de la Gran Depresión Americana. O la visión nocturna de Hamlet, que, vagando por los pasillos del castillo de Elsinor, exhibe el lacerante dolor que Freud recupera y diseca. Personajes que facilitan nuestra identificación con algo arcaico que sobrevive en lo subterráneo de la imaginación contemporánea. Y, el autor, quien mientras bucea en semejante torrente narrativo, cuestiona los fundamentos del arte y cede secretos e intrigas al lenguaje literario, el cual engendra sobresaltos, dramas y peripecias para que padezca el corazón ajeno. Así, el lenguaje literario se somete al peso de la inverosimilitud y decide abolir lo mimético, esa mera copia del reduccionismo cotidiano al que estamos uncidos. Y se infiltra en los planos narrativos con cargas simbólicas, como forma de poetizar lo real.

Vaya faena. Pero ¿cuáles son, entonces, sus prioridades a la hora
de narrar, de re/crear?

La narrativa es la que va estableciendo las prioridades. Dice cómo asimilar el uso del tiempo, cancelar detalles que dificultan el desarrollo de la historia, fundir épocas, memorias, sentimientos, para inducir escenas y liberar a los personajes del peso de la gravedad, para que ellos lidien con la pasión, dejando en claro, sin embargo, que no son los primeros en formularla. De lo contrario, ¿cómo reconsiderar la mitología de la patria y de la geografía para que cierta autora —como yo— confiese en público que nacer en Brasil no es lo mismo que nacer en Europa? ¿Cómo dar contenido al entorno, hacer la exégesis de una nación con la frivolidad necesaria, teniendo a Proust como modelo, sin evidenciar, sin embargo, intenciones políticas? Y, ¿cómo garantizar visibilidad a rostros, casas, muebles,

sumidos hasta entonces en la neblina y universalizar lo que es genuinamente local? He aquí al escritor y a la escritora, aventurándose apasionadamente por entre lo cotidiano con el pretexto de la intriga que los fascina... Porque ellos, los escritores, necesitan del misterio de Salomé, la joven que para alimentar la lujuria de Herodes se desprende, lentamente, en medio de la danza diabólica, de cada uno de sus siete velos, sin que los escritores sepan previamente si la desnudez final es benéfica para la historia que cuentan.

Su obra no oculta el peso (al que se refería Neruda) que los escritores latinoamericanos llevan por su historia, sus países y sus problemas. Brasil está en el centro de su narrativa, sobre todo en *La República de los sueños*, su propia *Summa Teológica*, pero usted se traslada mucho más lejos y viaja, va y viene, con la ligereza de Isadora Duncan...

Yo siempre me proclamo una mujer antigua, contaminada por la antigüedad celta y de mil pueblos y herencias culturales que me ha conferido una disidencia saludable para mirar el mundo. Yo soy alguien que mira a la gente antigua de Europa, a su lenguaje, modales y sentimientos con absoluta naturalidad; no hay enfrentamiento entre mi modernidad y mi ancestralidad, como tampoco entre las influencias anglosajonas y las peculiaridades latinas de una brasileña que tiene pasión por las Américas. Procedo del Brasil y reverencio la majestad de la lengua portuguesa —lengua poco difundida en el mundo y razón por la cual en algún momento me sentí periférica— en este idioma saludo a Dios y al género humano. Mi letanía diaria es celebrar las leyendas de mi casa gallega, de mi país, de toda la tierra que aspiro a conocer. La condición humana me obliga a retornar siempre a los sitios de los que partí, aunque jamás los hubiese visitado. Mi repertorio está compuesto de memorias del mundo. En compañía de todos, sin exclusión, celebro las emociones que me ciegan y me permiten reconocer el precipicio humano, el polvo de la civilización. Como todos, soy múltiple en mi humanidad. Nunca me resigné a ser una sola criatura. Arrastro una genealogía que ya ni sé de qué criaturas, de cuántas etnias se constituye. Soy una brasileña —como el propio Brasil— reciente. Una cristiana nueva que no tuvo el fardo de abjurar a su fe para adoptar una nueva creencia. Mi relación con Brasil es un hecho absolutamente natural porque no tuve que renunciar a nada, al contrario. Yo he hecho un trabajo de acumulación, de recopilación. Yo miro a mi país con una mirada renovadora, fresca y a la vez antigua, como si pudiera agregarle una comprensión que el brasileño, tan cercano a su propia inauguración, no ha podido hacerlo. Es como si yo estuviera, a la vez, dentro y fuera del país. Por ello, no siento ese peso

que llevan algunos escritores latinoamericanos, pero sí siento la responsabilidad ética, que es distinto. Siento que la vida me ha dado el privilegio de convivir con una cultura que no está definida, que se encuentra mezclada con ciudades arqueológicas que desaparecieron, pero que en la realidad siguen presentes. Asumo mi modestia y me siento agradecida a los genios que me dieron buenas razones para seguir adelante. Acojo en mi corazón a los que me insuflaron el descreimiento indispensable para tener fe. A los aedas, a los amautas, a los chamanes, a Homero, a Cervantes, a Shakespeare, a Camões, a Machado de Assis. A los seres de la ilusión y de la oralidad. A todos los deslumbrantes viajeros del espíritu humano, inagotables forjadores de argumentos. Nací escritora, nací lectora. Los rasgos y las idiosincrasias inherentes a ambos estados me acompañan siempre. Ya en la infancia sentía ansias por las palabras, escritas o habladas. Miraba a los escritores de forma agradecida. Por intermedio de ellos yo me adueñaba de los secretos de los vecinos, recorría los jardines del mundo, me adentraba por mis vísceras. La lectura pasaba a ser el tiempo de la cosecha, de la hartura, de las acumulaciones. Elegía ser Tarzán, el célebre personaje de Edgar Rice-Burroughs a quien, aunque manifestase animosidad contra el verbo, yo envidiaba. Ansiaba, como él, vencer distancias con el apoyo de las lianas, para mi un invento de los dioses...

Su exégesis de la memoria de la mujer —ya que usted proclama que la memoria es femenina— se remonta a las figuras de Sara (la viajera compañera de Abraham), de Mnemósine (diosa de la invención y la memoria), de Casandra (enmudecida por Apolo), de María, la virgen madre de Dios, de María Magdalena, de Maritornes (la ventera asturiana que recibe a Sancho y don Quijote) y de otras figuras literarias que parecen convertidas en columnas de la poética de Nélida Piñon

Desde que sirvo a la literatura, es con cuerpo y memoria de mujer que analizo a mi especie, siempre en el permanente esfuerzo de buscar, entre tantas memorias, evocaciones y escombros, la memoria femenina. De intentar saber de qué materia, de qué tejido, se ha ido fabricando esa memoria que ha estado presente en todos los sitios y en todos los tiempos, desde la fundación del mundo. Esa memoria que, habiendo participado intensamente en la creación del lenguaje humano, lo enriqueció con el misterio peculiar de su emoción de mujer... y lo alimentó de sobresaltos marcados por el perenne mutismo al que ella estuvo condenada. Y que, aunque la transformó en casi afásica, no daba tregua a la realidad de la que también formaba parte. Porque la mujer —y contrariamente a la tesis freudiana— no padece de una nostalgia fálica, sino de una tristeza que se originó

en el hecho de haber sido puesta al margen de los episodios bíblicos esenciales. Como cuando Sara, cómplice de Abraham y con quien podía ser perfectamente equiparada, es alejada del pacto establecido entre Dios y su marido, del cual deriva la Sagrada Alianza. Sin embargo, estas circunstancias no impidieron que estas mujeres acogiesen en sus almas el caudal de evocaciones provenientes de las madres, de las abuelas, de las precursoras legendarias, constructoras todas de un monoteísmo con el cual se fortalecían las tribus; cuando, en el refugio de las tiendas, a despecho de la ruda vida cotidiana, de los preceptos de obediencia conyugal, ellas alimentaban una versión difusa de la trama humana que subsistía en el escondrijo de sus recuerdos.

Qué tal si comenzamos con la memoria de Sara, que toma cuerpo en Eulalia, personaje central de *La República de los sueños*

Claro que sí. Y me remonto a 1982, cuando comenzaba a escribir *La república de los sueños* y elegí el personaje de Eulalia para encarnar las nociones de memoria que entonces buscaba. La muerte de esa mujer que desembarca en América trayendo en la maleta mitos y retratos familiares —y ansía consagrarse a la tarea de recordar a Dios, con el cual había establecido, desde niña, una relación de apasionada constancia— trae a debate la memoria femenina, presente en todos los estatutos humanos. Una memoria que habiendo ocupado, a lo largo de milenios, la psique femenina, actualiza y trae hasta nuestros días, la figura de Sara, que desafió a Dios con su sonrisa irónica. Una memoria cuyo corazón, todavía hoy, desafía al arte y proyecta luz sobre el misterio de lo real. Y que, aliada a la verdad del mundo, narra por fin la historia humana que nos faltaba.

Abraham, que interpreta la memoria de Dios en la Biblia, tenía a Sara a su lado como su sombra e implacable observadora. Ella, por lo tanto, es la memoria de la otra cara de Dios, pese a que, en la práctica, no está autorizada a dirigirse al Señor y condenada, pues, al silencio histórico. Pero ella se convierte en un testigo voluntarioso y participativo en las continuas peregrinaciones emprendidas por su marido, de Ur, de Caldea, hasta Canaán... La memoria que Sara registra de esos hechos bíblicos, que tanto repercuten en la psique humana, constituye un impenetrable misterio. Sin duda, un enigma histórico cuya aceptación se inscribe únicamente en la esfera de la fe. Sin embargo, aunque Sara no ocupe en el libro del *Génesis* el espacio reservado al marido, es lícito especular que ella tuviese total conocimiento de la estrategia religiosa que Dios y Abraham, de común acuerdo,

y a partir de los episodios que se sucedieron en el desierto, inauguraron entre los hombres. Una estrategia cuya ideología teológica e histórica registró la Biblia con cuidada seducción, para que nos convirtiéramos, en el futuro, en exégetas de sus densas y perturbadoras páginas. Así, mucho antes de que Moisés huyera de Egipto, en busca de la tierra prometida, Sara, madre de los profetas del porvenir, bien podría haber susurrado en su oído las historias que guardaba en su memoria, todas ellas relativas a los secretos intercambiados entre Dios y Abraham. Aquella mujer relegada al abandono histórico, modelaba cuidadosamente su memoria con los veredictos de su visión particular de la realidad... Porque mientras Abraham perseguía apasionadamente la sombra de Dios, Sara perseguía el rastro de su marido, sin que él lo percibiera. ¿Quién, sino Sara, había acumulado en la memoria las capas psíquicas de dos influyentes civilizaciones? Ella podía disertar, con amplio discernimiento, sobre el complejo mundo egipcio, en cuya corte había aprendido a dominar jerarquías, teologías, recovecos psicológicos, y vivir igualmente el universo hebreo, del que era heredera directa. Para estar en condiciones de viajar por el mundo, Sara se apropia del juego escénico con el cual su marido habla con los hombres y con Jehová. Ella, puede decirse, funde su fragmentada memoria con las sobras que su marido va dejando caer al suelo. Mientras ella urde tramas, se apropia de secretos, engendra intrigas y controla a las mujeres de la tribu que rondan la casa de Abraham, Jehová desconfía de Sara, la analiza y ya no prescinde de su presencia al lado del profeta. Cuando ella ríe, ya es el colmo, y Jehová presiente haberse equivocado con ella:

“Por qué ha reído Sara, diciendo: será verdad que yo tendría un hijo, vieja como soy? ¿Será eso, por ventura, demasiado difícil para el Señor?” —dice la voz de Dios.

“Yo no reí” —dice ella, probando con su protesta que no sólo había oído las palabras del Señor, dirigidas a su marido, sino que también recriminaba la experiencia cósmica de Dios, que no tomaba a la mujer en consideración. La risa de Sara, ironizando la voluntad de Dios, testifica su aparición como personaje y constituye, en sí, la máscara que finalmente la integra a la historia. Confrontados Sara y Jehová se establece un poco habitual *impasse* en la Biblia, una rebelión que emerge de la memoria recalcitrante de Sara, postergada a lo largo de los años por la elocuente memoria de su marido. Y mientras ella aguarda el paso de los siglos, su risa resuena como una magnífica señal. Una risa que no la puede evitar ni Dios...

Formidable lectura la suya. Habría que explotar esa risa en la literatura, en el debate de los dogmas que persisten. Pero sigamos con la siguiente.

Mnemósine: ¿por cuáles caminos las mujeres se convierten en diosas?

Impedida, pues, la mujer de escribir, de adueñarse de la cultura canónica, a ella sólo le quedaba inventariar en silencio las diversas realidades que le llegaban a medias, y luchar con la imaginación, que asumía el papel del saber. Por ello, quizás sea menester que nos proyectemos a las eras inaugurales, a periodos nebulosos en que la aflicción y la incertidumbre humanas, conjugadas, elaboraron leyendas, mitos, dioses y diosas, como forma de soportar el tupido misterio en el cual estaban todos sumidos. Épocas en que lo maravilloso, el sortilegio, los prodigios, la fabulación, el pensamiento mágico, en todo desmedido, aparentaban ser naturales entre las criaturas. Es en este marco mitológico donde surge Mnemósine, ilustre diosa del Panteón griego. A ella es concedido el don de memorizar y la capacidad de repartir entre los mortales el legado mediante el cual se recordaría sus hechos para siempre. El poder de sembrar entre todos el talento de no olvidar nada. La condición de diosa y de mujer automáticamente vincula la memoria humana al universo femenino... Mnemósine encarna, pues, el instante en que el imaginario de los hombres se consolida y retiene los sucesos colectivos. Además de eso, la diosa hereda de su hermano, Cronos, el sentimiento del tiempo, su enigma, del que él era responsable. Cronos, como dios, enseña a su hermana los beneficios y los desastres derivados del imperceptible tránsito del tiempo por la vida de los mortales, y de acuerdo con tales prerrogativas, Mnemósine viaja por los intersticios de la temporalidad y de la historia. Acude a los fenómenos humanos, a los actos que inauguraron el mundo. Y como si no fuese suficiente dominar memoria y tiempo, la diosa generó nueve hijas, las Musas, cuya virtud era inspirar a quien siguiese los caminos del arte...

Es ella, además, abuela de Orfeo...

Claro que sí, y es en medio de esta constelación de coincidencias, de simetrías casi insostenibles, que Mnemósine hace de su nieto, Orfeo, enamorado de Eurídice, el poeta de los cantos órficos... Y le enseña el trato poético con las palabras que estaban desatendidas...

Qué lindas esas *palabras desatendidas*. ¿Cuáles serían?

Palabras. Palabras que, aunque banales por nacimiento, lucen, incorporan diáfanos ropajes, adorno poético, al ser correctamente aplicadas a los hechos y las luchas del arte.

Palabras plebeyas que, correctamente aplicadas, inauguran el lenguaje literario y aristócrata, al que usted reverencia

Sí, porque el pueblo y el arte son aristócratas, el pueblo tiene nostalgia por la elegancia, pues en la misma escatología hay una elegancia y un conocimiento fascinantes. En ese sentido, yo soy una aristócrata... Pero volvamos a ellos y a la certidumbre de que, junto con Orfeo, Mnemósine hace de la creación el oficio de trascender las líneas del horizonte, y fuerza el enlace de la memoria con la invención, para que se crea en la mentira y en las ilusiones del arte, con las cuales, y tan sólo con las cuales, es posible narrar el mundo.

Llegamos a su propia teoría literaria, a la poética en la que se fundamenta toda su obra: memoria e invención. Sin embargo, ¿por qué, a lo largo de tantos siglos, nos olvidamos de Mnemósine, y por ende, de la memoria de las mujeres?

Porque con la gradual superación de ciertos mitos y la metamorfosis de otros, la diosa de la memoria y la invención —que atesora a todas las buenas narradoras— se sumerge en el olvido. Y al perderse en las tinieblas de la historia, arrastra consigo la memoria femenina y la zambulle en la clandestinidad. Tal trastorno milenario induce a la mujer a refugiarse en la casa, a borrar temporalmente la memoria ancestral. Esa memoria que, en algún lugar de su ser, ironizó acerca de las civilizaciones que osaron prescindir de sus valiosos atributos; pero, que, relegada a la mera condición de personaje, de sujeto tutelado de la historia, se encuentra en la médula de los libros que habían sido escritos.

De manera que las mujeres nunca dejamos de escribir, aunque lo hicieran otras manos

Claro que no, porque nuestra presencia motivó que narradores y rapsodas dependiesen de nuestra diligencia narrativa, de la perseverancia descriptiva de la mujer, a fin de traducir el alma ajena, el misterio literario. Con la intención de

obtener ellos los ingredientes sin los cuales no podrían apoderarse de las idiosincrasias humanas, lo que justifica que la memoria femenina esté presente incluso en los libros que ellas no escribieron... en los compendios que los narradores masculinos nos habían usurpado, mientras vedaban a la mujer el registro poético de la propia existencia. Pues al hacerse estos autores intérpretes únicos de la memoria colectiva, habían necesitado nutrirse de la red de intrigas, de los diálogos amorosos, de las confesiones hechas en el lecho de muerte, que sólo la plañidera, la amante, la madre, les podían dictar.

Y que les hizo posible traducir lo inverosímil del trasfondo humano, la originalidad del ser en su historia como guerrero, marinero y paridera de hijos, del hombre y la mujer que simulan fortaleza para combatir su debilidad... ¿Recuerda esa frase?

Por supuesto, tienes una excelente memoria. Y es que esos narradores-artistas estuvieron conscientes de que las huellas de la vida se alojaban en las mujeres, parideras y creadoras de hijos, signos sin los cuales no se escribe una obra de arte, y se apropiaron, sin reservas morales, de la preciosa carga guardada en el corazón femenino. Un corazón que es cómplice de las alegrías universales, de los dolores, de las emociones, de lo que integra la galería de los sentimientos humanos. Así, esa memoria femenina, de tanto haber suministrado valiosas contribuciones al arte, ayudó a Homero, a Dante, a Shakespeare, a Cervantes, a Camões, al brasileño Machado de Assis, a ampliar su comprensión del texto creador. Un hecho que por sí solo justificaría que la mujer reivindicase la coautoría de estas obras. Y proclamase, desde la tribuna —en nombre del legado que ella cedió a la humanidad— ser también la otra cara de Homero, Shakespeare, Dante, Cervantes, Camões, Machado de Assis... Y esa memoria, sin embargo, de destino andariego, atravesó el Atlántico y se alojó en el Brasil colonial, de donde procedo. Afincó allí sus raíces, ganó una adjetivación singular, impuesta por la nueva realidad y por la conciencia del pecado que florecía en medio de la naturaleza opulenta, y participó de los instantes constitutivos de la nacionalidad emergente. Esa memoria mestiza, pluralista, simultáneamente panteísta y cristiana, derrochó el lenguaje de las emociones, que es siempre inaugural.

Memoria e invención de la mujer...

Sí, porque además poco le importaba al hombre que el cuerpo de la joven que memorizaba e inventaba en medio de la noche se convirtiese en un fuego,

cuando ella, libre de la tutela maculina, por lo menos por algunas horas, se entregaba al sortilegio de la memoria y la invención, proporcionándole aquellos recursos realistas y fantasmagóricos que desde hace milenios venían salvando a la mujer. Porque a la luz de la vela, con el pabilo tremolante, formando siluetas en la pared, la memoria femenina, habiendo cruzado tantas eras, ganaba una intensa representación corpórea. Un viaje pionero y seductor.

Tuvo que pasar una eternidad hasta que la memoria contemporánea rehabilite a la memoria e invención femenina, que es el centro de su narrativa, apoyada en esas palabras plebeyas que Nélide, como Mnemósine, nos enseña que no deben ser desatendidas. Y alumbran el lenguaje literario

Soy una narradora que se proclama hija del lenguaje que habla, piensa, escribe, calla, describe. Hija de la imaginación que articula un mundo suplementario para adicionarlo a la realidad vigente. A lo largo de los años me enfrenté al desafío de crear un lenguaje autónomo, esencial, irrenunciable, nacido de mi visión literaria, al que debía conferir una especulación armónica y compatible con la intimidad de mi corazón y de mi pensamiento de mujer. Un lenguaje que, sin descuidar la arqueología de la memoria, expresase mi semántica y mi representación teatral. Mi imaginación enlaza al Brasil y a Galicia —la tierra de mis ancestros—, pero va más lejos, como tú dices, porque tiene la vívida noción de arrastrar consigo siluetas culturales oriundas de geografías lejanas, de un tiempo superior a cinco mil años. Y que narra, por haber emprendido, desde la infancia, un interminable viaje al propio Centro, aunque sin el auxilio de un mapa. Una imaginación que enlaza invención y memoria, ambas oriundas de Mnemósine.

De quien usted desciende directamente...

Con muchísimo orgullo.

Hace muchos años me dijo que la imaginación era una mariposa que hay que cazar...

Seguramente te lo dije, porque la imaginación está al alcance del alma que se entrega a los devaneos... Así, yo puedo ser Don Quijote y Sancho simultáneamente, porque si llevo sólo a uno en mi equipaje de viajar, me quedo coja: no sabría escribir las novelas que quiero.

Un equipaje por demás andariego y entregado a los devaneos

Y a la ilusión, que llega con la claridad del día y el primer trago de café. Como a Caetana [la protanista de su novela *La dulce canción de Cayetana*], que ciertas veces terminaba diciendo: “Llegó la hora de hacer la maleta. De ponerse otra vez la máscara en la cara.”

En su último volumen de ensayos, *Aprendiz de Homero*, hay una galería de personajes andariegos a quienes usted rinde homenaje, entre ellos Jesús. Me encanta

Y es que Jesús amó a las mujeres, porque gracias a María se familiarizó con nuestra naturaleza arcaica, presente en el mundo desde su fundación. Y se esforzó en verlas a través del filtro de la justicia y de la bondad. Las trató con una deferencia superior a la prevista por las leyes mosaicas, ásperas y severas. Y contrariando a aquel Dios que en el Antiguo Testamento se negaba a aceptar a las mujeres como interlocutoras, les dirige la palabra, escucha sus lamentos. Jesús acogió a las mujeres en su espíritu, se conmovió con las adúlteras, las pecadoras, las piadosas, las enfermas. Les curó el alma, les sanó el cuerpo, distribuyó sus gracias de una forma indiscriminada, enternecido con las mujeres que, con gestos amplios y generosos, le ofrecían fragancias, aceites y perfumes a lo largo de su peregrinación. Como María Magdalena, que postrada a sus pies le quiere confiar sus pecados y testificar su creencia en la causa de aquel viajero que ya había empezado a vivir su intenso misterio.

Hermoso pasaje. Sigamos con María Magdalena y con otros personajes, con la palabra, la familia, las diferencias entre los seres humanos, y, para cerrar con broche de oro, los viajes

El acto de María Magdalena, de trascendencia radical, expresa su turbulencia apasionada y la rendición futura de una humanidad seducida por las enseñanzas de Cristo. Ese acto intensifica, igualmente, los detalles de una escena que todavía hoy, dos mil años después, enriquece la iconografía cristiana, pródiga del repertorio del imaginario humano. En esa Judea rústica, Cristo exime de culpa a la mujer que había osado amar en exceso y María Magdalena vuelve a nacer, consumida en el fuego de un lenguaje perturbador, de secretos designios.

La palabra: en cualquier circunstancia me ayudo con ella, en vísperas de ser lenguaje. Nada soy sin ella. Porque creo que es meritorio copiar lo que mi

grey inscribió en las piedras de mi psique y escuchar, atenta, lo que resuena en la penumbra de la catedral de *Notre Dame*. En estas horas mortales, la doctrina del amor me sustenta y repudio las amonestaciones que me quieren desalojar del centro inventivo.

La familia: mis padres han sido algo absolutamente extraordinario. Tuve suerte con mis padres, que generosos y liberales, desde temprano me concedieron el privilegio de leer lo que oscilaba entre lo superfluo y lo esencial, de convivir con los asuntos que corroen y engrandecen la imaginación humana. Todo servía para vigorizarme. Sobre todo cuando mi madre, Carmen, de índole ordenada, mujer fina, obstinada, de gestos discretos, me enseñaba a escandir las palabras, a buscar su centro sagrado y profano y traerlas a la luz. Y además, a no desfallecer jamás. Ella pretendía, sencillamente, que perfeccionase el habla, cuando me veía incompleta en el uso del verbo. Lino, mi padre, me daba libros, revistas, y en diciembre, los almanaques. Sus manos, lindas y amables, siempre cargaban un libro, y a su lado, también yo, cumpliendo igual ritual, sujetaba el mío. Al final, todo lo que flota en la memoria y en el corazón proviene de la educación, del perfeccionamiento del carácter. ¿Acaso podría, sola, proseguir en este vasto universo cuyas huellas, al borrarse, nos hacen experimentar el pavor de no saber hacia dónde regresar, cuando todo a lo que se aspira es a la cama, los afectos, los olores que emanan de la cocina, y que amparan la vida? ¿Y cómo llegar a casa con las manos vacías, sin que la intriga perturbe y fortalezca a la familia? Porque, al fin y al cabo, ¿qué es una familia si no narra la propia historia? ¿Si no habla del devenir de los abuelos, del coste afectivo de mantenerse fiel a una hipotética línea moral que la humanidad persigue en nombre de algún dios. Si esta familia no menciona a sus ancestros con el mismo énfasis con el cual los hijos un día hablarán de sus padres? Para ello, poco importa que la memoria, en el futuro, confunda nombres, lugares y presente un relato impreciso.

Las diferencias entre los seres humanos están complicando cada vez más el mundo, como en Bolivia, con lo de indígenas y no indígenas

La verdadera separación de clases reside, de hecho, en quién tiene cultura y quién no la tiene. En quién dispone de información y quién no la puede utilizar como instrumental de vida.

Absolutamente de acuerdo, esa es la única diferencia, quien posee o no la información necesaria para vivir y dejar vivir a plenitud, tener delicadezas que hacen la vida más llevadera. ¿Sobre gobernantes y gobernados?

Un país sólo es viable si se intenta la educación de todos. Porque educar, por encima de las virtudes pedagógicas, es repartir entre los alumnos los conceptos que emanan de nuestra humanidad, preparar al individuo para la ciudadanía plena, para la dignidad del empleo, para llegar a ser buen gobernado y buen gobernante. Educar es creer que, fuera de la educación y del saber, todo se convierte en un caos anticreativo y turbulento. Educar es apostar por la civilización y contra el oscurantismo y la barbarie.

Y, para despedirnos, los viajes...

Tu sabes que soy una viajera incorregible, que ama el traslado como ama la literatura. Y los libros que escribí son tan andarines como yo. Caminan por sendas inusitadas, visitan casas, posadas, cruzan el mar. Y no sé si dejan huellas en algún corazón solidario. Agradezco, sin embargo, cuando soy leída. Me gusta imaginar que a cualquier hora del día y de la noche, bajo luz eléctrica o quinqué, bajo la copa de un árbol, en descampado, en alguna habitación exigua, estoy siendo leída. Y que ciertos lectores, a cada página, desafían mi insubordinación. Es como si sus naturalezas aventureras y viajeras intuyesen que los convoco a excavar en el alma ajena y en la propia, a recorrer la geografía del mundo, del Brasil y de sus vecinos, a visitar épocas pretéritas, a enlazar lo clásico con lo moderno, atraídos por la aturdidora visión del propio tiempo. Porque, al fin y al cabo, la lectura jamás es un acto inocente.

Nélida Piñon nació y vive en Rio de Janeiro. Se graduó de periodista en la Pontificia *Universidad Católica* de su ciudad y trabajó en la redacción de *O' Globo*, antes de lanzarse de lleno a la literatura. Su primera obra, *Guía Mapa de Gabriel Arcángel*, provocó un vendaval en Brasil, por la originalidad de su lenguaje, el talento y la juventud de la autora. Con el paso del tiempo, fue publicando libros de cuentos, ensayos y nueve de novelas, entre ellas *La república de los sueños*, *La dulce canción de Cayetana* y *Voces del desierto*. Defensora de los derechos humanos y de la mujer, ha recibido innumerables distinciones en todo el mundo. Nélida Piñon ha sido propuesta, por varias instituciones, al Premio Nobel de Literatura.

Gabriela Ovando d'Avis, periodista y escritora boliviana, se doctoró en Estudios Comparativos en la *Florida Atlantic University*. Dirigió el semanario *MU-*

JER del diario *Los Tiempos* y fue columnista de las páginas de Opiniones y Perspectiva de *El Nuevo Herald/The Miami Herald* entre 1994 y 2005. Es autora de *Atisbos* (1998), una colección de crónicas presentada por Elena Poniatowska; de *El retorno del héroe*, un estudio crítico sobre *Lituma en los Andes*, de Mario Vargas Llosa, de *Al rumor de las cigüeñas* (2004; 2da. edición 2008), novela que ha recibido elogiosos comentarios de la crítica en diferentes países, y de *A grandes males, grandes reformadores* (2008), ensayos sobre el proceso de cambio y las autonomías en Bolivia.

Bibliografía

CLARK, David Draper. Editor's Note. *World Literature Today*. Jan-Apr 2005, 7.

LEE VARGAS VILA, Ángela Martín y Gabriela Ovando. "Ser Ulises, jamás Penélope": Entrevista con Nélida Piñon. *Revista ¡Oh! Diario Los Tiempos*, 98, 2001, pp. 17-19.

OVANDO, Gabriela. "Los mundos de Nélida Piñon", en *Atisbos*. La Paz: Plural editores, 1998, pp. 111-14.

_____. "Benditas plumas". Sara Beatriz Guardia, *Mujeres que escriben en América Latina*. Lima: CEMHAL, 2007, pp. 107-118.

_____. *Al rumor de las cigüeñas*. La Paz, 2da. edición: Plural editores, 2008.

_____. Comunicación personal con Nélida Piñon (entre 1995 y 2008).

PIÑON, Nélida. *La república de los sueños*. Madrid: Alfaguara, 1999.

_____. *La dulce canción de Cayetana*. Madrid: Alfaguara, 1997.

_____. *Tebas de mi corazón*. Madrid: Alfaguara, 1974.

_____. *Voces del desierto*. Buenos Aires: Alfaguara, 2006.

_____. *Aprendiz de Homero*. Madrid: Alfaguara, 2008.

_____. "The Territory of My Imagination" *World Literature Today*. Jan-Apr 2005, pp. 10-11.

SNEED M. Paul. An Interview with Nélida Piñon. *World Literature Today*. Jan-Apr, 2005, pp. 18-19.

TEXEIRA, Vera Regina. "Nélida, the Dreamweaver". *World Literature Today*. Jan-Apr, 2005, pp. 22-26.

BABEL Y SUS JARDINES: LA ESCRITURA EN TRÁNSITO

Esther Andradi

“*Sapiens* est par définition un migrant, émigrant, immigrant...”

Quand les murs tombent

Edouard Glissant et Patrik Chamoiseau

I

La primera vez que hablé de Babel alguien preguntó:

-Bueno, pero quién es Babel-

Entonces descubrí que en algunas tradiciones la bíblica Babel no era tan conocida. Utilizo Babel como la maldición divina de la confusión de lenguas. El dios habría enviado este maleficio para demostrar los límites de lo humano, límites que a lo largo de la humanidad tuvo su interpretación en Occidente. Las fronteras de la polis, del imperio, de la nación, se le confieren también al idioma. Para los griegos, quienes no hablaban griego eran bárbaros, luego se habló de culturas centrales y periféricas, de culturas nacionales e imperiales y hasta hubo pedagogías que afirmaron que el bilingüismo generaba atraso en la educación infantil. Todas las comprobaciones científicas respaldaban la maldición de Babel. Mientras tanto siempre hubo gentes y pueblos y aún naciones enteras que se manejaron con dos, tres, más idiomas para comerciar, vivir, amar. George Steiner, el filósofo nacido en Viena, emigrado a Estados Unidos de América, educado en el Liceo Francés de Nueva York y profesor en Oxford admite que vive en cuatro idiomas. Se podrá decir que Steiner es una excepción. Y con razón, porque en Guatemala conviven veintidós lenguas indígenas, con las cuales se comercia, se vive, se trabaja, se siembra y se cosecha.

Los migrantes de todo el mundo, a lo largo de los siglos, han transportado su lengua como memoria, y se han insertado una y otra vez en diferentes idiomas. La maldición de Babel, entonces, ¿se podría leer como una interpretación? ¿Un soporte ideológico para apuntalar el concepto de nación, la cultura hegemónica de los países centrales amenazada por la migración?

¿Y qué pasa con la escritura?

II

Vivir en una lengua y escribir en otra... Hablar en lenguas...Escribir en Lenguas...Lengua materna ¿es la oral? ¿Y la lengua del padre la escrita? ¿No es acaso la lengua del padre la que escribe la ley, la que fija lo social, la que traduce lo literario? ¿Cuánta conciencia tiene la escritura de la lengua que le da vida? ¿Y qué pasa cuando la lengua implica además de la madre, una bandera, una nación, un territorio donde no se puede vivir?

El poeta argentino Juan Gelman concibe la gramática como un organismo vivo, cuya mutilación o silencio provoca trastornos casi seguros en el organismo humano que contiene ese otro cuerpo que es la lengua. Quien no se expresa, enmudece. La mudez tendría diferentes manifestaciones de las cuales el silencio verbal sería apenas una de ellas, la más conocida. ¿No se dice acaso que hay un lenguaje corporal? Debe existir entonces una mudez de manos, de pies, de piernas, de cuerpo entero. Y a nivel orgánico, un hígado lento, ¿es una palabra atascada que dificulta el movimiento?. Un corazón frágil, ¿no es el dolor de una frase repetida flagelando el latido hasta perturbarlo? Todo es lenguaje entonces, y todo el organismo vibra por la palabra. Se cura el viajero que regresa al bañarse en el mar del idioma de las calles de su ciudad, se derrumba el cuerpo frente a las torres inaccesibles de una gramática extraña, se adelgaza como un vocabulario.

Al principio fue el Verbo, ¿no?

III

¿Qué pasa, entonces, y cómo pasa aquello que pasa a quienes viven en otra lengua? ¿Adquieren otro cuerpo? ¿Otra organicidad? ¿Conviven los flujos gramáticos circulando por las venas? ¿Cómo se expresan las señales de este tráfico interno de lenguas para que las cosas se desarrollen más o menos correctamente, respetando ciertas normas, como en las carreteras de pueblo? ¿Se conocen estas normas? ¿Se sabe hasta qué lugar lleva un camino y en qué momento se produce un embotellamiento y nada funciona? ¿Es este punto, el del conflicto, el origen de un silencio crónico? ¿O el detonante de la creación artística?

IV

Sea el exilio voluntario u obligado sólo una minoría de escritoras asume la lengua del país adoptivo para su actividad literaria. Flora Tristán escribió en francés sus crónicas “Peregrinaciones de una paria”, una de las obras más significativas de la literatura peruana del siglo XIX. La crítica literaria Lea Fletcher, en cambio, nacida en el Canal de Panamá e hija de una familia norteamericana durante su residencia de más de veinte años en Buenos Aires, optó por el idioma español. De una u otra forma el viaje está en el origen de la creación. El viaje y la confrontación con otro universo de lenguaje. Muchas autoras llegan a la escritura como consecuencia del extrañamiento del país de origen. La escritora Lucía Guerra por ejemplo, exiliada en USA, admite que en Chile no habría escrito jamás, que la escritura es como su hogar, el refugio en lo extraño. La poeta argentina Luisa Futoransky: “Hay gente que tiene propiedades, bienes raíces; mis raíces son mi lengua, mis bienes raíces son mi lengua”. Frente a la pregunta de si se ha tentado a escribir en otro idioma, contesta: “No puedo, no se me ocurre, no es una posibilidad que contemple” (Pfeiffer, 55). Otra chilena, Ana Vásquez, dice: “Sí, yo tengo dos lenguas, mi trabajo científico lo escribo directamente en francés, y lo literario directamente en castellano; son dos mundos porque son dos lenguajes, o sea, yo soy bilingüe, pero no puedo jugar con el idioma francés como puedo jugar con el castellano” (Pfeiffer, 183)

V

“La viajera cruza límites, trafica con el Otro, se acuesta en la lengua del vecino. Engendra mezclas. La nómada trae una balsa al mundo para orientarse en el desierto. ¿Escribirá su ley para asegurarse un espacio? ¿O flotará en el riesgo, para no hacer pie? Si el viaje fundante del héroe se llama La Eneida, ¿cómo se denominará la gesta de saltarse fronteras?” escribo.

Cruzar los límites. Atravesar fronteras.

Cuando era niña, “Berlín” era el lugar de transición adonde iban los que habían perdido en el juego. Allí debían esperar a que el grupo les concediera una “prenda” o los liberase de ella. Berlín era una forma del Purgatorio de la infancia. Un lugar de paso. El tránsito hacia el castigo, menor o mayor. O la liberación de la pena. El olvido. De adulta se convierte en el espacio literario, la contienda de lenguas, los encuentros.

VI

Según el capítulo II del Génesis las cosas empezaron así:

“Era entonces toda la tierra de una lengua y unas mismas palabras. Y aconteció que como se partieron de Oriente hallaron una vega en la tierra de Shinar y asentaron allí. Y dijeron los unos a los otros: Vaya, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego. Y fueles el ladrillo en lugar de piedra, y el betún en lugar de mezcla. Y dijeron: Vamos edifiquemos una ciudad y una torre, cuya cúspide *llegue* al cielo y hagámonos un nombre por si fuéramos esparcidos por toda la faz de la tierra.”

Pero dios no quiso saber nada con que la palabra ganara altura, pateó el tablero y liquidó la torre. Así fue el fin de la enciclopedia más antigua del mundo. Muchos hombres, a imagen y semejanza, hicieron lo mismo que Jehová. Quienes destruyen libros, se sabe, luego queman cuerpos.

VII

Pero podría existir otra versión del origen de las lenguas. En su libro *Cosmicómicas* Italo Calvino escribe la historia antes de la expansión del universo, que comienza así:

Cuando todos vivíamos en un punto...

Parafraseando a Calvino se podría decir:

“Cuando todos vivíamos en la misma lengua...

...el Cacho y la Tota tuvieron hijos y los hijos sus hijos y así unas cuantas veces, y todas y todos se entendían de mil maravillas. ¿De mil maravillas? Pero si la Tota y el Cacho perdían su intimidad y sin tregua ni secretos ni silencios todos entendían todo y no había un código del deseo construido con palabras que sólo el Cacho podía decirle a la Tota y viceversa, la tristeza era feroz... hasta que a la hija de la hija de la hija de la Tota, llamada tataranieta se le ocurrió cambiar una letra por otra, y a cada sílaba le puso un número, y a cada movimiento de su dedo, un sustantivo...”

Nació así la literatura, dicen. Y la poesía se las ingenió para sobrevivir al mundo del horror y la desesperación. Y ahora vemos que las cosas están como están pero no por culpa del Cacho y la Tota. Esto ya es humano.

VIII

“La viajera trafica con el Otro...”

Se puede escribir desde el dolor o desde el placer pero la presencia de la lengua extraña es un referente, una mirada silenciosa o gritona, una perspectiva para redescubrir la propia y olvidar el sobreentendido. En el territorio de adopción nada se sobreentiende, todo se formula como si fuera la primera vez. Se negocia, se trafica. La que está en el camino, dice el I Ching, elude la contienda. Y agradece. Nada como el camino para aprender. Para aprender aquello que se olvidó estando en casa. El viaje entonces reinventa el cuerpo y la lengua que lo expresa.

El lenguaje es un mundo. El lenguaje contiene el universo. Hay sin embargo una vida dividida que yace bajo la gramática. Los abuelos bajaron de los barcos y se instalaron en un territorio atravesado por una historia silenciada de nómades querandiés, mapuches sojuzgados, diaguitas a su vez sometidos al idioma del Incario. Bajaron de los barcos los señores y las doñas con sus bártulos, corrieron la cortina del idioma materno que traían y consolidaron el propio código mezclándose con la descendencia de la Tota y el Cacho. Los abuelos resignaron su idioma para hablar otro. La lengua viajera se construyó nueva asentándose sobre la pampa donde alguna vez hubo tolderías. El silencio de esas otras tantas voces, ¿no constituye acaso un coro con potencia de tragedia griega? ¿No es la travesía de esa lengua oculta, la callada, la que expresa el código poético? ¿No es la lengua la expresión de una cultura, de los estragos de esa cultura, de los silencios de esa cultura?

IX

“La Viajera se acuesta en la lengua del vecino...”

Implica apoyarse en la lengua del otro. Convivir con el otro. Dormir. Entrega de confianza. Dicen los africanos “Quien no sabe donde duermo, no conoce nada de mí”. Millones en el mundo no tienen ni lugar para el reposo. Niños, mujeres, viejos y viejas, recursos de sabiduría condenados a la miseria del despojo. La viajera yace junto a la lengua del otro. La viajera juega a ser otra en el pensamiento y en la cama. Acostarse implica dormir y soñar. Acostarse también es amar. Amar en otra lengua. Amar, y además en otra lengua es el desafío .

X

“la Viajera engendra mezclas”

Desde que la pureza es virtud, la transgresión es la mezcla. La transgresión del mestizaje, la dilapidación de la herencia, el color de la piel perturbando la gramática, los apellidos, las declinaciones. Se manchan los códigos, las leyes, el catecismo, el comportamiento. En todo hay mácula. Penetrante mácula. La viajera trastoca el orden. La viajera es el caos. El caos es el cruce. En vano negarlo, esconderse, hacerse la distraída.

XI

“La nómade trae una balsa al mundo para orientarse en el desierto...”

¿Cómo hablar de raíz en un mundo de refugiados? Elegir el rizoma, propone Edouard Glissant. Optar por las raíces de todos, por el planeta. Soy una raíz aérea, dice Ana Valdés, escritora uruguaya que vive en Estocolmo hace casi treinta años. “Mujer de dos mundos: exámenes e inspecciones permanentes por partida doble” dice Lea Fletcher. El riesgo de vivir en una preposición. *Entre* países. *Entre* idiomas. *Entre* continentes. *Entre* leyes. *Entre* sillas, como se dice en alemán.

XII

El viaje de Ulises es el paradigma del retorno. La vuelta a casa. Un retorno implica la existencia de, por lo menos, dos elementos. Un territorio adónde volver, y alguien que espera. La vida debiera detenerse para que el retorno fuese perfecto. Homero obliga a Penélope a tejer y destejer. Engaña a Cronos para complacer al héroe que vuelve.

El viaje de Eneas, en cambio, es el viaje de ida. Virgilio escribe en la Eneida la épica del que abandona la tierra en llamas, el templo en escombros y con la memoria al hombro va en busca de un territorio donde refundar la vida. La casa. La lengua. Eneas es el héroe destinado a reconstruir la patria y la ley del padre. Pero Virgilio muere antes de concluir el relato. El viaje de ida es una narración inconclusa. El final es una página en blanco. ¿Una metáfora para millones de refugiados a quienes el Imperio no les concede el lugar de una palabra donde

guarecerse? ¿Una barca de hambrientos a la deriva frente a los cañones de los sedentarios?

XIII

¿Y si el relato inconcluso fuera el desafío para escribir otra gesta? La épica de refundar el planeta sin alambradas ni fronteras, territorio para todas las banderas, la veneración de sus lenguas, el respeto de sus gentes. Entonces Babel sería un jardín y el bosque sobreviviría con todos sus árboles.

Porque cuando los muros caen revelan que *tout monde* es la casa de todos.

Citas de

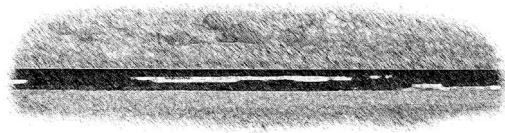
ANDRADI, Esther. *Sobre Vivientes*. Simurg: Buenos Aires, Pág. 78, XLVI (2003: *Über Lebende*, 50 Miniaturen, Übersetzung Margrit Klinger-Clavijo, teamart Verlag: Zürich)

ANDRADI, Esther. *Vivir en otra lengua: Literatura latinoamericana escrita en Europa*, Ediciones Desde La Gente: Buenos Aires, 2007.

GORODISCHER, Angélica (ed. y prólogo). Mujer de dos mundos, en: *Mujeres de palabra*, San Juan, Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1994.119, 1994

PFEIFFER, Erna. *Exiliadas, emigrantes, viajeras. Encuentros con diez escritoras latinoamericanas*, Frankfurt/Madrid: Vervuert/Iberoamericana, 1995.

VI. La construcción de una cultura viajera femenina en la ficción



FLORA TRISTÁN, UNA VIAJERA HISTÓRICA DEL SIGLO XIX

Diana Miloslavich Túpac
CMP Flora Tristán
Lima-Peru

Michelle Perrot¹ señala que las mujeres han viajado en todas las épocas y por diversos motivos, de manera más onerosa, menos aventurera que los hombres, porque ellas necesitan justificación, contención, incluso apoyo. Entre las más notables incluye a Flora Tristán (1803-1844) al lado de Maria Sybilla Merian (1647-1717), Marie Martín (1599-1672), Isabelle Eberhardt (1877-1904) y Alexandra David-Neel (1968-1969).

En el siglo XIX las mujeres viajan según Perrot, atraídas por las misiones y por el afán del descubrimiento:

“Muchas mujeres fueron así atraídas por las misiones, católicas o protestantes, en la huella de la expansión colonial. Estas misiones legitimaban su deseo de abnegación y de viaje. Algunas de ellas, en el siglo XIX, participaron de las misiones de los sansimonianos, socialistas activos, apostólicos y relativamente igualitarios. Estas mujeres salían a predicar la Palabra en Francia. Tras sus huellas, Flora Tristán emprende en 1844 un tour de Francia para convencer a los obreros de unirse y formar la unión obrera (Perrot:176)

Al ocuparse de Flora Tristán señala Perrot que las condiciones difíciles de su último viaje resultan fatales para la *viajera aguerrida* que ya ha peregrinado el Perú y recorrido Londres, investigando sobre la condición obrera. Además de este tipo de viajes, agrega el viaje de descubrimiento que atrae a muchas mujeres libres como George Sand que vieron en los viajes un medio de liberación

Flora Tristán viaja por diversos motivos, por razones de empleo (Inglaterra) de búsqueda de sus raíces familiares (Perú) y porque tiene una misión socialista en su celebre tour en (Francia). En cada uno de sus viajes, porque se siente

1 PERROT, Michelle. *Mi historia de las Mujeres*. Buenos Aires: FCE.2008

libre, a pesar que las mujeres que viajan solas seguían despertando recelo. El testimonio de sus viajes lo deja plasmado en sus libros que constituyen una trilogía. Sus viajes son un factor decisivo en la construcción de su discurso socialista y feminista. Magda Portal² divide su vida en dos etapas: antes y después de su viaje al Perú. De la segunda señala:

“La segunda etapa se inicia con su viaje al Perú, que Flora realiza no sólo en busca de la fortuna de su padre, como afirman algunos de sus biógrafos sino fundamentalmente, en busca del apoyo moral y social de sus parientes, ya que ella nunca olvidó pertenecer a una de las mas encumbradas familiar de Arequipa y de las cuales esperaba recibir comprensión a su desventura, apoyo y afecto familiar”.

Fe Revilla³ destaca la visita de grandes viajeros como Alexander von Humboldt (1769-1859) y Charles Darwin (1809-1882), y en relación a Peregrinaciones dice:

“A pesar de que el siglo XIX es testigo de grandes viajes exploratorios a Sudamérica, este libro suscita especial interés porque en el se presenta la perspectiva personal de una mujer”. (Revilla: 15)

Flora Tristán la viajera

Flora Tristán vivió la mayor parte de su vida en Francia y su condición de viajera fue importante en la construcción de su discurso feminista y socialista. *Peregrinaciones de una Paria* (1838), *Paseos en Londres* (1840) y *El tour de Francia* (1973⁴) constituyen una trilogía de sus relatos de viajera. Sus viajes al Perú, Inglaterra y el último que realiza en Francia influyen en su pensamiento. ¿Qué tienen en común estos tres relatos? ¿Responden a una estructura poliforme? ¿Cómo influyen sus viajes en la construcción de su discurso feminista y socialista? ¿Es en su último viaje interno por Francia entre el 12 de abril y el 22 de octubre de 1844 que redescubre a los ‘otros’, que son los obreros y obreras a quienes había dedicado su obra *La Unión Obrera*? El ensayo plantea que en su viaje París, Lyon, Saint Etienne, Marsella, Nimes, Montpellier, Tolouse y Burdeos, es

2 PORTAL, Magda. *Flora Tristan. Precursora*. Lima : Ed. Humboldt, 1983

3 REVILLA, FE. *La Paria Peregrina*. Lima: PUCP. 1995

4 La primera traducción al español acaba de ser publicada el 2007 por el CMP Flora Tristán

en donde termina de articular en diálogo con los obreros, obreras, artesanos y mujeres sus discursos y sus propuestas para las mujeres y la clase obrera. En ese viaje de aprendizaje inspirado en los '*compagnons*', Flora Tristán cierra el círculo de sus reflexiones y consolida su legado al feminismo y al socialismo iniciado con su viaje al Perú.

Precursora del socialismo y del internacionalismo Tristán tiene un espacio ganado en la historia del movimiento obrero y del movimiento feminista. Sus tesis feministas le han garantizado un espacio en la historia del pensamiento universal. El rescate de su memoria ha sido en gran parte meritorio de los grupos feministas. La escritora Lidia Falcón, en el prólogo a la edición española del libro, señala que si hubiera sido hombre sería mencionada obligada de economistas, sociólogos, políticos. Se anticipó a las grandes demandas de las mujeres del siglo XX, y colocó una agenda que aun sigue sin resolverse. Es una de las grandes figuras del Siglo XIX.

Flora Tristán nace el 7 de abril de 1803 en París. Su padre Mariano Tristán y Moscoso, peruano, muere en 1807 en Francia sin haber formalizado su matrimonio. Su madre, Teresa Laisney es francesa. En 1808, Napoleón invade España y se da la insurrección contra la ocupación francesa: el levantamiento del 2 de Mayo es immortalizado por Francisco de Goya. El rey de España abdica ante Napoleón. Continúa la guerra y se da un decreto imperial de incautación de los bienes de los españoles residentes en Francia. La madre de Flora, Teresa Laisney, pierde la propiedad de Vauginard. De ahí en adelante no se recuperarán de este golpe y quedarán sumidas en la pobreza. Se produce la caída de Napoleón y accede al trono Luis XVIII. Las guerras y los conflictos han provocado un millón y medio de muertos en Francia. Es la época de la Restauración y es durante el reinado de Luis Felipe que Flora escribirá sus obras, dará sus luchas y vivirá sus utopías.

Los viajeros y viajeras en Perú.

Según Pablo Macera, historiador peruano en su libro *La imagen francesa en el Perú*⁵, los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX fueron para Francia un período de liquidación que los mantuvo ocupados de sus propios problemas. Hace una primera clasificación entre los viajeros y escritores exotistas

5 MACERA, Pablo. *La imagen francesa del Perú*. Lima: INC, 1976.

(1798-1829) y los de resúmenes y polémicas (1820-1830). Macera señala que el libro de *Voyage de un peruvien a Paris* (1801) escrito por Rosny es el primer libro consagrado al Perú.

Dice Macera: “hasta fines del siglo XVII son los filibusteros y mercaderes, o hasta las exploraciones científicas del XVIII el conocimiento que Francia tuvo del Perú, fue más exactamente una leyenda”. Los franceses no conocían o conocían más las costas del Pacífico Sur y se veían obligados a repetir las noticias que divulgaban los cronistas españoles. Montaigne -dice Macera- medio siglo después de la conquista española del Perú, hablaba de todo el nuevo mundo como de una región. Aunque rescata, que sin la profundidad ni los escrúpulos de Montaigne la mayoría de los autores del siglo XVI demostraban mayor interés por la realidad indígena que por las incipientes colonias blancas. También destaca: “eran viajeros en la imaginación que mezclaban noticias o tranquilamente las suplían con fábulas de sus cosecha.

Este género de viajes imaginarios quizás no engañara a nadie. Lo lectores, como el autor, aceptaban una convención literaria y sabían bien que eran escritos ocasionales. Así, al comenzar el siglo XVII con la aparición de los viajeros científicos y la literatura filosófica se descubrirá otro Nuevo Mundo. El geógrafo, los traductores, el filibustero y los escritores exotistas delinearon dos vertientes: una, la de los que pretendía cierta exactitud aunque no lo lograban y de otro lado, el falso viajero.

De Flora Tristán, a quien Macera menciona pero no agrupa en su clasificación ni la estudia, dice: “... *en cuanto a Flora Tristán, Lafond, los viajes inéditos de fines del siglo XVII y otros más, les reservo para un trabajo distinto*”. Lo importante es que del recuento de viajeros y viajeras se destaca al capitán Alfonso de Mogel y al agente Rattier de Sauvignan, quienes conocieron el Perú y trazaron una imagen fiel de la realidad.

En la mayoría de los casos -dice el historiador- el viajero francés del siglo XIX no fue ni un romántico atormentado como Marcoy, ni un hombre de ciencia; era un turista culto. Hace la diferencia con los viajeros profesionales que habían encontrado en el libro de viajes una fuente de ganancia. También destaca que en el Perú se desconocía la existencia de las publicaciones de los viajeros o viajeras y era una minoría letrada la que tenía acceso a su lectura. Flora Tristán, según la clasificación de Macera, estaría en el período inicial de viajeros y viajeras del siglo XIX, del (1826-1840), juntamente con D’Orbigny, Sartiges, Radiguet y Pavie. Y es la viajera más renombrada e histórica, precursora del feminismo y socialismo.

Los viajes marcaran su vida y su discurso: su viaje al Perú, sus viajes a Londres y el último viaje al sur de Francia. A cada uno de sus viajes les dedico un libro. Era en cierta forma, una viajera tradicional del siglo XIX. Tomaba apuntes, conversaba con las personas, le interesaba la política y las condiciones sociales que se vivían. *Peregrinaciones de una Paria*, *Paseos en Londres* y *El tour de Francia* son el testimonio de sus viajes.

Peregrinaciones de una paria (1838)

*Peregrinaciones de una Paria*⁶ es la obra escrita por Flora Tristán luego de viajar al Perú en busca de sus raíces familiares. Publicada en 1838 en Francia, ha sido el vínculo entre Flora Tristán y el Perú. Durante el viaje ella va tomando notas y adelanta que esta escribiéndolo. Pasó a formar parte de nuestra tradición literaria y terminó siendo una de los testimonios más certeros de una parte de nuestra historia. El Siglo XXI ha terminado revalorando la importancia de toda la obra de la escritora.

Tristán conoce a Zacarias Chabrié, un capitán que conocía a su familia peruana. En su barco parte de Burdeos en abril de 1833, rumbo al Perú, su travesía dura seis meses, rodeada de 16 varones.

Flora Tristán llega al Perú ocho años después de la salida de Bolívar, amigo de su padre y de su madre. La república que conoce y que Contreras y Cueto⁷ la describen, contaba con un millón y medio de habitantes, de los cuales novecientos mil eran indígenas. Lima tenía 58 mil habitantes, Arequipa 50 mil, El Callao 6,500. Había cuarenta mil esclavos negros y similar número de libertos y mulatos. El 75% de los esclavos estaba en Lima, por ello no es casual que Flora de cuenta de ellos en su texto. Como lo haría más adelante su nieto Paul Gauguin en sus memorias, al recordar su estancia infantil en Lima, con varios esclavos en torno suyo.

La visita de Flora Tristán al Perú transcurre entre el 7 de abril de 1833 y –posiblemente– mayo de 1834. Su permanencia de siete meses en Arequipa y su paso por Lima, que dura dos meses, dan origen al libro y su recuento de dichas jornadas coincide con lo que Jorge Basadre denomina ‘la reacción popular y democrática’

6 TRISTÁN, Flora. *Peregrinaciones de una Paria*. Lima: UNMSM, Flora Tristán (trad. Emilia Romero, prólogo de Vargas Llosa y Francesca Denegri), 2003.

7 CONTRERAS, Carlos y Marcos CUETO. *Historia del Perú Contemporáneo*. Lima: IEP, 2004.

de diciembre de 1833 a mayo de 1834. Ubicar este contexto es sumamente importante porque ella es testigo de un período de movilización popular. De ahí que *Peregrinaciones...* lo recoge un capítulo expreso denominado: “*La República y los tres presidentes*”.

La independencia de 1821 se ve, a los pocos años, envuelta en lo que el historiador Basadre⁸ denominó el ‘militarismo autoritario’ de 1829-1833. A fines del 1833 terminaba el gobierno de Agustín Gamarra. Había incertidumbre sobre cuál sería su decisión al finalizar su período. Recién en diciembre solicita a la Convención que convoque a elecciones para elegir sucesor.

El candidato de Gamarra era Bermúdez, pero la Convención elige a Orbegoso como sucesor provisional. Esta elección se realiza el 20 de diciembre de 1834. Orbegoso obtiene 47 votos, Bermúdez 36 y Nieto 1. El ambiente era muy hostil a Gamarra: el calificativo *gamarrano* era el insulto que se oía en Lima en esos días. Tristán señala que es difícil exponer a sus lectores las causas de la revolución que estalló en Lima en enero de 1834 y de las guerras civiles que fueron su secuela. Añade que jamás ha podido comprender como los tres aspirantes a la presidencia podían fundar sus derechos ante los ojos de sus partidarios. Flora -luego de recoger la opinión de Althaus que señala que no había visto ningún presidente cuyo título no fuese discutible- agrega una nueva lectura:

“La presidenta Gamarra, al ver que no podía ya mantener a su marido en el poder, hizo que sus partidarios llevaran como candidato a Bermúdez, uno de sus criaturas, y este no fue elegido, sus antagonistas alegaban que la nominación era nula y por su lado nombraron a Orbegoso. Entonces estallaron los desordenes” (Tristán: 325)

Recuerda el día en que llega la nueva de una horrible matanza en Lima, que todo el pueblo está reunido en la Plaza de la Catedral. Más adelante señala que con los últimos acontecimientos, la ciudad había cambiado por completo de aspecto. De la calma monótona, del fastidio abrumador, anteriores a la revolución, acababa de pasar a una agitación extraordinaria, a un movimiento y alboroto perpetuo.

La revolución, las tensiones entre los propietarios y el nuevo gobierno que les pide dinero y el mal uso que se hace del mismo, hacen que Flora haga

8 BASADRE, Jorge., *Historia de la República del Perú*. Lima: Ed. Cultura Antártica, 1948.

una reflexión profunda que incluye un análisis del papel de Inglaterra en la independencia, anotando que gastó sumas enormes en provocarla y que desde que la América española es independiente el comercio inglés hace operaciones ruinosas.

El panorama que escribe sobre el país lo resume así:

“En América del sur las necesidades son restringidas y fáciles de satisfacer. Las riquezas están también repartidas con mucha desigualdad y la mendicidad, compañera inseparable del catolicismo español, es casi una profesión. Existían en el Perú antes de la independencia inmensas fortunas hechas en los empleos públicos, en el comercial y en especial en el comercio intérope, como en la explotación de las minas. Un número muy pequeño de estas fortunas tenía su origen en el cultivo de las tierras. La masa de la población está cubierta de harapos y no ha mejorado su suerte desde entonces” (Tristán: 346).

En realidad Flora Tristán hace una crónica de la insurrección y toma una postura política. Se supone que es un viaje es busca de su herencia y se ha transformado en una periodista y analista política.

El relato de los hechos, del comportamiento de la población arequipeña, de los militares, los parientes, la iglesia, lo sigue Flora con detenimiento. Es decir, la mayor parte de su instancia está sumida en un momento de incertidumbre y falta de gobernabilidad, en una indefinición de los bandos. Es importante señalar que esta es la experiencia fundamental de sus días en Perú. Casi una reportera de guerra, que va tomando nota del día a día de los sucesos de la guerra en Arequipa. Por esto, es de extrañar que se pongan anotaciones al pie de página en alguna edición de *Peregrinaciones...*, casi desmintiendo algunos errores, como si su libro debiera ser tratado como una obra de historia. Su mirada sobre el Perú no es diferente a su mirada sobre Londres. Tristán es sumamente dura contra las injusticias.

El Propósito de Peregrinaciones de una paria

Flora comienza su libro con una dedicatoria a los peruanos. Está convencida de que el libro será beneficioso, pese a reconocer que hay poco de laudatorio sobre nosotros. Se adelanta a la reacción y a la lectura que harán de su libro: piensa que primero habrá una animosidad contra ella y que posteriormente se le haría justicia.

Pone en claro sus buenos sentimientos hacia el Perú y el reconocimiento a la buena acogida que ha tenido. La anima el deseo de prosperidad para los peruanos. Y es este buen sentimiento el que la lleva a escribirnos “he tenido el valor de decirlo, con riesgo de ofender el orgullo nacional” ¿Para qué nos escribe? Lo hace porque nos encuentra equivocados, errados: no armonizamos nuestras costumbres con la organización política. Nos escribe porque ha tomado nota de la profunda corrupción de la clase alta, en la que prima el afán de lucro y el amor al poder.

Para ella el embrutecimiento del pueblo, la falta de educación, hace que estos no sean jueces. Hecha la culpa al clero, ocupado en procesiones burlescas y oropeles paganos, en lugar de predicar instructivamente. Cree en el poder de la imprenta y la escuela pública, que insta a establecer en las aldeas humildes. Plantea que consagrar los bienes de los conventos para la educación es un destino religioso. Señala que ‘el hombre que tiene un oficio no es un proletario’.

Termina la presentación afirmando que el Perú, de toda América, es quien ha tenido la civilización más avanzada y por ello, presume las posibilidades de sus habitantes y sus recursos. Termina diciendo que espera que ocupemos un rango entre las naciones como Asia y Europa, que ese es el deseo que la anima, y firma: agosto de 1838.

Hay autores de memorias –señala- que prefieren publicar una vez muertos, para no asumir la responsabilidad de sus actos y sus palabras, por amor propio, por miedo a crearse enemigos, por temor a recriminaciones. De esta forma han invalidado su testimonio; pueden mostrar un cuadro de costumbres de sus antepasados, pero no influyen en ellos. No es ese su caso, porque ella pretende influir en sus coetáneos. Hace la diferencia entre quienes prefieren que se publiquen sus memorias después de su muerte, como Rousseau, Fouché, Lafayette: publicación de memorias hecha al mismo tiempo que la nota necrológica o la oración fúnebre.

Flora sabe lo que está haciendo y plantea sus diferencias: si bien la mayoría de escritores han tomado a los grandes personajes del orden social como tema -pone el ejemplo de Saint-Simón con sus cortesanos e intrigas- no piensa como ellos sólo en el burgués de París o de otro lugar, ni que un hombre de pueblo no ofrezca ningún interés. Lo que ella está tratando de hacer es unas memorias ‘inclusivas y sin distinción de rango’.

Considera que para escribir no sólo se necesita la instrucción; es preciso haber sufrido, pues el infortunio enseña a conocer lo que valemos. Igual es nece-

sario haber visto mucho, tener la experiencia, para despojarnos del prejuicio y ser tolerantes con la humanidad. Tener en el corazón una fe de mártir. Se pregunta si es útil publicar sobre las acciones de los hombres en el momento que acaban de realizarse: se contesta que sí, si estas acciones provienen de un abuso del poder cualquiera, sea de fuerza, de autoridad, de inteligencia o de posición.

Paseos en Londres (1840)

Flora Tristán escribe su libro *Paseos en Londres* a partir de cuatro viajes que lleva a cabo entre 1831-1839. Estuardo Núñez,⁹ escritor peruano, escribe un estudio preliminar a la versión peruana publicada por la Biblioteca Nacional en 1972, la declara ‘el primer viajero peruano con espíritu crítico’ y destaca que *Paseos en Londres* no circuló en el Perú, no obstante sus cuatro ediciones. Señala que el título está probablemente inspirado en las impresiones de viaje de Stendhal, publicadas en 1829, con el título de *Paseos en Roma*.

El libro, para Núñez, es un relato de viaje, testimonio crítico de una sociedad europea que nunca antes había recibido una admonición y censura semejantes por parte de una escritora. Basadre¹⁰ en su prólogo a *Peregrinaciones* señala que el libro fue calificado como un grito de piedad e indignación a favor del pueblo inglés. Por ello dice los que se resienten con la rudeza de algunas páginas de *Peregrinaciones* deberían leer este libro.

Mario Vargas Llosa¹¹, respecto del libro destaca que fue el primero que dio a conocer la situación de la clase obrera en Inglaterra y mostró, en ese estado a toda la clase obrera europea.

“Lo que el libro nos dice es que es extraordinario lo que está ocurriendo en estas fábricas pero, al mismo tiempo en sufrimiento, un precio en sacrificios y quienes pagan, ante todo, el precio de esta extraordinaria transformación son las mujeres” (Vargas Llosa:13)

El primer viaje lo realiza como doncella, el segundo en 1831 ha recibido tres mil piastras de su abuela, el tercero en 1835, luego de su regreso del Perú. El

9 NUÑEZ, Eduardo. La viajera Inquieta: Flora Tristán. Lima: Letras en Francia. 1997

10 BASADRE, Jorge. *Peregrinaciones de una Paria*. p. VII

11 VARGAS LLOSA, Mario. En Palabras preliminares en el prólogo a la Edición de *Peregrinaciones*.

cuarto en 1839, lo realiza luego del proceso de Chazal, cuando ya es una mujer libre y una mujer reconocida.

Evelyne Bloch-Dano¹² escribe que es su libro mas logrado, vivo, preciso y bien documentado que nos permitirá conocer la ciudad de Dickens y Thackeray. Es fiel testigo de la transformación de la ciudad con la revolución industrial.

Flora Tristán señala en su prefacio:

“Cuatro veces he visitado Inglaterra, siempre con el objeto de estudiar sus costumbres y su espíritu. En 1836, la encontré sumamente rica. En 1831, lo estaba menos, y además la noté sumamente inquieta. En 1835, el malestar empezaba a dejarse sentir en la clase media, así como también entre los obreros. En 1839, encontré en Londres una miseria profunda en el pueblo, la irritación era extrema y el descontento general” (Tristán: 6).

El objeto de su libro lo precisa diciendo:

“Quiero solamente bosquejar las pocas cosas que he visto en el país y hacer conocer las impresiones que he experimentado. He hablado con franqueza, sin temor y también sin miramientos, he esperado abrir el camino por el cual deberán entrar aquellos que quieren realmente servir a la causa del pueblo inglés (Tristán: 6)

Como dice la autora, su libro de viajes, es de hechos, de observaciones recogidas con toda exactitud. Ha pretendido señalar los vicios del sistema inglés a fin de que se evite aplicarlos y con el afán de desengañar a sus lectores de las opiniones erróneas y las ideas falsas que puedan adoptarse. Este deseo de desengañar y darnos la verdadera información de lo que sucede en Inglaterra será una constante en sus escritos de sus viajes. Está contra la *anglomanía* y quiere llamar la atención de lo que sucede. Cita diversos autores ingleses y destaca el libro *Vindicación de los derechos de la Mujer* (1879) de Mary Wollstonecraft¹³, y la *Prostitución en Londres* (1859) de M. Ryan.

Hace una descripción de los partidos, de los *whigs*, de los *tories*, de los reformistas y de los conservadores, de los radicales y de los artistas. Está en Londres durante el debate sobre el sufragio universal y, como en los otros relatos, incluye

12 BLOCH DANO, Evelyne. *Flora Tristán. Pionera, revolucionaria y aventurera del Siglo XIX*. Madrid: Maeva, 2003.

13 WALLSTONECRAFT, Mary. *Vindicación de los Derechos de la Mujer*. Madrid: Debate, 1998.

el texto de petición sobre el sufragio para documentar su libro. Esta será otra constante en sus libros de viaje: introducir textos adicionales, peticiones, cartas, comunicados. También visita el Parlamento inglés como lo hace con el Congreso en el Perú. Como no se permitía la asistencia de mujeres, encontró un turco en misión que la apoyó para entrar vestida de hombre. Queda impresionada por la oratoria del irlandés O'Connor y escribe que no ha conocido nada tan milagroso como ese hombre.

El libro tiene 19 capítulos y 5 apuntes. Entre los capítulos destacamos el que dedica 'a los obreros', a 'las mujeres públicas', a 'las prisiones en Londres', al 'barrio de los judíos', al 'teatro inglés', a 'los asilos' y a Owen. Cada uno de estos capítulos puede ser independiente, como algunos de los que escribe en *Peregrinaciones de una Paria*. Los apuntes podrían ser también independientes: los clubes, los bolsillos, unas palabras sobre el arte en Inglaterra, excursión a Brighton y la 'cuchara de fierro'.

En cada uno de sus relatos se detiene de manera especial en las mujeres. También lo ha hecho en su libro sobre el Perú. Durante su último viaje se detiene en las mujeres. Dedicar un capítulo a las mujeres inglesas. Se indigna de comprobar la superioridad de las mujeres autoras y la servidumbre en la que viven ahogadas por un sistema educativo fundado en falsos principios. Hace un recuento de las escritoras y lamenta que estas mujeres que escriben en revistas y periódicos no hayan abrazado la causa de la libertad de las mujeres como estaba ocurriendo en Francia.

Sobre Mary Wallstonecraft dice que su libro fue agotado desde su aparición y encuentra que aún inspira horror entre la gente:

“Esta mujer que osó decir que los derechos civiles y políticos pertenecen igualmente a los dos sexos y que hace un llamado a una opinión profesada por Talleyrand en la tribuna para demostrarle que tiene el deber, como hombre de Estado, de actuar conforme a esa opinión, de hacer triunfar las consecuencias de ella y de establecer la completa emancipación de la mujer“(Tristán: 186)

Para apoyar sus afirmaciones introduce pasajes del libro *Vindicación de los derechos de la Mujer*. Destaca que se ha levantado contra los escritores que consideran a las mujeres como un ser de naturaleza subordinada y anota que su reclamo a Rousseau es justo, ya que él establece 'que la mujer debe ser débil y pasiva y el hombre activo y fuerte, que la mujer ha sido formada para estar sujeta al hombre

y, finalmente, que la mujer debe hacerse agradable y obedecer al amo y que tal es el objeto de su existencia’.

Le apena que nadie conozca una obra tan importante que defiende los derechos de las mujeres ‘desde hace medio siglo. De alguna manera Tristán, en este libro, retoma las ideas fundamentales de la feminista inglesa y traza una tradición.

“Mary Wallstonecraft publicaba en 1792 los mismos principios que Saint-Simon ha difundido más tarde, y que se propagaron con tanta rapidez después de la revolución de 1830. Su crítica es admirable, ella hace resaltar en todas sus verdades que los males provienen de la organización actual de la familia, y la fuerza de su lógica deja a los contradictores sin réplica. Quiere para los dos sexos, la igualdad de derechos civiles y políticos, su igual admisión en los empleos, la ecuación profesional para todos y el divorcio a voluntad de las partes”. (Tristán: 189).

El capítulo que dedica ha Owen es importante en el proceso vital de Tristán. Escribe sobre él e incluye trabajos realizados y la propuesta de organización de la asociación. Publica también el plan para procurar el empleo a los pobres, que le servirá más adelante, cuando trabaje su libro de la *Unión Obrera*. Ella escribe: “el hombre al nacer -dice Owen- no es ni bueno ni malo”. Atribuye tanto poder a la educación, que en la sociedad que la forma no parece suponer ninguna desigualdad de talento, porque es la edad la que determina las funciones. Tristán pretende dar a conocer el socialismo inglés sin tomar partido. Lo que si recalca es la sorpresa que encuentra: que en la misma época, tres hombres, sin comunicación alguna entre ellos, lleguen por caminos distintos a razonamientos que ella encuentra similares. Se trata de Saint-Simon, Fourier y Owen. Sobre Saint-Simon anota que el siervo ruso parece menos desgraciado que el proletario de Europa, que es esclavo del hambre y de la ignorancia, explotado por la codicia y la astucia de aquellos que tienen y aplastado por el poder.

Para Tristán, Fourier diseña la organización social y muestra al descubierto todos los fraudes, y todas las violencias y las infamias. Owen le parece más admirable, porque organiza los intereses materiales y porque invita a formar las asociaciones a la inmensa población de los proletarios de Europa, les hace ver la urgencia de asociarse sino quieren morir de hambre. Es lo que ella hará después en su último viaje. A través de sus escritos uno puede ir viendo el proceso de transformación que ella está viviendo. En cada viaje ella aprende y va ampliando su conocimiento del mundo. Los viajes tienen un gran impacto en su sensibilidad y en su desarrollo. Es lo que le posibilita ver el mundo de la época en casi todas

sus dimensiones. Es posible afirmar, que sin su condición de viajera, difícilmente hubiera adquirido la dimensión de precursora que tiene. De alguna manera redescubre a Wallstonecraft, que estaba olvidada en Inglaterra y de la que poco se conocía en Francia, a pesar de haber estado allí durante la revolución.

Jean Baelen¹⁴ señala que el libro no pasó desapercibido y se comentaron en Francia e Inglaterra, fueron reproducidos pasajes, se hicieron dos ediciones en 1840 y dos reimpresiones en 1842.

El Tour de Francia¹⁵ (1843-1844)

Este diario, escrito durante su gira en Francia para formar la Unión Obrera permaneció inédito hasta 1973. Fue publicado con notas de Jules Puech y prefacio de Michel Collint. El manuscrito permaneció en poder de los descendientes de Eleónore Blanc, su seguidora y fiel amiga, a quien ella conoce durante su último viaje. La publicación de la versión castellana es del 2006.

Organiza este libro de viajes con un plan, definiendo un capítulo por ciudad:

“Cada ciudad será un capítulo. Luego una alocución a los obreros, a los vanidosos y a los inteligentes. Después, un llamado a los jóvenes burgueses. La idea del periódico. Trazo allí la marcha que conviene seguir. Allí será puesto el plan. Indicaré la manera de propagar, de profesar las ideas de la Unión Obrera. Al final daré mi definición de las tres naturalezas. De esta manera el libro quedará muy completo” (Tristán 410).

A cada ciudad la diferencia: París, la ciudad de los impulsos generosos. Auxerre, la ciudad de los burgueses videntes. Avallon, la ciudad nula. Dijon, la ciudad de los burgueses simpáticos. Lyon, la ciudad de los obreros inteligentes. Saint Etienne, la ciudad de los opresores. Rouanne, la ciudad nula. Aviñón, la ciudad de los caballeros. Marsella, la ciudad del entusiasmo. Tolon, la ciudad de la energía. Nimes, la ciudad de los sacerdotes. Montpellier, la ciudad de los millonarios. Beziers, la ciudad nula. Carcassonne, la ciudad pura y peligrosamente revolucionaria. Allí –dice- los hombres pelean con valor pero sin inteligencia. No dice nada sobre Toulouse. Inicia el manuscrito el 4 de febrero de 1843, en París, con

14 BAELEN, Jean. *Flora Tristan: Feminismo y Socialismo en el Siglo XIX*. Madrid: Taurus. 1973

15 TRISTÁN, Flora. *La Tour de Francia*. Lima: Ed. Flora Tristán / UNMSM, 2006.

sus preparativos para su último viaje, que inicia el 12 de abril de 1844 y finalizada el 14 de noviembre en Burdeos, cuando muere de tifoidea.

La escritora Bullrich¹⁶ leyó la versión original y con ella escribió un texto del último viaje de la escritora. Durante todo el viaje realiza reuniones con obreros, artesanos, mujeres, para introducirlos a la lectura de su libro la *Unión Obrera*. En la anotación del 13 de febrero, luego de leer el capítulo de las mujeres, es importante el debate que suscita: hay una oposición a que se mencione que los obreros frecuentan las tabernas. Cecile Dafour, subsecretaria de la *Ruche Populaire*, argumenta que Tristán maltrata a las mujeres del pueblo, que no eran tan brutales sino tiernas con sus hijos. Otra mujer manifiesta que las mujeres tenían derechos divinos y otra, que era poco lo que pedía para las mujeres. En estas tres intervenciones que anota Tristán, podemos ver cómo era la recepción femenina que tenía la lectura de su libro. Ella continuará buscando suscripciones para su libro y promoviendo reuniones obreras para difundir sus propuestas.

Para el 29 de septiembre de 1843, está en Burdeos. Aquí reitera la intención de su tour en Francia: organizar a los obreros, poner a los hombres en la vía de la legalidad, del derecho:

“vengo aquí para predicar a los obreros abiertamente. Les digo a ellos lo que les diría delante del prefecto de policía: ¡reclamen sus derechos, en nombre del derecho!” (Tristán: 80).

En Burdeos explica cómo organiza el viaje con entusiasmo y piensa que lo finalizará en 1845, lo que no sucederá, porque su salud se deteriora durante el último viaje:

“...veo que para las ciudades más grandes como Lyon, Marsella, tengo necesidad de 15 días, para las segundas, 8, para las pequeñas, 4. Podría hacer el tour de Francia, el sur y el este en mi verano, el norte y el oeste serán para el verano próximo de 1845. Será necesario partir en el mes de marzo y terminar a fines de agosto. El mes de septiembre es ya malo, las personas están en el campo y las lluvias vienen. No se debe soñar más en viajar” (Tristán: 82)

16 BULLRICH, Silvina, *Flora Tristan Visionarias*. Buenos Aires: RIESA Ediciones, 1982.

Entre el 12 y 16 de abril está en Auxerre. Se reúne con los societarios de la Unión ‘los mejores *compagnons*’ y escribe sobre el viaje como una misión, lo que será una constante en todos ellos. Todos sus viajes son una misión para Tristán:

“Cuando el barco a vapor se alejaba y perdía París de vista, una voz interior me decía, ten confianza en tu misión, y después de haber sembrado tu pensamiento en París, la cabeza de Francia, parte para sembrar en sus miembros, las ciudades alejadas, este gran pensamiento regenerador, el derecho al trabajo” (Tristán: 89).

Pasa por Avallon y Semur y llega a Dijon. La falta de organización de los ‘*compagnonages*’ en estas ciudades no la ayuda en las convocatorias y tiene que buscar a los obreros para conversar con ellos casi individualmente. El periódico conservador *La Gazette* habla de ella y de su libro. Se reúne con los falansterianos, que le ofrecen su apoyo. De ahí pasa a Chalon-sur-Saone, donde vuelve a ver a Lagrange, un revolucionario de Lyon. Asiste a una reunión con más de 200 obreros que finalmente firman su adhesión a su pedido. Pasa por Macon, donde no le va bien y por fin llega a Lyon el 2 de mayo de 1844 en el barco a vapor L’Hirondelle y continúa sus reuniones con los obreros y la difusión de su libro la *Unión Obrera*.

Su malestar con la iglesia es permanente en sus tres relatos. Aquí se expresa en Lyon:

“el primer enemigo, el que conduce a la sociedad, la enerva, la mata, es la camarilla sacerdote-iglesia, el segundo, burguesía-gobierno, es decir el rey y la administración no son más que los esclavos de los sacerdotes y de los burgueses” (Tristán: 136).

Los obreros de la seda, de la impresión en Lyon, leen buenos libros de economía social, política y filosofía y lo hacen en los talleres. De su reunión con las mujeres destaca la contradicción con una obrera comunista, que Tristán detalla:

“señora, yo encuentro su pequeño libro muy bueno, pero nosotros los comunistas tenemos algo más bello, porque tenemos un plan completo; nosotros queremos ése, no el suyo, que no es más que un medio de transición, como usted lo dice” (Tristán: 142).

La explicación que anota Flora es que, para llegar al comunismo, es necesaria una transición. A lo largo de su viaje, registrará sus encuentros con los comunistas, a quienes les llaman ‘icarios’. Su estancia en Lyon es buena, asiste al baile de los tallistas de piedra, donde festejan mil obreros y obreras. Anota sus discrepancias con los falansterianos, y en cada ciudad va registrando los salarios de los obreros y de lo pesado, desagradable y cansado que son las condiciones de los viajes.

El 20 de mayo registra la presencia de la señora Eleonore Blanc. Visita los talleres de tejedores pobres, recuerda la visita al barrio de los irlandeses en 1838 y constata que las condiciones de trabajo son infames. Su encuentro con una familia es conmovedor: la mujer le pregunta cuánto durara el construir la Unión Obrera y ella responde que quizás de seis meses a un año, y la mujer le responde: “en un año estaré muerta de hambre” (Tristán: 164).

Aquí, como en Londres, visita el barrio de las mujeres públicas. Como en Londres, están en un barrio que califica como “espantoso”, con casas de maderas. Encuentra jóvenes entre 12 y 14 años y vuelve a manifestar su crítica a la prostitución. También en *Paseos en Londres* se había detenido a conocer las condiciones de vida de estas mujeres.

Deja Lyon y llega a Roanne el 15 de junio. Aquí hace una larga nota sobre Eleonore Blanc y su emoción al constatar que ha encontrado una compañía que compara con la de Jesús y San Juan, unidas en el amor a la humanidad. Más adelante manifestará que se siente más cerca de ella que de su hija Aline. Y es a ella a quien le entregará su último manuscrito.

Se encuentra con hiladores, tintoreros y tejedores, en mejores condiciones que en Lyon. Casi todos son campesinos que han dejado el campo. Pasa a Saint Etienne y regresa a Lyon. En casi todos los lugares realiza las mismas actividades: se reúne con los obreros, visita los diarios de la ciudad, conversa con los grupos organizados. Visita también a algunos burgueses. También se da tiempo para conocer la ciudad, los museos, los teatros, las iglesias.

El regreso a la ciudad de Lyon refuerza los lazos de amistad con sus seguidoras y seguidores y promete volver a colocar la primera piedra del palacio de la Unión Obrera. Sale en barco rumbo a Aviñón. El cambio es muy duro, pues encuentra una ciudad donde la nobleza, el clero, las mujeres, los viejos, son realistas. Dice:

“Aquí se ignora completamente lo que ha pasado en el mundo desde que los hombres están en sociedad. Ignoran que en el 89 nuestros padres murieron por tres palabras Libertad-Igualdad-Fraternidad. Ignoran que nosotros los socialistas, continuadores de la gran obra de nuestros padres, morimos por la realización de estas palabras. Aquí los términos humanidad, unidad, son completamente desconocidos y esto sucede a 60 leguas de Lyon” (Tristán: 253).

Cuando llega a Marsella se sorprende de encontrar una ciudad cosmopolita: griegos, genoveses. Las mujeres genovesas trabajan de cargadoras en el puerto casi por nada. La diferencia salarial es enorme. Por el mismo trabajo, un hombre recibe hasta 10 francos por día y una mujer hasta 3. Su salud se ha ido deteriorando en este viaje y se evidencia en esta ciudad. Llega a Tolón enferma y se siente feliz de los días que permanece ahí. Los obreros del arsenal la han conmovido. Regresa a Marsella y logra reunir 600 obreros para constituir la Unión Obrera, a pesar de los obstáculos de la policía, ya que no están autorizadas reuniones grandes. Viaja a Nimes y casi muere de hambre. Pasa a Montpellier y encuentra un hotel que no recibe mujeres, pero también fourieristas que la apoyan con dinero. Sigue camino a Beziers, Carcassonne, Toulouse y Agen.

El 21 de septiembre de 1844 habla sobre el músico Franz Liszt, que la ha seguido desde Aviñon, aunque señala que no se hacen competencia. En Agen ya comienza la policía a intimidarla, pero igual realizan una gran reunión en la sala de los asociados de la Unión. La policía disuelve la reunión en nombre del rey. Tristán agradece a los zapateros y se burla de “los lobos”, una organización de obreros que ni siquiera han asistido por temor a la convocatoria. Las últimas anotaciones están hechas en Agen, entre el 20 y 25 de septiembre de 1844.

En general este último viaje que realiza en Francia es no sólo un viaje de difusión de sus propuestas, sino un viaje organizativo. También es el momento en el que ella se confronta con los obreros y obreras. Tristán, en este momento pareciera que es ganada por sus ideas socialistas, asunto que le reclamará Simone de Beauvoir¹⁷ en *El Segundo Sexo*. Allí ella dice:

“Flora Tristán cree en la redención del pueblo por la mujer, pero le interesa mas la emancipación de la clase obrera que la de su sexo” (Beauvoir:104)

17 BEAUVOIR Simona. *El Segundo Sexo*. Buenos Aires: Sudamericana.1999

Si bien presta atención al trabajo de las obreras, no se encuentra en el texto el contenido de su pensamiento feminista, que sí se encuentra en *Peregrinaciones de una Paria* y en *Paseos en Londres*.

Lo común que podemos encontrar en los tres textos es que son muy descriptivos de lo que ella es testigo como viajera. Los libros que escribe sobre sus viajes al Perú y Londres tienen el propósito de revelar la situación de desigualdad e injusticia en que viven los pobres y los desposeídos. La mirada sobre las mujeres es más acuciosa. Es posible que el manuscrito de su último viaje lo hiciera con el fin de escribir posteriormente un libro más acabado, que no logra terminar. Maneja una estructura similar en sus textos. Como señala Yolanda Westphalen en su trabajo introductorio a la edición en español de *la Tour de Francia*, realiza un collage de géneros en sus tres textos:

“El género es polimorfo. Adquiere las características del diario y del diario personal, de la crónica y del testimonio, de relato de viaje y por último de ensayo y borrador de estudio sociológico. Mezcla todo tipo de discurso: geográfico, político, social. En una suerte de collage de géneros” (Tristán: 30).

Su último viaje es también un viaje de redescubrimiento de la clase obrera. Hace en cada ciudad una descripción de cómo están organizados. La tarea es compleja, es una mujer que les está planteando organizarlos con un plan como el de la Unión Obrera. En general, en sus escritos, lo que nos cuenta es de una aceptación de sus ideas. Algunos asisten a sus conferencias, porque dudan que ella sea la autora del libro. Paralelamente a su encuentro con los trabajadores, también discute con otros sectores organizados como los discípulos de Fourier. Hay una permanente tensión en las relaciones que establece con los obreros. Toma conciencia de que la tarea será difícil y cierra su ciclo ese año con un mayor énfasis por el socialismo.

Su discurso feminista la antecede porque lo ha construido a partir de su propia circunstancia. Su último viaje la reafirmará en sus ideas socialistas y en las posibilidades de construir la unión obrera internacional.

¿Qué tienen en común estos relatos? En estos tres relatos la preocupación por la verdad es lo central. El escritor debe ser veraz, si no, debe renunciar. La utilidad resulta de las verdades que contenga, reitera en sus textos. Con este espíritu es que escribe *Peregrinaciones...*, *Paseos en Londres* y *La Tour en Francia*. Lo central es que

hay que dar a conocer las acciones humanas para conocerlas, así se pone freno a las perversidades.

¿Cómo influyen sus viajes? Es difícil explicarnos este personaje y su obra sin sus viajes. Lo que influyen de manera decisiva en la construcción de su discurso feminista y socialista.

A su regreso del Perú, publica su propuesta: “Necesidad de dar una buena acogida a las mujeres extranjeras” producto de la dificultades y barreras que ve de las mujeres que emigran. Ana de Miguel¹⁸ señala que es ahí en ese opúsculo donde esboza su internacionalismo “en lo sucesivo, nuestra patria será el universo”. Su último viaje que dura ocho meses, que sería el inicio de una gira por las regiones y luego por Europa. Vargas Llosa¹⁹ dice que en el transcurso de ese recorrido la personalidad de Flora se agiganta a medida que lleva su evangelio social.

Su encuentro con las Américas, sus viajes a Londres testigo de la revolución industrial. Su espíritu internacionalista lo desarrolla en sus viajes. Pasa de ser testigo de una reciente nación independizada a la revolución industrial y el nacimiento de la clase obrera.

Tenía una voluntad de escritora, sabía para que escribía y se anticipó a sus lectores. Hay una estructura común que usa al escribir, sus textos son una mezcla de diario, crónica, ensayo, testimonio. Lo hace en cumplimiento de su misión, obedeciendo a su conciencia. Escribe acompañada de su fe, apostando por su religión del progreso. Convencida de que hay que dar a conocer las acciones humanas para cambiarlas. Su indignación, su emoción, sus conflictos le dan fuerza y sentido a sus relatos hasta hoy. Pero sobretudo sus ideas precursoras respecto a la mujer y a la clase obrera.

Bibliografía

BAELEN, Jean. *Flora Tristán: Socialismo en el Siglo XIX y feminismo*. Madrid: Taurus, 1973.

BASADRE, Jorge. Prólogo a *Peregrinaciones de una Paria*. Lima Antártica, 1948

BASADRE, Jorge. *Historia de la República del Perú*. Lima: Ed. Cultura Antártica, 1949.

18 DE MIGUEL Ana y ROMERO, Rosalia. *Feminismo y Socialismo*. Madrid: La Catarata. 2003

19 VARGAS LLOSA, Mario. *Diccionario del amante de América Latina*. Barcelona: Paidós. 2005

- BERMEJO, Vladimiro. *Flora Tristán: Biografía*. Arequipa: Universidad San Agustín. 1945
- BLOCH-DANO, Evelyne. *Flora Tristán. Pionera, revolucionaria y aventurera del Siglo XIX*. Madrid: Maeva, 2003.
- BULLRICH, Silvina, *Flora Tristan Visionarias*. Buenos Aires: RIESA Ediciones, 1982.
- BUSE, Erika. *El símbolo de Flora Tristán en el feminismo peruano*. Lima: Centro Flora Tristán. 2003
- CORNEJO POLAR, Antonio. *Literatura en el Perú Republicano*. Lima: Mejía Baca. 1996
- CONTRERAS, Carlos y Marcos CUETO. *Historia del Perú Contemporáneo*. Lima: IEP, 2004.
- DE MIGUEL, Ana y ROMERO, Rosalia. *Feminismo y Socialismo*. Madrid: La Catarata. 2003
- KONDER Leandro. *Flora Tristan Una vida Mulher. Uma paixão socialista*. Rio de Janeiro: Relume Dumara. 1994
- MACERA, Pablo. *La imagen francesa del Perú*. Lima: INC, 1976.
- NUÑEZ, Eduardo. *La viajera Inquieta: Flora Tristan*. Lima: Letras en Francia. 1997
- PERROT, Michelle. *Mi historia de las mujeres*. Buenos Aires: FCE, 2008
- PORTAL, Magda. *Flora Tristán, la precursora*. Lima : Ed. Humboldt, 1983.
- PORTAL, Magda. *Una reserva de Utopía*. Lima: Ed. Flora Tristan Tarea, 1985
- RECAVARREN, Catalina. *La mujer Mesianica Flora Tristan*. Lima. Ediciones Hora del hombre. 1946
- REVILLA de Moncloa, Fe. *La Paria Peregrina*. Lima: PUCP, 1995.
- RIVERA MARTINEZ, Edgardo. *Imagen y Leyenda de Arequipa. Antología 1540-1990*. Arequipa: Fundación Bustamante de la Fuente. 1997
- ROMERO, Emilia. “Brillo y Ceniza de Flora Tristan.” *Boletín* Lima: Biblioteca Nacional. 1965
- SÁNCHEZ, Luís Alberto. *Una mujer sola contra el mundo*. Lima: Mosca Azul, 1987.
- TRISTÁN, Flora. *Paseos en Londres*. Lima: Biblioteca Nacional, 1972.
- TRISTÁN, Flora. *La Tour de Francia*. Lima: Ed. Flora Tristán /UNMSM, 2006.
- MILOSLAVICH, Diana. “Flora Tristán precursora de los derechos de la mujer”. *Revista Identidades*. Universidad de Puerto Rico, 2007.

VARGAS Llosa, Mario. *El Paraíso en la otra esquina*. Barcelona: Alfaguara, 2003.

WALLSTONECRAFT, Mary. *Vindicación de los Derechos de la Mujer*. Madrid: Debate, 1998.

Bibliografía de *Peregrinaciones de una paria*

TRISTÁN, Flora. *Peregrinaciones de una Paria*. Barcelona: Tierra Incógnita (ed. José de Olañeta, trad. Emilia Romero y notas de Jorge Basadre), 2003.

TRISTÁN, Flora. *Peregrinaciones de una Paria*. Lima: UNMSM, Flora Tristán (trad. Emilia Romero, prólogo de Vargas Llosa y Francesca Denegri), 2003.

TRISTÁN, Flora. *Peregrinações de uma Paria*. Brasil: Florianópolis, Mulheres, Edunisc (trad. Maria Nild Pessoa e Paula Berinson, introd. de Roland Forges), 2000.

TRISTÁN, Flora. *Peregrinaciones de una Paria*. Arequipa: UNAS (prólogo de Carmen Ollé (toma como base la traducción original de Emilia Romero), 1997.

TRISTÁN, Flora. *Peregrinations d'une Paria*. Canadá: Babel (prefacio y notas de Stephane Michaud), 2004.

UTOPIA Y ROMANTICISMO EN LA LITERATURA DE LA VIAJERA ALICE DIXON LE PLONGEON

Romina España Paredes
Universidad Autónoma de Yucatán
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
Universidad Nacional Autónoma de México

Desde fines del siglo XVIII las antiguas civilizaciones de Mesoamérica y particularmente la maya, llamaron la atención de numerosos viajeros europeos y norteamericanos, quienes incitados por su imaginación y especulaciones sobre el origen de las ruinas y restos materiales de aquellas culturas, se aventuraban por su territorio, desde el sur de México hasta el norte de Honduras. Los estudios de los mayas derivados de esta época impulsaron las exploraciones del siglo XIX en Yucatán,¹ momento en el que el viaje atravesó por una etapa de auge motivado por el desarrollo de los medios de comunicación (Araujo, 2000) y por las causas expansionistas e imperiales. La escritura de estas exploraciones en relatos, diarios o informes despertó fascinación entre sus contemporáneos, especialmente entre las lectoras para quienes el viaje resultaba difícil de realizar a pesar de su incremento en Occidente (Ette, 2001). Aquellas escasas mujeres que lograban salir de sus países de origen lo hacían bajo la tutela de un padre o marido, y cuando la compañía no era posible tenían que disponer de recursos propios y atenerse a los prejuicios de su entorno.²

En la historia de los viajes a Yucatán en el siglo XIX, los casos de mujeres que visitaron y escribieron sobre esta región y su pasado arqueológico son prácticamente desconocidos. Principalmente, entre los trabajos que documentan estas exploraciones, se suele hacer mención de viajeros como Jean Frédéric Waldeck (1766?-1875),³ quien ha sido considerado el autor de uno de los libros

1 Entre ellos se encuentra el caso de Antonio del Río y Guillaume Dupaix quienes realizaron su primera expedición a Palenque en 1787 y en 1805, respectivamente. Ambos viajeros son considerados los precursores de la arqueología de sitios mayas.

2 Más al respecto véase Araujo (2000:4).

3 Véase, por ejemplo, los conocidos libros sobre los estudios mayas en Yucatán que abarcan

precursores sobre la arqueología de Yucatán, titulado *Voyage pittoresque et archéologique dans la Province d'Yucatan pendant les années 1834 et 1836*, publicado en París en 1838. El caso más reconocido al que se suele hacer referencia es el de John Lloyd Stephens (1805-1852), quien fijó el paradigma teórico del periodo de la grades exploración de la arqueología maya.⁴ Sus famosos libros *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan* e *Incidents of Travel in Yucatan*, fueron realizados con motivo de una misión diplomática en Centroamérica, impulsada por el presidente de Estados Unidos de América. Junto a él viajó el arquitecto y dibujante Frederick Catherwood (1799-1854), quien elaboró las ilustraciones que acompañaron su obra. Por su parte, durante el segundo cuarto del siglo XIX, la obra de cuatro volúmenes de Etienne Brasseur de Bourbourg, *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique centrale* en 1856, fue bien recibida y considerada el tratado más completo sobre la historia de las diferentes civilizaciones mayas. Posteriormente, el viajero francés Désiré Charnay, que también formó parte de la “Commission Scientifique du Mexique”, viajó a México llevando consigo una cámara con la que realizó fotografías que en la actualidad tienen un gran valor documental.

La viajera inglesa Alice Dixon Le Plongeon (1851-1910) y su esposo francés Augustus Le Plongeon (1825-1908) fueron contemporáneos de Charnay. Sin embargo, la polémica relación entre ellos revela el cambio paradigmático por el cual estaban pasando los estudios de la arqueología a finales del siglo. Augustus llegó a considerar que el desinterés de la American Antiquarian Society por su trabajo de investigación, radicaba en su creciente interés por exploradores como Charnay. Ciertamente así fue, Alice y su esposo entraron en el campo de la arqueología americana justamente durante una coyuntura crítica de su desarrollo, ya que ésta empezaba a perfilarse como una disciplina académica, pasando de la especulación a los hechos. En el último cuarto del siglo los viajeros que se formaban a sí mismos (*self-trained*), empezaron a ser remplazados por los profesionales entrenados en la universidad (*university-trained*). Esta puede ser una de las razones

este siglo de BRUNHOUSE, Robert L. *En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989; y ADAMS, Richard E. W. (Compilador). *Los orígenes de la civilización maya*. México: Fondo de cultura Económica, 1992.

4 Richard E. W. Adams (1996) identifica a este período de grandes exploradores (1839-1924) con aquellos que formaron parte de los primeros esfuerzos por establecer una ciencia fundamentada en la objetividad, a la cual se creía se podía aspirar mediante la experiencia del viaje.

por la cual los años de investigación y exploración de Alice y Augustus, junto con los múltiples trabajos y fotografías pertenecientes a la primera categoría, no fueron bien recibidos por la comunidad de arqueólogos y eruditos de la cultura maya que estaban establecidos dentro de la académica, en posiciones reconocidas. Este tipo de circunstancias fueron las que llevaron a ambos viajeros a buscar nuevos medios de reconocimiento y aceptación fuera del medio académico, con el fin de dar a conocer sus trabajos de campo y sus hipótesis históricas sobre el origen de la civilización maya en Yucatán.

En este artículo nos enfocaremos en el análisis de una obra que conjunta la visión romántica y utópica de Alice Dixon Le Plongeon, y que lejana a los trabajos reconocidos entre los especialistas de su época llamó la atención de aquellos lectores interesados en la literatura de viaje, en las enigmáticas civilizaciones antiguas, y amantes de relatos novelescos de aventuras. Esta obra, *Here and there in Yucatan*,⁵ vio la luz en 1886, no obstante se trata de un libro de viaje en el cual están recopilados varios artículos que habían sido publicados con anterioridad en revistas y periódicos, algunos de los cuales fueron reproducidos en periódicos ingleses. En la introducción de su libro Alice escribe que “es en respuesta a solicitudes de amigos que algunos de estos artículos se han reunido en este pequeño volumen, que ahora arrojo a la deriva, para que se hunda o flote según sea su destino” (Dixon, 2001:15). De modo que antes de la publicación de esta obra, la viajera ya “había escrito quince de las dieciocho piezas que se incluyen en el volumen y tres más para ser incluidas en él” (Desmond y Litvak, 2001:10). Ocho de los artículos fueron impresos antes de 1886 en revistas reconocidas por el medio académico como el *New York World* y los *Proceedings* de la American Antiquarian Society.⁶ Los tres relatos del libro que no fueron publicados con anterioridad son “A lo largo de la costa”, que “fue tomado de sus notas de campo, hoy perdidas” (Desmond y Litvak, 2001:10), e “Idolatría en Yucatán” y “Fábulas que cuentan los indios mayas”.

5 Para este artículo citaremos la edición en castellano de este libro: DIXON Le Plongeon, Alice. *Aquí y allá en Yucatán*. México: Conaculta, 2001

6 Si bien Alice Dixon pudo publicar en estas revistas varios de sus trabajos, a partir de 1882 se enfrentó a una ruptura con la academia ocasionada principalmente por desacuerdo de intereses y que llevaría, incluso, a la renuncia de Augustus Le Plongeon a la American Antiquarian Society. Más adelante desarrollaremos el contexto en el que aconteció esta situación.

En un contexto principalmente protagonizado por viajeros hombres, Alice Dixon Le Plongeon varias veces ha sido caracterizada por escritores posteriores como la esposa fiel y seguidora de su esposo.⁷ Lejana a esta suposición, esta viajera fue una verdadera pionera en los estudios de los mayas. Sus viajes a Yucatán realizados durante 1873 y 1881 fueron dedicados a la investigación, a la exploración de las antiguas pirámides, y al aprendizaje de la lengua y las costumbres locales, dando lugar, entre otros trabajos, a *Here and there in Yucatan*. Si bien veremos que dicha obra tiene la intención de dar a conocer esta región desde sus rasgos etnográficos, geográficos, arqueológicos e históricos, este amplio panorama de representación no está dado a partir del rigorismo científico que empezaba a afianzarse en aquella época, sino que es resultado de una labor literaria que da cabida a herramientas narrativas y descriptivas de alcance estético. Con la finalidad de estudiar el valor literario de esta obra, en este artículo analizaremos la representación romántica y utópica del espacio y de la vida e historia de los habitantes de Yucatán, teniendo en cuenta el papel de la escritura literaria de la viajera.

La literatura de la viajera

Here and there in Yucatan hace referencia principalmente al segundo viaje que Alice Dixon y Augustus Le Plongeon realizaron a esta región en 1876. El primer relato del libro, “A lo largo de la costa”, incluye algunas de las notas de su diario de viaje que posiblemente fueron escritas en 1876 cuando arribaron a Isla Mujeres, después de haber explorado las ruinas de Uxmal por segunda vez, a su regreso de la Ciudad de México. En este relato, Alice ofrece la fecha de cuando inició su viaje (20 de junio) y menciona el recorrido que hicieron a partir de su salida por el puerto de Progreso. Entre los lugares visitados están: Holbox, Bahía y pueblo de Dolores, la ciudad de Ecab (al oeste de Isla Mujeres), Nizcuté e Isla Mujeres. Los siguientes relatos, “Entre los cazadores de tortugas” y “Gemas enterradas en la arena”, hacen referencia a la Bahía de Dolores y a Isla Mujeres, respectivamente.

7 Sobre esta caracterización de Alice, Desmond y Litvak (2001) citan a Brunhouse y a Wauchope.

En febrero de 1877, debido a la imposibilidad de visitar Tulum,⁸ decidieron explorar la isla de Cozumel. Los siguientes dos relatos del libro, “Bella Cozumel” y “El mal de ojo”, mencionan los sucesos ocurridos en esta visita. Durante los días en San Miguel escucharon varias de las historias, costumbres y creencias locales más populares, de hecho, en el relato “Pigmeos reales y ficticios” se hace mención de los enanos o *aluxes* que construyeron las ruinas de Cozumel.⁹ En 1878 salieron de Cozumel rumbo a Honduras Británica, donde dedicaron cuatro meses de exploración. En “De viajes con tortugas”, Alice narra el recorrido que hicieron para llegar a la ciudad de Belice, pasando por Cayo Culebra, Bahía de Ascensión, con escala en el pueblo de San Pedro. Llegaron en la noche a la ciudad de Belice, donde hicieron amistad con varios de los colonos británicos,¹⁰ y visitaron otras regiones como Copán, lugar que querían visitar después de haber visto los dibujos de Catherwood. Otro relato que hace referencia a las costumbres observadas en Belice es el de “Los caribes”.

En los años que siguieron, antes de la publicación en 1886 de su libro, Augustus y Alice realizaron viajes a Nueva York en busca de financiamiento. En 1881, llevaron a cabo su tercera visita a Uxmal, donde continuaron con su objeti-

8 En ese momento, mayas cruzob (mayas rebeldes o pertenecientes al movimiento de Guerra de Castas) estaban en el pueblo de Tulum, lugar que era un punto fuerte del oráculo de la cruz parlante. Véase Desmond y Messenger (1988:48).

9 En los relatos de Alice (ya que otros también abordan la temática), la existencia de enanos en Yucatán deriva de dos cuestiones: los testimonios de las lugareños: “Si interrogas a los nativos acerca de los constructores de los antiguos edificios en ruinas que se hallan por aquellas regiones invariablemente responden: ‘Los construyeron los *aluxob*’, es decir, los pigmeos. En las islas de Cozumel y Mujeres hay una creencia firmemente arraigada de que por las noches andan ‘gentes chiquitas’; muchos afirman solamente haberlos visto y los acusan de perturbar su sueño martillando en los bancos y sacudiendo las hamacas” (Dixon, 2001:49); y la evidencia física de las ruinas que encuentran en su paso, como en el caso de las ruinas de Cozumel que poseían arcos triunfales de nueve pies de altura. A partir de esto la viajera afirma que “podríamos dudar de todas [las historias sobre enanos], si no fuera por las ruinas de casas diminutas que atestiguan que alguna vez existieron” (2001:51). Recientemente (2008), el Dr. Adam T. Sellen realizó un interesante hallazgo en la bodega del Museo Americano de Historia Natural en Nueva York, donde dentro de una vasija halló una reveladora nota escrita por Alice Dixon que dice: “Water pot of the ancient dwarf inhabitants of the Island of Cozumel”.

10 Algunos de los cuales persuadieron a Alice para que diera un sermón en Yucatán, con la finalidad de reunir un fondo de financiamiento para una escuela Católica. La lectura se publicó como “Notes on Yucatan”, ilustrada por fotos de Augustus, y reunió una buena suma de dinero para la escuela. Alice mandó el texto a Stephens Salisbury, quien lo publicó en *Proceedings of the American Antiquarian Society*, del año siguiente (Desmond y Messenger, 1988).

vo de reconstruir la historia de la reina Moo,¹¹ e hicieron el descubrimiento de lo que consideraron era el hermano del Chacmool,¹² e incluso vivieron un tiempo en el Palacio del Gobernador.¹³ Regresaron a Yucatán a finales de 1883 después de haber viajado a Nueva York en 1881, momento en el que iniciaron los descuentos directos con la American Antiquarian Society.¹⁴ Sin saberlo, este fue su último período en Chichén Itzá en el cual hicieron una excavación en la Plataforma de Venus, sobre la que Alice realizó un reporte que publicó en *Scientific American*. En estas fechas regresaron a Brooklyn, y en 1886 se realizó la publicación de *Here and there in Yucatan*.

Los trabajos de Alice publicados después de su recopilación, durante diez años siguieron la temática de la cultura, la religión y la historia maya, y fueron

11 La historia de la reina Moo se derivó de las ilustraciones que Alice y Augustus analizaron en el Templo Mayor en Chichén Itzá en 1875. La historia empieza durante la “época antigua”, con la representación de la familia real en su estancia en Uxmal: el soberano Canchi, su esposa Zoc, su hijo mayor el príncipe Cay (luego se convertirá en el “High Priest”), el príncipe Aac, el hijo más joven que era el príncipe Coh, la princesa Moo y la princesa Nicté. Después de la muerte de su padre, la princesa Moo se convirtió en reina de Chichén Itzá y se casó con el guerrero príncipe Coh, a quien amaba. Uxmal fue heredado por el príncipe Aac, pero él codiciaba a la reina Moo y estaba celoso de la fama de Coh. Aac mató a Coh y así estalló la guerra civil, la cual Aac se comprometió a detener si la reina Moo aceptaba su amor. La reina lo rechazó y sus seguidores pronto fueron derrotados por los de Aac. Poco tiempo después de la captura de la reina, ésta escapó con la ayuda de sus amigos, pero su hermano Cay fue asesinado. La versión de la historia Maya de Augustus Le Plongeon, presente en su obra *Sacred Mysteries Among the Mayas and Quiches, 11, 500 years Ago*, concluye con la muerte de la reina Múo.

12 La historia de la reina Moo, que fue expandiéndose durante los años, fue la que los llevó a un importante descubrimiento en su primera temporada en Chichén Itzá, ya que bajo un razonamiento deductivo Augustus usó los murales para elegir el punto donde se encontraba la estatua del “guerrero poderoso”, de Chacmool.

13 En 1881, Alice escribió artículos en series sobre su vida en el Palacio del Gobernador, publicados en *The New York World*.

14 Intolerante para continuar trabajando en American Antiquarian Society, en junio de 1882, Augustus presentó su carta de renuncia, y pidió que se le regresaran varios de los objetos antiguos que había dejado con la sociedad para que los guardaran. Sus reportes ya no aparecerían en *Proceedings*, y en vez de eso, comenzaría a publicar en revistas como *Scientific American*, y en sus libros. Argumentó que la sociedad socavaba el futuro serio del trabajo científico en Yucatán: “I consider it wrong to keep silent longer; knowing that no earnest, true and honest scientific investigator will come to Yucatan to study the ancient monuments, and much less stay in the country on finding himself confronted by such an individual, armed with certificates of membership delivered to him by respectable American scientific societies, backed by an official position granted by the American government” (Le Plongeon en Desmond y Messenger, 1988:86).

publicados en revistas especializadas y de divulgación como el *Magazine of American History*, *The Engineering Magazine*, *Harper's Magazine* y *Popular Science*. Desmond y Litvak señalan que “a finales de la década de 1890 y hasta su muerte en 1910, el tema de sus escritos fue cambiando y pasó de las descripciones etnográficas e históricas de los antiguos mayas y modernos, empezándose a concentrar en una expresión poética de lo que ella veía como su relación personal con los mayas antiguos y cómo en consecuencia, concebía al significado de su modo de ser y su historia” (2001:11). Siguiendo esta tendencia, en 1902 publicó en Nueva York su poema épico sobre la reina Moo y el príncipe Coh, llamado *Queen Moo's Talisman*.¹⁵ Esta obra se trataba de una pieza de ficción en verso basada en las teorías históricas de Augustus. El poema comenzó a ganar popularidad en los círculos literarios, lo que permitió que los Le Plongeon consideraran transformar la pieza poética en un drama. Motivados por esta idea, dieron permiso a Brooks Betts para que realizara la adaptación, y a su hermano M. Beverky para escribir un acompañamiento musical basado en cantos y danzas mayas. Alice supervisó la escritura del drama, *The Fall of Maya*, que se completó poco tiempo antes de su muerte en junio 8 de 1910.¹⁶ Anteriormente, en diciembre 13 de 1908, Augustus había muerto en Brooklyn, a la edad de ochenta y dos años.

En los últimos años de su vida, Alice escribió *A dream of Atlantis*, “que apareció como serie en la revista *The World* [revista de la Theosophical Society], en 1909, 1910 y, después de su muerte, en 1911” (Desmond y Litvak, 2001:13). Con este libro, Alice quería que el lector supiera que Augustus había interpretado varios manuscritos mayas, incluyendo el Códice Troano, por lo que en esta obra abordó las ideas difusionistas de Le Plongeon acerca de los mayas como fundadores de la Atlántida. En dicho texto la viajera explica que los antiguos mayas partieron del Occidente para poblar la Atlántida, y regresaron a Yucatán pocos años antes de la destrucción de aquel continente mítico.

El trabajo de Alice Dixon acerca de la vida en lo salvaje, el análisis de la cultura maya después de la conquista española, y los épicos y metafísicos poemas

15 El nombre de esta obra está basado en un objeto que los Le Plongeon encontraron en su excavación del Chacmool. Consistía en un tubo de jade que Augustus montó en un broche de oro como regalo para Alice. Este broche, según explican Desmond y Messenger, se convirtió en el talismán de la reina Moo, un símbolo de la conexión espiritual con la reina de Chichén Itzá.

16 Más al respecto, véase Desmond y Messenger (1988:120).

acerca de príncipes y princesas, fueron ampliamente difundidos. Los orígenes de sus motivaciones fueron plasmados en varios de sus trabajos, incluyendo un tributo a Augustus publicado en 1909 por el Congreso Internacional de Americanistas. Alice contribuyó, durante el cambio de siglo y de los paradigmas científicos, al entendimiento de la civilización maya, y con motivo de la trascendencia de su labor llegó a ser destacada por el *Scientific American*.¹⁷ Durante veinte años después de su muerte no fue olvidada, y aún se siguió escuchando noticias de ella por parte de los últimos defensores de Alice y Augustus Le Plongeon.

Viaje en el espacio y en el tiempo

Los relatos de Alice confirman varios de los procedimientos de la literatura de viaje, sobre todo aquellos relacionados con el movimiento en el tiempo y el espacio, ambos elementos constitutivos de este tipo de escritura. Estas dos formas de emprender el viaje condicionan los procedimientos discursivos de la narración y la descripción en su obra. Veremos entonces que, en el viaje espacial, el desplazamiento por la geografía y el “recorrido” por los distintos pueblos de Yucatán desencadenan una escritura dinámica y romántica que privilegia la narración de “caminos” a la descripción detallada de una cartografía.¹⁸ Este funcionamiento refuerza el interés por las escenas o “cuadros” etnográficos frente a los geográficos.¹⁹ De manera que las descripciones que la viajera hace de la naturaleza no tienen una intención naturalista o científica, más bien cumplen con la función de presentar cuadros o vistas pintorescas y románticas. El valor estético de estas representaciones es más importante que el documental y el científico.

17 Dato consultado en Desmond (1988), quien se refiere al artículo publicado en agosto de 1895, titulado “A woman archaeologist”, en la revista *Scientific American Supplement*, 1023, pág. 83.

18 Entenderemos por “recorridos” a aquellas descripciones que, según explica De Certeau, “se hacen en términos de ‘operaciones’ y muestran ‘cómo entrar en cada pieza’” (1999:131). De Certeau también señala que el recorrido es un acto de enunciación “que posiciona una serie mínima de caminos a través de los cuales se introduce uno en cada pieza” (1999:131). Es decir, un “camino” o *path* “es una serie de unidades que tienen la forma de vectores” (1999:131), puede ser estáticos (“a la derecha”, “frente a usted”), o móviles (“si da vuelta a la izquierda”).

19 Por su parte, los “cuadros” presentan lo que “hay”. Por ejemplo, la descripción estática de un cuadro puede recurrir a una visión de conjunto del lugar.

Por su parte, los recorridos que Alice realiza dentro de la cronología de su viaje le permiten pasar por diferentes contextos históricos y culturales. El viaje temporal le facilita a la autora establecer comparaciones entre el desarrollo cultural, histórico y social de diferentes lugares. Sus analogías abarcan el contraste del Yucatán de finales del XIX con el habitado por la antigua civilización maya, así como la asociación de este último con otras culturas antiguas reconocidas entre los contemporáneos decimonónicos como eran la egipcia y la griega. Este ejercicio de equivalencia también incita la aparición de un discurso crítico en torno a la degradación del Occidente capitalista y desarrollado, frente al Yucatán arcádico y comunista. El trabajo de temporalización del espacio de Alice converge en un utopismo propio de finales del XIX, vinculado con la nostalgia por el pasado y la angustia por el porvenir. Vamos a analizar en detalle estas dos formas de viaje que Alice emprende en sus relatos.

Narrando el viaje: el espacio en movimiento y la mirada romántica

La narración del viaje y la estética romántica van de la mano a lo largo de *Here and there in Yucatan*. En todo momento, Alice narra su recorrido en Yucatán como un viaje al mundo de la naturaleza exuberante, donde el pasado confluye en las ruinas pintorescas que aparecen por su paso en los lugares más recónditos, y donde la gente vive en un comunismo desinteresado, fundado en los principios de una vida según la ley de la naturaleza. Cuando lo amerita, la descripción de cuadros son intercalados en las narraciones de los recorridos, siempre enfatizando la importancia del desplazamiento de la viajera por el espacio.

El esfuerzo de la autora por presentar una geografía dinámica o en movimiento podemos observarlo en el empleo que hace de nexos narrativos del viaje, cuya función es establecer una organización geográfica del espacio que se recorre. En algunos casos, los nexos aparecen al inicio de cada párrafo, tal como ocurre en el relato “A lo largo de la costa”: “El lado este de la isla presenta un completo y hermoso contraste con el oeste” (2001:21); “Después de esperar un poco conseguimos una canoa que nos llevara a la costa este de Yucatán, a sólo seis millas de distancia” (2001:21); “Más debajo por la costa hay otra de estas extrañas ciudades, llamada Nizcuté” (2001:22); “Al extremo sur de la isla, sobre un estrecho promontorio, hay un antiguo santuario construido en piedra labrada” (2001:23). Podemos notar cómo los nexos son en realidad datos objetivos que constituyen la descripción de un mapa, es decir, de una cartografía real. Al mismo

tiempo que determinan la temporalidad del recorrido, permitiendo asegurar la idea de un itinerario.

En cuanto a la naturaleza exótica y exuberante, la narración del viaje por el espacio tiene una intención estética definida que podemos observar en los modelos lógico-lingüísticos de organización textual de algunos relatos, que están formados por oposiciones binarias. En “Bella Cozumel” y en “A lo largo de la costa” existe lo que podríamos llamar un sentido cíclico del desplazamiento, evidente en los sistemas semánticos de oposición binaria presentes en cada una de las descripciones de sus recorridos. Así, en “Bella Cozumel” el viaje a Buena Vista se inicia con un comentario negativo del guía que anuncia que el viaje será difícil de realizar, y en seguida se desatan una serie de descripciones del camino: “El hecho es que no había camino, nada más que un angosto sendero entre la densa selva, tan obliterado en algunos puntos debido al huracán [...]” (2001:35); “Caminábamos sobre rocas de coral cubiertas por una perfecta red de raíces como cuerdas, que se extendían en todas direcciones, con intersticios del tamaño exacto para apretar el tacón o la punta del zapato” (2001:35). Así, el viaje se va haciendo cada vez más cansado, largo, llegando a lo irrealizable: “Ya teníamos los pies llagados, de manera que emprendimos el regreso, prometiendo que la próxima vez que un indio nos dijera que un camino era malo aceptaríamos sus palabras” (2001:36). A su regreso a la plantación de donde partieron, el recorrido es aún más desalentador para la viajera cuando ella y su grupo son informados que en Buena Vista había “edificios adornados con jeroglíficos esculpidos en piedra. Sin embargo no decidimos intentar el viaje de nuevo” (2001:36). A continuación, el campo semántico de las descripciones de naturaleza hostil e impenetrable, presenta su oposición binaria en las descripciones románticas del camino de regreso:

Nuestro camino de regreso al pueblo fue un contraste delicioso con el intento de llegar a Buena Vista. Fuimos a caballo por la orilla del mar, atravesando palmares y pasando de vez en cuando por las plantaciones donde cañaverales exuberantes y muchos otros cultivos daban prueba de la maravillosa fertilidad del suelo y de cómo, estando éste completamente cultivado, fácilmente podría producir alimento abundante para todos en la época en que esta antigua Meca era frecuentada por miles de peregrinos devotos (Dixon, 2001:36 y s.).

Las descripciones en el marco de desplazamiento, con campos semánticos en contraste (cerca/lejos, fácil/difícil, accesible/inaccesible, peligroso/seguro, exuberante/árido, etc.), forman parte del sistema cíclico a partir del cual Alice

mantiene la tensión narrativa de la aventura del viaje. De este modo, las descripciones están condicionadas por la contraposición de la naturaleza hostil (además de caminos impenetrables, la viajera describe en este relato las dificultades de las costas rocosas y las lluvias huracanadas) y los paisajes maravillosos y exuberantes. Esta fórmula de representación de los espacios visitados también es evidente en “A lo largo de la costa” cuando desde el principio se describe las dificultades de la navegación desde el puerto de Progreso, hasta que se llega al pueblo “pintoresco de Holbox”.

La naturaleza romántica de Yucatán se extiende en todos los relatos de la viajera no sólo a partir de la narración, sino también mediante categorías románticas. Así, el juego de los contrastes opone dos semánticas espaciales generando la impresión estética de lo maravilloso, elemento que está vinculado a aquello que es reconocido como no verosímil, y que provoca sorpresa, temor o curiosidad. Recordemos que el viajero romántico del siglo XIX estaba sujeto a un deseo por perseguir el ideal de una naturaleza espontánea y no contaminada, y se interesaba por los eventos accidentales, los detalles inusuales de la geografía como las cavernas y las montañas, y por las diferencias históricas y étnicas (Milani, 2007). Bajo la mirada romántica de la viajera, la naturaleza es capaz de sobrecojer la impresión, propiciando la idea de estar frente a algo sublime, fundado en un principio de proporción: ante la exuberancia y la magnitud del paisaje el hombre se vuelve diminuto.

La estética romántica de lo sublime aparece en varias de las descripciones que Alice Dixon realiza de la naturaleza. Principalmente se trata de la conjunción del movimiento generalizante y particularizante, movimientos jerárquicos de la descripción que permiten observar la importancia de la narración y el enfoque de la representación.²⁰ El movimiento jerárquico en algunos relatos funciona de la siguiente forma: va de un movimiento generalizante espacial que describe una cartografía, un espacio panorámico o un paisaje, a un movimiento particularizan-

20 Para Pimentel, este modo de ordenamiento estipula que algunos elementos descriptivos tienen una importancia mayor frente a otros, y que algunos pueden estar subordinados a otros, según sea su relación con la *deixis de referencia* (punto focal “a partir de la cual se organiza toda la descripción” (2001:22)). Por lo que “si describir es hacer equivaler una nomenclatura y una serie predicativa, esta última alterna constantemente entre la visión de conjunto (movimiento *generalizante* de la descripción) y el detalle (movimiento *particularizante*)” (Pimentel, 2001:22). Así sucede en los relatos donde la serie predicativa da una visión general del conjunto, a la vez que presenta los elementos particulares y detallados de los objetos o de los espacios.

te espacial u objetual que puede hacer alusión a un detalle en un contexto descriptivo mayor. Veamos como ejemplo el relato “A lo largo de la costa”, donde desde el inicio se menciona el destino del recorrido: de la salida del puerto de Progreso hasta su destino final en Isla Mujeres y Cozumel. La primera descripción que presenta la viajera es la del barco en el que iban ella y Augustus, de modo particularizante objetual menciona su peso (“una balandra de 20 toneladas”), y continua señalando su destino y el panorama en el que se encuentra: “Estaba anclada frente a Progreso (un puerto de Yucatán) y debía zarpar esa noche” (Dixon, 2001:16). Según explica Pimentel, la visión de conjunto de lo general a lo particular (o al revés como en este ejemplo) evita la dispersión potencial del detalle y tiende a una reiteración. En este caso, la visión de conjunto es el de un espacio oscuro, nocturno y de apariencia sublime en la medida en que la descripción de la Vivi, en relación con el contexto, es la de un bote diminuto. El sentido de peligro y de aventura está determinado por este movimiento jerárquico que establece la relación semántica del todo y de la parte, de la descripción general al detalle.

El alcance de la estética romántica en los relatos de la viajera también es evidente en el empleo de la categoría de lo pintoresco, recurrente en la literatura de viaje durante esta época, y que es explícitamente mencionada por Alice para calificar escenarios de la naturaleza, y para referirse a los pueblos que son habitados por aquel buen salvaje que se dedica a actividades como la pesca, la caza y la agricultura. Pero lo pintoresco no es simplemente un adjetivo propicio para evocar una visión primitivista y exotizante de Yucatán, también es una perspectiva estética que retoma ciertos motivos particulares. Recordemos que esta categoría dieciochesca presenta un interés por las ruinas, lo extravagante, lo extraordinario y el exotismo en general. Milani (2007) señala que la evolución de lo pintoresco hacia lo romántico propició la afirmación del sujeto sobre el objeto, favoreciendo un gusto por el anticuario, lo antiguo y el descubrimiento arqueológico. En este contexto, “se amaba la idílica y reposada Arcadia y se quería la naturaleza libre y selvática” (Milani, 2007:129). Este tipo de representaciones las hallamos en las descripciones que la viajera realiza de aquellas escenas que conjugan la naturaleza salvaje con las ruinas. En la descripción de un santuario encontrado en Isla Mujeres, Alice ofrece una visión nostálgica del tiempo y medita sobre el valor de la memoria, exaltando así la extravagancia de la naturaleza y una estructura arqueológica que está sujeta a ella y al tiempo:

El promontorio rocoso sobre el que se encuentra el santuario es un lugar salvaje y romántico, con su base rodeada por peñascos contra los que las olas rugientes lanzan constantemente su blanca espuma. A ambos lados de las rocas están cediendo a la incesante acción de las olas; parte de la plataforma y el muro este del santuario ya han sido arrastrados al mar. Átomo a átomo, toda la estructura desaparecerá en esa forma en el curso del tiempo (Dixon, 2001:25 y s.).

Entre sus modelos recurrentes para relacionar la naturaleza salvaje o exuberante con la vida cotidiana de los distintos pueblos que describe, sobresale una visión romántica de la relación entre el paisaje, la naturaleza y la arqueología. Esta forma de ver radica principalmente en que el observador romántico rechaza los terrenos industrializados y favorece las escenas naturales. Por eso, además de las evocaciones de las ruinas, las escenas de pequeños pueblos y de gente dedicada a labores como la agricultura, la pesca, la caza o la recolección, inspiran el sentimiento nostálgico. Estas representaciones nostálgicas (ya que son presentadas como una mirada al pasado) de la naturaleza arcádica y el primitivismo exótico del buen salvaje son ambas categorías ideológicas y estéticas empleadas por la viajera para presentar a Yucatán como si se encontrara en un tiempo anterior al del Occidente decimonónico.

Ahora bien, el interés literario de Alice Dixon por presentar la geografía de Yucatán a partir de principios estéticos, y no a través de categorías naturalistas enfocadas específicamente en el detalle, presenta su expresión máxima en el empleo de recursos novelescos como el relato metadieético.²¹ Según señala Ana L. Baquero (2006), el despliegue de breves historias intercaladas en un relato es común en la tradición literaria, principalmente en obras que incluyen el tema del viaje. Se trata de narraciones episódicas insertadas a la trama, que abarcan una gran variedad de lugares y tiempos que el propio viaje propicia. En la literatura, la función de estas historias intercaladas en el hilo conductor del relato tiene como finalidad amenizar el viaje, dotándolo de un tinte novelesco. En el caso de Alice, este recurso también permite introducir atractivas historias sobre tesoros, piratas

21 El relato metadieético es aquel que se encuentra dentro de otro relato. Para ejemplificar este tipo de relato, Genette menciona los múltiples narradores en *Las mil y una noches*, en donde el narrador extradiegético “emitiría una burbuja, relato primario con su diégesis en la que se hallaría un personajes (intra)diegético B (Sherezade) que, a su vez, podría convertirse en narrador, siempre intradiegético, de un relato metadieético en el que figuraría un personaje metadieético C (Simbad) que, su vez, podría, quizá, etc.” (1998:58).

y naufragios, todos estos temas populares en la literatura sentimental del XIX, como señala Pratt (1997).

Existen dos formas con las cuales la autora introduce historias que interrumpen la secuencia del recorrido de viaje. Una de ellas consiste en un testimonio, generalmente recogido durante su visita a algún pueblo, y que la viajera cuenta a los lectores desde una focalización extra-heterodiegética. Los modos que puede adoptar la entrada de un testimonio son, entre otros, “tal como lo he oído, según mi conocimiento” (Barthes, 1987:164). Podemos ver un ejemplo en “A lo largo de la costa”, donde la interrupción anacrónica es empleada para introducir una historia de conocimiento popular en la isla de Contoy:

Hace algunos años *se creía* que los piratas habían enterrado allí varios tesoros, pero nadie sabía en qué lugar exactamente. En ciertas épocas del año los pescadores del continente iban a la isla a pescar [...]. Un día, cuando varios de esos hombres estaban en la playa, apareció en el horizonte un gran barco estadounidense [...]. Varios hombres desembarcaron, sacaron mapas y papeles y dijeron que habían ido en busca de cierto dinero que estaba enterrado allí” (Dixon, 2001:18).²²

Si bien estos relatos intercalados son introducidos en la narración del viaje a partir de testimonios, también existen casos en los que algún personaje adopta la voz enunciativa y cuenta la historia. Con este procedimiento la viajera parece simplemente transcribir o citar (usando entrecomillados) el testimonio, sin ser ella quien lo cuenta a los lectores. El caso más evidente de este procedimiento narrativo es el de “Gemas enterradas en la arena”, en el cual Alice se posiciona como un oyente del testimonio-historia de don Pedro Pobedano acerca de una historia de tesoro en Isla Mujeres:

Las hazañas de los piratas y las pilas de oro y joyas enterradas por ellos son la fuente inagotable de todas las historias románticas que los pescadores adoran relatar en las noches de luna llena, sentados sobre el casco de algún bote volteado en la playa. Como sospechan que todos los demás sueñan con tesoros igual que ellos, vigilan estrechamente a los forasteros. En cualquier dirección que paseáramos, siempre alguien nos seguía con la vista. Cuando mencionamos el hecho a don Pedro Pobedano, uno de los más viejos del pueblo, *nos dijo*: “Creen que han venido por el tesoro, y nun-

22 El subrayado es nuestro.

ca permitirán que se lo llevara un extranjero”. Invitamos entonces a don Pedro a que nos dijera más sobre el tema, y nos relató la siguiente historia: [...] (Dixon, 2001:30).²³

A partir de este momento, el testimonio diegético de Pobedano elabora dos narraciones metadiegticas, cada una contenida en la anterior al modo de cajas chinas. La primera historia testimonial es narrada por Pobedano, quien a su vez incluye en su relato una segunda historia, ahora narrada en primera persona por un hombre de setenta años de edad. Posteriormente, Pobedano retoma y concluye la narración de la historia del tesoro. En este momento Alice cierra la cita y vuelve a ser la voz enunciativa del relato de viaje.

Viaje a la utopía: nostalgia y angustia por el porvenir

Toda escritura de un viaje implica un ejercicio literario donde la imaginación y la memoria del viajero juegan un papel fundamental. Alice Dixon no sólo escribió su recorrido por Yucatán, también elaboró un universo de apropiación a partir de la aplicación de analogías y el recurso de la ficción. El marco para estos procedimientos fue su mentalidad utopista, cuyo principal aporte podemos observar en un pensamiento onírico que abarca la reconstrucción del origen mítico del antiguo imperio maya y la crítica del orden social, así como un pensamiento racional basado en la especulación no empírica y en métodos hipotéticos y deductivos en torno a un modelo cíclico de la historia.²⁴

El razonamiento utopista de Alice propicia que sus especulaciones e hipótesis formulen una temporalización del espacio que sitúa a Yucatán no sólo en una distancia espacial en relación a Occidente, sino también temporal. El plante-

23 El subrayado es nuestro.

24 En su estudio de la utopía, Blanco señala que el razonamiento de la mentalidad utopista proyecta dos tipos de pensamiento: el onírico y el racional. El primero constituye la visión de la sociedad ensoñada, y recurre a la imaginación como un recurso de formulación de la sociedad idea. Para M. Vico la “estructura onírica” de la utopía se revela en dos caracteres: la ciudad perfecta donde desaparecen las deficiencias de la sociedad vivida; y la crítica del orden social existente. En cuanto al pensamiento racional varios críticos, entre ellos Ruyer, mencionan que la utopía tiene la capacidad de intervenir en la realidad mediante hipótesis, lo que “consiste en modificar un conjunto de axiomas establecidos y presentar otros. Es una actitud científica, metodológicamente hablando, se trata de un método hipotético-deductivo” (Blanco, 1999:113).

amiento que permite a la viajera considerar que el lugar que visita está ubicado en un pasado categórico, es su concepción de la historia cíclica de la humanidad: “La historia nos enseña que toda las grandes naciones degeneran más tarde o temprano, como individuos que después de llegar a la madurez entran a la senescencia y decrepitud” (Dixon, 2001:80). A partir de esta perspectiva la autora señala que los americanos contemporáneos a la época de la Conquista conformaban una civilización en decadencia, que en pocos siglos hubiera caído en un estado salvaje. Este modo de pensar es lo que origina el tipo de temporalización que Alice realiza de Yucatán: por una parte admite la caracterización de esta región como un espacio arcádico, y por el otro favorece a su determinación como un lugar mejor en comparación con Occidente.

La principal herramienta que emplea para lograr este efecto de temporalización de Yucatán como una utopía ubicada en el pasado es la analogía, la cual consiste en interrupciones dentro de la *diégesis* del recorrido o del viaje real, permitiendo establecer comparaciones multireferenciales con diferentes tiempos y espacios al del Yucatán decimonónico. La analogía en esta obra puede ser interespatial al tratarse de una comparación entre culturas (egipcios, chinos, hindúes, romanos, lapones, peruanos, etc.), y entre regiones (China, Persia, Asia Menor, Turquía, Rusia, América, México, etc.). También puede ser anacrónica cuando abarca aquellas menciones a un pasado anterior a finales del XIX,²⁵ estrategia propicia para presentar un tiempo mítico de los mayas, o para posicionar temporalmente a éstos dentro de un marco no sólo histórico, sino también cultural, debido a que en algunos casos la viajera contrasta a los mayas del pasado con los del presente decimonónico, o con otros pueblos de tiempos pretéritos. Cabe señalar que las descripciones de la analogía anacrónica presentan una ilusión mimética muy similar al del discurso histórico, ya que en ambos se trata de un esfuerzo de representación lingüística de un hecho u objeto que pertenece a la realidad. De este modo, a diferencia de la mimesis presente en la descripción de una geografía

25 Estas anacronías suceden cuando el narrador se desprende de la acción e incluye alguna anécdota que ha ocurrido en otros tiempos. La anacronía corresponde al “orden”, una de las cinco categorías centrales del análisis narrativo. “El ‘orden’ se refiere al orden temporal del relato, a cómo puede operar por prolepsis (anticipación) o por analepsis (flashback) o anacronía, la cual se refiere a discordancias entre ‘historia’ y ‘argumento’” (Eagleton, 1993:130).

real, en la analogía anacrónica no existe la posibilidad de acercarse al hecho extra-textual por otro medio que no sea el discurso mismo debido a que, en este caso, el referente es un hecho temporal y no espacial.

Las analogías son en realidad un esfuerzo de Alice por legitimar a Yucatán dentro del contexto de las grandes exploraciones decimonónicas. Por eso, cumplen mayormente una función analítica con la que se enuncian posibilidades semánticas para significar al referente, es decir, Yucatán es semantizado a partir de aquellos otros espacios y tiempos que poseen una potencialidad de significación en el siglo XIX, como son las culturas egipcia, romana, hindú, peruana, asiática, etc. Este tipo de temporalización que Alice realiza del espacio no está aislado de su contexto. En el siglo XIX, según explica Nigel Leask (2002), era común que las “altas culturas” de los egipcios, hindúes y mexicanos no fueran temporalizadas como proto-históricas o como sitios arcaicos, sino en analogía con etapas posteriores en la trayectoria histórica de Occidente, principalmente por las épocas clásica y feudal. Este modelo de base histórica más que enfocarse en aspectos de la biología evolucionista y la “ciencia racial”, desarrolló una matriz de entendimiento y comprensión de las otras culturas. En Alice, este modo de apropiación es similar a su visión cíclica de la historia, con la cual establece un contraste entre el Yucatán antiguo y el decimonónico: mientras que las analogías anacrónicas enfatizan una sociedad civilizada (al estilo de la época clásica y medieval), las analogías interesaciales del Yucatán contemporáneo resaltan sus elementos primitivistas y exóticos. Así, al mismo tiempo que en uno se ubican a los sabios y a la sociedad con grandes conocimientos científicos y culturales, en el otro se privilegia al buen salvaje y su entorno de abundante naturaleza.

El viaje temporal de Alice hacia la utopía del Yucatán antiguo inicia con un recorrido por el origen mítico de la civilización maya. La hipótesis central que se deriva de este paseo en el pasado consiste en que en épocas muy remotas los antiguos mayas partieron del Occidente (Yucatán) para poblar la Atlántida (nombrada Mu en el Códice Troana, analizado por Augustus). Ahí vivieron una época de gran esplendor y desarrollo que coincide con la historia que conocemos por Platón. Quince años antes del conocido cataclismo que hundió a la Atlántida para siempre, como castigo por la corrupción y la decadencia del imperio (en *A dream of Atlantis* comenta el caso del príncipe Gadeirus, quien envenena al rey del continente, Atlas, para quedarse con el reinado), algunos de sus pobladores

regresaron a la patria, es decir, a Yucatán, donde iniciaron un nuevo período de su historia.²⁶ Esta civilización maya fundó un nuevo imperio que alcanzó un gran apogeo, y que legó a nuestra época -comenta la viajera en el prefacio *A dream of Atlantis*- los restos materiales que dejan ver tal esplendor.²⁷

Estas hipótesis históricas se desarrollan principalmente en tres relatos de *Here and there in Yucatan*, “El día de Año nuevo entre los mayas”, “Unión en el comunismo” y “La literatura perdida de los mayas”, aunque también otros textos ayudan a complementar algunas ideas relacionadas. En estos relatos, Alice Dixon se enfoca especialmente en el período de la fundación del imperio de la gran civilización maya en Yucatán. Las representaciones que realiza de esta etapa retoman argumentos centrales del mito platónico presente en los diálogos del *Timeo* y el *Critias*, los cuales constituyen los primeros textos del género utópico.²⁸ Siguiendo la tradición platónica, como sucede en las utopías renacentistas,²⁹ en los relatos de la viajera el grupo de sabios era restringido ya que eran los únicos expertos en el conocimiento astronómico y teológico, y que tenían la capacidad de predecir eventos climatológicos, a la vez que estudiaban la arqueología, la medicina, la cronología y la geología. Esta idea de que el gobierno de la República debía estar en manos del filósofo, como expresa Platón, es retomada por la utopía clásica y por Alice, quien consideraba que los señores mayas recibían instrucciones de los sabios y eran muy respetados por su saber.

26 La Atlántida es uno de los muchos mitos que retoman el tema del diluvio, y que por siglos generó temor entre el hombre. Desde el siglo XVII hasta el XIX, el diluvio fue “interpretado como una fractura espacio temporal y, al mismo tiempo, como un camino de salvación de la humanidad. Detrás de aquella catástrofe asomaba el signo de alianza o de nueva alianza entre Dios y el hombre” (Milani, 2007:175).

27 Recordemos que *Here and there in Yucatan* no fue la única obra donde la viajera dio a conocer sus ideas sobre el origen mítico de Yucatán, también están el poema épico *Queen Moo's Talisman* y *A dream of Atlantis*.

28 Para la viajera el gran imperio maya fue fundado por los descendientes de la Atlántida. El príncipe Can fue nombrado rey unánimemente por los mayas. El sabio médico Can había sido primo y amistoso consejero del rey de la Atlántida, Atlas, y fue quien encabezó la emigración a la tierra de “Mayach” (Yucatán) por motivos éticos, ya que rechazaba las condiciones en las que el nuevo rey, Gadeirus, había tomado posesión del imperio atlante. Podremos notar ciertos rasgos de continuidad entre la organización del gran imperio de la Atlántida según Platón antes de su decadencia moral, y la nueva civilización maya que fundó su reino en Yucatán.

29 En la utopía renacentista, el gobierno de la República o del Estado solía estar a cargo de un grupo de sabios o sacerdotes que eran elegidos por el pueblo, principalmente en base a su virtud. Este sabio combinaba la clarividencia con el desinterés absoluto (Trousson, 1995).

Las utopías suelen abordar de manera distinta el tema del colectivismo. La mayoría de las veces este elemento se relaciona con la vida en comunidad, el trabajo y la satisfacción del problema colectivo del cual se genera la tensión social. En los relatos de Alice Dixon, la idea de la comunidad rige gran parte de su discurso crítico. En su esfuerzo por hacer una crítica a Occidente en su relato “Unión en el comunismo”, después de describir las condiciones decadentes de esta región del mundo, realiza comparaciones con los peruanos y los mayas antiguos. Señala que ambas sociedades vivían en comunismo, pero que a la vez presentaban diferencias importantes: “Bajo el gobierno inca el sistema era obligatorio, mientras que los mayas adoptaron ese modo de vida por inclinación, ya que estaban tan absolutamente libres de la codicia de la riqueza como lo están sus infortunados y degradados descendientes” (2001:75).

Estas aseveraciones abarcan la cuestión moral de la utopía clásica. En el caso de Moro los habitantes de Utopía viven en felicidad y armonía gracias a la justicia y la honestidad inmanente a la virtud, que consiste en vivir conforme a la naturaleza. Este aspecto moral de la colectividad converge, en los relatos de Alice, con algunas de las temáticas más recurrentes en las utopías: la caridad hacia los inválidos y los enfermos, la existencia de la propiedad común, el trabajo colectivo basado en la agricultura y la repartición en partes iguales de los alimentos cultivados. También menciona que los mayas nunca pensaban en engañarse unos a otros, pues al igual que los habitantes de Utopía nunca buscaban sacar ventaja porque no existía la codicia entre ellos.

Para Alice, los mayas antiguos vivían en una “hermandad universal” que les permitía interactuar como una familia, así cualquier “viajero era bien recibido en todas las casas, alojado y alimentado como cosa normal, sin que nadie pensara en pedir o aceptar pago alguno” (2001:77). En este punto es evidente la evocación de pasajes pertenecientes a la obra de Moro, en los cuales se menciona que los viajeros no tenían que llevar nada consigo porque en todas partes estaban en su casa; o de la *Nueva Atlántida* de Bacon donde se recibe a los viajeros que naufragaron, y en ningún momento los pobladores de la isla aceptan el pago que los extranjeros les ofrecen por sus admirables atenciones. Alice enfatiza que la hospitalidad de los mayas es un elemento de continuidad entre su pasado civilizado y sus descendientes del XIX.

Si bien el viaje a la utopía es un salto al pasado de Yucatán, su pensamiento onírico también abarca un viaje especulativo hacia el futuro, a partir del cual Alice construye un discurso crítico basado en los fundamentos de la utopía del siglo

XIX. En esta época, las consecuencias del fracaso de las revoluciones europeas de 1848, entre ellas el fin del sueño de la transformación social y la evidencia del conflicto entre clases, generó que las utopías de este momento soñaran con un mundo mejor donde los hombres estuvieran libres del maquinismo, y vivieran bajo la norma de la igualdad y la justicia. Particularmente en Inglaterra la abundancia de estas obras prolongó por mucho tiempo un socialismo sentimental y utópico, alejado de la verosimilitud económica y social. A finales del siglo, los utopistas empezaron a inquietarse por la viabilidad de la utopía, y sus obras se convirtieron en una impugnación del hombre de su porvenir lejano. Así nació la idea de que el institucionalismo utópico no aportaba la solución definitiva.³⁰ Esta angustia es la que oprime a los utopistas de finales del XIX, el siglo que tanto creyó en el progreso, la ciencia y la técnica. Bajo estas premisas podemos comprender con mayor precisión por qué la utopía de la viajera es anacrónica, es decir, se ubica en el pasado y no en el futuro, y por qué existe una angustia por el porvenir y un pesimismo aún más evidente en su crítica a las sociedades de su época.

El interés del discurso crítico de Alice Dixon, como el de toda utopía según enfatiza Moreau (1986), no es el de denunciar los males sociales de Occidente, sino el evidenciar las causas de la decadencia de las sociedades decimonónicas. En su análisis de estas causas confluye su visión cíclica de la historia de la humanidad, a partir de la cual retoma el presente degradado de Occidente y de Yucatán del XIX para idealizar el pasado de las antiguas civilizaciones, así como para augurar su desencanto por el futuro. Al igual que en varias utopías de su época y anteriores a ella, las principales causas que la viajera identifica como las culpables de los problemas de las sociedades decimonónicas son el egoísmo, la ambición o codicia, y la avaricia. En sus relatos se critica a aquello que no es natural o instintivo, y que se rige por necesidades artificiales propias de las sociedades capitalistas basadas en la tecnología y en la ciencia positiva.

A partir de estas reflexiones Alice cuestiona la tendencia del desarrollo occidental, y hace dudar a sus lectores respecto a la confianza en aquellos sistemas económicos y sociales que están fundados en la potencialidad del egoísmo y avaricia que, fuera de su contexto natural, deriva en consecuencias autodestructivas

30 Tal vez el caso más parecido a Alice Dixon lo podemos ver en A. France cuyo último capítulo de su obra *La isla de los pingüinos*, según Trousson (1995), es un retrato pesimista de un proletariado cada vez más explotado, que vive en un entorno sintético y artificial.

para la humanidad. Entonces, si bien el presente de las sociedades se encuentra en tal estado de decadencia, ¿qué podemos esperar para el futuro? Esta pregunta es planteada por la autora en “Unión en el comunismo” y “Filosofía de un indio sabio”, y en los dos casos coincide en una aterradora visión del porvenir que podemos sintetizar en pocas líneas: “Sólo cuando los hombres dejen de amar el dinero estará bien la humanidad, pero ese momento no está cerca” (Dixon, 2001:78).

Este pesimismo existencial, característico de las utopías según F.L. Polak (en Blanco, 1999:114) y del romanticismo amante de lo natural frente a la civilización, no sólo da lugar a un dualismo entre un mundo presente degradado y una nostalgia por un pasado mejor, también se relaciona con el concepto de “derelicción”, utilizado por J. Servier (en Blanco, 1999:122) para referirse al sentimiento subyacente en toda utopía, que consiste en la conciencia de crisis social ante la cual los hombres se encuentran impotentes. La “derelicción” en el discurso crítico de Alice Dixon no es más que el sentimiento de angustia presente en las utopías de su época, las cuales están concientes de la crisis civilizatorias de su momento y han perdido su fe en el futuro. Fácilmente podemos reconocer este enfoque en las palabras de uno de sus personajes de ficción, el indio sabio: “La fe no es necesaria para el momento en que estamos. La fe, junto con la esperanza, está en el futuro, y en realidad las dos son meras palabras, vacías de significado hasta para los que más fe y esperanza tienen” (Dixon, 2001:93).

Conclusiones

En un contexto de cambio paradigmático de la arqueología, la viajera y escritora Alice Dixon Le Plongeon desafió las normas del científicismo positivo y de los relatos de las exploraciones imperialistas, optando por representaciones estéticas de un Yucatán romántico a partir de la escritura de un viaje espacial y un utopismo fundado en especulaciones históricas derivadas de un viaje temporal por el pasado de la antigua civilización maya. En ambos recorridos, sus herramientas discursivas concuerdan con su intención estética e ideológica que tienen, como fin último, dar a conocer un Yucatán idealizado: de relevancia científica en cuanto se trata del descubrimiento de una sociedad que se asemeja a las “altas culturas”; y de valor romántico y utópico en la medida en que es representado como un espacio donde convergen lo maravilloso y lo sublime, donde cobran vida las

historias de tesoros, piratas, naufragios, y donde el pasado de una sociedad civilizada y comunitaria presenta rasgos de continuidad con el presente.

Here and there in Yucatan es una obra que amalgama la inquietud romántica y el razonamiento utópico de la viajera. Su utopismo nostálgico sumado a su exotismo que da preferencia a lo otro frente a lo propio, le ayudó a consolidar su crítica a Occidente bajo una perspectiva propia de la utopía de finales del XIX: la angustia por el porvenir. Esta crítica a las sociedades de su época no es simplemente una denuncia a las injusticias sociales que reconoce en Occidente y en Yucatán de principios del siglo XIX, sino que es una reflexión acerca de las causas de la caída de la humanidad y las repercusiones de sus sistemas sociales. En este sentido, su mirada de Yucatán, regida por las categorías de la utopía y la estética romántica decimonónicas, le permitió a la viajera representar un espacio idealizado donde convergen los sueños e ilusiones de Occidente. Esta idealización es, en sus relatos, el mecanismo de apropiación de lo otro en toda sus dimensiones espaciales y temporales, así como la forma de comprender y resolver la distancia cognitiva entre ella y Yucatán.

Bibliografía

ADAMS, Richard E. W. (Compilador). *Los orígenes de la civilización maya*. México: Fondo de cultura Económica, 1992.

ARAUJO, Nara. "Aceptar y escapar. Viajeras mexicanas en el siglo XIX: una cuestión de género". *Cultura Latinoamericana*. 1-2, 1999-2000, pp. 3-21.

BAQUERO, Ana L. "Espacio y tiempos múltiples: El viaje y la narración de historias", en: F. Larmona Fernández-J.M. García Cano (eds.), *Libros de viaje y viajeros en la literatura y en la historia*. España: Universidad de Murcia, 2006, págs. 39-55.

BARTHES, Roland. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra escrita*. México: Paidós, 1987

BLANCO, Rogelio. *La ciudad ausente. Utopía y utopismo en el pensamiento occidental*. España: Akal, 1999.

BRUNHOUSE, Robert L. *En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana, 1999.

DESMOND, Lawrence G. "Of Facts and Hearsay: Bringing Augustus Le Plongeon into Focus", en: Andrew L. Christenson (Ed.), *Tracing Archaeology's Past*. Southern Illinois: University Press, 1988, pp. 139-150. <http://maya.csuhayward.edu/archaeoplanet/LgdPage/OffFacts.htm>.

DESMOND, Lawrence G.-MESSENGER, Phyllis Mauch. *A Dream of Maya*. California: University of New Mexico Press, 1988.

DESMOND, Lawrence G.-LITVAK, Jaime. “Prólogo”, en: Alice Dixon Le Plongeon, *Aquí y allá en Yucatán*. México: Conaculta, 2001, pp. 9-14.

DIXON Le Plongeon, Alice. *Aquí y allá en Yucatán*. México: Conaculta, 2001.

EAGLETON, Ferry. *Una introducción a la teoría literaria*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.

ETTE, Ottmar. *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

GENETTE, Gérard. *Nuevos discursos del relato*. Madrid: Cátedra, 1998.

LEASK, Nigel. *Curiosity and the Aesthetics of Travel Writing 1770-1840*. New York: Oxford University Press, 2002.

MILANI, Raffaele. *El arte del paisaje*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2005.

MOREAU, Pierre-Francois. *La utopía. Derecho natural y novela del Estado*. Buenos Aires: HACHETTE, 1986.

ORTEGÓN, David. *Historia de la arqueología en Yucatán*. México: Gobierno del Estado/Instituto de Cultura de Yucatán, 1993.

PIMENTEL, Luz Aurora. *El espacio en la ficción. Ficciones espaciales. La representación del espacio en los textos narrativos*. México: Siglo XXI Editores/Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

PRATT, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

TROUSSON, Ryamond. *Historia de la literatura utópica. Viajes a países inexistentes*. Barcelona: Ediciones Península, 1995.

**LA CONSTRUCCION DEL IDEAL FEMINISTA EN EL CUENTO
DE VIAJES A MEXICO DE CARMEN DE BURGOS,
LA MISIONERA DE TEOTIHUACAN (1926)**

Dra. Esther A. Daganzo-Cantens
Assistant Professor of Spanish
Department of Modern Languages
East Stroudsburg University of Pennsylvania

Carmen de Burgos, en su novela corta *La misionera de Teotihuacán*, nos narra la historia de una joven monja española que a la muerte de su madre mexicana decide ir a México a encontrarse con sus parientes maternos. Dada la situación política mexicana del primer tercio del siglo XX, la protagonista y un grupo de monjas que la acompañaban se ven obligadas a despojarse de sus hábitos para poder entrar en el país sin que se reconozca su orientación religiosa.¹ Una vez en México, sola y desamparada, busca el refugio de su tía que la acoge con la condición de que esconda sus votos religiosos: “En casa no te ha de faltar lo que necesitas, sólo que es menester que te tengan por una señorita, como mi hija Rosario, sin que nadie se entere de tu monjío.” (23) Paulatinamente, durante el recorrido de la muchacha por los distintos paisajes mexicanos, se va produciendo en ella una trasculturación que va desde el hermanamiento con los desfavorecidos indígenas hasta la absorción de las costumbres de éstos. Dada la belleza exótica de la muchacha, un general mexicano criollo se enamora de Guadalupe y la quiere hacer su esposa número treinta y seis. Su primo Alberto, enamorado de la chica, mata al general obligando a la joven a refugiar su sentimiento de culpabilidad en el valle de Teotihuacán. La joven trabaja de tejedora y transforma su vida en reco-

1 En 1926 cuando se publicó el cuento, acababa de terminar la última etapa de la Revolución mexicana en contra del gobierno de Porfirio Díaz. Pancho Villa y Emiliano Zapata comenzaron una revolución social que abogaba por las reformas agrarias, la justicia social y la educación. Las revueltas culminaron con la creación de la constitución mexicana de corte liberal y social de 1917. Es posible que la referencia de Carmen de Burgos al hecho de que las monjas se despojen de sus hábitos, se deba a que esta constitución promovía la educación laica y la libertad de cultos y en algunas capas de la alta sociedad mexicana se entendiera como una reacción anticatólica.

gimimiento espiritual y místico en el que pasa su soledad al pie de la Gran Pirámide azteca como la continuadora del gran sacerdote ancestral.

En el prólogo de *La misionera de Teotihuacán* hay una reseña que hace referencia a los tres elementos básicos que caracterizan las obras de Carmen de Burgos:

No me importa que me crean mejor o peor por lo que digo; la gazmoñería ambiente no reza conmigo; soy lo bastante fuerte para permitirme decir lo que siento, despreciando los juicios vulgares. Los que me conocen me aman y me estiman; el público busca ansioso que se les diga la verdad, que se rompan los convencionalismos. El lema que prefiero es Arte y Libertad.
(1)

Estos tres elementos: La fortaleza que debe tener una mujer que quiere enfrentarse a las reglas establecidas, la búsqueda de la verdad y la libertad para expresar sus ideas van a ser los lemas principales de su producción literaria. Así mismo, estos elementos tienen la misión de presentar a un público femenino una realidad que a principios del siglo XX estaba cambiando: la reivindicación de los derechos de la mujer y, muy concretamente, de la escritora como fuente transmisora para ese cambio.

Carmen de Burgos, escritora, maestra y periodista, nació en el seno de una familia acomodada del sur de Andalucía. Desengañada de un matrimonio convencional, decide separarse y viajar a Madrid con su hija a completar sus estudios de maestra en la Escuela Normal Superior. Una vez allí, comienza su labor de periodista y escritora y también comienza su pasión de reivindicación de los derechos de las mujeres. Portavoz de una generación, fue la primera cronista de guerras, la primera mujer que luchó a favor del divorcio en España y la primera mujer que se preocupó por la defensa de los sefarditas, entre otras muchas labores. Estas cualidades la ponen como un sello revolucionario para la sociedad de principios del siglo XX y hacen de su figura un marco de referencia para las luchas a favor de la igualdad de la mujer en la sociedad española y latinoamericana del primer tercio del siglo XX.

Carmen de Burgos viajó varias veces a Latinoamérica y mantuvo relaciones con feministas latinoamericanas. Tuvo muy en cuenta la reivindicación de los derechos de la mujer y su participación en la sociedad de principios de siglo. Para llevar a cabo esta misión, De Burgos utilizó medios públicos como conferencias, paneles reivindicativos y su participación activa en el partido republicano liberal

español. También, utilizó sus novelas, libros de viajes y cuentos cortos para expresar sus ideas y reivindicar una posición más igualitaria para la mujer. Uno de los elementos que Carmen de Burgos utiliza para este objetivo es la validación de sus textos mediante la adquisición de poder y autoridad discursiva.

En el caso específico de *La misionera de Teboticucacán*, Carmen de Burgos intenta formular una reivindicación feminista adoptando y re-evaluando sus escritos dentro de lo que normalmente se ha entendido como los parámetros de los textos escritos por hombres. Para llevar a cabo este cometido, primero se debía mostrar a una protagonista femenina que viaja sola y sin compañía de un hombre; y en segundo lugar, se debía intercalar en las narraciones un dualismo sexual en las acciones de la protagonista que contradicen los postulados del discurso masculino tradicional sobre los escritos de las mujeres. Una vez establecida esta autoridad discursiva, es imprescindible conectar con las lectoras de su tiempo y, para ello, la escritora forjaba una relación de empatía con el oprimido. Esta empatía tenía como objetivo producir un acercamiento de la audiencia femenina a los postulados reivindicativos que la novela propone y, de esta forma, encauzar a las mujeres a concienciarse de la necesidad de una re-evaluación de la situación de inferioridad en la que se encontraban. Con este propósito, Carmen de Burgos expresa la necesidad de una reforma social y cultural en la cual la mujer debe tener una participación más activa y ganar un estatus más igualitario en la sociedad de su tiempo.

La autoridad y el poder narrativo en cualquier texto escrito por mujeres se adquieren mediante la representación de la protagonista femenina como un sujeto actuante activo de la narración. En este sentido, esta protagonista femenina debe presentarse con una serie de atributos que representen una independencia y una cierta libertad de actuación que se contraponga con los postulados de la tradición literaria masculina dominante. De esta forma, los personajes femeninos que viajaban solos reivindicaban unos derechos de igualdad para la mujer en el desempeño de unos papeles sociales públicos que estaban reservados para los hombres; como el hecho de viajar y, en última instancia, escribir.² Para poder

2 Era común en las escritoras de finales del siglo XIX y principios del XX mostrar, en sus narraciones de viajes, a personajes femeninos que viajaban solos. Éste es el caso de Gregoria Martínez Sierra, Emilia Pardo Bazán, Sofía Casanova, la marquesa de Calderón de la Barca o Emilia Pardo Bazán. Estas escritoras en sus narraciones enfatizan el hecho de la viajera sin acompañante como un personaje actuante activo de la narración

demandar esa igualdad, la viajera debía establecer una resistencia al poder establecido por el discurso masculino. En este sentido, la noción de autoridad discursiva en un texto, ya sea escrito por mujeres o por hombres, debía tener una serie de imposiciones previas en relación con una jerarquía de poder preestablecido. Sara Mills propone que para formular un marco teórico que presente la posición de la mujer como autoridad textual, la crítica literaria existente debe ser adaptada y modificada para que cumpla un papel efectivo en cuanto a la adopción de sus teorías (14). A su vez, las teorías de Michel Foucault pueden servir para analizar la importancia que este crítico da a la centralización del poder y especialmente, a su noción de resistencia.³ La resistencia al poder es imprescindible como fundamento para el análisis de las relaciones de poder y de autoridad discursiva en los textos de viajes y en las narraciones sobre viajes de mujeres. Este enfrentamiento al poder establecido se presentaba principalmente en el hecho de viajar sola.

Esta resistencia al poder instituido que la viajera impone en el hecho de viajar sola, conforma lo que Foucault, según Maeghan Morris y Paul Patton, considera un enfrentamiento al poder institucionalizado que provoca la institución de un nuevo poder. Este nuevo poder producto de la resistencia al poder establecido es un sujeto absoluto que articula lo que está prohibido: “Power is conceived as a sort of grand, absolute Subject...who articulates what is forbidden. On the side of which power is suffered, there is an equal tendency to ‘subjectivise’ it” (Morris 4). Sara Mills afirma que para Foucault “it is not simply a matter of changing consciousness on a individual basis, but resistance being a necessary part of power” (16). Esta crítico establece que la resistencia se aplica mediante la identificación de una posición que se ha adjudicado a un individuo y el posterior rechazo de esa posición (16). En las narraciones de viajes de mujeres existe esa posición de resistencia hacia el poder establecido por la sociedad ya que impone unas restricciones al poder institucionalizado o “absolute Subject” del que habla Foucault. Estas restricciones se producen al rechazar alguna de las normas que el sujeto absoluto o poder absoluto impone. Así pues, el primer rechazo o punto de resistencia que han impuesto las escritoras de este tipo de narraciones es el mismo hecho de viajar. Esta resistencia propone la implantación de un nuevo poder absoluto. En otras palabras, el hecho de viajar provoca un enfrentamiento contra el poder masculino tradicional, que a su vez, implementa un nuevo poder

3 Meagan Morris y Paul Patton en su libro: *Foucault, Power Truth and Strategy*, explican ampliamente las relaciones entre la centralización de poder y la noción de Resistencia de Foucault.

por el simple hecho de enfrentarse a primer poder o poder institucionalizado. En este sentido: “On the side of which power is suffered, there is an equal tendency to ‘subjectivise’ it by determining the point in which one says ‘yes’ or ‘not’ to power” (Morris 4). Este postulado está íntimamente unido a la idea de Mary Louis Pratt de que el poder de resistencia es una parte necesaria de todo poder ya que establece una dialéctica entre resistencia y el poder, al convertirse uno en el otro y viceversa (16). Ambos, constituyen la primera muestra de autoridad discursiva y el primer elemento de independencia de la escritora viajera o de su personaje femenino viajero.

Guadalupe, en la narración, dice no al poder absoluto y viaja sola sin la compañía de un hombre. Este hecho, para María H. Frawley, implica una independencia: “travel, and especially travel alone, was at least in part a means to express one’s independence” (23). Catherine Barnes Stevenson propone que “By the latter part of the nineteenth century, women travelers began to be singled out as examples of the new freedom and power of women” (3). La independencia personal y la libertad adquirida de la protagonista es doble. Por un lado, adquiere una libertad real ya que se aventura a viajar a un país para ella desconocido en el que tiene que buscar, primero, el apoyo de sus parientes y después, su independencia económica. Y en segundo lugar, es una libertad simbólica porque representa su ruptura temporal con la iglesia y la concienciación de su independencia personal. Guadalupe se embarca al nuevo mundo por necesidad. Su madre, ante el abandono moral de su marido y la previsión del futuro de soledad de su hija, la mete en el convento. Este hecho, que aparentemente es una de las premisas del discurso de la domesticidad, propone un enfrentamiento con el discurso patriarcal. La tradición preveía dos posibles destinos para la mujer honrada: el matrimonio o la vida religiosa. El desengaño amoroso de la madre propicia la elección de la segunda opción para su hija:

Caridad se casó, tanto por amor como por huir de la hermana. No había sido feliz. Siguió al marido a España, y no tardó en verse abandonada moralmente, consumiéndose en su soledad, sin más pasión que su hija. Su marido, que la había sustituido en su amor en vida, no tardó en sustituirla como esposa en cuanto murió. Previendo eso fue ella misma la que quiso que Guadalupe tomase el hábito en las Mónicas, donde se había educado, y ésta obedeció sin repugnancia. (15-6)

Carmen de Burgos intenta mostrar a una Guadalupe sumisa, obediente

y acatadora como el modelo que el discurso masculino impone a la mujer. Este hecho convierte a Guadalupe en el símbolo de la pobre víctima de las circunstancias sin voluntad de actuar ni decidir por sí misma su porvenir. Esta historia, que podría situarse dentro de los cánones de la narrativa tradicional masculina, no es sino una confrontación al poder establecido que intenta producir el efecto contrario; es decir, se representan irónicamente los males que la sociedad impone a la mujer: la dependencia económica y la sumisión a los preceptos de la tradición masculina.

Debemos tener en cuenta que ya a finales del siglo XIX hay una concienciación generalizada dentro de las escritoras de lo que era la *cuestión femenina*. En un principio se estableció como el derecho de las mujeres a la educación y más tarde, a principios del XX, como una reivindicación a todos los ámbitos de la vida privada y pública (Hurtado, 140).⁴ Carmen de Burgos, que no era ajena a estos movimientos de emancipación de la mujer y que dedicó su vida a la lucha por conseguir esas mejoras, nos presenta a esta monjita mojigata y sin aparente voluntad, con el objetivo principal de provocar una reacción en su público femenino. La ingenuidad extrema de Guadalupe y la poca voluntad de este personaje, produce en la lectora la reacción opuesta a la que se presenta. Las lectoras reaccionan ante la simplicidad y la falta de carácter de Guadalupe causando un enfrentamiento en contra del prototipo de mujer “ángel del hogar” típico del discurso masculino dominante. No obstante, a pesar de que se nos presenta ese modelo de mujer sumisa, Guadalupe se enfrenta a los convencionalismos. El lector experimenta el primer hermanamiento con las reivindicaciones feministas que propone Carmen de Burgos en el hecho de que Guadalupe decide, por su propia voluntad, viaja a México sin la compañía de un hombre. Este hecho le va a proporcionar el poder y la autoridad discursiva necesaria para retar al discurso masculino tradicional ya que este desafío supone la primera instauración de poder de la mujer, producto de la resistencia al poder institucionalizado que proponía Foucault.

Por otro lado, la segunda forma de adquisición de poder y autoridad discursiva, que se percibe en los libros de viajes de Carmen de Burgos, y más concretamente en esta narración, está basada en la teoría del dualismo sexual y textual. Esta teoría postula la tendencia de mezclar indiscriminadamente la escritura

4 Para mayor información sobre los movimientos feministas de finales del siglo XIX y principios del XX español, diríjase a la colección de Iris M. Zavala, *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)* en el volumen 5.

considerada masculina y, por extensión, racional y analítica y la femenina considerada sentimental y subjetiva. Esta dualidad discursiva plantea una resistencia al poder patriarcal establecido al proponer ambas formas textuales al mismo nivel. Para Chris Weedon este dualismo “see patriarchy as a set of institutional structures and representational practices which ‘rest... on the social meanings given to biological sexual difference’” (2-3).⁵ Según esta teoría de la confrontación de los géneros, Guadalupe representa la dualidad del espíritu de la mujer. Por un lado, mantiene su religiosidad y continúa siendo “religiosa” con o sin hábitos, como el discurso patriarcal disponía para las mujeres y, por otro lado, es la gran educadora de la civilización, actividad que estaba reservada para el hombre. Esta pluralidad de espíritu, de lo racional y lo sentimental es la simple oposición de lo masculino y lo femenino que Mills establece como la confrontación de género.⁶

Carmen de Burgos plantea esta idea de forma clara y específica en su segundo libro de viajes a Europa, *Cartas sin destinatario*, al proponer que lo verdaderamente importante es “decir todo lo que llevamos en el fondo de la conciencia con el dualismo de los sentimientos y la razón, en las mil sensaciones hijas de la pluralidad de nuestro espíritu” (6). Esta dualidad representa la afirmación de la autora en cuanto a su género, pero a su vez, representa una excusa narrativa por el hecho de apropiarse del discurso masculino. La autora utiliza las formas propias de la escritura masculina para establecer una autoridad textual y las femeninas para resaltar las cualidades establecidas por el discurso patriarcal para las mujeres y paliar el efecto subversivo de su representación como sujeto activo de una narración.

Gabriela Pozzi señala que en los textos y narraciones de viajes de Carmen de Burgos, la autora textual mantiene una dualidad discursiva “aun cuando desempeña las actividades masculinas (públicas) de viajar y escribir, en la intimidad sigue siendo <femenina> (doméstica); y aquí, en la esfera privada, reside al principio su subjetividad, ya que sólo en este entorno, y muy brevemente, nos habla

5 Lo que Sara Mills intenta expresar en su libro es que no es necesario crear una teoría en la que se haga una conspiración de lo masculino frente a lo femenino; sino establecer una teoría, como sugiere Weedon, en la que se pueda explicar cómo y por qué las personas se oprimen entre ellas. Al mismo tiempo, es necesario que esta teoría sea subjetiva y que incluya los pensamientos inconscientes y las emociones que pueden ocurrir en las relaciones de los individuos y la sociedad.

6 La representación de la dualidad es una técnica muy recurrente en todo tipo de género literario escrito por mujeres durante finales del siglo XIX y principios del XX.

la narradora de sí misma” (301). Para Pozzi la tensión producida por la mezcla de los dos discursos, se resuelve en el momento en el que la autora textual femenina protagoniza la narración y lleva “su vida íntima a la esfera pública” (301). Carmen de Burgos incorpora su vida privada e íntima a la esfera pública para adquirir una autoridad y un poder narrativo, mediante alusiones a su lugar de origen, Andalucía, en sus libros de viajes a Europa y España, en *La misionera de Teotihuacán*. Así, acentúa su esfera privada y hace participe a su audiencia de ella. También, son numerosas las referencias a la vida doméstica ya que en la narración, la autora se recrea en describir escenas de la vida cotidiana de las indias, de sus trajes, sus comidas y su función dentro del clan familiar: “dos indias no daba abasto a asar sobre las brasas las delgadas *tortillas* de maíz” (36).

Guadalupe, por un lado, representa a la mujer tradicional, producto de la tradición masculina, a la que se le ha impuesto un destino y no tiene la voluntad para rebelarse ante ese destino. La autora nos presenta en la narración a una mujer que se ajusta a los modelos del discurso tradicional en cuanto a su sumisión, devoción y su honestidad. Guadalupe es la esposa sumisa de Dios, huérfana de madre y abandonada por un padre quien no se ocupa ni se interesa por ella. Por otro lado, el hecho de despojarse de sus hábitos, al embarcarse hacia México, representa el comienzo del proceso de independencia. El personaje va siendo consciente de su individualidad y va creando una autoridad, que se consideraba masculina. La protagonista al quitarse los hábitos representa simbólicamente la pérdida de la identidad impuesta por las circunstancias. Esta pérdida va de la devoción extrema, a la experimentación placentera de ser el objeto de deseo; primero del general y después del primo:

Aquella mañana, cuando cruzaba para su cuarto, envuelta en su kimono, se encontró con Alberto.

-¡Sabes primita, que estás preciosa así!

Ella enrojeció y entró corriendo en su alcoba. El espejo la reproducía en su desnudez, en esa frescura de juventud con que el agua rocía la piel después del baño. Vio que era hermosa, y experimentó un inconsciente deseo de ser admirada así, de sentir unos brazos tibios estrechar su cuerpo en una caricia. (26)

En alocuciones como ésta, la autora muestra la esfera privada del personaje y la sitúa dentro de los preceptos del discurso masculino. La transformación de Guadalupe culmina en el momento en el que se concientiza de ser un individuo independiente que puede valerse por sí mismo. Este proceso se hace patente al

final de la novela en el que Guadalupe realiza su independencia económica al convertirse en una de las tejedoras de Teotihuacán. De esta forma, se produce la confrontación definitiva con el discurso patriarcal al proponer un poder de resistencia en el hecho de mostrar a una mujer independiente, que se ha despojado de lo que se consideraba el modelo tradicional de sumisión, en el hecho mismo de despojarse de sus hábitos religiosos y que culmina con el hecho de renunciar a su nombre: “Guadalupe no oía allí ni siquiera pronunciar su nombre: la conocían sólo por Mónica.” (58) Renuncia a su identidad anterior y se propone como una entidad nueva e independiente.

Su independencia es económica y no moral. Es decir, Carmen de Burgos propone a una mujer que no tiene que romper con su espiritualidad ni con su ética moral; sino que rompe con los postulados del discurso masculino tradicional que muestran a las mujeres como modelos de sumisión y de inferioridad sexual. Guadalupe decide alejarse de los únicos seres queridos y del amor del primo para convertirse en la “gran misionera de Teotihuacán”. Su misión se universaliza al transformarse en la gran educadora de la sociedad:

Allí llegaban a buscarla todos los *chamaquitos* del contorno, que gozaban oyendo las historias que les contaba del país de donde venía el Sol, de donde llegaron los hombres blancos con barbas y caballos.

Les enseñaba a rezar, a leer y cantar, y les decía que no debían beber pulque ni usar armas de fuego.

-Esos son consejos que no convienen a los chicos. Los chicos tienen que ser hombre y valientes. (60)

Propone a una mujer con una labor civilizadora y educadora del futuro de la sociedad mexicana: los niños. La autora lo explica al predicar: “[los chicos] no deben beber pulque ni usar armas de fuego”. Para Carmen de Burgos la educación suponía uno de los aspectos más importantes de la misión regeneracionista que se debía crear en un país ya que se debía: “contribuir, en la medida que nos sea posible, a la gran obra de la regeneración social, cuya base es la educación de la mujer” (Ballarín 66). Para de Burgos, la mujer mejicana y, en general toda mujer, se encuentra desgarrada por la naturaleza feroz y la sociedad aplastante que ha generado unas costumbres bárbaras. En la novela, esta sociedad bárbara se ve en el uso indiscriminado que los hombres hacen de las armas de fuego. Este uso de las armas de fuego representa el punto culminante y el desenlace de la novela. Alberto mata al general al descubrirle con su prima Guadalupe en el restaurante

de La Gruta.

Por otro lado, es imprescindible analizar el elemento religioso dentro de la narración. Para Carmen de Burgos, la educación no debía de prescindir de la religión. Todo lo contrario, el hecho de que Guadalupe se despoje de sus hábitos, no significa que se despoja de su religiosidad; sino de la institución religiosa creada por el hombre; es decir, de la religión en los términos que la sociedad mexicana conocía: el catolicismo. La autora seguía la doctrina krausista, que proponía otra forma de entender la religiosidad. Esta filosofía exponía que se debía de implementar una educación neutra. En otras palabras, se debía formar al maestro o educador para alcanzar la paz por medio de una religión que se basara en la tolerancia positiva. De esta forma, para los krausistas, la enseñanza de la Religión debía ser algo natural, sin limitaciones, una instrucción espiritual del individuo.⁷ Es por ello que Guadalupe se refugia en el valle de Teotihuacán. Este valle representa el lugar de la adoración religiosa ancestral. Es un lugar sagrado en el que ella va a ser la nueva figura que continuará esa religiosidad primitiva y natural del individuo basada en la tolerancia y enfocada en la paz. Es por ello que insta a los jóvenes a que no beban alcohol ni usen armas de fuego.

Las implicaciones para la teoría feminista son de gran importancia ya que de Burgos propone a una mujer como la continuadora de la religión natural. Es solamente la mujer la única persona que tiene la misión de instruir y educar al futuro de la humanidad. Esto implica que es la única que posee los valores morales y éticos necesarios para construir una nueva sociedad basada en la paz, la tolerancia y el progreso. De esta forma, no sólo rompe con el discurso tradicional al proponer, por un lado, a una viajera que se aventura a un país desconocido

7 A los krausistas se les tachó de anti-religiosos por predicar una libertad de cultos en sus enseñanzas, pero para Francisco Giner de los Ríos y sus seguidores, la educación religiosa no era una educación escéptica e indiferente, sino que pretendían ser un acercamiento hacia todos los cultos y creencias; es decir, Giner de los Ríos sólo pretendía una neutralidad religiosa. Adolfo Posada dice: “La Institución Libre de Enseñanza fue siempre pura y sencillamente una escuela respetuosa con *todas* las creencias por considerar la religión, en sí, un alto valor moral y social, y las religiones positivas elementos esenciales de la civilización y de la cultura” (98). En este sentido, Giner de los Ríos expone que únicamente la enseñanza laica es la que puede formar un espíritu de tolerancia:

no sólo debe excluirse la enseñanza confesional o dogmática de las escuelas del Estado, sino aun de las privadas, con una diferencia muy natural, a saber: que de aquéllas ha de alejarlas la ley; de éstas, el buen sentido de sus fundadores y maestros. (*Estudios* 76)

sin la compañía de un hombre y, por otro, a una mujer que se independiza económicamente y se vale por ella misma; sino que además, nos muestra a la mujer como modelo de civilizadora de la sociedad. Estas características proporcionan a la escritora y a su personaje femenino una autoridad discursiva que se equipara a la del hombre.

Una vez que su texto ha conseguido poder y autoridad discursivos, Carmen de Burgos presenta un personaje humano que se compadece y se hermana con los desfavorecidos y marginados sociales: los indígenas. Un estudio realizado por Bénédicte Monicat sugiere que las mujeres se hermanan con el desfavorecido social como consecuencia de la idea que tradicionalmente se tenía de la que la mujer, en cualquier civilización, debía proteger el género humano. Para llevar a cabo esa labor se le había otorgado unas características que la predisponían para esa tarea como, por ejemplo: la ternura, la compasión y la delicadeza. Estos elementos constituían la base por la cual la mujer podía salvaguardar a la humanidad y, por ello, se le reservaba el papel de civilizadora del mundo y de otras mujeres (56). Si bien, era civilizadora del mundo, también, debía ser la portavoz de esa civilización en los estratos de la sociedad que más lo necesitaban como eran los pobres y marginados. Por ello, estas viajeras se convertían en lo que Mary Louis Pratt denominaba “las exploradoras sociales” (160). Estas exploradoras sociales, portavoces de civilización, se enfrentaban a los postulados tradicionales del discurso masculino al tener una autoridad discursiva propia y ejercer un papel público dentro de la sociedad. Estas mujeres, a la vez que se hermanan con los estratos más bajos de la sociedad, también critican las taras y lacras de esa sociedad que permite el estado de vejación y discriminación de esos desfavorecidos sociales.

Las escritoras, o bien eran las protagonistas de sus propios viajes, o bien proponía a unos personajes femeninos que viajaban y en sus viajes visitaban o describían cárceles, hospicios, orfanatos, plantaciones de azúcar o lugares propios de congregaciones de mujeres como conventos, asilos o escuelas. Tanto es así que llegaban a enfatizar los: “family and relational values; getting along with groups, friendship, especially other women, customs, domestic circumstances” (Fendler 14). Esta relación de hermanamiento tenía un doble propósito. Por un lado, las escritoras pretendía ajustar sus textos a los patrones que el discurso patriarcal proponía para las mujeres en cuanto a su labor maternal, femenina, tierna y piadosa y; por otro lado, hacían una crítica social de los problemas fundamentales del país que describían. En el texto son numerosas las intervenciones y descripciones de Guadalupe en cuanto a la composición familiar de los indígenas,

la labor de las mujeres dentro de la comunidad y las descripciones físicas de los indios descendientes de los aztecas: “Pero lo que más sobreponía para Guadalupe a todo eran los tipos indios” (20). De Burgos, no sólo describe de forma costumbrista a los indios mexicanos; sino que describe los entornos domésticos y las relaciones familiares de las comunidades indígenas con una doble intención. Si bien, presentaba su texto como un ejemplo de lo que tradicionalmente se reservaba para los escritos de mujeres y justificar su incursión en el dominio público masculino en el hecho de escribir, también, una vez que su texto había sido aprobado por el discurso masculino, hacía comentarios y críticas a la sociedad y sus vicios.

Carmen de Burgos explica estas situaciones de discriminación de forma recurrente. La viajera encuentra en estas visitas y descripciones de los suburbios una forma de criticar a la sociedad patriarcal que mantiene y propicia esta situación y que oprime a estos sectores de la sociedad y no les permite salir de ese escenario de marginación. Guadalupe visita la aldea Huacal para la romería San Lucas y de la Virgen del Carmen y detalla la situación en la que viven los indios. Si bien, describe la pobreza, más bien se detiene a resaltar las cualidades de su organización familiar como una crítica al sistema político y económico mexicano. En la novela se comenta que: “los indios no quería comprender las ventajas de hacerlos propietarios a la fuerza. Con un entendimiento franciscano, inmanente, solían repetir:

-El que nada tienen, lo tiene todo. La propiedad es enemiga de la paz. ¿Para qué buscarnos quebraderos de cabeza?” (36). Por el contrario, el abuelo, patriarca de la tribu, había empleado un sistema de repartición de la tierra a sus descendientes para que, de esa forma, la emplearan y trabajaran de una forma más racional y útil (30). Este aspecto es muy significativo y supone una crítica abierta hacia el gobierno mexicano porque supone un enfrentamiento al sistema de reparticiones que instituyó y la mala consecuencia que ello tuvo para los agricultores y ganaderos mexicanos durante el siglo XIX y principios del XX. De esta forma, pasa de la mera descripción de los indios, a hacer una crítica abierta en contra de algún aspecto de la política gubernamental mexicana. La autora, no sólo se queda en la mera crítica; sino que resalta la organización india poniendo de manifiesto que la organización social y económica que el patriarca indígena ha implementado en su clan familiar es más productiva que la infructífera repartición agraria que el gobierno mexicano intentó implementar a principios de siglo

XX.

Carmen de Burgos, en sus narraciones de viajes, funciona como un agente observador y crítico de una situación de diferencia social que se produce bajo unos parámetros de opresor-oprimido. El opresor sería la sociedad patriarcal que permite y no corrige esa situación de discriminación hacia el oprimido y el marginado social. De Burgos, en sus libros y narraciones sobre viajes, presenta estas situaciones de opresor-oprimido en el proceso de concienciación o primer contacto de autor/narrador con la realidad experimentada.⁸ Es lo que Mary Louise Pratt denomina la zona de contacto: “I like to call ‘contact zone,’ social spaces where disparate cultures meet, clash, and grapple with each other, often in highly asymmetrical relations of domination and subordination” (4). En esta zona de contacto entre la realidad del indígena mexicano y el criollo o blanco, Guadalupe, no sólo se muestra condescendiente, sino que resalta las cualidades de estas gentes y alaba su herencia y cultura ancestral. Así, en la narración, Carmen de Burgos comenta: “Doña Elisa hacía la proposición de que cada mujer blanca tuviese la obligación de tomar por esposo a un indio, siquiera un día, para mejorar la raza. Y los indios sonreían contentos, pensando en esa mejora de la raza blanca que ellos podrían hacer” (36).

Esta primera toma de conciencia de la situación de opresión de los desfavorecidos sociales, a su vez, lleva consigo la relación que las autoras establecen en cuanto a la discriminación de género. Pratt estudian una serie de manifestaciones que se producen en la relaciones de poder colonial en la colonias inglesas del siglo XVIII, XIX y principios del XX y establece que estas confrontaciones de opresor-oprimido son expuestas por las escritoras como un ejemplo para relacionar la situación de discriminación de los desfavorecidos de la sociedad y las discriminaciones de género. Esta posición que Pratt denomina la “anti-conquest” representa la función inversa de la posición de la conquista tradicional, es la visión del oprimido, de la discriminación.⁹ Esta anti-conquest simboliza, por un

8 Para mayor información sobre las características de los libros de viajes de mujeres, se pueden dirigir a la tesis doctoral de Esther A. Daganzo-Cantens, *Carmen de Burgos: la educación de la mujer y la literatura de viajes como género narrativo*, pp. 139-60.

9 La definición que Mary Louise Pratt da al término “anti-conquest” es la siguiente: “The system created, as I suggested above, a utopian, innocent vision of European global authority, which I refer as an anti-conquest. The term is intended to emphasize the relational meaning of natural history, the extent to which it became meaningful specifically in contrast with an earlier imperial, and prebourgeois, European expansionist presence”. p. 39.

lado, el enfrentamiento al poder establecido y una crítica hacia sus consecuencias; y por otro, una ampliación al sector femenino al relacionar las discriminaciones sociales con las de género.

De esta forma, la narradora descubre un estamento social que se encuentra en una situación de opresión por parte del poder autoritario establecido y, por encontrarse ella en una situación de opresión de género, se hermana con este sector social que sufre la opresión. De esta manera, el discurso de las escritoras de viajes se convierte en textos que apelan, según Sara Mills, contra las opresiones producidas en: “the process of interaction of colonial textual constraints and constraints of gender” (40). En el caso de *La misionera de Teotihuacán*, esta relación de opresor-oprimido es ambivalente. Si bien existe una opresión colonial en la expresión de la división del clase/raza, también nos encontramos con un sentimiento de superioridad por parte del estamento oprimido. La sociedad dominante criolla mexicana mantiene una separación social evidente y una relación de poder hacia los indígenas. Los personajes indígenas de la novela son discriminados e incluso humillados, llegando incluso al maltrato físico:

Su primo Alberto, larguirucho y granujiento, con un genio irascible, que sólo paraba en casa a las horas de comer, en cuyo breve tiempo gritaba a su madre, a su hermana, prodigándoles insultos y azotando a los criados, que obedecían con extraña mansedumbre y la eterna y resignada máscara de sonrisa de los indios, en contrataste con el rayo maligno de su mirada. (24)

Estas humillaciones y maltrato que sufre el indio, pasan primero, de la generalización, a la situación específica de la mujer al explicar la esclavitud de la mujer india mexicana. La narradora expresa la situación de la indígena al declarar cómo éstas son tratadas en la casa de la tía de Guadalupe:

La afligía el espectáculo de la esclavitud y la miseria de aquellas ocho criadas indias, descalzas, desgredadas y sucias, tratadas a latigazos y sin comer más que aquellas *tortillas*, que eran tortas de maíz cocidas de pueblo, y sirven de pan a los mejicanos, y las judías oscuras, machacadas, que con el nombre de *fríjoles* constituían el indispensable plato nacional. (24-5)

La narradora relaciona la situación de discriminación y esclavitud de la india en la sociedad mexicana con la situación de esclavitud de Guadalupe. De esta forma, universaliza la situación de la mujer en la sociedad de principios de siglo XX. Guadalupe se encuentra en una doble situación de esclavitud. Primero, tiene una sumisión a los votos religiosos impuestos por su madre. Al llegar a México

y vivir con sus tíos, tiene que renunciar a ellos. Esta situación, que parecería una liberación de la protagonista, no es más que un cambio dentro de la situación de esclavitud. Guadalupe se encuentra prisionera y esclava a unos convencionalismos sociales impuestos por su tía: “No tenía más remedio que resignarse a seguir aquella vida, tan opuesta a sus votos, con el remordimiento de que no le desagradase y constituyera un sufrimiento” (25). La resignación y la falta de voluntad de la protagonista solamente se resuelven una vez que ha cortado con los hilos que la sujetan a su pasado. Guadalupe escapa de la sociedad que la mantiene en un estado de sumisión, corta las relaciones familiares y sociales y se marcha a Teotihuacán. Este hecho representa su renacimiento. Cambia de nombre y con ello concluye su estado de sumisión y esclavitud. Se hace una mujer independiente que se vale por sí misma trabajando de tejedora y se convierte en la civilizadora de la humanidad en la figura de la continuadora del sacerdote azteca.

Carmen de Burgos valida su narración dentro del ámbito de la tradición masculina al otorgarle una autoridad discursiva propia. Su narración tiene el propósito de establecer una crítica hacia la sociedad criolla que permite unas vejaciones raciales y sexuales. La autora reprocha a la sociedad el maltrato y la discriminación que impone al indio. Esta crítica la hace mediante la valoración de los sistemas culturales indios y su organización agraria. Así, equipara la raza indígena a la blanca o mestiza. Las descripciones que hace De Burgos en la narración a cerca de los indígenas son numerables. A modo de ejemplo, la autora los describe como individuos que físicamente tienen: “un broceado más caliente, más rojizo... ojos muy negros, ligeramente levantados hacia las sienes, como los chinos, y muy hundidos en un arco saliente, que daba a la mirada una expresión más intensa, más reconcentrada y algo sombría (20). A estos aspectos físicos se les añade unas características intelectuales que son modélicas: “todos con la medida, seria, calmosa, grave, que daba idea de gente calculadora y astuta, que sabe esperar” (20).

Con esta novela corta Carmen de Burgos ejemplifica un problema de fondo de la sociedad del primer tercio del siglo XX: la sumisión de la mujer. Nos presenta un personaje femenino débil, sin voluntad pero inocente y puro. Esta mujer a la que se le ha impuesto un futuro que ella no ha elegido voluntariamente, se ha visto arrastrada por una serie de acontecimientos que la han llevado a su liberación e independencia final. La autora nos muestra a esta chica con una dulzura y candor extremos para mediatizar a un público en la necesidad de formular una reivindicación feminista en la que la mujer, no sólo sea la artífice de su propio

destino al poseer una independencia económica; sino que propone a una mujer como modelo de civilización y progreso frente a los barbarismo que la sociedad masculina ha impuesto a través de los siglos.

Carmen de Burgos valida sus textos al proponerlos en los mismos niveles de autoridad textual que los escritos por hombres. Su narración se autoafirma al proponer a una viajera que se aventura sola a un país desconocido. Esta protagonista femenina principal presenta las lacras del pueblo mexicano de principios de siglo XX, analiza sus defectos y muestra la hegemonía y superioridad de la organización agraria india. De esta manera, lleva su texto al dominio público al presentar unos niveles narratológicos propios del discurso masculino ya que se convierte en analista de una situación de discriminación racial. La empatía de la protagonista con los indígenas mexicanos sirve como portal para extender la reivindicación de los derechos raciales a los derechos de la mujer. Una vez que Guadalupe se ha liberado de sus ataduras, se convierte en una mujer independiente que no necesita el apoyo de nadie. Se vale por sí misma al trabajar de tejedora y representa el modelo de la mujer civilizadora de la sociedad. Insta a la necesidad de una educación tolerante y pacífica en la que se instruya a los niños en la base del respeto mutuo. Critica la educación machista que tradicionalmente se le da al niño en la que la violencia forma una parte esencial ya que se base en el lema de: “los chicos tienen que ser hombres y valientes” (60). En última instancia, propone una reivindicación de los derechos de la mujer al elegir su propio futuro y hace un llamamiento a todas las mujeres a que reaccionen en contra de la sumisión tanto social, cultural, familiar como económica en la que se han visto sumidas a través de los siglos.

Bibliografía

BALLARÍN DOMINGO, Pilar. “Carmen de Burgos y la educación de las mujeres”, en: Miguel Naveros y Ramón Navarrete-Galiano, *Carmen de Burgos: Aproximación a la obra de una escritora comprometida*. Almería: Diputación Provincial. Instituto de Estudios Almerienses, 1996.

BARNES STEVENSON, Catherine. *Victorian Women Travel Writers in Africa*. Boston: G. K. Hall and Company, 1982.

BURGOS, Carmen, de “Colombine”. *La misionera de Teotihuacán*. Año I, 21, 5-VIII. Madrid: La novela Mundial, 1926.

_____. *Cartas sin destinatario*. Valencia: Ed. Sempere, s.a., 1912.

DAGANZO-CANTENS, Esther A. *Carmen de Burgos: la educación de la mujer y la literatura de viajes como género narrativo*. Diss. Florida Internacional U. 2006.

FENDLER, Susanne, Ed. *Feminist Contribution to the Literary Cannon. Setting Standards of Taste*. Lewiston, NY: Edwin Mellen Press, 1997.

FOSTER, Shirley. "American Women Travellers to Europe in the Nineteenth and Early Twentieth Centuries." *British Association for American Studies*, 27, 1994, Págs. 4-46.

_____. *Across New Worlds: Nineteenth Century Women Travellers and their Writings*. Nueva York: Harvester Wheatsheaf, 1990.

FOUCAULT, Michel. *The Archaeology of Knowledge*. Trad. A. M. Sheridan Smith. Nueva York: Routledge, 2002.

_____. *El orden del discurso*. Trad. Alberto González Troyano. Barcelona: Fábula Tusquets Ed., 2005.

FRAWLEY, Maria H. *A Wider Range. Travel Writing by Women in Victorian England*. Rutherford: Fairleigh Dickinson UP, 1994.

GINER DE LOS RÍOS, Francisco. "Educación y enseñanza." *Obras completas de Francisco Giner de los Ríos*. Vol 13. Madrid: Espasa-Calpe, 1933.

_____. *Estudios sobre educación*. Madrid: M. Minuesa, 1886.

HURTADO, Amparo. "Biografía de una generación: Las escritoras del noventa y ocho." *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*, 5, 1998, Págs. 139-84.

KRAUSE, Karl Christian Friedrich, SANZ DEL RÍO, Julián. *Ideal de la Humanidad para la vida. Con introducción y comentarios de Julián Sanz del Río*. Madrid: Imprenta de F. Martínez García, 1871.

MILLS, Sara. *Discourse of Difference. An Analysis of Women's Travel Writing and Colonialism*. New York: Routledge, 1991.

MONICAT, Bénédicte. *Itinéraires de l'écriture au féminin. Voyages du 19ème siècle*. Atlanta: Rodopi, 1996.

MORRIS, Meaghan, PATTON, Paul, ed. *Foucault, Power Truth and Strategy*. Sydney: Federal Publications, 1979.

PRATT, Mary Louise. *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. Londres: Routledge, 1992.

POSADAS, Adolfo. *Breve historia del krausismo español*. Pról. Luís G. De Valdeavellano. Oviedo:

U Oviedo, Servicio de publicaciones, 1981.

POZZI, Gabriela. “Viajado por Europa con Carmen de Burgos (“Colombine”): a través de la Gran Guerra hacia la autoridad femenina”, en: Salvador García Castañeda. *Literatura de viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo Mundo*. Madrid: Castalida, 1999.

WEEDON, Chris. *Feminist Practice and Post-Structuralist Thought*. Oxford: Blackwell, 1984.

ZAVALA, Iris. *Breve historia feminista de la literatura española en lengua castellana. La literatura escrita por mujer (Del siglo XIX a la actualidad)*. Vol V. Anthropos: Barcelona, 1998.

PASION POR VIVIR: ALICIA ROVIRA DE ARNAUD Y *LA ISLA DE LA PASION*

Patricia Varas
Willamette University

La literatura de viajeras alrededor del mundo no es tan conocida por críticos y lectores como la de su contraparte masculina escrita por aventureros y conquistadores; sin embargo, aquellas pocas crónicas de mujeres que han logrado ser publicadas han suscitado generalmente gran interés. Sin duda, porque estas mujeres viajeras han sido percibidas como contestatarias del orden establecido y/o como objetos exóticos cuyas entretenidas o trágicas aventuras merecen ser leídas. Sin embargo, hoy, esos escritos, diarios y cartas de viajes adquieren un valor mayor, que no está definido sólo por su “diferencia” sino también por lo que comunica. La información que generan estos textos de viajes de mujeres deja de ser mero entretenimiento u objeto de curiosidad para develar maneras de ver e interpretar el mundo y de vivir marcadas por el sexo y la experiencia de sus protagonistas.

Hay viajeras que por diversos motivos no han podido plasmar su visión en un relato propio y alguien lo ha escrito por ellas. Este es el caso de Alicia Rovira de Arnaud, la joven esposa de diecisiete años del Gobernador de la Isla de la Pasión Ramón Arnaud. La narración sobre su viaje a la Isla de Clipperton o de la Pasión la lleva a cabo la escritora Laura Restrepo en su primera novela *La Isla de la Pasión* (1989). Lo que leemos sobre la llamada “tragedia de Clipperton” en la novela por la colombiana es una mezcla de ficción, historia e indagación periodística donde la literatura se convierte en recuperación y recreación de una experiencia que de otra manera estaría perdida y sumida en el olvido. *La Isla de la Pasión* cuenta el viaje de Ramón y Alicia y del pequeño grupo que los acompañaba que ilusamente tratarían de reproducir la nación mexicana en un islote perdido en la mitad del Pacífico para proteger su soberanía. Del grupo del gobernador, once soldados de la guarnición y sus respectivas mujeres e hijos sólo once personas sobrevivieron: ocho niños y tres mujeres, entre ellas Alicia. Alicia dará a luz en la

isla, enviudará y se convertirá en un sujeto histórico con una extraordinaria resolución por sobrevivir; motivos que harán que su aventura merezca ser contada¹.

En la novela hay una polifonía de voces que estructuran el relato y oscilan entre el presente y el pasado, “en una sucesión de retrospectivas y anticipaciones que abarcan tres siglos de historia”². Estas voces están construidas por medio de varias técnicas discursivas como los diálogos imaginados entre los personajes, algunos textos y cartas recuperados que testimonian la ordalía vivida, entre otras. Como la novela es un híbrido que superpone lo fáctico de la historia con lo dudoso de la ficción, las voces narrativas también mantienen esa tensión. Hay junto a la voz de la investigadora o periodista, que se puede identificar con la de la autora Restrepo, quien aparece y desaparece organizando el material, presentando entrevistas con parientes de los que vivieron en Clipperton y haciendo comentarios sobre la isla misma y sus pobladores, las voces de los múltiples personajes, producto de la creación literaria que reconstruye las angustias y alegrías de Ramón y Alicia y de los más pobres y menos conocidos soldados y sus familias, las soldaderas y sus hijos.

Tres Coordenadas Narrativas y Un Compromiso Personal

Restrepo antes de ser conocida como escritora practicó el periodismo durante varios años dentro y fuera de su país. Escribió para *Semana*, donde trabajó con Gabriel García Márquez, y por su trabajo periodístico Belisario Betancur la nominó en los 80 mediadora en los diálogos entre el gobierno y la guerrilla. Por este papel y su libro *Historia de un entusiasmo* (1986) recibió amenazas de muerte y tuvo que exiliarse seis años.

De esta experiencia periodística nace tanto su interés de rescatar voces desatendidas como de desentrañar temáticas ocultas a través de sus novelas. De ahí que mucha de su ficción se alimente de esta vena informativa: en *La novia oscura* (1999) la narradora es una periodista y *El leopardo al sol* (1992) es el resultado de una investigación que le tomó once años. Restrepo ha dicho sobre *La Isla de la*

1 Antes de Restrepo, ya habían contado la historia de Clipperton pero desde otros puntos de vista. Por ejemplo, existe la obra de Urquiza, *El capitán Arnaud*. 1954; la película del “Indio” Fernández, *La Isla de la Pasión (Clipperton)* de 1941; algunos documentales y una obra de teatro. 2 Melis, “Una entrevista con Laura Restrepo”. *Chasqui Revista de Literatura Latinoamericana*, 2005, págs. 114-129.

Pasión: “era una historia que tenía un par de libros escritos, pero era una historia prácticamente sin contar, pues los libros que trataban de ella estaban escritos sobre la pareja de mando, el capitán Arnaud y su mujer. Pero la guarnición era de 11 soldados y yo pensé: cada una de estas personas tiene que tener una historia tan apasionante como la de los propios mandos”³. Restrepo, desarrollando la primera coordinada narrativa periodística, buscó completar las historias de todos los que allá fueron y para esto entrevistó a parientes y amigos, viajó fuera y a lo largo de México, leyó todo lo que pudo en archivos y viejas cartas y recreó una historia que intenta captar la lucha desesperada de sus habitantes por ser y hacer parte de la historia de la Isla⁴.

La nota al comienzo de *La Isla de la Pasión* sugiere un deseo de borrar divisiones entre géneros literarios: “los hechos históricos, lugares, nombres, fechas, documentos, testimonios, personajes, personas vivas y muertas que aparecen en este relato son reales. Los detalles menores también lo son, a veces”⁵. Como asevera Restrepo esa nota es su declaración de independencia con respecto a los contratos genéricos⁶ y establece el interés y conocimiento adquiridos como investigadora y periodista como base de la segunda coordinada narrativa: la novela histórica.

Si la novela histórica antes estuvo “a cargo de la pluma de los hombres”, según Pons⁷, éste ya no es el caso con la nueva novela histórica latinoamericana⁸. El nuevo género le permite a Restrepo incurrir en discusiones de poder al mismo tiempo que es una manera de examinar el presente y reclamar el pasado revisando una serie de valores vistos como naturales y constantes, como son nación, raza, sexo y clase. Con la nueva novela histórica las obras del presente recrean el pasado al gusto de la escritora, como señala Carmen Rivera Villegas “[el] redescubrimiento crítico del pasado altera no sólo los esquemas de la representación artística sino también las jerarquías que impone la consolidación del poder, ya

3 Batrez, “Laura Restrepo: *La Isla de la Pasión*, historia de amor y heroísmo durante el Porfiriato”. *Gente*, 2005, s. pág.

4 Melis, “Una entrevista con Laura Restrepo”. *Chasqui Revista de Literatura Latinoamericana*, 2005, págs. 114-129.

5 Restrepo, *La Isla de la Pasión*. 2005, s. pág.

6 Manrique, “Laura Restrepo”. *Bomb*, 2001, págs. 54-59.

7 Pons, *Memorias del olvido. La novela histórica de fines del siglo XX*. 1996, p. 13.

8 Me refiero al término acuñado por Menton en *La nueva novela histórica de la América Latina. 1979-1992*. 1993.

sea económico, étnico, político, sexual o social”⁹. Al explorar el pasado, Restrepo abre la oportunidad de redefinir nuevas formas de subjetividad y de comprender la historia mexicana, sobre todo en cuanto a la contribución del personaje femenino de Alicia.

La joven Alicia se embarcó hacia la Isla de Clipperton, siguiendo a su marido, el Gobernador de la isla. Su expedición no fue un descubrimiento ni una colonización, al contrario no había mucho que ver ni hacer en ese islote; fue un viaje hecho por obediencia al marido y obligación para con la patria. Ramón Arnaud anteriormente ya había desertado una vez del ejército y lo pagó caro, con prisión y vergüenza. De ahí que cuando bajo el Porfiriato lo envían en 1908 a una isla a mil doscientos cincuenta kilómetros de la costa mexicana Ramón, a pesar de su desconcierto y primeras dudas, se cree reivindicado: “como por arte de magia había pasado, literalmente hablando de la noche a la mañana, de ser un pobre diablo, un proscrito, un oficialucho fracasado, un provinciano don nadie, un desertor, a ser teniente y gobernador, hombre de confianza del poder”¹⁰.

El Porfiriato y Ramón creen que este disputado atolón debe ser defendido como territorio mexicano y la guarnición sigue las órdenes expresas de Porfirio Díaz a pesar de que la isla tiene una historia que refleja su geografía marginal, la cual nunca formó parte de ninguna ruta de navegación. El islote fue descubierto en el siglo XVI por el navegante español Alvaro de Saavedra, recibiendo el nombre de Médanos. En la novela, Restrepo sugiere que la isla fue descubierta entre 1519-1521 por Fernando Magallanes, quien la nombró con “el dulce y terrible nombre de Isla de la Pasión”¹¹. Así pasó a ser parte del virreinato y por extensión, luego de la independencia, de México. Sin embargo un pirata inglés, Clipperton, la usará como refugio en el siglo XVIII dándole su otro nombre. En 1859 Francia proclamará su soberanía a nombre de Napoleón III, mas México no reconocerá ninguna otra que la suya. Durante el siglo XIX se comprobará su importancia económica gracias al guano, de ahí que los alemanes, ingleses y norteamericanos exploten este producto. En 1908 Arnaud y la guarnición llegan a la isla, cuya soberanía queda consignada finalmente en 1931 en arbitraje internacional bajo

9 Rivera Villegas, “Viajes e historias decimonónicas a finales del siglo XX: Sara Sefchovich (México) y Ana Lydia Vega (Puerto Rico)”, *La mujer puertorriqueña en su contexto literario y social*. 2002. págs. 153-162.

10 Restrepo, *La Isla de la Pasión*. 2005, p. 37.

11 Restrepo, p. 15.

Manuel III, Rey de Italia, a Francia. Años más tarde Franklin D. Roosevelt visita dos veces el atolón y en 1944 ordena su invasión.

La marginalidad histórica de la isla coincide con su marginalidad geográfica. Su presencia cartográfica está relegada a la incertidumbre y queda marcada “con la sigla “D.E”: Doubtful Existence, existencia dudosa”¹². Esta doble marginalidad es terreno fértil para que la autora examine los discursos de producción histórica que han participado “en el proceso de gestación, desarrollo, consolidación o cuestionamiento y resemantización de los imaginarios nacionales del continente”¹³. Por la novela comprobamos que las identidades locales en la Isla no son esencialismos universales, como muchos de sus habitantes se resignan a creer, sino que son el resultado de ideologías, tradiciones, creencias y valores culturales sujetos a análisis sobre las relaciones de poder que los explican y construyen. Como asevera Lydia Liu, “nationalism as a European discourse of domination is appropriated by Third World nations for self-empowerment in the struggle for independence”¹⁴ y el proyecto masculino nacionalista del Porfiriato y del Gobernador Arnaud cuenta con el apoyo de Alicia, lo cual no debe sorprender debido a que en el mundo occidental, durante siglos, la mujer fue parte de los esquemas impuestos por la nación. Esta actitud e ideología explican la importancia de que Restrepo cuestione el origen de la nación mexicana y el propósito estratégico de la Isla en su formación junto a la necesidad de sacrificar a quiénes fuera necesario para obtenerla.

La relación entre la nación y el sexo de los habitantes de la isla es vital para comprender la situación de Alicia como viajera y compañera de aventuras de su marido. Desde la partida queda establecida la diferencia de clase (marcada por la raza también) y género como parte fundacional de un orden absoluto sin cuestionamiento, que refleja al de la nación mexicana. Más tarde, una vez empiece la vida dura en la isla, se desbaratará este orden y las mujeres construirán otro nuevo donde clase, raza y género no constituirán ya marcadores diferenciadores.

12 Restrepo, p. 15.

13 Pacheco, “Memoria y poder: dimensión política de la ficción histórica hispanoamericana”. *Hispanamérica*, 2002, págs. 3-13.

14 Liu. “The Female Body and Nationalist Discourse: *The Field of Life and Death Revisited*”, *Scattered Hegemonies: Postmodernity and Transnational Feminist Practices*. 1994. págs. 37-62.

En *La Isla de la Pasión* se establece a través de toda la primera parte el orden de la nación mexicana por los esfuerzos de su gobernador, las mujeres y la guarnición de luchar contra la anarquía. En esta parte se revisa la autenticidad del pasado y su validez con respecto a la función de cada uno de los habitantes. En esta mini nación los papeles sexuales están claramente definidos: Ramón se asegura que sus hombres puedan cumplir sus funciones militares y de proveedores, mientras que las mujeres existen sólo como extensión de las necesidades de la nación y de los personajes masculinos. Las mujeres sirven para fortalecer el sistema por medio de sus actividades cotidianas de lavar, cocinar, parir, cuidar y educar a los niños: “la rutina que llevaban era un remedo de civilización y la monotonía apacible que reinaba se parecía a la felicidad”¹⁵. El acto de barrer, por ejemplo, es un recordatorio constante de la necesidad de mantener la limpieza y de vencer a la naturaleza¹⁶. Hasta el final de su estancia en la isla, “Alicia sacaba la arena de la casa. Esa tarea, que había acometido todos los días durante siete años, la obsesionaba aun ahora, que vivían en medio de escombros”¹⁷. Todo en la Isla está marcado por la rutina y repetición: la lucha contra la arena y el viento es una metáfora de la lucha de los habitantes contra la naturaleza y el olvido.

La relación imaginaria entre familia y nación queda firmemente establecida en la novela y las mujeres juegan un papel importantísimo en la fundación de una comunidad y de un hogar en la isla. La llamada “law of the home” es un principio organizador que estriba en la mujer¹⁸ y del cual depende Arnaud para reclamar la Isla como mexicana. Las familias se convierten en las fundadoras de una sociedad paralela a la dejada en tierra firme dividida en dos grupos claramente separados donde los superiores son Ramón, no sólo por ser el gobernador, sino también por ser blanco y educado, y su mujer Alicia y los subalternos, que son los soldados y sus familias. Esta separación se articula claramente en las tertulias de Ramón, quien “inventó e institucionalizó las veladas de los viernes”¹⁹ a las cuales sólo el teniente Secundino Angel Cardona y su mujer, Tírsa Rendón, junto con el único “gringo” en la isla, el rubio y alemán Gustavo Schultz, explotador de gua-

15 Restrepo, *La Isla de la Pasión*. 2005, p. 87.

16 Restrepo, p. 215.

17 Restrepo, p. 285.

18 Van Den Abbeele, *Travel as Metaphor: From Montaigne to Rousseau*. 1992, p. xxv.

19 Restrepo, *La Isla de la Pasión*. 2005, p. 91.

no, y su familia adoptiva estaban invitados. Este último reducto de civilización era ocasión para comer, beber, conversar, tocar música, cantar y hasta bailar.

El chiapaneco Cardona a pesar de su clase y raza sobresale por ser guapo, por ser “el único que se veía vital, milagrosamente fresco dentro de su camisa limpia”²⁰ y por su bella voz. Un soldado apreciable, se convirtió en el gran soporte de Ramón y perecerá con él devorado por los escualos. Por su parte, Tirsa Rendón, una soldadera guerrerense, quien acompañó al teniente Cardona en su último destino a la Isla de la Pasión, sobrevivirá y apoyará en todo a Alicia y entre ambas lucharán como hermanas por su vida y la de sus hijos.

La existencia en la Isla de la Pasión se desarrolla apaciblemente, si bien fuera de la historia, para horror de Ramón, quien se niega a aceptar la magnitud de su decisión de permanecer en ella con respecto a su carrera militar y política y la de sus subalternos. Pese a que tiempo después se producen la invasión de Veracruz por los estadounidenses y la Revolución Mexicana, los habitantes de Clipperton viven en un tiempo mítico marcado por los vientos, el sol y luchas cotidianas para sobrevivir, sin tener la menor idea de lo que está pasando en México y cómo esto les afecta directamente. Por la convivencia se llegan a conocer entre todos, llevándose a cabo un acercamiento al “otro” mexicano, al soldado raso, al indio, al pobre. Con el tiempo, Alicia y Ramón cambian y el viaje se convierte en una metáfora de una nueva nación más igualitaria.

Al comienzo de la aventura el atolón inhóspito parece prometer una suerte de edén, donde todos encontrarán resguardo y alcanzarán a satisfacer sus necesidades. Como cuenta la voz narrativa indagadora en un tono mítico: “el capitán Ramón Arnaud, y su esposa, Alicia, desembarcaron recién casados, cargados de ilusiones y de enseres domésticos, con la firme decisión de poblarla con sus descendientes, y Clipperton, la iracunda, los recibió mansamente, les permitió habitarla sin apuros y vivir en ella felices como debieron estar Adán y Eva en el paraíso”²¹. La lista de vituallas un tanto barroca demuestra que se ha pensado en todo: “costales de tierra negra para hacer una huerta y semillas de verduras; un enorme abastecimiento de grano y frutas [...]; herramientas; telas y máquinas de coser; fusiles [...]; una bandera mexicana [...]; cerdos y gallinas; mecedoras de mimbre hechas en Acapulco; una mandolina; [...]”²². Esta misma previsión se

20 Restrepo, p. 72.

21 Restrepo, p. 16.

22 *Ibidem*, p. 63.

puede ver en las observaciones de Alicia de la que será su casa, “no era ninguna mansión, pero parecía un lujo asiático en medio de lo demás. No había en aquella casa nada que no funcionara, nada librado a la improvisación: cada cosa había sido hecha con el mayor cuidado y perfección”²³. Esta actitud fundacional de crear un nuevo hogar es algo que separa a Alicia y sus compañeras de otras viajeras. En esta odisea no hay un deseo de novedad, no existe la ansiedad del partir ni la desorientación o desarraigo del que deja su hogar. Esto es debido a que la Isla de la Pasión es territorio mexicano, y como tal asegura la continuación de una vida corriente sobre todo porque había la promesa de abastecer a la guarnición con barcos que vendrían cada dos meses, trayendo todo lo necesario para mantenerla.

Con la llegada de *El Demócrata*, con las prometidas vituallas que habían esperado durante siete meses, se enteran que Don Porfirio había salido huyendo a París y que el presidente constitucional era Madero. Alicia y Ramón deciden partir a México con toda la familia, habían tenido dos hijos en Clipperton, para informarse personalmente de la situación en el país y la posición del actual gobierno sobre la Isla. Después de muchas reuniones, idas y venidas, Ramón tiene la oportunidad de verificar que México no es lo que fue, y que la guerra entre Huerta y Madero había sumido al país en luchas fratricidas. Al abandonar su edén, Ramón y Alicia entran nuevamente en la historia y llegan a la civilización representada por un México desconocido para ellos en medio de la virulencia posrevolucionaria. La inestabilidad de México determina que no haya respuestas contundentes, lo que los deja confundidos y decepcionados y los induce a decidir volver a la isla, la cual les ofrece una estabilidad ilusoria. Sin embargo, sin saberlo, su suerte estaba echada: debido a las guerras internas posrevolucionarias en México, se olvidaron de la guarnición y su Gobernador en la Isla. Y aunque Ramón tuvo dos posibilidades de partir en barcos sucesivos que pasaron por Clipperton, ante la falta de una orden oficial de retirarse, se negó a hacerlo.

Si bien el lector queda desconcertado ante la opción de los Arnaud de regresar a la Isla a pesar de las condiciones que allí los esperan, es como si el proceso de regresar a la civilización y de indagar para comprender su situación demostrara las limitaciones de la historia y los fracasos de la nación mexicana. Al volver a su habitación, donde Alicia lo aguarda junto a su hija recién nacida,

23 *Ibíd.*, p. 76.

Ramón expresa su angustia y confirma que la paz del hogar, del edén perdido, sólo puede ser lograda volviendo al mundo fuera de la historia que Clipperton les ofrece, “es curioso -dijo Arnaud, ahora en voz baja-. Al otro lado de esa ventana el mundo acaba de derrumbarse. Pero aquí dentro el equilibrio sigue siendo perfecto”²⁴.

Ramón, siempre práctico y consciente del proyecto nacional del que forma parte, después de obtener la ratificación de Huerta de su puesto, cumple los deseos de Alicia, “por favor, volvamos a casa. Clipperton es un paraíso comparado con el resto de México”²⁵. Con este retorno, Alicia y Ramón pueden cumplir el pacto igualitario que habían entablado antes de su matrimonio de convertirse en cómplices, amigos y amantes y deciden regresar en 1914 llenos de optimismo: “fue tanta la alegría por estar de nuevo en su isla, que se dedicaron a explorar los rincones que aún no conocían”²⁶.

La Isla de la Pasión ofrece a la joven pareja la oportunidad de descubrirse como sujetos, oportunidad única que probablemente no hubiera sido posible dentro de la sociedad tradicional mexicana. El aislamiento de la isla, les obliga a tratarse como iguales y a compartir esperanzas y soledades “dentro de la complicidad de las cuatro paredes de su casa”²⁷. El sexo y el placer se convierten en una metáfora para una amistad interminable, para el conocimiento y autoconocimiento que realiza la pareja. Alicia, quien no era torpe en las artes amatorias, pero sabía que gozarlas era un pecado, en la isla, pierde su pacatería y Ramón su rigidez y ambos se entregan a amarse, a descifrar “la ciencia exacta del placer mutuo”²⁸. El acto sexual que les devuelve su igualdad es una reacción directa a las enseñanzas de la sociedad, y sólo gracias a su contacto con las fuerzas naturales alcanzan este nuevo estado. Ramón sin su gomina y Alicia sin sus pomos de talco de arroz, el corset y las crinolinas descubren sus olores y formas naturales.

Cuando los hombres mueren víctima del escorbuto y los tiburones, desapareciendo junto a su orden impuesto, las mujeres establecen en la segunda parte de la novela su lugar propio en la isla, decidiendo cómo hacer las cosas, adónde ir y hasta proclamando una serie de leyes inquebrantables. El mundo edénico se

24 *Ibidem*, p. 147.

25 *Ibidem*, p. 148.

26 *Ibidem*, p. 151.

27 *Ibidem*, p. 93.

28 *Ibidem*, p. 93.

transforma aún más, ya que si bien todavía se encuentran fuera de la historia ahora incluso rompen con el remedo de una sociedad nacional patriarcal para crear lo que Vignolo llama una “utopía de mujeres”²⁹. Esta utopía se caracteriza por la determinación y actividad de las mujeres, quienes tienen mucho que aprender ahora que los hombres no están.

Alicia desde su llegada a Clipperton se definió por su energía, sus deseos de hacer, lo cual le valió la crítica de su marido: “haces y deshaces, te mueves y agotas, pero no piensas” a lo que ella le contestó “y tú piensas, indicas y ordenas, pero no haces”³⁰. Esta aparente división sexual de ver el mundo e interpretarlo sugiere las fuerzas que van a promover la utopía de las mujeres. En esta nueva sociedad creada por los supervivientes, mujeres y niños, abunda la acción, lealtad y solidaridad. Las mujeres lo comparten todo, luchan como fieras por sus hijos y crean un orden donde “la autoridad moral de Alicia y su personalidad impositiva, la fuerza física y el valor de Tírsa” formaron una “alianza indestructible”³¹.

Las mujeres habían visto cómo la solidaridad y armonía de la comunidad anterior regida por los hombres habían sido amenazadas constantemente por la naturaleza y el hambre. Cada situación límite exacerbaba el temor y hacía aflorar los sentimientos más ruines entre los habitantes. Alicia y Ramón entraban en arrebatos de celos; los hombres de la guarnición se quejaban de “que los oficiales y los extranjeros comen y la tropa no”³²; Ramón abandonaba su manera elegante de hablar y maldecía; había hurtos de latas de comida; los pobladores caían víctimas del pánico por creer en leyendas de espíritus; en fin, la gente parecía otra³³. Incluso el orden masculino de la nación se ve amenazado por uno nuevo guiado por doña Juana, la partera, cuando Ramón pierde su autoridad frente a la epidemia de escorbuto que parecía iba a liquidarlos a todos.

Juana, transformada “en una vieja huraña y ermitaña, en una gitana enloquecida y prehistórica”³⁴ habla del demonio, de que el escorbuto es castigo de Dios y se convierte en un tipo de mesías, bendiciendo matrimonios, haciendo bautismos colectivos, orando con sus fieles, quienes sin embargo se retorcían

29 Vignolo. “Doubtful Existence: entre historia y utopía”, *El universo literario de Laura Restrepo*. 2007. págs. 59-78.

30 Restrepo, *La Isla de la Pasión*. 2005, p. 78.

31 Restrepo, p. 271.

32 Restrepo, p. 190.

33 Ibídem, p. 187-192.

34 Ibídem, p. 239.

de dolor. Más tarde Juana se torna en curandera y compite con los esfuerzos racionales de Ramón, quien preparaba en la farmacia una ración diaria de coco, lo que le había curado a él. Pero los milagros no ocurrían y los muertos aumentaban y Juana extiende su repertorio: ordenó encender hogueras, hacer procesiones y hasta sacrificios. Con ella terminan en “el fuego purificador” “los últimos recuerdos de las familias, los pocos objetos amables que aún perduraban, los mínimos rastros de un mundo anterior”³⁵. Estos momentos apocalípticos ponen en peligro la civilización impuesta por Ramón y permiten una lectura bíblica de la vida en la Isla que va desde el Génesis hasta el Apocalipsis que nos “recuerdan la naturaleza de Clipperton: Finis Terrae, frontera última al borde del abismo”³⁶. La isla queda dividida en dos bandos, los que siguen a Ramón y se quedan en su casa y los seguidores de Juana, “la colonia de la partera”³⁷. Sólo sobrevivieron los Arnaud, los Cardona y otros habitantes de la casa.

Más tarde, en la utopía de mujeres, hay un nuevo amago de anarquía entre las supervivientes durante la lucha contra la naturaleza, pero esta vez el orden que se impone es uno intuitivo que busca luchar contra los espantos de la locura tanto como contra el hambre. Algunas mujeres gastaban sus fuerzas marchando durante la noche detrás de sus muertos, efectuando sus disposiciones y deseos hasta que “los espíritus se volvieron caprichosos y exigentes y el cumplimiento de sus órdenes ocupó el tiempo de los vivos”³⁸. Alicia y Tirsia reaccionan imponiendo nuevas leyes que prohíben rezar, tratar con los muertos, asustar a los niños y malgastar las energías en correrías nocturnas todo bajo pena del destierro de la comunidad y separación de sus hijos, “hasta que volviera la normalidad y la cordura”³⁹.

Durante este periodo de la utopía de las mujeres ellas deben enfrentar un enemigo más: la violencia impuesta por Victoriano Alvarez, el soldado negro de Colima, hombre de confianza de Arnaud, que había sido designado guardafaros en un tipo de doble destierro al aislarlo de sus compañeros. Victoriano se sustrae a la muerte, pero al estar deformado por la enfermedad parece el mismo diablo

35 *Ibíd.*, p. 241.

36 Vignolo. “Doubtful Existence: entre historia y utopía”, *El universo literario de Laura Restrepo*. 2007. págs. 59-78.

37 Restrepo, *La Isla de la Pasión*. 2005, p. 242.

38 Restrepo, p. 269.

39 Restrepo, p. 270.

o un animal maravilloso, mitad bestia mitad hombre. Tan pronto se entera que es el único hombre superviviente se declara gobernador y comienza a abusar de las mujeres, quienes deben servirlo en todas sus necesidades. Victoriano introduce la violencia descarnada y la muerte no por luchar contra la naturaleza sino por luchar entre seres humanos. Esto lleva a su fin la idea edénica de Clipperton.

Al comienzo hay una identificación entre las mujeres y Victoriano, como víctimas de la Isla y la sociedad, “al fin quedamos nosotras y tú-le dijo Alicia-. No es raro, las mujeres y los negros somos las dos razas más resistentes del planeta”⁴⁰. Incluso, como se han borrado las diferencias de clase entre las supervivientes, ya que a todas “el destino las trató, o mejor digo, las maltrató por igual”⁴¹, también se intenta borrar las de raza cuando todas reconocen que se han puesto negras: “pues sí, mira no más, si estamos renegras, como tú. El sol nos puso a todos iguales”⁴². Pero estas ideas de igualdad pronto se disipan ante las crueles exigencias de Victoriano, quien desea esclavizar a las supervivientes y las viola y mata brutalmente.

Es interesante observar cómo Victoriano es el resultado de la injusticia: abandonado a su suerte y enfermedades en el faro se hace un hombre “malo, cruel y fiero”⁴³. Mata a las mujeres sin más y siembra el terror entre ellas, quienes temen sobre todo por las niñas. Si antes temían a los espantos o a los huracanes ahora hay un hombre que viola y mata contra el cual se sienten impotentes. De ahí que es menester asesinarlo. Tanto Alicia como Tirsá se dan cuenta de que “sea como sea, tenemos que matarlo. Es nuestra obligación”⁴⁴. Sin embargo, al igual que los hombres antes que ellas, caen en una parálisis donde reina la palabra y reflexión antes que la acción, “se pasaban las noches discutiendo qué hacer y no hacían nada”⁴⁵. Finalmente entre Tirsá y Alicia logran seducirlo y matarlo el mismo día en que llega el barco que las salvará.

El cañonero U.S.S. *Yorktown* divisa la Isla de la Pasión y, a pesar del deseo de su capitán de evadirla por las dificultades que presentaba para navegar y por el mal agüero que traía, pasa cerca de ella y por fortuna salva a los supervivientes.

40 *Ibíd.*, p. 294.

41 *Ibíd.*, p. 313.

42 *Ibíd.*, p. 294.

43 *Ibíd.*, p. 297.

44 *Ibíd.*, p. 297.

45 *Ibíd.*, p. 298.

Las mujeres y niños, quienes habían visto la nave previamente, hacían toda suerte de saltos y gritos para ser vistos. Alicia, sin embargo, se destaca como una figura icónica al arrancarse la sábana santa que debía acompañarla en sus noches matrimoniales, que fue mantel de mesa y que en este momento servía como toga para cubrirla, y quedar desnuda: “gloriosa y resplandeciente de ganas de vivir, batió en el aire la gran tela blanca”⁴⁶. Alicia, quien observando su deber de esposa fiel nunca le pidió a Ramón que volvieran cuando tuvieron la oportunidad, aún cuando los meses pasaban y era obvio que no vendrían a rescatarlos, siente la pasión por vivir, por ella, por sus hijos y su deseo de volver a México por primera vez se concretiza. Tírsa y Alicia parieron después de viudas, se cortaron los cabellos para no perder sus vitaminas, usaron pantalones y aprendieron a pescar, mataron a Victoriano y enseñaron a leer a todos los supervivientes, adultos y niños, todo para crear una nueva comunidad que les asegurara salvarse a ellas y a sus hijos. Restrepo se apropia de la narrativa de la nación y el presente es como un círculo completo donde Alicia, ahora mujer y madre, se olvida de los valores impuestos por un México que también se olvidó de ella y los suyos, dejándolos abandonados en la isla. Hacia el final de la novela Alicia se ha convertido en la verdadera protagonista y heroína.

Siguiendo, sin embargo, la narrativa impuesta por la nación, Alicia una vez que ve el barco y sabe que van a ser salvados recupera el valor del decoro y desentierra su baúl con sus joyas, su traje de novia, alguna ropa, una pastilla de jabón Ivory y un fajo de billetes⁴⁷. Había guardado todo esto primorosamente porque era su única fortuna y para “no dar lástima” “el día que nos rescaten”⁴⁸, como confiesa a su hijo. El baúl, símbolo de esas viajeras inglesas decimonónicas donde llevaban todas sus posesiones, convirtiéndose en agente de la civilización, acompaña a Alicia y la separa del resto de las viajeras por su clase y fortuna durante su viaje y su estancia en la isla. En el baúl ha cargado todo lo valioso para la nueva esposa, el collar de perlas regalo de Ramón, su vestido de novia, sus sábanas y manteles bordados para el nuevo hogar. Los objetos adquieren a través del relato un fuerte valor simbólico y el baúl y su contenido reconvergen el pasado y

46 *Ibíd.*, p. 305.

47 *Ibíd.*, p. 286.

48 *Ibíd.*, p. 287.

el presente para Alicia y llegan a expresar “su forma de enfrentarse al espejismo de la salvación o el rescate”⁴⁹.

Aunque nos gustaría pensar que los cambios durante la utopía de mujeres fueron permanentes en los supervivientes, la historia nos dice que a su regreso a México volvieron a sus posiciones tradicionales determinadas por su clase, raza y sexo. Esta normalización se prefigura cuando Alicia le ofrece a Tirsa uno de sus vestidos para subir al bote y ésta le responde que no, “gracias, nunca me vestí así y me vería rara”⁵⁰ y reconoce que prefiere la bata de vela porque “al menos así me veo como lo que soy”⁵¹. Alicia, por su parte, después de vestir a sus hijos con ropitas que les había guardado, “se tomó todo el tiempo del mundo para bañarse”⁵², se removi6 la cutícula, se puso sus joyas y vistió con un vestido de seda, que si bien algo pasado de moda permitía que aún resaltara su belleza. La Alicia que nunca se quejó ahora siente el verdadero deseo de regresar al hogar en México; aunque no es nostalgia por una vida de comodidades sino que es la vida misma la que la llama, como confiesa al capitán: “hace ocho años estamos aquí, y ya queremos volver a casa”⁵³.

Esta reconstrucción de la personalidad obstinada de Alicia y de su salvación nos lleva a la tercera y última coordenada narrativa presente en *La Isla de la Pasión*: la ficción. La ficción para Restrepo es su manera de presentar su desilusión con la realidad y con la política⁵⁴. En varias entrevistas Restrepo ha comentado cómo *La Isla de la Pasión* es una historia mexicana y no lo es; el compromiso personal del exilio de la autora está estrechamente vinculado a este esfuerzo por narrar la historia olvidada de los fantasmas de Clipperton. El exilio, esa existencia dudosa, como la de la Isla, da lugar a una identificación entre Restrepo y los abandonados colonizadores. La colombiana identifica la localidad marginal de la Isla, un atolón desierto e inh6spito, con su realidad personal, lo que la impele a escribir sobre la “tragedia de Clipperton”: “[en el exilio] vive uno obsesionado por volver y por todo lo que sucede allá y que alguien te traiga noticias. Vives,

49 Maíz-Peña. “Geografías textuales, cultura material y género”, *El universo literario de Laura Restrepo*. 2007. págs. 79-92.

50 Restrepo, *La Isla de la Pasión*. 2005, p. 326.

51 Restrepo, p. 326.

52 Restrepo, p. 326.

53 Ibídem, p. 326.

54 Ord6ñez. “Ángeles y prostitutas: dos novelas de Laura Restrepo”, *Celebración de la creación literaria de escritoras hispanas en las Américas*. 2000. págs. 93-101.

de alguna manera, en una especie de isla en el país donde estás y la obsesión por el regreso es permanente. Yo sentía que podía intuir qué habían sentido estas personas de Clipperton”⁵⁵.

Una vez que decide abandonar la nostalgia y el desarraigo en que la había sumido el exilio, Restrepo busca una historia que contar, que le permita apreciar cabalmente el país y cultura que la habían acogido: “yo no me sabía ni los nombres de las personas que habían estado ahí. Fue un proceso largo, pero cada investigación iba llevando a la otra. Era ir abriendo cajas chinas, descubrí una cosa. Podías hablar con una persona y esa persona te remitía a un libro; ese libro te remitía a otra persona. Recorrí todo México buscando, y fascinada, porque mientras más buscaba, más encontraba. Ya tenía material suficiente para un libro y seguía descubriendo cosas que habían sucedido. Creo que si habría de definirla, sería una novela de aventuras”⁵⁶. Restrepo encuentra una historia local en la veta inexplorada de Clipperton, la cual se hallaba literalmente en el fin del mundo⁵⁷; y su exploración periodística e histórica la lleva a incursionar en la ficción donde encuentra el tono adecuado para narrar, “a dramatic, phantasmagorical, and quixotic story of armed resistance of 11 Mexican soldiers against a foreign invader who never attacked—or even put in an appearance-”⁵⁸.

En la ficción el viaje es un acto y metáfora definida por el sexo: es una actividad masculina. Como señala Marilyn C. Wesley, “there are, after all, differences between leading and following, setting out and going along for the ride, a significant difference between writing and being written about, and these differences are frequently assigned by gender”⁵⁹. *La Isla de la Pasión* captura y cuestiona esta ambición culturalmente masculina de liderazgo, de explorar y extender las fronteras de la nación. El hombre histórica y geográficamente es el aventurero, el conquistador y su perspectiva domina en cuanto a la idea de movimiento, progreso, desplazamiento. Mientras que el hombre es el viajero en movimiento continuo, la mujer, simbolizada por Penélope, hace el hogar y espera pacientemente la llegada del trotamundos. Ese hogar, que defenderá a toda costa como extensión de la

55 Battez, “Laura Restrepo: *La Isla de la Pasión*, historia de amor y heroísmo durante el Porfiriato”. *Gente*, 2005, s. pág.

56 Battez, s. pág.

57 Manrique, “Laura Restrepo”. *Bomb*, 2001, págs. 54-59.

58 Manrique, p. 57.

59 Wesley, *Secret Journeys. The Trope of Women's Travel in American Literature*. 1999, p. xii.

nación, es donde el hombre puede descansar, fundar su genealogía, reflexionar en la intimidad y recrear el viaje con su imaginación.

Restrepo a través de la “novela de aventuras” *La Isla de la Pasión* deconstruye esta definición tradicional de los papeles sexuales de los exploradores en la sociedad y nación mexicanas. Para esto, como hemos visto, la novela desarrolla los personajes de Ramón y Alicia y de la guarnición cuestionando las diferencias entre ellos. La primera parte se enfoca en Ramón, sus sentimientos, motivaciones e ideas y explica su decisión de aceptar el puesto de gobernador y de embarcarse hacia la isla. Esta sección es la más amplia e incluye comentarios sobre todos los personajes, la situación política en México y la íntima complicidad de los Arnaud.

Alicia se embarca en una doble aventura: la del matrimonio y la de su viaje a Clipperton. Los preparativos para la primera están llenos de detalles: el largo noviazgo de Ramón y Alicia (siete años), las tardes de bordar con sus hermanas el ajuar que llevaría las iniciales de la novia para su nuevo hogar. Durante una de las largas y chaperonadas caminatas de los enamorados, Alicia le expresa a Ramón una osada idea por su moderno deseo de igualdad: “yo quisiera que además de enamorados y esposos, un día pudiéramos ser amigos, tú y yo” a lo que Ramón algo sorprendido responde “yo también quisiera. Pero eso será cuando vivamos solos...”⁶⁰. Queda establecida de esta manera una conspiración entre los dos, que encontrará su realización en la Isla de la Pasión.

Los preparativos para el viaje tienen más que ver con las vituallas obligatorias y “la parafernalia necesaria para convertir esa isla estéril en un lugar habitable”⁶¹ que con preliminares intelectuales que preparen a Alicia para lo que le espera en la isla. Alicia realmente no sabe adónde va, ni se imagina qué le deparará el destino. Sus vestidos y joyas, como los artefactos que lleva para instalar su hogar y el viaje en sí, reflejan que tanto ella como Ramón iban con la idea de establecer en la isla un remedo de la nación mexicana definido por valores exclusivistas de raza, clase y sexo. Para Alicia “era su primer viaje marítimo”⁶² y sufría del encierro a pesar de que su camarote era un lujo “comparado con el hueco donde viajaban los subalternos”, “un espacio reducido y bochornoso al lado de

60 Restrepo, *La Isla de la Pasión*. 2005, p. 54.

61 Restrepo, p. 63.

62 Restrepo, p. 65.

la sala de máquinas”⁶³. En ese bochorno las soldaderas preparaban sus comidas, hacían espacio para sus sarapes y trapos. El contraste es inevitable: Alicia era una niña bien y las mujeres de la guarnición eran soldaderas que habían seguido a sus hombres como era su costumbre, ya que “eran las perras de la guerra. Mitad heroínas y mitad putas”⁶⁴.

En la segunda parte, la utopía de mujeres, que toma lugar una vez que los hombres han muerto, quedando sólo las mujeres, niños y el negro Victoriano, Alicia es otra mujer, se convierte en el personaje central y vemos plenamente su esfuerzo por sobrevivir. Como explica Vignolo: “lo que se desarrolla, entonces, entre miles de dificultades, es una utopía de mujeres [...] bajo el liderazgo de Alicia, que asume de una vez por todas el papel de verdadera protagonista del relato”⁶⁵.

A través de las tres coordenadas narrativas, la periodística, la histórica y la ficticia, Restrepo plasma el exilio de la guarnición, el cual refleja el suyo sugiriendo la alienación experimentada por todos. Sin embargo, el fervor patriótico, la idea de estar llevando a cabo el cumplimiento del deber no permite que los habitantes de la isla se suman en la melancolía o nostalgia por el hogar abandonado; y tampoco permite que el libro se convierta en una alegoría. Arnaud y la guarnición se sacrifican por defender la soberanía nacional; los soldados y el Gobernador están simplemente cumpliendo con su deber, mientras que sus mujeres están cumpliendo con su destino.

Conclusión: Una Pasión Por Vivir

El exilio como compromiso personal es el impulso que lleva a Laura Restrepo a contar sobre la vida de los protagonistas en la Isla de la Pasión, quienes quedan abandonados en su atolón, y lo que le permite continuar con un tema que es común en su obra de ficción: recuperar voces, vidas y versiones alternativas de eventos reales. A través de una narrativa que mezcla la ficción y la historia recrea los sentimientos individuales de los habitantes de la Isla, los cuales adquieren nueva vida, dignidad y un carácter heroico al transmitirnos sus experiencias a

63 Ibídem, p. 64.

64 Ibídem, p. 181.

65 Vignolo. “Doubtful Existence: entre historia y utopía”, *El universo literario de Laura Restrepo*. 2007. págs. 59-78.

pesar de que para algunos la lucha por la soberanía de la Isla de la Pasión fue un desgaste inútil, un suicidio lento impuesto por la arrogancia y falta de buen juicio de Arnaud.

Debido a su formación periodística, por un lado, Restrepo persigue los hechos, investiga los datos y los reúne con la paciencia y objetividad del que quiere ser fiel a ellos. Por otro lado, la ficción dentro de la historia recrea y reinterpreta los eventos usando la imaginación como “el derecho a no saber y a reconstruir no una versión oficial de la realidad, sino las versiones según las cuentan los protagonistas”⁶⁶.

Con este acto de creación Restrepo recupera la “tragedia de Clipperton” del olvido y articula el sentido de la existencia de los habitantes de la Isla de la Pasión sin calificar las decisiones ni actos de nadie⁶⁷. El aislamiento de los habitantes de Clipperton permite que se le dé importancia a la vida cotidiana, a los esfuerzos por vivir primero, y más tarde por sobrevivir; y a las actividades que hacen que cada uno de los habitantes, sea hombre, mujer o niño, cuente con su agencia y subjetividad a pesar de las circunstancias. Lo que parece una inútil obsesión por salvaguardar la patria adquiere un sentido trágico personal y político donde el viaje, la llegada, el asentamiento, el desarraigo, la muerte y el retorno son esfuerzos para luchar contra la naturaleza y el olvido.

Vemos que los habitantes intentan a toda costa crear una comunidad y participar en la nación mexicana a pesar de estar en sus márgenes históricos y geográficos. A través del liderazgo de Ramón, el concepto masculino de nación se establece en la isla por medio de la vida diaria donde las tareas están claramente demarcadas por el sexo y donde todos, mujeres y hombres, juegan papeles

66 Melis, “Una entrevista con Laura Restrepo”. *Chasqui Revista de Literatura Latinoamericana*, 2005, págs. 114-129.

67 La escritora mexicana Ana García Bergua escribe en el 2007 *Isla de bobos*. En esta novela ella juzga y cuestiona la naturaleza destructiva del heroísmo de Ramón Arnaud, quien por su obcecada decisión condenó a su guarnición a la muerte. Curiosamente hoy en día un grupo de científicos sugiere que “la única manera de concluir las diferencias entre México y Francia por la isla de Clipperton, [...] es convertirla en un observatorio marítimo internacional con propósitos científicos” (De los Santos, “Proponen convertir Clipperton en observatorio oceanográfico”. <http://www.jornada.unam.mx/2005/04/19/a02n1cie.php>). Para estos mismos científicos “la soberanía de Clipperton no es lo que importa, sino declararla lugar para el estudio de los recursos de la Tierra con el fin de protegerlos” (De los Santos, <http://www.jornada.unam.mx/2005/04/19/a02n1cie.php>). Estas posturas confirman la crítica de algunos que consideran el sacrificio de Arnaud y la guarnición inútil.

de gran importancia. Más tarde, las mujeres solas con sus hijos demuestran su pasión por vivir. Alicia se convierte en el personaje central de la novela, quien por su acción y decisión logra mantener vivos a los pocos supervivientes y crear una nueva sociedad con principios únicos que mezclan el orden establecido junto a un nuevo respeto a la intuición y necesidades femeninas.

Alicia Rovira de Arnaud no se embarcó en busca de aventuras ni con afán de fundar nuevas poblaciones. Ella va a Clipperton junto a la guarnición y sus familias a formar su hogar, sin tener plena conciencia de los riesgos que corre al participar del discurso nacionalista de su marido. Las consecuencias de este proyecto de la nación mexicana serán trágicas para todos, desgraciadamente. La joven Alicia, quien de dormir con sus padres para espantar sus miedos pasó a guiar una comunidad de mujeres y niños bajo las más austeras condiciones, demuestra su tenacidad y espíritu combativo. Alicia navega el Pacífico y vive en un islote durante ocho años; sobrevive las más crueles circunstancias materiales y psicológicas; se convierte en una verdadera compañera de su marido y más tarde en líder por derecho propio. La historia de esta viajera, que murió a los treinta y tres años con noventa pesos mensuales de pensión⁶⁸, ha sido recuperada y contada por la novela de Laura Restrepo. Como lo demuestra *La Isla de la Pasión*, es posible que una mujer hable por otra y llene los silencios impuestos por las versiones oficiales, que cuente su historia y se asegure de que su travesía por el Pacífico y su vida en un atolón no se las lleve el olvido como los huracanes que azotan las arenas de la Isla de la Pasión.

Bibliografía

BATREZ, María. "Laura Restrepo: *La Isla de la Pasión*, historia de amor y heroísmo durante el Porfiriato". *Gente*, 109, 2005, s. pág.

De los SANTOS, Misael. "Proponen convertir Clipperton en observatorio oceanográfico". *La Jornada*, 2005. <http://www.jornada.unam.mx/2005/04/19/a02n1cie.php>

GARCÍA BERGUA, Ana. *Isla de bobos*. México: Planeta Mexicana/Seix Barral, 2007.

LIU, Lydia. "The Female Body and Nationalist Discourse: *The Field of Life and Death* Revisited", en: Inderpal Grewal y Caren Kaplan, *Scattered Hegemonies: Postmodernity and Transnational Feminist Practices*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994. págs. 37-62.

68 Vargas Márquez, "La Isla de la Pasión". <http://wenceslao.com.mx/mexico/isla.htm>

MAÍZ-PENÁ, Magdalena. “Geografías textuales, cultura material y género”, en: Elvira Sánchez-Blake y Julie Lirot, *El universo literario de Laura Restrepo*. Buenos Aires: Taurus, 2007. págs. 79-92.

MANRIQUE, Jaime. “Laura Restrepo”. *Bomb*, 78, 2001, págs. 54-59.

MELIS, Daniela. “Una entrevista con Laura Restrepo”. *Chasqui: Revista de Literatura Latinoamericana*, 34.1, 2005, págs. 114-129.

MENTON, Seymour. *La nueva novela histórica de la América Latina. 1979-1992*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.

ORDÓÑEZ, Montserrat. “Ángeles y prostitutas: dos novelas de Laura Restrepo”, en: Lady Rojas-Trempe y Catharina Vallejo, *Celebración de la creación literaria de escritoras hispanas en las Américas*. Ottawa: Girol Books, 2000. págs. 93-101.

PACHECO, Carlos. “Memoria y poder: dimensión política de la ficción histórica hispanoamericana”. *Hispanamérica*, 31.91, 2002, págs. 3-13.

PONS, María Cristina. *Memorias del olvido. La novela histórica de fines del siglo XX*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1996.

RESTREPO, Laura. *La Isla de la Pasión*. Nueva York: Rayo, 2005.

RIVERA VILLEGAS, Carmen M. “Viajes e historias decimonónicas a finales del siglo XX: Sara Sefchovich (México) y Ana Lydia Vega (Puerto Rico)”, en: Ruth Amarilis Cottó, *La mujer puertorriqueña en su contexto literario y social*. Madrid: Editorial Verbuen, 2002. págs. 153-162.

URQUIZO, Francisco L. *El capitán Arnaud*. México: Editorial del Río, 1954.

Van Den ABEELE, Georges. *Travel as Metaphor: From Montaigne to Rousseau*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1992.

VARGAS MÁRQUEZ, Wenceslao: “La Isla de la Pasión”. *Política*, 2000. <http://www.wenceslao.com.mx/mexico/isla.htm>

VIGNOLO, Paolo. “Doubtful Existence: entre historia y utopía”, en: Elvira Sánchez-Blake y Julie Lirot. *El universo literario de Laura Restrepo*. Buenos Aires: Taurus, 2007. págs. 59-78.

WESLEY, Marilyn C. *Secret Journeys. The Trope of Women's Travel in American Literature*. Nueva York: SUNY Press, 1999.

EL EXILIO EN LA PALABRA: HALLAZGOS ESPIRITUALES EN LA NOVELA LÍRICA *UN SOPLO DE VIDA* (1999) DE CLARICE LISPECTOR

Gilberto Daniel Vásquez Rodríguez
Universidad de Murcia, España

0. Exordio: márgenes del territorio poético

La novela póstuma *Un soplo de vida* (1977) de Clarice Lispector (1920-1999) aparece en la escena literaria asumiendo los dones del legado y la invocación. Las huellas paratextuales: sus *marginalias*, configuran algunos datos de su gestación, de su proceso de enunciación: de los vestigios que, siempre bifurcados, la constituyeron como novela al margen; yaciendo atada a los ecos sonoros y silentes de una realidad que muestra cambiantes sus signos. En una escueta presentación a la novela, Olga Borelli -secretaria y amiga en la última etapa existencial de Clarice- aclara que *Un soplo de vida* se funda ya como su “libro definitivo” y, aunque escrito al mismo tiempo que otra novela, *La hora de la estrella* (2004), fue comenzado tres años antes de su muerte y culminado, como era de esperar, “de forma agónica”. Pero, ¿es su libro definitivo porque aglutina en su construcción la síntesis del largo itinerario poético-narrativo de su autora o porque en él se instala la súplica de una despedida existencial y literaria?

Confiesa Borelli, con amagos de un ministerio casi sagrado y, por ende, patrimonial, que participó de los procesos creativos de Lispector y que, además, el hecho de compartir sus momentos de inspiración le otorgaría la legitimidad, dada por la misma autora, de ordenar los manuscritos de esa novela, fraguada deliberadamente -como veremos más adelante- con una intensa fragmentación. La novela se conformaría, después del cierre dado por su escritora, en legado, en misión interpretativa, pues una entidad exterior -Borelli- *transcribe*; vuelca una versión de legibilidad desde el manuscrito original, y establece un *orden* o una estructuración exterior o seguramente al margen de otras intencionalidades estéticas. Ese otorgamiento, esa concesión por parte de Lispector a su secretaria se traduce, a la manera de los copistas medievales, en creación e interpretación alterna: como una

contigüidad autoral, como un *a priori* interpretativo que refutaría, *mutatis mutandis*, la concepción “moderna” y singular de que un Autor es la entidad exclusiva, única y valedera no sólo en la propiedad y dominio de su obra sino también en la articulación de modificaciones y reelaboraciones. En este caso, no es fortuita la organización de *Un soplo de vida*, como tampoco lo son otras huellas paratextuales, como el subtítulo *pulsaciones* y las cuatro citas o epígrafes con las que se enmarca la relación metadiscursiva entre la exterioridad/interioridad de la novela.

Del título, clarificado en apariencia con el subtítulo *pulsaciones*, cabe una interpretación no sólo existencial, sino también una percepción *filopoética*¹ de la escritura. Escribir será un acontecimiento meditado, razonado y lógico, al unísono y, diríamos particularmente fusionado con el crepitar intranquilo y a veces extremo, de la intuición, la imaginación, el sueño y el descenso irracional que da cabida al desvelamiento místico de un secreto ontológico afín a una comunidad de lectores. Así, Lispector cierra con este libro y con lo inminente de su muerte los avatares que le llevaron a la fundición en la escritura de pensamiento y sensibilidad, de meditación y ahondamiento subjetivo, de búsqueda y hallazgo de la palabra primigenia. Lispector plantea, y esta es una de las exploraciones fundamentales en este artículo, una percepción desde la “inteligencia sintiente” (Zubiri, 1981:13) y una concreción del “sentir iluminante” (Zambrano, 1988:58) como figuración y transfiguración de lo espiritual, de lo eminente esencial en el acontecimiento subjetivo del ser, formuladas con los dones de una novelística poética de hondo sentido metafísico. Se libera con este libro las batallas soterradas, extremas y dramáticas que, en anteriores novelas como *Agua viva* (1944) o *La ciudad sitiada* (1949), por ejemplo, van procurando una arquitectura y un itinerario discursivo profundamente teologal y místico, como “pulsión y pulso”, como pasión y racionalidad –sin disyunciones– del acto de escribir.

De un modo más o menos evidente y según las huellas del enunciado, la novela tendría dos partes, cada una con una especie de presentación, aparte del exordio general, en el que el Autor aclara una intención de motivos por los que debe escribir la novela y crear a su personaje. Para ello esboza su enunciado desde una reflexión filosófica, de tendencia poetizante, sobre la gestación del libro, del lenguaje y de la palabra creadora, en una dimensión íntima y subjetiva. De modo

1 “Un ser, en cierto modo, que es una pulsación, una presencia pura que palpita; vida. Algo inasible, soplo, respiro. [...] Un sentir y un sentirse recogidamente. Una herida sin bordes que convierte ser en vida”. Zambrano (1988:30).

que el gran protagonista de toda esta presentación es el devenir del lenguaje y la constitución del novelar. Ese lindero metadiscursivo se mantendrá de forma sucesiva, aunque alternando con otros temas, en todo el *continuum* de la novela. De forma más o menos definida, se evidencia, en consecuencia, una primera parte titulada *Sóñar despierto es la realidad* que presenta también un breve preámbulo a la *escenificación de las voces*. Autor- Ángela Pralini. Aunque tal disposición del enunciado, mantenida hasta el final de la novela, comporta los rasgos –en su estructuración interna- de un diálogo dramático, pero realmente está más próxima a la estructuración dialéctica, enfrentada, polémica y aislada, nunca como una conformación estrictamente dialógica. En todo caso, el diálogo será soterrado, implícito, oblicuo pero no directo ni transparente, pues cada voz, Autor o Ángela, “habla” –sobre todo el personaje Ángela- sin enunciar réplica alguna al enunciado del otro. El Autor, en todo caso, desde su carácter demiurgo, conecta y analiza los enunciados de Ángela o se sumerge en reflexiones metapoéticas cuyos referentes más próximos son las expresiones de su personaje. En cuanto a la segunda parte, formulada con un título interrogativo: *¿Cómo hace que todo sea soñar despierto?*, mantiene igualmente esa estructura dialéctica. A esta parte se incorpora, a su vez, de forma metafictional, un apartado denominado *El libro de Ángela*², que el Autor introduce en su último parlamento (1999:93) y que fija las pautas de una puesta en abismo, de un margen fuera del margen, de un margen siempre móvil.

El novelar lírico: itinerarios de la subjetividad

Todo el tratamiento novelístico de Lispector devela derroteros distintos a los que comúnmente se llevan a cabo en la novela tradicional: desde el desmantelamiento de la anécdota como centro de la narración, pasando por el uso profuso de estructuras delirantes, de contenidos más cercanos, por ejemplo, a la discursividad onírica, al lenguaje autorreflexivo, a la contemplación inmóvil como acceso a un conocimiento diverso, otro. Todo esto hasta llegar a los juegos

2 “Autor De más está decir que Ángela nunca escribirá la novela cuyo comienzo posterga todos los días. No sabe que no tiene capacidad de lidiar con la elaboración de un libro. Es inconsecuente. Sólo consigue apuntar frases sueltas. Sólo hay un punto en el que ella, si fuese una creadora de vocación, tendría continuidad: su interés en descubrir el aura volátil de las cosas” (1999:97). El tipo de puntuación y subrayado son de la autora y conforman uno de los rasgos de estilo.

metapoéticos que instauro o exige un apartamiento textual, un retiro hacia otras geografías espirituales de índole poética y filosófica:

Cada nuevo libro es un viaje. Pero un viaje con los ojos vendados por mares jamás vistos: con la venda en los ojos, el terror de la oscuridad es total. Cuando siento una inspiración, muero de miedo porque sé que de nuevo viajaré solo por un mundo que me rechaza. Pero mis personajes no tienen la culpa de que así sea y entonces los trato lo mejor posible. Ellos vienen de ningún lugar. Son la inspiración. Inspiración no es locura. Es Dios. Mi problema es el miedo a volverme loco [...]. Yo vivo en carne viva, pero me interesa darle cuerpo a mis personajes. Pero no aguanto y los hago llorar sin venir a qué (1999: 16).

Esa ráfaga de inspiración compondrá en el Autor el llamamiento, la señal de un viaje interior, creativo y beligerante. Con *Lispector*, atestiguamos en ese viaje el exilio en la palabra: la palabra, portadora de un éxodo abisal que gesta su soplo de vida en la creación, que late de forma orgánica, imprimiéndole, incluso a la misma titulación de la novela, la tesitura de una poética filosófica: una mística novelada que escenifica el teatro de la existencia y sus ritmos cambiantes en la escritura de un “movimiento puro” (1999:8), como dice la misma autora.

De forma análoga a la intitulación y con las citas que anteceden a la mencionada presentación de Borelli, el acto mismo de la creación poética y narrativa se equipara, por un lado, a la creación existencial, al goce improductivo del arte y al sueño creador y, por el otro, a la trasfiguración del tiempo en muerte. La primera cita, extraída del Génesis (2:7), impone la teosofía de la creación del hombre, con resonancias y vinculaciones explícitas e implícitas en la novela, pues la metáfora del soplo místico: el insuflar vida *en* y *con* la palabra, será, como podremos comprobar más adelante, uno de los centros irradiantes de la novela. La creación del personaje, de una entidad ficcional es, en definitiva, la germinación agónica, creativa y teologal de la palabra: una representación de la existencia autoral poseída por la escritura. Otra de las citas, la de Friedrich Nietzsche, impone su señal crítica, ya que escala como una sospecha del acto creativo, en el que el acontecimiento escrito rutila como “goce absurdo”. Mientras que el epígrafe de Andréa Azulay declara la fusión del sueño y del pensamiento, como el andamiaje, diríamos con María Zambrano, del sueño creador. Por último, la misma *Lispector* inserta una cita propia en la que medita sobre la última partícula de tiempo, de un segundo en la que habrá “el no tiempo sagrado de la muerte trasfigurada” (1999:8).

Con estas lecturas que enmarcan la novela, que son su exterioridad más inmediata, ésta parece conformarse -bordeando de forma extraterritorial, en principio- con voluntad teológica, gnóstica y mística, en la que signos como *soplo*, *vida*, *pulsación*, *movimiento* se encadenan a los sentidos de *creación*, *sueño*, *palabra*, *tiempo* y *muerte*. Pero decíamos que en Lispector, esa voluntad no se ve asida al acontecimiento narrativo de la novela tradicional que prefigura sus formas y contenidos desde los modelos de la acción y la experiencia. Tal novela se apoya en la idea del transcurrir y se ve representada en la ficción desde lo sabido, lo resuelto, lo ya pasado; se ancla —en definitiva— en una cierta percepción del tiempo como transcurrir. La vocación de Lispector es crear, en cambio, una sensación de simultaneidad temporal entre el hecho mismo de escribir y la contemplación de lo escrito. Una serie de oposiciones a tal vocación se perciben en la novela, así: la transformación del personaje, la percepción del cambio temporal y espacial, su evolución diversa, el viaje, la aventura, la fundación, la conquista, la interacción con el mundo creado de la ficción garantizan el poder perentorio del héroe. En consecuencia, lo esencialmente narrativo forjado con signos espacio-temporales sufre un revés en el acontecer novelístico de Lispector. El viaje, el cambio, la fundación o conquista —como rasgos narrativos *sine qua non*— no se trazan como movimientos dinámicos espacio-temporales, sino más bien, se deslizan desde la inmovilidad misma del personaje, desde la congregación de sus estados, intuiciones, percepciones. Y esos estados rastrean en la meditación, en el aislamiento y en el descenso escritural, el acontecimiento instituido como un movimiento que es, paradójicamente, detenimiento temporal.

Un soplo de vida se instala así en la difícil y compleja forma de la “novela lírica”, pues el misterio del ser, de la existencia, del sueño y de la muerte se construye, o sólo puede otearse, como suceso, como hallazgo de la palabra poética. Palabra poética que señala con inquietud el espacio de referentes dudosos, de reiteraciones imposibles, de contradicciones abisales, de verdades alicaídas, truncadas y fingidas que escenifican el proceso de la escritura. Palabra poética que insiste en asir, en una sola pulsación, poesía y racionalidad, entendimiento e intuición, magia y verdad, verdad e invención, acontecimiento e inmovilidad, sueño y vigilia... todo ello para despojar la victoria al Pensamiento, al método racional y lógico; y establecer mediante una razón creadora, unitiva y poética, las “otras” verdades generadas en el espacio lírico de la novela: las “otras” verdades que no violentan con su razón inamovible la diversidad del mundo.

Estas voces y estos personajes no son propiedad del relato, es decir, no están sujetos a los desmanes, cambios, transformaciones en los avatares de la temporalidad novelada, sino que captan la idea de que todo personaje, toda voz es ante todo forma textual provisoria, ritmo poético, pulsación y tono en la palabra. Por ello, el privilegio de la cualidad espacial del personaje como voz y como sujeto de la enunciación es una particularidad lírica, tonal, una variación en femenino del saber y del poder discursivo. En Clarice Lispector existe, por tanto, una búsqueda en la contemplación y la reflexión en un más allá de la experiencia y de la acción propias de las magistrales búsquedas de la novelística contemporánea. Las cosas del mundo y los eventos asombrosos y memorables se apartan en esta novela para dar cabida a una esencia y significación espiritual del mundo, pero dentro del ser, poniendo como urdimbre, como telón de fondo el hecho mismo de la escritura y las especulaciones sobre la existencia.

En *Un soplo de vida* se percibe una aprehensión intuitiva de las cosas y un enfrentamiento a las fuerzas del alma. Asimismo, nada en ella es un aprendizaje paulatino y temporal, sino más bien una ráfaga simultánea de sensaciones y percepciones. Así pues, tal como masculla Ralph Freedman (1972) a lo largo de su libro *La novela lírica*, el aspecto crucial en este tipo de narración es aquel término en que el *yo* se trasmuta, se ofrece cambiante, como señal de espacio en el cuerpo de la novela. En la novela de Clarice, ese *yo* se encuentra cercado por la dualidad y lo fluctuante y halla ritmos tornadizos y relaciones donde el *yo*, sueño de lo otro, vivifica los límites y la alteridad de la vida como viaje interior y, por ende, como exilio en la escritura.

El exilio y el sueño creador

Lo hemos dicho precedentemente: en la novela de Lispector acontece de forma contundente y compleja un viaje inmóvil: el de la creación poética de la palabra. El lenguaje es motivo, recurso, trasunto y transcurso de ese exilio. Ese viaje que surge sólo como un movimiento espiritual, meditabundo y creativo, después avanza como articulación de una palabra que sigue a otra y a otra: como *balbuceo primigenio* (Zambrano, 1986:99) que condena *strictu sensu* la parálisis de la acción temporal y que entraña, en una dinámica sagrada o divina, los signos de la creación: el sueño de un personaje “insuflado” con las pulsaciones del Autor. El exilio significa en *Un soplo de vida* el apartamiento, el internamiento y descenso definitivo en los territorios innombrables, innominados del espíritu y de la razón/pasión

noveladas. El exilio en *Lispector* es la exclusión del mundo, del ser, del cuerpo. Es el destierro creado fuera de un banal mundo material que concibe novelas con gráciles y divertidas formas, con tranquilizadores y sospechosos contenidos que anulan el internamiento en el ser y agotan la posibilidad del descenso imaginativo en la palabra³.

Se dice que el desarraigo existencial procura, en su despojamiento y en su traslado extraterritorial, los síntomas de una orfandad en su estado más virginal. De modo, que el exilio creativo, según los términos de María Zambrano (1988: 82), la expulsión en la palabra como condenación de la escritura convencional y representativa, busca en lo poético, en el fulgurante trastrocamiento de la palabra de *Lispector*, la expresión diversa en la que subyace también su expatriación metafísica, ontológica. Así, en los múltiples itinerarios de la filosofía y la literatura, en sus diversas confluencias, la meditación sobre ese existir y su representación poética o narrativa parecen sostenerse en las aristas del exilio. Esa expulsión de la existencia y de la creación, muestra al ser su profunda labilidad. Le muestra al escritor ficcional, representación o calco de *Lispector* en *Un soplo de vida*, la fragilidad de la existencia atada al sello indetenible del tiempo, la enfermedad y la muerte. Su horizonte se vuelve carne de padecimiento, postergación de la llamada inexorable de la muerte, abandono, soledad y nada. Para María Zambrano (2005: 101) la verdadera enfermedad del ser es la ausencia de trascendencia. Un no-trascender que se revela en la novela de *Lispector* no como el hurto en la promesa cristiana de continuidad o perdurabilidad de la vida más allá de la muerte o después de la muerte, sino más bien como cese, como acabamiento material e inherente al ser: como internamiento en una nada exorcizada y portadora de una continuidad en la esperanza o el amor⁴.

3 “Como en Zambrano, la metáfora del bosque ilustra cómo el hombre debe salir, de la representación que le es propia de la metafísica, al claro que es la manifestación y la ocultación del ser. Luz y espesura, luz y silencio se reúnen” (Bundgard, 2000: 446).

4 Si el cristianismo, por ejemplo, acomete frente al latido de la angustia la respuesta de la resurrección de la carne y de la vida eterna, la trascendencia queda asegurada como promesa teológica del pacto Dios con los hombres. Pero al margen de estas promesas, de estos saberes, el ser pervive, como bien meditó Martín Heidegger (2003:257), como huella en el exilio, como ser para la muerte, enfrentándose o intentando olvidar el rostro fiero y pertinaz de su exterminio. La vida acontece como fragilidad, como inmanencia de la muerte. Esa fue, por ejemplo, la concepción que desde Schopenhauer a Nietzsche despojó al hombre de la escena trascendente y lo ubicó en el filo de la navaja, en los desfiladeros del dolor, en los tembladares de la incertidumbre.

Para Armando Rojas Guardia (1985:62), las imágenes de la incertidumbre nietzscheanas imponen el desconcierto y el sentido lúdico del humor frente a las formas impenitentes del exilio y escogen su meditación no desde la vivencia material de la razón, sino más bien, tal como lo hace el personaje-autor de *Un soplo de vida*, con la vivificación de la imagen, de la intuición, lo provisorio que funde como método, como hallazgo y teoría del conocimiento. Un saber gestado en imágenes, sensaciones y auscultaciones del latido interior. En cualquier caso, la representación de la existencia como dolor y exilio ha supuesto, desde las reverberaciones de la escritura, una lucha cuerpo a cuerpo contra la *hacedia* o la parálisis; y ha movilizado los centros del sufrimiento; ha transformado las experiencias corporales de la enfermedad y la muerte y, en definitiva, ha trastocado la angustia en oficio de escritura. De ese modo, nos parece decir Zambrano (1988:22), la *confesión*, ese “género de la crisis”, de la subjetividad desnuda y lacerante, teje la urdimbre de la desolación; metamorfosea de forma fulmínea la desesperanza en una nominación que lucha contra la nada; una lucha en el verbo y para el verbo. Por tanto, esa rearticulación engendrada en lo abisal de cada ser, desde su dolor íntimo se vuelve metamorfosis, escritura; y encuentra una trascendencia simbólica, una continuidad después de la muerte. La esperanza trascendente en la escritura, ésa que a decir de Hölderlin⁵, la fundan los poetas, se transmuta, frente a la nada del exterminio, en otra posibilidad. Se convierte en la *nada creadora* que como sueño inserta, insufla vida en la trascendencia, en conocimiento de sí a través de la escritura. Con la novela la vida se despoja, se reposa, se reconforta provisionalmente en la escritura y pierde el síntoma del vacío para dar lugar a la metaforización de las revueltas y las celadas interiores. Sin embargo, y tal como musita Heidegger (2003:257), la escritura no abandona con ello su vocación de exilio, el gesto obcecado de la vida como paso y transición, como penuria existencial. Antes al contrario, la escritura movilizadora desde el anuncio *poético* se configura como destierro interior, como descenso abisal que busca un conocimiento apartado y arisco. Esta racionalidad poética sitúa al sujeto de la sensibilidad literaria en el centro mismo de la búsqueda de un conocimiento irracional en aras de un hallazgo, de una revelación. Habría en esos hallazgos una disposición al misticismo que, como experiencia espiritual, aporta un conocimiento no sólo despojado de toda racionalidad, sino también henchido de estremecimientos, sacudidas, veri-

5 “[...] lo que permanece, lo fundan los poetas”, frase que Martin Heidegger (1983: 61). comentará largamente en su ensayo *Interpretaciones sobre la poesía de Hölderlin*.

cuetos que muestran las raíces del duelo y del exilio. Quizá por ello la poesía que subyace en *Un soplo de vida* sea vista como revelación de una verdad oculta y cambiante en las aristas del ser. Y esa parece ser la súplica confesional y el estallido poético que se vislumbra en esta novela de Clarice Lispector. Su discurso nace de un aislamiento territorial, espiritual, propone un exilio de voces y máscaras; va envolviéndose y descendiendo hacia un centro abisal que se transfigura con los dones y las miserias del lenguaje, de la palabra. Una palabra fértil que quiere representar lo irrepresentable de una subjetividad aislada y creadora, pero también una palabra precaria y mísera que configura y anula, que duda, titubea, se exalta o decae. “Me espera una meditación secreta” (1999:41). “Sufro más porque no digo que sufro” (1999:42), nos dice el Autor en su exordio.

Un soplo de vida se construye desde cruentas incertidumbres y también desde realidades soñadas, imaginadas en las traslaciones, en las metamorfosis de un ser que muestra sus fisuras en la alteridad, en identidades difusas, en ambigüedades desconcertantes. La palabra -como salvoconducto hacia el descenso del ser o como pasaporte al simbolismo de la trascendencia- se ve cercada, buscada, interferida en un *otro* difícil, por una alteridad trasmutada, cambiante. La palabra que quiere narrar el acontecimiento espiritual, la sensación o el latido de la ausencia encuentra sus huellas en la paradoja y la ironía y se convierte ella misma en imposible, en límite de una verdad aceptada o de una racionalidad convenida.

En consecuencia, la tarea de la búsqueda, del hallazgo espiritual por medio de la escritura somete al ser de la enunciación de *Un soplo de vida*, a la pulsación inagotable de lo inenarrable, lo indescriptible, lo inefable⁶. Para Olga Orozco (2000:236) tal misión: la de la revelación del espíritu a través de lo poético, testimonio cargado siempre de una incuestionable eticidad, muestra, a la vez, en lo más profundo de la producción escrita de Lispector, no sólo los avatares subjetivos de esa alma, sino también los síntomas de una “experiencia malsana” en el ejercicio de ese exilio poético⁷. De tal suerte, *Un soplo de vida*, responde a los tonos

6 Según Haroldo de Campos (2004:84-85), desde la doblez del signo, la literatura de Clarice Lispector no es una literatura del significante, dice: “es más bien una *literatura del significado*, pero llevada a su frontera extrema, a la tensión conflictiva con un referente volátil, a figuras de indecibilidad, y movilizándolo para eso todo un sistema de ecuaciones metafóricas [...], instaurado a contrapelo del discurso lógico, mediante el cual son aproximadas o contrastadas las regiones más sorprendentes e imponderables del plano del contenido”.

7 La misma Orozco nos explica cómo la experiencia poética imanta los rasgos con los que se podría caracterizar *mutatis mutandis* las exploraciones de Lispector. Cito *in extenso*: “[...] el

y exigencias líricas porque se expone a peligros y a fiebres de búsqueda espiritual y de creación poética. Ese descubrimiento, esa revelación interior “para mirar juntos el fondo de la noche”, tal como la expresa Olga Orozco, efectivamente se atenaza al miedo, a la imposibilidad e incluso al *sinsentido* de la escritura. Con esos signos, el “supuesto” escritor/narrador de la novela advierte ese temor y temblor:

Tengo miedo de escribir. Es tan peligroso. Quien lo ha intentado lo sabe. Peligro de hurgar en lo que está oculto, pues el mundo no está en la superficie, está oculto en sus raíces sumergidas en las profundidades del mar. Para escribir tengo que instalarme en el vacío. En este vacío donde existo intuitivamente. Pero es un vacío terriblemente peligroso: de él extraigo sangre. Soy un escritor que tiene miedo de la celada de las palabras: las palabras que digo esconden otras: ¿cuáles? Tal vez las diga. Escribir es una piedra lanzada a lo hondo del pozo (1999:15).

Pero el sentido y el temor de esa escritura van más allá de la vida tangible, pues encuentra como preveíamos una trascendencia simbólica que revela la gracia, el don, la intención de la escritura no siempre mansa ni tranquilizadora. De hecho, la novela comienza con esta vehemente sentencia, que revela el carácter, el tono y la terrible búsqueda en la escritura pertinaz: “Esto no es una lamentación, es un grito de un ave de rapiña. Irisada e inquieta. Un beso en la cara muerta. Escribo como si fuese a salvar la vida a alguien. Probablemente mi propia vida.

poeta se expone a todas las temperaturas, desde el hielo hasta la calcinación; soporta tensiones opuestas, desde la exaltación hasta el aniquilamiento; camina sobre tembladerales; se sumerge en profundidades contaminadas por todas las pestes del silencio; transgrede las leyes de la gravedad y del equilibrio; pasa del vértigo hacia arriba a la caída en el espacio sin fin; se encarna con perplejidad en cuerpos ajenos; padece asfixias y amenazas de desintegración, mientras permanece unido al seguro lugar de su diaria existencia sólo por un hilo que adquiere por momentos la fragilidad de lo imaginario. [...]. ¿Y para qué? ¿Para qué sirve todo este oráculo ciego, este guía inválido, este inocente temerario que se inclina a cortar la flor en el borde de los precipicios? Reduciendo al máximo su misión en este mundo, prescindiendo de su fatalidad personal y de sus propios fines, y limitando su destino al papel de intermediario que desempeña frente a los demás, aun sin proponérselo y por antisocial que parezca, diremos que ayuda a las grandes catarsis, a *mirar juntos el fondo de la noche*, a vislumbrar la unidad de un mundo fragmentado por la separación y el aislamiento, a denunciar apariencias y artificios, a saber que no estamos solos en nuestros extrañamientos e intemperies, a descubrir el tú a través del yo y el nosotros a través del ellos, a entrever otras realidades subyacentes en el aquí y en el ahora” (Orozco, 2000: 236-237).

Vivir es una especie de locura que la muerte comete. Porque en ellos vivimos, vivan los muertos” (1999:13). Tal trascendencia es el resultado de una revelación, de un hundimiento en lo profundo del ser, cuyo resultado es la perplejidad. Ese hundimiento crea ese clima íntimo y recurrente que configura la creación poética del personaje: “Todo lo que escribo está forjado en mi silencio y en la penumbra. [...] Me sumerjo por fin en mí hasta la matriz del espíritu que me habita. Mi fuente es oscura. Estoy escribiendo porque no sé qué hacer de mí. Es decir: no sé qué hacer con mi espíritu” (1999:17).

El Autor, voz y personaje, -todos máscaras probables, *alter ego* de LInspector- nos presenta las paradojas de su existencia creando de esa nada, vacío o sinsentido un objeto poético: la invención del personaje, Ángela Pralini, quien es el resultado de la doble metaforización de un personaje que crea a otro para prolongarse en su existencia textual, literaria, ficcional. En la creación cósmica, espiritual y escrituraria de Ángela, el autor nos dice: “Ya he salido del territorio de lo humano y Ángela, por consiguiente también me he trascendido en cierto grado de mudez y sordera: pendo de un hilo” (1999:32). Con esa creación se sedimenta la escritura como artificio, como recursividad erografiada de la escritura vuelta sobre sí misma: “El resultado es que tendré que crear un personaje, más o menos como lo hacen los novelistas, para conocer a través de la creación. Porque solo no lo consigo: la soledad, la misma que existe en cada uno me hacer inventar” (1999:19).

Esa intencionalidad, esa propensión lírica, esa escritura autorreflexiva se ve unida a intermitencias narrativas, a detenimientos temporales que gestan un espacio intermedio, híbrido, entrecruzado. Lo lírico en la narrativa LInspector no es una impostura, o un juego transitorio con vocación simple de opacidad. El lenguaje es vehículo y también objeto del descenso espiritual que nunca es unitario ni único: en su novela las formas y los contenidos fragmentarios, entrecortados, aparentemente aislados generan una poética, una vibración distinta en el orden de la escritura: “Éste es un libro hecho aparentemente de restos de libros” (1999:19), y también: “Mi vida está hecha de fragmentos” (1999:20), y luego, más adelante, cuando enuncia: “Cuando acabéis este libro, llorad cantando por mí un aleluya. Cuando cerréis las últimas páginas de vida malogrado, impertinente y ju-guetón, olvidadme” (1999:21). *Un soplo de vida* alienta con la palabra las continuas transformaciones y búsquedas de las voces narrativas y sus personajes como en un mosaico o puzzle van construyendo intensidades y disposiciones cambiantes y contradictorias. Así, los aparentes diálogos del Autor con Ángela Pralini mues-

tran esa *sui generis* condición teatral: su palabra escenifica la más profunda radicalidad, la más cruenta incomunicación y, por tanto, una solitaria y alambicada meditación sobre el discurrir del ser en la palabra⁸.

Un soplo de vida, la plegaria profana

¿Habrá un modo de salvarse además de crear las propias realidades? [...] cada invención mía me suena como una plegaria profana: tal es la intensidad en el sentir. Escribo para aprender. Me he elegido a mí y a mi personaje, Ángela Pralini, para que yo pueda entender tal vez, a través de nosotros, esa falta de definición de la vida. La vida no se adjetiva. Es una mezcla en un crisol extraño pero que me hace en última instancia, respirar. Y a veces jadear [...] también quiero despejar, además del enigma del personaje, el enigma de las cosas” (1999:19).

Como en esta cita, el acto de escritura como un evento de falsificación, de artificio, alcanza, no obstante, su verdad suprema, y gesta un universo que confronta el ser en su vivir, en su continuidad; instala celadas como asaltos a un conocimiento del ser en sí mismo, del mundo, de las cosas y también de la totalidad y lo absoluto. Para el Autor esta novela emerge como una oración fragmentaria y profana que exige, tal vez, su exégesis casi ritual⁹. Lispector hace discurrir a su escritor en un pensamiento religioso en donde la búsqueda de la palabra, atenazada a un clima de oscuridad, tiniebla y desconocimiento, rastrea y encuentra una verdad primigenia. La violencia del conocimiento racional queda excluida del drama en el que el personaje transfiere, a su vez, en otros personajes la búsqueda de la veracidad a través del conocimiento místico, cuyo centro es la divagación: son los “soliloquios de la oscuridad irracional” (1999:21). La súplica, que esboza una catástrofe del sentido en la novela, cobra más sentido aún si lo vinculamos al pensamiento religioso-místico, pues el discurso de Lispector consigue –aunque no en todo momento– su proximidad con una teología de índole cristiana que,

8 Por ello, casi se podrían asociar esta atmósfera íntima, exiliada a las imágenes lacerantes que procura Alejandra Pizarnik en sus más emblemáticos poemas. “Ángela Mi vida es un gran desastre. Es un desencuentro cruel, es una casa vacía. Pero tiene un perro dentro ladrando” (1999:43). Por fin, palabra y sueño son intermitencias en la poética narrativa de Lispector.

9 “Lo que aquí está escrito, mío o de Ángela, son restos de una demolición del alma, son cortes laterales de una realidad que se me escapa continuamente”. (1999:20). Y más adelante: “Si este libro saliese a luz alguna vez, que de él se aparten los profanos. Pues escribir es recinto sagrado en el que no tienen entrada los infieles” (1999:21).

evidentemente, equipara creación literaria a nacimiento, invención poética a continuidad y supervivencia existencial, como una metáfora de la trascendencia. De allí que la creación de Ángela comporta para el Autor, en principio, una instancia de autoconocimiento y reflexión sobre la germinación de la escritura, la visión de lo producido y el hecho mismo de escribir como una necesidad vital, como una fuerza pulsional, libidinal. Ángela Pralini se configura, entonces, como un objeto de análisis del alma del mismo escritor a través de una “entidad” renovada, despertada del sueño creador. Decíamos por ello que el emblema del espejo es, en gran medida, la punta del iceberg de ese gran viaje hacia el núcleo mismo de la subjetividad creadora. Pero ese viaje no suscita un recorrido cierto y menos aún una probable llegada a ningún sitio del alma, antes al contrario el desplazamiento se agolpa como mixtura, heterogeneidad, anomalía, brusquedad en el hecho contemplado, en el acontecimiento de la palabra, en el lenguaje del espíritu. Como viaje es una plegaria profana sometida a constantes refutaciones, impugnaciones, requiebros y a continuas celadas de un pensamiento reflexivo tornadizo frente al sueño disipado y delirante del despertar poético. Frente a la contemplación de su personaje y siendo fiel a la heterogeneidad antes detallada, el Autor aproxima su mirada desde la disección reflexiva, desde una distancia que vuelca su reflejo subjetivo en la misma palabra que profiere. Por ello, tal distancia no es incólume, pues las continuas contradicciones y revueltas hacen que Autor y personaje se confundan en una sola entidad; que creador y creado yazcan en insólitas intermitencias, compartiendo la pavorosa angustia de ser, de estar siendo el mismo cuerpo e invocadas con la misma magnitud espiritual. “Autor Ángela y yo somos mi diálogo interior: yo converso conmigo mismo. Estoy cansado de pensar las mismas cosas” (1999:58)¹⁰.

10 Esta cita ilustra con muy pocas palabras los interesantes procesos de recursividad entre el enunciado y la enunciación. En toda una primera parte, el drama que se gesta en lo ya enunciado, es un diálogo sordo, en el que el personaje creado, Ángela, no contesta ni replica la serie de apreciaciones que de ella tiene su creador. Sólo hasta la última parte de la novela, Autor y personaje emprenderán el diálogo definitivo. De hecho, esta primera parte de la novela podríamos compararla con el cuento de Jorge Luis Borges, “Las ruinas circulares”, en el que un demiurgo soñador sueña a otro hombre, logra crearlo, hacerlo vivo con la materia del sueño. En toda esta parte, Ángela como “el soñado” de Borges no tiene “conciencia” o no manifiesta la certeza de ser una invención de otro, un artificio literario que parece ganar más terreno en el espacio de los supuestos de la verdad y la realidad: “Autor Soy un escritor enmarañado y perdido. Escribir es difícil porque roza los límites de lo imposible. Estoy lleno de personajes en la cabeza pero sólo Ángela ocupa mi espacio mental” (1999:61). Al contrario del teatro de Luigi Pirandello o de la novela *Niebla* (1914) de Miguel de Unamuno, en que los personajes “salen en busca de su autor” para recriminar la invención, el hecho de

El rapto místico y la escena teológica

Uno de los hallazgos espirituales en la novela de Lispector se concentra ya no tanto en el desmantelamiento de la narración que en foco de una perspectiva filopoética: en la refutación del racionalismo como método exclusivo para percibir las realidades objetivas y subjetivas. De este modo, *Un soplo de vida* acentúa dos aspectos que pueden llegar a ser caracterizadores en su novelística: la relación y la confrontación entre pensamiento y sentimiento. En este sentido, resultaría útil atravesar, al menos de forma sucinta, dos concepciones con las que esa confrontación se encuentra vinculada, aunque el objeto y el núcleo que conciben son diferentes. Debido a la concentración teologal, mística o sagrada de la novela de Lispector, esa condensación ilustra o aporta una lectura *sui generis* del concepto acuñado por Xavier Zubiri en el libro del mismo nombre, *La inteligencia sintiente* (1981) y lee de mejor modo las figuraciones contenidas en *Claros del bosque* (1988) en cuanto al “sentir iluminante” de María Zambrano. De corte más meditativo y racional, la “inteligencia sintiente”, puede confluir como una clave para acceder al discurso metafilosófico que emprenden tanto el Autor de *Un soplo de vida* como su personaje¹¹. Por ejemplo, Ángela explora con sus escritos y meditaciones una aprehensión primordial de la realidad que le rodea. Digamos que este personaje tiene la intensa vocación de enfrentarse –inteligentemente– “a la realidad de la cosa” pero sin soslayar la percepción sensible. De modo que aquí, tal como lo

someter sus entidades y sus existencias a la falsificación de una mente calenturienta; Ángela no se cuestiona, y menos aún a su creador, su materia endeble, como personaje falsificado, sometido a la actividad febril de su Autor. El calibre de este personaje sucumbirá, en el advenimiento de su cese, de su muerte como personaje de la novela, ante la tristeza religiosa del fin, pero sin asumir de forma quijotesca su existencia según el orden de las palabras y la invención. Tal recursividad muestra sus signos de una manera aún más contundente en la siguiente cita, en la que Ángela Pralini habla de un libro suyo, *La ciudad sitiada* y también de un cuento, que ilustran y enmarcan los juegos entre la realidad y la ficción, pues la novela de 1949, cuya autoría en la realidad histórica es de Clarice Lispector, remite a inserción de referentes que se incluyen y muestran la posible identificación, ya no tan sutil, entre el personaje creado Ángela Pralini y la propia autora de la novela: “El objeto –la cosa– siempre me ha fascinado y de algún modo me ha destruido. En mi libro *La ciudad sitiada* hablo indirectamente del misterio de la cosa. La cosa es un animal especializado e inmovilizado”. (1999: 99). Más adelante: “En *El huevo y la gallina* hablo de la grúa. Es una tímida aproximación mía a la subversión de un mundo vivo y de un mundo muerto amenazador” (1999:100).

11 “[Ángela] Quiero el pensar-sentir hoy, no haberlo tenido sólo ayer o tal vez tenerlo mañana [...]. Quiero alcanzar dentro de mí un paisaje así: profundamente bajo tierra una sábana de aguas plácidas corriendo y el alma extasiada que no se controla y se estremece en un levísimo orgasmo. La pura contemplación”. (1999:75).

concibe Zubiri, sentir y pensar o inteligir en la configuración del ser de Ángela no son instancias indivisibles. Los intentos de comprensión de la realidad en Ángela implican y rebasan una autorreflexión de las maneras en que el objeto es percibido o contemplado e incorporado a la materialidad sensible de esa percepción.

El sentir iluminante de Zambrano, al contrario de la concepción zubiriana, remite como concepto a un conocimiento previo a todo juicio lógico y en este sentido sí tendría una relación con la aprehensión primordial de la realidad propia de la inteligencia sintiente. En *Lispector*, la expresión del sentir iluminante se circunscribe a una experiencia previa a la escritura, inefable y mística, es decir al instante fugaz entre el pensar y el sentir en que se da la verdad por revelación: esa forma epifánica y, al mismo tiempo antiepifánica, que concentra el conocimiento filopoético es rasgo preponderante en la narrativa de *Lispector*. En Zubiri, el concepto (y el lenguaje como comunicación transparente de esos conceptos) aclara la intelección ante la realidad como previa al ser, mientras que en Zambrano sí hay una constitución del conocimiento, pues el sentir iluminante es “conocimiento puro, que nace de la intimidad del ser, que lo abre y lo trasciende, el diálogo silencioso del alma consigo misma, que busca aún ser palabra, la palabra única, la palabra indecible, la palabra liberada del lenguaje” (Zambrano, 1986: 58). Esta última cita de María Zambrano viene a ostentar, a señalar, a dar cobijo y sombra -con perfiles muy definidos y de una manera prodigiosa- al hallazgo de una “racionalidad poética” que se hace cuerpo, que exhibe sus formas y contenidos en *Un soplo de vida*. La inflexión y la confluencia de ese sentir originario que excita el descenso místico y la búsqueda de una verdad y de un conocimiento desde la pasividad vertebran, por ejemplo, los ejes de la dialéctica entre Ángela y su autor¹². Así, en el libro de Ángela, inserto en la segunda parte de la novela, el personaje hace un recorrido, con un lenguaje a veces delirante, a veces lúcido y poético, del estado de la cosa¹³. La relación por “lo sagrado” se traduce, enton-

12 Ana Bundgard (2000: 53-54) en su libro sobre la filosofía de María Zambrano señala “un más allá” que entraña, rebasando o superando la perspectiva filosófica más ortodoxa, la rai-gambre mística y teologal, estudia las formas racionales-poéticas y el método de aprehensión del conocimiento por las “formas pasivas” de la contemplación interior que se concentran en libros como *Claros del bosque* y que ofrecen, por decirlo de alguna forma, soporte teórico a la búsqueda ficcional y ontológica emprendida por Clarice Lispector.

13 Las impresiones sobre una caja, el cubo de la basura, la joya, una grúa, una mariposa, el reloj... alientan el asedio a la contemplación a través del sueño, de lo poético, del sentir sin soslayar algún tipo de reflexión ontológica, muy cercana a Heidegger, del ser de las cosas. La

ces, en *Lispector*, como propuesta de una apertura abismal en lo heterogéneo, lo múltiple, lo ambiguo del ser del hombre. Lo divino, continuamente esbozado, representado, refutado e insuflado en esa geografía espiritual de la novela se encuentra representado como la manifestación de un sentir originario que podría ser interpretado como temor que embarga al hombre frente a la muerte, frente al despertar distinto de las cosas, su epifanía; a la vez que lo sostiene en su discurrir existencial, en un sentimiento que remite a la categoría de lo sagrado y al rapto pertinaz del conocimiento místico.

Los enunciados de Ángela Pralini y de su Autor avanzan hacia su definitiva condición mística y poética, cuyos cimientos reclaman no una explicación racional del misterio del ser, misterio inefable, inexplicable con los lenguajes de la razón; el enigma sólo se hará accesible con el pensamiento poético, que vincula imaginación y sentimiento íntimo, éxtasis, contemplación extática e iluminista¹⁴. Germina en los enunciados de la novela una mística de la creación, cuyos emblemas y ecos nos recuerdan precisamente a los de “La noche oscura” de san Juan de la Cruz. Esta mística epifánica (Romano, 1988:237) sobreviene igualmente en la novela como disolución por la fusión amorosa: el ceremonial de una boda mística del alma con lo Absoluto. Ya hacia el final de la novela se sucederá este matrimonio espiritual, primero, mediante el encuentro y la visión de Dios, que es lo mismo decir que su entrega extática, y segundo, con la disolución o inclusión de la existencia en la tierra de lo poético¹⁵.

La conjunción de las sentencias del Autor y las de Ángela Pralini adquieren en ese contacto místico, la cualidad de misterio revelado, de oráculo. Así, la

fuerza libre e indomable de Ángela en la percepción sintiente de las cosas agreden al Autor y acontece un silencio una representación del abandono de la obra, la dejadez de la página en blanco: “Estoy exhausto de Ángela. Y de mí sobre todo. Necesito quedar solo de mí, hasta el punto de no contar siquiera con Dios. Para ello, dejo en blanco una página o el resto del libro. Volveré cuando pueda” (1999:128).

14 Para Heidegger (2001:235), “en lo que a religión afecta, la contemplación es lo esencial y no el alejamiento autista. Contemplación –como tal hay que entender “toda agitación del espíritu sustraída de afectividad externa”. Sentido y gusto de lo infinito: vida inmediata en nosotros de lo finito, como es en lo infinito”.

15 “[Cómo vuela el alma que acaba de liberarse hace unos instantes al encontrarme! Dios ¡Dios me HA ENCONTRADO! ¡ALELUYA! ¡Aleluya! Y he encontrado a Dios en mi inconsciencia más profunda [...] he conseguido balbucir la visión de Dios ¡en mí misma! Yo, también elegida por la piedad divina. Qué gloria. Ah, qué gloria” (1999:131). El uso de mayúsculas o negritas, tanto en esta cita como en la siguiente, son un recurso del autora, de forma que serán transcritas tal cual como aparecen en la novela.

“experiencia interior”, tal como la concibe George Bataille (1971:23), libran su proximidad y acercamiento mediante el acontecer simbólico en la que se dejan disolver los claroscuros y las penumbras intermitentes, análogos a los procesos discontinuos propios de la conciencia en los estados de vigilia, sueño y ensueño. Para Bataille (1981:45,46), la experiencia mística, insertada en la práctica de la soledad, implica un conocimiento distinto aportado en la percepción de las cosas: “el discurso coherente” o la racionalidad no pueden abordarla y se recurre entonces a lo poético para que pueda transferir ese carácter inasible de la experiencia interior. La experiencia mística implica, según Bataille, la introducción de una ruptura que hace comunicable un límite, un trance parecido al de la muerte. Hay una supresión de la imagen del mundo en la que Dios es nada y es todo. Este acontecimiento místico y teologal de la novela acontece en ambos personajes como en un “espacio invisible, el de la interioridad” (Cirlot, 2008:13) que, no obstante, hace de su escritura oracular y simbólica, tanto en instancias pretextuales como metatextuales, la edificación de “lo femenino” como fundamento de tal mística. Para Olga de Sa (1988: 213) el receptáculo místico en toda la obra de Clarice Lispector ofrece los rasgos propios de la epifanía. En la estructura epifánica cohabitan metáfora y metafísica para desentrañar la iluminación que pretende recuperar; asir en lo abstracto y en lo sensible la concreción del ser. Así, tanto en *Un soplo de vida* como en otras novelas suyas de corte metafísico, espiritual o místico, Lispector se involucra fehacientemente con la tarea de indagar sobre las posibilidades ontológicas del lenguaje¹⁶. Lispector, en el trasunto de reminiscencias líricas y místicas, pretende contra todo método de Pensamiento consagrado, y apoyándose en el misterio de la palabra, develar al ser, desnudarlo en su inmanencia y colocarlo en una trascendencia estética y teologal. Una imposible comunión con la totalidad del universo en los latidos mismos de la palabra.

16 En algunas de ellas recurre, como hemos señalado antes, de manera diversa a la representación del diálogo absorto, del monólogo o de las dramáticas conversaciones del sujeto de enunciación con entidades creadas o imaginadas – como en el caso de Ángela Pralini, que siendo de sí, transfiguran una oposición, una contraposición al narrador. La exploración de la intimidad del ser desde esos procedimientos vivifica la danza que en torno al fuego de dos formas aparentemente enfrentadas: el pensar y el sentir, crean un universo ficcional que canaliza lo espiritual como un hallazgo, como una confusión plena de esas dos instancias. Lo epifánico constituye el núcleo de una purificación que, sin cortapisas, la voz narrativa exhibe bien como iluminación gestante que revisa la propia existencia con la placidez de la contemplación, bien como formulación irónica de la agonía del existir.

En el diálogo con Ángela, el hallazgo, la revelación, el encuentro y la experiencia mística encuentran por fin su lugar como poética novelada de lo sagrado, de la germinación ficcional y teológica¹⁷.

La religiosidad, la oración, la creación de Dios intervienen de forma definitiva hacia el final de la novela. El intento de purificación, las dobleces del cuerpo y del espíritu hacen que las divagaciones de Ángela sean una aportación particular al pensamiento sagrado que se gesta en el espacio de la novela. Ángela, creyente, confesa, atacada por “cóleras sagradas” es el contrapunto de un Autor que no tiene —con lo mismos matices— la Fe ni la Gracia que Ángela pregona. Sin embargo, esa herencia sagrada es producto de una relación misteriosa que el Autor ha establecido con lo desconocido. Así, por ejemplo, el asalto del miedo, del silencio imponen la necesidad y el peligro de la meditación: el descenso del ser como receptáculo para la creación, así lo expresa el Autor: “No vivo peligrosamente en los hechos. Vivo en extremo peligro cuando caigo a solas en una profunda meditación. Cuando peligrosamente me despojo hasta de Dios. Y me despojo hasta de mí. Al borde de un precipicio abismado en la seca cima de un peñasco [...]. Estoy solo de mí” (1999:124).

La escritura andrógina

Sabemos que en los juegos del doble, el espejo y sus reflejos destellantes enfocan la creación de Ángela Pralini (1999:26,27). Creación prevista como desprendimiento y unificación, como tránsito y perdurabilidad, como erotismo y consunción sagrada entre lo masculino del Autor y lo femenino de su personaje¹⁸. Con ello, Lispector —en su ya destacado pensamiento teológico y místico— rescata “lo androgínico” de los saberes subrepticios, tal vez de la cábala y la mística judía y de iluminación cristiana, en una especie de teosofía espiritual de la escritura: escritura no disyuntiva que desmantela el concepto de identidad e inserta visiones y construcción siempre en fuga, fluctuantes, que se escapan a toda determinación

17 “[...] fue eso lo que vi: la amplitud serena de la eternidad, el placer de lo eterno. Entonces el cuerpo, antes débil y trémulo, adquirió vigor de recién nacido en su primer grito espasmódico en el mundo de la luz [...]. Me derramé en Ti y me libré de tener un alma particular” (1999:132).

18 “Autor Ángela tiene toda la iluminación mágica de ser mujer y, al mismo tiempo que se habitúa lenta, muda y majestuosa y delicada y fatal, es demasiado modesta para serlo, demasiado fugaz para ser definida” (1999:65).

genérica. Por esa concepción poética, la idea de insuflar en lo textual -por obra de la palabra- el soplo de vida queda atenazada a los signos de esa “reconciliación”, de esa dualidad:

¿Hasta dónde soy yo y en dónde comienzo a ser Ángela? ¿Somos frutos de un mismo árbol? No: Ángela es todo lo que yo querría ser y he sido [...]. Ángela es mi vértigo, mi reverberación y, siendo emanación mía, ella es yo. Yo, el autor incógnito. Que yo sea yo es pura coincidencia. Ángela parece algo íntimo que se ha exteriorizado. Ángela no es un “personaje”. Es la evolución de un sentimiento. Una idea encarnada en el ser (1999:28).

Esa “idea encarnada del ser” -lo hemos visto- se amalgama, sin duda a un crepitar místico de dimensiones cristianas: la comunión y matrimonio del Yo con el Otro y del Otro en Yo, que en su dimensión andrógina estimula su vinculación con los textos rabínicos, cabalísticos y místicos de la tradición judía. Tanto para Charles Mopsik (1992) como para Gershom Scholem (1994), las primeras concepciones del *Deus absconditus* —equivalente en *Un soplo de vida* a la figura del Autor- presenta una manifiesta entidad andrógina, cuyos atributos femeninos y masculinos como fusión apoteósica de la plenitud incide luego en el modelo de creación adánica, del “hombre primordial” también como trasunto andrógino. La interpretación de este modelo acentúa el significado androginal de Ángela que, como creación “angélica”, “virginal”, edénica y adánica busca sus asideros en una ensoñación de la escritura andrógina. En esa imaginación o sueño, en la que el Autor se proyecta en el reflejo de Ángela: “Ángela-espejo”, como él mismo la denomina, subyace la alteridad, primero de la creación de Ángela como un Adán primordial restituído de la tierra: “Para crearla tengo que arar la tierra” (1999:25), y segundo como una coincidencia que no anule los opuestos: “creando un ser que se contraponga a mí es posible dentro del silencio” (1999:26)¹⁹. El carácter

19 La verificación del soplo de vida adánico en la existencia de Ángela, “de su fiesta de nacimiento” (27) procura la transfiguración Autor y, a su vez, éste soporta, al contrario que su personaje, la terrible conciencia de entidad creada, representada, simbólica, un juego de espejos que remite en tercera instancia a la autora real, tangible, a Clarice Lispector: “[...] llora por haber sido creada. La consuelo haciéndole entender que también yo padezco la vasta e informe melancolía de haber sido creado. Ojalá hubiese permanecido en la inmanencia sagrada de la Nada. Pero hay una sabiduría de la naturaleza que me hace, después de creado, moverme sin que yo sepa para qué sirven las piernas. Ángela, yo también construí mi hogar en nido extraño y también obedezco la persistencia de la vida. Mi vida me quiere escritor y entonces escribo. No es una elección: es una íntima orden de batalla. Y una vez que recibí el

angélico del personaje, evidencia uno de los temas androginales por excelencia, es decir el contrapunto de la opacidad del reflejo y de la *coincidentia oppositorum*²⁰, como confluencia de opuestos en su creación: “¿Un ángel llevado por mariposas azules? Un ángel no nace ni muere. Un ángel es un estado del espíritu. La he esculpido con raíces retorcidas. Sólo por atrevimiento Ángela existe en mí. Y yo reduzco todo a palabras en torbellino” (1999:26). Más adelante el Autor sigue divagando fragmentariamente sobre esta mística de la dualidad: “[...] Ángela es más que yo mismo. Ángela no sabe que es personaje y, quién sabe, tal vez yo sea también personaje de mí mismo. [...]. Es incómodo ser dos: yo para mí y yo para los otros. Resido en mi ermita de donde salgo sólo para existir en mí” (1999:27,28).

Para Gaston Bachelard (1986:93) la escritura comporta la ensoñación andrógina, que se ve articulada como la lucha, como confrontación, pero también como reunión de lo femenino y lo masculino²¹. El ensueño separado e individual

soplo de vida que hizo de mí un hombre, soplo en ti que te vuelves un alma. Te presento a mí, haciéndote visible en instantáneas que se suceden ya en medio de tu inauguración: tú no comienzas por el principio, comienzas por el medio, comienzas por el instante de hoy” (27).

20 Las concepciones religiosas tradicionales detentan en su imaginario el poderoso estatuto de las dualidades, así la *coincidentia – oppositorum* tendrá una concepción más depurada y mucho más abstracta en pensamientos religiosos elaborados como los del judeocristianismo. Quizás, desde una perspectiva filosófica, el problema de esa dualidad violentaría el principio de no-contradicción es decir, el primado enunciativo en el que dos elementos opuestos no pueden ser iguales. El reto de la dualidad implica la transgresión de los binarismos y permitiendo el desarrollo de un pensamiento o de una lógica-otra, donde los mismos y los opuestos cohabiten en una sola entidad, en una *nonada*. La androginia como expresión del universo tiene, por consiguiente, en su simbología una imitación de dualidad y esa duplicidad cosmogónica tiende a manifestarse también en la figuración andrógina. Los planteamientos sobre la mística hindú y la tradición cabalística judía medieval funcionan como un ejemplo de ello. La bipolaridad sentida por las religiones orientales a través del *ying – yang*, es de forma gráfica la presentación de orden abstracto del pensamiento religioso, donde las dicotomías contenidas en lo femenino y lo masculino se escapan a la simple dualidad, connotándose como opuestos pero no-disyuntivos.

21 “[...] podríamos decir que tanto en el hombre como en la mujer, la androginia armoniosa conserva su papel que es el de mantener su ensoñación en su nivel apaciguador. Las reivindicaciones conscientes y, en consecuencia, vigorosas, son perturbaciones manifestadas para ese reposo psíquico, manifestaciones de una rivalidad entre lo masculino y lo femenino en el momento en que ambos se desprenden de la androginia primitiva. A partir del momento en que abandona su refugio –como lo es la ensoñación profunda– la androginia se convierte en desequilibrio, entregándose a oscilaciones. Esas oscilaciones son las que nota el psicólogo, marcándolas como un signo de anormalidad. Pero cuando la ensoñación se profundiza, esas oscilaciones se amortiguan y el psiquismo recupera la *paz de los géneros*, la que conoce el soña-

de un ser en las profundidades de su subjetividad se perfila como otra posibilidad que alberga la no-disyunción de la androginia y así, queda consagrada en la poética propuesta por Clarice Lispector: como ambigüación y dualidad, como poética del *anima/animus* de la ensoñación. Tal escritura plantea un descenso abisal del ser, como en la mística, para reparar/develar los continuos desgarramientos de la existencia, las batallas entrecortadas entre el Yo y lo Otro, las fisuras del inconsciente, que procurarían el bálsamo de una reconciliación subjetiva. En el artificio de la novela, el descenso hacia las profundidades de la existencia que comporta el eje dual Autor-Ángela se igualaría a un descenso a las turbulencias y las oscilaciones del ser andrógino fusionados al acto mismo de la escritura²².

Con Lispector, la dinámica del lenguaje poético, la escritura como acto novelado y místico se descubre, en consecuencia, como profundamente andrógina. Esa escritura andrógina observaría, por ejemplo, en los planteamientos de la *polifonía* moderna, promovidos –si cabe– por el dialogismo bajtiniano y continuados en la espesura de la crítica literaria contemporánea, un fundamento estético de capital importancia en la concepción de la novela lírica. De este modo, los estudios polifónicos y del multiperspectivismo en la literatura no se quedarían exclusivamente en la *identificación* del mosaico de voces yuxtapuestas, contradictorias y hasta silenciadas del artificio narrativo y poético, y la posibilidad de encarar y registrar con esas voces una multiplicidad de versiones y visiones. Los estudios polifónicos, sin duda, han mirado en esas voces *una mudanza*, una *fluctuación* o *fuga* de lo femenino-masculino en el esplendor de lo poético de donde subyace la ensoñación de una escritura resueltamente andrógina. La posibilidad de esa escritura permite por muy diversos medios, entre ellos, el de la mascarada, la gradación, la dualidad y los desdoblamientos del ser, como se hace patente en *Un soplo de vida*, el arribo a un territorio donde la correspondencia entre el/la creador(a), el/la artista o autor(a), celebren la unión de los contrarios en las voces creadas y que su bifurcación masculina y femenina se vean intervenidas, oscilantes y abismadas.

dor de las palabras” (Bachelard, 1986:93).

22 Así, Ángela enuncia: “[...] yo que escribo para librarme de la difícil carga de ser una persona. En cada palabra late un corazón. Escribir es la búsqueda de la veracidad íntima de la vida. Vida que me molesta y deja mi propio corazón trémulo sufriendo de dolor incalculable que parece necesario para mi maduración” (1999:17).

Epílogo: el hallazgo espiritual

Desde la publicación de su primera novela, la palabra en Clarice Lispector se asienta como expresión fulgurante de los mundos interiores. Se desmontan o tambalean en sus novelas tanto el acontecimiento, las acciones, la historia narrativa como el proceso de enunciación mismo. Todo ello, siempre en favor de los estados, las emociones y las sensaciones generadas como vehículo, como lámpara que vislumbra los hallazgos perceptivos del alma femenina, sus cambios y gradaciones. Emerge, así, su discurso como genéricamente fronterizo, como novela lírica. Asistimos a la narración del alma y del cuerpo, de sus *pulsaciones* en un mundo proscrito de toda transparencia comunicativa. La opacidad del lenguaje construye los cimientos líricos que proyectan la búsqueda en el territorio indómito del alma, el hallazgo de lo espiritual. De tal concepción, *Un soplo de vida* (1999) y sus “pulsaciones” -peligro y vértigo de la escritura- devienen como indagación poética, pero también como reflexión ontológica, como internamiento y revelación que dibujan su festividad mística y teologal. El abandono de la novela, su cierre, “será como el silencio del Dios”, dirá finalmente el narrador (1999:154). Un silencio y un juego de fragmentaciones y fracturas que se muestran como espacio resplandeciente, como luminosidad siempre provisional de una verdad del ser, de la existencia, de la presencia/ausencia de Dios y de los meandros de la creación literaria. En su obra poética-narrativa se sucede por la pasividad del conocimiento místico el milagro de la agonía de ser, unida a la terrible misión de hurgar en lo indecible. Acontece, por tanto, el exilio de la palabra y su internamiento sin vínculos posibles con lo cotidiano o convencional cuyas voces son arrastradas a un vaivén espiritual y discursivo, a un desafío de la creación, a una meditación despojada del mundo y del cuerpo mismo, y colocadas en tembladerales del abismo: en el enfrentamiento con el instante *ínfimo* de la muerte. En ese diálogo sordo, el Autor y su “creación angélica” vislumbran una teatralidad en la que no parece haber un encuentro, sólo la dualidad de ser, al unísono, en extremo y por obra de la escritura, parte y totalidad, plenitud y carencia: manifestación de una dualidad de carácter andrógino que musita en su descenso espiritual, como en una manifestación del oráculo, una respuesta simbólica al movimiento continuo, a las pulsaciones perennes de la existencia.

Bibliografía

BACHELARD, Gaston. *La poética de la ensoñación*. [trad.] Ida Vitale. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.

BUNDGARD, Ana. *Más allá de la filosofía (sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano)*. Madrid: Editorial Trotta, 2000.

BATAILLE, George. *La Literatura y el mal*. [trad.] R. Conte. Madrid: Taurus, 1971.

_____. *La experiencia interior*. [trad.] Fernando Savater. Madrid: Taurus, 1981.

_____. *El Erotismo*. [trad.] Marie P. Serazín. Barcelona: Tusquét, 1997.

DE SA, Olga. “Paródia e Metafísica”, en: *Clarice Lispector, A Paixão segundo G. H.* (Ed. crítica, Coord. Benedito Nunes), Coleção Arquivos, Editora da Universidad de Florianópolis, 1988, 213-236.

CIRLOT, Victoria – GARÍ, Blanca. *La mirada interior. Escritoras místicas y visionarias en la Edad Media*. Madrid: Siruela, 2008.

DE CAMPOS, Haroldo. “Introducción a la escritura de Clarice Lispector”, en *Brasil transamericano*. [trad.] M.A. Sato. Buenos Aires: Cuenco de Planta, 2004, 81-86.

FREEDMAN, Ralph. *La novela lírica*. [trad.] José M. Llorca. Barcelona: Barral, 1972.

HEIDEGGER, Martin. *Interpretaciones sobre la poesía de Hölderlin*. [trad.] J.M. Valverde. Barcelona: Ariel, 1983.

Estudios sobre mística medieval. [trad.] J. Muñoz. 2.^a ed., Madrid: Siruela, 2001.

_____. *Ser y tiempo*. [trad.] J.E. Rivera. Madrid: Trotta, 2003.

LISPECTOR, Clarice. *Un soplo de vida*. [trad.] Mario Merlino. Madrid: Siruela, 1999.

_____. *Agua viva*. [trad.] Elena Losada. Madrid: Siruela, 2003.

_____. *La hora de estrella*. [trad.] Ana Poljak. Madrid: Siruela, 2003.

_____. *Aprendizaje o El libro de los placeres*. [trads.] C. Sans de T. – J.G. Gayo. Madrid: Siruela, 2005.

_____. *La ciudad sitiada*. [trad.] Elena Losada. Madrid: Siruela, 2006.

MOPSIK, Charles. “El cuerpo del engendramiento en la Biblia hebraica, en la tradición rabínica y en la Cábala”, en: FEHER, Michel; NADAFF, Ramona y TAZI, Nadia (eds.). *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*. Tomo I. [trad.] Luis Checa. Madrid: Taurus, 1992, 49-73.

OROZCO, Olga. *Obra poética*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2000.

ROJAS GUARDIA, Armando. *El Dios de la Intemperie*. Caracas: Mandorla, 1985.

ROMANO DE SANT' ANNA, Affonso. "O ritual epifânico do texto", en: *Clarice Lispector, A Paixão segundo G. H.* (Ed. crítica, Coord. Benedito Nunes), Coleção Arquivos, Editora da Universidad de Florianópolis, 1988, 237-257.

SCHOLEM, Gerschom. *Desarrollo e ideas básicas de la Cábala*. [trad.] J.S.B., Barcelona, Riopiedras ediciones, 1994.

ZAMBRANO, María. *Claros del bosque*. Barcelona: Seix Barral, 1986.

_____ *La confesión, género literario*. Madrid: Mondadori, 1988.

_____ *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza, 2005.

ZUBIRI, Xavier. *Inteligencia sintiente*. Madrid: Alianza, 1981.

EXILIO E IDENTIDAD EN EL DRAMA *COSER Y CANTAR* DE DOLORES PRIDA

Mariela A. Gutiérrez
University of Waterloo, Ontario, Canadá

El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 acarrea el éxodo masivo de cientos de miles de cubanos, a partir de la década de los sesenta; entre ellos parten escritores ya establecidos y también parten niños y niñas que escribirán, años más tarde, desde una tierra ajena, llevando la patria auestas, sin poder olvidarla aunque se quiera. No obstante, es de importancia notar que aunque la emigración política lleva a los cubanos a instalarse en las cuatro esquinas del mundo, es en los Estados Unidos donde el núcleo principal de la diáspora cubana deposita desde un principio su sede; por ende, los orígenes de la llamada literatura cubanoamericana se encuentran en el exilio político vivido en un ambiente cultural anglófono, tan diferente al de sus propias raíces patrias. De esta manera, a través de cuarenta y siete largos años, la literatura cubanoamericana florece en suelo estadounidense, a pesar y gracias a la adaptación socio-cultural vivida como resultado del éxodo forzado.

Por supuesto, la motivación política que marca e influye el éxodo cubano a tierras estadounidenses se refleja en el tipo de emigrante que lo compone; la mayoría de los exiliados cubanos de entre los años sesenta y setenta van a ser profesionales de algún tipo, médicos, ingenieros, abogados, contadores, profesores universitarios, maestros, etc. Digo todo lo anterior porque el problema económico no tiene cabida en la dialéctica de esta primera ola de inmigrantes y refugiados políticos; más bien, la supervivencia nacional, en un medio que para los cubanos se convierte en bicultural y bilingüe, se incorpora como núcleo temático por excelencia a la literatura cubanoamericana en sus comienzos. La primera generación de escritores del destierro —entre los cuales se cuentan Lydia Cabrera, Matías Montes Huidobro, Pura del Prado, Celedonio González, José Sánchez Boudy, Amelia del Castillo, Eugenio Florit, Heberto Padilla, Belkis Cuza Malé, Hilda Perera, Armando Álvarez Bravo y Juana Rosa Pita, para nombrar sólo algunos— se identifica por su nostalgia de la tierra natal, lejana e intocable, a la que “no se

puede” volver; por otra parte, los efectos de la transculturación anímica vivida y las condiciones de cada “exilio personal” también forman parte de la temática generacional de aquel momento.

No obstante, en la década de los ochenta, la segunda generación de escritores cubanoamericanos cambia el ritmo y las pautas del juego, erradicando de su temática el *leit-motiv* del exilio, preocupándose más bien por los conflictos que existen entre viejos y jóvenes, padres e hijos y sus divergentes formas de “sentir” el exilio, porque estos últimos, aunque cubanoamericanos también, sin dejar de ser cubanos se sienten algo más americanos, en parte por el hecho de que ellos no han podido experimentar la patria “física” con la intensidad temporal de que disfrutaron sus mayores. Entre estos jóvenes escritores se encuentran Roberto G. Fernández, Gustavo Pérez Firmat, Cristina García, Oscar Hijuelos, Carlota Caufield, Jesús Barquet, Maricel Mayor Marsán, Francisco Morán, Emilio Mozo, Iván Acosta, Virgil Suárez y tantos más.

La dramaturga cubana Dolores Prida pertenece a esa primera generación de autores cubanoamericanos que salen de Cuba con el sentimiento de haberlo dejado “todo” atrás —casa, bienes, pertenencias familiares— sin la posibilidad de recuperarlo a jamás: “Ese valor espiritual que [se] concede a los objetos [es], pues, esencial al efecto traumático que la incautación por el gobierno ejerce sobre [la] psique [del exiliado], ya que las pertenencias, y en especial ciertas pertenencias muy personales, pueden llegar a constituirse en verdaderos anexos de nuestro ser” (Roberts, 1997: 34).

En este trabajo quiero hablar de la pieza de teatro en un acto de Dolores Prida titulada *Coser y Cantar: Bilingual Fantasy for Two Women*, de 1981, la cual, como su título bilingüe anuncia, ejemplifica la dolorosa dicotomía psíquica que puede sufrir un exiliado dentro del ambiente bicultural-bilingüe prevalente en algunas ciudades estadounidenses como Nueva York, Los Ángeles y Miami. La acción tiene lugar en un apartamento de la ciudad de Nueva York, en el presente, aunque Dolores Prida afirma que también puede suceder en el pasado. Su único personaje posee una doble personalidad. Vale decir que las anotaciones de Prida, hechas en inglés y muchas veces en mayúsculas, son de extrema importancia para el director de la pieza:

Esta obra es en realidad un largo monólogo. Las dos mujeres son sólo “una” y verbalizan entre sí un juego emocional de ping-pong. A través de la trama, con la excepción de la confrontación final, ELLA y SHE nunca se miran de frente, más bien actúan independientemente, pretendiendo no ver que la otra

existe, aunque continuamente cada una se inmiscuye en los pensamientos de la otra, en su conducta y en sus sentimientos. Esta pieza de teatro NUNCA deberá representarse en una sola lengua. (49)¹

Básicamente, la trama se basa en las múltiples discusiones, inconsecuentes en apariencia, que van dibujando la dicotomía psico-lingüística existente en la personalidad de ELLA/SHE. Toda la pieza pudiera resumirse en el constante enfrentamiento de las “virtudes” hispanas innatas *versus* las “virtudes” anglosajonas adquiridas, i.e., sensualidad/asertividad agresiva, el recuerdo/el presente, la patria/Nueva York, pureza/promiscuidad, comer/hacer dieta, la seguridad del apartamento/el peligro de la gran ciudad, el calor tropical/el frío del norte, nostalgia/pragmatismo, lo viejo/lo moderno, el florido idioma español/la precisa lengua inglesa, etc.

El enfrentamiento verbal entre las dos “entidades” de la misma mujer se ejecuta con singular maestría, pasando del español al inglés con la facilidad que sólo el que “vive” en las dos lenguas puede permitirse. El personaje de Prida, al parecer, ha asimilado la nueva lengua, como diría Edmund Stengel, para sobrecompensar las ansiedades inherentes a su nueva situación espacio-temporal; posiblemente, SHE se aferra a la nueva lengua, acompañada de una nueva actitud hacia la vida, como remedio infalible para alejar de sí el pasado dejado atrás, el cual —al verse color de rosa desde la distancia— tiende a crear conflictos anímicos que si llegaran a alcanzar proporciones insoportables, aniquilaría en su ser toda esperanza de éxito en el nuevo ambiente. Por otra parte, ELLA conserva su lengua materna como defensa y bastión de resistencia contra la inminente asimilación socio-cultural. Por supuesto, todo lo anterior sólo prueba lo difícil que es el permanecer uno mismo en períodos de cambio. ¿Cuántos cambios puede el emigrante tolerar sin causar daños irreparables a su psique, a su sentido congénito de identidad? ELLA/SHE busca esa respuesta.

La trama comienza a través de la memoria, como para darnos las razones de la dicotomía antes mencionada; ELLA recuerda el día de su salida de Cuba.

1 Todas las traducciones en este ensayo son mías. El original dice: “This piece is really one long monologue. The two women are “one” and are playing a verbal, emotional game of ping pong. Throughout the action, except in the final confrontation, ELLA and SHE never look at each other, acting independently, pretending the other does not really exist, although each continuously trespasses on each other’s thoughts, feelings and behavior. This play must NEVER be performed in one language.”

En su caso, su viaje conlleva el desarraigo y la ruptura con lo lineal histórico y las raíces culturales, unidos a un marcado sentimiento de enajenación, producto de la separación forzada que es la experiencia del destierro:

ELLA: Las peceras me recuerdan el aeropuerto cuando me fui ... Al otro lado del cristal, los otros, los que se quedaban: los padres, los hermanos, los tíos ... Allí estábamos en la pecera, nadando en el mar que nos salía por los ojos ... Y los que estaban dentro y los que estaban fuera solo podían mirarse ... las caras distorsionadas por las lágrimas ... bocas que trataban de besarse a través del cristal ... Una pecera llena de peces asustados, que no sabían nadar, que no sabían de las aguas heladas.
SHE: Dwelling in the past takes energies away. (53)²

Indudablemente, la migración como trauma clínico comienza categóricamente en el lugar de origen. La reacción del individuo ante la inminencia del viaje es decisiva, aún más, cuando las circunstancias que ocasionan el viaje son en extremo dolorosas, como es el caso del exilio político cubano. La personalidad del individuo sufre un golpe que a primera vista no es detectable, pero que adquiere proporciones inesperadas mientras más se demore el darle salida al dolor contenido. Otto Rank ha dicho: “La reacción humana ante la experiencia traumática de la inmigración se caracteriza por un sentimiento de desamparo, el cual copia los síntomas del trauma natal”³ (Rank, 1952: 167).

Una vez en medio del nuevo ambiente cultural, para el que emigra, la ruptura potencial con su herencia patria es la espada de Damocles que lo separa de su propia continuidad en el espacio y en el tiempo histórico nacional; por ende, si no vigila la permanencia del pasado cultural en la memoria, el transplantado arriesga la posible pérdida de la identidad nacional grabada en su psique desde la niñez.

Obviamente, la obra de Prida muestra una reacción idiosincrásica ante la experiencia de la novedad en tierras extranjeras a través de la transferencia de valores, de lo intrínseco a lo banal:

ELLA: Lo primerito que yo pensaba hacer al llegar aquí era comprarme unos tenis bien cómodos y caminar todo Nueva York.

2 Traducción: “Volver al pasado me quita las energías”.

3 El original dice: “What characterizes a person’s reaction to the traumatic experience of migration is the feeling of helplessness, which is modeled on the birth trauma.”

SHE: I got the tennis shoes ... But I didn't get to walk every block ... I wasn't aware of how big the city was. I wasn't aware of muggers either.
(53)⁴

El trauma del transplante puede alcanzar proporciones neuróticas si, una vez roto el hilo de la continuidad biográfica que da sentido y estabilidad al individuo, no se encuentra un foco de trascendencia, sea éste un zapato de tenis, nuevas metas en un mundo nuevo, etc. La seguridad del pasado socio-histórico nacional ha quedado atrás; no es extraño que el inmigrante, entonces, intente reafirmar su *yo* en lo inmediato, aunque sea esto la simple compra de un par de zapatos de tenis.

Por su parte, la necesidad que tiene todo desterrado de asegurar su propia identidad se nos presenta sin ambages en esta pieza de teatro a través del fenómeno del desdoblamiento de la personalidad, lo cual no es nuevo en literatura; no obstante su significado se exagera por medio del empleo del tema del exilio. O sea, el tema del exilio aporta a la obra los elementos claves de la recién adquirida dualidad espiritual del transplantado, quien, en la mayoría de los casos, se siente aislado y solo, en “su” nueva ciudad desconocida. ELLA/SHE, se encuentra en Nueva York, ciudad industrial y materialista que se caracteriza por la crudeza climática de su ambiente, todo lo contrario a La Habana —ciudad natal del personaje— bella, antigua, con aire provincial, agraciada por el sol y el calor del trópico:

SHE: You know what's wrong with me? I can't relate any more. I have been moving away from people ... I don't know if I want to talk to people anymore!⁵

ELLA: Tu problema es que ves demasiadas películas de Woody Allen, y ya te crees una neoyorquina neurótica... Yo, tengo mis recuerdos. Yo tengo una solidez. Tengo unas raíces, algo de que agarrarme. Pero tú ... ¿tú de qué te agarras?

SHE: I hold on to you. I couldn't exist without you.⁶

ELLA: But I wonder if I need you. Me pregunto si te necesito... robán-

4 Traducción: “Ya tengo los tenis... Pero nunca llegué a caminar por cada calle ... Nunca me imaginé lo grande que era la ciudad. Nunca me imaginé que había asaltantes en ella”.

5 Traducción: “¿Tú sabes lo que me pasa? Ya no puedo ni relacionarme. Me he ido alejando de la gente... ¡Ya no sé si aún sé hablarle a la gente!”.

6 Traducción: “Yo me aferro a ti. Yo no podría existir sin ti”.

dome la mitad de mis pensamientos, de mi tiempo, de mi sentir, de mis palabras...

SHE: I was unavoidable. You spawned me while you swam in that fish tank...⁷

ELLA: Tú no eres tan importante... Ni tan fuerte. Unos meses... bajo el sol, y, ¡presto! ... No quedaría rastro de ti. Yo soy la que existo... Tú, no sé lo que eres.

SHE: If it weren't for me⁸ ... No serías la que eres. (66)

Palabras llenas de veracidad; la indiferencia de un nuevo mundo circunda al personaje, los lazos con el pasado parecen estar al borde de la quiebra, los días seguros y protegidos de la niñez son borrosos recuerdos, sueños, que no acaban de desaparecer gracias a la presencia telefónica de la madre que una y otra vez, con sus decires, le trae a la memoria el legado de la patria que se dejó atrás:

ELLA: El teléfono no ha sonado hoy.

SHE: I must call mother...⁹

ELLA: ...¿Por qué no llamará? Voy a concentrarme para que llame... Mi mamá me dijo una vez que la vida, sobre todo la vida de una mujer, era coser y cantar. Y yo me lo creí .. (57)¹⁰

En el recinto uterino de su apartamento, recogido, privado, secreto, se crea la perfecta simbiosis entre las dos realidades del personaje. El mundo de los sentidos se revitaliza allí en ese fecundo encierro. Los cinco sentidos se aguzan, se liberan:

ELLA: ¡Aaay! ¡Esta nostalgia me ha dado hambre! ... ¡Esta comida me ha puesto erótica! ...

SHE: I feel violent.¹¹

7 Traducción: “Yo era inevitable. Tú me creaste mientras nadabas en aquella pecera” (se hace alusión a la infranqueable área de espera del aeropuerto de La Habana donde deben esperar la salida los cubanos que obtienen el permiso para emigrar).

8 Traducción: “Si no fuera por mí”.

9 Traducción: “Tengo que llamar a mamy ...”

10 La alusión escatológica con la que se termina este párrafo —la cual he omitido a sabiendas— hace parte del lenguaje vulgar que en varias ocasiones emplea el personaje de ELLA/SHE en este drama. No obstante, he eliminado todo contexto escatológico en mi cita porque considero que no agrega ni quita nada de importancia a lo que ELLA afirma, más bien se aparta del *focus* particular que doy en mi ensayo al tema del exilio.

11 Traducción: “Me he puesto violenta”.

ELLA: Yo me siento como rosas y besos bajo la luna ... un olor a jazmines que se cuela por la ventana ... mezclado con brisas de salitre ... A lo lejos se escucha un bolero ...

SHE: I feel the smell of two bodies together, the heat of the flesh so close to mine, the sweat ... (Both get progressively excited)¹²

Todo el episodio anterior se pasa en la cocina, bóveda generosa y tibia de toda casa hispana, ambiente acogedor que, como útero materno, alimenta y reconforta; lugar totalizador donde el arroz, los frijoles, el aguacate, simbolizan “madre”.

A la par del mundo indiferente, violento, fragmentado, sin sentido, de la gran ciudad, el apartamento, lleno de cachivaches personales, con sus revistas, cosméticos, plumas, lápices, maracas, vitaminas, alimentos, y la siempre presente estatuica de la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, y su vela encendida, se nos presenta como símbolo físico de la sólida estructura de la psique del personaje, quien, a pesar de todo, encuentra orden, lógica y amparo en la seguridad protectora de la cocina, centro motor de la vida hogareña cubana. Es allí donde anida el recuerdo, y con él el remoto pasado, idealizado por la evocación de su fluir en la memoria de cada uno de sus hijos extraviados. El exiliado muchas veces se siente desplazado, desamparado, y solamente en el resguardo íntimo de la evocación puede encontrar el solaz de re-encontrar el paisaje que teme olvidar:

ELLA: A mí no se me [ha] olvidado. Es el mar más azul, el más verde ... el más chévere del mundo ...

SHE: It sort of slapped you in the eyes, got into them and massaged your eyeballs.¹³

ELLA: Es un mar tan sexy, tan tibio. Como que te abraza... (62)

Acto seguido, ELLA pone un disco en el que Olga Guillot canta: “Mi Habana, mi tierra querida, cuándo yo te volveré a ver” (63). La música, pan de cada día del cubano, también entona el anhelo sin esperanza del retorno a la patria, inaccesible y lejana. A veces, nada más parece valer la pena, ¿vivir sin nunca más volverla a ver?

12 Traducción: “Yo siento el olor de dos cuerpos unidos, el calor de una piel junto a la mía, el sudor (Progresivamente ambas se van excitando)”

13 Traducción: “Es como si [el mar] te acariciara los ojos, te entrara por ellos y te masajeara los globos oculares”.

No obstante, Carl Jung expresa la supervivencia vital del fluir histórico sobre la vivencia personal al decir: “[El humano] no sólo necesita poseer una consciencia personal e inmediata, ésta además debe ser supra-personal para que pueda abarcar también la continuidad histórica”¹⁴ (Jung, 1959: 67). Indiscutiblemente, esta afirmación encuentra su confirmación al final de este drama. La pieza carece de final *per se*, como el exilio mismo; no obstante, en el *denouement* de la misma hay un planteamiento final del conflicto básico que acarrea el destierro, o sea, llegar a términos con la nueva experiencia y decir: hay que seguir la vida, sea donde y como sea; este planteamiento también unifica el trauma del exilio con el conflicto existencial de la humanidad. El mejor ejemplo de lo antes dicho se encuentra en el crudo humor irónico que permea la pieza, el cual trasciende lo aparentemente absurdo de ciertos momentos en la misma para exponer la paradoja del “seguir viviendo”, porque “detrás del desvarío del infeliz desterrado, nos hallamos ante la tragedia del hombre contemporáneo” (Roberts, 1997: 42). ELLA y SHE terminan la pieza a gritos, cada una tratando de afirmar su propia existencia y con ello la sobrevivencia de la más fuerte de las dos: ELLA: ¡Soy la más fuerte! (...) SHE: I am the strongest!¹⁵

Sin embargo, ¿porqué una entidad debería prevalecer sobre la otra? Por un lado, la psicoanalítica determina que la identidad perfecta debe sentirse consolidada, o sea, la identidad de cada ser humano se solidifica gracias a la constante interacción de determinados lazos espaciales, temporales y de integración social que ofrece la patria natal. Una vez que la persona abandona el suelo que le ha visto nacer se encuentra a la merced de lo desconocido; el mismo emigrante es también un extranjero para el nuevo ambiente que lo recibe. Sin embargo, es probable que el transplantado llegue a una solución satisfactoria del dilema si domina la resistencia interna que él mismo se impone contra todo lo que forma su nuevo mundo. Los psicólogos argentinos León y Rebeca Grinberg —especialistas

14 El original dice: “We require not only a present day, personal consciousness, but also a supra-personal consciousness which is open to the sense of historical continuity.”

15 Cabe aquí decir que, al final de la pieza, ELLA/SHE sigue buscando un mapa en medio de los gritos de supremacía tanto de la parte de ELLA como de SHE; el mapa desde el comienzo de la obra aparece como *leit-motiv*, quizá aludiendo con su constante ausencia a esa íntima estabilidad que el personaje busca y necesita para poder continuar viviendo su nueva vida en ese ambiente, distinto a su realidad cultural, que el destino y las circunstancias le han deparado. Conste, el mapa no aparece nunca, lo que, según mi parecer, es signo positivo del constante crecimiento anímico de la nueva entidad bipartita del personaje.

en la problemática del exilio— estipulan que: “una vez vencidos los obstáculos, el inmigrante se apropia del nuevo lenguaje adquirido, el cual no reemplaza de ninguna manera el idioma materno, creando espacio dentro de sí para asimilar la diversidad, enriqueciéndose a sí mismo en el proceso y quizá también a los que le rodean”¹⁶ (Grinberg, 1989: 112).

Dolores Prida confirma la afirmación de los Grinberg con su propia visión de la nueva identidad para ELLA/SHE; el personaje, siempre en constante crecimiento, guarda en su psique el lugar que tienen los recuerdos, acepta sus pérdidas, se fortifica durante el período de asimilación al nuevo ambiente, integrando los dos países, los dos momentos históricos, los dos grupos sociales, de una manera perspicaz, como parte de su nueva identidad. El exilio la obliga a vivir lejos de lo que es suyo, porque tal y como el término griego lo estipula ella es una *exiliada*, “condenada” a vivir lejos de su tierra por razones políticas; su incierto y casi imposible retorno a la patria hace más dura la asimilación:

Estamos condenados a ver a nuestros hijos crecer en una lengua que no es la nuestra, en medio de calles y árboles que nuestros ojos no reconocen. Estamos condenados a presenciar como nuestros abuelos mueren, poco a poco, por correo, y enterarnos por abruptas llamadas telefónicas de que nos ha nacido un sobrino. Sin embargo, la condena mayor es la de contemplar nuestro país alejarse de nuestro alcance como una ola distante, extranjera, indescifrable, mientras notamos como nuestros vacilantes cuerpos comienzan a buscar la estabilidad después de vivir años difíciles; inconforme pero irremediamente, nuestros cuerpos llegan a acostumbrarse a un país que ellos no escogieron de su propia voluntad. (Grinberg, 1989: 160)¹⁷

Por otra parte, aunque la perspectiva de mi estudio es de orden netamente psicoanalítico, cabe, no obstante, hacer un breve hincapié en relación a la posibi-

16 El original dice: “when the obstacles are overcome, the immigrant feels that he contains the new language, and that the new does not necessarily replace the mother tongue, [making] space within himself for more diversity, which enriches him and may enrich others.”

17 El original dice: “We are condemned to have our children grow up in a language that is not their own, seeing streets and trees that our eyes do not recognize. We are condemned to watch our grandparents slowly die, by mail, and to be told of nephews’ births in abrupt phone calls. But perhaps the worst condemnation of all is to watch our country recede from our reach like a foreign, distant, undecipherable tide and to witness how indecisively our bodies begin to seek stability after many precarious years; our bodies, unconsenting and perhaps irremediably, grow accustomed to a country which they did not choose of their own free will.”

lidad de la perspectiva de género en esta pieza de teatro. O sea, si se emprendiese un análisis de este drama de Prida enfocando la perspectiva que ofrece la “otredad” que brinda el género, los aspectos presentados en torno al problema identitario sobresaldrían como elementos que pudieran estar de algún modo unidos a la problemática femenina frente a la insularidad personal que genera muchas veces el exilio.¹⁸ En *Coser y Cantar*, el personaje bipartito de la joven protagonista parece tener una conciencia marcada por su propia doble-identidad lo suficientemente fuerte como para desplazar el conflicto de la “otredad” como exiliada y reemplazarlo por un problema de índole estética, en el que las herramientas de análisis estarían dadas por otro tipo de perspectiva, la de la protagonista como mujer, la cual ofrece una relevancia absoluta al no haber personajes masculinos que le hagan la contrapartida; de esta forma, la relación conflictiva entre las dos personalidades de la protagonista se estructura, como hemos visto en páginas anteriores, a partir de la dinámica circunstancial que se genera entre el suelo patrio, Cuba, y los Estados Unidos, ambos ambientes representados por una de las dos caras que exhibe la joven mujer, las que indudablemente se sitúan dentro del marco que ofrece la función del personaje que convive entre estas dos sociedades incompatibles, las que se contraponen dado a sus realidades diferentes y alternas, en apariencia irreconciliables.

Sin lugar a dudas, ELLA/SHE acepta el reto que le brindan sus nuevas circunstancias, consciente de su responsabilidad frente a la dicotomía que le ha tocado experimentar en carne viva después de abandonar su país de origen. En

18 Según la psicología tradicional, la insularidad personal que se genera por lo general en el exiliado, como individuo, está ligada principalmente a su modo de asumir la presencia de la Patria en los confines de la nación que lo ha acogido. Sin embargo, la insularidad entraña su propia idea de la asimilación y de la adaptación al nuevo ambiente y tiene una particular resistencia al cambio. No obstante, la insularidad es siempre interior; es el exilio donde se refugia el más humano y limitado de todos los exilios, o sea, el íntimo y adolorido exilio de nuestra propia conciencia individual. En el caso de la mujer exiliada, la insularidad toma senderos que evocan la mitología, como si cada exiliada fuese una Penélope más, condenada a hilvanar y deshilar infinitamente su propio lenguaje, tal como lo hizo la reina de Ítaca con sus tejidos, según nos cuenta *La Odisea* de Homero. Por ejemplo, el largo período de la Conquista deja a muchas mujeres en América Latina solas, allí de pie, esperando en el balcón el dudoso regreso de sus esposos; por ende, los siglos XVI y XVII traen consigo la primera soledad histórica de la mujer latinoamericana. Con este acontecimiento, queda culturalmente abierto en América el espacio interior donde puede solazarse la íntima subjetividad del individuo. Por otra parte, según las creencias orientales, la subjetividad tiene raíz femenina; es en ella donde radica en Yín original y perpetuo de cualquier insularidad interior.

consecuencia, como he explicado con anterioridad, el conflicto cubano se presenta en este drama explorando la relación anímica de una joven mujer que se encuentra en medio de la fuerte tensión socio-histórica propiciada por el exilio. Sin embargo, en esta hermosa obrita de teatro el espectador es partícipe del carácter mágico que siempre tiene para la mujer la cotidianidad de una casa, las particularidades de lo común, la intrahistoria femenina que se aparta de las beligerantes búsquedas hegemónicas masculinas. Este recurso retórico también remite a preguntas sobre la autoridad, cuestionamiento ligado a las problemáticas de género, y, por supuesto, en relación a las cuestiones de poder.

No obstante, el drama de Prida no evidencia su posición frente al régimen político de Fidel Castro; tampoco hay alusiones al sistema ni a la religión, ni al patriarcado, ni a las herramientas de perpetuación de las estructuras sociales que avalan la superioridad jerárquica del hombre frente a la mujer; solo somos testigos de los sencillos, pero maravillosos, ejemplos cotidianos del cambio que ELLA/SHE va poco a poco experimentando desde su llegada a Nueva York. No sería una falacia decir que ELLA/SHE no es un personaje que representa los problemas identitarios típicos de la mujer latina que ha venido a vivir a los Estados Unidos; ella es más bien un ejemplo clásico del problema de la mujer cubana exiliada que se siente en la necesidad de salvaguardar su pasado cultural femenino ante las presiones impuestas por una sociedad que representa todo lo contrario a lo que ella ha aprendido desde la infancia.

Finalmente, en cuanto al género, es preciso decir que el drama sigue un patrón en el que se refleja la búsqueda, o, mas bien, el deseo de búsqueda, de una joven cubana frente al nuevo ambiente anglo-sajón en el que deberá vivir su exilio; ella busca reconocimiento como un individuo nuevo, por eso se apoya en la adquirida dicotomía de su reciente doble-personalidad; la voz narrativa es, por supuesto, totalmente femenina. Para ELLA/SHE, Cuba debe permanecer en su mismo lugar, idealizado o real, independientemente del deseo de la protagonista de crear un cambio conveniente que le propicie el aclimatarse a su nueva vida. Su relación con el pasado femenino familiar debe continuar, pero ella está totalmente segura de que también el choque cultural que trae su novel vida en Nueva York es válido para lograr establecer espacios de convivencia que superen viejos esquemas conservadores y patriarcales traídos de Cuba. ELLA/SHE, sin embargo, lucha consigo misma para conservar el elemento principal de la construcción de la cultura: el idioma, tan relacionado a la mujer en su rol de madre y proveedora de la primera expresión oral de su progenitura. Cabe recordar que es a través del

idioma que se hace universal la experiencia del género; por ende, es por medio de la lengua materna que se puede definir claramente la “otredad” del personaje de *Coser y Cantar*. Sin duda alguna, ELLA/SHE se ha dado cuenta de que algo interior se ha transformado en su ser cuando empieza a usar indiscriminadamente ambas lenguas, el español y el inglés; con cada nuevo día, ELLA/SHE se despierta y se siente más y más distinta. El cambio histórico de la sociedad cubana en el exilio se refleja en el proceso de mutación del único personaje del drama. ELLA/SHE se da cuenta de su nueva posición en el mundo, la cual no depende ya de Cuba, aunque la ilusión de tener un vínculo con su isla patria crea en el personaje la necesidad vital de emprender el proceso de auto-descubrimiento tan necesario para la adaptación al nuevo ambiente en el que, de ahora en adelante, se desarrollará su vida.

Irremediablemente, al hacerle frente a su inexorable futuro con aceptación, ELLA/SHE emerge ante nuestros ojos como un nuevo individuo, bilingüe y bicultural, que está reorganizando y consolidando con éxito su nueva vida, aunque, a pesar de todo, permanece fiel a sí misma y a su pasado cultural cubano. Mientras, afuera de su apartamento, las sirenas, los tiros, los gritos indiferenciados, llenan las calles de Nueva York, con la violencia de cada día.

Bibliografía

GRINBERG, Leon and Rebeca Grinberg. *Psychoanalytic Perspectives on Migration and Exile*. New Haven & London: Yale University Press, 1989.

JUNG, Carl G. *Modern Man in Search of a Soul*. Traducido del alemán por W.S. Dell and Cary F. Baynes. New York: Harcourt, Brace & World, 1959.

PRIDA, Dolores. “Coser y Cantar: A One-Act Bilingual Fantasy for Two Women” (1981). Dolores Prida, *Beautiful Señoritas*. Houston: Arte Público Press, 1991, pp. 49-67.

RANK, Otto. *The trauma of Birth*. New York: Robert Brunner, 1952.

ROBERTS, Gemma. “Víctima de la historia: la enajenación en una novela Cubana contemporánea”, en Jorge M. Febles y Armando González Pérez, editores, *Matías Montes Huidobro: acercamientos a su obra literaria*. New York: The Edwin Mellen Press, 1997, pp. 32-45.

STENGEL, Edmund. “On Learning a New Language”, en *Int. J. Psycho-Analysis*, 1939, n. 20, s.p.

VII. Colofón: El viaje de la realidad a la ficción en cinco siglos



MEDIADORAS INTERCULTURALES FRENTE AL SILENCIO: DE LA “CARTA A LA PRINCESA JUANA” DE ISABEL DE GUEVARA (1556) A *INES DEL ALMA MIA DE ISABEL ALLENDE* (2006)

Rocío Quispe-Agnoli
Michigan State University

La literatura que incorpora libros de viajes es una de las aportaciones novedosas del siglo XIV europeo. *Los viajes de Marco Polo*, conocido también como *El libro del millón* y *El libro de las maravillas*, tuvo un gran impacto en la imaginación europea del siglo XIV y propició el interés por los reinos asiáticos.¹ En el panorama de la literatura española, la obra que inaugura este género es la *Embajada de Tamorlán* (1406) de Ruy Gonzales de Clavijo (López Estrada, 1999: 35).² Me interesa resaltar ahora la perspectiva mediática desde las que se lee *Los viajes de Marco Polo* y la función de mediador intercultural de su protagonista. Concebido en principio como un libro de mercaderías en el que se comparten consejos para los comerciantes, *Los viajes de Marco Polo* ha sido comparado con los manuales de mercaderes de amplia circulación en el siglo XIV (Mollat, 27). Asimismo se lo considera como la crónica de un diplomático ya que el viajero mercader cumple también la función de narrador de costumbres singulares de los pueblos que visita, y dicha función no solo informa sino entretiene.³ El libro de viajes se prolonga

1 En el último tercio del siglo XIV el libro de Marco Polo se tradujo al aragonés y llegó así a la corte castellana.

2 En esta crónica se relata el viaje que hicieron los enviados del rey Enrique III de Castilla en 1403, y su encuentro con el emperador turco-mongol Tamorlán, el Grande. Enrique III vivió entre 1379 y 1406 y reinó en Castilla y León desde 1390 hasta su muerte. La crítica literaria contemporánea ha puesto de relieve el interés por los libros de viajes. López Estrada ha estudiado en detalle las noticias fundamentales sobre este género en el periodo medieval hasta los albores del Renacimiento y ha propuesto una teoría literaria de los libros de viajes hispánicos (2003).

3 “Había Marco oído que cuando el Gran Khan enviaba embajadores por las diversas partes del mundo, y éstos no sabían, a su vuelta, hablarle más que de la misión que para cumplir la cual habían sido designados, él los trataba de necios e ignorantes. Le agradaba más que le hablasen de las costumbres y particularidades de las cortes extranjeras que de lo referente al

y transforma en el siglo XVI con la “Carta a Luis de Santángel” que Cristóbal Colón escribió al secretario de los reyes católicos en 1493 para revelar las maravillas de las Indias occidentales a la corte española. En este documento se superponen varios textos de manera simultánea: el texto mercantil que busca demostrar la utilidad comercial de los territorios descubiertos; el texto historiográfico cuyo objetivo es iniciar la historia de un espacio que se consideraba inexistente y, por lo tanto, carente de historia; y el texto maravilloso desde donde se observan las vidas y costumbres mágicas y sobrenaturales, ilegibles para el europeo, de seres que no estaban sometidos a la ética cristiana y que justificaba la expansión del cristianismo.⁴ El viajero, por lo tanto, se constituye en un puente entre su sociedad y aquéllas a/por las que viaja. Expuesto a la diferencia del otro lugar, este sujeto se convierte en lector de esta otredad, y reescribe lo que ha leído. En este sentido, el viajero cumple una función de mediador entre culturas.

Mujer viajera y colonizadora: agencia y mediación intercultural

En este trabajo me interesa observar esta función de mediador intercultural en la mujer viajera en el territorio hispanoamericano del siglo XVI que ofrece una alternativa al silencio de las historias oficiales sobre este tema, una alternativa que puede entenderse como agencia textual. Entiendo “agente” como aquel individuo que se coloca en una posición textual desde la cual hace escuchar su voz y mueve, o tiene la intención de mover, a sus destinatarios a la acción. Utilizo “agencia textual” a partir de la noción que Margarita Zamora emplea al analizar las voces indígenas en los textos colombinos en su artículo de 1999: “El foco aquí será la cuestión de agencia, entendida como el acto o el habla que influye el curso de los eventos o modifica las actitudes de otros. Según Homi Bhabha, un agente es aquél que es capaz de una acción deliberativa e individual (de palabra o acción)” (191).⁵ Ya que Bhabha plantea la noción de agencia en un contexto

pretexto que escogía para enseñarles. (...) Y [Marco Polo] lo hizo con tal sagacidad y soltura que el Gran Khan quedó maravillado” (16)

4 Jacques Le Goff ha estudiado el libro de viajes medieval como libro de maravillas, milagros y hechos mágicos que se pueden leer como lo sobrenatural divino o satánico, pero siempre dentro de la tradición religiosa judeo-cristiana.

5 Zamora parte del concepto “agencia textual” que Bhabha planteó en su obra seminal de 1994, *The Location of Culture*. Cabe aclarar que Zamora redefine el concepto de “agencia” y “agente textual” de Bhabha para adaptarlo de manera pertinente al análisis de textos colo-

postcolonial, Zamora añade el impacto de la acción para aplicar la definición de Bhabha al contexto colonial hispanoamericano.

Los estudios históricos sobre viajeros hacia y en el Nuevo Mundo suelen relegar a la mujer viajera a un rol de testigo pasivo en las crónicas de esta época una vez que la domesticación del territorio ha tomado lugar.⁶ La literatura de viajes registrada por mujeres no sólo nos entrega una visión del territorio y sus habitantes sino también nos recuerda que estamos ante una visión marcada por el género del viajero. Los relatos de viajes, al igual que los productos de otros modos de representación, revelan tanto o más acerca de la cultura del autor, del que mira, del viajero, que de la cultura que se mira y describe. El viajero se constituye así en un sujeto que descubre la diferencia y habla de ella en su texto de acuerdo con su mirada. Entiendo “mirada” aquí como la forma en que un determinado grupo humano, que está condicionado por su género, identidad nacional, profesión y lugar social, percibe y entiende el mundo.⁷ Teniendo en cuenta “agencia textual” y “mirada” analizo aquí la mirada colonizadora y domesticadora de dos mujeres españolas del siglo XVI tal como ha sido transmitida por un documento legal, y a través del simulacro de su voz y mirada en una novela contemporánea.

Muchos de los estudios que son pioneros en revelar que las mujeres también viajaban enfatizan el dato histórico documental que atestigua cuándo, cómo y cuántas mujeres del Viejo Mundo llegaron al Nuevo para “poblarlo” europeamente y sentar las bases para la expansión civilizatoria que irradiaba Occidente. Consuelo Varela, por ejemplo, anota que las mujeres europeas empezaron a embarcarse a las tierras nuevas a partir del segundo viaje de Cristóbal Colón (1982: 20).⁸ A principios del siglo XVI, el embarque de mujeres al Nuevo Mundo

niales hispanoamericanos.

6 Patricia Lorcín señala que las mujeres inglesas han recogido sus memorias de viajes desde el siglo XV, como atestigua *The Book of Margery Kempe* de 1436. Esta estudiosa indica también que mujeres con diversos intereses han contribuido al género de literatura de viajes dejando testimonio no sólo de una cultura que describe a otra cultura sino un género que describe a otro género.

7 Lorcín declara una idea similar en su propuesta.

8 Samuel Morison señala que en 1498 se le concedió licencia a Colón para reclutar una mujer por cada diez inmigrantes varones (397). Fueron treinta las mujeres por reclutar, y representaban el 10% de la expedición. En su introducción al texto de Guevara, Nina Scott sigue el razonamiento de Morison y señala que ya en 1494, algunas mujeres y niños habían venido a la isla Hispaniola (hoy República Dominicana y Haití) con Antonio de Torres, quien trajo provisiones a Colón. Asimismo, Scott recoge el dato que en el año de 1509, aparece el primer nom-

estaba permitido sólo a las casadas que iban a su lugar de destino a reunirse con sus esposos. Observadores de la época, como Gonzalo Fernández de Oviedo, señalan el ennoblecimiento de la tierra por la presencia de las mujeres castellanas, así como el cambio de hábito del colonizador aventurero en esposo y padre de familia. En la sociedad iniciada por los conquistadores, las mujeres europeas y sus descendientes cumplieron funciones estabilizadoras al plantearse como el centro de irradiación de los valores familiares que hicieron posible el paso de la conquista a la colonia. Además, en el primer siglo de su presencia en las nuevas tierras, mientras el proceso domesticador y civilizador de las Indias tomaba lugar, las mujeres accedieron a espacios de poder económico y social, tradicionalmente reservados a los hombres. Luis Martín ofrece muchos ejemplos de mujeres activas en los primeros años de exploración, conquista, guerras civiles entre los conquistadores, pacificación y establecimiento de la sociedad colonial.⁹

Viajar, mirar, domesticar y conquistar

Me interesa subrayar aquí la presencia necesaria de la mujer pionera en nuevos territorios que se percibe como agente privilegiado de domesticación de lo desconocido y salvaje.¹⁰ Observo un movimiento de ida y vuelta en el proceso de domesticación cuando se trata de la mujer: por un lado se hacen necesarias, como veremos enseguida, en situaciones de conflicto con lo desconocido, y se les permite actuar socialmente para lograr su domesticación. Una vez que la domesticación de lo desconocido se ha establecido convenientemente, la domesticación se ejerce sobre la mujer al confinarla de nuevo al espacio del hogar y excluirla del espacio público en nombre de la “decencia” femenina. Isabel de Guevara e Inés de Suárez se encuentran entre estas mujeres.

En su libro *Daughters of the Conquistadores*, Luis Martín analiza las características de las primeras mujeres españolas que llegan al Perú en su rol de esposas que catalizan la incivildad de sus maridos con el fin de crear y mantener una

bre de una mujer en la lista de pasajeros compilada por la Casa de Contratación de Sevilla (3).

9 Durante las guerras civiles entre los conquistadores del Perú, las mujeres actuaron como mensajeras, espías, contactos, instigadoras de los partidos a los que apoyaban (17).

10 Según el *Diccionario de la Lengua Española*, “domesticar” se define como: (1) reducir, acostumar a la vista y compañía del hombre al animal fiero y salvaje; (2) hacer tratable a alguien que no lo es, moderar la aspereza de carácter.

sociedad estable y saludable (9).¹¹ Martín revela la actividad de mujeres españolas que ejercen su agencia en situaciones extremas como la guerra civil entre los conquistadores, así como aquéllas que recibieron encomiendas como herencia de sus maridos o padres. Una vez que la incipiente sociedad peruana se estabiliza, estas mujeres vuelven al espacio doméstico del hogar en el cual se recluyen. Otras mujeres que ejercen públicamente su agencia son consideradas excepcionales y se les caracteriza como mujeres varoniles. Tal es el caso de Catalina de Erauso¹² y las mujeres piratas del Caribe inglés, Anne Bonny y Mary Read.¹³ Catalina de Erauso es un caso excepcional no solo por su masculinización sino también porque escribe su vida y sucesos aún en vida. No es el caso de las mujeres piratas que, como apunta Paravisini-Gerbert, eran iletradas y sus historias se transmiten en los documentos legales de su juicio y la pluma de la imaginación popular (60). Es interesante observar también que una vez atrapadas por los oficiales europeos, tanto Erauso como Bonny y Read utilizan su condición femenina para solicitar perdón. Por un lado Erauso argumenta que ella ha conservado su honra y se somete a un examen físico para comprobar su virginidad. Por otro, Bonny y Read utilizan sus respectivos embarazos para prolongar el dictamen de sus sentencias durante el juicio que siguió a su captura en 1720.

Teniendo en cuenta esta exploración de la agencia femenina en el tema de la viajera colonial, mi trabajo parte del rol de mediadora intercultural de esta viajera, teniendo en cuenta dos características: la mujer que escribe acerca de su experiencia de viaje, y la participación de mujeres indígenas que son desarraigadas de sus lugares vitales (los Andes, por ejemplo) y participan forzadas en la

11 De acuerdo con Martín, las primeras mujeres en llegar al territorio del Perú fueron Isabel Rodríguez, la Conquistadora, y Beatriz, la Morisca, que siguen a los soldados de Pizarro sin estar casadas. Según la historia oficial, la primera mujer casada que llegó al Perú fue Inés Muñoz, esposa de Martín de Alcántara y cuñada de Francisco Pizarro (8). En 1541 había aproximadamente 300 mujeres españolas en el Perú, siendo la proporción 1 mujer por cada 8 hombres españoles.

12 La historia de Catalina de Erauso se plasmó en su *Vida i sucesos de la monja alférez*. Catalina se disfrazó de hombre para poder moverse en lugares públicos y viajar por el nuevo continente.

13 Estas viajeras son marginales dentro de la marginalidad que es la piratería. Mujeres como Anne Bonny y Mary Read se vistieron de hombre para cruzar el Atlántico en el siglo XVIII. Viajeras, iletradas y marginales, estas mujeres no escribieron acerca de sus experiencias, y se encuentran en los márgenes de las historias piratas escritas por hombres (Paravisini-Gerbert y Romero-Cesareo, 1-2). Hay que distinguir entonces entre las viajeras que escriben sus experiencias de aquéllas cuyas historias son escritas por otros.

experiencia de viaje (al Arauco). Al analizar estos personajes, observo también dos recurrencias en el tema de la viajera colonial hispanoamericana: (1) la función crucial de mediadora a diferentes niveles que las mujeres españolas e indígenas cumplen; (2) el silenciamiento de la voz femenina en los discursos patriarcales *versus* la ficcionalización de las mismas voces y agencias en los discursos narrativos producidos por mujeres. Para apoyar esta reflexión parto de ciertos aspectos de la “Carta a la princesa Juana” de Isabel de Guevara (1556) a propósito de la expedición española que fue el preámbulo de la fundación de Asunción (Paraguay). En seguida, comento la construcción ficcional de voces y agencias femeninas que domesticar el territorio mapuche en *Inés del Alma Mía* (2006) de Isabel Allende. Esta novela histórica se centra en la autobiografía ficcional de Inés de Suárez, fundadora del Reino de Chile, pero despliega tres agencias femeninas que, como ella, se desplazan entre múltiples mundos y culturas: Cecilia, princesa inca que se casa con un oficial español; Catalina, la yanacona fiel de Inés; e Isabel, la hija mestiza a quien Inés Suárez dirige su narración.

Guevara o la domesticación de la selva guaraní

Isabel de Guevara se encuentra entre las mujeres que llegaron al Nuevo Mundo en los primeros cincuenta años de su encuentro, siguiendo a su marido, Pedro de Esquivel. Martín la ubica entre las viajeras exploradoras que siguieron a sus maridos y compartieron con ellos la aventura de la conquista y la expansión de las fronteras durante el siglo XVI (33). Guevara se encontraba ya entre las mujeres que llegaron con Pedro de Mendoza en 1536 para fundar lo que sería la ciudad de Buenos Aires. De acuerdo con Martín, Isabel de Guevara presenció los primeros meses de la expedición en el Río de La Plata. Según la carta de la misma, en apenas tres meses alrededor de mil hombres habían muerto por el ambiente hostil y su incapacidad frente a un mundo desconocido: su falta de conocimiento sobre flora y fauna de la zona y su apego a la dieta europea hace que los hombres padezcan hambre y enfermedades a lo que se suman los ataques de los indios. El resto de la expedición continuó su camino hacia el este del continente y fundó Asunción, hoy capital de Paraguay. Con el paso de los años, Juan de Irala fue nombrado Gobernador de Asunción, y, en 1555, éste obtuvo el permiso de la Corona para distribuir encomiendas, pero ni Pedro de Esquivel ni ella recibieron ninguna. Años más tarde, en 1571, Esquivel fue acusado de traidor por Felipe de Cáceres, lo que produjo su encarcelamiento y posterior ejecución (LaFuente

Machain). Sin embargo, en 1556, movida por las medidas de Irala, Isabel decidió manifestar su voz en medios oficiales. Fue este acontecimiento lo que llevó a Guevara a producir su “Carta a la princesa doña Juana.”¹⁴

La carta que Isabel dirige a la princesa Juana ha sido clasificada como una carta de relación en la que ofrece la narración de los servicios prestados a la corona y la petición de recompensa. El título de la carta evidencia su carácter relatorio: “Carta de Isabel de Guevara a la princesa gobernadora doña Juana, exponiendo los trabajos hechos en el descubrimiento y conquista del Río de la Plata por las mugeres para ayudar a los hombres, y pidiendo repartimiento para su marido” (Scott, 9). En el área de estudios textuales, la carta de Guevara cobra tal importancia por dos razones: (1) utiliza el discurso de la carta relatoria y su retórica jurídico-legal para establecer el caso correspondiente y exigir recompensa, géneros asociados con iniciativas masculinas en la época; (2) el yo protagonista es femenino y ofrece una perspectiva femenina de un género asociado con protagonistas masculinos. La aparente ausencia de documentación ha contribuido a la impresión de que las mujeres, debido a su limitada educación y exposición a la esfera pública, no tuvieron acceso a la maquinaria de recursos legales para asegurarse una posición en su sociedad. Sin embargo la carta de Guevara no es un caso aislado, sino forma parte de una familia documental extensa que se encuentra en los archivos.¹⁵ Hay estudios que analizan el género historiográfico (Marrero-Fente) así como el género femenino del yo que relata esta carta (Lopreto, Tieffemberg, Quispe-Agnoli). En esta ocasión observo los elementos de esta

14 El original de esta carta se encuentra en el Museo Histórico de Madrid. Una versión digitalizada se encuentra en los apéndices del *Viaje al Río de La Plata* de Ulrico Schmidl. Utilizo aquí la edición de Nina Scott.

15 Esta impresión de ausencia se debe a la selección de eventos oficiales que discursos históricos e historiográficos hacen como representativos de las sociedades que describen. Se trata de un problema de perspectiva y criterios que descalifica la actividad femenina como doméstica, privada y cotidiana y la excluye del devenir histórico. Sin embargo el trabajo persistente de investigadores en archivos documentales como el Archivo General de Indias de Sevilla, demuestra que las mujeres de las colonias hispanoamericanas sí emplearon asiduamente los recursos legales escritos que tenían a mano para solicitar tierras, encomiendas, reconocimiento de privilegios, becas para sus hijos, ayudantías, cargos para sus maridos, rentas de manutención, entre otros. En su introducción a la carta de Guevara, Scott menciona el trabajo inédito de Mary Berg (7). Dos ejemplos más son los estudios de Martin y Rostorowski acerca de las actividades de las mujeres españolas, indígenas y mestizas en el Perú colonial.

carta que apuntan hacia el proceso de domesticación de lo desconocido con el fin de darle sentido, ordenarlo y convertirlo en una realidad conocida y colonizable.

Como ya he mencionado, Isabel de Guevara llegó con la expedición de Pedro de Mendoza al territorio de La Plata y a la recién fundada Buenos Aires en 1536. La ciudad fue azotada por el hambre en grado extremo y por los ataques de los indios. De esta manera, el espacio del Nuevo Mundo se caracteriza como un lugar hostil, carente y pobre, sin recursos que provean los bastimentos necesarios para la expedición. La alusión al episodio del sitio de Jerusalén que se encuentra en la carta de Guevara (“fue tamaña el hambre, que ni la de Xerusalén se le puede ygualar”, 9) sirve para dar una idea de la situación de extrema carencia que enfrentan los españoles en este territorio. ¿Cómo enfrentar esta carencia y hostilidad del territorio desconocido? Mientras los hombres se debilitan rápidamente, las mujeres demuestran su fortaleza gracias a su experiencia doméstica que les permite asumir las tareas para sobrevivir:

Las fatigadas mujeres los curavan y los miravan y les guisavan la comida, trayendo la leña a cuestras de fuera del navío, y animándolos con palabras varoniles, que no se dexasen morir, que presto darían tierra de comida, metiéndolos a cuestras en los bergantines, con tanto amor como si fueran sus propios hijos. (10)

Así frente al peligro de las enfermedades, las mujeres lavan la ropa de los hombres, los curan, los limpian. Estas labores domésticas sientan y afianzan la base de la supervivencia en el espacio carente y hostil. La abnegación femenina y el amor maternal se manifiestan también en la preocupación doméstica de la diversidad en la comida. Proveer dicha diversidad surge como una necesidad para la recuperación vital de los hombres: “de nuevo los [a los hombres] servíamos en buscarles diversos modos de guisados, porque no les diese en rostro el pescado” (10). Es interesante leer que la domesticación del espacio básico de supervivencia se extiende a labores asociadas con la defensa, la guerra y los hombres. Las mujeres también vigilan, rondan los fuegos, armas las ballestas, preparan a los soldados para la guerra: “sargenteando y poniendo en orden.” Asimismo las mujeres “animan con palabras varoniles” y toman control de la navegación: “marear la uela,” “gouernar el navio,” “sondar de proa,” “tomar el remo” (10) Su participación es fundamental en la fundación de Asunción: son ellas las que organizan los alimentos y siembran en los campos: “rosando y carpiendo y sembrando y recogiendo el bastimento” (10). De esta manera se actualiza relación entre mujer y la fecundidad de la tierra.

La contribución de estas viajeras a la civilización del territorio desconocido incluye labores domésticas fundamentales para la supervivencia, así como actividades relacionadas con la guerra, la navegación y el gobierno. ¿Cuál es la explicación que Guevara ofrece para explicar este desbalance inesperado entre hombres y mujeres frente al espacio hostil? No hay explicación natural en esta carta, sino moral. Es la voluntad de Dios: “pasaron tanto trabajo las desdichadas mugeres, que milagrosamente quiso Dios que biviesen por ver que hen ellas estava la vida dellos” (10).

Una vez que las mujeres han asistido a los hombres, han propiciado su supervivencia y el retorno a un orden conocido para ellos, ellas dejan el espacio asociado con los hombres y se retraen al espacio doméstico del hogar: “hasta tanto que los soldados guarecieron de sus flaquezas y començaron a señorear la tierra” (10). Estamos aquí ante una situación que se repite en la participación de las mujeres en la historia de América Latina: una vez superada la crisis y restablecido el orden, la mujer que ha participado activamente y ha demostrado una agencia femenina como condición indispensable para la supervivencia de la sociedad hispanoamericana, es confinada al espacio cerrado de la cocina y el hogar. Hay múltiples ejemplos de este proceso de retroceso¹⁶ en la historia de las mujeres en América Latina: desde Quispe Sisa, la concubina de Francisco Pizarro, que desempeñó un rol fundamental en la defensa de Lima en 1537 (Rostorowski); hasta Inés de Suárez, amante y compañera de Pedro de Valdivia, cuya construcción novelística comento en seguida.¹⁷

16 Este concepto es lo que se conoce como “backlash” en los estudios sociológicos de género. “Backlash” es un movimiento de retroceso violento que puede traducir como “contragolpe”. El término se utiliza para describir el retroceso a un estado anterior como es el confinamiento de la mujer al hogar en una situación de orden y sin crisis.

17 Otros ejemplos lo constituyen las mujeres españolas que enfrentaron la guerra civil de los conquistadores (Martín) como Inés Muñoz, quien introdujo plantas europeas en suelo americano y produjo los primeros cultivos híbridos en el siglo XVI y también peleó legalmente, al lado de Francisca Pizarro, a fin de conservar sus derechos (Hemming). Micaela Bastidas es otro ejemplo que analiza Sara Beatriz Guardia—al hablar de la rebelión de Túpac Amaru II—en los siguientes términos: “todas las mujeres que se involucraron como espías, recolectoras de armas y protectoras de los campesinos.” (Stagnaro y Zevallos)

La domesticación de lo desconocido en *Inés del Alma Mía*

Inés de Suárez (ca. 1507-1580) fue una colonizadora española que participó en la conquista de Chile al lado de su amante, Pedro de Valdivia. Suárez se convirtió desde entonces en un ícono del heroísmo conquistador cuando participó activamente en la defensa de Santiago de Chile, que había sido sitiado por grupos indígenas en 1541. Inés había llegado cuatro años antes (1537) a América en busca de su marido, Juan de Málaga, a quien encontró muerto. En 1539 solicitó, en su calidad de viuda de un soldado español, tierra y derechos de encomienda en el Cuzco, donde también conoció a Pedro de Valdivia. Cuando Valdivia inició su exploración del sur, logró que Francisco Pizarro le concediera permiso a Inés para que lo acompañara como su sirvienta doméstica. A partir de este momento, Inés de Suárez se convirtió en agente fundamental de la conquista de Chile y la colonización del territorio mapuche. Sus múltiples habilidades --coser, cocinar, limpiar, curar enfermos, encontrar agua en el desierto, descubrir intrigas—y fuerte personalidad, que se pone de manifiesto en el sitio de Santiago, la convirtieron en la conquistadora de Chile. En su estudio de 1983, Luis Martín señala un detalle interesante que se presenta también en la carta de Guevara: una vez terminadas las batallas donde Inés hubo combatido como un soldado, se preocupaba ésta en buscar los animales domésticos que habían traído consigo para asegurar la supervivencia de los hombres en los días por venir (23). Asimismo, tal como indica Martín, en múltiples ocasiones Inés salvó la vida de Valdivia, especialmente actuando como espía y previniéndolo de conspiraciones, de manera semejante a Isabel de Guevara cuando ella declaró cómo intervino para salvar a su marido: “tres veces le saqué el cuchillo de la garganta” (11).

En 1545 Inés fue recompensada por Valdivia con una encomienda. En 1549 el conquistador tuvo que renunciar a su relación con Suárez para mantener su puesto de Gobernador de Chile, y la casó entonces con el capitán Rodrigo de Quiroga. Después de su matrimonio, Suárez llevó una vida retirada y tranquila y se dedicó a la caridad pública hasta su muerte en 1580.

Isabel Allende ficcionaliza a Inés de Suárez en su novela no sólo para darle un lugar en la tradición textual de Chile, sino además la hace escritora de su propia historia.¹⁸ Se trata de un relato que combina la cotidianidad de la vida

18 La editorial Seix Barral publicó *Inés del alma mía* por primera vez en 2005. En 2006 Harper Collins la publicó por primera vez en Estados Unidos. Sigo esta edición para todas las citas y

privada y diaria de Inés de Suárez quien se asocia con el espacio doméstico y familiar de las mujeres, y la historia oficial y pública de la conquista de Chile. A partir de la novela de Allende, propongo que la mujer viajera domestica el espacio hostil del Nuevo Mundo y lo prepara para su colonización. Asimismo, mujeres conquistadoras como Isabel de Guevara en la conquista de Paraguay e Inés de Suárez—ésta última bajo la pluma de Allende—domesticar también los discursos oficiales de la conquista que se asocian casi exclusivamente con autoría masculina. A continuación analizo el proceso de domesticación del Nuevo Mundo que Inés de Suárez y la constelación de mujeres que la acompañan en la novela operan. Observo también cómo el personaje de Inés percibe a la mujer española “decente” del siglo XVI, que vive recluida en su hogar al ser domesticada por el poder patriarcal. Finalmente establezco la conexión entre este proceso de domesticación del lugar desconocido a la reorganización de la escritura de la historia que propone la protagonista de esta novela.

La novela de Allende se reparte en seis capítulos que siguen un orden cronológico, de 1500 a 1553. Estos años corresponden al nacimiento y muerte de Pedro de Valdivia y no de Inés de Suárez, quien vivió entre 1507 y 1580.¹⁹ A pesar de las fechas asociadas con Valdivia, la clara protagonista de cada capítulo es Inés de Suárez quien se presenta acompañada por una constelación de mujeres. Mientras Inés se niega a ser domesticada socialmente de acuerdo con las opciones que tenía la mujer en su época, las otras mujeres de esta historia ocupan diferentes posiciones frente a este proceso, del que son objeto pasivo o sujeto activo. En el capítulo uno, Inés enfrenta el espacio hostil de la sociedad española que la obliga a servir y depender del hombre de la familia. Por un lado el abuelo decide que no sirve para el matrimonio y, por lo tanto, cuidará de él en su vejez; por otro, al ser abandonada por su marido, Juan de Málaga, Inés se queja del callejón sin salida en que se encuentra, por su condición de mujer:

Vivía rabiosa conmigo y con el mundo por haber nacido mujer y estar condenada a la prisión de las costumbres (...) Estaba atada al fantasma de Juan. No era realmente viuda, no podía volver a casarme, mi papel era

referencias bibliográficas.

19 Uno: Europa, 1500-1537; Dos: América, 1537-1540; Tres: Viaje a Chile, 1540-1541; Cuatro: Santiago de la Nueva Extremadura, 1541-1543; Cinco: Los años trágicos, 1543-1549; y Seis: La Guerra de Chile, 1549-1553.

esperar, sólo esperar. ¿No era preferible enfrentar los peligros del mar y de tierras bárbaras antes que envejecer y morir sin haber vivido? (29)

Las limitadas opciones de la mujer llevan a Inés a insistir en el viaje americano como una opción de libertad. Inés usa su condición de esposa en busca de su marido en el Nuevo Mundo para explorar otras opciones y ser ella misma de una manera diferente: “sospechaba que allá [el Nuevo Mundo] había algo aún más valioso: libertad. En las Indias cada uno era su propio amo, (...) ser otra persona, vivir otra vida” (27). Esta nueva vida es lo que le permite alcanzar una identidad alternativa que presenta en el relato. Inés no habría podido lograr esta identidad si se hubiera quedado en España y hubiera aceptado su domesticación social:

He vivido más de cuarenta años en el Nuevo Mundo y todavía no me acostumbro al desorden, aunque yo misma me he beneficiado de él; si me hubiese quedado en mi pueblo natal, hoy sería una anciana pobre y ciega de tanto hacer encaje a la luz de un candil. Allá sería la costurera de la calle del Acueducto. Aquí soy doña Inés Suárez, señora muy principal, viuda del excelentísimo gobernador don Rodrigo de Quiroga, conquistadora y fundadora del Reino de Chile. (14)

En contraste con Inés, su hermana, Asunción, y su sobrina, Constanza, viven de acuerdo con la norma convencional española: se casan, tienen hijos y se someten a sus maridos. Ambas son consideradas en sus primeros años para llevar una vida religiosa, pero justamente la madre de Asunción e Inés las sacan de ese camino. Mientras Asunción experimenta estigmata y visiones a los once años que la pudo colocar en el camino religioso de perfección, Constanza estaba destinada a entrar al convento con la dote que su tía iba a proveer. En el caso de Asunción, la madre interviene y la devuelve a sus sentidos para que lleve una vida normal²⁰ mientras que Constanza se casa con Daniel Belalcazar a quien conoce en el viaje a América con su tía Inés.

La naturaleza independiente de Inés se manifiesta en los capítulos previos al viaje al Nuevo Mundo. Esta naturaleza le permite aprender oficios domés-

20 “Que yo recuerde, todas ellas [otras niñas estigmatizadas] terminaron de monjas en un convento, menos Asunción, que gracias a la precaución de mi madre y el silencio de la familia, se repuso del milagro sin consecuencias, se casó y tuvo varios hijos” (19).

ticos femeninos (coser, cocinar, curar) que contribuyen a su competencia para sobrevivir en España y luego en espacios inhóspitos para el hombre español. En la Península, dichos oficios le permiten prepararse para casarse y luego para mantener a su propia familia, ya que su marido no cumple ese rol: “yo bordaba y cosía desde la madrugada hasta la medianoche, ahorrando para casarnos” (22); “¿quien va a mantener a los chiquillos? “Yo misma, que para eso tengo hilo y aguja” (25). La cocina le permite no solo comer, sino ganar dinero y defenderse de los hombres. Inés cuenta cómo hacía sus empanadas en los hornos públicos y luego las vendía al amanecer en la Plaza Mayor: “Mis pasteles —o empanadas— se hicieron muy populares y al poco tiempo ganaba más cocinando que cosiendo” (25). Igualmente ella usa la sartén de hierro para defenderse de los hombres que la acechan o intentan pegarle, como hicieran su abuela y su madre. El instinto de supervivencia de Inés, que hereda de su abuela y su madre, se pone de manifiesto también en su resistencia a las enfermedades y el hambre. Por un lado su madre sobrevive el hambre y la peste que siguió a la muerte de Felipe el hermoso. Por otro, Inés es capaz de curar enfermos porque su cuerpo resiste las enfermedades y los desastres naturales: “en Chile sobreviví sin problemas en el desierto, caliente como una hoguera, en diluvios invernales, que mataban de gripe a los hombres más robustos, y durante las epidemias de tifus y viruela, en las que me tocó cuidar y enterrar víctimas” (93). Inés también transforma su imposible maternidad en una ventaja: “con hijos habría estado atada, (...) con hijos no habría conquistado este Reino de Chile” (26). Las habilidades de cocinar y curar le permiten sobrevivir el viaje transatlántico,²¹ y más adelante mantenerse en el Cuzco (106-108). La eficiencia doméstica de Inés le es de utilidad cuando pide permiso a Francisco Pizarro para acompañar a la expedición de Valdivia a Chile. En este momento revela un don fundamental para la supervivencia en el desierto: su habilidad, heredada de su madre, de encontrar agua. (129)

Viaje a través del desierto: la domesticación del infierno

Quiero ahora comentar el espacio al que la domesticación de Inés de Suárez se enfrenta. Las Indias fue referida por Cristóbal Colón en su “Carta a Luis de Santángel” como un paraíso de abundancia. En pocos años esta imagen cam-

21 Inés soluciona el hambre en el barco con empanadas. Cocinando y curando se ganó la consideración y respeto de los tripulantes (61).

biaría al caracterizar las islas del Caribe como un espacio infernal en su “*Lettera Rarissima*” o “*Relación del cuarto viaje*” de 1503. El Nuevo Mundo es, para los europeos, un espacio naturalmente hostil, caótico, desordenado, incontrolable y desconocido que, sin embargo, oscila entre dos extremos: puede estar lleno de riquezas o completamente desértico. La novela de Allende reproduce la idea de abundancia de la siguiente manera: “En este Nuevo Mundo el aire es caliente, propicio a la sensualidad, todo es más intenso, el color, los aromas, los sabores; incluso las flores, con sus terribles fragancias, y las frutas, tibias y pegajosas, incitan a la lascivia” (95). Si bien las Indias del trópico conforman un espacio abundante y sensual, también pueden ser un espacio de carencia extrema, como sucede con el territorio mapuche visto por los españoles en la misma novela: “el desierto más árido del mundo” (129), “paisaje áspero, de inmensa crueldad” (151).

Pedro de Valdivia decidió probar una ruta alternativa a la de Diego de Almagro para avanzar hacia el sur y evitar las montañas en las que el conquistador había fracasado. Dicha ruta alternativa consistía en cruzar el desierto de Atacama. Para ello Inés se prepara: “Hacían tejer mantas y preparaba carne seca, cereales y otros alimentos durables” (146). El mayor éxito de Inés en el desierto es encontrar agua en abundancia gracias al don que le había logrado el permiso para viajar y que Valdivia reconoce como la habilidad clave para sobrevivir el viaje: “Este milagro no es de la Virgen, sino tuyo, Inés—me dijo Pedro muy impresionado—. Gracias a ti atravesaremos este infierno sanos y salvos” (154).

Otra habilidad de Inés para mantener el orden dentro del desorden del Nuevo Mundo es su intuición para descubrir conspiraciones. En la travesía del desierto, Inés se mostró hospitalaria con hombres que llegan a su campamento, les dio mucha comida y vino para emborracharlos y controlarlos, ya que venían a matar a Valdivia (159). Esta fue la primera de varias ocasiones en que Inés descubre conspiraciones contra Valdivia y lo previene evitando su muerte. Así la actividad doméstica en el desierto se extiende a sus actividades organizativas cuando se funda Santiago de Nueva Extremadura y, más adelante, lo defiende en ausencia de Valdivia. Convencida de la capacidad organizadora y administrativa de la mujer, Inés se lanza a la construcción del Chile colonial: “Asumí con porfía el trabajo de fundar, que en el Nuevo Mundo corresponde a las mujeres. Los hombres solo construyen pueblos provisorios para dejarnos allí con los hijos” (194). De esta manera, Inés organiza a la gente para construir muebles, hornos, telares, vajillas de barro, mantas, ropa, manteles “y lo indispensable para una vida

civilizada” (194). Establece un sistema de turnos para que todos comieran y un sistema comunitario para criar animales domésticos y cultivar maíz y trigo. Enseguida, Inés y Catalina negocian con los indios del lugar para aprender recetas curativas con las plantas chilenas, componer huesos, cauterizar heridas y atender partos (199). Una vez que Valdivia es nombrado gobernador de Chile, ella es nombrada gobernadora por él: “Me convertí en madre de nuestro pequeño poblado, debía velar por el bienestar de cada uno de sus habitantes, desde Pedro de Valdivia hasta la última gallina del corral. No había descanso para mí, vivía pendiente de los detalles cotidianos: comida, ropa, siembras, animales” (201). De esta manera, Inés organiza socialmente la ciudad incipiente de Santiago.

Indias viajeras como mediadoras interculturales

En el proceso de domesticación, fundación de la ciudad y colonización de las Indias que examino a partir de la novela de Allende, Inés es la única mujer española, pero está acompañada por mujeres indias que se someten al desarraigo y viajan con los españoles. Entre ellas sobresalen Catalina, la sirvienta india que recibió como parte de su encomienda en Cuzco, y Cecilia, una princesa inca cristianizada que se había unido al conquistador Juan Gómez. Catalina es una mujer india mayor que Inés reconoce como sabia, leal, efectivamente instintiva y con poderes mágicos que le permitía hacer predicciones y hablar con los muertos:

Me asignaron tres indias de servicio, dos jóvenes y una de más edad que había adoptado el nombre cristiano de Catalina y llegaría a ser mi mejor amiga (...) Nada sé de la vida de Catalina antes de la llegada de los españoles al Perú; no hablaba de su pasado, era desconfiada y misteriosa. Baja, cuadrada, de color avellana, con dos trenzas gruesas atadas a la espalda con lanas de colores, ojos de carbón y olor a humo, esta Catalina podía estar en varios lugares al mismo tiempo y desaparecer en un suspiro. Aprendió castellano, se adaptó a nuestras costumbres, parecía satisfecha de vivir conmigo y un par de años más tarde insistió en acompañarme a Chile. (106-107)

Catalina le enseñó el uso de las plantas curativas del Perú y es ella quien le profetiza la llegada de Valdivia a su vida para que Inés lo espere y no se case con el hombre equivocado. Catalina se convertiría en su mejor amiga como ella escribe: “Catalina vivió conmigo muchos años, cuidó de mi salud, me previno de peligros y me guió en decisiones importantes. La única promesa que no cumplió fue la de acompañarme en la vejez, porque se murió antes que yo” (108). La sir-

vienta india también es la única que desconfió del niño mapuche que vive entre ellos, Felipe, quien años más tarde se revelaría como Lautaro, el toquí en cuyas manos Valdivia murió según algunas versiones.

En contraste con Catalina, Cecilia es una joven majestuosa que acepta el desarraigo para vivir con su amante y se lanza a un viaje incierto cuando tiene tres meses de embarazo: “joven y bella, con facciones delicadas, casi infantiles, de corta estatura y delgada, pero resultaba imponente porque tenía la altivez de quien ha nacido en cuna de oro y está acostumbrada a ser servida” (134). Cecilia negocia también con Inés al iniciar el viaje a Chile: ella puede conseguir yanaconas para asistílos en el viaje siempre y cuando no sean encadenados. A lo largo de la novela Cecilia cumple el rol de mediadora intercultural y portadora de información para Inés y Valdivia. Como traductora cultural para Inés, Cecilia explica los significados de la vestimenta y ritual incas (196); organiza un sistema de información para averiguar lo que sucede entre los mapuche, los incas y los españoles incluso en el Perú; y aconseja cómo negociar con los mapuche (204). Cecilia y sus indias actúan como espía e informantes: averiguó que Michimalonko estaba preparándose para atacar (203) e informó de manera eficiente cómo miles de indígenas llegaban al valle para hacer la guerra (213, 222, 238-239). En el peor momento de la toma de Santiago, Cecilia y sus indias se organizan en su escondite bajo tierra: “Cecilia asignó a las nodrizas la tarea de ponerse los críos al pezón por turno durante el día entero, mientras ella, hacha en mano, se dispuso a defenderlas” (237). Cecilia no expresa miedo o angustia, como cuando su marido la rescata del escondite subterráneo: “Por fin vienes, Juan, ya empezaba a aburrirme” (237). Cecilia es una pieza fundamental para el final de la historia, cuando gracias a su sistema de información le avisa a Inés sobre la verdadera muerte de Valdivia por medio de una india mapuche que tiene a su servicio. Inés se entrevista con la sirvienta en mapudungu y se entera de los detalles terribles del final del conquistador de Chile. Inés había aprendido mapudungu de Felipe/Lautaro mientras éste vivía en Santiago. Para lograr la atención del hosco mapuche, Valdivia le ofreció a cambio de este servicio que se hiciera cargo de los caballos españoles, un error estratégico que luego le costaría la vida.

El ejercicio de la guerra, que se asocia exclusivamente con el varón, constituye el elemento culminante de la domesticación del Nuevo Mundo que ejerce Inés. A pesar de las múltiples ocasiones en que Inés ha demostrado su agencia

fundadora y civilizadora en la fundación de Chile, Valdivia descalifica a la mujer cuando tiene que ver con asuntos militares ante lo cual Inés se queja:

Cada vez que intentaba disuadirlo, porque el sentido común me lo mandaba, se ponía furioso y terminábamos enojados. No estuve de acuerdo con él (...) cuando le dio la fiebre de fundar ciudades que no podíamos poblar ni defender (...) “Las mujeres no pueden pensar en grande, no imaginan el futuro, carecen del sentido de la Historia, sólo se ocupan de lo doméstico y lo inmediato”, me dijo una vez, (...) pero debió retractarse cuando le recité la lista de todo lo que yo y otras mujeres habíamos contribuido en la tarea de conquistar y fundar. (223)

En mi opinión, la cita anterior sirve como anuncio del clímax de la historia y la agencia de Inés y tiene que ver con el rol que cumplió en la defensa de Santiago cuando fue atacado por los mapuche en 1541. En primer lugar Inés se percata, en medio de la noche, de las sombras en el horizonte que Rodrigo confirma como indios con mantas negras que se acercan a la ciudad (227). Durante la batalla Inés relata no solo su participación sino la de las mujeres indias que la acompañan:

Catalina, mis mujeres y yo habíamos alcanzado a organizarnos con lo habitual, trapos, carbones, agua y aceite hirviendo, vino para desinfectar y *muday* para ayudar a soportar el dolor. Otras mujeres estaban preparando ollas de sopa, calabazas con agua y tortillas de maíz, porque la batalla iba para largo (229).

A lo largo de la pelea que dura horas, Inés y “sus mujeres” curan y atienden a los heridos y los devuelven a la batalla, hasta el primer momento clave que anuncia la culminación de su agencia: Inés se convierte en una mujer furiosa porque le matan a los animales y destrozan sus cultivos: “Eso fue lo que terminó de sacarme de quicio, había cuidado a cada uno de esos animales como a los hijos que no tuve. Con un rugido que se me escapó de las entrañas, salí al encuentro de los indígenas, (...) debí de presentar un aspecto muy amenazador porque los salvajes se detuvieron por un momento y enseguida retrocedieron unos pasos, sorprendidos” (230). Enseguida Inés salva lo que puede salvar y ordena a las mujeres que lleven comida a los soldados en la plaza (232), mientras que ella misma se pone la armadura y espada de un soldado muerto y va a la plaza. Es en este momento en que ella escucha a los rehenes mapuche: “...las voces de los siete caciques azuzando a sus gentes a grito destemplado” (233). Dichas voces provocan

la reacción extrema de Inés, que luego ella misma se niega recordar: ordena matar a los siete caciques mapuche, los decapita con su propia mano y luego arroja sus cabezas en diversas direcciones de la plaza:

Y entonces enarbolé la espada a dos manos y la descargué con la fuerza del odio sobre el cacique que tenía más cerca, cercenándole el cuello de un solo tajo. El impulso del golpe me lanzó de rodillas al suelo, donde un chorro de sangre me saltó a la cara, mientras la cabeza rodaba a mis pies. (...) Uno de los guardias aseguró que después decapité de igual forma a los otros seis prisioneros, (...) El hecho es que en cuestión de minutos había siete cabezas en tierra. Que Dios me perdone. Cogí una por los pelos, salí a la plaza a trancos de gigante, me subí en los sacos de arena de la barricada y lancé mi horrendo trofeo por los aires con una fuerza descomunal, y un pavoroso grito de triunfo, que subió desde el fondo de la tierra, me atravesó entera y escapó vibrando como un trueno de mi pecho. La cabeza voló, dio varias vueltas y aterrizó en medio de la indiada. (...) Sólo sé que no me fallaron los brazos para enviar las cabezas por los aires. Antes de que hubiera lanzado la última, una quietud cayó sobre la plaza (...) y vimos que los indios, mudos, despavoridos, empezaban a retroceder, uno, dos, tres pasos, luego empujándose, salían a la carrera y se alejaban por las mismas calles que ya tenían tomadas. (235)

De esta manera y con la intervención efectiva de Inés de Suárez se salvó Santiago de Nueva Extremadura. Los indios huyen, pero ¿cómo reaccionan los hombres españoles frente a tanta fuerza y furia que parecen fuera de control? Inés parece volver a sus sentidos y declara entonces que se ve no como un héroe sino como una fuerza demoníaca inexplicable: “Me vi como me veía la gente a mi alrededor: un demonio desgredado, cubierto de sangre, ya sin voz de tanto gritar” (235). La mujer varonil en extremo que se conduce como una guerrera efectiva en batalla, es vista más bien como una fuerza que ha perdido el control y la razón. La explicación de sus compañeros en batalla es que Inés se ha vuelto loca, mientras Rodrigo la rescata para aplacar su furia. Cuando Rodrigo comprueba más adelante que Inés está cuerda y reconoce que es ella quien ha salvado a la ciudad, ésta se niega a hablar (239). Más adelante, en una conversación con Cecilia cuando Valdivia la ha abandonado para asegurar la gobernación de Chile, Inés explica cómo el temple que lleva al heroísmo sólo se atribuye a los hombres, mas no a las mujeres: “Temple es una virtud apreciada en el varón, pero se considera un defecto en nuestro sexo. Las mujeres con temple ponen en peligro

el desequilibrio del mundo, que favorece a los hombres, por eso se ensañan en vejarlas y destruirlas” (307).

Después de este episodio, siguen dos años de inviernos crudos en los que las mujeres participan activamente para contrarrestar la miseria: “las mujeres trabajábamos codo a codo con los soldados y yanaconas” (248). Frente al hambre, cocinan sopas de restos, engañan al estómago con tisanas y aprenden a usar el cadáver completo de animales domésticos (250-251).

La escritura como domesticación y acto colonizador

Inés de Suárez e Isabel de Guevara compartieron destinos semejantes en tanto exploradoras pioneras del Nuevo Mundo y comprendieron también que la escritura era el medio oficial de comunicación y el canal para expresar sus respectivas agencias. La domesticación se extiende así al ámbito ideológico mediante el poder de la escritura. Guevara utiliza la retórica jurídico-legal para conseguir sus objetivos. El personaje de la novela de Allende explica también cómo aprendió a leer: “puedo anotar mis recuerdos y pensamientos con tinta y papel gracias al clérigo González de Marmolejo, quien se dio tiempo, entre su trabajo de evangelizar salvajes y consolar cristianos, para enseñarme a leer.” (17-18)²²

El acto de escribir la vida propia se convierte en motivo literario en la novela de Allende. De ser lectora como figura en la historiografía colonial, la Inés de la novela escribe su autobiografía y reflexiona de principio a fin sobre las causas y objetivos de su escritura. El principio y fin del texto coinciden también con el nacimiento y final de Inés de Suárez de una manera circular. La novela empieza con una Inés envejecida quien en el último año de su vida se sienta a escribir y dirige su historia épica a Isabel de Quiroga, la hijastra mestiza de Rodrigo —su segundo marido— a quien adoptó antes de casarse con su padre: “Te ruego un poco de paciencia, Isabel, verás que pronto este desordenado relato llegará al momento en que mi destino se entrecruza con el de Pedro de Valdivia y se inicia la epopeya que deseo contarte.” (105). Si bien el protagonista de la historia parece ser Pedro de Valdivia, es Inés quien se encuentra en control de la escritura y explica a Isabel

22 Suárez, como indica Martín, aprendió a leer y escribir cuando tenía casi 50 años, y prosiguió su instrucción a pesar de las burlas de coetáneos (24).

que va a contar la historia del Valdivia real, “que amó y temió” (120) y no del Valdivia que todos ven como héroe conquistador de los mapuche.²³

Asimismo, en la novela Inés reflexiona sobre el poder de la letra impresa y su simulacro de verdad. Un ejemplo es el cuestionamiento del poema épico de Alonso de Ercilla, a quien corrige por llamar “araucanos” a los indios mapuche (82). En otra ocasión Inés habla de su edad y de su muerte cercana: “Podría decir que una gitana a orillas del río Jerte adivinó la fecha de mi muerte, pero sería una de esas falsedades que suelen plasmarse en los libros y que por estar impresas parecen ciertas.” (13) La escritura organiza los pensamientos, domestica las ideas y las coloca armoniosamente en el papel. Por ello es tan importante para la Inés ficcional escribir ordenadamente: “una crónica ha de seguir el orden natural de los acontecimientos, aunque la memoria sea un revoltijo sin lógica” (17).²⁴

En el último párrafo de su relato Inés se pregunta, frente a Isabel, por qué se aferra a la versión de la terrible muerte de Valdivia según se lo ha contado la india mapuche. Inés declara enfermarse con vómitos y fiebres ardientes en los mismos momentos en que su amante es sometido a torturas. En el delirio de su enfermedad y el tormento de Valdivia, Inés escucha la voz de su amante quien se despidió de ella: “Adiós, Inés del alma mía...” (361).

Conclusión

La mujer viajera en la temprana colonia hispanoamericana es un tema que presenta un abanico de posibilidades de reflexión. En primer lugar, es obvio que el relato de nuevos mundos está marcado por el género, sin embargo la crítica de

23 En este sentido, Isabel Allende incorpora lo que ella encontró en la tradición textual chilena cuando hizo su investigación: a pesar de ser considerada como la madre fundadora de Chile, Inés de Suárez ha sido ignorada por los libros de historia. En su investigación sobre la historia de Chile, que Allende hizo para escribir *Hija de la fortuna* y *Mi país inventado*, la escritora encontró documentos en los archivos sobre las actividades de Inés Suárez que no se encuentra en los libros de Historia (Queirós). La edición de 2006 que utilizo aquí incluye un apéndice con dieciséis fuentes históricas que han sido consultadas por la escritora chilena (365-366). Entre estas fuentes destaco aquella que ejemplifica el discurso historiográfico de la conquista de Chile que Allende recrea: *Crónicas del reino de Chile* de Pedro Mariño de Lovera. Asimismo la autora señala dos recientes novelas históricas que recrean la conquista de Chile y el rol que desempeñó Inés de Suárez: *Ay, Mama Inés* de Jorge Guzmán y *Butamalón* de Eduardo Labarca.

24 Sobre el poder de la escritura, Allende declara: “Writing allows me to create an artificial order from the confusion of the world. We have so little control over our circumstances, but when we write we create an imaginary order” (Queirós).

literatura de viajes no ha prestado mayor atención a la construcción de masculinidades y femineidades de los viajeros que relatan. En segundo lugar, el viaje puede verse como escape de una situación opresiva, oportunidad para nuevas experiencias y/o desarraigo. En el caso de este trabajo he partido del motivo del viaje de mujeres colonizadoras que enfrentan territorios desconocidos y trasladan su agencia femenina de domesticación a dichos espacios. Preparan de esta manera el espacio para la conquista y la colonización. Se revela así su función de mediadoras entre culturas, lo que también se aprecia en el rol de las mujeres indias. La domesticación, sin embargo, va más allá de la esfera del hogar: Guevara y Suárez navegan, pelean y gobiernan como los hombres de sus expediciones. Finalmente, el último acto de domesticación de estas viajeras tiene que ver con la escritura de la historia: entregan una historia alternativa que se queda en el archivo pero no siempre opera el paso a la letra impresa y la historia oficial. Con la publicación de este trabajo espero contribuir al esfuerzo mediador y domesticador de estas viajeras.

Bibliografía

- ALLENDE, Isabel. *Inés del Alma Mía*. New York: Harper & Collins, 2006.
- BARROS ARANA, Diego. *Historia general de Chile*. Santiago de Chile: Rafael Jover, 1884.
- BHABHA, Homi. *The Location of Culture*. Londres: Routledge, 1994.
- COLÓN, Cristóbal. “Carta a Luis de Santángel”, en: Consuelo Varela, *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*. Madrid: Alianza Universidad, 1982. pp. 139-145.
- _____. “Relación del cuarto viaje”, en: Consuelo Varela, *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*. Madrid: Alianza Universidad, 1982. pp. 316-329.
- ERAUSO, Catalina de. *Vida i sucesos de la monja alférez*. Tempe: Arizona State University Press, 1992.
- GUEVARA, Isabel de. “Carta a la princesa Juana”, en: Nina Scott. *Madres del Verbo/Mothers of the Word*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1999. pp. 9-11.
- GUZMÁN, Jorge. *Ay, Mama Inés*. Santiago de Chile: Andrés Bello, 1993.
- HEMMING, John. *The Conquest of Peru*. New York: Harcourt, 1970.
- LABARCA, Eduardo. *Butamalón*. Madrid: Anaya, 1994.

LAFUENTE MACHAIN, Ricardo de. *Conquistadores del Río de La Plata*. Buenos Aires: Amor-
rortu, 1937.

LE GOFF, Jacques. *Lo maravilloso y cotidiano en el Occidente medieval*. Barcelona: Gedisa, 1986.

LOPEZ ESTRADA, Francisco. *Embajada a Tamorlán. Edición crítica*. Madrid: Castalia, 1999.

_____. *Libros de viajeros hispánicos medievales*. Madrid: Laberinto, 2003.

LOPRETO, Gladys. "Isabel de Guevara: la primera feminista." *Todo es Historia*, 34, 1991,
pp. 43-49.

LORCIN, Patricia. "Women's Travel Writings." World History Sources, 2005. [http://chnm.
gmu.edu/worldhistorysources/d/146/whm.html](http://chnm.gmu.edu/worldhistorysources/d/146/whm.html)

MARINO DE LOVERA, Pedro. *Crónicas del reino de Chile, 1520-1590*. Madrid: Atlas, 1960.

MARRERO-FENTE, Raúl. "De retórica y derechos: Estrategias de la reclamación en la carta
de Isabel de Guevara." *Hispania*, 79, 1996, pp. 1-7.

MARTÍN, Luis. *Daughters of the Conquistadores. Women of the Viceroyalty of Perú*. Dallas: Southern
Methodist University Press, 1983.

MOLLAT, Michel. *Los exploradores del siglo XIII al siglo XVI. Primeras miradas sobre nuevos mundos*.
México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

MORISON, Samuel E. *Admiral of the Ocean Sea*. Boston: Little and Brown, 1970

PARAVISINI-GESBERT, Lizabeth - Ivette ROMERO-CESAREO, eds. *Women at Sea. Travel
Writing and the Margins of Caribbean Discourse*. New York: Macmillan, 2001.

PARAVISINI-GESBERT, Lizabeth. "Cross-Dressing on The Margins of Empire: Women
Pirates and the Narrative of the Caribbean", en: Lizabeth Paravisini-Gerbert - Ivette Romero-
Cesareo, eds. *Women at Sea. Travel Writing and the Margins of Caribbean Discourse*. New York:
Macmillan, 2001. pp. 59-98.

PEÑA, Enrique A. *Fragmentos históricos sobre temas coloniales dejados por Enrique Peña*. Buenos
Aires: Imp. Angel Curoto, 1935. pp. 208-209.

POLO, Marco. *El Libro del millón*. México: Fontanara, 1989.

QUEIRÓS, Carlos. "Q&A With Isabel Allende." AARP, Noviembre 2006. [http://www.aarp-
magazine.org/books/allende_interview.html](http://www.aarp-magazine.org/books/allende_interview.html)

QUISPE-AGNOLI, Rocío. "Discursos coloniales escritos y agencia femenina: la 'Carta a la
princesa Juana' de Isabel de Guevara" *Cuaderno Internacional de Estudios Humanísticos y
Literatura*, 5, 2006, pp. 81-91.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua española*. 22ª. Edición, 2001. <http://buscon.rae.es/draeI>

ROSTWOROWSKI, María. *Doña Francisca Pizarro: una ilustre mestiza, 1534-1598*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1989.

SCHMIDL, Ulrico. *Viaje al Río de La Plata*. Buenos Aires: Cabaut y Cía, 1903.

SCOTT, Nina. *Mothers of the Word. Early Spanish American Women Writers*. Albuquerque: U of New Mexico P, 1999.

STAGNARO, Giancarlo – ZEVALLOS, Johnny. “Sara Beatriz Guardia y la teoría de género.” *El Hablador*, 11, 2006. http://www.elhablador.com/entrevista11_1.htm

TIEFFEMBERG, Silvia. “Isabel de Guevara o la construcción del yo femenino.” *Filología*, 24, 1989, pp. 287-300.

VARELA, Consuelo. *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*. Madrid: Alianza Universidad, 1982.

ZAMORA, Margarita. “‘If Cabonaboa learns to speak...’: Amerindian Voices in the Discourse of Discovery.” *Colonial Latin American Review*, 8.2, 1999, pp. 191-205.

